El Esperma del Fisga

Gojlusier

“El Esperma del Fisga”:
Derechos reservados de autor-editor©Jorge Luis Ibazeta Marino-2011.
Autor: Jorge Luis Ibazeta Marino.
Jr. Eglinton Mz.200, lote.06-Yarinacocha, Pucallpa(Perú)
Email: gojlusier@hotmail.com
Teléfono:(061)576063.
Pintura de portada: ©Elvis Luna Manihuari.
Corrección de estilo: Casa del Poeta peruano, filial-Ucayali.
Diagramación: Fotograbaciones Pretell.
Hecho el depósito legal en la Biblioteca nacional de Perú Nº2011-03958.
ISBN Nº978-612-00-0607-8
1ra. Edic. junio - 2011
Impreso en: Fotograbaciones Pretell
Jr. Salaverry 514, Pucallpa - Perú
Cantidad de ejemplares: 1000 unidades.

Prohibida su reproducción total o parcial bajo cualquier medio: sea mediante fotocopias, mecánica o vía internet, sin el permiso previo por escrito del autor.

Impreso en Perú - Printed in Perú

A:

Mi hermana Ruth:
Por su devoción a la memoria familiar y su osadía de ser la voz que siempre me sugería la concatenación de tan preciado legado.

Mi esposa Leila:
Por su valiosa resignación de esos años que le tocó ser testigo de mis ilusos afanes literarios.

Agradezco de todo corazón a mi familia y a las personas que hicieron posible que naciera esta nueva luz en el umbral de la literatura amazónica.

PRESENTACIÓN

Un primer atisbo a la narrativa de GOJLUSIER, nos induce persuasivamente a iniciar una travesía cognoscitiva de apasionante recorrido por hechos que, de una u otra manera, marcaron el derrotero histórico de la Amazonía, asidos a la vocación familiar de uno de sus protagonistas empeñado en reconocerse mejor sobre las huellas marcadas por sus ancestros. Y es a través de este rastreo ascendente por dónde el autor alcanza coronar uno de sus más logrados objetivos, cual es, dar forma al eslabón que hacía falta para entender, finalmente, la historia amazónica inmersa en el contexto histórico nacional.

La obra pronto se abre pulsante y pletórico hacia su cauce exponencial, cuando un grupo de entusiastas internistas de la facultad de odontología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima, parten rumbo al departamento de Huánuco, en la sierra central del país—a inaugurar un servicio rural de salud oral preventivo—imbuidos de ese espíritu solidario y vocacional de servicio que la decana universidad acostumbra enfatizar en la formación de sus profesionistas.

Desde este dosel, GOJLUSIER evoca una serie de sucesos que, enriquecidos en su nostalgia y en su manera de trabajar la palabra, nos retrotrae a momentos cruciales del proceso evolutivo amazónico, como la catequización de los pobladores originarios del Ucayali por los misioneros de las Órdenes religiosas Franciscana y Jesuita, el proceso fundacional de pueblos diversos, el bárbaro sometimiento de las comunidades indígenas, la sangrienta codicia de los caucheros, la revolución cervantista, la llegada de los vapores, la ruta del correo, la instalación del telégrafo, el arribo de los primeros aviones, la abnegada dedicación de los maestros pioneros, el protagonismo de los militares en las gestas separatistas que sacudieron la selva en los tiempos del olvido…Y en este contexto, revive con entrañable emoción la presencia de personajes, tales como: Manuel Pinto barriga Jaramillo, Francesco Marino Esquiantorelli, Fidel Reátegui Valera, Mercedes del Águila Alegría, Hérmel Ibazeta Reátegui, Miguel Armando Chávez Maldonado, Y cómo no, Antonio Marino López, el fisga, entre otros; quienes en medio del fragor literario hacen posible que la pluma del autor reanime sus existencias, volviéndose capaces de ilustrarnos sobre lo que les tocó hacer en esos tiempos en que el Estado apenas tenía una tangencial presencia en todo el oriente peruano, momentos en que las infames consecuencias de su descuido, acometieron contra los que fueron dueños ancestrales de estos territorios: los indígenas.

Los saltos literarios que GOJLUSIER se atreve a hilvanar, diría, con justeza, no desentona con el estilo de los reconocidos maestros de la literatura contemporánea, lo que nos da pie a pensar que no es una simple suposición la existencia de escritores amazónicos, que merecen, se divulgue su obra. Ésta discurre entre un sinnúmero de eventos que asoman aparentemente dispersos e inconexos merced a su tiempo y a su espacio, pero que sutilmente, conforme se desarrolla la trama, descubren el hilo conductor que el autor pulsa estimulado por las voces de sus ancestros y que jalonea hacia una confluencia inevitable: el esperma del fisga. Personificado en Antonio Marino López, que no es sólo él, como imagen, sino que trasciende su identidad personal para ser un referente de comportamiento de un época en que los hombres del Ucayali generalmente condicionaban su prestancia viril al número de mujeres e

hijos que dejaban regando en montes y riberas, cual semillas de arroz en los barrizales. Quizá por esto el énfasis de GOJLUSIER en resaltar crudamente la sensualidad de "machote" haciéndola asomar como parte de un ineludible temperamento descomunal de su tiempo, o en todo caso, como una natural inercia procreativa anclada en la rabadilla de todo hombre que se preciase de serlo.

La narración al final desemboca en una especie de redención—por un balance histórico familiar que el autor parece sugerir de saldo negativo—, con la esperanza que las nuevas generaciones puedan saldarla y seguir adelante eximidas de cargas que sólo la verdad y la sinceridad pueden aliviar.

Desde mi perspectiva plástica, la presente obra es un óleo digno de colgarse en la pared de reconocimientos merecidos, para de vez en vez, reflexionar y renovar nuestros compromisos de respeto y cariño por nuestro pasado, amazónico sobre todo, como un legado ancestral.

Es en este contexto que, La casa del Poeta peruano, filial, Ucayali, se siente honrada de respaldar la publicación de la presente obra y presentarla a toda la comunidad hispano hablante, ya que constituye, un valioso aporte literario amazónico para el mundo.

Artista plástico Elvis Luna Manihuari

Presidente de La casa del Poeta peruano filial, Ucayali

I

Como corsarios, acechando entre la niebla para arrebatar nuevos botines, así había sido desde siempre, según Matías, la conducta de los ricos en el Perú, hasta el año de 1,968 en que, el inexorable agotamiento de sus rutas de rapiña y la llegada de ideologías ya no tan permisivas con su impune avaricia, les hiciera notar ciertos fondos colisionantes y lo contraproducente de navegar por ahí como un navío negrero, si no como un barco fantasma. Metáfora, por cierto, propiciadora de ciertos trompicones en su propio entendimiento.

La llamada "Revolución de las Fuerzas Armadas", comandada por el general de división del Ejército, Juan Velasco Alvarado, pletórica de reinvindicaciones romanticonas y sesgos socialistones, cuanto más oportunista ante el desgaste de los ricos dominantes, surgió entonces a comandar los nuevos derroteros de la política nacional, introduciendo en su cosmética proselitista novedades patrioteras como esa inútil cantaleta de: "Donde palpita un corazón peruano, ahí hay un soldado". Pero terminaría aplanando donde eran necesarias las canalizaciones con su tristemente célebre SINAMOS y, finalmente convalidando y avalando los reorientados intereses de los plutócratas vueltos a adueñarse del festín y a capitalizar una vez más las dádivas cíclicas de las dictaduras.

El concepto principista de que los modelos de gobierno son fallidos cuando perjudican a los muchos o favorecen a los menos, terminó haciéndose tan difuso en los marciales discursos elaborados bajo la mirada permisiva de un arrogante Cornejo Chávez, cierto Zimmerman y un tal Béjar, que llegó un momento en que, nadie se creía esa letanía dirigida a los pobres respecto a que el rico no volvería a comer más de su pobreza. Los mismos cambios —experimentales o truculentos según su circunstancia—, terminaron siendo una suerte de adrede y cínico tanteo, donde la defraudación, el contrabando y la corrupción en general, empezaron a saciar sus apetitos con uniforme de camuflaje.

La inquina popular a estas alturas componía ya, con desbordante inspiración, frases célebres como aquella de las "cuatro emes del velascato": Las Muletas de Velasco, las Maletas de Consuelo y los Militares de Mierda.

Comparar el Decreto Ley 20653 promulgado el año de 1,975 por el general E.P. Juan Velasco Alvarado, -en el que se declaraba reserva nacional al bosque "Alexander Von Humboldt", exuberante regalo de la naturaleza a sólo ochenta y cinco Km. de Pucallpa-, con el Decreto Ley 22175 promulgado en mayo de 1,978 por el general E.P. Francisco Morales Bermúdez, —sucesor que no tuvo la fibra bélica para manejar con acierto la inminente campaña de 1,975 que su predecesor planeara contra Chile—, expone algo de las sospechosas sinuosidades que caracterizó esta desgraciada etapa de gobierno militar en nuestra historia. Y es que así, una vez más se dejó expedito el camino a la explotación irracional y voraz de un rico bosque reservado, desgraciadamente en este caso, con la sospechosa anuencia de los ucayalinos más representativos del momento. Por cierto, una pésima costumbre ya aludida por Francisco Ballón en su bien documentada obra, "La Amazonía en la Norma Oficial Peruana", cuando refiere un "Dorado moderno" en términos de saqueo impune de la flora y fauna selvática, en lugar de la explotación racional bajo certificación, así como el mismo desencanto y frustración que alcanza tocar

la conciencia nacional en lo que a una opinión pública se refiere, excepto la de los políticos empecinados en manipular el poder de manera interesada e inconsecuente respecto de la realidad geográfica, social, histórica y económica de la amazonía, consignando para ello, la siguiente reveladora sustentación: "Basta para confirmarlo, las asombrosas similitudes que resultan de comparar los enunciados de las dos leyes generales de tierras de montaña de los años 1,898 y 1,909 con la "moderna" Ley de Bases para el Desarrollo Rural de la Amazonía, derogada en el año 1,990".

A principios de la década de los ochenta, se apeló una vez más volver al sistema democrático, que en la percepción de los marginados resultaba tan mendaz o peor que cualquier dictadura, inaugurando un proceso de transferencia con la nefasta e impune modalidad del "yo te condecoro y tú me condecoras, y aquí no pasó nada", acaso menospreciando el sentido auto conservador de una masa desconfiada y resentida moviéndose ya entre el caudal migratorio que del campo llegaba a enracimarse asfixiante en los perímetros citadinos, tal vez ya con larvarias pretensiones de una razón histórica en cada mordida huérfana de pan.

Enceguecidos en el festín electorero, los partidos políticos no tomaron nota cabal del fenómeno y contribuyeron a poner el punto de ignición de la revuelta social al alcance de una chispa.

Los grupos de poder, vueltos con sólidos credenciales a su "interpósita persona", se congratulaban de estar otra vez disponiendo con democrática gula de las glotonerías pasadas. Para entonces, ya en Chuschi, pueblito enclavado en las alturas de Ayacucho, se había dado la primera campanada de lo que Abimael Guzmán Reynoso trató de dar a entender al interior del Partido Comunista de Jorge del Prado con aquello de, "una necesarísima clandestinidad". Para ser exactos, un 18 de mayo de 1,980.

En aquel año de transferencia donde resultaba fácil definir los errores con sólo ojear las páginas de la historia recientemente garabateadas y sincerar a la nación el costo de la enmienda sin impunidad, para una conciliación social por el futuro, los "grandes demócratas", siempre dispuestos a tranzar con el conveniente "borrón y cuenta nuieva" a cambio de tomar la posta del poder, optaron por compararse específicamente con las ineptas dictaduras precedentes y por aspirar simplonamente a ser el mal menor en medio de canalladas sociales cosmetizadas con cada cambio de mando. Y por eso es que todas las violencias de respuesta incubadas en la longa postergación, fueron tomadas a la ligera como "un simple problema policial" por los "nubenautas" del gobierno belaundista que no atinaron a percatarse que todas eran susceptibles de ser arreadas hacia una misma fumarola fundamentalista, puesta ya, desde el enfoque incendiario de Abimael Guzmán Reynoso, a cernir sobre la petulante democracia una especie de ófrico cielo pompeyano.

Llegados a 1,985, iniciándose nomás el gobierno aprista, los discursos de tinte reinvindicativo parecieron querer imitar subliminalmente gorros frigios asediando bastillas imaginarias, pero algo más soterrado y maligno venía tumorándose ya de manera metastásica y a expensas de las instituciones más representativas del sistema —en las que dicho sea de paso, medraba por tradición una corrupción descarada e impune—, y simples discursos —por más elaborados o bien intencionados que sonaran—, no iban a conjurar el impacto de un terrorismo que

asomaba reinvindicativo. Aparte que el engatusador mensaje de, "un gobierno para todos los peruanos", que su inefable líder planteara en algún momento a la nación, iba ya derecho a ser confinado en la sola expectativa de un dicho acertado, y la economía, a desbarrancarse por una crisis semejante a la de una post guerra con derrota a cuestas.

Los sectores claves de educación y salud fueron los blancos básicos de la infiltración senderista —tanto o más que los debilitados sindicatos afiliados a la CGTP comunista y a la CTP aprista, que mal que bien, encaminaban sus luchas laborales sujetos a pautas democráticas—, resultando una eficaz manera de aprovechar el rol multiplicador de los mismos y mimetizar cuadros subversivos claves.

"El pensamiento Gonzalo", tan difundido en el clandestino "folleto azul" sacado a luz en una atrevida edición clandestina por el diario MARKA, empezó rápidamente a calar en amplios sectores de disímiles estratos gracias a esta sedicia infiltrada, con clara más contundencia que las difusas ideas planteadas por el MRTA.

De esta manera insidiosa, en las mismas universidades se fueron conformando acerados eslabones de militantes cuya tarea pasaba primordialmenbte por hacer propaganda proselitista, para terminar enrolando secretamente a jóvenes intelectuales llamados a dar un mejor frente y credibilidad al movimiento, quienes, según su particular sentimiento y pensar, empezaban convalidando la subversión, por un concepto lírico de la justicia social, por un hambre de liderazgo entre los condiscípulos, por justificaciones sinuosas del derecho a la insurgencia, por un compulsivo alarde de enfrentarse al riesgo con aplomo de pandillero, y aunque parezca mentira, hasta por la "moda" del emerretismo y senderismo que cosquillaban con sus tentaciones hacia lo oculto y lo secreto. En su mayoría, sin un algo de previsión ante la prospectiva de un accionar que más temprano que tarde les exigiría ser atenazados en una estructura orgánica secreta, implacable y de alta cohesión, que sólo expedía pasaje de ida. Acerada estructura que, sin embargo, el no menos letal fujimorismo lograría resquebrajar con una llamada Ley de Arrepentimiento puesta como alternativa a una distractiva espada legal de Damocles y a una destructiva guerra sucia actuando soterradamente, aunque cosmetisada ante la opinión pública con un triunfalismo antisubversivo concebido para redimir todos los tropiezos del gobierno y enmascarar la venalidad y abyección de sus mandos en todos los frentes, civiles y militares. Al fin y al cabo, no era nada comparado con lo hecho por los grandes sinvergüenzas que durante los cuarenta años de usufructo del guano gobernaron dilapidando un monto equivalente a ochenta presupuestos de la época, y qué duda cabe, siempre será una historia repetible mientras los clanes del poder no franqueen el paso a una clase política madura y convencida del país al que se deben, que ¡oh maravilla!, aún no existe.

En la Facultad de Odontología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, el frente político de Sendero Luminoso no llegó a prosperar como en otras facultades, tal vez porque, como pensaba Matías, no pudo superar el estadío larvario al que la extracción socioeconómica del alumnado —exenta del caldo de cultivo que la postergación y el resentimiento propiciaban en las clases marginales—, lo había confinado. Excepto, claro está, hasta insistentes amagos de acaloradas polémicas dadas en las barracas construidas al pie de la vivienda universitaria por familias sin tierra de algunos trabajadores de la misma universidad —las que para subsistir,

expendían allí alimento y licor—, y por una que otra escaramuza extremista contra un esbozado grupo aprista deseoso de recuperar un decoroso sitial dentro los cuadros dirigenciales. En suma, la influencia senderista no pasó aquí de ser tomada como una invitación plagada de dolus bonus nada sutiles.

Y respecto a las escaramuzas aludidas, digamos que la más incandescente fue la que se suscitó durante la tranquila celebración que Jorge Márquez, un aprista a rajatabla, se le ocurrió organizar en una de las barracas, a raíz de haber aprobado su curso de Clínica. Y no era para menos, habida cuenta que el esfuerzo académico le había demandado hasta una compunción lacrimógena por la dureza de su jefe de prácticas. Tomarse unas cervezas era lo menos que le quedaba hacer para coronar el alivio. Pero solo, obviamente no iba hacerlo. Arrastró pues consigo a los condiscípulos más allegados y deseosos como él de disiparse de la pesada carga académica, alegrándose de saberse triunfal en la hora exacta. Al cabo, fueron sólo cuatro los amigotes que le hicieron corso para embarcarse aquella húmeda y grisácea tarde limeña en una elocuente travesía acohólica de largo tramo.

—¡No sé carajo, qué diablos hago aquí entre apristas decadentes y pusilánimes! -decía el gordo Acosta con ese su verbo jaloneado, a veces rebuscado adrede en la ridìcula rimbombancia alusiva a su "azul" linaje, poniendo una alicaída expresión fingidamente apesadumbrada. Era una especie rara de loco suelto, de esos que andan a las justas con pasaje de ida y vuelta en las universidades, que llevaba algunos créditos de Odontología en San Marcos, algunos otros de Derecho en la Federico Villareal, se recibía en semanas de médico en la Cayetano Heredia, enseñaba en un exclusivo colegio particular y que ya andaba tras una beca a España para especializarse de patólogo, a pesar de tener esposa y dos hijos menores. Al menos es lo que se sabía de él con cierta certeza.

—Pero si tú también eres aprista, maricón —le encaró en tono risueño Jorge Márquez, con quien se conocía desde su época de monaguillo en Huamachuco.

—¡Primero me vuelo la cabeza!

—¡Ya gordo, ya!

—¡Porque ese virus no tiene cura compañerito!

—Ya está llegando el sida, no te preocupes…, gay —los demás rieron.

—Mira cholito, para que otra vez no resbales por escaleras de mármol —sin dar tiempo a que alguien reaccionara, desenfundó una pequeña pistola que ocultaba en la parte trasera del cinto y en un acto temerario se apuntó la sien—. Para eso toma este gordo simplón —atinó a reprochar con cierto nerviosismo, Germán Yufra.

—Ustedes debieran sentirse honrados de estar alzando su copa conmigo —volvió a la carga el gordo, clavando la mirada somnolienta en Germán y golpeando la mesa con su pistola. Era evidente que estaba adelantado en tragos.

—¿Cuál copa gamonal? —intercedió Pedro Julca, aludiendo peyorativamente la ascendencia linajuda que aquel solía mencionar con mentoniana arrogancia—. Estamos tomando en vasos de a sol y vienes aquí a querer hacerte el angosto; y de

angosto no tienes nada -él mismo soltó una risilla.

—Oye cholo Julca.

—¡Cállate mejor, gordo! —reviró este sin mirarle.

—Tú tienes el poto renegrido y tu talón con callos, así que pide primero permiso para hablar. Al menos conmigo guarda tu distancia cuarterón de…

—Ja, ja, ja... —se gozó de buena gana Jorge Márquez.

—Tss… ¿Cuándo vas a decir algo bueno, oye gamonal? —inquirió Pedro recostándose contra la estera y mostrando su fastidio. Cajamarquino, de tez oscura, pero con hermanos blancos y pelo claro, creyó haber entendido hacia dónde había direccionado el gordo su boca.

—Es que tengo que decirles a los cholos su verdad.

—¿Qué verdad? No vengas pues… —intervino un tanto incómodo Germán, de cuya madre cusqueña se decía que aún solía vestir las polleras de las campesinas serranas.

—¡Que yo soy un noble de poto rosado! Manchas mongólicas a mi nadie me va a encontrar ni con lupa, pedazos de yanaconas. Tal vez…, tal vez el único aquí que podría estar más o menos a mi nivel sea el Ibazeta; los demás tienen el poto más renegrido que el de Atahuallpa; no se me hagan.

—Mira ve compadre... —arrastró las palabras Germán—, mi hermano fue lugarteniente del "loco" Cánepa y le mataron en su cuarto como a un temible delincuente, que por cierto lo era. Tú dices que eres descendiente de Virreyes ¡A la mierda! Pero, ¿qué te hace a ti o a mí en estos momentos esa herencia cojuda? ¿Acaso te hace mandar más chelas que yo? -contorsionó su dicho para descollar el fastidio que empezaba a producirle los exabruptos de Acosta

—¡Que buena cholito Yufra! ¡Tenías tu cerebrito, eh! —se relajó el gordo.

—¿Pero puedes o no puedes? —insistió Jorge cerrándole la retirada.

—¿Qué?

—¡Mandar dos "chelas", pues! ¡No te hagas el tercio gamonal! —prorrumpió divertido Pedro

—Estos cholos andan rebelándose —murmuró para sí el gordo, levantándose y dirigiéndose a miccionar con el relajo de un tomador "sin gas", alusión parroquiana a "sin gastar".

—¡Puta!, si seguimos haciéndole caso a este gordinflón..., nos da la noche —rezongó con aire de abatimiento Germán-. Que se quede como gallina vieja: sentado y sin poner nada.

—Bueno, dejando de lado estas cojudeces, este año las elecciones para el Centro Federado y el Tercio no muestran favoritos —lanzó una opinión suelta Jorge

Márquez.

—No creo; las dos alternativas que presenta la Izquierda decidirán como siempre —dio su parecer Germán que simpatizaba con una de éstas.

—Yo también creo que la cosa está difusa —entró a polemizar Pedro.

—¿Por qué?

—Todos ya se han dado cuenta que Espejo es un legítimo rabanito: rojito por fuera y blanco por dentro. Lo de blanco, entendiéndolo como corresponde, por cierto.

—Puede ser; pero al final todo se decidirá entre comunistas.

—Los independientes podrían entrar a terciar muy bien, creo. Porque por aquí, digamos que la gente desestima los pleitos políticos y sólo quiere estudiar; nada más. No hay eso de que la universidad debe ser un reflejo reactivo de lo que adolece la sociedad.

—Con ellos podríamos nosotros entrar a tallar —aventuró Jorge, dejando espacio en la banca para que el gordo Acosta se acomodara nuevamente

—¿Ustedes? —dijo este, despectivamente, apenas depositarse.

—¿Y por qué no, gamonal?

—Porque ustedes son unos leprosos aquí en San Marcos. Ya las épocas de Luis Alberto Sánchez y el "búfalo" Barreto pasaron compañerito —fustigó sin haberse acomodado bien todavía, y adueñado de una pronunciación mecida y sarcástica que silenció al grupo.

—¡Cómo goza Ibazeta! –aludió Germán a Matías que se había mantenido a una prudencial distancia del juego cruzado, celebrando placenteramente los exabruptos del gordo.

—¡Ya pues, gamonal, deja de estar echando sal a la fritura! —reprendió al ácido Acosta, dándole una afectuosa palmada en el hombro.

—No defiendas a los cholos, hermano.

—¿Tú qué opinas Ibazeta? —persistió Pedro.

—¿De qué?

—¡Caray!... Estamos hablando de…

—Tranquilo hombre, ¿para qué te sulfuras?

—Tss... ¡De lo que estábamos hablando pues! Mucha atención le das a este gordo, más feo que un kion el desgraciado.

—Es que causa gracia, pues, este cancerbero. Pero bueno… creo que si quieren tener cierta opción, debieran empezar por cambiarse de nominación -respondió

Matías con cierto tono de reproche.

—¿Y qué de malo tiene la que tenemos? —preguntó Pedro, todo puntilloso y con aire duelista. Era un aprista recalcitrante.

—¡Cómo que, qué tiene de malo, cholo renegrido! -otra vez interrumpió el gordo, pero esta vez nadie le hizo eco, aunque no dejó que algunas comisuras dejaran de esbozar una sutil sonrisa conmiserativa.

—En mi opinión, el nombre de su agrupación es, como se dice… un "engaña muchacho". Sugiere un grupo conformado por independientes, pero todos saben que ustedes están detrás. Y eso produce rechazo. ¿A quién le gusta que le quieran dar gato por liebre?

—No entiendo –se empacó Pedro.

—Sencillo. Que no quieras hacerlo, ya es otra cosa. De nada les sirve querer pasar como independientes cuando todo el mundo sabe que son...

—¡Apristas, estos huevones! -remató gangosamente el gordo, haciendo un gesto asquiento-. A ver, ¿a quién no lo jode la mendacidad? ¡Y ustedes, siempre han sobrevivido acomodándose, ah! No vengan a mí a decirme eso de que conversar no es pactar… ¡Son pura mariconadas! -acotó despectivamente.

—¿Qué sugieres? –se interesó Germán, pasando a la garrocha este comentario urticante.

—Que se avienten con cualquiera de las nominaciones que utilizan en la Villarreal.

—¡Estás loco! —exclamó Jorge, dando un respingo.

—Los terrucos nos darían vuelta a todos. Al menos con un nombre "solapa", políticamente nos digieren mejor —aseguró sombríamente Pedro.

—¡Favor que nos harían, si les "chifan" a todos! —volvió a la carga el gordo, que a las justas mantenía la cabeza colgándole de los hombros.

—Yo creo que eso del lobo mostrando la patita de la oveja, es un cuento viejo —dijo Matías, dando la impresión de que la conversación empezaba a aburrirle.

—Pero aquí es el "búfalo" pues, amigo Ibazeta -aludió burlonamente Acosta el mote de las brigadas de choque del APRA.

—Duerme ya gamonal; a ver si así dejas de estar jodiendo y nos libras de tus estupideces —instó ásperamente Pedro, que parecía ya no tolerar más los comentarios del gordo.

—Es bastante riesgoso —reflexionó Germán, quien se contaba entre aquellos llamados "revisionistas", y a quienes Sendero también combatía.

—Oye Ibazeta... dejándonos de cosas, si llegásemos a formar una lista, así, hablando firme... ¿nos acompañarías? —planteó Jorge Márquez con sigilo comprometedor.

—Hmm… No creo… ¡Y no es por miedo, ah!

—¿Por qué entonces? —la pregunta era insidiosa.

—Simplemente porque yo no sé nada del APRA. Sólo recuerdo que mi madre contaba que a mi abuelo lo querían matar por sanchecerrista.

—Eso forma parte del pasado incomprendido —agregó Pedro.

—Del pasado vergonzante, ¿no dirás? —le refutó el gordo, aunque nadie quio darle pelota.

—Por ahí, hace ya buen tiempo, creo que en un artículo de "La República", leí que Martín Adán, entrevistado en una banca de manicomio donde se autorecluyó con toda la cordura el caso, opinaba que los únicos hombres con huevos en este país habían sido Mariátegui y Haya; sin embargo, la mayoría tiene una opinión jodida del APRA.

—Haya era maricón —soltó de sopetón el gordo Acosta.

—Ja, ja, ja... se desató en incontenible carcajada Germán.

—Si vuelves a repetir eso gamonal, te saco la mierda —se irguió amenazante Pedro. La grosera aseveración le había sonado sacrílega.

—No te creo cholo —alardeó el aludido palmeando con descaro su oculta pistola.

—Solamente te digo que no lo vuelvas a repitir, ¡por favor! Si no, te voy a enseñar qué siente un verdadero renegrido —advirtió nuevamente Pedro, rígido como un garrote.

—¡Ay, qué miedo que me da el cholo! —replicó el gordo con burlón amaneramiento.

—¡Ya carajo, hablemos como gente, pues! —medió Jorge, sabedor que el gordo gustaba de hacer el papel de moscardón, y a veces de forzado maricón.

—¡Ah, cholos igualantes!

—¿Qué dices Ibazeta?

—Si voy con ustedes en esa lista, ni Germán va a creer que no soy aprista —respondió este, tanteando eludir la propuesta sin atisbos de desaire. Jorge y Pedro eran para él dos buenos amigos -Denme un poco de tiempo... Ya veremos que pasa —era una evasiva.

El día en que el ARE aprista publicó en un pizarrón su plancha electoral con algunas propuestas adicionales de gestión, la atmósfera en la facultad se tensó a límites de consecuencias impredecibles. Era como si anomalías del colágeno hubiesen caldeado los epiteliios, como si la adrenalina que hace saltar a los bomberos se desparramara sobre los termocéfalos antiapristas, o por decirlo en términos del "gamonal" Acosta, como si la lepra estuviera por infectar toda la Facultad.

Sólo bastó una noche para que el pizarrón terminara quemado entre las rotondas

que adornaban el patio trasero y el humor sepulturero de Sendero amedrentara las conciencias frágiles. Sin embargo, la valiente y abierta postura, así como las calidades personales y académicas de los que conformaban la lista, día a día fueron logrando la aceptación de un considerable sector del estudiantado, a tal punto que a una semana de las votaciones, las listas comunistas temían ya un triunfo aprista, lo que obviamente, no debía suceder. San Marcos era "roja" y sólo podía ser más "roja", aunque su color emblemático fuese el celeste, color convocante a las cosas del cielo.

En vísperas del día decisivo, los personeros y miembros de la lista decidieron quedarse a pernoctar en la Facultad a fin de mantener vigilancia desde muy temprano y no correr el riesgo de ser impedidos de entrar al campus universitario.

A eso de las diez de la noche, la mitad del grupo se fue hacia las barracas en busca de alguna chingana abierta donde comprar cigarrillos, galletas y alguna bebida. Al adentrarse por los oscuros vericuetos de las covachas, sorpresivamente fueron emboscados por un grupo armado, todos encapuchados, que de inmediato les obligaron a caminar hacia las huacas por la parte Sur del estadio universitario.

En una zona aparente les ordenaron detenerse, y luego de rodearles trasuntando un siniestro blindaje, el líder dejó escuchar su voz:

—¡Escuchen bien, apristas hijos de puta! —bramó, con una demencial ira jaloneada desde algún odio irracional que no requería entendimiento, sino cumplimiento -¡El APRA, cabrones, nunca más volverá a mandar en San Marcos! ¡Y eso significa, concha de su madre, que mañana ustedes no van a ganar la votación, así ganen! —por unos segundos el procaz encapuchado guardó un amedrentador silencio, para seguidamente lanzar su amenaza homicida—. ¡Si eso sucede, mierdas, ninguno de su lista quedará en condiciones de alegrarse! ¡Morirán como perros que son!

El viento frio y ululante de la pampa, contagiado de la tenebrosa arenga, zarandeó arisco las facies marcadas de estupor de los cautivos, que a tientas buscaban percatarse de lo real que era todo aquello que ahí les acaecía, y cual dócil cómplice haciendo alarde de estar de acuerdo con la ínfula agresora, ocultó todo eco delator por los lugares desolados del campus.

Después de aquella noche, seis jóvenes universitarios más, en San Marcos, sabrían que el perfil oculto de Sendero no era una simple referencia de sucesos ajenos y distantes; que más bien era una silueta demasiado visible entre las sombras, un perfil peligrosamente contundente surgiendo de lo secreto, y qué duda cabía, una mente intransigente y fundamentalista asomando a imponer su credo a sangre y fuego.

En el año 1,986 se puso en práctica un denominado Internado Hospitalario Rural en Odontología, que consistía en enviar a sus estudiantes del último año, seis meses a un hospital y seis meses a alguna provincia del interior del país. Así, a los que escogieron como sede hospitalaria el hospital "Santa Rosa" de Pueblo Libre, les tocó como sede rural las provincias del departamento de Huanuco, que por entonces, ya era considerado como "la nueva Ayacucho", por la violenta actividad subversiva que empezaba a desarrollarse dentro sus límites, con la agravante de que

este terrorismo iba ligándose estrechamente al tráfico de la cocaína. Sin embargo, para Matías, más que todo aquello que se pudiera decir al respecto, Huánuco era el punto de partida de su ascendencia paterna, la cuna de Primo Augusto Robles —cuñado que le dio casa y comida en la capital—, la tierra por la que de vez en cuando Micaela Villegas dejó con los crespos hechos al virrey Amat, y el génesis alusivo de "pata amarilla".

Un problema adicional era el alto índice de deserción de los profesionales de la salud en las zonas denominadas "rojas", donde las postas sanitarias y los centros de salud eran tomados por asalto por las huestes de Abimael y de Polay Campos, con el objetivo de llevarse el instrumental y las medicinas que su "guerra popular" demandaba.

El riesgo de que un internista pasara pues, por semejante experiencia, era simplemente extremo, y a nadie se le ocurrió pensar entonces en un seguro de vida, que de algún alivio pudo haber servido a los deudos de los valientes que caerían en el cumplimiento de este deber académico, humanitario y político.

El sistema rotatorio del Internado obligaba a un primer grupo marchar a las sedes rurales sin una experiencia hospitalaria previa en los diversos servicios, y ello ocasionaría algunos casos de rechazo en las comunidades andinas, que llegarían inclusive a despachar a sus internistas montados en burros. Porque para dicha gente, las acciones promocionales y de prevención en Odontología, simplemente carecían de razón de ser en el seno de sus expectativas sanitarias y de su concepto estrictamente asistencialista de la salud. Consecuentemente, existían buenos argumentos de peso para que algunos estudiantes se mostrasen reacios a partir, rumiando objeciones como que hacerlo sería ir de frente al "matadero". Según ellos, afrontar desprotegidos un rol comunitario endosado por una coyuntura política típicamente ensayista, justificaba toda resistencia. Pese a todo, y gracias a la sensibilidad social que la decana universidad siempre sembró con diligencia en el espíritu de sus estudiantes, la respuesta mayoritaria en pro de asumir el reto planteado, con patriotismo, salvaría el programa. Al menos hasta el final del régimen, que aún no terminaba de encontrar el rumbo que convenía al país.

Matías Ibazeta Marino, poseedor de un intrincado carácter, que en unos casos le hacia correrse de un simple discurso o de un paseo de camaradería, y en otros, hasta arriesgar la vida con impensado apremio, estaba entusiasmado con la idea de irse a la aventura o a la mierda, tan harto como andaba de su encierro citadino y de sus celdas domésticas. No le interesaba otra cosa que no fuese desprenderse de la rutina apremiante de respingar la nariz con la campana de la baja policía, salirse de las cortezas pútridas donde pueden aceptar un destino sólo los congonpes, y echarse al hombro la cruz de Cristo y la espada de Pizarro, así tuviese que marcharse hasta el mismísimo macerado caldo de la insurgencia.

Como todo provinciano llegado a la capital sin una buena orientación vocacional, sin ropa adecuada, sin una preparación secundaria que compitiera con la impartida en las academias pre–universitarias, sin dinero y sin una sarta de artimañas necesarias para empezar con buen pie el proyecto de "ser alguien en la vida", también tuvo que recorrer un largo camino generoso en trabas y contrasuelazos para llegar a donde estaba. Provenía de un hogar de ocho hermanos repartidos por sexo, mitad por

mitad —sin contar el fruto del segundo compromiso de su madre—, que para salir adelante habían tenido que aprender a creer en los milagros, a no atascarse jamás en los síndromes conversivos y a enrostrar con altivez los menosprecios de un círculo familiar pudiente. Porque a la verdad, empezaron con grandes limitaciones a causa del padre derrochador, inmediatista, mujeriego y desamorado con los suyos. Más, la siembra materna de buena madera, conseguiría llevar los fustes hacia la certeza de grandes objetivos, hasta oxigenadas atmósferas donde el derecho se asumía por estudios, aunque por cierto, sin poder evitar la evidencia de muescas sicológicas, de borrones anímicos, de cicatrices queloides en el alma, y de un nudo gordiano atrapado en duelo en la dolida garganta.



II

El río tenía un cauce sinuoso, una forma reptante de sierpe líquida que en ese tramo encajonado por taludes rocosos espumaba con efervescencia hirviente al rebotar violentamente contra las peñas y reventaba en tragaderos de remolinos deslizantes como si algún ser huraño respirase en su lecho con compases iracundos.

Las palizadas atrapadas en las vertiginosas muyunas acantonadas por el turbulento torrente podían costarle a un timonel inexperto, si no confiado, el mismísimo naufragio de su navío; tragedia de la que por cierto, nadie que se aventurase por la ruta estaba realmente exento de sufrirla. Sólo la mano de Dios podía permitir que fuese confiado el atrevimiento de completar la travesía.

Se recordaba todavía lo sucedido hacía poco al pequeño vapor "PERCYLES II", cuando cubriendo su ruta de Masisea a Puerto Leguia, se fue a pique con tripulación y todo. Eran inicios de la época de lluvias y la embestida de las aguas empujadas por el desahogo de las cabeceras bramaba en la garganta del peligroso rápido con rugido de otorongo en celo.

En esa especie de fragorosa digestión, su abúlico, o quién sabe, inexperto timonel, muy posiblemente al ser sorprendido por un embate violento de corrientes encontradas, y quedando tal vez adolorido de sus muñecas luxadas, terminara perdiendo el control del navío que quedó sin remedio a merced de la corriente. Con su proa apuntando a cualquier sitio y la mirada pasmada de su tripulación rebotando en las macisas paredes de esa especie de pongo que los encajonaba, sería llevado en embestida por las salvajes aguas contra una saliente rocosa que en su parte más alta formaba una especie de cornisa plana conocida por las vigías de Miguel Chávez Maldonado como "el mirador", y donde finalmente acabaría descuadernado y listo a hundirse en segundos.

Ahora, encaramado sobre esta repisa natural labrada por la erosión pluvial y eológica desde tiempos vírgenes, un atento revolucionario cervantista escrutaba en detalle la violenta masa llegando al lugar desde sus inicios en la confluencia del Pichis y el Palcazu, aguardando tensado la anunciada aparición de la lancha gobiernista "La Libertad", que transportaba el contingente de tropa enviado al lugar por el presidente Augusto B. Leguia, con el único de fin de exterminar a los insurgentes separatistas. El último mansaje que le había hecho llegar el comandante Chávez, era que el día anterior, la lancha de marras había sido avistada a la altura de la quebrada Macuya, y esa cercanía hacía preveer su aparición en cualquier momento. Aunque la madrugada también había filtrado ruidos reveladores de maniobras navales acercándose al rápido, agrediendo la usual melancolía propia de esas horas.

El viento suave de la mañana rociaba la floresta con una humedad fina y adhesiva que daba pie a un jolgorio fitodélico de la naturaleza y a un friecillo punzante tirando de los tendones de aquellos hombres agazapados que, en incomoda postura, habían soportado el castigo de la intemperie desde la noche anterior.

Entre los helechos y citulliales, estos valientes atisbaban ansiosos hacia los bordes del extenso barranco que caía al río, esperando ver aparecer en cualquier momento a las huestes del capitán Genaro Mattos.

Comandaba el contingente un espigado joven de tez blanca y rasgos serenos, natural del caserío Dos de Mayo -pueblo río arriba de Requena-, quien, una vez vuelto de España concluidos sus estudios de Contabilidad, sería ganado en Iquitos a la causa revolucionaria del capitán Guillermo Cervantes y otros oficiales del ejército que se sentían inconformes con la postergación que sufría la selva por parte del gobierno central, incluidos sus soldados.

Su hermano mayor y su cuñado Celso Sotomarino, intentaron disuadirle de tan irreflexiva forma de echar por la borda una brillante carrera, pero todos los argumentos que esgrimieron no hicieron más que animarle a seguir adelante, y fue lo que hizo. Y aunque todavía eran tiempos en que ir a estudiar en Europa era más fácil que hacerlo en Lima, no dejó de parecer una desconsideración para con sus padres, el dejar atrás todo el gran esfuerzo de estos por hacerle un profesional.

El llamado Oriente Peruano, era una región demasiado tiempo escribiendo una historia paralela y distante del contexto histórico nacional, y serían los servidores castrenses, que enviados a sus boscosos suelos en misión exploratoria y cautelar, los que empezarían a dar cuenta reactiva de los nocivos efectos de tal aislamiento. Efectos que sintetizados en sus sueldos retrazados, en la falta de políticas instrumentadas de frontera, en una educación primaria —a veces secundaria— impartida sólo en algunas capitales provinciales y distritales, en el aislamiento territoral que un viajero alemán resumía diciendo que la selva estaba más lejos del Perú que de Londres, traerían también planteada una respuesta que, más temprano que tarde, sería asumida por alguien de la talla del capitán Cervantes.

Esta cruda realidad es la que terminaría detonando una rebelión por la que hombres como Miguel Armando Chávez Maldonado estaban dispuestos no solamente a dar una carrera con futuro asegurado, sino también la vida.

Con antelación al 5 de agosto de 1,921, fecha del pronunciamiento militar que declaraba para Loreto un régimen federal, y con el fin de proteger militarmente los límites del nuevo Estado, muchos milicianos marcharon hacia el departamento de San Martín —considerado aún por la mayoría parte del gran Loreto, a despecho de quince años de desmembramiento—, y hacia las estratégicas tierras del Sur, en el Ucayali y el Pachitea.

La reorganizada tropa denominada desde agosto de 1,919 “Regimiento de Cazadores del Oriente”, pasaría a medular la estructura vertebral del movimiento insurgente, habida cuenta que el detonante del alzamiento se había activado a partir del resquemor que los militares venían incubando contra la administración centralista, desde tiempo atrás.

El gobierno por su parte, una vez notificado de la rebelión por su manifiesto, inmediatamente ordenó el desplazamiento de dos destacamentos militares de élite para combatir a sangre y fuego la insurrección. Uno de ellos, al mando del mayor Santibáñez, para cortar la ruta hacia Moyobamba y Yurimaguas, y el otro, al mando del capitán Mattos, para cercar el movimiento desde los ríos Pichis y Pachitea.

Ciertamente Leguía había estado imponiendo a lo largo de sus dos gobiernos una política resolutiva a los temas de frontera, y era obvio que no estaba dispuesto

a ceder ante un grupete de separatistas mal intencionados con pretensiones de lesionar la intangibilidad de la tierra patria.

Por Decreto Supremo del 6 de octubre de ese mismo año, destituiría, sin lugar a reposición y sin reconocimiento de derechos ni disfrute de goces, a los funcionarios y empleados que habían participado en los disturbios callejeros de Iquitos al inicio del levantamiento.

Por su parte los cervantistas, dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias, además de retener armas, incautaron del Tesoro Público la suma de trece mil trescientas seis Libras Esterlinas de oro, forzaron la circulación de billetes propios en la región -una especie de remedo de lo que hiciera la Comercial Bank Spanish América Ltd. que al amparo de la Ley N°2221 emititiera en enero de 1,916 cheques circulares en Iquitos-, y ordenaron que toda la red fluvial movilizable en Loreto estuviera al servicio de la revolución.

A sus veintiseis años, el miliciano Chávez, era reconocido por sus compañeros por su conducta reposada y silenciosa, pero también por su austera capacidad de liderazgo en los momentos de apremio. Hombre culto, decidido, sincero, que a pesar de no haber tenido una preparación castrense y carecer de una vibrante elocuencia, era capaz de mantener a tope la disciplina entre sus hombres a sólo ejemplo, que si bien tenían una gran voluntad y encomiable entusiasmo, su sentido de la obediencia vertical era tan vacua, como aquella mañana del 1 de noviembre de 1,921. La conciencia de un jefe consecuente y decidido les hacía interactuar a favor del mismo ideal.

En Iquitos, aún adolescente y antes de su viaje a España, frecuentaba a la sombra de su padre y del prestigio familiar, los círculos ostentosos de la cosmopolita ciudad, en los que una mayoría extranjera compartía con los ricos locales las vanas disipaciones de una privilegiada posición. Convites refinados en un contexto de parodia cortesana donde la huachafería ponía a prueba toda su imaginación, constituían parte ineludible en el roce social impuesto por la clase pudiente y bien posicionada.

En una de estas fiestas frívolas y ostentosas, tuvo la oportunidad de conocer a un joven oficial del ejército de nombre Oscar R. Benavides, que en el año de 1,911 tendría destacada actuación en la frontera Norte al repeler a los colombianos vueltos contra el Perú con absurdas pretensiones limítrofes, y en 1,914 protagónico concurso, junto a civilistas y oligárquicos, en el golpe de estado perpetrado contra el presidente Guillermo Billinghurst, apodado "pan grande".

Y ahora estaba ahí, en cuclillas, agazapado entre las sorrapas que crecían exuberantes y lujuriosas a su alrededor, convencido de que aquel sonido característico de una máquina a vapor escuchado en el claroscuro del amanecer, tenía que ver con alguna estratagema de las gobiernistas, que de hecho, ya conocían su posición. No pudo evitar pensar en aquellos soldados, cerca de doscientos, enviados desde la serrana Tarma a combatirles, quienes para llegar hasta ellos habían tenido que echar mano de buena parte de la ruta del correo vigente desde 1,893, ruta sin duda longa y difícil, que hasta Lima incluía transporte en ferrocarril, en camiones, en acémilas, en lanchas y hasta en canoas. "De hecho, debe ser un personal de élite y ferozmente

adiestrado para emprender este tipo de campaña", supuso llevándose una brisna de hierba a los dientes, aunque finalmente liquidando esta supuesta ventaja del enemigo con las enfermedades tropicales que recontó a su favor.

Por su parte el capitán Genaro Mattos, un fieme y estoico militar de carrera, preparado rígidamente para cumplir órdenes y dar las suyas en el más estricto concepto del deber, se ocupaba en esos momentos de revisar las dos trincheras artilladas que había mandado emplazar estratégicamente para batir posibles emboscadas en el encajonado rápido, y se disponía hacer lo que sabía y se le había ordenado: ¡combatir a los rebeldes! Si los que estaban al frente eran compatriotas o no, era una cuestión ajena a su clara conciencia del deber. Era un soldado.

Cansado de mordisquear las jugosas brisnas de toro-urco y e otras delicadas hierbas que crecían a su alrededor -pues tenía la manía de ponérselas entre los labios cuando podía ahorrar palillos de fósforo- y atrapado ya en presentimientos violentos y embates de adrenalina, Miguel Chávez cambió de lugar acercándose a Rubén Figueroa, su lugarteniente.

—¿Quién está en el mirador? -le preguntó.

—Vela, mi Comandante.

—No se vaya a extraviar ese también —advirtió con un dejo de sorna.

—Ya no sería May Pablo, sino May Vela —acotó Figueroa, con una sonrisa irónica y a la vez cómplice estirándole sus labios de boquichico, ufano de saber qué aludía su jefe.

Chávez sonrió también abiertamente, y sin proponérselo, se agolparon en su mente los recuerdos de entrecortadas charlas de milicianos allá en el campamento de Bahuanizo, refiriendo el origen del nombre May Pablo, que para su gusto, abundaba en variantes. Pero en esto de repente recaía la explicación de por qué la gente gustaba de abordar el asunto. Finalmente cada quien estaba en la libertad de creer como mejor le pareciera, o simplemente no creer: …Un milicano llamado Pablo Valdez, muchachote sombrío que siempre se rezagaba en las intrincadas trochas y que llegó un día en el que no volvió a aparecer. ¡No hay Pablo! ¡No hay Pablo! Se dice que fue la voz de alarma generalizada entre sus compañeros, voz que daría lugar a que cada vez que una patrulla pasaba por ahí, se repitiera la consternada exclamación, pero ya en son de mofa, habida cuenta que todos sabían que aquel zamarro había desertado. Desechando por cierto la posibilidad de que hubiese sido cazado por un tigre come hombre. La frase de marras en la rutina coloquial de los revolucionarios derivaría a "nuay pablo", que a su vez, tras algunas jugarretas auditivas se transformaría en May Pablo, nombre que coincidentemente podía traducirse como "tierra de Pablo", y con el que los cervantistas comenzarían a denominar a este peligroso tramo del río Pachitea… Otra versión aludía al hijo de un curaca nativo de estas tierras, llamado Pablo por haber sido criado buen tiempo por patrones mozos, quien al morir en una correría organizada por el prefecto de Iquitos, dejaría acuñada como referencia del lugar la nominación de May Pablo, que en lengua mixta pretendería decir "tierra de Pablo".

La cruda situación del momento le devolvió a la realidad sin predisposiciones románticas para seguir rastreando las historias que al respecto abundaban, y sesudamente se puso a barajar lo que tenía por delante en pro de lo que se le había encomendado en Chonta Isla, la base cervantista en el Pachitea.

La orden recibida en la base de Chonta Isla era entretener el avance de los gobiernistas, con el objetivo de dar tiempo a las patrullas diseminadas en el área a recogerse a la base. "Este silencio está raro", se percató.

—¡Señor! -le llegó la voz de un enlace de comunicaciones.

—Sí, ¿qué sucede?

—El "réplica" que se comunica con el vigía de "el mirador" dice que tiene un mensaje bien urgente.

—A ver, que venga rápido.

—A mi me hadicho que le diga

—¡Carajo! ¡Habla bien pues hijo -se quiso impacientar Chávez con el bisoño joven

—Dice que las patrullas de Ríos y Macedo están desplegándose a lo largo del May Pablo.

—¡Cabrones! —soltó la imprecación Rubén Figueroa—. Por ahí sólo se puede andar como el mono: con rabo y en cuatro.

—La orden es que se reúnan en Chonta Isla –masculló Chávez, consternado. Sabía que en caso de darse en esos momentos un fuego cruzado con los gobiernistas, las dos patrullas aludidas quedarían expuestas y consecuentemente diesmadas.

—Es lo que me ha pedido el "réplica" que transmita señor. Se mantiene en su puesto hasta que reciba nuevas órdenes.

—Tsss… Que le digan al miliciano Vela que trate de transmitir mi orden a esas patrullas para que inmediatamente se retiren a la base. Si es que lo logran también. Ya los gobiernistas nos deben tener a tiro hace rato. ¡Vamos, muévase rápido!

—¡Sí, mi comandante!

El sol, repuesto de su largo periplo por el otro hemisferio, pero con un matiz de invierno en su color de siempre, empezó a evaporar un sofocante vaho que irrumpió con salinos efluvios por los poros puestos a sudar un sudor con olor a monte, un sudor con olor a fiera al acecho, un sudor con extremecedoras emanaciones de inminentes necropsias a mano de insectos y demás carroñeros del monte.

El mensajero de la orden de Chávez ya no tuvo tiempo de cumplir su cometido. Y aún si lo hubiese logrado, en "el mirador", el miliciano Vela ya no estaba en condiciones de retransmitir ningún mensaje. Un tajo certero de cuchillo le había cercenado límpiamente la yugular y su cuerpo yacía en una pose aparatosa sobre la elevada tumba que le reservó la casualidad, en tanto sus fosas nasales y su boca se

llenaban de hormigas y ronsapas.

Se escuchó un estampido seco seguido de un grito lastimero, y luego, un silencio de muerte, aplastante y sobrecogedor, empezó a hurgar en las orejas en un inútil intento de acariciar los tímpanos. Pero fue brevísimo.

—¡Han abatido al "réplica"! -se elevó desaforada la voz del miliciano que hacía unos momentos había estado frente a Chávez. En su consternación traía olvidadas las formas.

—¡Hijos de una gran puta, ya estan aquí! —vociferó enardecido otro miliciano.

—Bien; creo que llegó la hora –murmuró Chávez esforzándose en mantenerse sereno, o por lo menos aparentarlo, irguiéndose presto a dar señales consabidas. Tenía previsto el desenlace.

Mortíferas ráfagas de metralleta comenzaron a vapulear la ribera arbustiva por donde las patrullas de Ríos y Macedo habían intentado emboscarse, y clamores desesperados, entremezclados con gruesas imprecaciones, saturaron electrizantes el viento que, raudo como un niño juguetón de pronto asustado por un padre con correa en mano, regó por las posiciones altas que ocupaba la patrulla de Miguel Chávez, el sobredimensionado eco de la debacle. La balacera allá abajo, en el río, se había tornado infernal.

Un mensajero de Macedo llegó a rastras hasta donde este aguardaba su momento, a informar que el enemigo tenía emplazadas piezas de artillería en dos inexpugnables trincheras y de la inutilidad de enfrentarlos abiertamente. Lo mejor era replegarse a la jungla.

—Dile a tu Comandante que inmediatamente se retire a Chonta -ordenó Chávez.

—Ya no se puede señor.

—¿Qué?

—Estamos copados.

—¡Nos madrugaron bien esos carajos, concha su madre! -se lamentó con un dejo de fatalidad Figueroa, pero reanimándose presto con un escuputajo ladeado y despectivo. Una mueca incandescente marcó luego su boca. Era de esos tercos defensores de causas, que llegado el momento no temen morir. ¡Saben morir!

En esos mismos momentos la copada patrulla de Ríos estaba siendo diezmada fácilmente allá abajo en la orilla escabrosa, pero expuesta del río, sin opción a parapetarse en algún lugar ni a rendirse, cual si sus inermes integrantes fuesen individuos de una manada de huanganas cogidas de sorpresa en desordenada estampida.

—Quédate entonces por aquí muchacho —ordenó Chávez al mensajero.

—¡Por la mierda de Leguía! -laceró los oídos Figueroa-. ¡Tenemos que bajar a apoyarles, ahora señor! —se desesperó el buen lugarteniente, sin creerse él mismo

lo atinado que podía ser su sugerencia.

—Caeríamos todos.

—Pero hay que hacer algo.

—Ya nos llegará el turno, Rubén; es cuestión de esperar. La pelona no necesita que le digan por dónde moverse —Miguel Chávez sonrió torcidamente, celebrando siniestramente su absurdo comentario—. Y no olviden que estamos aquí para retenerlos un tiempo, nada más -hizo seguídamente hincapié. Sabía que si no llegaban refuerzos de Iquitos, tanto a Bahuanizo como a Pucallpa, el esfuerzo ahí en May Pablo y en la misma Chonta Isla, sería en vano.

A eso de las dos de la tarde, los aullidos de los prisioneros heridos que con una piedra amarrada al cuello eran lanzados a las agitadas aguas del rápido, amenazaban quebrantar los ánimos entre los milicianos que aguardaban en las zonas boscosas altas.

—¡Figueroa!

—¡Sí señor!

—Toma diez hombres y hagan una escaramuza rápida hasta el borde del barranco. Escúrranse de pecho, haga cada quién un par de tiros certeros y regresen. Debemos hostigarlos alargando el tiempo para que hoy día no pasen de aquí.

—Comprendido.

—No se dejen cazar por esa metralleta de mierda ¡Muévanse!

—¡Sí señor! ¡A la orden! -mágicamente el miliciano se esfumó entre la coposa vegetación arbustiva donde la patrulla creía estar mimetizada.

—Es hora de que esos "patriotas" sepan que no estamos aquí de adorno -murmuró Chavez, para sí.

Confiaba en que el terreno escarpado donde había tomado posesión constituiría un baluarte a la hora de la confrontación. Tenía la firme voluntad de aguantar hasta el anochecer al precio que fuese, aunque con lo sucedido a la patrulla de Macedo allá abajo, sentía que la reagrupación en Chonta Isla empezaba a tener tropiezos. Pero era la orden recibida y su deber era cumplirla. Se preguntaba, sin embargo, cómo habían podido los gobiernistas instalar su artillería con tanto sigilo y noción de ubicación. Recordó el ruido, por ratos vago y a veces nítido, de los motores de "La Libertad" durante la madrugada, y supuso que pudo haber sido un zeñuelo de distracción.

Cuando los certeros fusileros de Rubén empezaban a retornar a sus posiciones después de haber ejecutado la orden recibida, esta letal artillería se volvió rabiosa contra ellos. El barranco no les permitía acertar a los invisibles francotiradores, pero desbrozaban la maleza que impedía alcanzar con la mirada los fondos del monte alto, e iban apretando las posiciones rebeldes hacia la inhóspita jungla.

Estuvieron un buen rato entretenidos en batir arbustos sin una noción aparente de lo que buscaban, hasta que finalmente las ametralladoras callaron. Un par de milicianos ya no pudieron percatarse de esto. Yacían muertos con la sangre caliente escurriéndoseles aún por entre las desgarradas ropas.

—¡Están bien locos esos cabrones! —se escuchó la voz histérica de un miliciano—. Les pica el dedo a los cojudos, ¿o qué? —refunfuñó seguidamente. Y es que la mayoría ahí sólo entendía el acto de disparar asociado a la cacería montaraz: bala por bala.

—¡No creo que por gusto vayan a desperdiciar tantas balas estos concha su madre! -opinó otro, bastante exhaltado—. tiran adivinando a quién le caiga —acotó todavía asezado.

—¡Puta madre! ¡Verdad pues, ya están aquí esos malditos! —dio la alarma un tercero, cuando los bien pertrechados soldados del capitán Genaro Mattos empezaron asomar por todo lo ancho del barranco costanero, blandiendo amenazadoramente sus grises bayonetas.

La fusilería entonces entró a ensayar su fatídica voz buscando por cada bando mandar a mejor vida a la mayor cantidad de mortales, entendiendo la victoria como una forma de hacer morir al enemigo en su causa. Astillas y hojas pellizcaban la piel en cada ráfaga cuando las balas cruzaban el aire silbando cual cibernéticos moscardones en busca de un alojamiento mortal o invalidante.

Con conmovedor arresto, los hombres de Chávez peleaban con más fervor que con conocimiento del arte de la guerra, pero palmo a palmo los gobiernistas fueron ganando terreno y número de enemigos cegados. Visto quedaba que en aquel día sangriento ninguno de los lados tomaría prisioneros. La pelea aún marchaba trabada en un nutrido intercambio de disparos y cautelosas treguas que podían hacer abrigar una esperanza de triunfo de parte de los cervantistas, pero aquello no se podría mantener por mucho tiempo, y los jefes de ambos bandos lo sabían muy bien.

Guiándose por el correr de las horas, en un momento dado, Chávez creyó llegado el momento de ordenar la retirada. No se podía hacer más a favor de fortalecer la posición en Chonta Isla.

—Quiero una retirada lenta y ordenada, armando emboscadas de tramo en tramo, por lo menos hasta llegar a las trochas —pronunció la orden con acento acerado. Temía en su fuero interno que si los mandos medios ejecutaban el repliegue dando la espalda, pocos alcanzarían salir con vida.

—¡Sí señor!

—Transmita la orden miliciano.

—¡Sí señor!

Poco a poco el ruido de los disparos fue espaciándose hasta que después de unos minutos, reinó una aparente calma. En realidad, un silencio espantoso.

Comprendiendo que el enemigo se alistaba a una retirada estratégica, el capitán

Mattos ordenó el asalto a la bayoneta, que era simplemente dar muerte en silencio, y todos sus disciplinados soldados, lanzando de inicio un bárbaro grito de combate, arremetieron encorvados hacia la jungla.

Cuando sus avanzadillas lograron enganchar a los milicianos que iban rezagados, supo que su triunfo sería completo. Algunos lograban hacer un último disparo, otros se defendían como labriegos con largos machetes llamados "chafalotes", pero al cabo, terminaban sucumbiendo irremisíblemente ante la mejor preparación de sus valientes soldados.

El eco de los feroces combates cuerpo a cuerpo aturdía a Chávez, que dudaba en seguir retirándose dejando en aquellos suelos derramada la sangre de sus compañeros. Pero la orden estaba dada, y nada que hiciera ahora lograría reagrupar a sus huestes puestas a alcanzar las trochas por donde llegarían a sus respectivos bajeles.

La bóveda vegetal había empezado a ensombrecer los laberintos encerrados en ella siguiendo el horario de su precoz ocaso, y el eco de las aisladas reyertas que aún se oían por ahí un tanto espaciadas, inexorablemente fueron dispándose engullidas por la rutina de esa tierra salvaje, hasta acallarse por completo, como si dioses sanguinarios se hubieran cansado de hacer gula en la matanza.

De esta manera, y prácticamente con la noche encima, uno a uno los exhaustos milicianos fueron llegando a sus camufladas canoas.

Cuando Chávez llegó al lugar de embarque, acompañado de Rubén, el lugarteniente, y otro miliciano de apellido Zagaceta, sólo cinco hombres de rostros sombríos aguardaban perplejos la orden de echarse a bogar río abajo.

—Esperaremos un rato más —ordenó.

—Ya se hace de noche, Comandante.

—Esperaremos.

Presos aún de la tensión experimentada, concientes de que eran muy pocos para no abrigar la esperanza de que algunos más pudieran haberse salvado, dócilmente se acomodaron en las panzudas canoas echadas prestamente al agua, y aguardaron con reverente silencio.

El blanco fuste de una joven muena que se elevaba confiada al pie de la trocha y expuesta a los niveles altos de las crecientes, enjugó todas las miradas involucradas en ansiosa espera, y dejó que en su corteza se tatuaran los invisibles nombres que las mentes atinaron recordar.

"La jodida guerra se come a los hombres en mesa servida por hombres", pensó con cierto fatalismo, Chávez. Y así, después de unos treinta minutos de estar compelido a volver por la trocha a buscar a algún compañero herido, comenzó a conceder crédito al presentimiento de que ahí, en May Pablo, se había abierto la primera tumba de la revolución. Superticioso no era, pero, ¡carajo! Las armas que estaban en manos de los otros, daban ventaja a Mattos.

Cual si fuese un combatiente inexperimentado, por un lábil momento cayó presa del abatimiento, e inclinando con desazón el rostro ardiente, transitó en secreto su propia "noche triste".

—Shshtt… Parece que se acerca alguien —susurró delante de él Figueroa, cogiendo por reflejo su fusil y haciendo señas a los demás para que guardaran silencio.

—Parece que es uno nomás —aventuró Zagaceta aguzando el oído—. Huir en el monte así en grupo, es imposible -intentó animarse, tacitando la llegada de otros.

Terminaba de hablar, cuando a la altura de la muena se perfiló la silueta de un hombre. Era un miliciano que se acercaba cojeando.

—¡Ayúdenle, rápido! –ordenó Chávez.

El herido fue ayudado prestamente a acomodarse en la canoa del jefe, que inmediatamente se puso a interrogarle.

—¿Cuántos más vienen?

—Ya nadie más, mi Comandante –respondió todavía sin resuello el recién llegado.

—¡No puede ser! ¡Imposible! —contradijo refléjamente el lugarteniente, más por esperanza que por convicción—. Zagaceta tiene razón —atinó a acotar al rato, como si resara, mirando de reojo al aludido.

—Todos han caído; ya no quedan más.

—Entonces... –Chávez se alisó los desordenados cabellos con ambas manos.

—Ya no hay nada más que hacer aquí Comandante —afirmó con fatalidad el herido.

—Bien; boguemos entonces todos a Chonta Isla ¡De una vez, vamos! –ordenó entonces él, con evidente aflicción y ensombrecida la mirada, pero resignado ya a echarse a la espalda todos sus pesares.

Los bogas inmediatamente maniobraron con habilidad y energía a favor de la corriente, y las canoas se deslizaron como sombras sigilosas, río abajo. Al menos contaban para resarcir el alma le haber detenido el avance de los gobiernistas por este día, tal como se les había ordenado.

La fresca brisa paseandera desatose de la noche para posar su húmedo bálsamo sobre los rostros aún afiebrados, y las pulsátiles carótidas pudieron entonces atrapar mucho mejor la hemoglobina oxigenada para perfeccionar los pensamientos lúcidos, por cierto, nada consecuentes con condolencias. Estaban en guerra.

Miguel Chávez se permitió relajarse un poco estirando sus piernas cuan largas eran —que las tenía semi adormecidas hacía buen rato—, reencontrándose con su acostumbrado compás de reloj exacto y con su característica áurea serena que reposadamente le indugeron a contar las pocas estrellas que el encapotado cielo le consintió. Al menos podía consolarse con haber cumplido órdenes.

Abajo, en Chonta Isla, sus jefes aguardaban ansiosos las noticias de lo acaecido

aquel día en May Pablo, y sumamente extrañados por la tardanza de las patrullas de Ríos y de Macedo a las que se les había ordenado estar de regreso a más tardar al promediar la tarde, y que aún no estaban. Obviamente no estarían jamás.

Sabían, por cierto, que el tiempo corría hacia su plazo inevitable para la confrontación decisiva en el Pachitea, y era necesario contar con todos los efectivos con capacidad de empuñar un arma para poder tentar una defensa exitosa, un balance favorable para los objetivos de la revolución. De los buenos resultados en Chonta Isla dependía el fortalecimiento de los bastiones revolucionarios en el Ucayali, así que no podían ni siquiera suponer una derrota. Pero las horas estaban cargadas de preocupación. En una guerra la esperanza de triunfo parte de una buena logística, y evidentemente la situación en este sentido no era de la mejor.



III

Fidel Reátegui Valera se encontraba sentado en el porche de la amplia casa patronal que mandara construir con tablones de buen ishpingo —que debido a su aserrío a mano daban a la edificación una apariencia semi rústica vista como a través de una fluida cortina de miel silvestre—, y su rostro de rasgos altivos y ojos escrutadores traducía a plenitud el orgullo que sentía por ella. Era sin duda una soberbia casa, al punto que resultaba exageradamente llamativa en contraste con las otras dos viviendas de grises ponas donde la peonada y los "cholos" —como solía llamarse por entonces a los nativos— tenían independientemente sus habitaciones de descanso. No dejaban de ser cómodas, evidentemente, pero parecía que hubiesen sido construidas para parecer adrede de menor rango. Y detrás de estas, otras construcciones de diversas dimensiones constituían los establos, el trapiche, los gallineros, el alambique, el horno y los almacenes. Con todo, la proyección del conjunto era armónica y dejaba trascender una laboriosidad disciplinada y pujante.

El adusto patrón limpiaba parsimoniosamente su bien conservado rifle Winchester 44 —legado de sus tiempos de implacable cauchero por los ríos Purús, Tambopata, Colorado, Tahuamanu y Heath—, ajeno al parecer por en cuanto a aquellos tiempos durísimos en los que enfrentarse a muerte contra brasileros, bolivianos y propios connacionales puestos a piratear en los ríos y a usurpar violentamente la tenencia de los bosques en la cuenca del Madre de Dios, significaba seguir vivo, tanto en los shiringales como en las rutas hacia los centros de comercialización y acopio.

Corajudo e intransigente hasta la contumacia, seguía convencido de que las cuentas de honor y las susceptibilidades debían saldarse a tiros. Obviamente no tan expeditivamente como en las venganzas de antaño, pero sí, con la misma conminación de por medio. Cierto que ahora ya reposaba sin esa pegajosa sensación de la inminencia del peligro en la que reconocía su íntima naturaleza, pero de esto, a sentirse otro, tendría que haber sido un asunto de auténtica conversión cristiana, y él no estaba para tanto.

Ahí, amo y señor de su próspero fundo llamado "Bello Horizonte", situado a dos vueltas río arriba de Masisea, en la margen derecha del Ucayali, usufructuaba sin mayores sobresaltos los frutos de un trabajo esforzado de años, aunque sin dejar de incubar calculadamente situaciones de peligro, como él decía, para "tranquilidad" de su espíritu.

Sólo durante la asonada cervantista había llegado a temer complicaciones fuera de control que hubiesen podido reencontrarle con sus violencias más homicidas, pero la asonada no pasó de ser un juego de guerra más en la larga y compleja historia de la Amazonía, y la calma primó finalmente. Eso sí, el sistema económico que sostenía al fundo pareció tambalearse un poco debido a la circulación de unos billetes que no servían a nadie y a las presiones a las que se vio expuesto por negarse a pagar cupos a favor de la insurrección, sin embargo, con sus llamadas Libras Esterlinas de oro, pudo más bien sacar algunas ventajas de la crisis, y luego, el comercio del algodón ya vino a salvar definitivamente la situación.

Si bien Pucallpa aún convalecía de su sangriento protagonismo como escenario de cruentos combates en la mencionada rebelión, Masisea, que era a donde acudía a

transar sus mejores negocios con comerciantes llegados de Contamana Requena e Iquitos, parecía florecer sin ningún impedimento.

Era oriundo de Rioja, un importante pueblo en el departamento de San Martín, desde donde, junto a sus hermanos Artime y Blas, y con la misma ilusión de muchos paisanos tarapotinos, moyobambinos y lamistos que buscaban mejores condiciones de vida aventurándose hacía el oriente, pasaría a ser uno más en la marejada migratoria que inundó la cuenca del Ucayali a fines del siglo XIX desde San Martín, en unos casos, a través del varadero descubierto por los misioneros franciscanos en el año de 1,792 por la ruta del Cushabatay, y en otros, completando la ruta del Marañón, hasta Nauta.

Desde la independencia, hasta aproximadamente el año de 1,836 los sucesivos gobiernos habían trazado como objetivo amazónico de máxima importancia su completa demarcación política, y el papel de las misiones religiosas, en cuanto a esfuerzo y perseverancia para coadyuvar a lograrlo, no dejó de ser importante aún cuando esta participación se redujo a la de los franciscanos. Los jesuitas que llegaron hasta el río Pisqui, ya habían abandonado forzadamente la Amazonía a mediados del siglo XVIII. Sin embargo, a pesar de algunas entusiastas iniciativas por fortalecer la presencia del Estado como catalizador de un real y plausible desarrollo en la región sobre la base de la demarcación como objetivo, en los años que siguieron, para el poblador amazónico común poco o nada cambió a favor de su rudimentaria forma de vida. El aislamiento y la postergación siguieron acunándolo y criándulo con una percepción desligada del Perú histórico. Y Fidel Reátegui Valera, tal vez sin ser ya un poblador común, era un amazónico.

Su cuñada María Nicanora, esposa de su hermano mayor Artime, también se vino con ellos, al parecer convencida que eran mejores todos los peligros a una angustiosa espera, completando de esta manera un circulo familiar de lazos fuertes en sus vínculos afectivos, tanto así, que él y Blas, eran también celosos guardianes de su integridad y tranquilidad.

Su memoria, sumergida con lastre evocativo hasta estos tiempos, le dio licencia para cerrar con falsa somnolencia los ojos y desconectarse de la rara sensación que le producía el Ucayali discurriendo con soberbia al filo del barranco...

... En los lugares en que tenían que pernoctar después de cada jornada de travesía, que a veces incluía días con sus noches enteras, templaban sus níveos mosquiteros flanqueando al hermano mayor a modo de blindar su entorno, aunque también bajo riesgo de atestiguar en ese silencio —perturbado usualmente sólo por el agudísimo sonar de los zancudos y uno que otro borborigmo ventral—, los susurros, los jadeos, las tiernas exhalaciones de amor trascendiendo del lugar protejido. Pero era parte de lo que estaba bien, y suspirar no les exigía recato alguno.

Cuando el placer de estos esporádicos cultos corporales alcanzaba con sus tumultos delatores interrumpir sus cavilaciones sobre el porvenir, se dejaba dócilmente embargar por un laxo sentir que se placía en el sólo hecho de que su hermano estaba feliz y que todos estaban juntos. Su sentido familiar era fuertemente cohesivo.

Los tres eran blanquiñosos, de pelo castaño ensortijado, ojos como pulpa de uva y

altos como torres. Maria Nicanora en cambio era menuda, de rasgos delicados, e igualmente castaña y clara de piel, pero con unos ojos algo más azules que un par de trozos de hielo antártico, legado de sus antepasados españoles que recalaron en los pisos altos de Lamas, y a los que según ella, los indios del lugar llamaban wiracochas, por ser blancos. Ojos muy apacibles y bonitos, sin duda alguna, pero que solían tornarse congelantes apenas alguien la tildaba de lamista, pues tercamente insistía que para hablar con propiedad se debía decir lameña, y punto. Un rasgo recesivo este de sus ojos claros, que merced al aporte mayoritario de tonos café de los hiernos y nueras que le tocarían en suerte, iría perdiéndose de la memoria genética. Sólo contados descendientes harían recordarla por esa llamativa mirada.

Acariciando suavemente la culata del Winchester, Fidel Reátegui sonrió hasta un tercio de sus incisivos algo atrisionados, al recordar aquello -gesto que repetiría hasta el final de sus días por ser una de sus terquedades frente a sus recuerdos-, pues siempre se ponía de buena gana evocando el simplón detalle, porque Nicanora, a despecho de su histórica conciencia de raza y su rancio castellano, era una consumada parlante del quechua sanmartinence.

...En el mes de setiembre de 1,886 fecha en que llegaron a Iquitos siguiendo la ruta del Marañón, su hermano mayor contaba con veintidós años, Blas, el segundo, con veinte, y él estaba próximo a cumplir los dieciocho años. Aparentemente edades acomodadas para jóvenes bisoños, pero eran tiempos en que la expectativa de vida era otra y donde el que no se apuraba en madurar, perdía.

Ese año, al igual que en los anteriores, la navegabilidad al interior de la selva carecía de un control policial que pudiera obstaculizar el traslado de menores de edad de un departamento a otro sin un permiso correspondiente, y tanto Blas, como él y María Nicanora, carentes de tal requisito, no tuvieron mayor problema de hacerlo. ¡La selva era tan grande!

Artime tenía un carácter apaciguado, muy reflexivo para toda decisión, y podía decirse que hasta dócil en su relación conyugal. Blas por el contrario, era un típico humano extrovertido, muy alegre y locuaz —demasiado para su gusto—, que había que estar sofrenándolo para que no cometiera una indiscreción, uno de esos deslices lenguaraces capaces de exponer hasta la seguridad.

Él era taciturno, parco y a veces hasta hosco, así que tratar de pasar desapercibido era su vocación. No congeniaba con la predisposición de Blas a embromar y tomar el pelo, pero admiraba su capacidad de relacionarse rápidamente con todo el mundo. Con Artime, en términos generales, podía decir que se llevaba bien; no tenía problemas con él. María Nicanora solía decirle “chuncho”, cuando le veía reposar silencioso y distanciado del grupo, aunque tal aparente desapego no entrañase despreocupación.

A pocos días de haber llegado a Iquitos —ciudad pujante y europeizada por el fluído comercio que vía el Amazonas brasilero y el Atlántico se gestaba—, estando absortos en la contemplación de la salida del río Nanay al gran río, acaso algo mellados por el cansancio, la nostalgia y la incertidumbre, se encontraron con algunos paisanos que andaban buscando algún medio de transporte para remontar el Ucayali. Tras breve conversación, les dijeron referencialmente que los pocos

vapores que surcaban por este río sólo llevaban a militares, a exploradores, o a investigadores, así que lo único que les quedaba era contratar fuertes bogas dispuestos a afrontar la larga travesía. Aquí es donde el nombre de Contamana se les cruzó en el camino y les sedujo a hacer lo propio, emulando sin sobrevaluar protagonismos a tantos paisanos que les precedieron en la colonización del Ucayali.

Varios días conversaron sobre qué más podía convenirles, si remontar este río, remontar el Marañón, o quedarse en Iquitos a ver en qué podían trabajar. Finalmente se pusieron de acuerdo que valía la pena arriesgarse a surcar el río turbio, y tras ponerse en contacto con unos hercúleos remeros, señalaron el día en que Iquitos también quedaría atrás. Desde ese momento, navegar hasta Contamana al encuentro de su destino, sería un entusiasta ajetreo que culminaría días después en la mismísima tierra de las contas.

El viaje resultó largo y tedioso y por momentos pareció que se tornaba interminable. Mirar el borde de la canoa con la referencia del agua recortándose hacia la popa producía una ilusión de velocidad que al levantar la mirada hacía la orilla se trocaba en una frustrante estática que antojaba inútil todo esfuerzo de los remos por avanzar. Pero que avanzaban... ¡Claro que avanzaban!

Tal vez debido a que sus corazones todavía no aportaban sentimientos en el reconocimiento de la nueva tierra y a que sus memorias mantenían frescas las vivencias al seno del hogar, es que surcar el Ucayali les demandó rebuscar en sus meollos un adicional de templanza a todos: verde y más verde hacia los cuatro puntos cardinales, golpes de remos, zancudos, mosquitos, calor, lluvias, barrizales, silencios, imprecaciones, incertidumbre, emponados, mosquiteros, impaciencia, hipermnesia crispando nostalgias por el terruño…

Aunque el río estaba en franca época de creciente por el advenimiento temprano de la temporada de lluvias y permitía por ello abreviar trayectos en algunos de los grandes meandros, la lentitud y la monotonía de la sumatoria de verdes desfilando sin principio ni fin sobre sus pupilas, pusieron a prueba el dominio que creían tener sobre sí mismos para mantenerse la mayor parte del tiempo en el reducido espacio de la canoa sin dar pie a las rencillas, a las intolerancias recíprocas, ni al desánimo.

Proveniente de la casa patronal se escuchó un disparo. Nadie se perturbó a sabiendas de lo que sucedía. Sólo un pequeño campita se asomó a la carrera a cumplir lo que siempre hacía después de oírse una detonación igual, procedente del porche de la casa patronal.

—¡Lucas! –llamó al comedido cholito que siempre atisbaba sus reposos ahí en el venteado porche.

—Aquí estoy, papá.

—Recoge ese loro y llévale a tu mamá para que les haga un caldo.

Efectivamente, cada vez que se sentaba ahí a entretenerse cavilante con sus pensamientos, alguna bandada de aves comestibles coincidía en cruzar el espacio viniendo desde la otra banda del río, y entonces, aprovechando su camuflada posición, repetía la letal puntería que siempre había sido endiabladamente buena.

Casi siempre eran loros los incautos, que apenas ser abatidos y caer pesadamente sobre el pastizal, pasaban a dar gusto al caldo de los aborígenes que laboraban en la casa. En esta ocasión, Lucas regresó trayendo uno robusto, de cabeza azul, de esos que por lo general son un poco lerdos para aprender a hablar.

—¡Anda, llévale rapidito so zamarro! –le ordenó imperativamente, aunque divertido con la chispa del párvulo, volviendo después a sumergirse en sus recuerdos.

... Por boca de los hieráticos remeros, a los que la resolana no les afectaba lo más mínimo gracias a una piel curtida y densamente cobriza, supo el nombre de todos los lugares que fueron dejando atrás, en algunos de los cuales tuvieron que pernoctar.

Gracias a la locuacidad y amena conversación que uno de ellos ensayaba de cuando en cuando, rápidamente estuvieron enterados de los nombres que se suponía tenían cierta importancia a lo largo de la ribera: Yucuruchi, Tamishiyacu, Tierra Blanca, La Pedrera, Requena en la boca del Tapichi, Dos de Mayo, El Puynahua, Orellana y algunos otros sitios de inevitable referencia para cualquiera que se preciara de haber sido boga en el Ucayali.

Estos hombres demostraron un intuitivo conocimiento de la atmósfera para predecir vientos y aguaceros en un día de aparente calma o en una noche estrellada, un agudo detallismo para interpretar peligros en las traicioneras correntadas, una extraña facultad psíquica para pasar desapercibidos cuando callaban, una prodigiosa capacidad de estarse tras los remos por horas interminables, y una fidelidad al horario de los pajarillos al amanecer y de los loros en el ocaso para medir el plazo de su faena. Estaban hechos a la medida de su oficio.

Cuando llegaron a Contamana, casi finalizando octubre, sintieron un relajante alivio de haber sorteado con bien la peligrosa travesía, y una especial gratitud por estos sencillos hombres de río, que una vez saldado su flete, se alejaron bromeándose con la más fresca desenvoltura y disipada despreocupación.

Con cadenciosas contas adornando las laderas de sus cerros, con su curiosidad ribereña y sus incipientes ajetreos de hito comercial en la cuenca, que ya hablaban de la presencia judía en el lugar, la encantadora villa les recibió cual experimentada doncella abrumada de pretendientes, como confiada mariposa degustando sin apuro los néctares de su vergel de origen.

Artime, al igual que Blas, se quedaron tan encantados apenas hollar su suelo, que al rato, sin saber siquiera dónde dormirían aquella noche, ya andaban haciendo planes para establecerse. En cambio él, nada seguro aún de lo que tenía que buscar, se mantuvo cauteloso, procesando en silencio y muy a su modo, sus propias motivaciones. Y tuvo que ser él, quien después de tanto buscar, encontrase espacio para pernoctar en la destartalada casa de una solitaria pareja que dijeron haber crecido con el mismo pueblo.

¡Contamana!, vocablo shetebo que, en el decir de los parlanchines anfitriones, encerraba un significado que describía lo que se veía en el lugar: “palmeras de conta creciendo en las laderas”.

—Tendrán que acomodarse aquí en el emponado de la sala —les dijo el hombre de

la casa, refiriéndose a un amplio entablado sin paredes.

—Es suficiente —opinó Blas.

—Aquí entran facilmente hasta cinco familias —convino Artime, todo alentador.

—Bueno; mi compadre también ha llegado de visita, así que él también estará templando su mosquitero cerca de ustedes.

—No hay problema.

—Si desea, la señora puede acomodarse aquí adentro; no sé, usted dirá... —el dueño se refería al único cuarto existente utilizado como dormitorio.

—Aquí estaremos bien; no se preocupe —agradeció Artime, entendiendo que allí no estarían mucho tiempo y que lo mejor era conservar las distancias.

Aquella noche, a su hermano Blas —proclive como siempre a estar jueguetonamente risueño—, le costó penurias no parecer irrespetuoso con el dueño, pues abierto a la risa que le llegó a mosquitero lleno en medio de aquel peculiar sonido que trasendía del cuarto, no le quedó más remedio que hacer "paperas" para no parecer escandaloso y burlón. Aunque de todas maneras, no pudo finalmente evitar que los demás descifraran su estado hilarante.

A eso de unos veinte minutos para la media noche, del cuarto empezó a trascender un rítmico sonido de pistoneo calmo, de caminata en chupaderos, de vajina floja y húmeda siendo penetrada, que apabulló los agudos decibeles de los perturbantes zancudos. No quedaba duda de que ahí se estaba perpetrando algo más que una cuestión de piel.

Al día siguiente, como si su carácter tuviese perentoria necesidad de nutrirse con sandeces de este tono y color, Blas le diría burlonamente que a él le había despertado un "choploc-choploc" repetiéndose desvergonzadamente en medio de un lastimero jadeo, y que de ahí ya no había podido conciliar el sueño. "¡Bien mañosa es todavía la abuela, ah!", susurraría con burlón sigilo. Pero viendo que él no le correspondía con sí ni con un no, volvió a la carga para referir la participación del compadre de la pareja, quien, a eso de la media noche, había llegado bastante mareado entonando entre dientes tonadas vernaculares. Ya en su mosquitero, prosiguió murmurando diluvianas estupideces, hasta que por fin, el sueño terminó venciéndole. Sus ronquidos sonando a rabiosos conjuros, así lo revelaban. Sin embargo, al momento del delator "choploc-choploc" —esto, estricta referencia de su hermano, poco atinado al referir onomatopeyas—, se despertó sobresaltadamente y se puso a llamar la atención de los demás desde dentro su mosquitero.

—¡Compadre! ¡Compadre! -llamó con apremio.

Siguió un pesado silencio.

—¡Compadre! ¡Compadre! —insistió el borrachín.

—¿Qué pasa compadre? —contestó finalmente el dueño de casa, con voz impaciente y agitada, no por eso menos quejosa.

—¡El chancho creo que se está comiendo tu masato, compadre! —explicó convencido y bien intencionado el ebrio.

—¡No seas huevón, compadre!

—¡Oy, qué es eso, compadre! Te estoy avisando nomás, por sea caso.

—¡No seas cojudo; así suena cuando se tira! –replicó aparentemente muy mortificado el dueño de casa, sin importarle ya los testigos. Fue contundente.

Para entonces ya su hermano Blas se desternillaba de risa dentro su mosquitero. Y eso sí él escuchó.

Cuando el casero hizo su aparición en esa especie de terracilla donde sólo el mosquitero del compadre borrachín se mantenía templado, todos tenían un semblante guasón imposible de disimular. Estaba claro que no se quedarían ahí ni una noche más.

—Tenemos que irnos a otro sitio, creo —propuso Artime, apenas despertar.

—¿Por qué? –preguntó él, desganado.

—El fulano parece no haber hecho "del cuerpo" al menos veinte días. ¡Mírenle!

—Lo que ha hecho es otra cosa -contestó Blas, y se puso a reir

Después de este anecdótico evento, permaneció dos años con sus hermanos en la pujante Contamana, invirtiendo con tino ahorros y ganancias, en todo lo que supusiera un buen negocio.

Comerciaban con herramientas de agricultura, con accesorios de pesca y caza, con fruslerías para la vanidad de las mujeres, y hasta con algunos medicamentos, especialmente vermífugos. Así mismo, intermediaban en el negocio del pescado salado y la zarzaparrilla, una planta esta de raíces atípicas rojas utilizada con fines medicinales con muy buenos resultados, y empezaron a hacerse eco de lo bien que podía irles como regatones en la zona del Tamaya, el alto Yurúa y el Pachitea.

Debido a su carácter voluntarioso y arriesgado, finalmente estas alentadoras referencias terminaron por convencerle de emprender la partida de cara al Sur, aparte que ya venía desde buen tiempo atrás sobresaltado por algunos irreverentes pensamientos incubándose hacia su cuñada, y deseando huir de esos demonios que le hacían sentir cosas incomprensibles, así como desconfiar de los castos sentimientos que suponía le inclinaban hacia ella. De esta manera, a finales de 1,888 contando con lo suyo del producto de la sociedad con sus hermanos, se embarcó hacia las tierras del Sur, confiando en volver algún día con más fortuna y con menos sobresaltos respecto al celo con que protegía a María Nicanora, en ausencia de Artime. Sólo una fugaz mirada hacia atrás resumió su gratitud por lo que recibió de Contamana, pueblo símbolo de la Amazonía, que dieciocho años más tarde atraería hacia sí la música del vals "Leonor" de Alejandro Mera del Águila —tocada por éste con tanto éxito en el que fuera el teatro "Alhambra" de Iquitos—, adaptada ya a la sentida letra que Javier Torres Navarro compusiera exprofesamente para rendirle homenaje, acaso subliminalmente deseoso de que "Leonor" fuese reconocida como

"La Contamanina"…

—Papá Fidel —le hizo dar un respingo la vocesilla del pequeño Lucas.

—¡Zamarro!

—Papá...

—¿Qué quieres?

—Ya está el caldo de loro.

—Ja, ja, ja... —se rió con ganas.

—¿Te traigo un poco papá?

—Tú ya no debieras comer eso, igualante.

—A mí me gusta, pues —le replicó todo fresco y muy suelto de huesos el despierto campita.

—Pero el loro te ha hecho habladorcillo... ¡demasiado!

—¿No vas a querer papá?

—No; anda nomás cholito y dile a tu madre que les haga probar a todos los que pueda, si es que alcanza después que tú pases por la olla… Ja, ja, ja…—ordenó entre risas al fresco rapaz, refiriéndose a los demás niños nativos que crecían en el fundo, quedándose otra vez a solas con sus cavilaciones.

... Se veían pasar de vez en cuando frente a Contamana —si es que no anclaban en su malecón—, uno que otro solitario vapor con su penacho humoso descifrando despedidas, rumbo a las zonas altas del Ucayali. Pero en ellos, tal como les dijeran sus paisanos en Iquitos, sólo se trasladaban militares y hombres de ciencia en misión de exploración, como Carlos Fry, Luis Woff y Carlos Pérez, que ese año habían estado registrando valiosa información en los cursos de los ríos Pichis, Pachitea y Ucayali. Tal vez con el tiempo —fue lo que pensó entonces—, gente como él podría transportarse en uno de ellos, aunque sea en una de sus albarengas.

Cuatro días con sus noches estuvo navegando sobre el brioso curso del Ucayali, dándose apenas tregua para descansar en las horas de cerrada oscuridad, dormitando con estremecimiento de párpados en la inquieta sensación de ser arrastrado por la corriente con la canoa a la deriva.

Al amanecer del quinto día, a las pocas horas nomás de haber iniciado la boga, sus tres compañeros de viaje, dos moyobambinos y un iquitino, se relajaron con los remos al divisar una hilera de casas típicas a lo largo de unas tierras altas que dijeron se llamaba Pucallpa. Aquí habitaban poco más de ciento cincuenta personas, que aunque tímidamente y de repente sin noción de ello, iban esbozando ya la formación de un eje urbano producto de la coalescencia de remanentes migratorios y de establecidos núcleos nativos que seguían llamando al lugar May Jushín.

De una sola ojeada se atrevió a vaticinar que ese villorrio estaba en camino de

constituirse en un punto obligado de arribo y permanencia para muchos itinerantes que remontaban el Ucayali, evidentemente a expensas de estar más cerca que Masisea — la villa de más importancia en esa parte de la ruta—, a la capital loretana. Todos aquellos viajeros que pasaban con destino al Yurúa, al Pichis o al Ene, y que de pronto desistían, empezarían a escogerla para recalar en ella sin plazo de partida.

Sus compañeros fueron enganchados a los pocos días por un patrón shiringuero del alto Yurúa, quien dijo que les llevaría a un lugar llamado Abujao, o "esqueleto de manshaco" según la traducción que dio el mismo fulano, quedándose solo y a la espera de alguien que pudiera llevarle al Purús, o al Madre de Dios, ríos en los que se decía, el caucho y el oro estaban al alcance de los atrevidos, nada más. Hermosa alegoría para los deseos de alguien con espíritu aventurero como él, sin duda.

Como en los siguientes cuatro tediosos días no pasó nada que fuese satisfactorio a sus expectativas, surcó a Masisea, un pueblo que, acorde con la información de los bogas que le trasladaron, no excedía entonces el centenar de habitantes, a despecho de su reconocida importancia en el Ucayali. No le dio importancia al asunto, habida cuenta que su intención no era recalar allí.

Apenas avistarla sobresaliendo en las tierras altas donde un mítico guerrero llamado Maziziú —cuento de los bogas—, dice que pretendió plantar su propia tribu, empezó a percatarse que algunas tierras ribereñas aledañas eran verdes tableros a salvo de inundaciones, muy propicias para la ganadería y la agricultura, y que estaban ahí prácticamente gratuitas, invitando a que simplemente se las trabajara debidamente.

La primera noche fue asaltado por una crisis nostálgica que le hizo querer volver a Contamana, con sus hermanos, y en tal estado de ánimo la tozuda evaluación de su situación contribuyó a deprimirle más. Todo estaba siendo gasto hasta el momento, y la posibilidad de llegar al río Madre de Dios se veía improbable. Esta vez sí, volteó varias veces hacia donde suponía estaba Contamana. El bosque y el cielo le dieron el alto, pero su mente descolló los impases y voló y voló hasta presentir la confiable égida familiar cubriéndole de bienvenidas.

Varios días anduvo fisgoneando ociosamente por los estrechos caminos que se internaban hacia las chacras desde el caserío, mientras dentro de sí iba tomando cuerpo la idea de estarse en algo, de invertir los ahorros que menguaban día a día, en alguna actividad. Finalmente, decidió entrar a regatear una chacra que un paisano sanmartinense estaba vendiendo para volverse a su tierra, y jugarse por la construcción de un fundo.

Durante tres años, con la ayuda de eventuales peones y nativos sobrevivientes de infames correrías, se dedicó a hacer de "Bello Horizonte", un fundo digno de referenciar en la ruta fluvial del Ucayali, sin dejar de estar alerta en otros circunstanciales negocios de rápido rédito.

Trabajó con laboriosidad de buen peón y disciplina de capataz impío, hasta que los pastos y los sembríos útiles en hojas, tallo y raíz, reverdecieron como bendición sobre sus tierras.

Al segundo año, y ya en contacto con sus hermanos, también entró con fuerza a la habilitación de regatones que luego se dirigían al Imiría y al alto Yurúa con

mercadería y dinero gravado con fuertes intereses.

Para el año de 1,891 a la temprana edad de veintitrés años -aunque aparentaba unos cuantos más-, digamos que ya había prácticamente amasado una solvente economía personal, con la que podía facilitarse un cómodo sedentarismo de hacendado. Pero era el caso que nunca había dejado de lado su intención y sus bien calculados planes de llegar a las tierras fronterizas de los ríos Purús y Madre de Dios —tan meticulosamente concebidos al salir años atrás de Contamana—, y no había día que no se parase buen tiempo al pie del barranco a mirar las aguas que venían del Sur, alentando a todas luces la fijación insomne marcada en su mente sobre la posibilidad de una pronta partida.

Los aprestos no resultaron tan sencillos como supuso al principio, debiendo postergarse el viaje hasta el mes de mayo del año siguiente. Entonces, recién también tuvo claro quiénes partirían con él en pos de las riquezas que el caucho y el oro prometían, y quiénes se quedarían inmersos en la ansiedad tras sus noticias y con la nada fácil responsabilidad de cuidar y prosperar el fundo.

Casi todos los cholos de origen piro y campa, así como seis peones, llamados "mozos" por los nativos, pasaron a conformar la expedición. Entre aquellos, que sumaban veintidós, se incluyó a una agraciada chola, de unos veinticuatro años, que se llamaba Natividad Tutusima, para su compañía y servicio personal, debido a sus hermosas formas y a su esterilidad. Le gustaban las nativas, y con ellas no se sentía adúltero.

Despuntando el alba de ese 31 de mayo de 1,892 y coincidiendo con el advenimiento de la temporada de vaciante, la nutrida expedición enrumbó proa hacia el Sur, en seis repletas canoas que canteando la orilla fueron alejándose hacia la boca del Pachitea.

Su capataz, rodeado de los peones y los cholos que quedaban a su cargo, se mantuvo agitando la mano en el borde del barranco en señal de sentida despedida, hasta que las canoas fueron nada más que seis manchitas parpadeando en el horizonte...

IV

Habían transcurrido veintitrés días desde la contundente victoria en May Pablo -nominación que Genaro Mattos, el victorioso capitán gobiernista, prefería reemplazar por la de "No hay Pablo"-, y se podía decir que la "limpieza" en el área era completa. Psicosocialmente, un aporte de buen peso a la predispuesta longevidad de Leguía en el poder y a su política de definición de fronteras.

Enterrados sus pocos muertos, curados sus heridos y recuperados sus enfermos —expuestos desde que entraran a la selva baja, a la terciana, a la disentería, e icluso a la uta—, la hueste expedicionaria se aprestó a lanzarse al asalto de Chonta Isla. Su jefe había considerado que la tregua era suficiente y dio órdenes para movilizarse hacia el siguiente bastión cervantista. Sin embargo, prudentemente dejó aún sin desmontar las piezas de artillería de las dos trincheras utilizadas en el enfrentamiento de ese pasado 1 de noviembre, a fin de dejar constancia de que aún ante cualquier revez, ahí sería su límite de retroceso.

Buscando consolidar una sólida avanzadilla antes del ataque que suponía definitivo en el Pachitea, despachó adelante un contingente de élite en cuatro botes bien pertrechados delante. Después, tomándose todo el tiempo que consideró necesario para echar a navegar también su potente lancha, se puso a dar órdenes tácticas a todos los que entrarían con él al combate. Entre indicaciones y arengas, recordó lo que había leído sobre el levantamiento armado del 2 de mayo de 1,898 en Loreto, al mando del coronel Ricardo Seminario y Aramburú, que apuntaba igualmente a una revolución separatista, y encajó la mandíbula al imaginar la cara que debió poner el presidente Nicolás de Piérola —llamado "El Califa" por sus seguidores—, al enterarse de la asonada.

Hasta el 26 de noviembre estuvo amagando ataques con el fin de quebrantar el ánimo de los insurgentes, pero a la vez evaluando qué tan bien organizado podía estar el enemigo para plantearle una resistencia eficaz. Y definitivamente, durante estas operaciones preliminares, digamos que de provocación, pudo comprobar que la situación de sus adversarios era precaria en términos bélicos, y decidió que la hora de entrar a combatirles, había llegado. El ataque quedó dispuesto para el día siguiente.

La noche pasó furtiva por sobre el bosque y los pensamientos, y se fue rumoreando extraños conjuros puestos en boca de sus invisibles criaturas, sin más protagonismo que el húmedo rocío dejado sobre las hojas.

El día en cambio, asomó casi perfecto desde su alborada, con un sol que ascendía tranquilamente haciendo su parte en la fotosíntesis cotidiana, con una brisa matutina que aligeraba la sensación de una batalla inminente e inmisericorde, mientras una garza blanca de torpes patilargas, seguramente solitaria por impedimentos naturales, hacía malabares para mantenerse en equilibrio sobre unos arbustos cuyos tallos inundados se cimbraban con la corriente.

El cielo se veía tiznado con un engañoso gris-azul en una parte del horizonte, propio de la estación invernal, y algunas nubes suspendidas en el cenit encubrían con su color blanco ostra un posible cambio atmosférico brusco en el resto del día.

Pero en suma, todo hacía presagiar un clima estable. Resumidas cuentas, el día era espléndido.

Mattos deseaba sorprender a los rebeldes durante la hora que dedicaban al "rancho" de mediodía, y dispuso que sus fuerzas ligeras ejecutaran maniobras estrictamente ajustadas a cumplir este fin. Sólo esperaba que las nubes ostras que flotaban sobre su cabeza no se tornasen de pronto tormentosas, y que el sol acompañase su victoria al final de la jornada.

Desde alguna rama oculta en el intrincado follaje, un rabioso tigrillo elevó sus gruñidos a la defensiva, presintiéndoles, olfateándoles ahí en emboscada y prestos ya a consumar el asalto que aquel 27 de noviembre de 1,921 iba a reclamar tantas vidas, que ni la historia ni los deudos dedicarían un espacio o algún tipo de adiós.

Según lo planeado, a la una menos cuarto, la metralla dejó escuchar su letal tableteo. Un vigía rebelde cayó desde su precaria caseta prácticamente partido en dos. La sorpresa, factor determinante en tantas batallas, les concedió a los gobiernistas desde ese primer momento las ventajas gananciosas de los salteadores furtivos, que al promediar la tarde, tendría inclinada la balanza a su favor.

Con mejor armamento, su artillería desbarató tempranamente las defensas de la ribera, dando inicio a un rápido desembarco, donde la fusilería pasó a dar su cuota en la sangrienta refriega.

Con hombres bien entrenados y dispuestos disciplinadamente en la línea de una estrategia militar profesionalmente concebida, el capitán Genaro Mattos, desbordó sin problemas el precario cordón de resistencia, tan alborotadamente organizada por los sorprendidos milicianos al iniciarse las hostilidades, y se lanzó a fondo, previendo el inminente desbande de estos entusiastas, pero improvisados guerreros. El poder de fuego de su artillería resultaba tan letal, que daba la impresión que cientos de invisibles demonios asolaban al ventaje todo lo que se mantenía en pie sobre el campamento cervantista, aunque las edificaciones no pasaran de rústicas malocas de pona y de tambos de cañabrava.

Los estampidos y los gemidos agónicos remecían al viento excitando sus cabreolas, acorralándolo de olores fuertes a sangre caliente y pólvora enardecedora, cual tributo para un dios esquivo y sanguinario. La consigna era el exterminio.

A las cuatro de la tarde, algunos bolsones cervantistas aguantaban todavía el embate camuflados en la floresta y parapetados en algunas viviendas periféricas que a las justas se mantenían en pie, trabándose encarnizadas peleas cuerpo a cuerpo, donde los vencidos caían mutilados con toda ferocidad. El mejor enemigo era el enemigo muerto. De hecho, ya habría tiempo para detergentinizar el alma en la misa capellán.

Las correrías entre las malocas y las rústicas casuchas dispersas a la usanza ribereña, básicamente a lo largo del malecón, se prolongaron hasta ensombrecerse completamente la tarde. Para entonces, gracias a su férrea preparación castrense, a su mejor armamento, a la sorpresa y el ánimo al tope, luego de la feroz victoria en May Pablo, claramente los gobiernistas ya tenían definido largamente a su favor el resultado de la batalla.

Como si estampido tras estampido, el frenesí de la contienda hubiese ido escarbando tempestades en las nubes ostras, el cielo se puso a anunciar una noche de aguacero con truenos y relámpagos, que a Mattos se le antojó como un festival de bombardas rindiendo salvas a su rotundo triunfo. Por un momento la arrogancia le hizo imaginar laureles sobre sus sienes y a la causa libertaria de su lado.

Por su parte, los vapuleados milicianos que habían logrado escapar del choque sangriento, huían en esos momentos por el enmarañado bosque -aún aturdidos, casi sordos, presintiendo acaso la matanza a centímetros de sus espaldas-, aprovechando los chispazos atmosféricos que por segundos abrían espacios entre los gigantescos tallos.

Entre ellos, nuevamente Miguel Aramando Chávez Maldonado -que un poquito más y se cree "salado" de remate-, iba lastrado de humillación por la derrota, avanzando entre la duda de seguir adelante o dejarse morir de una vez por todas en medio de esa densa oscuridad que remedaba a la nada. Pero la vida, siempre alegando con sus ángeles defensores más decididos, le instó a tomar de su mano un poco de consuelo, de sosiego y algo de esperanza, que era en suma seguir teniendo oportunidad. La guerra aún no había llegado a su fin, y bien podía asumir que era afortunado de seguir con vida.

Cada momento que transcurría se le hacía más difícil respirar y el deseo de pasar saliva era una tortura ya imposible de reprimir. Sin embargo, ceder al impulso deglutivo le producía un dolor que se irradiaba por todo el piso lingual y su jadeo tenía un ronquido que empezaba a preocupar al miliciano que iba a su lado.

Una bala le había cercenado limpiamente buena parte de la manzana de Adán, y la violencia del impacto, aunque imperceptible al principio en su real magnitud gracias a las endorfinas prodigadas por su organismo, ahora le estaba ocasionando serias dificultades. Para su suerte, sus cuerdas vocales no habían sido comprometidas, pero el dolor, el edema y la hemorragia, eran secuelas bastante incómodas.

Con manos aún temblorosas del esfuerzo de la lucha, y más que viendo, adivinando la zona de su herida, Rubén Figueroa trató de acomodarle lo mejor que pudo una venda improvisada con las mangas de su propia camisa, para proteger la herida y contener la profusa hemorragia que con la lluvia le iba manchando más de la cuenta el pecho. El trapo se empapó rápidamente, pero la presión que empezó a a ejercer contra las venas y arterias abiertas, lentamente fue dando un buen resultado.

—Si hubiera resina de llanchama, ¡por la puta!, le pegaríamos bien bacán a esta huevada.

—¡Eso sólo sirve para sujetar luxaciones!

—Pero pega bien, Comandante.

—En todo caso, sangre de grado sería lo indicado.

—Verdad; eso sí

—Dejemos de hablar sobre imposibles y sigamos adelante; a ver si por último

damos con una salida -ordenó Chávez, escudriñando con impotencia la oscuridad reinante.

—Sí, mi Comandante. Pero al menos usted tiene esa herida para no sentirse tan mal... Me refiero a que siente que por lo menos ha peleado y que su vida estuvo en juego.

—Es subjetivo.

Las tinieblas invernales, que ya de por sí son densas, parecían ahí dentro del frondoso bosque de ramas entretejidas, sondas azabaches colisionando expansivas contra el occipital de los fugitivos sin que sus ojos midriáticos las notaran. El sentido de la vista parecía estar anulado. Y para empeorar la situación, el terreno abrupto conspiraba cundido de lianas, sorrapas y palos caídos que no se distinguían —excepto con cada relámpago—, a favor de la desesperación que empezaba a hacer presa en ellos.

La lluvia vino a complicar aún más la situación, enfangando los suelos y escondiendo las trochas, como si un tutor montaraz oteando con sus ojos nictálopes hubiese dispuesto condenar a los dos milicianos a estar dando vueltas en el mismo lugar, cual desobedientes israelitas en el desierto huyendo de su cautiverio egipcio.

—¡Concha su madre, yo me planto aquí! —se escuchó la procaz imprecación de Figueroa, que iba un poco retrasado, a la zaga de su jefe.

—Camine valiente, usted no sientes fatiga ni sed —le animó éste, dejando de tutearle.

—¡Puta, mi Comandante, pero aquí no se puede avanzar ni mierda con esta oscuridad! —alegó impaciente el subalterno, aunque satisfecho con las palabras escuchadas.

—¡Vamos, anímese compañero! Tenga en cuenta que es la hora de mostrarse a sí mismo cuánto vale. Además, considere que al amanecer las patrullas de "limpieza" de esos cabrones podrían alcanzarnos, y ya sabe usted lo que pasaría si nos cogen... ¡Vamos, no se arrugue!

—Pero esto es como estar en una celda oscura ¡Es un infierno esta mierda! Otra cosa es andar chapaneando sin amenazas -se entercó Figueroa.

—¡Ya carajo! Si sigues quejándote con esa letanía de catarnica, yo mismo me voy a encargar de dejarte aquí —se impacientó Chávez, saliéndose de su usual manera de ser, pero retomando el tuteo.

—Correcto, mi Comandante

El subalterno se calló al momento. Conocía muy bien los ultimatum de su jefe.

Este, luego de procesar el fastidio de haber tenido que endurecer su actitud con su lugarteniente, trató de seguir avanzando a fuerza de voluntad, pero definitivamente

él también estaba desorientado, y no le quedó más que detenerse a sopesar racionalmente la situación. Ilesos o heridos —más allá de las huellas redentoras que para Figueroa podían ser las heridas frente al hecho de la derrota—, la realidad imponía ahí nuevas condiciones, y lo sansato era atenderlas sin rasgarse las vestiduras, ni parapetarse en justificaciones inútiles.

—Bueno, de hecho tengo que reconocer que para mí tampoco es fácil llevar a la espalda el baldón este de que los gobiernistas ya nos hayan desbaratado dos veces. Podría consolarme con el hecho de que la responsabilidad recae en los que fueron puestos al mando por encima de nosotros, pero eso sería lo más fácil. Nada quita que somos parte del lado vencido, y que todos tenemos que tragarnos ese sapo —dijo en tono reflexivo Chávez, tratando de paso relajar la tensión que crispaba la atmósfera y que no hacía ningún bien a su subalterno—. Además, este balazo en la garganta es como si me hubiesen volado un tercer testículo.

—Je, je, je... ¡Oy, no seas pendejo pues, mi Comandante! —el lugarteniente pareció recuperarse anímicamente.

—Pero de aquí vamos a salir aunque tengamos que tumbar medio monte, miliciano.

—Sí, señor —contestó éste, con resignación. Empezaba a sentir frío, pero el sabor de la derrota ya no le hurgaba tanto en las parótidas.

Aún no se habían alejado lo suficiente de Chonta Isla, como para acicalarse las mojadas y jironeadas ropas sin miedo a ser presa de algún terco perseguidor gobiernista, así que agenciarse de algún medio de iluminación para decidir la senda a seguir fue sólo un fugaz deseo frustrado.

A trompicones, mascullando en contra de madres y abuelas anónimas y dependiendo casi totalmente de un sentido propioceptivo no tan útil en ese oscuro y tenebroso escenario, siguieron intentando alejarse hacia donde suponían quedaba el cetical. Por lo menos, contaban a favor con los relámpagos que tasajeaban enceguecedores el firmamento y bucilaban con destellos de plata al interior del bosque.

Los corazones perturbaban los tímpanos con aparentes denuestos vocalizados por un retumbante palpitar sobredimensionado en el cansancio y la escasez de pensamientos extrospectivos, remedando centrípetamente la monótona acústica de míticos manguarés.

Por ratos les parecía divisar inquietas lucecitas como si fueran flamas de lamparines oscilando tras racimos de ungurahuis, pero todo era una ilusión óptica. Eran ciegos a la espera de milagros de saliva y polvo.

Las gotas de agua que salpicaban las pestañas se esmeraban en refractar cualquier vestigio de luz a favor de las pretensiones escapistas de los pies, pero el cerebro, confundido en sus imásgenes auditivas táctiles y visuales, erraba en acertar con la orientación necesaria para no tropezar tan seguido, haciendo que el siguiente tropezón frustraba aún más.

El fuerte chubasco había cedido su lugar a una menuda llovizna, pero la rumorosa floresta escurría cual regadera su propio aguacero entre las hojas vapuleadas por

el viento, reticente a sosegar su lujuria cargada de electrostática. Los dos fugitivos estaban empapados.

El rumor era sugestivamente adormecedor y sintieron la tentación de detenerse a descansar un poco y cerrar los ojos, como seguramente lo estarían haciendo todos los animales silvestres.

Mala noche para la chapana.

De pronto, el ruido de maleza slendo apartada por andares apretados que se acercaban directamente a su posición razgó los intervalos de los truenos, y el sonido de la lluvia bajó su tono para apercibirles que no estaban solos. De quienes fuesen, dependía ahora sus vidas.

—No creo que sean nuestros enemigos —susurró Figueroa.

—Ni la sachavaca haría tanto ruido —repuso Miguel Chávez con voz serena—. Deben ser fugitivos como nosotros. Si no, no andarían tan atolondradamente.

—¿Les doy el alto Comandante?

—Espera un poco; no nos vayamos a quincear, así.

—Ya nos van a rebasar esos cabrones, jefe. Se ve que no les ha pasado el manchari todavía.

Con todo, aguardaron un rato más, conteniendo la respiración.

—¡Ahora! –ordenó Chávez.

Figueroa se irguió un poco de su posición de acecho, casi sintiendo chirriar sus articulaciones entumecidas por el frío, para dar espacio a su poderoso fuelle respiratorio y cumplir la orden.

Los bajiales colectaban con gula el agua de las ruidosas cashuerillas y los pies prácticamente andaban sumergidos. “Mis dedos ya deben estar todo sipuchos”, había murmurado momentos antes.

Después que diera la orden de detención, los fugitivos parecieron desvanecerse en la nada, como si su voz hubiese estado cargada de hechizos tenebrosos capaz de desintegrarlos al instante. La ausencia aparente de rastros humanos contrajo su plexo solar aguardando el golpe de una bayoneta imposible de ver, hasta que se dio cuenta que se había dejado sumergir en un segundo de tensión y vacilación.

—¿Quién vive? —insistió el segundo de Chávez.

Siguió el silencio.

—¡Quién anda ahí, una gran puta! —se impacientó apretando su carabina con el alma en vilo.

—¡Benancino Sílva, Chonta Isla! —respondió al fin una voz media asustada.

—¡Contraseña, carajo!

—¡Soldado de la revolución! ¡Viva Cervantes!

—Sí; parece que es la voz de Benancino —susurró con cautela Chávez—. Pregúntale algo más.

—¿Quiénes resistieron en May Pablo?

—Ríos, Macedo y Chávez —volvió a surgir la misma contenida voz desde las tinieblas.

—¿Quién te comandaba en Chonta Isla?

—¡Gengiscán! Sólo sabíamos su nombre de combate.

—Así se hacía llamar Aldo Prieto. Bueno, que reporte su situación —requirió Chávez, sin moverse de su agazapada posición.

—Ordena el Comandante Chávez que reporte su situación.

—¿El Comandante Chávez?

—Sí.

El miliciano Silva suspiró aliviado.

—Somos cinco en total, no hay heridos de consideración, se nos ha extraviado uno en la huída y portamos carabinas.

—¿Y machetes?

—Tres nomás.

—Que se acerquen; hay que salir de aquí rápido antes que amanezca —apuró decididamente Chávez, irguiéndose también y flexionando sus rodillas entumecidas.

—Efraín nos puede sacar a Honoria, señor —dijo Benancino.

—¿Efraín?

—Efraín Díaz —recalcó el mismo Benancino.

—¿Uno de los mitayeros de Rivadeneyra? —insistió Chávez.

—El mismo, mi Comandante —confirmó el propio aludido—. Conozco estos montes como a mi mujer —acotó con suficiencia.

—Espero que sí —respondió Chávez.

—¡Ya nos jodimos! —interrumpió un tal Vicente Pezo, alarmando sin proponérselo al grupo.

—¿Qué pasa? —se inquietó Figueroa.

—Porque el Efraín es cachudo —bromeó confianzudamente el tipo, soltando una risilla insidiosa y relajando a los demás.

—¡Oy, no digas eso paisa! Vas a chocar con varios —reviró simplonamente el mitayero-. ¡Ya vas a ver! —advirtió en tono de reto.

Efectivamente, el montaraz conocía su oficio muy bien. Con destreza de campa, de mitayero "viejo", comenzó a dirigir al grupo por sendas olfateadas, senderos presentidos, que sólo un hombre "curado" como él, podía rastrear, y lentamente fueron logrando alejarse de la zona de peligro. El objetivo era alcanzar primero la gran trocha conocida como "varadero tres".

—Eres un trome, paisa —reconoció Vicente.

—Te lo dije, maño. Pero cierra la bocota; no me vayas a emocionar así.

—Je, je, je...

Una vez que encontraron la mencionada vía, la caminata se tornó más ágil, más suelta, destrabada de obstáculos que sólo el mitayero sabía sortear.



—¿Y ahora? —preguntó Chávez.

—Está roncosho ¿di Comandante? —se percató el mitayero.

—Sí; me dieron un tiro en la garganta.

—¡Uy, mierda!

—Bueno... ¿y de aquí?

—Déjeme eso a mí, Comandante.

—Claro.

—Tenemos que llegar a un grueso árbol de estoraque tendido sobre el Semuya.

—Si es que ya no ha sido arrastrado. Porque cuando el Semuya crece bota agua que da miedo —vaticinó Vicente.

—¡No; ese palo es bien grande, huevón! –contradijo ponderativamente Benancino.

—Si no, pongo el mío ya pues ¡Tanta cosa! -intervino el lugarteniente de Chávez, arrancando divertidas manifestaciones en sus compañeros, apercibidos del doble sentido. El recuerdo de los muertos parecía un asunto ajeno.

—¡Vamos muchachos! ¡Avancen! ¡Avancen! —azuzó Chávez, limitando una risilla a los estrechos límites concedidos por su herida.

Cuando cruzaron la mencionada quebrada utilizando el referido estoraque, seguramente abatido por algún viento huracanado de santa Rosa, se internaron por una estrecha senda atravesada de troncos caídos y raíces diversas, que nuevamente tornaron lenta la huida.

A media noche cruzaron por una amplia zona denominada "el cetical" por

la abundancia de estos árboles en el lugar, y pasaron a una tierra de sedimento convertida por la lluvia en un fétido lodazal, por donde enrumbaron con buen resuello hacia las orillas del Pachitea.

Los músculos seguían bajo apremio, pero ya en el torrente sanguíneo las concentraciones de adrenalina permitían un mejor ritmo cardiaco y una capacidad ventilatoria con buenos arrestos para conversar sin reparo.

—Nos agarraron cojudamente llenando la panza —rompió a decir con tono rabioso Sósimo Antonichi, un mestizo yuguslavo de madre piro, que decía proceder de la región del río Ene.

—¡De verdad di oy! Parecían conocer todos los atajos y el momento preciso para darnos de lleno los pendejos -asintió convencido Efraín Díaz.

—Nos cundieron como carachupa-avispa, los concha su madre —reconoció Pezo con cierto abatimiento.

—Yo más bien pienso que alguien tuvo que guiarlos. Sino no me explico cómo han podido entrar tan precisos los cabrones —añadió patéticamente Figueroa.

—Pero no llegaron por tierra —alegó Benancino Silva.

—¡Qué cojudo! Nos agarraron por todos los lados —replicó aquel—. Un poco más, y nos hacen jushilico a todos —remató con ácida ironía.

—¡Oy, qué bruto! —exclamó como embromado, Pezo.

—Yo digo que en esto tuvo que ver algún chama haragán —dejó escuchar otra vez su voz metálica Antonichi—, de esos que abundan aquí en la boca del Pachitea. Porque a los ociosos esos, les ofrecen algo que les conviene, y entregan a su madre. Para eso mejor, los cashibos nomás se hubiesen quedado dominando por aquí —aseveró despectivamente.

—Si eso es cierto, cosa que no creo, entonces la culpa es de la revolución por no haber sensibilizado bien a las comunidades nativas —intervino muy serio Chávez.

—No mi Comandante; usted no sabe. Los chamas son unos manipuladores de marca mayor y son recontra resabidos los benditos. Sólo se hacen los cojudos cuando están tramando algo que les beneficie —se entercó Antonichi.

—Relájate muchachón; no hay que exagerar. Cierto que entre ellos no encontrarás un Torote, ni un Runcato, nativos machos entre muchos, pero por algo son los que dominan casi todo el Ucayali ¿O no? —apaciguó Benancino. Era el más veterano del grupo y sabía que un loco temperamental como Sósimo bien podía desbaratar la precaria disciplina a la que estaban sujetos en esos momentos, con solo entercarse, o plantarse en sus "trece". Él reconocía en el mando a Miguel Armando, pero nadie ahí podía garantizar una sujeción a su línea jerárquica con clara conciencia de verticalidad. No eran soldados regulares.

—Yo también creo que eso de querer culparles sólo a los pobres shipibos es una tremenda cojudez —dejó oir por primera vez su gangosa voz, Ramón Pécher, cuya

parquedad rayaba en la misantropía.

—¡Mejor creo estabas callado, oy Ramón! —bromeó Vicente, dándole un leve empujón entre los homóplatos.

Hacía ratos que la tremenda lluvia había cesado completamente, y la madrugada ensortijada de brisas friolentas y aún reclinada sobre la noche, cubría tercamente la fronda, tratando de alargar su horario a favor de los fugitivos, que, necesitados de sombras, trataban de alcanzar la boca del Pachitea antes de los primeros rayos del sol.

Honoria apareció blanqueando la distancia con sus casuchas de pona, que por algún extraño fenómeno de energías estelares se veían como pintadas con plomo derretido. Para entonces, ya la madrugada se iba diluyendo inexorablemente en la sinceridad del alba impedida de brindarles más favores, y tenían que apurarse.

Recorrieron su única calle conservando precavidamente posiciones de asalto, pero pronto se percataron de que ahí no había nadie.

—Hasta ahora sólo he visto un par de quishichos Comandante —murmuró Figueroa—. No hay ni siquiera un lamparín prendido —observó de remate.

—Se han escondido en el monte, seguro.

—¿Pero cómo sabían que llegaríamos?

—No sabían eso.

—¿Entonces?

—Están en el área de guerra, pues. Si no se han ido antes, cualquier ruido les previene.

—¡Qué maricones!

—Protegen a sus mujeres y a sus hijos, y eso no es malo.

—¡Entonces para ellos la revolución es una mierda!

—Puede ser... Lo cierto es que los ejércitos solamente capitalizan la actitud de los civiles.

—No entiendo Comandante.

—Quiero decir, que si tu causa no es la causa del pueblo, las victorias o las derrotas en el campo de batalla son pírricas.

—¿Pirriqué?

—Intrascendentes; no valen nada.

—La razón siempre la tienen los vencedores, hasta donde yo sé.

—¿Por cuánto tiempo?

—¡Puta, esa cuestión ya no sé, Comandante!

—En estos momentos a mí tampoco me interesa —lapidó Chávez el asomo de filosofías baratas y se avocó a las exigencias del momento.

—Haber, que el grupo se divida y empiecen a buscar algún tipo de embarcación donde podamos caber todos —ordenó.

—Sí, Comandante.

Buscaron bajo los emponados repletos de telarañas donde algunos ribereños acostumbran guardar sus canoas, en los patios arenosos, en el puerto, y en todo lugar posible de varar un bajel, pero todos los esfuerzos fueron infructuosos.

—Han escondido todo, estos pendejos —musitó desencantando Efraín.

—Apenas claree un poco, de seguro que las patrullas de Mattos estarán aquí y en todos sitios. Así que si no encontramos pronto en qué bajar... vayan alistando el ojete —advirtió sombríamente Rubén Figueroa, quedándose en suspenso.

—Tenemos que llegar a Bahuanisho o hasta el mismo Pucallpa, aunque sea nadando "perrito" —dijo Miguel Armando Chávez, suavizando en tono irónico el final de su firme exhortación.

—¡Oy, no seas pendejo pues Comandante! -reviró muy divertido Efraín el mitayero.

—¡En mi tierra hubiésemos solucionado esto con unos cuantos tarapotos, carajo! —se oyó mortificada la voz de Vicente.

—¡Verdad dí paisa! —convino Efraín.

—¡Puta, ahí sí nos íbamos como vapor, huevón!

—Je, je, je... ¡No tanto, tampoco!

—Estos tarapotinos de mierda, todo lo ven broma —reprochó con fatalidad Sósimo.

—¿Y qué ya vuelta es tarapoto, oye Vicente? —habló el hermético Ramón Pécher, al parecer sin ganas de quedarse con simples deducciones.

—Es mi pinga y tu po...

—¡Puta madre; contesta bien pues, oye! Te quieres dar de pendejito primarioso, ¿o qué? No te sale huevón —se fastidió Rubén Figueroa, ya por demás afligido con la situación.

—Son unas palmeras bien barrigudas que los nativos las usaban para sus canoas.

—Como en la zona de Tarapoto había bastante, llamaron al lugar así pues —intercedió Efraín, que parecía ser del lugar, al igual que Vicente.

—Acá a la huevada esa le dicen huacrapona; es bien blanquita, ¿si o no? —puso su

cuota de sapiencia, Benancino.

Apartándose del parlanchín grupo, Miguel Armando Chávez y el miliciano Sózimo Antonichi, prosiguieron escudriñando las orillas, con evidentes signos de preocupación en sus rostros, pues el amanecer se les venía encima.

—Por estos lugares es fácil hallar topa, Comandante.

—Sí pues.

—Que Rubén vaya con dos más, y yo idem, para hacer rápido una balsa; total... el río ya nos ha de llevar —propuso Sózimo.

—Ujum... sí, está bien. Y de ser necesario, desarmen cualquier ramada para aprovechar las sogas de támishi y hacer un pamacari —convino el jefe sin desistir en su búsqueda.

En ese preciso momento, se escuchó la voz exaltada de Ramón.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Estaba inclinado bajo unos retoños de parinari, separando unas hojas de plátano y de shapaja, secas.

—¿Qué encontraste? Debe ser algo bueno para romper tu mudez, supongo —se le encaró Rubén algo contrariado, pues antes él había pasado por ahí y no había notado nada que se pareciera a algo que pudiera flotar—. Yo sólo vi estos "supay ocote", ¡por la puta! —refirió señalando a los retoños de parinari.

—¡Bien escondidita la tenían los pendejos! —exclamó Efraín, al percatarse de que lo que Ramón había encontrado era una balsa de topa de buen tamaño.

—¿Dónde habrán escondido sus canoas estos canallas? —se preguntó inconforme Sózimo.

—¡No importa ya! ¡Vamos, hay que botarla rápidito al agua! —ordenó perentoriamente el aliviado jefe.

El cielo se había despejado completamente y unas pálidas estrellas a punto de ocluir sus agujeros en el firmamento acapararon las miradas de los fugitivos, excepto la de Benancino que iba de tanganero, mientras la balsa bajaba al garete hacia la boca del Pachitea.

V

Se alistaban a pernoctar frente a la desembocadura de la quebrada del Caco, guardando prudente distancia de las chamerías asentadas en los contornos, cuando a lo lejos, río abajo, avistaron cual una oscura y sedienta libélula agitando las alas sobre la corriente, una canoa con cuatro bogas remando a un ritmo impresionante, y un hombre al centro, de pie, haciendo cada cierto tiempo aspavientos con su sombrero de paja.

El Ucayali , el Amaru Apu de los conibos , que un 27 de setiembre de 1,557 fuera dado a conocer por el navegante español Juan Salinas con el nombre de San Miguel y navegado por primera vez desde el Perené-Tambo hasta las proximidades del río Aguaytía por el padre franciscano Matías Illescas, el año de 1,641, presentaba para aquellos tozudos remeros un reto durísimo de sortear, habida cuenta que, como bien se sabía, desde Atalaya hasta la boca del Pachitea, la fuerza de la corriente era en promedio el doble de la del bajo Ucayali.

Nadie parecía recordar en esos momentos la trágica muerte de aquel audaz franciscano en manos de los conibos.

Cuando las rítmicas figuras se fueron recortando más precisas, más reconocibles, el siderurgisado corazón de Fidel Reátegui Valera se conmovió sacudido de inquietud y presentimientos nada alentadores, ya que sólo una situación anómala, delicada, apremiante, podía haber obligado a su capataz a tan esforzada persecución.

—¡Ayuden a varar esa canoa! —ordenó ásperamente a dos peones que pemanecían cerca, que sin pensarlo dos veces se remangaron los pantalones hasta los rodillas y se metieron al agua.

—¡Saludos, don Fidelito! —le saludó su fiel capataz, saltando a la arena seca.

—¡Qué tal Pasquel! —contestó.

—Aquí, un poco soleado nomás, patrón. De seguro hoy en la noche la insolaión me va hacer patalear un poco, pero no pasa nada.

—¿Cómo has podido alcanzarnos? —preguntó tangenciando el impulso de ir al grano.

—Bueno... el asunto es que cuando nos alistábamos a venir a traerle esta carta, porque los mensajeros dijeron que era muy urgente, se apareció un vapor de una compañía de nombre... creo que Berninzon —hizo un ademán dubitativo sobre el mentón barbado—, que estaban haciendo reconocimiento para inaugurar una ruta entre Iquitos y Puerto Bermúdez.

—Siempre están en esos afanes, pero nunca concretizan.

—Pues..., les pedimos que por favor nos remolcaran hasta la boca del Pachitea, y de ahí ya tuvimos que remar sin descanso.

—Sí, se les ve bastante agotados.

—¡Pucha; bastante patrón! No es lo mismo que bogar a favor de la corriente.

—Bien; dame la carta.

—Tome patrón.

—¿No sabes algo concreto tú?

—La verdad, sí patrón. Usted sabe..., a los mensajeros siempre se les va la lengua.

—Entonces...

—Prefiero que lo lea usted mismo en su carta, don Fidelito. Es un asunto familiar y no quiero ser indiscreto; dispénseme usted.

—Está bien, ujumm… está bien —rezongó, reclinándose ya evasivo en sus intrincados laberintos mentales.

Con rostro hierático, encarándose en silencio por un instante a su gente, intentó predecir para sí mismo el contenido de la misteriosa carta, pero su mente se quedó en blanco entre alas colombinas ansiosas por llegar al nido en su vuelo de la tarde. Entonces dio media vuelta y se retiró al límite de la larga playa, a mitigar en solitario su ansiedad.

Se encendió un siricaipi para espantar un poco el zancudal que empezaba a arreciar, y se dejó estar por un buen rato frente a la fresca brisa saboreando inmóvil el intenso aroma del tabaco negro. La carta estaba remitida por María Nicanora, y eso le tenía un poco amedrentado. Finalmente, impulsivo hasta nomás, rasgó de un tirón el sobre y leyó las lacónicas palabras con las que su cuñada le puso al tanto de los últimos sucesos en Contamana.

Nadie atinó a suponer si al terminar de leer el impactante contenido alguna lágrima rodó por sus mejillas, o si solo se limitó al escupitajo que jóvenes lisas se disputaron alborotando la superficie del agua, cuando desechó el pucho de su mapacho. Nadie supo si aquel temblor que tiritó en sus labios correspondió a una devota plegaría, o a gruesas maldiciones. Lo cierto es que le vieron inmóvil en el mismo lugar hasta muy entrada la noche -parecido a un "maligno" de playa acechando a buscadores de huevo de taricaya-, y apenas despuntar el alba, echarse a navegar de regreso atendiendo una secreta suplica, que después recién sabrían de quién.

Antes de partir, ordenó a su gente que le esperasen en Atalaya, pueblito aún con más nombre que progreso enclavado frente a la confluencia de los ríos Tambo y Urubamba, punto que da origen al gran Ucayali, seguro de que su proyecto de ir al Madre de Dios no iba a truncarse por una fatalidad familiar.

Pasado el primer impacto de la noticia, que por cierto lo sintió como cualquier mortal con profundos sentimientos familiares, se dio con ahinco y honestamente sorprendido de las extrañas voces que empezaron a acosarlo sin avizo, a espantar pensamientos que le parecieron indignos, desleales, ingratos, inmorales, y todo lo abyecto del espíritu humano, ya que en vez de sentirse conmovido para una largura

de rígido luto por la muerte de su hermano, en la magnitud que suponía debía sentirla, el cariño que siempre había profesado a su cuñada empezó a manifestarse con otros selectos matices, con otro discurso, con sonidos menos sinfónicos y más individualizados, desplazando a todos aquellos reverentes y dolidos sentimientos que se suponía debía experimentar en esos moementos.

Con su reconocido sentido práctico y expeditivo, mientras la canoa se deslizaba suavemente con proa al Norte, no pudo evitar el ir haciendo planes para ella, junto a ella, dentro de un universo presidido y signado por él. Pero por más justificaciones que acuñaba en pro de forzar una sensación de normalidad para una situación así, el sobresalto desbarataba sus perversas ideas, haciéndole desandar las sendas incorrectas. Continuamente se veía obligado a meter la mano en el río para refrescarse la cara y ayudar así a espantar sus demonios.

Ni una insolación que le tuvo varios días con elevadas e incómodas calenturas, retrasó su viaje. Su piel enrojecida no podía ni tocarse, y en el rostro "pucacho", sus ojos de pulpa de uva, adquirieron un brillo impecable.

Debido al verano, el río andaba ya por extensos meandros tornando tediosas e interminables las jornadas hechas algunas veces a la luz de las estrellas para ganar tiempo y satisfacer el apremio de arribar lo más pronto posible a Contamana, pero su mente no lograba distraerse de lo que suponía sería su conducta al reencontrarse con María Nicanora. Pensamientos y sentimientos parecían querer ganar cada quien por su lado su propia orilla, alejándose de su común naufragio.

Finalmente, a sólo una jornada de este importante puerto ucayalino, absorto en cavilaciones de naturaleza autista, providencialmente se encontró con la puerta liberadora que había estado buscando entre remolones desánimos y delirios culposos, para introducir por allí sin cargos de conciencia la loca idea de pretender a su cuñada. "Pero, seguramente ella tendrá también algo que decir", pensó, en tanto se alisaba los claros y ensortijados cabellos que le caían en la frente, eximido al fin de sus conflictos de valores.

Sentado ahí en el centro de la canoa, creyó poder relajarse, y poniendo la mente en blanco, se dejó mecer dócil en la energía de esa noche llena de bosque, de río y estrellas.

Por su parte María Nicanora, silente como un alma en pena y atrapada detrás del mostrador de su pequeño negocio por el pacto de su viudez, venía experimentando su nueva situación inmersa en la más grande desolación que pudo haber imaginado jamás.

Blas, su inquieto y desapegado cuñado, luego de ayudarle a sepultar al finado, sin explicarle nada y con una premura que alcanzó a herirla, tomó una mañana sus cosas y se fue de casa consolándola con el pronto arribo del hermano menor. Era uno de esos seres que no necesitaban suelos profundos para arraigar y que podían transplantarse de un lugar a otro sin temor a marchitar sus raicillas por bastarle el fresco del sereno, la fina humedad del rocío, y hasta el humus de un suelo quemado para sobrevivir. No era pues un cedro, menos un águano.

—Le dices a Fidel que me volví a la tierra; aunque de repente me meta al Putumayo

—le dijo sin denotar convicción, antes de partir río abajo.

—Hay que esperarle, Blasito; acaso todavía podamos seguir aquí juntos, o volvernos todos a Rioja —le suplicó ella en vano.

—Eso mi querida Nica —así le llamaba él—, ya no es posible ahora —respondió escéptico, dibujando una sonrisa ladeada en su agradable rostro.

—¿Qué voy a hacer yo, aquí sola, ñañito?

—Cuando mi hermano se entere de lo que ha pasado, vendrá de donde sea, te lo aseguro —repuso—. Pero yo, ya no puedo detenerme más aquí —terminó diciendo, sin un sólo mecanismo de defensa en su voz, y con un aire aromando indolencia sobre sus macizos hombros. Al cabo, se marchó como un viajero más que está de paso, y nunca más volvería a verlo.

Decomisada de un momento a otro de sus asideros afectivos, de sus marcos protectores, de su nucleada filiación al atomismo Reátegui, se sintió de pronto abismada, desechada, embarcada a la deriva frente a un destino con puertas de orfelinato, y tuvo necesidad de que sus cuñados no la abandonaran. No, hasta que por lo menos supiera qué hacer sin ellos.

Pero Blas terminó yéndose de todas maneras, y ella se quedó confinada en la curvatura de un desconocido horizonte, rogando con fervor que Fidel hubiese recibido su carta. Sólo entonces se sentiría aterrizada... ¿Y si no?...

Desde la salida de Rioja, y a pesar de ser el menor de los tres hermanos, él había sido su celoso guardián, su solícito ayudador, y cuando el caso lo requería, el más agresivo de sus defensores, actitud por la que tantas veces le había tomado del brazo para bromearle y hacerle sentir enfadado.

"¿Cómo estará ahora?", se preguntó nostálgica una tarde de esas tan al tanto de sus rutinarias penas y esperas, en que sentada en su reducido refugio de tendera, porfió una vez más no dejarse avasallar por esas sus percepciones evocativas que rastreaban al marido ausente en el espectral rumor de su desocupado taburete. ¿Cómo entender el todo en medio de la nada? No era necesario: Ella sólo quería que le digeran que había más amor que pena en el mundo.

Cuando una hermosa mariposa "Elena", de un negro aterciopelado y azul fosforescente, entró a revolotear sobre el mostrador detrás del cual iba aprendiendo a asimilar el giro de su vida, más allá de atender con curiosidad y gozo el desordenado vuelo del animalillo, su corazón dio un vuelco mecido en la superstición que relacionaba la alada visita con otra más personal.

Después de casi seis años de ausencia, desde la última vez que bajó a Contamana a arreglar negocios con Artime, Fidel se apareció de pronto ante sus ojos. No pudo evitar dar un salto de alegría y correr a abrazarle con los ojos humedecidos y prestos a regar cualquier gesto de consuelo. Él la correspondió estremecido, encogiendo la cuadrada mandíbula sobre su rubia cabecita.

—¿Has crecido, o me parece? —fue lo primero que se le ocurrió decir, bastante

turbada.

—Un poco creo, pero de ancho —remarcó el varón, tratando de bromear.

—Te has demorado bastante.

—Es que no estaba en el fundo y tuvieron que alcanzarme arriba, a la altura de la quebrada Caco.

—¡Qué nombre raro! Yo pues no conozco más allá.

—Verdad... Sí, sí pues.

—Pero ya estás aquí y eso es lo que importa.

—Ujum... Y bueno... ¿cómo pasó?

Nicanora inclinó la cabeza atragantada en emociones mezcladas de duelo por el esposo, de alivio por la llegada del cuñado, quedándose callada un largo y embarazoso minuto. De pronto sintió miedo de que sus lágrimas parecieran las de un cocodrilo. No sabía si mostrarse marchita o con sus tallos ansiando reverdecer. Con todo, sus catársicos sollozos, dolientes, entrecortados y esforzadamente contenidos, conmovieron al hombre.

—Tranquilízate María Nicanora —casi suplicó él.

—Este..., tuvo bronquios... No sé como le dicen aquí.

—Hmm… ¿Y?

—Después le vinieron fiebres altas, y una noche que llovió fuerte, comenzó a quejarse que no podía respirar —María Nicanora comenzó a temblar reprimiendo a duras penas sus dolores del alma. Sinceramente, aún tenía una gran tristeza, como si el muerto aún yaciera en un velatorio contiguo.

—Ya no digas nada, mejor.

—Blas salió a buscar ayuda y..., ya no se pudo hacer nada.

—Pobre mi hermano —se condolió Fidel guardando respetuoso silencio. Y es que recién la zarpa del duelo razgó su corazón.

—Bueno, después ya Blas se marchó diciéndome que te espere, y yo estuve rogando que por lo menos contestaras mi carta.

Por primera vez el encuentro de sus miradas le significó a María Nicanora un extraño impulso de escapar, de guarecerse en cualquier escondrijo lejos de tan extrañas sensaciones. Definitivamente su cuñado ya no tenía esos aires de hermano menor y sus ojos parecían guardar mensajes ocultos nada arrepentidos del efecto culposo que dentro de ella producían.

—Mañana hablaremos más tranquilamente sobre qué hacer con todas las cosas —recién pareció percatarse que la había estado abrazando con una intensidad casi vehemente.

—Sí.

—Pienso que lo mejor es que te desprendas de todo, vendiendo, o regalando lo que quieras a tus vecinos.

—No sé... ¿Y tú?

—Yo… bueno, al fin me estoy yendo al Madre de Dios, como alguna vez les dije a mis hermanos; tú misma recordarás. Así que no voy a poder estar mucho tiempo aquí para ayudarte como quisiera. Tienes que pensar bien, qué es lo que vas a hacer después.

—Sí, ñañito —se rindió.

—Bien; mejor mañana hablaremos más tranquilos.

María Nicanora asintió moviendo su cabeza con gesto repetitivo, atropellada de palabras cargadas de demasiados significados, pero sin llegar a prorrumpir ninguna. Se sentía en el centro de una telaraña ajena, cuyas vibraciones no contribuían precisamente a orientarla.

Después de este reencuentro, tuvieron que pasar dos semanas para que los asuntos económicos quedaran expeditos a su favor, gracias a las diligencias que Fidel comedidamente hiciera para corresponderle en su derecho, acaso un tanto a la ligera apremiado por la necesidad de partir rumbo a Atalaya donde su gente ya le aguardaba, pues prácticamente liquidó al remate todos los bienes de su hermano, aunque asegurándole compensarla generosamente para que no tuviera que pasar dificultades, si es que al cabo decidía quedarse sola.

"¡Sola!"... Estalló la palabra en el corazón del hombre en ese preciso instante, alarmándole ante tan cierta e inminente posibilidad. Entre todos los potenciales pretendientes que podía haber en Contamana, ¿acaso él no debía estar en el primer lugar de la fila? ¿Acaso no estaba dispuesto a rubricar un amor sin condiciones? ¿Acaso desde antes de tener conciencia de ello, su corazón no había estado anidando ya pecados veniales a vista de su frágil cuñada? Evidentemente no era un hombre de filosofías, ni de paradisíacas fantasías, pero entre su natural rigidez y objetiva dureza, en medio de la prisión líquida extra celular en el que navegaban sus genes, un mensaje de especie había escogido el momento para sacudirse de su confinamiento.

Sintió que no podía dejarla. Ella siempre había pertenecido a la familia y eso no debía disolverse así por que sí. En su parecer, conformaban parte de un sagrado círculo donde los tácitos pactos consanguíneos debían preservarse, tocase a quien tocase hacerlos cumplir. Una especie de acatamiento social encerrado en esa ley mosaica de levantar descendencia al hermano.

El día previo a su partida, convencido de que en ausencia de Blas le tocaba a él

levantar simiente al hermano mayor, invitó a María Nicanora a pasear por el aireado malecón contamanino que, a esa hora de declive solar, parecía coludido con toda la naturaleza para apaciguar las almas. Por un largo y pesado rato, ninguno de los dos se animó a romper el silencio que nunca supusieron pesara tanto. Sus cargas anímicas aún se encontraban intraducibles para el lenguaje común.

—¿Te vas, ñañito? —preguntó finalmente ella, ensayando una pregunta casual que resultó ser precisamente la más directa sobre su suspiro.

—Sí, ya no hay nada que hacer aquí.

—Si pues —asintió con tristeza, sintiéndose por su parte muy insegura ante el destino.

—Este alegre pueblo con el tiempo va a tener que trasladarse a otro lugar —se fue él por las ramas, para poder estibar palabras escogidas y evitarle así malas interpretaciones.

—¿Verdad?

—Sí

—¿Cómo sabes?

—¿Ves allá? —apuntó hacia un bosque cercano—. Por ahí va a comenzar a alejarse el río, tarde o temprano —vaticinó.

—¿Y aquí?

—Sin el río, este sitio no sirve.

—¡Pero cuándo será eso!

—El río escoge sus inviernos. Bien podría empezar con el próximo que se viene —premonisó con cautela. Su estado de ánimo ayudó a que pareciera un grave vaticinador.

Si bien es cierto que su presentimiento tenía asideros señalados ya por la propia naturaleza circundante, el pueblo todavía llegaría a ver la creación de su Capitanía de Puerto, un 16 de abril de 1,900 y recién un 28 de febrero de 1,946 se confirmaría en parte su vaticinio, cuando por Ley N°10411 el gobierno dispondría que se realicen los estudios para el traslado de la ciudad a su extremo Nor- Este.

Nuevamente se quedaron sin palabras. Obviamente a ninguno de los dos le resultaba fácil plantarse frente a frente con inminentes adioses procesándose a su modo en cada quién.

—Quiero decirte algo —reanudó él la conversación, más ronco, más ansioso.

—¿Qué cosa? —alcanzó a preguntar ella con un hilo de voz.

—Creo que eso de que vuelvas sola a Rioja, o a Lamas, es un poco difícil; sobre todo siendo ya una viuda. No me gusta decirlo, pero…

—Me repondré, ñañito; aparte que ser una viuda no es un pecado.

—No quise decir eso -hizo una pausa para permitirse un trago de saliva-. Pero si tú quieres... pues…, puedes venir conmigo.

—¿Qué?... —se agitó ella, sintiéndose más ansiosa. "¿Había escuchado bien?".

—Tú puedes casarte con cualquier persona, ahora.

—¿Casarme yo? —preguntó, íntimamente decepcionada por el aparente giro de la respuesta.

—Conmigo, si tú quieres y no te parece mal, por cierto.

—¿Contigo? -susurró a las justas ella, de pronto más pálida, más demacrada, aturdida por la directa granizada, pero sin duda, aliviada.

—Si aceptas, claro —se amilanó un poco él.

María Nicanora dispersó la mirada en el serpenteado cauce del Ucayali, que siempre que paseaba por el malecón, le traía sólo deseos de dejarse llevar río abajo más nunca de remontarlo, y no pudo evitar enternecerse hasta la sumisión ante esta posibilidad. Mujer con gran devoción hacia los sentimientos filiales, con intensa proclividad a aferrarse a sus promesas, muy selectiva y adaptada para siempre a un entorno de tres hermanos con quienes había cultivado sentimientos de esposa, de hermana, de amiga, pensó que la petición de su cuñado era la que cabía esperar en este crucial momento. Al fin y al cabo, él era la continuidad de Artime, su finado esposo, y además, por nada del mundo deseaba regresar sola a Lamas. Se dejó sumergir pues en una especie de amor resucitado y asumió el nuevo compromiso conyugal dispuesta a consentir que era en escencia el mismo que jurara ante su esposo al salir la primera vez de Lamas para trasladarse a Rioja. Presentía que Dios mismo estaba de acuerdo.

—Tengo que guardar duelo -musitó con resistencia concesiva.

—Si tú deseas puedes quedarte un tiempo todavía aquí, o en la hacienda, si así lo prefieres.

—Aquí ya no quiero estar; todo me recuerda a Artime, a la vida que llevé junto a él, y me resultaría difícil curarme de mi pena.

—Sí; mi hermano era muy bueno.

—Un alma de Dios, el pobrecito.

—El cura tampoco va a querer casarnos tan pronto. Todavía no han pasado ni tres meses desde que…

—Y la gente también haría de las suyas con sus habladurías.

—No vivo ni dependo de la gente, pero creo que está bien que guardemos el duelo que se acostumbra. Sólo proponía la boda para dar fe de que estoy hablando en serio.

—Tú siempre has hablado en serio ñañito. Desde que eras un muchachito lo hacías así. El tiempo pasa volando...

—Sí, así es —cedió él un fugaz suspiro—. Dejarás de llamarme ñañito y no te vestirás de negro para el luto en "Bello Horizonte"

—¿Cuánto tiempo crees que estarás en el Madre de Dios?

—Eso no lo sé; nadie que va por allá lo sabe; pero que volveré a la hacienda... ¡Sí, claro que lo haré!

María Nicanora guardó silencio. Se quedó quieta, con la mirada anclada en la banda opuesta del río, dubitando sobre la premisa matrimonial, esquiva por el momento para ejercitar libremente su condición de mujer y esposa al lado de aquel hombre con el que prácticamente había crecido. Al día siguiente partiría con él, de alguna manera sometida ya a la influencia de su protección, de su mando, y quería responderse, antes de que remero alguno tensara músculos, si sería capaz de quedarse sola con el fantasma de su viudez ante si, peor aún, dentro de sí, aguardando en la hacienda a que él regresara a redimirla ante los oficios de un cura, si es que volvía sano y salvo de la salvajes estradas, de los shiringales del Madre de Dios. Se sintió impaciente, desprejuiciada ante sus conjeturas, plena de libertad frente a su duelo, y fijando sus ojos azules en el rostro varonil y encendido de él, alargó enternecida las manos para aprisionarle posesívamente el brazo, como antes, cuando le embromaba por sus celos de cuñado, sólo que esta vez, para reclinarse también sobre su hombro, reconfortada y a la vez vencida en promesas trasuntadas de un contigo, de un conmigo.

Las inclinadas contas que permanecían calmadas a la escucha de sus confesiones, se echaron a temblar entre los juguetones vientos de la tarde, y abanicando parsimoniosas sus largas hojas, volcaron un estímulo de sedación sobre el pueblo al que dieron nombre.

Durante el largo viaje de surcada hasta "Bello Horizonte", el fundo de Fidel, y en los tres días que permanecieron en él, el esquema de vida cotidiana que María Nicanora había llevado hasta entonces, cambió sustancialmente.

Fidel resultó igual de lacónico que Artime, pero con la diferencia que era áspero, impaciente, férreo en el mando, implacable, y por momentos hasta cruel. Estaba en su hábitat y sus rasgos de carácter se iban acentuando ante sus ojos.

Solo antes de partir hacia Atalaya, se dignó sentarse a su lado un poco relajado, sensible, receptivo y coloquial, como un común mortal.

—El día está bueno, ¿eh? —empezó a decir—. Ojalá que mañana amanezca igual.

—Seguro que sí —le respondió ella, sintiéndose con el corazón prosternado, suplicando compañía.

—El fundo, como ves —prosiguió diciendo él—, da para vivir con tranquilidad, porque se mueve ya prácticamente solo.

—Es grande.

—Pero yo, como tú ya sabes, quiero ir a probar mejor suerte en el caucho, que es lo que da más dinero ahora.

—¿Tan lejos?... Te puede pasar algo y yo ...

—A cualquiera puede sucederle lo que sea, donde sea y cuando sea, eso es cierto. Pero a mí, no creo que me vaya a pasar nada grave todavía. Además que ya no puedo echarma para atrás porque mi gente está esperándome en Atalaya. Así que... aunque quisiera...

—¿Has hecho bastante gasto?

—Regular.

—Ojalá Dios te ayude y te proteja para que no te pase alguna desgracia, así.

—La ayuda de Dios hoy te la tienes que ganar.

—Como todo en la vida; y una forma es rogándole.

—Me preocupas tú más bien.

—¿Yo? ... ¿Por qué?

—A cargo de la hacienda se va a quedar Pasquel, mi capataz, que es de confianza.

—¿Sí?

—Bueno..., el asunto es que tú...

—Yo me quedaré aquí sola, aguardando con impaciencia que en cada mañana, en cada tarde, en cada noche, alguien llegue con una buena o… una mala noticia... ¡Ya lo sé!

—¡No exageres mujer!

—Escucha, ñañito —solicitó con firmeza, fijando sus ojos como cada vez que se le ocurría una decisión irrevocable.

—Sí, claro; pero no me digas ñañito, ya te dije.

—Perdona —María Nicanora se dio un pequeño respiro antes de continuar—. Cuando salimos de Rioja con Artime y con Blas, nunca pensé en las penurias ni en los peligros que tendríamos que afrontar; sólo me interesó estar al lado de mi esposo, como que lo estuve hasta el final, como bien te consta —la voz se le quebró.

—Ya no sigas más —susurró el varón ciñéndola por los hombros—. Vamos, tranquilízate ya; creo entenderte completamente.

—¡No! Quiero que sepas que a partir de ahora a donde tú vayas yo iré también, y todo lo que te pase, lo pasaré yo; así debe ser, Fidel.

El hosco varón se sintió conmovido. Le costaba todavía apartar el fantasma de su hermano de entre sus impulsos, pero alcanzó a tomar a María Nicanora por las

mejillas, y en lo más íntimo de su corazón se hizo la promesa de protegerla y estar a su lado hasta el final.

—Tus ojos son muy bonitos; siempre lo fueron —le susurró con ronca voz uno de los contados halagos que pronunciaría a lo largo de toda su vida. Y es que sus raíces eran de esclerenquimático cedro que del agua no necesita sino lo indispensable.

Ella no pudo evitar que sus ojos parpadearan abatidos, retirándolos en el acto hacia los isanales de blancos penachos que asomaban por el barranco desde el río, para no complicar aún más los calenturientos oleajes que se abatían bajo sus lozanas mejillas.



VI

El 2 de agosto de 1,986 luego de un breve curso de orientación sobre el llamado Internado Hospitalario Rural impuesto en las universidades con carreras médicas, perceptivos y sentimentales a su modo, tanto crédulos por igual de las improvisadas arengas que les planteaban deudas con la nación por todo lo aprendido en los claustros universitarios, ocho jóvenes internistas egresados de la prestigiosa Facultad de Odontología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, denominada en ese entonces por el sistema imperante, Escuela Académica Profesional, emprendieron por primera vez un viaje de tinte académico al convulsionado departamento de Huánuco, considerado como sede rural en el programa formativo de cierre de carrera en Odontología, para encarar su problemática de salud oral desde la óptica promocional y preventiva.

Debido a que Huacrachuco, la capital de la provincia del Marañón, resultaba inaccesible desde la capital del departamento, excepto en helicóptero, Lindaura, la única mujer integrante del grupo, tuvo que partir, vía bus, a la ciudad de Trujillo, en la costa Norte, para desde allí, llegar por un ramal a su destino. Dejaba en Lima un compañero de Facultad afligido por la inevitable separación, después de años de un amor siamés en el largo período de carrera, un enamorado aprendiendo a presumir celadas en la ausencia, un pretendiente intuyendo que su amada se iba al encuentro del que sería al cabo del Internado su esposo y padre de sus hijos. Cosas de la vida.

Los siete restantes, aturdidos en el espíritu de camaradería inicial y aparentemente herméticos a las advertencias de peligro referentes a la actividad subversiva en la sierra central, cogieron pasaje de ida a la capital huanuqueña vía la ruta de la carretera Central, por donde, tramontando la cordillera andina, alcanzarían al final del corto viaje, la agradable Yunga fluvial.

La tarde estaba plomisa, húmeda y fría, ahí en las inmediaciones de las avenidas Roosvelt y Paseo de la Repùblica, cuando se juntaron en el terrapuerto para emprender la partida, y vale resaltar la oscilante sobreactuación que protagonizaron durante el tiempo de espera para abordar el bus, merced seguramente a la necesidad de convencerse que todo les iría bien. Hablaban de temas diametralmente inconexos y se reían impostadamente de cualquier ocurrencia.

Sólo Matías, que ya había transitado aquella exigente ruta muchas veces desde su querida Pucallpa, trataba de mantenerse dentro de límites reposados, de motelo a medio sacar la cabeza. Conocía la vía al dedillo, debido a que la había recorrido en camión, en ómnibus, e inclusive sobre una pequeña motocicleta de 90 cc el año 1,972, cuando todavía era un estudiante de secundaria. Pero esa imagen autocontrolada y tendiente a la mesura, ya era una vestimenta vieja, que inclusive le había valido en la universidad dos apodos, que como algunos otros de la primaria y secundaria, no prosperaron: "Esfinge", tentada por un compañero conocido como "carelo" —por su cara de loco—, y "mantona", ocurrencia de un tarapotino simplón enraizado en la Facultad como uno más de esos tantos estudiantes vitalicios varados en la capital.

Al salir el ómnibus de los vericuetos por donde se encontraba su agencia y entrar al fin raudo a la avenida Nicolás Ayllón, las charlas animadas y las risas festivas

parecieron ir agotándose, al punto que los siete se tornaron como desconocidos entre sí, como inexpresivos bustos envitrinados tras sus ventanillas mirando en silencio el valle de Ñaña y los cerros terrosos que se acercaban desde Chaclacayo, cada quién embolsado en su propia duramadre y consolándose a su modo en el adormecedor ronroneo del motor.

Matías por su lado, pudo evocar a través de la puerta falsa proveída por su buena memoria aquellos tiempos familiares desde la distante Tornavista, volver hasta sus cinco años de edad con un cuestionario de interrogantes reverentes, e irreverentes, en el alma, y sondear con lente renovado las brechas ancestrales tras la cuna más lejana de los Ibazeta Marino.

... Mercedes, su hermana mayor, quien, secundando la generosidad de su marido, le prodigara pan, techo y una correcta idea de hogar en el transcurso de sus estudios universitarios, era en el año 1,961 una grácil y radiante adolescente encendiendo arreboles en las mejillas, que ni el inhóspito clima hogareño, ni el enjuto horizonte hacia el mañana, propiciados por el padre irresponsable, lograban opacar. Y es que le sobraban valientes rebeldías e impetuosos deseos por una vida diferente lejos de esos cercos domésticos y provincianos que le hacían fustigar sin tregua, sin cejar un sólo día, la animosidad adormecida de su madre, para marcharse de ahí. Por eso no se arredró en el momento que creyó debía exigir que le enviasen a la capital, donde según sus íntimos pensamientos, no podía llegar a estar peor. Al menos caminaría teniendo por delante sus sueños y un paso renovador cada día.

Una vez en Lima y bajo la providencial tutela de su tía Nelly -media hermana paterna de su madre-, lograría completar sus estudios secundarios en horario nocturno, trabajando en el día de cajera en un Súper Mercado a modo de ganarse el sustento. Después vendría la universidad —cuando la Garcilazo de la Vega no tenía aún la convocatoria de otras universidades— y un trabajo de mejor prestancia y remuneración como laboratorista en el Hospital Arzobispo Loayza.

En estas circunstancias conocería a un estudiante de leyes, más afecto a los negocios que a su propia carrera, pero que finalmente se graduaría tomando muy en serio la abogacía, y por supuesto a ella, a la que terminaría haciendo su esposa y madre de sus hijos.

Su nuevo estado civil le traería el alivio de ostentar un nuevo apellido a la americana, obviando referir el suyo, a su modo de ver, tan desprestigiado por el padre y no tan del gusto fonético de las personas. Había sorbido durante años los conchos vergonzantes del mal parado prestigio de su progenitor y lidiado sin tregua con las urticantes consonancias que sus compañeras de escuela usaban para aludir su apellido, así que, usar el apellido de casada le supo a liberación.

Cuando Matías la escuchó por primera vez, creyó reconocer lo que él mismo sentía. Sólo que en su caso, su opción de varón era reinvindicarlo exponiendo la piel y tomándose la revancha alegando al tiempo y a la superación.

Si bien es cierto que los estereotipos varoniles de la época le habían endosado un patrón selectivo de hombre a su gusto y medida, sin dudar un solo instante dejó de lado su ilusión por un Tony Curtis, un Burt Lancaster, un Marcelo Mastroiani,

para pisar tierra lejos de despeñaderos e inútiles vahídos, y asir verdades prácticas junto a un "serranito" huanuqueño de aproximadamente un metro sesenta y dos de estatura, que para besarla tenía que aprovechar las escaleras, que no tenía los brazos musculosos y torneados de Jhony Weshmuller, pero que por ley de la compensación, contaba con esas cualidades excepcionales que entre subconciencia y conciencia ella siempre había apreciado, esperado y buscado: madurez, cultura, equilibrio emocional, genes con predominio de raza blanca y una visión de futuro precavida y certera.

A Arquímedes, su segundo hermano, la memoria le sustraía a priori de un ayer plantado entre Tornavista y Pucallpa, repleto de motes urticantes, entre los cuales dos resumían su acomplejada existencia de colegial: El de "saltacho", por su extrema flacura dentro su uniforme caqui, y el de "chop-chop", por su notoria protrusión incisiva anterosuperior.

Le recordaba también, porque fue él quien le dio señal y plantó un hito para ubicar en el espacio y el tiempo su quinto cumpleaños, dándole por obsequio un viejo trompo repintado de verde, una gallina ovadora con doce huevos coronados, y con ello, un sentido práctico de la generosidad.

No hubo mucho tiempo para compartir a su lado los hitos vivenciales que desde la infancia deciden la calidad de los adultos, porque la brecha de la edad, el orden de nacimiento y su pronta partida a la Capital, no lo permitieron. Pero bastó este gesto sencillo y espontáneo a los cinco años de su vida, para que no dejara de pensar en ello con una gratitud matizada de nostalgia y romanticismo, a pesar del tiempo transcurrido sabiéndolo dueño de su lejanía.

Contaba su madre que cuando era todavía un chiquitín, no había plaga que no dejara de tomarle en cuenta, merced a su macilenta estructura orgánica. Refería con una risita compasiva, las veces en que estando inundados los bajos de la casa por la creciente del río, cómo, mareado por la corriente, caía como un saco de plomo al agua. "¡Este Arquímedes era pues, bien shepleco!", terminaba exclamando, ahuyentando con cuidadosa digitación la humedad de sus ojos.

Como medallista en aprovechamiento en la secundaria, al culminarla, era evidente que merecía seguir para adelante y empecinarse en buscar alguna opción mejor para su vida. Gracias a Dios, cuando le llegó la hora en que debía partir a la capital —no había otro destino para intentar ser profesional—, tuvo la providencial suerte de que su padre le comprara un pasaje en avión y encargara la confección de un terno para la ocasión, en la conocida sastrería "Estrella" de Pucallpa.

En Lima, en una relación de buen comienzo, su hermana Mercedes le reservaría pensión en la casa de Zoila Ibazeta Reátegui de Zevallos, una tía paterna, donde aprendería a anclar sus sueños y sentimientos mientras ponía el pecho a las inmisericordes exigencias de la gran ciudad. Sin duda un acierto de buen pie, pues cuando llegó la hora en que, por una de esas infaltables rencillas entre hermanos, Mercedes dejó de apoyarle con sus pagos mensuales en la pensión, supo esperarle con paciencia, sin reproche alguno, ni "caras largas", a que consiguiera sus propios recursos para auto mantenerse. Periodo durísimo que no sería superado sin pasarle factura por heridas y padecimientos de la carne y el alma.

Muy pronto, con igual hambre de comida que de figuración, se hizo dirigente estudiantil con filiación partidaria en Acción Popular por la línea de Seoane, quien al provocar un sisma como líder de fuerza con propias concepciones ideológicas al interior del Partido, terminaría arrastrándole a un estigmatizante fracaso político de larga repercusión, al trascender el triunfo de su contrincante, arquitecto Fernando Belaunde Terry, triunfo que trascendería el liderazgo partidario hasta la mismísima presidencia de la República.

A pesar de todo, fue un importante gestor de la creación de la Facultad de Derecho de la Universidad Particular San Martín de Porres —de la que sería su dirigente hasta el término de sus estudios, dejando sin contabilisar dos agradables años de estudios pedagógicos previos—, y ya durante el gobierno militar del general Velasco, trabajando en la Procuraduría General de la República, llegaría finalmente a graduarse como abogado —contra todo pronóstico familiar—, en un salón de grados repleto de preciosista arquitectura colonial, en el que contados graduandos tendrían el orgullo de hacerlo.

De aquí daría el salto como asesor jurídico a la ORAMS V de Iquitos, donde se perdería por un largo tiempo de los caminos familiares para desquitarse a su modo y aturdido en su abundancia de todas las penurias pasadas. Sin olvidar por cierto, su petulante deseo de ser algún día padre de la Patria.

Ahora, en el mismo momento en que Matías se solazaba repasando estas retazeadas memorias de sus derroteros familiares, se encontraba en Pucallpa consolidando ensoberbecido sus evidentes progresos económicos, y meciéndose en espumas de vanidad y poder, tal vez demasiado asequible y permisivo con las perniciosas influencias de los lisonjeros y apañadores de corruptelas, atraídos a su solvencia. Su libertina pasión gallística incrementaba su factor de vulnerabilidad.

... Elvira, dotada de esa cualidad “buffer” que le permitía conformar la prole sin influenciar ni dejarse influenciar, era quizás la única que a temprana edad había ensayado furtivamente incursiones mercantiles en la vereda del mercado de Pucallpa, esmerándose en ganar unas pesetas con la venta de limones y de aguajes ofertados sin un previo control de calidad, que por lo mismo, eran rechazados por estar aquellos aún verdes y estos “piquicho-piquicho”.

Seguramente desde entonces ya sentía el apremio de tomar distancia de una realidad agresora ensayando hacerse de una alforja que ablandara su lítica almohada y le eximiera de las pesadillas de la pobreza. Sólo que esta cándida aventura de ir a escamotearle pesetas a furtivos cachuelos de poca monta, le duraría hasta el día en que un “estirado” miembro de la familia materna, con ínfulas de rancio abolengo, la delatara escandalizado ante los “estirados” de la familia, en tono de anatema.

La recordaba sentada frente a él en el largo mesón de una cocina percudida de hollín, de las tantas que tuvieron en las tantas casas de alquiler que ocuparon, reclamando su presa favorita a la aturdida madre que, con su propio concepto de equidad y de justicia, hacía malabares para distribuir las porciones alimenticias. Prefería la carnosa pechuga de la gallina —cuando por ahí sucedía corresponder el ambiente dominical con una de estas aves criadas previsoramente en la huerta—, porque según daba a entender, el “toroc-toroc” de su parte cartílaginosa entre sus

dientes representaba un canto de alabanza a la mejor propuesta culinaria. Pero, ¿qué más se podía esperar entonces de una niña en la que las papilas gustativas estaban aún negadas al refinamiento, y cuya íntima esperanza consistía en ser llamada diariamente a la mesa? Eran tiempos de mucha escasez. En esto siempre habían coincidido los recuerdos referidos por los tres hermanos mayores —revelaciones que desafortunadamente se filtraron también a indiscretos y hasta malintencionados confesionarios—, y Matías los guardaba como balance comparativo con sus propios padecimientos, todavía sin querer entender las repercusiones sicológicas de semejante situación.

Habiendo abrazado con celo el credo cristiano protestante bajo la influencia del culto al cristo traído por el colono norteamericano Le Torneau, al llegar a las aulas secundarias en un colegio regentado por monjas, tuvo que encarar inevitables colisiones conceptuales respecto a la doctrina, y consecuentes perplejidades reactivas a cómo ubicarse en un entorno social aparentemente más inhóspito. Sin embargo, al amparo de un carácter pertinaz y prospectos fijos en la mente, finalmente lograría coronar con éxito tan rígida educación, considerando la excepción de los obvios arañazos en la materia de religión y los retardos en el pasaje laberíntico de la matemática, que no le gustaba para nada, como leves tropiezos de formación.

Llegada a Lima, su hermana Mercedes y la tía Nelly, rápidamente la acomodaron en el laboratorio del hospital Loayza para que pudiera ganarse un ingreso económico indispensable para su permanencia en la capital -esperar un apoyo desde Pucallpa era como aguardar los tesoros de la "lamparilla"-, y su ingrata experiencia en casa del tío Francisco, medio hermano paterno de su madre, no pasó de un trago amargo que supo convertir en demanda de sobre esfuerzos para alcanzar sus metas.

Este pariente se había ofrecido a tenerla en su casa hasta que se pudiera acomodar en algún otro lugar, pero no dijo que mientras tanto —influenciado por su dominante mujer—, la vestiría de doméstica. Su humillante dádiva le cayó como bomba a la tía Nelly —hermana de él por padre y madre—, quien se apresuró a reivindicar los derechos de sangre armándole un escándalo mayúsculo y haciéndose cargo de ella. Gesto que, dicho sea de paso, resguardaría en los corazones batalladores de los demás miembros una especial gratitud hacia ella.

Poco tiempo después de esta embarazosa situación, y ya organizadora de sus propios ingresos, se mudaría con Mercedes a un pequeño departamento, en la calle Porta del exclusivo distrito de Miraflores, evidencia de que los tiempos mejoraban y que los sueños no siempre son sólo eso cuando se pisa firme a pesar de los temblores.

Al igual que su hermana, logró ingresar a la Universidad Garcilazo de la Vega a seguir estudios de Contabilidad, pero no se desprendió de su aspiración de siempre, que era emigrar a los Estados Unidos a cursar estudios de Teología.

Con el pretexto de realizar este proyecto empezó por inaugurar un comportamiento distraído, si no meticuloso, a la hora de compartir gastos con Mercedes, ingresó a un proceso de abstención en los asuntos familiares ajenos a su perspectiva, y asumió un estoicismo espartano frente a la crítica que le llegaba a raíz de su obsesivo celo con sus ahorros. Tal vez habría que entenderlo como una estoica disciplina tras un difícil objetivo, considerando lo escarpado de la senda a seguir en tierras ajenas y

lo lábiles que desde lo profundo de sus inquietudes consideraba a las herramientas que disponía.

Como era de predecir -esto según la percepción de Matías por los indicadores puestos en evidencia en su acercamiento a los jóvenes misioneros que visitaban la iglesia de Campoverde y de La Buena Tierra del Kilómetro diecisiete de la carretera Federico Basadre-, un día de reto y osadía, de esos con los que se había familiarizado tanto durante su trajinada expectativa, cogió sus maletas con el corazón en vilo, y para orgullo y estímulo de los miembros que sobrevivían en provincia, se fue a la tierra de los gringos a estudiar asuntos profundos de la Biblia en una escuela pastoral de Río Grande, en Tejas. Su consuelo acaso sería el alivio de ser una carga menos en una familia urgida de integrantes fuertes y audaces prestos a ejercitar las propias alas lo más precozmente posible.

Integrante de esa legión de mujeres que sin dejar de ser atractivas —tal vez aromáticamente asépticas a la hora de pescar la mirada de un pretendiente—, sólo logran a lo largo de sus vidas involucrarse con unos contados romances, no vio más lugar adonde dirigirse al final de sus estudios, cuando en los ojos grandes y sentimentalmente delatores de un condiscípulo procedente de Méjico, intuyó que su camino de regreso a la patria bien podía esperar. Sólo que su noción de espera, su concepto de alejarse y volver, se disiparía en la longa adopción de dos patrias nuevas y en la concepción de hijos ligados a otras nacionalidades. Como reza el dicho: "El hombre propone y Dios dispone". Aunque allá en su patria a nadie le cupiera duda que los estímulos arraigantes que ella debía abrigar con resignada nostalgia por su tierra natal, seguían y seguirían incólumes.

Habacuc, el cuarto de sus hermanos, llamado por todos con el diminutivo de "Cuco", tenía heredado un sobresaliente coeficiente de inteligencia —tremendo don imposible que pasara desapercibido desde que leyera el periódico a los tres años, y que su padre, muy ufano en su calidad de semental, atribuía a sus genes—, y era hasta ese momento, tal vez uno de los pocos ucayalinos llamado a trascender a pulso más allá de la notoriedad pueblerina.

Encarnaba al típico chico estrella del salón que siempre culminaba el año dejando constancia de sus logros y potencialidades intelectuales, pero que para desazón de su madre, en casa se ubicaba en el antípoda de tan relevante sitial, pues más reacio y contestón que él, sólo Arnulfo, el nieto de la vecina Adelaida, que hasta con el brazo enyesado no dejaba de seguir haciendo mataperradas en donde le viniera en gana. Seguramente por no encontrar al seno del hogar las congratulaciones de las que se sentía merecedor, y por una peculiar manera de corresponder a la aspereza de ánimo con la que ella sacudía las horas de actividad, al borde de la histeria con tanto hijo que atender sin el apoyo del esposo casi siempre ausente e indiferente con sus peripecias cotidianas.

Acostumbraba juntarse con su padre las pocas veces que este permanecía en casa, siendo percudido, en esta indefensa posición, por la astucia de interrogatorios maliciosos a los que este aviesamente le sometía a fin de sonsacarle alguna ocurrencia supuesta en sus afiebrados celos, lo que derivaba en una tácita complicidad que con ingenua percepeción de la vida él asumía como cariño preferencial. Esta enrarecida alianza le supuso ser tildado por los demás hermanos como "el engreído de papá".

Claro que esta revancha que se tomaba a su modo tras la engañosa protección de su progenitor, no le duraba lo que su bisoña manera de ver la vida requería para sitiarse en el lugar que creía merecer. ¡De qué méritos se podía hablar en el ajetreo de sobrevivir! No estaba en edad, ni tenía la experiencia dilucidada para una comprensión de estas. Y es que, tras la pronta partida de este —tan violenta como la precedente—, se quedaba estupefacto frente al vacío que le dejaba sin explicaciones, sintiéndose más huérfano que pichón de águila expuesto a la ley del más fuerte, susceptible a una supuesta agresiva atmósfera notificada de su nombre. Tal vez por ello su actitud arisca y rebelde, tal vez por ello su talante provocador y menospreciador con su hermano Joel —a quien solía gastarle la pesada broma de afirmar en serio que había sido recogido de las comunidades nativas por el simple accidente hereditario de haber sacado la piel más oscura—, y tal vez por ello su carácter exclusivistísta y altivo ajustándose al dicho ese de, "lumbrera en la calle, oscuridad en la casa". Pero aparte de todo esto, ¿quién podía discutir su excelencia en los estudios?, ¿quién, su don de gentes, traspuesta los límites de la casa?, ¿quién, su autosuficiencia para digerir estoicamente sus hambres y enrostrar sus miedos?...

Cuando egresó de la Gran Unidad Escolar Faustino Maldonado de Pucallpa, sus amigos más cercanos tenían ya, maleta lista para viajar a la Argentina, donde estudiarían la carrera de Medicina —obviamente, tenían el padre al lado y los recursos para hacerlo—, y acaso fue aquí, el punto de quiebre para aquilatar en su debida dimensión la engañosa cercanía de su padre en esas esporádicas oportunidades en que creyó sentirlo como una protectora compañía. No le quedó más que aguardar a saber lo real de sus pòsibilidades, aguantando a pie firme los prejuicios descalificadores contra los insolventes, y dar por sentado que de algo podría valer el tener hermanos en la capital. Su afinidad con la pretensión de sus amigos pudientes a ser médicos le aconsejaría tentar postular en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima, aunque tuviera que arañar recursos en casa y esperanzarse en el apoyo que sus hermanos mayores pudiesen alcanzarle. El tiempo le enseñaría a no sobredimensionar este tipo de expectativa y que el cariño y el pan requieren de mucha elaboración para ser servidos juntos.

Como en su época los primeros alumnos no gozaban de ingreso libre a estos centros superiores de estudios, ni de las gangas actuales —incluidas las trafas— para acceder entre variadas opciones a los mismos, tuvo que someterse al examen de admisión general, tan distante todavía de los expeditivos sistemas computarizados actuales, en el que pagó su noviciado con la frustración de no lograr ingreso.

Con escasos dieciséis años de edad para orientarse con lucidez en este trance, volvió a Pucallpa escapando del desamparo cernido sobre sus lomos en la inhóspita gran ciudad, a procurar cobijarse en el seno materno, en el entorno social y natural que le vio crecer, en la patria chica del barrio, hasta entender mejor, qué le cabía enfrentar ahora para no dejarse rebasar por el tiempo perdido. Pero para su desazón, increíblemente en ese poco tiempo de ausencia, todo —excepto el seno materno—, había cambiado en su cálida atmósfera, en su olfato de perro fiel reconociéndole en la bocacalle, en su congratulador tono de voz de preguntas sobre su futuro, en sus seguros asideros amicales, en sus emotivas bienvenidas de vecindario, otrora tan acogedoramente perceptibles hasta en las orejas. Sin capacidad de procesar ágilmente tamaña decepción, resignadamente aceptaría por unos días transitar con

aire vencido las nuevas áreas esquivas, pero sólo hasta que su espíritu batallador volvió a decirle que ya estaba nuevamente en pie.

Gracias a unas recomendaciones de los sacerdotes que tenían a su cargo el Boy Scout —donde se había ganado grandes consideraciones llegando a ser guía de "Las águilas"—, y a ciertas influencias ejercidas a su favor por la abuela Mishi —que por inercia seguía siendo tan servicial como en sus tiempos fuertes—, consiguió que la Zonal de Educación le contratase como profesor de una escuelita del bajo Ucayali, en un caserío llamado San Antonio, donde para su sorpresa, aún guardaban reconfortantes recuerdos por su abuelo "machote".

Allá fue a darse su primer baño de importancia, a extirparse el trago amargo del regreso de Lima con la "pala al hombro", a rescatar arrestos para volver a la carga y palpar sus posibilidades de empezar a ser él mismo su propio padre.

Después de un año de trabajar como adulto en esa tierra que le cobijó con cariño —por cierto sorprendida al principio, de tener que confiar la educación de sus niños a un lampiño oliendo todavía a mozalbete—, y con los remanentes de unos ahorros gastados con apresuramiento de novedad en la confección de dos ternos que supuso le darían más prestancia a su retorno con gloria, volvió a la Capital dispuesto a condescender con la sugerencia de su hasta entonces único cuñado y de su hermano Arquímedes —quienes apostaban a que estudiase también Derecho—, decisión que. a la postre, resultaría bastante afortunada, pues le abriría las puertas de una promisoria carrera en el Poder Judicial —en la que ya llevaba conseguido un Juzgado de Paz, uno Civil, y le llevaría a alcanzar una Vocalía Superior, la Presidencia de la Corte Superior de Lima, la Presidencia de la Sala Corporativa para Casos de Terrorismo, cátedra en dos universidades, la Decanatura del ilustre Colegio de Abogados de Lima—, y seguramente la de otros logros llamados a dar lustre a su bien ganado prestigio de ucayalino con real y meritoria trascendencia.

Su hermano Joel había sido el comedido de la casa, el niño presto a colaborar espontáneamente donde se requería una ayuda, el buen amigo con quien compartió desde juegos hasta mendrugos de pan, el buen compañero con quien encaró bajo el mismo mosquitero desde la pertrusis hasta la varicela, y con total seguridad, el mejor sustituto paternal que tuvo a la mano hasta la hora en que Dios consideró necesario que formara su propia familia.

Al igual que Habacuc, también fue un Boy Scout vocacional y de buena arcilla, como para ser moldeado en el escultismo a satisfacción de sus preceptores, alcanzando a ser guía de "Los leones". Y justamente desde aquí es que, gracias a la intermediación del sacerdote tutor, lograría dar el salto a una educación mejor impartida en el medio, al ser aceptado en el Seminario de Yarinacocha, un internado para cultivar las inclinaciones sacerdotales de los jóvenes a partir de la secundaria, que a la postre, el gobierno militar del general Juan Velasco Alvarado expropiaría para instalar allí la base de la Fuerza Aérea. A este respecto, la explicación que dieron entonces los religiosos canadienses, ante la inminencia del desalojo, fue que la falta de vocación sacerdotal en el alumnado no justificaba la existencia del internado.

Los alumnos del último año, creyendo con toda candidez este antojadizo argumento,

se ofrecieron al unísono abrazar la carrera sacerdotal, pero tamaña oferta fue rechazada de plano, básicamente por la miope percepción de los objetivos del sacerdocio que trascendía de tan impulsiva actitud, y porque la suerte estaba echada: Era un asunto de Estado.

En días previos a que el Vicariato Apostólico de Pucallpa oficializara la clausura definitiva, llegó a casa con una cara de apóstol mártir, a comunicar que había decidido ser sacerdote. Y estaba creído de que su decisión era la voz de su meollo.

La noticia pareció no escandalizar, ni siquiera sorprender lo más mínimo a su madre, pero al enterarse sus hermanos en Lima de la situación, la cuestión se volvió peliaguda y hasta incendiaria.

Zamaqueado de pronto por este juzgamiento a lo que sus hermanos posiblemente consideraban como una reprobable disensión a los valores familiares, una vez consumada la expropiación, no le quedaría más opción que ponerse a revalorar su perspectiva vocacional, llevándola todavía desordenada y terca a la capital, donde su cuñado y sus hermanos se encargarían de derivarla hacia el Derecho.

Llegó todo orondo con su melena al estilo nuevaolero, patillas largas, pantalón acampanado de corduroy y botines de tacos aperillados, transmitiendo un aire contestatario a las rigideces del mundo, un tácito mensaje de desapego a los problemas habidos y por haber, y un raro desdén al hecho de no tener más de un par de libras en el bolsillo. Sin embargo, pronto mudaría de apariencia y conciencia, ya que la demanda laboral en la que sería introducido para hacer posible su manutención y su salto a la universidad, demandaba ciertas formas más adecentdas.

Un Procurador General, de apellido Velarde, apenas verle le puso como primera condición, si es que quería hacerse con el puesto de gestor judicial que tenía vacante, volarse la melena y vestirse como mandaba la regla dentro una dependencia del Estado. Lo que por cierto hizo, afortunadamente sin tomarse a pecho el despectivo condicionamiento y sin renuciar a ese optimismo de piel, que tantas satisfacciones le depararía a lo largo de su lucha personal por hacerse de un nombre. Porque, ¿quién podría alguna vez reeditar su buena leche para encarar las aflicciones que la vida en la capital acostumbra acuñar en la piel de los provincianos recién bajaditos? En este contexto, y en lo que a Matías incumbía, nadie más.

La Procuraduría General de la República de su tiempo, la Universidad San Martín de Porres, la familia que trataba, los amigos que frecuentaba y el paradero de la línea Lima-Chosica N° l02 en el que cada noche hacía una larga cola para volver a la casa de su hermana Mercedes, en Chaclacayo, podían refrendar esta certeza.

Animado por su motivador cuñado Augusto Robles Ramirez, siempre avocado a abrirle posibilidades en las amenas sobremesas en las que coincidían, dejaría atrás su ascendente carrera en la administración pública, para dedicarse con éxito a una práctica privada en la que cimentaría el holgado porvenir que hasta el momento se tenía bien merecido...

Matías abrió los ojos y pudo percatarse que Matucana y San Mateo, hacía ratos que se habían quedado atrás. El ómnibus, ya sumergido en las primeras sombras de la noche, seguía su sinuoso ascenso hacia Ticlio, y pensó que lo mejor en ese

momento era seguir aspirando de los hálitos evocativos puestos a la entrada de sus mismísimas fosas nasales, así que se dejó vencer una vez más por sus párpados y desandó por el éter los viejos caminos del ayer.

... Elizabeth, su penúltima hermana de padre y madre, como todo miembro de una familia al que se satura de halagos y se convence de su gracia y hermosura sin igual, desde niña se había ido perfilando hacia una autonomía errática de rebeldía sin causa, y atascándose en sutiles vanidades que le vedarían la disciplina necesaria para descollarse en los estudios, y le acarrearían sobretiempos de esfuerzo para aprender a reconocer sus valiosas potencialidades.

Cuando a fines de la década de los sesenta, la familia se trasladó a un cuarto de alquiler en la calle Oscar R. Benavides de Pucallpa, se encontraron con que a media cuadra, en una esquina del cruce con el jirón Lima, ya vivía la tía Yolanda Montero, prima de su madre por la línea de los Hoffman.

El contraste de vida con la de ella era tan evidente a favor de su confort y solvencia, que ir de visita a su casa era poco menos que un lujo que él, Elizabeth y Kelita, se tomaban muy en serio. Hasta lo que comía les parecía venido de otro planeta.

Aparte de estas comodidades que le hacen referencia, la tía era consentidora y permisiva, y esto encandiló a Elizabeth, que prácticamente se creó una adopción para olvidar los horarios que debía respetarse en casa, y de esta manera acogerse a la envidiable burbuja de su proteccionismo. Se fue desvalida y confiada, retando la rigidez que plantea las cosas en blanco y negro, y así no podría ver lo que cuesta avenirse sin prudencia a costumbres tolerantes, permisivas y liberales, a tan corta edad.

Al ser llevada a Lima junto a Kelita, a raíz del nuevo compromiso de su madre con Ernesto Córdova Dávila, un joven vendedor de ferretería y lubricantes, no lograría adaptarse al régimen austero e intransigente impuesto por su hermana Mercedes, crispada de por sí con su nuevo rol de esposa, madre, y nuera de una suegra rival, y aprovecharía la primera oportunidad para volver a Pucallpa tras los refugios que en sus huérfanas razones concibiera aún la esperaban al cobijo de su madre.

Decidida a quedarse en su tierra, con más autonomía de acción para sus arrestos adolescentes y disipada de los apremios tensionantes vividos cotidianamente en casa de la hermana mayor, se escudará con tal fin en la desenvoltura preciosista de su tierna juventud, y convencerá a su madre —que se enorgullece íntimamente de contar a su lado con una hija tan agraciada— para que le permita cumplir su deseo. Contribuirá determinantemente en esta apremiada y miope concesión, la intermediación de su tía consentidora, que a su modo y con gorjeos de innata Celestína, también se rendirá a su radiante presencia.

Mientras estudia en el colegio adventista de la ciudad, un médico de cabecera de esta tía, dueño de una reconocida clínica y que atraviesa en esos momentos la convalescencia de una herida cruenta de adulterio, se fijará en ella para intentar egoistamente restañar sus grietas afectivas, su perdida autoestima y su hombría despechada, con un iluso y forzado enamoramiento de brechas sin puentes, de lazos sin nudos y guerreros sin escudos, empezando solapadamente una aturdida

relación que al final del balance aportará a la familia una sola satisfacción: Alberto Jr. Muñoz Ibazeta, su único hijo. Ya en manos del tiempo, el mejor curandero de todos los dolores, terminará serenando su destino imaginando un futuro mejor de manos del deseo de deparar a su hijo las oportunidades que supone ella no las tuvo.

…Kelita, "la última de las mohicanas", como solía llamarle Arquímedes, prácticamente no había tenido tiempo de reconocer sus aspiraciones de presentir égidas frente al futuro, de procesar el sentido afectivo familiar, ni siquiera de hilvanar su propia personalidad y su identidad nacional durante su permanencia en el Perú. Porque a la temprana edad de ocho años, su hermana Elvira se la había llevado a vivir a Méjico, directamente a un internado femenino de clase media, tan negada de afectos filiales y del concepto de familia tal cual le tocó en suerte hasta sus seis años, asi como las humildes domésticas provincianas llegadas a la capital a laborar en casa de ricos.

Nacida en un tiempo de sobrecrisis y con la desventaja de un reflejo nauseoso a la leche materna, tuvo que aclimatar su caprichoso paladar a la harina de plátano usada como sucedáneo y conformarse con una contextura menuda en comparación con sus hermanos.

En el país azteca lograría culminar estudios superiores en una exigente institución denominada Normal de Educación, y en la actualidad se hallaba complementando esta preparación con estudios de Teología en Tejas. De hecho, ya andaba flotando en el dilema del regreso a su patria, o permanecer de algún modo en esas tierras que, de cierta manera, le habían dado la oportunidad de sobrevivir con dignidad…

Matías se revolvió en su asiento tentado a dar fin a sus recuentos del pasado. Sólo le faltaba incluirse en la parcela para completar la casi divagante remembranza de los surcos plantados por cada uno de los miembros de su familia, y no sabía desde dónde empezar.

Se puso a observar cómo la neblina, a modo de un embetunado sin lustre parecido a una humareda carbónica atrapada en vapor de agua, iba camuflando las gargantas de los cerros con una proyección de masa umbría sobre los cuadrantes de sus esmaltadas pupilas.

Se empezaba a sentir el aire enrarecido de las altas serranías, que a falta de oxígeno arrastraba un fino polvillo terroso, monóxido de carbono y humores humanos a gusto de las tres regiones naturales, al interior del bus, y tuvo a bien desechar toda sugestión que le hiciera temer un destape alérgico.

Se consideraba uno de esos individuos que a despecho del esmero que le ponen a mantener purificado el agua en el envase, terminan atestiguando cómo un mísero sedimento lo estropea todo; uno de esos considerados sujetos que entran de puntillas a casa para no perturbar el sueño de los demás, pero que lo arruina todo con una tos escandalosa o una loza hecho trizas; uno de esos convincentes predicadores capaces de lograr firmes conversiones, pero siempre asaltado de dudas en las tentaciones; en suma, por decirlo en términos de su hermano Joel, un pato más sobre la tierra. Que entendido con algo de elegancia y sapiencia, podría tratarse de un tipo que al final "siempre la caga".

... Su infancia en Tornavista, un recuerdo de paraíso anclado en el vaivén precario de sus cortos cinco años, comenzó a estremecer su modorra atrayéndole hacia rezagadas imágenes tan pertinaces como deliciosas en la evocación.

Sonrió en la oscuridad al verse junto a sus padres y hermanos alrededor de la gigantesca radio que ornamentaba la sala, producto de seguro, de algún canvalache de su progenitor, escuchando tenso y escarapelado, "El enigma del castillo", una espeluznante radionovela que les paralizaba cada noche y les hacía apartarse de los espacios oscuros, como si verdaderamente un ente maligno merodease tras sus médulas. No recordaba si aquella querida radio era una Emerson punto azul, una RCA Víctor, una Musitron, una Phillips, o una de otra marca, pero sí, que entonces creía a pies juntillas que dentro de ella unos seres en miniatura y de forma humana se encargaban de producir sus mágicos sonidos.

Escuchó con nitidez, tintineando lentejuelas a la puerta de entrada de la evocación, también algunos diálogos simplones que entonces eran motivo de risa para los mayores:

—Cuando siba chiquito... —decía él con el petulante talante de los niños que se creen creciditos y porfían en ser protagónicos.

—No se dice siba, sino sía —corregía Joel con severidad de catedrático.

—Tampoco se dice así —refutaba Habacuc, con una larvaria, pero ya zahiriente petulancia—. Se dice: cuando era chiquito —precisaba con su ya reconocida lucidez.

A fuerza de propinar unos suaves "codazos" a algunos desordenados recuerdos retenidos por ahí en algún lugar dentro sus huesos planos más representativos, logró jalonear unas respuestas memorables:

—A ver Matías —decía su madre—, ¿qué quiéres ser cuando seas grande?

—Maestro.

—¿Tú Joel? —trasladaba la pregunta a su vivaracho hermano.

—Yo quiero ser gringo —respondía este sin parpadear.

—Ja, ja, ja... ¡Alaocito mi pobre hijito! Ja, ja, ja... ¿Y por qué ya vuelta?

—Para manejar avión —volvía a responder contundentemente el aspirante a gringo.

Después de reírse por la divertida ocurrencia del más trigueño de sus hijos, su madre, con gesto compasivo, le abrazaba cariñosamente y se ponía a explicarle que los aviones que todos los chicos de la escuela dominical iban a ver al final de algunos cultos, pertenecían a Le Torneau, y que por eso los pilotos eran gringos. Pero que por supuesto, había peruanos que también manejaban tan fantásticos aparatos. Aprovecha para hablarle a vuelo de pájaro de algunos bien mentados en la selva del Ucayali por su aporte a la exploración y desarrollo de la misma, a precio de sus propias vidas.

—Elizabeth sí, no necesita de nada porque ella es la reyna —intervinía zalameramente su padre.

—Yo no cher reyna, papito; mujer Mashico, Reyna —contestaba ella con certeza de versículo aludiendo a la robusta esposa del bodeguero Marcelino, la que por cierto se llamaba Reyna, reiterando la convincente respuesta que en algún momento dejara sorprendido al primo Carlín Chávez Ibazeta, a propósito de una casual visita de paso a Pucallpa.

Muchas otras graciosas reminiscencias, chispeando como abdomen de luciérnaga por el túnel del tiempo, llegaron hasta su reclinado asiento "pullman" a estremecerle con otros tumultuosos recuerdos el alma, ya bastante desconcertada con los hallazgos que surgían —como en una muñeca rusa—, debajo de los que concientemente iba rastreando, y ya un tanto agotada de afrontar un vuelo por demás impredecible, como ave primeriza en el tráfico de los vientos.

Cuando por primera vez fue a la escuela, recordó que lo hizo como si de una ocasión festiva se tratara. El olor de los lápices, del borrador, del cuaderno "block", la tiesa sensación dentro su camisa almidonada, el olor de la ocasional brillantina sujetando su pelo rebelde a los lados de una forzada raya con el infaltable "chuco" coronando la frente, y tantos otros detalles que le hicieron creer aquel primer día que la escuela era una juguetería, y que como reflejos condicionados seguían hasta ahora marcando su influencia en muchas de sus respuestas anímicas.

Desgraciadamente, la escuela no resultó lo que su imaginación le había engatuzado, y ya al mes iba a trompicones asimilando penosamente los primeros ajustones de la dura vida escolar: Unos golpes propinados por una agresiva niña de segundo año que le dejaron más aturdido que papazi patas arriba, en cuanto a valores, pues estaba enseñado para no golpear a las mujeres, y en ese momento ganas no le faltaron de meterle golpe a la ruda mocoza, con puño y patada. Luego, el llanto furtivo de su buena maestra Sofía, que intempestivamente les abandonaría para siempre, dando pase a una nueva señorita de apellido Aquiño, que también haría estragos su bisoño corazón, atendiéndole con afecto y suavidad de enamorada.

Y finalmente, la abrupta partida de la familia a Pucallpa.

Así pues, a los seis años, y a partir de aquella mudanza, comenzó a tener conciencia de los miedos existenciales y a no sentirse tan seguro bajo la égida paternal. Y es que de la noche a la mañana se vio sin el hogar de siempre, sin amigos, sin un sitio propio en la mesa, con sus padres dueños de nada en una casa ajena donde su tío Alcibíades, hermano de su padre, pasaba a ser el jefe de familia, y con una razón nueva para tener deseos de llorar. Seguía sonándole bien eso de que un hombre macho no debía llorar, pero sus ganas eran inmensas.

En realidad, la vivienda del apacible pariente, más que ello, en el buen sentido de la palabra, era una casona de palma y esteras con piso de tierra, que de por sí, ya tenía su propia congestión de vivientes. Definitivamente pues, vivienda no era. Aunque valgan verdades, por esos años en Pucallpa, casas que podían jactarse de tener un decoroso desagüe y un tanque elevado para suministro de agua que aguadores a caballo se encargaban de llenar cuando el pozo era ajeno, y que por

ende podían catalogarse como verdaderas viviendas, no pasaban del par de docenas en toda la ciudad. Una razón más para que percibiera a su abuela Mercedez como una encumbrada matrona a la que convenía mirar de lejos.

Cómo le dolió entrar allí aquella noche después del largo viaje y ver que su madre, en el único cuarto acondicionado para dormitorio, tendía unas mantas entre los catres de los dueños, procurando acomodarles de la mejor manera. Las basenicas malolientes reposando debajo de las camas y su corta vida sin mañana, le hirieron en estocada e hicieron llorar en silencio a vista de los mortecinos lamparines que hasta el amanecer tiñeron de ollín sus fosas nasales.

Al día siguiente, a la hora temprana del desayuno, sentado frente a una ración de dos trocitos de yuca cocida y un poquito de margarina, lo justo para untarlos, ya iba caído en la cuenta de que su padre no les había sacado de Tornavista por haber concebido para ellos un futuro mejor, nó; su prioridad uno había sido evadir la vergüenza de ser despedido por la Administración Le Torneau como un elemento negativo sumamente disociador.

También ya tenía claro que su sufrida madre, inmejorablemente considerada por la comunidad americana y también oriunda asentada allí, había sido arrastrada por el simple e ingrato hecho de ser la esposa de tan conflictivo especimen.

Conoció a sus nuevos primos, que como buenos hijos de madre de color, eran gritones, estridentes, locuaces, e innatamente inclinados a hacer notar su condición de dueños de casa. Temperamento que se tornaría abiertamente arisco, al irse evidenciando con la forzada convivencia la reducción de sus espacios, y sobre todo, la disminución de sus magras raciones, que harían que abortase todo asomo de afecto hacia ellos. Al menos en su caso. A los seis años sólo vale el comer y el amar a la madre, y las dos fuentes llegaban a él plagadas de perturbaciones.

Su madre, felizmente logró un espacito para continuar en el magisterio, su padre optó por ausentarse al río para tratar —según su clásico alarde— de conseguir "algo" que ayudara a la destartalada economía familiar, Elvira fue matriculada en el colegio La Inmaculada, Arquímedes en el colegio Faustino Maldonado —recién fundado apenas cinco años atrás coincidiendo con el traslado de la Escuela Normal de Varones desde Requena—, y Habacuc, junto a él, a las justas fueron aceptados en la escuela 1230 por recomendación de la tía Yolanda Montero, imponente rubia poseedora en esos tiempos de la topografía anatómica más llamativa de Pucallpa, quien, audaz en extremo, llegaría a ser la primera mujer en saltar en paracaídas en el Perú.

Joel fue un caso aparte.

El "pispacho" comedido, su hermano predilecto, fue sacrificado todo ese año de 1,962 para cuidar en casa a sus hermanas Elizabeth y Kelita. La precaria situación económica que imposibilitaba tener una empleada doméstica, su carácter adaptable y generoso, y acaso su edad, fueron determinantes para su necesario relego.

Por ventura, en casa del tío Ashico solamente permanecieron un par de meses y la identidad del núcleo familiar se rescató a sus verdaderos cauces apenas posesionarse de las dos pequeñas y humildes edificaciones de estilo nativo que su

madre logró alquilar en un terreno abierto, que al poco tiempo, sería expropiado para la construcción del Hospital N°2 de Pucallpa, con el tiempo conocido como Hospital Regional de Pucallpa.

Aquella adormecida sensación de "estar en casa", volvió nuevamente a tener presencia en los espacios y en los platos, así como en la férrea disciplina impuesta por su madre, y nuevamente las alegrías sujetadas, las iniciativas reprimidas, las confianzas empacadas y toda la naturalidad hermetizada durante la convivencia parametrada en casa del tío Alcibíades, desplegaron alas para devolverles su querido universo familiar. Sin embargo, los pugnaces arrestos estudiantiles presentaban sus propios bemoles: Elvira andaba un tanto desubicada en algunos cursos, pues de un medio evangélico protestante como el de Tornavista, había pasado sin transición a otro estrictamente católico.

Arquímedes por el contrario, se había adaptado a la rígida enseñanza del padre Langloise, sin mayor esfuerzo, y Habacuc era reconocido en el primer lugar con claridad diáfana. Él, por su parte, casi perdido entre sesenta niños notoriamente más desenvueltos y agresivos que los compañeros que tuvo en la escuela de Tornavista, se veía obligado a retraerse, a contraerse con cada golpe seco de la regla blandida por su tía Yolanda, que por esas extrañas coincidencias de la vida, era la profesora de transición...

Matías interrumpió sus pensamientos al encenderse de pronto las luces de cabina del ómnibus, que al rato se detuvo completamente, dándose por enterado, de que estaban a punto de entrar a recorrer la pampa de Junín.

—¡A ver, a ver, todos con los documentos en la mano! —solicitó adustamente un rudo uniformado encaramándose al pescante, detrás del chofer.

—Es el ejército —susurró alguien detrás de su asiento.

—No; son los de la UMOPAR —aclaró otro.

—¿Qué querrán?

—Buscan terrucos.

—¿No será plata? Todos transan con la marmaja.

—Estos piden propina nomás, igual que los soldados para su cigarro. Los que son unas ratasas son los "tiras", mano. Esos te encuentran toda vaina, para sacarte el billete —habló a su compañero de asiento, un recio individuo parecido a un minero de socavón.

Por la puerta entraba un frío congelante y Matías se envolvió en su gruesa frazada buscando aplacar unas leves náuseas que le tenían atormentado desde la bajada de Ticlio.

Después de presentar la documentación exigida por el policía rural, se atornilló en su asiento y de vuelta se dio a entretenerse con sus interrumpidos recuerdos.

... Empezó a faltar a la escuela fingiendo dolores de cabeza, de oídos, de muela,

de rodillas y de todo mal conversivo que su madre pudiera creer, a fin de evadir la odiosa travesía diaria de acudir a las aulas. Pero, como era de esperar, terminó siendo descubierto, y por justicia casera, sometido a flagelación con rama de huingo, para que otra vez no le pasara por la mente tan mendaces argucias. Y lo peor de todo, fue que tuvo que volver a la escuela, más atado de angustia, regurgitando el corazón ante el llamado de la campana, temiendo cervalmente salir a la pizarra... ¡mañana y tarde!

Un día de esos, en el que fiel a su costumbre a la hora de los recreos, andaba por ahí distrayéndose en solitario, porque ni siquiera con su hermano Habacuc, ni con su primo Walter buscaba juntarse, vio por primera vez un yoyo en manos de un compañero. Era pequeño y de lata primorosamente pintada. ¡Cómo quiso en ese mismo momento, que fuese suyo!

Al llegar a casa, con un bien trabajado tono de súplica, le dijo a su madre que un amiguito quería venderle a un Sol el novedoso juguete. "Mañana ya veremos", le respondió ella evidentemente incomodada por su pertinaz y egoísta letanía.

Esa noche resultó tan larga, como aquella primera en casa de los primos mulatos.

A la mañana siguiente, su madre, aprovechando el intermedio del receso y ya de regreso de ver a Joel y a sus dos hermanas menores en casa, como lo hacía cada día durante la media hora de recreo en su propia escuela, se acercó a la cerca para entregarle a través de una rendija el preciado Sol.

Inmediatamente la moneda pasó a manos ajenas y el fantástico yoyo pasó a las suyas. Estuvo encandilado observándolo detenidamente por largo rato. Era lo que había querido. Intentó luego hacer los mágicos movimientos de polea que había visto ejecutar el día anterior, y lo único que consiguió, vez tras vez, fue que el juguete llegara "muerto" al final de su soga. Entonces, ya para el final del recreo, su corazón iba decepcionado y terriblemente apenado con el recuerdo del rostro de su madre al momento de alcanzarle la moneda.

Al sonar la campana, regresó al salón bastante deprimido y con un peso lastrado de cargos de conciencia por haber insistido tanto en este capricho y ocasionado a su madre un gasto evidentemente inútil.

Iba tan absorto pensando cómo hacer para devolver el juguete y recuperar el dinero, que no pudo evitar chocar con el filo de una carpeta, que aparte de producirle un agudo dolor en la ingle, le puso en vilo ante la sospecha de algo peor. Metió lentamente su mano en el bolsillo y pudo palpar con espanto que el yoyo se había partido en dos.

Recordó a su madre entregándole a través de la cerca el preciado Sol, sus zapatos empolvados, su frente perlada de sudor, sus ojos tristes... ¡Cómo deseó no haber forzado lo sucedido! Mejor hubiese sido tomarse una colorida raspadilla con jarabe de menta, fresa y naranja, o comer petipanes con mermelada de papaya, o alfeñiques de leche y maní que la viejita Casilda vendía en la puerta de salida, guardando algo para hacer probar a su hermano Joel y a su hermanita Elizabeth.

No pudo evitar que un hipo atropellado le brotara desde el pecho, e inclinó la cabeza

para evitar que le vieran con los ojos llorosos. Se quedó inmóvil, acorralado por sus curiosos compañeros en tanto el alma rota se le escurría por las mejillas, a esa hora ya bastante percudidas como para no notar la ruta de sus lágrimas.

—¿Qué tiene? —preguntó desde su pupitre la severa profesora. Se sintió perdido—. ¿Qué le pasa, pues? —volvió a preguntar con ese aire desafiante que le aterraba, poniéndose simultáneamente de pie.

—Le duele su huevo creo, tía —contestó simplonamente su primo Walter, deduciendo tamaña barbaridad del hecho de verle con la mano en el bolsillo, como si se agarrara sus partes genitales. "Le duele su huevo, tía"… ¡Qué tal simplón!

—Sí, se ha golpeado en la carpeta, profesora —intervino uno de los mellizos.

—A ver, hay que revisarte —le increpó su tía inclinándose a perpetrar tan irreverente y profana intención, sin percatarse que a cierta edad ya es intensa la conciencia del pudor en algunos niños.

Aferró entonces con todas sus fuerzas el cansado elástico de su raído pantalón corto y se puso a llorar convulsivamente con una de esas vegüenzas infinitas que cada quién sabe por qué no es posible olvidar, sintiéndose sumamente humillado y abandonado a su suerte.

Un fornido niño de apellido Picón, se abrió paso entre los implacables fisgones, y con el gesto inolvidable de los consuelos oportunos, le extendió un curioso muñeco elaborado con barro rojo, un palillo de chupete —que por entonces se hacían de cañabrava—, y una semilla de casho. Era imposible concebir entonces que con el correr de los años, este mismo niño llegaría a ser el jinete del gran pura sangre "Santorín" y de la sin igual velocista "Flor de Loto", en el hipódromo de Monterrico de Lima. Bueno, esto es lo que le contaría su tío Toñico un día equis, mientras le hacía escoger algunos caballos para su polla dominical.

Con estas y muchas muescas más en su proceso experimental de estudiante, recorrería una larga lista de cinco escuelas, tres colegios, un cenecape, una escuela técnica de Ingeniería y una universidad, para llegar al fin al frío asiento del ómnibus que ahora le llevaba amodorrado y a punto de ceder al sueño, rumbo a Huánuco, la tierra de sus ascendientes paternos.

Quiso alertar la memoria tras la imagen de su hermana materna, la que por esas argucias del destino asumía en esos momentos la prerrogativa de ser "bastón de su madre", pero su cabeza cedió al peso gravitacional y se fue a recuperar en el reposo energizante del sueño el vigor que le haría falta para seguir braceando hacia lo vivido, teniendo aún tanto por vivir... Dios mediante.

VII

Ya desde 1,838 cuando aún en el Nor-Oriente peruano la noción de límites y la idea de patria apenas si tenían endebles asideros en la conciencia de sus pobladores, muchos ecuatorianos se aventuraban por aguas del río Pastaza y el Marañón, hacia el Sur, en busca de nuevas oportunidades para tentar un mejor porvenir, conforme a las novelescas noticias de colonización que les llegaban desde el gran Amazonas, del que se decía con sobredimensionado entusiasmo, comenzaba a ser un importante eje de atracción migratoria y asiento promisorio de fundación de pueblos a lo largo de sus riberas. La mención de un comercio activo con Europa a través del Amazonas brasilero y el océano Atlántico aportaba un atractivo que hacía deseable el partir.

Envueltos en este fenómeno migratorio, un joven emprendedor de nombre Joacim Ortiz de Zevallos y su grácil esposa, llamada Susana Romero, se embarcaron también por la ruta del Marañón, cargando un equipaje repleto con más entusiasmo que con algo de gran valor contante y sonante, convencidos de lograr un mejor futuro en suelo peruano. Sabían de pueblos que se iban fundando a lo largo de la ribera en donde sumarse a la colonización no requería ostentación de nada, excepto tenacidad y fe en el futuro así que decidirse a apostar por irse lejos del terruño no les costó más que una noche de amor y una larga plática uno en brazos del otro hasta el amanecer. Sabían también que una vez iniciada la empresa, ttendrían más que suficiente para apostar por este reto, pero no para volver.

Después de superar vicisitudes interpuestas por el rigor de la naturaleza, e indecibles penalidades propias del hecho de confrontar cada día tierras y gentes extrañas a lo largo de la ribera, finalmente lograron arribar al pueblo de Nauta, pujante puerto del Marañón enclavado muy cerca del Amazonas peruano y fundado por el curaca cocama Manuel Pacaya hacía sólo ocho años atrás del momento de su arribo; es decir, en 1,830.

Río arriba, allá por las sacaritas y tipishcas, por los varaderos y restingas, por los meandros y estirones, quedaron las peligrosas y tediosas travesías en balsa, la inhóspita intemperie, las noches en vela, el temible "vómito negro", y hasta los duelos con arma blanca en los que el valiente Joacim tuvo que batirse en defensa de su mujer y de su propia vida.

Hubiesen querido establecerse en la atractiva y emergente Iquitos, poblado enclavado a orillas del grán Amazonas, majestuoso río descubierto por casualidad por el español Francisco de Orellana algunos cientos de años atrás, pero desde el punto de vista económico la situación del momento favorecía a Nauta, y Susana no se encontraba tan bien de salud como para seguir adelante. Ese mes de setiembre, fecha de su arribo, llevaba ya dos meses de embarazo, y dada su delicadeza para sacar adelante estados de gravidez, sugirió a su esposo sentar reales en el lugar. No era necesario saber cual de los pueblos correría más adelante con mejor porvenir, ni siquiera suponer en dónde podía estar el mágico lugar del futuro soñado; sólo importaba sentir que habían llegado a destino, y evidentemente, ella así pareció interpretarlo en el consejo de su cansancio, en las noticias futuristas de sus presentimientos, en la exhalación confiada que el puerto de Nauta le arrancó del alma. Sabiendo que la larga y riesgosa travesía había llegado a su fin.

El 18 de abril de 1,839 les nació una treja niña de tez clara, con la particularidad de unos labios gruesos muy llamativos que se constituirían en un rasgo hereditario en futuras generaciones, culminando así con éxito una travesía gravídica con más sobresaltos que los que les cupo experimentar durante el tránsito desde su país de origen.

Dos años después de este feliz acontecimiento, sacando a pulso un negocito que prometía crecer rápidamente, experimentaron por primera vez la inquietud de un enfrentamiento bélico al llegarles desde Lima noticias de que el Perú estaba por declarar la guerra a un país vecino. Si tal nación resultaba la ecuatoriana, las represalias que podían generarse contra ellos no era una cuestión de la que podían despreocuparse livianamente, habida cuenta de la sensibilidad del pueblo loretano al tema de sus fronteras. Por suerte, el país en conflicto resultó ser la República de Bolivia, a consecuencia de la intención de su presidente, el general Santa Cruz, de querer anexarse todo el Sur de la República peruana.

Ante esta descabellada pretensión, el presidente del Perú, general Agustín Gamarra, declaró la guerra.

Relativamente tranquilizados con esta noticia desligante y con el despreocupado comportamiento de la gente del lugar que asumió la cuestión como si el conflicto fuese ajeno, se avocaron a consolidar su economía familiar y a criar con esmero a su engreída Marcela.

Esta actitud resultó determinante para su emergente financiero, pues le pusieron tanta diligencia al asunto, que en pocos años estuvieron en capacidad de adquirir una espaciosa estancia en la zona rural de Nauta, no muy lejos de una laguna llamada Sagi-Sagi, y empezaron a planificar la compra de una casa en Iquitos, reeditando después de largo tiempo el sueño de radicar a orillas del gran Amazonas.

Joacim creía que una vez que Iquitos iniciase su no lejano auge, de hecho, dejaría a la zaga a Nauta, y había que estar preparados para tener presencia en el inexorable despegue. Su mente era la de un negociante y el análisis del costo-beneficio precedía prácticamente todo lo que pensaba.

—¿No vas muy aprisa querido? —le decía con condescendencia, Susana.

—La vida no la tenemos comprada, mujer.

—Pero aquiétate un poco, pues; porque si no..., tu parte en esta tierra, ¿quién la tomaría? —ella solía incrustar frases bíblicas en sus expresiones.

—Espero que tú y Marcelita

—Tú te mereces disfrutar un poco tu tiempo, también.

—Ya habrá momento para eso mujer.

—¿Cómo para eso no dices que la vida no la tenemos comprada?

—¡Yá! ¡Yá!

—¡Cierto pues!

—Dejémoslo ahí, por favor -rogó Joacim, descolgando cuello y brazos a manera de un vencido.

—¡Ah, me olvidaba! -reaccionó su mujer, sin dejar de esbosar su permanente sonrisa.

—¿Qué pasó?

—Vino el guardián de la estancia a avisarnos que el ventarrón ha derribado el rótulo.

—¡Caray!

—Más bien aprovecha para cambiarle de nombre, de una vez.

—Pero eso es un problemita, mujer -alegó quejoso-. Hay que hacer algunos papeleos...

—Pero nadie hace eso, Joacim. Además, más problemas vamos a tener si surgen conflictos en nuestra frontera y tu famoso letrero sigue diciendo, "La Quiteña". Estamos educados para la animadversión mutua.

—Pero lo puse en honor a tí, mujer —pretextó Joacim—. Y de verdad, te digo, a mí me sirve de consuelo en la nostalgia por nuestra querida tierra.

—Ponle aunque sea "La Iquiteña", que va algo parecido pues cariño; pero de ahí a estar exponiéndonos pudiendo evitarlo, no lo creo sensato. Entiendo lo que me dices, pero que mejor que sean nuestros corazones de los que cuelguen los letreros que querramos.

—Humm... ¿No te has dejado impresionar demasiado por el conflicto boliviano?

—Tú eres un hombre sensato, prudente..., y esto no es un asunto de mis impresiones por la guerra que aludes, sino un simple sentido común... ¡Para qué provocar!

—No me ablandes, mujer.

—Además, esta es prácticamente nuestra nueva patria, nuestro definitivo hogar y Marcelita es ya una peruana, mal que bien.

—Eso es cierto —Joacim se quedó unos segundos en silencio, apretándose con el índice la punta de la nariz—. Creo que ya lo tengo —musitó al cabo.

—¿Qué?

—La llamaremos, estancia "Marcelita"

—Pues mira que algo de eso he estado pensando también. Eres un amorcito mi viejo; un alma del Creador —sentenció candorosamente Susana, posando un delicado beso en su mejilla. A decir verdad, era una mujer un poco cursi.

—Hablando de Marcelita, ¿dónde está ahora esa mi hija?

—En la parroquia. ¡Cómo le gusta participar en las actividades para jóvenes!

—De todas maneras, un poco de control nunca viene mal, ¿eh?

—¡Vamos Joa!, nuestra hija es tanto o acaso más sensata que tú; sabe cuidarse sola muy bien. A decir verdad a veces pienso que es excesivamente rígida. No vaya a terminar como esas chicas que siendo así terminan espantando a todos los novios.

—A que tenga un mal marido, preferiría que fuese así.

Ciertamente Marcela era una muchacha muy equilibrada y de ideas bastante claras, que aunaba a esa religiosidad de la que su madre se sentía muy orgullosa y al mismo tiermpo temerosa, una lúcida disposición para los negocios. Por eso es que su padre se afanaba con ella para que aceptara en un futuro cercano administrar un negocio en Iquitos, a la vez que aspiraba a introducirla con mejores perspectivas para su edad casamentera, en esferas sociales con más prestancia de las que conocían en Nauta. Así que empeñado en concretizar este proyecto tan íntimamente acariciado, estuvo realizando frecuentes viajes a la pujante capital loretana, que como él predijera, iba transformándose y remozándose frenéticamente día a día con el consecuente atractivo para gentes llegadas de distintas latitudes. Algunos resultados de sus gestiones los estuvo guardando con celoso regocijo, protegiéndolos cual si fuesen andamiajes de naipes para no despertar ilusiones que acaso podían verse de pronto frustradas, y confesarlos a la luz de hechos consumados e irreversibles.

Cuando Marcela al fin alcanzó a cumplir sus diecisiete años, edad suficiente para considerar a una mujer hecha y derecha en la época, dado que la mayoría a los veinte años ya carecía de algunos dientes, debían haber aportado prole que pusiera brazos a favor de la hacienda familiar y la expectativa de vida era corta, creyó llegado este momento.

Retozando en el fresco porche de la casa rural y con traviesa arrogancia, se tomó todo el tiempo necesario para revelar lo que él consideraba una deliciosa sorpresa.

—Mañana viajaremos a Iquitos los tres —anunció con resolución.

—Pero si hace una semana nomás has estado ahí —repuso con cierto disfuerzo Susana, enarcando las cejas, pues le satisfacían esos periódicos traslados en los que la rutina sosa de sus quehaceres cotidianos, al cabo de unos días de ausencia era vuelta a reconocer como la buena amiga de siempre.

—¡Sorpresa!

—¡Ay papá, tú siempre con tus cosas! —reaccionó risueñamente Marcela, divertida con el tono infantil de su progenitor.

—Hija, todo será tuyo algún día; por eso le pongo todas las ganas para que cuando te faltemos no pases ninguna angustia... Nunca se sabe…

—¡Vámos papá! Eres tan obsesivo con eso.

—Te lo mereces hijita —intervino toda enternecida Susana.

—Mañana partiremos temprano; hay un vapor en el puerto que sale a las cinco de la mañana.

—Yo no sé si pueda, papá.

—Hija mía, he comprado una lindura de casita y quiero que la veas. Necesita algunos arreglos y ustedes podrían ir amoblándola a su gusto, que por cierto lo traen bastante refinado —hizo un guiño unilateral.

—¿De verdad papito? —inquirió Marcela, dándole un énfasis de regocijo a su pregunta—. ¡Qué alegría de verdad! —casi saltó al empinarse para abrazar efusívamente a su padre, que un poco más, se cae de espaldas—. Siempre has soñado con ésto ¿di? -le dijo en tono de felicitación y reconocimiento, para después de una pausa, acotar—: Pero mamá es muy buena para esto de los arreglos… Yo no tanto.

—No mientas mi hija -la reconvino Joacim, sin perderla de vista.

—En realidad me he comprometido en la parroquia para ensayar con el coro -reconoció un tanto azorada la muchacha, pues no deseaba contrariar a su padre y menos minimizar la significación que le estaba otorgando al tema.

—Eso puede esperar hija, ¿no crees? —replicó este, con la voz opacándosele.

—La navidad está cerca papá y queremos cantar representando en un cuadro vivo el nacimiento de nuestro Señor; va estar bien bonito y quiero que ese día nos gocemos y nos abracemos con todo el cariño que nos tenemos, y será hermoso agradecer ahí al Señor por toda esta bendición que nos acaba de conceder.

—Humm... —el buen Joa, como solía llamarle abreviadamente su mujer, se estremeció hasta la raiz de los cabellos, y sumamente enternecido dejó que su cabeza asintiera como pichón de pihuicho.

—También podría ser que por ahora yo sola me encargue de los arreglos preliminares, y ya después, en otro viaje, Marcelita haría lo suyo —medió Susana a fin de dispensar a su hija.

—Eso no quita papá, créeme, absolutamente nada de la felicidad que me embarga por esta agradable noticia. Para mí eres y serás siempre el mejor de los padres, por encima de las cosas que podamos conseguir; aunque no deje de valorar por cierto tus esfuerzos, tu abnegada diligencia para mejorar nuestras condiciones de vida aún más de lo que de repente necesitamos.

Marcela miró fijamente a su progenitor, que tan sensible como era, mostraba los ojos humectados.

—¡Te quiero mucho papá! —le dijo con vehemencia, colgándose de su cuello, en un impulso intenso que evidenciaba la existencia de un rinconcito ingobernable dentro sus emotividades, besándole en las mejillas con honda ternura. Por alguna misteriosa razón, quiso que su padre supiera lo mucho que significaba para ella su respeto y cariño.

El día indicado, Joacim y su esposa se embarcaron en un pequeño vapor que partía con rumbo hacia el Amazonas brasilero con escala en Iquitos, agitados con esos presentimientos que deambulan cautivos en el ínterin de los abordajes, mezcla de temores sutiles e ilusiones cumpleañeras. Acudían al llamado de sus planes futuristas con la certeza de que las cosas iban viento en popa, y apremiados secretamente por enigmas extrasensoriales muy bien mimetizados y encubridores de infortunios, que ya les tenía acomodados en ruta hacia su verdadero destino, sin ninguna opción a percatarse a qué cita acudían.

Marcela por su parte terminó quedándose en Nauta al frente de la tienda a la que administraba con suma habilidad haciendo gala de un espíritu frío, meticuloso y perceptivo, que al servicio de las finanzas producía los mejores dividendos. Por otro lado, se entretenía en las actividades de la iglesia de manera metódica, y cuando lo deseaba, se retiraba a descansar en el bucólico ambiente de la estancia, donde, sentada en la cómoda mecedora de su padre, se solazaba mirando pastar al ganado, corretear a sus perros Zandor y Lunareja, a los pájaros revolotear por los frutales, y se perdía con ahinco entre las líneas de Samuel Langhorne Clemens, Charlotte Bronté, Aurore Dupín, y otros escritores bastante leídos de la época, por cuyas novelas, su padre -consumado políglota, pero afecto a la moderación-, no escatimaba gasto alguno.

Cierta tarde en que, entre escandalizada y curiosa, leía una novela de Gustave Flaubert, se vio de pronto interrumpida por el raudo galope del caballo de Cayetano Samamé, el gigantesco guardián de color de la estancia, que llegaba del pueblo. Nunca antes le había visto azuzar de esa manera a su cabalgadura, así que irguiéndose presta se asomó por el barandal.

—¡Señorita! ¡Señorita! —llegó gritando el jinete.

—¿Qué sucede? —preguntó tornándose lívida. La voz, la cenicienta cara del recién llegado no presagiaban nada bueno.

—¡Desgracia, señorita Marcela! ¡Desgracia!

—No me asuste por gusto Cayetano —advirtió con ese timbre de voz, tan especial, que le endosaba un aire de suficiencia y unos cuantos años demás.

—¡No, señorita!

—¿Qué pasó? —entrelazó sus manos a modo de darse ánimos a sí misma—. ¡Vamos, habla de una vez, por Dios!

—No sé cómo decirle esto, señorita Marcela —balbuceó atragantándose el moreno guardián, sin parar de manosear nerviosamente la hilachada ala de su gastado sombrero. Se veía bastante afectado.

—¿La tienda? –aventuró ella con mortecina voz.

El negro inclinó la cabeza, y sin poder evitar que se le escapase un sollozo, denegó con la cabeza.

—¿Mi mamá? ¿Mi papá? —preguntó desgarrada.

—Sí, señorita Marcela.

—¡No!

—La lancha se hundió en la boca del Marañón. Dicen que se chocó con un palo y que la corriente no les dio tiempo de salvarse a los que venían en sus camarotes

—¡Ay Dios, mi papito y mi mamita! —arrancó a sollozar, chocada ya por aquel contundente golpe que atenazándole la nuca le obligó a descifrar en el diccionario de las desgracias el significado de una de las más crueles y persistentes de entre ellas: ¡Orfandad!

—Debemos irnos ahorita al pueblo, señorita —le susurró condolido el humilde Cayetano, viéndola encorvarse cual una anciana acabando de perder a su compañero de toda la vida.

El rostro de Marcela, tan lleno de señorío en su conjunto y con aquel esbozo sensual sellando sus carnosos labios, se llenó de tarde, se hartó de noche, demacrándose con cada lágrima, con cada sollozo de pena que de su corazón trascendía. No había asideros en sus laderas, tampoco fondo en sus abismos; no bastaban los consuelos en palabras de molde, no servían los bienes materiales conseguidos con tanta diligencia y empeño, no era útil absolutamente nada, para apoyarle a mitigar su dolor. Tal vez el tiempo le ayudaría a cicatrizar la herida, pero sin duda, la brida cicatrizal sería grande y no le dejaría olvidar.

Durante ese año, su fervor religioso decantó matices atencionales muy favorables a su recuperación, y su espíritu meticuloso convocó arrestos para cautelar con buen tino los intereses de la hacienda familiar, como lo hubiese querido su padre.

Cierto día, ubicada al azar en uno de esos caminos que algún ser poderoso pone más allá de la propia prudencia, coincidió con un seminarista español llegado de la madre patria a poner a prueba su vocación sacerdotal, llamado Manuel Pinto Barriga Jaramillo, que más que para sacerdote, estaba servido para ser simplemente un buen hombre sobre esta tierra que cedió su barro para su creación.

Casi inmediatamente, luego de pocos avistamientos, la química celular cambió los colores aparentes del cielo y de la tierra, y la vida trajo su savia, sus trinos, sus cánticos, sus dulces aromas, sus rutilantes entusiasmos, para reclinarlos ante el ofrendario donde dos seres coincidían para encontrarse en la reciprocidad de una mirada llena de amor.

Eran dos personas escogidas para congeniar apenas verse, para voltear la página de una existencia sombría de mutuo acuerdo, para llegados al punto de las decisiones, no querer seguir adelante uno lejos del otro. Muy posiblemente por la gracia de Dios extremada en sus "cinco minutos", o puede que por alguna jugarreta del majadero Lucifer, deseoso de mover su cola. Pero sea como fuere que hubiesen deseado tales cosas, lo cierto es que al cabo de un año, la parroquia tuvo que abrirles sus puertas para consagrar su sonado matrimonio.

Marcela Ortiz de Zevallos Romero, contaba en esos momentos con dieciocho años y Manuel Pinto Barriga Jaramillo, con veintidós. Eran mediados de 1,857 y ya

Nauta venía siendo un enclave comercial en la cuenca desde 1,853.

Al principio, la picardía pueblerina les inventó una sarta de divertidos chascarrillos que se celebraban en lugares tan austeros como la propia parroquia, pero sólo fue una manifestación del suceso de moda, ya que en Nauta, antes de que la pareja inaugurase un enlace tan particular como el suyo, ya se sabía que en la Selva muchos varones célibes habían profanado sus votos y sotanas aún después de un largo ejercicio monacal, e inclusive, las historias de muchachas robadas por bufeos colorados todavía seguían constituyendo parte de los sobresaltos noveleros que el temperamento comunal atizaba de vez en cuando. Así que la novelería por el singular matrimonio, no pasó de parecerse a una sacudida de gallina después de su baño de arena.

Marcela y Manuel pronto estuvieron haciendo una vida normal de casados, como si nunca nadie hubiese pronunciado chisme alguno, o broma cualquiera que aludiese a tan dignísima sotana desechada por un amor de falda, de la más honrosa, por cierto.

En el año de 1,858 coincidiendo con la declaratoria de guerra que el presidente Ramón Castilla hiciera al Ecuador a causa de las pretensiones de este país de disponer territorios amazónicos para pagar su deuda a los ingleses, Marcela dio a luz una niña, tan española de rasgos, que su padre apenas verla empezó a hacer planes para viajar a su lejana patria y darla a conocer a sus parientes.

La pequeña fue bautizada con el nombre de Mercedes Pinto Ortiz de Zevallos, una mañana de octubre, en ceremonia sencilla concurrida por allegados del estrecho círculo de amigos de la pareja.

La guerra en el Norte había logrado sensibilizar el fervor patriótico de la población en toda la selva, por primera vez bajo un concepto de unidad nacional, produciéndose espontáneas movilizaciones que exaltaban los ánimos hasta enardecerlos de patriotismo acendrado.

Después del tratado de Mapasingue, en el que el Ecuador reconoció la peruanidad de Maynas, Marcela, aún conciente de ser hija de padres ecuatorianos, asumió con orgullo su condición de peruana, y compartió el juramento de educar a sus hijos de cara a principios patrióticos y en el celo intransigente por un territorio soberano, suelo cien por ciento loretano.

Pasada al fin la guerra y debido al aumento del comercio en el Amazonas gracias al tráfico de vapores que llegaban en grán número inclusive de la lejana Europa, Iquitos heredó definitivamente el punto final de tales itinerarios, relegando a Nauta a una opción casi secundaria dentro el efervescente fenómeno financiero y migratorio que se iba incrementando en la ruta.

En estas circunstancias, Manuel y Marcela decidieron trasladarse a residir en Iquitos, para lo cual comenzaron a frecuentar con más asiduidad esta ciudad, avocándose en estas oxigenantes visitas a mejorar la casa adquirida por don Joacim antes de su fatídica desaparición, pero conservando en Nauta como única propiedad, la estancia "Marcelita".

En uno de estos viajes, el año de 1,864, se quedaron perplejos al ver maniobrar

frente a una amplia terraza del gran malecón Iquiteño, donde sólo se erigían unas cuantas casas de caña y palma, a cuatro navíos más de la Marina de Guerra del Perú: El "Morona", el "Pastaza", el "Napo" y el "Putumayo". Habían llegado a cautelar y garantisar el Tratado Internacional de Libre Navegación en el Amazonas, aunándose al "Tirado" y al "Huallaga", navíos llegados con antelación. Para tamaña hazaña, habían tenido que completar la vuelta por la parte más austral del continente. Recién podía decirse que el Estado empezaba a contar con una presencia real en los ríos amazónicos.

La idea de que aquellos vapores para arribar a Iquitos habían tenido que hacer ese largo trayecto por el estrecho de Magallanes, produjo en Manuel Pinto el efecto de un aguijón, al relacionar este esfuerzo náutico con aquel que alguna vez le permitiera abandonar su patria. Se puso nostálgico, y por primera vez sintió que ni su mujer, ni su adorada hija, podián suplir el bálsamo resguardado en los orígenes, en la cuna, en el terruño.

Marcela por su parte, luego de la curiosidad propia del momento, volvió a la lectura de un extraño poemario titulado "Las flores del mal", en tanto Mercedes, su adorada pequeña, dormitaba a su lado ajena a los ajetreos del mundo. Sufría de mareos apenas pisar cubierta en un vapor y mejor que estuviese así.

La relación de la pareja había combinado la mansa religiosidad de él, con la meticulosidad práctica de ella, y hasta ese momento, parecía funcionar sin mayores contratiempos. Más sin embargo, ciertas aristas sin pulir, algunos sueños sin realizar, varias potencialidades sin desplegar y unas cuantas diferencias sin revelar, aguardaban en latencia el momento propicio para manifestarse y poner a prueba toda esta especie de mansa deriva.

Manuel se había acomodado al matrimonio, por momentos a extremos de sumisión, sin que Marcela ni él mismo se percatasen de que tras esa docilidad, de esa ductilidad acomodaticia, un fenómeno metamorfósico iba cercenando equilibrios, rompiendo conformismos de una existencia normada por la rutina, y arrastrando su carácter a sesgos renunciantes demasiado proclives al egocentrismo y a la insociabilidad.

Su origen europeo, su raza blanca, su bogante condición económica, su nivel cultural, y su fluido verbo capaz de discurrir sin escollos entre la fe y la razón, le habían conseguido a sola inercia, un círculo social de privilegio, así como un selecto grupo de amigos con los que se sentía muy a gusto y a los que indefectiblemente frecuentaba cada tarde en el pequeño pero acogedor café "Verona" del centro de la ciudad.

Aquí, una fría tarde de San Juan, un sorprendente personaje llegaría a incorporarse al grupo. Era un ingeniero francés de nombre Alexandre Gustave Eiffel, llegado a la ciudad para construir, según sus propias referencias, una casona de puro fierro. Proyecto novedoso, no cabía duda, pero no exento de un algo disparatado que hizo sonreir a Manuel.

Lo que se conversó aquella tarde cargada de locuacidad y cafeína, tuvo el efecto detonante que su otro yo había estado aguardando desde que se metió para cura.

Como una especie de raíces emparrilladas en apretujada maceta, la conversación

con el ingeniero francés se hizo compacta cepa en lo más recóndito de su corazón, motivándole a resurgir de su catalepsia, de su letargo existencial, y volcarse con empeño de hilandero a estricar aventuras protagónicas en el telar de su futuro inmediato.

Así, al regresar a casa, a eso de las siete de la noche, todo lo que había referido el empático francés, comenzó a repetirse como tapices revelados ante sus asombrados ojos, en una sucesión colorida de animado rotafolio.

Justamente lo dicho respecto al viaje que debía hacer a Panamá después de culminada lo obra de la casona de fierro, es lo que más movimientos preciclónicos arremolinaron sobre su alma, ya expuesta a ser depositaria de todas las fantásticas aventuras que se le irían ocurriendo en los días siguientes.

Eiffel había estado ponderando sobre una información supuestamente confidencial de la viabilidad práctica para llevar a cabo la construcción de un canal interoceánico en el istmo, y tal referencia sacó a relucir algunos conocimientos empolvados de los demás amigos presentes esa tarde, que arrancaron a nutrir el tema con deleitosos datos.

Dijeron por ejemplo, que ya aquel proyecto era de larga data; más precisamente del año 1,520 en la que un paisano suyo, don Ángel Saavedra, propuso tamaña hazaña al mismísimo emperador Carlos V. Alguien mencionó también al libertador don Simón Bolívar, que en el año de 1,829 ordenó hacer mediciones topográficas para determinar la ejecutabilidad del proyecto.

Desde el primer momento, el tema vulneró la barrera alveolo capilar del obnubilado Manuel, que ya encerrado esa tarde con lucidez para una sola cosa, inició su repliegue hacía un mundo estrictamente pensante, de ideas fijas, de sueños exclusivos.

Puesto a identificar la infinita libertad aprisionada en el espacio de su cráneo, comenzó a descuidar su contacto con su entorno, al punto que Marcela, su mujer, y Mercedes, su hija, empezaron a tomarle preocupada atención por sus evidentes extravíos. Evidentemente cada vez le costaba más regresar de sus remotas andanzas, y hasta las mismas dependientes del bazar hacían mohínes de desencanto al rebotarles los saludos en su adrede sordera.

Cuando en el año de 1,878 Mercedes contrajo nupcias con un simpático y locuaz joven de media ascendencia brasilera, procedente de la zona de Mazaray en el Ucayali, llamado Abraham López, su presencia en la concurrida ceremonia necesitó de reiterados jalones de parte de Marcela para mantenerle al menos al límite de la pose decorativa.

Al nacer su nieta, por un resquicio de lucidez, logró hacer notar su descontento por la tez trigueña de la nena y el color marrón de sus ojos heredados del padre, pero ya era inocultable el avance de sus psicóticas evasiones.

Los rumores de que el Perú había declarado la guerra a Chile, no tardaron en ser confirmados por periódicos capitalinos llegados con retardo a Iquitos, habida cuenta que debían bordear toda la costa sudamericana para llegar en vapores por el Amazonas brasilero y peruano. ¿Pero a quién entonces, por estas latitudes, le

importaba intervenir en asuntos sentidos como harina de otro costal? Porque el aislamiento de la selva respecto al resto del país impedía que su población fuese sensibilizada más allá de sus límites naturales, siendo una evidencia de tal realidad el hecho de que en la capital loretana se podía leer con más facilidad prensa procedente de países lejanos, como los europeos, y no del propio Perú.

Cierta noche, cansada de esforzar los ojos sobre los bastidores de bordado, Marcela se iba a retirar a sus aposentos cuando escuchó la voz de su esposo canturreando una canción flamenca llena de brío y alegría inusuales. Sin poder sustraerse de su curiosidad, se asomó sigilosamente al cuartito de lectura instalado en una especie de desván construido al fondo de la casa, pero al llegar al rellano de la angosta escalera la voz dejó de escucharse y no logró visualizar a Manuel.

—Pasa Marcela, pasa; ¿qué haces quedándote ahí parada? —le sorprendió este, invitándole a ingresar desde su invisible posición, produciéndole un respingo de alto voltaje.

—¡Ay, me asustas hombre!

—Ven mujer, pasa -insistió de lo más normal, éste.

—Estás alegre, Manuel, ¿qué bicho ya vuelta te ha picado?

—Mira lo que encontré —le contestó, mostrándole unas hojas raídas y amarillentas de un periódico colombiano editado hacía un buen tiempo atrás, y donde se mencionaba a un tal Fernando de Lesseps —quien había constituido una institución denominada, Sociedad Civil Internacional del Canal Interoceánico—, gestionando la autorización del gobierno colombiano —a cuyo Estado aún pertenecía Panamá como departamento—, para iniciar los trabajos del ambicioso proyecto.

En efecto, la tal lectura aparentemente había significado un baño electrocutante para el hombre, dejándole más revitalizado que una anca de rana.

—¿Y por qué ya vuelta te entusiasma tanto todo esto? Ni que fueses panameño —preguntó ella, con un remate no tan pertinente que se le salió por lo asombrada que estaba de tener al fin de regreso y así tan repentinamente ecuánime, a su querido Manuel.

—Es que justamente de este señor me habló mucho el ingeniero Eiffel

—¿Así?

—Sí mujer; y ya a estas alturas ese canal debe estar construyéndose.

—¿Cómo te sientes?

—¡Qué pregunta!

—Te veo tan bien...

—Siempre lo he estado mujer; ¿a qué te refieres?

—¿Verdad?

—¡Seguro! —replicó arrugando su seño, pero radiante.

—Y ayer..., anteayer...

—¡De lo mejor! ¡De lo mejor por supuesto! —reiteró, ajeno a todo recuerdo inusitado, anormal, evadido. Su mujer estaba rara, pensó.

—Me alegro Manuel —musitó ella muy conmovida, atinando sólo a acariciar tiernamente la mano de su esposo y salir cautamente. Dos lágrimas empañaban su visión.

La extraña recuperación dejó desconcertados a todos, pero al poco tiempo se acostumbraron al cambio, y la rutina familiar retomó su curso.

Iquitos se había convertido en esos momentos prácticamente en un polo de atracción para gente de toda índole y el fenómeno migratorio facilitado por el atinado Tratado Internacional de Libre Tránsito en el Amazonas, dio su cuota de presencia en la ciudad, con ingleses, judíos, rusos, yuguslavos, italianos, alemanes, españoles, brasileros y norteamericanos, que llegaban atraídos principalmente por el fomento de la explotación del caucho, y tentados, como en el caso de estos últimos, a explorar los ingentes madereros tan abundantes en toda la hoya.

A comienzos de 1,881 Abraham López, fue a hacer unos arreglos en la estancia que todavía la familia conservaba en Nauta, aprovechando una estadía larga luego de un viaje nada ganancioso en las tierras del alto Ucayali. Y es que la crisis monetaria producida por la guerra con Chile había ocasionado en la selva prácticamente la desaparición de circulación de los Soles de oro y de plata con los que se negociaba hasta antes del conflicto, dando paso a una raleada y nada confiable circulación de los llamados Incas, impuestos con ligereza por el gobierno dictatorial de don Nicolás de Piérola.

Los Soles de plata de veinticinco gramos de peso y ley de nueve décimos, así como los Soles de oro, equivalentes a veinte de aquellos, aguardarían mejores tiempos escondidos en seguros cofres por los más pudientes.

Estando pues ocupado en las reparaciones que la casa principal requería, recibió la visita de unos ingleses que ofertaban alquilarla por un mes, antes de partir según le refirieron, a las zonas caucheras de la selva brasilera colindantes con las peruanas a lo largo del río Madeira.

Durante ese tiempo, trabó amistad con ellos y no tuvo el más mínimo reparo en aceptar la proposición de que les acompañara como intérprete a las zonas del río en mención, merced a su aceptable dominio del portugués que era su lengua materna y, obviamente también, por la excelente y valiosa paga en Libras Esterlinas.

De esta manera, en plena época de lluvias, y sin apenas voltear la mirada debido a sus afanes de embarcarse sin exponerse tanto al aguacero, se fue al encuentro de su destino, sin saber que había sido escogido por esos oscuros estigmas que propinan empellones trágicos a algunas familias por varias generaciones.

Mercedes Pinto Ortiz de Zevallos, su siempre condescendiente esposa, recibiría

la terrible noticia de su muerte a causa del beriberi que le paró el corazón, al poco tiempo de finalizar ese mismo año. Y que para remate, tendría que asimilar la indiferencia de don Manuel, su padre, vuelto a ser ajeno hasta en esos momentos de duelo en que a ella le urgía aunque sea un poco de consolación de su parte.

Al año siguiente, sin que aún la atmósfera fúnebre del duelo cediera espacios mejores ventilados, sitios menos espesados de tragedia, rincones sin tantos penosos recordatorios, la tristeza volvió a pesar carga en la misma convaleciente casa, pero esta vez en el regazo ya otoñal, si no invernal, de doña Marcela Ortiz de Zevallos Romero, madre de Mercedes. Manuel su esposo, con viento en ráfaga dentro su boca, y al ventaje con sus febriles pensamientos, le explicó la razón de su partida a Panamá, y sin mayores trámites ni ataduras, ese mismo día la dejó en el silencio de su orilla desolada, y sin entender por qué un hombre puede de pronto abandonar a los suyos, sin importarle los largos años compartidos juntos.

Como tijeras abiertas afanándose en recortar un tapete rosa en el firmamento, así se quedaron burbujeando en sus pupilas anegadas aquellas garzas de vuelo lento y cansino, que perfiladas contra el ocaso, remedaron adioses tras aquel vapor que se abismaba.

Su amado Manuel terminó esfumándose hacia las nubes atlánticas, y ella, con una mitad de siglo aproximadamente sobre sus espaldas, se quedó encorvada de promesas autosugestivas, inhalando consuelos en los buenos recuerdos vividos junto a aquel ser amado que por alguna secreta razón prefirió ir tras los saldos de sus sueños, en pos de su botín imaginario, que aunque no lo sabía, no podría encontrar antes del olvido o de la muerte.

Sola, avejentándose con un inevitable morir diario, con un arador intradérmico haciendo de las suyas sobre su faz, así apacentaría desde ese día hacia delante su gris existencia, echándose encima, de vez en cuando, chispazos de alegría tomados prestados de la fresca vitalidad de su nieta Eriqueta.

En el año de 1,883 la vida pareció cambiar sus ópticos matices delante de las dos mujeres, coloreando alegrías en sus semblantes abatidos desde que sus respectivos esposos partieran para siempre.

Mercedes poseía un espíritu tan emprendedor como el de su madre, pero no tan meticuloso ni riguroso hasta la religiosidad. Su mente, más abierta, contaba con opciones de puntos apartes y tenía una aguda intuición para sopesar precavidamente posibles recapitulaciones, inminentes vueltas de página, que se daba el trabajo de tomar en cuenta. Sin embargo, cuando un joven Alemán de nombre Alberto Hoffman, al día de conocerse, le dijo que quería casarse con ella, no pudo evitar sentir una colisión de latidos y sensaciones que no tenían de dónde sujetarse. Se sintió madre, se sintió hija, presintió al esposo muerto, añoró al padre ausente, quiso saber lo que quería en respuestas inmediatas, pero finalmente se tuvo que dar una tregua.

—¿Qué crees que debo hacer, mamá? —preguntó luego de una excitada confidencia con ésta.

—Es difícil decidir así... Es tan frontal...

—¿Qué harías tú?

—Tú sabes lo que yo haría.

—Pero en mi lugar.

—En tu lugar, también hija.

Pero ya guardé el duelo como corresponde, mamá.

—Hija mía, que yo haga una cosa, no quiere decir que tú tengas que hacer lo mismo; además que rehacer la vida, en escencia, es tener conciencia de ello.

—Yo pienso así mamá.

—No tiene nada de malo que quieras intentarlo. Eres una viuda con toda la vitalidad para fertilizar un nuevo y bonito hogar sin tener que sobresaltarse para nada, hija. Es tu suerte. Es la Providencia tomando tu mano. Tómalas con calma y decide serenamente. Sé que sabrás hacerlo bien. Porque la cuestión no solamente es que te cases y yá. Tienes que pensar también en función del futuro. Y este incluye a tu hija y tu misma relación de convivencia conmigo. Parece egoísta pretender algo así, planeándolo friamente, al cálculo, pero hija, la vida nos ha dado lecciones a las dos. La consolidación de las familias necesita mucho más que el oxígeno que se requiere para recuperarse de un beso, por más amor que este tenga.

—¡Ay mamá, estoy tan nerviosa!

—Si crees de verdad que puede funcionar la relación...

—No puedo predecir eso.

—Una mujer como tú sabe lo que quiere, hija, y eso es lo que cuenta.

Ese mismo año, Mercedes dejó atrás las sombras de su viudez y se entregó de lleno a la inteligencia de reorganizar su vida al lado de su nuevo esposo, quien no solamente se identificó con doña Marcela su madre, entablando con ella una relación de mutua simpatía, sino que adoptó afectivamente a Enriqueta, su hija, acogiéndola como si fuese su propio padre.

El joven alemán entró pues a significar renuevo edificador para la pequeña familia, restituyendo la égida merecida desde su posición de nueva fortaleza de la casa. Desgraciadamente su vida no sería lo suficientemente larga para envejecer junto a Mercedes, pero de todas maneras, llegaría a transitar la brecha por donde toda mujer necesita caminar del brazo de un hombre, cumpliendo hasta el final de sus días como un alma de Dios.

En el año de 1,884 nacieron dos preciosos mellizos, hombre y mujer, que colmaron de felicidad a la pareja y trajeron bajo el brazo no sólo el pan que Dios prodiga a los inocentes, sino también el fortalecimiento de los vínculos afectivos entre los miembros de la familia.

Enriqueta López Pinto, Alfonso y Mercedes Hoffman Pinto, fueron los tres hijos

que con equilibrada responsabilidad y sin distingo alguno, ya que aquella era de pinta gitanesca y estos de rasgos germánicos, educó la pareja hasta donde les alcanzó el aliento.

Al pasar los años, los mellizos partirían a la capital apoyados por parientes paternos para seguir estudiando, en tanto que Enriqueta, rendida de amor en una hornacina de anhelante espera, se quedaría en Nauta aguardando a su amado y gestando un niño en sus entrañas. El destino reconocería en ella la marca depositaria del mismo sufrimiento que quebrantara a su madre, y de alguna manera también a su abuela, por la pérdida inesperada del ser amado.



VIII

Habiéndose reunido con su gente en Atalaya después de haber dado solución a sus asuntos familiares en Contamana y en su fundo, Fidel Reátegui Valera no escatimaba esfuerzo para organizar su pronta partida rumbo al río Urubamba, no tan torrentoso ni caudaloso en esa época del año, para remontar curso hasta alguno de sus afluentes de la margen derecha, a fin de alcanzar las prometedoras tierras del Madre de Dios. Un suceso violento vendría a retrasar sin embargo la partida por un par de días, debido a que el teniente gobernador, puesto en autos del trágico hecho acaecido en su jurisdicción, se empeñaría en detener al campa Sakiray, un indispensable jefe nativo de su expedición, por decapitar a machetazos a un piro de la zona, en una confusa disputa de borrachera.

El cuerpo sin cabeza del infeliz yacía atravesado en su canoa, y era un espectáculo macabro que arremolinaba en derredor, tanto a los curiosos que no tenían nada qué hacer, como a famélicos perros gallinazos deseosos de dar el primer picotón. El horrísono cadáver permanecería ahí hasta la solución del incidente, que terminaría siendo arreglado a la usanza de los hombres prácticos y casi siempre interesados tras un precio negociado con astucia y con el consabido balance de conveniencia de parte.

—Tú sabes mi buen amigo, cómo esta gente salvaje arregla sus problemas —dijo el patrón, rebasando de aguardiente las dos pequeñas copas.

—Es cierto; siguen siendo unos salvajes estos demonios. Pero, que hay que respetar la ley don Fidelito... eso sí hay que hacerlo, sin duda. Si no vamos a terminar decapitándonos entre todos, diga usted —replicó en tono quejoso la autoridad.

—¿Qué significa esto en buen castellano?

—Mi obligación es tomar cartas en el asunto y castigar el crimen.

—¿A quién le importa un cholo menos? ¡Vamos hombre!

—A la autoridad debe ser, don Fidelito. Es necesario que la gente confíe en uno.

—¡No te hagas el cojudo conmigo, oy Robalino! —desescamó la hipocritona palabrería de su astuto interlocutor, entre adusto y en broma, Fidel Reátegui—. Hablemos claro —acotó.

—Este cañazo está para darse una borrachera como la de su cholo. Claro que sin llegar al extremo de terminar decapitando a alguien —ponderó el aludido la delicia del trago, chasqueando la lengua y haciéndose olímpicamente el desentendido.

—Es de mi fundo y no tiene nada que envidiarle al que destilan en "La Paca" —referió muy ufano Fidel Reátegui, poniendo por referencia a una de las mejores haciendas del Puynahua, pero sin perderle pisada a la intencionalidad del halago.

—Ese que está arriba de Masisea, ¿no?

—Él mismo.

—Algo sé, algo sé...

—A propósito..., justamente estaba pensando en obsequiarle una buena garrafa —hizo su disforzado, pero astuto ofrecimiento el patrón, tintineando además entre sus dedos y la mesa, dos monedas de oro.

—No es para tanto, no es para tanto —remoloneó la autoridad, sin poder apagar un ascua de codicia encendiendose en cada pupila—. Mire, yo sé don Fidelito, por lo que he podido averiguar preliminarmente por ahí..., usted sabe que —continuó diciendo—, aquí la culpa la tuvo el belicoso piro; sin huevadas.

—Así es mi estimado.

—Por insultar y querer agredir a su campa, claro está.

—Ciertamente. Sakiray le cortó la cabeza después de quitarle el machete.

—A estos indios hay que hacerles andar con tramujo, carajo; si no, uno mismo puede amanecer muerto.

—¿No dicen en la sierra pues, que al cholo y al mulo, con patada en el culo?

—Sí, pues; y bien dicho está. Aquí es igualito. Aunque habría que ponerse de repente en el lugar de ellos para saber qué se siente que nos quiten nuestro territorio y encima nos sojuzguen

—No so puede, y no se debe. En el mundo, o dominas, o te dominan.

—Ujum —graznó el tipo, haciéndose como que reflexionaba—. Hagamos una cosa práctica don Fidelito —aquí ya se acompañó de una afectada tosecilla.

—Soy todo, oídos. Por sea caso no quiero que se piense que he faltado a la ley, y menos dejar en cuestión la actuación íntegra de la autoridad.

—Nomás, no le deje al muerto ahí a vista y paciencia de los mirones. Es bien feo verle atravezado en esa canoa con los gallinazos grasnando a su alrededor.

—Sí pues; hace rato ya debimos mandar a enterrarlo; pero en estos casos, así porque así, no se puede.

—Entiérrelo pues, y váyase en paz.

—Estas son las primeras palabras sabias que he escuchado hoy día —dijo satisfecho Fidel Reátegui, dejando libres las monedas en medio de la mesa.

—Y..., este... —era obvio el pedido de su balbuceo pedigüeño.

—El aguardiente te lo envío con un cholo apenas enterremos al piro, mi estimado; no vayas a desconfiar ya vuelta de mi palabra.

—Bien, bien; ni se diga don Fidel —replicó el venal sujeto, guardándose furtivivamente las dos monedas de oro en el bolsillo.

Superado el impase, la reforzada expedición al fin tuvo abierto el camino para partir sin impedimento alguno.

Muy de madrugada, las largas y ya no tan barrigudas canoas, como las usadas en el bajo Ucayali, siete en total, salieron de Atalaya repletas de utensilios, víveres y bagaje para treinta y un nativos y once mozos, dejando atrás las aguas del Ucayali y enfilando proa hacia el Urubamba. El objetivo era alcanzar el Madre de Dios con lo calculado en Atalaya para la manutención durante el viaje, pues sabido era que ya en dicho río, el comercio era nutrido por rutas que llegaban de Bolivia y de Brasil.

El patrón, los dos capataces, el baqueano, los peones venidos desde el fundo y el implacable campa Sakinay, eran los únicos que portaban carabinas. El primero y Maria Nicanora, iban juntos en la tercera canoa de línea, hábilmente tripulada por seis remeros chontaquiros, acompañados por el baqueano contratado para guiarles a través de un escondido varadero que decía conocer entre el río Sepahua y el Tacuatimanu, afluente izquierdo este último del río Madre de Dios.

El "condenado" hablaba hasta por los codos y no había forma de pararlo.

En Atalaya Fidel Reátegui había sido informado con lujo de detalles sobre la expedición del cauchero Fiztcarrald con destino al Madre de Dios, por tanto estaba confirmado que no era hasta ese momento el único en conocer datos sobre la existencia de una ruta a aquella región del Sur. Aunque el tal Fermín le llevaba poco más de tres semanas de ventaja, daba qué pensar la descabellada osadía de aventurarse por ahí con una lancha, que aunque por cierto pequeña, era una lancha al fin. Los ríos de esa zona no daban para calados así.

Después de varias jornadas de navegación y caminatas bajo probadas muestras de estoicismo y tenacidad, la expedición logró adentrarse en las aguas del Urubamba en buen recorrido.

Al llegar por fin a la desembocadura del río Mishagua, puesto como alternativa por el guía para evitar cruzar la difícil divisoria entre el Sepahua y el Tacuatimanu, este le informó que aquel río de curso meándrico y caprichoso, servía de límite con el departamento del Cusco.

Considerando que se podía aprovechar ahí una hermosa explanada de playa para pernoctar cómodamente, ordenó a su gente acampar en el lugar.

Los piros sueltos en su hábitat, se movían en el agua como una continuidad del líquido elemento, en tanto que los campas, más hechos a las exigencias del bosque, se mantenían, con cierta reserva, alejados de aquellos. Además, después de la decapitación del piro en Atalaya, la relación entre las dos etnias había cobrado una tirantez peligrosa, que tardaría semanas y mano de hierro para distenderse.

El pescado recién sacado del río para la cena, resultó una delicia al caer la oscuridad. El sabor era exquisitamente diferente a los que se guardaban salpresados.

Hartos hasta el complacido eructo, templaron mosquiteros apenas aparecer los primeros zancudos de la noche, confiando el primer turno de vigilancia a un capataz y al campa Sakiray, para el área de patrones y mozos.

Al avanzar hacia el ocaso las figurillas que el firmamento llevaba dibujados desde el principio de los tiempos, un friecillo soporífero comenzó a filtrarse por los delgados mosquiteros de blanco tocuyo, obligando a arroparse rodillas y a reencontrarse con la pose fetal que una recóndita añoranza por el antro materno porfiaba cada noche en que el alma aceptaba su necesidad de ser protegida. Más de repente, a solo unos minutos del contacto con esta placidés, la quietud quedó rota por una seguidilla de disparos elevándose por sobre el rumor del río.

—¡Qué pasa una gran puta! —vociferó Fidel Reatégui, tanteando como un autómata su Winchester 44 camuflado a su costado entre las sábanas.

Cuando logró al fin desenredarse de las piernas de Maria Nicanora, que tenia un sueño de piedra, y alcanzar salir del mosquitero, un peón echaba arena apresuradamente sobre las fogatas y algunos mozos con carabina en mano corrían a donde la voz del capataz apremiaba.

También él, agazapado y a largos trancos, corrió en la misma dirección, hasta alcanzar la posición de Dionisio Ríos, su capataz, que por fin había dejado de dar inútiles órdenes. La playa pedregosa hizo que se cayera un par de veces, exasperándole aún más.

—¿Qué pasa?, ¿por qué tanta bulla? —le increpó de mal talante.

—Hay gente caminando al frente, patrón.

—¿No serán nuestros cholos?

—Imposible.

—¿Cuántos habrá?

—Son varios.

—¿Les has hecho alguna señal?

—Sí, pero no contestan.

—A ver, sigan intentándolo, pero hablándoles en dialecto.

—Está bien, patrón.

La orden fue inmediatamente transmitida a Sakiray y a un indio piro llamado Ezequias, que en sus respectivas lenguas comenzaron a turnarse tratando de entablar algún diálogo con los invisibles intrusos, entercados en no dar señal de vida alguna.

En los primeros minutos sus esfuerzos fueron infructuosos, pero de repente, una voz atropellada y a la vez cortante, atravesó el río cediendo inexorablemente al llamado de su etnia. Eran campas.

—¿Qué dicen Sakiray? —se impacientó Dionisio Ríos.

—Dicen que se han escapado de un patrón que quería empujar su lancha por un varadero.

—Pregúntale quién era —ordeno Fidel Reatégui, teniendo ya su propia respuesta, pues sólo una expedición iba delante de él.

Una vez más se dejaron oír unas sartas de frases secas, parecidas a las de un idioma polinésico, o acaso asiático, yendo y viniendo de orilla a orilla.

—Le decían don Fermín, papá —tradujo Sakiray.

—¡Ah, el gringo Fiztcarrald! -exclamó dando un teatral respingo Dionisio Ríos.

—¡Qué!... ¿No es peruano, pues? —preguntó extrañado Enrique Pérez, el que secundaba al fiel capataz en el mando y que acababa de unirse al grupo arremolinado alrededor del patrón.

—Ese es tan gringo como este es peruano ¡En diosito! —reiteró convencido de su primera afirmación Dionisio Ríos, cogiendo de la nuca a un joven piro que acechaba a su lado.

—¡Pucha, me corto las bolas! —exclamó inquieto Pérez—. A mí ya vuelta me dijeron que era ancashino ese cojudo; osea, tan peruano como el Huascarán —acotó.

—¡Qué va!

—¿Cuántos son, Sakiray? —quiso saber el patrón.

El campa volvió a alzar la voz para hablar con sus huraños paisanos, y al poco rato tradujo lo averiguado mostrando a su "papá" Fidel los diez dedos de las manos extendidas.

—Diles que si quieren unirse a nosotros, que vengan nomás; que no tengan miedo; ofréceles comida y también alguna ropa..

—Sí papá.

La noche les había enfriado las narices hasta el borde de la alergia y la constipación, y el campamento se mantenía en una oscuridad apenas filtrada por los pálidos rayos de las pocas estrellas que iban quedando en órbita visible. Sakiray alzó la voz nuevamente y su diálogo esta vez fue bastante largo.

Del lecho del río empezaban a elevarse unos densos vapores que a la luz satinada de los astros proyectaban formas espectrales a cada parpadeo y aparentaban hundir la brecha acuosa del Mishagua en un insondable abismo.

—Que enciendan otra vez una fogata y que las mujeres sigan en sus camas —le ordenó seguidamente al capataz.

—Ahora patrón —asintió este, irguiéndose en el acto.

Mientras el chispeante crepitar de la avivada hoguera zigzagueaba por los conductos auditivos externos, de un poco mas allá de la línea oscilante proyectada por su lumbre, comenzó a emerger un bulto indefinido de forma, que a merced de la corriente se acercaba a velocidad constante. Las carabinas giraron hacia allí.

Los suaves golpeteos de una tangana fueron haciéndose más nítidos conforme se hacía más corpórea la difusa silueta acercándose a la orilla, y al poco rato, ya se pudo afirmar que se trataba de una improvisada balsa tripulada por seis nativos puestos en harapos.

Apenas tocaron fondo a medio metro de la orilla, Sakiray les preguntó sobre los cuatro restantes, y el fugitivo de la voz campante le dijo que se habían ido hacia los bosques, donde según digeron, no tendrían más contacto con ningún blanco, ni con ningún maldito mozo. Su voz sonó algo despectiva y arañó las vísceras de algunos de estos que por el contacto contínuo entendían ciertas palabras de los diferentes dialectos.

Después de satisfacer algunas otras inquietudes del patrón y el capataz, finalmente se les acomodó alrededor de una tibia fogata, entregándosele a cada cual, mantas y alimento en generosos tazones de fierro enlozado.

—¿Alguien habla castellano? —quiso saber Fidel Reátegui.

—Yo habrar un poco —le contestó el más espigado del grupo, con evidente predilección por la "ere" en su pronunciación.

—Bien, quiero que me cuentes todo lo que les ha pasado en el varadero con tu patrón.

Y el campa aludido, dejando el tazón vacío junto a su huesudo tobillo, comenzó a narrar a su modo las peripecias y la brutal represión sufridas en manos de los capataces del tal Fiztcarrald, sobre todo desde el momento en que se le ocurrió a este querer trasladar su lancha, llamada "Contamanina", de un río a otro, a través de un varadero. Eran poco más de mil hombres entre blancos, mozos y aborígenes, los que secundaron la audaz iniciativa: trecientos piros, quinientos campas y doscientos infelices de otras etnias sometidos en el camino bajo condición de esclavos. Sin embargo, al final de la empresa, aproximadamente solo seiscientos indios culminarían el ominoso esfuerzo —hazaña, desde la mira histórica del gran patrón—, debido a los recios enfrentamientos con los belicosos mashcos del Manu y guarayos del Madre de Dios, a quienes ajusticiaría de manera sumaria, por decenas.

De lo escuchado al campa, se pudo deducir que la expedición de Fiztcarrald había entrado a navegar al río Mishagua buscando una ruta navegable que llegara lo más cerca posible a los tributarios del río Madre de Dios. De esta manera se adentraron en el Serjali, afluente de aquel, remontándolo hasta que el calado de la lancha no dispuso de fondo para seguir adelante. De aquí intentaron remolcar la embarcación por tierra hasta el río Cashpajali, afluente del río Manu, tributario a su vez este del Madre de Dios, pero fue justamente durante el intento que se produjo la desbandada de los nativos.

Saciada su curiosidad y deglutida una salivación envidiosilla por la audacia del gringo Fiztcarrald, Fidel Reátegui Valera acogió a todos los fugitivos como suyos y se retiró a dormir dejando a su gente enredada en un entrevero de opiniones.

—¡Puta su madrre, pero qué loco es ese huevón! —escuchó que exclamaba su capataz, aludiendo obviamente a Fiztcarrald, cuando se encaminaba ya hacia el

lugar de su mosquitero donde María Nicanora se había dejado vencer nuevamente por el sueño.

—Habrán utilizado troncos de cetico para ayudarse —supuso un peón.

—Por acá no hay cetico, cojú —intervino otro.

—Debe haber —volvió a intervenir Dionisio Ríos—. Porque deslizar una lancha sobre troncos duros y sin flema es arriesgarse a romper las cuadernas a cinco yardas —arguyó.

—Pero lo cierto es que sacaron la lancha del Serjali, los muy pendejos –alegó el baqueano, sin poder dejar de mostrarse algo atónito.

—Sea como sea mano, ahí los que más han pushado han sido los cholos —hizo oir su voz Enrique Pérez—. Dice que a los más telenshos, ahí nomás les ultimaban a latigazos los capataqces —terminó diciendo.

—Se les fué la mano, seguro —convino el capataz—. Es cierto que para dominar a estos indios condenados hay que meter mano fuerte, pero no es para tanto.

—Por eso pues les abandonaron a medio camino nomás —opinó un tercer peón.

—Oy, pero dice que a los pendejos ya les faltaba un poquito para llegar al Cashpajali —volvió a intervenir Enrique Pérez.

—¿Pero el gringo no andaba por el Putumayo? —preguntó un peón, procedente de Iquitos.

—No; por allá anda masacrando huitotos, Julio Arana —dio su versión, Enrique Pérez.

Pronto la charla se convirtió en un tráfico de desorientadas voces pugnando por esgrimir a su modo mejores razones, y los rostros se cubrieron de máscaras gesticulantes muy impactantes en el juego de luz y sombra de las fogatas.

—Yo que el patrón no les recibo a estos campas, compadre —se escuchó una voz desconfiada.

—¿Por qué?

—¿Por qué, dices?

—Sí

—¡Oy, no seas pues...! —hizo un ademán por demás elocuente—. Porque estos cojudos ya han aprendido a rebelarse, ¡por eso! Y si aquí tenemos la más mínima dificultad… —agrandó sus ojos desmeduradamente como inquiriendo una única respuesta posible—, nos jodimos. ¿No has escuchado el tono de este carajo cuando se refirió a nosotros? —miró incisivamente al nativo de los tobillos flacos.

—¡Carajo, se ve que no sabes nada de estos buenos indios! Para que lo sepas, el campa… y no debiéramos llamarle así, porque así les decían despectivamente los

españoles, es el indio más noble y leal que hay aquí en la selva... ¡Cojudo! ¡Claro que si le vas a joder mucho también!... ¡Son guerreros de nacimiento!

—Les metemos bala sin asco, y punto; aquí no pasó nada.

—Habría que decirle al patrón —opinó tímidamente un tercero.

—El patrón sabe lo que hace; ¡no jodan, oy! —se exasperó el que parecía más abierto.

Después de un pico alto de animación, la conversación empezó a conceder al cansancio su postergado turno, a la par de los tizones, que al ser atizados con un granulado chisporroteo naranja, a las justas conseguían logros efímeros en su intento de desalojar de los resquicios y oquedades las pegajosas sombras de la noche.

Poco a poco la calma volvió a recostarse como sien de hombre cansado, como murmullo de río estirándose en la playa sobre el plácido declive de la tierra vencida, y el campamento se silenció por fin cogido en un profundo sueño, exento de alarmas y sobresaltos. Tal vez el único insomne, acaso el único inquieto que se quedó sufriendo fiebres a esa hora, fue Fidel Reátegui.

Al regresar a su cama, se había puesto a acariciar las redondas y blanquísimas nalgas de Maria Nicanora, sugiriendo un encuentro cercano, íntimo, que apaciguara su lujuriosa sialorrea. Pero esta, sólo le respondió con un somnoliento gemido y una extraña torsión de niña desvalida. Llevaba entonces gestando una criatura en sus entrañas, y este exigente estado de gravidez la tenía inhibida de toda espontánea e inteligente respuesta a los asedios sexuales de su marido; e inclusive, evasiva a todo encuentro casual o premeditado con la sensualidad. Asi que esa noche tampoco tuvo una respuesta directa, menos una alternativa otorgante, al ardor de su cargado y cargoso esposo.

Fidel Reátegui Valera había tenido durante muchos años el don de la abstinencia, pero apenas fue haciéndose de cholos en la hacienda, cada urgencia del líbido la saciaba allegándose a una nativa. Y tales fáciles alivios terminaron haciéndosele una especie de costumbre de apareo animal.

Al salir hacia Atalaya, antes de enterarse de la muerte de su hermano y del desenlace marital con su cuñada María Nicanora, había embarcado también a su favorita del momento, la chola natividad, sabedor de que sus tiempos de abstinencia ya no le cabían en el escroto.

—Maria Nicanora..., María Nicanora —llamó intencionadamente al oído pétreo de su mujer—. María Nicanora —volvió a llamarla zarandeándola un poco. Quería estar seguro…

La profunda respiración que emitió ella contestando su premeditada constatación, hizo efervescer sus parótidas y repletar su vejiga, convalidándole esa idea fija que ya se le había engrampado en la mente: “sacar el pie del plato” una vez más.

Salió sigilosamente del tálamo tibio y casual sobre la arena, aunque harto de soledad para el gusto de sus hormonas, encarándose con emociones encontradas al fresco de

la noche, y su presencia solitaria y furtiva agigantó sus deseos puestos a merodear tras los aromas silvestres de la chola Natividad, que a esa hora de audiciones naturales y salvajes ya venían zahumándole la expansiva próstata.

Como todas las nativas, ella tampoco usaba calzón, a pesar de haber recibido algunos de obsequio. Así que cuando se escurrió como tantas otras veces a su lado, su vientre de raya, sus tetas de zapote, y sus fuertes piernas cual shungos de emponado, estaban como siempre al alcance de sus manos codiciosas de buena presa y ávidas de hacerle sentir que aún seguía siendo un macho potente y dominante.



IX

La fuerza del Pachitea arrojó la balsa hasta la orilla opuesta del Ucayali, cuyo caudal mostraba un ensanchamiento impresionante de su cauce.

El alba comenzaba a proyectar un pálido resplandor por sobre el verde rizo de la jungla, y la turbia superficie del gran río se empinaba cual miles de aletas dorsales en pos de una cubierta algodonosa que el viento tironeaba hacia el espacio abierto. Eran las menudas olas con las que el río jugaba a asuzar a sus cardúmenes, era la densa neblina en proceso de despejar sus espectrales formas del lecho fluvial.

Los fugitivos tenían mucho frío y cada vez les costaba más turnarse de buen grado en el manejo de las tanganas.

Chávez sabía que antes de que la bruma desapareciera, él y sus hombres debían encontrar un lugar donde ocultarse, pues las patrullas de avanzada de Mattos bien podían engancharles, y sabido era que nadie quería tomar prisioneros. La noche, aún con todos sus peligros, era la única opción para intentar navegar sin encuentros armados, hasta Pucallpa.

En esos momentos, la correntada amenazaba enredar la balsa entre el pájaro bobo que se extendía desde la orilla, haciendo inútil el esfuerzo de los tanganeros por mantener una navegación estable. Por sobre sus cabezas, una verde plantación de yuca y plátano se extendía en verde faja canteando el barranco que el río iba socavando, y desde donde una pareja de chiquillos semidesnudos empezaron a agitar las manos en señal de saludo, corriendo de tramo en tramo a la par de la balsa.

—Hay que atracar aquí —ordenó Miguel Chávez.

—Sí, ya está demasiado claro para seguir bajando —convino su lugarteniente, Rubén Figueroa.

—Vamos muchachos, es hora de descansar —animó Efraín Díaz, retomando con brío su tangana.

—Busca un lugar aparente para dejar bien camuflada la balsa, Efraín -volvió a ordenar el jefe del grupo.

—Sí, Comandante.

Después de asegurar y disimular la balsa cubriéndola con huama y loto, se alzaron a la terraza de la chacra, cuidándose mutuamente de no resbalar.

La parejita de niños, desbordados en su natural algazara, llegaron en ese instante hasta su posición, asezados, respirando agitadamente y recogiéndose los mocos con enérgicas inspiraciones. Pero apenas ver las armas que portaban, se quedaron estáticos, desconfiando si ahí no había nada que temer.

Chávez acarició tranquilizador la cabecita de la niña y dando unas palmaditas en los milohioideos del enjuto niño, les apuró hacia las dos casuchas de palma que se divisaban a unos doscientos metros. Por el techo de la más pequeña, evidentemente la cocina, una columna de humo alertó sobre el fogón prendido.

No habían andado ni cincuenta metros, cuando vieron salir de ahí, a una recia mujer con una bandejilla en las manos. Al verlos, volteó ansiosamente hacia el yucal cercano, y seguidamente, echando el contenido de su envase sobre unas gallinas, que dando un brinco se dispersaron cacareando, se metió aprisa en la precaria chocita. Simultáneamente, escucharon unos ladridos que parecían provenir de un camino que se perdía hacia la espesura del bosque atravesando el yucal, justamente por donde había volteado a mirar la mujer antes de meterse en su cocina, y supusieron el por qué lo había hecho.

—¡Quietos ahí! —exclamó Chávez, haciendo un enérgico ademán para que se detuvieran.

Aguardaron en silencio.

—Ya me voy a cagar en mi pantalón, Comandante —se lamentó Benancino Silva con un desesperado acento de inaguantable apremio, haciendo reír a los niños.

—¡Vete pues, cabrón! —se exasperó Figueroa.

—¿Alguien tiene un pedazo de papel? —insistió agónico, Silva.

—Con palo de yuca nomás, paisano. Las yemitas ya te dan el retoque, pues —le recomendó socarronamente Vicente Pezo, volviendo a hacer reír a los muchachos.

—Y ustedes, ¿con qué se limpian, pedazo de cisurros? —increpó adusto el aludido a los movidos pequeñines, que en el acto cesaron en sus burlonas risillas.

—Con hoja de santamaría, señor –contestó el varoncito.

—Ujum —asintió Benancino forzando un gesto de mudo feliz, procediendo a separarse del grupo.

—Pobre María —murmuró cazurramente Vicente, persignándose tres veces.

En ese preciso momento un hombre de mediana estatura apareció por el camino que llegaba del yucal. Traía cogidos sobre su hombro izquierdo un tacarpo y su machete, y colgando de su mano derecha, una cepa de yuca. Chávez reanudó la marcha.

—Buenos días —saludó con cortesía al llegar a la altura del hombrecillo.

El fulano no contestó. Se limitó a dar un puntapié a su perro que se desgañitaba ladrando, y a poner su carga en el suelo.

Después de mirar a sus hijos con desconfianza y sopesar lo que ahí estaba sucediendo, se dirigió con cautela a su interlocutor.

—¿Qué desean? —preguntó no tan amigablemente.

—Sólo estaremos hasta que anochezca —se limitó a informarle Chávez, como si los del favor fuesen los de casa.

—Pueden acomodarse en el emponado —accedió de repente muy obsequioso el hombre, volviendo a levantar su cepa de yuca que yacía a sus pies y dirigirse a su maloca.

—Si tuviera algo para comer... —insistió Chávez.

—Por estos sitios, mi estimado, uno tiene que contentarse comiendo su yuquita y su pescado ¡Y eso! —repuso el ribereño—. Aún para esto, hay que sembrar y hay que pescar —terminó acotando con una tácita restricción a cualquier fantasía estomacal.

—Pero yo he visto unas gallinas por ahí, paisa —intervino todo insidioso, Sósimo Antonichi.

—Son ponedoras, señor —replicó un tanto fastidiado esta vez el chacarero.

—¿De dónde eres cholo? —insistió cargoso Antonichi.

—De Huamalíes, señor.

—Shishaco, ¿eh?

—Huanuqueño.

—¡Dí aunque sea que serrano, so huevón! —se exasperó el miliciano, puntilloso como era.

—Tranquilo Sósimo —reprendió secamente Miguel Chávez.

—Sí, Comandante.

—Todo lo que nos dé, amigo, le aseguro que le pagaremos lo que realmente vale —ofertó seguidamente conciliador, dejando a un lado al torvo subalterno.

—Iré a ver que dice mi mujer, señor —contestó aún reticente el forzado anfitrión.

—Mi Comandante —intervino casi de mal talante Antonichi, apretando furioso su carabina.

—¿Qué quieres Sósimo? —preguntó el jefe encogiendo el cuello dentro del tórax, gesto indicador de su fastidio.

—Déjeme a mí —solicitó éste, sin quitarle la mirada amenazante al desconfiado campesino que parecía no haber asimilado bien lo que le correspondía hacer. Evidentemente, Antonichi era de esos individuos que piensan que el poder tiene que aplicarse sin medias tintas para no pasar de cojudo.

—Si la próxima vez me interrumpes, voy a hacer que Rubén te vote al río con una piedra en el cuello, ¿entendido? —advirtió visiblemente fastidiado—. No sólo los gobiernistas saben hacer eso —acotó con un velado acento siniestro en su voz, acaso recordando lo sucedido en May Pablo con los heridos cogidos en el barranco.

El miliciano atinadamente optó por cuadrarse y salir inmediatamente de escena,

yéndose a refunfuñar su descontento rezagado del grupo. Era de esos que gustan obedecer sólo cuando se les trata "a la mala".

Para entoces, ya había clareado completamente y solamente algunos cúmulos neblinosos persistían atrapados en las copas de los árboles.

Los demás, excepto Benacino, fueron los primeros en tenderse sobre el alto emponado con deseos de ponerse a dormir al instante, pero la idea de llevarse aunque sea un pedazo de yuca con sal a la boca les mantuvo con los oídos atentos.

—¡Shoo! ¡Shoo! —se escuchó la voz campante de la exuberante mujer, al parecer espantando a las gallinas de su cocina.

—¿Se han dado cuenta que los animales sólo obedecen cuando se les habla bien en su misma lengua? —hizo notar Benancino, acercándose al emponado.

—¿Cómo ya vuelta? —se interesó Efraín.

—Si dices, patí, patí, patí, patí vienen los patos; si dices, tu, tu, tu, tu vienen los pollos; si dices, cuchi, cuchi, cuchi, cuchi, vienen los chanchos; si dices, quish, quish, quish, quish, o michi, michi, michi, michi, viene el perro, o el gato; si dices...

—¡Deja de hablar sonseras, oy Benancino! —suplicó Rubén, serenando una sonrisa a punto de ser carcajada.

—Y eso no es nada paisano. Cuando les botas, también tienes que hablarles en su idioma.

—Termina Benancino —dejó escuchar su parca voz, esta vez en tono de festejo, el jefe de los milicianos.

—Sho, safa, chusha, júsale... —atinó a atropellarse el aludido.

Una familia de bocholochos vertía en esos instantes sus cantos en tonos de xilófono y marimba, consumando prodigiosas imitaciones de otros animales del bosque con el más libertino desparpajo. Daban ganas de cerrar los ojos y morir, pero los estómagos no querían saber nada de este cuento.

Cuando por fin se les invitó a pasar a la cocina, no se fijaron si la mesa y las destartaladas bancas estaban mugrosas, y menos si la gallina antojada por Antonichi estaba servida. Sin mediar palabra se abalanzaron sobre el pescado pango, bien acompañado con su incurtido de ají charapillo y su yuca amarilla, y más que a comer, se dedicaron a tragar, en una competencia parecida a la de las pirañas.

El espeso mingado de arroz no tardó empero en surtir su efecto de llenura en algunos de los glotones, que entreteniéndose con pedacitos de yuca con sal, empezaron a poner atención en otros puntos de la cocina. ¡Ycómo no habrían de hacerlo en el que tal vez debió habérseles prohibido desde el principio! Tres pares de ojos se detuvieron, sin considerar que por lo menos un poco de gratitud y consideración no habrían estado de más para con el humilde anfitrión, en el cuerpo tenso y musculoso

de su mujer, contemplándola con una intensidad furtiva que no podía pasar desapercibida para ella, y alentando un deseo lascivo que empezó a carcomerles por dentro. Figueroa, Pezo y Antonichi, eran los tres buitres al acecho.

Muy turbada ella, pero embargada del misterioso goce de las hembras deseadas, fingió concentración en el asado de unos maduros puestos por su marido en la parrilla de la tushpa, tratando de no abatirse tras el impacto de cada mirada. Sin embargo, no pudo estarse quieta mucho tiempo, y nerviosamente empezó a moverse por cualquier pretexto alrededor de los comensales. Faltaba saber si de fastidio o de permisiva ansiedad.

Al volver a ponerse en cuclillas para voltear los melosos plátanos que ya votaban espumillas por entre las rasgaduras de sus cáscaras, la falda remangada dejó entrever la piel interior de sus muslos, y un hilo de mingado de arroz se escapó por las comisuras labiales de sus acechadores.

El color anaranjado lustroso que las brasas posaron sobre sus carnes, trastocó su imagen de mujer humilde y vulgar, al de una sacerdotisa puesta en ofrenda a la diosa de la fertilidad en plenilunio. La tensión de la próstata hizo que la alucinacen la hembra más apetecible de todo el bajo Ucayali, que en esos momentos era el mundo entero.

Alertado por Vicente Pezo, el mitayero Efraín Díaz también se sumó al silencioso acoso, en tanto que Chávez, Silva y Pécher, lejos de toda sospecha, asentaban la digestión fumando aromáticos siricaipis que el dueño de casa les convidara en un arranque de hospitalidad.

Finalmente todos, excepto la mujer y sus dos hijos, terminaron tendiéndose nuevamente en el emponado de la casita mayor, inmunes a las molestias de los mosquitos "manta blanca", dejándose consumir por el cansancio y el ocio, a la par que algunos toscos mapachos aspirados con fruicción.

Miguel Armando Chávez Maldonado se quedó dormido con la cabeza doblada sobre un mosquitero enrollado en un par de barandillas; Silva, igualmente encorvado contra un horcón, y Pécher, terminó "seco" cerca del escalón, como un muerto en paz. Por su parte, Rubén Figueroa, Díaz, Pezo, y Antonichi, se mantenían vigilantes a pesar de su actitud despreocupada y ausente, cruzando a cada momento miradas de complicidad tras un mismo deseo. Deseo que a la verdad fuera ya, un verdadero tizón avivándose en el centro del cerebro con cada ruido procedente de la cocina.

—Bueno, antes que duela más el sol, voy a la chacra a terminar de sembrar un poco de maíz y mi yuquita —comunicó el dueño de casa mientras cogía su tacarpo.

—Vaya, vaya nomás buen hombre —le animó Rubén Figueroa, provocando en Sósimo Antonichi una sonrisa torcida.

—¿Te vienes conmigo Senobio? —alzó la voz dirigiéndose a su hijo varón.

—Sí papá —asintió el chiquillo, saliendo presto de la cocina.

—Felícita, tú si quédate con mamá para que le ayudes en lo que necesite —

recomendó a la mujercita, poniendo una subrepticia advertencia en el acento.

—Ya papito —respondió la pequeña, que no debía pasar de los ocho años y aún andaba por estos mundos sin malicia alguna.

A partir de ese momento, los minutos se hicieron pegajosos para los cuatro milicianos puestos en acechanza. Por un lado temían que los demás despertasen, y por otro, no sabían hasta qué punto la mujer podía consentir a que le "metieran huevo", en términos de Antonichi, sin el uso de la fuerza. Además, ahí estaba la niña, y alejarla dependía de la voluntad de su madre.

En eso, vieron salir a la mujer a botar el agua sucia de su bandejilla de lavar y se quedaron en vilo intentando dar pase a una reseca deglución que les colapsaba la boca.

La damita les lanzaba traviesas miradas de reojo y parecía demorarse adrede limpiando afrechos imaginarios de su envase.

—Pssst..., pssst... —llamó prudentemente su atención el torvo e impulsivo Antonichi.

Ella levantó la mirada esbozando una sonrisita cómplice, y encajó de lleno, muy coquetamente, el beso volado que le envió Figueroa. Nadie se percató de su falta de dos dientes.

Excitada como una mariposa volvió contorneándose a su cocina, sin percatarse de los gestos huraños que su niña dirigía al indiscreto y atrevido Sósimo.

Desde allí les llegó a éstos su voz enviando a su hija a llenar el cántaro en el puerto.

—Con cuidado mi hijita; no se vaya a voltear así la canoa -le recomendó.

—Yo sé nadar.

—Cuando el río corre y está crecido, te lleva nomás; ten cuidado y no te apures.

—Ya mamita —respondió con docilidad, la niña.

—Mejor no lleves la tinaja; solita no vas a poder. Lleva la olla nomás y no vayas a meterle contra la corriente que te puede jalar. Mejor le llenas con el pate, poco a poco —reconsideró prudentemente la mujer.

—Ya mamita; mejor de a poquititos voy a ir llenando la tinaja acarreando arriba del barranco.

—Está bien, anda ya —apuró a su pequeña. Ninguna voz de hombre se alzó para ofrecerse a colaborar. No era hora para darse de caballero.

Apenas la pequeña hubo partido a su cometido, Figueroa se puso en pie y felinamente,

tratando de no hacer ruido, se dirigió a la cocina. Al entrar vio a la mujer enhiesta en un costado de la mesa con un rictus de hembra en celo deformándole la boca gorda, y con sus pezones endurecidos agitándose al turgente ritmo de todos los asentimientos.

Sin mediar una sola sílaba, le remangó la raída falda, dejando a la vista los muslos de horcón que tanto le habían excitado durante la asada de los maduros, y convulso como un poseído, se puso a aflojarle el calzón asegurado en "fila botón".

Cuando logró por fin librarse de la complicada prenda, ya ella tenía los bellos púbicos remojados en sus propias secreciones. Levantándola de la base de sus prominentes nalgas la acomodó a horcajadas en una de las banquetas, y sin más agilidad que la de un ahuihua cogido de su barba mayor, se echó a sudar sobre aquella generosa anatomía que poco a poco fue sintiendo lo suyo. La condenada se movía también como una oruga comiendo vorazmente hoja de yuca.

Estando inmerso en una explosión de lucecillas amarillo verdosas, vaciando todo su contenido existencial hasta el borde de la muerte, la alta figura de Sósimo Antonichi se dibujó en la puerta. Tras él, Pezo y Díaz imaginaban orgías con salvoconducto de guerra, aunque a uno de los dos, al final, tuviera que tocarle bogar en un charco de espermatozoides para aliviarse de sus seminíferos tormentos, y encima, hacerlo desconectado en la desmadejada laxitud de una hembra saciada hasta la inflamación y el hastío.

Al caer la noche, Chávez ordenó a sus hombres alistarse para partir, sin que la más leve malicia le hiciera sospechar que mientras dormía, ahí se habían gestado secretos que guardar, por lo menos del lado de sus subalternos comprometidos, hasta que estuvieran lejos.

Mientras tomaban la última tasa de mingado de arroz, la mujer le entregó, muy obsequiosa, un fiambre envuelto en hoja de bijau, gesto que congeló una expresión de sorpresa en la faz de su marido.

—¿Qué es señora? —preguntó Chávez.

—Es un pollito canga con yuca, señor... asadito con limón.

—Mejor cómanlo ustedes aquí —rechazó no muy convencido el reservado jefe, mirando conmovido a los niños.

—Llévese nomás señor, nosotros podemos matar otra gallina si queremos. Para que se entretengan en el viaje -insistió la mujer.

—Entonces acepten también ustedes esto, de nuestra parte —accedió Chávez, extendiendo a su vez la mano contraria con unas cuantas monedas de Sol de nueve décimos.

La mueca de sorpresa en la cara del marido desapareció como por encanto. Cualquier resquemor, desconfianza o duda que pudo haber estado procesando ante semejante compañía, fue mejor dejar aparte y hacer de cuenta que era un sueño que ahí se terminaba.

Encontrándose ya acomodados en la balsa y devueltos otra vez a su realidad fugitiva, cortaron a filo de cuchillo las tensas amarras que sujetaban la embarcación, y en una especie de efecto mágico ante torpe parpadeo, desaparecieron engullidos por la oscuridad con la misma audacia de insectos y murciélagos amagando vuelos sobre el río.

En la casucha, a la luz de una alcuza aferrada en la lejanía, una mujer pensativa, con un poco de nostalgia de enamorada al paso, quedaba a la espera de una dudosa gravidez, que de dar su fruto, seguramente terminará endilgándole el único apellido posible, con la simple disculpa para sus rasgos diferentes, de un mestizaje traviesamente multicolor.

El imponente Ucayali tenía inundadas todas sus orillas bajas y en los altos barrancos su erosión se traía abajo toneladas de tierra cuyo furioso desmoronamiento quebraba el rumor estable de la corriente con bandazos intimidadores.

La noche sobredimensionaba en la agudeza auditiva estos ecos, atarantando los sentidos de los improvisados navegantes que iban acercándose a ciegas a la costa brava masiseína.

Los siete milicianos involuntariamente entraban en crispación cada vez que les sorprendía un derrumbe, y es que inevitablemente lo asociaban al asalto de las fuerzas gobiernistas de Mattos, que entre estampidos de fusilería y artillería tomaran May Pablo y Chonta Isla, en una secuela de psicosis de guerra imposible de evitar.

Aún cuando la sensación de "inminente captura" que empuja a un fugitivo a estar escapando siempre ya no tenía la misma intensidad que la experimentada en el Pachitea, la confinación al espacio reducido de la balsa, las limitaciones visuales, la falta de orientación, los riesgos de virar, y todos los bichos vueltos gratuitamente contra ellos, empezaron a propiciar tramas violentas y sordas en sus temperamentos, insidiosamente manifestadas en los simples cambios de turno para sujetar el timón y en las demoras casuales de cigarros compartidos.

—Al primer cojudo que intente una vez más romper la unidad del grupo, le juro por Dios que le meto un tiro aquí mismo —se vio obligado a amenazar Chávez, con ese tono helado de sus bien conocidas últimas advertencias y con la sobrecarga de una exasperación tenazmente reprimida—. En vez de estar como amotinados rumiando tantas cojudeces, aunque sea hablen de Leguía, o de Genaro Mattos, ¡qué carajo!

Alguien refunfuñó una frase truncada sin mayor convicción, pero todos acataron la orden sin mayor resistencia, manejandose desde ese momento la interacción del grupo con un flujo de energía no tan explosiva.

Díaz dijo preferir hablar de la resistencia de los indios selváticos a los españoles y que Leguía podía irse a la puta que le parió. Su último decir hizo reir a Antonichi, que a pesar de su animadversión por los nativos, sobretodo si de shipibos se trataba, le animó a lanzar su rollo.

En la oscuridad y sobre esa sensación flotante transmitida por la balsa, nombres como los del aguaruna Quiruba, de los asháninkas Fernanado Torote, Miguel Prevoste e Ignacio Torote, estos dos últimos, hermano e hijo del primero, respectivamente,

nombres como los del amuesha Mateo de Assia, del shetebo Runcato, del legendario y de discutido origen, Juan Santos Atahualpa Guaynacápac Apuinga, así como otras sangrientras resistencias de cocamas, shipibos, cashibos y conibos, apaciguaron el tormento del silencio y la incertidumbre que ratos atrás había producido la ruda advertencia del acerado jefe.

Al pasar frente al rebosante y conocido fundo "Bello Horizonte", propiedad de un tal Reátegui, individuo intransigente y proclive al lenguaje de las balas, que se había negado a colaborar con la revolución cervantista las veces que le vino en gana, el aroma del aguardiente que destilaban en su alambique les hizo antojar una buena borrachera.

—Comandante.

—¿Qué pasa Sósimo?

—¿Por qué no atracamos un rato y le sacamos al menos un garrafón de trago a este hijo de puta? Porque el cabrón nunca ha querido aportar nada a la revolución. Le digo yo, que cuando surcaba a Chonta, entré para comprometerle con la causa y me gané un chamuscón en la oreja. ¡Para qué, el concha su madre tiene una puntería de los diablos!

—Je, je, je... —rió contenidamente Chávez—. Para otra vez ha de ser. Masisea ya está a dos vueltas y hay que aprovechar el tiempo.

—Además aquí no nos recibirían con una sonrisa —advirtió Rubén, que evidentemente parecía conocer algo más que los demás, respecto a la rudeza del tal hacendado.

De pronto, a lo lejos divisaron los mortecinos faroles de un pequeño vapor acoderado en la orilla masiseína, que acertadamente Chávez supuso estaba a la espera de algún flete para transportar río abajo.

—Si queremos estar en Bahuanisho, o ya de una vez en el mismo Pucallpa antes del amanecer, tenemos que abordar esa lancha ahora mismo —planteó con determinación.

—Será fácil —convino Antonichi—. Si no nos resulta con cuchillo, con bala ha de ser —reiteró su homicida determinación.

—¿Mataremos aquí Comandante? —preguntó sin embargo de modo simplón Benancino, no tan seguro de querer hacerlo.

—No creo que se haga necesario; todo depende qué tanto nos resistan —respodió este con cierta pesadumbre.

—Oye Benancino, ya estás bastante viejo para estar haciendo preguntas tan cojudas -increpó despectivamente, Sósimo—. ¿Todavía no te has percatado que estamos en guerra, so cabrón? —acotó con aspereza.

Silenciosamente y prestos al asalto cual avezados filibusteros, comenzaron a maniobrar para efectuar el abordaje con la eficacia puesta de su lado por las sombras de la noche.

La lancha se mecía suavemente al compás de las menudas olas que la brisa nocturna encrespaba al arremeter contra la ribera, sin que sus confiados tripulantes se dignaran por lo menos a atisbar una posible merma del río, con el consecuente riesgo de vararse por proa. Estaban en pleno invierno, y un poco de indolencia al respecto, era parte de la costumbre. Tal vez, si lo hubiesen hecho aunque sea por casualidad, si un "por sea caso" hubiese zarandeado su indolencia de esa noche, habrían podido notar aquel extraño bulto que silenciosamente arrastrado por la corriente, se dirigía directamente hacía ellos.

"Luella" era el nombre de la embarcación, y su dueño, un tal Marcos del Mar, más conocido en la ruta como "puca cuchi", por ser grande y colorado como un chancho de raza.

—¡Quieto carajo! —le espetó rudamente Antonichi irrumpiendo en su camarote.

—Sorprendido y demudado, el lanchero desorbitó los ojos ante el cañón de la carabina que apuntaba a su nariz, y aún medio sonámbulo trató de salirse de su camastro.

—¡Si te sigues moviendo así, eres hombre muerto gordinflón! —le amenazó con mirada siniestra Figueroa.

—¡Todo bajo control aquí abajo! —se dejó escuchar la voz de Benancino Silva, proveniente de la bodega, donde mantenía a raya a tres asustados marineros.

—¿Qué quieren? —logró al fin balbucear "puca cuchi".

—Que partas ahora mismo rumbo a Pucallpa. —respondió Chávez, sin siquiera mirarle, y jugueteando con su pistola.

—¡A mí no me obliga nadie, carajo! —se envalentonó de pronto Marcos del Mar, midiendo riesgosamente la rudeza de los milicianos, que en su parecer, no tenían serias intenciones de matarlos, aparte de sentirles blandengues.

—No te arriesgues gordo mantecoso —le advirtió sibilinamente con su rudo estilo Antonichi, apretando sin misericordia el cañón de su arma contra su voluminoso vientre—. No sería la primera vez que mato un chancho —conminó con placer de sicópata.

—¡Ayáu, concha de tu madre! —se quejó el lanchero, haciendo un gesto de dolor.

—¡Cierra la boca, mierda! —se enervó Antonichi, encajándole un culatazo entre los omóplatos.

—¡Es que no puedo, pues hombre! —pretextó el cautivo, ya un tanto quejumbroso.

—¿Por qué? —quiso saber Chávez.

—Tengo que recibir carga. A las cinco de la madrugada me llegará un flete y tengo que esperar.

—¡Qué carga ni qué carga, huevón de mierda! ¡Pareces un judío, carajo! —volvió a sus agrios hostigamientos Antonichi, atinando fortuitamente la sangre originaria del lanchero.

—Después ustedes se van, llegan los gobiernistas y nos joden a nosotros. Esa es la puritita verdad. Nosotros somos los que pagamos los platos rotos —se defendió "puca cuchi", con la lógica de los civiles no involucrados, o cogidos entre dos frentes.

—¡Entonces, muere pues huevón! —fatalizó Figueroa, con la voz graznada de un rapaz, plantando su navaja cerca al cuello del prisionero.

—Cuídado paisano, no se te vaya a ir la mano así —medió Efraín Díaz fingiéndose conciliador.

—Déjalo Rubén —ordenó Chávez, mientras desataba un talego de cuero que llevaba atado al cinto—. Te pagaremos hombre; no hay necesidad que te pongas tan verraco —mostró su disposición de tranzar extendiéndole un fajo de billetes.

—Este dinero es puritita mierda; no sirve para nada aquí, ni en ningún otro sitio -borbotó atrevidamente "puca cuchi", poniendo a prueba la aparente calma del jefe de aquellos milicianos, de quien intuía no quería llegar a mayores compulsiones. Pero jugar con su suerte con un vocabulario de puerto que podía arañar susceptibilidades, no era muy recomendable.

Chávez volvió a guardarse tranquilamente aquellos billetes emitidos por la revolución, y luego de mantenerse un largo minuto en silencio, se encaró con el rudo lanchero.

—¿Vienes con nosotros, o te quedas, macho? —le preguntó, con esquirlas dañinas en su voz. Y fijando en él una mirada perversa, llena de canibalismo, esperó.

Experto en ajetreos madrugadores, en decisiones de claroscuro, y aún mejor conocedor de amenazas peligrosas como la escuchada, tan de moda en esos tiempos, Marcos del Mar, el "puca cuchi", supo en ese momento que era mejor ponerse a navegar sin mayor demora poniendo proa hacia Pucallpa.

X

La empresa trans nacional Schering Inc. Co. a principios de la segunda mitad del siglo XIX gozaba de un bien ganado prestigio en el rubro de la química industrial, y dentro su política laboral contemplaba promover o destacar a sus empleados a las diversas sucursales que poseía alrededor del orbe.

A propósito de esta política, en una de estas promociones, pero no precisamente por necesidades laborales de la empresa, fue incluído el ingeniero químico industrial, Francesco Marino Esquiantorelli. La causa: Haber golpeado a un compañero de trabajo. Punto de partida: Su natal Italia. Destino: El lejano puerto del Callao, en el Perú, y una larga travesía oceánica de por medio.

Corría el año de 1,859 y en este puerto, la mayoría de edificaciones eran de quincha y adobe; excepto algunas otras, como la fortaleza de San Felipe, que recortaba su pétreo perfil hacia el Pacífico, con la severidad disuasiva de lo que fuera: un gallardo fortín militar. Pero la estructura arquitectónica en general, seguía conservando sus aires coloniales, y fue lo que más le agradó al joven ingeniero al arribar a suelo chalaco.

Su población era un verdadero mosaico racial, incluidas sus diversas mezclas donde el aporte negro era evidente, destacándose entre las de origen europeo, la italiana, y la inglesa, contando esta última con una nutrida colonia de fuerte influencia en las instituciones porteñas.

Si bien existía una aguda crisis política y económica en la que la venta del guano a Francia sufría altibajos que corroían la tranquilidad social, y ya la gran figura del mariscal Ramón Castilla periclitaba en el escenario de los grandes protagonismos, el primer puerto peruano ebullía de tráfico naviero y las actividades cotidianas mostraban una frenética laboriosidad.

Francesco Marino se consideraba un hombre práctico que lo tenía todo muy claro, sobre todo, su actual situación: Al Perú había venido a ocuparse de su trabajo y a nada más. Así que, con estar cerca de su centro laboral, era suficiente para cumplir el año y mandarse cambiar. Por eso decidió hospedarse en una austera casa de pensión en el mismo puerto, con la firme convicción de limitarse a tales obligaciones y evitarse cualquier otro tipo de relación que le pudiera perturbar el deseo de llegar con bien, a su hora de partir de vuelta a Europa. En realidad, él amaba y extrañaba su patria. Si de sí hubiese dependido, no habría aceptado partir a tan lejano lugar ni por el mejor salario del mundo. Y es que todo se debió a una golpiza que le propinara a un colega, compañero de trabajo, por ser un prepotente y abusivo con el personal subalterno. Y no porque se considerara un sensible luchador social presto a reinvindicar derechos laborales, precisamente, sino porque tenía bien claro algunas líneas maestras de conducta.

Los jefes consideraron que sus belicosidades necesitaban un mejor ambiente, así que le metieron en un barco y le enviaron al Perú.

Los primeros meses anduvo como resentido del mundo, ensimismado estrictamente

en lo que tenía que hacer entre su trabajo y su casa, pero inevitablemente su carácter sociable y servicial, le fue llevando a frecuentar un círculo amical cada vez más centrífugo, al principio compuesto exclusivamente por extranjeros, pero que luego iría congregando a propios, en una sucesión interminable de reuniones sociales en las embajadas y en las residencias de personajes locales importantes.

Una madrugada de 1,860 revuelto entre fríos de invierno y cefalea de resaca, se levantó a refrescarse la cabeza que amenazaba estallarle, dominando un reflejo nauseoso que le impedía prometer en voz alta que no volvería a beber nunca más. En esos afanes, le llegó desde la calle el ajetreado eco de pisadas escapistas que corrían sin aparente dirección. Pronto se desatendió de la cuestión y regresó a tumbarse en la cama. Intentó cerrar los ojos esforzándose en coger sueño, pero casi inmediatamente se reanudaron las correrías, ya en mayor número y acompañadas de griteríos que a los pocos minutos se convirtieron en un tumulto.

Si al principio creyó que se trataba de una vulgar reyerta callejera, ahora las exclamaciones de alarma y temor elevándose de la batahola, le hicieron suponer que algo fuera de lo común estaba sucediendo ahí en las calles.

—¡Incendio! ¡Incendio! —llegó hasta su recámara un lastimero grito desbordado de pánico.

—¡Se quema el molino! –escuchó otro, no menos despavorido.

De un brinco salió de la cama, e impulsivamente se asomó a la calle por el crujiente balconcillo colonial que adornaba su cuarto en la antigua casona, y toda la borrachera se le fue de golpe. El cielo era una herida tumefacta y palpitante enrojeciendo el horizonte sobre la ciudad, y el viento parecía rugir recogiendo aquel siniestro crepitar que amenazante se iba haciendose más nítido, más amedrentador, mientras la gente corría sin rumbo a modo de un enjambre perdiendo su colmena.

Se vistió como pudo y raudamente salió a mezclarse con aquel gentío fuera de control, que se veía impotente tratando de despertar de una horrible pesadilla.

El molino a vapor de la empresa Moller Moore & Cía ubicado en la calle Del Comercio, había estallado en llamas, y el viento recio que recorría el mar, de Sur a Norte, hizo el resto. El fuego se expandió como consumiendo un desguarnecido pajar, y el esfuerzo comunal debió redoblarse a extremos de sacrificio para lograr finalmente consumirlo.

En esos tres luctuosos días, Francesco Marino Esquiantorelli tuvo la oportunidad de atestiguar ambas caras de la conducta humana. Y gracias a que los más, tarde o temprano optan por bases congregantes, por principios solidarios que mantienen en pie los cimientos de su convivencia, allí, ante tan trágico evento, los más altos valores espirituales fueron los que primaron por sobre toda rapacidad de los menos.

Sin mediar credo, color, riqueza, ni riesgos, esa gran mayoría chalaca enrostró con brío, con valentía, con voluntad de servicio, la ardua tarea de detener el fuego sacrificando todos los esfuerzos, y legó a la posteridad una constancia de que algo dentro del ser humano tiene semejanza con su Dios.

El 5 de diciembre de ese año, en una asamblea presidida por el entonces alcalde, señor Enrique Higginson, y llevada a cabo en la casa comercial de los señores Colville y Dawson, se concluyó que los daños no hubiesen sido tan cuantiosos, de haberse contado con un cuerpo especial contraincendios. De esta manera, y por acuerdo unánime, se decide conformar una brigada de bomberos, la que sería por insólito que pareciera, la primera de su tipo en toda la República. Para tal efecto, la Alcaldía porteña entregó un carro de mangueras que mantenía en custodia en el Consejo y la colonia inglesa donó una utilísima bomba de brazos.

Después de aquel pavoroso incendio, en el que Francesco sintióse transportado a tiempos neronianos, la vida en el puerto adquirió un sentido más congregador, más participacionista y aleccionador. El ser humano era uno, como tal. La cuestión era formar filas ante una desgracia común, un objetivo común, o ante un mismo Dios, quien finalmente no deja de ser también un objetivo.

El régimen de exclusión que el joven ingeniero se impusiera a fin de no involucrarse con el medio, quedó desbaratada definitivamente frente a estos cambios, y con un afán de recuperar el tiempo perdido, esta nueva actitud le llevó a asimilar la transculturización con mayor permeabilidad y predisposición hacia lo peruano. Trató con solicitud a sus gentes, saboreó sus comidas, paladeó sus bebidas, se injertó en sus costumbres, se interesó por su pasado histórico, y hasta las anécdotas de la vida cotidiana, tan simples como deliciosas, pasaron a engarzarse en su propio acervo. Sustentaron el cambio sus íntimos amigos, Juan Bautista Barbagelatta, Juana Barbagelatta, Atanasio Miranda, Manuel Chávez y Agustín Ponce, con quienes cultivaría una entrañable amistad.

El año de 1,866 después de una inesperada larga estadía y pronto a cumplir treinta y un años, fue transferido a Alemania, y de aquí, nuevamente a su país de origen de donde partiera algunos años atrás. Obviamente, se fue dejando en el Perú grandes amigos, amoríos casuales subidos al pescante de un desliz de amante, la ilusión frustrada de conocer de repente más Perú, acaso más América, en este caso impedido por los conflictos ocasionados por Francia en Méjico y por España en Centro América, y un adiós reacio al presentimiento de ya no volver. Gobernaba entonces la República como Jefe Supremo Provisorio, el general Mariano Ignacio Prado, y una llamada "Expedición Científica" española navegada hacia el Callao con nada pacíficas intenciones.

Tres años después, en el año de 1,869 se iniciarían en el Callao las obras de construcción del ferrocarril trasandino, que supondría un cambio trascendental en la nueva era del transporte en el Perú, según la percepción del coronel José Balta, presidente de la nación, que asistiría entusiasmado a este gran paso hacia la modernidad.

En este corto lapso de tiempo, Francesco Marino no hizo más que pensar en la posibilidad del pronto retorno y en reencontrarse con el especialísimo grupo de amigos a quienes estrechara la mano con tanta tristeza en el adiós. Así que la brisa del Pacífico que barría la cubierta frente a las costas peruanas y hurgaba nuevamente en sus fosas nasales con intensidad de salitre, era una realidad impuesta por este intenso deseo de volver. Esta vez, había sido él quien propició su viaje. No supo por qué, pero en su mente apareció una primorosa aceituna al lado de una hojita

de culantro coronando una exquisita causa de papa amarilla. "¡Qué tal comida la peruana!", pensó con admiración y hambre.

Con estos años a cuestas, su mirada se había tornado más quieta, sus ademanes más pausados, sus pensamientos menos fébriles, a favor de un hombre más equilibrado y sensato, aunque, algo llevaba aprendido de ese mundo desalmado en el que desenvolverse sin riesgo a no distinguir la verdad de la mentira y donde la filosofía del estómago consigna los principios conductuales, era un imposible. Como esa cautela que sofrena verdad o falsía en aras del interés y la conveniencia, en aras de no hacerse problemas, en aras de "vivir la vida", quién sabe como una forma de sentir la conciencia tranquila transando con el sistema. Pero a pesar de todo, su meollo seguía siendo silvestre.

Establecido nuevamente en el Callao, encontró que la mayoría de sus amigos seguían enfrascados en las mismas rutinas del ayer, como si el tiempo de su ausencia hubiese sido el de un paseo campestre de fin de semana y el reencuentro del lunes no encerrase mayor novedad. Por eso tal vez se sintió como en casa y se repantigó de alma para ser depositario de todas las disposiciones y las tentaciones que una Lima frívola le pudiera deparar. Quería sentirse vivo en todos los talantes.

Aprendió a intercalar encopetadas fiestas de embajadas, de clubes y mansiones, con festejos de "mangas de camisa" en quintas y solares; el trato de gente estirada hasta el oro, las perlas y blasones, con el de personas llanas y sencillas capaces de voltear hacia el cielo tras una jarana criolla; y entró a ser un buen ser humano más, sin necesidad de equilibrismos aparentadores, haciendo lo que debía y lo que quería según dictados de su meollo ya referido, sólo que con algunas necesarísimas exepciones de conveniencia. Como solían decir burlonamente sus chispeados amigos, sabía atraer a su favor tanto la confianza del pudiente como del menesteroso, y ejercitar con simpática naturalidad la clave de la reverencia aristocrática y de la confianzuda palmada pueblerina sobre la escápula.

A despecho de esta desprejuiciada vida social a la que arremetió con ímpetu de seminarista desertor, su rol laboral se mantuvo impecable y a satisfacción de la empresa. Sabía diferenciar bien las cosas.

Un sábado frio del invernal agosto, atareado en casa con algunos documentos del trabajo, recibió la visita de unos amigos peruanos de ascendencia italiana, que insistieron les acompañase a una fiesta familiar en Chorrillos.

—El lugar te va agradar —le decían.

—¿Por qué?

—Es un ambiente de campiña, simpatiquísimo.

—¿Es una granja o qué?

—Algo así... Tss, es necesario estar ahí para decirlo -remoloneó Enzo Lanfranco, que para todo chasqueaba la lengua.

—Bueno, la casa tiene sus amplias áreas verdes, pero también se puede divisar el

mar desde ahí —acotó Bruno Moldini.

—El aire es puro; al menos es lo que se siente cuando uno llega.

—Hay más solcito que aquí, a cierta hora —abundaban en fofas ponderaciones.

—Pero tengo trabajo —les interpuso remilgos blandengues.

—El trabajo empieza el lunes, Francesco.

—No sé...

—Además son nuestros paisanos; vamos a estar bien acogidos, bien atendidos.

—¿Sí?

—La mamá es una Tossini, una italiana de cepa que se casó con don Sérvulo Aliaga, que para qué, es buenísima gente.

—¿Peruano?

—Hijo de españoles, parece. Aunque, como dicen por ahí, los que tienen apellidos españoles por estos lares, algo de inga o de mandinga llevan dentro.

—Es lo de menos —le restó importancia a la alusión racista de Bruno, sin ánimo a referir su propia constatación en el lugar, respecto al gusto italiano por las mujeres negras, mulatas y "chinas"—. Bueno pues, vamos. ¡Ah! Pero eso sí, a condición de volver temprano —cedió finalmente, pensando en que eso de que los españoles eran buena gente, tendría que comprobarlo.

La fiesta resultó una media de pachamancada al aire libre y otra media de salón; alegría estomacal al sol y ritmo despreocupado a la sombra; en suma, un fin de semana peculiar y trascendental en la vida de Francisco, cogido desprevenido por los misteriosos acordes de sentimientos aún no buscados.

Don Sérvulo tenía dos hijos que eran evidencia palpitante del aporte de sangres, y su orgullo por ellos resultaba casi una ostentación: Justa, la mayor, parecía una andaluza de cuerpo avizpado a punto de batir castañuelas, excepto por los bellos casi rojisos del brazo y la cabellera no tan negra; Giácomo, el menor, un jovenzuelo de aire altivo que bien podía ser comparado con un soldado de "La italiana", cuerpo de élite de las legiones romanas, presto a partir a la Palestina en los años de nuestro Señor.

Bastó que le presentaran a la muchacha para que se entorpeciera en atropellados lances que ni él mismo entendía de qué explosión hormonal surgían. Era demasiado equilibrada y serenísima, tal vez a causa del trabajo, que como le diría luego don Sérvulo, se había entercado en ejercer, y en el que se mantenía en permanente contacto con estudiantes y profesionales de leyes. Este contraste le hizo sentirse por encima de velocidades posibles de controlar.

Como era predecible, con tamaño desborde de gozo y entusiasmo terminó excediéndose de copas sin percatarse de tan peligroso desliz, y un perruno reflejo

nauseoso, un "huayco" —como referían los peruanos de clase baja a los vómitos de borracho—, le hizo correr a trompicones hacia los reservados, ante la mirada divertida de los pocos invitados que aún quedaban al promediar la madrugada y en los que la carga alcohólica podía hacer pasar casi como una gracia tan bochornoso acontecimiento.

Al día siguiente, minado en su ánimo y atascado en enredos culposos, se irguió sobresaltado de la cama donde le habían acomodado sus amigos antes de marcharse, dejándole ahí a recomendación de don Sérvulo, y se estuvo paseando en el cuarto como un reo enjaulado sin atinar a salir.

Por la ventana divisó a la bella Justa yéndose hacia la huerta por entre las parras que reverdecían sobre entramados levantados a continuación de la casona. La luz del sol hacía dudar el verdadero color de su cabellera, y la vitalidad de la naturaleza rodeándola con oxígeno de campiña, la mostraba en una atractiva dimensión donde se hacía exigencia el concurso de los sentimientos y el deseo. Se planteó la promesa de quedarse allí encerrado hasta el día de su muerte. Vergüenza es lo que sentía y lo sentía devéraz.

—¡Buenos días ingeniero! —saludó en ese momento el joven Giácomo, asomando la cabeza por la puerta entornada.

—¡Que tal! —le respondió un tanto cohibido.

—Pensé que seguía durmiendo.

—No, ya no; hace rato que estoy de pie; aunque... —se presionó un poco el estómago en señal de malestar.

—Mi papá le hace llamar para que se tome un chupecito verde antes que lleguen sus amigos a llevarle.

—¿Verde? —preguntó enarcando las cejas y no muy seguro de querer probar un menjunje de ese color.

—De hierbas.

—No sé si pueda...

—Eso le va a sanar, seguro. Es una receta serrana.

—Espera un momento... ¿Dijiste que mis amigos van a volver?

—Eso dijeron ellos.

—Bien, no hagamos esperar a don Sérvulo; aparte que les debo una disculpa a todos —meneó apesadumbrado la cabeza—. Dí un espectáculo lamentable...tss

—Se fue de traguitos ¿eh?

—Me entusiasmé demasiado; lo siento.

—Ya pasó; no se preocupe ingeniero. El vino es pues...

Los buenos amigos, que según Giácomo prometieron volver por él, efectivamente, cumplieron su palabra acorde a las consideraciones hacia su persona, pero ya languideciendo aquel domingo en el que después de la borrasca, un mar en calma le invitó a anclar para evaluar los daños antes de volver a navegar.

Durante nueve deliciosas horas entabló una excelente relación amistosa con don Sérvulo, su esposa y su divertido hijo Giácomo, quedando con Justa a la mitad de un sendero en el que a un corazón como el suyo sólo le quedaba querer transitarlo hasta el final.

—Señora Anetta… —se expresó cuidando parecer lo más reverente posible, al despedirse de la dueña de casa, percatándose recién de que en tiempos más jóvenes debió haber sido una guapa pelirroja.

—Vuelva cuando guste.

—Don Sérvulo…

—Ha sido un gusto muchacho; la casa está a tu disposición.

—Muy amable; de verdad estoy abrumado.

Sus amigos cimbraban las aletas nasales, evidentemente muy sorprendidos.

—Giácomo, cuando quieras... Ya sabes dónde ubicarme.

—Gracias.

—No; al contrario… ¡Vaya! Más bien a ustedes mi agradecimiento. Y... pues... mis disculpas una vez más por... por las molestias —tartamudeó embarazosamente.

—Anda muchacho; olvídalo —le detuvo comprensivamente don Sérvulo, pero amenazando reirse en su cara.

—Bien; este... Justa, espero volver a verte —balbuceó, mirándola por hitos.

—Sí, claro; nos ha dado mucho gusto conocerlo —respondió la muchacha con aplomo.

—Adiós.

Después de aquella embarazosa despedida, Francesco Marino Esquiantorelli, el del corazón invicto, el de los boletos transoceánicos a solas, sintió un sentimiento terco, insomne y expansivo, tintineando matraces en el laboratorio, horadando papeles en la oficina, azuzando hormigueos en la cama, que no tuvo más remedio que ceder al bálsamo de estas perturbaciones, acudiendo a la casa de don Sérvulo Aliaga muchas veces más, al que terminó solicitándole con toda la formalidad de sus súplicas, permiso para cortejar a su hija.

Entregado con pasión a su relación sentimental, terminó contrayendo matrimonio civil con la guapa Justa, un día sombrío de octubre del año de 1,869 que a él le pareció luminosamente fenomenal.

Al siguiente año, el 26 de diciembre, en la iglesia parroquial Santa Rosa del Callao, la feliz pareja haría bautizar, exorcizar y olear según costumbres de la época, a su primer y a la postre único hijo, a quien llamarían Juan Francisco Marino Aliaga, por manos de fray Manuel Arrunátegui, tenido de cura de la mencionada parroquia, oficiando de padrinos los hermanos Barbagelatta.

Cuando el niño llegó a su primer año de vida, la pareja optó porque ella dejara temporalmente su trabajo de ayudante de biblioteca en la Facultad de Derecho de la universidad de San Marcos —que por coincidencia, ese año estaba siendo elevada a la categoría de universidad Mayor—, para que se dedicara de lleno y sin correr riesgos a preparar el feliz crecimiento del hijo amado.

En noviembre de 1,877 cuando ya el pequeño era posesionario de su primera carpeta en el sistema educativo peruano y Justa laboraba en otra entidad del Estado, Francesco recibió una noticia triste que daba cuenta del deceso de su madre en su lejana tierra natal, golpe que le sumió en una profunda depresión, muy difícil de consolar.

Debido a que ni esposa ni hijo podían truncar de un momento a otro sus respectivas obligaciones, llámese estudios, porque Justa no cesaba en su empeño de aprender leyes a pesar del exclusivismo masculino, llámese trabajo, y porque su partida no pasaba de ser una eventualidad para un tiempo corto de ausencia, su viaje a la lejana Italia tuvo que hacerlo solo, solo como un desterrado, llevándose el dolor adicional de marcharse sin sus seres queridos. Estaba en su tiempo de sufrir, en su tiempo de llorar.

Su promesa de volver cuanto antes le salió del alma, al corresponder con pañuelo al viento desde la cubierta del barco, las tiernas manitos de Juan Francisco, que al lado de su desolada madre, las agitaba con frenesí en emocionado adiós.

Pero a veces, cruel el destino, cuyas nociones contradicen los deseos humanos y abaten los optimismos empañando con lágrimas la risa, tornando tardío lo que puede ser pronto, aguardaba ya con un rictus de desaliento tras la curvatura abismada del gran oceano. Porque él, desgraciadamente enfermaría en Italia y el Perú entraría a una etapa crítica de su historia, que desembocaría en una cruenta guerra con Chile, el año de 1,879 trastornando la vida de Justa, al igual que la de muchos peruanos, que tocados trágicamente por un duelo de patria, un luto de nación, y heridas de familia, verían caer abatidas una a una todas sus espectativas hacia el futuro. Por desgracia, la peor parte la encararía el Perú, que remitiéndose a una heroica resistencia en la llamada campaña de La Brea, daría por lo menos un sentido al sufrimiento y a la misma muerte, en defensa de la patria.

En la línea de Chorrillos, caería su hermano Giácomo, y en los desmanes de la soldadesca invasora en la noche que siguió a la batalla, moriría también su padre, al querer inútilmente evitar el pillaje. Como ella al casarse se había trasladado a vivir en el Callao, se salvó tal vez por esta providencial circunstancia de compartir el mismo trágico final.

Después de la derrota en la línea de Miraflores, recién pudo rescatar a su madre, que había logrado sobrevivir a los brutales desmanes de Chorrillos, pero apenas verla,

su imagen marchita, sus labios silentes y su mirada extraviada, le golpearon el corazón hasta hacerle perder el conocimiento. Despertó sabiendo que no la tendría por mucho tiempo a su lado, pues ya venía "muerta" desde Chorrillos.

Por esta guerra, Justa quedó prácticamente aislada de su esposo, y puesta a disposición del deber de sobrevivir junto a su hijo, que será su única razón de hacerlo debido a la muerte avisada de su amada madre. En la cabecita rojisa de su hijo, cuántas veces su recuerdo le saldrá al encuentro y le hará llorar con sólo recordar sus cabellos del mismo color.

Durante la nefaria ocupación, se mantuvo cambiando continuamente de vivienda, como una forma de evadir a su modo los desmanes del torvo enemigo, hasta aproximadamente el año de 1,884 en que el gobierno provisorio del general Miguel Iglesias le significó alguna garantía para permanecer en el Callao. Y justamente gracias a esta providencial decisión, es que un representante del cónsul italiano lograría finalmente dar con su paradero.

—¿Sí?

—Permítame presentarme.

—¿Qué desea?

—Vengo a nombre de nuestro Cónsul.

—¿Qué Cónsul? –preguntó ella con cautela.

—Mi nombre es Giancarlo Di Paolo. Somos italianos.

—Pase por favor —invitó a pasar al elegante visitante, que no dejaba de hablar con ese tono enfático y algo mecido de su mesclado castellano.

—¿Conoce a Francesco Marino?

—Sí señor, es mi esposo.

—¿Sabe su otro apellido, la señora? Por favor.

—Esquiantorelli ¡Cómo no habría de saberlo!

—Disculpe; no es mi intención incomodarla; son preguntas de rigor.

—Han sido años muy duros estos que han pasado, pero le aseguro que no lo suficiente como para hacerme olvidar el nombre de mi esposo —respondió con algo de sarcasmo y duresa en su voz.

—Lo siento.

—Está bien, no se preocupe. Tome asiento por favor.

—Bueno, vea usted... El único motivo de mi presencia es hacer de su conocimiento que su esposo ha estado durante todos estos años de guerra tratando de ubicarla y...

—¿Francesco? —alcanzó a preguntar en una exhalación—. Han sido tiempos difíciles; tenía que estarme moviendo de un lado a otro.

—Entiendo, entiendo.

—No creo que lo entienda —replicó con aspereza.

—Usted ha pasado, estoy seguro de ello, amargas experiencias, como suele suceder en toda guerra, señora —el funcionario carraspeó embarazado—. Pero puedo asegurarle que de aquí para adelante las cosas estarán bien para usted. Procure no crisparse, se lo ruego, pues lo único que deseamos es lo mejor para usted.

—No entiendo... ¿Qué sabe de mi esposo?

—Venga conmigo, por favor.

Al iniciarse el gobierno del general Andrés Avelino Cáceres, líder elegido por un pueblo agradecido de sentirse portante al menos de su dignidad nacional, héroe arrebatado de la apoteosis que hubiese significado su muerte en batalla, la esperanza de un Perú reconstruido empezó a abrirse campo en el corazón de cada peruano. Y Justa era peruana, Juan Francisco era peruano. Pero en aquel momento, rodeados del nítido azul del océano Atlántico, sólo contaba la esperanza de llegar con bien a los brazos del esposo ido, del padre ausente. Por cierto, quedaría en el misterio el por qué zozobraría en el silencio la mención de la indispensable frase: ser amado.

XI

Los internistas sanmarquinos parecían fardos momificados en sus asientos, luego del entumecedor ajustón en la gélida pampa de Junín. Estaban saliendo de Ambo y las manecillas de los relojes marcaban, minutos más, minutos menos, las doce de la noche.

Matías sacó la cabeza de debajo de su frazada y se pegó a la amplia luna de su ventana tratando de distinguir algún indicio confirmativo del aroma que su olfato tenía asociada a la yunga fluvial, una de las ocho regiones descritas por Pulgar Vidal, un historiador que según sabía, era oriundo de Panao.

Divisó los cerros cuyas moles parecían aumentadas de tamaño a efecto del descenso carretero, elevándose en una continuidad de oscuras siluetas por sobre el insignificante bus, y a lo lejos, como hoguera consumiéndose tras una loma, el amarillento resplandor de la virreynal ciudad de "Los Caballeros de León", cuna de personajes tan contrastantes como Amarilis, Micaela Villegas, Leoncio Prado, Alomia Robles, Pulgar Vidal, Pavletich, y otros que en esos momentos no le resultó propicio recordar, aunque los nombres de su abuelo y su cuñado Robles, también cruzaron por su mente.

No pasó mucho tiempo para que el carro entrara a recorrer las angostas calzadas huanuqueñas, prácticamente en solitario debido a lo avanzado de la hora, y obviamente, a las condiciones marciales de una zona de emergencia, produciendo un desperezamiento generalizado en los pasajeros puestos a recuperar con desordenada impaciencia sus respectivos maletines.

Después que un somnoliento guardián abrió la agencia y el bus se hubo parqueado definitivamente, la lucha por los taxis animó la madrugada, no tan dispuesta a mostrar una faz acogedora a los internistas, que no tardaron en sentirse abandonados al quedarse últimos en la acera fría y desolada. Felizmente, al rato coincidieron providencialmente con un taxista que no se amilanó por su número, cuando ya se retiraban a pie, pues los carros portatropas del ejército que habían iniciado sus patrullajes desde la hora del toque de queda, estaban pasando, demasiado cerca. No porque tuvieran temor de que se les quisiera culpar de estar comprometidos o entrometidos en alguna actividad penada, si no, por la pérdida de tiempo que podía significar una detención de rutina con su "enjaulada" preventiva adicional en una Comisaría, y por alguna violenta confrontación con la delincuencia callejera. Aunque la inocencia imprudente también podía tener un precio muy caro.

El taxista resultó ser un típico "vicuña", un "queso" legítimo, un shishaco avivato, como solían apodar despectivamente los costeños y selváticos a los serranos de inconfundible extracto andino, a quien el oficio le había endilgado una locuacidad muy divertida, pintoresca y a la vez persuasiva.

Antes de embarcarles les hizo notar su "generosidad", pues a esa hora, desde su experimentado punto de vista, nadie se atrevería a recoger a siete extraños cargando tan voluminosos maletines. A la una y media de la mañana y en una ciudad extraña, lo único que cabía era creerle a pies juntillas.

—Por aquí hay saracas —dijo, una vez que los hubo acomodado en su viejo pero espacioso Chevrolet

—¿Qué es eso cholo? —no pudo resistir su curiosidad Eusebio Gorosito.El tipo se limitó a sonreír.

Un ómnibus de la línea ETPOSA cruzó raudo frente a ellos siguiendo ruta hacia Tingo María y Pucallpa, sacudiendo nostalgias en el alma de Matías, que se quedó quieto recordando otras agencias de transporte como las de, León de Huánuco, La Perla, Arellano, Nor Oriente, estas tres últimas ya fuera de operaciones desde buen tiempo atrás, en la ruta.

Encontrar hospedaje para todos en un mismo lugar, fue una tarea que demandó más que una tanda de vueltas por las angostas callejuelas de la vetusta ciudad, que al cabo resultaron infructuosas.

—Quédense pues por grupos —sugirió el taxista, sin perder su buen ánimo.

—No saraca —le contestó Juan Duárez, que era tratado por el grupo más de "choche" que por su apellido, haciendo reír a todos los demás sin ton ni son.

—Entonces hay que cruzar el río —sugirió presto y campechano éste.

—¿Por qué señor saraca? —volvió todo persistente Duárez a endilgarle la desconocida palabreja, bautizándole de ahí para delante con tal apelativo.

—Puede que en Paucarbamba haya lugar en algún hostal.

—Tú eres el hombre aquí, saraca —remató el "choche", ya bastante cargoso para el gusto de Matías.

Cruzando por el puente "calicanto", pasaron raudamente al otro lado de la ciudad y se dirigieron directamente a un hostal de nombre "AMARILIS", que al cabo, afortunadamente aceptó acomodar a los siete.

En el trayecto -un conjunto de calles aún sin empistar, empinadas y tortuosas-, le sonsacaron al fin el significado de "saraca" y le hablaron embromándolo, de los cerros "haraganes" que enclaustraban la ciudad. Faltó que el "choche" pidiera disculpas por lo de saraca.

—Bueno, ¿cuánto te debemos, trome? —se adelantó a negociar el espigado, José Venegas.

—Baratito nomás amiguín —repuso el taxista con voz melíflua.

—¿Cuánto pues?

—Cincuenta Intis, por ser ustedes.

—Oye, mejor nos hubieses asaltado de frente —intervino Jorge Chang, pegándosela de regatón.

—¡Clap´s! —replicó casi quejumbríamente el desenvuelto taxista vernaculizando

un "claro pues" de estricto estilo local, mientras con aires de víctima se abrazaba perezosamente a su volante.

—Tanto nos has estado hablando de los saracos y saracas, y el saraco mayor estaba con nosotros —se aunó con sorna José Medina.

—¡Jesús!

—¡Ya pues choches, no le hagan difícil al hombre. Nos ha tenido turisteando todo Huánuco y no le vamos a regatear ahora... ¡No sean pendejos, pues! —intercedió Juan, el apodado "choche".

—Clap´s —metió cuña el aludido, decidido desde su nacimiento y su idiosincrasia a no soltar prenda tras algún ganancial.

—Sí; yo creo que está bien —convino José Rucoba.

—Hagamos un prorrateo para igualar la cosa —sugirió Matías Ibazeta.

—Está bien, sí —consintió Jorge Chang, que se veía cansado y embolsándose en un estado depresivo.

—Yo pongo, pero si este huevón me aclara qué quiere decir con eso de, "clap´s" "clap's", que repite como un sapo arrecho —condicionó a la broma, José Medina.

—Es su cojuda manera de decir, "claro pues", en abreviado —explicó, riéndose entre dientes, Eusebio Gorosito.

—¡Puta, qué feo hablan estos huanuqueños! —cayó en cuenta aquel, propinándose un leve gancho de derecha en el mentón, en forma disforzada.

—Ya está; siete Intis por cabeza, y que el más platudo ponga uno más -apuró el "choche"

—Matías que ponga pues; él es de Miraflores, barrio pitucazo —alegó prejuiciosamente y en tono urticante Rucoba.

—Barrio "platashapa" dirían en mi tierra —replicó este con voz militarizada, a fin de dejar entrever que no le agradaba tal alusión—. Bueno; vivo ahí, es cierto; pero paro más desplumado que un motelo —remató con evidente extremismo, pues quería dejar sentado que no iba con él eso de "dime de donde vienes y te diré cuánto tienes".

—¿Con qué se come eso colega? —ensayó hacerse el gracioso Venegas, asumiendo el gasto diferencial un poco ufano de su gesto y al parecer un tanto petulante para la susceptibilidad de Matías.

La madrugada de aquel domingo tres pesaba plomo en el alma de los siete, aunque, excepto el sensible Jorge Chang, trataban de disimular como mejor podían.

A Matías Ibazeta se le ocurrió ofrecer a cada uno una copa de colmenachado, trago fuerte de su tierra que traía "encaletado" en el maletín, a propósito de mitigar el friecillo reinante, pero un trago se hizo dos y dos más dos se hicieron ninguno,

vaciando todo el botellón de un solo estirón coloquial, exceso que terminó despatarrando a unos y provocando llanto de niños falderos en otros. La experiencia de dejar el hogar fue fulminante para estos últimos.

A las diez y media de la mañana lograron coincidir al fin en la sala de recepción del hostal, aún no tan convencidos de haber vencido los efectos de la mala noche, y se perdieron por las calles pedregosas de Paucarbamba buscando la manera de llegar a la plaza de armas de Huánuco. Era domingo, y si tenían suerte, de repente aún se exhibían las retretas y pasarían un buen rato.

El paseo resultó una completa decepción, pues empezó a caer una persistente llovizna que les obligó a guarecerse en un restaurante de dudosa categoría, donde ensayaron almorzar con la mejor predisposición. El aroma del perejil no fue del agrado de algunos, denotando su ignorancia respecto a que un cau-cau sin esta hierba, no es un "señor cau-cau". En cambio los panecillos "mesticitos" y unas empanadas de carne provenientes de una panadería de la calle Huallayco, tuvieron una aprobación unánime.

La agitada actividad del lunes les encarriló temprano al cometido que justificaba su presencia en el lugar, y como primer paso, se dedicaron a ubicar a la coordinadora del programa, doctora Flor de María Lescano, a la que encontraron en la Unidad Departamental de Salud.

Una vez efectuado el contacto con la mencionada profesional, que debía frisar los cuarenta y ocho años de edad, aproximadamente, se percataron con mucho alivio de que se trataba de una persona con mucha sensibilidad para fungir de madre sustituta, y muy capaz para la función delegada por la universidad.

Haciéndoles sentir como si cada quién fuese la persona idónea que había estado esperando, como si las plazas se hubiesen creado con nombre propio, les encaminó a la sede de la Dirección Departamental de Salud de Huánuco, para forzar de inmediato una ineludible entrevista con su titular, doctor César Álvarez García.

Al principio, la audiencia tuvo el cáriz crítico de una adusta recepción, debido a que el barbado director porfió en exhibirse arrogante y despectivo, pero finalmente sus desplantes no pasaron de ser escaramuzas de un abogado del diablo.

—El Ministerio de Salud no va a invertir dinero en ustedes para que quieran quedarse por aquí cerca como unas señoritas timoratas. Queremos hombrecitos que...

—¿A qué se refiere doctor? —preguntó un tanto incómodo uno de los internistas, al que a veces apodaban "chimbote".

—Pida usted permiso cuando quiera hablar —increpó el irascible funcionario, liberando un bóvido e intimidante resoplido antes de proseguir con su nada amigable perorata—. Decía que necesitamos aquí gente con el valor suficiente para ir a los lugares más distantes, porque de hecho, es allí donde las comunidades se encuentran más desvalidas, más pobres, y por ende, más necesitadas —sermoneó.

—Doctor Álvarez —intervino más mesurada, la doctora Lescano—, no olvide

que ellos vienen específicamente a cumplir un programa, no a responder a las necesidades de una realidad sanitaria, creo yo, inatendible por ahora, por su complejidad y alto costo. Además, doctor, no podemos cerrar los ojos al hecho de que en algunas sedes el brote del terrorismo implica un riesgo excesivo.

—Mira Flor de María —replicó con altivez de duelista el director departamental—, o me son útiles, o no los quiero aquí —el planteamiento resultaba incomodísimo para los internistas.

—Considere que no se puede ignorar unilateralmente un convenio entre la universidad de estos chicos y el Ministerio de Salud, doctor.

—Seguramente. Pero yo no los quiero aquí cerca de Huánuco tonteando; que eso quede bien claro.

—Ya las sedes han sido pre establecidas, doctor.

—Yo lo sé, y por eso lo digo. No me vayan a salir con que "allá no voy", o "es demasiado lejos" tú sabes como es esto de los hijitos de mamá que salen con sus ínfulas de aventureros todo valientes de casa, y a la primera, corren como cuyes de vuelta al agujero.

—No creo que pase eso.

—Tendría que suceder pues algo gravísimo para desanimarnos. Todos aquí sabemos a dónde nos hemos metido —aventuró Jorge Chang, cogiendo algo desprevenido al arrogante director, que a la verdad ya se le iba notando menos arisco.

—¿Dónde están hospedados? —preguntó en tono paternal.

—En un hostal de Paucarbamba —respondieron atropellándose los aludidos, haciendo sonreír por fin al hosco doctor, lo que distendió un tanto la atmósfera.

—Al respecto, quería solicitarle hospedaje en la vivienda del hospital, por lo menos hasta que cada uno de los internos parta a su sede —solicitó oportunamente la doctora Lescano.

—¡Claro! —accedió de buen talante el inefable jefe.

—Gracias.

—Que un carro de la Unidad les traslade, pues.

—¿Y no sería posible, doctor, que tuvieran también su ración de alimentos en el comedor del hospital? —insistió persuasiva con su devastador estilo la pundonorosa coordinadora.

El doctor Álvarez se la quedó mirando tratando de transmitir reproche en sus azules ojos, pero tuvo que desistir.

—Bueno, bueno...

—Porque usted sabe, cuando uno es estudiante... como se dice... todo trigo es

limosna.

—¡Ya, ya basta Flor de María! Mejor vete ya, y encárgate de hacer las coordinaciones que sean necesarias para acomodar a estos pollos —transó distensivo el director, gestando un gracioso ademán defensivo con las manos abiertas hacia la aludida—. Porque si me sigues hablando... tss, voy a terminar permitiendo que estos nenes se queden aquí cerca de Huánuco. Y eso sí, ¡ni lo sueñen! —concluyó con cierto sarcasmo.

Después de ser instalados en la residencia del hospital, algunos se dedicaron a lavar sus prendas personales y otros a hacer cuentas de sus magros presupuestos. Sin duda, el traslado había significado un alivio oportuno para sus bolsillos.

Aseados hasta el rejuvenecimiento, que a no dudarlo aún les era por parte, y luego de acicalarse según costumbre asimilada en casa, salieron con la intención de distraerse paseando por las angostas calles de la ciudad.

No muy orientados y un tanto indecisos por donde iniciar la incursión, se estuvieron un buen rato tiesos en la puerta de emergencias del hospital, para finalmente optar por caminar despreocupadamente sin rumbo fijo, diríase por intuición.

El viento recio, tan característico de las tardes huanuqueñas, empezaba su rutina en aquella hora, infiltrando por oleadas un friecillo serrano que llegaba revolcándose desde las laderas, entre la estable tibieza de aún nítido sol que se depositaba lentamente sobre los filos montañosos perfilados contra el ocaso.

Extraviados en bromas y despistados andares, desembocaron en el puente "calicanto", el que ya les era algo familiar, y cayeron en cuenta que se habían desviado unas cuantas cuadras de la plaza de armas, a donde habían estado buscando llegar, por más desentendidos que hayan querido mostrarse. En esos momentos eran aproximadamente las dos y media de la tarde.

A unos treinta metros del puente, paseándose alrededor de un carro "mixto" que se hallaba estacionado en el lugar, un cobrador apremiaba a voz en cuello a posibles pasajeros con destino a Panao y Chaglla.

Ninguno del grupo, excepto Matías, le prestó mayor atención al pasar cerca a sus bocinazos, y es que a éste, el nombre de Panao le trajo a la memoria las historias paternas en las que se refería a una ascendencia familiar de dicho lugar. "Algún día subiré allí", pensó, mientras el grupo se encaminaba hacia la plaza de armas por la calle Leoncio Prado.

Pasearon por su perímetro sintiendo una necesidad de adictos crecer dentro de sí, buscando sin saber qué buscaban, con frivolidad de almas vacías dispuestas a llenarse con lo que sea.

Alguna vez a Matías Ibazeta, su padre le había mostrado una foto tomada en esa misma plaza, allá a principios de la década de los cuarenta, y definitivamente ya no era la misma. Pensó que ese Huánuco que se le escurría entre visos de resistencia por sus legados, ahí mismo, a cuerpo presente, sólo podía encontrársele atrapado con fidelidad en los cuentos andinos de Enrique López Albújar.

A eso de las tres de la tarde, a media hora aproximadamente de haber salido campantes del hospital, la conversación ya no tenía ni pizca de la alborotadora jocosidad inicial, ni la curiosidad que la había estado sosteniendo a lo largo del paseo. Por el contrario, cada vez las frases se iban espaciando más, y cada cual empezaba a retirase a un estado más contemplativo, adentrado en sí mismo.

Motivados por un lugareño, accedieron ir a tomar unas cervezas en un bar–recreo llamado "La laguna", donde la exhibición de unos animales traídos de la selva servía de cierto atractivo. De entre estos, sólo dos les llamaron la atención: Una decaída maquisapa que aterida de frío se les quedó mirando con los ojos suplicando un poco de piedad, y un robusto ronsoco en cuya jaula habían puesto el circense rótulo de "cuy gigante". Pero definitivamente, aquella tarde, los mejores ánimos estaban condenados a sucumbir cual fugaces diatomeas. La nostalgia se iba tornando insidiosa.

Por ahí surgió la idea de visitar una ruina conocida como Kotosh, cuyo distintivo era un resto arqueológico de piedra en forma de manos cruzadas, y todos estuvieron de acuerdo que la tarde todavía guardaba espacio para acomodar la tentadora distracción. Entonces, ninguno sabía que las fascinantes manos cruzadas se encontraban en un museo, conocimiento que tal vez les hubiese hecho desistir de la excursión.

¡Kotosh! Vestigio pre-inca de probada antigüedad, e imantada aquella tarde para atraerlos a una huella de transporte en el tiempo, no tenía para la vista más que un paraje inhóspito y arrasado, un terreno descuidado y turísticamente irrecuperable, que requería un esfuerzo de cierto nivel cultural, una facultad paranormal puesta a prueba a toda capacidad para que alguien pudiera hacerse una idea de lo que allí pudo haber sucedido en los albores de la Historia.

Al sol ya no le quedaba mucho firmamento visto desde el valle, cuando desistieron de seguir explorando, y apresuradamente optaron por regresar, acaso más cargados de melancolía que de ida.

El viento soplaba ululante llegando de las altas serranías, y el río Higueras se atuvo a ser apacible y rumorosa compañía hasta su desembocadura en el Huallaga, en la misma entrada de Huánuco.

Tres del grupo, estiraron la marcha adelantándose con paso ligero por la abrupta senda, argumentando de que podían estar forzando un desenlace violento, estando a esas horas fuera de toda protección, y acotando dos de ellos, que querían también ganar tiempo para conocer el burdel, porque según les habían dicho, en Huánuco las putas eran blancas y carnosas como en Cajamarca.

A pesar de que entre los siete, a la mayoría le hubiese costado aportes sanguíneos por un par de generaciones más para borrar algunos rasgos de aporte cobrizo, negro y amarillo, que se les notaba en el fenotipo, todos sin excepción, compartían un rancio criterio estamental, todos se daban tácitamente por eximidos de ser parte de ese gentío aglutinado en la palabra "cholo", y eran capaces de discutir de comunismo y cristianismo con ardor de adoctrinados, sin dejar de cholear al paisano ensombrecido por sus rasgos autóctonos y andinos. La tolerancia racial deambulaba

entre ellos con un discurso retorcido y mendaz. Por eso es que a Matías, oyendo la rimbombante referencia a las putas blancas y carnosas, se le ocurrió pensar que el trabajo que iban a realizar, no tendría arraigo popular. Porque para esto, se requería cargar con una generosa capacidad de servicio despercudida de todo prejuicio, a lejía y añil, y ser depositario de un animoso y certero ejercicio vocacional. El asunto no solamente era cumplir por inercia un requisito académico, sin duda.

Una vez llegados a la plaza de armas, y mientras relajaban músculos tras la esforzada caminata, sometieron a votación, en términos de "todos o nadie", la elección de visitar o no, el burdel. "La mayoría manda", fue el acuerdo.

Con el diablo ñato de risa, la votación quedó cuatro contra tres, y a los perdedores no les quedó más que hacer la voluntad de los perdidos atestando junto a estos un viejo PONTIAC de fierro macizo, que les llevaría de cabeza al lupanar, donde se suponía encontrarían a las supuestas blanquísimas prostitutas que Venegas había estado aludiendo con ponderación de recluta en todo el recorrido desde Kotosh.

Construido por algún improvisado albañil, el burdo local se levantaba solitario en un desolado paraje fuera de la ciudad. En sus cuartuchos fríos, penumbrosos y miserables, mujeres grotescas moldeadas al parecer en mazamorra de calabaza, aguardaban en poses estáticas con una actitud entre avergonzada y provocativa, más dispuestas a ocultarse que a evidenciarse, un poco de suerte en la hora de la venta.

Todos convinieron en reconocer que ahí no había nada del "dulce manjar blanco" que alguno de ellos había referido cuando aún andaba preso en su fantasiosa lujuria. Con todo, dos terminaron "atracando" el cuento de las penumbras y las licenciosas inducciones de tres centímetros cúbicos de esperma, y consumieron aquella carne de meretriz que a ojos vista calificaron de "masomenos". Por supuesto que aquello no sólo les costó unas cuantas monedas del bolsillo, sino también un largo silencio a mentón hundido, una buena espalda para aguantar las bromas de los demás, y una cerviz a prueba de piedras para ingresar reverentes a la misa de las siete cargando la soledad de las putas "comidas" al paso.

Vueltos al fin a la residencia del hospital, a eso de las ocho y media, supuestamente en paz con Dios, con la conciencia y con las glándulas, según el caso, se pusieron de acuerdo para asignarse las sedes correspondientes, pero ya no por sorteo, como lo habían planeado al principio, sino de acuerdo a la adaptabilidad climática que cada quién —consecuente con su condición física y procedencia—, refiriera para el efecto.

—Yo quiero la sede de Codo de Pozuzo —solicitó el colorado Medina.

—Pero esa no es tan segura —advirtió Chang.

—No; yo tengo que "comerme" por lo menos a una tirolecita de esas que dicen tienen rosaditas las ingles —replicó el aludido, denotando un temperamento iluso y digamos hasta casi pervertido, perfilado ya en la escaramuza tras las putas blancas.

—Pero te puedes quedar flotando después —opinó Gorosito.

—Entonces me quedo con "Blanca Nieves", pues —era el típico "respuesta para todo"

—¿A que te refieres choche? —preguntó Duárez con sonrisa maliciosa.

—La "Bella Durmiente" es un perfil horizontal proyectado por unos cerros, dando la impresión de una mujer durmiendo. Así como aquí, el cerro Pilcomoso, que también proyecta a su modo otra imagen de flojonería —repuso con cara de circunstancias Matías, intermediando en el asunto con soterrado sarcasmo—. Medina cambia el nombre aludiendo al tráfico de cocaína, que se dice es bien fuerte en el lugar —acotó, haciendo un gesto eximente de cualquier refrendación.

—¿Eres o te haces el cojudo, oye causita? —se incomodó Medina con el "choche".

—Habla claro pues chochera —se defendió este, tontamente.

—Por aquí no es bueno ser muy claro en este tema —volvió a interceder Ibazeta.

—¡Puta, que eres bien mosca choche, ah!

—Mosca, gato y araña; tres en uno, para que no te huevees muchacho —replicó José Medina, sacudiéndose el hombro para quitarse de encima la mano del "choche".

—Bueno; entonces las sedes de Codo de Pozuzo y Tingo María quedan abiertas para Medina —concluyó tajante José Venegas, repasando el documento de las sedes.

—Yo prefiero una zona de frío —se ofreció Jorge Chang.

—Yo igual —se aunó el espigado Venegas.

—Entonces colegas, pónganse de acuerdo entre los dos, quién se va a Llata, y quién a Huallanca —instó Duárez, dándole sabor a la palabra, colegas.

—Yo me voy a La Unión, compañeros. Alguna vez ya estuve por ahí —expresó lacónicamente su irrevocable decisión, Eusebio Gorosito.

—Yo soy de selva, así que me voy por allá —dio su parecer Matías.

—En la selva tenemos Puerto Inca y Yuyapichis —especificó Venegas, que seguía con el documento.

—¿No será Llullapichis? —puso hincapié en el término, el mismo Matías.

—A lo serrano será, pues —intercedió Duárez, aunque con un dejo despectivo.

—Yo no sé; tú eres de esa región, así que... —hizo una mueca pilatesca José Venegas, tras dar un vistazo de refilón a Matías.

—Yo lo que es choche, quiero "comerme" a una rica charapita, ardiente e insaciable —empezó a decir Duárez, con regocijo adelantado—. Así que resérvame Puerto Inca, que para eso estoy yo aquí —se chanceó—. Si no cuaja la cosa por la pepa, algo atraerá la chaqueta de doctor —terminó diciendo muy suelto de huesos.

—No hables sandeces –reconvino Jorge Chang.

—En serio choche; las hembras del Oriente dice que son... ¡qué te digo!... Fogosas, calientes... ¡Puta! Unas plantas carnívoras… Ja, ja, ja… —celebró él solo su babosada.

—Entonces yo voy a Llullapichis —convino Ibazeta, un tanto divertido por las bobadas dichas por el inquieto colega con esa su peculiar y lumpenesca manera de hablar, típica de los barrios marginales de Lima.

—Bueno, parece ser que yo, caballero nomás, tendré que ir aquí a Baños. Es la que queda, ¿no? —transó resignadamente José Rucova, refiriéndose a la única opción que le quedaba a mano.

Sin nada más sobre la lengua para animar una conversación cada vez más huidiza, dócilmente los siete se metieron a sus respectivas camas, amarrados a una inquietud ya individualizada que sobre la almohada les aguardaba para una larga vigilia. Todos se quedaron quietos, silenciosos, excepto Matías que se entretuvo maniobrando contra su pecho su cortapluma de resorte, hasta conseguir sueño.

El viernes ocho, a eso de las diez de la mañana, José Rucoba fue el primero en agitar la mano desde la atiborrada cabina de un carro "mixto", llamado así por haber sido adaptado para el transporte de pasajeros en cabina y a la vez carga en una carrocería contigua, iniciando así la disolución del grupo, que si bien no había llegado a desarrollar una cohesión afectiva, de alguna manera la idea de apoyo recíproco lo había mantenido conciliadoramente al pie de un mismo abrevadero.

Matías Ibazeta fue el segundo en adentrarse en la tristona mímica de agitar la mano desde la ventana de un cómodo bus interprovincial de la línea ETPOSA, que aquella mañana de agosto de 1,986 emprendía la larga ruta hacia Pucallpa, donde a no dudarlo, tendría más a mano lugares de acopio para mejorar el ánimo. Alguien tomó una foto para el recuerdo.

En Llullapichis, el sanitario de la posta había sido depuesto por el pueblo prácticamente con un plantón de rechazo, y aunque su labor promocional nada tenía que hacer con tal actividad, tener que ser el único representante del sector a partir de su llegada, ya de por sí significaba responsabilidades adicionales, de hecho.

Ante semejante prospecto, el asunto terminó aplastándole contra el asiento reclinado y hurgándole los sesos con molestos hisopos que hicieron que se desatendiera de la fraseada conversación del alcalde que venía a su lado, en tanto el bus se empinaba a máquina forzada en pos del Cárpish.

Ciertamente había tomado algunas precauciones, como el de acogerse a los créditos de un Programa Farmacéutico Popular del hospital de Huánuco, que le permitían en esos momentos llevar en la bodega del bus una caja repleta de medicinas, pero el nivel de responsabilidad en el que las circunstancias podían sumergirlo, no era menos que inquietante. Sin embargo, luego del ansioso encontrón con su exigente perspectiva funcional, se repantigó con relajo en su cómodo asiento, alejando de paso todos los fantasmas agoreros, y echó una ojeada al nuboso paisaje de la ceja de selva, que en ese momento desfilaba a todo verde, a todo abismo, a toda cumbre,

por el recuadro de su ventana.

El túnel del Cárpish atravezando la montaña; el control policial de Cayumba donde el río Chinchao irrumpe torrentoso en el Huallaga; "La Bella Durmiente" de Tingo María donde el río Monzón se une discretamente al mismo Huallaga a la altura del Hotel de Turistas; la línea límite con el departamento de Ucayali en La Divisoria; los taludes y cascadas del Boquerón del Padre Abad; la asfaltada carretera de la pampa de Sacramento sembrada de hitos a fin de impedir el aterrizaje de las avionetas del narcotráfico; el imponente puente del río Aguaytía; los restaurancitos de Huipoca, en uno de los cuales cierta vez le dieron de comer perro por venado; el nuevo dinamismo de San Alejandro; la languidez de Neshuya; el centro veterinario IVITA de la universidad de San Marcos; la de pronto decadente ganadería "San Jorge"; humildes "patacalas" de Campo Verde recordándole pasadas precariedades por esos mismos caminos; la chacra del Km 21 hablándole de su tiempo de peón forzado y de confinado a redimir allí la falta de cuatro jalados que le hicieron repetir el segundo de media; y finalmente, su querida y añorada Pucallpa, fueron el resumen del estirado trayecto de glúteos adormecidos que culminó al caer la noche.

Presidía entonces la comuna portillana un ex profesor de secundaria al que le tuvo alguna vez al frente enseñándole un par de materias, y la Presidencia de la Corporación de Desarrollo de Ucayali, un advenedizo y buen huanuqueño, predestinado a partir de aquí a forjar una envidiable fortuna.

Sobre estos dos suertudos, su madre abundaría durante la sobremesa de aquella noche, y no precisamente para elogiarlos.

—Ese serrano motoso, que no sabe ni hablar, ha llegado con una mano adelante y otra atrás, y ya van a ver cómo se llena de plata —premonisó convencida, al abordar el tema

—No exageres, mamá.

—Los apristas son así, hijo.

—Como en todo lugar, hay buenos y malos; la generalización no resulta justa.

—No te estarás haciendo aprista, ¿no?

—Tengo buenos amigos ahí, sí.

—¡Dios nos libre!

—¿Pero cómo ha llegado el tipo al cargo?

—Dicen que su hermano está vinculado bien con Alan García; pero yo creo que Jorge le ha traído.

—¿Cuál Jorge?

—Jorge Alegría Haya, mi primo, diputado por el APRA.

—¡Ah, pues! Entonces tranquila nomás, mother.

—Es que también aquí ya no hay ucayalinos netos. Sales a la calle y la mayoría de las caras son de shucos.

—¿Y el alcalde?

—El sí es de acá.

—Me dijeron que ha sido de la UDP.

—¿Qué es eso? —intervino ya somnoliento Ernesto Córdova, el esposo de su madre.

—Fue una agrupación comunista, creo.

—¡Eso sí, bien comunista es! —exclamó como un resorte doña Julia Victoria.

—¿Pero cómo va? Me refiero a su gestión, que es lo que importa.

—Pésimo pues; porque lo único que saben hacer bien todos los que entran, es robar.

—Entonces pues, ni con propios ni con extraños; ¿sí o no? —adujo divertido Matías.

—Ni apristas ni comunistas, querrás decir —retrucó su madre, una Belaundista a rajatabla y precursora del convencimiento de que a Pucallpa, a su Pucallpa de selváticos netos, en los últimos años sólo había recalado gentuza de otras tierras.

—Ja, ja, ja...

—No te rías hijo; así es. Este comunista por ejemplo ya se ha hecho una casa de dos pisos para engreir a su segunda mujer, y por ahí se dice que ya anda detrás de fundar un colegio particular... —hizo un mohín despectivo—. ¿De dónde pues, hijo? Tú has sido su alumno y sabes que era un simple profesorcito de sueldo —más que pregunta, el insidioso "de dónde", fue una aseveración.

—Ya mamá, tranquila pues; no hay por qué andar amargándose la vida y menos con política. ¿No dicen por ahí que hasta los puercos abandonan su pocilga cuando se asoma un político? Además, no porque los políticos progresen ya su fortuna proviene de malas artes.

—¡Mamáááá! —dejó escuchar su voz su pequeña hermana Gina María Córdova, desde su cuarto.

—¿Qué hija?

—Voy donde la vecina a traer mi cuaderno de cálculo —avisó.

—¿Y para eso gritas así? ¡Qué barbaridad! Parece que te estuvieran matando, hombre —aquí su madre se interrumpió al trascender una risilla de la niña—. Vé rápido, que ya va ser hora de dormir —le advirtió.

—Sí mamá —convino la pequeña.

Superada la infantil interrupción, Matías hizo una vez más referencia a su viaje a Llullapichis, y esto trajo a colación el tema de moda de la regionalización, porque en Ucayali, a toda la provincia de Puerto Inca se seguía considerando parte del departamento, a despecho de un plebiscito que ya había anexado definitivamente esta selvática región a Huánuco.

En el año 1,982 por Ley N°.23416 del 1 de junio, se había conformado en forma definitiva el departamento de Ucayali, desmembrándolo del gran Loreto, que en otros tiempos había sido integrado inclusive por el departamento de San Martín, pero el apremio separatista descuidó madurar con estrategia un proceso de sensibilidad integracionista en la población de la provincia homónima, consignando a pérdida la opción de que se reconociera políticamente lo que administrativamente y geográficamente estaba afirmado a favor de Ucayali. Contamana elegiría a la postre quedarse en Loreto.

El 5 de junio de 1,984 mediante Ley N°23878 se había aprobado el Plan de Regionalización que se suponía haría más realista y descentralizada la administración de los recursos del Estado, y ya en el gobierno de Alan García, a sólo un año de gestión, andaba empeñado en ejecutarlo.

Pucallpa pues, aquel agosto de 1,986, andaba bullendo de dirigentes y líderes de papel que afinaban puntería a vista de una Asamblea Regional de representantes tan suculenta en gollerías y "mermeladas" como el mismísmo Congreso de la República. Aparte de la vanidad y la chabacanería pueblerina, obviamente.

Cuando su madre le mencionó el nombre de algunos que con altisonante huachafería ya se fungían de "Diputados regionales", Matías sonrió con pesadumbre y fatalidad, porque en su mayoría, eran los mismos "extrovertidos" de siempre, aprestándose a dar cuenta de un providencial festín.

"Las pirañas acechando la suculenta presa", pensó, poniendo la comparación más a tono con la región.

Luego de agotar los temas familiares, poniendo así un apaciguado corolario a la conversación que por momentos tornóse vehemente, se retiró a dormir, con la satisfacción de estar de regreso en casa, ya no como el muchacho propinero de antes, sino como un profesional en ciernes. Y eso era ya algo que decir, considerando que una especie de influjo odiseista había jaloneado la ruta hasta este punto.

Plácido en sensaciones reconocidas del ayer, aromado en la égida del hogar que abandonara con tristeza, y despojado de preocupaciones de hijo pródigo ausente, en un santiamén se quedó dormido.

A las cinco y media de la mañana del día siguiente, se retiró con sigilo y discresión tratando de no perturbar el sueño de nadie, para reencontrarse en el paradero de la línea Pucallpa-Palcazu, con Fidel Panduro Pasmiño, profesor y alcalde de Lullapichis, quien viniera acompañándole desde Huánuco.

—Pero este carro sólo llega hasta el Zúngaro… Hmm —le hizo notar éste, respecto al único vehículo estacionado allí, quedándose con los labios aplastados.

—Bueno; yo no conozco nada por ahí —se apresuró a parecer asequible.

—Vamos nomás; ya allá vemos cómo llegar.

Se acomodaron a media nalga en una tabla que hacía de asiento, dejando los pies metidos por su cuenta entre los bultos que amenazaban sumir la tolva, y aguardaron con entusiasmo la hora de partir.

Nuevamente a Matías se le contrajo la boca del estómago con una pesadez de rumiante, y dejó de interactuar con el medio para hermetizar su presencia en el limbo de las cavilaciones.

En el Km.86 de la carretera Federico Basadre, una garita de control, al igual que otras similares lo hicieran a lo largo del historial del poblamiento de la Amazonía, iba aglutinando aceleradamente un nuevo Asentamiento Humano denominado "Alexander Von Humbolt", constituido por una aglomeración de casitas precarias de estilo nativo y una que otra de material seminoble, donde, aprovechando la revisión policial de rutina, se bajó a estirar las piernas por las proximidades.

La carretera marginal que llegaba hasta las orillas del río Palcazú empezaba ahí mismo, y su ondulante vía, expuesta en blanca brecha entre el verdor de la selva, le pareció una sierpe de mito presta a engullirle. Los difusos presentimientos de un viaje a lo desconocido le mantenían todavía en ascuas.

Una vez que la garita quedó atrás, los pasajeros se encaramaron a las barandas de la camioneta rural en temerarias posiciones, y él optó también por pararse sobre su asiento, ya que los tumbos parecían querer desgajarle los riñones. Se compadeció de las nalgas secas de los viajeros ya viejos.

El bosque que dio nombre al Asentamiento Humano que iba quedando atrás, fue mostrando los efectos de la depredación forestal perpetrada desde el 29 de enero de 1,979 con la aprobación del reglamento del Decreto Ley 22175 que dio luz verde al saqueo de más de cincuenta y cinco especies maderables, y de otras especies útiles en alimentación, medicina tradicional, y resinas.

El alcalde de Llullapichis había entablado conversación con un ex alcalde de Puerto Inca, llamado José Jaramillo, quien justamente en esos momentos, con unos aires de experimentado inquisidor, íba haciéndole preguntas sobre el Programa Preventivo Promocional en Odontología que comprometía su presencia.

—¿Para qué sirve eso?

—Ese no es mi campo, pues.

—Tú sabes bien Fidel, que en política, a la gente tienes que darle lo que su necesidad requiere en ese momento; si no, ya te empiezan a joder.

—Seguro... ¡Sí, así es pues!

—Es como cuando les dices que hiervan su agua para prevenir los parásitos... ¿acaso te dan bola? Si tienen sed, de frente, hasta del río nomás toman.

—¿Qué quieres decir?

—Ellos valoran más el purgante que les hace botar como tallarín sus cuicas, que prevenir tomando agua limpia —respondió enfáticamente el individuo, confundiendo, como la mayoría, purgante por vermífugo.

—En realidad es un convenio entre la universidad de San Marcos y la Unidad Departamental de Salud de Huánuco —refirió en tono más mesurado el alcalde de Llullapichis, poniéndose a buen resguardo de todo cuestionamiento.

—Y la Municipalidad, ¿qué tiene que hacer en la morisqueta?

—Bueno, yo le doy vivienda y comida al internista.

—¡Y así, ídem deveras vas a ir a aparecer con tu odontólogo! ¡Qué pendejo!

—¿Por qué?

—Pues vas a hacer creer que tú has hecho la gestión —la atrevida aseveración contenía un tufillo envidioso.

—Es un manejo político, tú sabes. Si resulta... ¡resulta! En buena hora. Si no... —esta última palabra suspendida no la digirió muy bien, pero consideró que era mejor no inmiscuirse, por ahora.

—Pero te puede salir el tiro por la culata.

—¿Cómo?

—Te envían un dañado de esos que solamente sabe chancar muelas, y te jodes.

—Pero aquí ya está conmigo el dóctor —respondió triunfal Fidel Panduro, produciéndole un sobresalto que le facilitó dejar pasar por alto esa cojuda entonación que le confería a la palabra doctor.

El alcalde de Llullapichis volteó con gesto vencedor la mirada hacia él, tratando al parecer de sesgar un tanto el indiscreto e incómodo comentario alusivo a su capacidad profesional, pero ya lo dicho estaba suscrito y debió tomarlo en la justa medida. Para entonces, habían dejado atrás las quebradas Macuya, Pata, Shebonya, Tambo Largo, Galicia y Zungarillo, y ya se acercaban al río Zúngaro, donde adyascente a su flamante puente, un caserío del mismo nombre tipificaba la caótica modalidad de expandirse urbanísticamente en las zonas rurales de la selva. Pensó que, en este sentido, Pucallpa era un pésimo ejemplo de planificación.

Aquí es donde Matías por fin mostró cierto interés en comunicarse, y fue para interesarse en la milagrosa supervivencia de la alemana Juliana Koepke, quien en pascuas de 1,970 cayera en la zona del Shebonya, en el fatídico vuelo del avión LANSA, que a tantos jóvenes pucallpinos les costara la vida. Su memoria aún guardaba fresco el recuerdo de las bolsas mortuorias llegando a destino y el indescriptible dolor de los deudos.

—El milagro fue que cayó ilesa —comentó un "cunchi", seguidor de la secta

israelita de Ezequiel Ataucusi, de nutrida presencia en el Pachitea.

—Pero era invierno y salir del monte... ¡Pucha! —resaltó otro, dando por sobrentendido la gran capacidad de la alemana para orientarse en la selva.

—Es que ella vivía ya en Panguana, en el centro botánico que su padre dirigía ahí —trató de dar explicación a tal alusión el ex alcalde de Puerto Inca.

—¿Panguana? —preguntó Matías.

—Queda también por Llullapichis —aclaró Fidel Panduro.

—Pero en realidad se salva porque puede llegar a un campamento maderero, ¿dí paisa? —intervino uno del montón, que iba encima de las barandas colgado como un pelejo.

—Así es —confirmó el "cunchi"—; toditito su cuerpo tenía gusanos.

El río Zúngaro cruzaba la marginal a la altura del Km 86 y fue para Matías y para el alcalde de Llullapichis, o Yuyapichis como ya se escuchaba decir con más frecuencia en el lugar, el final de la primera jornada de un viaje inconcluso que debía culminar aquella tarde a orillas del Pachitea.

XII

Corría el año de 1,866 y al mando del capitán de corbeta don Mariano Adrián Vargas, el vapor de la Armada "Putumayo" completó en Chonta Isla una larga travesía de exploración en la aún no muy bien conocida área territorial del río Ucayali. Nada hacía premonizar entonces que, cincuenta y cinco años después, otra lancha, "La Libertad", al mando del capitán Genaro Mattos, en una misión tan disímil de aquella, como la guerra, llegaría hasta aquí con su mensaje fatídico y letal a escarmentar duramente a los facciosos separatistas desplegados en el Pachitea, en nombre del gobierno de Leguía. Claro que valdría referir en honor a la verdad, la matanza de cashibos que el prefecto de Loreto, don Benito Arana, propiciaría con su expedición punitiva luego de saberse que dos marinos de dicha expedición habían sido muertos y luego devorados por estos caníbales.

Era un 14 de agosto, cuando el vapor "Putumayo", al colisionar con un palo varado y camuflado al ras de la superficie del río, obligó a su tripulación a acoderar la nave en una orilla y construir un tambo para guarecerse de algunas de las inclemencias del lugar. Ante tan difícil percance, y dejando a los alfereces, Juan Antonio Tábara y Alberto Wets, a cargo del vapor y el resto de la tripulación, el capitán Vargas, junto a cuatro subalternos, enrumbaría en canoa hacia la boca del Pachitea, en busca de provisiones. Nada presagiaba hasta ahí, un desenlace tan trágico para sus jóvenes oficiales.

En su ausencia, un grupo de cashibos, haciendo gestos amigables desde la otra orilla, lograrían atraer la atención de los alfereces, quienes azuzados por su curiosidad y por posibilidades de aprovisionamiento rápido, impulsivamente decidirían badear el río en una canoa tripulada por sus subalternos.

Cuando sus dos jefes son invitados a adentrarse en el bosque, estos se quedan en el bajel aguardando órdenes que ya no llegarían jamás.

Alaridos terribles surgieron de pronto de todos lados y una lluvia de largas flechas atravezaron sin misericordia los cuerpos de los confiados oficiales que, desplomándose sin haber podido borrar el gesto de estupefacción que apergaminó sus rostros, quedaron tendidos entre los arbustos gimiendo sin dolor sobre la húmeda sorrapa, sin entendimiento para resistirse al gusto de la muerte que fue opacando sus quejidos guturales hasta hacerlos nada. Después serían devorados en un festín triunfal.

Los marineros que aguardaban en la canoa, al percatarse que sus superiores habían caído en una emboscada, lograron salvar sus vidas ganando a nado la orilla opuesta, que ingenuamente momentos antes habían abandonado.

La venganza que vendría después, por decirlo menos, sería excesiva. Lo que ha quedado escrito al respecto, puede dar fe a qué bando tendría que imputársele el acto de bestialidad.

... Seguro pues de haber limpiado de raíz la presencia cervantista en May Pablo, o No hay Pablo, como reconocía él al lugar, y de haber consolidado su posición

en Chonta Isla, el capitán Mattos ordenó desmontar las trincheras artilladas Kiel y Heligoland que se mantenían en retaguardia, e hizo aprestos para abandonar lo más pronto posible su temporal base en el Pachitea, y salir de una vez al Ucayali rumbo a Bahuanisho, donde se suponía se encontraba acantonado el grueso de los rebeldes. Lo que pudo suceder en la época del capitan Vargas, era historia, y la historia, mal que bien, siempre comete sus deslices de conveniencia.

Bahuanizo, o Bahuanisho, dicho en la más estricta fonética lugareña y que, en lengua nativa se decía que significaba "soga de loro", era entonces un pronunciado meandro que el río amenazaba dejar en tipishca, y donde, como en muchos lugares de la ribera ucayalina, dentro de un fundo se esbozaba potencialmente un caserío.

Con un desplazamiento demoledor y combinado por tierra y agua, según exigían las circunstancias, Mattos y su gente fueron avanzando hacia el supuesto bastión cervantista, cuidándose de aniquilar a su paso los remanentes dispersos de los rebeldes que intentaban replegarse a dicho lugar.

Cuando "La Libertad" avistó a lo lejos la verde terraza de Bahuanisho, en cuya curva las aguas crecidas iban modelando ya una desviación en el curso del río, el jefe gobiernista no supo si sentir alivio o pesadumbre ante la evidencia de que en el lugar no existía nada comparable a un baluarte miliciano. Él era un hombre de guerra y aquella misión, excepto por los muertos, ya empezaba a parecerle sólo un ensayo didáctico de práctica de combate.

Ciertamente encontró evidencias de que el enemigo había estado preparando en aquella larga terraza costera un aparente reducto, pero que por alguna decisión de sus mandos, todo aquel contingente se había replegado más hacia el Norte, al puerto de Pucallpa.

A muy tempranas horas del veintinueve de diciembre de 1,921, al día siguiente de haberse emplazado en Bahuanisho, convencido ya de que el enemigo carecía de una fuerza organizada de combate, zarpó aguas abajo con el propósito de instalar puestos de avanzada en las cercanías de Pucallpa.

Desembarcó un contingente en puerto Angamos, a la orilla izquierda del Ucayali, donde en un lugar desde el cual el malecón Pucallpino quedaba a tiro, mandó instalar la artillería Landaure. Luego utilizando audazmente como zeñuelo su propia lancha, dejándose avistar por la artillería enemiga que empezó a lanzarle andanadas de metralla sin mucha fortuna, encubrió el emplazamiento de la artillería Vásquez, pero esta vez frente al puerto.

Amparado en la neblina de la mañana, ejecutó un par de atrevidas maniobras demasiado expuesto al enemigo, desafiando sin efectuar un sólo disparo, la agresividad de los artilleros cervantistas que entre atónitos y frustrados, le vieron luego alejarse hacia una quebrada que los nativos llamaban Mashangay, cuyo significado, "ya se van las garzas", tenía que ver con lo que sus ojos contemplaban en esos mismos momentos sobre el río: formaciones en delta de estas blancas zancudas que salían de la boca de la quebrada hacia río abierto, suspendidas en un vuelo inexperto, que a pesar de ello, era todo lo que necesitaban para ir tras sus zonas de pezca. Aunque había escuchado que eran capaces de relizar vuelos nocturnos para

adecuarse a la ubicación de las despensas ictiológicas que la creciente marcaba.

Lo que no sabía es que, si esa mañana la cañonera "América" que los rebeldes esperaban llegase en cualquier momento desde Iquitos, hubiese estado presente, tal vez las consecuencias de su arrogante proceder habrían sido otras, y no precisamente favorables.

En el campamento cervantista se dio por hecho que la lancha "La Libertad" había enrumbado proa hacia Bahuanisho, llevándose una tripulación bien escarmentada respecto a la defensa de la plaza, y de seguro apercibida de que antes de volver a asomar las narices, debían pensarlo dos veces; porque bala era lo que recibirían. Sólo les restaba saber si lo harían después de una tregua de hecho impuesta por el advenimiento de las fiestas por año nuevo, a lo que apostaban con cierta confianza, o ajenos a toda festividad tradicionalista y religiosa, en cualquier momento. Por supuesto que Mattos, logrados ya sus dos emplazamientos de artillería a una distancia letal del puerto de Pucallpa, tenía al respecto planes muy precisos.

Aquel 30 de diciembre no pasó absolutamente nada que hiciera sospechar un desenlace violento durante el día, y el 31 ya el temperamento de guerra de los cervantistas se había relajado a extremos de condescender con involucrarse en la fiesta popular del año nuevo, con suicida despreocupación. Y en tanto entre estos el jolgorio contagiante de los chimaicheros se diseminaba vía bebidas espirituosas por todos los rangos de la estructura miliciana, y mientras sucumbían incautamente en los consejos alegres, despreocupados y dicharacheros de la idiosincrasia selvática, los soldados del gobierno, en cuya sicología de combate no había pretexto para invalidar las normas disciplinarias en lo más mínimo, se mantenían en alerta máxima en sus puestos, a la espera de la orden inexorable. Por cierto, algunos un tanto taciturnos y melancólicos ansiando prontas bienvenidas, y otros, sumamente ariscos entre los enredos del valor y el miedo, como cualquier criatura inmersa en su siquismo animal.

En su avance arrollador desde May Pablo, donde a pesar de su triunfo había empezado a pagar también su tributo trágico a la contienda, con dos jóvenes oficiales y varios soldados caídos, el capitán Genaro Mattos había recibido sorprendentes muestras de simpatía y adhesión de parte de la población ribereña del Pachitea, e igualmente lo estaba recibiendo en el Ucayali. Resultaba evidente que desde que se iniciaron las hostilidades, la gente no tenía una percepción cabal de lo que estaba sucediendo; razón determinante, según el jefe gobiernista, para que hicieran resurgir el adagio de que "mejor es malo conocido que bueno por conocer", y se abrigasen bajo la tutela de una conciencia de patria, que aunque endeble, alimentaba en ellos un sentimiento de peruanidad.

Aparentemente pues, el presidente Leguía interesadamente había sobredimensionado la asonada, magnificándola con entretelones ideológicos que no pasaban de ser argumentos decentralistas, más hepáticos que cerebrales, de un grupo de militares descontentos, y había exigido con sospechoso exceso, el rigor de la ley, de cara a solucionar el diferendo con Colombia. Sin embargo, se tenía que reconocer que las filas del cervantismo estaban repletas de juventudes que aspiraban a un nuevo orden en la región, y que los que se presentaban a dar sus muestras de adhesión a la causa gobiernista, eran por lo general hombres de edades trajinadas, hombres cargados de

responsabilidades y vidas realizadas, que no estaban para jugarse todo lo obtenido durante tanto tiempo, a cara o sello.

A propósito de esto, Mattos recordó diafanamente a aquellos tres individuos llegados de Masisea, apenas emplazarse en Bahuanisho.

Uno era autoridad en aquel importante poblado y dijo proceder de una familia "bien" del aristocrático Trujillo, y hasta ser hijo de un ex Ministro de Estado. Dueño de una calva en rodilla, colorado hasta la congestión y muy bien leído, el hombre dijo llamarse Julio Vega Eslava y recalcó estar dispuesto a colaborar con la restauración de la ley.

Otro, a quien apenas verle supo que tenía don de mando, se presentó con el nombre de Fidel Reátegui Valera, y era dueño de un importante fundo, dos vueltas arriba de Masisea. Le propuso tomar parte activa en la contienda con la frialdad de un hombre acostumbrado a las armas, pero dejando entrever la condición de un accionar autónomo en los hostigamientos, que consideró peligroso.

Y el tercero, resultó ser un profesor de escuela que parecía frisar los treinta años, y cuyo acento, propio de los pañacos, parecía desdecir los aproximados once años pasados en la selva. Era hierno del rubio hacendado que le había precedido en la entrevista, e igualmente se ofreció a tomar parte en las hostilidades a favor del gobierno. Su nombre era Hermel Alcibiades Ibazeta García, y ya era padre de varios hijos, algunos de ellos demasiado tiernos como para exponerlos a una prematura orfandad.

A este último, a manera de distender su formalidad, le recordó el "agüita de Charamayo", alguna vez referido por un compañero de la escuela militar, y como a los otros dos, le despidió con un enérgico apretón de manos, asegurándose de cumplir las buenas relaciones indispensables para el entorno de la campaña, y atando cabos colaterales que pudieran servir en su momento a los fines de aquella guerrilla. Por eso se guardó sus apreciaciones personales, y se mostró muy agradecido con estas muestras de apoyo.

La noche del 31 de diciembre, estando en puerto Angamos, al escuchar bombardas, ritmos vernaculares, y algunos disparos de carabina procedentes del campamento enemigo, estuvo tentado de regrezar a Bahuanisho y preparar el asalto para la madrugada del año nuevo; pero la idea de matar borrachos no le pareció nada honorable, más aún sabiéndoles compatriotas. Así que dejando de lado sus ímpetus guerreristas, se permitió relajarse esa noche con pensamientos más humanizados. Su memoria esquivó detenerse más de la cuenta en la propuesta que Andrés Avelino Cáceres planteara para atacar a los chilenos durante los desmanes de Chorrillos, y que fuera rechazada.

De esta permanencia junto a la artillería Landaure, los milicianos cervantistas tejieron chistes de todo calibre, válidos sólo para esta circunstancia, haciendo alusión burlesca a la procedencia andina de la mayoría de sus soldados.

—¡Me capetán, me capetán!

—¿Qué pasa soldado?

—¡Ona Vébora me capetán!

—¿Te ha mordido?

—¡No me capetán! ¡Me está merando!

Bueno, para muestra un botón.

El primero de enero de 1,922 ajeno aún a las humoradas populacheras del enemigo, y enterado por informaciones de inteligencia que la cañonera rebelde "América" se dirigía a todo vapor rumbo a Pucallpa, decidió abandonar Bahuanisho encubriéndose en el atardecer, presto ya a asaltar la plaza cervantista al amanecer del día siguiente.

Acciones previas a este desplazamiento fueron, cerrar el tráfico de todo tipo de embarcaciones que llegaban del alto Ucayali, del Pachitea y del Tamaya, y decomisar todo aquello que pudiera resultar de utilidad para la seguridad de la tropa. Botes, canoas, balsas, fueron sometidos a requisa y retenidos en Bahuanisho.

Por su parte, En Moyobamba, Lamas y Yurimaguas, el mayor Juan Pablo Santibáñez, al mando del batallón cinco de Lambayeque, no había tenido más que hacer una marcha disuasiva para desbaratar la rebelión en dichos lugares, y su ingreso a la capital loretana era inminente en cuestión de días. Ciertamente, previo a su llegada, el llamado "frente Huallaga", al mando del rebelde coronel Gonzales, había venido infringiendo en estos lugares una serie de derrotas a la gendarmería y voluntarios civiles progobiernistas.

Si bien es cierto que ningún soldado se puede cubrir de gloria matando compatriotas, el salir ganador era una dosis alimenticia indispensable en el espíritu de Mattos, que muy sabiamente la había ido asimilando en el tracto del deber. Sin embargo, el entrar primero a Iquitos con una campaña exitosa a cuestas, le hacía acariciar por ratos vanidosas pretensiones, y se sentía impaciente ante la demora del amanecer.

En la madrugada del 2 de enero de 1,922 la naturaleza puso la mejor cuota a favor de su causa, ocultando el desplazamiento de "La Libertad" entre la cerrada niebla y permitiendo que se acercara silenciosamente al puerto, dejándose arrastrar por la corriente hasta una posición estratégica de asalto.

Con las mejillas húmedas de neblina y las carótidas tensas de adrenalina, desde el puente de mando echó un último vistazo al escenario, donde en minutos se suscitaría un cruento combate, y pudo ver que en el puerto sólo estaban dos pequeños vapores, y una que otra chalupa, meciéndose al vaivén de la corriente.

Cuando una de dichas lanchas empezó a alejarse al garete y la otra maniobraba también para salir de su atracadero, dio por fin la orden de ataque, y mientras la artillería Landaure y Vásquez barrían la terraza del malecón haciendo estragos en la zona artillada de su defensa con un mensaje de muerte, él con "La Libertad", enfilaron proa hacia las dos lanchas que desesperadamente intentaban ponerse a buen recaudo aguas abajo, disparándoles una granizada de plomo que hizo volar astillas sobre el verduguete de la "San Miguel", uno de cuyos marineros cayó al agua.

Las hostigó sin piedad hasta que se perdieron por la ruta a Panaíllo y recién viró en redondo para volver a apoyar el desembarco de sus parciales.

Al igual que en May Pablo y Chonta Isla, en Pucallpa tampoco hubo prisioneros. "El mejor enemigo es el enemigo muerto", fue la consigna, y todos sus hombres se esmeraron en cumplirla al pie de la letra luego del asalto, procediendo a "limpiar" el pueblo de todos los elementos ligados o relacionados a los insurgentes.

Días después, batiría a la cañonera "América" río abajo, y llegaría a la capital loretana un día después que el mayor Santibáñez. La asonada cervantista había llegado a su fin, y sus líderes remontaban el Marañón huyendo hacía algún país del Norte, aferrando la ilusa esperanza de volver algún día a dar fe de que las acciones revolucionarias llevadas a cabo en la selva, habían tenido como único objetivo el bienestar del poblador amazónico, que desgraciadamente, en su mayoría, no supo reconocer, y menos valorar, la coyuntura histórica de conseguirlo con capacidad condicionante.



XIII

Para el año de 1,898 ya Fidel Reátegui Valera se encontraba en posesión de una formidable fortuna amasada con el tráfico del caucho en las zonas shiringueras de las lejanas tierras del río Madre de Dios, que le permitía mantener a su servicio peones asalariados y nativos en elevado número como solían hacer todos los caucheros.

Parecía que la actividad extractiva de la goma se había puesto de moda y era usual enterarse de la continua llegada de peones enganchados en toda la cuenca del Ucayali, incluyendo nativos que eran arrancados de sus comunidades practicamente en condición de esclavos.

En el año de 1,869 el gobierno había dado a los colonos peruanos y alemanes del Pozuso, un hacha, una lampa, un machete y un azadón, prácticamente nada para la tarea de forjarse un destino en la montaña, pero que en los territorios nativos de las zonas más orientales, serían el símbolo de una agresión colonialista amparada por leyes poco consideradas con los dueños ancestrales, a quienes, "por su bien", se les quiso obligar a integrarse a los pueblos que iban asentándose a lo largo y ancho de la selva.

Ya para el año de 1,898 la Sub-prefectura de Iquitos empezaba a denunciar el despoblamiento de Loreto a causa de los enganches para explotar la goma en los bosques del Sur.

María Nicanora, su mujer, después de varios embarazos frustros, al fin había logrado llegar a término en dos ocasiones, y una niña llamada Zoila Jesús y un niño de nombre Edmundo, corrían ante sus ojos, sanos y fuertes, pero sin la más mínima noción de civilización que no fuera lo visto en el campamento cauchero y escuchado de sus progenitores sobre suma, resta y deletreo.

Tenían buenos años de establecidos en esa parte del río Colorado, afluente de la margen derecha del río Madre de Díos, a donde habían ido llegando de a poco, después de haber estado tentando suerte por el Tacuatimanu, afluente izquierdo de este mismo río.

Aquí fue donde adquirió el hábito de sentarse a solas a cavilar en el porche de su casa, haciéndolo cada vez que se le antojaba sustraerse del violento mundo que le rodeaba, o simplemente cuando se le venía en gana haraganear sin horario que apremiase. Obviamente, con el Winchester entre sus manos, como acostumbraba hacerlo desde que aprendió que un buen seguro de vida era mantener el dedo sobre el gatillo.

... En su memoria todavía andaba fresco el recuerdo de la noche aquella en que luego de estar entre las piernas de la chola Natividad, se hiciera la firme promesa de no volver atrás sin antes haber logrado arrebatarle a los bosques del Madre de Dios, la fortuna que el caucho prodigaba a los hombres atrevidos, a los valientes con cojones, como se autodefinía él.

Recordó haber caminado largo rato por la ribera pedregosa haciendo casi por intuición cálculos de factibilidad, antes de dirigirse a su mosquitero donde María

Nicanora exhalaba gemidos producto de su penosa gravidez. Sonrió al ecordar que, antes de meterse dentro, se sopló con el humo de un mapacho para quitarse el olor a curhuinsi que se le había impregnado de la piel de la nativa, confiando despistar toda sospecha en su mujer y evitarse incómodas escenas de celos.

Aquella vez, desanimado a remontar el curso del Mishagua por lo sucedido a Fiztcarrald, y porque en su fuero interno se aferraba a la posibilidad de su propio protagonismo buscando una nueva ruta a través de las colinas que separaban al río Tacuatimanu del Shepagua, o Sepahua como preferían llamarlo algunos, ordenó navegar de regreso a la desembocadura de este río, para iniciar por ahí la larga travesía hacia la cuenca del Madre de Dios.

Llegados a un lugar denominado Guadua, al parecer por la presencia de algunos ipales y pacales que canteaban el río, el baqueano Róger Cinty indicó que el transporte por agua había terminado. Le recordó entonces que la expedición dependía de su habilidad de guía, pero que él iría siempre a sus espaldas con la Winchester cargada, "por sea caso". Y es que hasta ahí, aún no había descartado la posibilidad de que Cinty fuese un falso guía. En realidad, para él, todos lo eran en algo y en algún grado.

El terreno bastante arbustivo al principio, al llegar a las zonas de las colinas comenzó a parecerse a un bosque húmedo premontano, que no sin antes cobrar su cuota de víctimas entre los indígenas y mesquinar sus escondidas veredas por varias jornadas, felizmente terminó quedando atrás.

Pronto a llegar a las cercanías del Tacuatimanu, se encontraron con una zona boscosa donde la castaña era abundante, y se decidió que los indios se relajaran recolectando sus frutos, entretenimiento que les costaría una cabeza y una clavícula, rotas.

—Esto está como cuando los cojudos se paran debajo de un pandisho —comparó sarcástico en aquel momento Roger Cinty, buscándole su lado gracioso al accidente.

—¡Ah!, por eso también le deben decir "matacojudo".

—Así es patrón, je, je, je… —dejó escuchar una risilla aviesa el barbudo guía.

En el Tacuatimanu la abundancia de shiringales no resultó tal, y tuvieron que ampliar la posición de estradas para poder hacer rentable la actividad. Los materos, o mateadores como se les decía más comúnmente, tenían que redoblabar turnos explorando áreas cada vez más distantes, a fin de conseguir una producción que se acercara a lo rentable. Esto por cierto trajo como consecuencia los primeros choques con otros caucheros que andaban igualmente buscando nuevos bosques, y tuvo que aprender a defenderse matando, pues era ésta la única fórmula para arreglar los pleitos con los competidores. Después, también caería en cuenta que tenía que hacer lo mismo con los saqueadores y los piratas de río. Pero su verdadera fama de hombre duro e implacable, empezaría a trascender recién con la muerte de un traficante brasilero llamado Conspicuo Nascimento, muy temido entre los caucheros que le atribuían inclusive piraterías consumadas en la zona y las misteriosas muertes de peones en las estradas, y que había querido desplazarle de los bien ganados shiringales que poseía, usando sus conocidos métodos de crimen y pillaje, siendo los nativos quienes llevaban la peor parte...

Con toda nitidez, aquel episodio empezó a rotar sus imágenes, una vez más contra sus cerrados párpados, como si de verdad estuviera volviendo a suceder, ahí sentado donde estaba.

... Primero, desaparecieron tres nativos piros que aún cuando produjo un estado de alerta en el campamento, no propició acción punitiva alguna contra el supuesto agresor. Después, lo que le sucedió al segundo capataz y a su grupo integrado por peones y nativos, colmó toda cordura y se desencadenó un desenfreno hacia la violencia difícil de catalizar.

La rutina de trabajo en las estradas consistía en levantarse muy temprano e ir a instalar las tishelas en las áreas mateadas y volver a desayunar. Luego se retornaba a revisar los baldes recolectores del látex, y si era necesario, se volvía a rasquetear las cortezas. Según el tiempo disponible, se mateaba en áreas periféricas a fin de aumentar el número de shiringas explotables, y a golpe de cuatro de la tarde, se regresaba al campamento a hacer la entrega de lo recolectado para el laminado correspondiente. El sernambí estaba desechado pues implicaba la tala del árbol.

La técnica utilizada por su gente para la comercialización del caucho, era la laminación por reactivo y rodillado. La balata también era trabajada, pero en menor cantidad.

Aquella fatal mañana, Enrique Pérez, su segundo capataz, al frente de una cuadrilla de tres peones y dieciocho nativos, había salido como cada mañana a cumplir su labor de juntado de látex, cuando fueron emboscados por Nascimento y su gente, que luego de asesinarle junto a dos peones y seis nativos, se llevaron al resto como cautivos.

Cuando Dionisio Ríos, el primer capataz se percató de que ninguno de esa cuadrilla había regresado a la acostumbrada hora del desayuno, inmediatamente se dirigió a la parte de la estancia donde se erigía la casa patronal, a fin de informarle en detalle sobre el imprevisto.

—¡Patrón! —llamó a la puerta con su característica premura.

—Pasa Dionisio —le invitó a pasar desde una ramada contigua María Nicanora, atareada en preparar el desayuno familiar.

—¿Don Fidel, doña Niquita? —preguntó, tocándose el ala del sombrero.

—Está cambiándose; espérale nomás, ahorita sale.

En ese momento reconoció en el timbre de voz de su capataz, un dejo de alarma inusual —considerando que lo conocía de mil circunstancias apremiantes— que le hizo salir del dormitorio con solo una de sus botas puestas.

—¡Patrón!

—¿Qué sucede Dionisio?

—No ha regresado la cuadrilla de Enrique.

—De repente van a irse de largo hasta la tarde, pues.

—No han llevado fiambre patrón; ¡imposible!

—A ese le gusta montear; puede que se haya ido a husmear por ahí un poco de mitayo —respondió, resistiéndose a hacerse problemas con el desayuno en ciernes.

—No patrón; él es un tragaldaba y a la comida no le perdona ni de a vainas.

—¿Y qué crees?

—No sé... tal vez le emboscaron los brashicos —insinuó Ríos.

En realidad, la idea compartida entre ambos desde hacía ratos, era ésta. Sabían bien de la ferocidad y ambición del forasrtero invasor, y no extrañaban que una insursión sangrienta de su parte podía darse en cualquier momento: Lo tenían al lado, tras la vacua línea que cada patrón demarcaba para imponer su área de explotación.

La artera celada supuestamente puesta en práctica una vez más por Nascimento —en esta oportunidad, contra ellos—, había formado desde la primera vez que asomó las narices por allí, una amenaza de ejecución inminente. Y la sensación que escoriaba de trágicos presentimientos el alma de los dos varones, era precisamente que esa mañana aquel letal riesgo había dejado caer su macabro golpe contra la vulnerable cuadrilla de Enrique Pérez, el mitayero.

—Tráeme a Sakiray.

—Enseguida, patrón.

Su empleado salió precipitadamente hacia los tambos de los cholos tras los cuales se levantaba la casona donde se procesaba el látex, y donde presumía se encontraba el fiel campa.

A medio camino, el preocupado capataz pudo observar que peones y nativos se habían aglomerado en un compás de espera silencioso, aguardando al parecer sus órdenes, que por cierto no tardarían en ser impartidas. De ahí mismo llamó a voz en cuello a Sakiray y retornó a la casa.

—Aquí ya está, patrón —dio cuenta por adelantado, descontando que Sakiray le pisaba los talones.

—Sakiray.

—¿Sí papá?

—Escucha...

—Sí papá.

—Ese brashico parece no saber que aquí la gente por lo general regresa a desayunar, así que debe estar regresando lento por donde vino y sin mucho apuro creyendo que recién nos daremos cuenta de lo que ha pasado, en la tarde. Bueno, si es que algo ha sucedido ¿no?

—Cierto patrón —admitió Ríos el detalle, intermediando en el diálogo entre patrón y cholo.

—Vas a ir ahorita mismo al shiringal donde el Enrique tenía que empezar hoy, y averíguame todo lo que ha pasado. Esperemos que sólo haya querido hacerse el bizarro.

—Sí papá.

—Luego te vienes inmediatamente.

—Sí papá.

—¡Ah! De haber sucedido algo malo y estar comprometido el brashico, quiero saber también por dónde se está escapando ese hijo de puta. Por lo que sé, su campamento está bastante lejos y hay que saber caminar en el monte para no ir a parar en otro sitio —advirtió con tono cortante, impacientado ya con el repetitivo, "sí papá", del campa.

—Vuela Sakiray —animó Ríos.

—Tú Dionisio, junta a la gente que no nos resulte un estorbo para caminar de noche en el monte. Esta cojudez hay que ponerle remedio ahora mismo.

—Enseguida patrón.

El rudo capataz salió raudo de su presencia a cumplir su cometido, entendiendo los implícitos de la orden, tan a gusto como un carnívoro olisqueando la sangre.

A Sakiray le tomó cerca de cuatro horas ir y regresar con el reporte de lo sucedido, el cual no pudo ser peor. Había encontrado a Enrique Pérez cortado de la garganta a filo de faca, en una posición de querer instalar su tishela, lo que indicaba que había sido sorprendido. Los peones tenían reventada la cabeza a golpe de culata, con signos de haber intentado arrastrarse unos metros durante el feroz ataque, y unos cuantos cholos se veían esparcidos por la estrada, igualmente ultimados a golpes y por arma blanca. Se habían asegurado bien de no hacer algún ruido sospechoso.

Esta noticia enardeció los ánimos entre los seleccionados a participar en la correría, y arrancó terribles alaridos de dolor en las nativas contadas entre los deudos. Eso de que no tenían pena, era una tremenda mentira.

—Sakiray…, tú y Amancio son capaces de andar en el monte de noche como si fuese de día —recordó haberle dicho a su fiel campa.

—Sí papá —le respondió el cholo, muy orgulloso de lo dicho.

—Pronto ya va a ser medio día, y hasta que enterremos a los muertos, la noche nos

va a alcanzar todavía caminando. Tenemos que avanzar —urgió.

—¡Vamos! —ordenó Ríos a la gente, entre quienes se habían repartido algunas carabinas, haciendo eco de su orden.

—Tú quédate Róger —le recomendó al baqueano, que en unos días más iba a partir con un grupo de regreso a Atalaya; pero este insistió tercamente en ser de la partida, y no tuvo más opción que consentirle.

Enterrar a los muertos ciertamente les implicó un valioso tiempo, y fue una labor penosa y muy mortificante de llevar a cabo. Pero tenía que hacerse y se hizo. Seguramente algunos de los cadáveres dejados no tan profundo por el apremio, serían desenterrados por las alimañas de la noche, pero eso ya era un asunto de la cadena trófica y de la higiene natural.

Mientras aceleraban el paso tratando de no perderle pisada a Sakiray, y el viento tibio insistía en un grabado retentivo en sus pieles sudorosas, la fronda apuraba vibraciones en sus millones de hojas al compás de imaginarios panales puestos en alerta, de fantásticas sachavacas sobándose los ijares contra las cortezas.

—No quiero vivos entre los blancos y los mozos. Estos brashicos no sólo quieren nuestro jebe, sino también nuestro territorio —ordenó cuando llegó la hora de tomar posiciones en las cercanías del campamento enemigo.

—¿Y los cholos, patrón? —quiso asegurarse Ríos.

—Sólo a los que se resisten los tumban igualito nomás.

—Aquí la mayoría son nahuas creo patrón, traídos parece desde el Mishagua.

—Prefiero al campa y al piro; pero de algo servirán estos cholos también.

—¡A la mierda! —exclamó su rudo capataz, dando inicio a las maniobras de aproximación.

Los sentimientos homicidas se levantaron ágiles de sus lechos pantanosos, y con sed de sangre inflaron las carótidas puestas al acecho junto a decenas de ojos moviéndose en la oscuridad.

Como lo ordenó, ningún blanco ni mozo pudo escapar de sus feroces instrucciones. Tenía desde antes de aquello, bien claro que inclusive el bíblico Saúl había perdido su reinado por apiadarse en batalla, y se diría que hasta placer encontró siendo implacable incluso con sangre inocente. Porque en la casa patronal, una mujer con sus dos pequeños hijos cayeron abatidos por las balas, y en los barracas peonales cuatro nativas jóvenes, casi niñas aún, sucumbieron flechadas enroscadas como estaban a los cuerpos de aquellos hombres lujuriosos que fatalmente aquella noche las habían retenido para dar rienda a sus bajos instintos.

Los cholos fueron cercados fácilmente en sus míseros tambos esparcidos en trescientos metros a la redonda más atrás de la casa principal, y apretujadas a los linderos del monte alto.

Se cobraron algunas venganzas entre los indios traídos cautivos de su propio campamento, y los que apoyaron a Nascimento en su incursión de la mañana; pero aquello fue algo rápido y directo sin mediación de nadie.

Por alguna razón que nunca llegó a descubrir, en esa hora tumultuosa, muy a gusto de los demonios de la noche que transfiguraron los rostros al de viles malhechores, al de monjes prestos a su misa negra, ordenó levantar una pira para quemar los cadáveres, reservándose el del brashico para un acto efectista horripilante.

—¡Sakiray! —llamó al campa con un graznido de buitre real.

—Sí papá.

—Córtale su cabeza a esta cagada y métele en una pica —le dijo, asegurándose de que todos los presentes oyeran muy bien la orden.

Al verle titubear —bastante extraño en él—, supo que él como jefe, debía reclamar para sí el máximo trofeo de la victoria, aunque tuviera que ser el más neolítico de los verdugos.

—Dame tu machete Dionisio.

—Tome patrón.

La larga y bien afilada hoja se elevó como una pluma al ser blandida hacia el cielo, y cayó fulgurante sobre el cuello del tibio cadáver.

Necesitó tres tajos para separar la cabeza del tronco, exhalando un ronquido de placer animal al consumar la atrocidad.

—Tira el cuerpo de este hijo de puta a la candela, Ríos. Aunque se merece que le votemos por ahí para fiambre de los animales.

—¿Lo quemo, o lo tiro por ahí, patrón?

—Ya dije que lo quemes.

—Bien.

—Sakiray, prende en una pica la cabeza.

—Ya papá.

En esos momentos el crepitante fuego emanaba olores intensos, diferentes a la de otras carnes quemadas, conmoviendo las almas de los más sensibles, sobre todo ante la escena de los dos niños Nascimento reduciéndose de tamaño al ir chamuscándose como monos.

—Ahora encárguense de hacer saber a todos estos cholos que el nuevo patrón ahora soy yo y que se vendrán con nosostros -ordenó lapidariamente.

Después de aquel conflicto por tenencia y acaparamiento de zonas caucheras, su nombre se hizo temible en toda la cuenca, y no tuvo otro altercado semejante, ni siquiera luego de haberse desplazado al río Colorado. Sin embargo, la violencia se mantuvo en las rutas de transporte hacia los centros de acopio y venta del producto, habiendo llegado a matar puñados de bolivianos y brasileros en el Heath y el Madeira.

El año de 1,897 estando con su mujer e hijos navegando el Purús a la altura de la desembocadura del río Santa Rosa, decidió aventurarse hasta el Amazonas brasilero, para lo cual utilizó los transportes y rutas de los caucheros de ese país, a riesgo de los inconvenientes idiomáticos pues no hablaba muy bien el portugués, de los desplantes de algún improvisado duelista, que no eran pocos en la época, y los asaltos de la feroz piratería cuyas incursiones eran más frecuentes y violentas que en el Madre de Dios.

Llegados al gran río, estuvieron unos días en la cosmopolita Manaos, donde se sintieron un tanto empequeñecidos por el movimiento cultural y comercial de la ciudad que se veía ostentosa con un gigantesco teatro y un puerto donde iban y venían decenas de vapores dejando inmigrantes europeos por cientos. Inclusive, llegaron a atestiguar la partida de uno de estos navíos, fletado exclusivamente para transportar ropa sucia para ser lavada y engominada en Lisboa, la capital portuguesa, al otro lado del Atlántico.

Finalmente abordaron uno de los tantos que pasaban rumbo al Perú —en esa especie de orgía navegable propiciada por el tratado de libre navegación—, embargados de una indescriptible emoción ante la inminencia de llegar a Iquitos y volver a reconocer la civilización en propio suelo patrio. Aparte de refrescar el tañido evocativo por los tiempos aquellos en que, por primera vez, posaron plantas allí, antes de remontar el Ucayali rumbo a Contamana.

Por cierto, ni María Nicanora ni él, abordaron abiertamente estos íntimos recuerdos, tan ligados a los dos hermanos ausentes, habida cuenta que en ese entonces ella pertenecía a Artime, el mayor de los tres hermanos.

En la capital loretana tuvieron la suerte de pasar las fiestas navideñas y el año nuevo con toda la avidez de gente de monte puesta de repente entre multicolores bombardas, recogimientos religiosos y libertinos festines, tan esplendorosamente celebradas por un pueblo emprendedor, desinhibido, derrochador, en una ciudad incursionando ambiciosamente a ser cosmopolita, como podían dar cuenta los múltiples Consulados instalados en ella.

El 29 de diciembre de ese año, el presidente don Nicolás de Piérola, nuevamente puso en circulación las monedas de oro que circularon entre los años de 1,873 y 1,883, sólo que esta vez con algunos cambios de sus características, asimiladas de la Libra Esterlina inglesa. Obviamente mantuvo las figuras del inca y el escudo nacional en ambas caras.

Este feliz acontecimiento, de tan propicias consecuencias para la economía nacional, le dio oportunidad de incrementar su tesoro personal con las preciadas monedas, y acentuó su obsesión por los secretos escondrijos para sus cofres repletos de ellas.

Terminadas las fiestas navideñas y de año nuevo, ya en enero de 1,898, surcaron el Ucayali para pasar unas semanas en la tranquilidad del fundo, tiempo en que la intimidad de pareja se vio enriquecida por un aumento de la actividad sexual ambientada bajo renovados ánimos y diferente perspectiva de vida, y por el afianzamiento de los lazos familiares que se tornarían intensos y refractarios, en plena conciencia de una común verdad...

Fidel Reátegui hizo descansar calmosamente su Winchester sobre el hombro, y volviendo a la realidad, puesta ante sus ojos en la rebozante estancia del Colorado, se puso en pie y se encaminó hacia las sendas que llevaban a los shiringales, muy a gusto con sus pensamientos cargados de saldos positivos.

En este río las cosas le iban mucho mejor. Los bosques tenían abundante goma, para cuya explotación contaba con una fuerza laboral de aproximadamente cien hombres, sin contar mujeres y niños, en su mayoría nativa, sometidos a un sistema de peonaje y esclavismo nada enaltecedor. En algunas quebradas afluentes, la existencia de oro le venía dando una alternativa para derivar su atención hacia una actividad de excelente rentabilidad, al menos hasta que el rudimentario bandejeo siguiera produciendo sus buenos gramos de charpitas al día.

En el mes de noviembre de 1,899, todos los caucheros de la cuenca del Madre de Díos fueron presa de una sobrecogedora incertidumbre, debido a que el sistema de comercialización cayó abruptamente en depresión —según se dijo por el asesinato del representante de la firma italiana, Marino & Leví, desaparecido trágicamente en aguas del Madeira, durante un enfrentamiento con piratas del río—, y la mayoría tenía contraído compromisos fuertes con habilitadores y comerciante de toda índole que urgía saldar.

Sí bien es cierto que el fenómeno se superó al poco tiempo, la inseguridad percibida en dicho lapso respecto a una producción embalsada e inútil, hizo que empezara a evaluar la posibilidad de un pronto retiro. Ni la llegada de lanchas patrocinadas por el gobierno al río Madre de Dios, ni el arraigo de sus hábitos dentro de esa forma de vida tan violenta, le disuadieron de marcharse. Y es que en el fondo de su rudo meollo acunaba una sensibilidad especial por sus seres queridos, y su rigidez también apuntaba a cumplir objetivos familiares. Dentro de estos, darles oportunidad de futuro en verdaderas ciudades donde la medida del progreso requería de otra vara. Aparte que sabía, que eso de "barquitos peruanos en el río", no representaba nada. A tal punto llegaba la desidia del gobierno, que en el año de 1,900 declinando sus delicadas responsabilidades administrativas en esta convulsionada región, llegó a nombrar a Fiztcarrald, Agente Aduanero, Comisario del Manu, y le otorgó derechos para nombrar sub-agentes, cobrar impuestos de importación-exportación y mantener un pequeño ejército personal armados hasta con armas de fuego, que dicho sea de paso, era lo más común entre los caucheros. Sin duda, un buen negocio justificaba hasta la patriotera defensa de una frontera, y el caucho lo era. Tal vez en este punto, la conciliación entre gobierno y cauchero justificase semejantes concesiones.

En el año de 1,907 María Nicanora aguardaba el nacimiento del séptimo de sus hijos y evidentemente se la veía en el límite de su paciencia. Sus hijos crecían como unos verdaderos salvajes, y ella creía que había llegado el momento de salir de esos

inhóspitos montes y darles la oportunidad de ir a la escuela y tener mayor contacto con el progreso. Es por eso que empezó a presionarle para emprender, de una vez por todas, el regreso al fundo de Masisea y dejar atrás la influencia violentista, las angustias y los graves peligros que la vida de caucheros colectaba al hogar.

En boca de los socarrones enterados de la historia de su matrimonio, el nombre de ella se había resumido al de "purísima Reátegui", en son de mofa a la reiteración de su apellido que excedía más de un aliento para pronunciarlo: Doña María Nicanora Reátegui Reátegui viuda de Reátegui de Reátegui, era la resultante de su longo nombre, y que sabía era murmurado a sus espaldas por los irreverentes.

Definitivamente su mujer estaba cansada de todo. A rabiar, quería marcharse de allí, y él terminó al cabo cediendo, porque en el fondo, también lo estaba.

Antes de que finalizara el año, sus ruegos, sus quejas, sus pretextos, sus súplicas, surtieron los efectos deseados, y de respuestas impacientes, ásperas y hasta groseras, al fin dejó entrever que el regreso era inminente.

El capataz Dionisio Ríos tomó la decisión de quedarse, y él determinó cederle la estancia toda, incluyendo los indios nahuas.

A pesar del inicio de la temporada de lluvias, una mañana de mediados de noviembre salieron del Colorado tras la ruta seguida por Fiztcarrald desde Atalaya, andando y navegando como colonos sin tierra bajo las inclemencias del tiempo, con el único deseo de llegar pronto a casa. Tal vez, si lo que iba a suceder a finales del año 1,912, entonces ya creado el departamento de Madre de Dios, con su capital Puerto Maldonado, es decir, que la puesta en funcionamiento de tres flamantes escuelas, asignando inclusive diez Libras peruanas mensuales en el rubro religioso, para invertirse en "los niños y niñas salvajes" que concurrieran a educarse, se hubiese dado antes de tomar la decisión de partir, la historia de repente hubiese sido otra. Pero no fue así, y atrás quedaron los días violentos, los tantos muertos anónimos, las estancias, los shiringales, los nahuas, y los restos de una lancha abandonados a medio camino del varadero entre el Serjali y el Cashpajali, tramo que después se reconocería como el istmo de Fiztcarrald.

XIV

Sobre las onduladas tierras de Tomayrica y Huengomayo, el pasto natural se extendía salpicado de argentina escarcha hacia la enclaustrada Huatuna que, desde sus cimas daba ocasión de admirar nevados hacia el Sur - Oeste, a la vez que verdosas y casi azulinas murallas de la ceja de selva hacia el Este.

Todas las familias que podían preciarse de tener cierto rango posesionario en Panao, si no contaban ya con tierras en estos fértiles suelos, anidaban expectativas muy serias tras la oportunidad de poseer un patrimonio tal. Inclusive ni el mismísimo clero había podido sustraerse de tamaño interés, llegando al cabo a contar con una ganadería propia consagrada a la virgen de la devoción local, en este hermoso lugar.

Existían por cierto, otros suelos igualmente feraces, ahí nomás detrás de las lomas que rodean Panao, que cual dorsos de anfibios congelados en el tiempo parecían por momentos desaletargarse al paso de las nubes arrebatadas por el frío viento y querer hacer rodar cualquier sueño por las calles empinadas y empedradas de la villa. Por mencionar algunas, ahí estaban las del nuboso Tunapuco, de Pinquiray, de Huarichaca, e Ichu Yanuna, que podían sin mayor inversión adicional, producir acaso más arrobas de papa por cosecha. Pero no tenían la capacidad de hacer prosperar una rebosante ganadería como en aquellas. La ventaja pues estaba en la cría de ganado.

Aparte de este desmedido y constante interés por poseer la tierra como una forma de ganar privilegio y poder, las familias connotadas de esta típica villa huanuqueña, preservaban con mucho celo un orgullo de clan, que muchas veces por diferencias consideradas a su interior deshonrosas o injuriantes, las arrastraban a abismales desavenencias y hasta el crimen, amparándose en ocasiones en el simple derecho conferido por la ley del talión.

Miembro de uno de estos explosivos clanes, era Hermel Alcibiades, último de seis hijos concebidos en el seno de la familia Ibazeta García, pero que en lo posible trataba de no involucrarse en los afanes de lucro propios de su idiosincrasia, en los odios heredados, ni en las venganzas pendientes.

Desde su corta edad se había interesado en sondear racionalmente sus líneas ancestrales para traer un poco de justificación a la altivez familiar, que en su parecer era como debía sustentarse, pero a las justas pudo llegar, digamos a tientas, hasta sus abuelos, y aquello terminó decepcionándole.

De doña bárbara García, su madre, rescató la difusa referencia de que provenía de una familia netamente huanuqueña desde su fundación española, una de cuyas lejanas ramas se había desplazado a la Capital de la provincia del Pachitea. Y de Alcibíades Ibazeta, su padre, que descendía de un marino mercante llamado Gerardo Ibazeta Pickman, el que a su vez descendía de uno de dos hermanos vascos españoles que terminaron radicando en Ayacucho, luego de un largo viaje desde España y Valparaíso en Chile. Todo lo demás, le resultó tan complicado de rastrear, que decidió olvidarse del asunto y ser menos arrogante.

Por ahí llegó a enterarse también de que su apellido era un locativo que refería que su primer portador había vivido a orillas de un río, que había tenido diferentes casas ancestrales en Guipuzcoa y Vizcaya, que los Estamentos Nobles españoles le habían otorgado en algún momento Blasón de Armas, pero tampoco le significó demasiado, porque dentro de la extensión de su trigueña piel, siguió sintiendo que las cuentas existenciales salían a su nombre y que cada quien tiene que llevar a cuestas su propia ropa y sus múltiples cargas.

Corría el mes de febrero del año 1,910 cuando escudriñando por inercia la laboriosidad proyectada por el perfil del cerro Apallacuy, semejando una india ensimismada en la tarea de hilar con el hijo cargado a la espalda, sintió un hartazgo, una asfixia en el alma, que le hicieron detestar de pronto la falta de horizonte, las cuestas, los fríos, los primitivismos que obligaban a una convivencia de acecho y desconfianza. Supo entonces que tarde o temprano tendría que partir al rumbo que fuese.

Había contraído una inclinación paramnésica, una íntima fascinación por historias sobre ese "Amazonum regio", sobre ese vasto territorio que Diego Méndez en un mapa publicado en Amberes el año de 1,574 llegó a abarcar solamente lo que hoy conocemos como selva Norte, y que acaso constituya el mapa más antiguo del Perú, y por esos misioneros, aborígenes, caucheros, colonos y exploradores, que desde el siglo pasado recorrían las selvas del Ucayali en pos de integrar realmente estas tierras al seno de la patria. Así que un optimismo inusitado, una algarabía refleja, un entusiasmo pueril, era lo que le embargaba cada vez que algún periódico aludía algo al respecto, o algún viajero fantasioso ponderaba la ruta de los vapores desde el Amazonas al Pichis, o algún entendido comentaba la factibilidad de la construcción de un ferrocarril a Pucallpa desde Tambo de Sol.

Hacía unos pocos meses que a Panao había llegado la noticia de que precisamente un paisano suyo, de ahí, del mismísimo Panao, había muerto integrando una expedición que intentaba llegar a Pucallpa, y tal suceso le causó tal impacto, que se avocó a saber más del suceso.

El finado resultó ser un pañaco llamado Eusebio Villanueva, que efectivamente integraba la expedición del Ingeniero Hoffman, quien desde el mes de agosto de 1,909 hasta enero de 1,910 lograría completar la travesía de ida y vuelta a Pucallpa, dejando constancia así de que la ruta seguida por el Tulumayo, la pampa del Yurac y el río Aguaytía, a la ida, y reeditando a su regreso la ruta conocida del Mayro por el río Huallaga, era viable. "Definitivamente él no podía seguir estando marginado de tan emocionantes empresas", fue su concluyente sentencia.

Era Hérmel Alcibíades un jovenzuelo de carácter muy jovial, medía aproximadamente un metro setenta de estatura, de contextura mas bien delgada, en su rostro de mejillas descarnadas los ojos marrones chispeaban inteligencia y una nariz de perfil aguileño contrastaba llamativamente con su abierta sonrisa de dientes bien conformados y alineados, de repente por otorgar al conjunto facial un aire a la vez agresivo y confiable, una soportable altivez y un salvaje atractivo de águila vigilando desde algún risco.

Estaba pronto a cumplir los diecinueve años, edad por una parte consagrada a los

estudios, por los que dicho sea de paso, su precocidad era parte del alarde familiar, y por otro, a dar su propia cuota al fortalecimiento del clan, en Panao.

Junto a su hermano Teodoro, apodado "el gato", tenía por delante una profesión pendiente en la universidad de San Marcos, abandonada temporalmente a raíz de una revuelta estudiantil por cuyo protagonismo tuvieron que pasar a la condición de revoltosos políticos, para pesar de sus padres que ya se habían hecho a la idea de tener un pedagogo y un hombre de leyes en la familia. Pero en lo que a él se refería, por ahora la universidad no era su prioridad.

Al pie de su cama, en la mesita de noche, tenía una pila de recortes periodísticos, folletos, revistas, publicaciones diversas, conteniendo información sobre las exploraciones hechas en el Ucayali.

Llevaba leídos ya, a Urmaneta, a Tizón, a Portillo, a Capelo, a Stiglich, entre otros, y un recóndito sentimiento de apego, de identificación con el Oriente recolectado en cada página, en cada mirada a cualquier árbol, y en cada despuntar del alba, se había abierto brecha ya entre la enmarañada idiosincrasia comunal, entre los códigos familiares, entre la inculcada idea de futuro que le confinaban al habitáculo de los seres domesticados.

Le faltaba poco más de dos años para cumplir la mayoría de edad, que entonces se alcanzaba a los veintiuno, y eso le arredraba un poco a despegarse del seno familiar, para de una vez por todas emprender a su modo la gran tarea de darle a su vida un enaltecedor sentido de cauce independiente. Por eso, atascado en dudas e indecisiones propias de un menor de edad, siguió por un tiempo más ahí en su serrano pueblo, soñando con la oportunidad de enrolarse alguna vez a cualquier expedición organizada por el gobierno, o de unirse a algún audaz viajero que desde tierras tan lejanas como Rusia, Alemania, Yugoslavia, Italia y la misma España, venían cada cierto tiempo por Lima y Huánuco, de tránsito al llano amazónico, en pos de una ruta corta que les evitara la rigurosa vuelta del Pacífico al Atlántico, por el Cabo de Hornos y el Estrecho de Magallanes, y la larga travesía adicional por el Amazonas brasilero, hasta Iquitos. Obviamente eran gentes que no encontraban en la costa peruana el futuro promisor por el que abandonaron sus respectivos países y que esperaban encontrar en la selva mejores oportunidades. Pero eso a Hermel Alcibíades no le interesaba. Para él sólo contaba la oportunidad de estar en el lugar adecuado, a la hora de la partida.

Escuchaba el rumor del Charamayo escurriéndose entre el terreno quebrado hacia el río Panao, veía los blancas almoadillas nubosas aglomeradas en la cuesta de Tunapuco, se atería con la arisca brisa que irrumpía desde Chaglla o de Molinos, comprobaba que no tenía mucho que recorrer entre Chuncacuna, Shirahuacta , Siglo Nuevo y Huinchuspata, y su corazón se prosternaba con devoción hacia la "boscosa catedral" de San Juan, patrono de toda la selva, incitado a cabalgar hacia un horizonte donde se podía figurar el real nacimiento del sol.

Sus placenteras lecturas de entretenimiento se convirtieron sin mayor esfuerzo en verdaderos estudios de sustentación de tesis, llegando a tener en memoria tantos datos referidos a tópicos sobre el Ucayali, que al escucharle hablar sobre el particular, excepto por su acento andino, cualquiera hubiese podido dar fe de que, si

no era del lugar, por lo menos había estado en los lugares referidos: "La provincia de Ucayali con sus distritos de Contamana, Callería y Masisea fueron creados por una misma Ley en octubre del año 1,900 durante el gobierno del presidente Eduardo López de Romaña"... "La capital legal del distrito de Callería, es San Jerónimo, pero en los hechos, Pucallpa le va ganando la partida. Y es que a San Jerónimo el río le está desbarrancando"... "Contamana y Masisea son pueblos más antiguos que Pucallpa"..."En el Ucayali los shetebos, los shipibos y los conibos, al igual que los cashibos del Aguaytía, descienden de la gran nación Pano"... "Por la cuenca del río Tambo habitan los piros y los campas"..., eran algunas de las sesudas y bien documentadas referencias, sobre las que además, podía disertar con solvencia.

Por versiones de paisanos aventurados con anterioridad a aquellas exóticas tierras y vueltos con alucinantes historias difíciles de acomodar en un mosaico serrano, sabía que existía una ruta, aunque todavía difícil y peligrosa, que se podía transitar con liviano equipaje hasta Pucallpa. Pero aún no le había llegado el momento de partir y debía seguir a la espera de su oportunidad en la misma atmósfera donde sólo sus hermanos tenían escrita ya una propia historia.

Su hermano Baudilio al regresar del Servicio Militar Obligatorio, se había sentido atraído de manera arrebatada por una bien plantada muchacha de la familia Valdiviezo, que para su desconsuelo no obtuvo la aquiescencia de sus padres para formalizar la relación, dados los recelos existentes entre las dos familias. Entonces, puestos de acuerdo y a lomo de bestia, huyeron hacia las punas sin importarles que la incómoda situación pudiera acarrear al cabo un encono homicida entre sus respectivas familias. El amor que sentían, era de esos capaces de optar por la muerte a cambio de estar juntos en la hora final.

Si bien la cabeza de Baudilio, un buen tiempo tuvo precio para los Valdiviezo, la intervención mediadora del gigante Baldomero Ibazeta Valdiviezo, medio hermano paterno y ya casado con una integrante de la nada pacífica familia Meza, apaciguó los ánimos, y la cuestión se zanjó con el respectivo matrimonio.

También con su hermano Teodoro la familia tuvo que hilar fino para superar desavenencias con la familia Trujillo. Y fue a raíz de que al "gato" se le ocurriera querer tomar mujer del seno de dicha familia, sin medir los impedimentos de que su elegida ya estuviese vistiendo los hábitos conventuales con título de Superiora y lo sacrílego que pudiera parecer su pretensión. Pero finalmente la monjita abandonó su convento y consagró en el altar su unión matrimonial, sin que la sangre llegara al río.

Un miembro de la familia Lurquín, se enlazó como Díos manda con su hermana Marionila, y otro de la familia Pasos, hizo lo propio con su hermana Antonia. De modo que hasta esos momentos, de los seis Ibazeta García, sólo su hermana Esther y él podían disponer ahora de un porvenir en abanico, de un derecho a elegir el camino a seguir. Sentía que al menos con él, este derecho no era lírico.

Cierto día, encontrándose en Huánuco realizando algunas gestiones por encargo de su madre, su hermano Teodoro, que también se encontraba en la ciudad ventilando unas leguleyadas propias del oficio que su cuarto año de Derecho le permitía y sabedor del interés que tenía por asuntos de la selva, le hizo llegar una primorosa

copia de un acta de la Cámara de Agricultura de Huánuco de cuatro años atrás, que daba cuenta del interés huanuqueño en la política ferroviaria hacia el Oriente, estimulada por el gobierno del presidente Pardo. Interés que según el referido documento, se fundamentaba en las exploraciones de Sobreviela y confirmaciones ulteriores de sus informes.

El primer gobierno de Leguía que fenecía en dos años más, mantenía todavía el interés por concretizar el mencionado proyecto y las repercusiones en Huánuco eran notorias; especialmente en lo referente al mayor número de personas procedentes de diversas latitudes, que a diario congestionaban sus españolísimas calles, y la movilización de maquinaria especializada en Tambo de Sol.

Frente a este panorama, Hermel Alcibiades creyó llegado el momento de partir, el instante justo para colarse en la aventura febril de embarcarse en el espíritu de aquel proyecto suyo de caminar hacia el amanecer. Al fin y al cabo, se dijo, el sol y la luna podían volver por su misma ruta hasta el fin de los tiempos sin rubor alguno, pero el hombre, que podía despertar o morir en cualquier lugar, debía por lo menos tratar de hacerlo sólo después de haber corroborado si sus espejismos fueron tales. Por eso, cuando su cuñado Lurquin le propuso que le acompañase en viaje de negocios al Ucayali, sin un sólo remordimiento dijo tres veces sí, y sin desprecio de tiempo se dedicó a empacar su ligero equipaje.

Presintiendo que no habría oportunidad para un reencuentro, su madre le despidió con el corazón quebrantado de pesar, y pródiga en ruegos le pidió que se cuidase y no se olvidase de rezar.

Sus hermanos no le dieron tanta importancia al asunto, pues de por medio estaba Lurquin, y suponían que a más tardar en un par de meses lo tendrían de regreso.

El viaje lo iniciaron siguiendo un camino de herradura que salía de Huarichaca, pasaba por Manzana y que tras ascender por angostas veredas las verdes montañas de la ceja de selva, terminaba en las cercanías de Tingo María.

Derrengado y con los pies calamitosamente ampollados, aceptó el rigor sin menoscabar una pizca su entusiasmo, y completó la travesía hasta la ciudad de "La Bella Durmiente", sintiéndose con ligereza de ánimo, el más ufano émulo de aquellos Caballeros de León que alguna vez cruzaron los Andes para fundar Huánuco. No era para tanto, pero así se sintió, tal vez a manera de congratularse a sí mismo por el tremendo esfuerzo físico y anímico.

XV

Un olor a escama de pescado fresco trascendía del barro que el intermitente oleaje remojaba bajo las proas varadas de las pocas embarcaciones acoderadas en el malecón pucallpino, en tanto caprichosas ráfagas de viento escarbaban espumas en la turbia superficie del río.

Octavio Contreras, uno de los lugartenientes del Comandante de las fuerzas cervantistas replegadas en Pucallpa, conversaba en la pasarela de estribor de la lancha "San Miguel", con un miliciano de alto rango que había sobrevivido a las debacles de May Pablo y Chonta Isla.

—La gente que ha llegado contigo será distribuida en los cuadros ya establecidos —decía.

—¿Por qué no siguen a mi mando nomás, junto a todos los que escaparon de Chonta Isla? —le preguntó Miguel Chávez, un poco decepcionado de haber sido relegado de su jefatura.

—No son muchos Miguel.

Muy a su estilo, nervioso e inquieto, Contreras gesticulaba hasta la sofocación moviéndose de un lugar a otro como tigrillo enjaulado y con las manos describiendo compulsivos aspavientos que secundaban el autoritarismo de su vozarrón.

Cayo Pinto, el patrón de lancha, dormía a pierna suelta a escasos metros en una pequeña hamaca, dando la impresión a primera vista de que se trataba de un bendito.

En un momento dado, el inquieto Contreras se puso a señalar hacia Bahuanisho moviéndose como un angustiado chamán conjurando letales virotes y factualizando tontamente mejores resultados en hechos acaecidos, que de no haber estado Chávez presente, le hubiesen permitido inculpar injustamente a los que lucharon en May Pablo y Chonta Isla. Aunque algo de razón no le faltaba, a despecho de un balance comparativo a favor de la preparación física y psicológica de los goniernistas.

—No te amargues el hígado Octavio —trató de apaciguarle su condescendiente interlocutor.

—Debimos dejar un contingente en Bahuanisho; por lo menos para ganar tiempo.

—Les hubiesen matado como a reses.

—Pero como te digo, ganábamos tiempo para recibir refuerzos de Iquitos.

—Es posible; pero una derrota más hubiese mellado el ánimo combativo de nuestros hombres. Y eso de dejar que nuestra gente muera a sabiendas, no hubiese sido muy honorable, por decirlo de alguna manera.

—En la guerra lo que interesa es el fin, no los medios.

—Hmm…, eso se acostumbra decir, pues. Sólo que así, los logros no son duraderos.

Unos milicianos que lograron mantener la sobriedad durante la descomunal juerga de la noche anterior, pasaron saludando, no muy marciales que digamos, cuanto menos sorprendidos de las poses de orate de Contreras.

—Si la cañonera "América" llegara en este momento, mira ve, con las mismas me iba a meterle cintura a ese cabrón de Mattos —alardeaba en esos momentos este, envalentonado con unas noticias llegadas del alto mando rebelde, respecto al envío de la mencionada lancha desde Iquitos.

—Mattos tiene "La Libertad", ya en sí un descuido estratégico por haber permitido que dispusiera de ella, y te puedo asegurar que está bien artillada —le advirtió Chávez.

—Ahí nos veríamos las caras a lo macho —replicó Contreras sin sospechar que en esos mismos momentos el oficial gobiernista le tenía fijado en su catalejo, con una mueca de lobo en la boca, viéndole tan inquieto cual un hipertiroideo.

—Lo cierto es que la "América" no está aquí y hay que evaluar con realismo la situación.

—En serio Miguel, ¿crees tú que nos ataquen, yá? —pareció marchitarse Contreras.

—Ojalá que no.

—No me digas lo que quieres, o estás deseando, sino lo que crees que puede pasar... ¡puta madre!

—Yo no creo nada. Lo que sí sé, es que mientras no haya una contraorden de Cervantes, tendremos que permanecer aquí.

—¿Y si nos atacan ahora?

—Tú bien sabes lo que eso significaría.

—¡Mierda! ¡Yo no sé nada!

—No me levantes la voz, macho —advirtió Chávez con una leve sonrisa que a Contreras le pareció un esbozo de dentellada. Estaba enterado que solía utilizar la última palabra cuando daba por sentado un duelo.

—Está bien, está bien... ¡Esta espera me jode! —se apaciguó cual manacaraco amainando el plumaje.

—Si te digo, que tú bien lo sabes, es porque resulta obvio que de darse el asalto, esto sería una carnicería, una desbandada... ¡Vete tú a saber!

—No es para tanto.

—¿No?

—Exageras.

—¿Cuántos están sobrios después del bacanal de anoche?

—¡Qué bacanal! Celebraron nomás como buenos selváticos su año nuevo y la resaquita les infundirá más valor, sin duda.

—Bastante concentración, buen físico y obediencia, también se necesitan.

—No digo que no.

—¿Y?

—Pero estas fiestas las celebran todos. Apuesto a que la gente del Genaro duerme también "la mona" —aventuró refiriéndose a la gente de Mattos.

—Esa gente cumple órdenes al pie de la letra bajo una durísima disciplina impuesta ya desde sus cuarteles. Cualquier conscripto puede decirte lo desalmado que es el entrenamiento. Y la consigna que traen es combatirnos. No creo pues que se permitan el relajo nuestro.

—Les tienes miedo, ¿dí huevón?

—Para nada —Chávez enronqueció la voz—. Recuerda que ya les tuve al frente dos veces.

—¡Ya cojú!

—Y creo que sí..., que sí nos van a atacar ahora —afirmó un poco fastidiado y dejando evidencia de que la conversación le incomodaba, que ya no era muy de su agrado.

—No digas cojudeces, Miguel —Contreras dio un manotazo en el aire—. Pero en fin... Si llegase a ocurrir...

—¿Qué?

—Esperemos que esta vez la suerte no nos sonría con su boca pishjeta.

—Ja, ja, ja... —rió de buena gana Miguel Chávez, rompiendo su propia tensión.

—Bueno; hay que estar preparados de todas maneras, sin duda. Iré a poner en orden algunas cosas.

—Que los civiles del lugar se vayan a las chacras, mano.

—Eso sería una invitación a los gobiernistas.

—Si deciden atacar, no se detendrán ante nada, te lo aseguro; y en toda confusión así, justos pagan por pecadores. Lo peor sería que nos echarían la culpa de haber utilizado gente indefensa e inocente como escudo. La propaganda se construye como convenga.

—Si pues... —asintió pensativo el vehemente jefe.

—Sería bueno poner bolsones de resistencia en la ruta hacia Neshuya y hacia Yarinacocha..., o "Jepe Lam", como le llaman estos huevones de nativos, para que

llegado el caso, nos podamos replegar por ahí con un poco de orden, al menos.

—¿Replegarnos? —objetó, más que preguntó, Contreras.

—Sólo hasta que llegue la cañonera con los refuerzos.

—¡Ah!

—Así ganamos tiempo.

—El Comandante decidirá eso. Pero te digo Miguel, que de aquí a mí no me hará retroceder ni san puta —aseveró impulsivo.

—Si tú lo dices…

Octavio Contreras continuó por un buen rato su nervioso paseo sin pronunciar palabra alguna, y haciendo peligrar la compostura de Miguel Chávez que se iba sintiendo quisquilloso con sus ires y venires.

—¡Oye, Pinto! —llamó intempestivamente, plantándose cerca de la hamaca en la que el susodicho permanecía quieto, mirándole como un puerco mira su hozadero.

El lanchero no se dio por enterado.

—Ese duerme como piedra –indicó Chávez.

—¡Levántate so huevon! —se impacientó Contreras propinando un manazo al templado cabo de la hamaca.

—¡Sí señor! —se puso en pie Pinto, remedando la cimbreante agilidad de un gato.

—¡Hace rato que te estás haciendo el dormido, carajo! —Pinto se apergaminó—. ¿Ves ese techo que aparece por encima de ese platanal?

—¡Sí señor!

—Bien; ahí les debes encontrar a Catalino Mozombite y a Ezequiel Vargas.

—Correcto.

—Les dices que en media hora quiero a todos los borrachos en fila.

—Esa es la casa de don Alejo Vásquez, ¿diga?

—Exacto.

De tres ágiles zancadas, Pinto se encaramó sobre el rojo barranco y rápidamente se alejó a cumplir su cometido.

Miguel Chávez por su parte se quedó cavilante vuelto a los pequeños remolinos que se metían bajo la huama, el ipururo, la santa maría y el pájaro bobo, que iban apretujándose en un recodo cercano de la ribera, aprovechando un buen ángulo visual expuesto por la popa arrimada en esos momentos a babor.

—¡Creo que la gente no tiene sesos, carajo! —se lamentó en tono decepcionado a

su espalda, Octavio Contreras.

—¿A qué te refieres?

—A nuestra gente de la selva con su actitud indolente y confiada.

—¿Por qué?

—Esta es la oportunidad de optar por un futuro diferente, de decidir nuestro destino instaurando un nuevo régimen político con autonomía y libertad para la región, asunto que debería interesarnos a todos los selváticos creo, y mira ve... pocos se han enrolado a la causa ¿No te jode esto Miguel? Inclusive los que lo han hecho, mírales nomás con qué despreocupación andan por ahí... ¡Un juego es la huevada para ellos!

—¡Sí claro! Nomás que creo que te estás arañando el corazón en balde y con eso las ganas de seguir sintiéndote parte de la causa. No le des a eso hermano. Te convertirás en un suicida inútil.

—Nuestra causa no es inútil.

—Dicen que los que ganan escriben la historia y por lo general no le reconocen nada al derrotado excepto todo lo malo que dejó la lucha. Le hacen todo un cargamontón de acusaciones para justificar los excesos de la guerra.

—Para eso estamos aquí nosotros pues; para luego del triunfo ser sinceros con la historia —replicó Contreras, contumaz con un cenit para su optimismo.

—Pero como tú bien dices..., la población parece no haber entendido por qué estamos aquí; la verdadera razón de nuestra presencia; las causas y justificaciones de este levantamiento que más que cervantista, es regionalista y justiciero. ¡Pucha madre! Es decir..., se evidencia una falta de sintonía, o si se quiere, de correspondencia entre los fundamentos de la revolución y las aspiraciones del poblador común que decidió estar sin participar en esto que para nosotros es... ¡Qué te digo!

—¿Qué va a pasar si otra vez nos sacan la mierda? —interrumpió Contreras.

—A ti te la sacarán.

—¡No seas huevón! Me refiero a...

—Sé a lo que te refieres, macho —cortó de igual talante Chávez—. Pues... viéndolo bien, creo moriremos; así de simple -terminó aseverando con fatalidad.

—¿Y la revolución?

—Moriría con nosotros, de todas maneras.

—¿Por qué?

—Porque carece de ideología.

—Al menos de aquí para adelante, los gobiernos de turno ya no tendrían tan aislada

a la región como hasta ahora —le ganó a Contreras una simplona consolación brotando furtiva por sobre su temperamento reacio—. Pero todavía la última palabra no está dicha. De repente logramos aquí despanzurrar a Genarito y la historia se convierte en favorecedora nuestra —se animó otra vez.

Miguel Chávez se aflojó el pañolón que cubría la ya encostrada herida de su cuello, y muy a su modo, sonrió torcidamente con talante de hermano mayor, condescendiendo con la ilusa esperanza de Contreras, pues no se necesitaba más de dos dedos de frente para saber que Mattos sólo era una pieza de toda una estructura de guerra, y que Leguía, orondo "pacificador de fronteras", se las tenía jurada.

Seguidamente se puso en pie con cierta pereza, y se dedicó a escudriñar el verde horizonte que parecía flotar sobre las túrbidas corrientes llegando del Sur, donde por un segundo le pareció ver surgir un chispazo de luz.

—Todos los que están ahí —comenzó a decir de repente, señalando en dirección a Bahuanisho—, son gente enviada a combatirnos, y no precisamente con capacidad para analizar razones... Son soldados en campaña hechos para ver negro donde sus jefes dicen que es negro y... ¡a la mierda! Consecuentemente mi querido amigo..., aquí no habrá razones ni condiciones que amortigüen el olor de la pólvora.

—Para que uno de esos milicos sea pensante, tendría que salir de los huevos de Cervantes ¡en Dios! —borbotó todo fanático, Contreras—. Tú me haces acordar lo que para diciendo ese huevón de Adolfo Laynes —acotó en tono de reproche.

—Ujum —asintió Chávez, deseoso ya de estar solo.

—Bueno; me voy a pasar revista a la tropa.

—Sí —fue su respuesta lacónica, sentándose a descostrar las heridas que los callo-callo le habían producido en las pantorrillas durante la huida de Chonta Isla, y que el miliciano Antonichi desprendiera directamente con fogonazos de pólvora.

Las horas se le vinieron encima susurrándole inminencias fatales para la revolución.

El cielo, despejado aquel 1 de enero de 1,922 exponía un sol nítido en el declive de la tarde, premonizando según las predicciones de los ancianos lugareños, todo un mes sin lluvias, a despecho de la época invernal. Simples aproximaciones de abusiones sembradas a lo largo de generaciones.

Diciembre no había tenido tal vaticinio, y en los soleados charcos dejados al nuevo año, los renacuajos proseguían su proceso de metamorfosis, ajenos a los conflictos humanos, y sumisos a los detonantes vitales dispuestos por la madre naturaleza.

Los gramalotales estaban extendidos hasta debajo de las casas de alto emponado, y el cutsu fertilizador veíase fogocitante trepándose por los papayales y hasta ceticales que bordeaban las purmas.

Algunos chanchos criados sueltos, dueños de sus propios caminos disimulados por la sinchipichana que crecía en abundancia por doquier y con la que los pelones preparaban enjuagues para sus debilitados cueros cabelludos, desembocaban con terca reiteración a un deslibrado canchón cerca al malecón, balanceando unas bolas

de barro adheridas a sus queratinizados rabos. El cuadro hacía reír a los milicianos que coincidían en sus andares con los animalejos, quedando antojados de un cuchicara.

Definitivamente, no se hubiese podido decir que Pucallpa era en esos momentos un poblado bien organizado y mucho menos afirmar que su crecimiento estuviera sucediendo enmarcado en un plan de desarrollo urbanístico pre establecido. Pero al respecto, algo de ventaja comenzaba a correr por sus calles aún repletas de piques, comparándola con otros caseríos de la cuenca ucayalina.

Miguel Chávez Maldonado todavía andaba enfundándose el uniforme caqui de miliciano dentro su camarote, cuando la noche cerró el horizonte semejándose a los párpados de un otorongo antes de lanzarse a su sigilosa cacería. Pensaba que la celebración del año nuevo había sido un acto de irresponsabilidad, si no de estupidez. Pucallpa no era las termópilas espartanas, ni ellos los trecientos de Leonidas.

Las olas golpeaban bajo la popa de la lancha con un ruido cadencioso muy parecido al producido por los que comen con la boca abierta, y no pudo evitar que le recordaran tambien su primer coito de adolescente en la floja vulva de la vieja Felipa Amasifuén, reconociendo, muy a su pesar, que de muchacho también había hecho cojudeces.

Salió a caminar por los emplazamientos de la defensa, y grato le fue percatarse de que Octavio Contreras había hecho un buen trabajo con los sobrios.

Una vez refrescado en la renovada brisa nocturna, tan similar a la que le golpeó el rostro la madrugada aquella en la que arribó de Masisea en la lancha "Luella" de Marco del Mar, el "pucacuchi", se encaminó resueltamente hacia la casa del gobernador donde la plana mayor había decidido improvisar un común mesón. En esos momentos, Mozombite, Contreras, Texeira y vargas, ya aperitaban allí con una botella de aromático cañazo, a modo de desatar sus lenguas y equilibrar tensiones.

—Ven Miguel, siéntate aquí —le llamó cordialmente a su costado Octavio Contreras, al verle entrar.

—Ahorita.

—Ven tómate una copita, amigazo —le invitó Texeira.

—No pensarán seguirla, ¿verdad? —advirtió.

—¡Qué va, hombre! Con lo de anoche fue suficiente. Pero el "veneno" se cura con el mismo "veneno" —aclaró Mozombite haciendo un gesto muy significativo.

—¡Salud!

—¡Salud! —le respondieron a coro.

La sustanciosa sopa de arroz con carne seca de monte y sus trozos de yuca adentro, le cayeron como manjar luego del ardorcito producido en todo el tubo digestivo por el trago de aguardiente. Comió con ganas, al igual que los demás, con ese goce

inmediatista en el que se deleitan los que saben que cada día trae consigo su propio afán y su propio riesgo de muerte. El aroma del sacha culantro tampoco fue para menos.

—¡Oye Alejo, ponte una botella más para asentar la maquisapita que ha estado rebuena! —gritó Contreras aún con la boca llena, antes de empujar su tazón vacío.

—¡Qué..., mono ha sido ya vuelta! —se extrañó Vargas, que en su parecer había estado comiendo chosna—. No creo que haya sido maquisapa —insistió, limpiándose con el índice los restos de comida acumulada entre sus dientes y sus carrillos, fiel indicio de que la edad ya le iba relajando los músculos faciales.

—Te lo digo Varguitas porque a mí me tocaron sus manitos —reiteró contundentemente Octavio Contreras, escarbando con meticulosidad los huesillos arrumados a un costado de su tazón.

—¡Puta, qué ricura! —exclamó relamiéndose sus carillas dentales Mozombite, a manera de ridiculizar la extrañeza de Vargas, que era un poco eticoso para las comidas.

En esos momentos el dueño de casa depositó una nueva botella de aguardiente en la mesa, correspondiendo a la petición de Contreras. Parecía que nadie sabía que estaban en guerra. La mente usa unos velos misteriosos para aclimatar al hombre a su circunstancia.

—No nos caería mal una nueva maceradita al hígado -insinuó ya un poco chispeado, Texeira.

Miguel Chávez se disculpó después del primer trago, pretextando un dolor en la herida de la garganta, y salió rumbo a la lancha donde tenía orden de pernoctar y vigilar todo movimiento en el río procedente del Sur.

Estaba seguro que esa "asentadita de maquizapa" propuesta por Contreras, sería un poco más que eso, y no quería ser sorprendido en combate desminuido por un irresponsable estado de ebriedad. Estaba inquieto, desconfiado, presintiendo amenazas en el paso de las horas. En realidad, estaba algo deprimido ante la perspectiva de esfuerzos inútiles. No quería decir esto, que no le pondría denuedo al combate en ciernes, pero lo de May Pablo y Chonta Isla, le traían medio acomplejado.

—¡Carajo, ni un mapacho! —lanzó una imprecación palpándose los bolsillos.

En esos momentos, cual si fuese un enviado del propalador del vicio, el perfil de un miliciano se recortó en el oscuro camino, llegando a su lado en un par de trancos.

—Buenas noches Comandante —saludó el misterioso individuo.

—¿Benancino? —preguntó, creyendo reconocer a su antiguo subalterno.

—Sí señor.

—¿Dónde se han metido que no les he vuelto a ver?

—Estamos distribuidos en las trincheras. Sólo Sózimo está de segundo artillero.

—¡Ese bandido!

—A usted tampoco se le ha visto en la casa de los jefes.

—Me confinaron a un camarote de la lancha "San Miguel"

—Por algo ha de ser.

—Así es Benancino.

Conocedor del tabaquismo de su jefe, el buen subalterno se puso a rebuscar en sus bolsillos sus infaltables siricaipis, y muy obsequioso le tendió uno.

—¡Justo al gusto Benancino! —agradeció a su modo el superior. Luego, lado a lado uno del otro, fumaron en silencio caminando hasta el malecón donde, después de una corta plática, cada quien se fue por su propio camino. No se volverían a ver jamás.

Bajo los efectos estimulantes de la nicotina y casi contagiado del entusiasmo simplista de Contreras que creía a pies juntillas que la cañonera "América" llegaba al minuto siguiente, y que Mattos, el jefe gobiernista, se "rascaba las bolas" en Bahuanisho, se tiró a la cama trajeado como estaba y con la mente en blanco. Rápidamente agarró sueño.

Aproximadamente a las cinco de la mañana del día siguiente, un 2 de enero de 1,922 Cayo Pinto, el patrón de la lancha y los cuatro marineros que completaban la tripulación de la "San Miguel", se levantaron a cumplir sus tareas rutinarias sin la más leve sospecha que entre la neblina una terrible amenaza se cernía sobre ellos. Adolfo Laynes Pozada, un reconocido poblador del lugar que prudentemente se había guardado de colaborar e identificarse con la revolución, se acercó a saludar subiéndose a cubierta con su característica soltura, en un acto fortuito que acaso le valdría la vida, pues un inminente acontecimiento no le permitiría desembarcar.

El río había mermado unos buenos centímetros y la punta de la proa estaba peligrosamente varada.

—¡Marcelo! —llamó a uno de sus maquinistas.

—Oigo don Cayo.

—Prende máquina; no nos vayamos a empopar de repente aquí.

—Está mermando ¿dí?

—Así parece.

A poca distancia, vió que frenéticos los marineros de la lancha "Elisa" acometían las mismas maniobras y que rápidamente se separaban de su embarcadero para alejarse río abajo.

Cuando ya se encontraba enrollando el cabo de amarre en la vita, un tableteo letal hirió la plomiza calma del amanecer, imponiéndose a los graznidos barulleros de una bandada de shanshos que en el acto se echaron a volar.

Una nueva ráfaga le quitó la tonta idea de que no había escuchado bien, de que aquel repiqueteo "parecía" disparos de metralla, y le hizo reaccionar tirándose sobre la cubierta, en el preciso instante en que la cruel realidad escogió pizarra en el pecho de uno de sus marineros que iba asido de la baranda y parado en el verduguete, para mostrarle que ahí había empezado una lección cruenta de combate.

—¡Rápido! ¡Aceleren carajo! —gritó desesperadamente a los otros tripulantes y dándole una mirada interrogativa a Laynes, quien ni por asomo podía prever que poco después regresaría como jefe político del Ucayali, nombrado justamente por el capitán Mattos.

Una mortal mancha roja iba agrandándose en el bibidi horriblemente perforado del marinero que no alcanzó a treparse a cubierta, mientras caía acalambrado al agua, dirigiéndole una vidriosa mirada llena de espanto e incredulidad. Fue su último gesto en vida.

—¡A fondo, a fondo mierda! —urgió de nuevo.

No había terminado de gritar su apremiante orden, cuando un persistente estremecimiento recorrió la lancha, como máquina de remendón midiendo a puntadas su eslora. Después siguió un fuerte estampido, luego otro, aparentemente menos sonoro por la sordera, y el graneado vuelo de unos estridentes pihuichos poniéndose raudos a buen recaudo pasó desapercibido.

La metralla de "La Libertad" iba tras las contadas embarcaciones que huían a duras penas con el magro favor de la corriente, o como en el caso excepcional de la "San Miguel", impelida por su máquina a full, en tanto no se entretenía en un mortífero barrido por la terraza del malecón donde un polvillo rojiso ensayaba disimular las siluetas quebradas de algunos combatientes pasados a mejor vida.

En medio de esa batahola, Pinto pudo distinguir acechando desde la niebla, el perfil quieto de "La Libertad", pero no pudo escuchar el estruendo de sus calderas a punto de lanzarla a cobrar su parte en la desigual contienda.

La fusilería reclamó igualmente su espacio de muerte, y cuerpos ágiles, llenos de vida, comenzaron a doblarse a boca de trinchera, como si fueran de cartón, y a caer en poses grotescas sobre el polvoriento malecón cuya tierra roja atinó a palidecer bajo la sangre viva de los cuerpos baleados.

—¡Qué pasa! —vociferó Chávez, todavía aturdido, asomando la cabeza desde su camarote.

—¡Al suelo don Miguel, al suelo! —le alertó Cayo Pinto, desde su humillante posición—. ¡Nos están atacando!

—¡Puta madre, ya era tiempo, carajol! —masculló rabiosamente Chávez, saliendo

temerariamente a cubierta.

—¡Cuidado!

—¡Párate y dirige la lancha a la orilla!

Una nueva ráfaga pasó desastillando el puente de mando, golpeando con astillas del maderaje la cara de Chávez, que tuvo que aceptar aplastar por un momento el vientre contra cubierta y ver desde su incómoda posición cómo otro marinero caía abatido prácticamente partido en dos.

—¡Ya nos jodieron! —masculló Cayo Pinto, animándose a correr hacia el puente de mando donde un tercer marinero que iba de timonel, acababa igualmente de ser alcanzado.

—¡Tenemos que atracar, carajo! —siguió instando fuera de sí y rojo de íra, Miguel Chávez.

La lancha "Elisa" se había perdido de vista hacia la boca del río Aguaytía, sin haber sido cogida dentro del avispero en el que la "San Miguel" se debatía en esos angustiosos momentos, muestra por demás convincente de que lo único que quedaba por hacer ahí era ponerse a buena distancia.

—¡Señor Chávez! —Llamó Pinto ya tras el timón—. ¡Ayude abajo al maquinista!

—¡Mierda!

—¡Sólo nos queda él! ¡Apúrese jefe!

—¡Qué chucha carajo! ¡Hay que acallar a la lancha de Mattos!

—No estamos artillados, señor.

—¡Por la puta que les parió!

Parecía como que las groserías fuesen la única manera de canalizar las iras.

Como expulsados de un burbujero, de pronto la lancha estuvo navegando en aguas tranquilas, siendo los estampidos, las detonaciones y las ráfagas, un fenómeno auditivo ajeno y distante, hasta que un silencio lóbrego apretujando el traqueteo del motor, inundó las almas. "La Libertad" del capitán Genaro Mattos tenía ya el señorío en todo el tramo costero del malecón Pucallpino.

En el lado cervantista que defendía esta plaza, la sorpresa igualmente había sido mayúscula, pero lograron rehacerse prontamente tras la estupefacción inicial, gracias al arrojo de sus jefes y al fervor revolucionario puesto a prueba en esa hora aciaga por cada miliciano, vueltos a defender cada palmo de tierra con mucho mas que sudor.

Ordenando sus líneas, encararon con desdén suicida el asalto de las huestes gobiernistas, que luego de una granizada de plomo como ablandamiento, hicieron al cabo valer su mejor disposición táctica y su contundente adiestramiento en asuntos de guerra, prevaleciendo finalmente en la batalla. Así pues, a eso de las tres de la

tarde de aquel soleado día, un sembrío de cadáveres regados con su propia sangre, daba constancia de la tercera derrota de la revolución ante el mismo capitán; sólo que esta vez, sobre el rojizo suelo de Pucallpa, temido terraplén del May Jushín de los shipibos, puesto esta vez a testificar la contundente debacle.

La matanza de fugitivos no pasó de ser un amago eufórico limitado a los que eran cazados en las chacras antes de alcanzar los bosques cercanos. Acaso la "limpieza" del pueblo fue algo peor, por los desmanes de la sodadesca con las mujeres y bienes que quedaron desprotegidos y a su merced en medio del furor de la victoria.

Por su parte, el mayor Juan Pablo Santibáñez, enviado al escenario de Yurimaguas y Moyobamba al mando de doscientos hombres del batallón cinco de Lambayeque, a fin de sofocar la revuelta en esos frentes, había logrado disuadir a los potenciales patrocinadores de la revolución, y se dirigía ya hacia la capital loretana tan rápido como le urgían las exigencias del presidente Leguía, quien consideraba los manifiestos cervantistas como un serio obstáculo para que los tratos de su gobierno con Colombia sobre Leticia, llegaran a un buen fin. La incursión de las huestes loretanas al mando de los tenientes Boshio y Lecca, comandados en este frente por el coronel rebelde Gonzales, prácticamente no habían tenido trascendencia.

El 7 de enero de 1,922 al batir en aguas del bajo Ucayali a la lancha "Elisa" y quebrantar la heróica resistencia de la cañonera "América", cuyos tripulantes en un acto de elevado valor y lealtad hacia sus jefes que requerían de tiempo para escapar de Iquitos, se mantuvieron hasta el final del combate al filo de la inmolación, el capitán Genaro Mattos, al mando del batallón "Tarma", liquidó definitivamente la agónica presencia cervantista en el Sur y dejó libre la ruta del Ucayali para la restauración de la legalidad en esta parte del país.

Después de esta última victoria, con la misma austeridad puesta a prueba a lo largo de cuatro meses aproximadamente de campaña, con la serena satisfacción del soldado que valora sus logros dentro del cumplimiento de su deber, así hizo su arribo a la capital loretana este valiente oficial. Era entonces el 14 de enero de ese mismo año, y ya el mayor Santibáñez se encontraba allí desde el día anterior.

El coronel Gonzáles, el capitán Cervantes, Chávez, Egúsquiza, y algunos otros jefes civiles de la revuelta separatista habían logrado burlar el cerco y surcaban en esos momentos las aguas del Marañón rumbo al país vecino del Norte.

XVI

Italia, cuna de las universidades más antiguas del mundo, de la loba capitolina, y del buen Garibaldi quien alguna vez anduviera por el Callao, apareció ante los interrogadores ojos de Justa Aliaga meciendo su continente delante la proa del vapor que parecía avanzar hacia tierra firme con la presteza que el corazón de la encandilada dama exigía a las puertas del reencuentro. La angustia que se mantenía ovillada dentro su pecho, parecía ir desmadejándose ante el inminente arribo.

Una energía fascinante envolvía a la Roma soñada, tan llena de contrastes y audacias estéticas, tan llena de ritmos aferrados aún a cantos gregorianos, cuando Justa y su hijo Juan Francisco posaron al fin su planta en ella, pareciéndoles que seguía siendo digna de ser la primera en toda Italia, como lo fuera en los tiempos imperiales y aún hasta antes de la unificación de la península consolidada en el año de 1,870 coincidentemente el mismo en el que Juan Francisco naciera en el Callao.

Una vez instalada en la espaciosa casa de su esposo, el proceso de adaptación fue sólo una cuestión de asimilar costumbres de la mano de éste y de permitir la manifestación de ecos genéticos puestos a su disposición por su sangre materna.

Como era de esperarse, al principio abundaron entusiasmados los gestos de bienvenida y las delicias del reencuentro asomando vaporosas por entre las enaguas de hadas traviesas, pero poco a poco la rutina cotidiana fue desplazando a ese "tengo tanto que contarte", susurrado entre abrazos y besos confidentes de sesiones a media voz, dando cada vez mayor espacio a ese sentido práctico, tan manifiesto en sus caracteres proclives a ponerle especial esmero a los asuntos del haber.

Debido a la imposibilidad de ejercer su profesión, por obvias razones, y a la atención que le merecía la educación de su hijo, Justa terminó enfrascándose con una meticulosidad maniática en las actividades hogareñas, muy afanosa según su modo, como si todo lo demás careciese o tuviese la menor de importancia, creando un embalse silente de frustraciones relacionadas con la represión de sus otras potencialidades y aspiraciones.

Por su parte Francesco Marino Esquiantorelli, su esposo, había renunciado hacía un buen tiempo a la Schering Inc.Co, con la esperanza de empezar por su cuenta, o asociado con alguien, la aventura de la propia empresa, y seguía entre tanto trabajando en proyectos de investigación dentro la química industrial, financiados con mucho interés por empresas dedicadas al procesamiento del caucho, a cambio de una paga que le permitía vivir con cierta holganza.

Entusiasmado por los planes futuristas de su padre, Juan Francisco le confesó una tarde que estudiaría la misma profesión, quien al escucharle, por alguna razón recóndita e indescifrable, sintió que aquella decisión no era la más atinada. "Pero en fin —se dijo con resignación y recompuesto buen talante—, los agoreros presentimientos por lo general no pasan de ser eso solamente, y los químicoindustriales están pasando por buen momento".

En el año de 1,894 Pancho, como ella llamaba a su marido, conoció a un colega judío llamado Horacio Leví, con quien volvió a retomar su antiguo proyecto de la empresa propia.

Éste le habló de sus excelentes contactos en la selva amazónica, específicamente en Brasil y Perú, y de la rentabilidad del negocio del caucho importándolo desde estos lugares.

—¡Marino y Leví! —exclamó entre serio y en broma Francesco, acariciando un rótulo imaginario.

—Sí; podríamos inscribir la empresa con ese nombre —mostró su complacencia Horacio.

—Suena bien, suena bien -asintió Francesco, sin poder ocultar su entusiasmo, a pesar de todo aún precario para estar a la altura de lo que significaría la empresa en el rubro del caucho.

—No se precipiten; vayan con calma —les aconsejó Justa.

No podían, sin duda, ni siquiera suponer entonces que la empresa en ciernes sería una de las que más caucho llegaría a importar de las selvas amazónicas con destino a Europa.

Al pasar los años, todos los buenos vaticinios del judío Horacio fueron cumpliéndose con creces, y la holgura económica se introdujo en la vida de la familia Marino Aliaga como si fuera producto de compalcientes cornocopias de la abundancia, que lo único que no podía conceder tenía que ver con los sentimientos enmarañados de Francesco, ya vapuleado secretamente desde la llegada de Justa, por cargos de conciencia de una vida oculta cada vez más difícil de mantener en un plano paralelo.

Cuando al fin éste les reunió un fin de semana con una cautela inusual y algunos regalos de por medio, el sexto sentido de Justa le puso sobreaviso respecto a inexorables rápidos rumbo a la cascada por donde su relación debía despeñarse tarde o temprano, y por segunda vez en su vida, tuvo miedo del porvenir. Pero no pasó de ser una especie de manifestación refleja de un vértigo pasajero.

Las sorpresivas ausencias, los raros silencios, los tantos puntos suspensivos jamás completados durante esos años, en algún momento tenían que cerrar descifrado el círculo final de tantos giros incompletos, y aparentemente aquel momento había llegado.

—Quisiera confesarles algo —empezó a decir el hombre con medida calma, luego de insulsos circunloquios que evidenciaban que este día había amanecido con ganas de hablar demás

—¿Pasa algo grave papá? —preguntó inquieto Juan Francisco, notando la turbación que embargaba a su padre.

—Ojalá que no, hijo —contestó éste, poniendo los ojos fijos en ella.

—Tranquilízate papá.

—¿No dices nada Justa?

—El que quiere decir aquí algo eres tú; hasta donde me da el entendimiento —le

replicó arisca. Sentía la inminencia de un golpe bajo.

—Bien —se aclaró la voz muy nervioso Francesco, que hasta un día antes nomás, mostraba todo el aplomo del mundo.

—Vamos, papá, ¿qué está pasando?

—Por favor, no entiendan esto como una ruptura, ni como una falta que deba excluirles de mi vida.

—¿Ruptura? —se sorprendió Juan Francisco—. ¿Qué tonterías son esas?; no entiendo.

—Solamente quiero que sepan que...

—Ya empezaste, habla de una vez. No creo que dorar la píldora vaya a cambiar las cosas —le instó ella, acalambrándose en el estómago.

—Cuando no pude ubicarles aquellos años en que el Perú estuvo en guerra... bueno, yo...

—¿Yo qué? —apuró Justa, toscamente inquisitiva.

—Juan Francisco tiene un hermano —la confesión le salió brusca, como a la defensiva, pero predispuesto al ataque en caso de una réplica agresora.

Sin duda, a Francesco Marino Esquiantorelli, le costó decir semejante verdad; pero era de aquellos que no solía ocultar cartas en la manga y que prefería las definiciones. Acaso esta vez se demoró en hacerlo, pero siempre supo que terminaría poniendo las cartas sobre la mesa. No por el hijo revelado, al que había asistido secretamente y aprendido a querer en la clandestinidad al arribo de Justa y Juan Francisco, sino, por la actitud de doblez, la vida sumergida de todos esos años en los que no pudo sustraerse de una relación con la madre del muchacho, que si bien la consideró episódica en un primer momento, se fue haciendo asidua y conformista, casi tan formal como la constituida con Justa, sólo que solapada en el pretexto de velar con responsabilidad y afecto por el hijo. La raza, la nacionalidad, las costumbres, el idioma natal y la historia común, haciéndole parecida estimulación que la que sentía al pulsársele el órgano sexual, seguramente habían tomado partido por esta inclinación.

En las semanas siguientes, Juan Francisco, aparentemente no se mostró afectado por la confesión de su padre, excepto por un sutil sesgo de conducta que acentuó su usual jovialidad para atraer a las mujeres, incluyendo algunas secretarias de la empresa. Se le sentía exagerado.

Justa por su parte, no quiso ser consolada, no aceptó ni por súplica pagar con perdones la afrenta, ni con comprensiones las contritas explicaciones de su esposo. Se aferró mordiente a los efectos de la traición, sorbiendo resentimientos y enconos como si de ahí saliera su sustento. En el fondo, era una mujer primitivamente posesiva, pero más que eso, con mucha conciencia sobre el respeto que se debe tener a los compromisos asumidos.

Se aferró al dolor nacido del engaño, a la humillación concebida de la felonía, y en sus retiros taciturnos tomó la drástica decisión de volver a su patria, a su Perú amado, a su Callao porteño, a su Chorrillos heróico, a llorar allí sobre esa tierra regada con la sangre de sus seres queridos, todo el cúmulo de su gran dolor. Tenía una decorosa alforja bajo el brazo para hacerlo sin apremios ni escaceses, y ya su hijo era todo un hombre con una profesión para defenderse. Además, era una mujer con el don de la abstinencia, así que eso de necesitar varón para calmar necesidades de alcoba o de vacíos afectivos a nivel conyugal, no le hacía ni pestañar.

Y así, una tarde de sobremesa, conduciéndose lo más casual posible, creyó oportuno comunicar esta irrevocable decisión, y guardando lo mejor posible la compostura, pidió que le prestaran atención. Tanto el esposo como el hijo, captaron al instante las sombras caídas de repente sobre sus aún edematisados párpados, y aquella embozada amargura sofrenada en la frialdad de su voz al parecer les persuadió de hacerlo con la mayor reverencia. Se sentía en el ambiente que algo definitorio acechaba tras de su faz sin expresión, y ciertamente estaba más que dispuesta a decir su premeditada renuncia a todo lo que tuviera que ver con permanecer en Italia. Se había convertido en un ser concentrado de resentimiento, pero estaba conciente que aquel innoble sentimiento le haría más daño a ella si permanecía al lado de Francesco.

—Voy a volver al Perú —dijo lacónicamente.

—Pero ya no tenemos a nadie allá mamá —hizo notar con suavidad Juan Francisco, una cara de la inutilidad del inminente regreso—. Aunque a nadie le vendría mal un relajante paseo —añadió, temiendo una colisión temperamental que avinagrara la digestión, mientras su padre se apresuraba a levantar su copa de vino, escondiendo una mirada culpable dentro de ella.

—No sé si quieres acompañarme, hijo.

—Por supuesto mamá; pero tendría que ver con papá cómo dejo el trabajo y arreglar algunos asuntos personales.

—No creo que eso sea problema.

—Justa..., mira —se animó a intervenir nerviosamente Francesco—, ¿por qué no sopesamos con serenidad esta cuestión? Pienso que es un asunto que exige seriedad.

—¿Seriedad? —dio un respingo Justa.

—Sí, por su puesto —replicó Francisco poniéndose rígido.

—Por favor mamá…, papá tiene razón —intercedió Juan.

—¡Qué razón, ni qué ocho cuartos!

—Justa, por favor; tus tercos silencios no nos han conducido a ningúna situación llevadera hasta ahora, y estas intransigencias tampoco ayudarán a entendernos. Yo quiero…

—¿Y quién te dice que quiero entenderme contigo, o con quién sea? ... ¡Diablos!

—Tranquilízate mamá.

—Yo sólo estoy comunicando que me voy, y eso haré. Hace tiempo que aquí no tengo un lugar para sentirme como verdaderamente soy, y el único lugar en que creo puedo intentar al menos caminar sin vergüenza, no es precisamente aquí.

—Presiento que asumes que tu viaje es sin retorno, ¿cierto? —insinuó apesadumbrado Francesco.

—Eso te conviene, pues..

—No hables así; bien sabes de mi arrepentimiento y mi deseo de seguir adelante a tu lado, pero mi sinceramiento y mi arrepentimiento al parecer no me deparará tu confianza, jamás.

—Mamá; entiendo que estés..., bueno..., digamos afectada por lo que ha pasado con papá.

—¿Y te parece poco?

—A mí también me tocó mi parte, madre ¿Pero no crees que ya es tiempo de que recapitulemos con madurez este asunto?

—Es tiempo de que me vaya de aquí; para eso es tiempo.

—¡Por Dios mamá, se razonable, pues! —se impacientó Juan Francisco.

—¿Vendrás conmigo? —le encaró ella con intransigencia.

—¿Volverás?

—¡No!

En medio del silencio que siguió a la iracunda respuesta, una letal certidumbre ensombreció semblantes. Y era que aquel núcleo familiar se caía a pedazos.

La garganta de Francesco Marino Esquiantorelli sonó como un pistón atascado al deglutir a destiempo su honda desazón, y la implorante mirada de Juan Francisco se fue tras el Cristo de la última cena que, desde su cuadro en la pared del comedor, siempre había presidido la hora de tomar los alimentos. Desgraciadamente aquel rostro pío y consolador, no le significó respuesta alguna, y más bien le hizo recordar las botas del pintor, que según decían, no acostumbraba quitárselas ni por respeto al requesón.

—Voy a pensarlo mamá —dijo al cabo, y apretando el brazo de su abatido padre, salió del recinto.

Justa, se irguió presta, y balbuceando atropellados reproches y a punto de derrumbarse en sollozos, salió su hijo, que había ya desaparecido por la escalinata que daba al segundo nivel de la casa.

—¡Justa! Espera un momento por favor —le rogó su esposo, aún reticente a aceptar pasivamente su abandono.

—¿Para qué? —respondió ella con desplante de ángel vengador y deteniéndose bruscamente.

—Es necesario que hablemos. Es posible que sobre nosotros sea en vano intentarlo, pero creo que no debes presionar a Juan Francisco; déjale que él escoja libremente la opción que más le conviene.

—¡Es mi hijo!

—Pero ya no es un niño.

—¡Es mi hijo! —las lágrimas se le iban a precipitar con un parpadeo más, así que mantuvo la mirada fija por un fiero momento y luego se puso compulsivamente de espaldas—. ¡Y se viene conmigo! —acotó, y su voz sonó a venganza.

—No le presiones.

—No necesita de eso para saber que tiene que estar donde está su madre.

—Lo que tratas es de mortificarme a mí, Justa. Bien sabes que el futuro del muchacho está aquí.

—En Lima buscaré dónde acomodarle.

—Conozco el Perú y allá nada es predecible, mujer.

—Sé que tenemos un buen presidente civil y que la situación está bastante mejor ahora.

—En todo caso, bien podría representar a la empresa en el Amazonas. Danos por lo menos la oportunidad de conciliar en este punto.

—¡Estás loco; esos lugares son todavía salvajes! —denegó alarmada.

—¿Por qué no dejamos tranquilo al muchacho? Toda esta presión lo único que consigue es que él sienta que aquí tiene que escoger entre tú y yo, y... ¡eso no es justo! ... Deveras.

Justa pareció encontrar un punto de conciliación en ese laberinto oscuro que confundía su raciocinio, y con un silencio otorgante, esta vez se alejó decididamente hacia las escalinatas. Por lo menos aún le quedaba el nombre para justificar que injusta no era.

—¡Señor! —llamó reverenciosa en esos momentos la criada.

—¿Sí? —respondió Francesco, sin volverse.

—El señor Leví aguarda en el zaguán; ha preferido esperar ahí.

—Hazle pasar, no hay problema.

La visita no podía ser más propicia, dado que el judío conocía mejor la realidad

de las zonas caucheras del Amazonas a donde Juan Francisco podría ir, de decidir acompañar a Justa en su viaje de retorno.

Justamente en esos momentos, luego de tranquilizar a su madre, quien cansada de sollozar como una niña al fin se había puesto más accesible, el muchacho apareció por la sala de estar, donde su padre y Horacio Leví ya departían amenamente asuntos empresariales que, a causa del altercado con Justa, tenían ahora mucho que ver con el recién llegado. Saludó efusivamente a Horacio, que era como su segundo padre, e invitado a sentarse, se acomodó frente a ellos.

—Hemos estado conversando con tu padre sobre lo de nuestros acopiadores y proveedores en Perú y Brasil y me acaba de decir que posiblemente tengas que viajar con tu mamá —abordó directamente el tema Horacio.

—No está decidido aún —contestó el muchacho, mirando con cautela a su padre.

—Nos ubicábamos en el hipotético caso de que lo decidieras así... Bueno...

—¿Y?

—Sería un asunto de negocios.

—No entiendo.

—Pues seguirías trabajando para la empresa —intervino Francesco—. Hay guías de remisión no muy claras y las casas acopiadoras están jugando a la demanda que parece ir incrementándose. Pensamos que con un supervisor en la zona... —terminó insinuando.

—Pero en caso de que acompañara a mi madre, mi destino sería el Callao —advirtió.

—Pensamos que bien podrías triangular tus estadías, si así lo quisieras —planteó Horacio, seguro de que Francesco, su socio, compartiría la idea.

—¿Cómo?

—Estás un tiempo por el Amazonas, hasta que veas que todo está en orden, después otro tanto la pasas con tu madre en Lima, y por supuesto aquí, cuando quieras.

—Eres tentador, Horacio —sonrió casi convencido ya.

—Ojalá que cuando entres al gran Amazonas, no te toque un pororoca de esos...

—¿Qué? —preguntó intrigado, alisándose el cabello rojiso.

—Así le dicen allá los brasileros al embalse del río Amazonas cuando el oceano Atlántico sube en marejada.

—¿Y qué de extraordinario tiene eso?

—El Amazonas es el río más caudaloso del mundo y su tremenda desembocadura abarca un ancho de por lo menos unos doscientos Kilómetros; si es que no es más.

—Humm… ¿No será una exageración?

—De repente llega hasta trecientos.

—¡Vaya!

—¡Imagínate muchacho, todo ese volumen de agua chocando con el Atlántico que pugna por hacerle retroceder contra su cauce!

—¡Diablos!

—El estruendo es espantoso; terrible.

—Hablas como si hubieras visto el fenómeno —insinuó un tanto maliciosamente, Francesco.

—¡Lo ví! ¡Claro que lo ví! —replicó Horacio, casi reclamando fe para sus aseveraciones.

—No lo sabía. Pero un poco más terminas diciendo, ¡le ví!, ¡le ví!

—Je, je, je... Te digo que cuando la marea cede y el río recobra su cauce, se puede probar agua realmente dulce, qué les digo, a unos cientos de kilómetros mar adentro. Se dice que Álvarez de Cabral llegó por eso al Brasil.

—¡Qué interesante! —exclamó Juan Francisco—. ¿Y qué lugares se puede visitar, sin perderse por ahí? —preguntó interesadísimo.

—Por lo general los puertos.

—¿Por ejemplo?

—En el Brasil tienes a Pará, Belén, Manaos, y Tabatinga donde también acopiamos, y en el Perú, solo Iquitos y acaso Nauta que queda entrando un poquito en el río Marañón.

—Conoces no hay duda, ¿eh Horacio? —consintió convencido Francisco, dándo una palmada afectuosa en el hombro del judío, a quien consideraba su mejor amigo—. Pero si Juan Francisco se anima a viajar, tendría que estar en Manaos y en Iquitos solamente. —hizo hincapié.

—¿Por qué? —se interesó el aludido.

—Creo que en esto tu padre tiene razón, hijo. En los ríos tributarios la explotación del caucho ha violentado la vida de sus gentes —intercedió el judío.

—Algo he leído por ahí, sobre eso —confesó Francesco, mirando con advertencia a su hijo.

—Actualmente por esos sitios pululan forasteros de todas las calañas con ganas de echarse fácil ganancias mal habidas —complementó Horacio el suspenso dejado por la afirmación del padre Juan.

—¿Y cómo hacen? —se interesó este, vivamente.

—Es que con el fin de fomentar la navegación en sus ríos, Brasil ha legalizado ya el libre tránsito de los mercantes de todo el mundo en el Amazonas; lo otro es consecuencia.

—¿Desde cuándo está rigiendo eso? —siguió preguntando con evidente asombro—. Por lo visto estoy bastante desinformado.

—Desde 1,866, hijo.

—¡Ah, mire ve! Y yo ni idea de que mi país tuviera una selva y un Amazonas que atender.

—Aparte que no hace ni diez años, creo, que recién abolieron la esclavitud. Obviamente este asunto también estará dando su propia cuota violentista, quièn sabe hasta cuándo —el judío trataba de ser realista mostrando crudamente lo que sabía sobre la selva amazónica de esos momentos—. Y del caucho... ¡ni hablar! -obviamente se refería a la violencia.

—Si vas a ir a nombre de la empresa, creo que lo mejor es que llegues a las casas que comercian con nosotros, hijo mío. De ahí, a ningún sitio más. —recomendó Francesco, temiendo la manifestación de su propio temperamento en el hijo, que en zonas violentas, aumentaría el riesgo de pasar un mal rato.

—¿Qué casas son esas?

—La de Venturini en Manaos y la de Strassberg en Iquitos.

—Sé cuidarme bien papá; tranquilízate.

—Pero este tu carácter impulsivo te puede meter en líos cuando menos lo pienses, mi hijo.

—Estamos en tiempo de aprovechar esta fiebre del caucho al máximo.

—Estoy de acuerdo contigo, Horacio.

—Porque, quién nos garantiza que de aquí a la vuelta de unos cuantos años no se descubran sustitutos más accequibles y baratos, como tú bien sabes Francesco, que has investigando buen tiempo el asunto; o que también los “amigos” ingleses empiecen a entrometerse.

—¿Los ingleses? —preguntó Juan Francisco, mostrándose fascinado con cada salida del judío.

—Sí pues.

—¿Cómo así?

—Hace más o menos unos veintitantos años, un súbdito inglés sacó de contrabando, no se sabe si a propio riesgo o animado por la mismísma Corona como sucedía con los corsarios en los tiempos de las colonias españolas, millares de semillas del

hevea brasilienses, sin que las autoridades de ese extenso país se percatasen ed ello. Ahora se sabe que en las colonias que Inglaterra tiene todavía en la India, como en Teilam y Singapur, estos árboles están a punto de producir tanto caucho, que ya no sería negocio ir hasta el Amazonas a conseguirlo.

—¡Estos ingleses! —exclamó despectivamente Juan Francisco.

—Mi madre decía que al alemán y al inglés tu confianza no le des. Y parece que razón no le faltaba —agregó Francesco con semblante de decepción.

Unos días después de aquella conversación y contando con el consentimiento de su madre, que al principio se mostró un tanto reacia a dejar que se apartara de ella sin completar la travesía hasta el puerto del Callao, Juan Francisco Marino Aliaga, aceptó ir al encuentro de un posible pororoca en el Amazonas brasilero.

En junio del año 1,898 después de quince días aproximados de navegación, sus ojos se posaron al fin en el grán estuario del Amazonas, y como digera Horacio, su ancho era impresionante. Se quedó pensativo imaginando lo que pudieron haber sentido Álvarez de Cabral y Orellana ante tamaña visión, y no le costó mucho presentirlo. Aunque le pareció que Horacio había ponderado algunos datos, lo cierto es que aquella masa acuosa adentrándose en el Océano con tan grande envergadura, le recordó su insignificancia ante las fuerzas de la naturaleza.

Luego de despedirse con mucha pena de su también compungida madre, a la que prácticamente tuvo que forzar a seguir su itinerario hacia el estrecho de Magallanes, en el extremo Sur del continente, para entrar al oceano Pacífico y recién llegar al puerto del Callao, entró al fin a navegar el Amazonas brasilero, sintiéndose casi como navegando por algún río de Italia, debido a la cantidad de inmigrantes de este país atestando el vapor de transbordo.

Cuando llegó por fin a la bullente Iquitos, no pudo menos que reconocer que la influencia europea se evidenciaba hasta en los bien trajeados transeúntes que tuvo la oportunidad de observar a su paso.

Las casas comerciales se veían abarrotadas de todos los productos imaginables, y en las calles la presencia de extranjeros de diversas nacionalidades daba cuenta de la iniciativa brasilera, secundada por cierto por el Perú, de permitir la libre navegación en el Amazonas.

Al pasar por la casona de fierro construida por el arquitecto francés Eiffel y enterarse de este detalle, sonrió asombrado de que cosas así hubiesen estado concretizándose en un lugar tenido por él hasta ese momento como una referencia comercial escrita en un papel membretado y nada más. "¡Y todo eso era también el Perú!", concluyó atónito.

Su atractivo varonil elevándose hasta el metro noventa del suelo a su coronilla, su condición profesional, su don de gentes y su vitalidad saludable por todos los poros, pronto le concedieron aquiescencias más allá de sus espacios ocupacionales, moviéndose a gusto entre los favores de las damitas de sociedad predispuestas a sentirse las preferidas merced a una sola de sus galanterías. Y tomó lo que se le daba

Por ese entonces, el tráfico del caucho cobró un inusitado auge en la región, obligándole a posponer su planeado viaje a Lima, como lo había prometido a su madre, y a comprometer más de su tiempo en idas y venidas entre Iquitos y Manaos.

Cierta mañana de mediados de febrero de 1,899 confundido entre un grupo de bulliciosos amigos que volvían trasnochados de una juerga saturada de caros tragos, polvos perfumados, serpentina, confeti y chisguetes de picante éter, se dejó convencer para ir a una reunión familiar en Nauta.

—¡Vamos a completarla Juan! —le estuvo insistiendo el de la voz campante. La vivencia parecía una especie de herencia paterna.

—Estoy cansado; creo que ya estuvo... —le había respondido.

—Allá descansas pues; hay harta hamaca.

—Tendría que bañarme todavía, y eso les retrasaría. Váyanse nomás.

—Saca un maletín con tu ropa y listo, hombre.

—Bueno —dijo finalmente—, que todo sea por los carnavales y el rey Nomo —su lengua aún jaloneaba vocablos italianos y le hacía parecer ingenuo.

—Hay tiempo para todo en la vida Juan; y te digo que ahora lo es para relajarse —le animó otro, con cara de cínico.

—¡Venga hombre! ¿No dicen así los españoles? —bromeó entonces, entrando ligero por el portón de una casona donde tenía habitación, replicando sin saberlo, la visita que su padre hiciera a la casa de su madre en Chorrillos, aproximadamente treinta años atrás.

Ciertamente los españoles, sus amigos, y quienes diablos fuesen, podían decir lo que quisieran y como quisieran respecto al consentimiento que acababa de dar, pero el destino caprichoso, taimado jugador y apostador antojadizo, le aguardaba con sus propias palabras y muecas para explicarle la razón de este fortuito viaje a Nauta.

Cuando aquella joven espigada de tez acanelada y aquel coquetísimo lunar debajo del pulposo labio inferior le fue presentada, supo por qué los mayores hablan del destino, y entendió cómo y en dónde surgen los deseos humanos de "sentar cabeza" y constituir una propia familia. Su estructura celular se aglutinó de pronto en pos de este empeño.

La química surgida entre él y Enriqueta López Pinto, como se llamaba la muchacha, hizo que por el momento se olvidara de Iquitos, de Manaos, de Lima, e Italia, y que frecuentara todo fin de semana la estancia "Marcela" de Nauta, propiedad de Enriqueta, a donde según le explicara ella, había decidido trasladarse luego de alcanzar la edad correspondiente, dejando a su madre, a su padre adoptivo y a sus dos hermanos, los mellizos Hoffman, en la ciudad de Iquitos.

—¿No te asusta la soledad? —le preguntó en algún momento.

—A veces un poco —le había respondido ella con una calma que aparentaba

resignación y conformismo.

—Es la peor compañera al paso de los años, junto con la dependencia. Se necesita preparar un compañero que aprenda de compañerismo para no temer el paso de la edad. Cuando se es joven, se puede ser hasta vehementemente suicida tras nuestros retos económicos y sociales sin aprender nada de compañerismo que es lo que en realidad nos departará la serenidad que se necesita para entender la vida en retrospectiva y la muerta hacia delante.

—No hables de muerte ahora ¿No se nos ha dado acaso fuerza de entraña para volver de nuestros afanes con rostro radiante hacia los que han de nacer de nosotros?

—Sí… sí cariño —llegó a responderle con un susrro impregnado de ternura.

Desde entonces, se puso a planificar con ella un futuro compartido, un porvenir mitad por mitad, y todo lo que un alma enamorada podía comprometer para conseguir convivir con su par.

En el mes de octubre de ese mismo año, cuando ya llevaba unos meses de formalizada su petición de mano y andaba afanado en los preparativos de su casamiento, una carta perentoria llegada de Italia le hizo alistar valijas para viajar a Manaos y Tabatinga, donde según el tenor de la misiva, los envíos de caucho se estaban sucediendo con alarmante irregularidad.

—Keta, cariño, te aseguro que no han de ser más de dos semanas; tal vez tres, dependiendo de algún imprevisto —quiso tranquilizarla quitándole todo viso de nostálgica ausencia a su partida, más ella pareció afectada con una desmesurada intensidad que sus palabras no amenguaron.

—Me serán las semanas más largas, amor mío —le llegó debilitante su quejosa respuesta, planteando penosamente una honda desazón, que aunque delicada y sumergida mente persuasiva, muy lejos estaba de hacerla parecer melosa y cursi.

—Solamente voy a inspeccionar qué está pasando con las remisiones de caucho y regreso inmediatamente, te lo premeto.

—Escúchame Juan, cariño: No digo esto porque anide alguna duda en mi corazón respecto a que estarás animándote a volver con premura cada día que pases lejos de mí, no; sino porque de seguro te extrañaré con todo el deseo de respirar que nos apremia al nacer, y mil angustias desesperarán mi espera mientras ruego por tu bien. Mi alma atolondrada te buscará por tus horizontes silentes si tardas, y en ansiosa vigilia y en sobresaltos oníricos rendiré cuenta día a día a la fidelidad que es mi libertad para amarte, y así no dejarme morir sobre la inquietud de imaginarte en algún amenazante riesgo, o atado a alguna demora del destino…

—Los días pasarán volando, cariño.

—Prométeme que te cuidarás, Juan, por favor... ¡promételo!

—Claro cariño; no te preocupes.

—¡Oh mi querido Juan! —le susurró ella un poco rara, apretujándose

arrebatadamente contra su pecho con ansias aleatorias, acaso sintiéndose de pronto ya indefensa, ya abandonada, ya vapuleada por antecedentes fatales de anteriores partidas, muy frecuentes en su legado familiar.

—¡Vámos cariño! Tranquila —la consoló enternecido.

—Yo... —empezó a balbucear ella, pero los sollozos la atragantaron.

—Amor, no me llores por favor.

—Es que, mira, no sé si deba decírtelo aún; no quisiera que me malinterpretes y pienses que estoy forzando... —se varó aquí, inexplicabnlemente sin resuello- Bueno... yo no... —alcanzó finalmente a balbucear casi en un susurro, esforzándose para que su confesión no se empozara en ese momento tan sísmico.

—¿Qué es cariño? Dímelo con toda confianza —le instó muy paternalmente, conjeturando a velocidades luminosas, y sin poder evitarlo, qué secretos podía haberle ocultado Enriqueta sin defraudar su confianza.

—Creo que ya tengo un poco más de un mes de embarazo.

—¿Qué?

—Sí —confirmó ella con un hilo de voz, posando su mirada intensa en la suya.

Con el encéfalo girando como un trompo, los primeros segundos no atinó a reaccionar aprisionado en una especie de rigor mortis, pero al cabo, multiplicados sus actos reflejos, arrancó a correr por entre los naranjos y pomarosas del patio lanzando unos alaridos de adolescente que llegaron a preocupar a Enriqueta. Después, dirigiéndose raudo hacia ella, la pescó con un abrazo de vuelo rasante, e imaginando un parque de diversiones exclusivo para los tres, le dio las gracias, mientras sus ojos también se anegaban con gran emoción. Era un grandulón sensible.

—¡Volveré mi amor! ¡Volveré pronto! —exclamó con gran júbilo, como si quisiera contradecir estorbos intuitivos y sabedor de la necesidad de reinvindicar en el altar el honor de su dama, que pronto quedaría en evidencia de haber sido deshonrada.

—¡Sí! ¡Sí, claro que sí! —le repetió ella a modo de conjuros espantando oscuros presagios, y supersticiosamente temerosa de la presencia espectral de su padre, que antes de partir con aquellos ingleses a las selvas del Brasil, pronunciara a su madre las mismas inútiles palabras.

—Cariño.

—Dime.

—Si nace varón le pones el nombre de mi abuelo paterno.

—Se llamará como tú.

—No, por favor.

—¿Por qué?

—Se llamará Antonio.

—¿Y si es una mujercita?

—Presiento que no -la respuesta estuvo precedida por una extraña pausa reflexiva.

—Bueno... si eso te contenta...

—Sí cariño, me complace como no tienes idea.

—¡Pero qué decimos!

—Tienes razón.

—Pronto estarás otra vez aquí, e iremos juntos al registro.

—Tienes que trasladarte a Iquitos para ir controlándote; será lo mejor.

—Sí, iré con mi mamá; aunque me gustaría que nazca aquí donde…, pues donde lo concebimos —agachó la cabeza un tanto avergonzada con la última frase.

Por cierto, no podía saber ahí que el 16 de marzo del siguiente año, a sólo catorce días de la inauguración del muelle de fierro —propuesta hecha unos meses atrás por G.M. Hassel—, el Comisionado Especial de Loreto resolvería a favor de la firma del contrato para la construcción del hospital de Iquitos, donde tal vez su hijo podría alcanzar a nacer.

Él la besó tiernamente dejándose morir en la prisión de sus pródigos labios, a voluntad, a gusto... Y ese sería el último beso nítido, certero y entero de amor que Juan Francisco Marino Aliaga sería capaz de dar a Enriqueta en el umbral de aquella despedida, porque a los pocos meses de su partida, una ajada carta daría cuenta de su cruenta muerte acaecida durante un violento asalto por piratas del río en el convulsionado Madeira, a la altura del río Purús, en la frontera peruana - brasilera. Recién entonces se sabría que una hija de nombre Amelia se había adelantado al alumbramiento de Antonio, dejando una constancia más en este mundo de que de nadie se puede decir lo que guarda en la intimidad de su corazón, excepto Yavé, que con sus portentosas cualidades puede ver más allá de las respuestas que el hombre esgrime conductualmente frente a cada circunstancia que la vida le depara. Por cierto, actuando prueba también de lo endeble de las promesas de amores sin un concepto de amor bien claro y apropiadamente definido, como el que Enriqueta acuñaría para sí en el primer abrazo dado a su hijo tras su trabajoso parto: “El amor es el todo del bien”, murmuraría para sí, enternecida en la trascendencia de la vida llegada desde un Creador.

De la niña nacida en el silencio, de Amelia, derivaría la rama de los Hernández, que recién después de más de cien años de su nacimiento, los descendientes de Antonio Marino López se enterarían de su existencia. Tiempo olvidado y extenso que resultará válido para considerar que el origen común y la consanguineidad no bastan para suplir el cultivo de los afectos con acto de presencia.

Así es la vida.



XVII

El hermoso fundo "Bello Horizonte" de don Fidel Reátegui Valera, se había extendido gananciosamente hacia los bosques aledaños de manera impresionante, a tal punto que muchos nativos parecían dueños de pequeñas parcelas tras las purmas, a donde se habían replegado con el advenimiento de peones mozos -como aludían ellos a los mestizos- a la hacienda.

Zoila Jesús, la adolescente hija del patrón, se hallaba aprendiendo a ordeñar con la campa Josefina, quien junto a Natividad, la chola de los pechos de zapote y vientre de raya, prácticamente habían sido nodrizas suyas cuando la familia andaba por el Madre de Dios.

—Niña.

—¿Qué?

—Sakiray y el Rigoberto han ido a chapanear anoche.

—¿Sí? —se fingió gratamente sorprendida Zoila Jesús, pues no había mejor regalo para la chola que mostrarse interesada en sus decires, mientras pugnaba por ganarle algo de su contenido a la turgente ubre.

—Vamos a traer un poco de carne.

—Pero su tambo del Rigoberto queda lejos.

—Rápido nos vamos, niña.

—A papá no le gusta que me vaya al centro —advirtió mirando hacia la espesura del bosque.

—Papá Fidel se ha ido a Masisea, niña.

—¿A qué hora?

—Bien tempranito.

—Con razón no le escuché por ningún lado cuando me levanté.

—Mamá Nica nomás está.

—Entonces podemos ir rapidito —accedió con una chispeante soltura propia de su edad, casi predispuesta a la travesura.

—Voy a dejar la leche en la casa y vengo —respondió muy animada la chola Josefina.

La mañana estaba fresca y agradable, y prometía las mejores alianzas entre los componentes naturales haciendo preveer un día magnífico. Los loros yendo a sus zonas de despensa, las garzas blancas comiendo garrapatas sobre los lomos de las vacas, los perros ladrando en el barranco, las gallinas escarbando aquí y allá, los peones partiendo hacia las chacras para cumplir su jornada sabatina, y otras

pinceladas campestres hechas para alegría del día, daban fe de esto.

Y como dijera la chola Josefina, el trayecto de ida lo completaron muy rápidamente, en menos de una hora, tiempo usual para la distancia recorriéndola a buen paso.

Al llegar al sitio, encontraron a los dos campas templando los cueros recién desollados de dos venados, y preseando un gordo majaz al que sólo habían pelado las cerdas por ser su cuero el complemento culinario perfecto de su delicada y exquisita carne.

—Estuvo buena la casería, ¿dí Sarikay? —elogió entusiasmada Zoila Jesús, dirigiéndose al veterano campa.

—Sí, mi niña.

—Y el afácil del Rigoberto, ¿qué ya pues ha matado? —preguntó toda provocativa Josefina, mirando con ojos raros al más joven de sus paisanos.

—El venado —respondió Sarikay.

—¡Bien bañado con mucura hembra habrá estado!

—En vez de estar hablando, haz más bien candela para invitarle algo a la niña —reprochó juguetonamente Rigoberto, sin duda, ya sobreavisado del coqueteo de la chola.

—Mejor me convidan un pedacito para llevar a la casa —opcionó Zoila Jesús apremiada por su conciencia.

—Es que hemos venido sin avisar —confesó Josefina.

—No se hace eso mi niña; estuvo mal. Tienen que irse entonces rapidito antes que se entere papá Fidel. —aconsejó Sarikay mirando reprensivamente a Zoila Jesús.

—¿Y la carne? —insistió Josefina.

—Ya después llevaremos nosotros, junto con los cueros para papá Fidel. —dio su última palabra el fiel campa- Además, si llevan ustedes, ¿cómo van a explicar que no han salido de la casa?

—Tienes razón Sakiray —asintió Zoila Jesús.

—Pero si llevamos regular, de repente ya no nos reprendan —insistió astutamente Josefina.

—¡No, he dicho! —zanjó el viejo campa.

Durante el regreso, la talonera de uno de los zapatos de Zoila Jesús tendía a plegarse hacia adentro, así que harta de venir arrastrando uno de sus pies a lo chullachaqui, optó por doblar también la del otro lado y usar ambos como sandalias. No quedó de lo más cómoda, pero su paso se hizo más ligero.

Al cruzar una pequeña quebrada, impetuosamente rebasó a Josefina para ganar la

delantera, y entonces sintió una especie de golpe sólido, muy candente en el talón, que coincidentemente acababa de dejar al descubierto. Por acto reflejo sacudió la pierna, y horrorizada pudo ver colgando de su calcañar una cimbreante víbora en pleno acto de inocularle su ponzoña, de unos veinticinco centímetros de largo, y que los peones solían llamar cascabel, las veces que se cruzaban con una de ellas por los caminos del fundo.

—¡Ay! —gritó.

—¿Qué pasa niña? —preguntó alarmada la chola, alcanzándola en dos saltos.

—¡Me ha picado la víbora! ¡Ay Diosito, aquí me muero!

—¿Por dónde se ha ido?

—¡No lo sé! ¡Se fue por ahí! -exclamó al borde del pánico, sintiendo que la piel se le enfriaba, excepto en la pierna comprometida que parecía estar metida en la candela.

—¡No te muevas niña, ahorita regreso!

—¡No me dejes Josefina! ¡Me voy a morir!

—¡No te muevas! —gritó ésta, perdiéndose entre la maleza.

Zoila Jesús sintió que su muerte estaba pronta, y tuvo miedo, muchísimo miedo. Un zumbido había empezado a molestarle en los oídos y la calentura de su talón parecía ir subiéndo por las piernas como un infernal artrópodo hinchándose entre su sangre con cada impulso de ascenso hacia la ingle.

La chola Josefina volvió a aparecer trayendo unas papitas de cierta variedad de piri-piri, y toda apremiante le ordenó que las masticara y se tomara el juguito. Por la expresión de su cara, supo que la situación era grave.

—Masca bien niña.

—Están muy secas; le siento patco y me falta la respiración cuando trago.

—Te parece.

—¿Me voy a morir, Josefina? -su voz era implorante.

—No, mi niña; ¿cómo crees?

—Tengo que llegar a la casa, por favor.

—Voy a llamar al Sakiray y al Rigoberto. No te muevas; sino el veneno va andar más rápido

—¡Corre tú rapidito!

Cuando la chola desapareció por la quebrada, Zoila Jesús trató de calmarse pensando en que Sakiray arreglaría pronto las cosas; pero esa quemazón del talón ya andaba

cerca de la rodilla y los zumbidos no cesaban. En su impaciencia, la demora de Josefina comenzó a parecerle una eternidad y la idea de la muerte empezó a llenarle de temor. De pronto, al posar los ojos en su piel afectada, vio que se había hinchado horriblemente y que hilillos de sangre salían por debajo de sus uñas. El pánico la invadió.

Corrió con desesperación rumbo a la casa con la idea fija de llegar junto a su madre, aún con vida. En esta premura por lograr el último dictado de su voluntad, el corazón acelerado comenzó a aportar en su contra, y el letal veneno fue avanzando más rápido con cada encabritado latido. Los labios se habían decolorado hasta la palidez de los cadáveres, amplias extravasaciones sanguíneas le aparecieron en la piel como máculas, hilillos de sangre le salían de los oídos y la nariz, y su pierna hinchada como un mazo deforme se iba ciñendo cada vez más dentro la pernera de su pantalón con el consecuente impedimento a su desplazamiento.

Cuando por fin avistó los hornos construidos detrás de la casa y el olor del alambique tentó estremecer sus bulbos olfatorios, su visión empezaba a ser borrosa y su sentido de orientación ya no daba más.

—¡Mamá! ¡Mamá! —fue lo último que atinó a decir antes de desvanecerse al pie de la puerta de la casa patronal.

Cuando volvió en sí, estaba recostada en su cama, y entre un vocerío distante reconoció la voz de su madre ordenando que diluyeran más chancaca en la leche. Le habían liberado de toda la manga del pantalón, y su pierna, completamente hinchada, había adquirido un color violáceo, dándole al conjunto una apariencia aparatosa, muy inquietante.

—Está moviendo sus párpados —apercibió Maria Nicanora.

—Mamá Nica —se inclinó una chola a los oídos de su ama.

—¿Qué quieres?

—Papá Fidel esta llegando —dijo reverenciosa, casi timorata.

—¡Ay, gracias a Dios! —se irguió de su silla de cabecera doña Nica, como la llamaban con cariño los cholos y peones en la hacienda, y salió rauda a darle la mala noticia a su esposo.

Puesto al tanto de lo acaecido, este irrumpió como una tromba en el aposento de su hija, murmurando amenazas de "grueso calibre". Se quedó inmóvil, observando los terribles efectos del veneno por unos cuantos segundos y luego salió iracundo al porche de la casa.

—¡A ver, una jijuna, tráiganme aquí rápido al chama Gregorio y al Sakiray! —vociferó con ese desplante fiero que todos temían—. Aunque no se quieran ver de cerca estos carajos, de aquí no se me van a mover sino hasta que mi hija se cure —masculló seguidamente para sí, desafiante a cualquier renuencia que la conocida rivalidad étnica entre los dos aludidos pudiera oponer a su orden—. ¡Vayan sabiendo que si mi hija no sale de esto, me la pagan con su cabeza! —amenazó, evidentemente

saliéndose de sus casillas, fiel retrato de su carácter bastante temperamental.

Hombre compulsivo, incapaz de confrontarse a sí mismo, carente de toda sensibilidad para lamentarse después de un acto como este, su amenaza sin duda no era un simple asunto persuasivo.

Desde ese día, puesta en manos del curandero Gregorio y de Sakiray, que también era respetado dentro su etnia por sus dotes curanderiles, Zoila Jesús empezó su carrera contra la muerte, a la suerte de responder con fortaleza sinérgica a la medicina folclórica. Pociones amargas, menjunjes patcos y caldillos de pescado fresco, pollo canga y panguanitas recién cazadas, atravesaron por ocho días su paladar trayéndole poco a poco la ansiada sanación.

—Ya estás bien, mi niña. Ya pasó el peligro. A las justas si te quedará una huella donde te ha picado la víbora —le dijo Sakiray una mañana—, pero vas a seguir comiendo canguitas y chilcanito de pescado fresco, todavía por unos días más.

—Sí, Sakiray —respondió muy conmovida, débil aún por la severa convalescencia, y con el cerebro todavía un tanto adormecido.

—Ahora le voy a traer a la víbora que te ha mordido.

—¡Qué le vas hallar ya!

—Sí niña.

—¿Cómo?

—Cuando las víboras votan su veneno, se meten a su hueco a dietar ocho días. De ahí recién salen a tomar agüita y a comer.

—¡Qué va ser, Sakiray! —susurró por simple contradecir, pero crédula hasta nomás.

—Así es mi niña —aseveró muy serio el campa.

—¿Verdad Gregorio? —se volvió hacia el otro curandero. El shipibo se limitó a sonreír.

Al caer la tarde, Sakiray volvería para mostrarle la misma viborilla que le mordiera el talón, y ciertamente se veía flaca y seca como si hubiese estado sin comer durante los días que el campa aseverara.

Lo que no sabía hasta ese momento es que, durante sus estados fébriles y sus trances alucinantes había dicho algunas cosas que hasta donde la suposición lógica y la malicia pícara podían jalonear, resultaba poco menos que inquietante para la expectativa familiar. Para colmo de males, el que había permanecido durante esas noches en constante vigilia al pie de su cama, puesto que junto a José, era a la que también profesaba cierta predilección entre los hijos, había sido su padre; y obviamente este no iba a dejar pasar por alto el supuesto agravio.

Como era de esperarse, al día siguiente de que Sakiray matara a la víbora, don Fidel

puso a remar en popa y proa de la más ágil canoa a cuatro de sus más resistentes cholos, y junto a Pasquel, su leal capataz desde los tiempos del caucho, acomodado al centro del bajel, ordenó enrumbar hacia Masisea.

Ese lunes, Lindomira Lobo, la auxiliar de la escuela, salió como lo hacía cada recreo durante la semana, a tocar la campana, blandiendo esa introspección de mujer taciturna que apenas si ocultaba su real forma de ser. Frisaba los cincuenta años y era una mujer servil y timorata. Sin embargo, abonaba a su favor su bien documentado conocimiento del proceso histórico masiseíno, y su reconocida honradez en lo que a cuestiones materiales se refería.

Cuando cesó el tañido que sus golpes arrancaron al trozo de riel que usaban de campana, se aprestó a volverse hacia los salones movida por una costumbre ya hecha ley en los años de rutina, y fue cuando vio acercándose a aquel hombre armado de quien se decía había matado mucha gente en el caucho, secundado a media distancia por otro parecido, y le pareció que se encaminaban directamente hacia ella.

—¡Ay madrecita, ahí viene don Fidel! —exclamó, conteniendo su chillido intrabucalmente, como si ya hubiese estado temiendo verle aparecer en cualquier momento. Él simple hecho de verle encaminarse hacia ella le significó un buche turbulento que empujó su úvula hacia el abismo faríngeo, ocasionándole una sordera que le hizo trastabillar.

El áspero hacendado llegó a su lado y clavándole los ojos fieros, le hizo algunas preguntas insolentes.

Con miradas brincadoras tuvo que inhibirse rápido de hacer las suyas, y es que el visitante no le permitió margen alguno para ensayar civismo con ociosas interrogantes que el formalismo exigía.

—Llame imediatamente a ese maestrito que enseña a mi Zoila Jesús —masculló el hombre.

—Este...

—¡Ya muévase, hombre!

La tembleque auxiliar se apresuró a desaparecer de la incandescente escena, temerosa del violento carácter del padre de Zoilita, hombre muy capaz de utilizar la fuerza por un "quítame esta paja".

—¡Voy! ¡Voy señor! —se apresuró a obedecer con una inclinación pusilánime de testa.

Al poco rato, el joven maestro salió de su aula y se acercó al padre de su alumna.

—¡Buenos días! -atinó a saludar con cierta cohibición, pero quedó un tanto desconcertado por el pesado silencio que siguió a su saludo—. Bien... ¿qué se le ofrece don Fidel? —preguntó con sumo embarazo ante la hosca actitud del recién llegado, acaso temiendo escuchar una mala noticia respecto a la inasistencia de

Zoila Jesús en esos días.

—¡Eres un cínico sinvergüenza, eh! —masculló iracundo Pasquel, el capataz, conteniendo a duras penas una cólera afectada y servil.

—¿Qué desean? —volvió a preguntar el maestro, ya un tanto quisquilloso por la afrenta y acercándose un poco más.

—Ahora mismo me vas a acompañar sin chistar maestrito de marras, si no quieres quedarte donde estás parado, para siempre —masculló el autoritario patrón, poniendo la línea de mira de su carabina directa al estómago del sorprendido maestro, quien después de un instante de duda, respondió con suavidad.

—Como guste don Fidel —condescendió por precaución—. ¿Pero no cree usted que debería por lo menos darme una explicación? —sugirió cautelosamente.

No obtuvo respuesta. Los patrones del caucho habían desaprendido a darlas.

Sus alumnos aglomerados a prudencial distancia por el incidente, empezaron a seguirle evidentemente extrañados de verle amenazado de semejante manera, preguntándose al parecer, por la expresión de sus miradas, qué estaba sucediéndo ahí. Unos cuantos vecinos también empezaban a arremolinarse con morbosidad novelera marcando el paso hacia el malecón, pero sin las agallas de interponerse en el camino de aquel hombre violento.

Cuando le metían a la canoa prácticamente en vilo entre sus dos captores, llegó corriendo al lugar don Julio Vega Eslava, uno de los pocos amigos que podía considerarse como tal, del temible hacendado, quien con el apuro se había olvidado hasta de calzarse los zapatos.

—¿Qué pasa Fidelito? —preguntó inquisitivo, pero afectuoso como siempre.

—No te metas Julio.

—Así como lo veo, creo que estás cometiendo un grave delito si te llevas a Hermelito por la fuerza... ¡Recapacita!

—¡No te metas Julio! —se exasperó don Fidel.

—No vayas ya vuelta a cometer una tontería, hombre ¡Caray! Piénsalo bien antes de seguir con esta actitud —aconsejó el calvo trujillano, sin poder evitar que la canoa se hiciera a la corriente y que los remeros nativos maniobraran ágiles para surcar hacia el fundo “Bello Horizonte”.

Terminó mirando pensativo hacia sus pies llamativamente plastachos —los tenía planos hasta nomás—, que sin percatarse había metido a medias en el fango de la orilla, para seguidamente girar en redondo y volverse por donde vino. Por cierto, no podía saber en aquel turbulento instante que Ruth Kelly, Jorge Daniel y Scarlett Dessiré, futuros nietos de su futura nieta por línea de su aún pequeña hija Rosa Vega Pérez, darían la “guerra” para acostumbrarse a los boludos zapatos ortopédicos que este rasgo hereditario les impondría, y que tanto Fidel como Hérmel, serían también de estos inteligentes niños, tatarabuelo y bisabuelo, respectivamente: Cosas del

destino.

Custodiado por don Fidel y su capataz, Hérmel Alcibiades Ibazeta García se resignó a su destino, pero sin dejar de tomar debida nota de todas las conjeturas y suposiciones que se le aglomeraban en la cabeza. Sintió como si la canoa se deslizara sobre nubes.

Casi a fines de julio de 1,910 había logrado llegar a Pucallpa tras sortear mil desestimientos durante el viaje desde su natural Panao, coincidiendo con las tradicionales celebraciones de fiestas patrias.

En el mes de agosto se embarcó para Masisea, capital del distrito del mismo nombre, creada según los datos que le alcanzaron entonces, el 13 de octubre de 1,900 con la firme intención de remontar desde ahí las aguas del bajo Tamaya, reconocido como tal hasta la desembocadura del río Putaya. Sin embargo, sujeto por un oráculo determinista que parecía entrar en vigencia cada vez que planificaba algo, con la sola consigna de contradecirle, terminó arraigándose en el lugar, donde la gente le pidió que se quedara como profesor.

Y ahora iba ahí como un vulgar prisionero alevosamente plagiado, sin autoridad ni ley que abogara a su favor, excepto sus rezos.

Se había estado rumoreando en el pueblo de manera maliciosa sobre la predilección que profesaba a su alumna Zoila Jesús, y pensó que si aquellos fermentos maledicientes eran la causa de lo que le estaba sucediendo, definitivamente no la pasaría muy bien. Claro que si de culpa se trataba, la suya había sido dejar condescendientemente que la muchacha se arriesgara a transitar por cornisas afectivas todavía vedadas para su corta edad. Con todo, estaba rabioso con el indigno atropello. Estuvo a punto de dar pelea cuando le conminaron a acompañarlos, pero esos truhanes hubiesen sido capaces de dejarle tieso ahí donde dijeron. Creyó que lo mejor era ganar tiempo.

Del llamado veranillo de agosto ya no quedaba ni un indicio que revelara su engañoso paso, más bien la atmósfera parecía ir ya queriendo sincerar el advenimiento del verdadero invierno.

La canoa fue llevada hacia unos cañabravales inundados por el río, mucho antes de llegar al puerto principal del fundo, en donde atracaron furtivamente. Luego, en fila india, los siete se internaron en el pastizal por un pelado caminito mantenido por las reses, hasta llegar a unas purmas cuyas trochas en desuso apenas si existían.

Los cuatro nativos, apercibidos de antemano a donde quería llegar su "papá" Fidel, rápidamente encontraron el camino hacia el monte alto, por donde a través de un húmedo sendero cubierto de hojarascas, guiaron al grupo hasta un tambo abandonado, que en algún tiempo había servido de campamento para mitayeros. Se encontraban en los límites del fundo.

En este inhóspito lugar, sin decir nada, sin mediar explicación alguna, amarraron en un horcón al asustado profesor, que preso de incertidumbre ya no atinaba a defenderse, y sin siquiera mirarle a los ojos, le dejaron solo. Recién este tuvo ganas de gritarles que le mataran de frente, pero su sentido de conservación le aconsejó

callar.

Para quien como él, no había conocido los ruidos nocturnos del bosque, sus bichos inmisericordes, sus extrañas fosforescencias, sus silbidos, sus bramidos, sus rugidos y toda suerte de sonidos amenazadores, pasar la noche bajo sus enlutados doseles, tenía que significar un pasaje a la locura; un frenesí cardiaco puesto a trotar en un oído de tísico.

Se moviera o no, la nube de zancudos que le cubría cobraba de todas maneras su cuota de sangre, los sachacuyes que correteaban cerca de sus pies le hacían imaginar venenosas víboras a punto de morderle, las ramas secas cayéndose con estrépito eran para él fieros animales buscando alimento, y ciertas hojas que fosforecían entre la densa tiniebla, los mismísimos ojos de los "supay" guardianes del bosque.

Quiso escapar muchas veces y morir otras tantas, pero al cabo solo terminó desmayándose un par de ellas.

Al día siguiente, apenas clarear la mañana, llegaron a verle don Fidel y Pasquel su capataz. Se sentía débil, laxo, como si hubiese perdido un buen volumen de sangre y recibido una golpiza con bolsa de arena. Quería dormir y deseaba con qué ganas una de esas frazadas abrigadoras dejadas en la casa materna. Sus piernas no las sentía. Prácticamente colgaba de las amarras. Después de mucho tiempo, tuvo unos deseos infinitos de volver a su casa, a su hogar, allá en el lejano Panao.

—Desátale —se escuchó la voz de don Fidel.

—¡Pucha, los zancudos le han dejado cisurro! —comentó en tono avieso e irónico el capataz, mientras cumplía la orden.

Sus manos estaban adormecidas, moradas, y se le caían abatidas por un peso de plomo que le impedía maniobrar. Sus párpados hinchados apenas le permitían distinguir a sus dos verdugos, pero una rabia visceral le hizo erguirse con toda dignidad y mostrarse presto para quedarse ahí una o muchas noches más, sin claudicar.

—He tenido una larga conversación anoche con mi hija, y me ha rejurado que todo lo que se dice en Masisea es purita vaina; meras habladurías —empezó a decirle el padre de Zoila Jesús.

—¿Sobre qué, señor? —atinó a preguntar, midiendo no dar un paso en falso respecto a las apariencias condenatorias.

—Eso es lo que tienes que aclararme ahora tú, maestrito de dos por medio —le advirtió amenazante, seco y autoritario, el aún malencarado hacendado, como si su tiempo de bárbaro cauchero aún no hubiese pasado.

"¿Por qué diablos estoy metido en este embrollo?", se preguntó una y otra vez desglosando agravantes y atenuantes sobre el peliagudo asunto, mientras su temible raptor, fiero, adusto, amenazante e inquisitivamente contumaz, persistía en arrancarle alguna confesión comprometedora que no podía dar. En honor a la verdad, su apego a la muchacha era innegable. Pero esta afinidad era producto de

un reconocimiento de maestro a una alumna pundonorosa, graciosa, traviesa, y por sobre todo, muy deseosa de aprender. Ciertamente, su precocidad, su espontánea manera de mostrarse cariñosa con él, algunas veces le habían asustado con el asomo de pensamientos indecentes, pero en los hechos, la barrera del decoro y del mutuo respeto jamás habían sido traspuestas.

—¿Suavisamos un poco más al maestrito, patrón? —se ofreció el capataz muy deseoso de escarmentarle a su modo, pero aparentemente belicoso, más por agradar a su patrón, que por tener interés sobre el supuesto mal.

—Mira Hérmel Alcibiades... —le habló de pronto en tono paternal don Fidel, indicio preciso de que se venía algo definitivo—, tú eres ya un hombre hecho y derecho; quizás el más leído en estos momentos en todo Masisea y sus contornos, aparte de mi amigo Julio Vega, por supuesto, ¿cierto? —se le quedó mirando fijamente como esperando una respuesta, para seguidamente proseguir—. Mi zoila todavía es una niña, y sea cierto o no, lo que ya se ha estado diciendo sobre ustedes, por ahí, el honor de mi hija aquí ha quedado mellado —calló nuevamente frenando esos sus ímpetus muy proclives a exasperase—. Así que la cuestión pendiente es, cómo arreglamos el problema, ¿entiendes?

—Que quede claro que no ha pasado nada con su hija. De todo lo que se pueda decir, soy inocente, don Fidel.

—Quiero creerte muchacho.

—Es que es cierto —se reiteró en lo dicho.

—Bien... ¿pero quién más te creerá? ¡Vamos! Tú no eres un lerdo; más bien me pareces demasiado vivo.

—No sé que puedo hacer yo.

—Tienes que casarte.

—¿Casarme?

—Eso he dicho.

—Pero si usted mismo acaba de decir que Zoila es todavía una niña —replicó bastante confundido.

—Por estos sitios las mujeres se casan así. Se necesita hacer bastantes hijos bien fuertes para que apoyen en el campo, y para eso se tiene que "empezar" temprano.

—Yo no podría hacer eso —objetó desconcertado.

—Yo no he dicho que tengas que hacerlo ahora —le aclaró el hacendado volviendo a su tono mandón—. Te comprometerás después de su cumpleaños, y después ya veremos cuándo se casan.

—¿Cumpleaños?

—Sí; es en febrero. Osea, estamos hablando aproximadamente de cuatro meses,

¿de acuerdo? Para entonces ya mi Zoila Jesús contará con catorce años, siguiendo quince.

—¿Acaso puedo negarme? —preguntó con fatalidad.

—Por supuesto que no —fue la áspera respuesta.

—Catorce años no es mucha edad que digamos —redarguyó pugnando por safarse de la resbaladera—. Y peor tadavía siendo yo su maestro —acotó algo reacio.

—Lo suficiente para arreglar este asunto.

—¿Y dónde nos casaríamos?

—Si el padre Manuel Navarro no vuelve a pasar por aquí, como acostumbra hacerlo cada cierto tiempo, bajaremos a Pucallpa. Y si no se puede ni ahí, de todas maneras en Contamana ha de ser.

—Entonces tendré que ir arreglando mi situación en Masisea.

—No será necesario.

—¿Por qué?

—Construiremos una casa en el fundo para que vivan ahí.

—Pero tengo que enseñar en la escuela ¿Cómo voy a hacer? ¿De qué voy a vivir?

—Eso no será ningún problema. Cuatro de los cholos te llevarán y te recogerán todos los días, pero ya mi Zoila no estudiará.

—No será bueno para ella —atinó a abogar por su apreciada alumna.

—Entonces tendrás que enseñarle en la casa —le planteó adustamente su potencial suegro, tomando, sin más palabras de por medio, el camino de regreso, y dejando que Pasquel le liberara completamente—. ¡Ah, y no la tocarás hasta después de los quince! —advirtió lapidariamente a la usanza shipiba, aunque sabiendo que autoridad en ello ya no tendría.

El planeado compromiso de febrero resultó en realidad el inicio de una convivencia declarada, que en ausencia del cura Navarro, se prolongaría hasta fines de ese año, tiempo felizmente rubricado con el nacimiento de su primera hija, a la que llamarían Elina.

Al año siguiente, apremiados por doña María Nicanora, que exigía que su hija se casara ante un sacerdote, viajaron a Pucallpa en el mes de febrero, coincidiendo con unas celebraciones populares, a propósito de la dación de la ley N°.1534 que trasladaba la capital del distrito de Callería a esta localidad, antes en el pueblo de San Jerónimo, que nunca pudo ostentar en la práctica tal honor, debido a los caprichos erosivos del impetuoso Ucayali, que terminaron desapareciéndolo.

XVIII

Al otro lado del flamante puente que sobre el río Zúngaro evidenciaba el interés que las autoridades huanuqueñas le ponían a la zona, a punto de recorrer parte del tramo final de la marginal hacia el Palcazu para acercarse más a su destino final, el internista Matías sopesaba con inquietud sus horas puestas a disposición de la labor social que aún no estaba seguro de poder cumplir a satisfacción en la comunidad que le había tocado en suerte ir a servir, debido fundamentalmente al pobre concepto del poblador común respecto a las medidas preventivas y promocionales del Sector Salud, y al menosprecio a toda acción incapaz de cubrir necesidades a la medida de sus dolencias inmediatas. El sistema asistencialista de salud y el paternalismo político tenían hondas raíces.

El alcalde de Llullapichis por fin se había abierto a un diálogo más confidencial, dejando de lado su verbal y facial hermetismo, y fue reveladora la ocasión para reconocerse como paisanos ucayalinos, aunque el tal hubiese nacido en Tiruntán, en el bajo Ucayali, y no en Pucallpa como Matías.

Dos horas y media esperando movilidad sirvieron para que este tratara de recomponer sus jironeadas ideas sobre riqueza, clase social, diferencias ideológicas, éxito, felicidad, y sobre esa tan excluyente sensación que en una definición muy suya, "le sustraía de entre toda la cholada". Prejuicios y complejos vertían sus desechos deletéreos para enrarecer su sensibilidad social, que encasillada dentro de condicionantes antojadizos, arrebataba a la comunidad su derecho a cuestionarle posibles errores. Era la arrogante postura del que hace caridad mirando sobre el hombro, y asume por esto, que el mundo debe estarle agradecido. Pero en el fondo, dicha actitud no dejaba de ser una postura de "parche sin chupo", un mecanismo de defensa en medio de la incertidumbre. Además, aparte de su tímida pero presente profesión de fe en el cristianismo, los movimientos comunistas ya le habrían petardeado estas exclusiones sociales, si medular hubiese sido el sentido prejuicioso que jugaba a hacerle sentirse "la divina pomada". Porque, ¿acaso no le habían empujado ya al punto de ejercitar su sexualidad con cholitas más feas que una mina abandonada, convencido en el argumento de que la sensación eyaculativa con ellas "era la misma vaina" que con gringas, chinas, japonesas, o morochas? Sin duda una absurda muestra igualitarista, pero de hondas repercuciones en el abrupto proceso de maduración sicosocial de los jóvenes insurgentes. "Tirarse a una gringa o a una platuda elevaba el status; tirarse a una chola era igualarse con el pueblo". Y los tiempos apostaban a reconocerse con el pueblo. Al fin y al cabo, la conciencia moral frente a lo cotidiano seguía siendo una imposición de la sobrevivencia, la convivencia y la conveniencia. Por cierto, mientras la moral podía ir arrimada a pautas móviles e interesadas, la conciencia podía escoger sus cargas como le viniera en gana. Pero aún le quedó en reserva —aunque muy por debajo de un maquillaje servicial y amable—, su tendencia a escoger amigos y a buscar esposa con un sentido selectivo de clase, muy a la usanza de costumbres anacrónicas, y sospechosamente manipulado por la presión social, básicamente de su entorno afectivo familiar.

Justamente, aprisionado en este conflicto de ser y parecer, o acaso de buscar

quién ser, es que dejó que las circunstancias pesaran en su Yo y le hicieran aferrar conceptos principistas nada prácticos ni convenidos para permitirse el nacimiento de un hijo no deseado, cuyo recuerdo ahora le era de conmoción. Porque cargar un secreto con peso de estigma, a pesar que el raciocinio le dijera que había sido un acto de redención permitir el nacimiento del inocente, tal tabú le exigía hincarse en un confesionario, aturdirse en una cantina, compararse con los casos iguales o peores, taparse la cara, o simplemente hacer la del vengativo con la gente de arriba que no quería recordar haber salido de abajo, con la gente de abajo queriendo ser de arriba. Así triunfara Abimael o Polay, el descarnamiento de su esternón sería una sensación permanente. Había creído poder encontrar entre razón y pasión de búsqueda revolucionaria la justificación a los desmanes del pobre, la permisividad de complacer como sea todo lo relacionado a su necesidad, la réplica perfecta de un poliedro irregular visto sólo desde un ángulo, el relajo sexual de irse a la pampa a hartarse de coito con la cholita de turno usada como instrumento de captación de adeptos, o simplemente como una emocional forma de mostrar una especie de identificación desprejuiciada con su clase insurgente. Pero todo esto resultó siendo simplemente el producto de espejismos conmiserativos que habían facturado a contra entrega un precio alto que ahora debía amortizar. No resultaba sencillo tratar de comprender la aparición de un hijo después de una borrachera de conceptos revolucionarios capaces de manosear igualitarismos en el sexo, como se vería más adelante en los líderes de Sendero y del MRTA, que tomarían convivientes sobre la base de un sexo identificador de clase y de causa común.

"Debo hablar sobre esto con Lila Rita", se dijo íntimamente nauseoso consigo mismo, visionándola por un brioso coletazo de conciencia a la cabeza de una intransigente marcha de protesta en su contra y asolando con pancartas de papel lija sus circunvoluciones cerebrales. "¡Qué jodida la vida!", susurró mientras se erguía para sacudirse sus sensaciones de hormigueo por falta de irrigación. "El infierno es cada quien", pensó, vuelto de lleno a los resultados existenciales y dejando adrede de lado mencionar a Dios y al diablo.

Completando las dos horas y media de espera en un tambo donde una ajada mujer sin delantera incisiva le había servido un agradable caldo de gallina de chacra, al fin se apareció una camioneta pick-up que hacía la ruta Palcazu -Zúngaro- Palcazu. Una mujer que amamantaba su hijo recostada en un costalillo de ropa, se irguió prestamente. También tenía el mismo destino.

—¡Qué manitos tan grandotas tiene! —comentó Fidel, tomando cariñosamente las manitas de la criatura entre las suyas.

—Es para que apiachee bien el chucho de su hembra, cuando sea grande —replicó la mujer sin mirarle, poniéndole énfasis a la palabra, bien, con gracioso desparpajo.

A través de una carretera afirmada y pedregosa bordeada del característico follaje siempre amenazando embovedar las vías intrusas, el carro se alejó a velocidad de competencia del Zúngaro, perdiéndose delante de su propia polvareda, carretera adentro.

En los caseríos que fueron quedando atrás, tales como Navidad en el km 1.700 Miraflores en el km 5.500 Nuevo Trujillo en el km 13 Santa Rosa de Yanayacu

en el km 22, Matías fue identificando su auténtico ambiente de infancia, vuelto a reconocerse en los descalzos y ventrudos niños que hacían adioses al paso de la camioneta. Estuvo a punto de ponerse evocativo, pero se dio fuerzas para no ceder a tamaña sensiblería; necesitaba tener buen ánimo para lo que se le viniera encima.

Mucho le llamó también la atención la fonética coloquial de la gente que viajaba a su lado, pues daba cuenta fehaciente de la influencia migratoria, básicamente serrana, en la selva. Un colombiano ponía la nota discordante, pero corroboraba las advertencias de su madre respecto a que la marginal al Palcazu se había convertido en una de las rutas de los carteles colombianos de la droga.

Aproximadamente a la altura del km 29 con un sol todavía chispeante entre las rendijas arbóreas, pero ya cerrando el ángulo del ocaso que empezaba a teñirse de naranja, al fin el carro se detuvo con un atragantamiento más de polvo para sus pasajeros, a fin de que Fidel Panduro Pasmiño, alcalde de Llullapichis, y Matías Ibazeta Marino, internista sanmarquino de Odontología, se apearan al fin del atiborrado colectivo, cuyos muelles parecían haber sido levantados más de lo normal, pues el salto desde la tolva les hizo trastabillar a ambos. Habían llegado a la penúltima "estación" de su largo itinerario, y esta era en resultas un raleado Asentamiento Humano denominado "Bello Horizonte", que a simple vista estaba conformado por un manojo de casuchas típicas y un destartalado rótulo haciendo alusión a su nombre. El nombre parecía ser del gusto de los selváticos, evidentemente.

Más adelante, Dantas en el km 35, Monterrico en el km 45, Jergón en el km 47, El Dorado en el km 51 y el mismo Palcazu al final de la vía, se mantendrían ajenos a la posibilidad de que Matías llegase a conocerlos durante su permanencia en Llullapichis. Y no, porque ganas le faltasen, sino porque una tremenda carga laboral, que no tenía en agenda, terminaría sujetándola a la demanda de los caseríos ribereños cercanos a la Posta Sanitaria, que en este momento sólo en la mente del alcalde estaba previsto endilgarle.

—Vamos a tomar una gaseosita doctor —invitó el alcalde tirando la sílaba tónica del título, como sí se tratara de un babieco anglicismo.

—Gracias —asintió el internista sonriendo condescendientemente por lo de dóctor.

—Aquí no hay frishi, pero...

—Por lo menos en agua fresca las tendrán —se referían a la temperatura de las bebidas.

—A veces ni en eso dóctor.

—Bueno; hay que empezar a adaptarse ¿no?

—Je, je, je...

—Todo trigo es limosna -repitió Matías, la frase de la doctora Lescano.

—Así decían los abuelos ¿dí?

—Cierto.

Pero como con dichos o sin ellos, una gaseosa caliente siempre resulta de mal gusto, Matías después del primer sorbo replicó la exclamación que su padre siempre había hecho cuando algún sorbo le sabía mal, generalmente con las sopas tibias:

—¡Está como lavativa!

—Ja, ja, ja... —rió con cierto recato Fidel, celebrando a su modo la ocurrencia. Su rostro carecía de agilidad gesticular, como la de ese cantante vernacular llamado "El Jilguero del Huascarán"

Detrás de la improvisada chingana, un poco más allá de unas trozas que parecían de quillobordón y que un peón trataba de tablear con una bulliciosa motosierra, Matías se percató de la presencia de otro rótulo más pequeño al del Asentamiento Humano, que evidenciando su descuido, dejaba leer, a las justas, un pretencioso "Bienvenidos a Yuyapichis", con una muralla verde trás de sí.

—¿Por ahí se va a Llullapichis? —quiso saber, ya que no podía divisar ningún sendero.

—Sí doctor.

—No se nota el camino.

—Ya vamos a hacer la carretera pronto.

—¿Y por qué ahora en el mapa, en los documentos, y en ese letrero, dice Yuyapichis y no Llullapichis como siempre lo hemos sabido en la selva?

—Desde que Puerto Inca fue declarada provincia y pasó a ser definitivamente parte de Huánuco, se consigna así.

—Humm…

—Puerto Inca también antes era Puerto Leguía, ¿no?

—Sí pues.

—Bueno doctor, tenemos que caminar ya. Mire que nos quedan todavía cinco Kilómetros por medio monte, para llegar al punto.

—¿Y mi caja de medicinas?

—La dejaremos aquí nomás; ya mañana mandaré un hombre con caballo para que la lleve.

—Si no hay riesgos —advirtió el internista con cierto recelo.

—No; no se pierde nada —le tranquilizó el alcalde.

—Entonces, a caminar se hadicho —asintió, tirándose a la espalda su mochila y mentalisándose para respirar sobre su resignación.

El sendero partía justo desde el pie del letrero que unas ramas amenazaban traerse abajo con cada ventolera, y resultó ser bastante escabroso y accidentado. Sólo en algunos tramos conservaba signos de haber sido en otros tiempos carrozable, al parecer, con fines de explotación maderera en el lugar, pero prácticamente en todo su trayecto resultó ser una simple trocha.

Antes de badear la quebrada Yanayaquillo, refrescaron un rato los pies en sus aguas bajas y se entretuvieron parloteando de cualquier cosa que sirviera para salvar la comunicación. Matías, en uno de esos impulsos que hacían rasgo en su carácter, obsequió al alcalde su cortapluma de resorte.

A las cinco de la tarde de un 9 de agosto de 1,986, por fin pudieron avistar desde una colina cercana, en la que las cruces dispersas daban constancia de un estilo marcado en los caseríos de la selva para ubicar sus cementerios, la gris tonalidad que los vapores del río daban a la floresta ribereña. Por indicaciones del alcalde, el asezado internista supo que Llullapichis estaba nada más bajar aquella loma, y alivio y ansiedad se encontraron bullendo dentro su pecho enseñándole a sentir lo incierto del devenir.

Conteniendo sobrecargas emocionales con capacidad regurgitable de herbívoro, fue tras Fidel Panduro, aguantando a muslo tenso el esfuerzo del descenso hacía el pueblo.

No pudo evitar recordar aquello de, "un dañado que viene a chancar las muelas", expresado por aquel ex alcalde de Puerto Inca que hizo con ellos el viaje desde Pucallpa hasta el Zúngaro, y se detuvo a reflexionar al respecto. Sentía que más que algo anecdótico, lo dicho por aquel fulano merecía alguna respuesta concluyente de su parte.

Había sido sin duda la arista de una desalentadora bienvenida, pero también la señal esclarecedora respecto al rol de la Odontología en las zonas rurales del país. Porque tomando a aquel individuo como mentalidad representativa del medio, no implicaba mayor esfuerzo concluir que la profesión seguía ejerciéndose de manera mutilante en el nivel de limitación del daño, y a gusto y paciencia de empíricos deseosos de superar complejos y nutrir megalomanías vistiéndose a lo "doctorcito", en el nivel de la rehabilitación oral. En resumen, espacios más dignos para el ejercicio de la profesión no existían. Y es que también, los verdaderos profesionales optaban por la rentabilidad de las urbes, donde el servicio elitista podía revertir los elevados gastos hechos durante la permanencia en la universidad, antes que perderse en agujeros lánguidos como estos, donde encima, la ingratitud era una respuesta inherente a la distorsionada percepción de los niveles de prevención. Cultura preventiva: ¡cero!

Como la mayoría de los poblados ribereños con cierta densidad poblacional en su haber, Llullapichis también conglomeraba a sus habitantes a lo largo de su extendido malecón, en una hilera de rústicas casas con prevalecencia de madera y techos de palma en su edificación.

A unos doscientos metros de la ribera, un tanto apartados del grueso habitacional mencionado, los locales de la escuela y de la posta sanitaria se erigían en una atmósfera de soledad a esa hora umbría.

Esa noche durmió en uno o de los tres cuartos de 1.5 m. por 2 m. de área que el alcalde alquilaba dentro su vivienda a los esporádicos viajeros que pasaban por Llullapichis, algo agitado debido a la agria bienvenida con la que su anfitrión fue recibido por su mujer. Y es que siempre resultará incómodo y embarazozo hacerse de un pedaso de techo prestado en casa de pleito. Por lo demás, normal en una pareja joven.

Apenas amanecer, sopesó la posibilidad de trasladarse a la posta en el trnascurso del día, a pesar de que haberle parecido tenebrosamente aislada en la oscuridad aplastante de la arboleda adyacente, cuando pasó ante ella, la tarde anterior. No disponía de predisposición ni de resignación para pasarla sumergido en una atmósfera intimidante de ajenas intimidades. Ya tenía uficiente con sus propias ansiedades.

Todavía en ascuas, respecto a su pendiente desempeño en la comunidad, e incómodo por haber atestiguado en su condición de forastero una desavenencia conyugal entre los dueños de casa, salió a sentarse en una rústica banca enclavada al pie de un viejo mango que parecía en inminente peligro de desbarrancarse al río, y defensivamente se puso a repasar los términos del convenio para tener bien claro qué rol le correspondía. Emotivamente se inclinaba a encontrar algún pretexto que pudiese darle pie a irse del lugar.

El documento le asignaba tareas preventivo-promocionales y de protección específica con tabletas de fluoruro de sodio, orientadas a un grupo de riesgo escolarizado entre los cuatro y quince años, y absolutamente nada más. En el papel era simplísimo. Pero, ¿cómo enseñar a valorar a una comunidad convencida de su dependencia aistencialista, las ventajas de la prevención, excluyendo de plano a los que esperan beneficios inmediatos?, ¿cómo convencerle que los resultados concretos se verán a futuro, pero en tablas indicadoras? Aparte que en Huánuco nadie se había preocupado de suministrarle las tabletas de fluor, con el pretexto de que de entrada, tenía que realizar primero el diagnóstico situacional. “Fatal muchacho, fatal”, pensó con conmiseración por sí mismo. Porque en una comunidad en que el técnico sanitario había sido expulsado sin miramientos de su cargo por no estar a la altura de las exigencias atencionales del pueblo, su presencia, con o sin tabletas de FNa, estaba sentenciada a la grupa de un burro trotando hacía las afueras... Por poner la figura a la par de la usanza andina.

Cerró los ojos para escuchar con apremios evasivos el temblor del viejo mango expuesto en el barranco a la brisa del Pachitea, recogido de nostalgia y de espalda al jolgorio pueblerino estimulado en esos momentos por un partido de fútbol que se jugaba en la cancha de la escuela. Cargaba todavía la cohibición del recién llegado.

—¡Qué tal doctor! —llegó de pronto aquel saludo arrancándole un leve sobresalto.

—¡Ah, qué tal! —respondió apremiado, acomodándose mejor y encarando al recién llegado con curiosidad, pues le pareció conocido de algún lugar.

—¿Cuántos palos lleva contado? —preguntó con gesto risueño.

—¿Palos? -repreguntó por su parte, dudando si el tipo se refería a los miles de Soles que vulgarmente se denominaban así.

—Que bajan con la corriente pues... je, je, je... —celebró el tipo la ocurrencia.

—¡Ah! —comprendió con torpe retardo la alusión a su estado contemplativo.

—¿Pensando en la casa doctor? —volvió otra vez a la carga su imprevisto interlocutor, muy pundonoroso y motivado a entablar diálogo e infundirle un mejor ánimo con la afabilidad de una tácita bienvenida.

Matías le observó con un poco más de detenimiento. Era un individuo de apariencia llamativa y singular. Sudaba profusamente y la camisa la traía ya medio empapada por axilas y espalda. Era flaco como un cincel, tuerto, le faltaba un incisivo central superior, tenía unas manos huesudas y engarfiadas con ausencia de un par de dedos, y botaba un pie como intentando "matar sapo", dicho de la mejor manera regionalista. No pasaba de los treinta y picos de años, y de sorpresa le sería enterarse después, que había más de un ramillete de damiselas que se lo disputaban. "En gustos y colores..." transaría con el adagio popular.

—Estoy un poco cabezón pensando cómo voy a empezar mi trabajo aquí —se sinceró.

—Me llamo Leoncio Panduro —facilitó al fin su identificación el atento individuo.

—Matías Ibazeta.

—¿Pariente del diputado?

Se refería a uno de los miembros de la rama Ibazeta Zegarra que había accedido a una curul en el parlamento por las filas del Partido Aprista de Ucayali, del que Matías sólo guardaba datos referenciales y apenas si un vago recuerdo de trato personal.

—Sí, mi primo es —reconoció con cautela.

—¡Ya decía yo!

—¿Qué?

—Que en algún lugar le he conocido.

—Trátame de tú, mano. A decir verdad yo también he estado pensando lo mismo, aunque con cierta cautela, porque soy un lábil paramnésico —coincidió también, arrepintiéndose tarde de la última parte de su declaración, merced a la expresión perpleja con la que correspondío su interlocutor.

—¿Estudiaste en Pucallpa?

—Sí; terminé mi primaria en Campo Verde, y con un amigo, que se llamaba Grossman Ruiz, nos fuimos al colegio Faustino Maldonado, donde, por exceso de alumnado, casi nos dejan sin salón.

—¿No habrá sido por eso que fueron a parar en el primero "F"?

—Por nuestra edad nos correspondía la "A" o la "B"; pero como llegábamos de la

chacra, nos amontonaron sin miramientos con los viejonazos. Aunque yo estuve ahí sólo quince días. Como mi tío era profesor y mis hermanos mayores habían dejado sentado buenos precedentes en su aprovechamiento y conducta, me acomodaron finalmente en el primero "B". Debes acordarte del popular "profe Toñico", seguro.

—¡Sí, claro! —Exclamó con júbilo—. De ahí me acuerdo, pues —reconoció con desahogado talante, como si su memoria hubiese estado martirizándole con el asunto.

—Yo también recuerdo haberte visto en ese salón.

—¿Un cigarrito? —ofreció muy solícito Leoncio, sintiéndose con mayor confianza.

—Gracias —aceptó de buen grado Matías—. Bueno, disculpa lo de viejonazos —acotó mientras se inclinaba a la lumbre.

El río Pachitea hasta ese mes de agosto seguía mermado todavía, y sus aguas claras allá abajo del barranco invitaban a nadar. Al frente, en la otra banda, un descuidado pastizal dejaba entrever rezagos de mejores tiempos, y hacia el Noroeste, parte de la cordillera azul esbozaba un escurridizo perfil camuflado contra el cielo. En ese cuadro perceptivo en el que Matías solazaba la vista, de pronto hizo su aparición la figura de un sujeto, por demás estrafalaria, para no prestarle atención. Se hallaba a unos diez metros de la banca, y erguido al borde del barranco, hacía extraños ademanes mientras sus labios murmuraban aparentemente preces hacia el cielo.

Leoncio se puso el índice contra los labios pidiendo silencio, e hizo como si no viera al ensimismado declamador.

—¿Quién es ese? —preguntó Matías, sumamente intrigado y temiendo haber pescado una paramnesia más, pues el individuo también le pareció conocido.

—Es el profesor "raya uma"; al menos así le dicen sus alumnos.

—Pero eso significa loco, mano.

—¿Y no se nota? ... je, je, je... —la risita le salió cachacienta a Leoncio.

—¡Diablos! Sí pues… Bueno, hasta en las mejores familias los hay.

—Se llama Luigi Valderrama.

—¿Valderrama?

—Valderrama Rengifo.

—Si mal no recuerdo, me parece que estudiaba en el colegio anexo de Yarina Cocha... Si, si pues… Era un buen futbolista el condenado —murmuró como para sí.

—Así dice él también cuando la tutuma le funciona un poco bien.

—Ja, ja, ja... —esta vez el que rió fue Matías.

—Dicen que el "humo" le ha descocado. Aquí a veces come hongos alucinógenos que crecen en la caca de la vaca.

—¡Qué va!

—¡En serio!

—¿Y los padres de familia? ¿Las autoridades de educación? No puede estar enseñando en ese estado.

—Le tienen pena, pues. Aparte que dicen que está bien "envarado" en Pucallpa y que las autoridades de educación se hacen de la vista gorda.

—¿No dependen de Huánuco?

—Administrativamente, todavía no.

—¿Cuántos profesores son?

—Varios.

—¿Cuántos? Me interesa saber para mi informe.

—A ver..., en el jardín está Ruth, en primaria están el alcalde Fidel, Eloy y aquí el hombre que ora como místico —señaló al tal Valderrama, que seguía desvariando, ahora sentado en la punta de una canoa recién encopalada.

—Ya.

—En secundaria estamos, Eloy, Felícita, Mario Lescano, y yo

—¿Lescano?

—Sí.

—¿No será pariente de la doctora Lescano, mi Coordinadora Académica en Huánuco?

—Debe ser su sobrino. Porque el esposo de una tía que él dice tener en Huánuco, tiene un alto cargo en la CORDE y siempre está apoyando la gestión de Fidel.

—Una con otra, ¿eh?

—Puede ser... Tú sabes cómo funcionan los partidos políticos cuando entran al poder. Y los apristas... Pero fuera de eso, el Mario está capacitado hasta para enseñar en una universidad. Sus motivos debe tener para querer quedarse por aquí. En cambio yo… ¡pucha! Estoy, busca que busca la manera de trasladarme lo más pronto posible a Pucallpa. Quiero irme a especializarme en matemáticas, y mientras siga aquí, voy a tener que estar postergando la cuestión. Eso no me conviene. Aparte que tengo dos hijos allá y siempre la imagen paterna es necesaria. Tú sabes...

—Pues, cada loco con su tema. Es lo que se dice ¿no? —reconoció Matías mirando significativamente a Luigi Valderrama, pero dejando entrever que aludía al profesor

Mario Lescano.

—En PEBAL, que no sabemos si seguirá o no, está Moíco.

—¿Qué es PEBAL?

—Un programa de educación básica laboral orientado a adultos.

—¡Ah!; no sabía.

—Moisés, es medio fino.

—¿Fino? ¿Flaco será?

—Medio mariposón en sus maneras.

—¡Pucha! Se ve que el magisterio en estos sitios no está tan bien que digamos —asomó Matías a ironizar.

—Pero no es chivo; yo le veo que es amanerado nomás —afirmó Leoncio, como si con esta afirmación quedase reivindicado su colega.

—Engreído de mamita habrá sido entonces. Porque las madres sobreprotectoras a veces terminan malogrando a sus varoncitos.

—Así parece.

—¿Qué cosas debo tener a la mano aquí?

—Infalible, una linterna. No vayas a pisar así víbora en la noche. Aunque tú eres de la selva y sabes bien cómo es eso.

—Sí, pero cada sitio tiene sus propias exigencias.

—Por ahora todavía te puedes bañar y lavar tu ropa en el río, que no está tan clarito, pero ayuda.

—¿No hay pozos?

—Son bien raros y francamente no sé por qué. Pero aquí el río es la voz; al menos hasta que empiece la creciente. Ahí ya tienes que juntar agua de la lluvia, caballero nomás.

Al cabo, fue la mañana del lunes 11 que se trasladó al local de la posta sanitaria, donde se encontró con que la radio de comunicación de la CORDE estaba instalada allí, sin las más mínimas medidas de seguridad. "Pueblo todavía confiado", pensó algo esperanzado, pues sabía que sólo a los confiados se les puede brindar confianza.

Un céfiro sutil y dulzón entonando su relajante balada cundía a plenitud las persianas de las tres ventanas que aireaban el pequeño local, y voces a lo lejos le dieron cuenta lo apartado que quedaba del malecón.

Adrenérgico en su sensación de libertad, en vez de querer lanzarse impetuoso a adueñarse de todo revolviéndolo todo, más bien le dio por repantigarse tras el

escritorio, pensando con calma un plan de trabajo al alcance de su aplicabilidad. Quería hacer un buen trabajo, aunque tal cosa le demandase un acomodamiento a las exigencias locales de salud, al menos hasta donde pudiese aportar con buenos resultados.

Sabía que en las comunidades rurales el común de las gentes asume de plano que cualquiera que usa mandil blanco es de hecho un dechado de capacidad para dar solución a todos los problemas de salud, así que debía plantear con prudencia los niveles de responsabilidad que por su parte estaba dispuesto a asumir. Y como para ponerle sobre aviso a este respecto, en ese mismo momento le llegó desde el malecón la voz del alcalde que, con un altoparlante comunicaba a la población la reapertura de la Posta, pues como explicaba en su perifoneo, había gestionado con éxito en Huánuco, el envío de un doctor a Lullapichis.

La connotación política que se le estaba dando a su presencia y la respuesta todista que se le exigía tácitamente a través de la invitación edil para que la población acudiera al establecimiento de salud, no le gustó.

Excepto por un exceso de cavilación durante el recorrido entre la pensión de la señora María Alvis y la posta, y a un aislado caso de exodoncia seriada, se podía decir que la semana transcurría apacible. Sin embargo, la esquela llegada de la Alcaldía para participar en una asamblea popular extraordinaria ese próximo domingo diecisiete, vino a perturbarle el sueño. La agenda planteada incluía un "Informe sobre el Sector Salud", que dicho de otra manera, no era más que su presentación a la comunidad.

¿Hablaría sólo de la magra misión de charlas y fluorizaciones a la que debía su presencia? ¿Deslindaría toda relación politizadora con el Programa de Internado Rural? ¿Comentaría que le endosaron por presión de hecho, la responsabilidad atencional de la posta? En realidad no lo sabía.

Pensó que no le quedaba otra opción que acomodarse con prudencia a las circunstancias, asumiendo una conclusión ortegueana ante el panorama en ciernes.

Aquel domingo estuvo deambulando nervioso por la posta antes del inicio de la asamblea, sintiéndose un completo extraño, aislado en sus inquietudes. Sólo el recuerdo de historias familiares que referían que su abuelo materno, "machote", había caminado por estos mismos lugares, le conferían aplomo para seguir pisando fuerte en la vereda de la posta, a vista de los pobladores que iban congregándose en el patio de la escuela.

La esperada asamblea popular se dio inicio exactamente a las diez de la mañana, con una concurrencia masiva de la población, que prácticamente atiborró los ambientes del centro educativo en una nave carente de divisiones por salones.

—¡Permítame doctor! —alzó su voz un asambleísta con pinta de pendenciero, pidiendo la palabra.

—Sí, adelante —concedió Matías.

—Soy el profesor Eloy, del colegio local —se identificó.

—Mucho gusto —correspondió con toda gentileza el aparente estilo protocolar del docente, fingiendo no reconocerlo.

—Quería decirle, al menos por lo que estoy enterado hasta el momento, que no sé cómo, usted va a hacerse cargo de la atención en la posta cuando todavía es un simple bachiller en Odontología. Y... este... todos sabemos aquí, ¡discúlpeme!, que no solamente se va a la posta por un dolor de muelas, pues —concluyó con una sonrisa torcida, y diríase que hasta exhibicionista.

Matías observó al mencionado profesor, con quién habían departido, a instancias del alcalde, unas contadas cervezas en la tienda de don Abdul Díaz, la segunda noche de su llegada a Llullapichis, y tuvo la impresión de percibir en sus cuestionamientos, un clissé de consigna política, muy familiar en la experiencia universitaria.

En dicha reunión, y en presencia además del gobernador distrital, don Melitón Arévalo, del juez de paz, don César Díaz, y del dueño del establecimiento, este mismo profesor había dejado traslucir sus convicciones comunistas, y resultaba evidente ahora que su virulencia tenía como objetivo fijado desacreditar todo posible mérito de gestión, del alcalde aprista. Lo malo era que en esos momentos él constituía el punto neurálgico de la pugna de intereses, y su nombre y su persona no contaban para nada. Por cierto, no era nada personal.

—Creo... ¡sí señor!, que es válida su inquietud —acertó a responder, tratando de no hacer notar que había sido herido en su orgullo profesional, y que lo que había escuchado, le jodía.

—Le agradecería una respuesta concreta —insistió el profesor.

—A ver… ¿sabe señor Eloy qué tiempo se capacita un sanitario para hacerse cargo de una posta?

—Creo que entre tres y seis meses.

—Cierto, así es. ¿Y un odontólogo?

—Pues, parece que años. ¿Qué tiene que ver?

—Efectivamente. Usted tiene cara de ser inteligente, le digo. Y por sea caso, dejo constancia que lo afirmo con cariño y respeto, para que no se piense que aquí hemos venido a capear un simple juego de palabras. Y me parece que ya usted va sacando sus conclusiones sin tantas precisiones —insinuó no tan seguro del favor que le podía hacer la lógica.

—En lo absoluto doctor —replicó Eloy, un tanto enardecido por lo que le pareció era pura sorna.

—Entonces déjeme por favor decirle que cuando las personas desconocen el buen sentido de la lógica, de eso que algunos llaman sentido común, se enredan en cosas tan simples como estas. Además, usted tiene que considerar que hay niveles atencionales donde cada establecimiento cubre sus propios márgenes, y en una posta sanitaria, prácticamente esta rutina se reduce a un accionar de asistencialismo primario; es decir, de primer nivel ¿No sé si me entiende?

—Pero ustedes sólo conocen de muelas, pues doctor, ¿o no es así? —volvió tozudamente a la carga el puntilloso y muy susceptible profesor, intentando en la ridiculización artera, derivar a su favor el respaldo de la concurrencia.

—Es posible que finalmente ahí esté mi destino —asintió Matías, con un matiz de fatalidad e ironía en la voz, arrancando algunas risas en la concurrencia—, pero pienso que de un record académico de seis años, algo de capacidad nos quedará supongo para manejar una posta. Al menos no me vendría mal que usted me conceda un poco de crédito, o me dé el beneficio de la duda —esto último lo dijo abiertamente socarrón—. Esto incluye que usted acepte la posibilidad de que no sabe que yo sé algo más que de simples muelas —acotó, dando pie a nuevas risillas.

—¡Ojalá!

—Además señores —empalmó al momento lo que creía necesario aclarar respecto a la verdadera razón de su presencia, y dejar así deslindado cualquier intento de rédito político de parte del alcalde, más allá de la verdad—, déjenme decirles que yo en realidad estoy sujeto a un programa preventivo promocional establecido por convenio entre la Universidad Nacional Mayor de San marcos y el Ministerio de Salud, en el ámbito nacional. Si no hubiese venido aquí, en estos momentos de seguro estaría hablando con personas de otra comunidad, de cualquiera de aquellas que fueron consideradas en el programa. Tengo compañeros dispersos en otras provincias de Huánuco y también en el resto del país, estrictamente para cumplir lo que tiene previsto el programa.

Seguidamente Matías explicó los pormenores del programa y las reacciones no se hicieron esperar.

—¿Y qué tiene que ver en todo esto la posta, doctor?

—En realidad, yo diría que casi nada, porque este trabajo se realiza en las escuelas de la jurisdicción.

—¿La Alcaldía? —preguntó otro maliciosamente.

—Los alcaldes que solicitan un profesional del programa, se comprometen a darle alimentación y vivienda hasta el final de su labor, que son de seis meses.

—¿Pero podría hacerse cargo de la posta mientras llega otro técnico sanitario? Usted ha dicho, o nos ha dejado entender, doctor, que puede hacerlo. Yo pienso que olvidándonos del prematuro cuestionamiento que hiciera el profesor Eloy, usted sería de mucha utilidad para la comunidad, y quisiera pedirle que, por favor, acepte esta responsabilidad, aunque como usted bien dice, no le compete hacerlo ¿no? —solicitó muy diplomáticamente don Raul Díaz, hombre robusto, ex gobernador del distrito, ganadero, y dueño de la casa más acogedora del malecón.

Muchas voces aprobaron su posición.

—Por supuesto que les agradezco la confianza —empezó a decir Matías—, pero sólo aceptaré si se deja constancia en acta de que esta petición fue voz de la asamblea –terminó aceptando bajo condición.

Después de aquella asamblea, la gente dejó de pronto de mirarle como a un advenedizo, y supo que para que aquello no se revirtiera en su contra, debía bregar con acierto en la hora de la prueba.

Los días siguientes resultaron pródigos en estas evaluaciones de "buena mano", con las que la gente califica aprobatoriamente a los ejercitadores de la medicina, viéndose obligado a secundar su trabajo con los pocos libros de consulta que había traído consigo, y con la misericordia del Altísimo.

"Va dolé ferte el sol" expresaban muy a su modo los vecinos el pronóstico meteorológico del día, cuando las mañanas aparecían luminosas y con neblina evaporándose por la copa de los árboles, como la de aquel lunes, en que el húmedo pasto de la cancha de fútbol de la escuelita, le invitara a establecer un régimen madrugador de preparación física.

La competencia de trinos empezaba indefectiblemente a las 5:30 de la mañana, y fue la hora escogida para el inicio de los ejercicios, excepto en los días tormentosos, en que parado en la vereda de la posta, cedía a una autohipnosis que entre el murmullo del aguacero, le desinjertaba de aquella realidad.

El horario dispuesto para la atención de la posta pronto se hizo trizas, debido a que vivía en ella y a que su rutina de desplazamiento era de circulación cerrada entre la casa de Antípatro Guillena, de Fidel Panduro, la pensión y el establecimiento de salud. Por ende, los que requerían de sus servicios, sabían donde ubicarle a la hora que fuese, creándole un estado de alerta permanente y zozobra inminente, que en el primer mes prácticamente vapulearon su ánimo, notándosele bastante tensionado.

Cortes por motosierra, mordeduras de víbora, fracturas por cornadas, intoxicaciones, óbitos fetales, partos, utas, patcos, parasitosis, reumatismo, dolores de oído, anemias, infecciones respiratorias, enfermedades diarreicas, cólicos diversos, paludismo, dengue, fiebres del recién nacido, acarosis, forunculosis, lipomas, vómitos y toda suerte de accidentes y afecciones propias del lugar, le tuvieron en ascuas las primeras semanas, hasta que fue aprendiendo a manejar la rutina atencional que exigía el medio, "en paquete", elaborando al amparo de la casuística repetitiva, una especie de protocolos, que poco a poco le fueron eximiendo de tanto sobresalto. Pero lo que no olvidaría jamás, en medio de esta turbulencia atencional, fue la visita de dos afligidas señoritas que llegaron a la posta a pedirle que fuera con ellas a sacarle la muela a un familiar moribundo. Cuando les preguntó ¿por qué? Le dijeron porque no era bueno que se llevara su corona de oro al otro mundo, pues su alma no descansaría en paz y pararía molestándoles como ya les había sucedido con otro pariente. Al decirles que a él más le parecía un acto de codicia, se molestaron con tal evidencia y sinceridad, que cayó en cuenta que había colisionado con una superstición de larga data engarzada a fuego en la cultura popular. De todas maneras, se disculpó alegando responsabilidad legal de proceder a satisfacer semejante demanda, y les sugirió orar cada vez que el difunto les diera pesadillas. Obviamente, se fueron inconformes.

Cierta noche, luego de entretenerse en casa del alcalde viendo jugar ajedrez a los profesores Mario Lescano y Leoncio Panduro, prácticamente hasta promediar la noche, regresó a la posta equilibrándose tras el haz de luz con que su linterna hurgaba

en el angosto camino, y pensando en la necesidad de activar un grupo local de apoyo a su trabajo asistencial, ya que en los hechos, esta práctica estaba compartida con los hombres y mujeres que seleccionados por la medicina tradicional, hacían suyas también las respuestas atencionales curativas en un amplio sector de la comunidad; sólo que de manera aislada y sin integrarse al ente rector.

Pero teniendo en cuenta que la llamada medicina académica, acostumbrada a proyectar su rigor científico con excesos desplazantes frente a su par folclórica, y que además, no había extendido ni siquiera un interés integrador hacia ésta, que por su parte ejercitaba una práctica curanderil, reacia a cualquier cambio, con curanderos demasiado concientes de su arraigo popular, la idea conciliadora no parecía muy viable, pensó Matías, con el ánimo apretujado por las sombras de la noche, entre las que el haz de luz de su linterna no podía permitirle retirar la vista del camino, sin antes detenerse.

Hueseros, vegetalistas, oracionistas, brujos, parteras, brebajes, ritos, dietas, untos, flores, hojas, cortezas, raíces, y toda clase de hierbas se agolparon en el panorama multidisciplinario de Matías, que premunido de las mejores intenciones, se prometió partir al día siguiente al encuentro de esas fuerzas vivas que la cultura popular protegía desde tiempos inmemoriales.

Lanzó el incandescente filamento de su linterna hacia los linderos de la cancha de fútbol, y recién se percató de que tenía el cabello y los hombros mojados al ver atravesar por todo el área luminosa a miles de diminutas espículas de una improvisada garúa. “Lluvia loca”, murmuró con voz desconocida, sintiéndose aprisionado en la soledad de un pueblo dormido y en la oscuridad acechante de un bosque aledaño. Más, entercado en dar crédito a la viabilidad de su idea integracionista, siguió caminando parsimoniosamente sin volverse a la oscuridad, haciendo un recuento de los candidatos potenciales a cubrir su grupo de apoyo...

... El partero y también huesero Antonio Rengifo, de dedicación esporádica en estos menesteres debido a otras actividades económicas; el partero Wilfredo Villegas, muy voluntarioso y comedido, pero sobredimensionador de sus habilidades y bebedor consuetudinario de “trago corto”; la partera Emiliana Claudio, mujer de frágil salud, pero la única con respaldo del Ministerio de Salud; los vegetalistas Prudencio Hinostroza y Corina Dávila, a los que aún no conocía; el brujo Celedonio Cahuachi, maléfico y sanador a la vez; el huesero Teodoro Armas y las parteras Josefina Campos y Carolina Shima, a quienes conocía de vista...

Los siguientes días fueron apretados y difíciles. A la posta llegaban ya pacientes de Huacamayo, Wembo, Yanayaquillo, Yanayacu, Río Negro, y de otros caseríos y Asentamientos Humanos de la marginal, que junto a los pacientes locales, iban estableciendo una demanda desbordante que no le dejaban estructurar el Programa de Salud Bucal, por el que específicamente se encontraba en el lugar.

Estando sobreviviendo a golpe de ahínco y fervor en medio de tan desbordante demanda, como un alivio providencial le llegó una circular de la coordinadora del Programa de Salud Oral, invitándole a participar en un seminario taller en la hacienda “Vichaycoto” de Huánuco, con la participación de los demás internistas. La noticia le hizo brincar como un venado encerrado, y fue por bálsamo a sus dolencias

anímicas puestas en ese mismo momento a curarse con mil dosis de alegría. Salió a la vereda dispuesto a reconocer la mano de Díos en todo lo observable, conforme con la autenticidad de los silencios generosos que rubrican las buenas obras, presto a seguir ejercitando la medicina con vocación de servicio, pero impaciente por llegar a vísperas de la partida para descansar sus lomos “trabajados y cargados”, sin aspirar por cierto, alcanzar la plenitud de esta promesa bíblica.



XIX

Los dos bogas conibos que su suegro había enviado para que le recogieran en Masisea, movían los remos con cadenciosa energía, buscando precisar con sincronismo cada golpe y así no fastidiar al yacuruna que afirmaban habían visto por esas muyunas. Poco más y lograban transmitirle ese temor reverencioso que los aborígenes profesaban a sus creencias sobre seres fabulosos que habitaban la tierra sumergidos en los mágicos recodos de la naturaleza sin definir su presencia real.

Desde que llegó a Pucallpa, a principios de la década pasada, le fascinaron sobremanera estas creencias amazónicas que iban desde la existencia de este ser humanoide mencionado por los bogas, que reinaba bajo las aguas, hasta el cushushca jushín o bufeo colorado, que salía a tierra a enamorar y raptar muchachas asumiendo la forma de un hombre de raza blanca, y referido hasta por los niños durante sus noches reclinadas al cuento, después de las rondinelas.

Venía junto a don Julio Vega, compartiendo el centro de la canoa, y haciendo acopio de temperamento para romper de una vez, ese mismo día, la sujeción que don Fidel ejercía sobre su familia, contando con que poner luego tierra de por medio, era la única solución.

—Así que te quieres ir Hermelito... Tss —chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. ¡Mira pues! Y yo que te hacía muy a gusto aquí.

—Sí, don Julio; no puedo negar que todo ha estado tranquilo, pero ya es tiempo creo, de...

—¡Qué dices! Mejor no te puede ir. Tienes trabajo, familia, solvencia… ¡No te puedes quejar!

—Estoy, años, sin regresar a mi tierra, y según me dijo hace más o menos un mes mi cuñado Lurquin, mis padres ya están haciendose viejos, y sinceramente no me gustaría aparecerme por ahí cuando ya ellos... bueno... usted sabe.

—Eso también, pues. Pero organízate bien y programa visitarles cada año.

—No sería lo mismo. Siento que volver es una necesidad que no se puede posponer más. Me dicen que se pusieron muy deprimidos cuando se enteraron lo de la revolución.

—¡Y mira quién no, Hermelito! En grande o en pequeño, las guerras siempre producen atraso y las mismas heridas en las familias.

—No sé cómo lo supieron, pero... allá ya tenían noticias de que me había presentado a apoyar a las fuerzas del gobierno. Usted mismo se acordará de eso. Imagínese que ya me hacían en medio de la trifulca esa.

—Los padres pues Hermelito, los padres... —sentenció don Julio, muy circunspecto.

—No se me vayan a poner mal estando yo por aquí, asi. A veces no medimos el peso que el silencio de los hijos aporta a la preocupación de ellos, como si el traslado de sentimientos hacia nuestra propia familia fuese suficiente justificación

para dejarlos relegados.

—Eso está planteado hasta en las escrituras. Es natural. Pero hay también que cuidar eso de honrarlos y no olvidarlos. En eso tienes razón. Pero de ahí a pensar trágicamente…

—Todo es posible a estas alturas.

—Eso es serio, de hecho. Y si consideramos que la edad es una causal más del final que nos espera a toditos de manera inevitable, pues te asiste la razón para desear estar con ellos. Cuando se nace, el cuerpo trae ya un compromiso firmado con la señora de la guadaña.

—No me gustaría cargar con una cosa así en mi conciencia.

—Y vaya uno a saber cómo se porta la parentela cuando quedan cosas que repartir. Ahí el finado pasa al último plano.

—No tanto por eso, pero...

—Hay que prevenir antes que lamentar, es el adagio más sabio después del gran mandamiento, hijo; te lo digo yo, que hasta las canas ya he perdido en los ajetreos de este mundo —sermoneó don Julio Vega Eslava, acariciándose nostálgico la amplia calva.

—Tengo pues un hermano leguleyo que a veces se quiere pasar de listo —le contestó mirando por encima del hombro la rutilante cabeza de su interlocutor-. Pero no creo que llegue a tanto.

—¿Has tenido comunicación con ellos?

—¿Con mi familia?

—Sí.

—Por el telégrafo, y eso cuando funciona, he logrado entablar comunicación con algunos de mis parientes que gustan de estar yéndose de aquí para allá. Pero más he carteado por Pucallpa, aunque por lo general no he tenido contestación.

—No has perdido contacto entonces; eso es lo importante. En cambio yo sí me desarraigué para siempre de mis parientes trujillanos.

—Dicen que cuando un serrano silva es que extraña su tierra; y yo, para qué, desde hace un buen tiempo estoy dándole a los huaynos sus tonos más melancólicos, don Julio —ensayó bromear a la espera que su voz se desprendiera de la pesadez con la que sonaba.

—Debe ser Hermelito, seguro, debe ser —sonrió comprensivo don Julio, alargando la vista hacia el horizonte, tal vez recordando a su lejano Trujillo, a sus dos hermanas y a su padre, de quien decía había llegado a ser Ministro de Estado.

—¡Ha nacido ya mi sexto hijo, don Julio! Eso no es moco de pavo. Creo que ya es tiempo de darle a mi familia su propia personalidad y su propio pan. Al lado de mi

suegro eso es imposible. Está acostumbrado a que nadie le haga sombra y que lo que dice sea ley. ¡No, no puedo seguir más tiempo en "Bello Horizante!".

—A Fidelito le alcanza y le sobra. Pero visto por este lado…

—Le alcanza y le sobra, pero es de él.

—No Hermelito; lo que tengas donde estés, así no sea tuyo, es tuyo. Sólo es cuestión de asumirlo así en el tiempo que ejerzas dominio.

—No entiendo.

—Por ejemplo, esta canoa es nuestra ahorita; mas luego ya no lo será. Pienso que las cosas y el dinero mismo, se debieran revalorar por el alivio que nos signifiquen y no por lo que querramos hacer con ellos a vista de nuestras insaciables necesidades, o nuestras vanidades y codicias.

—Ya entiendo —asintió cabeceando cavilante—. Aunque sobre la piel, no pasa de ser una teoría boba, y dentro el sistema en que vivimos, una propensión al desperdicio.

—Pero el casado casa quiere, ¿eh? —giró su lengua en redondo don Julio, a modo de dialogar sin plantear imposibles.

—Así debe ser. Es lo que creo, ¿no?

—¿Y que dice Zoilita?

—Tiene un poco de recelo, pero ya le pasará.

—Y no es para menos; ¡imagínete! Ella tan protegida por su padre, tan acostumbrada a estas selvas, tan bien atendida por los cholos que sobran en el fundo y que la quieren, ¡uff!... Que tenga que marcharse, así de repente, a zonas frías, a tierras extrañas, a costumbres diferentes, lejos de su familia... —don Julio meneó la cabeza.

—Estará conmigo.

—Seguro, seguro.

Mientras la conversación fue abundando sobre el particular, Hérmel Alcibiades pudo percibir que don Julio no aprobaba la idea de su partida, pero también que tuvo la discreción de hacerse a un lado cuando él mantuvo su posición.

El fundo "Bello Horizonte" apareció en lontananza con sus jugosos cañales, sus mangas y potreros, su extenso pastizal, y su casona patronal, soberbia entre todas las demás dispersas a su derredor.

—Mira Hermelito, ahí está tu buen suegro —indicó don Julio Vega, elevando la barbilla hacia la edificación principal en cuyo porche la figura de don Fidel Reátegui Valera se veía reposada, meciéndose parsimoniosamente en su mecedora.

—Un poco más y se entornilla ahí —le contestó este, aludiendo la asiduidad del aludido a estarse retozando en aquel mismo lugar—. Ahí no parece, pero este viejo

no deja de ser un carbón encendido donde esté. Basta que pase un vientecillo para que se ponga rojo.

—Ja, ja, ja… Bien estudiado lo tienes. Pero aparte, ya Fidelito puede darse este gusto de pasarse retozando el tiempo que le venga en gana; como que bien ganado se lo tiene.

—Indudablemente —corroboró no excento de cierto aliento pirósico.

—¡Qué manía con su carabina!

—No la deja ni para ir al baño.

—¿Sí?... ja, ja, ja...

—Y hace disparos peligrosos cuando le viene en gana.

—¡No quizá!

—¿Que nó?

—Es mal geniudo el majadero, pero loco no es.

—Debe estar cerca.

—No te llevas bien con él, ¿eh?

—Creo que ni mal, ni bien. Es difícil entenderse con un patrón.

—Haz de tener sumo cuidado ahora que piensas comunicarle tu intención de regresar a tu tierra. Si puedo mediar para que no saquen chispas, lo haré.

Atracaron sin novedad en el puerto principal, y por una gradería hecha en el barranco ascendieron hacia el esponjado pastizal cubierto del izanguero toro-urco, dándose toda la calma precavida que se les ocurrió.

—Tiene que echarse limón en las piernas, don Julio.

—¿Por qué?

—Hay harto izango en este pasto.

—¡Ah carajo!; hay que proteger también las talegas entonces.

—Ja, ja, ja...

—Aunque la sentada en la canoa me ha dejado la rabadilla adolorida y más necesario me sería un brebaje de “rabo de coto”

—¿Qué es eso? Primera vez que lo escucho

—Una planta parásita champosa como el rabo del mono coto.

—¡Ah!

Circundando un cercano potrero, los coconales amarillaban sus frutos al sol, haciendo agua la boca de solo mirarlos.

Peones y cholos se confundían en los ajetreos del campo, dejando constancia de la pujanza y laboriosidad ejercitada en el fundo, a prueba de cada día.

—¡Qué milagro por aquí, Julito! —se dejó escuchar la ronca voz de don Fidel, erguido ya tras la baranda del porche.

—¡Qué va!

—¡Claro hombre! ; porque por aquí sólo te apareces cada vez que muere un obispo.

—¡Qué tal Fidelito! —saludó con comedida amabilidad el sabihondo calvo, estrechando la ruda mano del ex cauchero.

—¿Qué novedades?

—Aquí me tienes pues acompañando a Hermelito.

Don Fidel enarcó las cejas en señal de indagación.

—¡Buenos días suegro! —saludó este a su vez, llegando un poco retrasado a la altura de los dos hombres.

—¿Y Niquita? —se interesó don Julio por la dueña de casa.

—Está en la cocina.

—Luego entonces la saludo.

—¿Luego de qué Julio? —preguntó con suspicacia el hacendado.

—Bueno..., Hermelito no lo sabe, pero en realidad he venido a mediar un poco en un asunto que él te quiere comunicar, creo, de la mejor manera, y obviamente también pues..., para saludar a todos los de casa —declaró éste, sintiéndose un lícito mediador.

—¿Y qué es lo que quieres decirme, yerno? ¿Tan importante es que hasta Julio ya pues ha querido interceder? —le encaró su suegro con ínfulas de patriarca.

—Si no supiera que acá don Julio lo hace por amistad y con la mejor buena voluntad, pues yo..., creo que tendría que molestarme. Por lo menos estoy sorprendido.

—Soy un entrometido sin duda; disculpa Hermelito.

—No se preocupe don Julio; de todas maneras se tenía que decir.

—¿Qué pues te traes entre manos, yerno? —se impacientó don Fidel con muy "mala espina".

—Hermelito se va a su tierra pues —intercedió don Julio, para facilitar según su parecer, buenas tratativas por intermediación.

—Pero a mí no me han dicho nada. Ni tú, ni mi Zoila se han dado el trabajo de

caminar hasta aquí y hacérmelo saber —le reprochó su suegro, refrenando su genio fuerte.

—Se lo iba a decir de la mejor manera, suegro; a veces las noticias se adelantan —contestó haciendo un mohín alusivo, pero exento de reproche.

—En realidad, mi interés también alcanza, como se dice, a los "chicharrones" —se defendió el aludido, allanándose a un estilo más coloquial, habida cuenta su proclividad a lucirse con rimbombancias intelectuales—. Tú sabes que buenos profesores no se encuentran así nomás por aquí, y en Masisea tú has venido haciendo una buena labor. Así que en el pueblo nos conviene que te quedes, sin duda. Pero si tienes que irte, en lo posible me gustaría que tu suegro no se enemiste contigo; o mejor dicho, que no se enemisten ambos.

—No tengo ninguna intención de resentirme con nadie.

—Seguro, Hermelito.

—Y respecto a lo de la escuela, creo que no sólo Masisea tiene en estos momentos el problema de la deserción. Pienso que en todo el bajo Ucayali, las escuelas deben estar iguales de vacías, después del alzamiento armado.

—Es que también, recién han pasado sólo tres meses desde el último enfrentamiento en Pucallpa. La cosa todavía está fresca.

—Aunque sinceramente, esto de la deserción aquí es parecido a lo que pasa en la sierra: Los padres sacan a sus hijos para que ayuden en las siembras, las cosechas, la pesca… Pero como le venía deciendo, don Julio, tengo mis razones y no precisamente tienen que ver con la escuela.

—Pienso que es una razón que valdría la pena reconsiderar con un poquito de calma —le insistió persuasivamente éste, acariciándose otra vez con aires nostálgicos la pecosa y sonrosada calva—. Pienso así mismo que todavía no has concluido tu excelente labor en Masisea y ahí nesecitamos hombres como tú, que traigan soluciones y no que compliquen más los problemas ya existentes. Porque como bien sabes, el masiseíno es bien jodido. Mira ve: Pucallpa empezó con su escuelita mixta desde antes de mil novecientos cinco, con profesores que ganaban a las justas seis Libras. Luego en mil novecientos ocho, los profesores Sotelo, Ulderico y Bueno, afianzaron el prestigio educativo más allá de sus linderos, sentando un noble precedente que en mil novecientos once la profesora Visitación Ríos sabría mantener a tope. Ahora, desde hace tres años, aproximadamente, ya cuenta con su escuela elemental de mujeres, creo que es la quinientos dos, y evidentemente, todo su proceso educativo nos muestra una evolución que a Masisea le ha ido dejando ya a la zaga. Pero justamente aquí es pues donde profesores como tú, Hermelito, resultan pilares para retomar derroteros que resulten más gratificantes —remató, poniéndole algo de adulonería al pronombre.

—Tú siempre moviendo con buen estilo la naca-naca, ¿eh, Julio? Pero tienes razón -elogió don Fidel, sensible como era a la fluída versación del amigo.

—Llevo ya muchos años fuera de mi tierra y necesito ver a mi familia. De repente

por ahí sopesar también mi propia perspectiva; eso es todo.

—Pero puedes irte nomás y después regresas, yerno.

—No pienso volver, suegro

—¿Qué?

—Así es.

—Ni que te fueras a morir. ¿Y mi hija? ; ¿y mis nietos?... ¿Crees que se van a acostumbrar en la sierra?

—No sé; pero...

—Sobre todo mi Hermelito que recién tiene dos añitos —observó el hombretón, muy afectado por el posible alejamiento del sexto de sus nietos, al que profesaba un apego consentidor.

—Es posible que al principio, el rigor del invierno, las costumbres y la misma gente, no sean de buen gusto como quisiéramos, pero al fin y al cabo, suegro, es mi familia y tienen que irse conmigo.

Entre dos personas sumamente susceptibles, no sólo el significado literal de las palabras cuenta para la interpretación, sino también lo que sugiere subliminalmente las entonaciones de las sílabas tónicas. Y evidentemente ahí, entre suegro y yerno, empezaba a vulcanizarse el lenguaje en estos dos aspectos.

—No te apures hijo, porque si yo digo que nadie sale del fundo, nadie lo hará —advirtió su suegro en tono lapidario, y recalcando sones fatídicos abandonados en las sangrientas estradas de su época de cauchero.

—No nos puede obligar.

—¿Ah, no?

—Entonces recurriría a las autoridades.

—Por favor, no embrollen las cosas —suplicó cortésmente don Julio Vega.

—Mira yerno, escucha con atención lo que te voy a decir.

—No me presione, suegro —se empacó éste.

—¡Escucha por la gran p... Pucallpa! ¿Correcto?

—Tranquilízate Fidelito —medió otra vez don Julio.

—¡Es que este shuco, carajo, no deja ni hablar!

—Pero no te sulfures, pues. Hablando se entiende la gente.

—Bien, bien —consintió esforzándose el rudo varón—. Resulta que desde hace un buen tiempo atrás vengo preparando un terreno al margen de la quebrada

Sachavacal, que por cierto, desde noviembre de mil novecientos dieciocho pertenece a la provincia de Pachitea, provincia cuya Capital precisamente es esa tu tan "extrañada" Panao, y es porque quiero trasladarme a esa zona dentro de poco para hacer otro fundo.

—Eso queda arriba de Puerto Leguía, ¿di Fidel?

—Sí, un poco más allá.

—Me parece entender tu intención.

—El asunto es que si me traslado, alguien tiene que hacerse cargo de "Bello Horizonte". Pensé en cederle a mi capataz bajo algunas condiciones, pero... —concluyó dispersando la mirada nostálgica en el pastizal.

—Buena elección y mejor gesto de tu parte Fidelito. Pero... ¿de no ser él? —preguntó don Julio, adivinando en su fuero interno la respuesta y tratando de inducir a Hérmel Alcibiades a mostrarse más permeable.

—Mi yerno, si quiere... pues, podría quedarse aquí; no habría problema.

—Inmejorable oferta Hermelito, ¿eh?

—Parece que sí don Julio.

—Sin duda el paso de la revolución nos ha dejado a todos los que tenemos gente para mantener como gallina quintisha. ¡Carajo! La cosa ha estado que arde. Pero menos mal el algodón nos está defendiendo bastante bien hasta ahora, y por ahí dicen que los gringos han empezado a comprar madera en Iquitos. Eso ya se irá viendo.

—Oye Hermelito, lo que te ofrece tu suegro es bueno por donde lo mires; no lo desaproveches.

—Si tanto quieres irte a tu tierra, ¡vete! Te paseas bien, y vuelves tranquilo a hacerte cargo de la hacienda. Puedes llevar a tu mujer y a tus hijos grandes, si quieres.

—¿A los grandes?

—Recuerda lo que nos dijo el cura Le Garro, en Contamana, cuando bautizamos a Hermelito.

—Eso si yo llegaba a faltar. Además, ese muchacho es bien pegado a su madre.

—Más pegado es a la chola que le da la teta, si no te has dado cuenta. Y a tu suegra... tss, ¡ni se diga!

—No pienso irme sin mi familia.

—¡Shuco terco, carajo! —se molestó su suegro, que echando mano a su carabina, canalizó soterradas violencias haciendo un disparo despectivo contra unos indefensos y confiados vacamuchachos que se bamboleaban sobre un arbusto de

ocuera.

—¡Por favor, sean sensatos, hombre —aconsejó con firmeza don Julio—. Los asuntos familiares hay que tratarlos siempre con ánimo conciliador —acotó con energía.

—A ver, anda a conversar el asunto con mi hija —le instó su suegro, señalando hacia los cañales por donde viera aparecer a Zoila Jesús, acompañada de sus hijos, Elina, Alcibíades y Elvira—. Piénsenlo bonito y después me dicen lo que han decidido. Espero que esta conversación sólo haya sido eso.

—Yo también creo que debes reconsiderar el asunto con calma, mi querido Hermelito —abogó don Julio, prácticamente empujándole hacia el patio—. No choques con Fidel, hijo —rogó con aires de confesor.

—¿Qué puede hacerme? —replicó desafiante y evidentemente con la memoria frágil.

—Tú bien lo sabes Hermelito —por el tono, seguramente al buen don Julio le faltó agregar: "no te hagas el cojudo"—. Aparte que por estos sitios la ley sigue siendo la que complace al patrón. Usa la cabeza y no te precipites neciamente.

—Ahora los tiempos son otros, don Julio.

—Ni creas hijo. Mira nomás lo que ha pasado con esa Asociación de Intelectuales por los Derechos del Indígena, creada, si mal no recuerdo, en mil novecientos doce.

—Ni siquiera sabía que existía.

—¡Por supuesto! De repente sólo pensaron en el cholo andino; pero dudo que hayan logrado la más mínima reivindicación, inclusive ahí. Cierto que aquí en el Ucayali tenemos desde octubre de mil novecientos diecisiete un Juzgado de Primera Instancia, pero haber dime tú, si confías en que te harían justicia frente a tu suegro... ¡Y eso que tú no eres ningún hijo de vecino, ah!

—Hay intereses creados también, pues. Pero cada cosa que usted menciona...

—Habrás notado que ni cura, ni militar, ni científico, ha hecho nada por frenar el tráfico esclavista de nativos. Muy por el contrario, se dejan agasajar cómodamente por los solícitos patrones y siguen convalidando convenidamente todas las injusticias. Asi que no me vengas con que las cosas son diferentes y que los tiempos son otros, Hermelito. Ni la sangre de Dios ha servido para desplazar los privilegios del poder terrenal.

—Pero como usted dice, yo no soy un fulano equis.

—Tú no eres simplista Hermel. Además en este caso, el patrón es padre de tu mujer, y tus hijos, quieras o no reconocerlo, han crecido gracias también a su sustento.

—Eso ya no volverá a ser, se lo aseguro.

—¡Caray! Pero un poco de gratitud no te vendría mal.

—Los saldos no abonan mucho a favor de eso.

Don Julio Vega se resfregó la calva sinceramente apesadumbrado, dándose por vencido frente a la pertinaz fijación que le hacía frente.

—Venga a tomarse un cafecito don Julio —llegó hasta ellos la voz de doña María Nicanora.

—¡Huy, doña Niquita! ¿Cómo está usted?

—Venga ya.

—Ahora voy.

—No alcahuetees mucho Julio; mira que ningún adulón sale con bendición —zahirió don Fidel, sin siquiera mirarles.

—¡Ay, tú también! —reprochó doña María Nicanora.

—Piénsalo Hermelito —persuadió muy paternalmente el bien intencionado calvo, retornando a la casona tras el aroma irresistible del café de huerta.

Por su parte, Hérmel Alcibiades se encaminó hacia la pequeña casa que su suegro le asignara a unos sesenta metros de la principal, en cuyo patiecito, ya Zoila Jesús y sus hijos, le aguardaban con mirada ansiosa y comprensible expectativa.

Una sensación de inconformidad decaía su espíritu dentro de sí, al parecer sin capacidad para el entusiasmo, y una búsqueda de alivios, de fugas, de perentorios cambios, y hasta de olvidos, sino de una catarsis liberadora, le fue embargando el corazón, puesto a divagar por las soledades, por la nostalgia y las evocaciones. Su alma serrana aquejada de distancia, exigía bálsamos, perentoriamente.

—Le escuché gritar a papá —le dijo su mujer a guisa de saludo, mientras sus hijos le hacían cargamontón.

—Es que le acabo de enterar que nos vamos a Panao.

—¿Y qué ha dicho?

—Cree que tú no te vas a acostumbrar y que Hermelito está muy chiquitín para hacer el viaje.

—Yo nunca he estado en la sierra, pues. Más bien he crecido con papá en el caucho y aquí en el fundo, y de verdad no sé si me acostumbraré. Pero si todo es como me has estado contando...

—Idem, idem, no será; pero por ahí vá, mujer —replicó con cierta indolencia.

—Lávate y descansa un poco Hemechín; ya papá tendrá que ir aceptando esto, así no sea de su agrado.

—Ujum... Bueno, atiende a los chicos y luego te vienes para darme unos masajitos cálidos, que me siento un poco engarrotado.

—No puedo.

—¿Qué?

—Ya sé cómo terminan esos "masajitos".

—Tu presencia me anima, mujer. Lo malo es que ustedes no le dan la debida comprensión a esto hasta que sus maridos se vuelven cariñosos con otra.

—No digas tonterías. Ya no quiero embarazarme otra vez.

—La brebajera Galicia dice que para que no se vuelva a atajar otro "cashacushillo", tienes que usar tu esponja de vinagre o de limón... ¡Qué pendejilla la vejéz! Como buena lunareja, pues.

—Pero me cuido. No vayas a pensar ya vuelta que así nomás hago. Aunque seguro, seguro… no es.

—Anda ya, y luego vienes.

—Si me tienes paciencia.

—¡Claro! Pero no me exageres como otras veces, que el "pollito" con los años se está volviendo caprichoso para estarse paradito mucho tiempo fuera de tus alas.

—No hables así; pareces medio mañoso.

Zoila Jesús se fue presurosa a cumplir algunas tareas pendientes con los hijos, encendida también de deseo, e impaciente por volver a la intimidad tentadora que su ardiente marido le ofrecía.

Al rato, ya juntos, tendidos sobre el mullido colchón de flor de topa, compensaron sus pasados desazones con calenturientos jugueteos de dos monos machines, de dos amantes sin reglas puestos a escamotear inventos al placer. Siempre habían sido una pareja con capacidad intensa para el goce sexual, y esta vez no fue la excepción.

Y mientras ahí, en el íntimo recinto tantos años compartido, las ingles y los tensos muelles ventrales colisionaban con estruendo de aguas, en la casa patronal, don Fidel, María Nicanora, y don Julio Vega, departían su tiempo saboreándo un café cargado colado en tela, con unos huahuillos de maíz preparados en casa, sopesando sorbo tras sorbo el inminente viaje de Zoila Jesús y poniendo sobre el tapete la utilidad del telégrafo instalado en Masisea.

—¿Se podrá comunicar con Panao? —preguntaba don Fidel.

—No creo.

—¿Por qué, Julio?

—¿Recuerdas al Ingeniero Tamayo?

—Escuché de él hace dieciocho años más o menos. Pero por ese entonces yo paraba más en el Madre de Dios, creo...

—Bueno; él decía que la red solamente iba a conectar a Iquitos, Requena, Orellana, Masisea, y Puerto Bermúdez.

—¡Ah!

—Pues a decir verdad, ni para cubrir ese tendido sirve el condenado aparato. Al parecer no está todavía terminada su instalación, pero creo que por las santas velas la Tesorería Fiscal de Loreto desembolsó en enero de mil novecientos catorce la suma de mil seiscientas Libras peruanas para los trabajos de instalación de la estación inalambrica en Contamana. Bien me dijo entonces mi amigo Agustín Hurtado, que era el sub-prefecto, que ahí se estaba gastando pólvora en gallinazo.

—¿Pero no dicen pues que con el telégrafo se puede comunicar a cualquier sitio? —cuestionó quejoso don Fidel.

—No es así, Fidelito. Tal vez cuando la ciencia avance más. Por ahora todo depende de su tendido, o de sus estaciones.

Finalmente los dos hombres optaron por salir al porche a fumar con hondura y fruicción un par de siricaipis, dejando, a solicitud de María Nicanora, de lado el tema obsesionante de la decisión de Hérmel Alcibíades Ibazeta García, de volver a su tierra.

—¡Patrón! ¡Patrón! —se elevó de pronto la voz de un peón viniendo desde el puerto.

—¡Carajo; ni fin de semana uno puede estarse tranquilo! —renegó el aludido.

—¡Patrón! ¡Patrón!

El peón llegó asezado hasta el escalón de acceso a la casa.

—¿Qué pasa, Gabriel?

—A Pasquel, patrón, el saltón le ha despellejado su pierna.

—¿Cómo ya vuelta? Tss…¡Las desgracias ocurren seguidas, por la gran p… parroquia!

—Estaba pataleando agarrado del borde de la canoa, y un tremendo saltón le ha embocado bien hasta su muslo ¡Casi le lleva patrón! ¡Qué bruto!

—Suerte que la boca del saltón sólo es rallo-rallo, como del cunchi. —opinó un tanto sobrecogido, don Julio.

—Si no, le dejaba sin pierna —corroboró el exaltado peón—. O capaz que le hacía ahogar al pobre. Porque ¡pucha!, era un pescadazo de unos cuatro metros, patrón —agregó un tanto chocado.

—Tráiganle a la casa pues; algo se hará para curarle.

—Échale miel de abeja, Fidelito —aconsejó don Julio—. Hay que tratarle como a quemado.

—Que Nica se encargue ya —cortó éste, repantigándose en su silla y aspirando aire con fuerte resuello.

Pasado el sobresalto y despejada la atmósfera, encendieron nuevos siricaipis que aún trascendían el aroma a aguardiente del proceso de prensado, y cual brujos en trance, se dejaron mecer por los estímulos nicotínicos de cada aspirada. Era fin de semana y podían estarse allí hasta cuando les viniera en gana. ¿No era acaso de esta forma con la que se podía regatearle unos cuantos sorbos a la felicidad?... Al parecer, sí.



XX

El 13 de junio de 1,900, medio año de un nuevo siglo, Enriqueta López Pinto dio a luz un robusto varón que si en hospital hubiese nacido, pudo haber sido clasificado como un macrosómico, y a quien, fiel al deseo que su padre expresara antes de partir en su fatídico viaje al Brasil, puso el nombre de Antonio. Lo único que no hizo fue ir a Iquitos para el alumbramiento, porque parteras de cabecera, confiables y conocidas por varias generaciones al interior de las familias, también tenían presencia en Nauta. Aparte que los trabajos de construcción del flamante hospital de Iquitos, adonde protectoramente su buen Juan le recomendara traslarse en las fechas del advenimiento, tenían poco tiempo de iniciados e iban a paso de motelo.

El nacimiento vino a mitigar en algo el profundo dolor que le había causado la terrible muerte de Juan Francisco, muerte cubierta aún en un halo de misterio e imprecisiones, y le hizo virar proa hacia horizontes más serenos, más humanos, donde sus expectativas de mujer tenían la opción de reverdecer en algún momento, dejando de lado las fatigas espirituales y físicas que la pérdida de un ser querido suele producir.

Su madre, su padre político y sus dos hermanos, la pareja de mellizos Hoffman, decidieron migrar a los pocos años a la ciudad de Lima, atesorando un capital amasado con la venta de todos los bienes de Iquitos, por lo que a partir de ese entonces, tuvo que valerse por sí misma, a fuerza de mantener la producción fructícola y de pan llevar de la estancia, que a pesar de los márgenes mínimos de ganancia que la agricultura dispensa en la selva, le bastaba para poder criar a su hijo y asegurar un espacio digno donde cobijar su pequeño e incompleto hogar. De la familia solamente le quedó de recuerdo el juego completo de porcelana china que tanta alegoría le significó a la mesa familiar, sobre todo en las tardes del té, y una que otra platería que conservaría hasta el final de sus días. También, claro está, los suspiros cotidianos que la nostalgia y el silencio de los espacios vacíos le arrancaban del alma.

Más allá de sus hermanos, de su madre y su padre adoptivo, no tenía ningún pariente, ni lejano ni cercano, en toda la República, a quien acudir de ser necesario. Se había quedado sola, con esa soledad de abandonada que habita en los puertos haciendo gala de ese dicho popular,"de cada santo una vela", solo que ella no tuvo más que un "santo y una vela" ahí en Nauta, para sin proponérselo ni imaginarse, saber lo que significaba quedarse sola, sintiéndolo y sufriéndolo. La comparación pues, le llegaba por el lado de sus tristezas, que eran intensas y galácticas, pero que con ayuda de Dios, en algún momento tendrían que quedarse atrás.

En ciertas ocasiones, cuando sensibilizada en el ocaso por sus íntimos recuerdos, se ponía a contarle al hijo querido sobre las horas compartidas con Juan Francisco Marino Aliaga, padre del niño, sus ojos se empañaban con gruesas lágrimas que llegaban acompañadas por entrecortados suspiros, y su fuerte voz desandaba quebrada los dolientes recodos de historias factuales que no dejaban de ser parte de su lamento. Apretaba entonces contra su pecho al sorprendido pequeño, y elevaba sus plegarias de siempre, dando énfasis a la frase del Padre Nuestro que precede al ¡amén!

El tiempo, distraído acompañante de la atención que afana tras las circustancias cotidianas y que pasa sigilosamente sin verter los adagios que tras largo andar susurrará en la voz sabia de la experiencia, la jaloneó con hebras invisibles hacia nuevos tiempos, y cuando ya Antonio corría por sus seis años, le hizo caer en cuenta que la situación se había tornado insostenible en la chacra, y que no había mejor alternativa que venderla y empezar a considerar con seriedad el traslado a Iquitos, para que también su hijo pudiera ir a una buena escuela, que era lo que cabía aspirar sabiendo que sus hermanos Hoffman Pinto harían lo mismo con los suyos en la capital.

Así pues, al poco tiempo de instalarse en la pujante urbe, y mientras intentaba abrir un negocio —como en los tiempos de su abuela y su madre—, coincidentemente en un pequeño cuarto con puerta de calle que irónicamente antes había pertenecido a la familia, llegó a su vida un solvente regatón procedente del Ucayali, que cada vez que se encontraba en Iquitos, dejaba entrever en su trato una intención hecha para inminentes propuestas de una vida juntos. Con detalles amatorios muy sutiles y cargados de persuasivos consuelos, poco a poco iría logrando que consintiera en abrirse a la posibilidad de entender que el amor está ligado a la vida que nos queda. Era una mujer sola, muy conciente de sus necesidades afectivas, y tenía hambre de protección como cualquier mujer sola y con un hijo a quien criar.

A postrimerías de ese año, finalmente se uniría en matrimonio a Francisco Alegría, el regatón que por coincidencia llevaba el mismo nombre del que fuera en vida padre de su hijo, e iniciaría con él una vida itinerante por los diversos pueblos de la ribera ucayalina, permaneciendo en Iquitos sólo el tiempo necesario que le requerirá cada nuevo embarazo y la vigilancia periódica de los estudios de Antonio.

En este período de ajetreos, de idas y venidas a lo largo del llamado bajo Ucayali, dio a luz a tres descendientes en la línea Alegría, a quienes dio por nombre, Luciano, Gavino y Augusta.

Cuando Antonio por fin culminó su primaria, que dicho sea de paso, era a todo lo que se podía aspirar en estudios en la selva, a despecho de que ya en el año de 1,901 el presidente, don Eduardo López de Romaña, había promulgado la ley orgánica de instrucciones que dividía la enseñanza en primaria, media y superior, la familia se desarraigó definitivamente de Iquitos, mudándose a un acogedor pueblito llamado Yucuruchi, a orillas del río Ucayali.

En este caserío, durante su adolescencia, y adiestrado por su padrastro en el arte del regateo, en el oficio de la caza, y con el don de la fisga dentro de sí —que era lo que preferia por encima de todo lo demás—, Antonio Marino López se convertirá en un gigante de complexión atlética muy llamativa por su contraste con los biotipos promedio del medio ribereño, en un impulsivo y voluntarioso muchachote con inclinaciones pendencieras y demostrado apego a la vida silvestre, y en un ser reacio a domesticarse como el común de las gentes. Aprenderá a guiar canoas y balsas en cauces torrentosos, descubrirá secretos de bosques, de cochas, de playas, de muyunas, con precocidad de salvaje, y se mimetizará como un elemento auténticamente selvático entre las comunidades mestizas e indígenas de la cuenca ucayalina, sin traba alguna.

Cuando contaba con dieciséis años de edad, y su carácter se iba tornando cada vez más ingobernable y rebelde, don Francisco Alegría, su padrastro, tomó la crucial determinación de no llevarle consigo al viaje que se alistaba realizar por aguas del río Aguaytía, convencido de que esa era la mejor manera de escarmentarlo.

—Pero papá, yo te soy útil —reclamó, tratando de que se tomara en cuenta su disconformidad.

—Sí hijo, yo no digo que no.

—Ni los cholos pescan más paiche que yo —alegó abiertamente arrogante.

—Esta vez vamos a explorar el Neshuya y el Tahuayo, a ver si de repente podemos abrir un fundo por ahí —vistas desde el futuro, estas palabras resultarían premonitorias, pues sus dos hijos varones, con el correr de los años, serían mandamases entre el río San Alejandro y el Neshuya.

—Yo te ayudo pues papá. Además soy el único más instruido entre tu gente.

—Para estas cosas, lo de la escuela no sirve hijo. Pero en realidad quiero que te quedes. Porque este viaje presiento que va a demorar un poco, y tú ya eres todo un hombrecito que puedes ayudar a tu madre a cuidar a tus hermanos en mi ausencia.

—¿Por qué hablas así? Ni que te fueras a morir —alegó libertino.

—Es mejor que estés aquí —insistió más austero el varón.

—¡No pues papá... Un machote como yo tiene que estar frente al peligro! —redarguyó con chanza adolescente, inaugurando, sin saberlo, el apelativo con el que le identificarán más que con su propio nombre.

—No sabemos si nos vamos a topar con los cashibos bravos que andan por ahí; pero si sucede, un muchacho inexperto puede ser un estorbo hijo; mejor es que te quedes.

—No Antonio; tú te me quedas —sentenció doña Enriqueta, su madre, que se había convertido en una mujer robusta e imponente, que lo que más le sobraba era temperamento para zanjar las situaciones oscilantes.

—Pero mamá...

—¡Te me quedas, y listo! ¡No se hable más!

—Dedícate a pescar tranquilo si tanto quieres estar andando por ahí, pero no me descuides la casa hasta mi regreso —le consoló su padrastro.

—Pero por aquí las cochas ya están bien batidas, pues —se resistió agónicamente.

—No siempre vas a estar solamente pescando paiche pues hijo; tienes que ir pensando en algo más desarrollado; en algún momento te va a tocar mantener a tu propia familia, ¿y?... Los recursos naturales tienden a agotarse cuando se les explota, explota y explota, y si no haces algo más con ellos, a tiempo, pues… —se suavizó doña Enriqueta.

—Mamá, eso es lo que hago bien ahora; tengo que aprovechar. Despúes ya iré viendo qué pasa.

—Sin duda hijo; demasiado bien para tu edad.

—No hay nada como seguir la huella de un paiche en la espuma.

—Aparte que una buena pieza se vende a buen precio, claro —condescendió tácticamente su madre, sabedora de que era mejor así, por el momento.

—Nos puede sacar de apuros.

—Le dejaré entonces al cocama Santiago, para que te acompañe —medió don Francisco Alegría, concertando como telepáticamente con su mujer para apaciguar al muchacho—. El también es un buen fisga —acotó, admitiendo tácitamente que su hijastro lo era.

—¿Acompañe?..., ¿adónde?

—Él conoce algunas cochas no muy concurridas todavía frente a la isla del Puynahua. De repente se pueden ir por ahí a dar una vuelta, para que no te aburras.

—Ya no le ilusiones Francisco; este sinvergüenza se queda para acompañar a su madre, y eso es lo que hará —volvió a intervenir doña Enriqueta, retomando tácticamente su severidad en la advertencia, sabiéndose en el punto clave para dejar lapidada la opción del Tahuayo.

La noche víspera de su partida, Francisco Alegría se allegó a su mujer como intentando convencerla de que era la única depositaria de todas sus potencias hormonales. Era su machista forma de irse de casa, rubricando su promesa de volver sobre sábanas revueltas y almohadas esparcidas, y llevándose la certeza de fidelidades conyugales en esa saciedad sensitiva que doña Enriqueta solía expresar de manera gimiente y agradecida, acaso un poco infidente en la alerta auditiva de sus hijos varones.

Sin duda, cada despedida entrañaba la esperanza de que, de ahí para adelante ya no habrían más partidas ni adioses que atragantaran, en aras de otra actividad más rentable y sedentaria que permitiera más presencia, más relación y más interacción familiar del esposo, pero mientras sólo fuese eso, pura y simple esperanza, quedaba a merced de los tiempos y de las oportunidades el dejar de alistar valijas cada cierto tiempo y el seguir poniendo a prueba los condicionados genitales cada vez que asomase un adiós. Obviamente, siguiendo expuestos a los acechantes peligros de la naturaleza, de los accidentes, de las enfermedades tropicales, de la piratería y de los indios bravos, que bien podían determinar en cualquier momento un último adiós.

Entre las superticiones que Francisco Alegría tenía arraigadas en el alma, se contaban las que según su creencia, le libraban de las mordeduras de víboras, o "picaduras" como decía la gente, y las que le traían suerte. Para aquello, antes de internarse a una chacra o a un bosque, se hacía soplar y resfregar todas las piernas con tabaco, o chicotear con tallos de "jergón sacha". Para esto, solía meter una semilla de huayruro bajo la lengua, o levantarse con el pie derecho. Pero, como

sucede siempre con los humanos, desde su aparición en la tierra, llegaría el día en que, ni esto ni aquello, le servirían para posponer su cita fatal con la muerte.

En una trocha perdida de las márgenes de la quebrada Tahuayo, una lechuza agorera y hormigueros agitados sin causa aparente, remitirían señales premonitorias respecto a la declinación vital de una criatura ajena a los bosques, implorando en vano una interpretación temprana que conjurara los designios de un trágico final.

Confiando demasiado en sus inútiles superticiones, Francisco Alegría terminaría descuidando la elemental prudencia que los conocimientos de la supervivencia en el monte exigen y cerrando el círculo de su participación existencial con un golpe difícil de asimilar en la ansiosa espera de los que siempre aguardaban su regreso.

Por ahorrarse un poco de esfuerzo, de esos que por algo las veredas tropicales plantean, en vez de subirse al musgozo tronco que atravesaba la senda y saltar a un campo visualizado, inocentemente se acomodaría a horcajadas para sortear el voluminoso madero, yendo a pisar justo a pocos centímetros de la ponzoñosa víbora que dormía debajo de este. La aletargada jergona reaccionando presta, no hizo más que estirar la cabeza y clavar sus ponzoñosos colmillos por encima de su tendón de Aquiles.

El letal veneno no le daría tiempo ni para que los shipibos que iban tras él, lograsen encontrar sus plantas curativas, condicionados también por el temor de ser atacados por los cashibos, que se decía eran capaces de comer gente y que merodeaban por el lugar.

Como era un hombre de complexión gruesa y buen peso, trasladarle a las canoas dejadas a tres horas aproximadas de camino, resultaría un esfuerzo penoso y muy frustrante para sus hombres, porque el potente veneno le iría haciendo estragos inexorables en el pulmón y en su sistema circulatorio, sin que se pudiera hacer nada en medio de esas soledades, donde de manera dispersa, algunos descendientes de aquellas gentes que Aníbal G. Zambrano tragera a las márgenes y cabecera del río Aguaytía a fines del año 1,912 pugnaban por no languidecer en contados caseríos aún olvidados de Dios.

Cuando Israel Moncada, uno de estos esforzados hombres regresó a Yucuruchi a dar la triste noticia, adelantándose a sus compañeros que se vieron obligados a quedarse en un pequeño caserío abajo del Juantía, dudando si proseguir o no con el cuerpo de su patrón, Enriqueta López Pinto sufrió una crisis nerviosa tal, que sus hijos no solamente temieron que su estabilidad emocional se hubiese alterado de manera permanente, sino también por su vida.

La turbonada de la tarde arreció contra los desencajados y aún infantiles rostros que parecían no saber aún cómo expresar dolor tán inmenso y a la vez inesperado, mientras se consultaban en silencio si aún era posible ver aparecer, río arriba, la silueta del padre erguida sobre una balsa, y si volverían a escuchar algún día a su madre reír. Pero ni el más fervoroso rezo les pudo dar esa certeza.

Antonio Marino, el mayor, aún sin ser hijo consanguíneo, acusó la pérdida cual si lo fuera, y es que casi por once años aquel robusto hombre le había dado a su madre la fuerza para sobreponerse de pasados dolores, el afecto suficiente para trasformarse

en una mujer esperanzada y vital; y a él, una imagen paterna a la altura de lazos hereditarios y legítimos.

Debido a que sus hermanos, Luciano, Gavino, y Augusta, todavía eran menores, la responsabilidad de ocupar el vacío dejado por el padre recayó de lleno en él, aún cuando tampoco había alcanzado la mayoría de edad, que entonces se consideraba a los veintiuno, y no dudó ni un instante en asumirla como un hombre grande, conciente del esfuerzo que implicaría velar por sus hermanos menores, apoyando a su madre. Temperamento le sobraba, pero su falta de experiencia para dar y compartir como un padre conciente, le depararía algunos sinsabores con sus hermanos, por suerte, no tan amargos como para que la cohesión familiar se perturbara.

Haciendo uso de su habilidad como fisga, así se denominaba a los pescadores de paiche en la selva, para comerciar buenas piezas de este selecto pez, y cobrando por composturas de máquinas que una innata y sensible sapiencia le permitían realizar, puso su cuota solidaria al seno de la familia, con el único revez de volverse altivo ante la gente ajena.

"Este chico ha nacido entre fierros", solían decir los lancheros cuando atestiguaban su inexplicable destreza con las máquinas. Y no es que tal cosa hubiese sucedido así, sino que era un dotado para aprender sobre mecánica a sola vista, y la necesidad le había vuelto acucioso y audaz.

Desde que en el año 1,915 la bonanza del caucho llegara a su fin, la economía se había deprimido mucho en toda la cuenca, y Antonio llegó al extremo de llegar a vender hasta plumas de garza para alcanzar algún aporte a su madre.

A fines de 1,920 y durante el primer semestre del año siguiente, los rumores de una rebelión cívico militar que buscaba separar Loreto y otras regiones selváticas que sufrían postergación del resto del país, se habían convertido en el tema cotidiano en todos los caseríos de la ribera ucayalina, llegándose inclusive a saber, desde agosto de 1,921, que los profesores de Agua Blanca y La Pedrera, estaban siendo pagados con billetes puestos en circulación por la llamada revolución cervantista.

El comercio de la zarzaparrilla y del algodón había estado dando un respiro alentador a la deprimida economía de todo el bajo Ucayali, pero los rumores de que el gobierno de Leguía se aprestaba a enviar tropas a sofocar el alzamiento estancó toda la actividad comercial, retrayéndola a magros intercambios de productos de pan llevar, con cáriz de subsistencia hasta para las mejores mesas. Inclusive el gran aserradero "ASTORIA", pujante estimulador de la actividad maderera en Loreto, instalado en Iquitos por capital norteamericano el año de 1,918 se vio obligado a contraer su incipiente actividad.

Justamente en este lapso de incertidumbres y de esfuerzos primitivos para llenar los platos, Enriqueta López Pinto volvió a involucrarse conyugalmente con un comerciante de nombre, Noé Haya Romero, cuya solvencia no parecía acusar las angustias de una lucha armada ad-portas, y se avocó a reconstruir con diligencia sutil su nuevo círculo familiar. Sin embargo, Antonio su hijo mayor, ya con mayoría de edad a cuestas, altivo y reacio a lo que consideraba íntimamente la "intromisión" de un extraño en áreas afectivas autosuficientes, se distanciaría de esta confusa

configuración familiar en la que ella, lo más equitativamente, pretendía ubicar a los integrantes de su clan, y optaría por ser un simple miembro satelital, un proveedor alternativo de cierta periodicidad, que finalmente decidiría quedar fuera, cual un pariente lejano. Para entonces, llevaba iniciado ya ahí en el mismo Yucuruchi, una relación sentimental con una agraciada muchacha llamada Inés Gil Rojas, con la que prácticamente convivía desde que hizo notar su ruptura con el seno familiar, donde, con el devenir de los años, la lista de sus medios hermanos se incrementaría en cuatro miembros más.

La muchacha, de carácter tolerante y hasta sumiso, no contaba definitivamente con la fuerza interior innata, ni con mañas aprendidas de mujeres corridas, para llegar a sujetar en una línea conceptual y practica de hogar tradicional, a un hombre demasiado vital como él, a un hombre proclive a percibir a una mujer como simple vagina, y su perfil de "alma gemela" tendía a mostrarse borrosa al ser rebasada por su par, aún en los más estrechos pasadizos de la relación. Además, su vientre no mostraba fortaleza en los procesos gestacionales, y tal disminución ya empezaba a encasillarla en el tipo de mujer que aguarda zurciendo mientras llueve, lavando mientras el río socava los barrancos, callando mientras las ausencias se hacen grandes, y que espera pasivamente a que los lazos conyugales se fortalescan por obra del destino.

Por esos años, en el caserío de Tierra Blanca ejercía el cargo de maestra una señorita muy ufana de ser la hija del hacendado Anselmo del Águila, dueño de la entonces famosa casa de fierro de Iquitos, de la hacienda "San Regis" repleta de indios iquitos, y hombre influyente entre las autoridades magisteriales del departamento.

La grácil joven venía sucumbiendo a sesgos conductuales no muy del gusto de la población, a pesar que por lo general el temperamento comunal era bastante tolerante en la selva, y envuelta de orgullo y aires de intocable se encaminaba directo a un encuentro con el rechazo de los agitadores sociales, que para bien y para mal, los hay desde siempre.

Si bien es cierto que sus excelentes dotes didácticos y su prestancia protagónica para encausar y gestionar soluciones, no eran susceptibles de cuestionamiento, su vida personal mostraba atajos demasiado libertinos para el gusto de los mojigatos y la tolerancia de los recatados, que sus desaforados amoríos con lancheros y hombres muy leídos, que a veces pernoctaban en el lugar, no tardarían en avivar, de manera confrontacional, una corriente reactiva en los personajes con más ascendencia en la comunidad: Un memorial rodando de casa en casa, a propósito de cesarla en el cargo.

A pesar de no ser tan bien dotada físicamente en términos estéticos, compensaba largamente el opaco impacto de forma que proyectaba, con una sensualidad, con un lenguaje gesticular y mímico, con una picardía femenina, muy del gusto de los hombres que permitía la frecuentaran. Tal vez su terco error era el no mostrar interés en aprender a calcular anticipadamente la forma en que sus importantes galanes podían responder a esa su equivocada concepción de que con un hijo de por medio una relación estaba llamada a perdurar. Porque tanto para Morey, para Pinto, para Alencar y para un tal Reátegui, el conocimiento de la paternidad en ese puerto, sería más un motivo para zarpar que para anclar.

Con este inhóspito panorama frente a ella, Mercedes del Águila Alegría, que así se llamaba la maestra, recurrirá a las fuertes influencias familiares de las que siempre se ufanaba, para lograr un traslado intempestivo a La Pedrera, dejando sin opción a reaccionar a sus detractores de Tierra Blanca, que para colmo, tendrían que ver cerrada su escuela por el resto del año.

En su nuevo centro educativo, limpia de malos antecedentes y predisposiciones adversas, impondrá con libertad su ritmo laboral, por cierto metódico y diligente, y haciendo ostentación de sus dotes de innata lidereza, se encaramará sistemáticamente a un sitial de consideración y respeto entre los padres de familia y vecinos del lugar, quienes la aceptarán sin restricciones ni cuestionamientos, vencidos con una estocada final de efectiva servicialidad. Porque en esto sí, era una mujer afecta a comadrasgos y compadrasgos y a hacer favores con gran voluntad.

Excepto por el secreto de sus tres hijos fallecidos antes del año de nacidos, y del único vivo, ya recogido por su padre, el lanchero Luis Pinto, poco antes de verse obligada a salir de Tierra Blanca, se podrá decir con toda justicia, que en La Pedrera llegará a considerarse una respetable señorita, en toda la extención de la palabra, merced a la aceptación sin reservas que el propio pueblo decidirá mostrarle, sin una pregunta mal intencionada, sin una mirada maliciosa hacia su pasado. Simplemente la acogerá.

Es cierto que tácitamente será requerida para manejarse a la altura de encofrados protocolares que le exigirán algunas poses virginales para la audiencia, pero en líneas generales, la gente aquí se mostrará con mayor apertura y tolerancia frente a ciertas conductas consideradas relajadas en otros lugares; algo así como que cada quien sabe lo que hace. Esto le permitirá finalmente autenticarse ante el medio, cargada de sus esencias naturales y suelta en vuelo tras sus tramas febriles, sin sentirse por ello en peligro de ponerse bajo cuestionamiento.

El tiempo, escarbador implacable hasta en lo inescrutable, será también el encargado de ir bajándole la guardia para que su naturaleza apasionada al fin quedase expuesta a plenitud, y le marcará el paso aguardándola con impaciencia de galán de esquina, para volver a hablarle de temblores de piel, picores de mucosa, a vista de quien considerara capaz de hacer efervescer sus viscosos líquidos.

—¡Maestra Mishita! —llamaron cierta mañana a su puerta, con una euforia que le agradó.

—¡Ahora voy! —respondió desde el fondo de la vivienda poniéndole la mejor disposición a su acento servicial.

—Le espero maestrita.

Al instante dejó que la visitante franqueara su puerta invitándola a pasar.

—¿Qué se le ofrece Roshita?

—Seguro ya sabrá que es cumpleaños de la Concepción.

—Don Catalino me estuvo comentando ayer algo al respecto.

—¿Y no le invitó?

—Pues no.

—¡Este Catasho es un huayra uma!

—Además, ¿por qué habría de hacerlo? —se hizo la restringida.

—A mí me han encomendado venir a invitarle oficialmente a nombre de la familia —explicó a modo de deberes que cumplir—, pero él pudo hacerlo también ayer —reprochó el descuido.

—No tiene importancia.

—¿Vendrá maestra?

—No sé si deba; francamente me siento un poco cansada.

—¡Claro que debe, maestra Mishita! En la fiesta van a estar todos los importantes del pueblo; y usted, valgan verdades, es también parte de ellos, por supuesto —adujo la entusiasta mujer, sin sospechar que ella ciertamente había decidido acudir a la mentada fiesta, apenas escucharla.

—Voy a ver si hago lo posible. Pero de todas maneras, deveras, muchas gracias —esbozó un estratégico remilgo que cautivó a la tal Roshita.

—Tiene que poder maestra Mishita. Pasaremos por usted a las siete, para llegar en grupo.

—¿Será bombo baile? —se le ocurrió preguntar a la deriva, pues no era muy afecta a los bailes vernaculares.

—Bombo, quena, mandolina, guitarra, y por ahí… quién sabe si un bandoneón y hasta una vitrola —enfatizó la sazonada Rosha, toda explosionada ella.

—¿Y de dónde sacarán a los músicos?

—De aquí nomás. Sólo hay uno que está de paso y... —se trabó la revoloteadora mujer con un coqueto mordisco de labio que le hizo sonreír maliciosamente. Y es que así como hay hombres que ven en las mujeres sólo vajinas, hay también mujeres que ven en los hombres sólo penes andando. Acaso la diferencia estribe en que ellas no cargan esta tara hasta su vejez.

—¿Cómo se llama? —quiso saber.

—Antonio Marino.

—¿Marino?

—Pero todos le dicen, “machote”

—¿Lo será? —preguntó sin poder contener un dejo de picardía.

—Para mí, es el mejor de la manada, maestra; espere nomás a verlo en la fiesta;

es un torete bien armado ese condenado —insinuó con desfachatez la desenvuelta emisaria, que al parecer iba muy rápido y sin recato en apremios que debían tener carácter reservado.

—Les espero entonces a las siete, Roshita —accedió zanjando la visita, y con un regocijo intimo pellizcándole los pezones.

—Aquí estaremos, maestrita —aseveró la aludida, poniéndole complicidad a un último mohín que esbozó en la despedida.

Parecía cierto eso de las feroces luchas posesionales de principados espirituales que eximen a la carne y a la sangre de toda culpa.

Mercedes se quedó degustando fantasías protagónicas en las que fungía de reina de la fiesta, y sin poderlo evitar, se puso a sondear profundidades platónicas en un paseo de arco iris, pero siempre con ideas al cálculo de sus querencias carnales maceradas en hormonas.

"Torete... ¿Qué habría querido decir la Rosha con eso?"; se planteó con adrede doblez, pues sabía la respuesta. Seguidamente se acicaló con arte sensual algunos puntos de su anatomía, y su aroma de hembra expuesta al líbido se abalanzó sobre sus pensamientos a modo de lomo de bufeo sobre el mijano.

Entre tanto, largas vueltas río abajo, en el pueblito de Yucuruchi, nombre que al parecer aludía el acto de afilar el machete en la piedra, Inés Gil Rojas se balanceaba en una cómoda mecedora aguardando el regreso de su compañero ausente, ido ya desde hacía varias semanas a las cochas que le dijo conocer en los montes de Ester Muyuna, decantando un cúmulo de sensaciones impacientes, que por un lado la esperanzaban y entusiasmaban, y por otro, la deprimían. Y es que era la cuarta vez que quedaba embarazada, y por primera vez iba completando sin problemas su segundo mes de gravidez. Quería contarle a alguien lo que le estaba pasando, para compartir su alegría, pero tenía miedo de que de pronto todo se echara a perder, que todo resultara solo un bostezo olvidado tras un despertar en blanco. Su suegra Enriqueta le había confesado estar "esperando" también un nuevo hermano para Antonio, pero ella no agarró valor para contarle lo suyo. Sin embargo, este se estaba demorando demasiado, contrariando el rigor de su propia promesa, y empezó a creer que no dejaría de perder su gusto la sorpresa, si primero lo sabía doña Enriqueta.

Su timidez a veces le surtía de sensaciones paralizantes, pero la necesidad también iba subiendo con sumo desparpajo por los escalones de la casa, y su estado era un buen pretexto para solicitar ayuda a la familia del esposo ausente, como lo acordara con él, en caso de demorar su regreso.

—No sé qué me haría si esta vez pierdo a mi bebito —alegó estremecida, embargada ya de una deprimente autocompasión, tras confesarse con su suegra.

—No estés abusando pues, yendo y viniendo de la chacra de tus padres, y tampoco estés con la barriga mojada lavando horas y horas en el río. Tienes que cuidarte hija. Mira que el Toño es un zamarro.

—¿No dicen pues que cuando el hombre nos va a dejar, con hijo o sin hijo se larga

nomás?

—Sin hijos, se van más rápido.

—Por eso quizás le veo cada vez más alejado, diga.

—Por eso hija. Además tienes que ponerte también un poco fuerte; no ves que estás reunida nomás.

—¿Qué hay con eso?

—Se sienten menos comprometidos cuando están lejos, y les es más fácil agarrar pretexto y safarse como el perro.

Inés tuvo ganas de reír por esta forma de expresarse de su suegra, otras veces muy atildada, pero se contuvo con ayuda de los dedos sobre los labios para no parecer irrespetuosa, pues le guardaba las más altas consideraciones.

Volvió a su casa enroscada por la brisa de los caminos y absorta en pensamientos cismáticos que le aislaban del mundo y le aprisionaban dentro de una cadena de nudos faríngeos prontos a hacerla llorar. "¿Por qué siempre estoy inmersa en sensaciones que me deprimen?" se preguntó rabiosa. Sus párpados iban tercos a no permitirle levantar la mirada hacia las lecciones del cielo, un cielo que al parecer, a unas horas de ahí, mostraba otras tensiones y otros fulgores consentidores que su corazón presentía, amedrentándola con especuladores adioses y disminuyendo sus defensas sicológicas al punto de hacerla sentir desgraciada.

Y así era. En la Pedrera, a esa misma hora, se iban afinando cuerdas en una esquina del amplio salón dispuesto para la fiesta de Concepción Venegas, chispeados ya los músicos con traguitos de "leche de monja", servidos de adelanto por cortesía de la casa.

Las constelaciones australes curioseaban sus propios reflejos en el silencioso lecho del Ucayali, y el viento suave empezaba a cargar infructuosamente los primeros bordoneos hacia los varaderos y sacaritas, que ilusamente prometían llevarse raudo el eco hasta las chabelitas, patiquinas, lirios, crotos y pavones, que en esos mismos momentos se mecían a los ojos vedados de horizonte de Inés, allá en el distante Yucuruchi.

La fiesta fue avanzando con las horas hacia su punto máximo de animación y euforia, remojando axilas y sedientos gaznates a son de valses, polcas, corridos y una que otra especie de mazurca, que los bailarines coreaban con entusiasmo dando hurras a la azorada cumpleañera, que por su parte, arreciaba caderas estimulada por el vitoreo.

Mercedes del Águila Alegría, la altiva maestra, muy solicitada por los desinhibidos borrachines que la cundían y asediaban con lisonjas y requerimientos en cada pieza, estaba ya un poco harta de rechazar con reiteración las cada vez menos caballerescas solicitudes, y aguardaba a que las súplicas visuales que le dirigía a aquel arrogante guitarrista que se lucía en el punteo de su diapasón, le trajeran el auxilio que la situación requería.

Aprovechando el desenfreno del "bombo baile" que al ritmo de un aguerrido changanacuy pasó a reemplazar los criollos acordes de los instrumentos de cuerda, Antonio Marino López, al que la Rosha aludiera toda encrespada como "machote", se encaminó frontalmente hacia ella, mirándole con descaro y con la insolencia típica de los guapos de cantina, demostrando que sabía interpretar muy bien los atisbos de una mirada fugaz. No por nada era el mejor fisga de todo el bajo Ucayali. Pero tras esa arrogante figura de gladiador noble, la vulgaridad de una vida ruda e indomable venía haciendo ya de las suyas, desde el mismo momento en que sus ojos resbalaron entre el gentío. Efectivamente, sólo unos momentos antes nomás, mientras la estuvo observando contonearse provocativamente a lo largo y ancho de la tarima de baile, al parecer encandilada en su trance de sentirse estrella, es que se había dicho mentalmente y con procaz apreciación: "¡Qué rico ocote!". Aún más, había visto que sus piernas torneadas y macizas las tenía un poco cimbradas al nivel de las rodillas, detalle que le daba a su caminar un ritmo un tanto disforzado de modelaje, pero en conjunto, le pareció que dejarse atrapar entre ellas sería de seguro lo más cómodo para potenciar el goce de una penetración tosca. Este pues, era el hombre que venía a su encuentro.

El entablado retumbaba bajo los pies de los danzantes que eufóricos arreciaban en una competencia de desgaste de energía, pero la voz de trueno del atlético asediador que rebasaba de seguro los seis pies de estatura, le llegó con toda nitidez.

—¿Cómo estás? —la tuteó sin ambages.

—Bien —respondió ella sin mirarle y menos amilanarse.

—Me dicen que eres la nueva maestra.

—¿Quiénes, "dicen"? —preguntó a su vez zumbona como una hembra de avispón.

—Por ahí…Ustedes las maestritas bonitas siempre son novedad en un pueblo.

—Sí, efectivamente, lo soy —afirmó con aires de desplante, sofrenando agregar, "¿y qué?"

Su voz sonó un poco osca, porque de arranque, se había sentido íntimamente desarmada por el atrevido y piratesco abordaje de aquel "bendito", pero sus ojos no pudieron ocultar lo encantadísima que estaba frente al reto de domar un cimarrón como aquel.

—Me llamo Antonio, Antonio Marino.

—Mucho gusto joven Marino.

—Dime Antonio —su voz ensayó ser insinuante—. Y si lo deseas, Toñito —acotó.

—¿Y por qué no, "machote"?

—¿Dónde has escuchado eso?

—Hmm... Por ahí me ha soplado un grillito traviezo —respondió, devolviendo socarronamente la ambigua réplica.

—¿Traviezo? Traviezo soy yo, muchacha; que aunque no me creas, estoy aquí para besarte los pies.

—¿Así? ¿Y desde cuándo haces eso?

—¿Quieres que lo haga ahorita, o más tardecito?

—Creo que te estás queriendo sobrepasar de la raya.

—Tú tienes la culpa.

—¿Yo? —pareció resbalar ella misma sobre su interrogante, mostrando en su rostro esa expresión entre reprensora y encandilada con que las mujeres juegan con el sí y el no ante alguien que las sacude por dentro.

—Eres una hembra riquísima.

—¡Vaya a engañar!

—¡En diosito, mujer!

—Anda a hablar así a esas cualquierillas que andan por ahí.

—Ellas también son útiles.

—¿Útiles?

—Las putas y los pajeros sirven para que no aumente la gente y no haya delitos sexuales.

—¡Ay Jesús, qué grosero eres!

—¿Qué?

—Eres boca suelta, ¿dí?

—¿Te ofendí mamacita?

—¿Qué crees?

Le miró con curiosidad. No sabía si ponerse a reír o propinarle un lapo. Estaba tan deslumbrada con aquel ser primitivo que irrumpía con aires de poeta chusco a querer pretenderla, que dudaba en mandarle a pasear por las letrinas, o incentivarle más, a ir tras ella. Terminó aceptando un par de bailes y luego la invitación de salir a tomar el fresco, sabiéndose expuesta a cualquier estropicio de una invasión bárbara.

—Para hermosear estos bosques y este río, hacía falta una mujer linda como tú —empezó a galantearla Antonio, con voz cada vez más ronca.

—Me dicen que eres fisga —se interesó ella, fingiendo no enterarse del galanteo.

—¡Ah, sí! Hago eso cuando puedo —se aquietó por un momento él, pero como un felino que no deja de mover el rabo en clara disposición de acecho—. Me gusta hacer eso —afirmó con voz suave.

—¿Difícil es? Dicen que hay que conocer los secretos del monte y de las cochas; ¿es verdad?

—Sólo no hay que molestar a su "madre"

—¿Eso que dicen que cuida a los grandes árboles, a las tahuampas y al monte? No es la primera vez que oigo hablar de eso. A veces quiero creer ya.

—Sí, tienen su "madre". No se puede explicar, pero ahí están.

—¿Y cómo son? ¿O qué son?

—Son grandes animales poseídos por un espíritu guardián, o seres muy extraños y huidizos que vigilan lo que uno hace dentro de sus dominios. Si se les mata o se les ahuyenta sacando más de lo que se necesita, la cocha se seca y el monte se queda sin animales, y pronto perecen.

—¿Y has llegado a ver alguno?

—Sí; esa vez fue una tremenda yacumama que me hizo un gran remolino que casi me traga con canoa y todo.

—¡Ay, diosito! —exclamó sintiéndose encandilada en medio de aquellos misterios.

—Ponte más al clarito para que te dé la luz de la luna —apareció nuevamente la voz del felino.

—Aquí estoy bien.

—Estás bien en cualquier sitio lindura, pero deben ser luciérnagas tus ojos si miran las estrellas —insistió el galán—. Con razón escuché hace unas noches llorar a las hojas de una lupuna —dijo seguidamente con aire pensativo.

—Por ahora me conformo con que sean carbones bien apagados —replicó ella, íntimamente divertida con sus dichos.

—Los bufeos se "encienden" en noches como ésta.

—¿Cómo sabes?

—La arrechura les hace vararse hasta el canto de las playas.

—¿Acaso les has visto así?

—Sí, claro; y también a algunos pescadores que se aprovechan para chapar a las bufeas.

—¿Y para qué hacen eso?

—Para cachar.

—¡Ay Dios, qué boca sucia tienes!

—Pero así es pues. Dicen que tienen una pishura que chupa y que si no hay quien

te haga reaccionar con un fuerte latigazo en el poto, te mueres de la ricura... Tu corazón se detiene, ¡ploc!

—¡Enfermos de hombres!

—Cierto —asintió—. Como si no hubiera tantas lindas damiselas deseosas de ser bufeas —acotó con una naturalidad salvaje, que íntimamente a ella le incitó a doblegarse.

—¿No serás así tú uno de ellos?

—Mira lindura... —amagó tomarla de un hombro.

—¡Qué ya vuelta!

—Mi madre me ha parido hombre y hombre deveras. Las mujeres son mi debilidad y las que son como tú, mi último puerto —dijo susurrante, tomándole esta vez, atrevidamente de las manos.

Ella sintió que se le destapaban los huesos temporales, y aflojada de guardia, se dejó mecer al borde del precipicio que sus sentidos ya sabían reconocer. El carrete del pescador había agarrado rapidez soltando cabo, y el riesgo de ser izada se hacía inevitable: Estaba en el anzuelo.

Aquella noche, Antonio Marino pudo cruzar los límites de sus amagos de macho dominante en época de apareamiento, con una incursión de concentración muy intensa dentro el receptáculo que una hembra sólo consciente cuando está convencida que entre las manos de su hombre está cautivo el futuro, incursión que le dejaría clavada en la memoria sexual imágenes de caleidoscopio concebidas para armar rizos en el iris y el globo ocular, y vaya que sí, oleajes marinos entre testículo y testículo. Sin embargo, algo más que una simple fricción de genitales también reptaba por la fibra sensitiva confabulando a favor de un mensaje posesivo y comprometedor. Huelga decir que se quedó en La Pedrera.

Sin fuerza cerebral en el fragor coital y en el decaimiento post coito, casi una semana estuvo cediendo a peticiones vinculantes, que vistas desde fuera, significaban simple y llanamente tener que casarse, y enhebrando una vanidosa pretensión que engalanaba su ego con el alarde de "cautivar una maestra".

Ella, conocedora de citas homéricas y cuentos nibelungos, amenizole sus secretos regodeos con solemne destreza de geisha favorita, cancelando así sus pocas y endebles reticencias en la hora más propicia para vencerlo, haciéndole trascender el hartazgo con un coito adicional, adhiriéndose a su apetito, a su sed, a cualquier movimiento que pudiera calcinarlo de pasión.

En la noche de su partida a Ester Muyuna, Antonio Marino tuvo que reconocer el ímpetu normando preservado a pesar de las mezclas en la sangre de Mercedes, pues su conocimiento amatorio le hizo recordar hasta el bramido del toro olisqueando la ishpa de una vaca dispuesta, y le dejó tatuado de arriba abajo con goces impronunciables.

Aunque lo había estado pensando, después de lo sucedido sobre la cama normanda,

ya no guardó ánimos para regresar a Yucuruchi. Su sosiego y su equilibrio discernidor se habían ido al suelo con sus calzoncillos, y una laxa dejadez, una carencia elemental de sentido común, le hicieron someterse sin peros a la voz de Mercedes, que con sapiencia de buena amante, no perdió ocasión de ensalzar sus dotes de poderoso macho, y le abrumó de atenciones como antes nunca las tuvo.

Mientras se zahumaban los genitales, los labios prodigaban y exigían promesas con la facilidad del borracho pobre que cree poder pagar su cuenta de cantina al día siguiente. La vida a su lado se había tornado alucinante, sin pensamiento lógico que agitase sus problemas en secuencia.

Al cabo de nueve días de exceso, con el glande dolido como si fuera a reventarse, y el prepucio colgando como cola de pavo, agotado tras abusos eréctiles y empujado por un hálito maledicente que empezaba a perturbarle la estadía, retornó a sus zonas de fisga, donde sólo hombres con pactos paranormales podían descifrar los mensajes de la espuma bajo la cual se escurrían los paiches.

Se sentía íntimamente satisfecho con la experiencia vivida, y desde su perspectiva de conquistador de faldas, esta vez la arremetida no pudo haber tenido mejores resultados. Porque en la ribera, en los caseríos del Ucayali, las mujeres en su mayoría eran simples, llanas, rústicas, y con una cultura resumida en un vocabulario diario de sesenta palabras a lo sumo. En cambio Mercedes, era una maestra, era una mujer leída y muy reconocida; gastaba su propio dinero, y sabía darle un toque conventual a las mañoserías amatorias. "¡Qué manera de decir cosas al oído! ¡Qué forma de mover el culo!", no dejaba de repetirse con pensamientos obscenos en medio de la noche montaraz, sudando, con olor a berraco silvestre, hormona pura, y mordisqueando letanías de la talla de su frase favorita: "A las mujeres yo las respeto, pero de la cintura para arriba".

Aproximadamente dos meses se internó por sus bosques y cochas, saliendo esporádicamente a regatear las piezas que conseguía en las embarcaciones que atracaban al paso en el puerto de Ester Muyuna. Después, enterado por carta de su madre, de que Inés llevaba ya cuatro providenciales meses de embarazo en Yucuruchi, emprendió el largo viaje de retorno, un poco abrumado por el cargo de conciencia de haberla tenido olvidada durante todo ese tiempo.

Mientras la balsa de topas discurría con la corriente hacia el hogar, el cielo se abstuvo de intervenir en sus pensamientos, casi siempre atenidos a su propia prudencia, que irremisiblemente iban quitándole importancia a la gravidez de su mujer, habida cuenta que los abortos en ella eran acontecimientos previsibles, episódicos. En realidad, tal derivación de ánimo tenía que ver con la búsqueda de un pretexto disculpador para detenerse en La Pedrera y con la fijación en su memoria de una sensación de goce en ese "riquísimo picho que chupaba como churo", según tremenda y vulgar confesión de sus noches afiebradas. Su sensualidad iba alcanzando retorcidos requisitos de pecaminosa y salpicándose de fantasías depravadas. Las feromonas de Mecedes le habían atrapado.

Inés nunca había sido expresiva, ni mucho menos efusiva en las bienvenidas, y carecía de todo recurso para adornar y enriquecer el acto coital. "Sólo sabe abrir desabridamente las piernas y apretar las paletillas", pensó con desaire.

Aparentemente tenía razón. Mercedes hacía la diferencia.

Cuando llegó a La Pedrera, la médula se le convirtió en un fluido ionizado a punto de electrocutarle el sacro, ante tanto contentamiento y atenciones pródigas de almíbar de parte de ella, volcada a recibirle cual si fuese un amo bizarro vuelto tras larga ausencia de la guerra. Le hizo sentir a gusto.

—¡Antonio, mi amor! —había exclamado con júbilo zalamero al verle llegar—. ¿Cómo has estado? Te he extrañado tanto, tanto, cariño.

—¡Qué tal, Mishita! Dme, ¿cómo has estado? —le respondió él, sintiéndose aprisionado en una cáscara de naranja, al abalanzársele ella y hacerle un chuponcito en la manzana de Adán. Hacía cosas peculiares.

Después de rendirse a todo ese manjar de bienvenida servido con gestos, palabras y caricias de cultivado efectismo, se dejó llevar con docilidad por la acrobacia persuasiva e irresistible que ella esgrimía, y empezó a consentir quedarse unos días.

—Si hubiese sabido que llegabas, te hubiese esperado con algo preparado, amor —le aduló, con ese finísimo dominio para sacarle provecho a las factualidades. Porque ella a decir verdad, ya sabía de su llegada con horas de anticipación. La lancha "Sinchi Roca", de los Delgado, había pasado por el puerto bajando hacia Iquitos, y don Gregorio, uno de los dueños que conocía a "machote", había referido haber avistado su balsa a unas cuantas vueltas río arriba.

—¿Qué hacen esos muchachos cipra runtos ahí afuera? —observó.

—Curiosean por la novedad.

—Y esas mujeres, ¿qué esperan? En vez de ir a lavar sus calzones mapayados, así.

—Siempre vienen a consultarme algunos asuntos —le respondió divertida—. Pero, ¿por qué hablas así? Hay que mejorar nuestras maneras de decir las cosas. No te olvides que soy la maestra y…

—Así vas a terminar siendo la capullana del pueblo —replicó prestamente él, sin acusar recibo de la recomendación, más bien, lanzando un alarde de su conocimiento de la historia del Perú antiguo.

Tal apreciación concordaba con la verdad, pues aparte de ser la maestra, tenía sitio al frente en las asambleas populares, organizaba las actividades de interés comunal como una autoridad más, hacia desprendidos favores al amparo de su buena relación con los lancheros —que eran, dicho sea de paso, tenidos como gentes de primer estamento y de decisivo protagonismo en el desarrollo de los pueblos ribereños—, y ejercía el arte adivinatorio y curanderil, de profunda influencia en el temperamento supersticioso de la gente selvática, muy a su modo y con misteriosa eficacia.

—Voy un rato al puerto a ordenar un poco las cosas —dijo él, encaminándose a la puerta.

—Deja eso para después.

—No; tengo dos cholos ahí que tienen que comer.

—Que vengan aquí pues, pero uno por uno.

—Así nomás; además en un par de horas empezaremos a bajar otra vez —adujo dejadeado él, con un mortecino apego a una orden cerebral.

—Pero puedes quedarte aquí unos días; yo te ayudaría a vender tus productos en las lanchas —sugirió Mercedes jaloneándole del brazo.

—Tengo que llegar a Yucuruchi —insistió con agónico denuedo.

—Después... Así ya te vas tranquilo con tu dinero ¡Vamos! Ven a que te masajee el cuello que debe estar todo engarrotado con el frío que te ha dado en el río. Quítate la camisa, amor —le animó a relajarse y dejarse mandar.

—El otro cuello también está como un garrote —no pudo reprimir el varón, su osada vulgaridad.

Se desnudó el hercúleo torso con su desafiante estilo de peleador, siendo abrazado por Mercedes con una energía posesiva, que instintivamente le hizo sopesar la retirada. Pero en vez de eso, bajó la mano con ligereza de tarántula, y ambiciosamente comenzó a sobar el generoso pubis que se apretó contra su palma.

—Ahora no, amor —rogó toda aniñada ella, con los ojos vidriosos y conteniendo precariamente su propia debilidad.

—¿Por qué cariño, estás en tus días? —preguntó él, sin cesar en su empeño de bajarle el elegante calzón, que a diferencia del vulgar filabotón, era de elástico. Para él, una deliciosa diferencia más a su favor, como hembra refinada.

—Creo que tengo un poco inflamada la "cosita" y me va a doler. ¡Tú pues, malo! La otra vez abusaste demasiado —replicó susurrante, acariciándole con besos suaves las tetillas.

—Ya no aguanto la cojudez.

—No puedo, malito. ¡Y no hables así ya te he dicho!

—Sí puedes —insistió encendido él, ávido de ascender o caer sin pensamientos restrictivos. Si relinchar hubiese podido, lo habría hecho, pues estaba como esos cimarrones golpeándose la barriga con la cimbreante verga, ansiosos por morder la crin de las yeguas en celo.

Compadecida ella de tan equina impetuosidad, se quejó con una larga mirada condescendiente que hizo aquietarse a su sitiador, y acto seguido, se fue a vagar entre los botones de la bragueta para reciclar una ancestral técnica amatoria por demás implacable. Sabía que un varón desahogado de este ímpetu, no quiere nada, no piensa en nada, está a merced.

En los días siguientes, todo el cargamento de la balsa, que incluía rumas de carne ahumada de monte, rollos de paiche salado, frascos de huairuro, escamas, plumas

diversas, canela silvestre, frascos de aceite de copaíba, de sangre de grado, de ojé y miel silvestre, raíces y cortezas para preparar tragos y medicinas como la ayahuasca, el chuchuhuasi, la uña de gato y el piri-piri, un par de guacamayos, y una hermosa cría de choro, fue vendido al mejor precio que "machote" pudo imaginar, y que sólo la habilidad negociadora y las relaciones de Mercedes pudieron hacer posible. Suerte también que el comercio ambulatorio, y hasta la leña, recién serían gravados con impuestos a partir de 1,928.

Se despidió también a los cholos para que bajasen a Yucuruchi, pues pertenecían a la casa de doña Enriqueta, la madre de Antonio, y cuya presencia en La Pedrera andaba sobrando ya para aquella, quien sin embargo, almibaradamente trató de hacer notar lo contrario.

—No debiste dejarles ir todavía —advirtió al ver alejarse la balsa. Se subía al bajel emotivo del hombre, no para acompañarlo, si no para bajarlo de él truncando sus evocaciones.

—¿Por qué? —inquirió el hombre fingiéndose ingenuo; acaso quieriendo serlo.

—Pues, porque ahora sabrán que estás aquí.

—¿Y? —inquirió, de pronto ostentosamente valentón.

—Aquí, conmigo.

—No hay problema ¿Qué puede pasar?

En Yucuruchi, al enterarse Inés por boca de uno de sus cuñados de estas andanzas, volvió a recaer en un profundo estado depresivo con deterioro de su autoestima, que la llevó a encorvarse bajo el peso de un resentido aislamiento, casi odiando el regalo de su vientre por el que había supuesto un feliz encuentro de onomástico con su querido Antonio, "emperrado ahora en La Pedrera con la maestrita".

La intensa rabia que seguidamente le fue embargando y que le hizo revolverse contra el menosprecio de su Yo, no fue suficiente sin embargo para que superase su anquilosante timidez y el complejo de inferioridad que le traían vencida al compararse con "la otra". Su sufrimiento, escueto al ras, pero perdurable en el fondo, se quedaría con ella hasta más allá del despecho, para serle de purgante espiritual, como sucede cuando el dolor decanta brios para no decaer ni caer en el mismo camino.

Doña Enriqueta trató de consolarle con mentirillas piadosas que restaban importancia a lo que era una grosera y descarada felonía, y le ofreció, eso sí, con autentica sinceridad, hacerse cargo de la criatura que llevaba en las entrañas hasta que a su hijo le pasara "la ventolera", como dijera a guisa de mermar importancia y minimizar la ausencia, el abandono y la infidelidad perpetrada por el primogénito de sus vástagos.

Y en tanto en Yucuruchi se detenía la sombra de un eclipse vivencial a facilitar la emboscada en contra de una abandonada más, caída en desgracia a partir de un corazón confiado y un calzón flojo, en La Pedrera, Antonio apenas si podía

moverse en el ambiente de ave acondicionado por Mercedes, donde su voluntad de fierro se había dejado licuar, donde su petulante machismo se había replegado concesivamente dependiendo a más no poder de las atenciones de su nueva conquista, que no escatimaba almíbares para consumar su sumisión. "Triste, muy triste es la casa donde el gallo calla y canta la gallina", reza el dicho. El ciclo crediticio de la inversión sentimental pues, iba cerrando su hipóxico dogal en el centro motriz de la voluntad, y amagos menos dulces de cobranzas coactivas empezaron a asomar entre frases apasionadas, induciendo a trasladar la relación a planos de compromisos más racionales y planificados. En otras palabras, Mercedes buscaba formalizar.

La presión se tornó pronto en acoso sistemático, y entonces pudo percatarse que las plumas que cubrían antes sus alas, ya no eran las suficientes para permitirse abandonar el nido, así por así. Una buena tijeretera las había dejado truncas.

Por esos días, coincidieron en La Pedrera personajes muy influyentes e importantes en toda la ribera, entre los que se contaban algunos conocidos de Mercedes, a razón de que su padre, don Anselmo del Águila, aún dueño de la pujante hacienda "San Regis", era muy amigo de ellos.

Mayer Cohen, un altivo comandante de lancha, el comerciante Miguel Maldonado, y el cura Agustín López, párroco de Requena, fueron los primeros en acercarse solícitamente a saludarla en su propia casa, donde enaltecida por el reconocimiento sobrextendido a su condición de hija del hacendado, hizo gala de condesa a los ojos de su abrumado amante, entrampándolo una vez más en su propia vanidad y en el temor de perder una mujer de tamaño rango, como ella.

La luna estaba grande esa noche. Era la llena. Yucuruchi no distaba tanto de allí como para no llegar, y Antonio empezaba a tener deseos de volver a su verdadera cama; de dar por lo menos una explicación de su tardanza a la mujer que dejó esperando confiadamente, y saber si el hijo que esperaba iba a tener oportunidad de llegar al nacimiento. Rudimentos de una mejor conciencia aleteaban como pez en aguas bajas, sin saber a dónde ni por dónde ir. "El abanico de otoño" que dejara en manos de Inés, le producía fríos pesarosos que sacudían su memoria induciéndole ir en pos de aquellos tiempos a su lado en los que tantas promesas quedaron empeñadas.

—Amor —se dejó escuchar a su lado la voz de Mercedes.

—¿Qué sucede?

—Estás pensativo ¿No te sientes a gusto aquí conmigo? —el arte de la victimización asumía el manejo de la situación.

—No es eso.

—¿En qué pensabas?

—Supongo que en todo y en nada, que para el caso resulta lo mismo -respondió evasivo, volviendo a ensimismarse con la cómplice laxitud de siesta de esa hora.

—Amor…

—Ujum... —no tuvo respuesta inmediata a su gutural inquisición—. Dime de una vez lo que quieras decir mujer; no estés ahí como un pájaro carpintero dándole a lo mismo —apremió impaciente.

—Estoy embarazada.

Se quedó rígido. "¿No era esa la voz de Inés?"; se preguntó tratando de regresar desde el fondo del pozo donde su conciencia cavilaba entre certezas y dudas. Volteó la mirada hacía ella. La vio lejos.

—Sí; de dos meses ya —reiteró la misma voz respaldándose en una mirada intensa.

Se percató que era Mercedes. Otra vez la vio cerca.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

—¿Alguna vez no lo hice?

—¡Carajo! ¡Ya estás vieja para no saber cuidarte!

—¿Qué tienes?... Vieja será tu trusa, ¿no dirás?

—Me refería a tu experiencia; no te hagas la tercia tampoco.

—No te exasperes; ¿qué tienes?

—Tú sabes que tengo una mujer que está en cinta de cuatro meses ya.

—Sí, lo sé; pero no estás casado.

—Contigo tampoco.

—Es diferente.

—¿Diferente en qué?

—Yo soy una maestra y vengo de una buena familia.

—No mojes que no hay quien planche. La Inés es una buena mujer, y tú no sabes nada de los Gil ni de los Rojas.

—¿Quieres escuchar?

Por primera vez Antonio Marino, en su larga trayectoria de mozandero, descubrió un tono acerado, un inapelable timbre de mando en la voz de una mujer.

—¡Yá! ¡Yá! —rezongó, sintiéndose acosado—. Aunque sea con vinagre te hubieses cuidado.

—Tranquilízate cariño. Mira; yo no puedo exponer la barriga grande como una abandonada, sin un padre para mi hijo; sería para que me separen del magisterio y llevar vergüenza a mi casa. El dinero es lo de menos, te digo; pero no podría soportar que esta gente, que ahora me quiere y me respeta, termine echándome de

aquí, y que los amigos de mi padre, que son de alta posición, ya no quieran hacerme favores para dar ayuda a estos humildes pobladores que me buscan siempre —retrucó con astucia, aunque refiriéndose a una justa verdad.

—¿Y por qué no le dijiste lo mismo al dueño de la "Luz Segunda", al de la "Estefita" o al del "Neptuno", al Alencar, o a... —se estaba refiriendo a los lancheros y a algún otro galán que cierto infaltable lenguaraz le dijera fueron sus amantes de turno antes que él, pero fue interrumpido violentamente con un manazo en su boca.

—¡Cállate! ¿Crees que puedes ofender sólo porque te pica la lengua?

—No me vuelvas a levantar la mano —masculló rabioso.

—Y tú no me vuelvas a ofender con esos chismes.

—Pinto, Morey, Alencar, Reátegui, ¿no te dicen nada?

—Ya te dije que no me ofendas. ¿No es natural que a una mujer le pretendan los varones?

—Pero inclusive dicen que Pinto te quitó a su hijo y se lo llevó con él.

Mercedes inclinó con cierto abatimiento la escueta frente, pero inmediatamente replicó con todo el aplomo de los que dicen la verdad, o de los que la vida les ha enseñado cuándo conviene seguir guardando un secreto.

—Te han venido envenenando a ti también, ¿dí? Cuando los hombres conquistan mujeres, son los grandes gileros; pero cuando a una mujer simplemente la relacionan con algunos, ya, se acaba el mundo. Sí tanto lo deseas, después hablaremos con más calma de todo lo que quieras saber de mi. Ahora sólo me importa estar a tu lado, aquí contigo, porque tú eres más hombre que cualquiera.

—Eso, ni lo dudes —respondió envalentonado, sin notar, o sin querer notar, el giro persuasivo que Mercedes imprimía a la conversación, fiel a las tácticas inmemoriales con las que se han definido a través de los tiempos los cerrojos nupciales.

—Eres fuerte a más no poder, valiente como un curaca, y de hecho, muy inteligente. Pienso que no estás para terminar como un simple pescador de paiche. No digo que un buen fisga como tú sea un cualquiera. Pero aparte podrías entrar a negociar otras cosas con el dinero que tengo guardado.

—¿Qué otras cosas? —preguntó él, a punto de meterse al saco.

—De repente, digo, ¿por qué no?... algodón, barbasco, zarzaparrilla, aguardiente... Bueno... ¡no sé qué más! Inclusive hasta madera podría ser. Porque dinero tengo y mi padre me puede dar más.

—Aquí en La Pedrera no se puede hacer nada de eso. Tendríamos que irnos a otros sitios.

—¡Ah, por supuesto amor! Después de casarnos podríamos irnos a Ester Muyuna, y mientras estás en la fisga, que es lo que te gusta hacer, pues iríamos viendo en

qué se puede invertir el dinero. ¡Claro que no quiero que te sientas obligado! Pero alguien tiene que mover todo este dinero. —Mercedes ponía mucho cuidado en dar crédito a su predisposición de dejarle disponer de sus ahorros, convencida de la debilidad de los pensamientos estomacales.

—¿Casarnos? —casi exclamó, empañado en retro por un fogonazo occipital que le recordó a Inés.

—Sí, amor. El padre Agustín López es muy amigo de mi familia y nos puede casar si le pedimos. Aunque sería una pena que tengas que haberlo obligado; sería como decir que has estado conmigo por puro juego —insinuó con regodeo la última parte, dejando entrever una decisión tomada e irreversible—. Sería como decir que has estado conmigo por puro juego —deshizo inteligentemente el talante de su soterrada amenaza.

—Yo todavía no estoy para casarme, mujer.

—No te preocupes de las gestiones ni de los gastos; yo me haré cargo de todo, cariño.

—Yo no estoy para casarme —recalcó él, con entrecejo torvo.

—Sólo la gente común y vulgar, así como la indiada, se reúne nomás. Ya te he dicho que yo soy una maestra de buena familia, y te he escogido para que seas mi marido como manda la ley.

—¿Y quién te lo garantiza?

—¡Lo serás!

—¿Lo seré? —enarcó las cejas Antonio, fastidiado con el acoso.

—Sí, cariño; mañana en la tarde el padre Agustín nos casará como debe ser.

—¡Estás loca! —exclamó de mal talante, alejándose de la casa en dirección al puerto.

Al día siguiente en La Pedrera, la noticia del casorio fue un reguero yendo de boca en boca, llenando las espectativas pueblerinas sedientas de acontecimientos fuera de rutina, desde el humilde chacarero sorprendido cultivando su juyo, hasta el lanchero que cargaba su navío con abundante plátano en el malecón.

Gepa, el manquisho al que curaban sus múltiples hemorragias hechas por el canero cuando se bañaba en el río, y Teófilo Escalante, el pucacho regatón que se aprestaba a partir en su balsa repleta de mercadería, pospusieron al instante sus planes. Andariego sanitario uno y hábil comerciante el otro, no hicieron ninguna conjetura para sumarse a los entusiastas que daban por hecho participar aquella noche en el fiestón nupcial.

Cuando Mercedes se enteró que Antonio no había sido visto en el pueblo desde la noche anterior, buscó a unos fisgones muy conocidos en el pueblo por su "don" de saberlo todo, y "untándolos" con unas cuantas monedas y con la promesa de cupos

asegurados en la ceremonia matrimonial, les despidió tras la huella del compulsivo escapista. A pesar de esto, aquella noche no hubo fiesta. Gepa el manquisho y Teófilo el pucacho regatón, se descorazonaron.

Recién al clarear el siguiente día, "machote" fue ubicado en la maloca de un nativo shetebo, obnubilado en los vapores del aguardiente que había estado ingiriendo desde que abandonara la casa de Mercedes.

—Levántese señor, el reverendo le espera —le susurró al oído un hombrecillo de rostro cetrino, mientras infructuosamente trataba de izarlo de las axilas—. ¡Pucha, pesa como plomo el condenado! —exhaló a modo de disculpar su infructuoso esfuerzo.

—¡Qué reverendo, carajo! —alegó con la lengua hecha un estropajo.

—No hable fuerte; la comitiva está afuera.

—¡Yo hablo como me da la gana, mierda! —prorrumpió una vez más con procacidad suelta de borracho.

—¡Apúreshe, vamosh hijo mío! —urgió desde el patio el padre, al verle aparecer en el marco de lo que podía llamarse puerta, proyectando una figura oscilante con aparente síndrome vestibular.

El amanecer iba palideciendo los favores de dos humildes lamparines que flameaban en sendas repisas esquineras, y las pestañas de los silenciosos emisarios que aguardaban al descubierto en el arenoso patiecillo empezaban a pesar cargadas de rocío. ¡Qué agradable era el amanecer en la ribera! La selva despertando era una explosión de vida como si recién el mundo se estuviese creando..., a pesar de los borrachos.

—¿Qué pasa curita? —increpó con insolencia, adelantando el pecho peligrosamente, acaso descontando la benevolencia de un clérigo incapaz de meterle un cabezaso.

—¡Por Diosh, eshte hombre eshtá borracho! -se escandalizó el sacerdote.

—¿Dios?... ¡Yo me cago en Díos y en todos sus ángeles! ... ¡Y ya no me jodan más! —se insolentó "machote", entreverado de hipos.

—¡Criatura endemoniada! ¡Que Diohs ate tu lengua!

—¡Esa, esa es la palabra precisa! —Exclamó jubiloso, extendiendo repetitivamente el índice hacia el clérigo—. ¡Endemoniado! Así suena mejor —silabió.

—¡Boca blashfema! —se encolerizó el cura.

—Déjenos padre; nosotros lo llevaremos —se ofreció con resolución uno de los emisarios.

—¿Llevarle a quién? ¿A mí, acaso?, ¿a machote?... ¡Qué cabrones! ¡Ustedes están bien cojudos, carajo!

—No le hagan caso; esas son bravatas de la boca para afuera. Ni siquiera es capaz

de responder por una mujer —insistió otro.

—A ver ese gallito que salga al frente —retó, a punto de doblarse y caer en peso bruto—. ¡Vamos! Para que vean cómo de un sólo puñete le dejo la cara más abollada que una olla de aluminio —concluyó pendencieramente con otra de sus frases usuales.

—¡Camina nomás, machazo! Primero da la cara por la hembra que te noimbra —se oyó una voz por ahí, en son de mofa.

—Teníash que haberte cashado ayer mi hijo y le dejashte plantada a Mershedita —le reprendió el cura.

—¿Quieres celebrar casorio, padre?

—Puesh por shupueshto que lo shelebraré, hijo; ¡no faltaba mahs! Ademásh no puedo sheguir mash tiempo aquí en La Pedrera.

—Entonces reverendo, cáseme y después seguimos chupando.

—De acuerdo muchachón, de acuerdo —le palmoteó conciliador Mayer Cohen, ayudándole a enderezar el camino hacia el pueblo.

El día finalmente despejó el enredo de las formas en sus despistadas pupilas y regresó a sus cubiles a las fieras desatadas durante la noche en su alma, y esta vez sí se consumó el matrimonio.

La asistencia de los importantes del pueblo y el cáriz de fiesta popular que cobró la reunión al ir avanzando las horas, terminaron por desbaratar los remolones desplantes que aún atinó a blandir a pocos pasos del cura, atrapándolo en una serenata de vanidad que aflojando la tirantez de todas sus renuencias, le hizo gozar al máximo las congratulaciones por ser "el hombre" que lograba llevarse para sí a tan valiosa mujer.

Cinco meses después, exactamente un 28 de julio de 1,926 mientras se conmemoraba un aniversario patrio más, nacería en Yucuruchi una rubilinda niña a quien su madre, Inés Gil Rojas, le pondría el nombre de Julia Victoria, en honor al mes de la independencia nacional, proclamada ciento cinco años atrás por el general argentino don José de San Martín.

Prácticamente apenas salir del claustro materno, la bebé fue acogida con beneplácito por su abuela, doña Enriqueta López Pinto, que tras unos persuasivos sermones a la dócil madre, las trasladaría a su casa con un entusiasmo premonisor de lo que sería la concepción de su propia hija Sara, al año siguiente.

A mediados de agosto, recién Antonio mostró la cara en Yucuruchi. Y aunque su entusiasmo por su primera hija pareció de lo más genuino y doña Enriqueta, su madre, trató de mediar en la tirantez surgida con Inés, su presencia fue más para amargura que para deleite de la mujer que le aguardó tanto tiempo en vano, ilusionada con el fruto de sus entrañas y con la certeza de una consolidación familiar: Vanas ilusiones atreviéndose a sus estertores ante los ojos del ingrato, para recordarle que en ellas latió la vida, la esperanza, la fidelidad.

El 7 de setiembre de ese mismo año, en La Pedrera, Mercedes le daría un hijo varón, como si hubiese sido pedido para que su padre no dudara a qué madre seguir, confirmando el pregón petulante con que los padres aguardan a sus primogénitos, cual es, engendrar "talegones" en virtud de la potencia y calidad espermática del progenitor, y sería este grato acontecimiento el que empezaría a marcar el definitivo distanciamiento de Antonio de Yucuruchi, donde, a pesar del nombre, su machete se quedó sin filo.

Mercedes insistió en llamar a su niño con el segundo nombre del padre de Antonio, quien muriera asesinado en el Brasil durante una comisión en las zonas caucheras del río Madeira, quedando de esta manera registrado con el nombre de Francisco Marino del Aguila. Qué duda cabe, otro detalle más de inteligente proceder para con su hombre.



XXI

Al regresar de Huánuco, donde el mentado seminario de Salud Bucal aparentemente había tenido mucho que ver con la articulación de un plan propagandístico cimentador de las aspiraciones políticas del doctor Dominguez, un odontólogo oriundo de Huacrachuco, capital de la provincia del Marañón, que coincidentemente asesoraba al ministro Tejada en los programas preventivos de salud oral inaugurados por el régimen, Matías Ibazeta Marino se encontró de cara con la policía de Puerto Inca, que tras unas preguntas breves sobre el hurto del equipo de radiocomunicación perteneciente a la Corporación de Desarrollo de Huánuco, instalada en el local de la posta, le entregaron una notificación para acercarse en un plazo perentorio a la comisaría de la capital provincial, a fin de poder dar su versión de los hechos y deslindar responsabilidades.

Había tenido que recorrer a pleno barrizal los cinco kilómetros de quebrado y sinuoso camino que separaban a la carretera marginal de Llullapichis, encima, aplastando los lomos con una caja surtida de medicamentos, y se sentía cansado. Además, había cruzado en dos oportunidades las crecidas y torrentosas aguas del Yanayaquillo, con la angustia de ver cernirse la inexorable caída de la noche demasiado aprisa. Recordó a la ligera y con un extraño estremecimiento lo aquí acaecido...

...Cuando llegó a la quebrada, sus aguas rugían desaguando hacia el rio Pachitea el embalse provocado por la torrentosa lluvia de toda la mañana. Eran aproximadamente las 5:00 p.m. pero la frondosa arboleda y el cielo otra vez encapotado, hacían presentir horas más avanzadas.

Cuando intentó cruzar el túrbido torrente, las perneras del grueso y pesado jean empezaron a sacudirse violentamente, como banderolas zarandeadas por viento recio, y estuvieron a punto de hacerle perder piso y ser arrastrado por la corriente. Tres veces se entercó en el intento, pero las tres, tuvo que desistir, porque el empuje de las aguas al llegar al nivel de su cintura, era infranqueable.

Asusado por las sombras prematuras, y apoyado en un improvisado bordón, con gran alivio alcanzó la orilla opuesta en su cuarto intento. Por supuesto, después de una prudencial espera, durante la cual el nivel del agua llegó a bajar una cuarta. Pero cuando se alistaba a completar la travesía a Llullapichis, apremiado por la idea de cruzar el cementerio todavía con algo de claridad, un muchachito del pueblo, procedente de Pucallpa, llegó al sitio, despertándole a compasión de sólo verle ahí quedándose al otro lado del torrente con su "quishicho" bajo el brazo. "¿Cómo dejarle abandonado, ahí?", pensó, sin poder evitar sentirse también algo molesto.

Resignado volvió a dejar su carga en el suelo, y con báculo en mano se metió nuevamente a las peligrosas aguas para hacer cruzar al inoportuno viajerito. De todas maneras, la acción le satisfizo...

Aquella notificación pues, alcanzada así de entrada, le cayó como aquellos lapos que su madre solía propinarle cuando, junto a sus hermanos, hacía resistencia para desparasitarse con un hediondo vermífugo brasilero llamado "panvermina", muy penoso de tragar.

Estaba realmente cansado, y su repentina condición de sospechoso terminó por fulminarle. Entendía la labor policial, ciertamente, pero que no le jodieran a él, precisamente.

La noche se había asentado ya con señorío sobre la faz de la tierra y luego de observar por un renegado momento sus persianas rotas durante el robo perpetrado, dejó caer en cualquier sitio su caja de medicinas y se recostó en el sofá de la salita de espera, sin encender luz alguna, como para hacer hora antes de dirigirse a la pensión de la señora Maria Alvis. En términos bíblicos, se sentía cansado y cargado. El mundo estaba hecho de mierda. "Venid a mí los que estéis cargados y cansados, que yo os haré descansar", susurró la frase, apenas entendiendo lo que quería decir, realmente.

—Tiene que tener cuidado doctor —le advirtiría después un alumno del colegio apellidado Arbildo, cuando a la luz de su linterna iba atravesando aquel pequeño platanal que le permitía llegar directamente a la pensión de la señora Alvis, sin dar la vuelta por el jardín de niños, o por el malecón, que eran caminos alternativos—. Te dejaron bien bola tu ojo, ¿dí doctor? —agregaría, aludiendo al parecer la sorpresa que le produjo la noticia del hurto.

—¿Por qué?

—Si no te han robado los del marta, entonces segurito han sido los de la coca. Estos son los más peligrosos.

—¿Qué es marta para tí? —le preguntó, porque era la premera vez que la palabreja entraba por sus oídos.

—Lo que es, pues doctor.

—Para mí es un mamífero de buena piel y un bonito nombre de mujer.

—No se haga, pues; usted es sanmarquino.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Ahí conocen a todos los grupos alzados en armas.

—Yo no sé de ningún "marta"

—Así le dicen al Movimiento Revolucionario Túpac Amaru por aquí.

—Para abreviar hade ser.

—Seguro.

—Habrá que andar con cuidado entonces —murmuró, más para sí que para su interlocutor.

Al llegar a la casa de don Agucho, el alumno se despidió siguiendo de largo hacia la casa de don Puricho Panduro, y él dobló hacia la mortecina luz de un lamparín proveniente de la casa de pensión. "La luna está con agua; va a seguir lloviendo", vaticinó, tratando de no acordarse del alumno, a quien años después, y junto a otros

jóvenes de Llullapichis, la lucha subversiva les cobraría un precio capital.

—Venga doctor —le invitó a pasar el profesor Mario Lescano.

—Gracias; buenas noches a todos —saludó, sentándose a la mesa con linterna en mano.

—Hoy va a tomar un rico chocolate —le aseguró el profesor Leoncio Panduro desde un extremo, donde la penumbra y el zigzagueo de la luz de la alcuza daba a su ojo nublado un aire espeluznante.

—¡Qué bueno! —exclamó entusiasmado, dejando de lado su reciente tentación de mandar a la mierda a todo el mundo, y asomándose a la humeante taza que doña María acababa de servirle—. Comer y beber es nuestra parte en esta tierra, dice la escritura, así que hay que hacerlo de buena gana —soltó de rezago el escueto sermón.

—¿Qué le parece doctor? —le preguntó en tono sarcástico Mario, cuando doña María se le acercaba con la humeante taza.

—Parece bueno —corroboró no tan divertido, acusando recibo del tono del interlocutor.

—Ja, ja, ja... —rió Leoncio, contagiando a los demás.

—¿De qué se ríen? —inquirió con cierta desconfianza.

—Ya lo verá doctor —aseveró sin dejar de sonreír, Mario.

Dio un cuidadoso sorbo al promocionado "chocolate" y su sabor a té de hierba Luisa le provocó dar un respingo.

—¡Es té, la vaina! —exclamó sorprendido.

Los comensales rieron.

—Sí doctor; esto nos va a hinchar idem piro; sino como la cahuara.

—¿Ya estás hablando tonterías, dí profesor Leoncio? —reprochó la dueña de la pensión—. ¡Te voy a meter un inguiri en tu boca, vas a ver! —amenazó, entre seria y risueña, la buena anciana.

—Ya mamanchi vieja —replicó divertido el aludido.

—¿Y por qué el color?

—El río ha empezado a crecer y el agua se ha enturbiado, doctor.

—¿Con esa agua cocinan? —la pregunta le salió entreverada con un intento nervioso de reírse de todo y de todos—. "Este mundo ya no tiene remedio" —pensó rezignado.

Todos guardaron silencio y se concentraron en sus respectivas tazas. Definitivamente aquel día estaba de malas. Cayó en cuenta que en el pueblo no había tenido aún

oportunidad de ver algún pozo artesanal, o algo que se paresca. Leoncio había tenido razón.

—Yo pedí una servilleta doñita, no este mantel todo michira —alegó Mario, enfatizando el tono lugareño con mala leche, desahogando al parecer así, su mortificación por la baja calidad de los alimentos.

Dejando a medias su magra cena y declinando gentilmente hacer las siempre divertidas y muy relajantes sobremesas con los profesores, aunque de tonterías hablasen, se retiró nuevamente a la posta, donde se quedó hasta muy entrada la noche, codificando los medicamentos traídos desde Huánuco y del centro de salud de Puerto Inca, en improvisados cárdex.

A eso de las diez de la noche salió a aliviar la vejiga en los matorrales traseros de la posta, pero un inusual ruido le hizo volver a tomar la linterna y la escopeta que había pedido prestado para su seguridad, y asomarse con cautela, deslizándose pegada la espalda contra las paredes. Le pareció rumor de gente.

En una esquina, aprovechando evidentemente la vereda de cemento, unos bultos se movían intentando no hacer ruido, cautelosamente susurrantes. Levantó la escopeta hacia ellos y la linterna hizo el resto.

—¡No vaya a disparar doctor! —se alborotó el joven, que resultó ser un sobrino de los dos hombres de apellido fuerte en Llullapichis, y que tenía con el calzón abajo a una chiquilla de ahí cerca, que al parecer, a aquello no le temía tanto como a la inyección endovenosa que hacía apenas unos días atrás le había aplicado por desajustes intestinales.

—¿Cuántos años tiene esta niña? —le increpó con severidad.

—Apague la linterna doctor ¡Oy qué bruto! No se le vaya a escapar un disparo así, ya vuelta

—¿Cuántos?

—Trece.

—¿Y?

—¡Cuidado doctor, no se le vaya a resbalar el gatillo así! ¡Pucha, eso sí no tendría remedio!

—¡Váyanse a otro lado! -les echó sintiendo una especie de hastío. Su propia madre se había casado a los quince años, así que ahí no cabía sino dar pase a ese derecho llamado consuetudinario.

El jovenzuelo se puso de pie nerviosamente, y acomodándose la ropa como mejor pudo, se dispuso a alejarse presurosamente.

—No te arriesgues otra vez; el campo puede estar minado, o la ley te puede alcanzar —le hizo hincapié, más para sentirse libre de toda complicidad que para ser obedecido. Aquí se le vino a la memoria los tiempos en que él mismo, al entrar

a la etapa púber, cómo la presión social ya le tenía fichado para ser llevado por un pariente adulto a "pelar el ullo".

—Doctor… —se volvió un tanto cohibido el aludido.

—¿Qué pasa?

—No ha visto nada, pues —rogó, dejando entrever su intención de completar su trama, cerrado el trato de encubrimiento.

Apagó la linterna y se quedó un largo instante quieto tratando de recordar a qué había salido. "Sí; a miccionar", se dijo mentalmente al instante, alegando convenidamente por sentirse serpiente en su hora de iniciar su muda de piel. El mundo funcionaba en condiciones de luz, pero también de oscuridad, y cada cual escogía sus límites de impunidad. No le quedaba sino cerrar los ojos y escurrirse de su vieja piel para no sentirse tan secuaz. Tal vez, más tarde, habría oportunidad de dejar de ser serpiente.

Como para completar la lista de "sorpresas" de este agitador día, al poco rato hizo su aparición una conocida mujer del pueblo que con pistola al cinto le pareció más veleidosa de lo que por ahí se murmuraba. Irrumpió en la posta con ímpetu de hembra dominante, pero con una voz desvalida rebuscando con timidez atenciones que iban más allá de la farmacoterapia. Refirió unos "extraños" dolores en los muslos, consecuencia de su esforzado recorrido por la vial que él mismo transitara durante la tarde. Enfundada en unas botas de jebe, en un short cortísimo que abultaban sus muslos y en un polo bastante fresco que exponía sus bronquios, la sensual mujer trasuntaba ímpetus adolescentes que sorprendían sobre su cuerpo de treintona. Pero la pistola sobre su cadera era espectacular. Se sintió tentado a tomar toda la mensajería que trascendía de su insinuante expresión corporal, pero sabía ya de sus proclividades enamoradisas por infidencias contadas por algunos lenguaraces del pueblo y otros venidos del río Negro, a donde ella iba de vez en cuando a comercializar oro, y optó por fungir de serio doctor prescribiendo con la mayor formalidad una receta. Y aunque para decidir su abstinencia no fue poca la complicidad hallada en el olorcillo a pezuña trascendiendo de las botas de jebe, la noche, vuelta otra vez a los relajos del mundo, le gritó: cojudooooooo...

Al día siguiente, tal vez demasiado temprano para el desayuno, salió rumbo a la pensión, pero esta vez dando un rodeo por la casucha del plastiquero y el malecón.

Al pasar por la única casa pintada del conglomerado, pintada de verde, y a la que su dueño esmeradamente la había sustraído de los estilos nativos tan generalizados en las viviendas de todo el caserío, la voz cortesanamente cultivada de éste, le llegó desde una de sus ventanas.

—¡Buenos días doctor! —le saludó efusivamente.

—¡Don Abdul! —hizo lo propio—. ¡Qué tal, cómo está usted! —se sentía revitalizado por el descanso reparador de la noche.

A pesar de la inteligente insidia que a veces solía introducir en sus aparentemente bonachones comentarios, aquel hombre gordo le caía bien.

—Es un gusto tenerlo otra vez en el pueblo.

—Gracias; de la misma manera verlo, don Abdul -correspondió la atención, no muy crédulo de su aparente sinceridad.

—¡Pucha doctor, cuando se fue, no se podía dormir aquí!

—¿Qué pasó? —preguntó desconfiado ya de ese brillo de estilete que vio asomarse en las pupilas de su interlocutor, pero sin dejar de suponer que podía haber sido por algo relacionado con la salud de las personas.

—¡Un laberinto doctor! Al principio no se sabía si eran perros o gatos los que hacían trizas la tranquilidad, porque a veces parecían aullidos, a veces maullidos esos lamentos de la noche.

—¡Ah!

—De verdad doctor. Con decirle que casi llego a creer que eran diablillos.

—¿Y? -notó que el tal Abdul estaba a punto de sonreir.

Sabía que el gordo socarrón deambulaba ya por los vericuetos de sus alusiones sesgadas, de sus inducciones premeditadas, y se puso a la defensiva.

—¡Eran las hembras, doctor! ¡Qué barbaro! -exclamó triunfante el nutrido personaje, aleteando la nariz como lepora de conejo.

Fingió quedarse demudado con la declaración irreverente y terminó sonriendo condescendientemente. Las adolescentes vanidades de su ego, hacía tiempo que habían quedado atrás, así que lo dicho por el personaje simplemente le resbaló.

En ese momento el ruido de un "fuera de borda" llamó su atención hacia el río, y en el acto reconoció la roja calva de don Brito Guillena, quien maniobraba con pericia para acercarse a la orilla.

—Nos vemos luego, don Abdul —aprovechó para despedirse del simpático y socarrón vecino.

En el trayecto saludó al alcalde, que estaba sentado en su escalón con una toalla al cuello alistándose a bajar al río a lavarse, y a doña Floresmila Macedo que caminaba hacia el puerto a recibir a don Brito, su suegro. Luego, sin poder evitarlo, se puso a pensar en la aguda insinuación que hiciera don Abdul, que dicho sea de paso, era el pariente más cercano de los dos hombres fuertes de Llullapichis.

"Gallo nuevo alborota el gallinero", reza el dicho popular, pero en su caso, la maledicencia llevada por las apariencias ya le tenía involucrado en historias fehacientes de furtivos amoríos, y aquello no abonaba a favor de su desempeño profesional, por donde se le mirase. "Tendré que ver la posibilidad de compartir la permanencia en la posta con alguien confiable y respetado por la comunidad, para que las atenciones en solitario a las mujeres que acudan a tratarse no deriven en maliciosas conjeturas difíciles de despercudir", pensó resuelto, aún cuando un gusanillo diabólico se le resistía.

Al acercarse a la casa de alto emponado de don Agucho Vela, vio a este labrando un estilizado remo sentado en una piedra de afilar. Un aplastado mapacho humeaba a las justas bajo su hirsuto bigote.

—Don Agucho, buenos días —le saludó afectuosamente.

—¡Qué tal, joven! Está tempraneando.

—De vez en cuando lo intento.

—Eso es bueno, eso es bueno, sin duda —aseveró el anciano exhalando azules volutas de humo por la comisura libre de su boca—. Porque eso de estar mauleando también...

—Bueno; voy caminando. Que tenga buen día

—Una pregunta doctor; disculpe.

—Sí, dígame —se detuvo.

—Sé que se apellida Marino.

—Es mi apellido materno —afirmó sofrenando el pulso que se le aceleraba sin razón aparente.

—Acá a mi casa llegaba en mis tiempos un buen amigo que se apellidaba así.

—¿Sí? —se interesó de golpe.

—Era un grandulón, mucho más alto que usted.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

—Sólo le decíamos “machote”

—Hmm..., así le apodaban a mi abuelo —reveló cauteloso—. Dicen que era un zamarro ¿no?

—Era buena gente, doctor; ¡muy servicial! Cuando venía por aquí, atracaba sus dos botes ahí en este puerto que usted usa para bañarse, y nos vaciábamos pico a pico un garrafón de buen aguardiente ¡Uff..., tomaba duro el bendito! Después asábamos pescado y ¡dale! —hizo un gesto comelón de buen gusto.

—¿Tenía botes?

—Uno era de madera y otro de casco de fierro.

Era un dato que ya conocía, pero quiso confirmar la veracidad de lo que el anciano estaba refiriéndole.

—¡Qué interesante! En serio, me da mucho gusto escuchar todas estas cosas. Para mí es como revivirlas sintiendo la misma energía, en el mismo lugar; como que de pronto hubiese la posibilidad de ver aparecer lo que fue y a los que fueron por la puerta del tiempo, como si encontrarse fuese sólo una cuestión de desearlo.

—Esa es una costumbre de viejo, doctor.

—¡No, que va! Pero sígame contando.

—"La Aguilita" llamaba a uno y al otro creo que "Lily", no estoy muy seguro. Eran botes grandes. Para mí que mejor hubiese hecho una lancha.

—¡Mire vé! —pronunció una expresión de relleno—. Aunque de haberlo hecho ya se hubiese quedado nomás en el Ucayali, quizás —añadió, insinuando su conformidad con el presente.

—Andaba con su guitarra para todos lados, ¡y vaya usted a ver cómo punteaba con habilidad con esos dedazos que parecían cabezas de shushupes!

—Ja, ja, ja… —rió, más por voluntad que por espontaneidad—. Eso me dijeron —agregó, con evidente regocijo.

—¡Para qué... tocaba bien el viejo! Pero también era un mujeriego de primera y un peleador de la patada ¡Carajo! No era pendenciero, pero no aguantaba pulgas.

—Algo de eso supe por historias que escuché por ahí —comentó, apercibido de que cada tiempo maneja su propia escala de valores.

—Sí; aquí una vez tumbó a tres él solo y a puño limpio —ponderó con admiración, don Agucho

—Al parecer era grande y fuerte, pues. Yo tengo un metro setenta y dos, pero entre los Marino, entre los varones por cierto, soy como se dice... el más chato... el umuto, como alguien ya me lo dijera por ahí —sonrió recordando a doña Rosita Vega Pérez, la hija de don Julio Vega Eslava, el hombre de los pies planos de Masisea—. Y a propósito: ¿dónde fue que murió, de verdad? Me dijeron que acá en... —hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Sí, en Puerto Inca cayó el viejo ¡Qué bárbaro!... ¡Cómo dicen que gritaba el pobre, cuando ya agonizaba!

—¡Ah, no sabía eso! Recuerdo sí, que ví a mi madre llorando y después vestir el luto de rigor cuando yo tenía siete años, más o menos. Y pensar que entonces me alegré suponiendo que me iban a coser también ropa nueva para guardar el luto —expuso sombríamente cavilante—. ¿Y de qué murió? Porque según sé, tenía una hernia que de repente se le estranguló —acotó.

—Tomaba duro pues. Dicen que esa noche regresó borracho a su casa y que se sirvió de una lata de atún que había dejado a medio comer en la tarde. Después, cuando le empezaron los dolores, tomó varias aspirinas.

—Se habrá intoxicado entonces.

—La gente dice que le escucharon gritar toda la madrugada. ¡Y él era bien macho, ah! ¡Qué tal dolor habrá sentido el pobre! Un blasfemo y disoluto hasta nomás, y dicen que terminó pidiendo ayuda a todos los santos —concluyó don Agucho, con conmovedora compasión, aunque con una furtiva pizca de humor negro tiñéndole

la entonación.

Un canto de trompetero les llegó en esos precisos momentos desde una purma cercana al río, y una especie de soplete semi atorado trascendió desde abajo del emponado de la casa del anciano, rompiendo el sentido silencio que siguió a la conversación sostenida. El ruido de marras tenía que ver con las irreverencias de la vida.

—¡Largo de ahí so quichateros de mierda! –gritó furibundo don Agucho blandiendo su largo chafalote.

—¿Qué es? —preguntó Matías cogido desprevenido.

—Estos cagones que vienen a cursearse debajo de mi casa —se quejó el anciano, apuntando amenazadoramente su machete hacia dos chiquillos cotonsapas y sin pantalones que corrían despavoridos hacia el platanal que bordeaba el caminito hacia la posta, mostrando los potos embadurnados con restos de sus parasitados excrementos.

—No hay muchas letrinas por aquí, ¿eh?

—Voy a poner ceniza con resina de catahua en su caca para que el culo se les vuelva chupo-chupo, a estos majaderos —advirtió amenazante y muy mortificado don Agucho—. No hay letrinas y no hay educación ni en las casas —acotó despectivo.

Matías no tuvo más remedio que desairar la disparatada amenaza y la acotación sobre la educación que acababa de hacer don Agucho, pues cayó en cuenta que tenía la boca seca y la garganta le dolía de manera anudada. “Que tonta manera de morirse después de sortear todos los riesgos”, murmuró apesadumbrado, pensando en su abuelo.

Nunca sintió ningún afecto por él, puesto que no tuvo la oportunidad de relacionarse, convivir, ni siquiera conocerle de vista, pero en ese momento, su mente, sin el mayor esfuerzo recreó los dolorosos momentos de su agonía, y una gran pena se le incrustó en el alma.

Depositario circunstancial, pero receptivo, de esa soledad final en la que sucumbió su abuelo, mecido ya en su propia y susceptible percepción de la distancia y cansado de esa melancolía colectada en el horizonte de cada tarde, sintió revelarse ante sí el mandato de la sangre que le empujaba tras la identidad familiar.

“Es hora de recoger datos”, se dijo con resolución. “Posiblemente encuentre cosas que no me gusten, pero no todo puede resultar propicio para una novela caballeresca o romántica bajo la tinta que pretenda rastrear honestamente lo sucedido”, consintió en ser lo más fidedignamente posible, pese a quien le pese. “No devenimos de una logia puritana y mucho menos de la mesa redonda de algún mítico caballero. De hecho, hemos surgido, como todas las familias, de esa mezcolanza dinámica que se va contaminando y también decantando durante un largo preceso de herencias, legados y experiencias cotidianas, y no hay razón para no reconocer que un árbol necesita podarse de vez en cuando para mejorar sus ramas”, terminó reflexionando, como poniéndose desde ya a la defensiva frente a las descontadas objeciones de los

miembros familiares que le tenían un pánico a bucear en el patrimonio ancestral y tropezar con verdades ocultas de mal gusto. “El que no ha probado lo más amargo del amargo, no podrá apreciar lo más dulce de la dulzura”, parafraseó un refrán oriental, leído por ahí.

Durante las semanas siguientes, a la par de este solitario propósito, también fue estructurando su informe de trabajo, válido para optar el bachillerato, y se encontró con dos vacíos inconcebibles, tratándose de una capital de distrito como Llullapichis: No tenía historia escrita, ni templo donde reconocerse en una iglesia.

No quiso acordarse de las letrinas ni de los pozos artesanales.

Las lluvias se hicieron más frecuentes al llegar octubre, y aparte de dejar de lado su manía de frotarse mentol en las ventanas nasales para una fresca respiración, también limitó sus salidas a destinos de trocha de difícil acceso. Con todo, tuvo tiempo aún para organizar un censo poblacional apoyado por miembros del Sector Educación y la Municipalidad, y para contactar con algunos ancianos de quienes se decía sabían del pasado del pueblo más que nadie, y a los que por referencias, pudo encontrarlos en Yanayaquillo, Panguana, Wembo, Colmena y Huacamayo, caseríos cercanos a Llullapichis.

El trabajo en la posta se vio ostensiblemente incrementado y no había día en que no se presentara por lo menos un cuadro aparatoso que le obligase a rebuscar en los vademécum como un poseído y le hiciera echar mano de la oración como un santo hipocritón. Era como si el establecimiento de salud se hubiese puesto de moda. Los pacientes llegaban de todos los caseríos, incluyendo los del río Negro. Por supuesto que nadie sabía que ello subía el amperaje tensionante de su existencia y que le traía insomne de la mano con cada caso fuera de rutina.

La situación se le tornó un tanto ingobernable, cuando él mismo, como persona, seguramente a causa de su condición foránea y profesional, su juventud, su soltería, su edad casamentera, se puso de moda entre las muchachas y entre una que otra despistada señora extraviada en ese sonambulismo incitador tras deseos prohibidos.

Remanentes de pasadas vanidades sonreían de oreja a oreja bajo una desinteresada postura arrebatada de paso al arte de aparentar, pero sinceramente, no quería, no debía involucrarse en problemas de corazones o calzones rotos. Pues como solía decirle a su amigo, el profesor Mario Lescano, no había venido de tan lejos para atollarse en sudores inguinales y secreciones glandulares a simple tentación. Además, ya venía enamorado de su prima Lila Rita, a quien pensaba hacerla su esposa ante Dios y ante la ley, pesara a quién le pesara, y cargaba con sumo pesar un desliz de paternidad irresponsable engatuzada por revolucionarias ideas defensoras de la necesidad de serranizar el país, precariamente aliviada en la confesión que le hiciera recientemente a su pía enamorada. Prefería llegar a viejo como un huevón, pero no como un bribón.

—Dale trámite nomás pues, doctor. ¡Qué caray! Porque aquí en la selva si no funcionas..., te creen huarmishco —le aconsejó entre broma y en serio su circunstancial confidente, a quien, siendo limeño, resultaba curioso escucharle entreverar su léxico con palabras muy del lugar.

—¡Uy carajo! —dio un afectado respingo tomando a la broma tal condicionamiento. Por lo demás, consideraba subversivos a los homosexuales.

—Ja, ja, ja... —se rió Mario de buena gana—. Es una broma —aclaró.

—Y no va ser —murmuró él, condescendientemente.

Era cierto que como cualquier buen cristiano mínimamente arrepentido —o un simple humanitario—, había decidido que el hijo de la vergüenza naciera —aún consciente de que la sociedad hubiese preferido ignorar un aborto—, pero ni semejante actitud, contrita y arrepentida, conforme a algunos principios aprendidos en la infancia, pudo eximirle del astringente efecto que el sentimiento de culpa del engendrador irresponsable le producía aún, y que, para bien o para mal, ahora sofrenaba traumáticamente sus impulsos carnales. Desgraciadamente, la sexualidad podía rendirse, pero nunca firmar la paz.

—Oiga doctor, para usted la pishura está regalada —le dijo, en algún momento de lucidez, el profesor "raya uma".

Para quitarse de encima las conexiones intranquilas de sus centros hormonales con su cerebro, siguió con el footing madrugador, se sometió a un régimen de natación ínterdiaria en el río, hizo largas caminatas nocturnas por el malecón cuando no se sentaba a escuchar chistes en la casa de Antípatro Guillena, y por lo menos una vez cada quince días, se internó en el bosque yendo de cacería, aprovechando la escopeta que le prestara don Puricho Panduro.

Justamente en una de estas tardes de monte, en compañía de un joven estudiante del colegio que demostró conocer un lugar donde un árbol de caymitillo dejaba caer sus últimos frutos de temporada, logró cobrarle a la fauna silvestre dos buenas piezas. Y agradó a la gente que usaba de él en sus conversatorios, que la apetecible carne la repartiera entre los vecinos que frecuentaba, y que le asegurara alimento por una semana al profesor "raya uma", que había caído en morosidad en su pensión y no probaba bocado desde hacía unos días. En esta incursión también pudo percatarse de que alrededor del pueblo, tras las chacras, bajos los montes, se sembraba coca. Se hizo la promesa, que de ahí para adelante, sería más prudente con sus incursiones al monte.

Para mediados de octubre, ya podía decir que su olor era del mismo humor de los oriundos, y que era tenido como un miembro más de la comunidad.

La atención en la posta se convirtió en la parte vertebral de sus actividades cotidianas, desplazando a un plano de segunda prioridad las acciones del Programa de Salud Bucal, que era por cierto, la razón por la que se encontraba ahí.

Ya de día, de tarde, de noche, de madrugada, sus servicios eran requeridos al estilo de un médico de cabecera, y resultaba una cuestión de hecho ineludible el que el asistencialismo primara por sobre las acciones preventivas del mencionado programa.

En vísperas del día 19 de noviembre, fecha conmemorativa de la elevación a la categoría de distrito de Llullapichis, acaecida el año de 1,984, se encontraba en

la posta, afanado en llegar al mediodía sin pacientes en la sala de espera y muy animado en participar en la fiesta popular que el alcalde estaba organizando para la noche.

—¿Recuerda que vine la vez pasada con mi mujer? —le decía un antiguo paciente, furtivo sembrador de coca, que hacía unos días se había presentado con una severa acarosis escrotal sobreinfectada.

—Claro que sí.

—Acabé las cápsulas, todititas doctor. Pero esa loción que me dio, sólo me puse dos veces.

—¿Y cómo le fue?

—Ya estoy sano.

—Que bien, me alegro.

—¡Pero, carajo! ¡Cómo duele la cojudez!

—¿La loción?

—Sí doctor.

—Arde un poco como el alcohol, ciertamente.

—¡No, doctorcito! El alcohol nos pasa en un ratito con un poco de vientecito. Esta vaina te da un dolor que sale desde el centro del huihuano y te arranca hasta el cogollo.

—Ja, ja, ja...

—No se puede gritar, ni quejarse doctor. Se siente que el dolor nos ahoga como el sipicuso.

—Ja, ja, ja... —siguió riendo de buena gana.

—Pero quiero comprar unas cápsulas más; son buenasas, doctor.

Después de despedir complacido al ocurrente campesino, se quedó riendo con la libertad de encontrarse solo, y asociando lo referido con una similar experiencia personal; aunque en su caso, con alcohol.

"De verdad, es terrible", concordó, recordando los hipos de onda infinita que le implicó atravesar su escroto por entre tan ardientes vapores. "Y todo por ese bendito izango del maizal de Arquímedes, en Campo Verde", concluyó, secándose unas lagrimillas producto de la risa.

En ese preciso momento llegó un joven de apellido Díaz, del que sabía por rumores que convivía con una chiquilla de apenas catorce años, a quien prácticamente había hecho huir de su casa.

Su padre, dueño de un fundo ubicado a orillas de la quebrada Dantas y el río Pachitea, terminó cediéndole una porción de tierra para que tuviera "dónde empezar la vida" con su mujercita, y al parecer, de esta manera "la sangre no llegó al río" con la familia de la menor.

—Doctor, si pudiera usted ayudarme, por favor... —le suplicó con rostro preocupado.

—¿Qué sucede?

—Mi mujer está con dolores desde anoche y no puede dar a luz.

—¿Primera vez?

—Sí doctor.

—¿Cuántos años tiene?

—Es chica todavía doctor.

—¿Cuántos?... ¡Carajo! Ustedes son cosa seria ¿no?

—Ha cumplido catorce recién, pero se puede decir que ya está siguiendo quince.

—Entonces es una paciente que tiene muchos riesgos —aseveró.

—Ya no sé qué hacer, doctor.

"Yo tampoco", contestó para sus adentros, tratando a como dé lugar rastrear evasivas que presentía no las encontraría por ningún lado. El tipo se veía sinceramente turbado, pero también convencido de que él le podía ayudar. Se agarró la cabeza: "Cuernos de venado, garras de yangunturo, cerdas de huamburusho, muelas de bufeo, canilla de tanrrilla, papita de piri-piri, hoja de piñón rojo… Dios de los cielos, ¡Ayuda! ¡Ayuda!", ensayó errático una plegaria al paso.

—¿Con quién está ahora?

—con su madre y dos parteras de Wembo.

—Bueno... —trató de pensar raudo en una solución que no le comprometiera más allá de una toma de decisión.

—¿No puedes hacerla bajar a Puerto Inca?

—El río ya está crecido doctor y la parte de Yanayacu es bien feo; hay mucho remolino.

—Pero allá en su centro de salud hay mejores condiciones para este caso. Sé que hay ahí dos médicos que han terminado sus estudios en la Argentina, con especialidad incluída, y están haciendo su SERUMS. Será más seguro.

—¿Y si pasa algo en el camino?

—Lo que pasa es que tienes miedo a que te detengan por estar con esta menor, ¿ah?

—Tal vez doctor; pero más tarde va a llover también.

—¿Llover?... Pero si el cielo está despejado.

—Su amarillo del sol, doctor.

—¡Caray! Me pones en aprietos.

—Por favor doctor; yo le pago; no se preocupe por eso.

—No se trata de dinero —meneó la cabeza: ¡Cómo decirle que quería que le viera como un simple estudiante de Odontología!

—Mi "peke-peke" está en el puerto.

—Déjame decidir esto con calma, seriamente. Me tomará un momento, nada más —requirió, mostrando a medias, su fastidio por la presión.

Su mente había ubicado la posible solución y trataba de asegurarse un modo de quedarse con el menor protagonismo posible, para pasar una noche disipada.

Wilfredo Villegas, un experimentado ex enfermero del ejército, le había dicho, en algún momento de sus tantos entusiasmos, que, cuando pasara algo así, no dudase en llamarle, pues según su convincente aseveración, conocía al dedillo los veinticinco tipos de partos existentes. Como odontólogo, él sólo sabía que había dos formas de salir vivo a este mundo cruel.

—¿Qué dice doctor?

—Vamos a buscar a Villegas.

—Ese sólo funciona con trago.

—Aunque sea.

—Pero sin usted, es lo mismo que nada, doctor.

—Ya veremos —rezongó, sin atreverse a consentir tamaña muestra de fé.

Wilfredo Villegas Alvis, se encontraba atareado en su horno de barro, asando sudoroso esa "fruta" culinaria que resulta un chancho luego de desprendido de su inmundicia, y que según su confesión, era uno de los aportes del alcalde para la fiesta de la noche. Tragó saliva.

—Pucha doctor, yo sé que usted debiera estar presente en esta ceremonia, pero por favor, ayúdeme —le rogó lastimeramente el jovenzuelo Díaz, al parecer notándole lleno de dudas bajo los efectos aromáticos del exquisito asado.

—Oye Wilfredo, tienes que acompañarme, pues.

—Termino de juntar el carbón del horno y nos vamos al toque, doctor. Esas cosas se atienden en un ratito —le respondió, con un pasmoso aplomo y contagiante entusiasmo.

—Eso espero -contestó en tono de plegaria.

—Nomás que vaya comprando unas botellitas de aguardiente con colmena, para celebrar la ishpa antes de regresarnos a la fiesta.

—Allá hay de todo —aseguró Díaz, tranquilizado por arte de magia. Y es que el entusiasmo de Villegas no era para menos.

Al rato, los tres surcaban el Pachitea en el ruidoso "peke", confiando en estar de vuelta en un par de horas.

Ingresaron a la quebrada Dantas contra corriente, y al cabo de unos diez minutos, tocaron puerto en un escondido recodo de donde se divisaba una casita del tamaño de un gallinero, que hablaba a ojos vista de la precariedad de sus vivientes. Vida de selva, de selva semisalvaje.

Los gritos y los pujos de la primerisa trajinaban desinhibidos por sobre el eco del monte, entreverándose con espasmo epiléptico con el rumor del riachuelo, y sintió como que se le acalambraban las piernas, impidiéndole saltar del bote a tierra firme. Pero a esas alturas era ya imposible desertar. Corrió hasta el tambo para encontrar que la precoz parturienta estaba pálida, muy debilitada, y se resistía a colaborar.

—Tienes que pujar hija —le rogaba su madre cuando entraron al reducido cuartito.

—Si no nos ayudas, vamos a tener problemas —le advirtió su compañero, que francamente se veía desencajado después de oírla desgañitarse de dolor..

—¡No me importa! ¡Déjenme morir! —empezó a repetir con una letanía exasperante, la precoz parturienta—. ¡Y a ti no te quiero ver más, desgraciado! —su voz quería ser vengativa.

Las horas comenzaron a irse sin resultados a la vista, y una lluvia insistente llegó a estremecer la tupida floresta, que sacudida en toda su energía, amenazaba abalanzarse sobre la insignificante casita.

No servían ni las órdenes ásperas, ni los suaves ruegos, para animar a la parturienta. Él sabía por teoría que un tacto podía darle luces al problema, pero jamás lo había hecho y le fue imposible desprenderse del temor de ser expuesto a malicia, en caso de intentarlo. Y es que en el nivel atencional de una posta sanitaria, el medio podía aceptar que un internista de Odontología abordara todos los temas médicos que quisiera, pero los ginecológicos y obstétricos... ¡Cuidado!

En una tregua salió silenciosamente de la vivienda y poniendo su coronilla en la gotera, dejó que la lluvia se escurriera por todo su rostro. Hizo una escueta plegaria y luego se puso a sopesar otra vez el posible traslado de la paciente al centro de salud de Puerto Inca, pero ahora la noche y la lluvia arreciando con mayor fuerza, también estaban en contra. Villegas se apareció a su lado y se veía preocupado. Sus veinticinco técnicas se iban agotando sin trascender la teoría, y empezaba a verse tan inútil como los reproches que amagó pronunciar.

—¿Podríamos llegar a Puerto Inca? —le consultó.

—Capaz que nos hundimos en Yanayacu, o nos volteamos en cualquier paso correntoso, doctor —repuso, ya evidentemente desarmado.

—Algo tenemos que hacer. Aquí se pueden morir madre e hijo.

—Si me da permiso, podemos aplicarle mi última técnica, doctor. Le aseguro que hasta ahora no me ha fallado —propuso, con su última petulancia.

—A ver..., probemos pues; la situación no está para echarse atrás.

Los dos volvieron a entrar.

En una colcha bastante resistente, la frágil barrigonita fue acomodada a horcajadas con sus dos piernas balanceándose a los lados, ante la sombría mirada de las parteras, madre incluida, que eran la viva imagen de la resignación. Parecían curanderas aborígenes.

—Bien doctor; usted de esas dos puntas, yo de estas -le indicó Villegas con ínfulas de maestro de ceremonias.

—¿Y después qué? —se inquietó, dudando ya de la efectividad de las llamadas "técnicas" del ex enfermero, y no muy seguro de querer seguir adelante con la salvajada que sospechaba se iba hacer.

—Cuando empiece a pujar, la elevamos al mismo tiempo y aflojamos para dejarla en vilo.

—¿Y?

—Al caer, le aguantamos duro doctor.

—Entiendo —murmuró con fatalismo, a un triz de parar aquello con una puteada. Pero ya estaba "sobre el caballo", y la inercia le arrastró a la bárbara prueba.

La acobardada parturienta fue izada en vertical un par de veces y zarandeada en sendas ocasiones, interrumpiendo bruscamente su caída libre con pretensión tan inútil, que inmediatamente la primitiva maniobra fue desechada. Se maldijo muy sinceramente por haber cedido ante semejante..., ante semejante... ¡Bueno! No tuvo nombre para aquello.

—Ahora si ya no sé qué vamos hacer, doctor —le confesó todo desinflado, el hasta hacía unas horas, experto en maniobras de partos eutócicos, distócicos, o como vinieran.

—Tranquila muchacha; parece que te falta dilatar un poquito más —trató de tranquilizar a la desmadejada adolescente, ocultando todo signo que pudiera delatar que andaba deambulando en un laberinto de dudas, metido en la camisa de once varas que su madre tantas veces mencionara.

—Hay que darle ya su flema de cetico, o su té de hoja de algodón, para que apure —sugirió con voz impersonal una de las parteras.

—Pero ahorita con esta lluvia, ¿dónde? —se lamentó Díaz.

—Ven Villegas; salgamos un momento —le apuró él, al ahora impotente partero.

Se sentaron en una banca rústica al pie del tambo y aguardaron ordenar sus pensamientos con reverencia de monjes penitentes. Pero, ¡claro que no eran monjes! Eran dos niños sin padre ni madre.

—¿Qué hacemos, doctor? —le preguntó el alicaído colaborador, declarándose huérfano.

—No sé si ponerle una ampolla de occitócico para acelerar el asunto de una vez. Es primeriza y para colmo una niña. ¡Qué rico birlarse una pajarita, para estos irresponsables! ¡Ahora pues! —tangenció su deseo recriminatorio hacia el causante de toda su desdicha.

—¡No se vaya a complicar así, doctor! —le advirtió pilatescamente Villegas, con olímpico traslado de toda la responsabilidad.

Estaba pues solo en el mundo, y tuvo unas desesperantes ganas de orar con el fervor que había visto hacerlo al profesor "raya uma". No sólo estaba sin padre, ni madre, sino que se había quedado sin amigos, sin enemigos y sin deseos de estimar u odiar a nadie... ¡Solo!

—Tenemos que ir a Llullapichis —decidió.

—¿A qué doctor?

—Hay que traer a doña Emiliana.

—Mejor entonces al tuerto Rengifo.

—No; la señora es partera reconocida por el Ministerio de Salud y aquí ya, hasta los legalismos. hay que cuidar, carambas. Claro que no queremos que pase algo malo.

—Entonces hay que aprovechar que la lluvia está calmada.

—¿Sabes navegar de noche?

—¡Hombre de río, pues doctor! —le contestó, palmeándose el pecho con su ya no tan confiable suficiencia.

—Espero que sí —replicó resignado, sabiéndose sin alternativa ante aquel zamarro.

Por unos minutos que parecieron eternizarse alevosamente a cuenta de relativismos einstenianos, el "peke" se resistió a arrancar como queriendo desautorizar al petulante motorista, pero finalmente se echó a andar, y Villegas, reivindicado a medias, puso proa hacia el Pachitea.

Una vez salidos a río abierto, aceleró la máquina hasta hacer "temblar los huihuis", como se le ocurrió definir a él mismo la vibración del maderaje bajo los testículos, y se puso en línea con el borde de las sombras que los árboles proyectaban sobre el agua, a un descuido de los cargados nubarrones que dejaban asomar la luz plateada de una luna abotagada.

En Llullapichis, la fiesta de aniversario consumía totalitaria la atención de los vecinos, y les fue fácil pasar inadvertidos en la premura de ubicar al tuerto Rengifo, potencial auxilio para aquella situación crucial, y que en cuanto a su sapiencia, contaba por lo menos con el reconocimiento de Villegas.

—No puedo, tengo que cuidar mi motor —respondió el susodicho al requerírsele acompañarles.

—¿Qué motor?

—Fidel me pidió alquilado mi grupo electrógeno para iluminar la fiesta.

—Pero, deje a alguien encargado, pues -se impacientó.

—No, doctor; me lo malogran así. ¿Quién me responde entonces? —pretextó con desairante altivez, Rengifo.

—Bueno, ¿viene o no viene?

—Pero si ahí tiene a un experto, pues —le contestó levantando despectivamente la barbilla hacia Villegas, que ajeno a ese evidente "celo profesional" del evasivo Rengifo, parecía estar husmeando muy concentrado el olor de su líquido elemento, traído por el viento desde los tentadores y estrepitosos brindis que entusiastas bebedores le hacían notar adrede.

—Entonces como representante aquí del sector salud, tengo que decirle que le hago también responsable de lo que pueda ocurrir a partir de ahora —advirtió.

—Que el experto le ayude, pues. ¿No le ha dicho ya los tipos de parto que sabe atender? —le recalcó el condenado tuerto, empacándose como un adolescente resentido—. Aunque sólo tenga de experto lo de trago huicsa —acotó sarcásticamente.

—Vamos Villegas —ordenó dando media vuelta y desechando toda posibilidad de ayuda de aquel engreído.

—¿Y doctor? —quiso saber éste.

—Hace unos días nomás me ofreció toda su ayuda este pendejo, y ahora... —se quejó por el camino.

—No va porque me ha visto.

—No digas, ¿sí? —replicó fingiéndose sorprendido.

—Me tiene cólera, no sé por qué.

—Vamos a la casa de la señora Claudio.

—Aquí cerca queda.

Todo lo contrario al reacio y mezquino proceder del vecino Rengifo, la macilenta partera, que en esos momentos mitigaba una aguda migraña envolviendose la cabeza con un pañolón empapado de aguardiente con alcanfor, les siguió sin

titubear. Esa era la gente que el Perú necesitaba para avanzar sin renuciar a sus valores humanitarios y cristianos.

—Hay que comprar unas cabecitas de ajo —recomendó, mientras cruzaban por entre el jolgorio popular que a esa hora debía tener de cómplice un buen torrente de aguardiente y cerveza.

—Y un par de botellas de trago pues doctor —le musitó al oído Villegas, a todas luces angustiado a más no poder con las emanaciones aguardientosas de la cabeza de doña Emiliana.

Se encaminaron al bote sin una voz amiga deseándoles suerte. Una cierta claridad permitía atinar la ubicación de las gradas, pero el barranco estaba resbaladizo y les costó más de un susto finalmente acomodarse en él. Terminó conmoviéndose de la abnegación de la señora Claudio y de la lealtad de Villegas, al punto que se negó a mirar hacia el iluminado malecón donde la gente se empapaba de algarabía y renunciaba a las aflicciones de la existencia.

Navegaron en silencio, volviendo la mirada nostálgica unas cuantas veces hacia el malecón, donde la gente se aturdía en el jolgorio del aniversario, hasta que finalmente llegaron a la boca de la quebrada Dantas, momento en que la lluvia comenzó a arreciar nuevamente.

—Cuando la luna está cargada, no hay vainas —prorrumpió a decir resignado Villegas.

Con tensionantes maniobras logró sortear las palizadas que votaba la quebrada, embalsada ya al ser taponeada por el caudal del Pachitea, para llegar al cabo a destino sin mayor pérdida que lamentar.

Cuando avanzaban equilibrándose a duras penas por la cuesta fangosa, la madre de la parturienta se asomó a la puerta de la casucha, perfilando apremiantes aspavientos magnificados por la luz de un lamparín.

—¡Apúrense! ¡Ya sale! ¡Ya sale! —les gritó con nerviosismo y agitada emoción.

Y tenía razón. Porque al ingresar al umbrío y reducido cuarto donde la muchacha se debatía azuzada por una mezcolanza de voces de circo romano, pudieron ver que la criatura asomaba ya su húmeda cabecita por el canal vaginal, amenazando desgarrar a su paso hasta los músculos del periné.

—¡Impresionante! —murmuró él maravillado, echándose alcohol yodado en las manos.

—Falta poco, falta poco —animaba doña Emiliana.

—¡Ya está! —exhaló triunfalmente Villegas, poniendo un limpio pañal bajo el recién nacido.

—¿Qué es? —preguntó el padre desde la puerta.

—Mujercita es, yerno —respondió su suegra, una vez revizada la criatura.

—Ahora tiene que cortar el ombligo doctor —le indicó Villegas.

—Eso creo, maestro -respondió dócilmente, dejándose mecer por el alivio de algún poderoso sedante hormonal.

Después de concluir con el corte del cordón y ligar el tramo que correspondía a la bebé, se puso de pie bastante conmovido de tener aquel pequeño ser entre sus manos, y supo en secreto que era bueno nacer y dejar nacer, aunque terminemos siendo unos reverendos excrementos.

—¿Qué pasa? —dio un respingo al ver irrumpir en esos momentos al papá en calzoncillos y esgrimiendo a modo de látigo una manga de su tosco pantalón.

—Deje doctor —le pidió la suegra.

Ensayando una simbólica azotaína, el semidesnudo y aparentemente "poseído" progenitor, alzó una y otra vez la parte del botapie de su prenda, para dejarla caer en las nalguitas y en las piernas de la pequeña criatura.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó espantado, sin atinar qué hacer.

—Para que cuando sea grande no sea pishcota, doctor.

—¡Buen deseo! —concordó de buen talante y algo regocijado con cada abusión que reventaba en sus narices—. Sí, buen deseo. Nomás que no se encuentre con uno como su padre —reiteró, con la atingencia obligada.

Después de satisfacer su superticioso proceder, Manuel Díaz salió raudo hacia el bosque, internándose por una invisible vereda que, según dijeron, llegaba a la casa de su padre, a orillas del Pachitea. Estaba contento y quería festejar el acontecimiento.

—Todo salió bien, gracias a Dios, ¿eh Villegas?

—Sí doctor —le respondió el aludido muy reconfortado—. Ojalá que ahora el Mañuco se porte, pues —agregó chasqueando la lengua.

—¿No podemos volver a Llullapichis?

—Ahorita se está embalsando la quebrada y no tarda en volver a caer la lluvia doctor. Hay que quedarse nomás, hasta mañana.

Aproximadamente a la media hora, un haz de luz acortándose y alargándose entre las sombras, puso en sobreaviso de que Manuel volvía. Venía con su padre.

Cumplidas las presentaciones de rigor y las congratulaciones por el feliz acontecimiento, los recién llegados sustrajeron de unas bolsas un antiguo bandoneón, un par de botellas de aguardiente, y un frasco labrado repleto de miel silvestre, que a la luz de la linterna destelló con un dorado hermoso. Era la hora de festejar el milagro de la vida y la suerte de dos improvisados parteros.

Desde ese momento, hasta clarear el nuevo día, fumar tabaco negro sintiendo la humedad del viento salido de la lluvia, paladear un trago de colmenachado al son de cantares brasileros infiltrados durante la incursión cauchera de principios de siglo,

acurrucarse en la penumbra, o dejarse vencer por las historias nostálgicas sin ánimo de interrumpir, y sentir la paz del descanso olvidando el mundo y a sí mismo, tal vez por demasiado tiempo, fueron para él,cálidos recodos de recompensas anímicas desde donde supuso podría levantarse con cara fresca y espíritu renovado a los ajetreos del nuevo día.

En un intermedio de sus alegres interpretaciones, el papá de Manuel, un artista extraviado que soñaba con adornar el malecón de su fundo con esculturas propias, le hizo la siguiente confesión:

—Yo conocí a su abuelo, doctor.

—¿Sí? —acusó el directo, enderezándose en su asiento.

—Le hacía hablar a la guitarra el viejo —la voz sonó nostálgica.

—¿Dónde fue eso?

—¡Uff! Cuando vivíamos en San Antonio, un caserío abajo de Pucallpa. Le conocíamos más por su sobrenombre, como todos. Hasta ahora se le acuerda, por donde estuvo, como "machote", más que por su nombre y apellido.

—Sí, ese era mi abuelo; el papá de mi madre.

—También conocí ahí a un profesorcito bien jovencito que se apellidaba como usted. Era nieto del viejo el muchacho.

—Eso habrá sido por el sesenta y ocho o sesenta y nueve, más o menos -aventuró cavilante—. Mi hermano Habacuc tenía dieciséis años cuando se fue por ahí, de maestro.

—En ese tiempo tallaba yo unas boquillas para cigarro usando peines viejos que derritía.

—Yo ví esas boquillas. Eran Evas en atención, ¿cierto? —reveló, preso de sensaciones pretéritas aferradas a su espíritu desde sus tiempos de zapatos de jebe y escuela dominical.

—Bonitas mujercitas; toda desnuditas les hacía para que fuesen comerciales. A su hermano le gustaban muchísimo esos trabajitos —confesó con complascencia.

—La tierra gira, sin duda alguna —sentenció proverbial, metiendo la mano en la lluvia y cediendo a un hondo suspiro. Le hubiese sido agradable llorar, pero abogaba por la templanza del espíritu.

—Mañuco, toma pues con tu compadre, hijo —animó aquel singular hombre a su respetuoso y taciturno hijo, aludiendo obviamente el compadrazgo de hecho surgido en la atención del parto y corte del cordón umbilical.

Nuevamente el vaso, que alguna vez contuvo una mermelada, fue llenado al ras, combinando al gusto de buen tomador la miel y el aguardiente que aún sobraban, iniciándose una vez más otra animada ronda en el mismo trayecto del amanecer.

El viejo bandoneón también reinició sus sones alegres y por ratos melancólicos, liberando recónditos y sabios pensamientos, como se liberan los sueños de revelación con una hoja de toé bajo la almohada. La noche, la lluvia, el viento, la quebrada embalsada, la selva aterida, parecieron querer reclinarse también sobre la paz de los espíritus congregados ahí, en aquel escondrijo dispuesto por la oscuridad y las circunstancias de la vida, para apretujar en un todo, aunque sea efímeramente, el propósito de la creación.



XXII

En el mes de octubre de 1,923 por fin Hérmel Alcibíades Ibazeta García tenía todo preparado para su regreso a Panao, la tierra natal de la que hacía tanto tiempo se hallaba ausente —más de una década en sus propios cálculos—, y que de hecho, había estado extrañando con ese sentimiento tan terco y tan peculiar de las gentes de la sierra. Obviamente los generosos argumentos de su amigo, don Julio Vega Eslava, a pesar de su persuasiva insistencia, no lograron hacerle desistir de su propósito, habida cuenta que su meollo era serrano.

La noticia de que Pozuzo y Chaglla, capitales de distrito, habían sido elevadas a la categoría de villa, el mes de julio del año anterior, le acicatearon aún más este su perentorio deseo de volver cuanto antes, y al fin, la hora de hacerlo marcaba su presente ahí entre los ajetreos del embarcadero del fundo "Bello Horizonte".

El puerto era un congestionado hormigueo de cholos y peones que ayudaban a acomodar las cosas y a tranquilizar a los chicos que no podían estarse quietos en el mismo sitio por mucho tiempo, ya dentro las largas canoas en las que partirían en breves momentos hacia la ruta del Pichis-Palcazu.

Definitivamente la relación con su suegro se había deteriorado hasta hacerse insostenible, diríase que hasta penosa, que la mejor manera de cautelar la autenticidad de su relación familiar con su propia mujer y sus hijos era empezando a poner tierra de por medio. De eso estaba convencido, más allá de sus huaynos sensibleros.

Aunque se esmeró en prometer a doña María Nicanora, su suegra, un pronto retorno, lo hizo presentiendo que esta palabra empeñada no se mantendría consistente más allá de su presencia en el horizonte, y a fin de soslayar los tumbos con los que su conciencia replicó la ligeraza de su promesa, trató de aturdirse ayudando a organizar la partida. La espúrea palabra no le significaría pues óbice alguno a partir de ese momento, y así sería hasta el día de la separación y su solitario ostracismo.

Veladamente don Fidel, su suegro, le había estado amenazando en los días previos, de ocurrirle algo malo a Zoila Jesús o a cualquiera de sus nietos, en especial a Hermelito, el último de sus seis hijos al que profesaba una especial predilección, y esa actitud contribuyó a ahondar la brecha que ya tenía larga data.

"Bello Horizonte" seguía manteniendo su pujante prestancia de fundo próspero, pero los que vivían en él, sabían que ya nada volvería a ser como antes. Y no precisamente por su partida.

Arriba de Puerto Leguía, en las márgenes de la quebrada Sachavacal, don Fidel tenía gente de avanzada preparando ya el terreno de su nuevo fundo, y la sistemática mudanza empezaba a mostrar sus huellas en las habitaciones semidesnudas. Hasta se decía ya que el nombre de la nueva hacienda era "Puerto Lira".

Cuando todos los bogas estuvieron listos en sus puestos para emprender la larga y esforzada travesía, los sacos lacrimales fueron heróicos en aquellos que contuvieron el llanto de la despedida, pues las tiernas y conmovedores escenas protagonizadas por don Fidel y sus nietos, así como las desgarradas advertencias de doña María

Nicanora a Zoíla Jesús, su primogénita, fueron verdaderas estocadas a pecho desguarnecido.

Hermelito lloraba como un estridente grillo aferrado al cuello de su abuelo, y las cholas que se encargarían de su cuidado, dudaban en jalonearle más de la cuenta, temerosas de despertar las iras del áspero patrón.

—Zoilita, hija —se volvió don Fidel hacia la hija que partía y que en ese instante sollozaba en el hombro de María Nicanora, como cuando niña, allá en los bosques shiringueros del Madre de Dios—, escúchame bien muchacha.

—Dime papá.

—Sigo pensando que se apresuran al irse ¡Carambas, cuál es la urgencia!

—Tengo que acompañar a mi esposo; tiene que ser así, papito.

—No digo que no, mi hija; pero muchas cosas pueden pasar que no te guste, y más si no llegas a acostumbrarte con esa gente que tiene otras costumbres, otra forma de ser.

—Nos acostumbraremos, papá.

—Haz de escribirme si algo pasa hijita —rogó enternecida doña María Nicanora.

—Lo haré mamá.

—Y no dudes en volver, si te complican la vida -advirtió don Fidel, confidencialmente.

—Sí es necesario, así lo haré papá; no te preocupes por eso.

—De repente ya no aquí a "Bello Horizonte", sino a "Puerto Lira", el nuevo fundo.

—Me avisan pues; pero nos va a ir bien papá, ya no te preocupes.

—Cuídate mucho hijita; a mis nietos también —volvió a intervenir doña María Nicanora, con los ojos empañados de lágrimas y con la voz despeñandose por terreno quebrado.

—Sí mamita, eso es lo que haré —susurró Zoila Jesús, sintiendo que la despedida era un trance de muerte, aunque entrañara luego un renacer.

Las canoas se mecían al vaivén de las olas y de las corrientes encontradas que pequeñas muyunas revolvían en los recodos, chocando lado a lado e impacientando a los hieráticos bogas que terminaban poniéndose nerviosos con los inquietos muchachos. "¡Cuidado con los dedos!" Advertían una y otra vez. "Saquen sus manos de los bordes, no vayan a machucarse, ¡chan! Y después todo shoques ya van a estar andando", reiteraban nerviosamente.

El día estaba sombrío, la estación de lluvias se había declarado desde principios del mes, y los coloridos impermeables y las bolsas enjebadas ya denotaban su prevista utilidad mostrando la humedad tamizada del rocío sobre sus lustrosas superficies.

En la selva, cuando el invierno se desata con la furia peculiar de sus temporadas más desastrosas, las tempestades, si no están en ciernes movilizando renegridos bolsones cada vez a más baja altura, están azotando la tierra con continuos chubascos, y la disponibilidad de estos implementos resultaba pues poco menos que indispensable, dado los evidentes signos de uno de estos crudos inviernos, que gracias a Díos, los experimentados remeros sabían interpretar al detalle, para buen recaudo de su riesgoso oficio.

—¡Vamos! —instó uno.

—¡Vamos! ¡Vamos! —apremió otro.

La mañana estaba sombría, pero aparentemente presagiaba horas tranquilas, al menos para un pronóstico hasta el medio día.

—Chao mamita —se despidió quebrantada Zoila Jesús.

—No te olvides de nosotros mi hijita —correspondió ésta ya abiertamente llorosa.

—Chao Papá.

—Cuida a mis nietos y avísame cualquier cosa —le contestó éste, callando reticente, pastosas frases agolpadas en su pecho desde tiempo atrás, a causa del yerno ingrato, y entregándole al pequeño Hermelito en sus brazos. También se veía afectado a pesar que trataba de ocultarlo con su conocida rudeza.

—Lo haré papá, lo haré.

Después que Zoila Jesús se acomodara en una de las canoas flanqueada por Adela y Aurora, dos cholas de origen campa que le fueron regaladas para ayudarle con "los críos", don Fidel se volvió hacia su yerno, quien se había mantenido discretamente al margen de toda esa conmoción afectiva, y sin mediar palabra, le estrechó con firmeza triturante la mano, propinándole en simultáneo una intensa mirada con advertencias letales. No fue necesario que pronunciara ninguna amonestación, ni refunfuñeo alguno, para que Hérmel supiera el mensaje. Enseguida se alejó hacia las gradas que trepaban el barranco rumbo a las toscas edificaciones del fundo.

Doña María Nicanora por su parte se mostró más accequible, y como buena suegra, invirtió sus reconocidas prerrogativas en dar hasta el último momento, advertencias y consejos que acaso sólo sirvieron de ornamento.sobre las frías orejas de los que se iban.

El corto tramo del Ucayali hasta la boca del Pachitea y todo el trayecto de este importante afluente, los remontaron sin mayores contratiempos ni demoras, excepto por una especie de requisa a la que se les sometió en Puerto Leguía, colonia esta donde alemanes, españoles, italianos, yuguslavos y rusos, ejercían dominio, y por las largas noches lluviosas en las que se vieron obligados a pernoctar en "Puerto Lira", el fundo que la gente de don Fidel iba aperturando en la quebrada Sachavacal.

Cuando ingresaron al Palcazu, la potencia de sus aguas hizo desistir a los bogas de seguir adelante, llegando a sugerir muy desalentados el regreso a "Puerto Lira" hasta la llegada de una mejor estación. Sin embargo, metidos al breque de la

imposición por Hérmel Alcibíades, que ya desde la salida del Pachitea financiaba la expedición con sus propios ahorros, persistieron en el descomunal esfuerzo hasta que por fin lograron llegar a la quebrada Chuchurras, a través de la cual alcanzaron las aguas del río Pozuso.

En la colonia tirolesa del mismo nombre, enclavada en sus fértiles márgenes, despacharon de regreso al sachavacal a los canoeros, e inmediatamente contrataron los servicios de un ducho arriero para que les transportara hasta la hacienda de Baldomero Ibazeta Valdiviezo, medio hermano paterno de Hérmel Alcibíades, quien apenas casarse, se había mudado a estas tierras, a todas luces feraces a sola vista. Los caminos eran de herradura y los arrieros con sus recuas eran prácticamente parte del nuevo paisaje. Las células de Zoila Jesús empezaron a percibir el cambio.

El rollizo gigante que resultó ser Baldomero Ibazeta, les dio de buen grado cobijo en su casa, y les prometió conseguir una mejor recua de mulas y un confiable guía para llegar a Panao.

En las tres noches que pasaron en su casa, Zoila Jesús pudo notar cómo la personalidad de su marido iba cambiando, de manera que la hacía sentir abismada, evidenciando rasgos ariscos que nunca antes había notado. Las moles telúricas escondiendo cielo y horizonte, el viento frío bajando de las punas, los escondidos ojos de los cholos, la frugal comida, el vestido, el acento lugareño en el lenguaje, la actitud reservada y hasta desconfiada de estas gentes, parecían influir por encima de toda voluntad, en la derivación de su carácter a poses prácticamente excluyentes. Y es que, cuanto más se exponía a su ambiente, a sus costumbres, al reconocimiento de los suyos a través de las confidenciales charlas con Baldomero, el distanciamiento con ella y con sus hijos lo percibía a flor de piel. Y entonces empezó a temer que las advertencias de su padre estuvieran tomando perfil. Sinembargo, entendiendo que lo peor que podía hacer a estas alturas era cargarse de dudas, desechó estos temores, y se predispuso a injertarse de buen talante a su nueva realidad. Porque podría ser que sólo fueran ideas suyas, susceptibilidades suyas, apariencias de primera impresión, nada más.

Una de esas noches escuchó parte de una conversación que terminó por hacerla sentir casi como un mueble.

—Toda la familia de los Valdiviezo sigue teniendo problemas con los Meza —decía Baldomero en esa oportunidad.

—Pero tú estás emparentando con estos, por tu mujer, ¿di? —le hizo notar Hérmel Alcibiades.

—Eso no calma los ánimos de nadie; porque quién quita también que soy un Ibazeta. El parentesco de mi mujer no tiene mayor peso en estas cosas; y el Valdiviezo de mi madre... ¡ni qué decir!

—¿Qué pasó?

—Un loco de los Meza le metió un balazo en plena cara, a mi tío Mardonio.

—¡Malditos!

—Se subió al campanario de la iglesia y desde ahí le metió el disparo. El pobre tío estaba a punto de alzar su taza de café, cuando le atravesaron por el pómulo.

—¿Y le agarraron al que disparó?

—Sigue huído en las punas.

—¿Y qué piensan hacer los Valdiviezo? Porque no creo que se queden tranquilos.

—Están pensando traerse abajo a uno de ellos también. Es la ley desde antes.

—Es una historia de nunca acabar, hermano. Por eso también me fui.

—Bueno; yo ya no tengo intenciones de involucrarme más.

—¿Y qué de los Ibazeta?

—No hay problemas ahora.

—¿Cómo están Baudilio y Teodoro?

—Baudilio ya vive tranquilo. Después de la vez que robó a su mujer a la puna, ya no volvió a las andadas. El "gato" por su parte se ha convertido en el abogado del pueblo.

—¿Del diablo no será?

—¡Muy capaz! Ja, ja, ja...

—Siempre ha tenido buen apetito por las cosas que brillan.

—Harías bien en no confiarte mucho de él; porque sin que te des cuenta, puede dejarte sin nada.

—¿A qué te refieres?

—Ya papá no da para más, y él es el que anda más al tanto de todos los papeles. Tú sabes... Él siempre se ha inclinado por lo práctico, y el dinero es lo más práctico que existe en este codicioso mundo, hasta donde yo sé.

—Pero en Panao, ¿a quién pues no le gusta el dinero? Todos sabemos ahí que si del bolsillo sale una libra, deben ingresar dos.

—Para Teodoro es una obsesión. Es como si lo único que le pudiese satisfacer fuese el amasar fortuna Debe ser porque no puede tener hijos el cojudo.

—¡No! ¿Quién dice eso?

—Así parece. No se sabe cuál de los dos tiene el asunto frío; pero lo que es seguro, es que no tendrán hijos.

—Debe ser la monja. —Hérmel Alcibiades se refería a Bárbara Trujillo, agraciada mujer que de ser la Madre Superiora de un convento, pasó a ser la esposa de su hermano.

—Puede ser; porque ya la Bárbara tiene su edad avanzadita.

—Debieran adoptar aunque sea, pues.

—O engendrar uno propio para que vaya creciendo por ahí. Claro que asumiendo que no es nuestro hermano el de la infertilidad.

—No creo que el "gato", se anime a una cosa así. Ese es bien metódico y radical. Pero debiera saber que su deber es dar prole a los Ibazeta. Nuestro apellido es raro, y a la verdad, no somos muchos.

—Cierto: Una guerra, o una epidemia por ahí, y nos declaran especie en extinción.

—Ja, ja, ja… ¡Cierto! En el Ucayali yo era el único.

—Veo que te lo tomaste en serio

—Algo por el estilo. Pero creo que hice lo que correspondía: cogí a mi mujercita y aquí me tienes con seis más para la familia.

Aquella noche la conversación entre los dos hermanos se adentró en las horas hasta confundirse con el viento sibilante de la madrugada, mientras que en su cama, Zoila Jesús empezaba a odiar el frío de sus pies, de la punta de su nariz, y sobre todo, la postergación a la que se sentía sometida desde su llegada a aquella casa. Lo de "mi mujercita", no le había agradado. Todo le parecía tan inhóspito y hermético, y no dejaba de fastidiarle el hecho de que en tanto ella languidecía, Hérmel Alcibiades iba fortaleciéndose en su nueva muda. Se comportaba como si ni las penalidades de los chicos tuvieran más importancia que su vuelta al terruño. Ella comprendía que tal acontecimiento tuviese su correspondiente significado en el ánimo de su esposo, pero no le cabía en el cerebro que éste les excluyera justamente en un momento en que los vínculos familiares requerían fortalecerse.

Sin duda, lo que sucedió aquella angustiante noche, para ella fue un acontecimiento diana, un suceso significativo, respecto de lo que podía esperar del rol a desempeñar entre esa gentecita extraña, desdeñosa y desconfiada. Estaba mortificada.

Cuando en la madrugada Elina, Oscar y Elvira, tres de sus hijos se arrebolaban en altísima fiebre, ni siquiera se dignaron alcanzarle un remedio casero, por lo menos; e inclusive, ni amagaron acompañarle en su afligida preocupación. Hérmel Alcibiades, desecho en su borrachera, dormía en un camastro al fondo de la habitación, ajeno a toda inquietud y sufrimiento afectivo, haciendo que se sintiera presa de una opresiva desolación y abandonada como nunca antes se había sentido.

—Vamos a la chacra Adela —le ordenó a la chola de más edad.

—Si niña —contestó sumisa la nativa, encogida de frío como un pollo mojado.

Afuera, acurrucados contra la pared de barro de un granero, de cuyas sobresalientes vigas colgaban enracimadas las mazorcas de maíz, los cholos andinos se aprestaban ya para un nuevo día de campo, chacchando hojas de coca en reverente silencio.

—¿Hay paico por aquí? —le preguntó a uno de ellos, que entre poncho y sombrero

ni siquiera se dignó mirarla.

—Vamos niña; yo puedo encontrar —refunfuñó a su lado Adela, también fastidiada por el absorto desaire de aquella gente al parecer impermeable e insensible.

La montaña estaba nubosa, y apenas si se distinguían las formas de las cosas. Caminaron a tientas hacia la chacra, donde con diligencia se pusieron a buscar entre los pocos matorrales la preciada hierba, rezignadas a tantear con los dedos semicongelados.

Adela, sabia recolectora adiestrada en la medicina tradicional de la región de los bosques, donde la humilde y aromática planta tenía un lugar reservado al pie de las casas nativas, no tardó en encontrarla escondida, como creciendo al azar por obra y gracia de su propia adaptación. Inmediatamente regresaron presurosas a la casa, con un frío atrapado en los huesos y aplastadas de claustrofobia entre tantos cerros. Más tarde, el extracto de la hierba hizo el resto, y al promediar la mañana, ya los enfermos querían comer.

—Mamita, tenemos ganas de un caldo de gallina —le decía Elina.

—Sí mamita —suplicaba Elvira.

—A mí me das con el ruro —pedía Oscar.

—A mí con la changa mamita —se sumaba Zoila.

Al rato, cada uno de los seis, incluyendo al pequeñín Hérmel, terminó defendiendo fueros respecto a su presa favorita. El barullo que armaron esta vez fue motivo de alegría. Por cierto, Zoila Jesús tuvo que tomar de los escondidos ahorros que su madre le diera al partir, para conseguir la gallina antojada, y tuvo que convidar a su esposo un suculento plato para aliviarle la resaca.

Cuando las acémilas por fin cruzaron el rústico puente tendido sobre aquel torrentoso riachuelo que parecía en apuros por alejarse de las alturas en pos del grán Marañón, y al fin, las rojizas tejas de Panao asomaron sobre una empinada cuesta, Zoila Jesús tuvo la impresión de que el largo y peligroso viaje no merecía tan triste final. Todo se veía tan apagado, tan lóbrego. Para colmo, Hérmel Alcibiades, su distanciado esposo, se guardó para sí la exclusividad de la bienvenida familiar, confinándola junto a sus hijos, apenas llegar, a una casita de estrechas dimensiones construida con grandes bloques de barro, en las afueras de Huinchuspata.

Ella, un ser de espacios libres, de horizontes abiertos, de casa propia, hija de patrón, ama de servidumbre y privilegiada desde la cuna conforme a la condición social y económica de su familia en la selva del Ucayali, tuvo que deglutir la amarga evidencia de verse convertida en un ser relegado, en una esposa venida a menos, en una sombra pedigüeña que tenía que estar mendigando la voluntad del marido para disponer de un trozo de carne, de un vaso de leche para los críos, y hasta de cosas tan nimias como una barra de jabón.

Hérmel Alcibiades había contado a su parentela, y esto lo sabría ella meses después, que le habían obligado a casarse amarrándole semidesnudo a una estaca en pleno

bosque, donde le mantuvieron a la intemperie sometido durante varios días al hambre y a la sed, y que su suegro era un ex-general del ejército convertido en hacendado. Obviamente, esta posición de mártir secuestrado por un cruel patrón, para luego casarle con la hija bajo amenaza, y los entretelones apostados por una febril fantasía, tuvieron un efecto rebote contra ella, evidenciado en la postergación y en el excluyente silencio con que era correspondida su presencia en las contadas reuniones de familia a las que se dignó llevarla.

Estando alguna vez en la casa de su suegra departiendo una de esas reuniones que acostumbraban anunciar con un "vamos a tomar café", pudo observar que sobre el gran fogón y expuestos al humo, unas tiesas piernas de cerdo colgaban de a par en el techo.

—¿Qué es eso Hemechín? —le preguntó a su esposo.

—Jamón.

—¡Que rico parece! Con su cebollita incurtida y unas papitas calientes, estaría delicioso —insinuó antojosa, saturada como estaba ya del mote con magros trozos de queso "verdecito", de las habas, y de las papas con ají, que eran básicamente la dieta disponible de todos los días.

—No se puede comer, porque es para vender, mujer —le contestó mostrando cierto fastidio, éste.

No le quedó más que inclinar la cabeza, como avergonzada, y con un esfuerzo indecible logró deglutir la saliva que se le había acumulado contra el velo del paladar. Estaba dolida. Pensó que hasta con una esperanzadora mentirilla se hubiese complacido. Pudo haberle dicho, por ejemplo, que trataría de conseguir una de aquellas deliciosas piezas, o aunque sea una parte de ellas, para degustarla con los hijos en la intimidad del hogar, y hubiese sido suficiente para alegrarle la tarde; aunque después pretextase no poder hacerlo. "¿Acaso no había vivido con ella en el fundo de su padre, donde la leche fresca de vaca y el queso eran de todos los días, dónde la carne de cerdo, de res, de monte, de cuyes, de aves de corral, y hasta el pescado, eran de consumo accequible para patrones, peones y cholos por igual?", se preguntó llena de amargura y frustración. No podía entender esa manera mezquina de vivir, con roñozerías hasta con los alimentos, por más que el objetivo final fuese acumular riqueza... "¿Riqueza para qué?... Con una forma tan miserable de existir", renegó para sus adentros.

Al cabo de unos pocos meses, comenzó a odiar aquellas callejuelas empedradas y tendidas en declive sobre la geografía quebrada, a las casas blanqueadas de yeso y con habitaciones hechas para gente de baja estatura, al frío, a las comidas sosas, a la gente con caminar de pies planos, a su marido, y a esas frías mañanas llegando nubosas a inhibir sus ansias de bañarse cada día como solía hacerlo en el río, o en las quebradas que atravesaban "Bello Horizonte".

Al fin su espíritu se plantó rebelde a seguir aceptando tan lánguida y oprimida existencia, y recontando las monedas "vaca martas" y las de nueve décimos de plata, que tanto su madre como su padre le habían alcanzado discretamente al momento de partir, concibió la idea del regreso a casa, a su verdadera casa, aún a

costa de tener que sucumbir en el intento. Estaba harta.

Una noche, tan luego Hérmel Alcibiades se levantara del lecho satisfecho con el coito de la semana, ella se quedó bastante inquieta evaluando su proceder nervioso de estarse yendo y viniendo de la cocina a la sala con miradas furtivas en dirección a ella, hasta que finalmente la puerta de la casa se cerró tras él. Entonces, entrando en fundadas sospechas, se levantó rauda para correr a la cocina, donde en dos latas tenía escondidas sus preciadas monedas de oro y de plata.

Primero abrió la que contenía las segundas, y poco faltó para que sufriera un síncope. Prácticamente las dos terceras partes de las monedas habían desaparecido. Se puso a llorar presa de una sorda rabia. Así, con ojos empañados y el corazón a punto de reventársele, se dirigió temerosa hacia el otro escondrijo donde supuso estarían a salvo sus monedas de oro y esperó a que sus manos dejaran de temblar.

"¡Gracias Díos mío, gracias!"; exclamó fervorosa al observar intactas las rutilantes piezas, pero siguió llorando con sentida vehemencia, sin importarle que sus pies se fueran amoratando con el frío contacto del piso.

Elina, Alcibíades y Elvira, sus tres hijos mayores, se aparecieron en la puerta conteniendo con hipos delatores la congoja que pugnaba por precipitarse hacia sus infantiles mejillas.

—Mamá, volvamos con el abuelito Fidel —le rogó Elvira.

—Aquí nadie nos estima y mi papá se porta como si fuésemos un estorbo para él; mejor hay que regresar —se desahogó Elina, que era casi ya una adolescente y sus resquemores los sentía con calamitosa intensidad.

—Si seguimos aquí, mis hermanitos se pueden morir —también alegó Alcibíades, muy resentido, refiriéndose a Oscar, Zoila y Hérmel, los tres hermanos restantes.

—Si hijitos, volveremos todos —les prometió mordida de coraje y resolución—. Sólo hay que esperar un buen momento y no hay que comentarlo con nadie, ¿si? —agregó persuasiva.

Con esa aseveración fustigante y obsesionante, Zoila Jesús fingió "morder el anzuelo" de su rutina, para extraviar toda sospecha de su planeada fuga, y acopió fuerzas para medirse estoica con su hastío, empuñando una sonrisa. Todo debía parecer normal.

Providencialmente, como si el destino hubiese querido darle una mano, una de esas tardes Hérmel Alcibiades le comentó que había comprado una casa en Molinos, para abrir una tienda, y una chacra camino a Huarichaca.

Bastaron dos visitas a esta última adquisición de su marido, para saber que desde aquí tendría que surgirle pretexto para ausentarse de Panao sin levantar sospechas y ganar tiempo en el largo camino de regreso a casa.

Para una mujer con conciencia de su desamparo en tierras extrañas, con seis hijos, uno de los cuales apenas con cuatro años, tenía que entrañar fortaleza y convicción el embarcarse en tamaña empresa, que exigía movilizarse penosamente sobre lomo

de bestias, en balsa y canoa, siguiendo una ruta plagada de peligros. Pero lo que más le sobraba a ella, era precisamente esa fibra desdeñosa capaz de remontarse por encima de los miedos que hacen inaccesibles los objetivos.

La partida se dio finalmente. No hubo adioses ni lamentos. El silencio fue testigo. Salieron furtivamente mucho antes de que los perfiles montañosos proyectasen el claro del amanecer, ateridos con el frío descolgado de la puna y del temor cutáneo a ser descubiertos. Enrumbaron con dirección hacia Chaglla, y no hacia Molinos y Huarichaca como habían aseverado la noche anterior.

Las "vaca martas" tuvieron un poder mágico para comprar silencio y complicidad del guía y un par de arrieros, que se mantuvieron a la orden hasta que las mulas cumplieron su cometido a vista de la colonia de Pozuzo, donde se procuraron sustento y posada. Si bien el trayecto de herradura fue fatigante, el alivio de haber puesto tierra de por medio, redimió toda escaldadura. Las miradas hacia atrás estuvieron de más, porque Hérmel Alcibiades hacía ratos que era un ser solitario dispuesto a transitar solamente los caminos entre Panao y Molinos.

Sin ningún percance mayor dejaron atrás el río Pozuso, y cuando bajaban en balsa por la quebrada Chuchurras siguiendo su cause hacia el río Palcazu, en uno de sus tramos rápidos, una bolsa enjebada repleta de ropa se volteó intempestivamente desde su posición alta entre el equipaje, golpeando al pequeño Hérmel que iba acomodado entre boltijos a un borde de la proa, mojándose la carita con las salpicaduras de los bandazos.

Sin que nadie atinara a reaccionar a tiempo, el pequeño cayó a las espumosas aguas de la embravecida quebrada, que presta se revolvió sobre él intentando engullirlo.

—¡Se cayó Hermelito! —gritó Zoila Jesús despavorida.

El tanganero de babor vio cómo la negra cabecita pasaba rauda rozando la gruesa topa de su lado, pero el largo palo que tenía en sus manos no le dejó ni siquiera intentar encorvarse para un salvataje.

La corriente a favor pareció de pronto adherir el cuerpecito a la balsa, y entonces fue que la chola Aurora, que iba en popa casi al costado del timonel, con un relampagueante impulso logró pescar de los cabellos al pequeño náufrago, cuando ya empezaba a fondearse. Y lo que pareció suceder en una eternidad, en realidad pasó en escasos crispantes segundos ahitos de gritos y sollozos.

Superado el manchari, que dejó las caras poshecas como velas, según apreciara después y a su modo el risueño tanganero, los chicos tomaron a la broma el incidente y alegraron con sus risas la suave brisa, juguetona acompañante que les mantuvo despeinados hasta desembocar en el río Pachitea.

Al rato de entrar a navegar este acogedor río, una preciosa mañana de verano, vieron con encanto cómo diversas variedades de loros y guacamayos se turnaban para cundir con algazara un socavado y húmedo barranco.

—¿Que hacen mamá? —preguntó Zoilita.

—Deben estar comiendo gusanitos hijita.

—No señora —intervino uno de los tanganeros.

—¿No?

—Esos viciosos comen la greda.

—¿Comen tierra? —se asombró Oscar, recordando la vez que su madre le diera una cueriza por saborear el polvo humedecido por la garúa, seducido por su olor. Un enfermero diría que le faltaba fierro en su sangre, y desde entonces su abuelo Fidel metería un hacha vieja en la chicha que la abuela María Nicanora no dejaba que faltase.

—Sí niño —confirmó el timonel.

—¿Y cómo se llama este lugarcito? No recuerdo haberlo visto a la ida —se interesó Zoila Jesús.

—Le dicen Guacamayo, doñita; justamente por esos que están comiendo ahí —Indicó con la mirada y la barbilla, el mismo boga.

—¡Claro pues! —asintió divertida ella, y cerró los ojos para presentir la corriente vibrando bajo la balsa y no pensar en otra cosa que no estuviese en armonía con el canto de aquellas aves.

Una a una las quebradas Santa Isabel, Wembo, Dantas, Yanayaquillo, Yanayacu, Jergón, Plátano Isla, fueron quedando atrás, y por cierto, la desembocadura del ya mentado río Llullapichis, por donde algunos osados exploradores ya se adentraban en busca de zonas auríferas.

Cierta tarde, al ir declinando el sol casi chamuscando las copas de los grandes árboles y visto desde el ángulo visual de los cansados balseros, el fundo "Puerto Lira" con sus ondulados pastizales y su puerto congestionado de canoas, apareció al fin ante los ojos de Zoila Jesús, que ya se sentía desfallecer.

"Al fin mi querido hogar, Dios mío", musitó enternecida y a punto de quebrantarse empañada de lágrimas.

La chola Vicentina, que se hallaba lavando unos ralladores de yuca en una de aquellas canoas, dio tal respingo al verles, que por poco vira el inestable bajel y cae al agua. Seguidamente saltó a tierra alborozada, y haciendo una alharaca de gallina ponedora, comenzó a llamar a sus amos que se encontraban dentro la casa patronal.

En un santiamén, cholos y peones se aglomeraron en el puerto con manifestaciones propias de la novelería, pero, eso sí, demostrando un auténtico regocijo por el regreso de la hija del patrón.

—¡Zoila, mi hija!

—¡Mamita!

—¡Díos mío! ¡Mis nietos!

—Están bien, mamá.

—¿Cómo han podido llegar?

—Eso ya no importa.

—¡Qué barbaridad! Pero tienes razón, mi hija; ya están aquí sanos y salvos por la gracia de Dios.

Las dos mujeres se abrazaron muy conmovidas con lágrimas en los ojos, extremadamente afectadas por el reencuentro. Hacia el Este, una extraña sobreposición de nubes blanquísimas, lilas, grises y anaranjadas, sobre un fondo azul, detuvieron sus miradas largo rato.

—¡Hija! —sonó a su espalda la bronca voz de su padre.

—¡Papá!

También se abrazaron con emoción.

—Abuelo! ¡Abuelo! -se elevaron las tiernas voces de los nietos celebrando el reencuentro.

Al escuchar el cantarín barullo de los niños que ya se abalanzaban hacia ellos en una competencia afectiva muy conmovedora, el espíritu siempre osco y violento de su padre pareció quebrantarse de emoción, al punto que al levantar en vilo a su engreído Hermelito, sus ojos se glasearon contra la luz del ocaso.

La algarabía era tremenda. Los campas hablaban atropelladamente en su propia lengua con sus paisanas, Adela y Aurora, que no escatimaban exageraciones para referir las experiencias vividas.

Los peones por su parte, reían y fumaban sus fuertes siricaipis, haciendo la corte al buen ánimo del patrón, que vuelto a sentirse un legítimo abuelo, veía satisfecho cómo sus nietos corrían por el pastizal rodeados de los niños nativos.

Zoila Jesús abrazó otra vez a su madre, y enlazada a ella con este gesto de amor y mutua protección, se encaminó a la casa patronal, por cierto no tan espaciosa como la de “Bello Horizonte”, pero que en sus propios detalles, marcaba también características acogedoras.

Aquella noche, mientras degustaba compulsivamente de toda la variedad culinaria que repletaba la larga mesa, explicó a sus padres, sin medias tintas, las razones de su retorno.

Sus hijos, vueltos a las sabrosuras servidas a su disposición, se atragantaban golosos con los chicharrones “huira huira”, los panes caseros, los maduros fritos, el queso, la mantequilla, la leche, y una aplanada porción de crocante concolón que Hermelito pugnaba por adueñarse. Comían como consolados deudos de estómagos vacíos, con un hambre de huelguista en su segundo día de ayuno.

Cuando refirió la caída al agua de su menor hijo, allá en los rápidos del Chuchurras y la afortunada acción de la chola Aurora salvándole la vida, su padre, el viejo

cauchero puesto en latencia para encubrir con una película de tolerancia su verdadero Yo, despertó a sus tormentosas violencias, y a diferencia de María Nicanora que elevó sus gratitudes al Altísimo, enfiló sus terribles maldiciones contra el yerno pusilámine, que según su implacable e intransigente análisis, había aguardado poner distancia de por medio para vengarse de él, a través de los vejámenes ocasionados a su hija.

—Si se aparece por aquí ese mal nacido, juro que lo mato —sentenció con acento torvo y siniestro. Seguidamente, salió al porche a sentarse en su mecedora de siempre, y tensado aún de vengativo coraje, se puso a regurgitar las eméticas molestias de sus bulimias espirituales, sin percatarse de los juguetones balbuceos de algunas luciérnagas perdidas en la noche de los murciélagos.

Río abajo, la colonia extranjera de su declarado enemigo Tomenotti, en Puerto Leguía, al igual que aquella otra de un poco más abajo, conocida como "La Precursora", seguían siendo esperanzadores lugares de destino de colonos extranjeros llegados por la ruta Lima -Tambo de Sol, con la ayuda solícita del gobierno, que inclusive les proporcionaba pasajes. Y aunque no tenía nada contra estos, el recuerdo de que peruanos como él tuviesen que someterse a la autoridad colonial, contribuyó a recalentarle aún más la saliva.

XXIII

Mercedes del Águila Alegría, tan luego nació su hijo Francisco, empezó a derivar sus planes hacia una estadía prolongada en La Pedrera, dejando un poco de lado la promesa hecha a su marido, al iniciar su relación, de partir juntos a las zonas de pesca de Ester Muyuna. Fatalmente para ella, un plan funciona bien mientras no colisiona con el de los demás, y el hecho vergonzante de que Antonio embarazara a una de sus alumnas, aún menor de edad, le hizo sentirse obligada a volver con presteza a su primera promesa, aunque amagó todavía reticencias altivas, corriendo traslado de gran parte de la culpa a la familia Lima, de donde provenía "la huambra esa", como despectivamente la aludía.

Ciertamente la cimbreante muchacha, con ese cuerpo templado y bien proporcionado, pudo haber tentado a cualquier desprevenido, pero Antonio sabía lo que estaba haciendo cuando lo hizo, y ni aún la desenvoltura de adulta que la burbujeante adolescente ventilaba en sus modales, podía atenuar su culpabilidad. Así que sus aspavientos en contra de la muchacha no dejaron de ser simples cortinas de humo para mostrar apaciguada la rendición de cuentas que demandaría al interior de la intimidad hogareña, y sofrenar el consecuente desprestgio devenido de tamaña felonía a los del pueblo.

Con sus tempranos catorce años a medio andar, Filomena Lima se había afanado por cuidar a Francisco, el hijo recién nacido de su maestra, demostrando una refrescante sensibilidad para con los niños que los vecinos resumían en la siguiente aseveración: "bien huahuera es". Aparte que era una alumna muy comedida y mimosa, fue este rasgo de niñera el que terminó por convencer a Mercedes de que contar con ella en casa tenía sus ventajas. Pero desgraciadamente, fue así en parte.

Sin mayores remordimientos, y ni por lo menos una pisca de moralidad disuasiva para temer trnasgredir el límite de lo prohibido, "machote" acondicionó astutamente el momento del pillaje, para terminar distorsionando con ventajismo de sátiro la precocidad de la niña "agrandada". Sin duda, el cuerpo de la adolescente ya estaba preparado para aguantar tamaño asalto, pero su mente y su alma, sufrieron los desgarros existenciales más traumáticos que su candidez le impidió imaginar mientras era inducida al temprano descubrimientos de sus zonas erógenas.

Increíblemente, el bien planeado atraco se gestó y ejecutó durante el primer mes de nacido el pequeño Francisco, y recién Mercedes se enteró cuando la madre de su alumna vino a denunciar el abuso en la propia escuela. Para entonces los síntomas del embarazo eran ya inocultables.

Pronto la incipiente barriga dio pie a las murmuraciones insidiosas y deletéreas, que inexorablemente fueron acondicionando resbaladores para inquisiciones rodando hacia el escándalo, y Filomena Lima tuvo que asumir, a su temprana edad, las sombrías consecuencias de su "mal paso".

Atemorizada, desorientada, y con sentimientos de culpa que la aplastaban de vergüenza, se resignó a abandonar la escuela y confinarse en la chacra de sus padres, no sin antes transitar frente a la tacha y la burla de sus condiscípulos, al menosprecio de su maestra, la maledicencia de los vecinos, y la dureza silente de

sus resentidos progenitores. Y en tanto ella caía abatida tras su corto vuelo, el brutal engañador seguía sus aislados recorridos por montes y tahuampas, ajeno a la más mísera piedad por la víctima de su perverso proceder. Y es que conciencia de la transgresión, no la tenía. En este aspecto era poco menos que un primitivo.

Para evitar complicaciones legales y reacciones animadversivas de la comunidad que reeditara lo que le pasara en Agua Blanca, donde prácticamente la obligaron a abandonar el pueblo, Mercedes echó mano de todas sus argucias y refinadas manipulaciones para revertir el problema a manos de la familia Lima, grupo carente de buenas relaciones, de dinero y acreencias de favores hechos, a diferencia de ella que sí contaba con todas estas prerrogativas a su favor.

De todas maneras, sus poderosos amigos le sugirieron de manera admonitoria que mantuviera a su marido alejado por un buen tiempo de la Pedrera, hasta que "las aguas se calmaran", y que fuera sopesando la alternativa de abandonar prudentemente el pueblo.

Como hembra dominante, a modo de una loba "alfa" con un elevado sentido de mando y supremacía, la velada exigencia le acantonó a fueros defensivos a favor de su pareja, y se dijo con rebelde talante que ciertamente se marcharía, como que ya lo tenía pensado, pero cuando a ella le viniera en gana. Así que ni avisó a Antonio para que se abstuviera de regresar, ni se echó a lamentarse con afanes disculpatorios. Muy por el contrario, se dedicó a conspirar como víctima ofendida contra la familia Lima, trasladando los vahos culposos con tortuosa habilidad. La idiosincracia permisiva de la comunidad, también haría su parte a favor de la "comprensión" que el problema merecía.

El 26 de junio de 1,927 nació por fin el hijo de la adolescente, y sus parientes coincidieron en llamarle Oscar, en memoria de un querido ancestro brasilero de la línea materna, desairando de paso la petición escrita de "machote" para que le inscribieran con su nombre, que dicho sea de paso, pareció un tremendo descaro.

Para entonces, Mercedes había iniciado un nuevo proceso gravídico, y con el pretexto de una delicada gestación, prorrogó su partida hasta el año siguiente, en el que por inverosímil que parezca, fue agasajada, e inclusive llorada, en la hora de la despedida.

Este segundo hijo fue llamado Júber Anselmo, en honor del abuelo materno.

Era uno de esos niños que llegan portando la mejor genética de sus antepasados, que parecía haber sido sacado de una pintura al oleo, llamativamente grande frente a los demás niños de su edad, con ojos amarillos, casi anaranjados, que algunos simplones solían comparar con los de los paiches que su padre pescaba, con un cabello abundante y rojiso que las cholas lavaban con raiz de sinchi pichana para consevarlo lustroso, y poseedor de un carácter juguetón y cariñoso que le ganaba el afecto inmediato de los que entraban a su inocente espacio. La piel trigueña heredada de ella, resaltaba los atributos descritos.

Cuántas veces recordaría a lo largo de los años, con una pena guardada sólo para ella, a este hijo querido llamado a morírsele tempranamente.

Enternecida entre sonrisas y lágrimas, acostumbraría rememorarlo, desde sus llantos nocturnos a causa de la infección del ombligo que don Elisbán Cabrera curara con "cebo de Holanda" y doña Brígida Flores con ceso de vaca, hasta los últimos momentos en que una fatal broncopulmonía le arrancaría de su lado por voluntad de Dios.

Por esos tiempos, en el Ucayali se gestó un inusitado movimiento migratorio debido a la instalación definitiva del telégrafo en Masisea y Requena y a la novedosa presencia de la aviación, cuyos aparatos empezaron a ser avistados con asombro incrédulo, tan pronto tramontaran la cordillera andina dando el salto histórico a la selva.

Las espectativas de desarrollo, después de la devastadora caída del caucho el año de 1,915 y la crítica situación dejada por la fallida revolución cervantista de 1,921 sofocada por fuerzas del gobierno a sangre y fuego en el Ucayali, volvían poco a poco a sustentarse en acontecimientos concretos.

En el mes de setiembre de 1,928 se creó el distrito de Alto Ucayali con su capital Atalaya, convirtiéndose esta zona Sur en un corredor de acceso bastante concurrido hacia el extenso Loreto, vía los ríos Tambo y Urubamba, tan igual como sucediera durante el siglo pasado en la zona Norte, por la cuenca del Marañón, entre cuyos inmigrantes llegados al acogedor pueblo de Nauta procedentes del Ecuador, se hallaba el tronco ascendiente materno de Antonio Marino López, el insuperable fisga de Ester Muyuna y Espinal, el llamado "machote".

Pucallpa era entonces un pueblo demográficamente fluctuante, que ese año apenas si alcanzaba el millar de vivientes. Sin embargo, su prestigio a la vanguardia de los esfuerzos educativos desplegados en la región, iba remontando sistemáticamente los niveles alcanzados por la bien mentada Requena, al punto de convertirse en un verdadero eje gravitacional para la niñez y juventud estudiosa del Ucayali a la llegada de las religiosas franciscanas del niño Jesús desde Italia, quienes desde febrero de 1,929 se avocarían de lleno, con la abnegación y diligencia propias de su Orden, a gestar toda una modernización del sistema educativo pucallpino.

La labor de Sor Querubina de San Pedro, Sor Ambrosina de San Francisco, Sor Georgina de San Orestes y Sor Annetta de Jesús, detonó sin duda un desplazamiento importante de migrantes hacia Pucallpa desde otros centros poblados de la cuenca ucayalina, e inclusive, de diversos lugares del Perú y del mundo.

La instalación del puesto de la Guardia Civil y la reiniciación del acertado proyecto ferrocarrilero Tambo de Sol – Pucallpa, empolvado más de una década en el olvido, también contribuyeron sustantivamente en este fenómeno demográfico.

Durante su estancia en Ester Muyuna, las actividades de la familia Marino del Águila se centraron, por el lado de Mercedes, en la docencia y la administración de los bienes agropecuarios, y por el lado de Antonio, en tres actividades llamadas a marcar su manera de vivir de ahí para adelante: la fisga, la venta de leña para los vapores, y la exploración de zonas madereras en los tributarios del río Aguaytía.

Unos cuantos años después, se trasladarían un poco más al Sur, a un incipiente caserío llamado Espinal -nombre al parecer derivado del apellido del capitán de fragata, Enrique Espinar, pionero de la navegación comercial en el Ucayali, quien por Resolución del Comisionado Especial de Loreto, del 27 de noviembre de 1,899, fuera nombrado Perito Oficial de Terrenos de Montaña, para este departamento-, debido a que la ganadería que habían iniciado en dicho lugar, con tan sólo unas cuantas cabezas, había fructificado providencialmente, y porque las tierras allí prometían más que las de Ester Muyuna. Obviamente también, por la hostilización aprista al declarado sanchecerrismo de "machote", que en el proceso electoral de 1,931 y en los desórdenes promovidos por miembros del APRA el año 1,934, pusiera en riesgo su vida y la de los suyos. Los más allegados a él, sabían que su simpatía por el acholado presidente no tenía que ver con su adopción por la oligarquía dominante, sino con sus planteamientos doctrinarios, muy afines al del facismo italiano.

A modo de complementar esta nueva actividad con aquella que Mercedes sabía hacer a gusto, cual era la docencia, movilizaron influencias para crear en el nuevo caserío una escuela, que obviamente estuviera a cargo de ella. Un paso previo, por cierto, para acariciar la posibilidad de que algún día llegase a enseñar en Pucallpa, donde las maestras Irene Bardales y Elvira ríos —a quienes conocían muy bien—, desarrollaban ya una encomiable labor de docencia.

Alentado por la consolidación de su economía en la nueva tierra, con la ayuda de sus medios hermanos, Luciano y Gabino -que habían heredado con bastante fidelidad el "olfato" negociador de su padre-, Antonio empezó a incursionar en el Juantía —llamado Fantía en el modismo lugareño—, convencido al fin de que sólo en la explotación de madera podía estar garantizada una inversión. Tal vez el único problema era que todo el Aguaytía estaba aún plagado de feroces cashibos cacataibos.

En cierta ocasión, casi al final del verano del año 1,929 cuando aún no habían salido de Ester Muyuna, navegando con su gente en tres canoas por dichas aguas, avistaron cruzando la boca de la quebrada una balsa que sigilosamente bajaba con una nutrida familia cashibo, que a diferencia de otros ocasionales encuentros, en los que sus paisanos se mostraban siempre al acecho, iban conversando confiadamente. Pero apenas se percataron de la presencia de sus potenciales captores, que asomaban ya a río abierto con evidentes muestras de echarles el guante, amagaron defenderse disparando sus largas y erráticas flechas sin plumas direccionales, que con la incomodidad adicional de sus grandes arcos que para cimbrarlos requerían inclusive sujetarse por un extremo con el pie, pero sin lograr desanimarlos ni representar un peligro para su seguridad.

Trataron de maniobrar frenéticamente a fin de escabullirse acoderándose entre los arbustos de la orilla, pero sin alcanzar a ser lo suficientemente precisos para sacar alguna ventaja.

La tarde estaba avanzada.

—¡No les disparen! —ordenó "machote".

—Al aire patrón, para que se asusten —sugirió un peón.

—A ver —consintió.

Cuatro fornidos guerreros lograron saltar a tierra y ayudaron a hacer lo propio a dos jóvenes mujeres con sendas criaturas sobre el pecho, antes de perderse por la floresta perseguidos por los disparos hechos para amedrentarlos.

En la premura de la fuga, la última mujer en saltar pisó en falso, dejando la balsa a merced de la corriente y a dos mujeres junto a dos muchachos, sin opción a ganar la orilla. Los infelices se tiraron al agua en un desesperado intento de escapar, pero fueron atrapados como indefensos ronsocos de teta.

La mujer mayor era robusta y parecía sufrir de sordera; la más joven era flaca y huesuda con cara de maquisapa, y los dos muchachos por su parte se veían sanos y vivarachos.

—Tú, te vas a llamar Ayda —le dijo "machote" a la mayor—. Tú, Lucinda -le hizo saber a la otra, a través del traductor. Se guardó de hacer lo mismo con los dos muchachos, pero pensó que, Huáscar y Atahualpa, eran dos nombres adecuados.

Después de asegurar a los cautivos en el centro de las canoas, los hombres se pusieron a bogar hacia el Ucayali, esperando resignados a que el patrón decidiera donde pernoctar. Había estrellas y el lomo de las playas era fácil de distinguir.

Un mateador que iba cerca de la chola Ayda notó que esta se había agenciado subrepticiamente de un mazo de madera usado para majar barbasco y que se mantenía en una actitud acechante.

—¡Don Antonio! —llamó a su patrón, inyectándole un sonoro eco a su voz para que las demás canoas se acercaran.

—¿Qué pasa?

—Esta chola es peligrosa, don Antonio.

—Está asustada pues, hombre; vigílala bien nomás.

—Hay que amarrarla mejor —sugirió Luciano.

—Lo que necesita es una metida de huevo bien dada —planteó con abyecto desparpajo de esclavista, Dagoberto Masías, un recio mateador de armas tomar—. La samaqueamos bien y yá.

—No es mala idea, cholo; hace semanas que no remojamos —intervino Milciades Aguarico, el que hacía de popero en la canoa de "machote".

—No es para tanto —apaciguó Gavino, que parecía controlar mejor sus instintos.

—Lo que me gusta de estas cholas es que tienen la pishura pelacha —se le escuchó decir al proero Celestino Rivas, apreciación que no sólo despertó la hilaridad del grupo, sino la lascivia. Bogaban con las canoas prácticamente lado a lado.

—Ya me comesonaron la arrechura, pendejos —ensayó un fingido reproche Luciano.

—No te hagas el huevón —le espetó "machote", que conocía su predilección por las nativas, con las que con el correr de los años llegaría a tener una nutrida prole sin su apellido.

—Hay que atracar en esa playa, hermano —rogó el aludido, salivando de ganas.

—Atraquen pues, pero no se pasen de la raya —consintió "machote" con pasmosa tranquilidad, como si lo que se iba a perpetrar ahí fuese algo usual, tan inimputable por la ley como por la conciencia.

Aunque no hubo necesidad de forcejear con la hosca indígena, los desinhibidos violadores se turnaron de dos en dos para consumar su fechoría. Una vejación común y repetitiva con las indias cautivas que no rompía ningún canon moral en el sentir de estas gentes, cuyas esposas inclusive preferían y hasta alentaban estos excesos, como una forma de cuidar que no se enredasen con blancas o con mozas, mujeres más peligrosas en un una eventual rivalidad por la retención del marido.

Al principio, en la sombreada faz de la víctima, asomó una especie de estupor, pero a pesar de aguantar la mancilla laxa como un pez agónico, el odio que chispeaba en sus pupilas no se apaciguó ni por un instante.

Alguno, no muy convencido de querer ser uno de los últimos, insinuó arrastrar también al arenal a la más joven, pero percatado de su flacura y su semejanza de clon con un mono araña, desistió de su intento, esbozando una mueca despectiva.

Saciada la rapiña, nuevamente las canoas se echaron a la corriente como si ahí no hubiese pasado nada, y ante la más fría indiferencia de las azules estrellas que tempranamente se habían encaramado al firmamento, las próstatas atestiguaron perjuras sobre almas en paz.

A principios del año de 1,930 en pleno dictado de clases, unos padres de familia que pasaban por el patio de la escuela, dieron aviso a la maestra Mercedes que don Antonio, su marido, acababa de atracar en el puerto, como solía hacerlo cada vez que regresaba del Juantía. Le dijeron que traía una tremenda balsa repleta de todo tipo de productos y de animales silvestres y de corral.

Inmediatamente salió rauda de la precaria aula y se dirigió con paso alegre hacia el puerto.

—¡Maestra! ¡Maestra! —llamó a su espalda una madre de familia asezada por el esfuerzo de alcanzarle. Su indignación era tan evidente que se detuvo sin dilación.

—¿Sí?

—Su sobrino acaba de hacer una malcriadez con mi hija -acusó con urticante énfasis.

—¿Cuál de esos dos zamarros? —quiso saber teniendo en mente que Augusta Alegría, la media hermana de su marido, tenía a sus dos hijos en la escuela.

—El Mañuco doña Mishita.

—¿Recién nomás?

—Ahorita que usted ha salido. Como yo vivo al frente, mi hijita ha corrido a acusarme.

—Me las va a pagar ese diablo de muchacho.

—Muy terrible es doña Mishita.

—¿Pero qué pues ha hecho?

—Le ha derribado en el emponado a mi hijita y dice que le ha querido bajar su calzón ahí delante de todos.

—¡Virgen María!

—Ese muchacho va a terminar mal si sigue así de atrevido.

—Yo me encargo; no se preocupe —aseveró acariciando su terrible látigo de cuero de vaca marina—. Dígales a Soplín y a Váscones que me agarren a ese sinvergüenza antes que se esconda —ordenó iracunda.

Y mientras volvía sobre sus pasos para hacer justicia a la madre agraviada, un bullicioso grupo de curiosos la rebasó rumbo al puerto, a novelear con la llegada de la balsa.

Cuando "machote" se encaramó en el barranco dando órdenes a sus cholos para que descargasen, la gente le saludaba con afecto y algunos hasta con reverencia. Y es que aún era considerado como un fisga, y cualquiera no lo era. Se decía que eran hombres que conocían los secretos de las cochas, que habían dominado a la yacumama y que el shapshico acostumbraba mirarles con encanto cuando silenciosamente en sus canoas y con el arpón al que debían el apelativo, presto sobre las rodillas, seguían la espuma del paiche. No le temían a la soledad de los bosques cuando el chullachaqui ordenaba silencio, ni a las turbulencias del yacuruna cuando vedaba la pesca, pues sabían interpretar y obedecer los mandatos de la naturaleza, sin mediar presiones como la de la Resolución Suprema que ese 7 de enero prohibía la captura del paiche en todos los ríos de Loreto, los meses de octubre y diciembre, así como la extracción de huevos y crías de tortuga en toda época del año.

Su fuerte humor a monte y a escama, significaba para la gente que estaban "curados" para no soliviantar las fuerzas mágicas que recorrían la selva y ganar los favores de los seres invisibles que la gobernaban.

Ese era "machote" a los ojos superticiosos de los que le conocían de cerca, y por supuesto, uno de los vecinos de mejor estamento.

Aquella noche, harto de buena comida luego del festín de bienvenida y exprimido hasta la somnolencia tras la ración de esperma prodigada a su mujer, comenzó a hilvanar una larga confesión de planes acomodados, según su lógica, a los nuevos tiempos, mientras Mercedes reposaba a su lado con la vista fija en algunas caquitas

secas de ratón que se notaba a trasluz sobre el mosquitero. El lamparín flameaba engatusando ilusiones móviles en las cosas que ocupaban la alcoba, y el urcututo dejaba escuchar sus lamentos desde la rama de algún árbol aledaño, acaso harto de desmesurar los ojos buscando un sachacuy.

—Creo que es tiempo de dejar definitivamente la fisga. Ya hemos logrado matear buenas zonas maderables en el Fantía y creo que ahí está la plata.

—¿Ya no hay paiches?

—Se van y no sé a dónde. Me estoy volviendo un poco lerdo para seguirles.

—Es un don, seguro; pero no creo que lo hayas perdido. A lo mejor te hace falta ya una "cura" con vegetal... Pero también pues, están surgiendo otras actividades y reubicarse en ellas también obliga a ir dejando atrás algunas cosas. Está bien lo que piensas.

—Por eso voy a pasarme a Iquitos para ver si logro que alguien me habilite para entrar de lleno a la madera.

—¿Pasarte? ¿De dónde ya? —preguntó inquisitiva Mercedes, captando el desliz expresivo de su marido y alertada por su aguda suspicacia.

—Este...

—¿Este qué? —inquirió imperativa.

—Pensaba detenerme, digo, un par de días en La Pedrera... ¡Perdón! En Yucuruchi —balbuceó un tanto inseguro.

—Lo que pasa es que estás queriendo ver a la Filomena y a la Inés, ¿dí?

—Quería ver a Oscar y a Julia Victoria; al fin y al cabo son también mis hijos —alegó con cierto dejo de tristeza y tras cavilar unos largos y pesados segundos.

—Yo iré contigo.

—¿Qué?

—Viajaré también.

—No estás acostumbrada a bajar en balsa.

—¡Tonterías!

—¿Y la escuela?

—No me vengas con pretextos; dije que te acompañaré y así será. Además en Iquitos mi familia puede ayudarnos para habilitarte, como ya te dije tantas veces.

—¿Y los chicos? Bueno, Panchín ya sabe defenderse, es un machito, sin duda; pero Anselmo todavía está para tenerle cuidado. Tú sabes lo penoso del viaje en balsa.

—Llevaremos dos cholas para que ayuden.

—Bueno, bueno..., si quieres ir... —cedió resignado Antonio.

—¡Por supuesto que quiero! —exclamó Mercedes, repleta de carácter y muy decidida.

El río había empezado a inundar los bajeales frente al caserío, y algunas ramas sobresaliendo de las turbulentas correntadas se cimbraban como frágiles perchas donde algunas aves pescadoras escudriñaban la superficie al acecho de escamas destellantes, de aletas zigzagueantes. La visión era todavía borrosa por la densa neblina. Más arriba, mimetizados en los frondosos doseles del bosque, aves de otras costumbres se acicalaban el plumaje, ajenas al paso de la balsa, que aprovechando ese sombrío amanecer, se deslizaba parsimoniosa tras su larga ruta hacia el Amazonas. Un olor a barrizal trascendía de los barrancos.

La amplia embarcación tenía en el centro un esponjado pamacari que permitía sombrearse y retozar con comodidad y precisamente ahí, iban acomodados las mujeres y los niños. Un peón iba enhiesto aferrado al timón de tiro y adelante en proa, "machote" guiaba con indicaciones aburridas pero certeras, el curso a seguir. Parecía mentira, pero las balsas de trozas bajaban más rápido que las de topa.

Con el paso de las horas, el viaje se tornó monótono con tanto verde, tanta agua, y tanto cielo, que los chicos, consumidos de impaciencia, empezaron a hacer sentir su presencia, esmerados en ser estorbos. Arrancaban a llorar por cuestiones nimias y exigían antojos imposibles de satisfacer, de manera estridente. El timonel, acalorado en su exposición al sol, muchas veces tendría que sofrenar impulsos homicidas de votarlos al agua. Esa noche hubo luna y estrellas.

—¿Seguimos patrón?

—Un poco más —repuso "machote" tendiéndose relajado bajo el pamacari a hacer crujir el espinazo—. Mantente al centro nomás. Si no llegamos a Contamana, a Tumbes tiene que ser de todas maneras —indicó perezosamente.

—Si patrón —asintió el peón, apuntando de pronto hacia la orilla donde un lagarto se alistaba a zambullirse.

—Eso es lo que le gusta cazar, aparte de sapos, a ese cabrón de Juan Bieluvocic. Dicen que el gobierno está por darle concesión para dedicarse a esto por diez años, y por el diez por ciento de las utilidades —comentó "machote"

—¿Y qué utilidad ya pues pueden dar estos animales? —preguntó despectivamente Mercedes.

—Del lagarto sirve su rabo para comer asado, por lo menos; pero el sapo... —dio su parecer el peón.

—Del lagarto venden su cuero o lo disecan para adorno. Al sapo, ¡qué cojudeza no le harán! —aventuró "machote" haciendo notar con un estirado bostezo que se despreocupaba del asunto.

La brisa y el rumor de las aguas coparon los oídos. Había ganas de ignorar la existencia misma.

—¿En qué tanto piensas? —se dejó escuchar de pronto la voz de Mercedes, cuyos ojos brillaban en la penumbra.

No obtuvo respuesta.

—En tus hijos, ¿verdad? —volvió a preguntar, celando hasta las evasiones mentales de su marido. Sin duda, confianza no le tenía, por un millar más uno de razones.

—Creo que sí —asintió Antonio, luego de pensar su respuesta todo el tiempo del mundo.

—¡Cómo que creo que sí! —se puso intemperante, Mercedes.

—Pienso en muchas cosas; no seas fisgona, mujer.

—En qué más puedes pensar tú pues, si no son en mujeres, ¡sinvergüenza!

—En vez de estar hablando como una cotorra, espántame mejor estos zancudos de la oreja y ráscame en el centro de los homóplatos, que ahí mis manos ya no llegan —alegó.

—Pesado; ¿cómo a otros sitios sI llegas rapidito?

—¿Nos quedamos a dormir en este caserío, patrón? —preguntó el peón desde su penumbra.

—Sí, ya está bueno por hoy. Mañana avanzaremos un poco más.

—¿Aquí no vive pues el Hermenegildo? —preguntó Mercedes, reconociendo el caserío que su marido había escogido.

—Sí.

Se acercaron con habilidad a la orilla donde la luz de la luna permitía distinguir unas canoas amarradas, y "machote", con soga en mano, saltó a tierra firme asegurando la balsa a un tacarpo clavado en el barro.

—Hay que subir, Antonio.

—Adelanta tú con los muchachos y las cholas.

—¿Y tú?

—Que vaya también Rosendo primero, que coma bien, y cuando él regresa, ya me voy yo. Porque alguien tiene que quedarse a dormir aquí.

—Eso pues también. Aunque los piratas del río todavía están más abajo, por el Puynahua.

—Anda nomás. Dile al Hermenegildo que nos acondicione un sitio para pasar la noche.

—Voy a llevar una gallina para hacer una buena sopa. No vaya a fastidiarse así la

comadre.

—Llévale un poco de carne ahumada y fariña también.

—Sí.

Cuando todos se fueron, "machote" se echó bajo las estrellas y se puso a mordisquear un troncho de la misma carne separada para su compadre, que con pequeños bocados de fariña conformaba un bolo alimenticio de agradable sabor. Al menos a él le gustaba y sus muelas aún estaban lo suficientemente bien conformadas, hasta para triturar semillas de pijuayo.

Al poco rato, inevitablemente su mente empezó a enredarse con el fresco recuerdo de su último coito con una brashica de edad madura que conoció en el caserío Naranjal, en el Aguaytía, y tuvo necesidad de encender un siricaipi para espantar un poco la persistencia de aquella sensación de inferioridad y desventaja que le asaltó al allegarse a aquella zorra.

... Estaban celebrando el cumpleaños de su amigo Calixto Seijas a ritmo de guitarra, cajón, y un par de cucharas, cuando se apareció aquella explosiva mulata, que resultó ser un pariente de la esposa de su amigo, llegada de Mazaray, lugar con fuerte migración brasilera.

No necesitó afanarla mucho. Entre trago y bordoneo, pronto la tuvo enganchada para encontrarse tras la huerta, donde pudo comprobar que había pescado una hembra recorrida y tortuosa, una puta furiosa, o como él mismo diría después, "una cachera sin tregua".

"¡Mete..., mete concha tu madre!" Recordó sus gimoteos aguerridos moviéndose convulsiva. "¡Muévete hijo de puta! ¡Así, así..., vamos, cacha rico..., así!", le apremiaba como una demonia, hurgando con sus garras de arpía por donde le dictaba su locura.

No supo por qué, pero aquellos insultos, aquellos manoseos fuera de lugar, aquella incitación malsana, le excitaron hasta expirementar una extraña forma de paraplejia, habiendo dejado por primera vez que una mujer se satisfaciera imponiendo su propio ritmo.

Cuando se movía era tán violenta, que su pene sonaba como una articulación dislocándose.

Al lograr acostarla al fin sobre unas hojas secas de plátano para poder protagonizar mejor un rol dominante, prendió un cerillo a fin de espantar alguna peligrosa alimaña que pudiera estar escondida en la hojarasca, y se encontró con un "jugoso tomate partido" entre las macizas piernas de la mañosa mulata.

"Tienes el picho caliente, negra", le susurró al oído, envalentonado con la nueva pose.

"No hables maldito y cáchame rico". "¡Muévete hijo de puta!"...

La noche se tragó todos sus demás desmanes, dejando en vilo cualquier suposición

sobre sus impulsos arácnidos...

—¡Ya don Antonio! —sonó una voz bajando por el barranco.

—¡Qué! —se irguió sobresaltado— Te escuché clarito, "ya don demonio", pendejo.

—Je, je, je…Ya comí, don Antonio; puede subir que yo ya me quedo aquí —indicó el peón, con esa especial solicitud que trasciende de los estómagos satisfechos.

—¡Ah, Rosendo!... ¡Pucha carajo, me has asustado, hombre! Creo que estoy medio sonámbulo —amonestó a trompicones, volviendo a la realidad.

—Perdone patrón.

—¡Ya, no hay problema! Estaba pensando huevadas.

—Vaya ya patrón, que la sopa se enfría y doña Mishita le está esperando.

—Bueno Rosendo, cuida bien la balsa y apenas amanezca nos mandamos cambiar otra vez.

Al día siguiente, decidieron transbordarse a una lancha que les iba rebasando a una vuelta de haber dejado el caserío del tal compadre Hermenegildo, muy cerca de la boca de la quebrada Roaboya, debido a que la resolana empezaba a afectar al pequeño Anselmo y todos se iban poniendo intemperantes con la tediosa y frustrante lentitud de la navegación al garete. Pronto la balsa se quedó atrás, abandonada en el horizonte ribereño, echada a la suerte de la corriente.

Rosendo, el peón, se desembarcó en Contamana con la consigna de regresar a Espinal por cualquier medio, si tenía suerte, en lancha, y las dos cholas, venciendo su perplejidad y sus naturales temores de estar encima de una máquina, tuvieron que subirse nuevamente al navío acompañando a sus amos para continuar la larga travesía.

Para alivio de Mercedes, la lancha se detuvo por poco tiempo en La Pedrera y Antonio no tuvo oportunidad de buscar a Oscar, el hijo que tuviera en la adolescente Filomena Lima. Parecía tenerle pánico a la posibilidad de quedarse sola, no porque la falta de un marido la hiciera sentir desolada, sino por la opinión zahiriente que los demás pudieran tener por su abandono. Así que se tornaba obsesiva en el resguardo de su estructura familiar cada vez que la malicia le hacía suponer una amenaza.

En Yucuruchi en cambio, Antonio impuso su decisión de guardarse allí un día por lo menos, sopretexto de que hacia buen tiempo que no veía a su madre, aunque en su fuero interno, deseaba ver a Julia Victoria, su primogénita, a la que no veía también el mismo tiempo. Si bien Inés Gil, Rojas, la mamá de la pequeña, se hallaba en el pueblo, su condición de mujer casada con un sastre de apellido Alvan, le cayó de alivio a Mercedes, que al darse con la sorpresa de que doña Enriqueta López Pinto, madre de Antonio, se hallaba a cargo de la pequeña, asumió con sorprendente espontaneidad y mejor predisposición, un papel de madre sustituta, abierta, cariñosa y tolerante, actitud que complació sobremanera a su suegra.

—¡Que milagro hijo! —exclamó doña Enriqueta, al ver aparecer a Antonio.

—Me da mucho gusto verte mamá; tanto tiempo sin venir...

—Te estás volviendo ingrato con tu madre, ¿no?

—No, eso no, de ninguna manera. Ahora ando metido en el monte y no tengo tiempo ya para venir más seguido, mamá.

—¿Qué haces?

—La madera.

—¡Ah, qué bueno!

—¿Y mis hermanos dónde están? —preguntó refiriéndose a sus medios hermanos, Haya López.

—Mercedes anda por ahí cuidando a Sarita; los demás se fueron con su padre a Iquitos, pero ya deben llegar entre hoy y mañana.

—¿Y no nos podríamos llevar a Victoriita? —intervino de pronto Mercedes, produciendo un silencio estupefacto en su marido.

—¿Adónde? —se sobresaltó doña Enriqueta.

—Estamos bajando a Iquitos, mamá —aclaró atropelladamente "machote" frunciendo el entrecejo, obviamente sorprendido.

—¿Pero qué le diría a su madre? Siempre viene el fin de semana a llevarla; así que mañana la tendré aquí.

—Pero yo soy su padre y ella ya tiene marido —alegó "machote" moviéndose a modo de hacer tintinear imaginarias espuelas.

—No sé, hijo... ¿Cuándo parten?

—Queremos salir mañana temprano. Si no la llego a ver, le dices que le llevamos a pasear unos días.

—La lancha todavía va a pasar la próxima semana.

—Iremos avanzando ya, aunque sea en canoa, si es que por ahí no encontramos una buena balsa que nos quiera hacer bajar.

—¿Y cuándo estarían de regreso?

—Sólo vamos a buscar quién nos habilite para sacar la madera que he señalado en el Fantía, y a tomar fotos a los chicos. De ahí ya volvemos.

Ese fin de semana, Inés, la tímida madre de la pequeña Julia Victoria, se acercó a la casa de doña Enriqueta para llevarse a su hija, sintiendo ese inevitable temor que siempre le asaltaba cada vez que tenía que contactar con la familia Haya, cuyos miembros le parecían tan petulantes y excluyentes, como si de alguna parentela blasonada tuvieran ascendencia.

—¿Quién es? –inquirió con aspereza y fastidio esa voz que le enfriaba la piel, que le intimidaba.

—Soy yo, Inés, doñita; no quería molestar.

—Vuelve mañana.

—No pude venir temprano; disculpe.

—Está bien; no hay problema.

—¿Ya se ha dormido la bebé?

—Mañana hablaremos hija; pero ven temprano, pues.

—Hasta mañana entonces, doña Ketita —se despidió suavizando la voz sin proponérselo, sumisa como siempre.

No era la primera vez que doña Enriqueta le hacía aquello, así que se echó la culpa del impase por no haberse apurado en llegar más temprano, y dando media vuelta, se alejó de la casa. Sin embargo, esa cosa helada derritiéndose en un punto del alma, esa antena vibrátil bajo del esternón, esas contorsiones peristálticas en el vientre, le pusieron muy inquieta. "Hace un friecito", se dijo apurando el paso y abrigándose con su propio abrazo, como infinidad de veces lo hiciera en sus atónitas soledades.

Al día siguiente se levantó más temprano de lo acostumbrado, con un deseo irrefrenable de correr hacia la casa de doña Enriqueta. Sus sentimientos maternales le arañaban el pecho asuzándola a correr tras el contacto con su pequeña.

Había percibido el fastidio de Octavio, su marido, al mencionar con insistencia el nombre de su hija durante la noche insomne, y quedó un tanto desolada al concluir que su compañero sólo se sentiría padre de sus propios hijos. Por eso, apenas amarillear el sol por entre las culatas de las cumbas, se levantó con sigilo y aún con visibilidad de bruma, se perdió por el camino en pos de sus pasos de ayer.

—Pasa Inés, pasa; no te quedes ahí —le invitó doña Enriqueta muy solícita y con signos de haberla estado aguardando.

—Gracias doñita; buenos días.

—Entra hija, pasa —la apremió.

—¿Sigue dormidita mi hijita?

—Tenemos que hablar Inés.

—¿Qué ha pasado? —se alarmó negándose a sentarse.

—No es nada, mi hija; pero vamos, déjame explicarte —le rogó doña Enriqueta, haciendo un gesto a Noé, su marido, quien había arribado a tempranas horas del día anterior casi coincidiendo con la partida de Antonio, para que las dejara a solas—. Anteayer estuvo por aquí mi hijo Antonio; no sé si te llegaste a enterar.

—Nadie me ha dicho nada —respondió sorprendida y con la voz quebrada presintiendo ya inminentes golpes bajos.

—Me pidió que le dejara llevar a Vickita a pasear en Iquitos. No me pareció nada grave y accedí. Ayer temprano se han ido.

—¡No! ¿Pero por qué me ha hecho esto? ¿No ha podido hacerme avisar en ese momento? —le ganó un gemido.

—Cálmate muchacha.

—¡No! Nada les costó avisarme en un ratito.

Salió corriendo de aquella inhóspita casa embargada a lo sumo de un sentimiento de decepción, sintiéndose traicionada en su confianza y su buena fe, anegada por profuso llanto y pronunciando el nombre de su pequeña, a despecho de que ni el eco estuvo a la orden para repetir sus lastimeros llamados. Se daba cuenta que las desgracias se sufren a solas y entre pecho y espalda. Pero con todo, desbordada en su dolor e ilusa como toda sufriente, le pidió ayuda a su esposo, pero este se mantuvo taciturno, vuelto a lo suyo, acomodando paños de tela en una larga mesa para el reglaje de sus confecciones. En el fondo, a Inés le pareció como si se complaciera con el desenlace.

—¡Me la está robando Octavio! —trató de involucrar a su marido.

—Es su padre, mujer —sentenció este sin volverse a mirarla.

—¡No es su nada! —replicó rabiosa.

—Sí lo es.

—¿Acaso en todo este tiempo ha hecho algo por ella?

—Quizás no, pero su abuela sí se estuvo haciendo cargo, y eso no puedes negarlo —argumentó, con molicie el sastre.

—¿Por qué te pones contra mí?

—No es eso, mujer; veo las cosas como son.

—¡Ayúdame por favor, Octavio!

—¿Qué puedo hacer yo? ¿Ir a decir que soy el padrastro bueno?

—Hay que alcanzarles. Están bajando en balsa con los negros “chimba chimba”, y en una buena canoa les podemos alcanzar.

—Déjalos Inés; ellos no viven en Iquitos y de regreso seguro la volverán a dejar aquí; ya no te preocupes.

Sin escuchar más a su convenido marido, movida por una idea fija, entró rauda a su dormitorio, yendo directamente a coger un dinero guardado con celo precavido, para casos imprevistos, en una discreta mocahua primorosamente dibujada por

algún artesano shipibo. Luego se dirigió velozmente hacia el embarcadero, anclando el corazón a cada paso con lastre de lágrima, donde cuatro acerados remeros se pusieron a su disposición, para dar alcance a la balsa fugitiva, en una ágil canoa.

Casi llegando ya al peligroso tramo previo a la desembocadura donde el Ucayali se une al Marañón para formar el gran Amazonas, y después de una jornada sin tregua, lograron por fin avistar la balsa de "machote" bajando sin apremios con todo el día por delante.

La pequeña Julia Victoria se veía pucacha, por la resolana, y sus dorados risos parecían gestos de adioses compitiendo con las ansias de su madre por alcanzarla y con el redoblado esfuerzo de los bogas por sobrepasar la velocidad del río.

—¡Desgraciado! —gritó Inés, irguiéndose tambaleante cuando su canoa se pegó a la balsa.

—No puedes subir aquí —le espetó Antonio un tanto lívido.

—¡Devuélveme a mi hija, desalmado!

—¿De cuando acá te preocupas? ¿No es mi madre acaso la que le está criando?

—¡Qué sabes tú de eso, miserable!

—¿Qué sé yo?... Desde que te metiste con tu sastre, mi hija es un estorbo para ti; no te vengas a hacer la abnegada ahora. Toda la semana prácticamente pasa con mi madre, ¡carajo! Así que no me quieras cantar virtudes.

—¿Pero tú también, cuando has sido padre, maldito?

—Desde que la engendré.

—¡Cínico! Como si los afectos no contaran; como si la compañía no fuese importante; como si el sustento del padre no fuese una obligación; como si la traición... —se trabó, como si la lengua se le sentase en la faringe.

Sintió que su voz empezaba a apagársele, que hasta las fuerzas tónicas se le iban de los músculos de las piernas, y que toda la desolación de las abandonadas partía su corazón.

Con dedos de fierro, los bogas se mantenían sujetados a la balsa, muy concentrados en no dar señales de vida, como si fuesen genuinas estatuas de bronce lustrosas de sudor.

—¡Vete de una vez mujer y ya no me estés jodiendo aquí! —se mostró intransigente, "machote"—. ¡Dije, carajo, que mi hija se va a quedar conmigo, y tú ni nadie se la va a llevar! —amenazó con el índice acusador, alegando a su aire más bravucón.

—No me moveré de aquí; aunque sea llegaré hasta Iquitos para ir a la policía —advirtió ella, toda empacada.

—¡Una grán puta! ¿Qué te crees? ¿Que no puedo botarte ahorita mismo? —se revolvió iracundo el otrora cariñoso compañero.

—Espera Antonio; así no vas a llegar a ninguna parte —intercedió Mercedes, con voz impersonal.

—No te metas en esto Mishi, ¡por favor! —se acaloró aún más, "machote".

—Ella es su madre y hay que respetar lo que siente. Creo que hicimos mal en no avisarle. Hasta yo hubiese reaccionado así, si a mi única hija me la arrebatan sin decirme nada. Hay que entregarle nomás a Vickita y resarcirla del gasto que ha hecho para alcanzarnos. Ya las fotitos tendrán que esperar —insinuó aparentemente apesadumbrada.

—¡Bueno; ya está hecho pues! —replicó adusto el varón, un tanto sorprendido por la postura asumida por su mujer.

Inés empezó a desarmarse al escuchar las palabras de la "maestrita", como ella misma solía llamarla despectivamente, considerando que era la mujer por la que Antonio le había abandonado, y quiso resistir plantándose en su decisión de llevarse a su pequeña sin ayuda de condescendencias.

—Ni siquiera han podido ser un poco educados, por lo menos, para consultarme si podían, o no, traerla con ustedes —terminó diciendo con voz quejosa, diríase que hasta transigiendo con el acento persuasivo de Mercedes, que con sumo tacto no se dirigía a ella directamente.

—Dile que sólo la estamos llevando para tomarle unas fotos y ya de regreso la dejaremos en casa de tu mamá ¿Para qué te pones a pelear? Si no ya pues hay que respetar lo que decida ella —planteó en esos momentos, esmerándose en aparentar una actitud comprensiva y conciliadora.

—¿Qué dices Inés? —preguntó "machote"—. ¿Escuchaste?

—¿Cuándo estarán de regreso? —inquirió ella, enjugándose unas lágrimas con el hombro y metiendo mecánicamente las manos en el bolsillo de su arrugado delantal para hurgar nerviosamente tras las monedas sobrantes que le quedaron luego de contratar a los bogas.

—Pronto. Pensamos surcar en la lancha del correo.

Junto a las monedas, su mano cogió una tijera de la sastrería dejada ahí por olvido, y tras atragantarse con un nudo de dolor, se acercó decididamente a su niña, quien se había mantenido quietecita bajo el pamacari, para abrasarla y besarla con un astral sentimiento de amor. Le hizo agarrar un par de monedas apretándole las manitas, y en un impulso premonisor, le cortó un suave cachito de sus dorados rizos, que delicadamente atesoró en su seno.

—Mamita te estará esperando, mi hijita —le susurró haciéndose la fuerte, sabiéndose colgada de un imaginario hilo de araña; y volviendo el rostro hacia el ocaso, elevó una breve plegaria esperando que Dios la entendiera en el recuerdo de la pérdida de su unigénito.

La niña le miraba como miran los niños a aquellos que se pelean por quererlos sin preocuparse de hacerse querer.

A unos metros, Mercedes cavilaba sobre el desenlace final de aquella despedida. Por cierto, se decía a sí misma, aquella pequeña niña de casi cuatro años, de mirada asombrada y acaso más bonita que la que perdiera con Alencar, y que muy a su pesar le arañaba el espíritu, no regresaría en "La Libertad" -lancha cedida al correo luego de la revolución de Cervantes-, sino en la "Estefita" de Adolfo Morey, antiguo conocido suyo en Tierra Blanca, y directamente a Ester Muyuna. Debía cerrar los nudos del dogal para asegurar a su marido, física y afectivamente, junto a ella.

Inés pues, esperaría en vano la lancha del correo para volver a ver a su niña, en una espera larga que se prolongaría por cerca de cincuenta años, acaso más que por esperarla, por no tener el valor de buscarla, sujeta al compromiso y a los condicionamientos de su nuevo núcleo familiar: el de los Alván Gil.

Se consolaría engarzando en oro aquel cachito de cabello recortado en la despedida, haciéndose a la idea de que algo era real ahí con ella de su presencia imposible, sin saber por cierto, que alguna vez, en un lejanísimo día, aquel amado rizo pasaría a manos de una bisnieta llamada Ruth Kelly, con la tácita exhortación de venerar y respetar el recuerdo de los antiguos, de los abuelos, de los padres, y de separar con donaire cupo digno en una vejez que a todos aguarda, dejando tras de sí lazos y sentimientos hechos para seguir floreciendo y no para marchitarse.



XXIV

El lecho encajonado del río Pachitea, especialmente en época de creciente, permitía a algunos vapores de hasta seis pies de calado, remontar su curso hasta Puerto Leguía, a sólo riesgo de zozobrar en los rápidos de May Pablo. Por lo demás, los capitanes y patrones de lancha hacían una travesía descansada y sin mayores sobresaltos, asegurando un feliz arribo para los viajeros que se aventuraban por estas regiones, atraídos por la colonia extranjera radicada en dicho puerto. Sin embargo, a fines del año 1,926 la navegación a remo satisfacía aún con creces la necesidad de transporte de las humildes gentes que iban asentándose en sus orillas, no dejando de ser un fenómeno inusual y novedoso, ver las siluetas de estos modernos navíos "pushando" en medio del río contra la corriente.

Surcando al mando de dos canoas con proa hacia su fundo situado en la quebrada Sachavacal, Fidel Reátegui Valera, contrario a su costumbre, silbaba una tonada de moda con rostro jovial, sintiéndose liberado de ese meollo amargo que le impregnaba el genio en el común de las veces. Y es que los negocios hechos en Pucallpa y en Masisea, le habían significado buenos gananciales y no ocultaba sus ganas de comentar con alguien las experiencias vividas en estos dos populosos pueblos.

Aún se sentía un tanto anonadado de cómo el progreso había ido irrumpiendo en la selva de manera tan rápida, condicionando, sino cambiando las costumbres lugareñas, merced al oleaje cultural traído por el fenómeno migratorio. En su parecer, Pucallpa estaba destinada a ser un pueblo sin identidad propia.

Ese novedoso tendido de durmientes para la vía férrea que vio ahí avanzado ya en un tramo de ocho kilómetros, aproximadamente, dirigiéndose al encuentro de su contraparte, que de oídas supo que venía desde Tambo de Sol, en el departamento de Huánuco, y para cuyo rápido avance, el gobierno del presidente Leguía había venido desembolsando mil Libras peruanas mensuales, desde el 9 de enero del año anterior, le había causado una honda impresión, pues considerando sus inclinaciones de hombre silvestre y territorial, y sus toscas y primarias concepciones de progreso, las connotaciones de irrupción casi bélica del fenómeno con su consecuente explosión demográfica, no era para menos. Aunque avisado del posible derrotero de la ciudad como eje de desarrollo en el Ucayali, Ver sus calles así de agitadas como aguas en el mijano, tropezarse a diestra y siniestra con gentes foráneas de diversas procedencias apabullando la identidad local con el irreverente despliegue de sus hablares y sus estilos de vida, prever que sentarían reales en el lugar para conformar un advenedizo mosaico cultural con evidente desapego a cautelar con cariño y celo las herencias tradicionales de la selva, fue tremendo. Definitivamente, así como lo veía, con el correr del tiempo, Pucallpa perdería la identificación de su gente, porque simplemente esta, tendría corazón ajeno.

En Masisea por su parte, el arribo sorpresivo de dos aviones de la Escuela de Hidroaviación de la Marina conmocionó a la población, pues jamás antes se habían visto aparatos tales, ni en la imaginación, al punto que algunas abuelas llegaron inclusive a anunciar plañideramente la segunda venida de Jesucristo. Y ni qué decir de los asustados muchachos que corrieron a esconderse bajo los emponados, como "quishichos" con el rabo entre las piernas.

Una vez que los dos aparatos estuvieron en tierra, todavía incrédulo de lo que estaba viendo y animado por su amigo Julio Vega Eslava y un negro llamado Simeón, se dejó llevar, casi en vilo, hacia aquellos intrépidos e impresionantes tripulantes, que con toda naturalidad y desenvoltura, estiraban felinamente sus articulaciones luego de haberse apeado ágilmente de sus aparatos voladores.

Del biplaza habían bajado, un gringo muy llamativo por ser "changalín", es decir de piernas muy largas, y un comandante apellidado Crow; en tanto que del monoplaza, un carismático jovenzuelo de apellido Alvariño, ostentando el grado de teniente. Este joven aviador, cuyo nombre completo era Leonardo Alvariño Herr, junto al teniente Gustavo Cornejo Portugal, haría posible más adelante la ruta del correo aéreo militar Iquitos -Masisea- San Ramón, un verdadero hito en las comunicaciones entre los pueblos de la selva. Por entonces, todos los aviadores eran guardiamarinas de la Escuela Naval, que en una suerte de especialización, se adiestraban luego como pilotos en la Escuela de Hidroaviación.

Pero si la llegada de los aviones causó un revuelo en la asustada población, no menos sorpresa produjo escuchar al negro Simeón conversar en fluído inglés con el americano de piernas largas, del que nadie creyó necesario saber su nombre más allá del mejicanísimo "gringo" con el que los milicianos de Pancho Villa aludían a los soldados norteamericanos por el color de sus uniformes, apenas avistarlos a la distancia: ¡Green go!

Ahora, sentado al centro de la canoa que iba adelante, se puso a acariciar su flamante baúl con cerrojos y enchape de hierro que había mandado a confeccionar a un hábil cerrajero de Pucallpa, para atesorar con más seguridad los cientos de Libras esterlinas y Libras peruanas de oro que mantenía ocultas en algún escondrijo de "Puerto Lira", su fundo. Sonrió con sarcasmo al recordar el dinero cervantista que menospreciara durante el alzamiento del veintiuno, y aquellos certificados de cincuenta centavos y cheques circulares de un Sol que se utilizó en todo Loreto hasta el 30 de octubre de 1,924, que tampoco le tentaron guardar.

Los que decían que atesoraba una fortuna en monedas y alhajas de oro, eran algunos pocos miembros de la familia que le habían visto separar, durante años, toda pieza de oro que caía en sus manos. ¿Dónde las guardaba?... Ni María Nicanora, su mujer, lo sabía.

Durante la revolución de Cervantes, el conocido hacendado Antonio Sandi Santillán, dueño de la famosa hacienda "La Paca" de Orellana, entusiasmado con el alzamiento separatista, comprometió en dicha asonada parte de su fortuna en oro a cambio de billetes cervantistas, y tal apuesta casi le cuesta hasta la libertad, luego de la triunfal campaña antinsurgente del capitán Genaro Mattos, en el Ucayali, al mando de las huestes gobiernistas.

En cambio él, reacio a este movimiento, al que calificó en su momento de descabellado y hasta de ingrato con los esfuerzos de los caucheros que habían defendido la integridad territorial de la patria, a pulso, supo sacarle ventaja a la coyuntura, especulando con el tráfico de "vaca martas" sacadas hasta de los "enterrados" por sus angustiados dueños, quienes deseosos de asegurarse con productos alimenticios, para no pasar escasez durante el conflicto, tuvieron que

transigir con precios sobre dimensionados que sus regatones imponían. Mantener en secreto estos gananciales fue parte ya de sus perspicacias financieras y su cautela de negociante.

Era fines del mes de octubre y las fuertes lluvias se presentaban intempestivamente azotando en ráfagas la superficie del río, en complicidad con una ventisca zahiriente que arremetía contra las orillas enredada entre las persistentes olas. Por eso, los bogas arreciaron con ímpetu tras sus remos, sabedores de que ahí, entre Llullabaño y Piedra Pintada, donde se encontraban, un temporal fácilmente podía hacerles zozobrar.

—¿Atracamos patrón? —preguntó el peón de proa.

—No; sigamos nomás.

—Ya la lluvia está encima —alegó el popero, un licenciado del ejército.

—¡Tú dedícate a remar, hijo! Yo les diré si nos guarecemos o no —espetó.

—Correcto patrón —asintió el joven, cohibiéndose en el acto.

Fidel Reátegui apretó con codicia entre sus rodillas su preciado cofre, y cubriéndose con una manta enjebada, impertérrito se aprestó a cruzar el inminente aguacero. Su mente iba en otra cossa. Hacía cálculos compensatorios respecto a las ventajas cotidianas frente a su realidad rural, buscando de alguna manera reafirmarse en la satisfacción que sus logros le habían deparado, enmarcados en su forma de vida. Definitivamente él jamás migraría a la urbe por más modernidad que en ella se encerrase. Su mundo era silvestre y su primitivismo abarcaba la libertad, pero con sus propias leyes de jungla. Además, se dijo concluyente, tenía tantas monedas de oro como para construir en su fundo una réplica del palacio de gobierno que el presidente Leguía había encargado edificar al ingeniero Malachowzki, según decía una nota periodística leida en Pucallpa.

La orilla opuesta dejó de divisarse, encortinada por la fuerte lluvia que iba sacando en serie millones de pocochas sobre el Pachitea, y pronto el frío y el oleaje le hicieron desistir de seguir navegando, ordenando a sus hombres acantonarse en una especie de recodo dado por las raices expuestas de un tremendo renaco, hasta que el temporal amainase un poco.

“Pero en Puerto Lira ya no se puede construir más nada”, reanudó sus anteriores pensamientos, analizando con cierta frustración las posibilidades truncas de mejorar su fundo. Por un lado estaban los extranjeros de Puerto Leguía que se creían con rango y mando para gobernar toda la jurisdicción como una colonia conquistada por las armas, y por otro, los inhóspitos cashibos que no cesaban en sus pillajes. Pero más que estos infelices, lo que más le molestaba era la prepotencia del gobernador de la colonia, a cuyos alguaciles ya había tenido que correr repetidas veces a balazos por ir al fundo a intentar llevarle de grado o fuerza ante su presencia. “¡Extranjero de mierda! Si como peruano él no fuese más dueño en estas tierras”, masculló con ardor. Aunque a decir verdad, los colonos por su parte también tenían una particular opinión sobre él: le consideraban un contumaz rebelde con suficientes cargos como para tenerlo en una celda hasta que mostrase más sumisión a la ley.

El único extranjero de aquella colonia repleta de rusos, alemanes, yuguslavos, italianos y algunas otras nacionalidades, que gozaba de sus consideraciones, al punto de dejarle visitar "Puerto Lira" las veces que se le ocurría llegar, era el italiano Aldo Módena, de quien los rumores decían que frecuentaba el fundo, "no por la vaca, sino por el queso", como rezaba un adagio popular —seguramente salido de alguna ganadería—, porque era evidente que su risueña soltura con los amos de la casa sustraía un conveniente salvoconducto para sondear sus posiblidades seductoras con una de las hijas, por su parte demasiado asequible al embozado asedio.

Obviamente él estaba consciente de este soslayado flirteo del italiano, pero también de que Zoila Jesús ya frisaba los treinta años de edad y que su condición de madre de seis hijos, junto a los prejuicios asignados al plazo de la juventud, de alguna manera la excluían de toda espectativa casadera. Por eso es que, adormilando su fiero celo por su familia, se hacía el desentendido ante las huellas del amorío, confiando en los arrestos de su hija para manejar con tino las sutiles pretensiones del italiano, que por lo demás, parecía tener sanas intenciones.

Para entonces, ya María Nicanora le había dado también seis hijos más, y su fuerte posesividad se había ido distendiendo con la llegada de los menores.

Laura y Edmundo, los mayores, después de Zoila Jesús, habían partido hacía un par de años a la Capital a continuar sus estudios de nivel superior, aprovechando la hospitabilidad ofrecida por un tío materno, que era conocido por sus paisanos como el comandante "inguiri", por su rango militar y procedencia selvática, y que, en el gobierno provisorio de Sánchez Cerro, llegaría a ocupar un importante cargo. Por cierto, por poco tiempo, debido a la trágica y prematura desaparición del "mocho".

Instalados en el Callao, Edmundo ingrezaría por vocación a la Sanidad de la Marina de Guerra, y Laura, no tan ganosa para carreras fuertes, se contentaría con un diploma de secretaria que, a la postre, no trascendería a su matrimonio con un miembro de la familia Centeno.

Como en tantos otros viajes, su arribo a "Puerto Lira" fue motivo de toda una movilización alegrona de su gente hacia el puerto. Sin duda, era un hombre duro e intratable para la mayoría, pero hasta los más disconformes bajo su mando opinaban que si se estaba mal con él, peor era sin él. Aparte de que a pesar de su fagocitante carácter mandón, sabía compartir, hasta con el último cholo, algo de toda la abundancia que solía traer al fundo.

En el año de 1,927 la situación en "Puerto Lira" se tornó insostenible. No precisamente por la especie de boicot que la Gobernación de Puerto Leguia ejercía sobre la producción del fundo, ni tampoco por el pegajoso hostigamiento personal que su titular, el alemán Frank, sostenía contra él, sino por las continuas escaramuzas de los cashibos cada vez más audaces en sus incursiones. Por suerte, ya su gente, enviada con meses de previsión a las tierras del Sur, reconocían terrenos propicios en el Sandobeni, el Sanibeni, el Maranquiari y el río Negro, buscando uno propicio para trasladar de una vez por todas la hacienda a esos buenos suelos. Y por lo visto, a la fecha de su regreso de Pucallpa, parecía ya contar con respuestas favorables según los últimos informes recibidos desde Satipo.

Sabía él, que por Puerto Ocopa, en el río Pangoa, y en el mismo Satipo, quedaban aún lugares donde se podía fructificar un proyecto de hacienda y andaba convencido de que peor que en el Sachavacal, no le podía ir en ningún sitio. Si bien aquí los suelos habían resultado tal vez mejores que en "Bello Horizonte" para la siembra de pastos, el entorno condicionante, dicho a capela por su basto capataz, "era una cagada". Además, cuando el 7 de febrero por Resolución Legislativa N°5725 finalmente el ejecutivo es autorizado para aperturar un crédito suplementario en el pliego de fomento para seguir incentivando la inmigración y el sostenimiento de las colonias, y en el mes de marzo el gobierno expide un Decreto Supremo por el que se otorga concesiones gratuitas a colonos nacionales o extranjeros, hasta por 10 Hectáreas por persona y 30 Hectáreas por familia, incluyendo subsidio diario, herramientas, semillas y pasajes, gastos que por cierto se harían con cargo a ser reintegrados, empieza a sentir con certeza que, definitivamente, el momento de volver a partir va llegando.

A fines de este año, un luctuoso acontecimiento vendría a decidir la suerte de "Puerto Lira". Todos los campas que vivían en la hacienda, cansados de la tensión que les significaba el tener merodeando a los cashibos por los contornos y a sus cada vez más atrevidos robos, decidieron, todo con la complicidad de algunos peones, organizar secretamente una correría contra ellos. No se detuvieron a pensar que aquellos infelices, que en algunas noches hasta dejaban ver sus teas ardiendo entre el follaje, atravesaban una situación trágica de desplazados al límite, por persecuciónes gestadas contra su etnia debido al boom de la explotación maderera en sus legítimos y ancestrales territorios de toda la cuenca del río Aguaytía, y a la construcción de la carretera de penetración Lima-Pucallpa.

Siendo un grupo aislado de los tantos que iban desplazándose hacia el Pachitea, no pudieron resistir la correría que se perpetró contra ellos, y los sobrevivientes se vieron obligados a internarse más al centro del bosque, a la espera de poder rehacerse con otros grupos dispersos. Ahora no sólo tenían un hambre que mitigar, sino también mujeres y niños que rescatar y muchos, muchos muertos que vengar.

Violentados hasta límites de temeridad, apenas si consideraron si su número era suficiente o no, para lanzarse al asalto de "Puerto Lira", Se congregaron al pie del monte, frente a los pastizales del fundo, con los dispersos que habían estado llegando desde días atrás, del Aguaytía, y esperaron la caída de la tarde, ya entre las primeras sombras de la noche, para acometer con furia animal en pos de las edificaciones donde suponían cautivas a sus familias, sin importarles morir en el intento.

Sorprendidos por el fulgurante ataque, la gente de la hacienda tuvo que replegarse apresuradamente hacia la casa patronal, donde el violentado patrón se vio obligado a salir a dirigir la refriega. A decir verdad, su íntima naturaleza se sintió conforme. Hacía tiempo que sus instintos no olfateaban la fuerte adrenalina emanada sobre sus nervios más reactivos al pie de la alternativa de matar o morir.

La cantidad de cashibos que peones y campas habían especulado no podía ser tanta, resultó trágicamente una apreciación equivocada, puesto que el masivo ataque, más allá de su aturdidora estridencia, muy pronto tuvo desarticulada las endebles e improvisadas defensas, obligándoles a ceder terreno.

Debieron haber sido unos ochenta indios abalanzándose contra las edificaciones, pero las proyecciones fantasmales de sus sombras corriendo ululantes por entre las malocas, algunas incendiándose ya con rapidez, magnificaron este número, ya de por sí, impresionante.

Con semejante batahola y con las sombras mostrando confusas las ágiles siluetas, nadie se animó a disparar las carabinas por temor a herir a los propios rezagados y a desencadenar una matanza indiscriminada con niños y mujeres de por medio. Además, los cashibos parecían sólo querer rescatar a sus prisioneros y tal actitud siempre será conmovedora hasta en el enmigo.

—¡Hagan tiros al aire! —ordenó un capataz parapetado tras un pilón para trillar arroz.

—¿Atacamos patrón? —preguntó un recio peón que había sido flechado de raspetón en el muslo.

—No; la noche no es buena para eso. Los cashibos nunca han atacado de noche a nadie —respondió este, con gesto adusto, a todas luces sofrenando su endiablado genio.

—Pero ya nos han flechado bien dado a tres, patrón; y todavía queda un poco de claridad.

—¡Quién puta les ha mandado a hacer la correría sin mi orden pues carajo! —vociferó al fin, convencido de que aquellos indígenas habían roto hasta sus temores supersticiosos, por lazos tribales y afectivos que les empujaban a rescatar a sus paisanos cautivo.

—Es que los campas ya no aguantaban más, patrón. Se sentían presionados viendo esos shupihuis encendidos en las noches ahí en el monte, como si los cashibos estuvieran desafiándoles después de sus robos. Y bueno..., entre indios tienen también pues sus "cosas" también —quiso apaciguar el peón a su patrón, justificando la correría.

—Suelten a todos los cashibos que están encerrados -ordenó este por toda respuesta.

—Sí patrón —respondió el peón recién licenciado del ejército que hiciera de boga en el último viaje desde Pucallpa, perdiéndose tras la edificación principal.

A la mañana siguiente, los tizones humeantes, el mugido de reses extraviadas, el pastizal desolado, los heridos, los muertos, y el desánimo generalizado en los rostros tiznados de hollín, dieron de golpe la señal de partida, haciéndole tambalear en una precaria resistencia de orgullo, que bien sabía no podía permitirse. Ahí, en la quebrada Sachavacal, ya no había futuro. No a la medida de Fidel Reátegui Valera.

A principios de 1,928, luego de seleccionar a la gente que insistió en partir con él, y dejar parcelada las tierras de "Puerto Lira" entre los que se quedaban, una vez más se subió a su canoa encabezando una expedición, y se echó a navegar con determinación río abajo hacia la boca del Pachitea.

Zoila Jesús fue una de las que quizo también quedarse, y tenía razones de peso para

querer hacerlo. Pero la licencia que su padre le diera luego de expulsar violentamente a un emisario de Hérmel Alcibiades, que llegó con una carta conciliatoria a tratar de que regresara a Panao, no le sirvió para arrancarle una aquiesencia a su deseo.

—Nó hija; tú también te vas con nosotros —le ordenó inflexible.

—Papá, él quiere que me quede —rogó aludiendo al italiano Aldo Módena.

—¿Sabe ya del hijo que esperas?

—Nó papá.

—Mira hija, tú ya no eres una jovencita solitaria y menos una adolescente díscola; así que espero que sea más fácil que entiedas esta cuestión. Porque supongo que no me estás pidiendo deshacerte de mis nietos Ibazeta para quedarte, ¿cierto?

—No papá. ¿Cómo se te ocurre?

—Son seis bocas, y a ningun hombre, por más bueno que te paresca, le va a durar mucho tiempo el corazón y el bolsillo para criártelos de la mejor manera. No, mi hija; tú te vas con nosotros, y no se hable más del asunto. No voy a dejar que te expongas otra vez como con el Ibazeta. Ahora, de poder criarlos yo y tu madre, sí podemos; pero no es el caso; no estaría bien.

Muchos extranjeros incluyendo al italiano aludido, se asomaron al malecón de Puerto Leguía para verlos pasar. Se iba el más irascible de sus vecinos, y para aquella gente práctica, metódica y disciplinada, el suceso entrañaba un verdadero alivio.

El alemán Frank, gobernador de la Colonia, sonrió torcidamente con una mueca despectiva cuando al ser reconocido por el fiero hacendado, este le envió una andanada de balazos que pasaron zumbando por encima de su cabeza, en una bravata que no pasó de eso. "¡Cómo siempre, este loco de Reátegui!", musitó meneando la cabeza el rubio teutón.

Todos los miembros de la familia Reátegui, excepto Zoila Jesús, iban acomodados en la primera canoa. Don Fidel iba de pie tras el boga de proa, le seguían María Nicanora su mujer, y luego sus hijos, Etelvina, Nicanor, María Asunción, Antonio, Florentina, José y la pequeña Teresa.

En la segunda canoa, Zoila Jesús y sus hijos, Elina, Alcibíades, Elvira, Oscar, Zoila y Hermel, todos fruto de su unión con Hermel Alciibiades Ibazeta García, le secundaban en la larga fila expedicionaria, con una sensación de desarraigo en el alma en vilo, tan evidente en los ojos de Zoila Jesús, que vuelta hacia la orilla de los curiosos colonos que les seguían con la mirada, recicló un triste adiós buscando entre la curiosa multitud al hombre cuyo hijo se desarrollaba ya en sus entrañas.

La noticia del ataque de los cashibos, por una parte había apenado a los extranjeros, pero en definitiva, lo consideraron como providencial, a consecuencia de la partida de aquel levantisco patrón tenido por un incómodo vecino por la mayoría, debido a

su carácter rebelde y violento.

Zoila Jesús alcanzó a distinguir a Aldo Módena avanzando por el borde del barranco a la par que la canoa, y le parecio captar unos destellos de lágrimas en sus ojos claros, tal vez confundida por la borrosidad que le ocasionaban las suyas. Iba a levantar la mano para sellar al menos con un gesto amable su último adiós, pero los disparos hechos por su padre la paralizaron.

A fines de enero de 1,928 entraron a navegar aguas del alto Ucayali, donde la fuerza y la maña de los hercúleos remeros se fue haciendo a cada tramo indispensable, dado que la velocidad de la corriente, prácticamente duplicaba a la del bajo Ucayali, como bien era sabido. Una ojeada nostálgica río abajo, les hizo recordar los tiempos buenos en "Bello Horizante", cuyo nombre, a estas alturas, no deja de ser una dulzona alegoría.

Fidel Reátegui siente un resquemor al encararse con el hecho de que nunca se preocupó de regularizar legalmente los términos de aquella posesión, al igual que Ulises Reátegui con su "Pensamiento", Celso Angulo con su "Paraná", Juan Armas con su "Shapajilla", Miguel Pinedo con su "Puerto Arena", Eleodoro Guevara con su "Nueva Vida", José María Sepúlveda con su "Puerto Ugarte", José Bardales con su "Nueva Bélgica", Dina Zevallos con su "Flor de Mayo", y tantos otros posesionarios que recién se acogerán a los padrones de adjudicación a partir de 1,929. Y justamente para constituir un catastro de tierras e impedir que gentes inescrupulosas se apropien de lotes de terrenos trabajados por terceras personas, por Resolución Suprema del 23 de setiembre de 1,931 se autorizará a las Prefecturas con jurisdicción en áreas de montaña, para obligar a los poseedores a organizar sus expedientes en un plazo de seis meses.

Cierta tarde, tras una jornada agotadora contracorriente, llegaron al fundo-caserío de nombre Cunchuri, cuyo patrón, don Ciriaco Chávez, era muy amigo de don Fidel.

El encuentro entre los dos rudos varones fue tan entusiasta, al punto que acordaron de buen grado que el viaje se suspendiera por un par de días, para celebrar el reencuentro, como Dios manda entre los amigos.

La novedad adicional de la ocasión fue el arribo al lugar del padre José Ignacio Aguirrezábal junto a cuatro religiosas italianas: Sor Querubina de San Pedro, Sor Ambrosina de San Francisco, y Sor Annetta de Jesús; quienes se dirigían a Pucallpa con el propósito de modernizar el sistema educativo y de afianzar la fe cristiana en la feligresía ucayalina.

Don Ciriaco Palacios, acompañado de una de sus hijas, llamada cariñosamente, Lola, les dio la bienvenida con visos protocolares y aprovechó la oportunidad para extenderles invitación a la fiesta que esa noche ofrecería en honor de su amigo Fidel

El austero cura se excusó con mucha moderación y las discretas religiosas pretextaron también cansancio en gentil negativa.

La incansable competencia entre una remolona vitrola, que mostraba muy a las claras un signo de solvencia económica del entusiasta anfitrión, y el "bombo baile" típico, terminó por sacudir de la noche las aguerridas oleadas de molestos zancudos, y puso despreocupada amenidad en las voces festivas que sumisas al cañazo ignoraron lo inexorable del tiempo ponderando los alcances de la alegría.

La densa oscuridad aprisionada en el canal ribereño parecía una sola masa apretujándose, cohesionándose contra el fondo, excepto por la fugaz interrupción de luciénagas paseanderas guiñando luces de manera intermitente, y por uno que otro chispazo de algúnos cholos fumadores, discretamente asignados a cuidar las canoas donde se había camuflado el oro de su amo. Era una oscuridad de apariencia sólida, afanosa en silenciar el murmullo del río, para dejar, cual cómplice obsesivo, a disposición plena de la danza de los sonidos, la desenfrenada algarabía que trascendía de la casona de don Ciriaco Chávez.

La fiesta irremisiblemente tuvo que alargar su joroba por dos días más, incluyendo en los motivos de tal exceso, la partida del padre Aguirrezábal y las religiosas franciscanas venidas de Italia, a quienes el pueblo reunido en pleno en el embarcadero, les dio un sentido adiós.

Para recuperarse de la borrachera, Fidel Reátegui necesitó de otro par de días adicionales para agonizar de resaca en las "tumbonas" —como llamaba a las hamacas un español anclado en Cunchuri desde hacía un buen tiempo—, y de dos más, para reorganizar a su gente y reanudar el viaje.

—Pronto me iré yo también de aquí —le dijo don Ciriaco, antes de que subiera a la canoa.

—¿Irte? –preguntó sorprendido—. ¿Adónde ya?

—Aquí el caserío le está ganando tierras al fundo, así que iré a terminar mis días en Honoria. Como tú, soy hombre sin raíces.

—No me vengas con tontas fatalidades, ¡carambas! —reprendió afectuosamente, transmitiendo su estimación y propiciando el último abrazo posible de dar a esas alturas de la despedida y en ese punto de definitiva divergencia de sus respectivos destinos.

Pero ciertamente, un título de propiedad a expedirse un 21 de marzo de 1,930 por un lote de 50 Hectáreas más 8,269 metros cuadrados, aguardaba ya a su amigo en el pueblo de Honoria, a orillas del Pachitea.

Durante el viaje hasta Atalaya, pasaron todo tipo de percances y retrasos, llegando, inclusive, a pernoctar en abiertas playas y orillas descampadas, que por poco llevan a desertar a un buen número de expedicionarios, presas del desánimo y la nostalgia por "Puerto Lira" y "Bello Horizonte". Sobre todo abajo de Bolognesi, donde muchos se sintieron tentados a quedarse en la propiedad de Francisco Franchini, llamada Cumaría —cien Hás que la Prefectura de Loreto titulara a su favor un 17 de diciembre de 1,917—, y que como en Cunchuri, alentaba en su ribera la formación de un caserío. Pero el mando firme y la resolución inflexible de Fidel Reátegui para no volver la vista atrás, empujó sin tregua el fervor altivo por sobre

las flaquezas pusilánimes, coronando a mediados del mes de setiembre la hermosa vista de convergencia de los ríos Tambo y Urubamba formando el gran Ucayali, el Amaru Apu de los Conibos, al Sur del departamento.

¡Cuántos recuerdos aquí, de anteriores viajes en la época del caucho, para el rudo patrón!

Estando a la espera de la comisión encargada de su traslado a Satipo que debía venir a su encuentro desde Puerto Ocopa a orillas del río Perené, el llamado "agua grande" por los campas y descrito tan pormenorizadamente por primera vez en 1,601 por los Jesuitas Juan Font y Antonio Vivas, tuvieron oportunidad de participar casualmente en las celebraciones de creación del distrito de Alto Ucayali, con Atalaya por capital, exactamente un 28 de setiembre de 1,928. Pero esta vez Fidel Reátegui dió el ejemplo no abusando de las bebidas espirituosas, habida cuenta que al igual que su gente, estaba impaciente por llegar a destino. Sólo bebió lo suficiente como para no desairar la bienvenida de su amigo Francisco Vargas, antiguo cauchero, manejador todavía de harta indiada.

A principios de octubre, por fin entraron en contacto con los emisarios procedentes de Puerto Ocopa, e inmediatamente se pusieron a preparar la partida, deseosos de cambiar esa inercia desesperante que les tenía varados en Atalaya, por la emoción de acortar distancia hacia el destino final, de una vez por todas.

Agenciados de guías nativos y mozos del lugar, se alejaron de Atalaya adentrándose en las difíciles aguas del río Tambo, buscando llegar a su cabecera, alternando el desplazamiento entre largas jornadas de navegación y cansinas caminatas por intrincados varaderos. De esta manera los bogas podían sortear los tramos rápidos aliviados de peso y hasta cargando sus bajeles, y los viajeros desentumecer las encogidas piernas luego de incómodas y largas sentadillas dentro las canoas.

La parte navegable del Perené, hasta el paso de Utica, junto a la desembocadura del río Soareni, mostraba un hermoso valle ya habitado por algunos colonos, así que el viaje hasta el convento de la histórica Orden religiosa franciscana en Puerto Ocopa -que tanto hiciera a favor de la exploración y evangelización en la cuenca del Ucayali con hombres como el Padre Manuel Sobreviela, los misioneros Fray Juan de Santa Rosa, Fray Juan de Dios Frezneda, Fray José Miguel Salcedo, Fray Antonio Cabello, el buen hermano lego, Alonso de la Concepción y Fray Juan Dueñas, quien descubriera en el año 1,792 el varadero Huallaga–Ucayali, y por donde llegarían año tras año los primeros inmigrantes mestizos de San Martín que poblarían Contamana, Santa Catalina, Sarayacu, Tierra Blanca, San Jerónimo, Pucallpa, Masisea y otros poblados de la cuenca ucayalina-, resultó prácticamente un sosegado paseo.

En dicho convento, por generosidades recíprocas, don Fidel, o "el viejo", como ya se referían a él sus fieles peones, pudo acomodar a las mujeres y niños de la familia, asegurándoles una espera más confortable mientras el resto de la expedición incursionaba por el río Pangoa en pos de la quebrada Maranquiari, no muy distante de la desembocadura del río Negro en el río Satipo, y en cuya área territorial su

gente había localizado tierras idóneas para asentarse. El asunto final era que él diese su visto bueno para tramitar la adjudicación correspondiente, y así empezar a construir legalmente la nueva hacienda.

Se supo que en la Prefectura Apostólica de San Francisco del Ucayali, la congestión de expedientes solicitando concesiones era impresionante y que en la estación de Matahuasi ocurría lo mismo con los colonos que con el apoyo del gobierno llegaban a Satipo desde Lima.

También compró a dos niños campas "dorando" el pago en forma de ofrenda, pues existía el problema de que estos infelices cuando se les creía al seno de sus tribus poseídos por algún mal o "daño", sus padres los vendían, los regalaban en el convento, o los mataban.

Para enero de 1,929 el padre Fray Francisco de Irazola, también un activo mediador ante el gobierno, por la colonización, había avanzado un tramo precursor de tres Kilómetros de la carretera Puerto Ocopa-Concepción, obra por la que el ejecutivo le extendió un libramiento de 2,240 Libras peruanas.

Cerca a la desembocadura del río Masamari, en su unión con el río Satipo para formar el Pangoa, la tarde del 18 de octubre de 1,928 Fidel Reátegui Valera decidió acampar en un banco de arena aún no inundado a pesar de las lluvias avizoras del invierno, para dar una tregua a su cansada expedición.

—¡Sakiray! —llamó a su fiel cholo, que iba envejeciendo junto a él, camino a darse un baño en el río.

—Sí papá —se puso inmediatamente a su lado el campa.

—Escoge a dos buenos chapaneros de entre tu gente.

—Todos son buenos.

—Lo sé Sakiray, pero siempre existen los mejores.

—Yo soy el mejor.

—Seguro.

—¿Para qué los quieres papá?

—Para que vayan mañana con Amancio a traer mitayo del monte, que ya de pescado deben estar saturados —aludió a un fornido lamisto especializado en cacería de montaña.

—Pero pueden ir conmigo, papá.

—No Sakiray, a ti te necesito aquí.

—Frente a mí, el Amancio es un shepleco.

—No Sakiray, no te hagas el engreído y obedece.

Al día siguiente, dos ágiles campas que ya "masticaban" el castellano "bola bola", muy meritorio por ser nuevos, y el mestizo Amancio Tuesta, no amanecieron en el campamento. Día y medio se internaron en la abrupta floresta con dirección Sur–Este, hacia el Ene, dedicándose a batir el monte escogido y a ahumar la carne conseguida en un improvisado campamento, donde permanecieron por dos días adicionales preparando la preciada carga. Al cabo, emprendieron el regreso cada cual con un exigente peso sobre la espalda, peso aliviado en algo por pretinas confeccionadas de cortezas especiales.

Los tres eran expertos baqueanos, y los serpenteantes e invisibles senderos no escapaban a sus ojos avizores, que a pesar de la inclinación de las testas pretinadas, sorteaban los tropiezos como inmersos en un mapa de memoria, en un croquis intuitivo. Aunque ciertamente también, aprovechando vericuetos utilizados alguna vez, o tal vez todavía, por aborígenes bravos.

De pronto, Amancio Tuesta que cerraba fila, percibió movimientos reflejos en los dos campas que iban delante, como si se hubiesen encontrado de cara con una serpiente venenosa. Contagiado por aquellos automáticos impulsos, dejó caer su carga echando la cabeza hacia atrás, y aferrando su carabina, de un salto felino se parapetó entre unos arbustos a un lado del camino. Frente a ellos, un grupo de nueve campas bravos, con las caras pintadas, al parecer con achiote y jagua, repuestos ya del sobresalto que les produjera tan abrupto encuentro, gritaban amenazadoramente como poseídos.

—¡Esheco! —gritó el lamisto al cholo que no había atinado a salirse del sendero.

—¿Qué? —susurró este, manteniéndose inmóvil sin perder de vista a sus feroces paisanos.

—¿Qué están diciendo estos locos de mierda?

—Dicen que nos van a matar.

—Diles que al primero que levante su flecha, le vuelo los sesos como a un mono.

La situación era tensa. El nativo civilizado y más expuesto a la eventualidad de un ataque, guardó silencio manteniéndose inmóvil por un buen rato, antes de animarse a parlamentar. Así, después de un hosco intercambio de frases cargadas de un acento amenazador y por un tiempo que a Amancio Tuesta le pareció anquilosante para su encorvado índice sobre el gatillo, el campa Ezequiel se volvió hacia él para traducir su diálogo.

—¿Qué te dijeron? —preguntó nervioso.

—Que son más y que de ellos pueden morir algunos, pero que de nosotros morirán todos.

—No sueltan presa las mierdas —murmuró preocupado.

—Pero les he dicho que eres hijo de un patrón poderoso y que si te pasa algo, traerán violencia y desgracia a su pueblo.

—Eres astuto cholo ¿Y qué te han dicho?

—Están discutiendo eso. Si las cosas no nos son favorables, les diré a quienes vamos a matar antes de morir.

—Yo no quiero morirme cholo huevón. Pero está bien lo que piensas —coincidió Amancio con la última medida ideada por el nativo.

Un bravo que mostraba inusitado furor, inesperadamente se abalanzó contra Esheco, con el que se puso a forcejar con intención de herirle con un filoso pedazo de bambú. Se jalonearon peligrosamente al borde de una profunda garganta cubierta de vegetación rastrera, por donde merced a la mayor potencia y agresividad de su adversario, el campa Ezequiel cayó como un saco arrastrando en su caída la maleza y sin poder contener un grito desesperado.

Amancio disparó a matar, y el feroz bravo que propinó el empellón siguió la misma caída hasta el fondo del barranco. Rápidamente cargó nuevamente aprovechando el estupor de los atacantes y disparó al montón. Un grito lastimero dio cuenta de su mortífero acierto y entonces los demás se desbandaron en la enmarañada floresta.

—¡Eliseo! —llamó al otro campa que se había mantenido tendido entre los helechos apretado por su propia carga, cuya pretina le tenía aprisionado del cuello.

—Ayúdarme a zafar —suplicó el nativo, un tanto aturdido.

—Sí.

El campa quedó liberado en un santiamén.

—¿Y Esheco? —preguntó, resfregándose sus magulladuras.

—Le empujaron al barranco; hay que bajar a verle.

—Yo sacaré.

—¡Rápido! ¡Rápido!

Para alivió de los dos, el campa Ezequiel recobró el conocimiento al poco rato de ser ubicado, y no mostraba más molestias que las de unos golpes amortiguados y de leves escoriaciones.

Durante el resto del día y la noche, los tres montaraces sin rendirse a dejar sus respectivas cargas, desandaron el camino de regreso, apremiados por la certeza de que los bravos ahuyentados con la muerte de dos de sus guerreros, volverían por ellos una vez resarcidos de sus bajas.

Al amanecer, cansados de avanzar al tanteo en medio de la oscuridad, comprobaron con alivio que se habían orientado en la dirección correcta. Desde un promontorio divisaron el vaho azulino que indicaba la cercanía del río, y no tardaron en encontrar la trocha por donde hacía unos días habían abandonado el campamento.

Redoblaron el paso presintiendo la inminencia de ser alcanzados, y empezaron a descender a la hondanada por donde accederían al llano ribereño. No los veían aún,

pero una veintena de enardecidos aborígenes les pisaban los talones. Para suerte de ellos, los gritos de guerra alcanzaron sus oídos cuando la horizontalidad del terreno les permitía aligerar el paso sin el empuje de las espaldas cargadas, y ya el campamento no distaba mucho.

Amancio se detuvo un instante para intentar hacer tres disparos, esperanzado en que los del campamento los escucharan y acudieran prestos a socorrerlos, pero solo tuvo tiempo para hacer dos, pues el roce de hojas, el crujido de ramas secas, el jadeo de gente presurora trás de ellos, le hizo reiniciar su huida asumiendo como una cuestión de honor no abandonar su carga.

Una flecha pasó traspasando hojas por sobre su cabeza, yendo a rasgar con fino tajo el cuero cabelludo del campa Esheco que corría delante de él. Pudo ver cómo goteaba la sangre por su coronilla, pero el campa ni se dio por enterado, ni disminuyó su endemoniado ritmo.

Amancio resolvió temerariamente plantarse ahí mismo para encarar a sus perseguidores, aunque conciente de que contaba sólo con su tercer y último disparo. Esta vez, liberado de todo temor y resignado a lo inevitable. El cuello le dolía horrores por el golpeteo de la pretina, y estaba ya sacándose resignado la carga de encima, cuando creyó escuchar ajetreados trotes y voces exaltadas provenientes del lado del campamento. La voz de don Fidel podía distinguirla hasta en medio de una tempestad. Un seco disparo cruzó el espacio.

—¡Amancio! ¡Amancio! —escuchó su nombre.

—¡Aquí patrón! —respondió jubiloso, dejando escapar una risilla medio histérica.

—Pensé que ya te habían atravesado —le dijo don Fidel al llegar a su lado, reconfortándole con una afectuosa palmada en el hombro y ayudándole a descansar de su carga.

—Casi patrón, ¡pucha! Un poquito más y no la cuento.

—Cierto; un poquito más y te atraviesan el culo —le dijo Sergio Benítez, un peón muy amigo suyo, mostrándole dos agudas flechas clavadas en el amasijo de carne ahumada que había estado cargando a la espalda.

XXV

Dos muchachos pasaron corriendo frente al patio de don Ezequiel Angulo rumbo al puerto, y su perro "Perdóname" les hizo pasar el susto de su vida.

—Ese perro de don Esheco es más bravo que un achuni, oy —resopló uno de ellos cuando estuvieron fuera del alcance de sus colmillos pelados.

—La próxima vez voy a traer limón asado para huicapearle al maldito, sin asco —amenazó el otro.

—Con eso se seca hasta morir.

—¡Por eso pues! —exclamó el avieso muchacho, con una mueca feroz alrededor de su nariz. Por lo visto los perros no eran las mascotas de su devoción.

Pero aquella mañana no solamente ellos querían llegar al puerto con la premura inaugural de las almas protagónicas. Todo espinal hormigueaba tratando de alcanzar el malecón a fin de ver el arribo de los sacerdotes Valentín Uriarte de Contamana y Agustín López de Requena, que regresaban en misión bautismal pueblo por pueblo desde la cercana Pucallpa, bajando a sus lugares de procedencia.

En la casa de la maestra Mercedes del Aguila, algunos vecinos considerados los importantes del pueblo, se habían ido también congregando a sabiendas de que la anfitriona de siempre era ella, y departían con excitado humor, las deliciosas, aunque simplonasas ocurrencias que el nerviosismo de la espera les provocaba.

Justamente en esos momentos uno de ellos hablaba de una "runa mula" descubierta en Ester Muyuna.

"...Todo el pueblo sospechaba que era ella, porque al parecer se acostaba con su sobrino. Pero no podían acusarla. Por eso acordaron en secreto ahuaytarla, y dos de sus vecinos, que ya estaban hartos de sus apariciones, se ofrecieron a vigilar su casa la noche de la luna nueva. Dice que a las doce en punto, la vieron salir como sonámbula a su patio y que ahí se puso a regar masato y leche de vaca en el suelo. Después se quitó toditita la ropa hasta quedar calatita y comenzó a revolcarse en el charco que había hecho. ¡Pucha! Quién diría que al ratito se levantó, ¡trin! Convertida en una yegua arrecha hasta nomás. En ese momento se apareció el mismísimo diablo, que montándola se la llevó a latigazo limpio a cabalgar por los pastizales desolados. Pero antes, los dos vecinos que se habían quedado a espiar, le echaron en la cara un chorro de jagua, ese caldo tinto de huito hervido, para mancharla y tener así al día siguiente la prueba de lo que habían visto. Con esta evidencia, le entregaron a uno de los padrecitos que está justo por llegar ahorita aquí, para que le quite su demonio", concluyó.

Los demás guardaron discreto silencio, prefiriendo estar ese día a la altura de las superticiones, a la par que con sus creencias religiosas.

No era todavía la hora del sol, pero la mañana estaba clara a pesar de la neblina, y la alta y húmeda hierba que bordeaba los caminos transmitía un friecillo mañanero

sobre las pantorrillas expuestas de los caminantes, que a fuerza de costumbre, olvidaban el reuma.

Los paucares desde sus nidos colgantes y tan bien custodiados por un impresionante nido de avispas carachupa-avispa, remedaban con estridencia figurativa variadas notas aprendidas en el bosque, y un pipite territorial saltaba de rato en rato de su rama en un ascenso vertical, alardeando su talante pendenciero capaz de asustar a los mismísimos gavilanes.

—¡Antonio! —llamó doña Mercedes a su esposo que hacía unos días había regresado de la madera y que ajeno a la conmoción pueblerina que se suscitaba a su alrededor, se mecía en su hamaca con un siricaipi entre los dedos.

—¿Qué quieres, mujer? —preguntó perezosamente.

—Sería bueno que vayas a la cocha a ver si atrapas un paiche; así de paso te entretienes un poco.

—Pero ahí todavía tienes regular —alegó reticente.

—¡Está muy seco ya! —se impacientó doña Mercedes.

—Pues entonces haz un pango con yuca, o un picadillo con ají dulce y listo.

—No; a los padrecitos hay que invitarles algo fresco y especial. Así como tú, que en San Juan exijes juanes y el día de todos los santos pides tamales, así debe ser en la llegada de los padrecitos; como una fiesta —encaró con acento reprensivo, doña Mercedes.

—Pero ya sería para mañana en todo caso.

—¡Aunque sea! Pero tempranito para que se vayan desyunando bien estas almas de Dios.

—¿Cómo que aunque sea? Ni que yo fuese el yacuruna para ir a ordenar a los paiches que se aparezcan.

—Tú sabes más que un yacuruna y que muchos diablos juntos ¡Yá alístate hombre! —apremió la mujer, embromando un poco su orden.

—Si a mí me trataras como a los curitas esos... Y ese López es el que me casó a la fuerza, ¿dí?

—¡Ya te vas a hacer la víctima! ¡Muévete hombre! —jaloneó la hamaca prácticamente echándolo de ahí—. No vayas a irte a Chonta, nomás —acotó refiriéndose a la cocha de la banda, al frente de Espinal.

—Acá a Tecla iré; está más cerca —accedió resignado “machote”, observando con fijesa hacia el denso bosque detrás del pueblo.

—Llévate a un cholo para que te ayude —recomendó su mujer con un poco de amabilidad, señalando a los nativos que habían venido con él del campamento maderero del Juantía.

—Me llevaré a Custodio —convino refiriéndose a un cashivo de complexión atlética y tan alto como él.

Sin remilgos que valgan y aún envuelto en esa vivificante frescura del amanecer, Antonio Marino se vio trasladado de su tranquilo vaivén de hamaca a los aprestos para partir cuanto antes a la fisga. No se sintió mal por ello. Diríase más bien que le complació. Estaba en sus latidos.

Con un par de shicras tejidas en chambira colgándole del hombro, y el nativo Custodio pisándole los talones, emprendió el camino hacia la cocha Tecla, como quien iba hacia el fundo "Congonita" de don José Chatre, utilizando un varadero de distancia corta muy transitado por los landronzuelos de frutas del pueblo, que hacían de las suyas en los frutales de dicho fundo. Nada hacía presagiar entonces que en un primer cambio de curso, el río dejaría sin tierras al buen don José, aislando de paso a Espinal en una tipishca, y que después, en una segunda desviación, confinaría definitivamente a los espinalinos a una ubicación más central.

Después de reeditar por un corto trecho el camino de los ladrones de fruta, se desviaron por un estrecho sendero que se internaba hacia la profundidad del bosque, y que a cada palmo exhibía una nueva y variada vegetación. Un silbido igual al que los hombres utilizan para galantear a las mujeres, cundía de rato en rato la bóveda vegetal, emitido por un pajarillo del que "machote" nunca se preocuparía en averiguar cómo se llamaba.

Caminaron en silencio, cada quién inmerso en sus pensamientos, por momentos interrumpidos por las imprecaciones ásperas del indio Custodio, que en su propia lengua hacía palidecer las lisuras castellanas, cada vez que los arpones, tan bien adaptados a las rectas isanas de chicosa y a la chonta labrada, se atajaban en alguna liana o maraña arbustiva.

Lo gracioso era que en su muñeca relucía un soberbio reloj CIMA que su "papá Antonio" le había regalado por su arrojo y valentía durante una escaramuza con los cashibos del Tahuayo, y que no se quitaba ni para dormir.

"Machote", el buen patrón, el "papá" protector de sus cholos, el mejor fisga de su generación, maderero, mecánico, guitarrista, ganadero, motorista, comerciante, boga, mitayero, sanitario, y en el decir de las gentes, "el más terrible blasfemo, mujeriego y peleador mejor dotado", caminaba cavilante delante del cashivo, balanceando las shicras que le colgaban del hombro.

A mediados del año 1,934 había tenido que abandonar Ester Muyuna debido a que su póstuma simpatía por Sánchez Cerro siguió siendo mal vista por los pobladores apristas, que desde 1,931 ya le venían hostigando y eran mayoría en el caserío, y por el deceso de su hijo Anselmo, fulminado por una letal neumonía.

El acoso violentista que sus sectarios y fanáticos vecinos ejercieron contra él y su familia fue tal, que inclusive durante muchas noches tuvo que pasarse en vigilia con escopeta en mano, para evitar que le quemaran la casa.

En cierta ocasión, el uso excesivo de arsénico sobre una herida persistente le complicó sus espectantes vigilias con claros signos de envenenamiento, haciéndole

experimentar terribles tembladeras y restándole capacidad para repeler a sus enemigos políticos, que para suerte suya, no se mostraron muy agresivos en esos complicados días. Pero la zozobra experimentada por los demás miembros de la familia, en la que los varones no dejaban de ser unos niños todavía, fue verdaderamente traumática.

Mercedes su mujer, fue impedida de seguir enseñando en la escuela, advertida de muerte si intentaba hacerlo, y prácticamente toda la familia fue conminada a confinarse en la casa, con riesgo de ser asesinados en cualquier momento.

Cuando en las noches los atacantes se acercaban amenazantes blandiendo sus antorchas, los disparos disuasivos hechos desde su posición defensiva, lograban contenerlos por un buen rato; pero uno que otro lograba lanzar su tea provocando amagos de incendio que mujeres y niños ayudaban a extinguir desesperadamente. Su hija Julia Victoria que recién había cumplido sus seis años, creía entender en medio de los gritos amenazadores que llegaban de la oscuridad, un intimidante ¡VIVA EL APRA! Grito que a la postre le significaría un corrosivo depósito en el alma, para toda su vida.

Enteradas las autoridades loretanas de estos intolerantes desmanes, inmediatamente crearon en Espinal la escuela que con antelación Mercedes había estado gestionando diligentemente, designándola como su profesora sin mayor demora ni trámite.

Hasta 1,933 ella ya había concebido dos veces más, después de Francisco y Anselmo, siendo en ambas ocaciones niñas las llegadas a engrosar la prole Marino del Aguila: Mercedes, nacida en 1,931 y Nelly, en 1933.

Se hallaban también recogidos, Oscar, el hijo de Filomena Lima y Julia Victoria, hija de Inés Gil.

El año de 1,935 cuando ya la situación en Espinal deparaba todas las satisfacciones que una familia de buena posición podía aspirar en la ribera ucayalina, nació Antonio, su quinto hijo en Mercedes, que de alguna manera llegó a mitigar el gran dolor producido por la pérdida de Anselmo. Coincidentemene en Iquitos nacía también Alicia, su hija concebida en Rosa Elvira Cáceres Alegría, media hermana materna de Mercedes, durante su estancia en Espinal a fines de 1,934.

Recordaba aún, con toda nitidez, los días y noches a solas con ella, cuando Mercedes se ausentaba a Pucallpa y él entraba a interceder en el ánimo humillado de hermana menospreciada que Rosalvina parecía consentir con resignación. En ese estado de poca autoestima, no le fue difícil seducirla echando mano a su don de persuasión y experiencia donjuanesca. Con actitud atenta, solícita, comprensiva, consoladora, protectora y manipulando astutamente desagravios, reinvindicaciones y promesas de amores inevitables, pronto la tuvo de piernas vencidas de gusto, a la vez que desorientada en los laberintos de sensaciones intensas nunca antes conocidas. ¡Qué importaba lo que tendría que sufrir, si algo de esta agonía iba a compartirla con su hermana!

Las mismas pautas fueron las que siguió cuando le tocó el turno a Elisa Fernandini, la sobrina carnal de Mercedes, cuando llegó a la casa de visita a mediados de 1,936 siendo todavía una adolescente, a quien tan traumática experiencia no le costaría

un hijo a cuestas, como a Rosa Elvira, sino una soledad seca y ambulatoria, de por vida . Coincidentemente, ese 6 de julio, fecha de su arribo, el gobierno emitió la Ley N°8368 comprendiendo en la Ley de amnistía N°7782 a todos los enjuiciados por los sucesos ocurridos durante el proceso electoral de 1,931 y al ex - subprefecto de Ucayali, Felipe Santiago Rivera, por el juicio iniciado en su contra a causa de los terribles desórdenes promovidos por miembros del APRA durante el año de 1,934, noticia que por cierto a"machote" no le hizo ninguna gracia.

Ahora estaba buscando la manera de convencer a Mercedes para recoger a Pedro y a Alfonso, dos hijos nacidos el año 1,937 de las hermanas, Cleofé y Leonila Panduro, respectivamente, y confirmar lo que le habían venido a contar respecto de una hija de nombre Lucía, que al parecer había nacido de su relación con Obdulia Tello Maynas, a quien esta la había inscrito con el apellido Vela de su actual compromiso.

También tenía pendiente comprar un padrillo de la raza zebú para su ganadería, pues desde que en 1,937 la Estación Agrícola de Cultivos Tropicales de San Martín había introducido seis parejas para ver sus bondades comparativas en el clima de la selva, se decía que eran animales óptimos para la producción de carne, sólo que un poco bravos.

Sólo a él podía ocurrírsele mesclar en asuntos pendientes, hijos con ganado.

—¡Aquí Custodio! —indicó de pronto, deteniéndose aproximadamente a unos diez metros de un espinoso yahuarango, cuya frutilla, parecida a un diminuto coquito de cáscara verde, despertó la gula del buen cashivo, que dejando distraídamente sus arpones a un lado, se puso a recolectarlos a bolsillo lleno.

—¿Por aquí has dejado la canoa papá? —preguntó a sabiendas de que así era, sólo para ganar tiempo tonteando con las frutillas.

—¡Vamos, vamos; no tenemos todo el día! —le tuvo que apremiar "machote", internándose por un lado del camino.

Pronto dio con el paradero de una canoa mediana de ágil silueta y acomodada bocabajo entre los arbustos, expertamente camuflada para evitar que la robasen. Al costado de ella, una rectísima tangana de espintana tierna yacía también en el mismo lugar en el que la había dejado, al igual que dos remos que aún mostraban barro seco en sus paletas, huella de la última fisga.

—Ayúdame aquí, hijo —le instó al cholo para que también empujara la embarcación en dirección a la laguna, distante unos treinta metros.

—Ahora papá.

El viento les trajo un aroma característico de lombriz de tierra, un olorcillo peculiar de esas hojarascas descomponiéndose en los bajiales, y desde las altas copas, el estridente barullo de una manada de rojisos cotos, complacidos con la fruta de un cargado tamamuri, irrumpió con insolencia en la ordenada vitalidad del bosque.

—Hoy día solo haremos un recorrido para ver nomás dónde vamos a fisgar mañana tempranito.

—Pero mamá Mercedes quiere para mañana en el desayuno.

—Todo depende que tú camines rápido hijo. Hoy día escojo el sitio y mañana temprano ya estoy con mi pieza en la canoa.

—Y en menos de dos vueltas del palo largo de mi reloj, yo estoy ya en la casa papá —aseveró el granítico cashibo, levantando ostentosamente su muñeca enrelojada.

—Ahora hay que ver si el tambo que hicimos la última vez todavía está parado.

—¡Qué no va estar, papá!

—Porque ahí pasaremos la noche.

La cocha era amplia, casi paradisiaca de no ser por la agresividad de los zancudos y mosquitos, y estaba bordeada por una grán diversidad de árboles cuyos frutos parecían haber sido dispuestos según la variedad de peces llegados al desove: El muesque, preferido por la palometa; la incira por la lisa; el timareo por la gamitana; y otros más, como la chimicua y la quinilla, que aún aseguraban una biomasa de verdadera despensa en la cocha.

—El chulla chaqui está haciendo sonar su huapunguero, papá —murmuró Custodio dejando de popear.

—No seas cojudo, es el huayo que está cayendo al agua.

—Ja, ja, ja...

—Te crees pendejo, ¿no cholo?

—Perdón, papá.

—No es nada hijo; pero no hagas bulla ya.

Con remadas lentas y sigilosas se adentraron en la pardusca laguna buscando el burbujeo delator de la presencia de algún paiche. Una arisca ushpagarza con su acostumbrado desdén les observaba con pose petrificada desde una prudencial distancia. Los dos hombres se veían insignificantes, pero eran los dominadores de la creación, sin duda.

—Allá va uno papá —susurró Custodio, señalando un trazo de burbujas.

—Shshsht le ordenó "machote" guardar silencio, sumido en una especie de trance que le facilitaba percibir la vida del mundo subacuático.

—Pícale ya de una vez, papá —volvió a susurrar el cashivo, excitado con la sigilosa persecución.

—Es muy grande.

—Mejor.

—No hijo; uno mediano será suficiente para hartar a esos curas pendejos.

—Je, je, je... —dejó escapar Custodio una risilla burlona, que no pasó desapercibida para un nervioso saorín que desde una milluamullaca saltó asustado ensayando un corto vuelo.

—¡No hagas bulla, una grán puta! —le tuvo que espetar con aspereza "machote", pues a unos siete metros de proa, había divisado otro burbujeo.

—Allá está papá —indicó Custodio sin darse por enterado del tosco llamado de atención.

—Ajá... Pero es madre... Mira esa otra línea de espumilla: es de la cría.

—Sí pues.

—¡Allá va otro! Ese sí está bueno —terminó amenguando su inicial entusiasmo para que el trueno de su voz no espantara la presa.

—¿Le vas a picar papá?

—No; mañana temprano lo haremos. Mamá Mishi quiere que sus invitados coman fresquito.

—¿Puedo picarle a uno más pequeño con la huahuasapa, papá?

—No.

Recorrieron la cocha hasta media tarde, delimitando los lugares propicios para efectuar una fisga efectiva al amanecer.

Aquella noche, después de dar cuenta de los fiambres traídos en las shicras y de compartir un aromático café negro que solamente los patrones tenían derecho a degustar en los campamentos de madera del Aguaytía, ya que la peonada de lo único que disponía en abundancia era la carne de monte y su chapo de plátano maduro, los dos hombres se retiraron a descansar con la docilidad plácida devenida del cansancio. El monte no les asustaba, para nada.

Antonio Marino López, más conocido con el mote de "machote", tras su apariencia de guerrero altivo y pendenciero, de su don de mando, de su rudeza y voz terremótica, y de su temeraria fama de "pinga loca", era en el fondo un hombre con un chispeante sentido del humor, de generosidad irrestricta y secretamente sensible a las alusiones de su mujer respecto a sus lupunescas desventajas de cultura, de ascendencia pudiente y de relaciones de alto nivel, comparado con ella. Tal vez en esto residía la razón de por qué su corazón se había ido alejando del hogar con cautela de felino, y por qué prefería ser un esporádico visitante en él. Tal vez por esto la dejaba atar y desatar fingiéndose un convidado de piedra a su lado, y hasta le permitía creerse con derecho de mando como cabeza de familia. Al fin y al cabo, para el tiempo fugaz que permanecía en casa, el rol de proveedor y de semental, le bastaban. Lo malo era que su indolente actitud ante la responsabilidad de criar y educar a los hijos, dejaba en desventaja afectiva a sus vástagos recogidos, pues Mercedes sólo les habia aceptado por estrategia posesiva como mujer alfa.

Al día siguiente, aún con bruma y un verde grisáceo tendido sobre la tibia superficie

de la cocha, dos siluetas borrosas se adentraron sigilosamente a las zonas de fisga escogidas la tarde anterior.

No tardaron ni media hora en avistar a su presa. Era como si la cita hubiese sido pactada por los magnetismos ocultos del bosque, permisivos en cuanto a dejar que el hombre tomara su alimento, siempre que se mostrase expresivo en reverenciar el equilibrio de la naturaleza.

A las ocho y media de la mañana, gracias a la habilidad innata de "machote" para la fisga y a la fortaleza del cashibo Custodio, que con una parte del mitayo obtenido partió raudo de regreso a Espinal, los sacerdotes pudieron degustar, rompiendo sus hábitos frugales, un exquisito apanado de paiche fresco acompañado con una suave yuca arponcillo, siendo Mercedes congratulada por tan exquisita atención.

Un pote con dulce de guayaba en su punto, moradísimos medallones de sachapapa, café de huerta y pan hogareño, dieron también su colorido a la mesa, haciendo que los clérigos, por decirlo en términos populares, "comieran como curas".

Para el soleado viaje de bajada, Mercedes les entregó un poto nuevo de huingo, lleno de un exótico refresco de copoazú, acaso de las primeras frutas de esta especie introdicidas en tierras del Ucayali.

Al día siguiente, con la casa otra vez inmersa en la rutina de los días comunes, cada miembro volvió a lo suyo y "machote" se reencontró con su hamaca para aburrirse con su espalda caliente y desear partir una vez más lejos de ahí. Por cierto, no tuvo más que decidirlo.

De esta manera, a los dos días de haber tomado su decisión, y muy de madrugada, su canoa y dos más detrás de ella, se echaron a surcar el Ucayali en pos de la boca del Aguaytía, por donde incursionarían hacia las zonas maderables del Juantía, en una de las cuales quedaba su campamento. Para alivio de los remeros, la boca del mencionado río, cuyo nombre según se sabía derivaba de un vocablo cashibo que significa "gaviota negra", no estaba lejos de Espinal.

Aparte de él, completaban el grupo: Custodio, Vicente, un curaca cashivo que era su compadre, el cocama Pacaya, el shipibo Julián y los mozos Amador Vela y José Paima.

Antes de internarse en aguas de la "gaviota negra", dio un largo vistazo a las tierras del Sur, a donde Mercedes, su mujer, había prometido trasladarse apenas en Pucallpa lograse hacerse de buenas relaciones. Este tiempo todavía no había llegado, pero escrito estaba que ella llegaría a ser Inspectora Municipal de Espectáculos en la pujante ciudad, y una comedida y eficaz favorecedora de sus amigos, compadres, comadres y conocidos espinalinos, que recurrirían a su capacidad de gestión y a sus buenos contactos, para solucionar incontables problemas.

Puerto Caridad, Tacshitea, Panaíllo, San Antonio, Utuquinía, San Francisco, Chancay, la boca de la laguna de Yarina Cocha, fueron nítidos nombres que se agolparon en su memoria, algunos pálidamente resaltados en sencillas reseñas originarias recibidas de oídas en algunas de sus estancias. Obviamente exceptuando los casos de lugares con una herencia fundacional de silencio y olvido.

En esos tiempos tampoco se hablaba todavía de la fundación de Pucallpa con la certeza de referencias refrendadas y fechas probadas, pero el tema no se postergaría por mucho tiempo, saliendo a la luz dos polémicas versiones llamadas a trascender durante el periodo municipal de don Francisco Odicio Román, quien, al convocar a un apurado concurso de monografías históricas de la ciudad, con un premio pingüe en Soles, inaugurará un punto de partida sacramental de la identidad pucallpina, pero también nubarrones especulativos sobre los datos que expondrá en su galardonada monografía, don Laureano del Águila Córdova, a la sazón secretario del Consejo, respecto a que su señor padre, don Eduardo del Águila Tello, junto a don Antonio Maya de Brito, habrían sido los fundadores de Pucallpa. Y es que, contra su versión, se opondrán los descendientes de don Agustín Cáuper Videira, esgrimiendo también una sustentación propia, de respetable credibilidad.

La cuestión se podría resumir así: Al llamar el bien intencionado alcalde a un concurso de monografías históricas de la ciudad con un premio en Soles bastante sugestivo al ganador, resultará galardonado don Laureano del Águila Córdova, secretario del Consejo, quien, con comprensible sentimiento de admiración, señalará a su señor padre, don Eduardo del Águila Tello, como pionero de la colonización sanmartinense del Ucayali y co-fundador de Pucallpa con don Antonio Maya de Brito. Sin embargo, contra esta sugestiva y convincente versión, se contrapondrán los descendientes de don Agustín Cáuper Videira, quienes sostendrán que la fundación de Pucallpa tuvo que ver con las posesiones de este pariente en "Boa vista", años antes de las indicadas por don Laureano.

Sin embargo, pese a los cuestionamientos que recaerán en el alcalde por su apresuramiento de conceder el primer premio a su secretario, pese a la polémica surgida alrededor de las dos versiones y pese al sorprendente registro del padre Fernando Pallarés, que en su viaje misional de 1,854 desde Sarayacu hasta el alto Ucayali, ya daba cuenta de la existencia de un pequeño caserío en la margen izquierda del rio, de nombre Pucallpa, especificando que estaba habitado por ocho familias shipibas, a las que visitó un 22 de junio de dicho año, la historia de Pucallpa se apoyará desde ese momento —como en sendas leyendas lo hiciera el Tahuantinsuyo—, en los argumentos esgrimidos por las dos familias en sus respectivas versiones.

Ahora, cómo entender que el Padre Pallarés mencione "Pucallpa", un término fusionado de dos vocablos quechuas, puca (rojo) y allpa (tierra) —mencionado por don Laureano del Aguila en su monografía histórica, décadas después—, y no May Jushín, término shipibo que significa "tierra colorada", y que le hubiese resultado más lógico consignar teniendo en cuenta que el lugar estaba habitado por nativos de esta etnia. La respuesta pareciera desprenderse del hecho de que los religiosos misioneros que iniciaron su obra evangelizadora en la selva, solían introducir el quechua en las diversas tribus catequizadas a fin de facilitar un sistema de comunicación común entre ellas, tal como hicieran en las comunidades serranas de donde fueron avanzando hacia la región del Ucayali.

Pero Antonio Marino López no podía pensar en estas cosas, porque su tiempo era otro, porque entendía la fundación de los pueblos a partir de su denominación oficialmente aceptada y no de los rumores a los que estaba acostumbrado escuchar en sus viajes por la ribera, porque sabía de la refundación de pueblos por etnias de

turno en los mismos lugares y hasta con la misma tiponimia, y porque su mente de macho morboso, en esos momentos ya ascendía por los muslos de la buenamoza que desde hacía un buen tiempo encarnaba sus tentaciones en el caserío de Shambo. Tentaciones exacerbadas por la resistencia que la muchacha desplegaba cada vez que la asediaba, y por su subrepticia doblez de estar ya enredado con la madre desde tiempo atrás. Aunque también, porque con el conocimiento que tenía de la lengua shipiba, muy de seguro hubiese cuestionado el término "ushín", usado a la ligera hasta en rótulos de tiendas y botes, pues para él, colorado, rojo y hasta plátano, se decía "jushín".

Acaso lo que sí hubiese estado en condición de confirmar, de haber seguido pensando en los pueblos que iba avistando o dejando atrás, es que su amigo Félix del Águila Córdova, casado con doña Fidelia Silvano Pinedo, había estado haciendo chacras a orillas del lago de Yarinacocha —paradisiaca tipishca formándose por la desviación del cauce del río Ucayali poco más abajo de Pucallpa, conocida por los nativos como "Jepe Lam", alusión a la abundancia de palmeras en el lugar—, prácticamente desde el año 1,934.

Esto es, mucho antes de que llegasen todavía otras familias al lugar y mucho antes de su ulterior reconocimiento como caserío de nombre, Barrio Alto, un 10 de enero de 1,948, caserío que a la postre devendría en Capital del distrito de Yarinacocha con el nombre de Puerto Callao.

Cuando las tres canoas por fin atracaron en el puerto de este caserío, se encontraron con que ni un alma se asomó a verles desembarcar, como era lo usual, y es que en la cancha de la escuela se estaba desarrollando un campeonato relámpago de fútbol, con la participación de otros representativos de la ribera.

Un centro delantero de endiablado dribling y plasticidad en el desplazamiento acababa de anotar un acrobático gol por el equipo de Naranjal, y el grito de su fanaticada entusiasmó a los recién llegados, que en el acto se apresuraron en concurrir a las inmediaciones del local escolar, de donde provenían los desaforados vítores.

—¿Quién está ganando doña? —le preguntó "machote" a una mujer de sonrisa vampiresca por ausencia de sus incisivos superiores.

—¡Naranjal pues! —respondió esta toda petulante, denotando sus simpatías por el mencionado caserío y derrochando viento sobre sus encías.

—¿Y quién ha metido el gol de hace un rato?

—El joven Ibazeta.

—¿Ibazeta?

—¡Sí, señor!

—¡Oye Amador! —llamó a uno de sus peones, que concentrado en el juego, amagaba patear la pelota.

—Diga patrón.

—¿Ese Ibazeta no es el que a uno de sus cholos le puse un enema con el cañón de la abancarga?

—El mismo, patrón.

—¡Carajo, juega bien el condenado!

—Siempre que hay campeonato sale a reforzar a Naranjal

—Habrá que jalarle a Espinal.

—Goooool —se elevó en ese momento la voz de la mujer edéntula por encima del griterío de sus pares, celebrando un nuevo gol de Hérmel Ibazeta.

—¡Buen jugador! ¡Un jugadorazo! ¡No hay vainas, caracho! —exclamó admirado "machote"—. Este muchacho tiene que ir a jugar por Espinal —aseveró premonisor.

Aquella noche los zancudos guardaron sus aguijones hartos del mismo sabor de sangre que los inmunizados ribereños exponían bajo la curtida piel, y dejaron tranquilos a los que decidieron darse una disipada en las cantinas de Shambo.

Antonio Marino López y Hérmel Ibazeta Reátegui, a insistencias del primero, separaron una mesa para coger su parte en esta tierra, comiendo y bebiendo como Dios manda y excediéndose en tragos como un supuesto buen hígado les demandaba.

—Juegas bien ¿eh?

—Lo que sale, sale don Antonio.

—No te hagas el cojudo, ¡salud!

—¡Salud!

Alguien trajo una guitarra y el emponado de Nemesio Zegarra se llenó de bailadores subyugados por los corridos y valses que "machote" desgranaba con travieso punteo del diapazón.

Cuando Hérmel Ibazeta ensayó lo suyo tocando algunos huaynos aprendidos en Satipo, su relación con Antonio Marino se tornó más amical. La afición por el mismo instrumento musical y los niveles de alcohol en sangre, les hizo entrar en confianza como si fueran dos amigos de siempre.

A "machote" le rodeaba toda su gente, incluyendo los nativos, y a Hérmel solo Marcelino Gonzales, el peón al que más confianza tenía en su campamento.

—Oye muchacho, me dicen que don Miguel Chávez Maldonado es tu pariente ¿Es cierto?

—Si, así es don Antonio.

—Él es ahora el Intendente Forestal, ¿no?

—Casi.

—Pero pesa, ¿cierto? Eso es lo que dicen los madereros.

—Creo que sí. Porque es el segundo después de un militar.

—Tenemos que conversar bonito de esto Hermelito, ¿eh? —propuso "machote" enarcando las cejas y disimulando a medias los efectos del aguardiente.

—Cualquier rato don Antonio.

—Bueno; les voy a dejar un rato muchachos.

—¿Ya vas a dormir compadre? —alcanzó a preguntar con los ojos adormilados, el curaca Vicente.

—Voy un rato a ver cómo se porta la mosha, compadre. Ya vuelvo.

—Esa ya no tiene nada de mosha —adujo a media lengua Marcelino Gonzales, levantando la cabeza como un motelo.

—Duerme nomás borracho —le conminó agriamente "machote".

—¡Puta, dejando de huevadas; ahí metes las dos manos juntas y encima aplaudes, huevón! —porfió chapuceando sílabas el aludido.

—Ja, ja, ja... —rieron sueltos en alcoholes, los demás mozos.

—Oye Hermelito...

—Diga don Antonio.

—Hazle callar a este huevón de tu peón, sino le voy a dejar la cara más abollada que olla de aluminio.

—Me hago cargo don Antonio; vaya tranquilo.

Tras él, sus cholos desfilaron en silencio uno tras otro yendo a buscar donde tumbarse para dormir. Los mozos por su parte persistieron en quedarse a dar el penúltimo trago en compañía del joven Ibazeta, convencidos de que su patrón pronto estaría de regreso.

—¿Ya se fueron los cholos? —preguntó Marcelino Gonzales, que parecía darse cuenta de los hechos en medio de tumbos mentales.

—Esos ya han olido pues, el supi del patrón; por eso le siguen como pollitos chunchitos —aseguró sarcásticamente José Paima.

—Tu patrón es un pendejo ¿di? —volvió a intervenir Marcelino—. Se ha estado tirando a la vieja Josefina y ahora quiere treparse a la hija, pensando que está pitita la cojuda. No sabe que su pichi hace rato ya no hace sonar el bacín.

—Le para robando a la vieja sus calzones de costalillo de harina cada vez que le da su remojada, para dejarle mudado en su cabeza a cualquier borracho —delató vencido por las livianas infidencias, Amador Vela.

—No seas mal hablado, oy; deben de ser seguro de esa tela gruesa a cuadros que llaman bichí —balbuceó todo buen samaritano Marcelino.

—Dejen de estar hablando tanto y manden un par de cuartillos más -dejó escuchar su voz, Hérmel Ibazeta.

—¡Así se habla patrón! Porque aquí hemos venido a chupar hasta morir —tuvo fuerza para chancear el agónico Marcelino.

—Como los hombres, mano —acotó José.

—Hablando de hombres, ¿cómo les va con los cashibos bravos? —se interesó Hérmel.

—¡Ah, esos infieles cada vez se ponen más bravos! —empezó a referir Amador—. Los trabajos de la carretera en la pampa del Yúrac les está empujando hacia acá y no es raro que nos topemos con ellos a cada rato —agregó.

—Ni el curaca Bolívar ha podido convencerles para que se amansen —intervino José.

—Escuché algo de ese indio; pero, ¿quién es en realidad? —preguntó Hérmel.

—Es un curaca cashibo civilizado que está ayudando a abrir la carretera del Aguaytía hasta el boquerón. El pendejo se ha entrevistado hasta con el mismo presidente Benavides. Dicen que la familia Odicio de Pucallpa le crió hasta los trece años mas o menos, y que de ahí se escapó al monte donde sus paisanos. A los pocos años se supo que era él, el jefe cashibo que había iniciado una lucha sangrienta en el Aguaytía para unificar a todos los grupos dispersos de su tribu. A los que se resistían, dice que les pasaba a cuchillo con todas sus mujeres y sus hijos. Era un maldito el cholo —concluyó Amador.

—¡Carajo, no debe ser muy alentador civilizar a un cojudo para que termine más salvaje de lo que ya era! -reflexionó Hérmel.

—Como el campa Torote y el shetebo Runcato —comparó José.

—Historias del campa, las escuché en Puerto Ocopa hace unos años —confesó reflexivo Hérmel.

—Pero ahora el Bolívar está más manso que un pihuicho sin plumas. Sólo hace correrías cuando sus paisanos chúcaros entran a robar en los campamentos de la carretera —entró otra vez a la conversación Marcelino, que había estado dormitando por un buen rato.

—Ahí es pues cuando los pendejos se repliegan a nuestra zona —aseveró Amador, saturándose de un certero golpe el gaznate con la copa de aguardiente perdida en su manasa.

—A mí por poquito me "fríen" los cabrones —recordó José.

—¿Qué pasó? —se interesó Hérmel, que parecía recién estar adaptándose a las peculiaridades de la selva baja.

—Estaba regresando al campamento después de controlar unas señales que había dejado en unos caminitos de venado y de majás, cuando ahí nomás, en pleno monte, me agarró una sed de los mil demonios. Mi boca estaba como si hubiese estado masticando casho verde; ¡todo seco, oy! Entonces me salí de la trocha para buscar una cotohuasca o una sapohuasca con qué calmar mi sed, pero todo cojudo también, dejé mi abancarga arrimada en un palo lejos de mi alcance.

—¿Qué es esa cotohuasca o sapohuasca? - preguntó Hérmel.

—Son bejucos; unas sogas que botan agua cuando les cortas.

—¡Ah caramba!... ¿Y, que pasó?

—Ahí, buscando, buscando, encontré una. Pero, ¡por la puta! No le podía alcanzar. Entonces la comencé a jalar para poder cortarla, y en eso que estoy, jala que jala... ¡puta! Me vengo a dar cuenta que ahí cerquita, dos cashibazos con sus flechas listas estaban ahuaitando hacia las copas creyendo que algún animal ahí era el que movía las ramas. ¡Carajo! El culo se me puso como ojo de chancho con orzuelo.

—Ja, ja, ja... No seas pendejo pues oy; ya nos estás queriendo chamear —objetó Marcelino con la cabeza bamboleándole de puro borracho.

—Aunque no me crean, si me llegaban a ver esos calatos... ¡Pucha!

—Esos te hacían jushilico ahí mismo, so huevón —aseveró muy serio Marcelino, con gesto fatal y apesadumbrado.

—¿Por qué al Juantía le dicen Fantía? —se le ocurrió preguntar a Hérmel—. Porque en unos mapas hidrográficos de la oficina forestal leí que en realidad es Juantía —acotó.

—Sí al juane le dicen fane —respondió Marcelino secándose sus babas—, y al feo le dicen jueo... Idem nomás es —lapidó con un parecer simplón que hizo sonreir a Hérmel.

XXVI

Un cielo estrellado, un bosque quieto, un río reverberante de destellos plateados y una la luz de luna a punto de ser mágica bañando la tierra —de niño las lunas llenas las asemejaba a las bomboca ñuritas, a las canicotas nipilitas que solía guardar como tesoros en una media sin par—, eran el marco escogido por esa noche para encubrir a los fiesteros impenitentes que aguardaban impacientes los agresivos sones de la promocionada orquesta traída desde Pucallpa para desafiar con entusiasmo extrovertido y circense —propio de las gentes de la selva—, las leyes del equilibrio corporal y emocional. Aunque desde hacía buen rato, el consumo de licor, tabaco, caramelos y chicles, ya venía estimulándoles a dejar de lado las riendas apenas sofrenadas de su compás de espera, y a irrumpir vocingleros en la rutilante explanada acondicionada para el vacilón de la noche.

Desde el malecón -en donde la gente iba congregándose cargada de ese entusiasmo pueblerino que involucra a todas las almas cada vez que un evento festivo toca a las puertas de un caserío de olvido-, se podía divisar la tenue luz de velas en agonía filtrándose por las persianas de la posta, que ponía sobre ella una carga de distancia, de aislamiento, de melancólico apartamento.

Una que otra luciérnaga chispeaba impredicible en el envolvente lienzo de la noche, como esquivando un encuentro delator sobre el mágico secreto de su luz fría, mientras los impacientes fiesteros daban la espalda a su río familiar, que desde sus orillas era visto como que se iba, pero que siempre estaba.

Los amigos del internista, que merodeaban todavía esquivos por entre los haces de luz que se proyectaban tasajeando las sombras leves del plenilunio por las puertas y ventanas del salón de baile, se pusieron de acuerdo para sustraerlo de ese enclaustramiento, al que consideraban un desplante aguafiesta poco menos que mortificante, teniendo en ciernes una prometedora y totalitaria noche de farra. Imbuídos por cierto, de una entusiasta motivación amical recién puestas a perfeccionarse, de conclusiones implacables, respecto a que cualquier reserva, retraimiento, o retiro, resultaba en esos momentos poco menos que una cojudez, y por la orfandad que trascendía del contraste, apenas voltear la vista hacia la posta.

Pero Matías en esos momentos no se sentía con ánimos para corresponder estos antojadisos y livianos propósitos, pues andaba ensimismado casi hasta la catalepsia, pugnando por rescatar y extractar lo verosímil de tantas referencias aisladas dadas sobre el pasado de Llullapichis, ya que requería contar en su informe para la universidad, con un documento de esta naturaleza. No entendía cómo, un pueblo de considerable longevidad y demostrada pujanza, no se había preocupado de documentar su historia, fuente esta de identidad de donde parten todas las transformaciones hacia el progreso, y en donde se refrescan las tradiciones para estirar hacia el infinito el legado de los antepasados. Pero esa era la verdad, y su búsqueda le exigía un esfuerzo mental de trascendencia. Por lo menos su Pucallpa había ya hecho más de un esfuerzo oficial al respecto.

El viento empezó a moverse en la atmósfera y el eco de los ritmos febriles le hizo trastabillar en su concentración, y por momentos hasta lamentar haber decidido quedarse allí, aislado como un anacoreta. “Tendido el puente es más facil llegar

de orilla a orilla", reflexionó atendiendo la letra de una tonada melancólica venida de la fiesta, pero rápidamente se revolvió para mantenerse en la suya, con puente o sin él.

Pensó en su condición de itinerante, de hombre de paso, prohibido de andarse asimilando en serio a residentados afectivos, o a compromisos condicionantes de cualquier índole, y tuvo que hacer un esfuerzo de canoero para remontar el embate de aguas llegadas de nombres como Ludmi, Daymi, Elka, Rilda, Endora... Todas, gatas traviesas, curiosas y enceladas maullando en medio del camino; todas, expuestas damiselas concurriendo a la posta con mucho más que una sonrisa dispuesta. Algo comprensible, de repente, en algunas de ellas, considerando su edad, su expectativa casamentera y la presión familiar que suele incubarse frente al recelo por una solterona en casa.

Pero el esfuerzo no resultó lo suficientemente eficaz, y optó por repantigarse echando la silla hacia atrás, infiltrado de inevitables reminiscencias, tan frescas como las recopilaciones historiales que aún tenía sobre el escritorio en rompecabeza, y ligadas a la llamada Rilda, que era una mujer amante de atajos y conviviente a cuestas, que llegó de manera oportunista a ofrecerle todo a cambio de nada. Una situación parecida a la que le tocó experimentar a sus tempranos quince años, cuando la esposa de un italiano recién llegado al barrio, toda alborotada ella y resucitada a adúlteros extravíos, le hiciera voltear hacia sus prismáticos de luz infraroja a precio de inseguros tanteos en un cuerpo de mujer. Tal vez por esto, reconociendo en la tentadora réplica, huellas que antaño transitara con sobresalto adolescente, es que se detuvo a divagar tras los densos y perturbadores aromas de Rilda, por lo pronto dejando a un lado la historia de Llullapichis. O bueno… Yuyapichis.

... La primera vez que se acercó a la posta, fue para hacer tratar a su pequeña hija de una afección bronquial. Joven, ágil y bien parecida para el medio y la circunstancia de su irrupción, hizo sentir su energía revoltosa apenas entrar. Su hablar sinuoso, persuasivo e insinuante, su mirada juguetona y sus risas fáciles a tono de fiesta, dieron cuenta de que no había aprendido a distinguir las cuestiones serias de las travesuras.

—Muy solitito paras por aquí, doctor; ¿no te aburres? —empezó a hurgar en temas jaloneados, ajena al interés por su pequeña hija.

—No es problema.

—Te puede visitar el tunchi.

—Hay que tratar a tu hijita; su pechito está que silva —le explicó, esquivando su juego provocador.

—Tú sabrás ya, qué se puede hacer -más que confiada, su voz le pareció despreocupada.

—Sí pues; es que es necesario —atinó a reiterar reprimiento por civismo el fastidio que le produjo el desinterés que mostraba por la afección de su pequeña.

—¿Funciona bien tu "frishi" doctor? —preguntó con desenfado, palpando la

refrigeradora.

—No; le falta kerosene.

—Te voy a regalar entonces un poco para que le prendas.

—No se preocupe; no creo que sea necesario.

—Para venir a comer curichi cada vez que estoy por el pueblo, pues —alegó con un coqueto mohín—. No te hagas de rogar, malo —agregó melindrosa, escondiéndose detrás del aparato.

—¿De dónde viene? —atinó a interrumpirla, sopretexto de cumplir con los datos de filiación—. No la ví antes por aquí —acotó de manera coloquial. Tampoco quería parecer impersonal.

—Más paramos en Pucallpa; pero ahora estamos en nuestro fundo, aquí nomás arriba frente a la quebrada Dantas.

—¡Ah!

—¿Conoces? —preguntó enarcando sus perfectas cejas—. ¡Qué no has de conocer, dí! -exclamó graciosamente a modo de contestarse a sí misma.

—He ido por ahí, pero sólo he caminado por esta banda.

—Mañana te voy a traer un poco, aunque no quieras.

—¿Qué cosa?

—¡El kerosene, pues! No te hagas el embeleco —replicó con su confianzuda manera de tutear.

—Déjelo nomás, no se preocupe; de repente falla algo, y... —se suspendió un instante, dejando para el sobre entendimiento la entraña de la frase inconclusa—. Porque al parecer no le han encendido bastante tiempo —acotó, tras la leve pausa.

—No doctor; a mí duro me gusta el chupete..., y cuando a mí se me mete algo en la cabeza... ¡aguántenme! —para decirlo, desmesuró sus ojos, soltando una risita sugerente muy típica de chica revoltosa, de “hembra de rabo caliente”.

—¿Duro de bastante, o duro de duro? —la interrumpió divertido por el uso de esta palabra, que le transportó a los tiempos de su niñés.

—¡Qué ya pues preguntas!

—No, siga nomás.

—En tu frishi hay suficiente espacio hasta para taypar un buen buyón —insistió con un gracioso y expresivo ademán, asumiendo de hecho, negada toda posibilidad de que él ensayara siquiera resistirse.

—Con tanto calor, a cualquiera le caería bien —casi tranzó.

—A mí, ahorita nomás se me antoja —replicó ella con picardía de mujer fatal, mordiéndose el dedo índice.

—¡Listo niña! —exclamó él, bajando a la pequeña con cuidado de la camilla—. ¡Qué valiente! —la aduló, conmovido por sus silenciosas lágrimas, luego de la inyección.

—Ella aguanta —enfatizó la mujer el estoicismo de su hija, con un desparpajo insensible que sonó desagradable.

—¿Su papá?

—¿Dónde estará?

—¿No está en su fundo?

—No —un poco confundida y grávida, Rilda guardó un penitente silencio fingiendo entretenerse balanceando su frondosa cabellera de hombro a hombro, con la barbilla elevada y la mirada sesgada, como desafiando posibles réplicas a lo que iba a decir—. Yo con él estoy reunida nomás —terminó aseverando, como si se hubiese obligado a confesar una cosa así.

—Así sucede a veces y la gente vive feliz —ensayó consolarla, inspirado de pronto en ser comprensivo, tolerante y santurrón.

—Es mucho mayor que yo y ya no nos llevamos tan bien, que digamos —insistió en confidenciar—. La gentuza ¡qué bruto! Como es bien habladora, inclusive andan diciendo que ella no es su hija. ¡Duro critican! —comentó como al desvío.

—Bien; la pequeña tiene que seguir tomando esta medicina —le indicó, tratando de sacarla de carril y de dar por terminada la consulta. Las confidencias y los consuelos puros no anidan en los hombres comunes, y él creía que lo era. Para no sucumbir debía parapetarse.

—Me voy a quedar un tiempito por aquí; si quieres puedes ir al fundo para invitarte queso —invitó con venal candor, al salir, dejándole con ganas de decirle que queso rimaba con beso.

—Gracias, lo tendré presente. Cualquier rato me desocupo y estoy por ahí.

Al día siguiente de este primer encuentro, Rilda volvió a la posta pretextando entregar el kerosene que había prometido. Para no desairarla y aprovechando la ausencia de pacientes, inmediatamente se puso a cargar el tanque de la refrigeradora, a sabiendas de que la mujer venía a empujarle a resbaladeras desde donde el bien y el mal se podía percibir según conveniencia, y trató de manejar la situación escabulléndose de ella de uno a otro lado del reducido recinto. No tenía previsto hacerse de la vista gorda con la siembra de soledades que harían daño tras su inevitable partida, pero al parecer, tampoco se había preparado para eximirse de ellas exponiéndose al provocador influjo de hembras impetuosas como la que revoloteaba frente él.

Con su desenfado a prueba de balas para protagonizar el papel de comedida

compañera, con su habilidad para exponer "al descuido" partes excitantes de su sensual cuerpo, con su conversación cargada de intimidad y propuestas de fondo, y con tantas otras estratagemas puestas a intentar doblegar su educada y a la par forzada resistencia, Rilda estrenó en esta oportunidad un asedio más frontal, ostentando con aleve descaro el ímpetu de las pasiones prohibidas que parecía gustar y manejar como eximia acupunturista. Y no fue esta la última vez que frecuentó la posta. Lo hizo cuántas veces se le vino en gana; sin justificación ni pretexto; sin importarle el resquemor malediscente de la gente y ajena a todo escrúpulo que rescatara su respeto por el conviviente ausente y, de hecho, por ella misma. Su travieso revoloteo enmascaraba ideas fijas, y él parecía haberse convertido en una de estas.

—¿Vas a ir a la fiesta? —preguntó cierto día.

—¿Qué fiesta?

—¡Qué ya! ¿No sabes ya vuelta que se casa pues la hija de don Pedro Panduro con uno de los Módena Sharishi? Por ahí ya están diciendo que van a matar un torete porque hasta de Pucallpa van a venir los invitados. ¡Harta comida va haber!

—No sabía.

—La fiesta será en Yanayaquillo ¡Vámos doctor! —siguió abundando.

—No sé si pueda.

—Aquí el pueblo va quedar silencio como un cementerio.

—¿Sabes que cementerio significa dormitorio?

—¡Cómo ya pues!

—Bueno, si me invitan... hmm..., de repente pueda que sí.

—¡Qué no te van invitar! Tú eres una autoridad. Si no todo huacllo te vas a aquedar.

La fiesta que hizo mención Rilda con tanto entusiasmo, fue de verdad una de las más derrochadoras desde hacía mucho tiempo en el lugar, y convocó, como azucarero abierto a las hormigas, a gran cantidad de personas de las más diversas procedencias.

El ruido de los botes moviéndose río abajo en medio de la oscuridad, dio testimonio de tan exitosa convocatoria, apenas caer la noche. Pero él, el internista Matías, no estuvo allí. Se quedó solo, como vaticinara Rilda, en un pueblo desolado y absorto en su abandono.

El monte, el río, las casas silenciosas sin sus chispas de rendija, el viento paseándose sin apuro con sus ruidos extraños acreditando lo cierto de sus superticiones y las letras demasiado pequeñas de los recetarios que puso frente a sus ojos haciéndole lagrimear a la luz de una vela, fueron su compañía hasta que dejó de tener conciencia al promediar la madrugada.

A eso de la una de la tarde del nuevo día, un apacible domingo que tenía dedicado a desestresarse marginando todo contacto con el trabajo, vio ecercarse a la posta al cuñado y al hermano de Rilda. Venían a solicitar ayuda urgente para esta, aduciendo con ademanes y gestos poco convincentes, que la mujer se encontraba con altas fiebres e inaguantables cólicos, allá en su fundo.

—Tenemos el bote atracado en el puerto, para llevarle, doctor —informó el hermano.

—Ahora les alcanzo; espérenme allá —aceptó acompañarles, alistando el maletín de campaña, resistiéndose a todo asomo de malicia, y más preocupado en atinar la cura de la dolencia, que en otra cosa.

El traslado resultó rápido y la brisa del río tuvo el efecto de relajar todos los músculos de la expresión, tan necesitados de autocontrol en una situación como esta. Nadie dijo una sola palabra a la hora de desembarcar. Subió las escalones de la casa con cierto embarazo, pues parecía que estaba siendo observado subrepticiamente, y al trasponer al fin la puerta del cuarto de la enferma, escuchó mascullar ácidamente a su hermano, la siguiente observación: "Acaso tiene algo, pues. Se está haciendo la cojuda, nomás". El comentario, por conclusión, debió halagar su vanidad masculina, pero en vez de esto, violentó su conciencia profesional y de persona bien intencionada. Pero en todo caso, era una cuestión que debía comprobar. No tuvo tiempo para procesar algo más el comentario, pues antes de parpadear, se encontraba encarado ya a la supuesta enferma.

El interrogatorio y los exámenes de rutina determinaron que no tenía nada que pudiera justificar el que le hubiesen traído desde Llullapichis con tanto apremio, y un columpio meciéndose de oído a oído le activó un desagradable malestar faríngeo. Se sintió bastante molesto. Su ética profesional parecía primar sobre su vanidad de hombre, que por cierto, amagaba efervescer hasta la sialorrea. Fingiendo calma se asomó a la pequeña ventana para tratar de poner un poco en orden sus pensamientos, pero los astados que divisó paciendo por entre los establos le dieron más mala espina.

—¿Crees que estoy enferma? —preguntó coquetamente Rilda, interpretando mal su expresión cavilante.

Estaba cubierta por una delgada sábana ceñida adrede sobre sus caderas y el voluminoso pubis, el pelo lo tenía aún humedecido por reciente baño, y su faz radiante y perversamente arrebolada, no tenía nada que ver con un estado febril que pudiera apaciguarse con antipiréticos del maletín.

—No sé qué pensar.

—¿Te has enfadado, di? —preguntó como niña arrepentida; más, separando lentamente sus gruesos y bien delineados muslos, convertida al instante en una experimentada demonia, agregó susurrante—: De verdacito, quería verte —se sinceró.

Optó por no seguir dándole tiempo a que siguiera con sus desmanes. Recogió el termómetro, el estetoscopio y el tensiómetro, y salió sin mediar palabra directamente al bote, tratando de inhibir a duras penas una vergonzante erección. Se sentía como un ser al que Dios equivovó darle el cuerpo que a su espíritu correspondía.

—Sírvase una raja de sandía doctor —le ofreció la hermana de la fingida, cerrándole el paso al pie del escalón.

—Gracias —aceptó por inercia, correspondiendo con un gesto forzadamente gentil, mientras apuradamente y con un nerviosismo puritano trataba de encubrir con el maletín la evidencia culposa de embarazosos abultamientos bajo su pantalón. Era imposible que llegara a recordar en este momento qué personaje en semana santa se quejaba de que la carne es débil.

Ya en el bote, el hermano diría lo suyo: "Mi hermana es una pendeja, doctor". Y él, mirando con un sentimiento de pecador la maravillosa naturaleza de su entorno, pensaría que era cierto eso de que todas las cojudeces de esta vida tenían que ver con el corazón del ser humano: Concupiscencia.

Después de aquella fallida maniobra, Rilda se estuvo quieta por unos cuantos días, que a decir verdad, le parecieron los suficientes para suponerle reencontrada con la sensatez y la cordura. Sin embargo, al final de estos, reapareció más acelerada y bullidora que antes, en unas prácticas de voley realizadas en un patio lateral de la escuela, prácticamente a unos veinte metros frente a la posta.

A las cinco de la tarde, dejando atrás el griterío que trascendía de dicho juego, y espantando a los demonios recaderos que agitaban aguas dentro de él, se dirigió al río donde aún se bañaba al final de cada jornada diaria, tratando adrede de desairar de paso todo el exhibicionismo circense expuesto por la damisela.

Así se entretuvo buen tiempo ejercitando los músculos nadando contra la corriente, hasta que el viento le dio frío, y recién entonces tomó el camino de regreso con la luz del horizonte recogiéndose presta en el ocaso. "A estas horas, esas bullangueras voleybolistas ya deben haber terminado de jugar", supuso, mientras ascendía por el barranco tratando de no derramar el agua de su balde de hojalata. Pero un sutil deseo le apuraba a verla por lo menos partir. Se refería a Rilda, obviamente.

Al llegar a la posta y ver que la puerta cedía con vaivén leve al jugueteo del céfiro, trastabilló con su adrenalina y dudó en entrar sin cerciorarse antes de la presencia de algún intruso. Estaba seguro de haberla dejado bien cerrada. Dejó el balde con agua sobre la vereda de cemento y aguzó el oído. El robo del equipo de radio se le agolpó en la memoria. No percibió nada sospechoso. Finalmente se animó a entrar a paso prudente, y cruzando la estrecha salita de espera, se asomó cautelosamente al cuarto de internamiento donde dormía. Entre las sombras gananciosas pudo ver una silueta sentada al borde de una de las camas en actitud cavilante. "¿Quién podrá ser?", se preguntó recelosamente, mientras su corazón galopante empujaba todo el contenido de su cuello hacia su boca. La escopeta yacía en una de las camas.

El profesor Moisés de PEBAL le había solicitado encarecidamente, días antes, hospedaje provisional hasta que le pagaran su sueldo, a la sazón varios meses congelado, y pudiera pagarse un cuarto, pero aún no le había dicho ni si, ni no, y

era imposible que se hubiese animado a entrar de esa manera. Así que no tuvo más remedio que acercarse un poco más para cerciorarse de la identidad del intruso. El corazón le golpeaba el esternón con prepotencia y su midriasis de gato revolvía luz hasta de donde no había. La silueta más parecía a la de una mujer.

—Perdóname, doctor —dijo Rilda sin moverse.

—¿Cómo ha entrado? —puso distancia en el trato.

—No importa.

—¡Cómo que no! ¿Qué hace aquí dentro? Yo no le he dado permiso para…

—Ven aquí —invitó susurrante.

—¡Oiga! La gente va a pensar que estoy utilizando esta posta para estas cosas... Además, me parece que usted tiene que cuidarse más que yo... ¡Vaya! —rezongó. Pero dejaba ya de pensar en lo que decía. La voz de ella se adueñaba de su vida.

—Nadie me ha visto... Ven…, ven pues, no seas malo —suplicó.

—Tiene que irse; por favor —le pidió con voz nada convincente.

—Por favor, ven aquí —susurró la hembra, emanando feromonas que le quebraban la voz—, ya no me rechaces más —la situación se ponía color de hormiga.

Poco a poco Rilda fue enseñoreándose de la situación, y él terminó creyendo que tampoco estaba bien, ni era de hombres, el desairar a una mujer dispuesta a dar todo de sí a cambio de ser simplemente aceptada, condescendiendo así con lo que dijera su amigo Mario en medio de una plática frívola y acaso no intencionada: “Si aquí no le tiras a una hembra que te está pidiendo a gritos, te creen del otro lado”...

La pegajosa tonada de una canción brasilera adaptada al castellano por la orquesta “Juaneco y su Combo”, e interpretada esta vez por “Los Claveles”, irrumpió con denuedo en su evadido cerebro, y de un brochazo amnésico empapado de recato, dejó en blanco sus calenturientos recuerdos sobre Rilda, situándole nuevamente en el afán de vertebrar una historia del pueblo, partiendo de referencias coincidentes y de alguna manera creíbles.

Cogió pues nuevamente el lapicero, y línea tras línea, sustrayéndose del sueño y de toda suerte de interrupciones ajenas a este propósito, y con la presencia espiritual de personas como, Augusto Vela, María Alvis, Filemón Viena, José Ahuanari, Brito Guillena, Raúl Díaz, Santiago Pérez, Policarpo Herrera, Dámaso Pizango, Antípatro Guillena, Víctor Capillo, Melitón Arévalo, Leoncio Panduro, Fidel Panduro, y muchos otros confiables depositarios de recuerdos vivenciales, en algunos casos, y de relatos trasmitidos, en otros, fue consolidando con la mayor pulcritud posible, la historia que estuvo buscando poder hilvanar desde tiempo atrás.

"...Hasta la década de los años treinta, muchas expediciones habían ensayado ya la posibilidad de abrir una ruta oficial que uniera la costa con la selva, destacándose en lo referente a la vía del Pichis, el explorador Joaquín Capello.

Puerto Inca, por esos tiempos llamado Puerto Leguía, en honor al gobernante del oncenio, era una reconocida colonia extranjera que constituía el eje de desarrollo de la cuenca del Pachitea y que atraía hacia sí, y en función de ella, toda actividad exploratoria, comercial y de desplazamiento migratorio.

En las inmediaciones del río Llullapichis, consecuentemente, no se suscitaban aún fenómenos poblacionales que pudieran avizorar la conformación de por lo menos un caserío digno de mención, siendo la del lugar, un simple sesgo referencial tras la ruta del río Negro, en el que según los rumores, existían lechos auríferos en abundancia de fábula.

La ruta del correo Iquitos–Lima, vigente desde finales del siglo XIX, año 1,883 aproximadamente, época en que la explotación del caucho entraba a una fase activa, mostraba un inusitado auge que inclusive en el gobierno del general Oscar R. Benavides, cuando la carretera de penetración a Pucallpa se iba haciendo realidad, guardó cierto aliento.

Desde 1,933 en que el Ingeniero Eduardo de Hábich, el Padre Juan Santa María, el señor Adolfo Lobo, y el curaca cashibo-cacataibo Washinton Bolivar, con dieciocho integrantes de su tribu, partieran de Pucallpa rumbo a la pampa del Yúrac en busca de una salida a Tingo María, hasta julio de 1,937 en que por fin los Ingenieros Coz, Guiulfo, Remolina y Bernoz, coronaran con éxito tal cometido redescubriendo el boquerón del Padre Abad, la utilización de la ruta del río Pichis siguió en completa vigencia, siendo inclusive utilizada con cierta regularidad hasta la década de los cuarenta, cuando ya Puerto Leguía iba dejando de ser el principal polo de atracción en el Pachitea y el surgimiento de otros asentamientos humanos importantes se hacían evidentes.

Los vapores de seis y hasta de ocho pies de calado en algunos casos, llegaban sin ningún problema desde Iquitos hasta Masisea, puerto todavía de renombre en el Ucayali, portando las valijas del correo con destino a Lima. Eran tiempos de alta competitividad entre las casas navieras que operaban desde la capital loretana.

Las lanchas "Neptuno" y "San Pablo" de la casa Strassberg, "Alberto" y "Melita" de la casa Israel, "Luz Segunda" de la casa Pinto & Cía, "Sinchi Roca" de la casa Delgado, "Estefita" de la casa Morey, "Luella" de Marco del Mar y "La Libertad" que pasó a uso exclusivo del correo después de la revolución del capitán Guillermo Cervantes, se confundían en el largo serpentear del Ucayali, signando todo un adelanto en el sistema de transporte fluvial, persistente todavía en sus formas primitivas a lo largo y ancho de la amazonía, donde la balsa y la canoa eran parte del paisaje ribereño.

La ruta Amazonas – Ucayali – Pachitea – Pichis siguió sin embargo siendo muy difícil y arriesgada, y la travesía Iquitos – Lima tardaba en completarse de dos meses a más.

Por lo general el correo en Masisea era puesto en manos de hábiles bogas, quienes a

fuerza de músculo y remo surcaban aguas hasta Puerto Bermúdez y Puerto Mayro, de donde la ruta hasta la Merded era cubierta en acémilas, y hasta San Ramón, Tarma y la Oroya, en camiones. El tramo final hasta Lima se hacía en el ferrocarril central.

En el año de 1,935 Puerto Leguía, importante colonia que con el correr de los años sería llamado Puerto Inca, acusaba todavía toda la atracción que podía ejercer un núcleo poblado en el Pachitea, pero estaba en ciernes de diseminar su atractivo a otros puntos del área territorial de este fascinante e importante río, a consecuencia de cruciales y tentadores hallazgos.

Cuando don Juan Monzín Ayala, dio las primeras noticias y mostró las evidencias del caso, sobre la existencia de oro en un afluente del río Llullapichis, llamado río Negro, toda presunción que se pudo haber hecho sobre desplazamientos humanos a la zona, hubiese quedado deslucida ante la avalancha de gente llegando de todas partes. La fiebre del oro trastornó con una especie de remezón telúrico la apacible parsimonia evolutiva de esta parte de la selva, como históricamente sucediera en otras latitudes donde la codicia por el precioso metal movilizó catervas con poco orden, con poca ley.

Las riberas, en el trayecto de Puerto Leguía a la boca del Llullapichis, rápidamente empezaron a cambiar de fisonomía, y en el río Negro, en solo dos años, los lavaderos de oro alcanzaron la cifra de tres mil quinientos distribuidores, entre dueños de "bancos", como se llamaba a las áreas limitadas de explotación, peones y uno que otro buscador solitario, como el gigante alemán conocido como "siete arrobas", por su fuerza descomunal.

Muchos de estos dueños traían gente de las haciendas del Puynahua, en donde los canjeaban pagando con oro sus deudas a sus patrones, y enganchando licenciados del ejército que gozaban de gran prestigio por su disciplina y laboriosidad.

Aquellos llamados "bancos" que alcanzaron renombre entre todos los que llegaron a instalarse durante la fiebre del oro en el río Negro, fueron: El banco "Ricardo", el banco "Ishangal", el banco "Vasconia", el banco "Gutierrez", el banco "Triunfo", el banco "Troyani", el banco "Flor de un día", el banco "Laja Alta", el banco "La Poza", el banco "Piedra Pintada", el banco "Marcapata", el banco "Lourdes", el banco "Casino Militar", el banco "Callao", el banco "Agua Blanca", el banco "Plataforma", el banco "El Toro", el banco "Pato Rojo".

Se afirma que la producción de oro era tal, que hasta los mismos peones se aglomeraban a jugar póker en arriesgadas manos, donde las apuestas mínimas eran cucharaditas rasas del precioso metal.

Pero mientras la mayoría arremetía tenazmente en pos de un objetivo único, que era el de conseguir la mayor cantidad de oro, unos pocos, con un elemental cálculo logístico en la mente y sangre de negociante en las venas, diversificaron su accionar en actividades comerciales colaterales tan lucrativas como la propia explotación aurífera, que por donde se la mirase, resultaba más penosa.

Inmersos en esta perspectiva, hombres como Victorio y Aldo Módena, Juan Manuel Díaz Santillán, Fortunato Ruiz, Jaime Linares y Nicanor Robalino, irían tomando

posesión de tierras en las márgenes de confluencia del río Pachitea con el río Llullapichis y la quebrada Yanayaquillo, dando inicio a un proceso poblacional en el que patrones y peones terminarían escribiendo una historia común, a despecho de una ceñuda brecha de clase empeñada en contraponer intereses unilaterales a lo largo de la decantación social.

A la auspiciosa sombra del próspero comerciante Mayer Cohen y después, según las favorables coyunturas del momento, asociado a Oscar Zevallos y a José Sibina, también hombres de reconocida solvencia en el Ucayali, Juan Manuel Díaz Santillán, lograría amasar en algunos pocos años, una respetable fortuna personal, y no fue de extrañar, que al poco tiempo se le escuchara mencionar a título propio, un fundo ganadero, un trapiche, extensos cañales, una tienda comercial, un alambique, un banco aurífero, y muchos otros bienes que daban constancia de una envidiable situación económica.

En el año de 1,946, ya financieramente fuerte, zanjó también una sociedad comercial que se mantenía precariamente, con Fortunato Ruiz, encargando los trámites de liquidación al contador, Julio Piña Peña, que entonces era un empleado a su servicio.

A consecuencia de esta avisada ruptura, Fortunato Ruiz optaría por trasladarse definitivamente a la zona de Yanayaquillo, donde ya Victorio Módena, Jaime Linares y Nicanor Robalino, cohesionaban esfuerzos tras la opción del caserío reconocido, al igual como lo había venido haciendo a la vera del Llullapichis y a cuenta propia, Juan Manuel Díaz Santillán. A este respecto, cabe mencionar que, para avanzar en su noble cometido, tuvo que solicitar se le exonere de la reserva establecida por la Resolución Suprema del 24 de diciembre de 1,918 por la que el Estado reservaba a su favor algunos terrenos en zona de selva, para ejercitar dominio legal sobre el lote de 50 Hectáreas asentado entre las márgenes convergentes de los ríos Pachitea y Llullapichis, noble objetivo que consigue un 5 de octubre de 1,944 con la dación de la Resolución Suprema N°867.

En la orilla izquierda del río Pachitea, en un elevado promontorio que con resistencia de peñón resiste hasta hoy el embate de sus aguas, rechazando la correntada hacia una desviación diestra (Fundo “San José” 1986), se erigía su casa-hacienda “Nuevo Porvenir”, desde donde los deseos futuristas que empeñaba su espíritu, a todas luces resumidos en este nombre tan significativo y premonitorio, se irían haciendo realidad.

Al frente, en la orilla derecha, precisamente en la ancha franja de 50 Hectáreas delimitada por el Pachitea y el Llullapichis, la ganadería y los peones asentados como en una especie de fundo-caserío, muy común en toda la ribera ucayalina, constituían una importante unidad productiva, cuyos beneficios, aunque no tan pingües, le daban la prestancia del varón encarnado en un sitial de privilegio, y la altivez del patrón acomodado por voluntad y consentimiento, en un puesto de mando que la coyuntura de un espacio y un tiempo histórico habían dispuesto a la medida de tal acomodo.

Era oriundo de Celendín, en el departamento de Cajamarca, y como buen depositario de una idiosincrasia con afinado sentido para los negocios, había llegado a capitalizar con acierto todas las buenas oportunidades financieras que se

le presentaron; y lo mínimo que se podía permitir como patrón, en el sistema de peonaje que manejaba, era dictar a su modo las pautas de convivencia.

Melanio Moncada, Lucinda Flores, Lázaro Amacifuén, Benjamín Acosta, José Ahuanari, María Alvis, Teresa Gupio, Demetrio Cárdenas, Francisco Quindahua, José López, Juan Taricuarima, Cesar Vargas, Lizardo Paredes, Filimón Viena, Celinda Reyna, Armando Tapuy, Wilfredo Villegas (padre), Juan Arimuya, Augusto Vela, Policarpio Herrera, eran por su parte, algunos de los que a despecho de ser los más, debían tener menos; y que a cambio de trabajar mucho más, debían ganar menos. El sistema imperante tenía marcado el sitial que les correspondía. Y aunque desde entonces, hablar de los pobres no implicaba lo mismo que hablar de las causas de la pobresa, con el correr del tiempo, el reacomodo económico y social sería inevitable.

A partir del año 1,938 "Nuevo Porvenir" comenzó a ser utilizado como punto referencial preponderante en la travesía hacia el río Negro, quedando tácita la designación de, "boca de Llullapichis", que usualmente usaban los bogas del correo, mucho antes que Juan Manuel Díaz se estableciera en el lugar.

Algunas versiones alimentadas en este fenómeno de implícitos referenciales, sindican este año como fecha probable de la creación del pueblo. Pero las evidencias apuntan a pensar que dicho año, Llullapichis era todavía un ralo y tímido conglomerado de casuchas peonales sobre la tierra del patrón, y que aún la idea del destino común no había madurado lo suficiente.

Recién el año 1942 un grupo de peones preocupados por el futuro de sus respectivas familias y motivados en la perspectiva de fundar un pueblo en las tierras que ocupaban dentro de la ganadería de don Juan Manuel Díaz, plantearon a su patrón los argumentos del caso, quien tras largas deliberaciones, dio finalmente su consentimiento. Sin embargo, este pacto conciliador y de aparente concesión, no generó en la práctica el ambiente igualitario de derecho y de libertad que los peones aguardaban, y la situación de fondo siguió siendo la de antes.

Las viviendas y los pobladores aumentaron pese a la latencia de un sentimiento soterradamente antagónico a la perspectiva del dueño de la tierra, pero también lo hizo el ganado del patrón; y en un espacio común sin posibilidad de extenderse por los límites naturales dados por los ríos, las fricciones eran de preverse y obviamente factibles de evitar. No se hizo tal cosa, y los patios excrementados, las barbacoas de cocinas derribadas, los sembríos pisoteados, el ganado golpeado o con los rabos seccionados, fueron algunos de los signos de una convivencia imposible, que tarde o temprano terminaría desplazando a una de las partes.

Mortificado por los maltratos a su ganado, don Juan Manuel Díaz propuso algunas alternativas de solución, pero la decisión final a este respecto quedó en vilo, debido a ciertos acontecimientos que podían dar trascendencia al aún precario núcleo comunal que conformaban, y que como pueblo debían saber priorizar.

Desde el año 1,940 en el río Negro se había conformado una pujante comunidad reconocida políticamente con autoridades civiles y puesto de policía incluído, y se sabía que andaban gestionando, con muy buenos oficios, la creación de una escuela

estatal.

Frente a esta pretensión y sintiéndose identificados sin distingo de clase alguna, como pobladores de Llullapichis, la gente del lugar acordó dejar de lado sus diferencias intestinas, para avocarse unidos al noble propósito de conseguir para sí, la mencionada escuela. Justamente con esta finalidad, Juan Manuel Díaz Santillán, viajaría en repetidas oportunidades a la ciudad de Huánuco, esperanzado, como hombre práctico que era, en que su noble demanda sería atendida al más corto plazo. Pero la burocracia, siempre caracterizada por su sistemática paquidermia, le mordería el hígado repetidamente.

Por su parte, Yanayaquillo, bosquejaba también ya su condición de caserío, e hizo lo propio para rivalizar anhelos tras la pretendida escuela, cuya asignación tardaría algunos años más en resolverse.

Desde 1,945 hasta 1,949 por acuerdo de partes, Juan Manuel Díaz y los ya autodenominados pobladores del caserío de Llullapichis, quienes, en la sumatoria de sentimientos tras un nuevo porvenir, inexorablemente iban asumiendo desdeñosamente conciencia de su clase social, esta vez juntos, coincidiendo en que así era cómo debía procederse, aceptaron la necesidad de pagar de manera equitativa los servicios docentes de algunos profesores contratados para dar funcionamiento a una escuela particular, a consecuencia de la lentitud burocrática con que eran correspondidas las gestiones, a propósito de la escuela estatal, en Huánuco.

Los abnegados maestros que respaldaron este encomiable esfuerzo, con la mira puesta más en la obra que en el salario, fueron: La profesora Blanca Bardales, la profesora Rosa Ríos Reátegui, y el profesor Armando Vásquez.

En el año de 1,949 el pueblo organizado del río Negro, logró para sí la asignación de sede de la tan disputada escuela estatal, y al menos en teoría, todo pareció indicar que a partir de ese momento, el proceso evolutivo le favorecería frente a sus pares del río Llullapichis y la quebrada Yanayaquillo. Sin embargo, a la profesora Rosa Valera, asignada a dicho puesto, solo le tardó un año darse cuenta de las ventajas comparativas a favor de Llullapichis, y lograr el traslado de la escuela a este caserío.

Después de ella, proseguirían la obra educadora, la profesora Argelia Paredes y la profesora Yolanda Lozano, a quien cupo testificar el traslado de la escuela y del pueblo mismo, a su nueva y definitiva ubicación.

Sin lugar a dudas, la motivación por la escuela sirvió para apaciguar por un tiempo la susceptibilidad por los factores de colisión entre patrón y pobladores, cuya sujeción a su condición de peones, era una cuestión de hecho, difícil todavía de cambiar, pero muy pronto las fricciones volvieron a desbordar las posiciones conciliatorias, y los desmanes de las reses volvieron a ser pretexto para que cada parte esgrimiera, de modo intransigente, justificaciones respecto a sus mutuas agresiones.

Por ese entonces Juan Manuel Díaz Santillán era ya un hombre que poseía una sólida fortuna personal, y contaba entre sus bienes, con una casa–hacienda, con alambiques y cañales, con una surtida tienda, con una ganadería, con concesiones de madera, con shiringales en explotación, y con un banco aurífero en el río Negro llamado “La Poza”, donde desde sus inicios funcionaba la oficina postal del Correo,

y en el que desde 1,940 se había establecido el puesto de policía. No cabía duda que para el medio, era un hombre prestigioso y bien relacionado. Por lo mismo, las alternativas laborales en Llullapichis estaban pues dadas prácticamente por él, y era innegable que en ese entonces, el acceso a un trabajo implicaba una suerte de sometimiento al patrón de turno.

José Sandoval, Oscar Novoa y José Armas, fueron algunos de los empleados que más allá del sometimiento, le profesaron además fidelidad de juramento, siendo nombres representativos en una larga lista de esa clase de gente que asimila la vida usufructuando a su modo el entorno del poder.

En la década de los cincuenta, las diferencias resurgieron con más complejidad, y la situación convivencial, tal como venía establecida, se tornó insostenible.

Mortificado el patrón por los iracundos maltratos que los pobladores ocacionaban a su ganado, propuso zanjar el problema tendiendo una alambrada divisoria que aislara las reses en la parte adyacente al río Llullapichis y reservara a los pobladores la parte adyacente al río Pachitea. Pero evidentemente algo más que una simple desavenencia comunal subyacía en la cuestión, e inclusive su ofrecimiento de donar el alambre necesario, no fue valorado en su justa dimensión. El malestar de fondo trascendía de la percepción de los pobladores de estar edificando en suelo ajeno, y los sentimientos exigían una ruptura definitiva con toda sujeción patronal.

No hubo pues más remedio que deliberar con franqueza sobre esta natural aspiración, llegándose al cabo a determinar el traslado de la escuela a un terreno propicio sobre el cual nadie reclamara derechos. Obviamente, adecuando prospectivamente las cosas, para que el propio pueblo hiciera lo mismo, paulatinamente.

Estos trascendidos desencuentros, despertaron una vez más las antiguas pretensiones de Yanayaquillo de contar en su jurisdicción con una escuela, avocándose sus pobladores más representativos a gestionar diligentemente ante las instancias correspondientes, el traslado del mencionado centro educativo a su suelo, habida cuenta que entre sus pobladores las diferencias no eran tan enconadas.

Ante este clima de conflicto entre los dos caseríos, se haría necesaria la presencia en el lugar de las más altas autoridades de educación, para evaluar en el sitio, a quien podía corresponder el privilegio de ser sede definitiva. Pero previamente a esto, en Llullapichis, el señor José Yumbato dueño de un pastizal ubicado en la margen derecha del Pachitea, frente a la quebrada Dantas, había puesto a disposición de la escuela y los pobladores parte de sus tierras, aperturando un camino opcional por dónde dar salida al problema del traslado.

Una comisión se encargó de inspeccionar el terreno para decidir si convenía, o no, al propósito mencionado, y su informe no pudo ser más desalentador, puesto que en él, desechaban, sin remilgos, el lugar, por considerarlo anegadizo. “En el invierno toda esa zona se inunda”, se dice que refirió con fatalidad el jefe de la cuadrilla.

Es en este momento cuando la pugna con Yanayaquillo adquiere un cáriz de conflictiva competencia y se hace necesaria la participación cohesionada y vigorosa de todos los llullapichinos para encontrar lo antes posible, las tierras calificadas.

Esta vez Juan Manuel Díaz, encabezando la comisión integrada por Juan Arimuya, José Ahuanari, Augusto Vela, Armando Tapuy y algunos otros pobladores cuyos nombres, aunque no sus méritos, se diluyen en el tiempo, se movilizaron con la premura que el caso requería, a inspeccionar los suelos de un extenso cetical que crecía a lo largo de la orilla izquierda del río, y el resultado no pudo ser más providencial: Era el lugar ideal.

Para aliviar la tensión surgida con los pobladores de Yanayaquillo, el buen sacerdote, Santiago Santamaría, alternando sus ocupaciones de bautismo, intentaría mediar conciliatoriamente en el dirimendo, pero sus esfuerzos resultarían infructuosos.

Con el mismo propósito llegarían desde San Ramón, el inspector regional de educación, Reverendo Zegarra, y desde Pucallpa, el comisionado escolar, profesor Carlos Díaz Castañeda, pero no lograrían resultados satisfactorios.

Finalmente le tocaría el turno al supervisor de educación de Honoria, profesor Miguel Palacios, hierno de don Ciriaco Chávez, otrora hacendado de Cunchuri, quien con un sentido práctico encararía el problema planteando la siguiente condición: el caserío que contara con mayor alumnado, sería la sede de la escuela.

Custodiado por los dos policías llegados con él, verificó el número de alumnos que cada lugar afirmó tener, y sin mayores dilaciones y con la objetividad que el caso exigía, declaró ganador a Llullapichis.

Le cupo el honor de trasladar la escuela a su nueva y definitiva ubicación, a la profesora Yolanda Lozano, y de proseguir tras ella la obra educadora, a sus colegas, Estefita Martínez, Samuel Pacho, Armando Rosales, Rivera, Dunstan, y al profesor Jorge Morales Zavaleta, quien posteriormente fundaría la escuela del caserío Wembo, río arriba.

Desde los inicios de su creación hasta 1,960, Llullapichis contó con el concurso de muchos tenientes gobernadores que, al amparo de su liderazgo popular, hicieron en su momento, eco del clamor de sus gobernados, para forjar una sostenida obra, que resultase al cabo, digna herencia para las generaciones venideras.

En el antiguo pueblo, Jorge Carranza y Asunción Ramírez, cumplieron con este rol a cabalidad. Y en el nuevo pueblo, Raúl Díaz Mori, quien se mantendría en el puesto por el largo período de diez años, Dámazo Pizango y Alberto Valdivia, harían lo propio, inmersos en un divisionismo popular que aletargaría muchas buenas voluntades y la realización de obras de bien comunal, debido fundamentalmente a la terquedad de muchos vecinos en no cejar de enrostrarse sus orígenes.

El 19 de noviembre de 1,984, estando nuevamente en el cargo, Raúl Díaz Mori, Llullapichis sería elevado a la categoría de distrito y él mismo, consecuentemente, sería ascendido al cargo de gobernador.

Cuando en las elecciones complementarias de 1,985 el solitario candidato por el partido Aprista Peruano, profesor Fidel Panduro Pasmiño, gana la Alcaldía distrital, el cargo de gobernador fue asumido por don Melitón Arévalo Abisrror, dueño del fundo "San José", donde otrora se levantara soberbia la casa-hacienda de Juan Manuel Díaz Santillán, llamada premonitoriamente con acierto, "Nuevo Porvenir",

consignando un deseo recóndito de poner sobre los tiempos una esperanza de cambio de cara hacia el progreso.

Otras autoridades que en el nuevo pueblo aportaron su cuota de capacidad y voluntad al servicio de la comunidad, fueron los agentes municipales, Ricardo García, Alberto Fernández y Gerardo Mariño Rojas. Y como jueces de paz, Alberto valdivia y César Díaz Mori, quien hasta la fecha (Nov. 1986) ostenta el cargo.

Durante las décadas de los 60 y de los 70, Llullapichis llegó a contar con un pequeño aeropuerto para avionetas ligeras, yendo a la par, en este medio de transporte, con Puerto Inca y Tornavista, puertos ya de reconocida importancia a lo largo del Pachitea.

Toda la perspectiva económica que la actividad aerocomercial prometía en la zona, que inclusive llevó a algunos padres a enviar a sus hijos a la escuela aeronáutica de Collique en Lima, se vio desbaratada completamente al irrumpir desde el km 86 de la carretera Federico Basadre, la carretera Marginal al Pichis–Palcazu, dejando opciones para el transporte en la zona, solo a través de las vías fluvial y terrestre, pues los costos comparativos no favorecían a la aérea.

A principios de 1984 en Llullapichis se logró alcanzar también un feliz término para las gestiones hechas en pro de un colegio nacional para la educación secundaria de sus jóvenes.

En el ámbito de autoridades locales, fue decisivo el concurso del entonces, teniente gobernador, Víctor Raúl Díaz Mori, del agente municipal, Gerardo Mariño Rojas y del juez de paz, César Díaz Mori, quienes, junto a la pugnaz participación de toda la comunidad que apoyaba la demanda y a la actitud receptiva del entonces supervisor de educación, profesor, Moisés Flores, produjeron para Llullapichis una obra más, de trascendencia histórica: el colegio nacional de Llullapichis.

El 9 de julio de ese año, a efectos de hacer funcionar el flamante colegio, llegó al pueblo el profesor secundario, Leoncio Panduro Arévalo, que inmediatamente se hizo cargo del único salón de primer año con que se contaba entonces.

Como el mencionado docente, sólo podía hacerse cargo de veinticuetro horas lectivas, de las treinta y tres programadas, la comunidad, a fin de cubrir las horas restantes, contrató los servicios de Gerardo Mariños y de Marco Polo Peña Pacaya, quienes cumplían dentro del medio, con los requisitos necesarios para esta delicada labor.

En el año de 1,986 el sistema educativo en Llullapichis pasó a tener una capacidad de servicio hasta el tercer año de secundaria, incluyendo jardín y el programa de educación básica laboral, llamado PEBAL y obviamente, su plana docente necesitó estar mejor integrada, llegando a corresponder al siguiente organigrama:

Colegio Nacional:

Prof. Eloy Manihuari Tuirima (Sarayacu – Ucayali)
Prof. Leoncio Panduro Arévalo (Tiruntán – Ucayali)
Prof. Mario Lescano Chung (Lima)

Profra. Felicitas Primo Natto (Dos de Mayo-Huánuco)
Escuela Primaria:
Prof. Eloy Manihuari Tuirima (También prof. de secundaria)
Prof. Fidel Panduro Pasmiño (Tiruntán – Ucayali)
Prof. Luis H. Valderrama Rengifo (El Cepa – Ucayali)
Jardín :
Profra. Ruth Rivera Ochavano (Puerto Inca – Huánuco.)
PEBAL:
Prof. Moisés Paredes Villacorta (Tarapoto –San Martín)

El 22 de noviembre de 1984 exactamente a las tres de la tarde, se congregaron en el terreno reservado para la plaza de armas, el representante de la CORDE–HUANUCO, Dr. Augusto Vásquez Solís, el gobernador de la provincia de Puerto Inca, Julio Ventura López Rengifo, el alcalde provincial de Puerto Inca, José Jaramillo Terrones, el representante del supervisor de educación de Puerto Inca, profesor Joel Coral Guerra y el comandante del puesto de policía de Puerto Inca, sargento segundo BGCP Cléber Rosales Ramírez, el ya flamante gobernador distrital de Llullapichis, Víctor Raúl Díaz Mori, el agente municipal, Gerardo Mariños Rojas, el director de la escuela primaria, profesor Eloy Manihuari Tuirima, el director del colegio nacional, profesor Leoncio Panduro Arévalo y toda la comunidad en pleno, para testificar la solemnidad de un acto oficial, que sería trascendental en el vertiginoso proceso histórico de Llullapichis, cuya única resignación frente al futuro sería el registro de su nombre como Yuyapichis, por adopción serrana.

Embargado de emoción y con la solemnidad que la ocasión exigía, el gobernador de Puerto Inca dio lectura al tenor de la Ley N°. 23994 de fecha 19 de noviembre 1984 por la que Puerto Inca quedaba elevada a la categoría de provincia, habiendo sido desmembrada de la del Pachitea, con su capital Panao, a la que anteriormente pertenecía. Por consecuencia, Llullapichis también quedaba reconocida como distrito a partir de la dación de la mencionada Ley —imponiéndose oficialmente su nominación serrana, Yuyapichis—, y sus autoridades quedaban automáticamente recategorizadas conforme al nuevo nivel.

Entre vítores y aplausos de la complacida muchedumbre, la comitiva se encaminó al local recién construido de la posta sanitaria, en donde, a eso de las cinco y media de la tarde, se procedió a su inauguración, cumpliendose con el protocolo correspondiente.

El doctor Augusto Vásquez Solís, llegado de Huánuco, se encargó de pronunciar el discurso de orden y de presentar a la comunidad al sanitario Carlos Silva Rengifo, quien, desde ese momento, se haría cargo del funcionamiento del establecimiento.

Apadrinaron esta inauguración, el propio sanitario y la señora Mirna Debernardy de Díaz, esposa del gobernador distrital.

A esta altura de su proceso histórico, resultaba ya evidente que Llullapichis evolucionaba hacia el progreso a un ritmo sostenido y rápido que le iba haciendo destacar nítidamente entre otros pueblos del alto Pachitea. Y es que en menos de cincuenta años, desde un conglomerado de humildes casas edificadas con timidez

sobre un pastizal de ocasión, había logrado encaramarse a la condición de distrito.

Un evento de mucha emotividad y calor humano, fue el de la creación y conformación del club de madres, llevado a cabo el diecisiete de agosto de 1986, en el transcurso de una asamblea popular que se tornó festiva durante la designación de las integrantes.

El acto fue presidido por el alcalde, el gobernador, el juez de paz, la inspectora de higiene, el jefe (e) de la posta sanitaria y la secretaria del Consejo.

La junta directiva quedó finalmente conformada de la siguiente manera:

Presidencia	:	Señora Petronila Pezo de Villegas
Secretaría	:	Señora Alfonsa Ruíz de Valdivia
		Señora Dolores Arce de Díaz
Vocalía	:	Señora Carmen Márquez
		Señora Josefa Curinuqui
		Señora Norma Rojas

Entre el veintidós de octubre y el primero de noviembre de ese mismo año, el camino de trocha de aproximadamente 5 km que unía a Llullapichis con la carretera marginal Pichis–Palcazu, fue convertido en una vial carrozable, constituyéndose en un signo más de progreso, entre los tantos logrados hasta ese momento, y en un polo de atracción para gente foránea, que inexorablemente iría llegando con el correr del tiempo.

El trabajo fue ejecutado con un tractor oruga enviado por la CORDE de Huánuco, a cargo de dos tractoristas que acaso solo se les guarde memoria, al uno por su nombre peculiar de Saturdino, y al otro, por su amañado hablar en el que sembraba erráticamente un reiterativo "¡basta parchís!".

En las elecciones municipales de noviembre, el voto popular concedió la reelección al profesor Fidel Panduro Pasmiño, quien por segunda vez resultó un solitario candidato en un todavía desacostumbrado pueblo a ejercer su derecho al voto, pero que comparativamente con la primera oportunidad, en la que un solo elector le elevó al sillón consistorial, esta vez obtuvo un consistente respaldo.

Influyeron sin duda en la consecución de este resultado, el equipo de gobierno que le acompañó durante la primera gestión y que estuvo conformado por los siguientes vecinos:

Síndico de gastos: Señor Juan Brito Guillena Novoa
Síndico de rentas : Señor Carlos Rengifo Silva
Inspector de obras: Señor Alberto Valdivia Gupio
Inspector de higiene: Señora Floresmila Macedo de Guillena
Inspector de mercados pesas y medidas y establecimientos comerciales: Señor J. Luis Herrera Márquez

En el mes de diciembre de 1,986 el internista a cargo de la posta sanitaria, cumplido ya su tiempo de internado rural en Llullapichis, abandonaría el pueblo en un día furtivo de discretos retiros, de esos que abundan cuando no se gusta de figuración".

A Matías Ibazeta se le acabaron los prolijos pensamientos, las notas recopiladas con facultades de anfibio, el tiempo para reseñar la historia esquiva, y tuvo la impresión de que había sido bueno escudriñar el pasado de un pueblo que a pesar de su dinamismo y de su acierto para vislumbrar el futuro, había caído en el descuido de no edificar su iglesia, de no escribir su historia.

El sueño le vencía. Eran las dos de la madrugada y la música aún sonaba en la distancia.

Tocaron a la puerta. Su corazón se agitó.

"Debe ser un enfermo ", pensó dócil a su rutina "¡O puede ser Rilda!" Se percató casi enseguida con sobresalto. Ya una vez se las había ingeniado para franquear la puerta cerrada y acaso sabiéndole ahí adentro, sus débiles toques sólo habían sido un tímido aviso a una segunda incursión clandestina.

Consciente de esos sus flancos vulnerables a ser sacudidos por síndromes de abstinencia, tratándose de mujeres, se apresuró a hacerse el dormido para asimilar todo lo que tuviera que suceder en sueños inimputables. La puerta se abría. También podían ser los del MRTA. De pronto se sintió dócil, extenuado en extremo para querer saber si deseaba morir o vivir.

XXVII

Los hombres permanecían quietos, acechantes, camuflados entre la tupida floresta, con el corazón retumbando a cada gemido del cholo Shanqui que acababa de ser flechado por cashibos bravos, y que yacía sobre un charco de sangre entre unos arbustos de bubinsana.

Desde la espesura los invisibles atacantes vociferaban en su dialecto amenazas cada vez más coléricas, que al ser replicadas por sus paisanos civilizados que hallábanse sitiados, les hacía explosionar en una seguidilla de frases intimidantes cuya significación se podía suponer guiándose por las relampagueantes entonaciones.

—¿Qué dicen Cayampay? —preguntó "machote", sin desviar su atención del certero flechazo impactado en Víctor Shanqui, quien milagrosamente seguía en este mundo, considerando el lugar por donde la flecha se le había clavado.

—Dicen que no nos tienen miedo y que nos larguemos de aquí.

—A ver, diles que se vengan con nosotros, que les va a ir mejor si se amansan —ordenó esta vez.

Cayampay, un menudo cashibo capaz de rastrear huella animal o humana oliendo como un perro los rastros, volvió a intercambiar gritos con sus bravos paisanos, cuidándose de no ser alcanzado por las largas flechas que seguían siendo lanzadas.

Después de un violento intercambio de frases, el bosque se quedó en silencio. Sólo los quedos gemidos de Víctor Shanqui, al que habían dado a morder un trapo, trascendían por entre los arbustos.

—¿Qué te respondieron esos carajos? —inquirió apremiante "machote", mientras maniobraba en auxilio del herido.

—Dicen que no son loros, ni son monos, ni cría de ronsoco para que sean amansados; que siempre han vivido libres aquí y que nosotros hemos venido a perjudicarles con nuestra codicia, porque hacemos espantar sus animales malogrando el monte. Y por eso dicen que ahora nos van a matar y que se van a comer, así crudo nomás, aquí mismito, nuestros hígados y nuestros corazones —tradujo Cayampay, de la mejor manera y como bien pudo.

Como para refrendar la amenaza, una flecha pasó por sobre sus cabezas, y ensartando hojas a su paso, fue a clavarse en un árbol de copalshuca que se erguía a poca distancia.

El cashibo Custodio, enfurecido les hizo un disparo a ciegas y los mozos, Efraín Gonzáles y Rafael Valera, hicieron lo propio. Estaban emboscados, pero su capacidad de fuego podía revertir la situación al momento que quisieran.

—¡Efraín!

—Diga Patrón.

—Organiza una correría breve para ahuyentar a esos calatos.

—Correcto.

—Vicente se queda para que me ayude con Shanqui.

Mientras sus hombres se arrastraban para repeler a los bravos cashibos, a los que los disparos parecían haber enardecido aún más, "machote" se concentró en el flechazo recibido por Víctor, cuya entrada estaba en la boca de su estómago, y por su espalda un estiramiento de piel indicaba por donde la oscura chonta había asomado a punto de atravesarlo.

—Hazle morder una ramita, Vicente.

—Sí compadre.

Con una filuda navaja "machote" hizo una incisión en la piel templada dejando a la vista la punta de la flecha, imposible de retrocederla por sus bordes aserrados. Luego con un seco golpe empujó la isana que sobraba por sobre el estómago logrando que la aguda chonta saliera un poco más por la espalda. Shanqui produjo un horrible ronquido.

—Ven Vicente.

—Ujum —asintió el curaca.

—Vas a morder bien fuerte de la punta, y cuando empiece a empujar la isana, jalas hasta que salga toda la flecha, ¡sin detenerte! Pero primero voy a cortarla un poco.

—Está bien compadre.

—Ojalá no sangre mucho, nomás.

—Si sigue vivo, es que adentro no está tan fea la cosa —aseveró con esperanzador aplomo el experimentado indígena.

A lo lejos se escucharon algunos disparos

—¿Listo Vicente?

—A ver pues —asintió el aludido, y muy reverencioso, cual viejo curandero, se inclinó hasta coger entre dientes la punta de la flecha.

—Aguanta Shanquito, aguanta mi cholo lindo, tú eres uno de mis valientes —susurró "machote" empezando a empujar la isana que al inicio le dio la sensación de estar bien chupada en las paredes vivas de la herida interna, pero que con la tracción dental de Vicente, lentamente fue desplazándose hacia el agujero de salida.

Como había predicho Vicente, por dentro, Víctor Shanqui sólo tenía un benigno canal que no comprometía órganos vitales.

—Cholo suertudo —murmuró "machote" sin dar una pizca de crédito a los milagros—. Tenemos que llevarle al campamento para meterle hisopos de aceptil rojo —acotó.

—Ahorita hay que ponerle un poco de ampiri, compadre; no vaya a echar gusano así la herida —sugirió Vicente.

—Buena idea —convino "machote", hurgándose el bolsillo en busca de un siricaipi—. Porque el maldito shinguito ahorita pues pone su huevo ¿dí? —agregó coincidentemente.

Aquella noche en el campamento, reunidos todos al rededor de una fogata, deliberaron sobre la conveniencia de organizar una correría contra los bravos cashibos que les emboscaron esa mañana, por más atenuante que pudiera significar el que hubieran actuado en defensa de su territorio. El asunto medular, de fondo, era que nadie estaba dispuesto a dejarse matar. Y curiosamente, entre los nativos, los cashibos fueron los más animosos para que se diera la incursión.

Respondiendo muy ufanos al llamado de sus nombres castellanos, tan caprichosamente escogidos por sus progenitores, o por sus amos, uno a uno los cholos fueron dando su apoyo a la posición de salir tras los feroces agresores, sustentada en un principio por el mozo Efraín Gonzales.

Entre los cashibos, el curaca Vicente, único en el campamento en contar con tres mujeres, Fernando, el del cabello largo recogido con peineta, el fornido Custodio, el convaleciente Shanqui, el rastreador Cayampay y el anciano Pedro Piña conjuntamente con sus jóvenes hijos, Manuel Soria, Dominga Valles, Luis Reinet y Mauricio Panduro, aprobaron, con singular ardor, el salir al día siguiente tras sus bravos paisanos. Hicieron lo propio, el cocama Julián Pacaya, traído de la isla del Puynahua exclusivamente para hacer canoas por su destreza con la azuela, los shipibos Chirico y Nibas, este último marido de la cashiba Dominga Valles, y los mozos Juan Manuel Arévalo, Rafael Valera, Amador Rengifo y José Paima.

Agotada la discusión, todo el silencio se volvió hacia el patrón, que garabateando en el suelo con una ramita seca, había estado escuchando a su gente sin perder de vista el peso de la decisión final.

—Escuchenme bien todos —comenzó a decirles con autoridad en su voz de trueno, tan bronca e inapelable como siempre que asumía la responsabilidad de sus delicadas decisiones—. Lo que haremos primero, será asegurar bien el campamento con gente y alimento, para que no pase nada aquí durante nuestra ausencia. También nos prepararemos fiambres fríos para la larga jornada y no tener que preocuparnos de estar mitayando después en el camino. Porque lo más seguro es que andemos por varios días por medio monte y debemos hacerlo de lo más silenciosamente posible para pasar desapercibidos. Así que al clarear el día saldremos en grupo de cacería y lo haremos protegiéndonos las espaldas acaparando un gran círculo, para que mientras dos de nosotros puestos en el centro cacen sin preocuparse de que les vayan a flechar, de repente, los demás anden alrededor precavidamente. Después... —intentó seguir explicando su plan, apoyándose con algunos trazos en el suelo a los que el movimiento de las llamas parecían cambiar de forma, pero fue interrumpido.

—¿Y si nos atacan patrón? —interrumpió Amador Rengifo.

—¡Deja terminar pues hombre! —rezongó Juan manuel Arévalo.

—Después veremos quienes se quedarán aquí. Las mujeres, de hecho que sí, de todas maneras. Pero creo que también deben hacerlo, Pedro Piña, Julián y mi compadre Vicente.

—No; yo me voy con ustedes, compadre —protestó presto el curaca.

Una lechuza pasó por sobre el claro de la hoguera y al poco rato se escuchó su canto melancólico, tal vez a punto de corresponder al único descuido de un cazador implacable, cual se da en su hora de apareamiento.

Pero no solamente en el campamento de "machote" el preocuparse de los ataques de los cashibos bravos era un asunto cotidiano. También a lo largo de la carretera que avanzaba por la pampa de Sacramento, los saqueos y matanzas en los pequeños puestos tenían en vilo a los trabajadores.

El curaca civilizado Washinton Bolivar al mando de una veintena de escogidos guerreros, a los que increíblemente se habían ido sumando otros cashibos renegados, era el más tenaz e implacable persiguidor de sus rebeldes paisanos. Y es que después de su entrevista con el presidente Benavides, había empeñado su palabra en apoyar la construcción de la carretera, tan luego se redescubriera el pasaje a Tingo María, registrado ya por Fray Alonso de Abad en el año de 1,759.

Durante la cacería que la gente de "machote" llevó a cabo según lo planificado en la noche del urcututo, justamente un grupo de estos cashibos portando escopetas nuevas y ropas de mozo, hizo contacto con el círculo defensivo dispuesto para no ser sorprendidos.

Después de un tenso intercambio de palabras zahirientes, en sus lenguas respectivas, finalmente accedieron a parlamentar haciéndose visibles y saliendo de su posición de emboscada.

—Somos guerreros de Bolívar Odicio —dijo el interlocutor.

—¿Y que hacen por aquí? —preguntó Custodio.

—El grupo rebelde de Shahuanrrúa ha estado atacando seguido nuestros campamentos, así que hemos salido a matarles para que esto se calme ya de una vez.

—¿Y ya lograron agarrarle? —se interesó el anciano cashibo Pedro Piña, deseando en lo más íntimo de su ser, con una especie de añoranza en su espíritu salvaje, sublevarse también, y que la respuesta que aguardaba fuese una negación.

—A él todavía no; pero de su grupo hemos correteado hasta aquí a varios.

—Entonces regresen ya, porque nosotros haremos una correría mañana —les sugirió Custodio.

—Podemos quedarnos para salir juntos —se ofreció el hombre de Bolívar, ocultando recónditos pensamientos.

—No hace falta; tenemos suficiente gente —denegó Pedro Piña, maliciando

malvadas intenciones en la actitud de su paisano.

—¿Dónde están? —preguntó éste, fijando en el anciano los ojos empequeñecidos.

—Estamos mitayando cerrando toda una vuelta para que no nos sorprendan —explicó con desconfianza Custodio, empezándo a ponerse nervioso. Era pervisible que el pillaje no sólo podía esperarse de sus paisanos rebeldes.

En ese preciso momento se escucharon dos detonaciones más de las que ya se habían estado escuchando durante la mañana.

—Tengan cuidado con Shahuanrrúa, porque mata a grande y a chico por igual. A las mujeres sí les roba nomás —advirtió antes de volverse invisible entre los árboles el hombre de Bolívar, llevándose sus turbios pensamientos para otras celadas.

Ya de regreso al campamento, recontado el producto de la caza, que aún cuando no tan generosa como en otras oportunidades, daba para cubrir más de una espalda y satisfacía la espectativa planteada a propósito de la cacería: tres paujiles, cuatro maquisapas, un venado y cinco motelos, completaban la dádiva concedida esta vez por el bosque.

Curioso por naturaleza, el cholo Cayampay empezó a retrasarse inspeccionando la vigencia de algunos caminitos, que en su agudo parecer, aún estaban transitados por animales que correspondían, según huellas y tamaño, a los camuflados vericuetos, registrando así en su memoria áreas a donde volver con alguna certeza de caza, en cualquier momento de necesidad.

Hallábase inclinado atravesando una ramita fresca en un camino de picuro, cuando aquel desgarrador sonido le hizo quedarse quieto, conteniendo la respiración. Seguidamente hizo un disparo al aire al comprobar que su voz no le servía para llamar la atención de sus compañeros.

—Seguro que el Cayampay se ha atrasado —rezongó molesto "machote" deteniendo la marcha.

—Sí, don Antonio —confirmó Juan Manuel Arévalo.

—A ver, José, Amador y tú Custodio, regresen. Si no ha matado una buena pieza, algo raro debe haberle pasado.

—¡Para qué puta se atrasa también ese cholo huevón! —alegó Amador Rengifo, mostrando signos de cansancio.

—¡Muévete carajo! —se impacientó "machote".

Cuando los tres emisarios llegaron al sitio desde donde Cayampay había estado efectuando el disparo, este aún seguía sumido en su concentración de escucha.

—Parece lamisto este cojudo —masculló Amador al verle, pues mantenía su carga encima de la espalda, pudiendo tenerla en el suelo—. ¿Por qué desperdicias bala así? —le preguntó.

—¿Escuchan, eh? —preguntó Cayampay, cuando les tuvo a su altura, ensayando una mirada patética con apoyo de su índice.

—Parece un quishicho, oy —opinó con gesto desconfiado José Paima, resistiéndose a creer que por esa simple cojudez, le hubiesen hecho desandar el camino.

—Escuchen bien —insistió Cayampay.

—Es cría de perro —reiteró José, mostrando su fastidio.

—¡Perro tu muela! —le fastidió Amador—. ¡Cómo crees que aquí en medio del monte va a estar un quishicho llorando! —acotó lapidariamente.

—¡Ese es llanto de humano! —exclamó convencido Cayampay, bajando decididamente su carga.

—Sí, de humano tierno es —murmuró custodio muy concentrado.

El buen Cayampay se mimetizó con la vegetación escurriéndose tras el eco lastimero de aquella vocecita que prorrumpía cada cierto intervalo.

Custodio fue el único que le imitó al poco rato, pues Amador y José se quedaron renegando en la trocha

Después de un lento y minucioso rastreo y de estarse un tanto desorientado por el pesado silencio que seguía a los esporádicos gemidos, por fin Cayampay encontró manchas de sangre sobre unas lustrosas hojas de caoba en retoño, que tendían a seguir en una dirección determinada.

Apartando la maleza con las manos y sin cuidarse de donde poner los pies, se puso sobre las huellas dejadas por el extraviado herido y acometió con denuedo al esfuerzo de alcanzarle.

Pronto el hábil cashibo dio con su objetivo.

Lo que apareció ante sus ojos le hizo colisionar con sentimientos parqueados en paraderos límite con lo civilizado y con criterios de conciencia ajustados a la conveniencia de los nuevos tiempos. Su rostro quedó demudado sin conclusiones ciertas, pero sólo por un instante fugaz.

La pobre mujer cashiba mostraba una aparatosa herida de escopeta que deformaba su torso desnudo, causa de las huellas de sangre dejadas en la maleza en su enloquecida fuga huyendo de los guerreros de Washinton Bolívar.

Sintiendo cercana su muerte, al parecer se arrastró hasta encontrar mejor postura reclinándose contra el blanco tallo de una bolaina, y en un último gesto de abnegado amor, acomodó a su recien nacido sobre sus pechos y dejó que la muerte congelara su faz, tal vez llena de fe en los espíritus del bosque que algo harían para salvar a su desvalido pequeño, sino convertirle también en espíritu.

Las mullidas sorrapas acomodaron el último movimiento de su brazo herido y un vientecillo descolgándose desde las copas de los árboles se llevó su último estertor.

El aroma a clorofila se impregnó con un olorcillo a óxido de fierro, babita de neonato y leche de pecho.

Cuando Cayampay llegó hasta ella, ya estaba muerta, y sus ojos vidriosos tenían el tono verde de la selva reflejándose en ellos. El enérgico bebé succionaba sus pezones con enérgicas arremetidas, prorrumpiendo en llanto cuando se le escurrían de la boquita.

—Ven aquí huamburushito, ya no te va a pasar nada —susurró conmovido el cashibo, mientras acomodaba en sus brazos a la desvalida criatura.

—¡Cayampay! ¡Cayampay! —retumbó cual eco de un manguaré, en algún lugar, la voz de Custodio.

—¡Aquí! —le indicó.

Cuando el otro cashibo estuvo a su altura, quedó como hipnotizado contemplando el fresco cadáver, aparentemente atascado en el lejano recuerdo de su infancia donde el canibalismo era una práctica aún consentida en su grupo tribal. Pero jaloneado irremisiblemente por su entendimiento civilizado de la muerte, devotamente aprendido en un ambiente católico, se resarció pronto de la impresión.

—El espíritu del otorongo anda cerca; él se encargará —susurró Cayampay, espantando sus propios fantasmas y alejándose de ahí.

Con la tarde casi agotada, llegaron al campamento. "Machote" había curado ya la herida de Shanqui y tanto los shipibos Nibas y Chirico, como el cocama Julián Pacaya habían vuelto hacía rato de matear árboles maderables, como les había ordenado el patrón.

La tushpa ardía en manos de las mujeres del curaca Vicente, las cuales reían en esos momentos por alguna ocurrencia graciosa de una de ellas.

Desde la quebrada, el conocido barullo de los peones en su baño de cada tarde, ascendía sin recato con sus frases subidas de significado, e inundaba el campamento con una sensación de "vida regalada", de despreocupación pura.

En la cocina las cholas seguían ajetreadas entre el aroma aperitivo del sachaculantro, preparando presas de los paujiles para la sopa de la cena.

Pedro Piña y el curaca Vicente, alistaban con eficiencia brasas para ahumar prontamente el resto del mitayo antes de que empezara a olisquear, y asegurar así la conservación de la carne por tiempo suficiente.

—¿Qué pasó por ahí? —preguntó "machote", sin poder ocultar su sorpresa por el hallazgo de Cayampay.

—Los hombres de Bolívar hirieron a su madre.

—Bien, bien... —asintió cavilante ante la respuesta del cholo.

—¡Qué bruto este cayampay, oy! Tiene un oído de tísico el cojudo —bromeó

Amador Rengifo.

En un santiamén se vieron rodeados por todos los miembros del campamento, excepto por Shanqui, que aún no podía levantarse.

—¡Vicente! —llamó "machote" a su compadre cashibo.

—Diga compadre —respondió voluntarioso el curaca.

—¿Cuál de tus mujeres puede criar a este huambrillo?

—La Zoila será pues —sugirió el aludido con acento badulaque.

—Pero ella no puede tener hijo.

—Cuando se le chupa seguido su teta da leche dulce, compadre —repuso.

—¡Ah, eres un pendejo, Vicente!

—Ja. Ja, ja... —rieron algunos.

—Pero es bien cierto, compadre.

—Debe ser, debe ser... —condescendió divertido, "machote"—. A ver, llévatelo pues Zoilita —ordenó, dirigiéndose a la chola elegida por Vicente, cuyos ojos brillaban de regocijo como si ser madre sustituta cumpliera su sueño de ser tan igual como las otras mujeres del curaca—. Ponle su nombre —la animó con gusto y casi conmovido.

—Se llamará Diómedes Moreno, compadre; suena bien bonituyni; casi igualito como Antonio Marino —sentenció muy ceremoniosamente Vicente, arrogándose el derecho.

—Tú vas a terminar queriendo poner a tus hijos mi apellido, ¿di compadre? -advirtió "machote" en tono serio.

—Te pediría permiso, compadre.

La noche apenas dio tiempo para que se hartasen de sopa y fumasen un mapacho a modo de asentar la comilona. Por lo demás, sólo pudieron apretujar en la corta espera del sueño, las últimas indicaciones del patrón, respecto al mitayo ahumado. El descanso hizo el resto.

—Si llegamos a ubicar la aldea, incendiaremos sus mazaputis y les meteremos manchari, ¡nada más! —les advirtió éste—. Sólo haremos la correría por dos días, no más.

—Será imposible no "bajarnos" a algunos, don Antonio —opinó Juan Manuel.

—Espero que no sea necesario. Sólo si ven en riesgo sus vidas, actúen como el diablo quiera —accedió "machote", aspirando a que fuese una lejana posibilidad sabiendo

que en el fondo sólo estaba aferrándose ilusamente a furtivas contemplaciones, a falsos recatos pacifistas que no venían al caso.

—Patrón, pero ya la gente de Bolívar ha hecho correría por aquí -hizo notar José Paima.

—Eso ha sido a grupos que han estado saqueando los puestos de la carretera en la pampa del Yúrac —aclaró intransigente Amador Rengifo—. Por acá llegaron porque estaban siguiéndole a ese tal Shauanrrúa.

—Saldremos al amanecer; ya está decidido —concluyó "machote" dirigiéndose resueltamente hacia su mosquitero.

Pronto los verbos humanos quedaron resumidos en el sueño caído sobre el campamento, y tuvo la naturaleza, salvaje y nocturna, su hora de salir a merodear, restringida solamente por sus propios códigos instintivos.

A cierta hora de la madrugada, cuando el sopor acentuaba sobre los músculos una necesidad de laxarse hasta un despertarse jamás, Amador Rengifo se envolvió en su sábana y se encaminó hacia la débil fogata que lentamente languidecía en el centro del campamento, donde se sentó sobre un leño de capirona. Tenía insomnio.

—¿Qué bicho ya vuelta te ha picado? —le preguntó extrañado Juan Manuel Arévalo, cuando al levantarse ya legañoso unos minutos más tarde a miccionar, le vio ahí sentado con cara de asustado.

—No ishpatees por ahí, cojú —advirtió aún escarapelado.

—¿Por qué?

—Hace un ratito un shushupazo se ha metido por ese matorral.

—¿Le viste?

—¿Viste? ... ¡El maldito ha pasado por mi encima!

—¡Qué va ser!

—¡Bruto su pesazo! Un poquito más y me hubiese desesperado.

—¿Cómo ya vuelta?

—Todo por no asegurar bien mi mosquitero, oy. Se me cayó, no sé cómo, encima, y yo creyendo, medio sonámbulo, que era mi colcha, me enrosqué nomás... ¡puta! Ahí subió por mi encima esa fiera. Por poco no la cuento.

—¡Qué cojudo!

—Si me movía me jodía.

—Sí pues; aquí se ve su huella —confirmó atento Juan Manuel, inclinándose sobre el sinuoso rastro en la arena dejado por la víbora al pasar cerca de la fogata—. ¡Tremendas escamasas tenía la maldita, ah!

—¿Qué creías? ¿Que iba a ser tan huevonazo de amanecerme aquí sentado, por gusto?

El friecillo de la mañana hizo apreciar en su justa dimensión el caldo de maquisapa ahumada que las mujeres del curaca Vicente sirvieron de desayuno.

Saboreando todavía algunos restos de carne retenidos entre sus dientes, "machote", con el férreo puño aferrando su largo chafalote, extendió su acerado brazo hacia el bosque virgen, dando así la orden definitiva para la partida.

—¿No va a llevar carabina patrón? —le preguntó Rafael Valera.

—No hace falta; ¡vamos ya! —fue la escueta respuesta.

—Yo sí, ni cojudo para irme así —murmuró confidencialmente el mozo Efraín a Fernando, el cashibo de la peineta, esgrimiendo discretamente su retrocarga. Este sonrió desenfadadamente con un aire afectado que alguna vez un desafortunado shipibo se atrevió con ligereza confundir con el de un "marona ocote", como llamaban algunos nativos a los homosexuales.

—Vicente, tú también te vas a quedar con Pedro, Julián y el Shanqui. Hay que cuidar bien a las mujeres, al niño y al herido. Tú sabes cómo es ésto.

—Pero yo pensé que... —Quiso replicar un poco herido en su amor propio, el curaca.

—En un par de días llegan de Espinal nueve hombres y quiero que tú los dirijas en la madera, hasta que estemos de regreso.

—Está bien compadre —accedió con talante orgulloso el indio, sintiéndose reinvindicado.

La columna se alejó del campamento. Aún la neblina espesaba la fronda, pero el sendero se podía distinguir sin temor a descalabrarse hasta unos quince metros. Un poco de frío entraba por las rodillas aguijoneando los tendones y los nudillos de las manos palidecían cual tramo de rosario, sobre el oscuro cañón de las carabinas.

Cuando cruzaron por unos cañabravales, unos manacaracos que andaban metidos en líos de cortejo manifestaron su fastidio cacareando amenazadores.

—¡Qué bulliciosos son estos carajos! —refunfuñó "machote".

—¿Será verdad eso de que cuando se cruzan con gallina fina salen unos gallos de pelea, de la patada? —aventuró Amador Rengifo, sabiendo que aquello hacía buen tiempo que él lo creía a pies juntillas.

—Ya estás crecidito para creer cojudeces —se confrontó Juan Manuel Arévalo. José Paima soltó una risita cachacienta tras él.

Durante dos días y medio y sus noches, cuando la luna y las sendas abiertas así lo permitían, caminaron obsesionados por llegar a destino, completar el cometido y volver a casa.

Fuera ya de los cálculos de "machote", recién al amanecer del tercer día contactaron al fin con los límites del pequeño conglomerado de mazaputis conformantes del poblado cashibo, que Cayampay había rastreado desde el lugar que flecharon a Shanqui.

Todos se veían cenicientos por la tensión del inminente ataque y por el rocío que trababa entre sus cejas y pestañas, plateadas gotillas.

—Tranquilos todos —ordenó "machote"

—¿Qué hacemos ahora don Antonio? —preguntó Juan Manuel que tenía ascendencia sobre los demás hombres.

—Escudriñen atentamente.

—Ayer la chicua nos ha hecho oír el lado bueno de su canto. Nos va a ir bien, seguro —animó el superticioso Amador.

Todo estaba tan quieto, tan silencioso, que "machote" creyó por un fugaz momento estar sobre su canoa avanzando sigilosamente entre la bruma de una cocha, de las tantas que navegó en sus tiempos de fisga.

—Hay que aprovechar la neblina para ir acercándonos sin que nos noten —ordenó después de haber estado observando con sumo detenimiento los posibles lugares en donde podían iniciar la incursión al dormido poblado—. Que cuatro vayan en avanzada y el resto que les siga —ultimó detalles, sabiendo que con los cashibos en guerra, ninguna precaución estaba de más.

Cayampay y los tres hijos de Pedro Piña avanzaron con sendas varandillas con la cautela que el caso requería, sondeando entre las hojarascas donde suponían zanjas camufladas, que como buenos cashibos que eran, sabían que las trampas con picas podían estar instaladas allí.

Después de unos minutos de estar arrastrándose por entre la maleza y sortear sin problemas las trampas defensivas, llegaron hasta un solitario corral, donde una huangana adulta se paseaba inquieta.

—Si no la matamos de un golpe certero, ahorita va a empezar a bullanguear, papá —advirtió Custodio.

—Dile a Luis, o a Manuel que la flecheen. Uno de los dos debe haber traído su balista —indicó sin titubear "machote"—. Pero que le den bien dado —advirtió.

Apremiado por los ronquidos del animal que se esforzaba en cabecear hacia el cielo tratando de percibir el olor de los intrusos, Manuel Soria, uno de los tres hijos del cashibo Pedro Piña, procedió a acercarse al chiquero, buscando una mejor posición desde donde abatirlo de manera fulminante.

Una vez posesionado a una distancia aparente, tensó su descomunal arco y disparó con tan buena puntería que "machote" tuvo que reconocer que por lo menos por esta vez, el cashibo Manuel no tenía nada que envidiar a los infalibles campas.

La flecha atravesó al cautivo cerdo salvaje por detrás de la paletilla, tumbándolo en el acto, pero no sin que antes hubiese emitido un agónico chillido que electrizó el ambiente.

La bruma aún era persistente y espesa más allá de los diez metros, al punto de impedir la visibilidad a partir de esta distancia.

Aguardaron conteniendo el aliento con las miradas fijas en el angosto caminito que llevaba del corral a la aldea. De pronto, un salvaje con el torso desnudo y largo taparrabo de llanchama majada, apareció en el claro.

—Vamos a tener que atacarles ya, don Antonio —susurró Juan Manuel Arévalo a un lado de su patrón.

—Pero hay que silenciar a ese, primero —ugirió Amador.

El indio se había quedado empacado al ver lo que había pasado en el corral, pero no tardó en reaccionar alarmado, y dando unos precavidos pasos de espaldas, giró en redondo hacia la aldea y se lanzó a toda carrera gritando como un demonio. El factor sorpresa se venía abajo.

Mauricio Panduro, que se encontraba un poco más adelantado que los demás y que se había mantenido vigilante con su carabina lista desde que vio aparecer al indio, no dudó en dispararle.

La victima cayó de bruces, yerto, al parecer sin vida.

Sin dudar un segundo, corrió hasta él para verificar su muerte y ultimarlo a filo de machete, de ser necesario, pero se encontró con un herido aún en pleno uso de sus fuerzas, que sorpresivamente se revolvió con furia asesina a encarar como un guerrero de honor, su inminente final, y le hizo rodar por una depresión del terreno que bordeaba el corral.

—¡Luis! ¡Manuel!... ¡Ayuden a su hermano, rápido! —urgió de manera atropellada, "machote"

—¡Ahí viene otro! —dio aviso Juan Manuel Arévalo.

—¡Puta madre, ya nos oyeron! —se alarmó José Paima.

Efectivamente, como una grotesca carachupa-mama, un fornido salvaje venía rampando por el estrecho camino. Se detenía y avanzaba remedando el andar de la carachupa gigante.

La brumosa mañana se había tornado más visible y de un momento a otro se percataría de lo sucedido en el corral. Había que hacer algo.

Ruídos de forcejeos le llegaron al cauteloso indio desde la hendida maleza que crecía tras el corral, entre los que no tardó en reconocer la voz jadeante de su compañero.

Con ushati en mano, de un brinco felino se asomó temerariamente a la corta ladera

y ahí terminaron todas sus preocupaciones. Su cuerpo rodó aparatosamente por el declive con una veintena de toscos perdigones dentro del cráneo, obligando a Luis Reinet y a su hermano Mauricio Panduro, que ascendían de dar cuenta del otro salvaje, a tirarse hacia los lados para evitar ser arrollados.

Un griterío de espanto se suscitó en el poblado cashibo, cuando "machote" y sus hombres irrumpieron en la desguarnecida aldea, armando un escarmentador ataque plagado de gritos y disparos.

En pocos minutos los Mazaputis fueron presa de las llamas, favoreciendo el incendio, el diseño de su techado, que circularmente escalonaba las hojas de palma hasta el suelo. Pronto la gris humareda llegó a calentar hasta los pulmones.

Los salvajes, dominados por la sorpresa, en un acto reflejo intentaron protegerse en el bosque, pero en el desorden reinante, algunos terminaron encarándose con sus agresores, que mejor armados y dispuestos al combate, les descerrajaban simplemente un tiro a quemarropa, dejándoles tendidos ahí mismo en poses grotescas y lamentables.

En medio de esa lucha desigual, los niños rezagados eran atrapados cual si fueran crías de manada y llevados a un lugar apartado donde se les inmovilizaba con tramujo. No era momento para andarse con consideraciones y cada cual a su turno, era llevado a rastras junto a los que yacían ya amarrados a una ominosa soga común por el cuello.

Ocho niños de entre seis y doce años fueron capturados en la correría. El más grandecito reveló que el curaca había sido uno de los que se había dirigido a ver qué pasaba en el corral de la huangana y que no había vuelto. Dijo también que él era el que organizaba los ataques a los madereros del Juantía, del Yurúa, del Tunuya, del Tahuayo y del Neshuya.

El crepitar de las llamas era pavoroso.

Juan Manuel Arévalo había encontrado a una joven cashiba escondida en un mazaputi aún no tocado por el fuego y asiéndola de las muñecas tuvo que sacarla a rastras para lograr que se moviera. La infeliz temblaba como si aquella infernal radiación en vez de calor le estuviera transmitiendo un intenso frío.

Debido a su terca resistencia y a sus ariscos forcejeos Juan Manuel se enardeció a límites sicopáticos, terminando por cogerla de los cabellos con violenta furia y arrastrarla por los ásperos vericuetos que separaban entre sí los mazaputis que aún quedaban en pie.

Al pasar bajo la sombra de un aguaje shambo enano en flor, una raja de leña osciló en el aire y un adormecimiento efervesciendo lacerantes espículas le inundó las sienes. Su cuello se puso rígido, sus ojos se encarparon ingrávidos hacia arriba y mientras se desvanecía, un brazo fuerte le arrebató a la aterrada cashiba, sin que pudiera hacer algo para evitarlo.

Accidentalmente al golpear contra el suelo su carabina dejó escapar un disparo y eso hizo desistir al agresor de rematarle, pues le supuso todavía consciente y optó

por alejarse rescatando a su joven mujer. Aún entre la vida primitiva, el amor podía ser abnegado y heróico.

Custodio llegó a pasar por ahí a los pocos minutos de haberse suscitado la celada y alzando en vilo al desvanecido herido, le trasladó a donde los niños cautivos estaban siendo reunidos.

A media mañana, todo quedó consumado

Como zahumadores epilogando trágicos desenlaces, los humeantes tizones persistían en saturar la atmósfera con un aire irrespirable. Muchos de los niños sollozaban apretujándose como polluelos que extrañan las protectoras alas de la madre no habída, algunos muertos yacían en el polvo como vivos fingiéndose yertos, y los hombres de "machote" se iban congregando alrededor del patrón, para emprender el regreso.

—¿Qué hacemos con los difuntos don Antonio? ¿Enterramos a los que matamos? —preguntó Juan Manuel, que se veía patético y algo ridículo con uno de sus brazos sin manga de camisa, la que había servido para vendarle la cabeza.

—Que ellos se entretengan —alegó Rafael Valera, con un poco de humor negro.

—Sí, tenemos que ganar tiempo —corroboró "machote"

—¿Los enterrarán, o los comerán estos pendejos? —preguntó con un ríctus mefistofélico en la boca, Efraín Gonzáles.

—Entre ellos, no creo —aseveró Juan Manuel.

—Y nuestros cashibos no hablan nada de eso... ¿Por qué será? —hizo notar José Paima—. Pero hasta donde yo sé, lloran a sus muertos abrazándoles como si quisieran impedir su partida, o no se para qué mierda —acotó.

—Cuando matan sachavaca, dice que ahí mismo se toman su sangre, calientita nomás —dio su cuota de primicias Amador Rengifo.

—¡No seas pendejo! Si hasta yo le tomo a la sangre de la vaca para combatir la poshequería —argumentó con desplante, Rafael Valera, restando importancia a la cuestión.

—Es que para ellos es su refresco; su shibé, pues huevón —replicó Amador optando por derivar a la broma lo revelado en tono de acusación herética.

—¡Vamos ya! —ordenó "machote"

Durante la larga caminata de regreso, los niños se familiarizaron pronto con sus captores, sobre todo con los que eran de su misma etnia y les conversaban en el lenguaje materno. Los más pequeños cesaron de llorar y los grandecitos hablaban ya sin ninguna inhibición, en la segunda jornada de camino.

Demostraron ser entendidos en la recolección de diversas sogas de carga y amarre como el tamishi, la carahuasca, la itininga, el paujil chaqui y otros, así como

habilísimos atrapadores de pequeñas perdices como yanayutos, porotohuangos y firirines.

Cuando reconocían un árbol frutal, como la chimicua, copalshuca, azúcar huayo, requia, manchinga, quinilla, charichuela, armaban tal alboroto, que con el consentimiento de "papá" Antonio, sus captores cashibos les quitaban de los cuellos los cabos aminosos y les dejaban recolectar a sus anchas las frutas caídas.

En el año 1,939 las lluvias torrenciales del invierno declarado cumplieron su máxima frecuencia en los meses de febrero y marzo como era de esperarse, pero las nueve balsas de cuarenta trozas cada una que "machote" había decidido extraer para la presente safra, no se habían completado. Para suerte suya, con el personal adicional llegado de Espinal, las cosas marcharon mejor y se calculaba que para agosto ya debían completar las trozas que faltaban. Y si se cumplía el vaticinio del curaca Vicente —buen intérprete de los signos de los tiempos—, de que las lluvias arreciarían al máximo desde octubre, tanto mejor.

Se revolcaron los cedros y las caobas, únicas especies maderables que se comercializaba entonces, utilizando las riesgosas técnicas rudimentarias que se conocían, buscando acomodar las trozas debajo de los niveles de colección de agua de los caños, o por lo menos cerca de estos, para que al llenarse en el invierno, las aguas las arrastrasen al Juantía y de aquí al Aguaytía, donde al desembocar serían armadas en balsas por hombres adiestrados en esta difícil tarea.

—¡Por la gran puta!

—¿Qué pasó patrón? —inquirió solícito Efraín Gonzáles.

—¿Quién puta ha derribado esta caoba toda torcida, que más se parece al cuello de mi ullo, carajo, ah?

—No sé patrón.

—A ver, llámale a Juan Manuel.

Después de resondrar al aludido, que al parecer fungia de capataz, mostrándole la pronunciada curvatura de la troza en su medio cuerpo, ordenó desecharla.

—Regáleme a mi don Antonio —pidió el empleado.

—¿Para qué?

—Para llevarla a Iquitos y ver si la hago pasar.

—Esta no te compra ni "san puta"; más parece un ullo lisiado —masculló despectivamente.

—Por sea caso, don Antonio; nada perdemos incluyéndola en la balsa; de repente así me liga la vaina y... —insistió Juan Manuel, sin despertar mayor entusiasmo—. Bueno, bueno..., ya veré yo en Iquitos a quién le ensarto —aventuró.

—En realidad no cuesta nada meterla entre las buenas, pero tú sabes que el único que

compra madera ahorita en Iquitos, es el gringo O'niel del Astoria. Sabes también, que ese es un concha su madre: ¡Cuántas veces los pobres madereros han tenido que regalarle hermosas trozas sólo porque al cabrón le parecía que no entraban en su sierra! No te hagas ilusiones. Pero en fin... Cada loco con sus dilemas.

—Esa es viveza del gringo, pues. Pero todo le sirve en realidad.

—¿Y?

—A veces él no supervisa las compras.

—Está bien; métela por ahí. Pero es tu problema, te aviso.

—¡Gracias don Antonio!

Como premonisara el curaca Vicente, a principios de octubre aparecieron las fuertes lluvias y lentamente las trozas faltantes empezaron a deslizarse hacia los bajiales, como si de pronto cobrasen vida propia.

—Esta vez nos iremos y ya no volveremos —murmuró en tono profético el más respetado de los cashibos entre la gente de "machote".

—¿Qué andas murmurando Vicente? —le preguntó éste, tan crédulo de sus dichos, como el más supersticioso aborigen.

—Ya no volveremos compadre.

—¿Por qué lo dices?

—Antes de que empezaran las lluvias, cuando fui a traer shibé del campamento, me encontré al sitaracuy cundiendo todo, compadre ¡Era un aviso!

Un tatatáu hizo en esos momentos escándalo tras un pashacal, rompiendo el tono agorero del indio, que acusó la interrupción vocinglera con un gesto de fastidio.

—Oye Vicente, mejor anda a sacarle sus lágrimas a ese tatatáu y búscame una canilla de tanrrilla por ahí para que me hagas una pusanga de la buena —bromeó "machote", dándole una afectuosa palmada al cashibo, que condescendientemente le correspondió con una mirada fugaz y un asentimiento silencioso de la cabeza.

XXVIII

José Carlos, el hijo de Zoila Jesús Reátegui con el italiano Aldo Módena, de Puerto Leguía, había cumplido ya cinco años, en tanto Hérmel, el último de los vástagos de la línea Ibazeta Reátegui, contaba con trece y se había vuelto un muchacho ingobernable que hacía de las suyas apañado por don Fidel, su abuelo.

José Carlos tenía un don que hacía que la gente se encariñara con él apenas verlo, tal vez, secundado por sus ojos de iris azul verdosos, que encandilaban al primer impacto por el sosiego y humildad que transmitían, tal vez, por sus ademanes calmos y expresión dulzona, tal vez, por la natural candidez con que correspondía a la andanada de melífluos halagos y abrumadoras adulaciones, tal vez, por su sonrisa condescendiente ante tanto gesto envanecedor. En cambio a Hérmel, aparte de su abuelo, diríase que los únicos que le celebraban su perspicaz viveza de pillo eran los presos políticos de la penitenciaría de Satipo, a quienes les hacía las compras de cigarrillos, a cambio de unos centavos. Era un púber súper movido, desobediente, e insolente hasta la malcriadez, rasgos conductuales que hacían desdeñar su pícara y divertida elocuencia, así como su evidente sagacidad. Además, y seguramente debido a que junto a su hermano Alcibíades, eran los dos únicos trigueños entre sus hermanos, tíos y abuelos, "agringados", las adulaciones tampoco le correspondían por el tipo. Pero esto parecía resbalarse sin fastidio de su movedisa memoria, tan revoloteadora como una picacha degustando néctares.

Elina, la hermana mayor, se había casado con el colono alemán José Martín Stopp, al poco tiempo de llegar del Pachitea, quien tenía una próspera ganadería a orillas del río Satipo, frente a la cual, finalmente don Fidel Reátegui ordenaría tomar posesión y fundaría su nueva hacienda. No podía parecer mejor para los abonos de la familia, que abuelo y nieta prosperaran en buena vecindad.

El acontecimiento decantó sin embargo la individualidad de Zoila Jesús como núcleo familiar, y fortaleció los vínculos de indentidad entre sus demás vástagos, casi diluídos en el clan Reátegui.

El apellido Ibazeta empezaba pues a abrir su exclusivo espacio por entre la densa égida impuesta por el abuelo materno, yendo tras propios horizontes que rubricar sin tener deuda con nadie. Las dos sangres tenían demasiada fuerza para mantenerse sin fricciones por mucho tiempo, y este matrimonio cayó como un catalizador de tensiones, retardando una delimitación de posiciones más extremas, que de todas maneras resultaría inevitable.

El nacimiento de los nietos Stopp, de Zoila Jesús, propuso un largo aliento de buena voluntad y cortesía entre los dos grupos familiares, pero la media distancia y la condición de visita comenzó a pesar en la relación, pese al férreo patriarcado aún ejercido por don Fidel.

Zoila Jesús con sus demás hijos, terminaría mudándose a Satipo, y desde ahí iría despidiendo a su nutrida prole en fiel cumplimiento a las leyes de la vida y a las resoluciones de lo inevitable: la distancia larga entre los hijos adultos y sus padres viejos.

Por esos años se hablaba mucho entre los peones y cholos de la hacienda de José

Martín Stopp, sobre la existencia de un puente incaico hecho de oro macizo en las selvas del río Urubamba, y el rumor era tan consistente, que muchos observaban que todo lo referente era cierto. Entonces, nadie podía predecir que después de un poco más de una década, Martín Stopp Ibazeta, un hijo adolescente de Elina, se perdería para siempre en esas misteriosas e inhóspitas selvas, subyugado hasta la obseción por unos croquis que supuestamente daban la ubicación del fabuloso puente.

Con el asesinato del presidente Luis M. Sánchez Cerro en Lima, mientras pasaba revista a la tropa presta a partir con fines bélicos a la frontera con Colombia, la situación en Satipo cobró visos de conmoción, debido a que los presos políticos encarcelados por el régimen aquí, en su mayoría apristas, podían pasar de la noche a la mañana, dependiendo obviamente de quién sería el definitivo sucesor, de las humillantes celdas a los enaltecedores despachos dispuestos por el poder.

Los empleados a "dedo" por la dictadura en la Planta Experimental Agrícola Ganadera, que eran presa de la incertidumbre laboral que se cernía sobre ellos, también fueron tocados por esta especie de esperanza quiromántica, y no era para menos, el verlos premunidos de temor y recelo en medio de miméticas proclividades.

Finalmente la espera llegó a su fin, cuando en abril de 1,933, el general Oscar R. Benavides, se hizo cargo del gobierno, con plazo hasta 1,936, término del mandato del asesinado Sanchez Cerro.

Los cambios inmediatos, como la amnistía a los presos políticos —con tremenda repercución en toda la Nación—, no tardaron en llegar a Satipo.

Un tal Enrique Ruíz, aparentemente hombre de buenas intenciones y sin parientes conocidos, que trabajaba en la Planta y que se salvó de la poda, empezó a interesarse sentimentalmente en Zoila Jesús, ajeno a las circunstancias inseguras que entonces se vivían. Su empeño y al parecer el proyecto calmo de un trajinado corazón, le llevó a presentarse ante el mismísimo don Fidel Reátegui Valera, cuyo carácter se había vuelto más violento y evasivo que antes, para pedirle que le permitiera cortejar a la hija, actitud franca, honesta, y sobretodo sumisa, que terminó agradando al viejo.

No había duda que Zoila Jesús, la hija mayor del fiero hacendado, no había guardado las huellas agotadoras de sus repetidas gestas y que la maternidad parecía haberle dotado más bien con un toque de aplomo y sensual señorío.

La relación no tardó en volverse ineludible, intensa y posesiva, y ya a los amantes no les impactó si atrás quedaba la cuesta, o adelante aguardaba la pendiente, en el camino que recorrían. El amor de meseta, de planteamientos horizontales, de sesudos consejos, de predecidos imprevistos, de ahorros, también podía emocionarlo todo. Y es posible que todo este proyecto de himéneo hubiese resultado como se suponía resultaría, si es que el destino, tan buen anfitrión con otros, le hubiese reservado a la pareja por lo menos un lugarcito a dónde extender su esperanza, sin ligaduras con lo inevitable, ajenos a la sordera de Dios vuelto de espaldas desde la crucifixión. Pero Zoila Jesús no podía escoger ni alegar. Cuando hacían planes para unir definitivamente sus vidas, Enrique Ruiz contrajo la mortal viruela negra, y ella se dio de bruces con la inutilidad de sus oraciones. Hasta llegó a creer que algún

maleficio debió haber contraído tras su furtiva huida de Panao.

Don Fidel, su padre, que aunque pareciera extraño, había llegado a encariñarse con el desdichado, le acondicionó un tambo en un lugar aislado de la montaña y se encargó personalmente de llevarle cada mañana alimento y frescas hojas de plátano para renovarle el inmundo lecho.

Como era de esperarse, pronto la penosa agonía llegó a su fin, y el buen hombre fue incinerado en su desolado tambo por aquel que acaso pudo llegar a ser su suegro, si algún ser superior se hubiese interesado en jugarle, aunque sea a las cartas, un último milagro.

El golpe fue tan impactante para Zoila Jesús, que viendo con ojos empañados aquella columna de humo que ascendía en lontananza, se prometió a sí misma que jamás permitiría que su corazón conociese y consintiese una nueva oportunidad de amar.

Y como si fuese un fenómeno cíclico derivado de sus relaciones sentimentales, esta vez también quedó germinando en sus entrañas un canto de vida, acaso para consolar su pérdida irremediable. Era una niña que al nacer se convertiría en la hija predilecta, y que al igual que a su medio hermano José Carlos, se la inscribiría con el apellido Ibazeta.

En la hacienda de los Reátegui, María Nicanora experimentaba sus propios temores, que iban más allá de la intención de conservar, o no, la promesa conyugal de mantenerse firme al lado de su esposo, pasara lo que pasara. Y es que cada día que transcurría, se convencía aún más que su marido se estaba transformando en un ser extraño, un ser vuelto casi exclisivamente hacia sí mismo, con regresiones violentas y desconfiadas que enrarecían una llevadera convivencia, como si un retardado estrés post trauma de sus tiempos de cauchero aflorara.

Dos sucesos agravarían definitivamente este perfil psicológico, haciéndole arrendatario de imaginarios manicomios y extraviándole aún más en los indiferenciados laberintos de la locura: por un lado la muerte de su hijo Antonio, que al ir a probar una carabina obsequiada ese mismo día por él, cayera abatido por un accidental disparo ocasionado por un resbalón, y por otro, la muerte de su hija Etelvina, que según lo que se decía, fue a causa de los golpes que le propinara en algún lugar de la montaña.

La muchacha se había enamorado de un joven y apuesto capataz contratado en la hacienda, quien con la audacia y el ímpetu de sus veintidós años y subestimando la aún inflexible, aunque ya escabullida personalidad de su patrón, incendió los sentidos de su amada arrastrándola a citas furtivas que no tardaron en ser develadas.

Sintiéndose en evidencia, e incapaces de renunciar a su relación, planearon una fuga desesperada, y por cierto esperanzada en un buen futuro lejos de Satipo, pero antes de que Etelvina pudiera alcanzar el lugar de la cita, el muchacho fue aprehendido por el campa Sakiray, quien llevándolo a la montaña, sin testigos y al amparo de la noche, lo ejecutó en la misma forma brutal que victimara años atrás al piro de Atalaya.

Por su parte Etelvina, sacada en vilo de su cuarto al amanecer y montada furtivamente en un caballo previsoramente ya ensillado, fue llevada igualmente a la montaña, donde lo que pudo haber pasado, se quedó perdido en la divagante mente de su padre.

Unos dijeron que la golpeó ferozmente hasta casi reventarla, y otros, que la llevó a algún lugar sólo conocido por él, para que le hicieran prácticas abortivas. Pero lo cierto de todo es que al volver aquella trágica tarde de su calvario, la muchacha no podía hablar y menos caminar. Recostada en su cama se mantuvo con vida tres penosos días, y luego expiró sin siquiera gesticular un indicio revelador. De esa manera, la más hermosa, la más jovial, la rubia Etesha —como solía llamarla su hermana Zoila Jesús—, se fue para siempre, muriendo en los impotentes brazos de su madre que, abatida de pena, entre rezos y dolientes lágrimas intentó reanimarla hasta que empezaron los cantos de los gallos a vista del amanecer.

Se cree que después de este luctuoso suceso, don Fidel Reátegui Valera decidió enterrar en algún lugar de la hacienda su cofre repleto de Libras esterlinas Libras peruanas de oro y manedas de plata de nueve y cinco décimos fino. Caminaba ya por las peligrosas cornisas de seniles desvaríos, de abismadas soledades y agresivas desconfianzas.

En satipo, el risueño Alcibíades, segundo hijo de Zoila Jesús, se había enredado en amores con una muchacha de raza negra llamada Rosaura Zegarra, que ya cargaba dos niños producto de un primer compromiso con un tal Godoy, que la abandonó en su noche más confiada sin decir a dónde iba.

Era un muchacho muy alegre y sin preocupaciones mellantes, que solía tomarse la vida por el lado amable. Así que la exhultante y risueña familia de Rosaura —o Rosa como la llamaban familiarmente—, le resultó un eficaz complemento para afianzar su relación con la morena, sin que su ánimo se ajara en lo más mínimo por las reticencias familiares y por los sarcasmos amicales que aducían su resuelto apego por aquella raza, a lo que su hermano menor, Hérmel, andaba diciendo por ahí: "se mete con la morena porque es lisiado", refiriéndose a su supuesto descomunal miembro fálico.

Al morirse uno de los niños Godoy, Alcibíades —que se hallaba muy enamorado—, se sintió tan afectado, que sin reparar en nada, se ofreció llanamente a adoptar y a darle incluso su apellido, al hijo restante, en cuanto se casara con ella.

A principios del año 1,934 llegó a Satipo un joven de apariencia austera, alto, delgado y de tez blanca, enviado por el gobierno para hacerse cargo de la oficina contable de la Planta Experimental Agrícola Ganadera.

Por razones solamente conocidas por él, traía bien gravada en la memoria el tenor del Decreto Legislativo N°7100 del 8 de abril de 1,931 por el que se ampliaba los alcances de otro Decreto Legislativo emitido un año antes, para sujetar al régimen de amnistía los juicios por la rebelión cervantista de 1,921.

De conversar culto y solemne, se hacía inevitable al hablar con él, reconocer su excelencia intelectual, y notar una huella cicatrizal atravesándole la manzana de Adán. "Recuerdo de la guerra" decía, pero no refería de cual.

En cierta oportunidad que asistía a una reunión social atiborrada de las buenas gentes de Satipo, el ganadero Stopp le presentó a una de sus cuñadas, llamada Elvira Ibazeta Reátegui, y por alguna capacidad adquirida de pronto, supo que su hora de acogerse a un hogar propio, había llegado. Lo que quedó en el Ecuador, sólo había sido una relación de circunstancial estadía.

—Miguel Chávez Maldonado —se identificó.

—Encantada, señor.

—Debo haber envejecido mucho lejos de mi país.

—¿Por qué dice eso?

—Me haces sentir viejo, diciéndome señor.

—No fue mi intención. Es una forma respetuosa.

—Llámame Miguel.

—Está bien.

—¿Eres de por aquí?

—No. En realidad todos vinimos con mi abuelo desde el Pachitea. Allá, arriba de Puerto Leguía, en la quebrada Sachavacal, había abierto otra hacienda, pero los cashibos nos atacaron y...

—¿El Pachitea?, hmm… —se interesó vivamente él, recordando su época de miliciano, durante la revolución de Cervantes.

—¿Conoce?

—¡Pues claro! Yo nací allá en el bajo Ucayali, crecí en Iquitos, y ya después me fui a España donde estudié algo sobre negocios.

—¿Qué le pasó en la garganta?

—Me hirió una bala.

—¡Ay, Dios!

—Participé en la revolución de Cervantes.

—¡Ohhh… mire ve! -exclamó, poniendo inmensidad en la mirada—. En esa época vivíamos en el fundo "Bello Horizonte" de mi abuelo, arriba de Masisea.

—¿Así? Recuerdo que una noche pasé en balsa por ahí. Iba herido después de la lucha que tuvimos en Chonta Isla. Tú debías ser una niña entonces. Uno de mis hombres quiso bajar a "pedir" un poco de aguardiente, pero había otro que conocía el temperamento del señor Reátegui, y en buena hora que nos disuadió. De repente hubiese sucedido una desgracia.

—De verdad, recuerdo que yo sentía un miedo terrible cuando nos mencionaban a los revolucionarios cervantistas, pero mi abuelo era bien valiente y nos cuidaba.

—Escuché hablar bastante de él. No le agradaba nada de aquello que se relacionase con nuestro levantamiento en armas. En fin, la historia parece ir dándole la razón.

Conversaron amenamente sin sentir las horas, y antes de despedirse, concluyeron sin palabras, en secreto de entraña, que se habían topado con su par.

Los tiempos parecían estar trayendo cambios más de fondo que una simple pasada de brocha por vetusto frontis, como la amnistía política que distendía la tirantez con el APRA, con sus presos políticos ganando su libertad, y como la reapertura de la combativa universidad de San Marcos que, en acertado decir, rescataba así para la juventud intelectual latinoamericana uno de los más importantes foros de debate.

En Satipo, una evidencia concreta de la repercución nacional de estos nuevos tiempos, surgía de la misma presencia del nuevo contador de la Planta Agrícola Ganadera y de la evacuación paulatina de los presos políticos del penal de la colonia.

Miguel Armando Chávez Maldonado, hombre muy afecto a conservar en fresca memoria sus vínculos familiares y a brindar oportunidades priorizando a sus miembros, aprovechó la vacancia de un puesto auxiliar en el departamento contable para hacer venir desde Iquitos a su primo hermano por parte de su tía materna, Gustavo Zevallos Maldonado, quien aún era un risueño jovenzuelo buscando respuestas en camino a una sobria madurez. Al parecer, no tenía aún la manía de preferir el alcohol al agua, para su aseo corporal, cosa peculiar que algunos indiscretos sobrinos se encargarían de divulgar después que se hiciera viejo. “Sólo los cochinos necesitan bañarse”, sería una afirmación que se le atribuiría.

A los pocos meses, Miguel Chávez contrajo nupcias con Elvira Ibazeta, la agraciada joven que le encandilara desde que el alemán Stopp le presentara, y este buen ejemplo fue seguido por su primo Gustavo, igualmente vulnerado en la intensidad del amor, por Zoila Ibazeta Reátegui, la hermana menor de Elvira, completando un singular círculo familiar de eslabones consanguíneos fuertes.

Por su parte Oscar Ibazeta Reátegui, el cuarto hijo de Zoila Jesús, se había marchado a enrolarse en la novedosa Fuerza Aérea, donde se adiestraría como radio operador, y no tardaría en dar cuenta también él de su matrimonio con una muchacha de apellido Pulido, quien le absorvería finalmente a un voluntario ostracismo y le desvincularía por completo de sus raíces familiares.

Mientras los hijos de Zoila Jesús empezaban a desligarse de ella en pos de construir sus propios hogares, sus hermanos en la hacienda también acusaban el mismo fenómeno que la ley de la vida impone, y ya nuevas sangres oxigenaban la base Reátegui con aportes de otros genes dominantes.

Nicanor se había unido a una Frank, Florentina a un Vásquez, María Asunción a un Scharff, Teresa a un Escavino, y al igual que Edmundo en Lima, José aún guardaba reservas al respecto, complaciéndose con las cholas de la hacienda que le querían tanto, o más que a su padre, por ser tan bondadoso y nada altivo con ellas.

La política entreguista del presidente Leguía con Colombia, tan mal vista por la población Loretana, culminó con su derrocamiento a cargo del comandante Luis M. Sánchez Cerro, quien asumió el gobierno presidiendo una junta provisoria el 28 de agosto de 1,930 para beneplácito de los loretanos que se sintieron de alguna manera reivindicados, y por cierto, esperanzados en la recuperación de Leticia al seno de la patria. Sin embargo, el manifiesto antiaprismo de este comandante, polarizó a la población, y la Selva se convirtió en un caldero de ebullición permanente, del que no pudo sustraerse Satipo.

A su penal, los presos políticos apristas llegaron con tanta asiduidad, que llegó a parecer raro mencionar el lugar sin asociarlo a sus presos políticos. La misma Planta Experimental, tan promocionada como objetivo de Estado, alcanzó a pasar desapercibida a pesar de su peso innovador en el agro y a la ganadería, en toda la región.

Al caer asesinado Sánchez Cerro, a sólo tres años después de su asunción, el general Oscar R. Benavides se hizo cargo del gobierno para completar el mandato del malogrado presidente.

No gustó al pueblo loretano que se apresurara a firmar un acuerdo de paz con Colombia, y ni aún con la amnistía política nacional que su gobierno decretó lograría apaciguar el resquemor que despertó la medida en la conciencia patriótica de los loretano. Si el asalto al fuerte O'donovan de Trujillo, por las huestes apristas, conmocionaron de manera tan impactante a la opinión pública del Oriente Peruano, con sus luctuosas consecuencias, este tratado, considerado lesivo en toda su extensión, hizo recordar con nostalgia el levantamiento de Cervantes, acaecido a principios de los veinte.

En Satipo, esta amnistía tuvo un efecto esperanzador, partiendo del espíritu conciliador de la medida, y la gente le dio al gobierno la ventaja de la espectativa.

A partir de esta actitud, la vida cotidiana se centró en las actividades ocupacionales, básicamente agrícola y ganadera, apoyadas por el gobierno a través de la Planta Experimental y la tranquilidad signó el paso del tiempo, hasta que caprichosamente la naturaleza diría hasta aquí nomás: El terrible terremoto que se desencadenaría el 1° de noviembre de 1947, dejaría una marca devastadora que ocuparía años borrar.

A todo esto, Miguel Chávez Maldonado canturreaba y silbaba cada mañana al levantarse, sintiéndose feliz de espíritu y conciencia por el trabajo que cumplía a gusto y por el matrimonio que le retribuía con creces su dedicación a ser buen esposo, buen hierno, buen padre y buen cuñado.

Su futuro laboral en la Planta lo tenía sólidamente asegurado, y es que así lo pronosticaban sus influencias en el entorno del presidente Benavides, a quien conociera en Iquitos cuando recién ostentaba el grado de Teniente Coronel y su renombre provenía de su participación en el incidente armado de 1911 con Colombia, en un lugar de Puerto Córdova, llamado La Pedrera, sobre el río Caquetá. Aunque no dejaba de considerar aquello que él mismo se había impuesto como una verdad cotidiana: que el hombre propone, Dios dispone y el diablo lo jode o lo pospone. Así era. Tal vez sin saberlo, apenas terminase de silbar un día de esos, un golpe

de infortunio le hiciese protagonizar la ruptura de su aparente segura tranquilidad.

El Ingeniero Emilio Blanco, jefe de la Planta, llegó un día a su oficina con talante prepotente y acusador, muy confiado en la impunidad de este estilo de conducta con otros empleados.

Fuese por que ese día no había tenido ánimos para canturrear, o porque su carácter templado al límite en los enfrentamientos armados de May Pablo, Chonta Isla y Pucallpa no toleraba insolencias, o porque simplemente había amanecido cruzado, lo cierto es, que apenas sentir el aliento mordaz y agresivo del mencionado funcionario, no entró en dilaciones para silenciarle la boca suelta con un recto de izquierda en pleno bermellón.

—Esto no se queda así; me la vas a pagar —amenazó el tipo cuando volvió en sí, ayudado por una empleada que le remojó las sienes y le limpió la sangre.

El ex miliciano se limitó a mirarle despectivamente.

—Ni tus recomendaciones te van a salvar —insistió el herido.

—Si no te vas, te voy a volver a golpear duro por malcriado —se limitó Miguel Chávez a responderle en tono acerado.

Afortunadamente el vapuleado ingeniero optó por marcharse.

Todos los empleados coincidieron en aseverar que pronto el despido de Miguel Chávez estaría sobre su escritorio. Era cuestión nomás de que el informe del maltratado jefe llegase a Lima, y listo. Por cierto, nadie sabía que su puesto en la Planta lo había conseguido gracias a la recomendación del mismísmo Benavides.

Al mes del bochornoso incidente, llegaron a Satipo, un Inspector de apellido Galdós, acompañado de un ingeniero Yurimagüino llamado Nuncio Sánchez del Águila, con el cometido de poner a este, como nuevo jefe de la Planta Experimental, y ratificar a Miguel Chávez Maldonado en su puesto.

En el año de 1,936, tras algunas gestiones con su cuñado Sotomarino y con otros contactos claves en Lima, estuvo listo para comunicarle a su esposa que había llegado el momento de partir. Tenían ya dos hijos, Teodoro y Susy, ningún bien de consideración que les dificultara desarraigarse, y todas las ganas de tentar mejores oportunidades en su propia tierra. Y es que había sido nombrado segundo jefe de la Intendencia Forestal de Loreto, cuyo titular era un coronel de apellido Castillo, quien ya le había hecho llamar de manera perentoria.

La suerte estaba todavía con él, y de hecho que seguiría estándolo al conocerse la anulación de las elecciones de ese año y la permanencia de Benavides hasta 1,939.

En un principio Elvira Ibazeta no supo a qué sentimiento hacer caso, pero al cabo, canturreó a tono con su marido un huayno melancólico, pero impregnado de amor.

—Primero voy a ir yo a arreglar las cosas —le dijo este, lo más serenamente que pudo.

—¿Y nosotros?

—Te mandaré avisar en cuanto haya alguna comodidad.

—Me gustaría llevar conmigo a mi hermano José Carlos.

—Creo que todavía no; es muy muchacho aún. De repente más adelante cuando ya tengamos ciertas perspectivas.

—A mi hermano Hermel entonces; él ya está jovencito y aquí es un dolor de cabeza para mi mamá. La pobre no sabe qué hacer porque el zamarro cuando ve la cosa seria se manda a cambiar a la hacienda del abuelo Fidel, que le consciente pues todas sus mataperradas.

—Puede ser; con sus dieciséis años, algo sabrá hacer ya para defenderse solo este pillo.

—¿Cómo llegaremos hasta allá?

—Por río tiene que ser.

—Es bien lejos y peligroso.

—Bueno; dicen que la base aérea que estaba en Masisea ya la trasladaron a Pucallpa con muchas mejoras para aviones más grandes. Si desde allí puedes volar a Contamana, o defrente hasta Iquitos, en buena hora. Pero desde aquí...

—Entiendo.

—Bien.

—Pero sinceramente, te digo, a esos aparatos no me subiría ni por doscientas "vacamartas". Preferiría tanganear hasta Iquitos.

—Ja, ja, ja... ¡No exageres, mujer! —rió de buena gana, Miguel Chávez. Uno de los rasgos de carácter que le encantaba de todos los Ibazeta, era su irónica chizpa para decir cosas.

Después de la partida del esposo, no hubo mayor impaciencia para Elvira que la espera de noticias. Y ella que siempre tenía presta en los labios una risa contagiosa, se sumió en un genio inaguantable, que hizo que algunos de su entorno desearan sinceramente que partiera pronto.

Con una chola embarazada, obsequio de doña María Nicanora, su abuela, con sus hijos Teodoro y Susy y con su hermano menor Hérmel, que ese 15 de enero de 1,937 acababa de cumplir diecisiete años, por fin Elvira Ibazeta Reátegui vio llegada su hora de partir hacia las tierras bajas del Oriente. Sin embargo, desprenderse del tronco familiar, en su íntimo parecer esta vez definitivamente, le costó un dolor intenso de descuartizamiento espiritual, que la dejó sin opción a desear siquiera echar mano de algún consuelo.

Cuando el pequeño José Carlos se aferró a su faldón para que no subiera al caballo y le pedía llorando que también le llevara, su corazón amenazó salirse del pecho y necesitó acopiar todo su valor para dar la espalda y partir empujando sus lágrimas.

"Pronto enviaré por ti pajarito", musitó entrecortadamente al alejarse vencida de dolor. Lo que ciertamente haría con el correr de los años, pero para experimentar el tormento capital de verlo morir absurdamente con una neumonía fulminante, trago amargo que se repetiría con su primogénito Teodoro, en el colegio militar "Leoncio Prado".

Por caminos de herradura abiertos a fuerza de los fundos que habían ido apareciendo por esos años a lo largo de los ríos Satipo y Pangoa principalmente, al fin alcanzaron Puerto Ocopa, después de poco más de tres días de trabajoso traslado a lomo de bestia. Los ríos, Negro, Maranquiari o culebra, Sandobeni o huacamayo, Sanibeni o avispa, fueron sólo recuerdos cuando arribaron al fin al mentado convento de Puerto Ocopa, en el río Perené, otrora importante punto de partida de los tantos esforzados franciscanos que incursionaron a la selva baja, llevando la fe a las tribus asentadas en el área territorial del Amaru Apu de los conibos.

De aquí, aprovechando las asiduas canoas del correo, tan hábilmente conducidas por bogas piros y mestizos hechos al oficio, llegaron sin novedad a Atalaya, donde afortunadamente encontraron presta a zarpar a la vieja pero aún operativa lancha "Luella" del judío Marco del Mar, más conocido como "pucacuchi", la que, aproximadamente dieciséis años atrás, había sido tomada por asalto por el entonces miliciano de las fuerzas cervantistas, Miguel Chávez Maldonado, durante su nocturna huída a Pucallpa junto a otros sobrevivientes de Chonta Isla.

Tras un viaje tranquilo, comparativamente con el efectuado desde Satipo a Atalaya, arribaron por fin a Contamana, donde el conocido lanchero, Oscar Zevallos Maldonado, primo de Miguel y hermano de Gustavo, les recibió con toda las atenciones que el caso exigía. Les dijo además que debían aguardar aquí hasta que el propio Miguel llegara de Iquitos a recogerles.

Mientras estuvieron en Atalaya, en Cunchuri, en Masisea, en Pucallpa, en Espinal y durante el largo viaje a vista del monótono paisaje para un ojo novato, Hérmel Ibazeta Reátegui, depositario de tantas anécdotas narradas por su abuelo Fidel desde sus épocas de cauchero, no perdió oportunidad para tratar de revivir aquellas farcinantes historias, mezclándolas con sus propias reminiscencias y fantasías, y tratando de reconocerse como parte integrante de aquel hábitat, que al parecer no había cambiado en términos sustantivos desde los tiempos del nativo Ignacio Torote y de Juan Santos Atahualpa, quienes desbarataron tantos centros misioneros en las zonas montañosas enclaustradas entre los ríos Perené, Tambo, Ucayali y Pichis, y desde que los cashibos, los shipibos, los conibos y los shetebos delimitaran por sí solos sus territorios en el Ucayali y el Pisqui.

Abajo de Atalaya, en un sitio de remolinos llamado Chubichinía, se le vino a la memoria la rezeña de su abuelo sobre el trágico hundimiento de la lancha "Ucayali", y en la costa brava masiseína, igualmente evocó similar historia con la lancha "Olga", casi seguro de que la brisa que le acariciaba el rostro en esos momentos, había sido la misma que recorrió la cubierta de aquellos navíos antes de zozobrar. Porque ahí seguían aparentemente incólumes, el bosque, el río, la quebrada, la balsa, la canoa, el paiche... Solamente cuando el traqueteo de la lancha "Luella" había roto sus fugas contemplativas, se percató de que no todo seguía tan igual: La modernidad iba ganando su propio espacio.

A los cuarenta días de estar en Contamana, la espera llegó a su fin: Miguel Chávez llegó en la patrullera N°4, lancha rápida de la Intendencia Forestal, que debía cubrir un itinerario de inspección hasta la quebrada Macuya, en el río Pachitea.

Una vez acomodada toda la familia en el local de la Intendencia, sucursal de Contamana, Miguel Chávez llevó a su joven cuñado a una reunión de trabajo en casa del que sería jefe de la sucursal local, junta que terminaría en una animada versión de cantina con excelente aguardiente traído de la hacienda "Paca" del Puynahua y cigarrillos importados.

—Pásenle una copa y un Chester a mi cuñado —ordenó Miguel Chávez un tanto desmedido por los efectos del aguardiente.

—No tomo, ni fumo —contestó el aludido, disimulando sus ganas de entrar a disiparse, con pésima actuación.

—¡Ya tienes que hacerte hombre hermelín, ah! —insistió Chávez, ya pucacho por el rápido efecto alcohólico—. ¡Sírvanle nomás! —ordenó, sin opción a réplicala.

Entre cigarrillos y tragos yendo y viniendo, la facilidad para encarar los problemas del mundo, terminó resultando una cuestión establecida desde el principio de los tiempos y fue cuando Miguel Chávez ordenó que su cuñado Hérmel Ibazeta Reátegui, fuese nombrado agente forestal de la Intendencia local.

Al día siguiente, como un bautizo de trabajo, le llevó en la patrullera a visitar los bosques sujetos a inspección.

En el Pachitea llegaron hasta la quebrada Macuya, en el Aguaytía hasta una colonia de cashibos civilizados ubicados a orillas del río Santa Ana, haciendo lo propio en el río Tapiche y toda la zona de Requena.

En estos trajines se enteraron del redescubrimiento del Boquerón de Padre Abad, suceso que avizoraba, según las noticias, una pronta construcción de la carretera a Lima, obra que el director de caminos, Ing. Federico Basadre y el mismo presidente Benavides, parecían estar respaldando de manera personal.

Al trasladarse Elvira definitivamente a Iquitos, Hérmel presentó su renuncia a la Intendencia, y a la edad de 19 años, se fue hacia los bosques del Juantía a ver qué tal le iba en la explotación de madera.

Sin proponérselo y menos saberlo, había propiciado el punto de contacto de dos corrientes de sangre que a la postre producirían la mejor madera que sus ojos alcanzarían a ver, sin tener que buscarla por la huella de los mateadores: Sus propios hijos.

Cuando hizo su campamento unas horas remontando la quebrada, los rumores que se tenían a boca suelta, eran que la zona estaba infestada por cashibos bravos, capaces de asaltar hasta los campamentos de obreros a lo largo de la nueva carretera hasta la pampa de Sacramento. Esto por cierto era muy de tener en cuenta, dado el número reducido de sus hombres, que no excedían los nueve. Con todo, el saber que en el área se hallaban diseminados otros campamentos madereros que podían

auxiliarse mutuamente y plantear una presencia disuasiva, le dio confianza para no cesar en su empresa. Y efectivamente, los problemas que tuvo que encarar, no surgieron precisamente a causa de los cashibos, sino de sus propios peones que enfermaban a veces hasta por comer.

Cierta noche, uno de sus hombres, fornido nativo que ostentaba una lustrosa cabellera larga, negrísima como el ungurahui, tuvo la desafortunada ocurrencia de empacharse con fariña fresca, que al hinchársele en el estómago, le produjo un balonamiento de reventón, que cada minuto que pasaba, tornaba más lastimeros sus pujantes gemidos.

—Está atracado el pobre hombre —dijo un peón de piel cetrina, entre bromeando y en serio, advirtiendo la gravedad de la situación.

—¿Pero cómo le desatoramos? El cholo se ha taqueado bien —comentó otro sofrenando la risa.

—Que uno de sus paisanos le sople con una pucuna por su poto —intervino un tercero, causando la risa nerviosa de los demás.

—Hay que pensar en serio; ya dejen de joder y ayuden a pensar —conminó Hérmel Ibazeta, sin mucha experiencia para fungir de patrón a sus diecinueve años.

—Si no caga, se muere —afirmó impávido el mateador Arístides Gonzales—. Hay que ir rápido al campamento de "machote".

—¿De quién? —se interesó el joven patrón.

—De don Antonio Marino. Todos le conocen más por "machote". Su campamento está a un par de horas, más o menos, de camino.

—¿Qué ya para que haga a estas alturas?

—¡Pucha patrón! Ese hombre hasta opera cuando es necesario.

—¿De dónde es?

—De acá de Espinal, nomás.

—Pensé que era italiano.

—Parece que su abuelo, un comprador de caucho, lo era.

—¡Ah!

La hoguera dio un chisporrotazo graneando chispas hacia la noche repleta de sombras y de zancudos, mostrando rostros preocupados a la espera de una decisión piadosa, por los lastimeros quejidos del enfermo.

—¡Está bien! —tranzó con una decisión—. A ver tú Arístides...

—Aquí patrón.

—Oriéntate bien con el Leopoldo y traten de estar aquí antes del amanecer, si es posible.

—Pucha, pero en la noche es bravo avanzar rápido.

—No queda otra.

—Pero nos podríamos topar con esos cashibos comegente, patrón —se puso un tanto remolón, Leopoldo.

—¡Ojalá que no! Hasta donde sé, no atacan en la noche.

Como un insondable sumidero, el bosque nocturno se engulló a los dos hombres extinguiendo sus formas con rápidos bocados. El campamento quedó espectante.

—La barriga se le está templando más, joven Ibazeta —llegó a comunicar lacónicamente un peón de edad avanzada.

—Hay que esperar, nomás. Si lo partimos, al hombre lo matamos —ensayó este un evasivo comentario, pero impregnasdo de humor negro.

—Si por lo menos pudiera peerse el cojudo ¿Ni un supi ya pues puede tirarse? —insinuó un tal César Marichi, disimulando a medias un tono burlón, aunque no, su vulgaridad.

—Qué va poder pues, si la fariña se le ha hinchado adentro y le ha tapado todo los huecos —aseveró simplonamente el peón de más edad, haciendo reír a todos con una risilla embozada, que buscaba no parecer desalmada.

El reloj Edox de Hérmel Ibazeta, una joya utilitaria obsequiada por su hermana Elvira antes de partir a Iquitos, marcaba las cuatro de la madrugada cuando entremezclados con los rumores del bosque, se escucharon voces cautelosas y tenues moviéndose en alguna parte de la negrura circundante, que pusieron sobreaviso a los trasnochados hombres de que los comisionados estaban de regreso. Estaban bastante tensados ya con los lamentos del compañero abotagado, así que aquellos rumores les supusieron un tremendo alivio.

—Esas son voces de cristiano —susurró con tono de alivio el peón Nemesio Freitas, más conocido como "frito".

—Sí, parece que sí —asintió Hérmel.

Algunos rayos solares comenzaban a posar una brillante palidez en las nubes del este, aún cuando bajo la bóveda arbórea, la oscuridad se aferraba a prolongar la noche.

—¡Jéuuu! ¡Jéuuu! —surgió de entre la maraña un grito avizor.

—¡Jéuuu! —replicaron desde el campamento.

Si bien Hérmel Ibazeta tenía un metro setenta y cinco de estatura, el tal "machote" le pareció un gigante al emerger hacia el claro del campamento, donde se había encendido una cálida fogata. Aquel individuo debía medir por encima del metro

noventa, calculó bastante impresionado.

—Ibazeta —se presentó, extendiéndole la mano.

—Marino —contestó efusivo el recién llegado, mientras infringía una fuerza triturante a su apretón.

—Gracias por haber venido.

—Hay que apoyarse, hay que apoyarse muchacho ¿Dónde está el enfermo?

—Está ahí, dentro ese mosquitero.

—Me han dicho que no tienen irrigador.

—No, no tenemos.

—Esas cosas hay que hacer andar, hijo; lo malo es que me lo dijeron a medio camino; si no hubiese traído el nuestro. Un enema puede ser la diferencia entre la vida y la muerte, por estos contornos olvidados.

—¡Caramba!

—¿Algún tronco de papaya?

—No.

—¡Me cago en Díos y en sus ángeles! —exclamó impacientado "machote", dejando a todos atónitos y sin habla con la terrible blasfemia—. La papaya se transporta hasta en la caca ¿Nadie ha soltado por aquí aunque sea una semillita por el poto?

—¿Qué busca señor Marino? —atinó a preguntarle.

—¡Carajo, aquí no tienen nada ustedes! Hay que prever siempre —el tal "mahote" miró a todos lados como tratando de dar con algo que le sirviera—. Tendremos que usar el cañón de una abancarga.

—¿Para qué?

—¡Para irrigarle el culo a tu enfermo, pues; ¿para qué más?!

—¡Oy, no sea pendejo! —se escuchó una voz perpleja entre los peones, al parecer de Marcelino Gonzales.

—¿Pendejo, so cojudo? ¿Crees tú que he venido hasta aquí para hacer pendejadas? —tronó "machote", haciendo encogerse al cuestionador con ese "tú" encarador que su potente lanzó como un trallazo.

—Aquí tiene mi carabina —ofreció otro peón.

—¿He dicho yo carabina por la gran flauta?

—A ver "frito", dale al señor Marino tu abancarga —ordenó a su peón, no muy convencido de la cuestión.

—Sí patrón.

Con manos hábiles "machote" desensambló en sus partes a la vieja pero aún mortífera arma, en un dos por tres, separando para sí el singular cañón con chiminea acodada.

—Que alguien me lave bien esta cojudeza.

—¿Va a necesitar algo más?

—Agua tibia jabonosa y hoja de bijáu para armar un cucurucho como sea.

Una vez con todo dispuesto, el chama aquejado fue acomodado en una pose ignominiosa, y sin voluntad para negarse, sometido a una improvisada enema con la chimenea de la abancarga dentro del poto.

—Llévenlo tras una llanchama porque ahorita va empezar a cursearse este cojudo —vaticinó "machote" los resultados de su trabajo.

—¡Leopoldo! ¡"frito"!, ¡vamos, hagan lo que dice don Antonio!

—Por aquí crece bastante este árbol, ¿eh muchacho?

—Su corteza bien majada nos sirve de buen colchón.

—Ya lo sé. Pero eso también hacen los cashibos, aparte de otros usos. Creo que hasta con eso se tapan la huevada. Cualquier rato los van a tener por aquí.

—Espero que no.

—A mí me paran fastidiando esos zamarros.

—¿Por dónde está su campamento?, si se puede saber.

—Un poco más arriba de la quebrada Canaya.

—¡Ah, no está lejos!

—Ujum. ¿No tienen algo para humedecer la garganta aquí? —insinuó el hombrón, aludiendo tácitamente un trago de aguardiente.

—Sí, sí —se apresuró Hérmel a asentir, temeroso de haber sido descortez—. Leopoldo, trae aquí el botellón del cañazo y un pocillo.

—¡No seas pendenciero, muchacho!

—No tenemos copitas, don Antonio.

—Me queda claro; no te preocupes. Nomás que me has hecho recordar a mi mujer cuando no quería que tome... ¡Carajo! Me tenía al estricote de jodida que es. Así que un buen día le dije: "desde hoy dejaré de tomar"

—¿Y pudo? Porque aquí en nuestro ambiente es casi imposible.

—Espérate —pidió "machote", poniendo a punto la inminencia de una declaración que íntimamente iba ya gozándola—. Lo que hice fue empezar a rascarme a cada rato el culo, pero asegurándome de que ella me viera —la gente empezó a reírse—. Pucha, no tardó en fastidiarle el verme en ese plan, que ya sin poderse aguantar me increpó de mala manera, por qué hacía esta cosa tan fea. Le dije que desde que había dejado de tomar, me comezonaba el poto de manera extraña.

—Ja, ja, ja... —la gente reía de muy buena gana, como celebrando de refilón el alba y la disponibilidad de aguardiente. El zancudero era lo de menos.

—¿Y qué pasó don Antonio? —inquirió divertido Hérmel.

—Entró caliente a su cuarto y regresó con cinco Soles. "Toma —me dijo—, prefiero que seas borracho a que seas maricón",

—Ja, ja, ja... —todos los peones, en medio de una condimentada explosión dicharachera y algo adulona con el patrón, rieron desinhibidamente.

—¡Escuchen! —advirtió de pronto el apodado "frito", con el índice cerca de la oreja como si acaeciese algo importante—. ¡Ya está cagando el Fermín! —celebró con el rostro iluminado, refiriéndose al chama que en esos momentos parecía estar incendiando una tiendecilla de fulminantes.

Después de este hecho anecdótico, Hérmel Ibazeta se iría acercando a la familia Marino, merced a una serie de acontecimientos entre los que se contaría su frecuentación al caserío de Espinal, a propósito de los encuentros de fútbol, deporte para el cual tenía una innata habilidad, y experimentaría por primera vez la necesidad de los entornos amicales, que ciertamente empazarían a florecer a partir de estas fiestas deportivas. Aquí amistaría con los hermanos Alegría, con Aliardo Soria —quien con los años se convertiría en un próspero empresario gaseosero y legaría su nombre al estadio pucallpino—, con los hermanos Mori, con don Ezequias Angulo y su esposa Enma Leví, y tantos otros cuyos nombres cobrarían en su momento vigencia y popularidad en la ciudad de Pucallpa.

XXIX

Las nueve balsas con cuarenta trozas cada una, excepto la que incluía la torcida de Juan Manuel, que obviamente contaba con una demás, salieron por fin al Ucayali, que si bien no había alcanzado aún su máximo nivel, movía ya un impresionante caudal apretujando las orillas. Túrbido e imponente, sumiso a su propia dinámica, se dirigía hacia el Norte

Miniaturizadas en esa amplia superficie móvil que arrastraba cual calamitosos trofeos, árboles y hasta techos enteros de casas desbarrancadas, las balsas fueron tomadas por la parsimoniosa corriente y puestas a deslisarse río abajo con toda la calma del mundo, como si se tratara de dar tiempo a que los hombres que iban retozando bajo los pamacaris, se cansaran de ensimismarse en un juego de preguntas y respuestas.

Las largas tanganas, los anchos remos y el pequeño bote-motor adquirido en Iquitos durante la entrega de la anterior remesa, sólo necesitaban movilizarse de vez en cuando para mantener un curso central en el ancho río y para evitar que algunas fuertes muyunas lograsen atraerlas peligrosamente hacia alguna orilla.

Como una continuidad con el río, en las márgenes se podía distinguir vegetación arbustiva tan diversa como la millua mullaca, la malva, la santamaría, el pashaquillo, el pájaro bobo, el ipururo, el piquihuayo, y otros como los dorados chicosales ostentando los penachos de sus largas isanas al viento. Más atrás, la grán muralla arbórea semejando paredones límite en la configuración meándrica del río, mostraba entre su exceso de verde, algunos hermosos doseles de amarillo intenso, lila, anaranjado y rosado, según el follaje en flor de tahuaries, jacarandas, eritrinas y lupunas no maderables, en el explicar de los entendidos.

—¿Vamos a boyar en Espinal, patrón? —preguntó Amador.

—No, para nada; mas bien los que van a quedarse ahí, que ya vayan alistándose para desembarcarles en el bote.

—¿A todos los cashibitos también, diga patrón? —el peón se refería a los niños cautivos de la última correría.

—Sí; pero que Huáscar y Atahualpa sigan nomás, porque ellos ya nos pueden ayudar en algo por aquí —"machote" aludía a los dos cashibos púberes cogidos en una balsa en la boca del Juantía, junto a dos cholas más de su misma etnia, a una de las cuales sus hombres violaran en una desolada playa.

Entre los que se quedaban en el caserío, también se incluyeron Nicolás Panduro y Gavino Alegría, este último medio hermano de "machote", quienes se habían subido a la balsa poco más abajo de la boca del Juantía, después que su gente les trajera de urgencia desde su campamento en el río Neshuya. Los dos llevaban aparatosos vendajes en la cabeza.

A Nicolás Panduro los cashibos le habían flechado el cuero cabelludo rasgándolo desde la frente a la coronilla, y a Gavino Alegría, por poco le descalabran la suya, al descerrajarle un fenomenal leñazo.

—¿Qué te pasó hermano? —se había extrañado “machote” al verle.

—¡Puta, casi me mata un cholo bravo!

—¿Cómo así?

—Encontramos a su grupo haciendo pesca con huaca, allá en el Tahuayo, y sólo a él le logramos capturar porque era el que estaba más en el hondo recogiendo todo ambicioso los pocos pescados que habían quedado boqueando.

—¿Y?

—Se resistió duro, pero cuando llegamos al Aguaytía, parecía que se había vuelto mansito. De todas maneras, cuando decidimos quedarnos a pernoctar en una playa, aparte de sus manos, le amarré de su cogote a mi muñeca para que no se escape. Pero como en la madrugada me tocó turno de guardia y hacía frío, teniéndole pena le cedí al cojudo mi mosquitero. ¡Más huevón también! Le alargué un poco la soga para que se acomodara bien, y encima, hasta le alcancé un tizón para que se caliente, porque hasta sus muelas sonaban con la tembladera que le había agarrado. ¡Todo calatos también andan pues, estos infieles!

—¡Sí que eres bien cojudo gordo, ah! Y de seguro sus manos le amarraste por adelante, para que pueda rascarse y mear —exclamó “machote”, sin atinar a reírse, o a seguir poniendo cara de circunstancia—. ¿Y tú qué hacías? —le preguntó seguidamente meneando la cabeza entre burlón y compasivo.

—Yo me senté cerca de la candela con el cañón de la carabina bien pegada a mi sien para así completar la vigilia, por lo menos no tan incómodo.

—Y te dormiste, ¡seguro! ¡Puta gordo!

—Sí hermano; me quedé seco en un triz.

—Ya decía yo...

—El bendito cholo quemó sus sogas con el tizón, y saliendo del mosquitero, con la misma leña me metió un garrotazo de la jijuna, que de no ser por el cañón de la carabina, creo que el concha su madre me hundía la “tutuma” de sien a sien. Puta, mi orejita está todavía media partida y me duele como angochupo.

—Ja, ja, ja... —no aguantó la risa “machote”

—No te rías hermano; esto no es para reirse —le reprochó entonces el magullado relator, evidentemente muy incómodo con la burla y la postura conmiserativa de su hermano mayor.

Una vez que todos los que debían quedarse en Espinal estuvieron acomodados en el bote-motor, “machote” maniobró para separarse de la balsa y enrumbó hacia el puerto del caserío, donde desde hacía un buen rato habían ido aglomerándose los curiosos.

—Te he visto cojear también, oy gordo —habló sin quitar la vista de proa, pero

sobradamente entendido que se dirigía a su magullado hermano.

—¡Ah, esa es otra historia pendeja!

—¡Pucha, gordo!

—¿Recuerdas que mamá decía que no orinemos dentro del río, ni nos bañemos calatos?

—Por el canero, pues.

—¡Cierto es eso hermano!

—¿Qué pasó? —preguntó ya sobreavisado "machote"

—Al día siguiente del leñazo en mi cabeza, desobedecí a mamá en las dos indicaciones que ella siempre daba.

—No me digas que...

—Suerte que por ahí no entró el maldito; no pienses mal.

—¿Y?

—Se empezó a meter por la boquilla de mi pico siguiendo la orina ¡Puta, es increíble!

—Pequeñito habrá sido.

—Sí, era bien delgadito.

—¿Y qué hiciste?

—Le apreté bien a mi ullo en su cuello y salí del agua. ¡Todo su rabo todavía estaba afuera, pero oy, qué bruto la sangre cómo chorreaba como si estuviera orinando, hermano! ¡Qué bestia!. ¡Debe tener algo en su boca que chupa y rompe todo, carajo!

—Yo vi a una mujer que le entró por la pishura uno grandazo, y la sangre que botaba era como si le hubiesen abierto un canal en su "cosa" —mencionó "machote" un caso visto por él, en Pucallpa.

—Menos mal que logramos sacarle, jalándole nomás.

—Por eso estás andando como escaldado, ¿eh?

—No sé cómo estoy caminando ahorita hermano; pero eso sí, la huevada tiene que volver a funcionarme como sea.

—Ja, ja, ja... Tienes espíritu, ¿dí gordo? —celebró "machote" la ocurrente aseveración de su hermano.

Luego de trasladar a tierra firme a todos los que no proseguirían el viaje, y de darse su tiempo en despedir a su mujer y a sus hijos, quienes entre otras cosas le dieron unos aromáticos habanos cubanos conservados en unos estuches de lata,

que seguramente algún amigo lanchero obsequiara a Mercedes, "machote" se sumó definitivamente al reducido contingente que tripulaba las articuladas balsas y que con resignación iban asumiendo el atascamiento del tiempo, demorado en los meandros y en los interminables estirones del río.

Desde ese momento, solamente sobre las trozas se desarrollarían todos los quehaceres humanos, como cocinar, lavar, comer, dormir, bañarse, pescar, orinar, defecar, conversar, discutir, y de vez en cuando, hasta pelear.

La monotonía del viaje se fue haciendo aplastante con las horas y las desavenencias y rencillas, tan frecuentes como los momentos de las bromas. El buen humor podía dar paso intempestivamente a un conflicto y entonces la mano dura del patrón para recuperar la calma se hacía imperativa. Si Ester Muyuna, Shapajal, Puerto Loreto, Tiruntán, Roaboya, Monte Blanco, Tumbes, Contamana, Orellana, estaban aún río arriba, o ya río abajo, a nadie importaba. La impaciencia era por llegar a Iquitos y eso tenía un costo crítico en la convivencia.

Cierta mañana le dio a "machote" ganas de "hacer del cuerpo", como decían los lugareños al acto de defecar, y se le vio caminar ligero sobre las trozas dirigiéndose a la parte trasera de la balsa donde se había montado un timón de tiro para apoyar a los que cuatro balsas tenían instaladas a babor y a estribor.

Alguien estornudó pronunciando escandalosamente el apellido Aching.

—¡Muere! —se escuchó una voz proveniente de un pamacari.

—¡Recontra! —respondió el alérgico.

Cuando "machote" pasó atropelladamente bordeando el último pamacari, unas voces bajaron su tono hasta verle alejado y seguidamente retomaron el curso de sus bromas y alusiones sarcásticas, sólo que esta vez, incluyéndo a su patrón.

—¿Adónde ya vuelta va tan de prisa, don Antonio? —preguntó Amador Rengifo.

—A pescar motas, será —le respondió José Paima, con fingida seriedad en su rígida expresión, aludiendo a unos peces come mierda.

—¡Oy, no seas pendejo!

—Mira como salta las trozas; está frunciendo el ojete con fuerza —los dos estallaron en carcajadas.

—¿De qué se ríen? —quiso saber Rafael Valera que llegó junto a ellos a tenderse un rato bajo la sombra.

—Este José dice que el patrón está ahí atrás pescando motas —refirió Amador con voz entrecortada por la risa.

—Eso no es nada, cholo —advirtió el recién llegado, con un aire de misterio.

—¿Por qué ya vuelta? —se interesó José Paima, intuyendo que Rafael Valera ya

había cogido el hilo de la diversión. Sus ojos chispeaban de malicia.

—Porque con la pingasa que se maneja, capaz que "pica" fácil un zúngaro —sin terminar de hablar, él mismo empezó a celebrar su chusca ocurrencia—. El patrón está sentado ahí, pero la huevada la tiene remojándose en el río —logró complementar sacudido de risa. Sus dos compinches se desternillaban igual, tratando de no ser bullangueros, pero la hilaridad era contagiante.

—Un poco más y desvía la balsa —alcanzó a decir al borde de la histeria, Amador Rengifo

—¡Shshshsh! —pidió de pronto, con ademán culpable, José Paima, resfregándose apurado con los puños los ojos lagrimosos.

—¿Qué pasa? —se inquietó Rafael Valera irguiéndose un poco.

—¡El patrón!

—Pero sigue ahí sentado.

—Sí; pero está pidiendo algo.

—Quiere papel —corroboró Amador Rengifo.

—Va a tener que lavarse el sipo en la corriente, así como los chamas nomás; otra no le queda al grandísimo... —aseveró Rafael Valera, volviendo a atizar la broma.

—O se quedará suciojete ya pues —remató José Paima medio queriendo hacerse el simplón.

—¡Alcáncenme papel! —se escuchó una vez más la bronca voz de "machote", incómodo ya en su posición de cuclillas en el borde distal de una última troza.

—¡Sopla tu rondín! —le respondió Rafael Valera, atenuando el tono de su voz, para no ser escuchado. Porque sabía que si su patrón le sorprendía en burla, podía pasarla mal.

—¿Quéee? —inquirió "machote", al que una ráfaga de viento a favor le había alcanzado la palabra rondín.

—¡Soplale nomás a tu rondín, patrón! —insistió Rafael Valera, sofocándose otra vez en su risa sofrenada.

—¿Qué pues le quieres decir? —quiso saber Amador, que se reía por inercia.

—Que se limpie el culo con un palo.

Los tres estallaron en incontenibles carcajadas cual muchachos malcriados, hasta sentir adormicidas sus sienes y rígido el occipital. Se olvidaron del pedido que urgía a su patrón.

—¡Ya carajo, tranquilos ah! —les rezongó éste al pasar junto a ellos de regreso ya a su puesto de proa, entrando un poco en malicia respecto a la causa de dicha

histeria colectiva.

Alternando flojera y esfuerzo, beligerancia y conciliación, rencilla y armonía, aburrimiento y chispa irreverente como la propiciada por Amador, José y Rafael, los madereros fueron acortando distancia hacia el Norte, dando por descontada la gratificación del esfuerzo, ya que en este sentido don Antonio era un buen patrón.

Cuando los tramos del río no encerraban mucho riesgo de que la balsa se desarticulara o enredara con alguna palizada, los balseros hacían turno para seguir al garete durante la noche. Eran estas, jornadas plenas de esfuerzo y vigilia permanentes, pues resultaba muy difícil mantener el curso sin buenas referencias visuales. Por ejemplo, requería un ajetreado sobresfuerzo salir ilesos en los meandros cerrados cuando la balsa embestía el "canto" de la orilla opuesta y el zarandeo de las ramas sobre los pamacaris remecía los actos reflejos. El mismo ruido de la corriente rumoreando entre las trozas, ponía en sobresalto a los superticiosos, que evitaban poner los pies en el agua, temerosos de ser succionados por alguna fabulosa yacumama en medio de la oscuridad. Tenían la sensación de que el fondo del río era insondable como el negro firmamento extendido sobre sus cabezas, y consumían el tiempo lo más recatadamente posible.

Una noche hermosamente estrellada a cada lado de la vía láctea, la solitaria balsa entró a navegar uno de los dos largos brazos en los que se divide el Ucayali al colisionar con la gran isla del Puynahua, por cierto el único que garantizaba que la balsa navegaría con bien el extenso tramo, avizorando un feliz fin de viaje que toda la tripulación esperaba se concretizara pronto.

Un vapor cruzó cerca surcando rumbo a Contamana, con esa velocidad sorprendente que los burdos ribereños solían ponderar en sus esporádicas charlas de canoa. Tenía abundante luz y la gente parecía divertirse a bordo.

—Oy, ¿no será así ese, el barco fantasma? —aludió Juan Manuel Arévalo a una leyenda aparecida junto con los vapores en la cuenca, esbozando una sonrisa sarcástica.

—¡Ese es, cojú! ... ¿Ves ese esqueleto que nos mira desde el puente?... ¡Puta mano, es el capitán! —le siguió mordazmente la cuerda "machote", haciendo reír a los que estaban cerca, como suele suceder con cualquier subalterno común, cuya característica distintiva es mostrar sumisión de mil maneras.

En el caserío de Juancito, antes de internarse en aguas de la isla, habían escuchado que la zona estaba plagada de avezados piratas que ocasionalmente mataban balseros para adueñarse de su madera, que luego vendían a intermediarios coludidos, antes de entrar a navegar en el Amazonas. "¡Pero quién iba a atreverse a atacarles a ellos!" Fue entonces la chanzuda reflexión de "machote", aunque trescientas sesenta trozas entre cedro y caoba, más la torcida de Juan Manuel, debieron haberle hecho tomar un poco más en serio el asunto.

En el diminuto entablado improvisado en el centro de la segunda balsa, tendido de cara al cielo, se puso a fumar en silencio un fuerte mapacho, acompañado de su compadre, el cashibo Vicente, que también iba ensimismado en esos momentos escudriñando el firmamento.

La velocidad de la corriente alcanzaba aproximadamente los cuatro nudos, la brisa se aplastaba contra los sentidos con suavidad de buen pañuelo oliendo a limpio, y toda la atmósfera hacía preveer un feliz itinerario.

—Va llorar el cielo compadre —susurró el curaca Vicente.

—¡Ya vas aguar la fiesta, hombre! No hagas malagüero pues compadre —le reprochó "machote" tratando de conjurar su sombría aseveración con una densa bocanada de humo.

—Sí compadre, en un rato más.

—¡Cómo va a llover en una noche así! Tal vez en la madrugada, podría ser..., pero tampoco creo.

—Va a llover compadre —se reafirmó el cashibo.

—Yo no noto nada —objetó "machote", frustrado de no saber de qué indicios se guiaba Vicente para lanzar una aseveración tal, con semejante convicción.

—Las estrellas se ven como corazones azules llenitos de agua; pushan como si fueran a reventar —reveló este con talante condescendiente.

—Esta vez si no te creo compadre. Mejor fúmate un mapacho conmigo, porque sino estas hojas se van a malograr.

—Está bien compadre —aceptó ceremonioso el nativo, acaso sintiéndose muy reconocido con el gesto—; pero no se puede evitar —recalcó premonitoriamente.

No pasarían ni dos horas desde esta aseveración, cuando el cielo se tornó renegrido y un viento recio empezó a empujar la balsa fuera del curso medio. La tempestad estaba ahí y el chubasco era inminente.

—¡Pucha Vicente, ya voy a creer que eres medio brujildo, ah!

—La naturaleza nunca engaña, compadre. Nosotros le inventamos mentiras —replicó taciturno el indígena.

"Machote" dio un saltó desde su cómoda posición y raudamente se dirigió al botemotor para iniciar las correspondientes maniobras de atraque.

El Ucayali desplazaba ya una impresionante masa acuosa capaz de permitir la navegación de embarcaciones hasta de ocho pies de calado, tan igual como en los inviernos crudos de febrero y marzo, época natural de este ciclo estacional y la fuerza de succión de sus remolinos remecían las amarras amenazando desligarlas.

No con poco esfuerzo, finalmente lograron acoderarse en una orilla aparente y completar así la exigente faena nocturna asegurando precavidamente las trabas flojas de algunas trozas.

Al amainar la lluvia, el zancudero arreció en hordas desde el bosque aledaño y el frío cantó victoria saltando como un trompo "tactaracho" sobre piel, dientes y huesos, pues la brisa era helada y prácticamente todo se hallaba mojado, incluyendo

mosquiteros.

—¡Por qué pues no usan sus bolsas enjebadas! —rezongó "machote", reprochándose de paso a sí mismo, pues si bien su ropa había estado al parecer bien asegurada, su bolsa terminó desatándose con la tumultuosa tempestad, y el agua había estropeado su contenido.

Algunos, como su compadre Vicente y Custodio, el fornido cashivo, se habían quedado con ropa encima, equivalente a lo que llevaban puestos y no tuvieron más alternativa que pasarse atizando la candela encendida en la orilla, hasta despuntar el alba.

Aquel amanecer, humeante todavía la superficie del río en una muestra algodonosa de su proceso de evaporación, nuevamente la formidable balsa fue puesta a corriente, acompañando la irreversible agonía de un caudal con nombre propio, pero pronto a diluirse en el grán Amazonas.

Se encontraban aproximadamente a treinta y cinco kilómetros del final de la llamada gran isla del Puynahua, que implicaba en términos de navegación, unos cien kilómetros de recorrido total, cuando el cocama Pacaya, tan aficionado a la confección de canoas y remos y consecuentemente inclinado a criticar las obras ajenas que se ponían ante él, se percató que dos de aquellas bajaban a la par con la balsa, vueltas boca abajo, como si hubiesen naufragado. Lo extraño era que tendían a acercarse a la balsa, como si una fuerza invisible se empeñara en darle al hábil canoero un obsequio regio. Este, con interés de experto artesano, no las perdía de vista. Quería reconocer el tipo de madera utilizada, pues él solía confeccionar los remos de pacho y las canoas de catahua.

Precariamente en cuclillas, tensó el vientre para asir las hilachas de la corta soga que quedaba de la canoa más cercana y fue en ese instante que se percató de un improvisado tapón hecho con "hueso" de caña dulce, acomodado en la convexa panza del bajel, que empezaba a ser removido desde adentro.

Quiso erguirse ayudándose desesperadamente con la reacción refleja de sus axones medulares, pero una fuerza irreconocible tiró violentamente de él y lo último que su mente pudo registrar de este lado del oxígeno, fue la superficie del agua al ras de sus ojos. Las aguas le cubrieron en fracción de segundos.

Una mano férrea y viscosa le atenazó el cuello y luego de una breve turbulencia burbujeando en la superficie, la espuma se contaminó con su orina y sus restos fecales.

Mientras esto sucedía al pie de la balsa donde seis figuras de piel lustrosa habían emergido de debajo de las dos canoas volteadas, otras tres aparecieron al frente, con diestros remeros tratando de medir distancias, bogando en diagonal.

Al encaramarse a las trozas, los seis siniestros sujetos empezaron a correr ligeros blandiendo largos machetes sobre sus cabezas, lanzando terribles gritos que mostraban a las claras su decidida intención de matar. Se pudo notar que uno de ellos sobresalía entre los demás. Todos eran indígenas renegados, pero el físico del líder era contrastante. De forma, era como una enorme rana parda y su tórax de

fuelle poderoso, mostraba una maciza masa muscular atemorizante, que de manera espectacular parecía borbotar con cada movimiento telescópico de su macizo cuello.

—¡Nos atacan! —llegó a gritar un sobresaltado proero, antes de caer al agua abatido por un disparo proveniente de una de las canoas que amenazaban confluir con la balsa.

"Machote", que se hallaba revisando el motor de su bote, presto soltó amarras y poniendo a toda máquina la ligera embarcación, embistió sin contemplaciones contra una canoa atacante que zozobró en el acto, perdiéndose sus tripulantes bajo las trozas.

Nervioso el francotirador de la segunda canoa con este suceso, empezó a disparar nerviosamente a cuanto se movía, sin lograr atinar a nadie. En cambio Juan Manuel Arévalo, el único terco en no dejar su carabina en Espinal —confiado sin duda de que aún permanecía en vigencia el Decreto Supremo del 2 de abril de 1,933 por el que los habitantes rurales de las zonas selváticas estaban exonerados de la obligación de contar con autorización para el uso de armas de caza y defensa personal—, comenzó a abatirlos uno por uno, con una pasmosa meticulosidad. Después, con la misma frialdad, se volvió contra los atacantes que avanzaban con prisa desde la popa batiéndose con ferocidad con los defensores que interceptaban su paso, al parecer, sin percatarse aún de la suerte de algunos de sus secuaces, que ya debían haberse trepado por proa. Se contuvo en alerta para tener una mejor claridad de disparo y no herir a alguno de los suyos. Un mozo en esos momentos era literalmente partido de un machetazo por el tenebroso "rana parda", que evidenciaba una fuerza descomunal. "Ese es el cocama Panaifo", murmuró reconociendo al asaltante, por la descripción que tenía de él desde los primeros viajes. Tensó pues el dedo sobre el gatillo, a unas pocas micras de producir el mortal disparo, seguro de despatarrar al temible pirata ahí mismo, pero otro de los mozos del contingente de peones llegados al campamento del Juantía desde Espinal, que también había insistido en continuar hasta Iquitos a fin de hacer "algunas compritas", se interpuso en la línea de mira al amagar defenderse saltarinamente sobre las trozas, del inconmovible Panaifo, y le dejó sin opción a ejecutar el disparo.

Custodio y Shanqui por su parte, hacían frente a sus respectivos contrincantes, a unos pocos metros de la desigual lidia, en tanto los tres malhechores restantes, sucumbían rodeados por el resto de la tripulación.

El rival de Shanqui, después de dudar un instante, optó por tirarse al río, en tanto el que se batía con Custodio, no pudo alcanzar la misma suerte, al prensársele su machete en un travesaño de amarre y quedar expuesto a la estocada del fornido defensor que no dejó pasar la oportunidad.

Por su lado el curaca Vicente, al igual que Juan Manuel Arévalo, maldecía el estorbo que ocasionaba el mozo saltarín, quien con sus simiescos movimientos, solamente permitía disponer de claros fugaces, para afinar la puntería con su gran arco.

El cocama Panaifo, chispeando furor por sus ojillos de iguana, henchido en toda la dimensión del significado de su etnia que quiere decir "gente de fuerza", miró repetidas veces en su entorno evaluando la situación, por cierto a todas luces ya

adversa a sus aviesas pretensiones y frustrado a lo sumo, arrancó de cuajo un remo de tiro, con el cual tumbó al mozo saltarín, que por suerte cayó desvanecido sobre las trozas con la cabeza fuera del agua. Luego, golpeando su pecho invitando suicidamente a que Juan Manuel le disparara, dio media vuelta con toda la paciencia de tan temerario desplante y se lanzó al agua emitiendo un alarido animal. Porque si bien es cierto que su actitud desafiante logró impresionar a Juan Manuel, no sucedió así con el curaca Vicente, quien atinó a clavarle en el glúteo su mejor flecha de chonta, cuando ya el siniestro cocama se impulsaba en su salto de fuga.

Se dice que por la cicatriz ominosa que dejaría el certero flechazo, este salteador sería reconocido con los años viviendo en uno de los tantos caseríos que se irían formando entre Pucallpa y el Aguaytía, a lo largo de la carretera a Lima, pero ya convertido en un hombre de elegante verbo y tan respetuoso como el mejor de los vecinos.

Sin percatarse de lo acontecido a sus compinches en la balsa, los tripulantes de la última canoa de las tres que intentaron maniobrar por proa para consumar el abordaje, lograron subirse al bote de "machote", suponiendo que sería más fácil dominar la situación, apoderándose del navío. Pero tal pretención les resultaría muy cara.

Al inclinarse el bote con el peso de los asaltantes hacia babor, uno de estos metió demasiado la cara en los espacios defensivos de "machote", a quien sólo le bastó un contundente derechazo para hundirle al intruso el macizo facial y hacerle caer a la corriente como un fardo. Otro de los mal encarados cocamas que había logrado en tanto introducirse del todo en la embarcación, se aprestó a asestarle una mortal cuchillada aprovechando la precaria postura que mantenía sujetando el timón con la otra mano, pero una fulgurante herramienta de contundente fierro cruzó el espacio, y el agresor quedó cadáver antes de desmoronarse a sus pies.

—¿Qué pasó chirico? ¡Carajo, un poco más y no la cuento, eh! —atinó a decir "machote" al oportuno shipibo, safándose del cadáver.

—Le di bien dado en su cabeza, papá —contestó lacónicamente el nativo, sin una pizca de remordimiento en su voz, mientras blandía una manivela.

—¿Y el otro que subió por popa?

—También le di con esto en la cabeza y se cayó al río.

—¡Puta, has resultado bien efectivo, hijo! —exclamó casi por inercia el patrón, queriendo extrañamente, reír—. ¡Vamos, coge el timón! —ordenó seguidamente muy satisfecho con el desenlace de la gresca, inclinándose a aliviar de peso al bote echando al pirata al río para comida de lagartos, peces y crustáceos.

Aguas arriba, a día y medio de navegación, el bisoño maderero Hérmel Ibazeta Reátegui bajaba satisfecho sobre sus dos balsas de treinta y ocho trozas cada una, sabedor de que los ganaciales de la venta bastarían y sobrarían para sus espectativas de hombre solo, aún sin mayoría de edad, ni compromiso serio alguno. Porque,

quién más que él, con veinte años aproximadamente a cuestas, podía ufanarse de hacer aquello y de contar con inmejorables relaciones en la Intendencia Forestal. Sin embargo, toda esta suerte no le habría servido de nada, de haber estado delante de "machote" y sufrir el alevoso ataque del cocama Panaifo y sus piratas del río. Junto a dos peones y a su buen amigo Marcelino Gonzales, eran toda la tripulación. Sus dos balsas tampoco exigían más.

Después de batallar con las corrientes y remolinos que la desembocadura del río Ucayali producía al encontrase con el río Marañón, "machote" ordenó a su gente acoderar la balsa en una orilla barrancosa del Amazonas, cerca de donde ascendía un caminito en gradas hacia una casita típica, cuyo techo de palma se divisaba a medias. Quería borrar las huellas de sangre dejadas en el asalto, pues no quería perder tiempo con denuncias ociosas y asegurarse de que ninguna de sus trozas sería rechazada por el gringo O'niel una vez llegados al aserradero "Astoria", habida cuenta que el tal sinvergüenza, siempre se daba maña para rapiñar algunas de ellas, con el pretexto de su excesivo tamaño, o de su falta de rectitud, o de lo que se le daba la gana señalar, simple y llanamente. Y es que como nadie iba a regresar con sus trozas rechazadas, remolcándolas de surcada, aprovechaba la ocación para adquirirlas a precio de remate, asumiendo para colmo, una actitud de elevado altruismo.

Al amanecer del día siguiente, haciendo los últimos aprestos antes de emprender el tramo final de la travesía hasta las inmediaciones de la desembocadura del río Nanay, fueron rebasados por la balsa de Hérmel Ibazeta, quien junto a sus tres hombres pasó saludándoles a voz en cuello.

"Machote" le correspondió agitando el machete con el que se encontraba pelando una ashipa crocante, comprada al campesino de la casita de la loma, y no perdió tiempo en insinuar al joven maderero un reencuentro en Iquitos, para hablar de negocios y celebrar el arribo.

Una vez que la balsa del mozalbete se hubo alejado río abajo, se volvió animoso hacia Juan Manuel Arévalo, que se hallaba cerca de él, aguardando compartir la ashipa.

—Sí ese muchacho sabe aprovechar bien su momento, hará su platita -le comentó.

—¡Qué duda cabe! —exclamó el empleado, con la resignación del que se ha repetido más de una vez eso de que, "a tu lado mil y a tu diestra diez mil, pero a ti no llegará; ciertamente con tus ojos verás la suerte del impío".

—¿Te acuerdas, oy Juan, de esa vez que fuimos al Macuya y le llamé "Encanto" a una quebrada?

—Sí don Antonio —asintió Juan Manuel, recibiendo la rebanada de ashipa que había estado esperando—. Gracias.

—Si logro que este Ibazeta me presente a su cuñado, que es un alto funcionario de la Intendencia Forestal, ¡pucha! Esa linda concesión puede ser mía.

—¿Quién es su cuñado?

—Don Miguel Chávez Maldonado.

—¡Ah, sería un golazo!

—Al muchacho le podemos ceder ese croquis que hicimos de la quebrada "Lagarto", para compensarle de alguna manera la gauchadita, y ya nosotros estaríamos más arriba, para abarcar todo el área de "El encanto". ¡Porque carajo, todo ahí sí que es un encanto!

Emocionado con la idea, "machote" esgrimió compulsivamente el machete para ensayar una muesca en la corteza de una troza, pero con tan mala suerte, que el filo dio un rebote violento y el sable fue a caer al agua.

—¡Me cago en Dios y en sus ángeles! —bramó con iracundia su blasfemia favorita.

—¡Ya se jodió! —dio su parecer Juan Manuel, dando por perdida la herramienta.

—No creo que sea tan hondo por aquí, ah —repuso "machote", mientras se quedaba en calzoncillo, listo para zambullirse.

—El Ucayali está botando bastante agua, don Antonio —le advirtió Juan Manuel recelosamente.

—¡No carajo! ¡Esto no se queda así! —replicó obcecado.

En un impulso adolescente, el rudo patrón se lanzó a las aguas del Amazonas sin medir los peligros de tan insensato proceder y dejando anonadados a todos sus hombres.

—¡Uy chucha! El patrón se ha botado en aguas bien movidas —se alarmó Amador Rengifo, desprendiéndose de sus ropas, al igual que Efraín Gonzales, poniéndose también presto a ayudarlo de darse el caso.

Después de su inesperada zambullida, "machote" no volvió a emerger como se suponía debía hacerlo para evaluar las condiciones del buceo definitivo y eso sólo significaba que alguna corriente interna generada por la misma balsa, le había arrastrado debajo de esta.

Ante esta situación, todos sus hombres empezaron a corretear sobre las trozas, escudriñando algún indicio que delatara su ubicación. Todos estaban consternados, pero no tanto como para dejar de putear su necia ocurrencia de arriesgar la vida por un machete.

Por su parte, debajo de la amplia balsa, "machote" emprendía una desesperada lucha contra los segundos, tratando de orientarse entre la tenue refracción de la luz que las trozas dejaban pasar, pues ahí abajo no se podía precisar hacia donde corría el río, ni en que posición se encontraba la balsa.

Había tratado de salir a tomar aire después de zambullirse, pero para su sorpresa, su cabeza chocó contra madera y al instante su corazón empezó a exigir más oxígeno.

—¡Aquí! ¡Vengan aquí! —se escuchó en ese instante los gritos exaltados del

shipibo Chirico.

Había localizado las burbujas que el buceador iba soltando en su mortal trayectoria. Y es que buceaba hacia el centro de la balsa, donde a no dudarlo, reventaría sus pulmones.

Al percatarse Juan Manuel de esto, corrió decididamente hacia su torcida caoba a la que había acomodado providencialmente en el lugar, para camuflarla mejor, y frenéticamente empezó a chapotear en ese espacio a modo de ojal que el defecto de la troza permitía.

—¡Va hacia allá! ¡Vá hacia allá! —gritó el cashibo Custodio.

—¡Chapotee, chapotee fuerte ahí don Juan! —animó Chirico, gateando prácticamente tras las turbulencias producidas por el pataleo de su "papá" Antonio.

—¡Hay que guiarle dando golpes en las trozas! —apremió José Paima, dando el ejemplo.

Pero "machote" ya no estaba en capacidad de distinguir sonido alguno. A las justas si un impulso subconciente le mantenía braceando y pataleando mecánicamente. Un terrible zumbido le aguijoneaba los oídos y sus pulmones, casi colapsados, exigían por lo menos una bocanada de aire a la medida de un resoplido cetáseo.

Cuando iba relajándose hacia una postura de descanso eterno, con una lejana vaguedad, sus sentidos le alcanzaron información errática respecto a que en ese momento, el trabajo de parto iba por buen camino y que pronto sería un recién nacido con todo el oxígeno de la atmósfera a su disposición, aunque extrañamente, ya no tenía ese apremio por tomar aire. Había tanta paz donde estaba.

Por unos cuantos minutos tosió agónicamente expulsando penosamente el agua tragada, entrecortado por aspiraciones de todo el oxígeno que le fue posible tomar al límite de su poderoso fuelle toráxico. Estaba extenuado.

Juan Manuel había logrado pescarle de los cabellos metiendo todo el brazo dentro del agua, e izarle a pulso hasta dejarle tendido sobre la torcida troza que por esas ironías del destino él mismo había menospreciado en el Juantía.

—¡Se ha salvado por un gesto de Dios, don Antonio, ah! —le dijo cuando le vio reanimado.

—¡No carajo! Esto ha sido una pendejada del mismísimo diablo —replicó con su característico sarcasmo—. Miren ve, toda mi ashipa me ha hecho vomitar el maldito.

Sus hombres se relajaron y rieron de buena gana.

El gringo O'niel, con su conocida petulancia de buitre real, tranzó sorprendentemente sin su aguda capacidad de regateo, la cubicación alcanzada en su oficina por uno de sus hombres de confianza, que por esa confianza podía hacer lo suyo para agenciarse "por lo bajo" unos soles adicionales. Por en cuanto, ya tenía asegurado el cuarenta por ciento del valor de la troza de Juan Manuel. "¡Algo es algo!" pensó este, al momento de pactar el "arreglo"

Todos los peones cobraron con exhultante satisfacción la paga correspondiente a los largos meses de trabajo metidos dentro del monte, incluyendo los cholos con los que su "papá Antonio" fue muy generoso. Obviamente a los que se quedaron en Espinal se les pagaría al volver.

Previamente, "machote" había cancelado su deuda de "habilitado" con el "Astoria", quedando clasificado como cliente de confianza para futuras transacciones.

—Bien muchachos..., ahora sí de aquí para adelante, son libres de hacer con su plata y con su vida lo que les dé la gana. No se excedan nomás y lleven algo a su casa —aconsejó a sus hombres.

—Pero podríamos tomar un par de tragos con usted, pues don Antonio —sugirió Juan Manuel.

—Tiene que ser así patrón; ni hablar —atizó voluntarioso la moción José Paima, siendo coreado por los demás.

—Primero hay que buscar unos "rabitos", hombre. Porque... ¡ay carajo! La huevada está más dura que un capinurí —propuso Rafael Valera, con ínfulas de padrillo.

—Yo también estoy al palo, dejando de cojudeces —insistió en lo mismo, Amador Rengifo.

—¡No sean malcriados, carajo! —impuso su rango Juan Manuel—. Hacemos un brindis con don Antonio y de ahí que cada cual se vaya a la mierda, si quiere —conminó con gesto adusto.

—¡Vicente! –llamó "machote" al curaca cashibo que platicaba animadamente a unos metros, con los demás nativos.

—¡Sí compadre!

—Vayan ustedes al malecón, porque yo sé que por ahí les gusta estar, y me esperan en el bote hasta que vuelva. Llévense a Huáscar y a Atahualpa también.

—Ya compadre —asintió de buena gana el cashibo.

Después de despedir a sus cholos, que ligeros se alejaron hacia el puerto de Belén, se volvió al grupo de sus peones, animoso por cursar invitación para unas cuantas rondas de trago a su cuenta.

—Las tres primeras vueltas son mías, muchachos —ofreció en tono paternal.

—Una promesa del patrón es ley; las que siguen serán nuestras —se atribuyó la representatividad Juan Manuel, para retribuir el gesto, coreado por cierto por sus sedientos compañeros.

Era principios de diciembre y el ambiente navideño ya hacía su aparición por las calles de Iquitos, de por sí acreedoras de un ajetreo comercial dinámico, merced a su condición de puerto libre y a su conexión con el resto del mundo por el Amazonas. De todos modos, la avidez consumista trascendía más ajetreada y las

casas comerciales importadoras acaparaban, a ojos vista, las preferencias. Y es que en sus vitrinas surtidas y en sus repletos almacenes podían encontrarse desde los artículos más suntuosos, hasta los más utilitarios.

Motores y herramientas americanas, casimires ingleses, calzados italianos, cosméticos franceses, chocolates austriacos, embutidos alemanes, licores escoceses, relojes suizos, quesos holandeses, conservas portuguesas, abanicos japoneses..., es decir, toda una constelación de productos llegados en los vapores mercantes desde los diversos puntos del orbe, para atrapar a cualquier transeúnte, deseoso o no, de gastarse su dinero en "algo".

De entrada, los recién llegados se sintieron como machos de araña atrapados en la iridiscente telaraña de la hembra, pero de a poco fueron tomando confianza al contacto de su dinero en los bolsillos y no tardaron en tomarse la vida en broma, mientras buscaban una taberna donde decantar más confianza.

Los desbarajustes que hicieron esa noche, es cuestión acreditada a cuenta propia.

Al día siguiente, aun medio sonámbulo, "machote" sacó a pasear a su adolescente hija Julia Victoria, que se hallaba pensionada en casa de un pariente de su mujer y la llevó de compras a los almacenes de la casa "Israel" y de la casa "Strassberg", que vendían de todo.

Encontrándose en estos afanes, casualmente chocó de hombros con un distraído cliente que resultó ser, ni más ni menos, el jovenzuelo que ensayaba ser un maderero, el mismísimo cuñado de Miguel Armando Chávez Maldonado.

—¡Que tal don Antonio, disculpe usted! —le saludó éste, con su característica jovialidad.

—¡Hombre! No hay mucho espacio aquí, pero no es para tanto.

—¡Disculpe!

—Bueno, bueno, no hay mal que por bien no venga. Pensé que no te encontraría muchacho.

—Me encontré con don Juan Manuel.

—¿Dónde?

—Siguen "echándole" en el mismo sitio, según me contó.

—Cuando la "agarran" estos pendencieros, no la sueltan pero ni para comer.

—Ahí me dio su dirección y justamente saliendo de aquí pensaba pasar a visitarle.

Mientras hablaba con soltura de engatuzador, Hérmel Ibazeta no dejaba de alternar mirada, de "machote" a la muchacha que se mantenía discretamente a un lado de éste. "Vaya, que es bonita", pensó. Miraba con cierta inclinación de cabeza, gesto que dejaba en evidencia su timidez, pero una leve sonrisa tirando las comisuras de sus labios de pétalo, emitía información de que ya estaba en edad de percibir los

humores de los machos en asedio. Se alisaba con tenacidad un rebelde bucle que caía sobre su frente, complicándose en cada intento, y tiraba del macizo brazo de su progenitor con repiqueteo de traviesa mojarita, dejando constancia de que sabía impacientarse.

—¡Ah, esta nena es mi hija! —ensayó una rápida presentación "machote", percatándose de la incomodidad de Julia Victoria.

—¿Su hija? —preguntó sin ocultar su sorpresa Hérmel, pues suponía que sólo los de doña Mishi, lo eran.

—De mi primer compromiso.

—Mucho gusto señorita; es usted un encanto —se hizo el galante—. Hermel Ibazeta a sus órdenes, para lo que usted mande y guste.

La muchacha dejó esacapar una risita nerviosa, motivada por las frases cargadas de zalamería y optó por no responder.

—Bueno muchacho, ahora que lo mencionas..., de "El encanto" es de lo que tenemos que tratar tú y yo —intercedió "machote", apercibido por lo demás de la sospechosa química que creyó notar reaccionando entre los dos jóvenes.

Julia Victoria se volvió a alisar el bucle de su espléndido cabello, regalo compensador de la naturaleza tantas veces testigo de los cortes al rape que su madrastra le impusiera como una forma de castigo, entre los cinco y los diez años, y volvió a su tímida postura de muchacha criada represivamente.

XXX

Era una cena en su honor. Había llegado al final del internado y los amigos querían despedirle con un gesto de afecto, de esos que valen más que todos los salarios y que permiten encerrar en una sola arteria las vivencias afincadas en el largo periodo de convivencia.

El humilde comedor-cocina se llenó de esmero, reinvindicando con buena voluntad, con generosidad y con sencillez, la ofrenda de ese ágape de ocasión, haciéndole sentir como en casa; dicho sea de paso, el mejor lugar que puede imaginar cualquiera en la nostalgia, en la ausencia, y en esa distancia mezquina de regresos por el deber pendiente.

A su lado, la risueña y esbelta muchacha elegida Miss Playa en las festividades de aniversario del distrito, se acicalaba con excesiva frecuencia su ceñido vestido, vanidosa ella y consciente de que sus contundentes atributos hacían olvidar los escasos dieciséis años, según algunos, aún sin cumplir, que llevaba a cuestas.

Un mes atrás, la policía antinarcóticos de Pucallpa se había llevado detenidos a sus padres, por una Hectárea de coca sembrada en su fundo ganadero, ahí nomás alrededor de su vivienda, y ella se había tenido que quedar a cargo de todo, incluidos sus hermanos menores. Su presencia pues, obedecía a una decisión personal amparada en la condescendencia a las muestras enamoradizas de la muchacha, alimentada en su momento por su propia madre, conducta por lo demás bastante común en la zona donde las muchachas parecían gozar de cierta precocidad y licencia respecto a sus impulsos amatorios.

Prestando tiempo al antes y después de la medianoche, la reunión fue de una cena recatada a una libación compulsiva con voces sin recato, de acantonamiento de grupetes a baile indiscriminado, no quedando ante la madrugada lugar para planes ni para remordimientos.

Chistes subidos de tono y color, ritmos cargados de sensualidad, insinuaciones, despreocupación y alegría a todo dar, hilvanaron el abanico encubridor de esa noche que olía a río cada vez que salía a miccionar en el barranco, haciendo posible creer que las soluciones del mundo estaban en el aturdimiento.

A cierto grado de embriaguez, sintió un hálito intérprete susurrándole a los oídos que todo aquello que pasaba a su alrededor tenía que ver con un fenómeno osmótico entre la realidad y la fantasía. Era algo así como estar ahí y a la vez no. La ley, la moral, los recuerdos, los afectos, los deberes, los derechos, las promesas, el futuro, la inmortalidad, la muerte, la existencia, no merecían entenderse. El espacio era pequeño, las gentes no eran muchas, la sangre hervía, la mente armaba sus regodeos encaramada en la sensualidad de la danza, y no había más mundo más allá del reducido recinto, excepto el rumor presentido del río perdiéndose hacia Yanayaquillo.

Entrada la madrugada, enredado con un lenguaje convaleciente entre imaginarios frenillos sublinguales y paladar protésico, agradeció como mejor pudo la deferencia del agasajo y se despidió de los presentes buscando la noche para graduar infructuosamente sus pupilas. Se despidió de los anfitriones y amigos con la torpeza

propia de la borrachera y bajó el empinado escalón de la casa notando una especie de síndrome vestibular que por poco le pone de bruces en el suelo. Acto seguido se dirigió a su posta siguiendo el camino que pasaba por la casa de don Puricho Panduro y de don Agucho Vela, que a esa hora le hizo sentir más solo que nunca.

A la altura de la vivienda de este último, la mezcolanza de licores haciendo de las suyas en su torrente sanguíneo, y el choque de aire de la húmeda madrugada, le provocaron una irrefrenable necesidad de vomitar, amenazando arrancarle el estómago de cuajo.

En un pequeño platanal, pasando ya la dormida casa de don Agucho, se encorvó sujetando la mejilla en uno de estos frescos tallos, hasta que los reflejos nauseosos se fueron apaciguando de por sí.

—¿Te sientes mal? —le llegó entre su mecida somnolencia y su embotado parecer, una voz condolida y de inocencia pura.

Con lo que le quedaba de espíritu, alcanzó a girar la cabeza y reconoció a Elka, la muchacha despampanante. Recién se percató de que la había dejado sin explicación alguna en casa de Antípatro, y se sintió un poco irresponsable.

—No —respondió.

—Pero si a las justas estás de pie... ¿Por qué pues has mezclado las "chelas" con el trago? —reprochó con ese lenguaje llano y líbero, tan común en las muchachas del lugar, refiriéndose a la ingestión simultánea de cerveza con otros licores.

—¿Vienes sola?

—Sí.

—¿Cómo vas a pasar ese caño que el tractor ha derribado su puente el otro día?

—Han hecho un caminito por abajo para la gente que vive al otro lado.

—Vamos Elka, te voy a acompañar —se ofreció valientemente soltándose del plátano que le sostenía, pero la espalda le pesó plomo y su osadía de beodo sólo consiguió hacerle trastabillar hacia atrás—. Por ahí hay harta víbora —porfió.

—Dejame que te voy a ayudar —musitó a un milímetro de su oreja la muchacha, ciñéndole atrevidamente por la cintura. Era de su misma talla, recia y a la vez ágil como buena polla de chacra.

Ya en la posta, ella prendió una vela y la pegó en el piso de cemento para que se consumiera sola, sin peligro a un incendio.

—Te voy a acomodar en la cama —sonó su voz junto a la de un zancudo acercando su agudísima canción desde la distancia.

Matías estaba más para el sueño que para alardes sexuales, pero su fantasía alcohólica le endilgó engatusadora un "viagra bamba" y comenzó a proponer

relaciones íntimas con premura de gallo. Pero ya Elka andaba desnuda acomodando su ropa en el respaldar de una silla y mansamente fue a su lado a abrir las piernas. Sólo sabía hacer eso y producir petequias en el cuello.

Matías creyó como siempre que el asunto era simplemente "subirse al pijuayo" y que ya la "función" estaba asegurada. Sin embargo, esta vez sus cuerpos esponjosos no amenazaron reventar con sangre su flácido falo y sintió un abochornamiento que no precisamente era causada por su borrachera. Se dio en silencio una pequeña tregua. "Qué puta me pasa", pensó asustado sintiendo su cuerpo mojado de sudor.

Elka comenzó a acariciarle sus partes íntimas en una reacción amatoria evidentemente aprendida de la experimentación, y se puso a hablarle de algunas cosas vistas y de otras escuchadas en su corta vida. Sabía ya lo suyo en cuanto a orientarse en crucigramas de piel.

—En mi chacra todos dormimos en un solo cuarto nomás. Las casas se hacen así —susurraba—. Sólo nos separan los mosquiteros...

Matías recordó su infancia en Campo Verde, cuando su madre era ahí maestra de escuela y les ocurría lo mismo.

Sin poderlo evitar, evocó a la empleada Teresa, una muchacha que su padre había traído en ese entonces de un caserío del bajo Ucayali para que supuestamente ayudara en la casa, y que cada cierto tiempo, seguramente después de haber cumplido faenas docentes nada decentes con sus hermanos mayores, se metía furtivamente dentro su mosquitero para masturbarle mojando su mano con saliva. Increíblemente empezó a percibir que se erectaba. "Esto es una perversión, carajo", pensó en voz alta, como espantando desesperado, sensaciones culposas.

—"Hay que arrullarle al llullito", le decía mi madre a mi padre a veces cuando llegaba tomado... —seguía diciendo Elka, sin dejar de manosearle. Se movía como una mantona perezosa.

—¿Sí?

—Ya está durito; ven rapidito a mi encima —le apremió de pronto, percatándose de su erección, acaso atribuyendo el providencial éxito a sus sutiles maniobras que, definitivamente, no eran producto ya de su puro instinto. Conocía y reproducía con buena maña un precoz aprendizaje de octanajes hormonales.

Cuando despertaron a golpe de diez y cuarenta de la mañana, la muchacha se veía tan fresca, que más parecía una usuaria del establecimiento a la espera de una consulta trivial. Su mirada no era la de un verdugo y mucho menos la de una perdonavidas. No actuaba como inquisidora ni como victima. Parecía no tener noción de lo que ahí había sucedido, ni siquiera un mínimo interés por cobrar saldos comprometedores. Simplemente seguía ahí.

Matías por su parte no encontró mejor estratagema que aferrarse a la resaca para fingirse distante, confundido aún por el desenlace de aquella madrugada. Le quedaba claro sin embargo, que allí se había forjado un vínculo de intimidad que podía resultar no tan gratuito y que debía desarticular de la manera más inteligente.

Se mantuvo amable mientras alistaba valijas, y hasta diríase que por momentos se enterneció y se acongojó por la conmoción de su partida. "Para qué rociar agua hirviendo sobre flores ansiosas de rocío", se dijo como conclusión, creyendo parafrasear algún renglón poético leído por ahí, como si con poesía pudiera aliviar la "cojudez" que le oprimía el pecho.

—¿Vas a irte por el río con don Antico? —le preguntó Elka con aire casual.

—Sí, quiero conocer toda esa ruta hasta Pucallpa.

—Por carro llegas más rápido.

—Ya conozco eso.

—Yo también me voy el sábado. Ya las clases terminan aquí y mi mamá sigue detenida en la cárcel.

—¿Y tu papá?

—Ya le soltaron a él.

—Yo creo que en Pucallpa voy a quedarme una semana para redactar mi informe; de repente nos cruzamos por ahí —pareció querer dar cabida a una continuidad en la relación, pero viéndolo bien, realmente empezaba ya a eludir toda sujeción con compromisos malinterpretados. Estaba en ese punto oscilante en que un recipiente llenado o vaciado a medias, puede parecer medio lleno o medio vacío, según cómo se le mire.

—Te vas a verme.

—¡Claro! A ver dame tu dirección, para anotarlo. Apenas llego te visito —solicitó mostrándose entusiasmado, tratando de compensar afectadamente su revelado desapego.

Entró al cuarto de consulta en busca de un lapicero, y ella le siguió convidando su mansedumbre con ganas de ataduras.

Reclinado sobre la camilla ginecológica tomó nota y volvió a asegurar su libreta repleta de apuntes en el bolsillo. Elka entonces le abrazó propiciando un contacto ceñido, dando a su modo el primer paso para consagrar una promesa. Algo en ella quería algo más tangible que le asegurara el reencuentro en Pucallpa. Él lo sabía. Pero, ¿cómo negarle una cosa así a una ovejita cariñosa que ha dormido a su lado sin remilgos ni pudores?

Se acomodaron de memoria en la camilla —una tremenda falta de respeto al centro de trabajo—, y otra vez replicaron impulsos de animales encelados saturándose con sensuales codicias e impregnando el ambiente con aromas de glándulas reproductoras queriendo concebir a la fuerza, aunque sea sin amor. Pero él era varón de paso. No estaba listo para una licencia como esta en Llullapichis.

Antes de concentrarse en acrobacias pélvicas, alcanzó a leer la leyenda de un afiche pegado en la pared que sugería el uso del condón para prevenir infecciones y calatos

abandonados, pero tuvo miedo de interrumpir el acto, habida cuenta que le podía volver a suceder lo de aquella madrugada, y siguió para adelante con frenesí de perro. "Al fin y al cabo, él también tenía mucho de animal, y para llegar a Dios tenía que empezar por reconocer que era poco menos que basura", se justificó.

—¡Doctor! —se escuchó una voz llamando a la puerta.

—Parece el profesor Mario —susurró Elka sin alarmarse y muy complacida al parecer con el cáriz de la situación.

Un grupo de chiquillos se alejó a la carrera lanzando chillidos desde la vereda trasera, que antes que calentara el sol, les atraía para sus juegos de "pis-pis", entre los que pudo reconocer al hermano menor de Elka, el mismo que hiciera cruzar el torrente del Yanayaquillo aquella tarde lluviosa cuando regresaba de Puerto Inca. ¡Quién iba a suponer entonces que con la hermana protagonizaría estos enredos!

—¡Doctor! —se volvió a escuchar la misma voz.

—¡Ya va! —respondió él, impostando su voz, maldiciendo su saciedad interiormente, por saberla producto de su debilidad, y buscando cómo despistar toda sospecha en el recién llegado.

—Si me sigue doliendo ¿Qué hago doctor? —improvisó Elka un libreto de paciente, demostrando que sí tenía agilidad mental para el encubrimiento.

—¿Interrumpo? —la voz sonaba maliciosa.

—Pasa Mario —invitó Matías, viendo la roma nariz del profesor asomando por la persiana del frente—, la puerta está abierta —le indicó con todo el énfasis posible.

—Si estás ocupado, puedo esperar.

—¡No, hombre, pasa nomás! —insistió, separando unas tabletas de acetaminofén.

—¡Qué ya vuelta le duele a Elkita! —exclamó socarrón el recién llegado, apenas entrar.

—Mi cabeza profesor —contestó la aludida, presionándose las sienes convincentemente y sin mostrar apuro alguno.

—Bien; si te duele mucho, te puedes tomar dos tabletas —le indicó por su parte él, también con envidiable histrionismo.

—¿Cuánto te debo doctor?

—Anda nomás Elka, no te preocupes.

—¡Gracias doctor! Que tengas un bonito viaje —respondió la muchacha, con esa peculiar manera de hablar tuteando en medio de un trato formal, tan común en la selva, dirigiéndose a la salida con una mirada ya absorta en el pronto reencuentro.

Se quedó dudando en recoger o no, su huella, su rastro perdiéndose por caminos sin retorno, por sendas en las que se internan los seres que se topan con citas

circunstanciales, acaso furtivas, pero al cabo, optó por hacer lo que tenía que hacer, esforzándose en extrañar su verdadera realidad, su auténtico extracto aguardándole en la bienvenida. Al fin y al cabo, sólo era cuestión de contener el impulso de hacer algún gesto con la mano y esperar a que ella diese la espalda y se alejara. Al fin y al cabo, sólo era un asunto de no entusiasmarse con la capacidad sexual que concibe un cerebro adolescente metido en un cuerpo de adulto, y escudriñar la responsabilidad que entraña cada uno de estos actos más allá de su dosis de placer, más allá de su sentido profiláctico. Por eso hizo lo indecible para no conmoverse y se vistió de cinismo para no sentirse responsable. Era lo mejor. Su verdadero yo no tenía por qué haber estado allí. Volvió a sentirse cínico.

—¡Ah caray! —exclamó Mario Lescano, meneando la cabeza con fatalidad—. Y encima pregunta, cuánto es, esta bandida.

—No pasó nada.

—¡Me vas a decir, doctor!... Esa muchachita ya sabe comer con su mano desde hace tiempo, y no es un secreto para nadie que ya tuvo devaneos con varios muchachos.

—Nada es secreto en un pueblo pequeño; nomás que se agrandan las cosas —le replicó tratando de encausar su aseveración hacia una noción más equilibrada de los infiernillos pueblerinos—. En serio, no pasó nada de lo que te puedas imaginas —porfió, apercibido de que por el bien de su propia vida y de su somnoliento ángel de la guarda, tenía que partir con la menor cantidad posible de sentimientos vulnerados, y eso sólo era posible si alcanzaba al fin llevarse todas sus raíces o las seccionaba de un tajo con la desfachatez del guerrero que cruza tierra extraña. Porque en fin, Rilda, Daymi, Ludmi, Elka... tenían que ser sólo unos nombres de turno, presencia de riesgos repetitivos que cada hombre tiene que sortear, quiera o no quiera, durante su vida. Aunque por cierto, no siempre con buena fortuna.

—Antico dice que su bote sale a más tardar en una hora.

—¡No! ¿Qué hora es ahorita?

—Ya un poco más de la una.

—¡Qué rápido se ha ido la hora!

—Si toda la mañana has estado encerrado aquí con la Elkita, pues.

—Era peligroso que regrese a su casa en la madrugada, y le cedí el cuarto.

—Elkita ya no sabe tener miedo, doctor. Además, la hora que es sugiere…

—No seas mal hablado, hombre —ensayó reprochar sin mucha convicción, dejadeando en su vanidad—. Tú sabes que ni de los difuntos ni de las mujeres se debe hablar mal -advirtió, tratando por inercia de disuadir la idea fija de su amigo.

Exactamente a las 3:00 p.m. de ese domingo apacible, acomodado al lado del timonel, que no era otro que Antípatro Guillena, el dueño del bote rotulado con el

nombre “DASHA”, el mismo de su pequeña hija, vio por fin llegado el momento real y definitivo de su partida. Se sentía a punto de quebrantarse y hubiese deseado estar alegre.

Se desamarraron los cabos y la pesada proa se entregó a la corriente deslizándose en una lenta trayectoria semicircular, tornando a alejarse suavemente de la orilla. Ensayó disipar la congoja que roía su garaganta recordando el chiste de “marras”, pero le supo a estupidez. Los motores aún no habían sido encendidos, permitiendo contar por segundos el pesado y conmovedor silencio, lo que en vez de aliviar su alicaído ánimo, contribuyó a agravarlo. Sin embargo, la corriente del río fue cumpliendo su mandato inexorable arrastrando sigilosamente con la sobrecargada embarcación y poniendo distancia de por medio.

Jeny Villegas, la niña bonita, sensible, soñadora y afectuosa que acostumbraba observarle con fijesa enternecedora desde una destartalada butaca cada vez que acudía a la pensión de su abuela María Alvis y que quiso obsequiarle un pequeño cuy de recuerdo en el ajetreado momento en que se subía al bote, era entre los amigos aglutinados en el malecón la que más fervor le ponía a sus manitos diciendo adiós al pie del barranco.

Su pequeña figurita perdiéndose en la distancia, le atragantó dolorosamente la garganta hasta glasearle los ojos, y lamentó en lo más recóndito haberse dejado ganar por un sentido práctico que negó recibirle su pequeño cuy de regalo, pretextando que se podía morir en el viaje, soslayando así a la ligera la ilusión y la generosidad de una dulce niña, que al cabo de doce años, hecha ya toda una mujer y abnegada esposa, terminaría quitándose la vida por un desengaño de amor. Junto a ella, la esposa de Antípatro, Ruth, Felicita, Moisés, Mario, Fidel, Leoncio, algunos otros amigos de nombres extraviados y los curiosos infaltables, se fueron empequeñeciendo también en el diámetro de sus empañadas pupilas, dejándole al final tan solo la imagen de un montículo vivo palpitando en la distancia. Llullapichis se quedaba para siempre y él sabía que era su designio no volver jamás sobre sus pasos.

Por largos minutos no pudo emitir palabra alguna por una sobrecarga doliente acalambrándole la faringe, tiempo torturador que le recordó que nunca había sido bueno para las despedidas. Pero su pena no era que digamos por rostros específicos, por afectos nítidos, o por apegos clasificados, no; era una pena por su propio tiempo de existencia quedándose ahí para siempre, irrepetible, rubricándose con esos adioses de manos abiertas y corazones tristes, a la sombra del viejo mango que abrigó tantas veces sus cavilaciones al borde del río; era una pena por despedirse a sí mismo, viendo el trozo de su vida compartido durante todos esos meses, atado a los árboles, a las casas, al malecón, a esas buenas gentes...

—Ojos que no ven, corazón que no siente, doctor... ¡Ya va ver! Ahorita se quedará todo atrás y le parecerá un sueño —le consoló Antípatro, echando mano de su experiencia de viajero y fraguando palabras inconmovibles para rescatarle de su debiltante deseo de lagrimear, mientras asido a su timón, inhalaba con ambición la frescura de la brisa llegando desde Yanayaquillo.

—Así es, doctorcito; finalmente todo queda atrás —corroboró sentenciosa, doña Lucha, su anciana madre, ubicada tras él. Y no podía dudar de una anciana en estas cosas.

El susurro de siesta del viento leve fue roto violentamente en esos momentos por el arranque de los "pekes" y el "DASHA" levantó proa tras su larga travesía hacia Pucallpa. Iba tan repleto, que hablar de acomodarse, era un simple decir y su única garantía de flotación, la asumían las dos gruesas topas amarradas como boyas a sus lados.

Hervores de espuma acompañaban las densas palizadas que bajaban a velocidad de corriente por la ruta del bote en el estrecho tramo de Márquez, pero pronto este peligroso paso de fuertes correntadas, también fue quedando atrás sin mayor novedad, gracias a la pericia y experiencia de Antípatro.

En la boca de la quebrada Paujil, hicieron orilla para embarcar dos reses más, ajustando al límite los espacios y elevando la sobrecarga a extremos de impredecible riesgo.

Al continuar la travesía, el peligro de naufragar fue haciéndose más patente y Antípatro tuvo que ir dejando de lado su desdeñosa actitud frente a la posibilidad de que su "DASHA" no pudiera descollar semejante prueba. El agua lamía peligrosamente las bordas.

Como para exceder el colmo, un deslizador de alta potencia se les plegó para abordaje en una zona, "resbaladiza" para cualquier quilla, llamada Yanayacu, a fin de embarcar a un pasajero de peso pesado, que tenía urgencia de llegar a Puerto Inca esa misma noche. La alarma que produjo la maniobra por el consecuente bamboleo, fue verdaderamente angustiante, dado que con cada bandazo, el oleaje se vaciaba dentro del bote amenazando hundirlo.

Antípatro aceptó llevar de buena gana al osado pasajero, dando pie a que Matías pensara que se trataba de un personaje importante.

—¿Quién es? —preguntó.

—Debernardi —le contestó Antípatro, girando con inclinación de torso a babor, su bullicioso timón de cadena.

—¿Así se apellida?

—Ujum... Es cuñado de don Raúl.

En ese momento se percibió como un zigzagueo bajo el casco, producto de una corriente traicionera de potente empuje que puso en el acto brioso al timonel, haciéndole regresar con presteza el timón hacia estribor. Desdichadadamente otra corriente adelantó el impulso de giro del timón empujando la proa hacia el mismo lado y el cuerpo del bote, cediendo a la inercia, echó todo el peso hacia el lado contrario.

Matías se percató de que todos al unísono hacían maromas para contrapesar el desnivel y también hizo lo mismo.

Lo que pareció suceder en un lugar reservado del tiempo, en realidad se dio en un abrir y cerrar de ojos, a modo de un asalto a mano de ladrones al paso.

Los niños se pusieron a llorar asustados y las reses persistieron en patalear y mugir por un buen rato, luego de que el bote volvió a estabilizarse.

—¡Por Dios, ten cuidado hijo! —resondró doña Lucha.

—¡Ya mamá, tranquila pues! —se impacientó el increpado, al ras ya de una tolerancia rebasada a cuentagotas.

—¡Qué tranquila, ni que ocho cuartos, me vienes hombre! Este bote está cada vez más pesado y nos podemos hundir sin dar tiempo a nada —rezongó la anciana.

—¡Uaaajjj! —bostezó Antípatro disforzadamente, mostrando a su modo su intolerancia con los "entrometidos", aunque en este caso fuese su madre.

—Un tramo peligroso, ¿eh Antico? —medió, husmeando todavía su adrenalina.

—¡Uff! En estos tiempos cuando se viene la crecida, hay mucho remolino y muyunas, doctor —respondió el aludido.

—Sí, lo estoy viendo.

—¿Incómodo doctor?

—Un poco, creo —reconoció resignado, sintiendo la picazón del adormecimiento en uno de sus pies.

—Así se viaja doctor —intervino ya más tranquila doña Lucha.

—Esta bien para mí; no hay problema —replicó.

La tarde se vencía y una masa nubosa cual un racimo de renegridas "cabeciñas" ensombrecía aún más el horizonte viniendo por el Nor-Este.

La tromba se desplazaba amenazadoramente al encuentro de la proa, que como embargada de temor, quería prenderse en el río a pesar de avanzar a favor de la corriente.

—Estamos haciendo agua por alguna parte —no le quedó más remedio que reconocer a Antípatro.

—¿Tiene el bote bomba de achique? —quiso saber él.

—Aquí con pate nomás doctor —le replicó el aludido con callosa suficiencia.

Trató de corresponder con una condescendiente sonrisa el irónico pero veraz comentario, pero no le fue posible. Estaba un poco tenso. Calculó la distancia a las orillas poniéndose en el inevitable caso que tuviera que alcanzarlas nadando, y se quedó sin respuesta.

—Las topas son las que nos están salvando ahorita —aseveró doña Lucha.

—Sin duda, seño —concordó con ella, dando de soslayo un vistazo desconfiado a los flotadores, que un tanto flojos por el peso mecido del sobrecargado bote, se habían colocado a nivel del verduguete. "Pronto la noche y esa tormenta cerrarán el círculo de riesgo y... ¡adiós mundo cruel!", pensó preocupado, tratando nuevamente de medir sus posibilidades de llegar a nado a tierra firme con ropa y zapatos puestos. Pero en la oscuridad que se cernía, solo sabría de tierra firme si llegaba a chocarse con ella. Y eso si no sucumbía antes por el cansancio o por la gracia de un pez.

Ya habían dejado atrás el caserío Puerto Sol, la quebrada de Plátano Isla y una zona llamada Playa Alta.

El viento recio preludiando el aguacero, golpeaba las mejillas de los acomodados en proa y la total oscuridad iba llegando explayada en la tormenta que retumbaba con estruendo según la distancia de los rayos. Era como si el cielo hubiese querido desbaratar en ese preciso momento toda la faz de la tierra.

Los tres "pekes" rugían empujando la agónica embarcación que se desplazaba prácticamente a ciegas, pero tenía que primar la necesidad de guarecerse, porque seguir exigiéndoles, era un suicidio. Antípatro lo consideró así y demostrando conocer muy bien su oficio y su ruta, atracó en una ribera tan oscura, que Matías se quedó pasmado cuando escuchó decir que todos debían bajar, excepto los niños y doña Lucha. Y es que sus ojos no distinguían donde había tierra. Con todo, saltó.

Estaban a la altura de la quebrada Maxapay, según los cálculos de Antípatro.

En espera de que la tormenta amainara, los esfuerzos se avocaron a dejar mejor distribuido el peso de la embarcación, que había mostrado signos de emproarse peligrosamente, no solo con los cabeceos del oleaje.

Se hizo achique del agua filtrada, se cambió de lugar la botellería, los astados fueron bien trabados de las cornamentas, las topas mejor amarradas y los productos regionales que estaban arrumados en la toldilla, se los reordenó en la bodega de popa para que algunos pasajeros pudieran encaramarse allí.

Al final de la faena y mojados completamente, cada cual escogió su lugar para acometer con manejable paciencia el viaje hasta Puerto Inca, resueltos a tiritar de frío sin una queja lastimera. Al menos se sentían ya más seguros.

Así como se había presentado intempestivamente, igualmente se disipó la tempestad, dejando límpido y estrellado el eterno cielo y soltando una brisa inocente puesta de alegre barrendera sobre la faz del río, como si por ahí no hubiese pasado nada.

Roldán Macedo, cuñado de Antípatro, volvió a su puesto de motorista en popa y Húber Panduro, un jovenzuelo hijo de don Puricho, el de la escopeta con que salía a cazar algunas tardes en Llullapichis, que también había estado sirviendo en este puesto, pasó a hacerse cargo del timón.

Antípatro se acomodó al lado de su madre dispuesto a aprovechar el relevo con una "pestañadita", pues hacía rato que venía contagiando sus sonoros bostezos.

—Estamos ya en Trece Tiros —dijo.

—¿Ahí estamos ya? —pareció sorprenderse doña Lucha.

—Sí mamá.

—De bajada pues ni se siente, ¿dí? —advirtió la estoica anciana, con evidente alivio en su voz.

—¿Y cómo va usted doctor? —se volvió Antípatro hacia él.

—Bien, sin novedad por el momento.

—¿Qué le pareció la tormenta?

—Para contarla, ¡seguro! —refirió dando un resoplido.

—Ja, ja, ja... —rió Antípatro, muy orgulloso de los riesgos de su oficio.

Por un buen rato la charla se mantuvo motivada, amena, espontánea y sin hilaciones forzadas, pero lentamente fue decayendo adormecida por el sonido monótono de los "pekes", el susurro de la brisa, la oscuridad y los efectos extemporáneos de una trasnochada.

Antípatro no podía contener desde hacía unas horas sus bostezos de cueva, a tal punto que cada vez que agotaba una, maldecía o se burlaba a modo de disculpa.

—Canta hijo —le animaba doña Lucha con reiteración.

—No; mejor voy a manejar de nuevo. Hazte a un lado Huberín —decidió finalmente.

El cambio le despabiló positivamente y todo locuaz se puso a contar sabrosas anécdotas de anteriores viajes. Sin embargo, al cabo de unos minutos, nuevamente su situación se tornó embarazosa a efectos de los incontenibles bostezos.

—¡Ay hijo, pues! ¿Por qué no me haces caso? Ya te he dicho que cantes desde hace rato. Aunque sea una ranchera, ya pues —reprochó doña Lucha, bastante incómodada desde hacía rato con lo que le parecía una manía de su hijo.

—¡Cocorocoooo! —antó Antípatro hasta alcanzar elevar su voz por encima del ruido de los motores, a tal punto que el alarido que le dejó sin resuello, aparentemente hizo que en la cercana orilla invisibles animales suspendieran bruscamente saciar su sed.

—¡Qué te pasa pedazo de loco! —se exaltó doña Lucha, media ofendida con el desplante.

Matías no pudo reprimir la risa y tanto Húber como el adolescente hijo del ganadero Agüero, de Wembo, que iban apiñados en el mismo reducido cubículo delante del improvisado corral de reses, celebraron con algarabía la ocurrencia. A doña Lucha no le quedó otra opción que rendirse a la gracia de su hijo y reir también. Este simplón suceso sirviría para aliviar el tedio por el resto del viaje hasta Puerto Inca. Aunque decir simplón, tal vez sea solamente la petulante apreciación de alguien más avenido a sumirse en la estresante complejidad de la vida moderna.

—¡Este es un loco! —atinó a decir, palmoteando la musculosa espalda de su hijo, que sonrió como adulto aniñado.

A lo lejos, se empezó a vislumbrar el resplandor que la red eléctrica de Puerto Inca proyectaba por sobre la selva a oscuras, pero que nada tenía de dormida, semejando una nave no identificada posada en un lugar no previsto por la oscuridad. Aprovechó para pensar en "machote", su abuelo, porque estaba seguro que cuando arribase al lugar, cerraría sus emotividades y recuerdos alusivos para ir empezando a hacerse a la idea de una vida por delante, más decantada, más personal, más suya.

—Allá ya está Puerto Inca, dóctor —indicó Antípatro, usando de pronto también ese acento badulaque e inconsistente que acentuaba a la inglesa la palabra doctor.

Tenía razón. Porque sólo bastó poco menos de una hora para que se vieran frente a su aún iluminado malecón, haciendo las maniobras del caso para atracar sin contratiempos. Sólo que antes que pudieran completarlas, la luz del puerto se cortó dejándoles como única guía la borrosa réplica de las estrellas sobre el río.

—Voy a subir un ratito al centro de salud para rendir cuentas de unas medicinas que llevé para la posta de Llullapichis y que me dieron a crédito —explicó Matías mientras se encaramaba a la proa para escudriñar donde saltar sin peligro de caer al río.

—Mejor duerma de una vez allá doctor; estará más cómodo; aquí nosotros ya sabemos pasarla como sea y más bien ya mañana madruga tranquilo nomás —recomendó Antípatro.

—No es que le corra a esto, pero... ¡claro! Haber voy a ver qué me dicen allá arriba, por sea caso -se refería al personal del centro de salud, obviamente.

—A usted, qué le van a negar pues doctor. Aparte que si vuelve, puede venir de repente a caerse, ¡plon!, al agua... Y la corriente está un poco revoltosa.

—¡Ay diosito! ¡No hables así hijo, que llama a la desgracia! —se santiguó con devoción doña lucha, espantando a su modo lo dicho por Antípatro.

—Además aquí hay más zancudos que en Llullapichis, doctor —hizo notar Roldan Macedo, que ya templaba mosquitero para acomodar a sus niños.

—Bueno, ya veré qué sale, pues —accedió Matías, saltando por fin del bote.

Como ya había estado anteriormente en el lugar, se orientó sin mayor problema y directamente se encaminó al establecimiento de salud. En el camino se topó con un individuo, que era conocido en Llullapichis con el apelativo de "plastiquero", aludiendo al oficio de vendedor de envases de plástico que detentaba, el que al reconocerle y aparentando sobriedad hasta donde su "cultura etílica" le permitía, se puso a sus órdenes con esmerada solicitud.

—¡Doctor, qué gusto! —exclamó con cierto esfuerzo gesticular, al parecer gratamente sorprendido con el encuentro—. ¿Qué ya vuelta hace por aquí a estas horas? —preguntó con curiosidad.

—Voy para el centro de salud —le respondió escuetamente sin apagar la luz de la linterna.

—Doctor, yo le tengo una deuda a usted. No me he olvidado que cuando estaba por morirme, me curó bien —rememoró muy reverencioso.

—Dios ha querido que te sanes, mano. Como decía un antiguo cirujano francés, yo sólo te traté.

—Que sea así doctor; pero esta noche yo pago todos los gastos.

—¿Qué gastos?

—Quiero invitarle unas cervezas.

—No creo que me alcance tiempo. Debo hacer unas rendiciones de medicinas en el centro de salud y luego regresar al bote a dormir.

—¿De quien es su bote?

—De Antípatro Guillena.

—Pero ese bote debe estar yéndose a Pucallpa.

—Así es.

—¿No me diga que ya se va del todo doctor?

—¡Sí; se terminó mi tiempo por aquí. Es una pena, pero la tierra gira y nos obliga a movernos también.

—Llega la hora de hacerle la contraria. Pero bueno, entonces doctor, no puede dejarme sin mostrarle algo de mi agradecimiento. Francamente le digo como caballero, en serio, que todo lo que yo pueda corresponderle hoy no va a ser nada comparado con lo que yo siento que le debo —porfió muy reverencioso.

—No me debes nada, hombre. Cada cual hace su trabajo; eso es todo —en el fondo, creyó haber encontrado en esta muestra de genuina gratitud, el pago más justo a todo el esfuerzo de tener en sus manos el cuidado de la salud de tantas personas.

—No quiero parecerle malcriado, pero insisto, doctor.

—Bueno... entonces voy al centro de salud un momento, y si me queda tiempo…, bueno pues..., ya veremos —accedió tácitamente, convencido de que al volver el solícito y accidental anfitrión ya no estaría ahí parado entre el río y el mejor hostal de Puerto Inca, propiedad de un Yuguslavo, seguramente descendiente de uno de aquellos tantos inmigrantes que fundaron la antigua colonia de Puerto Leguía. Y eso sin contar la posibilidad de que se quedara a dormir en el centro de salud, como le sugiriera Antípatro. Cuestión por cierto que no le había convencido aún del todo, pues tenía bien claro eso de estar en las buenas y en las malas.

Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos de demora, aproximadamente, tuvo que reconocer que se había equivocado suponiendo que la sinceridad no le alcanzaría

para tanto al atento "plastiquero". Porque al volver, tras sortear los barrizales que un fuerte chaparrón ocasionara durante su permanencia en el centro de salud, el susodicho estaba en las inmediaciones de donde le dejó.

—¡Listo, mano! —no le quedó más remedio que claudicar ante la fidelidad del pertinaz anfitrión.

—Es un honor doctor.

—Bueno... ¿cuál es el programa?

—Usted no puede dormir en un bote pues doctor; así que me he tomado la libertad de separarle un buen cuarto en el hostal del Yuguslavo.

—¡Caray! ¡Mucha molestia, mano!

—Por favor; ya está todo pagado —casi le rogó el "plastiquero" extendiéndole la llave.

—Bien, bien... Debo reconocer que no me caerá mal dormir en una buena cama —tranzó agradeciendo el gesto del buen hombre, pues ya bordeaba las once de la noche y subirse al bote a esa hora, no era un asunto que resultase tan sencillo para un desacostumbrado en el oficio como él. Aparte de no haber previsto ni por asomo la necesidad de un mosquitero y menos todavía para ser templado en un bote

—¿Ya ha comido doctor?

—No; pero así estoy bien, gracias —contestó, urgido en espíritu a alejarse de ese friecillo invernal que trascendía del canal ribereño en medio de la oscuridad.

—Venga doctor; voy a mandar a preparar una gallina, mientras nos tomamos unas cervecitas.

—¡Caray, no está nada mal! ... De acuerdo.

Con mucha precaución, se encaminaron hacia la luz proyectada por unos lánguidos lamparines que agónicamente en lontananza trataban de sacudirse la densa oscuridad circundante, siendo perseguidos por el molesto zumbido de los zancudos aglomerados sobre sus orejas.

—Allá hay una chinganita donde tienen frishi a kerosene, doctor. Porque la cerveza de Pucallpa tiene que estar bien al polo para que sea rica —comentó el "plastiquero"

—No sabía eso. Lo único que escuché al respecto es que a los que la toman por primera vez les causa una diarrea de los mil demonios.

—Al principio era así, doctor; pero ya han corregido eso —alegó el plastiquero—. ¿Y ya le han dicho lo que quiere decir su etiqueta?

—No.

—Señor Alan. No Joda Usted a la Nación ¡SAN JUAN! Ahí lo tiene.

—Ja, ja, ja... —rió de buena gana, a despecho de su aprismo larvario y de su identificación con su encumbrado correligionario.

Al llegar a las inmediaciones del bar, un sujeto abordó entusiasmado a su circunstancial anfitrión, intercambiando atropelladamente frases entrecortadas de media voz.

—Vamos adentro, doctor —le invitó finalmente.

—Bueno.

—¿Conoces al doctor?

—Sí, de vista le conozco. Cuando fui con el alcalde Jepa a Llullapichis, le ví ahí —aseveró el desconocido, extendiendole cortezmente la mano—. Ramos, para servirle —se presentó.

—¡Que tal! —le correspondió el saludo—. Soy Matías Ibazeta —se identificó.

—¿Ibazeta? —preguntó dándose una pausa cavilante, aunque bastante teatral, el individuo—. Aquí en Puerto Inca trabajaba un profesor Ibazeta hace unos años. Si mal no recuerdo, creo que se llamaba… Bueno, ahorita me acuerdo.

—¿Sí? —se aprestó a lidiar con esgrima cualquier mal antecedente de familia.

—Se metió en unos problemitas por hacer unos manejos medio turbios con los padrones de votación en una elección anterior que hubo aquí —refirió el tal Ramos—. Era un artista para eso, el cojú —acotó a la broma.

—Entonces no era Ibazeta, pues —aseveró con desdén, aunque no tan seguro de eso.

—Sí doctor, de Panao era. Un primo abogado que era asesor de la Dirección Regional de Educación de Pucallpa le ayudó, así, al toque nomás, a trasladarse allá, cuando aquí la cosa se le puso color de hormiga.

Pensó en su hermano Arquímedes.

—No conozco a toda mi parentela con ese apellido. Pero si es de Panao, como dices, ¡de todas maneras es pariente mío, sin duda! —consintió, enmascarando con dificultad su fastidio por lo impertinente de lo referido por el fulano.

—Ahorita preparan la gallinita, doctor —anunció el "plastiquero" acomodándose de vuelta a la mesa después de haber estado un buen rato en el interior del establecimiento.

—Me gané alguito —se felicitó el tal Ramos.

—No es por nada, pero yo en Llullapichis... —empezó a revelar el ocasional anfitrión—, soy otra persona. A todos les parezco un cojudo más que vende su plastiquito en el pueblo y que anda y desanda el camino a su chacrita todos los días. Pero la purita verdad es otra, doctor, ¡en Dios!. Allá pues, le dejo a mi mujercita que

mande, para que esté tranquila con su gusto. Pero aquí... ¡yo mismo soy! La plata no es problema —afirmó, disimulando de la mejor manera su jactancia.

—Eso es cierto, doctor —corroboró Ramos al límite de la lisonja, olfateando antojoso el caldo que se avecinaba.

Por esas fechas, ya la maquinaria política del MRTA hacía sentir su presencia en la zona y era un hecho que el narcotráfico lo había venido haciendo desde la misma apertura de la carretera marginal al Palcazu, en la que las avionetas de los carteles colombianos de la droga aterrizaban sin restricción ni prohibición alguna, según le refiriera el alemán Peter, dueño del mejor fundo ganadero de Wembo.

La somera evaluación le puso receloso, porque constatar de que el aparente burdo "plastiquero" era mas bien un hombre bastante leído, con una despreocupada capacidad de gasto y refinado don de gentes, le sugirió no estar ahí conjeturando más de la cuenta, ni exponiéndose a compañías que podían resultar peligrosas. De todas maneras, correspondió con agrado su invitación, al menos hasta donde la consideró a salvo de cualquier indicio de desaire, y se retiró a descansar.

A las cinco y media de la mañana del día siguiente, adelantándose a las garzas níveas que acostumbran madrugar en pos de los mugientes ganados de los pastizales, el "DASHA" lanzó otra vez a andar sus roncos motores, girando proa en comunión con el pesado desplazamiento del Pachitea, que iba parsimonioso a su postrero destino en el Ucayali.

Sólo proseguían el viaje, Antípatro, Húber, Roldán con su esposa y sus tres pequeños hijos, y él. Los demás se quedaban en Puerto Inca.

—Anoche hemos hecho un caldo de gallina con el primus, doctor. Ahí le hemos sobrado un poco; sírvase —convidó Antípatro, esta vez bastante relajado frente al timón.

—¡Gracias! Mejor que se sirvan los muchachos.

—¿Le ha "echado" un poco doctor?

—Sí, unas cuantas botellas.

—¿Con su colega del centro de salud? —aventuró Antípatro, aludiendo al "choche"

—No, con él no. Tú debes conocerle al plastiquero de Llullapichis.

—¡Claro! Ese cojudo gasta bien cuando su mujer no le ve.

—¡Y vaya si no me consta! —fedateó lo dicho, arrepentidísimo bajo los efectos indeseables de la cerveza ingerida, rogando que la referencia de la diarrea que producía sólo hubiese sido una exageración.

Al inclinarse a recoger un poco de agua que el corte de proa elevaba del río hasta salpicar su posición, sintió el bulto que en su secretera producía un frasquito ampolla, en el que había guardado nueve gramos de oro en polvo, con la esperanza de confeccionar con ellos los aros de matrimonio para pedir la mano de Lila Rita

y tuvo el presentimiento de que algo andaba mal. Metió el índice por la ranura del insignificante bolsillín y encontró que el frasquito de marras estaba sin su tapa de jebe y que en el fondo de la secretera sólo restos despreciables del precioso metal abrillantaban las costuras semirotas. "¡Maldición, todo se me ha regado en la cama del hostal", balbuceó apesadumbrado.

Pronto las quebradas de Choroyacu y Pintuyacu, quedaron también atrás.

Al pasar por la boca del Zungaro Yacu, río que navegara en repetidas ocasiones cuando se acercaba al centro de salud de Puerto Inca para surtirse de medicinas, hizo un gran esfuerzo de párpados para contemplar sin somnoliencia aquellas rojisas aguas que acometían con potencia el costado del Pachitea y se quedó rememorando su paso por allí desde su primera llegada acompañado por Fidel Panduro, alcalde de Llullapichis. Como había dicho doña Lucha, la mamá de Antípatro, todo parecía un sueño.

El bosque ribereño poco a poco iba sacudiéndose la densa bruma que humedecía sus doseles, recobrando así lentamente la diversa intensidad de sus verdes alegóricos. Por su parte el sol sin poder aún refractarse en el frío lecho del río, peinaba bucles en las nubes livianas suspendidas en el cielo sobre el "DASHA", dorándolas de paso en sus perfiles expuestos hacia el Este. Era una magnífica mañana.

—Díos existe —musitó con reverencia, deseando peregnizar este momento con solo cerrar los ojos.

—¿Qué dice doctor? —preguntó Antípatro, creyéndose aludido.

—Pensaba en la existencia de Dios.

—¡Ah!

—¿Qué dices tú?

—Pienso que sí, que sí existe. Pero él hace su vida y yo la mía.

—No te haces problemas, ¿eh?

—Es que es complicado. En tanto él te pide que abras la puerta, el diablo se mete por todas las rendijas ¡Es un pendejo!

—Pero Dios entra para ayudar a limpiar la casa. Este en cambio lo hace para convertirla en una pocilga.

—¿Y qué casa pues queda bien después de un vacilón, doctor?

—No hay duda que el diablo es el mejor discutidor —concluyó zanjando el inútil diálogo con una sonrisa sabia y dispuesto a dormir un rato. Alguna vez Jesucristo le dijo a su vehemente discípulo Pedro: ¡apártate de mi Satanás! Hizo lo propio, aunque mentalmente.

La espléndida ganadería "Los Angeles" de don Alberto Jones, la boca de la

quebrada Zungarillo, la clínica "Marhanata", el caserío San Antonio, las bocas de las quebradas Galicia, Tambo Largo y Pumayacu, y luego ese paso peligroso denominado "Amazonas", desfilaron ante sus ojos somnolientos creándole una ilusión de movimiento contra corriente como si la embarcación y el río, y no las orillas, estuviesen carentes de movimiento.

Las espaciadas malocas del caserío Chivotacana, tan humildes en su abandono, le provocaron cierto sabor amargo en la boca, al compararlas con las casas mejor erigidas de Puerto Sira, uno de los tantos caseríos en el Pachitea de la secta israelita de Ezequiel Ataucusi Gamonal y depositaría también de los favores políticos de la administración Huanuqueña, como retribución a la actitud asumida en el referéndum por todos sus sectarios que votaron a favor de que la provincia perteneciera al departamento de Huánuco y no a Ucayali.

"Mezcla la política con la religión y tendrás una sustancia explosiva", le había dicho en cierta oportunidad un profesor de Comunitaria en la universidad, y evidentemente esta secta se iba permeabilizando a una participación política más activa y protagónica.

—Cuando estamos en estación de vaciante, en esta zona se forman unas correntadas bastante peligrosas, doctor —refirió Antípatro, al navegar frente a la boca de la quebrada Santa Teresa.

—¿Qué opinas de esos que se llaman "israelitas"? —le preguntó, mientras dispersaba la mirada en el lugar.

—Esos "cunchis" de mierda una vez fueron pues a Llullapichis a querer poner una iglesia... ¡Puta, les botamos, carajo!

—¡Ah, no sabía eso!

—Decían que tenían que fundar doce pueblos; una por cada tribu de Israel, ¡aquí en el Pachitea! ¡Puta, qué huevones! Pero les hicimos largarse ahí mismo nomás. Por eso en Llullapichis no hay ni uno.

—Pero dejándose de cosas, que en Llullapichis necesitan ya una iglesia… ¡de verdad que la necesitan! —sentenció recordando su informe.

—La mayoría ahí somos bien católicos, hay otros que dicen que son evangélicos, pero "cunchis"... ¡ni de a vainas! Así que si llegamos a tener iglesia en algún momento, no será de estos perturbados andinos.

—Yo también, para qué, no les tengo nada de confianza; pero no podemos ser intolerantes con la libertad de culto: La ley es la ley.

—En Llullapichis, así como están las cosas ahorita, no creo que logren entrar, De repente de aquí a un par de generaciones, tal vez. Pero, ¡bien difícil que duren demasiado! —se cerró Antípatro.

Pasaron sin novedad el punto denominado Clayton y entraron luego a navegar las aguas traicioneras de la desembocadura de la quebrada Shebonya, nombre que según Antípatro, parecía desraizarse como diminutivo de Shebón Yacu y fue aquí

donde nuevamente, al igual que en Yanayacu, se llevaron otro susto mayúsculo.

—¡Peso a babor! ¡Vamos, peso a babor! —alertó Antípatro a voz en cuello, apremiando para que todos hicieran el contrapeso que pedía para no virar, mientras maniobraba enérgicamente el incómodo timón para contrarestar el peligroso deslizamiento que las traicioneras correntadas habían provocado.

Conjuntamente con Húber y Roldán, prácticamente se colgaron del barandal de babor para apoyar las maniobras del afanoso timonel.

Después de los bandazos que hicieron rebasar agua por las bordas, el bote felizmente logró estabilizarse. Sintió que se iba adaptándo a ese tipo de peligro, porque mientras obraba, su mente planeaba el siguiente paso, tanto en lo peor como en lo mejor, a velocidades luz.

—¡Casisito ya nos vamos, ah! —exclamó Roldán, metiendose al cubículo donde su mujer y sus pequeños permanecían lívidos de susto.

—Este bote ya puede llegar hasta España —trató por su parte de relajar la tensión del ambiente acomodándose calmadamente al costado de Antípatro.

—Ya pasó dóctor —murmuró éste.

—Bien bravo el sitio, ¿no?

—Siempre hay que tener cuidado, aquí —advirtió con seriedad el hábil botero, sellando su dicho con largo silencio—. Más abajo atracaremos para preparar esta gallinita —acotó, indicando con el pie la bodeguita de proa donde el ave yacía con las plumas embadurnadas con fétida "piñísma".

Antes de llegar a Tornavista -núcleo agro-ganadero que en épocas de Le Torneau, su fundador, cobrara un reconocido auge en la zona-, pasaron por Santa Rosilla, lugar de remolinos y corrientes de cuidado, por Piedra Pintada, Llullabaño, las bocas de las quebradas Baños, Miramar y Macuya, luego frente a los caseríos de Progreso e Independencia, por las correntadas de Pacanasi y finalmente, frente a la colonia maderera de La Paz.

La sopa de gallina, espesada con yuca y arroz, mejoró el ánimo de todos, muy venido a menos referente a comunicación y diálogo, por la monotonía y el tedio del largo viaje y les puso en mejor predisposición de apreciar los estímulos gregarios y la diversidad mimetizada del rico ecosistema.

—Mire ve, doctor, allá van bajando esos mutishcos que estuvieron buscando a quién comprear bolaina en Llullapichis. Se zamparon también a su despedida, ¿se acuerda?

—Sí, claro; han logrado hacer una buena balsa lo que veo.

—No falta, pues.

—¿Pero no hay otras maderas que den mejores ganancias?

—Sí, claro; sólo que hay que tener más capital y el permiso para extraer.

—¿Qué maderas hay por Llullapichis?

—De todo nomás hay. Aunque dicen por ahí que el bosque Von Humboldt tiene investigado ya hasta cincuenta y cinco especies de maderas que se pueden explotar. Pero, ¿quiénes? Y ¿cómo?, es la cuestión.

—¡Vaya uno a conocer tal variedad!

—Fácil es, dóctor. Y más si se trabaja en eso.

—¿Me puedes dictar las que te acuerdas? —se interesó, mientras rebuscaba en su maletín su libreta de notas.

—A ver…, este..., tamamuri, manchinga, tahuarí, tornillo, requia, shihuahuaco, ubus, riñón caspi, aceite caspi…¿Qué más?, ¿qué más?... Azúcar huayo, bolaina, cedro, copaíba, huimba, huairuro, pashaco, cumala, ishpingo, lupuna, quinilla, palo sangre, quillobordón, caoba, estoraque... y un montón más. Aquí la madera está botada, doctor; sólo hay que saber explotarla. Después de la droga, lo que más plata da, es la madera, doctor. Aunque dicen por ahí que las dos andan bien juntitas. Aunque, ¡mejor ni opinar en esa vaina! —concluyó, por lo visto muy satisfecho de su relativa sapiencia en el tema forestal.

XXXI

Antes de la navidad de 1,940 Antonio Marino López alcanzó por fin atracar en el puerto de Espinal con dos botes repletos de mercadería, una envidiable cantidad de dinero bien atesorado en el fondo de una bolsa enjebada y un molesto dolor con sensación de pesadez tras el escroto.

Era momento de tomar las precauciones del caso para cuidar la próstata y qué mejor que empezando a tomar en agua de tiempo, el huasaí junto a la chancapiedra, al achiote y al puspoporoto. "Le diré a Mishi que me lo prepare", se dijo un tanto preocupado, a sabiendas que su mujer deduciría del pedido sus excesos sexuales fuera de casa.

Su adolescente hija, Julia Victoria, que acababa de culminar en Iquitos sus estudios primarios, también llegaba con él, y una especie de orgullo le efervescía en el pecho de sólo verla convertida ya en una agraciada señorita y con educación de sobra para lo que entonces se podía aspirar en los pueblos ribereños de la Amazonía.

La gente había concurrido masivamente a ver la llegada de los dos botes, convirtiendo el corto malecón en un hormigueante jolgorio a la medida del que llegaba. No cabía duda que era muy estimado por los espinalinos.

—¿Nerviosa hija? —le preguntó a Julia Victoria.

—Un poco, creo —contestó esta, dispensando a su padre una mirada de hurtadilla.

—¿Por la gente o por tu madrastra?

La muchacha guardó silencio.

—Tranquilizate, todo va estar bien ahora —la animó con su voz de granizo.

—Sí papá, ojalá —suspiró ella, no tan segura de ello. Las madrastras eran tales, porque no tenían más amor que para los suyos, para los que le hicieron madre.

Los cholos llevaban puestos unos cascos de aluminio y unas botas llaneras que les proporcionaba una apariencia espectacular. Estaban tan vanidosos de su indumentaria, que no regateaban oportunidad para pavonearse con una pedantería que era causa de risa entre los humildes pobladores aglomerados a su alrededor.

—¡Estos cholos son más prosistos! —comentó divertido Amador Rengifo.

—Se sienten unos ingenieros, pues, los grán putas —se burló José Paima.

Una vez acomodados los fardos de mercadería en su casa, "machote" canceló el resto de su paga a sus hombres, hizo regalos a sus familiares, compadres y amigos y luego se alistó para una cena de hogar, relajándose con un fresco baño. A los peones que no bajaron con él en la balsa hasta Iquitos, quedó en entregarles algunas cositas adicionales al día siguiente.

Desde su llegada del caserío de Esther Muyuna, Espinal había crecido considerablemente; a tal punto que los vapores que recorrían el largo serpentear del Ucayali, periódicamente atracaban en su puerto por carga o por pasajeros,

endilgándole una importancia de puerto en la ribera, que desgraciadamente al ir quedando en tipishca, la perdería. Ciertamente, muchos de sus habitantes eran aquellos que llegaron con él tras una promesa de trabajo, pero se tornaba evidente la presencia de gente de otras partes del país y del Brasil, en las viviendas que seguían incrementándose en su perímetro urbano.

Como vaticinara su compadre, el curaca cashivo, Vicente, a propósito del sitarácuy que cundiera el campamento del Juantía antes del viaje a Iquitos, definitivamente ya no volvería a este lugar. Estaba licitado para explorar madera en los ricos bosques del Macuya, en una quebrada afluente de lecho pedregoso, a la que se le había ocurrido llamar atinadamente "El encanto".

Por un lapso de un año aproximadamente, permaneció en Espinal remozando la ganadería con nuevos potreros y mejores sementales, realizando simultáneamente otras actividades económicas como la leñería, la cacería, la peletería y esporádicamente la fisga, pero sin perder contacto con su gente de avanzada que reconocía ya las zonas maderables a explotar en la cuenca del Pachitea.

Mercedes, su mujer, andaba afanosa negociando la compra de una espaciosa casa en Pucallpa, justificando el tremendo gasto con la necesidad de asegurar a los hijos mejor educación y una vida de ciudad más acorde con altas aspiraciones, y se dijo que esa parte de la administración siempre la dejaría en manos de ella.

Una calenturienta mañana de principios de julio de 1,941 exactamente del día 3, mientras retozaba en su hamaca favorita de hilo de tarrafa, trasuntando por los poros los catabolitos de la "bomba" pescada la noche anterior, en la que celebró la partida del primer grupo de peones contratados para trabajar en su concesión del Macuya, un cholo de su media hermana, Augusta Alegría López, cuya vivienda quedaba al final del caserío, llegó con el recado de que le necesitaban con urgencia para atender un caso imposible de manejar por los empíricos del lugar. Apelaban por cierto, a su capacidad de tomar decisiones en asuntos de gravedad y a su sagacidad para entrometerse con buenos resultados en tratamientos curativos de riesgo.

Cuando llegó a la casa de su media hermana, se encontró con dos taciturnas parteras sentadas al pie de la cama de la cuñada, que acababa de dar a luz a la criatura problema. El parto había sido a término, pero la recién nacida parecía una bebe prematura con graves evidencias de mal desarrollo: pequeñita hasta verse parecida a un molde de pan, muy delgada, silenciosa, inexpresiva, con los ojos abiertos y fijos, y una translucidez rojisa en todo el abdomen, dentro del cual, los intestinos se veían flotar con tonos azulinos.

—¿Le dejamos que muera nomás, don Antonio? —le preguntó con gesto piadoso una de las parteras.

—Así como le veo a la pobrecita, no creo que viva —opinó su media hermana Augusta, sombría y apesadumbrada.

—No sé..., aquí yo tampoco puedo ayudar mucho que digamos —musitó reflexivo.

—Entonces hay que envolverle nomás en un pañalito y dejarle así a que termine de morir —indicó la segunda partera.

La puérpera, adolorida y desmadejada hasta la laxitud, se puso a llorar compungidamente, logrando que se compadeciera de ella muy profundamente.

—Mejor hay que cuidarla hasta donde se pueda —manifestó pensativo—. Pónganle gotitas de colirio en los ojitos para que no se resequen y denle la leche de su madre goteando con un algodón en su boquita. Imaginen que es un misho prematuro legítimo —indicó no exento de cierta ironía.

—No tenemos ningún colirio —le comunicó Augusta.

—Aunque sea pues con gotiitas de toro-urco, hermana. ¡También tú! La cuestión es que no se le malogre la vista —rezongó.

—¡Sí pues, no! —se percató Augusta un tanto abrumada.

—¿Pero hasta cuándo don Antonio? —preguntó la partera más gorda, con acento de fatalidad en la voz.

—Hasta que viva o se muera, pues. Mientras tanto voy a mandar a traer a la Petronila Sarmiento que es bien "curiosa" para tratar estos "chismes", y de repente aconseja algo bueno.

—Mejor de una vez que bajen a Roaboya a traer al brujo Teco —sugirió la otra partera de apellido Shapeama, que a ojosvista parecía portar sangre cocama.

—Primero hay que probar con la Petronila a ver qué pasa —inistió inflexible, pues no confiaba en el brujo shipibo al que no se le atribuían precisamente sanaciones, sino más bien malignos "daños".

—Para eso mejor tráiganle al Manuel Chupe, que vive aquí nomás en Panaíllo —sugirió la partera gorda.

—¿Sabes doña, por qué le dicen "chupe"? —preguntó "machote"

—No, don Antonio.

—Porque ese cojudo sólo sabe chupar por donde cree que nos ha entrado el virote, el "daño", como le dicen. No es que se apellide así. Ahora conmigo anda resentido el "sucia ojete" ése.

—¿Por qué ya vuelta? —se interesó la partera Shapeama.

—Porque un día le hice una broma al carajo, que no le gustó nadita. Le pregunté cuánto cobraba por sacar un daño, y me dijo que sólo diez Libras. ¡Sólo diez Libras, ah! Entonces yo le ofrecí cincuenta si lograba hacerlo conmigo, a lo que el condenado se apuró en aceptar.

—¿Y qué ya pues le ha podido resentir? —interrumpió Augusta.

—Es que entonces le dije que el virote me había entrado por la punta de mi pájaro.

—¡Ay Dios, tu siempre con tus horribles ocurrencias, hermano!

Las dos parteras se echaron a reir de buena gana.

En el transcurso de aquella semana, otro suceso doloroso en el que también tuvo cierto protagonismo, conmocionó Espinal

El río en época de vaciante dejaba aislada una cocha alimentada por un caño que se rebasaba en temporada invernal y algunos pobladores la usaban para llegar en canoa más rápido a sus chacras, dejando de lado la seguridad de los caminos, hechos justamente para el estío.

Dos muchachos de la familia Araujo, primos entre sí, se aventuraron una mañana a cruzar la cocha en una canoa sin quilla, a sabiendas que debajo de ellos un hervidero de pirañas merodeaban, cada vez con menos qué comer, tras cualquier onda en el agua.

Lo extraño de lo acaecido y que abonaba a la sospecha era que tanto los Torres Araujo, como los Araujo Mozombite, de donde provenían los adolescentes, mantenían un encono familiar recalcitrante, desde hacía varios años y resultaba difícil imaginarles juntos.

Cuando uno de ellos regresó a avisar que su primo se había caído al agua, su frialdad y parsimonia dejó atónito al sanitario Sandoval, quien inmediatamente corrió a dar avizo a otros pobladores para ensayar un rescate.

—¡Don Antonio!

—¡Qué pasa hombre!

—¡Un muchacho se ha caído en la cocha! —explicó angustiado.

—¡Vamos!

Tras ellos, un grupo de vecinos, en los que se incluían familiares del accidentado, corrió también al lugar indicado por el otro muchacho.

El espectáculo fue horrísono. Alrededor del caído, el agua teñida de sangre se sacudia al compás de las aletas arremetiendo contra la víctima, que por reflejo manoteaba defensivamente tratando de alejar vanamente a sus voraces verdugos. Su padre intentó tirarse al agua para auxiliarle, pero "machote" le contuvo, conminándole con palabras procaces a que se mantuviera en su sitio.

El muchacho tenía doce años y el agua no debía llegarle encima de los hombros. Le izó de los cabellos acomodándole dentro la canoa, matando con el filo del remo a los dentudos peces que persistían en morderle aún fuera del agua.

—¡No, mi Dios! ¡A mi hijo le han empujado al agua! —profirió la aseveración acusatoria el padre del accidentado, exhalando seguidamente un ronco bramido que llegó a extremecer hasta a los más curtidos curiosos—. ¡Juro por mi santa madre que esto no se va a quedar asi! —lanzó su sobrecogedora amenaza, abrazándo dramáticamente el cuerpo desfigurado de su hijo, cuya vida iba ya desfalleciendo

en carne viva. Era un cuadro horrible.

Cuando el sanitario Sandoval vio el cuerpo rescatado, todo descarnado y filtrando sangre profusamente, no tuvo dudas de que la muerte no tardaría. "Es lo mejor", se dijo, mirando los huesos faciales expuestos y el resto del cuerpo hecho una sucesión de heridas en sacabocado.

Unos días después de este luctuoso suceso, Petronila Sarmiento la "curiosa" hecha traer por "machote", llegó a la casa de doña Augusta Alegría, donde la bebe de la barriguita traslúcida seguía inerte como en el día de su nacimiento; pero al parecer, aferrándose a la vida con fuerzas sustraídas de algún poder misterioso.

—Me manda don Antonio —dijo al llegar a modo de saludo.

Traía la cabeza amarrada con un pañolón, más parecido a una manguraichina de cocina a leña, un salivado mapacho a medio fumar en la boca parcialmente edéntula y unas hojas de toé en una shicra colgada al cuello. Olía a belladona, a alcanfor, a mapacho y a hierbas extrañas.

—Entra por aquí —le señaló el camino la chola Benedicta, que se había quedado al cuidado de la criatura.

En ese momento no había nadie más en casa.

Petronila Sarmiento se quedó observando muy concentrada aquel cuerpecito que parecía hecho de madera, asociando ideas extraídas de su conocimiento curanderil, para dar con la causa del extraño mal.

Después de dar unas cuantas bocanadas a su mapacho, pidió con indifetrencia a la chola que se había quedado dentro del cuarto, que saliera. Seguidamente se echó en la cama junto a la bebé y colocando unas hojas de toé bajo la nuca cerró los ojos como intentando entrar en trance. Así se mantuvo quieta, impávida, sustraída de la realidad, interpretando las revelaciones de las hojas mágicas que tenían el poder de sondear el pasado y el futuro durante un tiempo inmemorial. Se abismó por sus pasajes axtrasensoriales ajena a los horarios conocidos, hasta hacerse una continuidad espiritual con la criatura enferma.

Los demás moradores de la casa empezaron a llegar a golpe de las tres de la tarde, y su contenida impaciencia se tornó insostenible ante el hermetismo que trasuntaba la puerta cerrada, tras la cual, Petronila Sarmiento escarbaba rastros para dar con el paradero del "daño".

Pancho y Mañuco Mori, los dos hijos de Augusta Alegría habían terminado de partir leña en el patio trasero de la casa, y jugaban alegremente desafiando la tensión del momento con risas de escándalo que contribuían a crispar los nervios.

—Diles a esos muchachos que si no quieren que les parta de un leñazo la cabeza, que se callen —mandó a decirles su madre, con la chola Benedicta—. ¡Hasta qué hora pues va estar ahí esa curandera! ¡Acaso esa bebe no sabe alimentarse así! —advirtió seguidamente con acento de fastidio en su voz, y mirando compasivamente a la rezignada madre que se palpaba las mamas repletas de leche.

La tarde empezaba a morir y los apremios por el baño de la tarde, el encendido del fogón para la cena, las sacudidas de las camas para prevenir la presencia de alguna alimaña, alimentar y contar a las aves del corral, empezaron a incomodar la espera.

—Los loros ya han empezado a regresar a sus nidos, oy —hizo notar el peón Cristobal Ríos, aludiendo indirectamente la hora en que estas prensoras acostumbran volver a sus nidales.

—Sí pues; ya deben ser las cinco —corroboró Augusta Alegría—. ¡Voy a entrar! –explotó sin poder seguir conteniéndose.

No fue necesario que lo hiciera. La puerta en esos momentos se abrió lentamente y la transfigurada faz de la "curiosa" se perfiló bajo el marco.

—Es "daño" —dijo lacónicamente.

—¿Pero así, en una inocente criaturita?... ¡No puede ser! —se malhumoró la dueña de casa.

—El virote era para don Luciano, doñita —replicó la curandera.

—¿Para mi hermano?

—Tiene bastantes mujeres con hijo en las comunidades nativas y no pierde tiempo en agarrar más cumas en donde se le presenta la ocasión. No se cuida.

—¡Eso pues también! Es más shicshirabo ese majadero.

—A algunos nativos no les gusta eso.

—¿El "daño" viene de ahí?

—Sí, doña Augustita. Por eso yo no puedo arreglar el problema. Tienen que buscar a un brujo chama, porque la maldad le han trabajado en su dialecto —explicó la curandera, alejándose inmediatamente del lugar, más subrepticiamente de como había llegado.

La sugerencia hecha en su momento por una de las dos parteras respecto a que se tenía que traer al brujo León Teco, cobró vigencia.

Era este, un shipibo de mediana estatura, con ojillos inquietos de gavilán, extremadamente platirrino, y sobre todo, muy temido en el bajo Ucayali por su gran poder maligno para hacer "daño" y porque se le atribuían facultades que le permitían confundirse con los mismos demonios. Se decía que el propio Satanás, para consentirle tamaño privilegio y tenerle alejado del día como una auténtica criatura de la noche, le había cambiado el color de la piel. Al menos así lo afirmaban los supersticiosos que creían en sus maleficios.

La noche en que el siniestro brujo se apareció por el pueblo, la gente se recogió temprano a sus viviendas, temerosa de contraer algún "mal aire" de los que se creía rodeaban a León Teco. Sólo "machote" salió a su encuentro para indicarle adónde

debía dirigirse. La piel sonrosada del brujo le trajo a la memoria lo que le dijera no hacía mucho tiempo un médico de Pucallpa: "He visto a un chama, al que el vitiligo le ha dejado gringo". Quiso reírse, pero un raro estremecimiento se lo impidió.

Como para consolidar la abusión pueblerina respecto al poder del visitante, en esos precisos momentos comenzó a caer una llovisna en nutridas espículas y una fuerza misteriosa estimuló a los perros a aullar lastimeramente.

—La lucha aquí será muy fuerte —murmuró, con un leve temblor de labios, el sombrío personaje, apenas ver a la criatura enferma, quieta como si de verdad fuese de madera—. Este daño le ha hecho un brujo sabido —acotó.

Después de eso y durante una semana, la casa se saturó con sus taquinas e icaros, herencia ilesa de sus ancestros dedicados al manejo de las fuerzas mágicas, manteniendo en vilo a los vecinos de doña Augusta, quienes creían a ciegas que el brujo andaba encerrado con una legión de demonios.

—Si esta bebé se sana, el brujo Teco es un alma de Dios —aventuró alguien.

—Los diablos también sanan –replicó otro, de una congregación evangelista.

Al promediar la segunda semana, la recién nacida comenzó a dar signos alentadores de recuperación. Movió en varias direcciones sus ojitos antes quietos, respondió positivamente al reflejo prehensil de las manitos, y emitió su primer llanto hasta ponerse morada de puro coraje, lo que conmovió a los concurrentes provocándoles a una nerviosa risa. Para calmarla, le pusieron los pezones maternos en la boquita y en una de esas cabeceadas empezó a "hociquear" hasta prenderse de uno, cual experta mamona.

Al final de la quincena, León Teco dio por terminado su "trabajo" y recomendó la medicina del hombre blanco para de ahí en adelante, recuparar con "alimento de frasco" a la recién nacida.

—El virote rebotó de una gente grande. De seguro llegó cuando don Luciano estaba culeando y saltó a su "leche" —explicó con acento impersonal, primitivo, pero entendible.

—¡Ay Diosito, qué manera de hablar! —se escandalizó Augusta Alegría—. Para eso si, su brujería no le sirve de nada.

—Así es como el "daño" pasó al llullo —terminó de explicar León Teco, sin inmutarse en lo más mínimo.

Cuando se fue de Espinal, los superticiosos más sensibles afirmaron que desapareció en el río convirtiéndose en un bufeo colorado, en un "jushín cushushca", dicho en lengua shipiba. Pero más que estos temerosos comentarios, la sanación sobrenatural de la sobrina de "machote", tuvo un impacto sobrecogedor en la población espinalina, cuya ambivalente profesión de fé, que podía estar un día al pie de la cruz y al siguiente tras los ritos milagreros de brujos y curanderos, le asignaba a la comunidad una característica religiosa llana a la práctica sincrética, muy común en los demás caseríos de la ribera ucayalina.

El 19 de julio de 1,941, cuando la población aún aguardaba ansiosa noticias sobre el conflicto armado con el Ecuador y embanderaba sus casas para celebrar las fiestas patrias, en un sólo día, desde la mañana hasta promediar la tarde, un fenómeno extraordinario dejó atónitos a los pobladores que estuvieron ahí para presenciarlo.

Después de tres mijanadas sucesivas de palometas, sardinas y boquichicos, en ese orden, un espeluzante desfile de boas pequeñas suscitó un alboroto entre los pescadores que aún bogaban al ventaje tras las mijanadas anteriores.

Los que habían alcanzado la orilla, se encaramaron presurosos sobre el barranco, escarapelados de ver tantas serpientes juntas. Eran decenas de decenas entreverándose entre sí, en su afán de perderse río abajo.

—¡Qué cosa más rara es ésto! —exclamó aturdida una lavandera que toda temblorosa apretaba su bandeja contra la cadera.

—El río nos está reclamando esta tierra. Se la quiere llevar. Nos está dando su señal —empezó a vaticinar lóbregamente una anciana que todos consideraban media caduca.

—¡Tonterías, vieja! Mas bien el río está queriendo alejarse —le increpó un rudo pescador.

—El Mamerto Curinuqui dice que no son boas —se escuchó decir a uno que subía presuroso por las gradas hechas en el barranco, según la costumbre ribereña.

—¡Qué va ser! —objetó una mujer de piernas varicosas, cuyo marido aún permanecía río adentro.

—Dice que más parecen ser anguilas —volvió a referir el mismo hombre.

—¡Lo que sea! A mi nadie me engaña que esta señal es de mal agüero —refunfuñó tercamente la anciana a la que habían hecho callar minutos antes—. Desaparecerá el pueblo y a los recién casados no les irá bién —vaticinó.

—¡Tonterías, vieja! —volvió a contradecirle con la misma frase, su inhóspido vecino.

Aquella noche en Espinal, no hubo hombre, mujer y niño, considerado útil dentro de una familia, que no dejara el sueño y el cansancio de lado para esforzarse en el trabajo de pishtar y salar pescado, recogido verdaderamente en abundancia durante el transcurso del día, hasta antes de la mijanada de las boas.

Por entonces ya "machote" tenía enviados al macuya a cincuentitrés hombres, entre mozos y cholos y se aprestaba a partir en compañía de su mujer e hijos, llevando diecisiete nativos más, criados en su mayoría en el seno de la familia. En total, sesenta hombres hechos para el trabajo rudo de la madera y que contados con los niños y las mujeres, constituirían uno de los campamentos madereros más mentados en la década de los cuarenta.

A fines del mes de julio, su hija Julia Victoria, por estímulo del lanchero Oscar Zevallos y con apenas quince años cumplidos, sería entregada en matrimonio a un

joven de veintiún años llamado Hérmel Ibazeta Reátegui, que tras salvarse de ser reclutado para la guerra con Ecuador, por tener un número de inscripción elevado en el registro militar de Contamana y dejar definitivamente su pequeña concesión de madera en el Juantía, se aprestaba también a partir hacia el Macuya, donde en la quebrada "Lagarto" se le había habilitado una nueva y rica zona maderable.

De esta manera y tras unos meses de ajetreos y preparativos para la partida, justamente el día en que el presidente Manuel Prado y Ugarteche firmaba la paz con el Ecuador, "machote", su familia y los cholos seleccionados para el viaje, se hicieron al río a bordo de sus botes puestos de proa hacia el Sur rumbo a la boca del Pachitea. Era un 29 de enero de 1,942 y aunque se tenían noticias de que había una gran guerra en la que el Perú participaba en contra del llamado Eje, la vida en esta parte del Ucayali transcurría sin mayor sobresalto, excepto los percibidos en los afanes cotidianos por el "pan de cada día".

Ya la creciente era evidente tanto en el Ucayali como en el Pachitea y la turbidez amarronada cada vez más densa de sus imponentes aguas arrancaban melancólicos cánticos en los tibes que ensayando vuelos al ras buscaban infructuosamente peces que mitigasen su hambre. Bandadas de cushuris compitiendo con el mismo acicate también por lo mismo acuatizaban momentáneamente sobre el suave oleaje, para luego ejercitar juguetonamente sus alas en cortos vuelos, al igual que las shararas puestas a nadar contra corriente con los agudos picos sumergidos.

Los motores impusaban los botes con desacostumbrada rapidez haciendo subestimable el tedio de la distancia, dejando asombrados a los nativos que toda su vida solamente habían navegado en balsa y en canoa, o se habían mantenido dedicados a labores específicas en las propiedades de ""machote", sin salir de Espinal.

—Oye Mishi —llamó este a su mujer, la que somnolienta parecía a punto de derrumbarse sobre unos sacos de olorosa fariña que la sostenían como respaldar.

—Si, dime —le respondió cansinamente ella.

—¿Te has preguntado alguna vez, por qué todas las tribus del Ucayali sin hablar la misma lengua tienen nombres que parecen proceder de una misma?

—No, la verdad, no.

—Escucha bien, ah; que esto es la puritita verdad, aunque te suene disparatado: she-te-bo, ca-shi-bo, shi-pi-bo, co-ni-bo, ¡ves! -advirtió tras deletrear las etnias.

—Debe ser de repente porque descienden de algún pueblo único, que después ya con el tiempo se fue dividiendo, como sucediera con los propios hermanos Ayar en el Tahuantinsuyo..., supongo ¿no?

—Puede ser... Claro, ¿por qué no? Mira pues, ¿cómo no se me había ocurrido eso antes?

—¿Y que importancia puede tener eso?

—No sé, pero llama la atención,

—De seguro ya te han contado otra chifladura por ahí,

—Ja, ja, ja... ¡No tanto! ¡No tanto! Pero es algo interesante,

—¡Tú y tus ocurrencias!

—Escucha mujer, que esto es una delicia,

—A ver —aceptó Mercedes, con gesto aburrido. Tenía todo el tiempo del mundo para sus oídos.

—Dice que cuando el Inca iba a celebrar alguna fiesta o alguna ceremonia importante en el imperio, los invitados procedían de los cuatro suyos; osea del Antisuyo, del chinchaysuyo, del...

—¡Ya sé! ¡Ya sé hombre! Así era pues; no te quieras relamer haciéndote el sabihondo conmigo —se impacientó ella. Que sus oídos tuvieran el monopolio de su atención no querí decir que su cerebro aceptara regodeos inútiles.

—Espérate pues... Escucha... No sé si de metiches o qué, pero cierta vez asistieron también nutridas comitivas de aquí del mismísimo Ucayali, siguiendo la ruta del Urubamba.

—Segurito que adornados con vistosas plumas en la cabeza, pieles de otorongo en los lomos, pulseras hechas con dientes de mono en las muñecas, arcos y flechas... —interrumpió otra vez Mercedes, con clara intención de inducir a ser escueto al cuentista.

—¡Ya vas a fregar, mujer! Pero si así iban pues.

—¿Y?

—Cuando las diversas comitivas se fueron presentando ante el Inca, fue el acabose.

—¿Qué ya vas a inventar?

—¡Tss! —chasqueó la lengua "machote"—. Déjame seguir pues mujer —pidió fingidamente quejoso.

—¡No me quieras tomar el pelo Antonio, ah! —empezaba a temer Mercedes una de sus burlonas emboscadas.

—En el primer grupo, al ver el Inca a una mujer que llevaba en la cabeza una hermosa tinaja, le preguntó qué contenía, y ella le respondió que masato. Enterado por sus consejeros que se trataba de una bebida hecha de yuca, quiso probar un sorbito, y ordenó a todos los de esta comitiva a hacerlo antes que él, pues como comprenderás, así se evitaba el riesgo del envenenamiento. Lo hicieron tal como ordenó el soberano, pasando de boca en boca un pate lleno del blanquito y espumoso líquido, pues era del fresco, y fue causa de una incontrolable risa para el Inca verles sacar la trompa del pate, pues parecían como que tenían bigote blanco. A las justas se le pudo entender, cuando señalando a los boca sucias empezó a exclamar: ¡shipi-bo!, ¡shipi-bo!, ¡shipi-bo! Que como bien sabemos, significa, pichicos.

—¡Qué ya! ¿Y de dónde has sacado tú, que quiere decir eso? —preguntó arisca, Mercedes, aferrándose despectivamente a no dar crédito a semejante disparate, que según su parecer, rondaba las tomaduras de pelo de su marido, por ese estilo rimbombante y un tanto sarcástico que le estaba infundiendo al relato y que era para hacer desconfiar a cualquiera.

—Porque este monito tiene barba blanca cubriéndole toda su boca, pues —creyó absolver este, la desconfiada interrogante de su mujer.

—¡Vete a engañar a otros! ¿Qué ya tienen que ver estos pobres animalitos en esta farsa?

—Pero así ha sido, pues. Desde ese entonces a los chamas les llaman shipibos. ¡Es lógico!

—¿Invento tuyo no será así? Porque hasta donde yo sé, chamas son todos los cholos del Ucayali. Así les dicen despectivamente.

—Yo no sé, la verdad..., pero ahora escucha: Al segundo grupo le fue peor, porque el Inca, un poco más y les manda a fusilar...

—Oye Antonio, mejor deja que me duerma, ¿te parece?

—Es un decir pues, mujer.

—Si vas a seguir contando, cuenta bonito; no te estés haciendo el igualante conmigo.

—¡Bueno, ya! Aquí va: Pues justo cuando pasaban frente a él, a uno de ellos, que se veía un poco trejito, se le cayó de un panero un brazo asado de gente. ¡Pucha! Un orejón todo adulón se inclinó al oído del Inca y le explicó escandalizado que aquella tribu gustaba de comer humano. ¡Pazu madre! Encolerizado el señor del Imperio, se puso de pie con talante agresivo, y apurándoles a que se fueran de su presencia, les gritó: ¡cashi-bo! ¡cashi-bo! ¡cashibo! Que al parecer significa, vampiros o murciélagos.

—Ya me estás queriendo tomar el pelo, ¿dí? —reprochó Mercedes con una mirada desconfiada, aunque muy a su pesar, las sosas historias iban pareciéndole algo verosímiles y divertidas.

—No, mujer; todo esto me ha contado un viejo shetebo del Pisqui.

—Otro llullampa habrá sido. Porque estos indios así nomás no te cuentan sus historias. Haber, ¿cuál de nuestros cholos nos ha hablado alguna vez de su tribu?... ¡Nadie!

—¡Para que veas pues, mujer! —se chanceó—. Pero ya, bueno, déjame que termine de contarte... El tercer grupete ucayalino llamó la atención de los nobles cusqueños porque sus integrantes se habían coloreado toda la cara de rojo con achiote.

—Y seguro que el asustado Inca, todo tembleque exclamó: ¡supay!, ¡supay! —ironizó Mercedes, mientras se inclinaba a remojar su mano en el río.

—¿Supay?... ¡Supay ocote, mejor diga!... ja, ja, ja... —celebró "machote" su chusca ocurrencia.

—Tú y tus choladas. ¡Cuándo te irás a pulir un poco! ¡Nunca quizá ya!

—Entonces déjame terminar, pues. Y no es una grosería. ¿No le dicen así también al parinari?

—Tú sigue nomás; ¿para qué te detienes? —replicó Mercedes sucumbiendo a un adormecedor bostezo—. Pero modera tu lengua que no estás hablando con una de esas mujerzuelas que acostumbras frecuentar cuando no te veo —acotó, con envalentonada entonación.

—¡Ya vuelta!... Bueno, dejémoslo ahí.

—Haber continúa.

—Dice que el Inca les gritó muy emocionado llamándoles: ¡shetebo!, ¡shetebo!, ¡shetebo! Osea, rinahuis. Porque como tú bien sabes, este cabeza pelada no es más que el descendiente de un apresurado gallinazo que cometió la equivocación de su vida al meter su mitra en el poto de un burro dormido, creyéndole muerto.

—¡Ay tu boca! ¡Qué ya pues hablas! ¡No digo yo, que escucharte es como creer que porque el chancho es chancho, así le prepare un "chancho" va a seguir siendo rico!

—Un trabalengua más bien, creo que estás queriendo inventar tú.

—Tss.

—Te sigo hablando del pobre gallinazo: El burro le pegó tal fruncida con el ojete, que al lograr zafarse de su oscura prisión, el negrunsho se quedó con la cabeza toda pelada. Desde ahí heredó a sus descendientes tan humillante señal.

—Mejor cállate ya, de una vez, y vete viendo en dónde podemos atracar para atender a los chicos, que deben estar con hambre —contestó Mercedes, esforzándose para no reir también, pensando que seguramente por esta misma extraña razón, la gente se ríe cuando se echan la culpa de un pedo.

—Falta todavía un grupo pues —advirtió "machote", muy divertido, sintiéndola sintonisada.

—Si vas a seguir hablando tus tonterías, mejor prefiero que te guardes tus historias —le advirtió ella, volviendo a adormecerse con un bostezo de apertura mandibular máxima.

—No, mira... Cuando pasó el cuarto grupo, ya el Inca estaba un poco desepcionado de los rudos selvícolas, pues trasuntaban costumbres aún primitivas y no había sido tarea fácil ni para los Hanan ni para los Urin, transmitirles mejor cultura. Pero como buen soberano que era, conciente de su responsabilidad en la falta de progreso en el Antisuyo, condescendió en ver pasar a estos últimos súbditos provenientes de los bosques llanos

—¡Oooh! Por ratos hablas como hombre educado. Si pararas más en la casa, aprenderías mucho más.

—Aunque te burles, tengo mi buen quinto de primaria, para que lo sepas. Pero ya, bueno... lo cierto es que el gran Inca enterado de lo hábiles que eran en el arte de la pezca y que acostumbraban habitar principalmente cerca de las cochas y tahuampales, les llamó: ¡conibo! ¡conibo! ¡conibo! Que quiere decir, anguilas —concluyó al fin su fantástica historia, quedándose quieto aguardando en espectante silencio y con la mirada dispersa en el ancho río, a que su mujer hiciera un comentario. Pero este no llegaría, pues ella dormía plácidamente con la cabeza al fin vencida sobre uno de los costalillos de fariña, en donde, resistiendo a duras penas la hipnosis del viaje, había estado reclinada oyendo sus cuentos inverosímiles, mientras la brisa jugueteaba con un rizo caído sobre su frente.

Cerca de dos días les significó a los viajeros llegar al Ayamiría, sitio de residencia de la familia Rivadeneyra, quienes les retuvieron todo un día con su noche, abogando por un descanso reparador, aún cuando a su puerto arribaron al filo de la mañana y todavía quedaban muchas horas de claridad para seguir avanzando considerablemente.

—Mañana tempranito ya se van de largo —propuso don Nicanor Rivadeneyra.

—Somos bastantes; no vayamos a ser estorbos así —se resistió con prudencia Mercedes.

—¡No, doña mishita! ¡Qué ocurrencia!

—Entonces será motivo pues —intervino "machote" haciendo un furtivo ademán de bebedor, a espaldas de su mujer.

—Un par de caspiruchos no nos vendrá mal —condescendió el anfitión.

—¡Eso sí ustedes, dí! —objetó Mercedes, esforzándose en no parecer "agua fiestas".

Aquella noche, mientras los dos patrones departían sendas copitas de cañazo y fuertes siricaipis sentados en la vereda del alto emponado, los muchachos, bajo la vigilancia de algunos nativos más apegados a sus amos, pusieron la nota de bullicio y despreocupada diversión a prueba de un zancudero inaguantable.

Un nativo amuesha, de la casa de los Rivadeneyra, casi de la misma contextura hercúlea que el fornido cashibo Custodio, entretenía a los niños con su carácter juguetón y festivo, dándose maña también para inquietar con miradas provocativas a la cashiba Margarita, que era la encargada de la repostería en casa de los Marino.

—Te voy a ceder a mí Efraín para que les guíe por el Macuya —ofreció don Nicanor, paladeando su copita de aguardiente con miel.

—¿Quién es Efraín? —preguntó "machote"

—Ese amuesha que está jugando con tus hijos.

—No puedo aceptar; a tí te es más útil —denegó el ofrecimiento.

—Solamente para que les ayude a navegar hasta el Macuya, si es que no quieren que les acompañe hasta su campamento —insistió Nicanor Rivadeneyra.

—Pero ya tengo cholos de sobra.

—Este es fuera de lo común, Antonio. Llévale para que veas.

En tanto los dos patrones, motivados por los efectos del alcohol, decidían el destino del amuesha, este volaba en aquellos instantes tras la risa accequible de la cashiba Margarita, proponiéndole amores y futuros mejores, de la manera que él lo entendía: "Te voy a dar de comer huevitos de garza gris y te llevaré a caminar por las playas buscando nidos de cupiso", le susurraba con tierna emoción.

Al día siguiente, apenas empezaron a cantar los gallos, los viajeros levantaron cama y se alistaron para reiniciar el viaje, previa ración de un humeante timbuchi entibiándoles los estómagos.

—No le habrán puesto yahuarachi a esta vaina, ¿no Nicanor?

—¡Carambas Antonio! ¡Qué barbaridad tú! En vez de agradecer así, se te ocurre semejante descortesía.

—Es que ese pescado da disentería, Mishi.

—¡Qué voy a pescar yo peje malo! —disipó toda duda el sencillo anfitrión, no tan ileso del comentario de "machote".

La quebrada del Macuya se veía con un elevado caudal que hacía muyunas en su desembocadura y no fue de buen grado con el que la gente accedió a remontar en los botes, semejante correntada.

—A ver, trataremos de llegar a la quebrada Lagarto, como sea —decidió "machote"

—No creo que este bote de fierro entre hasta ahí, don Antonio —advirtió Efraín, el amuesha—. Es muy grande —precisó, muy seguro de sí.

—Ahorita sí debe entrar, cholo; hay bastante agua —dio su parecer José Paima, quien se había unido a la expedición un poco más abajo de la boca de la quebrada, viniendo al encuentro de su patrón desde el campamento de "El encanto".

Después de sortear serias dificultades por el angosto y torrentoso cauce, uno de los botes de madera, el más pequeño, al fin logró llegar a la desembocadura del "Lagarto", donde los contados peones que Hérmel Ibazeta Reátegui había adelantado para matear su zona de concesión, les recibieron con desbordada efusividad y les ayudaron a desembarcar. La gente y carga, excedentes, venían atrás siguiendo una trocha hecha recientemente paralela a la quebrada.

Sobre la agreste montaña se cernía una atmósfera grisácea típica de la estación invernal y no tardaron en latiguear el firmamento, con un mensaje estremecedor

silenciando la vida del bosque, deslumbrantes centellas.

Retumbaban los truenos como alocadas trozas embisténdose entre sí, quebrada abajo, rumbo al río, apresurando a los que a paso cansino acortaban la trocha hacia el "Lagarto", ante la inminencia de una torrencial lluvia cuyo eco les llegaba ya desde lejos cual manada de huanganas en estampida.

Debido a que el bote ya no podía seguir remontando la quebrada, "machote" decidió que la embarcación regresara al pachitea y que el tramo final del trayecto hasta "El encanto", se hiciera por un varadero que los hombres de Hérmel Ibazeta también habían habilitado.hacía poco.

—¡Oye Chiringote! —llamó a un curtido peón de su yerno, a quien conocía por haber trabajado con su medio hermano Luciano Alegría López, en el Neshuya.

—Diga don Antonio —respondió el aludido dejando de hurgarse los dientes con una espina de siucahuito. Era fuerte y macizo como un shungo y mostraba unas mejillas arreboladas signo de su apego al bien aromado aguardiente. Por lo demás, una fea clavícula rota ya osificada en punta, y cicatrices acordonadas cruzándole por brazos y torso, daban constancia de una feroz lucha con un otorongo, historia que algunos creían y otros no.

—Llévate a mi gente por aquí nomás, por el varadero que han hecho hasta "El encanto" —le ordenó.

—Apenas calme esta lluvia, no hay problema —accedió flemático el peón, remoloneando con desgano.

—Ya de allá te envio en una canoa; no vaya a ser que te vuelvas a trenzar con otro pobre huamburusho, así —bromeó machote, insinuando que la pelea de Chiringote pudo haber sido con el más pequeño de los felinos monteses y no con el formidable tigre amazónico.

—¡Atashay! ¡Mejor un misho ya! —exclamó este en lengua shipiba, digitando sobre sus bridas cicatrizales ostentosamente.

Durante todo ese invierno, la familia Marino se dedicó a adaptarse y a reconocer sus respuestas al medio, dentro de una forma de vida casi primitiva, llevando adelante una relación igualitarista con peones y cholos, merced a la inutilidad de privilegios muy bien marcados en otro contexto.

La maloca patronal, rodeada de los tambos asignados a los mozos, se había erigido a orillas de la quebrada "El encanto", metros antes de su desembocadura y la de los nativos, a fin de no perturbar sus costumbres caseras y hogareñas, en la banda opuesta del Macuya.

En el invierno siguiente, es decir, después de un poco más de un año de estar metidos en el monte, "machote" logró enviar la primera safra a Iquitos, con la que prácticamente canceló una sustantiva suma de dinero que los directivos de la empresa "The Astoria Importing and Manufacturing Co", le habían concedido para que entrara a esta nueva zona extractiva y que en parte, la utilizara para

congraciarse con los jefes de la Intendencia Forestal. De ahí para adelante, haría cinco envios más, exclusivamente de cedro y caoba, antes de ceder su posesión a otros madereros a cambio de dinero inmediato, en una desafortunada imitación a su yerno, alejado del "Lagarto" buen tiempo atrás, por el mismo motivo. Los hijos mayores de Mercedes, enviados a Lima a seguir estudios superiores, lamentarían este apresurado proceder. Pero antes de que tal cosa sucediera, Mercedes dejaría de frecuentar definitivamente El Encanto a inicios de la temporada de lluvias en el año 1,944, aproximadamente a mediados del mes de noviembre, a fin de poder tomar posesión de la propiedad comprada por fin a la familia Scavino en Pucallpa, y sopesar de cerca la eventualidad de deshacerse de la ganadería y la casa de Espinal, tan venidas a menos desde su alternancia entre Espinal, Pucallpa y el Macuya.

La muerte de la cashiba Margarita, su hábil repostera, terminó por consternarla en estos bosques inhóspitos y salió del Macuya sin permitir ser persuadida para aguardar un día más, demostrando que en escencia no era una mujer de monte.

El fatal desenlace de su querida Margarita había acaecido tras una encubierta historia de amores, develada por la misma nativa cuando tomando conciencia de que se le avecinaba la muerte, se animó a confesarlo todo.

Pero antes, cuando nada hacía presagiar aún este fatal desenlace, una historia sentimental la habia agasajado para hacerla protagonista de su trama trágica.

Efraín, el amuesha, vencido de amor apenas la vió, una vez en "El encanto", ya no quiso regresar a la casa de los Rivadeneyra, quedándose a cortejarla desplegando todas las gracias y atenciones que ni un gallito de las rocas hubiese sido capaz de realizar.

De una sola zambullida se metía de cabeza en los huecos donde dormitaban bravas mantonas para demostrarle su audacia con las serpientes; posaba la mano en los nidos de shiru-shiru sólo para que comprobase que el "secreto" para no ser picado por las agresivas avispas consistía en morderse la lengua; le obsequiaba miel de abeja recogida de colmenas silvestres a las que llegaba por intuición; hacía lo mismo con pihuichos que al crecer se posesionaban de unas viejas huacraponas circundantes a la casa y comían junto con los pollos. En pocas palabras, siempre estaba al tanto del mínimo detalle para agradarle con el mejor de sus gestos.

En cierta ocasión, Margarita le pidió que le trajera unos llamativos huevos rosados de teparo que había antojado saborear de repente, y él gustoso se fue por el lapso de dos días a cumplir con esta dificil comisión.

Al volver con el antojo —el cual le indujo ya a algunas sospechas sobre lo que podía estar sucediendo con margarita—, también trajo consigo unas tortuguitas y una cría de choro para halagarla, detalle que terminó por vencer la ya fingida resistencia de la cashiba, para dolor de Huáscar, el joven cashibo capturado por "machote" en el Juantía, que llevaba guardado un amor secreto por ella desde hacía un buen tiempo.

Cuando a Oscar, el hijo de "machote" en Filomena Lima, le brotó unas ronchas en todo el cuerpo y se supo que la causa habia sido la ingestión de los huevos de teparo que le convidara Margarita, Mercedes, que contaba con una bien afinada malicia, se interesó subreptíciamente en la razón del extraño antojo, pues siempre cabía la

posibilidad de que "papá" Antonio dejara encinta a alguna de las cholas.

Producto de sus pesquizas, fue la delación de la chola Ayda —conocida por todos como "la pío"—, quien terminó revelándole que la Margarita estaba embarazada de "Pancho morito", un sobrino de Antonio que no era santo de su devoción. Resultado de sus averiguaciones fue enterarse que el pícaro se había estado acostando con la agraciada cashiba toda vez que coincidían en Espinal y en Pucallpa, durante los periodos de estancia en estos lugares.

Enterado también el amuesha —ya de manera fehaciente—, sobre el embarazo traicionero, se deprimió tanto, que inclusive se postró en cama preso de altísimas fiebres durante varios días. Pero al ir procesando su honda desilusión con tan tremendo dolor, llegó al convencimiento de que no podía renunciar a la hermosa cashiba y decidió tomarla como compañera, aceptando la realidad tal y como estaba planteada. Al fin y al cabo, qué culpa podía achacarle a ella, si la afrenta venía de los amos.

Conmovida Margarita por el abnegado sentimiento, cierta mañana tomó la fatal determinación de tomar un abortivo y secretamente se preparó una mezcla de resina de catahua con jugo de caña.

Cuando aparecieron los terribles cólicos y las diarreas sanguinolentas, no se atrevió a decir nada por temor, confiando en que estas dolencias no pasarían de ser molestias pasajeras. Pero el cuadro no tardó en agravarse y ante la confesión de la chola Lucinda, quien la había visto tomar la poción, no le quedó otra opción que contarlo todo.

—¿Qué pasa? —preguntó "machote" al regresar del monte.

—Esta chola bruta ha tomado resina de catahua con bentisho.

—¿Pero por qué?

—Queriendo abortar, seguro.

—¿Está embarazada?... ¿De quién ya vuelta esta zamarra? —se revolvió inquietó "machote", imaginando las imaginaciones de su mujer.

—De uno de tus sobrinos, buenos para nada —le encaró Mercedes, muy mortificada, pues apreciaba sinceramente a la cashiba.

—¡Ah, chola majadera! —reprochó con cierta tristeza el hombre, encubriendo inconcientemente la participación culposa de su sobrino.

Durante el tiempo que duró la agonía de Margarita, Efraín el amuesha fue visto como el inducidor de la infortunada decisión del aborto y sometido gratuitamente a una agresión sicológica que terminó por alejarle del campamento, víctima de un ostracismo voluntario, tan doloroso como injusto. No se volvió a saber de él.

Huáscar, el otro sufrido, pero secreto pretendiente de Margarita, se internó en los bosques renunciando a su ropa de mozo, a llorar con sentimiento salvaje la pérdida irremediable durante una larga semana, llegándose a creer en el campamento que

se había remontado y que tampoco se le volvería a ver. Sin embargo, reapareció al término de los siete días y se convirtió en el indio más fiel y comedido que la familia Marino llegó a tener en su seno.

Antes de salir definitivamente del Macuya, con una nutrida comitiva de cholos con los que pensaba rehabilitar temporalmente la ganadería de Espinal, Mercedes dejó de cocinera para su marido, a una moza cuarentona contratada en Ester Muyuna, bajo promesa de un salario mensual y una vaca al final de su permanencia.

Para contrarrestar los riesgos de que su sensual marido pudiera caer en tentación, también dejó a la cashiba Lucinda, con indicaciones precisas de apaciguar con discresión a "papá" Antonio cada vez que deseara mujer.



XXXII

Estaba Julia Victoria observando al parecer unos nidos de paucares que adornaban las altas ramas de una joven lupuna que sobresalía en el bosque cercano, pero a decir verdad, sus ojos no miraban nada, pues su mente alada volaba entre los turbulentos vientos de ilusiones adolescentes, que a pesar de sentirlas meciéndose dentro su pecho para saltar al infinito, le eran extrañas, perturbadoras, irreverentes en su recato y voluntad. Tenía catorce años y se sentía como un bote varado en un banco de arena, un ser sin futuro puesto ahí a languidecer en la rutina pueblerina de Espinal sirviendo como una advenediza más en la casa de su madrastra. Y aunque ahora se hallaba remecida por los llamados de un desconocido y perturbador sentimiento, sabíase en manos de designios pre establecidos que no le permitirían remontar jamás el cielo para descubrir y escoger su propia alborada.

No había conocido el amor de madre, no entendía hasta ese momento el significado de tener padre, el vínculo que le unía a sus medios hermanos, no pasaba de ser un apego de convivencia casual y peor aún, no estaba al tanto de una prédica esperanzadora respecto al poder efectivo de Dios en la vida de las personas. Era al parecer, una inocente criatura llegada a este mundo fuera de todo plan.

Aquel joven llamado Hérmel Ibazeta Reátegui, que su mismo padre le presentara en Iquitos, ese día de compras en la casa "Strassberg" había ido ganando espacio en sus aún pensamientos de horizontes sin dueño, a precio de edificar obsequioso un asedio enamorador pertinaz a través de mensajes secretos, cartas escondidas, visitas y ruegos tan tentadores como inquietantes, que iban llevando a su huérfano corazón a una ebullición rebelde y a sentir, a pesar que le daba cierto abochornamiento reconocerlo, que era agradable y reconfortante que alguien se interesara por ella. Obviamente, tales estímulos interactuando sinérgicamente con sus cambios hormonales, en un laberinto sicológico de niña-mujer, tenían que producir cambios evidentes en su cotidiano comportamiento, imposible que pasaran desapercibidos para un ojo avizor o suspicaz.

En ese momento, soterradamente crucial para su vida, la mano apoyadora, la mirada enternecida, la voz orientadora, el ejemplo guía y el regazo consolador, no asomaron ni para evitarle un traspié, puesto que desde que su padre la raptara del seno de la abuela Enriqueta, tan caros amparos nunca estuvieron a su alcance. Por el contrario, su madrastra inauguró con ella una vigilancia agazapada y acechante, tendiente a sorprenderla en falta antes que a disuadirla, al parecer con la premeditación de hacerla casar a como diera lugar y sin reparos que valgan, con el atrevido joven al que su padre concedía demasiadas confianzas, tal vez a consecuencia de su fanatismo al fútbol. Claro que la solvencia económica del pretendiente constituía un buen elemento coadyuvante para que la mujer de su padre justificara la premeditada pretensión que la animaba para desacerse de ella, y se prodigase en parecer preocupada por su futuro.

Cierta tarde, la cashiba Ayda, que ya iba evidenciando una sordera que a veces hasta parecía voluntaria, le trajo en secreto una carta de Hérmel, quien no cejaba en querer mellar su hermetismo y prudente reserva, con todo tipo de asedios.

Temerosa de ser descubierta y presa en la emocionante curiosidad de leer el tentador

mensaje, huyó furtivamente, hasta olvidándose de calzarse las sandalias, hacia los altos sembríos de la chacra, donde con mano temblorosa empezó a leer aquellas elocuentes promesas y declaraciones de amor, que ni la falta de ortografía logró empañar.

Puesta en pininos a reconocer la atracción de los sexos, agitándose ruborosa con cada confesión seductora más elocuente que sincera, recorrió ávida todo el contenido de la carta y luego la rompió en trozos muy pequeños, como asegurándose de que nadie volviera a leerla. Luego, agitada y aún no repuesta de la inmersión con un sólo y hondo respiro bajo la caligrafía de su enamorador, volvió a casa sintiendo una quemazón en convección propagándose desde su respiro, y al suelo mismo dejando de ser agreste para dejarla flotar tras su creciente adicción por los mensajes de amor. Se estaba enamorando, sin duda, y la abrumadora pasión que sacudía su íntima escencia, empezaba a hacer mella en su razón, entubándole los pensamientos con conjeturas adolescentes tan lejanas de una apreciación realista respecto a los sentimientos y al futuro. Acaso su madrastra tenía razón.

A los dos días de haber estado enredada en la sogueada caligrafía de su furtivo pretendiente, su madrastra prácticamente le conminó para que le acompañara ante la presencia de su padre. El gesto triunfal subyaciendo debajo de una careta austera, cernía nubarrones atlánticos sobre la confrontación inminente.

—¿Es cierto que te estás viendo a escondidas con el Ibazeta? —le preguntó este, con un tono ofendido y un ceño en la amplia frente que no admitía evasivas.

—No, papá —atinó a responder defensivamente con un hilo de voz, parapetándose en esa peculiar inclinación leve de las siete vértebras de su cerviz, para no desarmarse irremisiblemente en medio de ese autoritarismo vertical inaugurado de repente ahí por su progenitor.

—¿Y le vas a creer, pues? ¡Serías capaz! —asuzó doña "Mishi", con cierta insidia—. Ahora estas huambras a una le toman el pelo de lo más campantes —aseveró escandalizada.

—Dime la verdad Victoria: ¿ha llegado a pasar algo? —volvió a preguntarle su padre, presagiando un peligroso tumulto en el genio, pero sin atinar a percatarse de la galáctica humillación a la que le estaba sometiendo.

—No, papá. Sólo que... —se le quebró la voz.

—¡Sigue!

—Sólo que ese joven que usted dice, ha estado mandándome recados a cada rato, pidiéndome que le acpte hablar conmigo a solas. Pero yo todavía no le he aceptado —prosiguió, tratando con voz endeble de que sobre ella no se practicara la justicia en cuyas manos subyaciese la injusticia.

—¿Y esto qué es? —intervino con gesto triunfal su madrastra, extendiendo sobre un taburete la carta que había hecho trizas en la chacra—. Me he tenido todavía que

dar el trabajito de armar todo este rompecabezas, para que de una vez, Antonio, te convenzas de la clase de hija que tienes —resopló muy agitada–. Porque no me van a venir a decir a mí que estas cartitas son dechadas de inocencia... ¿verdad Victoria? —concluyó fijándose otra vez en ella con unas pupilas acostumbradas a la cacería.

Atragantada de temor, pálida hasta el vahido y comenzando a creerse en parte la culpabilidad imputada, dejó que el silencio acompañara sus lágrimas dolientes. No tenía quien la defienda, no había nadie de su lado para creerle su verdad… ¡Que era la verdad! Las insinuaciones de su madrastra abarcaban transgresiones muy ajenas a esta, con ofensiva alevosía, pero qué podía hacer ante sus palabras con mayor peso a los oídos de su padre, frente a aquella carta cuyo contenido había sido transcrito con maestría de epigrafista. Sí, sólo callar y llorar.

—¡A ver Mishi, haz que venga el Ibazeta ahora aquí! —ordenó "machote", enronquecido de coraje, pero con una esperanza recóndita de que los excesos acusatorios de su mujer no pasaran de ser chismes alarmistas. A decir verdad, sentía más cólera por sus tendenciosas insinuaciones que por el silencio de Julia Victoria, quien jamás le había dado motivos para que desconfiara de ella, pero era más fácil desquitarse con el débil, y su "machada" no alegó por lo contrario. La fuerza del sistema estaba con su mujer.

—Voy a mandar a buscarle a ese sinvergüenza ¡Qué lisura! Le diste la mano y se subió hasta el hombro —esta salió del cuarto atizando los ánimos con su refinado estilo—. ¡Meche, ven rápido aquí! —llamó a su hija, que merodeaba por ahí cerca a ver si entendía algo de lo que pasaba con su media hermana—. ¡Enderézate caramba! ¡Vas a ser una vieja potocha si sigues así! —le resondró.

—¿Qué quiéres mamá? —preguntó con toda displiscencia, desde su encorvada postura, la pecosa muchacha. Un poco más y salía pelirroja como su abuelo paterno.

—Anda, busca a ese Ibazeta y dile que tu padre le quiere ver ahorita mismo.

—¿A cual? ¿A ese nariz de pinsha que le para molestando a la Victoria?

—No hay otro; vete rápido.

En esos momentos el aludido se encontraba jugando un partido de fútbol en la cancha de la escuela y fue prontamente ubicado por la muchacha.

—Si me convences del génesis, me olvidaré del apocalípsis —le advirtió "machote" con una de sus frases peculiares, apenas se puso ante él a esbozar su exculpación de todo cargo.

—No puedo negar, don Antonio, que he estado asediando a su señorita hija, pero es porque de verdad estoy interesado en ella con fines serios. No vaya a pensar así que me he estado sobrepasando; eso no —siguió diciendo.

Finalmente la cuestión se zanjó expeditivamente sin el peso de los razonamientos que exigían prudencia, como si en el fondo cada cual hubiese tenido por lo menos un motivo para querer un desenlace así: Doña Mercedes acaso para empezar a librarse de los hijastros que sumaban ya buen número sa su cargo, "machote" quien

sabe si para apaciguar el fantasma de la duda y acallar las murmuraciones que seguramente ya corrían por ahí, Julia Victoria tal vez para sustraerse de una vez por todas del yugo represivo de su hogar sustituto y optar por uno nuevo dando alas a sus sobrepticios sentimientos, y Hérmel, ¡vaya uno a saber!, de repente para llevarse en buena ley a la hija del hombre fuerte de Espinal y salir emparentando, de paso, con una familia de reconocido prestigio en la zona.

—Faltan unos meses para que Victoria cumpla sus quince años; después de eso, iremos todos a pucallpa para el matrimonio civil —determinó plazo "machote"

—De acuerdo, no hay problema don Antonio —accedió sumísamente Hérmel, que por cierto se notaba muy complacido.

—¿Qué dices tu hija?

A sus tiernos catorce años, Julia Victoria no supo como hilvanar una respuesta aceptable para explicar la mezcolanza de sensaciones que en ese momento la embargaban. Cohibida como siempre, no alcanzó a articular palabra alguna y dejó que su padre decidiera como le placiera. Estaba resentida.

—Bueno, supongo que todo está ya dicho —concluyó "machote" lapidariamente.

—Estaré a la orden don Antonio —aseguró Hérmel, intentando inútilmente de encontrarse con la mirada de su pretendida, quien se empecinaba en permanecer con la cabeza gacha.

—Procura estarlo muchacho —advirtió "machote", poniendo una cierta dosis de amenaza en su intimidante vozarrón, como si con ello algún favor le hiciera a la situación.

Como era de esperarse, en un santiamén la noticia se regó por todo Espinal, despertando suspicacias respecto a alguna "avería" de por medio y Julia Victoria tuvo que desfilar, entre camino y camino, ante las sonrisillas sardónicas y murmuraciones insidiosas de media voz de los siempre infaltables malintencionados, asimilando en solitario los contradictorios efectos de un protagonismo forzado desde su propio hogar.

Raptada a corta edad de la protección de su madre, criada los primeros años de su infancia en Ester Muyuna hasta el traslado de la familia a Espinal donde cursaría hasta el tercer año de primaria, enviada de aquí a Iquitos para completar el cuarto y quinto año en la escuela N°166 de la capital loretana, y regresada nuevamente a Espinal al culminar estos estudios después que su padre hiciera el último transporte de madera desde el Juantía, resumía sin mayores vacíos la breve historia de su vida, que ahora se veía ante la opción de dejar atrás los sentimientos espúreros que siempre la rodearon. Aunque seguía aferrándose a la excepción que los afectos de su padre podían constituir al respecto.

De él, la gente que lo había tratado decía que era muy servicial y generoso y se prestaban llanos a soslayar con generosidad cualquier alusión a historias algo

escabrosas de su pasado, llegando inclusive a ameritar con lisonjas sus dotes de mujeriego, resistente bebedor y peleador imbatible. Sin embargo, a pesar de que ella se resistía a aceptarlo, percibía que dentro del hogar no pasaba de ser un hombre sumiso y consentidor con la madrastra, y evasivo y desamorado con Oscar, Alfonso y con ella, recogidos del seno de sus madres que renunciaron a amarlos a cambio de imaginarlos cómodos y con alguna oportunidad ante el futuro. Pero en fin, era su progenitor, y no podía negar que un sentimiento deudor apabullaba toda conjetura que planteara duda al respecto, ya que por medio de la manutención y educación, algo de amor hacia ella pudo haber tenido. Nadie en esta vida puede jactarse de vivir sin heridas y ella no era la excepción.

Desde el 22 al 31 de julio de de 1,941 el Perú había infringido duras derrotas a las fuerzas ecuatorianas que contendían en la frontera Norte contra contingentes al mando del general Eloy G. Ureta y así, como en toda la selva, en Espinal también se enarboló el pabellón nacional en todo lo alto del mástil, desde el inicio de las hostilidades.

El 28 de julio, fecha del aniversario patrio, todos los pobladores se volcaron al patio de la escuela vitoreando a los valientes soldados que luchaban en esos momentos en la provincia Del Oro y participaron con fervor patriótico en el desfile cívico escolar de tan memorable día, preludio de la fiesta popular organizada para esa noche.

Cuando todos los personajes importantes del pueblo, dejando que los demás vecinos se entregaran a la algazara del momento en su propio ritmo, se trasladaron junto a la maestra Mercedes, a casa de esta, acondicionada desde temprano para la cena de gala, Julia Victoria se sintió un poco turbada, pues entre ellos, se presentó el que estaba designado a ser su futuro esposo. Era muy desenvuelto y de risa espontánea. Lo vio conversando muy amenamente con su padre y creyó poder acopiar confianza en ese sutil entusiasmo que empezaba a embargarle frente a su nueva vida. La nueva perspectiva coludía una dosis de extraña emoción.

La casa se llenó de luces y bullicio, al igual que de hambre los estómagos aperitados con una cargada mistela, hecha con agua hervida, chancaca, aguardiente y clavo de olor, y el ambiente se tornó bullanguero y desinhibido dejando espacio a las bromas y a cierta condescendencia con los menores de edad a quienes se les tenía terminantemente prohibido escuchar conversación de mayores y pasarse de una hora indicada, fuera de la cama.

Su padre hizo mención a su onomástico como si se tratase de un acontecimiento casual, diría ella que casi "por educación" —como se solía decir—, sin lograr darle un peso equiparador con el de la patria y con el ardor volcado al tema de la guerra.

"¿Qué es la patria?", pensó. "¿No son los hijos en primer lugar? Estos son los que terminan defendiendo todo lo demás". Sonaba a reproche, sin duda. Sin embargo, su accidental prometido logró rescatarla de su pálido relego dándole exclusiva atención, y esto le hizo sentir que podía acceder a lugares lindos y rutilantes dejando atrás la opacidad de una existencia zarandeada por códigos discriminatorios y prohibitivos. La liberación estaba al alcance de su mano.

Adrenérgica de pronto ante semejante perspectiva, ni por asomo cayó en cuenta que

la puerta abierta de una celda bien podía llevarle a otra.

A eso de las once de la noche, cuando por orden de su madrastra iba retirándose a a descansar, escuchó a lo lejos el inconfundible ruido de una lancha acercándose al puerto. Cargaba todavía sin queja su alforja de resignación, pero apretujando ya sobre resortes altivos sus pugnaces ganas de ya no estar más ahí.

Crecer ocultando sentimientos, guardando preguntas, disimulando gestos, represando aspiraciones, reprimiendo deseos a la espera de una aprobación previa que licitara una libertad que permitiera a su vez su desarrollo integral como ser humano, sin duda alguna no había favorecido en nada a darle un carácter que le hiciera tener confianza en sus iniciativas y creer en sus propias fuerzas; y por cierto, ni a saber distinguir la correcta verticalidad del caminante creado. Porque a decir verdad, llevaba desubicados todavía los elementos de la trilogía del yo, que a despecho de su espléndida edad, vertía más tristeza que alegría en su joven corazón. Su espiritualidad cedía a las balbuceantes sílabas de su sensitividad y susceptibilidad por falta de orientación, ejemplo, amor y disciplina, y no había nadie en su entorno que estuviera a la altura de esta percepción.

El día en que ocurrió el fenómeno de las mijanadas, ella y Oscar, uno de sus medios hermanos -también recogido del seno de su propia familia-, fueron los únicos a quienes se les obligó a permanecer con los cholos salando pescado hasta altas horas de la madrugada.

Cabeceando de sueño y con los dedos heridos por las espinas, se dio cuenta una vez más de la grán diferencia que existía entre ser un hijo propio y ser uno ajeno. Eran tiempos en que el estigma de bastardo solía ir más allá de una palabra hiriente. Llegaba hasta un denigrante sitial que no se debía olvidar. Aunque los cortes de pelo “cocobolo” con los que la reprimían habían quedado atrás, así era. “¿Pero quién sabe la historia de cada cual?”, le salió la pregunta a modo de escudo a tanto “qué dirán”.

No pudo entonces evitar llorar en silencio, ocultándose entre sus rodillas del frío del amanecer y de la luz oscilante de las alcusas que pugnaban por delatar sus inconsolables lágrimas.

—Deja ya niña Victorita, nosotros vamos a terminar de pishtar —había intentado consolarle la chola Ayda, evidentemente muy compadecida, porque era bien querendona con ella.

Cuando la lancha “Liberal” terminó de maniobrar en el puerto y su comandante don Oscar Zevallos, amparado en la noche festiva, llegó a cumplir la visita de rigor a casa, ella ya andaba olvidada del mundo parpadeando a grupa de sus consoladores sueños.

—¡Caray, qué gusto me da saludarte mi querida Mishita! —saludó muy afectuosamente el fornido lanchero.

—¡Qué tal Osquitar! Pasa, pasa —invitó Mercedes, muy solícita.

—¿Y “machote”?

—Está adentro con unos amigos.

—¿Qué tal por aquí?

—Ocupados igual de siempre, como verás. Tú sabes..., la casa, la escuela, la ganadería, y ahora que pensamos ir todos a pasar el invierno en la madera. ¡Ah, y lo de la fiesta pues, por el día de la patria!

—¡Tenía que ser! Es con gran sentimiento que se derrotan a los enemigos. A esos ecuachos hay que enseñarles a respetar.

—Como maestra tengo el deber de sembrar este fervor en la nueva juventud, aunque como dicen..., "en casa de herrero, cuchillo de palo" —propició adrede una pausa poniendo una cara de decepción—. La hija del Antonio pues que ya quiere casarse —acotó como apesadumbrada.

—¿Cuál de ellas, ya vuelta? Todas son muchachitas todavía, si mal no recuerdo —reparó el lanchero, mostrándose extrañado.

—Victoria, su hija en la Inés Gil, de Yucuruchi. Estas huambras ahora salen demasiado sueltas. Ya no es como antes en que se era una verdadera señorita —aseveró, con esa amnesia interesada tan común en los seres humanos y en "las vacas que no recuerdan cuando fueron terneras"—. Se ha metido pues con un "disqué madererillo", de apellido Ibazeta.

—¿Ibazeta?, hmm... ¿No será por sea caso un muchachón que vino de Satipo? —se interesó vivamente, Oscar Zevallos.

—¿Le conoces? —preguntó cautelosa Mercedes.

—Creo que sí ¿Qué más sabes de él?

—Dicen que es cuñado de un jefe de la Intendencia Forestal de Iquitos. Y debe ser cierto, porque le ha ayudado a Antonio a conseguir su nueva concesión del Macuya.

—¡Claro!, mi primo Miguel Chávez Maldonado, hijo de la hermana de mi madre.

—Tú también eres Maldonado, pues, ¿dí?

—Ujum…Elvira, una de las hermanas de este muchacho, está casada con él. Y Zoilita, su otra hermana, con mi hermano Gustavo.

—¡Mira pues lo que son las cosas! —exclamó casi apabullada Mercedes—. Algo me decía que ese muchacho le convenía a la hija de tu compadre.

—Pero, para qué casarla si no es necesario. ¿O grave ha sido la avería?

—Tienen que casarse Oscar. Aunque ella hoy día recién cumple quince y el Ibazeta ha cumplido veintiuno en enero, aquí el mal se cura con casorio. Me preocupaba un poco nomás, cómo iban a hacer para empezar con buen pie, pero ahora que nos hablas de estos parentescos, veo que no hay por qué inquietarse —meneó la cabeza con fingido desahogo.

—Entonces ya el muchacho ha adquirido su mayoria de edad, y por familia, de hecho que tendrá apoyo. Además si "machote" ha dado su consentimiento...hmm..., ni vuelta que darle; no hay problema.

—Por eso pensamos surcar en un par de semanas a Pucallpa para casarlos de una vez, y de ahí ya nos iremos al Macuya.

—¿Pero para qué esperar tanto? Al amanecer nos vamos todos en la lancha y a más tardar en tres días estamos de vuelta.

—Es muy apresurado.

—A ver, hablaré con "machote" para ser de pasadita testigo. Así estrecharemos nuestros lazos afectivos como parientes.

A las cuatro de la madrugada, la "Liberal" hizo ulular melancólicamente su sirena aprestándose a partir rumbo al Sur. El urcutuco, que la noche anterior anunciara su llegada posado en una seca rama de anona, cerró sus enormes ojos, acaso contento una vez más de no haber errado en sus rutinarias predicciones.

Estática contra el barandal y sorprendida aún por haber sido sacada prácticamente en vilo de la cama, Julia Victoria trataba a duras penas de procesar en su ánimo alicaído, las miradas de soslayo, los espesos silencios, las sonrisas conmiserativas y todos los indultos hipócritas esgrimidos por el mundo durante esos últimos días, para redimirle su "culpa". Su idea de presencia, su conciencia de estar, le arrastraban en esos momentos hacia los montes del chullachaqui a los cuales presentía extendiéndose más allá del agua oscura rumoreando a lo largo del casco de la lancha, y hacia la insondable muyuna del Yacuruna que destellaba misteriosas luces estelares a esa hora del amanecer. Sólo los zancudos de fuertes alas que podían desafiar la brisa del río, parecían ser los únicos seres vivos con ímpetu de sobra.

—¿En qué piensas? —susurró Hérmel, poniéndose a su lado y tratando a su modo de hacerse cargo de sus desazones. Se notaba que la fiesta de la noche le había maltratado, pero se esforzaba por dar una buena impresión.

—En nada —repuso ella, tras una tensa y terca pausa.

—No digas eso; porque se nota que estás confundida.

—Te parece.

—No deseas casarte, ¿verdad?

—MI papá ha dicho que debo hacerlo.

—Es porque él cree que entre tú y yo..., bueno, tú sabes.

—Él cree lo que le ha hecho creer doña Mishi.

—También le preocupa el qué diran de la gente. Pero si vuelvo a insistirle que entre nosotros sólo ha habido de por medio las cartas esas que te estuve enviando, creo que puede entender.

—Debiste hablar eso cuando te llamaron a la casa. Además, sería en vano, porque para el que teme a lo que dice la gente, las apariencias mandan.

—Tú sabes que dije lo correcto.

—Te morías de miedo.

—Me moría porque quería casarme contigo.

—Ahora estamos yendo a eso, pues.

—Pero me parece que tú no quieres hacerlo.

—Hubiese querido que fuese de otra manera y más adelante; cuando ya tuviese unos dieciocho años por lo menos, y con un poco más de respeto a una cosa tan seria como pienso que es el casarse. Mi idea era llegar a ser maestra primero…

—Pero doña Mishi parece querer casarte a como dé lugar.

—No soy su hija, pues; eso era de esperarse. Los hijos de otras madres sólo son aceptados como instrumentos de ayuda para retener al padre; no llegan a ser personas a los ojos de sus madrastras. De repente, si es una santa.

—Entiendo.

El corto viaje a Pucallpa se hizo sin mayor novedad. La ciudad roja por el color de su tierra, parecía un activo hormiguero comparada con las recogidas y apacibles costumbres de los caseríos ribereños y diríase que cohibió un tanto a los viajeros.

Resultaba evidente que, a pesar de no gozar de la antigüedad y el abolengo de otras ciudades fundadas por españoles llegados a la Selva estimulados por la santa madre iglesia, o tentados por una fábula sobre El Dorado —fomentada en su momento por un ingenioso alemán llamado Felipe de Utré—, Pucallpa avanzaba vertiginosamente hacia un sitial envidiable como ciudad pujante y de puertas abiertas a la modernidad, faltándole solamente gente capaz de decantar este estado de ebullición para avanzar planificadamente. Porque la cuestión era que más adelante no pescara una parada de burro, como reza el refrán, por ineptitud de sus autoridades.

Si bien es cierto que las casas de palma y cañabraba con piso de tierra apisonada, junto a las tradicionales malocas de emponados altos, prevalecian todavía en su faz urbana, las construidas con cemento, ladrillo, madera, tejas y calaminas iban haciéndose también de una presencia ostensible en ella, graficando en conjunto una especie de procesión atiborrada de ricos y pobres yendo tras un destino enclaustrado, como en todos sitios donde una ciudad crece configurando fronteras para gente de arriba y gente de abajo.

Desde el conocido sector de Bellavista, el alumbrado público había ido extendiendose hacia los demás sectores, convirtiendo las noches pucallpinas, a ojos de los ribereños más adaptados en sus caseríos de origen a la luz de humildes lamparines y a lo mucho, a lámparas de petróleo, en una cúpula luminosa espolvoreada con polvo de oro, delimitando espacios en la noche y alargando el tiempo para suponer más extensa la vida.

El aeropuerto, inaugurado aproximadamente unos cinco años atrás y que ya iba quedando abrazado por el quístico fenómeno de expansión urbana que rompía ya toda predicción y planificación, así como la flamante carretera a Lima, ponían de manifiesto también un futuro alentador e imantaban la ciudad con un magnetismo de atracción del que no escapaban gentes llegadas de los más diversos puntos del orbe.

—Siempre que llego aquí después de un tiempo, los primeros momentos me siento como un chuncho, prácticamente como un cojudo más —confesó "machote" al día siguiente de su arribo, mientras tomaba unas copas con Oscar zavallos y con el concuñado de este, el conocido comerciante, Mayer Cohen, luego de finiquitar el expeditivo casamiento de Julia Victoria.

—Eso es normal. Sucede hasta que te acostumbras a la luz eléctrica, al olor del jaboncillo y al desodorante —bromeó Oscar Zevallos.

—Dejándonos de cosas, en la chacra hay menos sobaquina que aquí —defendió sus fueros silvestres "machote"

—Ja, ja, ja..., es una broma hombre, no lo tomes a pecho —rió con ganas el lanchero.

—¡Pero así sucede en realidad, ah! —intercedió Mayer—. Me refiero a lo que decía Antonio respecto a sentirse un afuerino. Cuando los más pintados de aquí, por ejemplo, van a viajar en avión a Lima, ¡uy! ¡Vieran cómo se pavonean en el aeropuerto, muy ufanos de sus privilegios! Pero cuando ya llegan a la capital... ¡carajo! A los acomplejados estos se les nota como chamas bajándose aquí, de una lancha: Nerviosos, con la piel cetrina y asombrados de lo que ven.

—Ja, ja, ja... —corearon los tres a mandíbula suelta, imaginando con propias alegorías tal situación.

—¿Por qué no se vienen mejor a vivir acá? —le preguntó Oscar Zevallos a "machote"—. Tú ya debes tener buena plata, como para dejar de una vez la chacra. Además, de esa concesión del Macuya, te aseguro que vas a salir más platashapa que aquí Mayer, mi concuñado. Tranquilamente para que te metas al negocio de las lanchas.

—Esa gestión también vinimos a concretizar con mi mujer, aprovechando el casamiento de mi hija. Me refiero a buscar una casa aquí. Pero el terreno que pensábamos comprar, se nos adelantó mi hermano Gavino.

—Pero si deseas te contacto con la familia Scavino que quiere vender un lindo terreno de esquina y con buena casa ya hecha —se ofreció Mayer Cohen—. Otra cosa: cuando entres al Macuya, de aquí de la tienda puedes aprovisionarte de lo que quieras. Me basta tu palabra y la de Oscar, nada más —ofertó "generoso", sabedor de que en negocios los créditos no se dan al que simplemente necesita, sino al que puede pagar.

—¡Venga esa mano! Conste que te tomo la palabra —aceptó muy estusiasmado "machote", ya chispeado con el par de copas de aguardiente ingerido.

—¡Salud por eso! —brindó muy complacido el lanchero Oscar Zevallos, apurando la tercera ronda.

Esa tarde, instalada todavía en el reducido cuarto de alquiler que su padre había tomado para la familia a una cuadra del puerto y tan desapercibida como solía siempre dejarse estar, Julia Victoria vio llegar a su progenitor al asomarse casualmente a la ventana. Parecía, por los pequeños traspiés que daba, que otra vez traía el hígado empapado y por cierto un estómago hambriento.

Se apresuró a sacudirse de la desolación en la que había estado sumida, de esa rezignación de víctima que le atenazaba en esas celdas incomunicadas y de llaves perdidas cada vez que recontaba sus heridas, para aguardar con semblante sereno su llegada.

—¡Hola hija!

—¡Buenas tardes papá!

—Todo ha sucedido tan rápido ¿eh? Si alguien me hubiese dicho que te vería casada a los quince años, no lo hubiera creído. ¿Qué dirá tu madre, la Inés, cuando se entere? Pero así suceden las cosas pues...

—Has estado tomando otra vez, ¿dí papá?

—Qué importa eso hija. La precariedad de los hombres convive dentro de nosotros en un vacío que nadie siquiera intenta conocer, y que necesita llenarse con lo que nos place y nos disipa.

—Te hace daño

—Al contrario hija; me deja seguir viviendo a mi manera.

—¡Cómo ya pues!

—Dejemos eso ¿Tú cómo te sientes? Ya estás casada y creo que ha sido la mejor solución.

—¿Solución a qué papá? —reaccionó compulsivamente ella, imbuída inesperadamente de una autonomía que iba tomando forma sin necesidad de consentimientos, rompiendo por primera vez su acostumbrado opacamiento.

—Escucha mi hija: Tu abuela Enriqueta siempre me decía que hay que decir la verdad, le duela a quién le duela; porque según ella, las mentiras no son más que formas de defensa de los delincuentes. Pero yo te digo, sin embargo, que en este mundo de mierda, mejor que eso, es saber no decir mentiras.

—Pero resulta lo mismo —le replicó desconfiando de su estado para razonar con lucidez, debido a la embriaguez.

—No mi hija; en lo que yo te digo, tienes la opción de callar y, ¡no pasa nada! Aunque los disforzados digan por ahí que el que calla otorga... ¡Todo es una cojudeza, hija!... Pero bien que has aprendido a guardar silencio ¿eh?... Ven, toma,

te trage este regalito.

Julia Victoria ya no respondió. Nuevamente su canal comunicativo cerró toda sintonía con el mundo exterior y dejó de tentar suerte en la mezquina ranura de alcancía que en su parecer era la receptividad de su padre, y en la que sin duda, no valía la pena atascar sus pareceres. Miró de reojo y sin mucho interés el obsequio.

—¿No vas a comer papá? —le preguntó.

—La vida es jodida, hija; tú todavía no sabes cómo se mueve el mundo; aquí tu amigo puede resultar tu peor enemigo; todo es suposición y apariencia... Es como cuando en los fríos de San Juan te botas al río y después ya no quieres salir porque afuera del agua hace más frío... ¡Así es!... ¡Sí!... Mañana volveremos a Espinal y ya tendrás que irte con el Ibazeta.

—Sí papá.

—Recuerda hija: nadie lucha por uno. Lo que te pasa es porque a ti te pasa, a nadie más... ¡Carajo!... Nadie hará por ti lo que te corresponda hacer a ti; y acaso hasta quieran impedirte que lo hagas —aconsejó "machote", vencido por los hipos y por los efectos depresivos del alcohol que iban tornando incoherente sus monólogos cada vez más espaciados.

Aprovechando estas tufosas pausas, Julia Victoria fue abriendo su regalo con minuciosidad de mantis, tomando conciencia de que tal vez era la última vez que recibía algo de manos de su padre.

—Son telitas y algunas naderías, hija —susurró "machote", sin poder destrabar ya su vencido mentón del pecho.

—Gracias papito —le respondió enternecida ella, con toda la abundancia que la escasez de ocasiones tenía represada y a punto de hibernar.

—Yo soy "machote" hija... ¡Fierro contra fierro no pasa nada!

—Descansa ya —le suplicó cariñosamente, esquivando la trillada historia de sus alardes respecto a su fuerza.

—Creo que vamos a comprar un lote aquí; aunque en verdad, más fácil sería lotisar una estrella. Antes la tierra estaba botada aquí, y ahora que se le antoja a Mishi, ¡todo cuesta un platal!

—Aquí en el Centro será así.

—Es que para estar en la chacra, mi hija, mejor nos quedamos en Espinal. Pucallpa parece caminar rápido, pero más allá de cinco calles, la gente sique viviendo teniendo sus huertas como chacras chicas.

—Duerme un rato hasta que te prepare algo de comer.

—Tú tienes que ser bien valiente como tu padre. Yo fui botado a este mundo como un huevo de motelo, y sigo aquí, solo, sin necesitar de nadie.

—Ya, ya; descansa —le susurró ella, sonriendo ante su comparación con el huevo de motelo, frase muy usada por gente con arraigados sentimientos de orfandad. "Huevo de motelo", pensó con cierto sarcasmo, sabiéndose en condiciones de decir lo mismo, por sí misma.

Después de balbucear algunas incoherencias más, la cabeza de "machote" se ladeó pesadamente sobre una de sus clavículas y ya no hubo necesidad de que Julia Victoria le instara a dormir. Sólo la profunda respiración que sacudía de entrada y salida el colchón piloso de sus fosas nasales, quedó como constancia vital de su abatida presencia.

Esta fue quizás la primera, pero definitivamente la última vez, en la que ella se animó a posar la yema de sus dedos sobre la amplia frente de su padre, embargada de compasiva ternura y entendiendo que de ahí para adelante, la distancia entre los dos se haría más grande. Presentía que tras esa su apariencia recia y arrolladora, anidaba un alma adolorida, una médula estremecida por sensaciones nunca definidas, un fuero interno reacio a mandatos penitentes, pero involucrado en procesiones pias, un todo anímico rebotando hacia su interior en su queratina existencial, moldeada para un carácter de posturas egocéntricas y convenidas. Al menos ella que era su hija y que era dueña de una meticulosa capacidad de observación, muy acorde con su timidez, creía percibirlo así.

La gente decía de él, que se quedó huérfano de padre aun estando en el claustro materno y que había nacido de lleno a amar como a un todo, como que era dueña de su universo, a su desolada madre atando su corazón con fuego limpio, a sus pechos, a su voz, a su llanto, a su protectora presencia, sin escatimar la fuerza de las obseciones para estructurar un sentimiento filial a la altura de un sagrario. Pero la llegada de los padrastros desentonaría los cantos gregorianos de sus devociones y ahuyentarían la recíproca comunión madre-hijo, mantenida ilesa hasta frisar los siete años. Después, se volvería un desplazado voluntario que iría moldeando a su manera un temperamento rebelde, que al llegar a su adolescencia, abiertamente le haría colisionar con su segundo padrastro, don Noé Haya, a quién le desautorizaría ejercer mando sobre él, con ínfulas de adulto precoz, con presuntuosidad de joven sano y fuerte.

A partir de este momento, dejaría atrás el precario lugar que había venido ocupando en la estructura familiar junto a los Alegría López y a los Haya López, sus medios hermanos, yéndose definitivamente de casa sin siquiera darle explicaciones a su madre, para trasponer la muralla de los bosques vírgenes cual "curado" mitayero y para buscar las cochas cubiertas de soledades con el único afán de reconocer mejor sus innatas habilidades de fisga.

Julia Victoria se quedó quieta, en trance contemplativo, anclando sus pupilas en aquella faz curtida, rubicunda de alcoholes y tostada por soles viajeros a lo largo del Ucayali, pensando que la paz de afanes alvidados había depositado ahí, por el momento, su expresión más conmovedora. Luego, procurando hacer el menor ruido posible, se escurrió sigilosamente fuera del penumbroso cuarto, aferrando su regalo con una alegría comprimida y licuada como rara vez le estuvo consentida.

De regreso a Espinal, en la misma lancha "Liberal" de don Oscar Zevallos, la familia

tuvo ocación de aparentar una relación de armonía y conformidad, que buena falta les hacía a todos, excepto a doña Mercedes del Águila, quien iba empeñada en demostrar su devoción católica al cura Valentín, también vasco como Aguirrezábal, afanosa en convencerle simultáneamente, que casara a su hijastra.

—¡Qué gushto el viajar con ushtedes, hija mía! —canturreó el españolísmo monje al verla, pues innegablemente era una mujer muy conocida y relacionada.

—Es una bendición andar con la protección del Señor, padrecito.

—¡Qué vá sher, hija mía! ; lash buenash shiervas como tú, shiempre andan al amparo de Él y no nesheshitan tener continuamente al lado un pashtor.

—Gracias, padrecito.

—¿A qué she debe la eshtansha en Pucallpa?

—Tuvimos que venir a casar a nuestra hija.

—¿Acasho puesh no shon niñash todavía todash ellash? —alzó su voz sorprendido el Reverendo.

—Es que es la primera hija del Antonio, padrecito. Ha cumplido ya quince años.

—¡Puesh válgame Diosh hija, que también esh una niña, vaya! —exclamó reprensivo el cura.

—Imagínese pues padrecito, ¡qué ya nos queda a nosotros los padres, sino es tratar de arreglar las cosas! —replicó la sierva con su gesto más devoto.

—¡Qué barbaridad! Pero eshash coshas shusheden porque hay crishis en losh hogaresh, hija.

—Sí pues padrecito; por eso yo tengo mucho cuidado con mis hijos.

—Ashí debe sher, hija mía, no lo dudesh. El hogar, la igleshia y la eshcuela shon la cuna de la deshenshia o de la perdishión.

—Como ya está casada civilmente, no sé si de repente, tal vez abusando de su gran gentileza, podríamos aprovechar, ya que estamos aquí con usted padrecito, para casarla por religioso —insinuó Mercedes con sumo tacto—. La presencia de Dios es importante en los hogares.

—¡Qué deshashón! ¡Qué deshashón!

—¿Podría padrecito?

—¿Y con quién she ha enredado la niña, hombre?

—Con un jovencito que acaba de cumplir su mayoría de edad.

—¿Cómo she llama hija? Que tenga ventiún añosh no shignifica nada.

—Hérmel Ibazeta Reátegui. Mi marido le tiene mucha confianza.

—¡A ver, tráeme a eshe pedasho de crriminal! —consintió al fin el cura, pero con una voz sonando a trueno. Desde su alta talla, su prominente nariz pareció querer abalanzarse tras el exigente requerimiento, pues había recordado las veces que salía con Miguel Armando Chávez Maldonado a visitar caseríos en la lancha ligra de la oficina forestal de Contamana, y al jovenzuelo que le secundaba. Tenía el mismo nombre dado por Mercedes, y su apellido vasco le dio mala espina: los vascos debían ser como él.

—Gracias padrecito; que la inspiración de Dios caiga sobre usted.

Mercedes se apartó presta del fraile y se encaminó al camarote de "machote", quien hacía unos momentos había dejado solos a los recién casados.

—¡Vámos Antonio, levántate!

—¿Qué pasa?

—El padre Valentín ha aceptado casar a Victoria.

—¿Y eso para qué?

—Lo que Dios une, no lo separa el hombre; además es tu hija, asi que no me vengas con desplantes.

—Si Dios existe, mujer, habría que saber primero qué clase de matriminios une Él. Porque fácilito es que se diga que Díos ha unido un matrimonio, haciéndonos de la vista gorda a las causas verdaderas que pueden llevar a una pareja a pararse frente a un cura ¡Y vaya uno a saber si el curita en suerte puede hablar por Dios! —alegó "machote" con buen sentido común.

—¡No me vengas a mí, justo ahora, con tus filosofías baratas! Guarda tus sermones para tus amigotes ateos y para los borrachos.

—Después, cuando se quiera divorciar, le van a decir que no se puede. Como si el tal Dios fuese culpable de las uniones falsas, hipócritas, convenidas y desgraciadas —insistió el varón.

—Ya el padre Valentín está esperando, así que anda, llama a tu yerno y a tu hija, y yo le llamaré a Osquitar para que otra vez testifique, si es necesario. ¡Ah, y cállate mejor!

De esta manera y tras escueta ceremonia en el comedor de la lancha Julia Victoria Marino Gil Marino -del Águila en sus documentos-, se encontró con la bendición del caso consolidando su enlace, pero sin una garantía confiable de felicidad y permanancia que la presencia de un ser supremo haría suponer.

Aquella noche, puesta definitivamente en la travesía de su nuevo apellido, se vió en la ingrata tarea de subrayar la lejanía emergente desde su nostalgia y de emperchar todas las pautas vivenciales de los días pasados, para encararse de manera frontal a su nuevo rol. Contaba para esto, con el catalizador de los agradables sobresaltos y

febriles experiencias que se garabateaban en los tálamos nupciales y con el cúmulo más esperanzador para presentir un porvenir hecho más de manumisión que de esclavitud.



XXXIII

Frente a Tornavista –de la que se decía, debía su nombre al apellido de su fundador, el gringo Le Torneau-, Miel de Aveja, con sus hermosos pastizales, le hizo recordar a la familia Moreno y a la familia Tipto, a cuyas ganaderías tantas veces sus hermanos mayores fueran a pasar los fines de semana, ya a las postrimerías de la década de los cincuenta, y que ahora parecían estar transfiriéndose a manos de un emprendedor joven llamado Jaime Pinto Dávila, al parecer, el último vástago del hijo que doña Mercedes del Águila tuviera con el lanchero Pinto, antes de su casamiento con Antonio Marino López.

El verde césped que rodeaba las casas rodantes de los gringos llegados con Le Torneau, en donde con su hermano Joel jugaba a temerario chofer con las carretas porta césped de los niños extranjeros —especialmente la del hijo del pastor Felipe Penn—, se abrió a sus ojos en una nítida reminiscencia de abanico que le refrescó el espíritu con toda la despreocupación de aquella temprana edad.

Imágenes de manadas de reses, de jinetes a caballo, de la mercantil, de la maestranza, de la poza natural excavada en la roca por una caída de agua, de los gigantescos tractores, de los cultos dominicales, de los paseos al aeropuerto, y de tantas vivencias que a sus cinco años reclamaron un lugar seguro en su memoria, también se agolparon frente a él, en un ecran extrasensorial que le sustrageron de la realidad.

Después de permanecer ensimismado en su lugar de proa por un largo tiempo, Matías se inclinó por la borda a recoger agua en un cuenco, y procedió a remojarse la nuca. Roldán y su familia estaban en ajetreos de desembarque, pues habían llegado al final de su viaje.

—Hace años atrás que en este lugar, doctor, vivía un alemán de apellido Stall que se casó con una moza de por aquí. Llegó a tener dos hijos: un varón y una mujer. La chica era linda, linda de verdad. Un buen día, llegó por aquí un ingeniero del Ministerio de Transportes a ver cómo iban los trabajos de la carretera que estaban abriendo los gringos hasta la Federico Basadre, y el zamarro se prendó de ella. Dicen que la llevó a Lima sacando pecho, porque el cojudo era un cholito de mierda que lo único de bueno que tenía era su título y su chamba. Pero lo que quiero contar es, qué hizo este pendejo de alemán cuando el trapiche le molió el dedo mayor de su mano izquierda —Antípatro dejó en suspenso su relato para ayudar a saltar a la orilla a la mujer de su cuñado.

—El dedo le quedó seguro hecho un amasijo —comentó Matías, rellenando el suspenso.

—La mitad de su dedo parecía la cabeza de una mata-mata.

—¡Qué no va ser!... Je, je, je… A Jandín Rivadeneyra, un buen amigo de mi familia, que vivía acá nomás, por la boca del Ayamiría, igual, casi le hace perder un brazo cuando le agarró el rodillo. Pero él todavía era muchacho...

—Cuando se exprime caña, hay que estar atentos, pues; sino… El viejo Stall al ver así su dedo, pidió un machete a su cholo y ¡chac!, se lo voló de un tajo.

—¡Ay, carajo! Eso me ha dolido hasta a mí.

—Ja, ja, ja... Aquí han sucedido muchas historias, doctor.

—Hablando de historias, no sé si más arriba o más abajo, mi tío Oscar protagonizó una acción que yo la catalogo como un acto anónimo de heroísmo.

—De repente, aquí en el tramo de Shawinto, que es torrentoso en verano —aventuró Antípatro.

—No; era invierno definitivamente. Pero bueno, lo cierto es que sucedió aquí en el Pachitea. Mi abuelo surcaba entonces, creo que al Macuya, llevando abarrotería y otras cosas necesarias en su campamento maderero. Transportaba en una albarenga a algunas personas que no cabían en el bote principal. Para eso le acompañaban, mi tío Oscar, mi tío Tóñico y un amigo de mi padre llamado Fortunato Ruiz. En la albarenga iban entre otros, un recién licenciado del ejército apellidado Cuba, una señora embarazada con su hijita de nueve años, un niño de diez años llamado Jorge Ruiz, y una cashiba llamada Lucinda, que dice era, la pobre, igualitita a una maquisapa en dos patas.

—Ja, ja, ja… Pero así y todo, los patrones y los mozos riquiaban duro con ellas —celebró a su modo Antípatro, la última alusión.

—Parece ser que cuando quisieron maniobrar para acoderar en el puerto, la corriente abrió sorpresivamente la albarenga y la hizo chocar violentamente contra la orilla botando a sus ocupantes al río. Los hombres adultos nadaron con energía contra la corriente y lograron cogerse prontamente de los lados del bote donde sus tripulantes ya corrían hacia los motores para intentar maniobras de salvataje. Al niño Jorge, que por suerte ya sabía nadar, lograron izarlo a unos treinta metros, pero no pudieron hacer lo mismo con la pequeña de nueve años cuya cabecita que sobresalía arrastrada por la corriente desapareció de pronto succionada por los remolinos. La que se quedó chapoteando torpemente sobre la superficie, fue su madre. En ese difícil trance, fue mi tío Oscar el que se lanzó al agua, presumo yo que impulsado por esa fibra que diferencia a los héroes de las demás personas y que les hace actuar de esta manera en los momentos más cruciales. De todas formas, su acción no dejó de ser temeraria, pues estaban en una zona de tragaderosos y fuertes correntadas que por lo menos harían pensar dos veces a un salvavidas.

—Tu tío ya era grande, seguro.

—Era un adolescente. Máximo tendría pues unos dieciseis años, o tal vez diecisiete, no más.

—¡Ah, carajo! Si sacar un niño del agua es difícil, a una mujer embarazada... ¡ni se diga!

—Sí, sí. Dicen que logró alcanzar a la mujer y aprisionarla por la espalda tratando de que ella no le agarre, pero fue inevitable. Cuando el bote una y otra vez estaba

a punto de alcanzarles, ¡plun!, desaparecían tragados por los remolinos que aveces les hacía emerger más abajo, o más arriba de los demás rescatistas, quienes en el acto tenían que apagar el motor apenas los perdían en la correntada. Pero mi tío no soltaba a la mujer. Era evidente su determinación de salvarla como sea.

—¡Bien macho! —reconoció Antípatro.

—Mi abuelo se adueñó de todas las lisuras, pero prohibió a que alguien se botara para no complicar las cosas. Además, todo iba sucediendo tan rápido...

—¿Qué edad tendría tu abuelo, doctor?

—Debe haber estado, supongo, por esas turbulentas edades en que a la gente le asustan sus pensamientos.

—¿Qué edades ya vuelta son esas? ¡Oy, ya me has fregado con eso ahora sí doctor, ah!

—Parece que entre los treinticinco y cuareticinco.

—¿Y cómo ya pues es eso que asusta?

—Es cuando a la gente, sin saber por qué, así de repente nomás, le asaltan pensamientos tan descabellados, como suponer que tienen inclinaciones homicidas, que pueden gustarle los homosexuales, que odian a sus padres... —explicó Matías, dándose cierta pausa, un poco a la broma.

—¡Ay carajo, eso si que asusta a cualquiera ah! —replicó Antípatro en el acto, como mordido por una serpiente, pero coronándose con un gesto burlón.

—Que quieren matar a su mujer, robar en el trabajo, abandonar a los hijos, suicidarse, violar, drogarse, y otros disparates y fantasías trágicas que asaltan sin aviso —dio un resumen de casos vistos y oídos. —Pero bueno, quiero terminar lo que estaba contando…

—¡Ah, sí!

—En una de esas, cuando mi tío y la mujer fueron tragados por un remolino, mi abuelo apagó el motor del bote y se alistó para botarse al agua, porque evidentemente no había otra salida. En esas épocas pues, ¿quién hacía andar salvavidas por aquí? La suerte fue que la corriente puso al bote más abajo de donde el remolino sacó a flote a los náufragos, que a esas alturas ya estaban dando lo último de sí, lo que permitió que el bote se mantuviera a fuerza de motor esperando a que las espumantes olas que embestían con estrépito y a grán velocidad, hicieran el resto.

—¡Claro! Ahí en medio camino nomás les chapaban.

—Si es que no eran succionados antes.

—Eso también.

—La tensión era no solamente por los remolinos, si no también, porque podían meterse bajo el bote sin dar tiempo a detener la hélice. Pero gracias a Dios, les

pudieron coger chocando ya casi con el casco, y ponerles a buen recaudo. Después que se recuperaron, la señora se puso a llorar amargamente porque ahí le tuvieron que decir que su hijita de nueve años se había ahogado y desaparecido en la corriente.

—¡Pucha; eso si que debe haberle golpeado bien fuerte! —se condolió Antípatro.

—De todas maneras —aseguró Matías.

Roldán, el cuñado de Antípatro había terminado ya de desembarcar sus pocas pertenencias y el "DASHA" volvió a lanzar sus motores, proponiendo ajustar el tiempo para evitar que el ganado llegase flaco al camal de Pucallpa.

El tramo de Shawinto fue navegado en completa calma, recrudeciendo las tendencias contemplativas con propuestas de nada y la comodidad de irse a solas tras las respuestas de la vida.

Abatido en somnolencia, Matías no llegó a escuchar cuando Antípatro le refirió que estaban pasando frente al caserío de Leoncio Prado, pero al acercarse a May Pablo, se despabiló completamente, recordando que ahí había luchado un tío suyo llamado Miguel Armando Chávez Maldonado, durante el levantamiento del capitán Cervantes a principio de los años veinte.

—¿Cómo se llama en realidad este sitio, Antico? —preguntó.

—Yo le llamo May Pablo.

—Pero dicen que es No hay Pablo.

—Mira vé doctor: "May" en shipibo, significa tierra. Y puede ser que esta parte del Pachitea haya sido de un tal Pablo. Así que bien podría significar "Tierra de Pablo". Ahora, hay de los que dicen que durante la revolución, por aquí se quedó herido un curaca miliciano de nombre Pablo y que de ahí se quedó con este nombre, cuando sus compañeros se percataron de su ausencia. No hay Pablo lo convirtieron en May Pablo. Aunque también hablan de un desertor con el mismo nombre.

—Puede ser también.

—Dicen que "No hay Pablo" se quedó como "Nuay Pablo", por la pronunciación, que a su vez el oído y la lengua terminaron convietiendolo en "May Pablo".

—¡Vaya uno a saber la verdad, con tantos decires!

—Llámale como tú quieras, doctor -sugirió Antípatro con toda indolencia, quitándole importancia al asunto—. Mientras haya pase…

—Je, je, je… —forzó Matías una risilla.

Al entrar a los rápidos del lugar, todos se pusieron en alerta –en realidad eran ya sólo tres en total-, a fin de contribuir a que el bote no terminara como las olas, reventando contra las rocosas y filosas orillas que al parecer alguna vez fueron elevados taludes configurando un pongo.

Luego de sortear esta zona bravía, Antípatro confirmaría con una interesante referencia, esta impresión.

—Hace ya bastantes años, doctor, llegaron hasta aquí mismito, varios geólogos extranjeros a estudiar una gran cadena de montañas que se decía existió en tiempos en que en la selva sólo andaban cocodrilos gigantes. ¿Ha visto ese fósil que hay en el museo de Pucallpa?

—¿Así?... No, no lo he visto ¿Existe de verdad?

—Ajá... Y bueno, llegaron a decir que todito este lugar había sido un pongo.

—Y parece que sí pues —hizo Matías su apreciación señalando hacia el Sur-Oeste.

—Cuando los cervantistas se enfrentaron aquí con los soldados gobiernistas, la gente cayó como mullaca. Pero más murieron de los rebeldes.

—Dicen que se mataron ferozmente ¿no?

—Aquí y en Chonta Isla, que está más abajito, no se aceptaron prisioneros en ninguno de los bandos. Todos los que saben algo, o recuerdan algo, dicen que una cantidad de cervantistas fueron fondeados por aquí con una piedra en su cuello.

Matías se guardó de referir que sabía que ahí había luchado de lado de la revolución el esposo de su tía Elvira Ibazeta Reátegui, para no condicionar las espontáneas referencias de Antípatro, que parecían coincidir con las que ya tenía al respecto.

La curva grande denominada Cetico, el yacimiento petrolero conocido anteriormente como Ganzo Azul y luego el caserío de Nueva Honoria, pronto quedaron atrás, recogiéndose en sus propios espacios, en su tiempo y en sus historias aisladas. Matías recordó que las primeras concesiones petroleras en el Ucayali, según le había referido su padre en algún momento, se habían dado entre 1,927 y 1,929 a favor de un tal Alfredo Álvarez Calderón y de la Standard Oil. Y que sobre todo, al primero, se le llegó a conceder lotes de exploración de manera casi irrestricta.

—A este caserío llega un ramal de la carretera que va de Campo Verde aTornavista —refirió Antípatro, rompiendo un poco forzado el silencio, cuando pasaron por Nueva Honoria.

—¿Así? —respondió, mostrando el interés que correspondía.

La boca de la quebrada Semuya, el caserío de Honoria, más parecido ya a un pueblo fantasma y otra curva grande llamada Medio Mundo, se perdieron en la oscuridad diluídas en las midriáticas pupilas de Matías, que más que ver, tuvo que intuir tanteando el rastro explicativo de Antípatro, habida cuenta que la noche habíase posado ya sobre toda forma con el mismo sigilo rotatorio del planeta.

Como salida de las entrañas de un ser ovíparo, la luna llena dio de pronto un salto desde sus abismos detrás del bosque y una infinitud de lentejuelas bucilantes tejiendo una sábana de plata aparecieron incrustadas sobre aquella extensa masa

de agua, producto de la desembocadura del crecido Pachitea en el Ucayali. Y la creciente en este río era más impresionante aún. Matías pensó que todo lo que había visto hasta ahí sólo habían sido unas amorfas pinceladas de aficionado, comparado con esta magnífica escena concebida en detalle desde sus bocetos.

El Ucayali se movía brioso sobando sobre la tierra su descomunal caudal, y la cinta sombreada de su orilla opuesta se veía como un objetivo atrapado en un catalejo al revés.

Desde la margen izquierda, unas voces empezaron a llamar al parecer solicitando transporte. No se entendía lo que decían por el ruido de los pekes, pero el tono era característico.

—¡Calla chama carachama! —les respondió con acompasada resonancia Húber Panduro, que en esos momentos iba a cargo de los motores, dejando en evidencia esa soterrada inquina que aún anidaba en el espíritu de los ucayalinos creídos de carecer sangre aborigen.

—Esos que están gritando son shipibos de la comunidad nativa de Vista Alegre —refirió Antípatro, también con cierto desdén—. A todos estos nativos, en realidad, les han maleado los gringos y los madereros –observó seguidamente.

—¿Cómo así? —se interesó Matías.

—Durante años de años, los misioneros evangelistas les han venido introduciendo su fe religiosa con obsequios y todo tipo de regalos de por medio, y los sabidos de madereros por despertarles a la codicia con engañosos trueques para sacar ventajistamente madera de sus territorios. Y como estos chamas son unos haraganes y resabidos por naturaleza, se han vuelto más ociosos todavía, y han aprendido a manipular bien esta situación. Sólo que ahorita la tajada gorda se la llevan sus dirigentes. Porque hasta federaciones ya tienen los gran putas. Que no nos extrañe que de aquí a un tiempo terminen queriendo ser presidentes. Ahí sí que ya nos jodimos ya. ¡Puta, ni imaginar un tablacho en la casa de Pizarro!

—Ja, ja, ja… —rió Matías con ganas, conciente de que por la calidad de sus sufragantes, tan inmaduros como sus partidos políticos, el Perú no sólo se merecía un gobernante nativo, sino un delincuente común.

—¿Te da risa, di dóctor?

—Creo que se ha satanizado eso de que son haraganes, ah. Algo de cierto habrá, pero no es para tanto, tampoco —intercedió Matías, ensayando una defensa hipocritona, pues muy a su pesar debía reconocer que a él también le habían criado con la misma animadversión y prejuicio.

—Una vez llegaron los adventistas a una chamería, doctor, y les enseñaron que Jesús había ordenado que no comieran pescado con escama. ¡Oy qué bruto! Pues los malditos se metían con su pango todo chorreando dentro sus mosquiteros, para darle su maja a los cunchis. Y despuesito nomás del culto. ¡Pendejos!

—¿Y para qué ya? —se interesó Matías a punto de tomar en serio la anécdota.

—Pues dice que para que Dios no les vea... ja, ja, ja —celebró su ocurrencia Antípatro.

—Ja, ja, ja... ¡Qué conchudos! —se contagió también Matías.

La luna había disminuido un poco su espléndido tamaño, así como su velocidad de ascenso en el firmamento, y bajo ese baño de luz plasmando formas de fantasía, a la vez que esperpénticas, sobre la selva tiznada de ollín y ceniza, el "DASHA" de Antípatro pareció ser una hoja a merced del río.

—De aquí de la boca para arriba, estaba poblado por los bravos conibos, doctor.

—No sabía.

—Para abajo, según dicen, hasta los límites del Pisqui, por los shipibos. Porque ya más allá los que dominaban eran los shetebos y los cocamas -prosiguió Antípatro, empalmando datos sin estar muy seguro de ellos, pero contribuyendo a darle más encanto a la noche, mientras el bote se perdía sobre las corrientes del Ucayali, río abajo.

—Por ahí escuché que ahora les dicen shipibo-conibo.

—Se juntaron pues.

—¡Ah, caramba! —exclamó un tanto forzado Matías, tratando de darle cuerda a su interlocutor, pues le divertía escuchar su lenguaje suelto.

En Santa Elena apagaron los "pekes" para bajar al garete, ahorrando así un poco de combustible y haciendo cálculos para arribar a Pucallpa en la primera hora atencional del camal.

Dinamarca, Tushmo, Masisea, el cavado del Tamaya, Tres Islas y la boca del Tamaya, fueron mencionados por Antípatro como al descuido, pues iba pestañando vencido por el cansancio. La madrugada se venía encima, la luna se perdía de bajada en el horizonte, y un poco más fría ya, la brisa barría acorde con los signos del amanecer. Había humedad en el ambiente y las narices empezaban a acatarrarse con fastidio de mocos.

Al clarear un poco el cielo con los tenues albores de un amanecer lento y distante que a las justas empezaba a intuirse tras los montes del Este, y con los dos motores puestos en toda su potencia, avistaron sucesivamente los caseríos de Carmencita, Nueva Alianza, Bagazán, Nuevo San Juan, las quebradas de shanajau y mashangay.

Cuando el fluido tráfico de otros "pekes" y deslizadores fuera de borda de atrevidos rematistas, les hizo notar la influencia portuaria de la cercana Pucallpa, ya el día era un hecho y los cuerpos animaron a sacudirse de toda la modorra que a los sueños sobresaltados se les ocurrió dejar. Sin saberlo, Matías comenzó a sentirse como alguna vez su abuelo "machote" explicara a su manera a Oscar zevallos y a Mayer Cohen, respecto al ánimo que embarga al que llega de la chacra a la urbe.

Cerró su cuadernillo de notas fechando la página en un 30 de diciembre de 1,986 y se repantigó como bien pudo en su incómodo asiento sin importarle que un olorcillo

a caca fresca de res le hiriera las fosas nasales, recién restablecidas del frío del amanecer.

A lo lejos fue apareciendo la silueta de la torre del reloj público, donde tantas veces pasara sus tardes dominicales en compañía de Joel, su hermano, reconociendo juegos y sabores de frutas de otras regiones, y un poco quebrantado en espíritu dio gracias a Dios por haberle guardado de todo mal.

Apenas atracar en uno de los tantos atracaderos pucallpinos, mas o menos a la altura del camal, Antípatro y Húber se avocaron de lleno a ver qué frutos rendía el tenaz esfuerzo de haber enrostrado tan largo trayecto sin voltear a mirar atrás, y él inhibió su deseo de pactar un reencuentro una vez que estuvieran aquietados estos ajetreos del arribo.

Un estrechón de manos selló lacónicamente todo el protocolo de la despedida, que una vez disuelto, le dejó a Matías la sensación del recién nacido al que no le esperan los pechos de su madre una vez cortado su cordón umbilical. El adiós era definitivo.

Al llegar a casa, el hecho de que trajera desde tan lejos, un saquito de pan hecho en horno de barro, veintisiete docenas de huevos de gallina de chacra, y los esqueletos de una cabeza de tigre y de una boa negra, que según la superstición servían para traer suerte a los comercios, su hermana Elizabeth tenía abierta una bodega, fue motivo de burla más que de agradecimiento, pues les resultó insólito imaginarle cuidando en tan largo trayecto, semejantes naderías, que dicho en las irónicas y urticantes palabras de sus detractores, fue como traer agua al río.

—Pero acá en Pucallpa hay todo tipo de pan, hijo.

—Sí mamá, pero este es pan de "doña Rosha"

—¿Quién ya vuelta es ella?

—Así le dicen al pan de casa.

—¿Y qué pues vamos a hacer con tanto huevo? —intervino su hermana Elizabeth.

—Con tal que no terminen haciendo hue... —replicó sintiéndose un tanto incómodo y susceptible al desaire.

—¡Pero cómo se te ocurre pues hermano! Ni que tu frente fuera estrecha como de mono —se lanzó a la carga Elizabeth, aprovechando su desazón y haciendo gala de ese carácter familiar proclive a chacotear implacablemente—. Tanto pan y tanto huevo que se puede encontrar aquí, y vienes trayendo del otro lado del mundo... ¡Y de seguro más caro! —acotó mofándose

—¿No quieres una tortilla, por sea caso? —le preguntó en tono cazurro, sacudiéndose ligero su acartonamiento.

—Ja, ja, ja... ¡no te piques!

—Para que no seas lengua larga.

—Ja, ja, ja... —siguió riendo su hermana apercibida de que su ridiculización había agarrado piel.

—Bueno, bueno...

—¿Y cuánto ya pues has pagado por estas cabezas inútiles? —preguntó su madre, acomodando los blancos esqueletos en una repisa.

—¡Ah, eso fue una ganga! —dijo enfático, disimulando su cargo de conciencia a favor del gusto por el desquite—. Los cambié por la cámara fotográfica que me prestó Elizabeth.

—¡Qué barbaridad!

Esta vez su burlona hermana se quedó sin habla.

Durante los días siguientes, se entregó a tiempo completo a tipear su informe y repuesto al fin de las amnesias adolecidas en Llullapichis, se reubicó en su verdadera dimensión existencial, presto a coronar sus objetivos de siempre. Sin embargo, dos muchachas llegarían tras él, con el ruego tácito de que aún no cerrara el paréntesis.

La que alardeaba de pureza y castos antecedentes, le invitó una noche a su casa y se expuso a ser tocada sin recato alguno, tan disponible como una mujer desbarrancándose de amor, como una zorra en su hora de apareamiento, o como las dos cosas. Trató de forzar un festín caníbal en el suelo de su sala, descuidando dosificar sus resabidas destrezas, pero él prefirió mantenerse en vertical, presintiendo una encerrona. No fue fácil conservar en su lugar los botones, elásticos y cremalleras, pero se hizo.

La segunda muchacha, tan vistosa y exhuberante como una orquídea montaraz, se apareció una tarde para invitarle al cine "Rex", en ese momento exitosa sala de estrenos, para ver una película calificada para mayores de dieciocho años, edad para la que aún no andaba lista en términos de tiempo, pero que en términos corporales iba ya sobrada. No tenía iniciativa ni era tan comunicativa como la primera, pero su mansedumbre era tal, que podía perder todas sus prendas relajada hasta síntomas saturados de ansiolíticos.

Fue con ella a la vermouth de esa noche y supo que estaba ahí a su lado solamente para no parecerle ingrato, pues en esos momentos la única osadía de su corazón era querer volver a Lima. No pudo sin embargo al cabo, sustraerse de la sensual sugerencia que la cinta proyectada hizo estallar bajo su esternón, ni del ego posesivo por tan tentadora anatomía que atraía miradas golosas y envidiosas a su paso.

Saciadas sus glándulas, se enteró de que ese olor intenso a sexo que emanaba la muchacha, acaso excitante entre el aroma del bosque y de los barrancos azotados por las olas del río, no encajaba en el paisaje urbano. Cerró paréntesis.

A unos días de partir a Huánuco, donde debía entregar una copia de su informe a la Dirección Regional de Salud, rayando todavía el alba, doña Julia Victoria, su madre, le pidió que le acompañara a ver los terrenos que aún poseía en Campo Verde. "De paso saludas a tu amigo Washington", le animó.

—A propósito, ¿cómo está ese trome? —preguntó mientras se acomodaba las sandalias.

—Ahí está el pobre, adaptándose a su silla de ruedas.

—Ni imaginando me resigno a verle así, francamente —Matías recordó a su amigo en las épocas en que juntos partían a chapanear a los montes altos de dicho caserío, cuando la luna entraba en conjunción y en el bosque la oscuridad era total. Entonces era un muchacho fuerte, vital y lleno de esperanzas, y nada hacía presagiar, ni por asomo, su limitante estado actual.

Desde las visitas que le hiciera en el hospital San Juan, del Callao, a donde fuera transferido para su rehabilitación, no le había vuelto a ver. Haría de esto unos tres o cuatro años aproximadamente y entonces, no pensó que las secuelas del accidente serían definitivas.

El viaje, a diferencia de los años del "Henry", "El Tunchi" y "La Limeñita", que en tiempo de lluvias llegaban a veces a demorarse hasta más de un día para cubrir los treinta y cuatro Kilómetros que separaban a Campo Verde de Pucallpa, fue de apenas cuarenta minutos. Los nuevos tiempos eran sinónimos de velocidad, no cabía duda.

Matías sintió una especie de pánico al pensar en la actitud que debía asumir frente a su amigo, ahora minusválido, pues no estaba seguro de poder ubicarse atinadamente en un punto de equilibrio entre la efusividad del reencuentro y el recato respetuoso de la condolencia. Estaba ahí tocando la puerta de su casa y en breves momentos lo tendría frente a él.

Hundido en su silla de ruedas, con sus dos piernas enflaquecidas y una palidez por exceso de sombra, Washington le recibió con un abrazo sentido de fiel amigo, despercudido de todo complejo y tan entusiasmado como si estuviese sentado en un palco.

—¡Qué gusto volver a verte! —fue lo que de entrada exclamó al verle—. ¿Cómo ya vuelta te has perdido por aquí? —acotó con su jaloneado acento lamisto.

—Hola amigazo; estoy muy contento de verte también.

—¿Vienes solo?

—Mi mamá se ha ido a ver un rato sus terrenitos; luego va a pasar por aquí.

—¿Le gusta la chacra pues dí?

—¡Uff! Eso le viene desde antes de la fundación del caserío, cuando todo esto era a las justas un campamento carretero. En sus ratos libres de maestra se daba tiempo para visitar a los padres de familia, que en su mayoría eran chacareros, para hacer seguimiento al rendimiento de sus alumnos. Lógicamente, que para eso, tenía que gustarle estar en la chacra.

—Buena gente es la señora. Pero pasa pues Matías —le invitó haciendo a un lado su silla de ruedas—. Como debes saber, mi papá ya murió, pues —acotó a modo de

comentario casual.

—Sí; lo siento, hombre. Tú sabes que yo me llevaba bien con él, igual que con tu viejita.

—Mi mamá está en la chacra ahorita; tempranito se va.

—¿Cómo está?

—Por ahora está bien; pero al principio la pérdida del viejo le puso mal. Ya ha aprendido a entretenerse yendo y viniendo de la chacra todos los días.

—Hay que aprender de esta fortaleza, porque tarde o temprano tendremos que experimentarla.

—Te quedarás a almorzar ¿di?

—No creo que pueda, mano. Ahora que viene mi mamá, paso a saludar un rato a mi tía Estela, y de ahí ya me regreso. Quería saludarte solamente y saber cómo estás.

—Pero después del almuerzo será, pues. Porque de aquí a que vuelvas... ¡hasta cuándo será ya!... Ahorita mando a chapar un pollo y a preparar un tallarín, rapidito.

—Un tallarín charapa ¿eh?

—¡Claro! Con su arroz, su frejol Ucayali y su plátano pintón.

—¡Ayáu!

—Ja, ja, ja… Te cuento que me he reunido, pues.

—¡No! ... ¿Sí? —no pudo Matías reprimir su estupor.

—¿Acaso no puedo así? —replicó con una sonrisa maliciosa, Washington.

—No iba hacia ahí.

—Es una buena muchacha, oy. Por ahí andan diciendo que es muy cholita para mí, pero eso no le quita... ¡tú sabes!

—Mientras tú la asumas con alegría y te resbale lo que digan de ella... —Matías se encogió de hombros-. Osea que puedes subir al "pijuayo" todavía, picarón —acotó en son de broma, cuidándose de no concebir ni una pizca de sorna.

—Con ayudadita, con ayudadita todo es posible, ja, ja, ja... —se rió Washington, golpeándose divertido las insensibles piernas con las palmas de sus manos.

—Me alegra verte así, compañero, enchufado de ganas y sin complejos. Capaz que hasta sigues yendo de casería... ¡no me extrañaría!

—Sí pues.

—¡Vé! —dio un respingo, bajo el efecto de haber propinado un certero golpe al azar.

—Cuando estoy de vacaciones, entro de vez en cuando a cazar panguanitas y añujes, ahí nomás en la purma detrás de la casa.

—¿Estás trabajando?

—Me nombraron como almacenero en la Municipalidad. Me favoreció una ley que se va a normar pronto, sobre los minusválidos.

—¡Qué bien hombre, qué bien! —se regocijó Matías, cada vez más sorprendido de cómo su amigo había ido superando su accidente. Si bies es cierto que muchos desocupados debían envidiar su suerte laboral, de seguro eran despistados que no sopesaban la naturaleza paliativa de la medida para una desgracia que a nadie se desea: quedar tullido.

—Bueno; te decía que entro a veces a cazar, pues.

—Sí, sí.

—Sólo a las purmas; porque al monte alto ya pues es imposible.

—Ni yo creo me animaría ahora. En la ciudad uno se dejadea para estos trotes.

—Hago que me lleven en la silla y ahí me quedo ahuaytando un par de horas. A veces caen los yanayutitos, o algún añuje que cruza la purma para ir al yucal. Un día nomás casi me va mal.

—¿Cómo así?

—¡Pucha! Le pedí pues a este mi hermano Reninger que me dejara en una sombrita bien acomodado en mi silla, y que volviera a recogerme en un par de horas ¡Qué te digo! Al rato nomás el sol empezó a darme de lleno; ¡qué bruto la calor! Y encima me comenzaron a cundir los malditos ishichimis y pucacuros, y no podía mover la silla de rueda por ningún lado. ¡Pucha!, empecé a desesperarme, oy.

—¡Ah, su madre! Ya me imagino —exclamó Matías, disimulando prudentemente su irresistible ganas de reírse, imaginando aquella dramática situación.

—¡Carajo! El sol por un lado, las hormigas por otro... ¡Estaba jodido!

—Disculpa Washington, pero no puedo evitar... ja, ja, ja... —le interrumpió Matías, descarrilando una suelta carcajada.

—Dale nomás.

—¿Y como saliste finalmente? —preguntó una vez que se hubo calmado. Apretaba los lacrimales con gesto arrepentido, pues no le había parecido de buen gusto reírse de una situación, por lo menos, dramática.

—Hice un tiro al aire... ¡Nada! Hice otro tiro... ¡Nada! Era como si me hubiese quedado solo en el mundo... ¡Oy, qué bruto!... Por último ya quería tirarme al suelo para salir arrastrándome como una carachupa, aunque sea.

—¡Pucha! —exclamó Matías, deglutiendo con aire su inoportuna hilaridad.

—Hice un tercer disparo... ¡Y ahí lo que recién viene a llegar este desgraciado de Reninger! Ya no tenía más cartuchos. ¡Le he reñido ahí, carajo! Y lo que dice todavía: "Yo creí que estabas matando los añujes"... ¡Qué desgraciado oy!

—Ja, ja, ja... —soltó la risa Matías, palmeando la espalda de su ocurrente amigo.

Después de hablar de todo un poco referente a las buenas épocas compartidas, sobre todo respecto a las escaramuzas nocturnas en los bosques aledaños, en los que fuera bautizado en las llamadas chapanas, Matías se animó a tocar el tema de la fuerza de ánimo que hace rescatarse a un ser humano de su más extrema tragedia.

—¿Te recuerdas ese otorongazo que nos estaba olisqueando los zapatos debajo de la barbacoa?

—¡Claro! Esa fiera estaba escogiendo quién tenía los pies huañu-huañu.

—Ja, ja, ja... ¡Oy qué va! —celebró esta vez, Washinton.

—Pero nos asustó bien ¿eh?

—Al momento que prendí la linterna y ví su cabezasa... ¡pucha!

—Oye Washington, escuha..., a veces uno mano, se deprime, se encoge frente a un problema cualquiera que se nos presenta en la vida, aunque por lo general no pasa de tener, digamos que, un efecto eclipse del momento. Me imagino que en tu caso, esto debe haber sido mucho más difícil. No quiero incomodarte por cierto, pero me causa profunda admiración la gente que como tú, sale a darnos una lección de aplomo, de empuje, de relieve vital y anímico, que no hemos descubierto de pura arrogancia. No quiero parecerte fisgón, pero... ¿Cómo pasa esta especie de metamorfosis, este cambio espiritual, que le vuelve a uno tan valiente?

—Yo siempre decía que iba a volver a caminar. Nunca perdí las esperanzas de que eso llegaría a suceder, inclusive hasta mucho después de que los resultados mostraban lo contrario. ¡En Díos te digo! Te juro que nunca me pasó por la mente que me podía quedar así. Me acuerdo que en el hospital del Callao, hacía los ejercicios más difíciles por lograr que mis piernas me obedecieran; pero poco a poco me di cuenta que en realidad, mano, me estaban preparando para poder vivir sin ellas. Cómo me dolió maliciar eso. Pero traté de no tomarlo en cuenta, esforzándome más y más. Después de un tiempito, comenzaron a llevarme donde la psicóloga, que se pasaba tratando de hacerme entender que si no llegaba a caminar, mi vida podía seguir siendo la misma... ¡tú sabes! ¡Caracho, yo me negaba con todo, pues presentía que podía lograrlo!. Pero, ¡bueno pues!... Te digo que no pasó más de una semana, desde la última sesión sicológica, cuando el médico me dijo que ya no volvería a caminar, nunca más... ¡Pucha mano! —la voz se le quebró a Washinton, recordando este episodio tan traumático.

—Ya no sigas, compañeroo; comprendo —se acongojó también Matías, y aclarándose la voz, trató de cortar el tema. ¿Qué mas explicación podía desear, aparte de la misma lección de vida, cruda y real, que tenía delante?

—No hay problema. Pero en fin..., reaccioné y me tiré al suelo para demostrarles que podía hacer todos los ejercicios que me habían estado enseñando y los que ellos quisieran, pero todo quedó como estaba. Era el fin. Lo único que conseguí fue que me miraran con compasión. ¡Y quién quería compasión! Lloré como macho, ahí tirado en la alfombra esa, donde me saqué el ancho, por gusto, con los duros ejercicios. Cuando mi papá lo supo, me escribió diciendo que me tratarían con vegetales, y yo creí con todo mi corazón que esta vez me curaría. Él tenía un compadre indio en Lamas, que era un brujo que había matado a mucha gente con su poder, pero que también había sanado a muchos desauciados por la ciencia. A mi papá le quería mucho y le consideraba como su hermano de sangre.

—¿Y tú le conocías?

—Sí; se llamaba Santiago Pashanase, y era muy poderoso. Veía cosas que sucedían en el pueblo, estando él en el monte, o al revés. ¡Oy, qué bruto! Tan tremendo llegaba su poder, que de frente se iba a desarmar las tramperas mortales que le ponían sus enemigos.

—Yo no creo mucho en esas cosas.

—Un día yo le ví tragar una víbora de cascabel, así vivita nomás.

—¡Qué vá!

—Te lo juro por esta cruz y por mi santa madrecita.

—¿En serio?

—Estábamos con mi papá ayudándole a cultivar un terreno que tenía en la montaña, cuando de repente un cascabel se irguió amenazadoramente entre la hojarasca, por la parte en que se hallaba mi padre. Tenía unos treinta centímetros. Él, ni cojudo, levantó su machete para matarle, pero el brujo le inmovilizó el brazo con sólo mirarle. Luego se acercó a la víbora que estaba lista para morder, le agarró con dos dedos de la cabeza, e igualito del rabo, y se la tragó, así vivita.

—¡Ah, su madre!

—Era un brujaso ese Santiago Pashanase. Lo malo vino cuando mi padre fue a buscarle y se encontró con la noticia de que los soldados le habían matado confundiéndole con un terrorista. De hecho, que le tiraron dedo sólo porque le tenían miedo.

—¿Y ya no pudiste tratarte con vegetales?

—Sí, lo hice; ahí nomás mi padre vino trayéndole a otro curandero buenazo, que era un purguero muy conocido en mi tierra. Porque, en serio, hacía unas curaciones que los médicos no podían sanar. Se llamaba, Julio Isuiza.

—¿Y qué te hizo?

—Me llevaron bien adentro de la chacra y me aislaron en un tambo prácticamente en medio de un monte que no habíamos rozado. Solamente debían verme mi padre

y el curandero. ¡Pucha! Me prohibieron comer manteca, sal, ají, condimentos, carne, aceite. A las justas con pescado asado y su inguiri, y de vez en cuando con huevos cocinados, podía alimentarme.

—Una dieta dura.

—Me preparó una purga que debía tomar siete veces durante un mes. Sí aguantaba hasta la quinta vez por lo menos, aseguró que me sanaría. "Pero todo depende de los espíritus de los vegetales que estoy usando, hijo", me dijo, al darme la primera toma. "Tienes que estar preparado para recibirlos", me advirtió. Yo estaba dispuesto a todo.

—¿Y qué sabor tenía el menjunje? Me parece ue todos son patcos. -preguntó Matías, enmascarando su escepticismo precariamente.

—¡Oy, qué bruto! Cada vez que le tomaba sentía que mis tripas se escurrían todito hacia abajo y que mi estómago se venía en huayco hacia mi boca: Quicha y vómito me daban ahí mismo. Eso habrá sido hasta la tercera toma. Después ya no botaba nada, pero asqueaba de lejos la vaina. ¡Oy, no me vas a creer! Comencé a diferenciar bien clarito los olores que el viento me traía desde lejos, y llegué a percibir, así, nítido nítido, el saladito que está escondido en la yema de los huevos y el dulce que guarda el agua —Washington se calló un momento, a modo de revivir aquella experiencia.

—Tus sentidos se agudizaron, evidentemente —opinó Matías, sin querer parecer reacio.

—A la tercera semana, clarito me dí cuenta que ya empezaban a llegar los espíritus de los vegetales. Aunque no creas, Matías.

En el rostro de su amigo Matías vió reflejada una extraña convicción, recogida quién sabe en qué momento divagante de sus purgas, así que recogió como mejor pudo sus impulsivos reparos al asunto, y se quedó silencioso y quieto para escuchar condescendientemente la superticiosa historia, guardando para sí el argumento de la debilidad por falta de alimentación.

—¿De verdad?

—¡En Diosito! Se paraban encima del techo y duro batían sus alas sobando sus plumas en la cumba. Cuando por decir se encontraban, porque casi siempre llegaban por separado, ahí conversaban con unos sonidos bien extraños, y terminaban discutiendo rabiandose bien feo. El purguero decía que no se ponían de acuerdo quién traía el efectivo poder de curar mi mal y que se confundían. Una noche me dio de tomar encima ayahuasca con chucuruna, para forzar un encuentro con esos espíritus, pero no tuve la fuerza para aguantar eso. Me caí en un pozo oscuro lleno de culebras que empezaron a meterse por entre mis ropas y el miedo me hizo caer como muerto. Ni siquiera en ese trance se dio por caminar. El purguero tuvo que icararme duro, y cantarme hasta la madrugada para reanimarme. Después también me bañó, porque estaba todo hecho una hediondez con la mierda que no pude aguantar cuando alucinaba.

—¡Qué bravo!

—En la quinta toma, ya no pude ni oler ese brebaje. Apenas ver que lo traían, me entraban unos fríos de hueso que me hacían sentir que me moría.

—¿Y ahí te plantaste?

—Sí..., lo dejé. Pero ahora pienso, y podría decir que lo sé ya por experiencia, que hay males que se curan y otros que no —contestó con resignación y un poco de nostalgia Washington, mirando sus piernas yertas—. Pero la fuerza está aquí adentro, en el alma, en el deseo que ponemos a arder para alumbrar el camino que nos ha tocado. Porque valgan verdades, se puede estar de pie de otras maneras —concluyó al fin, con conmovedor aplomo, cerrando el puño contra su corazón. Era su sabiduría.



XXXIV

A mediados de febrero de 1,942 unas semanas después que viera partir a su padre y a toda la familia Marino rumbo al Macuya, Julia Victoria también se encontró haciendo lo mismo, dejando atrás unos meses de soledad por ausencia del esposo ido con antelación a la concesión maderera conseguida en la quebrada "Lagarto", y despidiendo con esperanzador alivio la frustrante convalescencia de dos abortos consecutivos.

Con la brisa puesta a juguetear sobre el dorso túrbido del Ucayali y a espaldas de Hérmel que iba improvisando de boga a proa de la canoa, logró enjugar confiadamente sus pasados pesares, y llena de ahinco acurrucó el espíritu en la seguridad que sintió trascendía de la presencia de aquel hombre que hacía tan solo unos meses atrás la desposara por instigación de su madrastra, y con quien sólo había tenido encuentros esporádicos de fines de mes.

La posibilidad de encontrar en Pucallpa un bote motor que entrara al Pachitea y tornara el viaje menos agotador, no llegó a concretizarse, así que tuvieron que completar la larga travesía a fuerza de remo, sujetos a la reconocida habilidad de los bogas, contratados para este fin.

En el campamento del "Lagarto", los tambos preparados por los peones eran todavía simplemente eso, diferenciándose la que se le había asignado, por el forrado de sus contornos con hojas plegadas de shapaja y por la ramada abierta continuando el tambo, donde una tushpa indicaba el lugar de la cocina. Ella ni por asomo había supuesto encontrar espaciosos emponados habitacionalmente bien distribuidos, pero lo que encontró allí le implicó escarbar aprisa en sus consuelos y atarse a la esperanza de que en todo esfuerzo subyacía una recompensa.

El rumor del bosque, trémulo de viento, impresionó sus sentidos puestos a percibir los más extraños sonidos y le confrontó con todas esas supersticiones acomodadas en su valija cultural, tan pródiga en cuentos de cochas, shapshicos, ayaymamas, aletas de lupunas, cotos machacuy, bufeos colorados y de tantos espíritus vagando en las soledades.

Después de cumplir los quince años edad y obviamente posterior a su casamiento con Hérmel, precozmente había tenido que hacerle un lugar a las gestaciones truncas, a la desbordante sensualidad de su marido, a la sensación de abandono que le embargaba cada vez que este se apartaba de su lado y a los sobresaltos propios de una vida de pareja demasiado prematura. Y ahora que andaba frisando ya los dieciseis, e inmersa en la vida austera del campamento, al parecer tendría que seguir haciendo lo mismo para acomodar dentro del alma, las incomprenbles colisiones conyugales que se avecinaban, las inquietudes de respuestas calladas que germinarían desde suelos abonados y las oraciones inútiles que no trascenderían ni los tambos.

Sin mayor trámite de por medio, al día siguiente nomás de haber arribado al campamento, tuvo que atenerse a su rutina alineándose con mutismo estoico dentro del rol asignado para ella. Tal desempeño le exigía repetirse en letanía que era la hija de "machote", para encarar con cierto aplomo la solitaria espera que le

cabía afrontar, cuando cada mañana todo el personal partía a las zonas de mateo y tala. Hérmel, por su parte, proseguía saliendo al frente de la peonada desde que despuntaba el alba hasta el paso de los loros al caer la tarde, sin tomar debida nota de lo que en ella acontecía.

Cuando se encontraba absolutamente sola y era sobrecogida de cervales temores, se encerraba en su precario tambo a decifrar los misteriosos rumores de la selva que sentía la acozaban, y no salía de él sin antes ahuaytar una y diez veces todos los rincones del campamento. Solamente el silbido galante de un pajarillo color plomo oscuro, al que los peones llamaban huishuincho, y del que su padre nunca memorizaría el nombre, le hacía acopiar confianza para arremeter de rato en rato hacia la cocina a terminar de escoger el arroz repleto de "soldados" y piedras, y tener listo algo de comer para cuando el esposo regresara.

Como para crisparla aún más, ciertas tardes se aparecía por ahí una nutrida manada de agresivos monos choros, que conscientes de su superioridad numérica, armaban con feroz estridencia una botahola descomunal sobre el tupido ramaje inclinado hacia el campamento. Parecían saber que ella estaba ahí encerrada, pues los más atrevidos ensayaban cortas carreras hacia el tambo, mostrando los colmillos amenazadoramente, y volvían a treparse a sus ramas emitiendo salvajes chillidos. Pero luego de esos sacudidos minutos, el barrullo se iba atenuando y sólo el eco de sus saltos en la tupida arboleda llegaba desde la distancia.

En otras ocasiones y con relativa frecuencia, robustas y largas serpientes cruzaban por los patios, seguramente sedientas de agua buscando la quebrada, dejándole la escarapelante sensación de su contacto, en cualquier roce de piel.

El profundo sonido que el chullachaqui producía en las aletas de los grandes árboles, nadie sabía con qué ni para qué, le acarreaban también cada cierta tarde un sobrecogimiento que le intimidaba y que perentoriamente le obligaba a meterse dentro del mosquitero, hasta que las voces de los peones acercándose, la liberaban de estos anquilosantes miedos.

El capataz Marcelino Gonzáles le había prevenido sobre la cercana presencia de este diablillo del monte, hábil en extraviar a la gente mostrándose a prudencial distancia con la apariencia de algún conocido, adiestrándola para que no siguiera a ninguna persona, por más cercana que fuese, antes de comprobar la igualdad de sus pies.

En cierta oportunidad, pidió acompañar a su marido al monte, pero los mosquitos, las garrapatas, los zancudos y toda clase de alimañas, sumados a las privaciones e incomodidades propias de una jornada en plena selva, le hicieron desistir de repetir la experiencia. Prefirió ir poco a poco rescatándose de sus asfixiantes temores, oracionando en sus despertares y en sus sobresaltos contra todas las fábulas y supersticiones que la acechaban de sol a sol, antes que volver al rigor de las zonas maderables de la profunda montaña.

—Hasta que encontremos una cocinera, la niña Victoria debería quedarse con un arma aquí en el campamento —recomendó el buen Marcelino a Hérmel, muy

comprensivo con sus penurias y su sumiza resignación.

—¿Pero para qué?; aquí está más segura. Además no sabe ni disparar siquiera —alegó éste

—Uno nunca sabe cuándo suceden las desgracias, Hermelito. Y haciendo un disparo podría por menos ahuyentar cualquier peligro y darnos la alarma.

—¿Qué dices Vita?, ¿te animas? —le preguntó Hérmel, no muy convencido aún de querer alentar la propuesta del capataz.

—Hay mucha víbora que cruza a cada rato por aquí.

—Si no las pisas... ¡no pasa nada!

—¡Ay Diosito!

—Pero si es una shushupe..., ahí si niña, te aconsejo que ni te le acerques por nada del mundo -advirtió el veterano Marcelino.

—Esas duermen todo el día. Recién a eso de las seis salen de sus huecos a buscar comida —le restó importancia Hérmel.

—No siempre Hermelito.

—Bueno Vita, lo que tienes que hacer si llega el caso, es tirarle cualquier trapo de por ahí, aunque sea tu ropa puesta por último, para que mientras se retuerza mordiendo la prenda, tú rápido le quiebres el espinazo de un palazo; si no..., te salta encima la maldita.

—¡Cristo de Bagazán!

—O mejor aprovechas para correr antes que te siga, niña —hizo su atinada acotación Marcelino, que parecía tomar muy en serio toda precaución—. Una vez a mí me siguió, ¡qué bestia!, unos trescientos metros, creo. Viene saltando como perro.

—¡Ay, no! —exclamó Julia Victoria toda escarapelada.

—Mejor te vamos a dejar una escopeta, niña. Como buena hija de "machote", de seguro sabes dominar tu miedo; pero tener con qué defenderte aquí, no estará de más, te aseguro —aseveró muy protector el capataz—. En todo caso, digo yo, podríamos llevarte por el varadero hasta "El encanto" donde tu papá, a pedirle que nos preste una chola —sugirió finalmente.

—Tenemos que aprender a arreglarnos solos ya —denegó con firmeza Hérmel, con talante de yerno orgulloso.

Julia Victoria tuvo que atenerse a las lecciones de tiro, guardándose su temor cerval a las armas, pues era conciente de que de ello podía depender su seguridad en un territorio tan salvaje. Porque si bien es cierto que conocía la forma de vida en la selva, su experiencia se circunscribía a las formas de hacerlo fundamentalmente en caseríos de esta vasta y agreste región.

—Apreta fuerte niña, no vaya a romperte así tu clavícula cuando "patea" —le orientaba Marcelino Gonzales.

En los siguientes días, aunque aún sujeta a su rutina casera anterior, poco a poco fue tomándole confianza a su medio, al punto que dejó de encerrarse en su tambo cuando veía atravesar una serpiente por el patio y adquirió el aplomo de esgrimir una vara para ahuyentar a los monos que osadamente se descolgaban desde las ramas hasta su cocina.

Sobre su tarima, dos cartuchos de repuesto y la escopeta con un tiro dispuesto en su recámara, aguardaban el momento en el que pudiera hacerse necesario su uso. Deseaba en su fuero interno que este no llegara.

Cierta mañana, aprovechando que el sol caía de lleno sobre el claro del campamento y antojando unos sachavaca–huayos y ñejillas que crecían al margen de un cristalino y pedregoso arroyo que afluía al Lagarto, decidió ir a lavar unas mudas de ropa en él, para cuyo efecto acomodó en su bandeja de fierro enlosado, el último trocito de jabón que le quedaba y una bolsa repleta de choloques y siucahuitos recién recogidos para espumear el agua. De la escopeta ni se acordó.

Desde hacía unos días atrás había empezado a sentir unos periodos de frío intenso, como si las húmedas hojarascas descomponiéndose a la sombra de la arboleda fueran continuación de su piel, tornándose en un ser abúlico y desinteresado durante dichos periodos. Era un frío insidioso que le mordía las articulaciones, obligándole a ovillarse bajo la colcha hasta bien entrada la mañana y a olvidarse, inclusive, de las obligaciones básicas del hogar que requerían su cotidiana atención. Ante esta actitud, Hérmel, sintiéndose desatendido y hasta desairado en sus ínfulas sexuales, empezó a tornarse hosco y descortés con ella.

La regla se le había ido desde el mes de julio, evidentemente debido a un nuevo embarazo, pero había decidido mantenerlo en secreto a fin de no ocasionar otra frustrante decepción, como sucediera en las dos ocasiones anteriores. No sabía que la misma decisión había tomado su madre la vez que le tocó gestarla a ella, como si chispasos de de respuestas conductualers se transmitiesen con los genes.

Cuando este extraño frío, le llegaba secundando los densos efectos propios de la gravidez, caía en un laberinto depresivo del que le costaba salir, pues sus lamentos y súplicas, terminaban rebotando en el perímetro del silencioso campamento, hacia cuyo derredor en vano dirigía su triste mirada buscando auxilio, cual convaleciente febril antojando en vano un caldito de pollo. Se sentía sola y débilitada.

Aquella mañana, el rutilante sol había entibiado con prontitud la límpida atmósfera y todas las referidas molestias la liberaron prestas para mejorar así su ánimo, bien dispuesto a erguirse junto a la especial fragancia de ese día.

La elevada fronda parecía querer desplomársele encima, cada vez que se le ocurría revisar el color de las nubes, mientras adelantaba su tarea sentada en una piedra lisa. El sol caldeaba, pero el arroyuelo discurría fresco por sobre sus tobillos.

Después de tender la ropa sobre las piedras, decidió prodigarse un refrescante baño de cara al sol, para lo cual se recostó en una ancha laja, sobre la que pasaban

más reposadas las saltarinas aguas de una cashuera. Entrecerró los ojos para no enceguecerse con los dorados destellos que salpicaban su derredor y deseosa de evadirse de sus tensiones empezó a divagar laxa por derroteros ambientados en su mejor evocación, dejando al desaire el perturbador empeñó de una nube de mantablancas que aviesamente la acechaban al ras del agua.

En este estado evasivo y proyectando una apariencia de trance, se mantuvo todo el tiempo necesario y suficiente para edificar un mundo paralelo donde las promesas se cumplían, las soluciones existían y los deseos se realizaban sin necesidad de elevarse del suelo. Estaba esperando un hijo y quería entregarle un mundo así.

En eso, apretujada entre sus párpados a punto de cerrarse, una figura fulgurante tomó de pronto forma ante ella. Había surgido como por encanto de entre la maleza y se encontraba lamiendo el agua a unos veinte metros, moviéndose con esa engañosa pereza de los felinos de montaña. Su figura era fiera y a la vez apacible.

Julia Victoria dejó fuera del agua solo el rostro. Sus ojos estaban desorbitados de temor. Si el terrible otorongo llegaba a olfatearla, estaba perdida. Historias de gente comida por este animal se agolparon en su mente con toda la carga atemorizante de la que venían premunidas.

El tigre empezó a husmear con mayor insistencia en la brisa, aparentemente detectando sutiles olores que delataban presencias extrañas, pero se notaba algo confundido, cabeceando en diferentes direcciones. Al parecer el aroma del jabón, la tingana y el siucahuito desorientaban sus pesquisas olfatorias.

La ambarina mirada del soberbio animal trazó un siniestro abanico abarcando todo aquel claro del bosque y Julia Victoria sintió que se hundía en una marea amarillenta que le apretó la cabeza contra la dura laja. Contuvo la respiración sumergiéndose por completo como un timorato capibara, el llamado ronsoco, y aguardó a que sus pulmones aguantasen más allá de su capacidad ventilatoria.

Debido al hermetismo subacuático su cuerpo dejó de trascender humores humanos, tan fáciles de diferenciar de los silvestres en medio del monte, y la brisa tuvo a bien recoger sólo el aroma de la ropa limpia en el que predominaban las sutiles fragancias de los vegetales utilizados para espumear.

Toda amoratada asomó el rostro después de un inconfesable minuto, asustándose con su propio resuello que le pareció idéntico al que alguna vez escuchara en los bufeos colorados, los cushushca jushín, que quisieron voltear la canoa en la que viajaba con su padre de Contamana a Yucuruchi, por la infantil ocurrencia de este, de provocarles con el silbido del tunchi.

Por suerte, unos tábanos hostigaban en esos momentos las orejas del torvo felino, que luego de olisquear con insistencia en su dirección, optó por dar media vuelta y desaparecer por donde había aparecido. ¿Sería una treta? No importaba. Como un resorte se irguió entonces de la lisa piedra en la que había estado recostada, y sin pensar en otra cosa que no fuera alcanzar el campamento lo más rápidamente posible, aligeró sus pasos en fuga, cargando estremecimientos en la nuca en forma de oleadas.

Al llegar a su tambo, trancó la endeble puerta con una aldaba que no garantizaba ninguna seguridad y se puso a alisar temblorosamente los flecos de las hojas que forraban las paredes, tratando de cubrir los improvisados miradores que se le ocurriera hacer entre ellos, cuando desolada de miedo atisbaba el regreso de los madereros.

Se quedó quieta, aguardando tensa que su corazón dejara de interrumpir, mientras sondeaba la sospechosa calma. No percibía ningún ruido delator."Ya no hay nada", susurró para sí, dejándose relajar.

Pero no bien terminar de creerse aquello, la enorme cara del otorongo se plantó a dos cuartas de su nariz, por la última abertura que se alistaba a cerrar entre las hojas. Y si el tremendo rugido que emitió el feroz jaguar fue espantoso, esas sus fauces abiertas resultaron ser el más siniestro alarde de poder preludiando un sangriento festín. Dio unos pasos trastabillando hacia atrás hasta tropezar con la tarima. Estaba lívida de terror. Cayó sentada de golpe y un agudo dolor en los glúteos le hizo percatarse de la presencia del arma que tanto se empeñara en dejarle el buen Marcelino Gonzáles. La tomó con manos trémulas, y jalando el percutor, intentó afinar la puntería por donde las zarpas del depredador empezaban a abrir un boquete. Los tremendos moquetes arrancaban violentamente las hojas que forraban en flecos el habitáculo, e intentaban atraparla blandiendo las filudas garras.

El estampido que siguió a la leve presión que hiciera sobre el gatillo, le dejó aturdida con un todo gris-azul sobre los ojos y un picor de pólvora quemada ascendiendo por las fosas nasales. Aparte del atronador disparo, no llegó a escuchar nada más. Un leve dolor empezó a manifestarse en su clavícula derecha y en la mejilla del mismo lado a consecuencia del golpe de culata. El tiempo pareció detenerse.

Acopiando valor de entre sus genes, se asomó cautelosamente a la puerta y conteniendo la respiración, se mantuvo ahuaytando alrededor por un buen rato. El campamento se veía desolado. Al cabo, presa de una anemia cerebral que le produjo mareos, se retiró trastabillando hasta la desvencijada tarima y dejando caer la escopeta, se tendió a sollozar convulsamente con el ánimo hecho trizas.

—Niña, no hay nada que hacer, eres digna de tu padre; valiente hasta nomás —le halagó el buen Marcelino, cuando aquella tarde la gente retornó del monte.

—Ese animal no debe andar lejos; y así herido como está, es mucho más peligroso —advirtió Hérmel, abrazándola consolador.

—Debemos matarle, patrón —propuso sombrío JosíasTutusima, el mitayero—; sino va empezar a matar gente —advirtió.

—Ajá, así pues es —corroboró la sensata aseveración, Juanilo Gonzáles, otro peón con buenos conocimientos de caza.

—Sí, mañana tempranito le rastrearemos —convino Hérmel.

—Ahorita tiene que ser, patrón; hoy en la noche de un de repente puede llover, y las huellas de sangre desaparecerán.

—Por las marcas de sus pisadas se le sigue entonces, pues —replicó el joven patrón, inclinado a dar por terminado el asunto.

—Es más difícil, porque el maldito anda en círculo y se sube a los palos. Y ahora también la lluvia jode.

—Ya va a anochecer, Josías.

—Déjeme eso a mi patrón; pero me regala el cuero.

—Si es que no se come el tuyo.

—¡Atashay!

—¿Qué dices tú, Marcelino?

—Tiene razón el loco; además él conoce de estas cosas más que todos aquí juntos.

—Bueno pues...

—¿Me voy entonces, patrón?

—Coge pues lo que necesitas, y ten mucho cuidado; no vayamos a empeorar así las cosas.

—Descuide patrón.

Josías Tutusima, el mentado mitayero, se apresuró a partir sudando entusiasmo por todos sus poros, cual si aquello le significase un grato paseo dominical. El día agonizaba.

Durante esa noche y como lo presagiara Josías, llovió fuerte. Las plantas aprovecharon para hacerse la correspondiente higiene con un baño mecido bajo el fuerte aguacero y Hérmel, para apaciguar sus calenturas en los brazos de su mujer. Si bien es cierto que la piel de ella estaba áspera por los estragos causados por los zancudos y mosquitos, el amor aún estaba en tiempo de enternecerse con el más leve sufrimiento de su par y la pasión andaba todavía en estampida, arrasando caminos y derribando alambradas.

Después de dos días del incidente del tigre, el mitayero se apareció en el campamento cuando la gente se alistaba a partir a la madera. Traía como trofeos, la hermosa piel del felino y su blanco cráneo, que según dijo, tuvo que hervir toda una noche para dejarle puro hueso. Los demás peones celebraron su regreso afianzados en una secreta admiración por ese don que tenía para moverse en el monte.

Después de este suceso la sosa rutina volvió a encargarse de la vida cotidiana y Julia Victoria aprendió a procesar con ágil inteligencia sus tantas aprehensiones y saturamientos, tanto como a convivir más adecuadamente con el comportamiento de la naturaleza.

Don Miguel Chávez Maldonado, el segundo jefe de la Intendencia Forestal de Loreto y cuñado de Hérmel, llegó sorpresivamente una tarde de domingo al campamento, cumpliendo un largo itenerario de comisión de servicio en todas las

concesiones madereras del Aguaytía y el Pachitea. Nada más hollar suelo, todos los peones se arremolinaron en torno a él. Habían pasado dieciocho días desde la tarde en que Josías Tutusima saliera tras el rastro del otorongo.

—¡Hermelito, qué gusto me da verte! —saludó afectuosamente paternal apenas brincar del bote, dándole un estrecho abrazo.

—¡Oy, qué grata sorpresa, Miguel! —atinó a responder éste, conmovido con tan efusiva muestra de afecto.

—¿Y cómo están por aquí?

—Ahí..., avanzando lo más que se puede. Esperamos completar unas trescientas trozas hasta febrero o marzo.

—Eso está bien... ¡muy bien!

—Por lo demás... —Hérmel hizo un gesto de conformidad.

—Bien, parece que por aquí la cosa está caminando como debe.

—¿Y cómo les va a ustedes allá en Iquitos? —preguntó Hérmel interesándose tácitamente por su hermana Elvira.

—De salud..., digamos que muy bien. Hemos tenido algunos otros problemas, pero... ¡yá se verá!

—¿Problemas? ¿Qué clase de problemas?

—Unos pequeños apuros económicos... ¡Vaya que sí!

—De repente yo puedo hacer algo, cuñado.

—Cuando bajes por allá, si es que las cosas todavía no mejoran, quién sabe si hablemos más detenidamente del asunto.

—¿Cuánto, más o menos, necesitan? —quiso sincerar Hérmel el problema.

—Regular, regular cuñado —admitió don Miguel Armando, tratando de no ceder un ápice en su posición digna.

—Si llega a estar a mi alcance, tú sabes que puedes contar con eso, Miguel. Piensa que si no fuera por ti, yo no estaría aquí a punto de sacarle el jugo a todo esto —aseveró Hérmel, dando un vistazo hacia el bosque.

—Hmm..., algo de diecisiete mil, más o menos —se sinceró el hombre de la Intendencia.

—¡Alláu! ; no es poquito ¿di?

—Sí, es regular. Los hijos crecen y los gastos con ellos.

—¡Caramba!

—Si hay la posibilidad, lo conversamos bien bonito en Iquitos. Claro que sí voy a perjudicarte... ¡ni hablar del peluquín!

—No, la familia tiene que hacerse presente en estos casos; el resto son vainas, cuñado.

—Gracias Hermelito, pero por ahora dejémoslo ahí todavía.

—Lo arreglaremos Miguel ¡seguro! Dile a mi hermana que ya no se preocupe, pero también pues, que no se esté comparando con mi hermana Zoila, a ver cual de las dos puede gastar más.

—¡Ah! —sonrió este—; eso no es problema —aseveró en un tono encubridor—. Pero ella está muy preocupada con todo esto —confesó rascándose reflexivo las rosadas mejillas. Se refería obviamente, a la deuda referida—. ¡Ah, me olvidaba decirte!: La Intendencia va a aperturar una oficina aquí en Pucallpa y parece ser que yo voy a venir a hacerme cargo de ella. Vamos a ver qué sucede más adelante.

—¡Pucha, eso sí que sería de lo mejor, cuñado!

—Ojalá pues.

En eso, apareció Julia Victoria saliendo de su tambo, para dirigirse a la ramada donde uno de los peones se afanaba atizando la candela de la tushpa. Parecía no haberse enterado de la llegada del visitante.

—No conoces todavía a mi mujer, ¿verdad? —se prestó a comedirse Hérmel a la presentación de rigor.

—Todavía —denegó Chávez-. Mi primo Gustavo Zevallos, tu cuñado por cierto —sonrió al decir esto—, nos contó en Iquitos que te habías casado. Pero no, todavía no la hemos conocido. Ya tu hermana está ansiosa de verla.

—Es la hija de "machote".

—¿El que gestionó la zona de "El encanto"?

—El mismo que viste y calza, aunque ahí en su campamento más se le vea patacala —bromeó Hérmel.

—Ja, ja, ja... ¡Vaya!

—¡Vita!

—¿Sí? —Julia Victoria se detuvo a atender la llamada.

—Ven un momento.

Dejando en manos del peón el tazón de arroz que llevaba, se dirigió hacia el claro donde su marido conversaba con el extraño a quien dos hombres más parecían cuidar a media distancia. En realidad, fue al encuentro de ellos, pues en esos momentos se dirigían hacia el tambo.

—Pero si es una chiquilla todavía.

—Yo también.

—Ja, ja, ja... Tú de pura suerte ya no has estado en la guerra.

—¿Sí? —inquirió tímidamente ella, al llegar a la altura de los dos varones

—Ven mujer, quiero presentarte a mi cuñado Miguel Chávez. Él está casado con mi hermana Elvira y también es su primo de don Oscar Zevallos, que fue nuestro testigo en el matrimonio, ¿te acuerdas?

—Mucho gusto, señor.

—El gusto es mío, muchacha.

A Julia Victoria le llamó la atención aquella extraña cicatriz que el hombre tenía en la manzana de Adán y no pudo evitar detener la vista en la llamativa marca.

—Supongo que por esta noche pernoctarás aquí, ¿eh cuñado? —quiso estar seguro Hérmel—. Al menos ¿no? —insistió.

—Me dicen que de aquí a "El encanto" hay un varadero.

—Sí; por ahí llegas en un santiamén.

—Tengo que evaluar qué promedio por hectárea hay de madera roja en los lotes concedidos. Tú sabes que este es un recurso que se agota, y más aún, si sólo se está explotando el cedro y la caoba. Por eso, o se empieza a resembrar, o se tendrá que incluir otras especies maderables, obligadamente.

—¡Pero anda dile eso a los malditos aserraderos que no compran otra clase de madera!

—No; esto es una cuestión que tiene para rato todavía. Pero es bueno que ya vayamos sabiendo lo que está pasando con los bosques; porque no solamente es una cuestión de la madera; esto atañe a todo un ecosistema.

—¿Un qué?

—Cae un árbol y con ello se altera la vida de muchos vivientes; es un cículo amplio.

—Cada vez los mitayeros tienen que adentrarse más al centro del monte; seguramente por eso será ¿no?

—Así es, cuñado.

—Vita, anda prepara algo para invitarle a Miguel.

—Permiso, señor.

—Vé muchacha.

Julia Victoria se apresuró en llegar primera al tambo. Caminó con rapidez, como queriendo pasar desapercibida, pues su naturaleza femenina le tenía informada de su desaliño y falta de arreglo personal.

El peón había terminado ya de preparar el arroz, dejando como vestigio una ruma de "soldados" sobre la mesa y estaba en afanes de pelar yuca para ponerlas a cocinar. Se llamaba Pedro Barbarán.

—Oye Perico.

—¿Sí, señora?

—De esa carne ahumada que está en el otro tambo, trae unos cuantos buenos trozos para freir.

—¿De sajino o de huangana?

—De la huangana su dejo es fuerte; trae nomás de sajino.

Cuando el peón se fue a cumplir el encargo, ella regresó al tambo a sacar un poco de manteca de cerdo que conservaba en una lata, y en la que quedaban algunos trozos de chicharrón huirahuira.

—Vita, préstame tu fósforo -le pidió Hérmel, enarbolando con petulancia un cigarrillo Lucky, que acababan de invitarle.

—Un ratito; ahora te traigo.

—Los mosquitos te están maltratando bastante, ¿no muchacha? —advirtió don Miguel Chávez, cuando volvió con los cerillos.

—Hay bastante zancudo y mantablanca —repuso ella, opacada y tratando reflejamente de cubrirse las pequeñas heridas de los brazos.

—Tienes que sacarle a tu mujer de aquí, cuñado —se encaró el gentíl hombre con Hérmel—. sino va quedarse toda cisurrita la pobre —acotó en tono paternal y sin ánimo de mellarla.

—¡Caray! De verdad yo también he pensado en eso, pero no sé adónde —replicó defensivamente el aludido.

—¿Cómo que no? —inquirió con severidad don Miguel.

—Digo, ¿no?

—Además doy mi cabeza a que esta muchachita está en cinta —aseveró enseguida, muy convincentemente.

—¿Qué? —dio un brusco respingo Hérmel, volviéndose hacia Julia Victoria que se veía de pronto puesta en evidencia.

Con las miradas fijadas en ella inquisitivamente, no tuvo más remedio que asentir, aceptando lo dicho por don Miguel.

—Quería estar segura de que no lo iba a perder otra vez.

—Si sigues aquí, eso puede pasar, muchacha.

—¡Ni se diga! —objetó Hérmel, bastante mortificado.

—Ahora que regrese del campamento de tu padre, te llevaré a Iquitos para que te repongas bien y esa criatura que llevas ahí nazca fuerte —más que ofrecer, ordenó don Miguel.

—No le diga nada todavía a mi papá, ni a mi madrastra —rogó Julia Victoria.

—¿Qué dices Hérmel? —le preguntó a su sorprendido cuñado, por mero formalismo.

—¡Claro!

—Dicho está.

—¡Caray! Debiste decírmelo, Vita —ensayó Hérmel un reproche que le salió sin mucho aplomo, pero radiante con una sonrisa pelamuela que hizo recordar su carácter jovial y alegre.

Finalizando el mes de setiembre de 1942 Julia Victoria fue llevada a Iquitos para que se restableciera bien de salud y completase sin riesgos ni sobresaltos su gravidez.

Tres meses fueron suficientes para que recuperase completamente su lozanía y mostrase una barriga de seis meses en toda su plenitud. Su mismo ánimo dio un giro diametral hasta su antípoda, ubicándola en una predisposición más conciliadora con su entorno y con más permeabilidad para hallarle interés a las cosas de la vida. Aunque algo íntimo le impulsaba a rastrear la titularidad de su propio lar.

Comenzó a estarse sujeta a una espontánea filosofía cotidiana, percibiendo los problemas y afanes existenciales como parte de su propia solución, e intuyendo caminos transitables, aún en medio de su solitaria manera de aguardar el tiempo de volverse a reunir con su esposo.

En enero de 1,943 regresó a Espinal y tuvo que hospedarse en casa de la comadrona del caserío, pues en la de su padre, excepto unos cuantos cholos que hacían de guardianes, ya no quedaba nadie, y que ella era ya "harina de otro costal", aunque a decir verdad, siempre se hubiese sintido así.

Desde que la familia en pleno tomó por costumbre trasladarse al Macuya y a Pucallpa, aprovechando cada espacio en el que doña Mercedes podía o forzaba eximirse de sus responsabilidades docentes, esta situación dejó de extrañar a los vecinos. El mismo río empezaba a alejarse del caserío y el caserío amenazaba languidecer.

—La criatura no está acomodada como debe ser, pero con unas cuantas sobadas, le vamos a poner en su sitio —le dijo doña Milia Navarro de Díaz, la primera vez que le revisó la barriga.

—Voy hacer pedirle a mi cuñada que me mande ungüento Ross para que me sobe bonito.

—Con unto de gallina nomás, hija. Y esto hay que hacerlo antes de que se haga más grande la bebé.

—¿Mujer va a ser?

—Por la forma de tu cadera, creo que sí.

El 10 de marzo de ese año, asistida por doña Milia y por otra joven partera llamada Margarita Pérez Panduro, hija de doña plácida Panduro, otra muy conocida comadrona del lugar, dio por fin a luz a una robusta niña, la que inauguró en sus entrañas los dolores infinitos de una primeriza y puso a orbitar bajo sus párpados a las mismísimas estrellas.

Una semana antes, Hérmel había pasado frente al caserío bajando rumbo a Iquitos con una gran balsa y quedaron que ella le alcanzaría después del parto.

Desde su controvertida fecha de fundación, cuyas versiones venían jaloneadas por defensores y detractores a la vez, hasta el día en que Julia Victoria decidió llamar Mercedes a su pequeña hija, Pucallpa había tenido un proceso evolutivo bastante vertiginoso.

Partiendo de su primer teniente gobernador, don Pascual Acosta Díaz, quien cayera asesinado por un reo al que trasladaba al pueblo tras capturarlo en una chacra, y pasando por su primer Alcalde distrital, don Pedro Pablo Gaviria, Pucallpa alcanzaba a la fecha la condición de capital de provincia, teniendo en su sillón consistorial a don Guillermo Sisley Medina.

Este auspicioso derrotero hacía vislumbrar la pronta activación de un eje de desarrollo demasiado dinámico para el gusto de algunas autoridades departamentales en esta parte de la selva y ya traía de vuelta y media a los humildes ribereños, quienes apenas si tenían tiempo de percatarse de los cambios, cual indígenas descubriendo la rueda en un avión en vuelo. El paso del tiempo en el campo resultaba demasiado lento, comparado con el de la ciudad, para que tuvieran arrestos de concebir un futuro a la par. La migración pues quedaba planteada como alternativa y sólo los que tenían cierta posibilidad económica, empezarían a tomarla de primera mano.

Cuando Julia Victoria llegó a Iquitos y Hérmel la llevó a casa de su cuñada Elvira, percibió que algo había cambiado en el trato que su cuñada le dispensara la primera vez, pues su actitud, ahora bastante fría, era contrastante con la emotiva bienvenida de entonces. Por otro lado, Hérmel prácticamente se cobijaba en la sobreprotección de la hermana y resultaba evidente el alarde posesivo que esta diseminaba por todos los rincones de la casa, haciéndole sentirse excluida hasta en el elemental detalle de ser llamada a la mesa. Algo flotaba en el ambiente que tenía el mágico efecto de soliviantarla, pero optó por reprocharse a sí misma y aguardar que aquello no pasará de ser un simple parecer.

Tuvieron que pasar unos días para recién comprender que aquella actitud había sido una estrategia para distanciarla de una toma de decisión que debió competerla de

todas maneras: el préstamo de Hérmel a don Miguel, por un monto de diecisiete mil trescientos soles, prácticamente toda la ganancia de la venta de su madera.

No supo explicarse, el por qué, pero sintió como si le hubiesen arrebatado algo de su pleno derecho a disponer, o decidir qué hacer, por lo menos. Aparte, por cierto, del acertado presentimiento de que ahí se había consumado una acción nada afortunada. En todo caso, cabía rescatar, aunque esto sirviese solo de consuelo, el gesto de gratitud de Hérmel, que a decir verdad, andaba afligido con los favores que le debía a su cuñado y consideraba su acción como un deber cumplido. Además, quedaba todo un bosque a disposición en el Lagarto, para seguir tentando a la fortuna.

Durante casi todo el año de 1,944 se pasaría alternando estancias cortas entre Espinal y el campamento maderero, dedicándose de lleno a cuidar a Mechita, su hija y a repasar los libros y cuadernos de escuela, avivando el deseo de volver a pisar un aula, pero esta vez en condición de docente.

Por otro lado, la relación con su esposo cursaba estadíos de abulia conformista, de resignación frente a las garantías del porvenir, acaso demasiado reposados para no extrañar un poco la incertidumbre, algo del sabor de la aventura. Y es que a sus dieciocho años, ella no había aprendido aún que los lazos matrimoniales, llegado el caso, requieren plantear resistencias silenciosas e inteligentes, tanto como ataques feroces y escandalosos para mantenerse vigentes. Obviamente en función de la atención que se ponga a los signos que trasunta la convivencia con la pareja, confrontándolos con la médula conceptual que se tenga del matrimonio deseado. Así pues, tramitaba su futuro confiando en que los sagrados deberes conyugales no podían dejar de surgir de manera automática de pactos, mandatos, promesas, compromisos y juramentos, que no requieren cuidado ni estímulo adicional porque devienen de la ley moral, civil y religiosa.

Cuando empezaron a llegarle a los oídos calificativos de pishuayo, sheretero, moshaco, mono machín, y otros de poca edificación, aludiendo a ciertas supuestas andanzas de Hérmel, prefirió no dar crédito a tales infundios, atrincherándose en el consejo que le diera doña Cleofé Santillana, una anciana aromada por la naftalina: “Al hombre hija, al principio hay que ayudarle a tener la razón”, le dijo. Claro que la lógica le hizo repreguntarse: “¿Qué si sus dichos eran mentira?”. Consideró complicado introducirse en tales laberintos especulativos, y optó por creer en su pareja con la docilidad de los primeros días.

Poco tiempo después sin embargo, en cierta oportunidad que le acompañó a Pucallpa, escuchó hablar pícaramente a dos mujeres treintonas que iban de paso por el malecón, refiriéndose a él con descarados excesos de confianza y tuvo que reconocer que aquello le hizo atragantarse de dudas. “Mira Shevi, ahí está el picshacho”, fue la primera expresión que le aceleró el pulso. Con todo, dejó que primase el consejo de la anciana Cleofé y fue mucho más cómodo aceptar la nerviosa risita de Hérmel, restando importancia al asunto, que pelearse con él. “Como yo les digo picshachas, por no decirles viejas bolsachas, me devuelven con la misma moneda”, fue su explicación. “¿Y por qué te tomas esas confianzas?” Le reprochó, a sabiendas que aceptaría cualquier respuesta.

Ese mes de octubre el gobierno había dispuesto se reservara para su lotización y distribución entre los obreros que trabajaban en la construcción de la carretera a Huánuco, los lotes de terreno denominados: Previsto (1,000 Hás), Boquerón (1,000 Hás), Aguaytía (1,000 Hás), Guacamayo (530 Hás), San Alejandro (1,330 Hás), Neshuya (470 Hás), y Núcleo N°7 (1,000 Hás). Y ella tuvo ganas de perderse tras alguno de esos lugares, no sólo por dar la espalda a su inseguridad respecto a la fidelidad de Hérmel, sino para ponerse a prueba con más protagonismo en el esfuerzo de consolidar su hogar. Pero no dijo nada.

Al finalizar prácticamente el año, en una de sus permanencias en el campamento maderero y poco después de haber atestiguado un lío desaforado entre su madrastra y su padre por el eterno asunto de las infidelidades de este, llegó a manos de Hérmel una carta de Panao, en el que se le hacía saber el deceso de su padre y de la necesidad de que su madre, o uno de los hermanos se apersonase para hacerse cargo de los bienes dejados.

Inmediatamente entablaron comunicación con Satipo, donde aún permanecía doña Zoila Jesús con la mayoría de los hermanos de Hérmel, así como con Iquitos, para enterar también a su hermana Elvira de la trágica noticia; pero al cabo, nadie quiso darse por aludido en el asunto, tanto como para emprender el largo viaje hasta allí. Aparte que los recuerdos del lugar no les era nada grato.

Para entonces, ya la firma norteamericana The Astoria Importing and Manufacturing Co, llegaba con su propia lancha hasta los mismos lugares donde los madereros armaban sus balsas para iniciar la larga travesía hacia Iquitos, a fin de negociar en el lugar, con ventajas de costo y pietaje, la compra de todas las trozas revolcadas y lanzadas a la boca de las quebradas.

Muy propicio para el deseo de Hérmel de partir a la tierra de sus ascendientes cuanto antes, el mencionado remolcador atracó en esos días en la boca del Macuya a ofertar su expeditivo método de comercialización con dinero en mano y hábiles cubicadores rapiñando ganancias en las medidas.

"Machote" declinó entrar en tratativas, alegando con toda razón, que con esta modalidad, aparentemente muy cómoda y menos onerosa, los extractores terminarían siendo simples empleados de los dueños del ASTORIA y sin márgenes de ganancias que pudieran dispensar una mejor espectativa remunerativa, acorde con las exigencias de la actividad.

Hérmel por su parte, tranzó inmediatamente teniendo en mente su inminente viaje a Panao y concedió a sus peones la disponibilidad del bosque hasta el fin de la creciente. Estaba entusiasmado con la idea de romper la rutina viajando a aquel lugar, del que solo vagos recuerdos pugnaban por conseguir forma en su mente, a despecho de un pesar que no conseguía hacer caber en su corazón, tan hecho a la medida de los agrios y esporádicos recuerdos de su madre y su abuelo Fidel.

Corría la segunda semana de diciembre del año 1,944 y la carretera Pucallpa-Lima, inaugurada el 7 de setiembre del año anterior, por el presidente de la República, don Manuel Prado, quien fuera recibido entre el júbilo popular y con los honores que su alta investidura exigía, por el alcalde provincial, don Guillermo Sisley Medina y

el Vicario apostólico de Ucayali, Monseñor Buenaventura L. de Uriarte, era ya una vía de comunicación oficialmente establecida y una opción confiable de transporte rápido y seguro. Ciertamente los cómodos buses, que circulaban por otras grandes carreteras del país, no llegaban todavía, pero los camiones de carga y algunas camionetas de audaces choferes provenientes de Huánuco y Tarma, hacían como bien podían las veces de dichos vehículos, atiborrando sus casetas y carrocerías con carga y pasajeros, sin distingo alguno.

En tales condiciones, Hérmel, Julia Victoria, Mechita y otros pasajeros ansiosos por partir a sus lugares de acogimiento —casi siempre más mental que real—, abordaron un maltratado FIAT de apariencia no fiable, cuyo traqueteo de motor hacía imposible hablar sin gritar, tornando la espontánea locuacidad de los viajeros en un barullo de babel.

Acomodados entre los bultos de la encajonada carrocería, todos trasuntaban esa excitación propia que endilga un viaje al iniciarse una partida.

En el caserío de San Alejandro, enclavado a orillas del río del mismo nombre, aprovecharon para estirar las piernas, proveerse de alimento y aliviarse de algunas otras necesidades fisiológicas.

Por su parte Hérmel y Julia Victoria, se animaron además a ir a saludar a don Luciano Alegría, a Sara Haya y Mercedes Haya, medios hermanos maternos de "machote", quienes poseían en el lugar una agencia de transporte, tanto para el servicio terrestre como fluvial.

—¿Adónde te vas, sobrina? —preguntó don Luciano, erigido ya en un hombre de renombre en el Neshuya y el San Alejandro.

—A Panao, tío.

—Eso queda al otro lado de Tingo María, creo.

—Se sube desde El Rancho, a la entrada de Huánuco —intervino Hérmel.

—¿Y qué van a hacer por esos mundos perdidos?

—Mi padre murió, y parece que dejó algunas cositas por ahí.

—¡Ah! ; lo siento.

—Así es la vida.

—Pero tú, ni un poquito te pareces a un shuco, oye Hérmel ¿No eres pues de Satipo?

—Mi madre es Iquitina pero crecida en el Madre de Dios y en el Ucayali. Yo también soy de la selva, nací en Masisea, pero mi ascendencia paterna proviene de Panao —replicó éste.

—No se van acostumbrar entonces por allá.

—Esperamos no quedarnos mucho tiempo.

—¿Y mis tías? —intervino Julia Victoria, meciendo en los brazos a su pequeña Mercedes, que empezaba a revolverse incómoda, abochornada por el candente sol.

—Ya deben estar en la agencia; anda a saludarlas.

—Sí.

—No te demores; no nos vaya a dejar el carro —advirtió Hérmel.

—Yo me encargo de eso, sobrino; no hay por qué preocuparse —tranquilizó don Luciano.

A punto de rodar al abismo en dos oportunidades, en La Divisoria y en el Cárpish y retrasados en múltiples ocasiones por los deslizamientos de tierra que interrumpían por varias horas el transito, al fin completaron el trayecto hasta Huánuco, al atardecer del cuarto día.

Aquí buscaron el hostal "La Cabaña", que según la carta recibida por Hérmel en el "Lagarto", pertenecía a doña Cira Pasos Ibazeta, su prima por parte de la hermana de su difunto padre, llamada Antonia, con la esperanza de tocar una puerta accequible de trasponer sin tanto sobresalto, hacia el extraño mundo de la parentela huanuqueña.

Al día siguiente, muy temprano, fueron transportados a lomo de bestia hasta el lugar que refiriera Hérmel a don Luciano, desde donde ascendía una delgada y serpenteada carretera, que según explicó el arriero, se llegaba a Molinos, Panao y a Chaglla.

Pronto abordaron un camioncito "mixto", de esos que todavía requería manivela para encender el motor, y no tardaron en verse rodeados por cumbres nubosas, mientras ascendían al punto máximo conocido como Puntín.

Cuando empezaron el descenso, Julia Victoria se quedó admirada del colorido y la distribución geométrica de los sembríos en la continuidad de las laderas, derramándose hacia el ubérrimo valle. Sintió que un poco de frío iba posándose sobre todas las superficies a su alcance, y en ese momento se percató de que no sabía qué estaba haciendo ahí, y tuvo de pronto ganas de llorar, de llorar hacia dentro, como cuando se llora sin consuelo.

—¿Qué tienes Vita? —le preguntó Hérmel, viéndola cabizbaja y aislada.

—Me duele algo la garganta —logró balbucear, fracturándosele un poco la voz.

—¿El tongoro no dirás? —le bromeó Hérmel, ajeno a la dimensión de su nostalgia.

Hizo un esfuerzo para sonreír y terminó besando con suavidad las sonrosadas mejillas de su pequeña hija, que dormía confiadamente en su regazo.

Aproximadamente a una hora y minutos de llegar a Panao, pasaron por un pueblito llamado Molinos, donde les refirieron que fue allí donde sorprendió la muerte a don Hérmel Alcibíades, al parecer con una neumonía fulminante y cómplice de la desolada madrugada en la que su desguarnecida situación de hombre solitario le

extendiera su fatal pasaje de ida. Julia Victoria pensó que definitivamente el reino de Dios no era de este mundo. Recordó aquello que Jesús dijera respecto a que, "en la casa de su padre muchas moradas había", también lo otro, referente a "una nueva tierra donde fluía leche y miel", y se sintió bastante desorientada. ¿En dónde estaría su suegro?

Al arribar finalmente a Panao, a la pareja le llamó mucho la atención la estrechez de la colonial plaza y de las calles empedradas con oscuras piedrecillas, así como el campanario, cuyos profundos tañidos vertían en esos momentos una suerte de plegaria por el deceso de algún feligrés.

La distribución urbana de la villa era un desafío a la horizontalidad, mostrando a las mismas viviendas como si hubiesen sido enclavadas a propósito para constituir gradas en la ladera, y forzando una crispada flexión de los dedos de los pies en el obligado subir y bajar por las calles de sus cuatro barrios.

Los cerros circundantes se habían cubierto de nubosidad y el frío se tornó intenso e inclemente.

Don Teodoro Ibazeta, tío de Hérmel y su esposa, doña Rosa Trujillo les hospedaron en su casa, cumpliendo de muy buen grado, las reglas elementales de la hospitalidad.

—¡Cómo te pareces a Hermelito, sobrino! —exclamó admirada doña Rosa al mirar a Hérmel, referiéndose obviamente al padre fallecido. Era una mujer muy señorial, que según serios decires, antes de casarse había vestido los hábitos conventuales como madre superiora.

—¿Qué tal el viaje? ¿No ha sufrido la pequeña con el cambio de clima? —preguntó don Teodoro, un hombrecito de estatura relativamente baja, rubio y ojos llamativamente claros.

—Desde Pucallpa hasta Huánuco nos hemos retrasado un poco por los huaycos; pero de ahí para acá, todo sin novedad, tío.

—Bueno, pasen por aquí para que se acomoden —invitó doña Rosa, señalándoles con sus pasos el camino hacia el interior de la casa—. Después tomaremos café —ofreció amablemente.

—Gracias —correspondió Hérmel—. Permiso tío —se dispensó frente a su pariente, para seguirla también.

—Sigan nomás, hijo.

Aquella fría noche, mientras sorbían con fruicción el aromático café cosechado y procesado en las chacras de la familia y degustaban con prudencia los panes de maíz, el queso fresco, las habas y las papas cocidas, los recién llegados observaron con curiosidad cómo don Teodoro antes de sorber su café, introducía una cucharita de plata en su taza, escudriñándola luego detenidamente.

—Sobrino, aquí nunca se sabe cómo le van a matar a uno —refirió al verse observado con curiosidad, aprovechando que su mujer se había retirado a la cocina.

—¿Y eso? —aludió Hérmel al acto de la cucharilla.

—La plata se oscurece rápido con el cianuro, que es un veneno potente fácil de encontrar y fácil de usar, que es lo peor.

—¿Pero quién querría hacerle daño, tío? —minimizó Hérmel las sospechas de su tío, que más parecían efectos de una paranoia.

—¿Quién? Nunca falta alguien que quiera mandarle a uno al otro sitio, sobrino. Tal vez después de mi muerte se entienda esto que digo, si es que queda alguno que quiera entenderlo —contestó este, con un dejo misterioso en la opacada voz, encogiéndose despectivamente de hombros.

Cuando abordaron el tema de los bienes dejados por don Hérmel Alcibíades, papá de Hérmel, la conversación se tornó mecida y ambigua, sacando sólo en claro de que Oscar, el hermano de Hérmel, que servía como radio-operador en la fuerza aérea, había estado ya en Panao y que se había llevado como derecho de parte, el producto de la venta de un camión. Por lo demás, todo fue un manejo de leguleyadas que ni Hérmel ni su mujer alcanzaron a descifrar.

En los siguientes días, a fuerza de observar, escuchar, e intimar con doña Rosa Trujillo, Julia Victoria se fue enterando reservadamente de algunas cuestiones convivenciales de aquel solitario matrimonio, como que ya no hacían vida en pareja, que no habían logrado engendrar hijos, que pensaban adoptar un niño al que ya tenían reservado el nombre de Esteban, que cada cual guardaba celosamente sus cosas de valor en su propio baúl y una serie de delicadas intimidades que tuvo a bien guardarse por respeto a la confianza depositada en ella. Lo único que llegó a confidenciar con Hérmel fue lo que la afable pero concisa anfitriona le digera respecto a la apropiación furtiva de la mercadería de la tienda de Molinos y de un terreno a media cuadra de la plaza de Panao perpetrada por Maricielo Holguín Ibazeta, una prima de él. Sobre este particular, y por sobre su comprensible decepción, optaron por asumir que lo referido no pasaba de un rumor maledicente, pues ahí los revueltos enconos no garantizaban sinceridad con nadie. De todas maneras, Hérmel se guardó sus dudas, para llegado el momento, sondear a la pariente tan malamente aludida, sobre qué sabía ella de la rapiña hecha con los bienes de su difunto padre. Y lo sorprendente fue que, al encontrarse días después con esta, la versión acusaría un giro tan desconcertante, que rápidamente le quedó claro que ahí lo mejor era dejar las cosas como estaban: La pariente en cuestión terminó alegando que tanto el tío Teodoro como el primo Perciles Cerezo Ibazeta —que fungía de su secretario en la oficina de asesoría jurídica que aquel tenía abierta en el pueblo—, fueron en realidad los que con argucias y tinterilladas se habían apropiado de la casa de Molinos, la chacra de Huarichaca, el amplio local donde funcionó el Partido Aprista del cual el finado fue su primer secretario de organización, y de un sinnúmero de terrenos ubicados en la periferie de Panao.

Aquella atmósfera familiar tan enrarecida de resentimientos, ambiciones y desconfianzas, le obligó a Hérmel a dar un paso atrás, santiguarse, y optar por aguardar quieto, sin remover las aguas, a ver qué le caía buenamente desde aquellas invisibles zarpas que arrebataron despojos apenas saberse el deceso. Por cierto, esta espera tuvo que ser rubricada con la resignación, pues su parte no pasó de unos

"sencillos" que el buen teniente gobernador de molinos le ayudó a recuperar de los deudores de la tienda de su padre, registrados con minuciosidad en un pequeño cuaderno de crédito.

Aproximadamente veintiún años atrás, doña Zoila Jesús Reátegui, suegra de Julia Victoria, se había impresionado al ver la cantidad de jamones que colgaban sobre el fogón de las cocinas en las casas familiares. Pero más impacto le produjo el hecho que jamás, durante su estancia, se le llegara a convidar un trozo de tan pregonada exquisitez. Ahora, a la nuera le cabía atragantarse con la misma experiencia, extrañando el terruño ausente, donde la frugalidad de su madrastra pasaba a resultar, en comparación, la generosidad más auténtica. "Aquí sólo les interesa adquirir dinero, ¡qué barbaridad!", pensó toda entristecida.

Para poder sustentarse y seguir accediendo a la austera dieta de la casa sin abrumarse ni opacarse demasiado, empezaron a tejer tarrafas para venderlas y así aportar una contribución que mantuviera sin queja la estancia en casa del tío Teodoro. Una especie de equivalente a eso de "no sentirse mal en casa ajena".

Acompañado de un ocasional amigo apellidado Vidal Reyes, Hérmel adquirió la costumbre de bajar diariamente al río a pescar, y la alimentación adquirió una dosis de sabor con las suculentas truchas que traía al atardecer, a las que Julia Victoria freía y presentaba con rebanadas de papas cocidas y con la más fresca ensalada de cebolla jamás probada en la región de los bosques.

Este amigo, corrido el tiempo, sería profesor de su sexto hijo en la Facultad de Odontología de la universidad de San Marcos, aunque ya en edad avanzada. Coincidencias de la vida.

Pero inexorablemente la situación se fue perfilando para exigirles una definición de permanencia en el lugar, y les resultó fácil comprobar que espacio ahí no tenían. En unos meses había languidecido el interés por el suelo ancestral, por el supuesto afecto de los parientes, por la fantasmal herencia del padre bien acomodado, por la opción novedosa de resurgir en una tierra nueva, y ante este panorama, sin pensarlo dos veces, decidieron emprender el camino de regreso, fortalecidos en una añoranza casi plañidera, en una despedida prefabricada desde su llegada, y a pesar que sabían que volverían a un punto cero. Julia Victoria, recién llegó a enterarse que Hérmel había traspasado a unos amigos de su cuñado, con un trato de producción a medias, la concesión maderera del "Lagarto". A ella pues, el regreso, aún cuando Hérmel le asegurara que dicho traspaso regía solamente hasta su vuelta a Pucallpa, le deparó alegrías en dosis exactas para el alivio de alejarse de Panao, pero no para más.

Un tal Manuel Minaya, aparentemente compadecido de esta situación, les dio una recomendación para que el cholo que cuidaba una chacra de su propiedad en el km 53 a las afueras de Tingo María, saliendo hacia Pucallpa, les recibiera sin objeción alguna.

—¿Cómo agradesco este gesto, Manuel?

—No es nada; tu padre fue una buena persona; muy educado.

—Si alguna vez te vas por Pucallpa, nos visitas. En la Intendencia Forestal te dan

mi dirección sin problemas.

—Gracias.

Adioses mortecinos, despedidas contemplativas, frases repletas de fe sin obras, asuzaron su partida. La actitud de la parentela les dio la impresión que el deseo era que de una vez se fueran. La presencia de Hérmel era un aguijón en la conciencia de muchos, y la idiosincrasia en que se movían prefería un buen negocio a una parentela satisfecha.

Cuando llegaron a la chacra direccionada en las afueras de Tingo María, el cholo guardián que Manuel Minaya mencionara y que se llamaba Benito, se portó arisco y receloso, habiendo llegado Hérmel a punto de irse de manos con él. Finalmente los tratos se apaciguaron y el cholo les llevó a un tambo deshabitado que coronaba una loma, que tenía una ramada por atrás y un horno de barro en su patio delantero.

Estaba la humilde vivienda construída sobre altos horcones y techo de hojas de palma, y aunque de rústico entablado, a Julia Victoria le pareció como el mejor nido para un ave cansada de volar.

Por la onomatopeya de su canto, unas panguanas llamadas por los lugareños "juancitos", empezaron a ser cazadas con regularidad por Hérmel, para salvar la escasez de alimentos devenida de la falta de ingresos al hogar. Tenían retenida la escopeta del cholo Benito, quien, aparte de no utilizarla, no era su dueño. Manuel Minaya les había sugerido utilizarla mientras permanecieran en la chacra, y su previsora recomendación no pudo ser más providencial.

Al poco tiempo, Hérmel lograría entrar a trabajar, primero en el fundo "Yolanda" y posteriormente en el fundo "Ana María", como un jornalero más, situación que en vez de sosegarle, empezaría a violentarle el carácter, en desmedro de una buena relación con su entorno. Típico cultor de la filosofía del menor esfuerzo, solo que puesta al servicio de sus ínfulas de clase y no del gusto de hacer las cosas, terminaría menospreciando las dos opciones laborales, alegando que no era cholo de nadie para estar "matándose" de esa manera y para estar obedeciendo a cualquier cojudo, toda vez que él había nacido y crecido en una familia de patrones y que aún antes de su mayoría de edad ya había empezado a fungir también como tal, desde que incursionara en la explotación maderera.

Julia Victoria por su parte había salido de Panao cargando ya en el vientre un nuevo embarazo, pero no regateó esfuerzo ni tiempo para, apenas llegar a la chacra de Manuel Minaya, hacerse de un tacarpo y sembrar yuca, frejol y maíz alrededor del tambo. También abonó un almácigo para legumbres, esmerada en minimizar gastos y desahogar las angustias de estar pidiéndole dinero a Hérmel, y puso funcional el abandonado horno de barro, esperando en algún momento hacer pan de casa, aunque sea con yuca.

Para completar el esfuerzo, compró en la chacra del "cerreño", cinco coloridos pollitos, para criarlos como "chunchitos" en un espacio acondicionado en una esquina del alto entablado con la sentadera de una banca tumbada en triángulo, sumando así alternativas para responder a las tantas necesidades hogareñas sin tener que sufrir insomnios y obedeciendo espontaneamente a su naturaleza previsora,

laboriosa y emprendedora. Inclusive, puso a secar la hierba cultivada para remozar el tosco y maloliente colchón que cubría la única tarima de la casa.

Cuando su barriga se hizo demasiada pesada como para permitirle excederse en ajetreos que pudieran poner en grave riesgo su estado gestacional, Hérmel trajo a casa a un muchachito de nombre Tantán, hijo de un peón del fundo "Ana María", para que le ayudara en los mandados a las colonias de Shapajilla y Naranjillo, donde se cultivaba básicamente té, traído por un trío de japoneses desde su tierra y donde se podía encontrar todo tipo de abarrotería en las surtidas bodegas que en ellas existían. Obviamente también, para que le aliviara de los largos desplazamientos con idas, venidas, bajadas y subidas de la casa y sobre todo, del acarreo de agua desde el río Supte, que discurría cañada abajo.

Estaban en el mes de mayo de 1,945 y como acostumbraba hacerlo todos los días, esa mañana también se levantó temprano sin dejarse arredrar por el frío que atería su piel desde la húmeda nubosidad posada sobre las colinas circundantes, ni contagiar por la tibiesa y el despreocupado abandono que trascendía del sueño de Hérmel.

De una sola vez se escurrió del calorcito de la cama y estimuló con el siseo de siempre a Mechita, para que orinase en el bacín. Era la única forma de evitar que el colchón de paja se desbaratase antes de tiempo.

—¡Tantán! —llamó con energía al vivaracho muchachito que cada día prefería quedarse de largo con ellos, antes que volver a dormir a su casa—, levántate ya haragancillo —le apremió.

Después de atender a Mechita, que ya no quiso volver a la cama donde Hérmel empezaba a desperezarse, se dirigió a la cocina a preparar el desayuno, pensando en el cambio de carácter del esposo, quien solía ahora beber licor con regularidad y exceso, exacerbando sus imaginarias reyertas con agazapados culpables que buscaban "joderlo" y que terminaba perseguiéndoles hasta el hogar.

Ahora se le había dado por violentarse absurdamente atrapado en un meollo de aviesas ideas, las que luego de victimarla, apaciguaba consumiendo sexo con ardiente y voraz apetito, sin considerar que ella pensaba más en su barriga que en aquellos tontos alardes de macho. Y lo peor era que al día siguiente resurgía arrepentido de la boca para afuera y sin visos de alcanzar el equilibrio mental necesario para enrostrar los problemas sin tanto lamento, sin tantos culpables frente a sí, sin tanta "mala suerte", sin tantos argumentos factuales.

—Mientras van desayunando voy a ir avanzando la lavada —le dijo a Tantán que se hallaba dando de comer a las gallinas a un costado de la abierta ramada—. Subes a llamarle a don Hérmel, después —le ordenó seguidamente, dirigiéndose con lentitud al delibrado patiesito donde unos minutos antes el muchacho había estado afilando el machete y acomodando envases con agua.

—Sí señora.

Sin mayor preámbulo, se sentó en la cómoda piedra de afilar, postura tan usual en la ribera ucayalina, dificultando su respiración con la presión de su barriga, y se puso a jabonar la ropa sucia acumulada hasta ese momento. Frente a ella, a unos

cuatro metros, el horno de barro estaba en el orden del día para limpiar la ceniza acumulada dentro de él durante la panificación que hiciera la tarde anterior.

—Me voy ya —se despidió en esos momentos, Hérmel, rodeando la cocina—. Hoy me van a decir si ya podemos trasladarnos a la hacienda "Ana María" Ahí hay una casita bastante mejor que esta, y rodeada de un lindo pitucal. Porque, de verdad, aquí el Benito ya me tiene inflamadas las talegas con sus desplantes —por cierto, se refería al cholo de los Minaya, puesto ahí de guardián.

—No le hagas caso —le replicó ella por decir algo, sorprendida de lo que acababa de escuchar, pues suponía que de ahí iban a partir a Pucallpa, sin mayor dilación.

—Si me ceden la casita, nos vamos. Mi trabajo está ahí mismo, y que mejor que vivir en el mismo sitio, ¿no te parece? —alegó Hérmel apercibido de su desazón.

—Desde que ha amanecido estoy nerviosa; será por lo que me acabas de decir.

—Tu barriga es. Debe haber ahí un machito queriendo salir a patear pelota.

En eso se apareció la pequeña Mercedes, con su bacín en la mano, exigiendo atención.

—Caca Mamita.

—Chao mi patucho en cucurucho —se apresuró zalamero a despedirse de su hija, Hérmel, con sus inventadas frases sin sentido y apachurrándole cariñosamente los gordos y chaposos cachetes.

—Acomódate ahí bajo el horno, hijita —le indicó Julia Victoria.

—Chi mamita –contestó la bebé, con voz engreída.

No tardó la niña ni diez segundos en acomodarse donde le indicara su madre, e igual tiempo después, para que el aire se llenara de una energía letal puesta a escarbar estremecimientos en la piel de Julia Victoria.

Dócil en su intuición, levantó la vista como atraída por una fuerza hipnótica de envolvente intensidad y se encontró con aquellos ojillos indescifrables, estancados y llenos de abismos, y con esa lengua bífida desenroscándose hacia ella como un látigo dipallium, con intención de esculpir la réplica de su víctima antes de abalanzarse.

Desde la cálida ceniza que había amontonando a la puerta del horno después que asara sus panes la tarde anterior, una tremenda víbora shushupe se hallaba erguida a unos ochenta centímetros del suelo oscilando la terrible cabeza de manera amenazadora. Se hallaba justo por encima de donde Mechita, sentada confiadamente en su bacín, hacía sonoros pujos para acelerar su necesidad fisiológica.

—¡Hijita mía, no te muevas por el amor de Dios! ¡No hagas bulla mi hijita! —le suplicó angustiada tratando de mantenerse tiesa, acartonada—. ¡Quédate ahí mi bebita! —recalcó, mordiendo las palabras y temblando con las oleadas reflejas que le llegaban desde un maremoto medular.

La fiera se desenroscó un tanto, resbalándose sobre sí misma con un efecto escarapelante y se irguió más agresivamente, anillo sobre anillo, para apuntar la lengua retráctil siguiendo el eco de su voz. Parecía estar desorientada.

Era un formidable animal perteneciente a una familia ofídica de instinto agresivo extremo, temida en toda la selva de manera casi irracional. Atacan suicidamente al mismo hombre y lo hacen como un perro rabioso mordiendo repetidas veces con enzañamiento, aún hasta después de haber inoculado todo su veneno a la víctima. Si alguna presa intenta escapar, la persiguen esforzándose con saltos fieros hasta lograr alcanzarla y matarla. Así que Julia Victoria estaba pasando en esos momentos un difícilísimo trance, agravado por la presencia de su pequeña hija que, mientras no se moviera, tenía una pequeña opción de salir con bien de la peligrosa situación.

—¡Tantán! —volvió a llamar midiendo la voz.

—¿Sí señora? —contestó para su alivio el muchacho, desde la ramada trasera.

—Vete hijito por ahí nomás y alcánzale a don Hérmel, ¡rápido! Dile que hay una tremenda víbora en el horno ¡Corre por el amor de Dios! —urgió al muchacho, salpicada de pánico y a punto de correr a cualquier parte. El miedo amenazaba rebasar su resistencia.

Cuando Tantán salió raudo de la cocina, la shushupe volteó a mirar hacia el lugar, alertada por sus pasos, pero rápidamente volvió a girar la cabeza hacia Julia Victoria, fijando en ella esos ojillos acuosos y siniestros de pobre visión, cimbrándose lentamente hacia atrás, lista para dar el salto definitivo, mortífero. Todo pareció detenerse en ese intercambio de miradas.

—No te muevas, Vita —rompió susurrante, Hérmel, aquel estado hipnótico, ya agazapado en el entablado del tambo. A su lado, Tantán respiraba con dificultad.

—Por favor, haz algo, rápido —suplicó gimiente; se desmoronaba desenergizada—, sálvale a mi hijita —rogó con abnegación de madre.

—Es un shushupazo el maldito. Pero también si le escapo..., va a saltar por el humo de la escopeta —advirtió, asumiendo, porque sí, que se trataba de un macho.

—Apuntale bien.

—Si le escapo, Vita, el Tantán va a tirarle una sábana; entonces tú corres para acá y yo trataré de sacar a mechita por atrás del horno, ¿si? —repasó rápidamente Hérmel su improvisado plan, mientras afinaba la puntería en esa posición zurda con la que solía disparar.

El violento estampido dejó sorda a Julia Victoria, con un molesto tinitus zumbándole en el centro del cerebro que le hizo recordar la vez en que le disparara a quemarropa a un otorongo en el campamento del Lagarto. Sus caldeados párpados plegados con toda la potencia de un mecanismo de defensa reservado para el momento, le hicieron verse a sí misma cayendo en una órbita multicolor sin inicio ni final, y ya hecha continuidad con la piedra de afilar sobre la que había permanecido sentada, libre de toda sensación.

—Toma, agarra a la bebe; ya pasó todo —escuchó la voz de Hérmel. La barriga se le puso dura. Entreabrió los párpados.

—¿Le diste? —atinó a preguntar abrazando a su hija.

—Ahí está —contestó Hérmel señalando al animal yerto—. Es grandazo. Esta fiera debe tener unos cuatro metros.

—¡Mamacita del verbo!

—¡Menos mal que el Tantán me alcanzó a tiempo, ah! Por eso hay que limpiar y revisar bien los hornos, porque el calorcito atrae a las culebras y a las víboras como esta —advirtió—. Aunque esta ha venido oliendo tu embarazo.

—No creo.

—Va a ser varón.

—¿Así dicen pues, no?

—Es cierto; las víboras persiguen a las mujeres en cinta que van a dar a luz un varón. Deben olfatearles seguro algo que les diferencia de las mujercitas.

—Eso le escuché decir también a la comadre Milia, en Espinal.

—Cierto es. Y tú sabes que yo así nomás no creo en las abusiones de viejas.

—Bueno, gracias a Díos no nos ha sucedido nada grave. Hay que botar ahora lejos ese animal.

—Le voy a sacar primero su cuero.

—¿Pero para qué? —objetó toda nauseosa, sin poderse evitar escupir a un costado, contra su costumbre.

—Hay un gringo que se llama Jhon Shannon, que viene continuo a la tealera de ahí del Centro de Colonización; de repente así me lo compra —aventuró Hérmel, sonriendo satisfecho por un buen pago escenificado a conveniencia en su cerebro.

A los pocos días de este incidente, se trasladarían a vivir al fundo "Ana María", como lo había previsto Hérmel, donde otro suceso fuera de lo común, les dejaría consternados por un buen tiempo.

Camino al tambo del pitucal, cierta tarde avistaron a un grupo de peones que trasladaban en hombros a un enfermo depositado en una improvisada camilla hecha con ramas y soga de monte. Al acercarse, el convalesciente empezó a gritar con fuerza, presa de un dolor insoportable y a sacudirse convulso, obligando a sus cargadores a posar la camilla en el suelo. Cuando Hérmel y Julia Victoria llegaron a su altura, expiró.

—¡Qué mala suerte! —exclamó conmovido uno de los peones.

—¿Qué pasó? —le preguntó Hérmel,

—Hace dos días le "picó" un shushupe y parecía que se estaba mejorando —contestó el susodicho—. Ya no se puede hacer nada ahora —se lamentó.

—Porque un picado de víbora no debe ver a una mujer en cinta para nada —intervino otro peón, que permanecía en cuclillas cerca del muerto.

—¿Qué ya tiene que ver? —se empacó Hérmel.

—Se muere sin remedio —reafirmó el mismo hombre con gesto fatal, mirando de reojo la camilla.

—¿Quieren decir que ha muerto por mi culpa? —inquirió muy consternada Julia Victoria.

—No señora; ha sido el destino —fatalizó un tercer peón, ya entrado en años, santiguándose tres veces.

El primero de junio de 1,945 Julia Victoria alumbró finalmente el varón esperado y tuvo a bien anotar en un trozo de papel de "despacho", los concisos datos con los que le inscribiría en Tingo María, apenas tuviera oportunidad de ir hasta allí.

Garabateó lo siguiente:

Arquímedes Ibazeta Marino.

1° de Junio de 1,945

Hacienda "Ana María"

Distrito de Rupa Rupa

Provincia de Leoncio Prado

Departamento de Huánuco.

Con dos hijos hurgando en sus tímpanos y en su mano, el pan de cada día, un tanto agotada ya de merodear pensamientos alrededor de una esperanza de vida menos afligida, menos apremiada por abismos socavándose tras ella, aunque porfiando en suponer que una vez que arribaran a Pucallpa, la cuenta que su concuñado tenía pendiente con Hérmel sería saldada y que así el mundo se vería mejor, cierto día se hizo el propósito de no volver a afanarse tras las cuestiones del mañana, y dejó de hacer esperar a su recién nacido que chasqueaba la lengua en la gotera de sus pezones, asimilando con gratitud las dádivas de cada día. Extendió la mano, he hizo que su pequeña Mercedes también reposara la cabeza sobre su regazo, en tanto ella aquietaba la mirada en el camino por donde vería aparecer al esposo con su andar ligero de pisada divergente como cola de golondrina.

XXXV

La quebrada Pata había permitido a un grupo de cashibos del curaca Bolívar hacer una incursión exitosa contra otro grupo rebelde de su misma etnia, que al parecer iba desplazándose hacia la zona conocida de Carvajal, donde grupos reacios a tomar contacto con la llamada civilización, habían venido congregándose cada vez con mayor frecuencia desde la apertura de la carretera a Lima, para acantonarse en esta zona del Pachitea, con su cultura intacta y bravía.

En número de catorce, bien armados con carabinas y machetes, regresaban de la correría con treinta prisioneros, entre hombres, mujeres y niños, habiendo pagado por precio a tres de los suyos, caídos a flechazos en cruentos hostigamientos.

Al caer la tarde, se dispusieron a pasar la noche en un lugar aparente, para lo cual escogieron una atalaya arenosa desde cuyo promontorio una grieta erosionada por alguna cashuera formada en la temporada de lluvias, improvisaba un camino hasta un extenso banco de arena que la vaciante había formado en el lecho de la quebrada.

Parado en medio de la blanca playa, uno de los captores comenzó a proponer que cada cual tomara de entre las prisioneras, mujer para sí, pero entre los ajetreos de acondicionar el campamento, su torpe insinuación no pasó de una chanza del momento.

Los diecisiete hombres cautivos fueron amarrados entre sí en un extremo del promontorio donde se preparó una hoguera para no perderles de vista y las ocho mujeres, junto a los cinco niños varones del grupo, igualmente en otro extremo, dejándoles ocultos tras unas plantas de ñejilla. Una de las mujeres era todavía una niña que seguramente frisaba los doce años de edad.

Al caer la noche, otra vez cargada mitad por mitad de bien y de mal, el mismo cashibo de la tarde, arremetió otra vez con sus retorcidas ideas de violación, logrando con afinada insidia que esta vez sus "civilizados" compañeros, sí se afiebraran de deseo delirante, acordando bajar a la oscura playa a siete mujeres adultas, pero después de exitarse un poco más con la última porción de aguardiente que a cada uno le quedaba en el morral.

—Una mujer para dos —hizo uno, la distribución.

—Sobra una —se percató otro, tan gigantesco de tamaño, como escaso de cerebro.

—Esa no está en edad todavía —advirtió el de la voz campante.

—¿Cómo vamos a hacer?

—Primero bajaremos siete, y luego los otros siete, para no dejar de vigilar a los prisioneros.

—Que Cayti nomás se quede, y después ya que baje; sino uno a uno no vamos a poder dominarlas.

Así se ensarzaron en una accidentada conversación que fue tornándose más atrevida al pasar las horas y hacer efecto los tragos libados a pico de botella. Se

pusieron bulliciosos como jauría tras perra dispuesta y con el alma primitiva puesta a navegar como canoa sin quilla, ensayaron grotescamente danzas de guerra, antes de repartir el despojo.

Llegado el momento culminante de la lascivia, no les importó que la hoguera estuviera languideciendo, ni que algunos de los prisioneros se mostraran damasiado despiertos sin quitarles los ojos de encima.

Ahí, la orgía llamaba con fuerza a licenciosos excesos, y como en toda adoración pagana, la falta de dominio en voluntad e inteligencia daba la pauta fundamental.

De dos en dos se fueron perdiendo hacia el oscuro arenal de la playa, arrastrando a sus respectivas víctimas, que sin lanzar un solo gemido, se resistían fieramente al ataque, como lianas montarces a un ventarrón. Los indios, enardecidos con estos forcejeos, se reían a carcajadas y se empujaban adrede para hacerse tropezar unos a otros y enredarse con las mujeres en la arena. Se tanteaban en medio de la cerrada oscuridad, a las justas rota por un tenue resplandor que flameaba en el refugio y ese juego parecía excitarles aún más.

Al poco rato, sin poder aguardar a que su par se saciara con la india tocada en suerte, el cashibo grandulón, volvió a subir apuradamente al promontorio y sin contemplación alguna, se cargó a la espalda a la muchacha de quien se dijera no estaba todavía en edad de someterla a tan infame ataque.

—Después te vienes tú Cayti —le susurró al solitario guardián, que siendo el más joven del grupo, no atinó a replicar, a pesar que escuchó el llanto de la niña cuando pasaron por su lado.

Abajo, las imprecaciones, las risotadas y el eco de cortas carreras en el agua, se entremezclaban con algunos gritos de las mujeres que eran golpeadas para poder someterlas. Parecía una colpa cundida de diablos.

Un agudo y desgarrador alarido irrumpió de pronto por la misma oscura garganta de donde provenían los ruidos regurgitados por los desmanes de la orgía, paralizando a víctimas y victimarios en el vilo de un acto brutal que nadie había previsto. Pero rápidamente el grito se agotó en las fauces de la noche y solo la hoguera pareció sucumbir a la sofocación de sus llamas explayando las formas espectrales que empezaban a perturbar las pupilas.

Repuestos los violadores de la impresión que les causara aquel lastimero grito, volvieron a la carga sobre sus presas, que ya empezaban a ceder exánimes a la consumación del vejamen, sin más alternativa que empuñar la arena y cerrar los ojos.

Mientras esto sucedía en el banco de arena, arriba, en el silencioso campamento, ya casi en oscuridad por la extinción de los tizones, el joven vigía, Cayti, se iba adormeciendo vencido por el cansancio que su edad de púber aún no sabía dosificar.

Esta situación no había pasado desapercibida para los guerreros cautivos, que desde que fueron confinados a su aislado lugar de prisión, venían esforzándose por liberarse de sus ligaduras y así intentar la huida antes del amanecer.

Cuando los feroces gritos en la hondonada cesaron, los diecisiete se agazaparon como fieras para iniciar el asalto. Pensaban en sus niños y en sus mujeres por quienes debían ser contundentes en un ataque infalible. Por este motivo, rápidamente desecharon acercarse a Cayti que cabeceaba frente a ellos, pues podía escapársele un disparo de alarma en una reacción refleja de puro sobresalto. Ya después, una vez eliminados los de abajo, no sería problema matarlo.

Uno a uno se escurrieron sigilosamente hacia el barranco que daba a la playa donde sus mujeres eran violadas, y adueñándose de algunos machetes dejados por sus captores prendidos en la arena, procedieron a asesinarlos sin misericordia, sin una sola náusea, con desaforado furor.

Como toda muerte trágica, la energía siniestra y malsana liberada en aquella venganza, hizo estremecer a los tallos, a las hojas, al arroyo murmurador, a la brisa aquietada hacía rato y a las luciérnagas que espantadas cedieron a la noche guardar aquel terrible testimonio.

Poseídos por un espíritu de violencia, los cashibos salvajes no pararon de tasajear por completo a sus paisanos puestos al servicio del hombre civilizado, hasta quedarse sin resuello y dolerles la base de los pulgares. Si se hubiese podido distinguir la sangre y ver los trozos humanos dispersos sobre la arena, aquella espantosa carnicería hubiese hecho vomitar a Cayti, quien recién empezaba a cerciorarse de que sus prisioneros no estaban en su lugar.

Como un sonámbulo, el adolescente cashibo trató de alcanzar la carabina que se le había escapado de las manos, resbalándose hacia atrás en su torpe intento de asirla. Las piernas, en la posición de cuclillas en que se encontraba, se le habían adormecido y las brasas de la hoguera eran ahora sólo pálidas lengüetas tricolor, que surgían mezquinas cada vez que el viento enrojecía los mortecinos tizones, proyectando tenues claridades que inducían a adivinar las formas y la naturaleza de todo aquello que aparentaba moverse, de aquello que iba a su encuentro con sigilo de cazador furtivo y mortífero.

Acechado por la muerte y repuesto en la energía del miedo que impulsa a sobrevivir en el mismo borde del fin, dio un salto al vacío, descontando que la quebrada debajo de él, cargaba suficiente caudal como para no romperse la osamenta.

Luego de desaguar sus fosas nasales inundadas de lleno en la caída, se dejó llevar por la corriente, gateando en las zonas bajas y sin recordar su buena suerte de no estar descalabrado.

Poco a poco, los gritos y chapoteos de sus perseguidores quedaron atrás, pero él siguió empeñado en adelantarse a la corriente, por un infinito momento más.

Cuando se percató que no valía la pena porfiar en tamaño esfuerzo, inmediatamente buscó donde asirse, pues sus pies, en el tramo que nadaba, no tocaban fondo. Finalmente, logró sujetarse de unas retorcidas raíces de un viejo renaco, insensible todavía a los efectos del agua y el frío sobre su piel. Ahí se quedó semi sumergido, sustraído de toda percepción, que no fuera el de su audición.

Al despuntar el alba, con la piel corrugada y las uñas suavizadas y emblanquecidas

por tanta exposición al agua, recién se decidió a dejar su refugio. No sabía hacia donde dirigirse. Pero pensándolo bien, se decidió remontar el cauce, para ver qué había sucedido en el campamento antes de su salto al vacío, para lo cual se puso a cantear la quebrada, caminando por sumideros y playas y nadando en los trechos encajonados, donde el agua ahondaba su lecho y la vegetación arbustiva de las orillas era demasiado intrincada. Sentía además el temor de encontrase con sus enemigos, de optar por salir a los invisibles senderos de la selva, que solo ellos sabían reconocer.

Con el follaje aún lamido lujuriosamente por la bruma del amanecer y aplastado de silencio en el preludio de la algarabía matinal, llegó por fin al banco de arena donde la noche anterior se habían suscitado los sucesos trágicos que su corazón le venía previniendo.

Los pedazos de los muertos yacían aquí y allá, cual amasijos sanguinolentos cundidos por voraces hormigas desordenadas en la abundancia del festín. Algunas cabezas separadas del tronco parecían estar bebiendo agua al borde de la playa, en tanto unos alevinos carniceros les mordisqueaban la boca y los ojos. El cuadro de por sí era espeluznante, pero esa bóveda verde, sombría y carcelaria, junto al rumor misterioso de la quebrada, le daban en ese momento un hálito siniestro al conjunto.

Casi al iniciarse el barranco, Cayti vió un cuerpecito entero en una pose grotesca, que le trajo a la memoria el momento en que su compañero de correría, el gigante "cashapona", le dijera: "Después vienes tú Cayti". Estaba amarilla como si un horrendo vampiro le hubiese succionado la sangre rasgándole a dentellas sus virginales partes. La inocente recién había entrado a perfumarse en los vergeles de su mocedad, cuando la muerte vino por ella de manera absurda, brutal. No pasaba de los doce años. Estaba vengada, pero de qué servía.

Cayti espantó inútilmente por un buen rato a las tornasoladas ronsapas que llegaban a posarse en las huellas de sangre y en la reseca saliva que asomaba en las comisuras labiales de la niña y luego a gatas, trepó a la loma de donde había saltado a la quebrada aquella noche, llorando convulsamente, sin saber por qué.

Enjaulado en el terrorífico escenario, permaneció largos minutos dando vueltas en lo que fue el campamento y el banco de playa. Después, olfateando el aire cual perro extraviado lejos de casa, se dispuso a tomar dirección hacia las zonas del Neshuya y el San Alejandro, donde un contingente de sus paisanos al mando de un lugarteniente del curaca Bolívar, hacían correrías hacia el otro lado del Aguaytía, involucrados con el gobierno para ahuyentar a los cashibos bravos de la ruta de construcción de la importante carretera Pucallpa –Lima. De esta manera, echando un último vistazo, una ojeada casi morbosa alrededor, se acogió a sus secretos aborígenes y se fue a mimetizarse con el bosque en busca de sus sendas perdidas.

La inevitable construcción de la carretera Federico Basadre, el descubrimiento de oro en el río negro, la explotación de madera en el Aguaytía y el Pachitea, la llegada de Le Torneau al Semuya, Agua Blanca, Carvajal y Pachitea y el mismo hostigamiento de sus paisanos civilizados, liderados por el curaca Washinton Bolívar, irían tornando inhóspitas las áreas territoriales libres de los cashibos bravos, puestos a huir de uno a otro lado, acorralados en sus propios territorios

ancestralmente delimitados y los llevaría inexorablemente a sucumbir dentro el sistema imperante donde a cambio de no ser perseguidos, terminarían siendo explotados por algún patrón.

En el San Alejandro y en el Neshuya, Luciano Alegría, medio hermano de "machote", sería patrón de decenas de shipibos y cashibos puestos a trabajar a su servicio básicamente en la madera. En el río Negro, Yamato Taba atraería a su banco de explotación de oro a un sinnúmero de cashibos por intermedio de su concubina, tomada de esta tribu. El mismo "machote", en el Juantía, el Uruya, el Macuya y el "El encanto", seria el "papá" Antonio de cantidad de nativos, básicamente de esta etnia, puestos bajo su "protección". Otros tantos patrones harían también su parte, tomando para sí a muchos agotados cashibos, cansados de deambular en desbandada por sus montes cada vez más ajenos.

El grupo del que Cayti se salvara la madrugada de las violaciones en la quebrada Pata, no fue una excepción al fenómeno. Errantes en los bosques del Shebonya y el Macuya, terminarían entrando en contacto con sus paisanos civilizados que servían a "machote" en "El encanto", e inexorablemente, integrándose a estos, pidiéndoles que intercedieran por ellos ante el patrón.

Después de escuchar los pormenores de la trajinada peregrinación del grupo y en el que los niños mostraban un estado calamitoso, "machote" ordenó a Custodio, el hercúleo cashibo quien creciera prácticamente junto a la propia familia, llevar a los desdichados al campamento nativo enclavado al margen del Macuya, frente a la desembocadura de El Encanto, para su alimentación y acomodo en las malocas comunes.

Este suceso tuvo lugar al poco tiempo de que Antonio Marino llegara a posesionarse del lugar, cuando aún nada hacía predecir la aciaga desaparición de la cashiba Margarita, entregada a la muerte por un desliz en asuntos de amores y la partida definitiva de doña Mercedes a Pucallpa.

La ruda vida de la montaña había tatuado en el carácter de "machote" un desapego al rol convivencial en familia, tornándose más afecto al nomadismo aventurero, sin más responsabilidad que ir tomando y dejando en el camino lo que las circunstancias a bien tenían permitirle; descontando por cierto, el especial esmero que ponía de su parte, cuando las opciones incluían mujeres.

Era común escuchar entre sus consonantes decires, y sobretodo durante sus excesos de tragos, frases como: "un macho borracho puede amanecer con la pinga en un picho, o con el cuerpo en el nicho" "A esa moza preciosa, sólo necesito darle un calzón nuevo, para meterle huevo". Procacidades altisonantes festejadas por los amigotes ebrios, tan primitivos y carnales como él, y para los que su éxito con las mujeres coronaba su posición de mando y su don de gentes. ¡Qué tiempos aquellos!

Cuando doña Mercedes, su mujer, volvía a Espinal a hacerse cargo de la escuela, cada termino de vacaciones, o al final de una imprevista visita, de esas que acostumbraba hacer abruptamente a "El encanto", se cuidaba de dejar bien aleccionadas a las cholas y a las mozas que quedaban en la casa patronal, para que no quedara la más mínima duda de que ahí, "la mujer era ella". Obviamente sin éxito garantizado,

pues apenas partía, él hacía de las suyas paseándose dentro de los mosquiteros con el esperma a boca de glande.

En cierta ocasión, dejó a la cashiba Lucinda exprofesamente para que no le perdiera de vista y apaciguara discretamente con ella cualquier deseo indecoroso para el matrimonio, y a una moza de buen parecer, para cocinera.

Sin duda, para Mercedes, los años, el cálculo diario por el futuro de los hijos, las largas ausencias del marido, y su propia naturaleza apaciguada hacía rato en los fríos de San Juan, habían adormecido una relación de pareja, otrora apasionada y fagocitante, pero no había motivo para que alguien osara creer que ella estaba fuera de camino; de ahí sus precauciones para mantenerlo sujeto.

"El encanto" constituyó para "machote" el pico económico que la familia Marino del Águila necesitaba para dar por fin el salto definitivo a Pucallpa, con la holgura necesaria que el estatus exigía y con las aspiraciones de los hijos para tentar una carrera universitaria en la capital, sin mayores limitaciones ni apremios.

Sus ganancias fueron tales, que en cierta ocación llegó a declinar de una oferta que le hiciera la casa Strassberg para entregarle una lancha de ocho pies de calado, a cambio de una futura zafra, la vez que hizo saber su intención de retirarse de la madera. Al fin y al cabo, en ese momento la plata la tenía "botada" y podía darse estas petulancias.

En el mes de mayo de 1,946 se encontraba descansando sobre el frío emponado de su espaciosa maloca, tan silenciosa y vacía luego de la partida de su mujer con los hijos que aún retenía el hogar, cuando un par de peones se acercaron a darle cuenta del número de trozas taladas hasta ese momento.

—Ya sabemos cuánto hay exactamente, don Antonio —dijo uno de ellos subiendo por el escalón.

—Ajá.

—Cuatrocientos ochenta y cinco son patrón; ni más ni menos —informó el otro, sentándose a balancear sus piernas al borde del emponado como un muchacho despreocupado.

—Quiero completar a quinientos cuarenta para bajar con nueve balsas de sesenta cada una

—Cada vez los palos se encuentran más lejos, patrón —alegó uno de los llegados.

—Con un buen invierno las quebradas botan de cualquier sitio —se empecinó "machote"—. No hay que quejarse.

—Es más peligroso para los que vienen boyando, patrón.

—Para los afáciles será.

—Con todo patrón, hay que empezar a revolcar ya; no vaya a adelantarse el invierno como el anteaño pasado.

—Eso sí.

"Machote" se quedó otra vez solo. Al fondo, la chola Lucinda y la cocinera contratada por su mujer, hacían mecer el emponado de la cocina con sus idas y venidas. Sabía que esa sería su última zafra y aún con la certeza de que su situación económica le pondría al fin fuera del túnel, una desazón hacía mella en sus fibras, encogiéndole el espacio por donde la vida hogareña debía ser vislumbrada como su siguiente opción. La idea de enclaustrarse con su mujer en la casa de Pucallpa, comprada ya a la familia Scavino, no se ajustaba al ímpetu que le quedaba para proseguir con las alas abiertas, y no podía dejar de darle vueltas al asunto.

—¡Cándida! —llamó a la cocinera.

—Diga don Antonio.

—Alcánzame el palo.

—¿Cuál?

—¡La guitarra pues! No va a ser esto, ¿no? —reviró con gesto severo y a la vez obsceno.

—¡Ay, diosito, don Antonio! —exclamó la mujer, dejando resbalar una risita nerviosa y alejándose toda revoltosa al cuarto a traer el viejo instrumento.

—Ven, te voy a cantar algo.

—Tengo que ver la candela —pretextó la grácil cocinera, pero sin moverse.

—Pero primero vamos a tocar la pishurita, pues —se insinuó atrevidamente, metiéndole acto seguido una de sus manazas por entre las piernas. No podía con su genio.

—¡No, no; nos va a ver la chola! ¡No, don Antonio! ¡Ya pues, ah! Por favor, compórtese ¡Ay diosito! Bien descarado eres pues, ¿di? —resistió toda melindrosa la mujer, pero a punto de abrir dócilmente esos sus fuertes muslos labrados de tanto bajar y subir por los barranacos de su ribera natal.

—Estás aguantadita y esto no te va a hacer daño, mujercita rica.

—En la noche, en la noche, ¿sí? No seas malito —alcanzó casi a canturrear la Cándida, hirviendo de deseo. Sin embargo, su docilidad también tenía que ver con el patronazgo del cortejador.

—Entra un ratito al cuartito —le pidió "machote" todo encelado, sobándole el pubis sobre el calzón ya mojado.

—No; mejor en la noche voy a tu mosquitero cuando duerma la chola.

La guitarra dejó escuchar el punteo de un vals y la bronca voz del fogoso patrón se alzó desentonada, arreciada de latidos y azuzada por pensamientos descarados, que ya tenían a Cándida con la falda remangada y el calzón caído. Increíblemente, por más de un año no se había percatado de ella, y ahora, de repente, salivaba por su

presencia. Su mujer, sus hijos, su idea de hogar, eran asuntos ya ajenos.

Incapaz de hacer recuentos culposos a propósito de rescatar enmiendas, Antonio Marino López, no tenía un concepto del amor desligado de su potencia sexual y de la temporalidad regatona de apegos interesados, y asumía su existencia con un simplismo primitivo que no le alcanzaba para poner en su lugar a sus prepotencias seminales, ni para ordenar sus amoríos acorde con sus promesas.

Hasta hacía unos meses atrás, andaba "emperrado" tras una viuda que regentaba una cantina en Honoria, teniéndole sin cuidado el que su hierno le secundase, igualmente interesado en la hija de la doña. Era un asunto de hombres y no hubiese estado bien que fisgoneara en sus asuntos.

Patrón fuerte y temerario, cada fin de semana solía amanecer en este caserío con peones que venidos con él desde el Macuya, atiborraban la cantina por días enteros, donde hacía gala de su capacidad de gasto, su habilidad de guitarrista y aguante de bebedor, para adulación de las dueñas.

—El patrón se ha comido a la vieja y ahora le está tentando a la hija —cuchicheaban los peones, con un tono de orgullo, y a la vez de envidia.

—Se la tira también —apostaban a seguro—, si es que no se le adelanta el hierno, que es otro moshaco.

Dicha temporada de encelamiento, le duró a "machote" poco más de dos meses. Después, diluida la pasión en la rutina de arrebatar al antojo un calzón a botones y otro con elástico, se guardó sus ganas de gastar, de cantar y adular, y se internó a su quebrada, a su monte, sin querer averiguar a dónde habían huido las formas tentadoras que le habían atraído hacia aquellas dos mujeres rapaces.

Aquí, cuando era asaltado por los impulsos hormonales en la soledad de su mosquitero, atraía a su lado a la cashiba Lucinda, y en su huesuda anatomía desahogaba su angustia con el frenesí de un perro. Con ella no tenía que preocuparse por compatir lo que él llamaba "la riquiada".

Desde la noche en que la cocinera Cándida Cenepo, entró a su mosquitero, dejó de ir al monte con sus peones y cholos como solía hacerlo, y vagabundeaba por el campamento agarrándose a cualquier pretexto para husmear cerca de ella. Le había agarrado gusto a su pubis estrecho, y cada vez su obsesión por ella le apremiaba más seguido por tenerla cuanto antes cerca de sí. Inevitablemente esto desembocó en una relación abierta de maridaje que dio a la cocinera señorío sobre la casa patronal, despertando la antipatía de algunas mujeres de peones sentidas en menosprecio, y en los cholos adictos a doña Mercedes.

Llegaron los vientos de Santa Rosa a mecer el follaje y a sacudir las cumbas de los tambos con su conocida reciedumbre, obligando a cada cual a recogerse temprano y sin opción a prender por lo menos una alcuza que evidenciara vida en el campamento. Unicamente el rugido del ventarrón y las desmedidas manifestaciones coitales, cubrieron por esos días la soledad del friaje.

Cándida no quiso desnudarse esa primera noche huracanada; sólo deseó ser abrazada

y creer que podía anidarse para siempre ahí, olvidando que aquel que dormía enredando una mano en sus bellos venusianos, era un pájaro poco fiable en asuntos de amores. Por cierto, nada le podía hacer presentir y menos sospechar, que en esos mismos momentos, doña Mercedes, su patrona, batallaba con las inclemencias del tiempo, para alcanzar el puerto del campamento de Hérmel Ibazeta, en el Lagarto. Traía una pistola al cinto, y no muy buenas intenciones para con ella. El chisme había llegado a Pucallpa en un tiempo puesto sobre la corriente del río, tan rápido como una palizada ligera.

Por su parte, un regatón que la había visto temprano en el Ayamiría aprestándose a proseguir su obvio itinerario, puso sobre aviso a su hierno, respecto a su inminente llegada, apenas tocar tierra en el campamento del Lagarto. Era una tarde agónica, y el firmamento amenazaba hincharse hasta las copas de los árboles, presagiando una noche tormentosa.

No hacía mucho que Hérmel y Julia Victoria habían regresado de Tingo María y su esfuerzo por retomar el manejo productivo de la concesión, no parecía ir alcanzando las espectativas esperadas. Pero aún tenían los diecisietemil Soles prestados a don Miguel, su servicial cuñado, y tal respaldo calmaba sus angustias y apaciguaba sus incertidumbres, frente a la eventualidad de que ahí las cosas no caminasen a la par de sus espectativas económicas.

—Oye Hermelito, creo que tu suegra está viniendo atrás, ah —acusó el regatón.

—¿Doña Mishi?

—Ella mismita.

—¿Con quién viene?

—La vi sola nomás allá en el puerto de los Rivadeneyra ¡Carajo! Tenía una pistola sobre la cadera y váyase a ver cómo trataba a sus remeros. No hay duda de que es de armas tomar.

—Cuando se molesta, mi suegra es una demonia.

—Seguro que ya se ha enterado de que mi papá anda enredado con la Cándida —advirtió Julia Victoria—. Papá también pues tiene la mala costumbre de estar metiéndose con cualquier cosa que lleve pollera...

—Rápido me voy entonces por el varadero a avisarle —resolvió Hérmel.

—Está empezando a hacer viento, no te vaya a caer un palo así por desgracia —se alarmó su mujer.

—¡Qué va!

—Que ellos se arreglen —insistió.

—¡Ah, carajo!; tu madrastra es capaz de meterles un tiro sin asco —aseveró con gesto teatral y ponderativo—. Después vienen ya los lamentos.

—Para qué se porta mal, pues. ¡Que le pille de una vez!

—No; doña mishi es una carajo; mejor hay que avisarle al viejo —en el fondo, su suegro para él era un referente.

Diciendo y haciendo, Hérmel Ibazeta cogió su linterna y su escopeta apresuradamente, y prometiendo estar de vuelta, rápido, partió presuroso hacia "El encanto" por el corto varadero.

—Por sea caso, volveré en canoa para no cruzarme con ella —advirtió al despedirse.

Al llegar doña Mercedes al Encanto, el viento había amainado su ciclónica fuerza y los perros no ladraron. La reconocieron aún antes de entrar al campamento y sus locas cabriolas no trascendieron el temblor del follaje sacudido por el viento.

Sigilosamente rodeó la casa patronal para ahuaytar al interior de su único cuarto, pensando tomar por sorpresa a los dos supuestos adúlteros, pero las rendijas apenas si le delataron tres mosquiteros templados, ondulando a merced del viento que se filtraba por las vigas y los múltiples resquicios. Inmediatamente su malicia le hizo suponer que aquello no descartaba de que, "la zorra no estuviera changada con su marido", porque el confidente que le había dado aviso respecto a estas "andanzas", había hecho hincapié en el hecho de que ya dormían juntos. La noche guardó silencio, pero no por mucho tiempo.

Los dos disparos retumbaron en el campamento, sacudiendo los espinazos en sus lechos de descanso.

—¡Qué pasa! —tronó la voz de "machote" sobredimensionada en su sorpresa, pues había sentido los ojos de Mercedes paseándose ahí adentro, desde hacía buen rato.

—¡Antonio! —llamó esta, subiéndose al emponado con pistola en mano.

—¿Quién es? —asomó "machote" fuera del cuarto, fingiéndose desorientado.

—Te haces el zonzo, ¿no?

—¡Mujer! ¿Qué haces aquí?

—¡Bien que lo sabes, cara dura! ¿Tú crees que es bonito que le vayan a contar a una que andas emperrado por aquí y por allá y que en el colmo del cinismo ahora estés amancebado con la cocinera, que yo, tu mujer, te la he dejado confiadamente?

—¡Puras mentiras nomás! Eso te pasa por estar dando soga a la gentuza que no tiene más que andar con el chisme de aquí para allá.

—¿Crees que no te conozco?

—Vamos Mishi; ya déjate de tonterías —refunfuñó, inaugurando un nuevo ceño arisco—. ¿Haz venido de tan lejos por un simple chisme?

—¿Tonterías? —se excervó su ira—. ¿Dónde está la Cándida?

—En su cama pues ¿Dónde más va a estar, mujer? —atinó a contestarle, fingiéndose ofendido con su malicia.

—¡No te hagas el gallito conmigo Antonio, ah!

—Yo estoy tranquilo. Me molesta pues que… tss —chasqueó la lengua haciéndose la víctima.

—Mira que para mi no es nada meterte un balazo ahorita en esas bolas que llevas todo desvergonzado afuera.

—Eso; en cambiarme los calzoncillos debieras pensar en vez de estar haciendo estas locuras —replicó "machote", tratando de subirse un poco el bolsudo calzoncillo y sin poder evitar un tono burlón.

—No es ningún chiste, Antonio; no me provoques.

—Tranquila mujer.

—¡Cándida! ¡Lucinda! —llamó Mercedes, plantada en la puerta del cuarto y con la linterna enfocando los mosquiteros.

—¿Sí doña Mishita? —contestó la cocinera con voz inocente, sacando la cabeza por debajo de su mosquitero.

—¡Zorra! Te haces la mosquita muerta ¿no? Y no me quieras explicar nada aquí, porque lo que ha estado pasando ya es una historia harta conocida hasta en Pucallpa ¡Dios bendito!

—¡Caray! Ya pues Mishi, tranquilízate de una vez —acusó su impaciencia "machote", haciendo ademán de volver a acostarse.

—¡Cállate tú, pedazo de cara dura! —reaccionó iracunda su mujer—. ¡Sinvergüenza ahí!

—Ya, ya...

—¡Sí, eso es lo que eres, manganzón de los diablos!

—¡No te pases Mercedes ah! ¡Yá estuvo bueno!

—Ya estuvo bueno ¿eh? Tienes cara aún para hacerte el santurrón. Seguramente también ya estuvo bueno lo de la viudita de Honoria y lo de su hija igual de locumbeta.

—¿Quién pues te cuenta todos esos inventos? ¿O me siembras algún espía?

—¡Ah, inventos son!... Seguro que también es invento eso de que ahí te amarraron las trolas con hilo de pescar a una pata de mesa mientras dormías tu borrachera... ¡Qué vergüenza! A ver di si eso es mentira... ¡cínico! ¿No piensas en tus hijos? ¿No piensas en mí? ¿No piensas en tu apellido? ¿No piensas en Dios? Bueno…, en Dios tú nunca vas a pensar.

—Mide tu boca, mujer.

—¡Cállate mejor, desgraciado! Tú nunca vas aprender a respetar. Siempre serás un chusco.

—¿Y quién ya te ha contado esta maldad?

—¡Ni te imaginas!

—Bueno, bueno..., de cosas de borracho no soy responsable.

—¿No digo yo que eres un cínico?

—¡Me cago en Dios y en sus ángeles! Ya no me jorobes.

—Y no creas que por que no te he encontrado durmiendo con la Cándida, ya aquí no pasó nada. De seguro que el alcahuete de tu hierno se ha venido por aquí apenas enterarse de que estaba por llegar. No se cómo lo supo, pero cuando llegué a su campamento, la Victoria me salió con el cuento de que se había ido a chapanear. Como si con este temporal se pudiera. ¿Qué me creen, una tonta de remate?

—No hables más de la cuenta, Mishi. Un poco más, y mis peones también van a tener culpa.

El ventarrón comenzó a arreciar nuevamente contra la arboleda, arrastrando el rumor tembloroso de sus millones de hojas hacia los conductos auditivos como escoba de sinchipichana, y la temperatura ambiental apresuró una tregua en el careo que doña Mercedes estaba a punto de gastar ahí, para permitir una reconciliación bajo frazada. El frío parecía de serranía.

—En el puerto deben estar los bogas que me han traído en canoa hasta el campamento de tu hierno el Ibazeta —hizo saber remolona manteniendo todavía su actitud adusta.

—Deja ya que la Cándida y la Lucinda les atiendan —le sugirió "machote", adueñándose subrepticiamente de la situación con un ronroneo conciliador.

—Está bien —accedió finalmente ella, no sin dudarlo un poco.

—¿En canoa han llegado hasta aquí?

—Yo, hasta el campamento del Ibazeta nomás; de ahí me vine ya sola, por el varadero.

—¿Eres bien atrevida, dí mujer? Ven, entra a calentarte aquí —invitó el varón, levantando solícito el vuelo del mosquitero, con un plan bien premeditado para extasiar a su mujer hasta el sometimiento. Presentía con alivio estar quedando fuera del pleito, así que lo que pasara con la cocinera, ya no era asunto suyo.

A las cinco y cuarto de la madrugada, doña Mercedes se levantó sigilosa para no interrumpir los ronquidos de su marido y se dirigió sin previo aviso a desatar las sogas que templaban el mosquitero de Cándida. Los orgasmos no habían sofocado sus furores contra la confianzuda empleada en lo más mínimo, y sibilante le ordenó

recoger sus pertenencias en ese mismo instante.

Ya en la orilla de la quebrada y con los tres bogas en sus puestos, se encaró desafiante con ella.

—Mira Cándida... Aunque tú de inocente no tienes nada. Agradece desgraciada que por lo menos te voy a pagar y enviarte hasta donde te trage; porque con lo que me has estado haciendo..., debería amarrarte una piedra en el cuello y botarte ahorita al agua —meneó despectivamente la cabeza reprobando toda furiosa los supuestos males ocasionados por la empleada—. No te he llegado a pescar sinvergüenza, pero yo conozco muy bien a las mosquitas de tu clase —acotó, mientras contaba unas cuantas libras que extendió con menosprecio.

—Pero usted también me ofreció una vaca, doña Mishi —atinó a reclamar la apabullada cocinera, esforzándose por mostrar talante de agraviada.

—¡Pedazo de zorra! —explotó sin recato doña Mishi, ya fuera de sus casillas—. ¿Acaso no te has estado agarrando mi toro todo este tiempo? —inquirió desaforada, oyéndose su voz por todo el campamento—. ¡Qué vaca ni qué vaca, me vienes! —añadió, apunto de usar las manos.

Algunas risitas respondieron por el silencio de Cándida, surgiendo de los tambos de los peones.

—Está bien doña Mishi; ya me voy mejor —accedió cabizbaja la mujer, enredada y vencida al fin en un sentimiento culposo imposible de disimular.

—¿Le esperamos en el "Lagarto", doña Mishita? —quiso saber el remero de proa, que parecía ser el padre de los otros dos.

—Se van nomás. Cambian otra vez de canoa ahí, y se van.

Una vez despachada la cocinera, doña Mercedes se volvió hacia la cashiba Lucinda, que le seguía como una sombra, para increparle su falta de celo respecto a "papá Antonio".

—¿No te dejé diciendo que cuides a papá?

—Chi mamá.

—¿Y por qué tu mosquitero era el que estaba más lejos de él? Además te dije que le atiendas...

—Papá chaca changre, mamá —se quejó la infeliz, tocándose como adolorida sus partes íntimas, y al parecer traumada por los daños causados por el descomunal falo de su amo—. Ér quería estar con Cándida soramente —acotó, con un gesto extraño, digamos triste, en su rostro de maquisapa.

—¡Qué saca sangre, ni que ocho cuartos, chola inútil! —renegó doña Mercedes, sin sospechar que la pobre Lucinda adolecía de una vagina reseca. Optó por darle la espalda para dirigirse presurosa a la maloca patronal, sintiéndose al fin satisfecha de haber sacado del camino a una rival más y sin capacidad de analizar si tal actitud tenía que ver con el amor.

Empezaba a clarear la mañana y hacía frío.

Después de este vergonzante episodio, la vida en el campamento recobró su normalidad cotidiana, respecto a lo que la actividad maderera exigía de cada miembro, empezando desde el patrón hasta el último peón.

"Machote" se mantuvo evasivo y con el "rabo doblado" como perro arrepentido, un buen tiempo, merced al escarmiento sufrido por su desliz con Cándida; y en los días en que doña Mercedes se mantuvo en "El encanto", no se atrevió ni a pestañar.

En el mes de marzo de 1,947 una nueva remesa de nueve balsas de sesenta trozas cada una, terminó de ser armada en la boca del Macuya. El único accidentado en la quebrada, por el ajetreo de cabalgar sobre las trozas corriente abajo, fue el cashibo Huáscar, quien sufrió la fractura de su brazo derecho por la intempestiva embestida de una de estas.

Con su imponente remesa, "machote" hizo su conocida travesía hasta Iquitos, sin los sobresaltos de anteriores años en los que la piratería implicaba una amenaza latente, sobre todo en aguas del puynahua, rubricando una vez más el esfuerzo de meses de confinamiento y privaciones en el monte, con una bonanza económica que permitiría a la familia Marino del Águila consolidar con solvencia su traslado a Pucallpa, y respaldar los estudios de los hijos mayores en la capital, sin riezgo de frustrar su lucha hacia el profesionalismo.

La decisión de dejar la madera surgió de entre el festín adquisitivo que produjo el ganancial de la última zafra, y de las sutiles maniobras de su mujer para sujetarlo en casa sin exponerse a sus infidelidades e inducirle a incursionar en actividades comerciales más hechas a la ciudad. Así pues, a fines de ese año, terminaría traspasando la concesión como lo hiciera en su momento su hierno Ibazeta.

Durante los primeros días de estadía en su flamante casa de Pucallpa, expuesto a inevitables protocolos muy al estilo de su mujer, en los que la exigencia mínima era el refinamiento para aguantar radiante de satisfacción las visitas de turno, cuestión imposible de practicar por su rusticidad, "machote" se la pasó movido por la inercia del éxito económico de la última zafra de madera negociada en Iquitos y adormecido en lo que consideraba un reparador descanzo. Pero no había tarde en que el té, acompañado de ñutos, huahuillos, rosquillas puchucuyes y otros bocadillos preparados en el horno de la casa, no estuvieran a disposición de los infaltables visitantes, entre los que se incluían, desde el Alcalde de Pucallpa, hasta el último compadre de Espinal y no tardó en sentir que trasplantarse a semejante escenario, sería una condena a languidecer de hastío y a decaer de ánimo hasta la sepultura.

Un llamado recóndito, imposible de desatender, empezó a componer hechiceros cantos de sirena desde algún peñón del Pachitea y un aroma de barrizal salido desde el oleaje que el Ucayali batía sobre proas varadas a ciento veinte metros de su casa, dio límite al tiempo para que retornara de una vez por todas sobre sus huellas, aún vibrantes bajo el canto de los tibes, todavía frescas en los rastros de taricayas volviendo del madrugador desove. Le esperaban soles tibios de amaneceres en vela, lunas hechas lumbreras sobre el salvaje encrespado de la selva, lamparines de humildes cantinas ennegreciendo las repisas merced a una larga noche de

borrachera, hembras obsequiosas dispuestas a ser extrañas después del adiós, en resumen, una existencia ligada a los avatares ribereños, donde había aprendido a reconocer su verdadero hábitat.

A mediados de 1,949 habiendo reemplazado su bote de madera por uno nuevo y refaccionado el de casco de fierro completamente, dejó por fin atrás repetidos intentos fallidos de partir y se fue a respirar en completa libertad, la fresca brisa salpicada de río, con la que su arrugado rostro sintiose rejuvenecer.

Don Oscar Zevallos Maldonado, comandante de la lancha "Liberal" y don Mayer Cohen, prestigioso comerciante reconocido en toda la cuenca, aparte de ser concuñados, eran socios en muchos negocios gananciosos que incluían surtidas casas comerciales en Pucallpa y Llullapichis, compra de oro en el río Negro, agencias de transporte de pasajeros y carga en el Pachitea y el Ucayali, e inversiones ocasionales que el olfato comerciante de ambos sugería de vez en cuando. Y Justamente ellos, especialmente don Oscar, que era amigo de la familia de tiempo atrás, le habían sugerido asociarse, apostando al comercio y a la actividad naviera, que según sus argumentos, representaban ganancias más seguras e inmediatas. Pero él, siempre había caminado solo; nadie le mostraba el camino; era un hombre de mando y decisiones exclusivas, de costumbres nómadas y sin sujeciones, y prefirió seguir siendo fiel a su espíritu de fisga, persiguiendo en solitario su propia presa, entercado en no mediar tratativas con otras opciones planteadas por la fortuna. Su íntima naturaleza no quiso que sondeara aunque sea por curiosidad, las otras perspectivas del porvenir.

Cerca de un año se dedicó a la compra de barbasco y yute en el alto Ucayali, para vender a intermediarios que comercializaban con la capital a través de camiones que ya llegaban hasta Pucallpa, vía la carretera Central, que con todos sus peligros, significaba ya para las gentes del Ucayali, antes sólo sujetos a las posibilidades del río, un corredor alternativo para traficar productos con las otras regiones del país, con mejores perspectivas. Pero sin orientación financiera, con un sistema rudimentario de compra-venta en sus transacciones, con gobiernos centralistas y proclives a decisiones extemporáneas a la hora de apoyar las provincias, prosperidad no era justamente lo que al cabo le depararía el negocio. Baste mencionar que recién en abril de 1,958 cuando él ya nada tenía que hacer con el yute, el gobierno autorizaría a la Dirección de Colonización y Bosques, en coordinación con el Banco Agropecuario de Fomento del Perú, realizar un programa de semilleros de dicha planta en las zonas de Iquitos, Pucallpa y Contamana.

De surcada, vendía productos básicamente de bazar y abarrotería, y de bajada, compraba la mencionada materia prima estibada ya a su pedido, en los puertos de las haciendas enclavadas entre Atalaya y Bolognesi. No ganaba mucho, pero el "ripio", como llamaba él a los sencillos, no faltaba en sus bolsillos.

Durante ese tiempo, se hizo muy conocido en las haciendas de todo este tramo del Ucayali, como la de los Ratteri, de los Pérez, de los Vásquez, de los Ampuero, de los Piño, de los Pinedo, en algunas de las cuales solía pernoctar, según sus itinerarios, acogido de buena manera por sus dueños.

Tambien acostumbraba detenerse con regularidad en la hacienda de los Chamarrones,

arriba de Masisea, para surtirse de cachaza, de paso que bebía un poco a modo de meterle a la vida un entusiasmo de ocasión, y para admirar a las bien mentadas y hermosas mujeres que provenían de ese linaje.

Cuando llegaba a Pucallpa y cerraba sus negocios, acudía muy animado a casa ventilando su espíritu conforme a un buen fin de jornada, pero la certeza de su complacencia no le daba para más de un par de días de sentida bienvenida. La sogueante rutina producía sobre él un asfixiante efecto de "suelda con suelda", aislándole lejos del rol paterno que se suponía debía ejercer apenas llegara al hogar. Su mujer cubría todos los espacios. Dinámica, politiquera, mandona, muy intelectual, un poco bruja y experta en el convenido manejo de los compadrazgos, se encargaba de todo lo que se requería para que la familia caminase al ritmo de los tiempos. Él era ahí un simple eunuco aceptado simple y llanamente por el peso de lo establecido y para complacer a una emperatriz.

Cierto que desde otra óptica, la vanidad le reservaba dividendos compensatorios a través de las lisonjas que sus amigos de juerga le prodigaban por ser esposo de "doña Mishita", como llamaban a su mujer con reverencia, pero resultaba obvio, que los méritos propios que creía tener, tan irrelevantes en la realidad citadina, estaban ahí reclamándole una inmediata reubicación donde pudieran quedar de manifiesto frente a una opción valorativa más accequible. Porque en Pucallpa, mal que le pesase, su puesto podía describirse como el del marido chusco y con suerte que había accedido a una respetable posición por mérito ajeno: el de su mujer.

Cuando dejó de negociar yute y barbasco en el alto Ucayali, esta realidad, al paso de unos cuantos meses, le decidió a abandonar definitivamente el hogar, sin sentirse resentido, por cierto, por la minimización de su rol en él, pero conciente de un auto destierro táctico, imposible de relegar. Su tiempo, su espacio y su modo de vivír, sólo podían actualizarse en el monte, en el río, en la mata púbica de una calenturienta ribereña. "Remontaré el Pachitea y según las condiciones, me adentraré hasta los lavaderos de oro del río Negro", pensó sus planes, una solitaria tarde. Su imperativo era recobrar su propia identidad, la armonía con su entorno, la confortable certeza de ser considerado más que un simple proveedor y padrillo.

Así pues, llegado el momento, no le implicó mayor esfuerzo convencer a Mercedes de su partida, adormecida como estaba ella para asuntos conyugales, debido a otras prioridades y acaso confiada en su poder de sojuzgarlo sin soliviantar nada y en el convencimiento de que siempre terminaba por volver. "Porque, ¿qué pues tenía él afuera?" Obviamente había perdido de vista la médula del saturado conflicto, y ni en sus sesiones espiritistas cupo alguna confesión que hubiese podido vaticinar un definitivo adiós.

—Voy a llevar mercadería a la zona del Llullapichis —empezó a decir, aprestándose a meterse en la cama, mientras su mujer se acomodaba imitando la pose fetal.

—¿A Llullapichis? —preguntó ella con voz cansada.

—Sí, mujer.

—Estaría bien —consintió suavemente, al borde del sueño y del desinterés.

El miró su espalda y sus anchas caderas, y el solo pensamiento de hacerle el amor con la pose de "la venada tomando agua en la quebrada", le erectó. Sin embargo, otra vez se abstuvo de comunicar su deseo, pues desde hacía un buen tiempo, tenía un inexplicable temor de hacerlo, debido a que ella siempre encontraba pretexto para evadir estos encuentros. "Estoy cansada", "me arde mi cosita", "¿no puedes pensar en otra cosa, sino en eso nomás?"; eran algunas de sus frases de rechazo. Y a su rechazo, prefería arder hasta el amanecer. Así, aunque valgan verdades, llegó a planear forzarla con una pose extremista de "canoa encopalada", se mantuvo rígido en su lugar.

—Si por alguna razón me llego a tardar un poco, cuídame bien a los hijos —pidió casi confesando una ausencia para siempre.

—¿Qué crees? Siempre lo hago sin necesidad que me lo tengas que decir —le respondió ella casi soñando, y sin oídos para entender el clamor del hombre solo.

Esa noche, "machote" tuvo un desesperante insomnio que le hacía morderse los dientes hasta rechinarlos, y la más aislante desolación arredró su voz hasta en los monosílabos que se atrevió a pronunciar en soliloquio. Su mujer se había dormido apaciblemente a su lado, dejando entre los dos una barrera invisible imposible de franquear, y no hubo forma de apresurarle al tiempo entercado en discurrir lentamente en los níveos límites del mosquitero. Por eso, terminó levantándose a enfriar el sudor que le abochornaba ahí cerca de su mujer, y metiéndose en la cama de la cashiba Ayda, con la que se esmeró en agotarse hasta quedar somnoliento. Sólo entonces volvió junto a Mercedes, que siguió ajena a todo aquello que no fuera su propio sueño.

Pronto llegó el día inexorable y simplemente dio la espalda y se fue sin remordimiento alguno a su viaje de ida. Volver, solamente sería un chispazo nostálgico y esporádico engatusado por un exceso de aguardiente en una penumbrosa cantina de un caserío olvidado y una mención de compromiso por el recuerdo de los hijos ausentes. Nada sostenido ni sostenible.

En Llullapichis, se encontró con que sus amigos Oscar Zevallos y Mayer Cohen habían traspasado su tienda a un socio cajamarquino que radicaba en el lugar, llamado Juan Manuel Díaz, y que por el momento sólo enviaban por ahí a sus compradores de oro. Se había esfumado pues la principal posibilidad que llevaba en mente de captar fletería segura en el itinerario Llullapichis–Pucallpa–Llullapichis, dada su relación cercana con ellos, y esto le obligó a recogerse a Puerto Inca, donde según su parecer, el mayor movimiento comercial que aquí suponía era bullente, bien podía darle cabida para mantener en actividad sus dos botes.

Después de estar regateando sus servicios de transporte por un corto tiempo, e incomodado en este accionar pedigüeño que sin ser indigno rompía su esquema posicional, decidió aventurarse al río Negro de una vez por todas, retomando las riendas de su temperamento andariego sin sujeciones a las que consideraba subalternas. Se iría acompañado por sus dos cashibos, Huáscar y Atahualpa, criados como cristianos después que los atrapara en el Juantía siendo aún púberes, y por tres

peones dóciles y ávidos de servir a un patrón.

Durante los aprestos, al enterarse que su hijo Pancho —el que ya estudiaba Ingeniería Textil en la capital, y cuya manutención se iba llevando las pocas reses que les quedaban en Espinal— se hallaba en Pucallpa y quería verle, intempestivamente decidió bajar primero a esta ciudad, considerando propicia la oportunidad para traer de paso un poco de mercadería negociable en el río Negro, y para constatar si las telarañas cubrían indefectiblemente sus espacios abandonados al lado de doña Mishi. En otras palabras, si habían extrañado su ausencia como se debía. Ínfulas ociosas, sin duda.

Pancho resultó estar de vacaciones de sus estudios universitarios, y junto a Antonio, su hermano menor, le hicieron petición para acompañarle por unos días. Doña Mercedes no vió la iniciativa con buenos ojos por considerarla una impulsiva veleidad de hijos ansiosos de égidas paternas, pero a él la idea le entusiasmó sobremanera, y coludido con ellos se dio a derruir sus reparos haciéndole cargamontón.

Con su ego acechando susceptible si ella durante su ausencia había combatido a todos los arácnidos para taner limpios los espacios que dejara, secretamente fue infundiéndose confianza al ir constatando que su lugar seguía sin telarañas. Este detalle le produjo un contentamiento, más sensual que espiritual, consintiendo vanidosamente que su ausencia creaba una necesidad que era aún de su exclusividad complacer.

En Mazaray, a eso de las tres de la madrugada, aproximadamente, embarcó furtívamente a la mujer de un compadre, al que desde hacía un buen tiempo le venía poniendo "los cuernos" cada vez que pernoctaba en el lugar. Parecía haber arreglado esa fuga con antelación, pero a sus hijos y a los peones les dijo que la mujer había sido contratada como cocinera para que les atendiera en el río Negro. Ya en el trayecto, se develaría algo más que esa simple relación contractual.

—¡Oy, le he encontrado ahí al patrón ocoteándole duro a la cocinera! —le comentó a media voz un peón a otro, luego de sorprenderles casualmente en pleno acto sexual tras unos arbustos, cuando atracaron en una orilla del Pachitea para preparar el desayuno.

—¿Te vieron?

—Creo que sí; parecía que ya estaban terminando la cuchufleta, porque al ratito el patrón se paró.

—¿Y qué te dijo?

—"Compadre que no agarra a comadre, no es buen compadre".

—Ja, ja, ja..., un pendejo es pues don Antonio. A la que puede darle su maja…

—No quiere que sus hijos se enteren.

—¡Claro! Por eso no se queda en Pucallpa. ¡Carajo! Allá doña Mishi lo maneja al

breque.

—Berracaso pues se cree.

Por su parte, a la adúltera mujer, sólo le bastó el tramo de Mazaray hasta el Ayamiría, para percatarse de su ligero proceder y del absurdo cambio de su hogar, sus hijos, su esposo, su existencia encaminada, su futuro predecible, por coitos incómodos, que aunque excitantes y febriles, no le reservaban nada equiparable a lo dejado tan livianamente atrás. Así que aprovechando el providencial cruce con unos balseros que bajaban hasta Pucallpa, desesperadamente rogó ser transbordada para regresar a donde su recapacitado parecer le decía ahora, no debió salir jamás. Y presa de vergüenza, cabizbaja como cualquier condenada, sin pronunciar ni una palabra de despedida, se cambió de embarcación perdiéndose de vista río abajo, sin dejar ni un recuerdo en su nombre para ser por lo menos jaloneada de vez en cuando, desde una memoria agradecida. Tuvo suerte de percatarse a tiempo que las cosas prohibidas necesitan apelar a barrancos donde precipitarse, a hoyos donde esconderse y que ella no quería eso.

Ya en la casa de don Alejandro Rivadeneyra, "machote" se mostró actoralmente consternado por el abandono de su comadre, pero no porque lo estuviera, sino porque desde que su anfitrión le dijera que aquella agraciada mujer que iba y venía del puerto a la casa, era una cuñada soltera que había llegado allí en busca de trabajo, su olfato merodeador, empezó a indicarle que estaba frente a una buena presa. Y para empezar, cocinera era lo que le faltaba. Definitivamente era un depredador sexual.

—Me he quedado sin cocinera, hombre —se lamentó quejoso—, y de aquí ya no paro hasta el río Negro —acotó.

—Aytá pues, ¿por qué no le contratas a la María?

—¿Quién es? —porfió hacerse el ingenuo, sabiendo a quién se refería su amigo.

—Mi cuñada, pues.

—La buena moza que acba de pasar.

—Ujum.

—Por mí, ni vuelta que darle al asunto; me sacaría de un apuro —mentalmente no pudo reprimir el incluir un par de apuros más.

—A ver vamos viendo qué dice ella. Aunque estoy seguro que va querer.

—Ojalá.

—¡María! ¡María! —llamó don Alejandro, servicial por naturaleza.

—¿Qué quieres? —le respondió su mujer, desde la cocina.

—Que venga un ratito tu hermana.

—Está ocupada.

—Un ratito nomás —insistió el buen hombre.

No bien saber la proposición de "machote", María Díaz accedió con genuino entusiasmo tomar el puesto que había dejado vacante la comadre arrepentida, inmediatamente. Parecía estar hasta el copete de andar arrimándose a su hermana sin horizontes claros para sí, frisando ya una edad en que se requería ir pisando terreno propio, y esta oportunidad le llegó providencialmente.

Apenas acomodarse en el bote que llamaban "Aguilita", su flamante patrón le hizo blanco de delicadezas casi galantes, que no pasaron desapercibidas para el peón y los dos jóvenes que completaban la tripulación. Los otros dos peones, ocupaban la segunda embarcación.

—El que está al fondo es el motorista y estos dos son mis hijos —le presentó a los taciturnos hombres.

—Ya son jóvencitos —se percató ella, muy obsequiosa y risueña, pero mirándoles furtivamente.

—Sí, sí; mi Pancho ya es prácticamente un ingeniero químico —volvió a explicar muy atento "machote", palmeando orgulloso la espalda de su hijo mayor, que era tan alto como él.

—Mucho gusto joven.

—El gusto es mío, señora ¿cómo está usted? —correspondió el aludido con prestancia y con cierto acento alimeñado.

—Todavía es señorita —corrigió su padre, todo sabrosón.

—¿Y él? —preguntó ella, refiriéndose con curiosidad al que aún parecía un adolescente.

—¡Ah! Él es Tóñico Es un bandido completo este zamarro; no te dejes convencer por su cara de "yo no fui".

—¿Sí? —inquirió divertida, María Díaz.

—No sé cómo hace para ir avanzando en sus estudios.

—Debe estar en la media ya.

—En verdad no sé; creo que sí —dejó en evidencia su desapego a las cosas hogareñas.

En Puerto Inca estuvieron unos días acomodando la mercadería comprada en Pucallpa y buscando algún interesado en quedarse con los botes bajo ciertas condiciones de uso y gananciales.

Una vez arreglados estos afanes, se hicieron transportar en el bote de madera hasta el río Llullapichis, remolcando dos canoas para empalmar este trayecto, llegado el momento de no poder remontarlo a motor.

La fresca brisa de la mañana y el adormecedor pulso de la máquina vibrando por toda la estructura de la embarcación, animaron a dos peones a treparse sobre la toldilla por la parte de popa, siendo imitados al poco rato por los hijos de "machote", que se encaramaron por la parte de proa, por los costados de donde sobresalía una larga tangana.

El mundo podía llegar a su fin en ese momento. Todo era tán perfecto.

—¿Por qué le llamarán río Negro? —se le ocurrió preguntar al menor de los hermanos.

—Porque debe ser negrunsho seguramente, pues —respondió Pancho bufonamente, escudando los saberes de su profesión en la lógica más inmediata.

—¡Buen químico! —exclamó Tóñico socarronamente.

—Pregúntale a papá; él debe saber.

—A ver, qué dice —diciendo y haciendo, el inquieto jovenzuelo descolgó la cabeza para ahuaytar al interior del bote, donde su padre iba a cargo del timón teniendo a su lado a la mujer contratada en el Ayamiría.

Lo que vió, le hizo contener la respiración para no ser descubierto. El brazo izquierdo de su progenitor rodeaba el cuello de la tal María y su mano apretujaba cadenciosa y codiciosamente la teta a su alcance. Lentamente se recogió a su posición inicial sobre la toldilla y la desencajada expresión de su enrojecida faz, puso en sobreaviso a su hermano de que algo raro le había pasado.

—¿Qué pasa? —le preguntó este, inquisitivamente.

—Papá cojú, ya le está chapeando su chucho a la María —atinó responder aún atónito y sin poder contener una risita nerviosa surgida ya desde una huella que seríaindeleble.

—¡No! —exclamó el mayor de los hermanos, sólo que más curioso que incrédulo.

—Más mira.

Con suma cautela y preso de una trémula curiosidad, Pancho se asomó por el borde de babor, sin percatarse de las señas de su hermano menor para que lo hiciera por estribor y de frente fue a encontrarse con la severa mirada de su padre, aún más severa para disimular su culpable sobresalto.

—¿Qué quiéres hijo? —preguntó, entre inocente y reprensivo.

—Este..., bueno, nos preguntábamos aquí arriba, si el río Negro, es negro de verdad

—Es uno de los ríos más cristalinos que he visto en toda mi vida hijo. Pero su lecho es bien oscuro, al parecer por la presencia abundante de fierro que hay ahí, y eso trasluce, pues.

—¡Ajá, eso debe ser!... ¡Gracias viejo! —rápidamente Pancho dejó de observar el mundo al revés y se irguió presto sobre la toldilla.

—¿Qué te dije? —le preguntó Tóñico con aire triunfal y con una risa maliciosa insoportable.

—Eres un pendejo hermano; la María está toda tranquila ahí abajo.

—Papá es el pendejo, cojú.

A principios del mes de febrero de 1,952 coronaron por fin el agitado y esforzado viaje al río Negro, constituyéndose esta experiencia para los dos jóvenes hijos de "machote", en una aventura adrenérgica que jamás olvidarían. Y como lo explicara este, las aguas eran cristalinas, pero su lecho oscuro traslucía una tonalidad a miel densa y bruna, reclinásndose a contagiarse de negro.

Cuando se posesionaron del terreno en el que plantarían su capamento, en una zona de abundante grava al margen de una quebrada llamada Chinchihuane, Pancho y Tóñico, alucinaron hacerse ricos al observar el brillo de minúsculas partículas de oro adheridas hasta en las raicillas del hierbal. Pero nada más lejos de la realidad.

El trabajo resultó durísimo y extenuante. Los resistentes, los hábiles y los suertudos, llevaban la ventaja de por lo menos aspirar cerrar el día con la compensación debida, y los dos ilusos jóvenes estaban muy distantes de tener estas cualidades en lo referente al lavado de oro. Conseguir pues unos cinco gramos exponiendo los lomos al peso de la grava de sol a sol, para ellos sería un completo imposible. Con torpeza de principiantes, a las justas llegarían a juntar hasta tres gramos diarios entre los dos.

—Ya es algo; al menos tendrán para hacerse un anillo —les decía su padre a manera de consuelo, que más les sabía a sarcasmo. Porque como para empeorar las cosas, ahí en el río Negro, desde un colmenachado hasta un licor importado, desde un juego de poker hasta una ramera, desde la comida hasta la ropa, se pagaba por lo general en oro, y siempre había algún gasto obligado que hacer.

Con los huesos reumáticos de tanto exponerse a las aguas heladas, con el tiempo vencido para prolongar su estancia un día más y con algunos gramos de oro en su poder para dar fe de su presencia en tan mentado lugar, los hermanos Marino se vieron una mañana recogiendo en apuros su equipaje y muy apenados, despidiéndose de su padre, para volver a Pucallpa. Y no porque les resultase extraña su ausencia, puesto que de engendrador y de proveedor a distancia, nunca habían tenido otro concepto de él, sino, porque dar la media vuelta con la sensación de una última despedida, arrancarse así como de pasada los afectos decantados en un tiempo de convivencia por más corto que este pareciera, fue un golpe quebrantador que a cualquiera pudo haberle costado asimilar unas cuantas lágrimas.

Algo que definitivamente roería sus solitarias cavilaciones durante el largo viaje de retorno, sería el hecho que durante esos treinta días de idas y venidas a lado de su padre, la cocinera María, dejó de ser la simple empleada de los primeros días.

¿Qué sentimientos embargaron el corazón de "machote" esa primera noche cuando el vacío de la ausencia mostró como acostumbraba hacerlo, el peso desolador de sus muescas en el ánimo de los que se quedaban?

Tal vez se podía decir que algo en su alma pudo haberse conmovido, por la compulsiva borrachera que pescó hasta el amanecer del día siguiente, dejando de lado tareas y responsabilidades. Pero "una raya más al tigre", no podía dar luces esclarecedoras al respecto.

Para que se diera cuenta de que su permanencia en el río Negro en busca de hacer fortuna, no pasaba de ser un afán excitante propio de la fiebre del oro, tuvieron que pasar todavía unos cuantos meses más. Claro que su espíritu turbulento y movedizo, su visión alada del horizonte, su idea de la libertad, hicieron su propia conspiración para devolverlo a sus apegos itinerantes, a sus errantes andares, a sus efímeras nostalgias, desatado como siempre de todo tiempo y lugar.

Su amigo Otoniel "Otoco" Rivas, que andaba por ahí reconocido como un solvente regatón, le hizo notar su torpeza de dejar sus dos buenos botes prácticamente para que otros se enriquecieran, y detonó el pretexto más determinante para que se aprestara a abandonar su banco en el Chinchihuane.

El estar helándose en las frías aguas agudizando la reuma, el estar tensado separando la arena de la grava sin percatarse de las horas, el estar retirando el oro de la arena con un bandejeo hecho para espíritus estoicos y estar manipulando los grandes imanes para aislar el fierro adherido al precioso metal para conseguir solamente unos míseros gramos, pronto pasaría a ser sólo un recuerdo más puesto sobre su curtida espalda.

En vísperas de partir, se fue a la casa de la timba, concurrida al rebase todas las noches, y ahí estuvo distrayéndose con unas cuantas manos de póker y calentando los poros con un aromático cañazo casha-casha, dicho con el ponderante léxico de más de un parroquiano.

Al promediar la noche y desbocarse los ánimos de los más violentos, se vió envuelto en una descomunal gresca donde con la ayuda de otro hombre, tan mentado como él por su extraordinaria fuerza y temeridad, conocido con el apelativo de "siete arrobas", vapulearon a una docena de matones que ni en cargamontón ni con armas contundentes en las manos pudieron por lo menos equilibrar la pelea.

Amistados por la casualidad, los dos terminaron en una destartalada taberna libando cachaza con una tremenda capacidad hepática y observados con curiosidad a media distancia por algunos hombres puestos a fumar perezosamente ahí bajo la noche, jactándose de conocerlos de antes y atribuyéndoles historias de fuerza, valentía y de mujeres, no hechas para hombres comunes.

Al regresar a su campamento, andaba desequilibrado ya por el pico más alto de su saturación alcohólica. El cuerpo le dio a las justas para tirarse cuan largo era en el piso de tierra apisonada del tambo, y ahí se quedó dormido como un simple ser humano ofertando en subastas oníricas los estorbos de sus egoísmos vivenciales, las frustrantes impostaciones de muchas de sus posturas existenciales.

Muy de mañana, el cashibo Huáscar interrumpió su grotesco letargo intentando acomodarle en una banca, tratando de que no se le viera como un simple perro enroscado al ras del suelo.

—Levántate, papá.

—¡Qué pasa! ¡Qué pasa! —se exaltó hecho un piñón rojo reventando sus semillas.

—Hay que acomodarte en la banca, papá —le urgió el fiel cholo tratando de izarle por las axilas.

—¡Ahí nomás hijo! —replicó tajante, poniéndose de pie por sus propios medios—. Tráeme mas bien un pate con agua para remojarme la "tutuma" —pidió cariacontecido con la resaca encima, revolviéndose el cabello que ya empezaba a ralear.

—Ahorita papá.

—¡María! —se volvió prepotente hacia la cocina, donde la mujer atizaba candela para lo que sería el último desayuno, previo a la partida.

—¿Y ahora qué ya te falta? —le preguntó esta, haciendo notar un sutil hartazgo.

—Tuve un sueñazo de la jijuna, recién nomás. Me demoraba un poquito más y el Huáscar me lo interrumpía.

—¿Qué ya vuelta?

—Un hombre sin cara, pero que tenía ropa de cura, me decía que aquí en el pedregal que se ha formado en la quebrada, hay un mapiruro grande, que dista unos diez metros de una piedra afiladora media rajada por la mitad.

—¡Mapiruros! ¡Piedras! ... ¿Qué de bueno pues tiene tu sueño?

—¡Carajo! Justamente ahí debajo de esa piedra, me dijo que hay un trozo de oro.

—Bueno sería —replicó la mujer toda escéptica.

—Cuestión de ir a ver, ¡por sea caso!

—Llévale al Atahualpa; yo no creo en sueños de borrachos.

—¡Voy carajo! —masculló desafiante y alertado en esperanza.

—Yo también voy papá —se sumó Huáscar, haciendo entrega del pate con agua que había traído.

Cuando a los pocos minutos llegaron al pedregal y Huáscar apuntó la oscura madera en vías de fosilizarse que llamaban mapiruro, el corazón de "machote" empezó a brincotear adelantándose a los acontecimientos con una mención mental de sus deudas. Y de por sí, no era para menos. Porque casi inmediatamente, Atahualpa señaló a unos diez metros hacia el norte, una primorosa piedra de afilar que resultó estar partida por la mitad. El sueño parecía haber dado una precisa revelación y a esas alturas la emoción era incontenible.

Temiendo a que la piedra afiladora se esfumara ante sus mismísimos ojos, "machote" se acercó midiendo con intolerantes sensores el ruido de sus pisadas y respirando

con los dientes apretados.

—A ver..., ayuden a mover con cuidado aquí —ordenó a sus dos cholos, inclinándose sobre la piedra, cuyo tamaño sobresalía en el pedregal.

Tras levantar los dos bloques con sumo cuidado y dejar expuesto su húmedo asiento, los tres hombres se quedaron boquiabiertos.

—¡Puta madre!, esto si que parece mojón de supay curado de estreñimiento —fue lo único que se le ocurrió decir a "machote", a vista de aquel impresionante trozo de oro.

—¡Ojojoy! —exclamó el cholo Atahualpa.

—Debe pesar un montón, papá —aventuró regocijado Huáscar y maravillado hasta nomás de las facultades de su amo.

Acelerado aún por la combustión interna de los rezagados vapores de su juerga nocturna, "machote" terminó emitiéndo un rugido de triunfo, y eufórico hasta nomás, se enredó en unos pasos de changanacuy que hicieron reír a sus dos cholos. Seguidamente arrancó a correr hacia el campamento, calculando en su mente los gramos que pudiera tener el preciado hallazgo.

—¡Mira incrédula! —dijo enarbolando su presea.

La cocinera enmudeció. Sin poderlo evitar, pensó en el diablo.

—¿De verdad pues has soñado? —acertó finalmente a preguntar no muy convencida de lo que ahí estaba pasando, pero acantonándose ya enos consejos de su conveniencia.

—Ven, vamos a pesarlo, mujer.

—A ver dice... Pero no creo que ese pedazote entre en nuestra balancita —advirtió ésta, todavía impresionada.

—Con la grande pues

—Ajá, con esa sí —asintió la mujer sustrayendola de entre el bagaje. Sus manos temblaban mientras alistaba el pesaje.

—¡Trescientos ochenta y siete! —vociferó alborozado, "machote"

—¡Bruto! —exclamó el cashibo Atahualpa—. Trabajo de un mes ¡Y eso con suerte!

—¡Pucha! Creo que esto es una señal para quedarnos.

—¡No, Antonio!

—¿Cómo que no?

—El diablo te da una y después te quita diez. Interpreta bien.

—Esas son cojudeces; aquí dentro de estos pantalones mando yo —ensayó una bravuconada.

—Quizás; pero estas cosas tan extrañas tarde o temprano cobran su precio.

—Pero mira esta maravilla, mujer ¿O no es una maravilla? —ponderó, dando un sonoro beso al metal y echándose a reír sin ton ni son. Evidentemente su borrachera tenía todavía cola.

Finalmente las buenas razones y la tenaz posición de María Díaz para partir, como se había planificado, ese mismo día, prevalecieron sobre sus caprichosos amagos por quedarse, y bordeando las diez y media de la mañana, emprendieron por fin la larga ruta del regreso.

Los tres peones optaron por quedarse a seguir batallando en el mismo banco, para no desperdiciar la ocasión de contar con un lugar de lavado propio, sin molestar ni ser molestados, y agradecieron el que su patrón dejara diciendo que volvería pronto, ya que aquello suponía una garantía de posesión, al menos por un tiempo necesario, el justo para ganarle unos gramos de oro a la grava, a la arena, al fierro que parecía rampante en el fondo del río.

Después de su salida del río Negro, contradiciendo en algo su propia escencia de hombre sin ataduras, "machote" terminó estableciéndose definitivamente en Puerto Inca, tomando por compañera de su vida a María Díaz. Aunque para hacer honor a la verdad, esta vez fue él quien al fin cedió dócilmente toda el alma y su grandulona humanidad, a una sola mujer. La edad, la evidencia de un horizonte más restringido, nuevas generaciones asomando con ímpetu al lado tras sus propios espacios, acaso le aconsejaron de así lo hieciera.

Con su porción de oro, con un remanente de dinero, con sus dos botes y su nueva compañera, se avocó a reconstruir su alicaída economía, tan bogante en años anteriores, pero ya su estrella había entrado a periclitar a paso inexorable en el declive de su ciclo, y la nutrida prole que iría engendrando con la que sería su última mujer, sólo llegaría para compartir una situación precaria en la que las privaciones limitarían la pujanza de una sangre energizada para grandes objetivos. Así, descuadernadas sus antiguas posibilidades de gasto, en inminente deterioro las espectativas sobre sus planes a futuro, en vías de resignación los otrora confiados descansos de cada tarde, pero definitivamente aún fuerte y vital como para imaginarle en lista de mortaja, una fatal madrugada de 1,967 la escalofriante figura de la muerte llegaría por él.

Increíblemente, doña Mishi, a pesar de su soledad y considerable edad, acogería a dos de sus hijas, Cira y Amelia, en la casa de Pucallpa, fortaleciendo ese decir de que, en el fondo, era una mujer piadosa y servicial en extremo.

Dijeron que unos tragos de aguardiente, un residuo de enlatado de atún, unas pastillas de aspirina, una úlcera estomacal y una hernia cobijadas en el activo de sus estoicas "machadas", se dieron cita aquella madrugada friolenta y agorera, para arrancarle entre gritos conmovedores, más impactantes aún por provenir de un hombre de temeraria valentía, de excepcional fortaleza y altivos decires, como ese de, "fierro contra fierro no pasa nada", esa su vida tan inmune a los riesgos del

peligro y a los males del virote, tan gravitante en vientres de amores pasajeros, tan certera en olvidos y a la vez tan infalible en renuncias, tan altiva en el menosprecio de Dios, tan resumida en recuento de valores heredados, y por sobre todo, tan intensamente vivida, a su manera.

Nada hizo presagiar entonces, que un día cualquiera, entre agosto y diciembre de l,986, diecinueve años después, uno de sus nietos, por la línea de su primer amorío en el distante Yucuruchi, con una apacible muchacha llamada Inés Gil Rojas, se asomaría con cierto recelo a su descuidada tumba, con una oración forzada en los labios —de esas con que los católicos creen ayudar a sus muertos—, con un deseo incontenible de platicarle sobre sus extraviadas huellas, y con un pequeño cuaderno de notas en el bolsillo aguardando por la historia de su vida.



XXXVI

El 1 de Junio de 1,945 pocos días después del incidente de la víbora, Julia Victoria dio por fin a luz un sano y fornido bebé de tez blanca y ojos sarcos, confirmándose ya confesa, en la abusión de que un embarazo siempre corresponde a un hijo varón cuando la mujer en cinta es perseguida por serpientes.

Fue atendida por su propio esposo en la desolada cabaña que a duras penas prevalecía en pie sobre el ondulado relieve de aquella parte de la rupa–rupa, expuesta como una campesina más a todas las riesgos y penurias inherentes al trabajo de parto y a las comunes complicaciones puerperales resultantes de tal precariedad.

Durante los dolientes pujos, entre las treguas que le permitían las contracciones, su mente expandida a modo de vaho repasando el tiempo, le trajo el recuerdo de partos vistos en casa de su comadre Milia, allá en Espinal, y pudo escuchar con nitidez la quejumbrosa voz de una primeriza de trece años, cuyos padres habían consentido que se reuniese con un hombre de treinta y cinco años, habida cuenta que la ley andaba por demás lejos de los arreglos pueblerinos, comparada con la ganadería del violador, que estaba a un par de leguas.

—"¡Se va romper mi pichito! ¡Se va romper mi pichito!" —plañía la infeliz.

Debido a la lejanía y al tiempo de convalescencia que prudentemente se tomó para recuperarse completamente, recién a los diez días del alumbramiento pudo trasladarse a Tingo María, en compañía de Hérmel, para registrar al niño. Le pusieron el nombre de Arquímedes, en honor al inventor de la palanca, y con todos los datos tal como lo tenía anotado en el trozo de papel de despacho.

Cuatro meses después, con el dinero suficiente para llegar a Pucallpa y con dos hijos pequeños que cuidar, voltearon por última vez la mirada hacia la "bella durmiente", y con más entusiasmo que congoja en las sensaciones de la partida, se acomodaron en el mismo camión FIAT que les trajera hacía un año, y que por un dadivoso milagro de la mecánica se mantenía aún operativo. No les pareció raro coincidir con él, pues era uno de los pocos carros que cumplía un itinerario regular entre Huánuco y Pucallpa.

Los peligrosos tramos del puente Chino, llamado así en honor al apelativo de un trabajador del ingeniero Basadre, y del Boquerón, les tocó pasar ya con la noche cerrada, absortos en historias alusivas al lugar, sobre pactos con el diablo y apariciones de la llamada "viuda negra del Boquerón", la que según se decía, aterrorizaba a los camioneros en este desolado paraje tan tétricamente contenido en una especie de olla colectora y amurallado por altos taludes lanzados en vértigo hacia las estrellas. Un temor supersticioso embargaba sus signos vitales, produciéndoles un deseo de apretujarse y sentirse por lo menos acompañados en su insignificancia.

Desde el desvalido refugio de la abierta carrocería, Julia Victoria trataba de no quitar los ojos de los haces de luz que los faros del camión proyectaban sobre la tenebrosa carretera, tranquilizando con caricias a la pequeña Mercedes que dormitaba en su regazo y amamantando al tranquilo y paciente Arquímedes, que a

pesar de tener solo meses de nacido, era capaz de soportar hambre y sed sin llanto alguno. “Gracias a Dios que no es irquincho” se felicitaba por esta bendición.

Dando botes y tumbos, el maltratado FIAT logró llegar con las primeras horas del alba a San Alejandro. No había pasajero que no estuviera entumecido por el frío de la madrugada y menos que no anduviera magullado por el zarandeo de los baches. Pero por lo menos para Julia Victoria y los suyos, contaba el consuelo de encontrarse ahí con sus tíos, respiro anímico que nadie más podía darse, dado que el aguante tenía que durarles hasta Pucallpa. Justamente entre la mayoría de estos compañeros de viaje, los rostros aserranados daban cuenta de la fuerte migración central, básicamente huanuqueña y tarmeña, hacia el Oriente.

Los medios hermanos de su padre, Luciano Alegría, Mercedes Haya y Sara Haya, la recibieron con frases de extrañeza por su demora, ya que habían supuesto que su estancia en Panao sería solamente para un par de semanas.

—Es que mi parentela, “no sabía nada”, de todo lo que mi padre dejó, y nos quedamos como gallina quintisha, con los crespos hechos —les explicó Hérmel, un poco a la broma y un tanto a la defensiva.

—Hoy día no hay pase, les digo ah; están arreglando el tramo que dá al Neshuya —informó don Luciano.

—Los niños deben estar cansaditos ya del viaje —aventuró la tía Mercedes, con cierta compasión.

—Debieran quedarse a descansar en la casa, un par de días por lo menos, antes de seguir —sugirió su hermana Sara.

—¡Claro!; de ahí ya bajan por río en uno de nuestros botes —convino el tío Luciano con jovialidad.

A Hérmel le pareció buena la idea y convino en que Julia Victoria con los niños harían la travesía vía los ríos San Alejandro, Aguaytía y Ucayali, en tanto él proseguiría con las cosas por carretera en el mismo camión, tras considerar a esta vía más peligrosa y agotadora que la fluvial.

Aquella noche, acurrucada eventualmente en el gesto hospitalario de sus tíos paternos, Julia Victoria se aquietó por primera a reflexionar con orientada predisposición sobre una cuestión, una y otra vez postergada desde que llegara a Panao y comenzara a sentir, ahora desde su nueva perspectiva de esposa, las conocidas penurias de depender de otras personas, conculcados sus deseos de libertad, esperanza, independencia, solvencia, tranquilidad y de sendas mejoradas hacia el futuro.

Para empezar, al llegar a Pucallpa tendría que buscar la casa de don Miguel Chávez Maldonado, cuñado de Hérmel, para pedir ahí un lugarcito donde acomodarse y ya eso de por sí le tenía ansiosa e insegura. Demasiada repetición en lo mismo.

Por otra parte, había empezado a descubrir que la presencia de su esposo no era precisamente un sinónimo de protección para ella y sus hijos, y que evidentemente,

sus tendencias apuntaban a "joyas" conductuales nada cohesivas desde el punto de vista matrimonial y hogareño. Esfuerzos facilistas, propósitos inestables, reparos a toda sugerencia de innovación, celos compulsivos, silencios defensivos, ausencias ingratas, aspavientos reductores, amoríos clandestinos, descuiados olvidos, calculadas bravuconadas, indolentes desdenes, ínfulas de superioridad, evasión de responsabilidades, encubrimiento de todo tipo de engaños, fingimiento de enfermedades, negligencia y otros tantos apéndices necróticos de conducta, eran razgos que ya venían haciendo evidencia con reiteración y según conveniencia, en el actuar de su marido, que no pudo dejar de considerar esa noche, tan alevosa en confrontarla con su actual situación.

Después de remover la cabeza una y otra vez, acalorada entre sus dos hijos que dormían plácidamente a su lado, cedió finalmente a la tentación de poner todo lo pensado en duda y desde ahí presumió inocencia en el mundo, a fin de poder conciliar el sueño con un poco de esperanza en el mañana. Además, ¿a quién iría?, ¿a dónde iría?

Al día siguiente, renovada de espíritu en la plenitud estimulante y vital que transmitía el amanecer visto desde la orilla del río y contagiada tangencialmente por la altiva arrogancia de sus tías que parecían casi ostentosas de su autoestrima, se subió con aplomo al bote que la transportaría a Pucallpa, acomodándose entre unos costales de arroz y maíz arrumados al medio. El río San Alejandro, el otrora Chanintía de los aborígenes, jaloneaba la larga embarcación apremiándola a partir.

Shihuangos quejumbrosos cruzando solitarios de banda a banda, lagartos blancos retozando entre la trama arbustiva de las orillas, timelos equilibrándose sobre macizos de lirios en flor, manshacos tanteando pisadas en los contados bajiales, una que otra bandada de cushuris, garzas blancas, pihuichos y toda una variedad explosiva de vida, pusieron de manifiesto la mano sabia de un Creador ante los ojos reflexivos de Julia Victoria, que se quedó quieta presintiendo un recipiente dentro de sí, que se placía siendo llenado por tamaña exhibición.

Del San Alejandro o Chanintía, desembocaron al Aguaytía o Ihuitía, sin haber atracado en ningún puerto. De este hermoso afluente, después de haber pernoctado en un caserío poco más arriba de la boca del Juantía, lo harían en el Ucayali o Amaru Apu, inocultos ya los deseos de arribar pronto al puerto de Pucallpa.

Al pasar frente a la desembocadura de la quebrada del Juantía, Julia Victoria recordó que en esta zona maderera se conocieron su padre y Hérmel, su esposo, cuando ella aún estudiaba en Iquitos y la pubertad se instalaba congestiva en toda la compleja totalidad de su ser. Suspiró entrecortadamente. Un lagarto se tiró al agua haciendo reír a la pequeña Mercedes, que con ojos bailarines hacía gala de curiosidad, con toda la gracia de su inocente edad.

En la boca del Aguaytía, frente a la majestuosidad del Ucayali, volteó la mirada hacia el Norte, nostálgica de Espinal, de Ester Muyuna, de Contamana, de Requena, de Yucuruchi, de El Porvenir, de Iquitos, lugares en los que en algún momento estuvo, y no pudiendo reprimir que medias lágrimas le rodasen por las mejillas, encalló su mirada hacia el Sur, con ganas de llegar cuanto antes a destino.

Una vez llegada a la populosa urbe, donde apenas hollar su suelo, se sintió engullida en un anonimato diluyente, con uno de los shipibos de su tío Luciano Alegría procedió a trasladarse a una vivienda de la calle Ucayali donde se había instalado don Miguel Chávez con su familia, luego que fuera transferido desde Iquitos a la oficina forestal local. Así había pactado proceder con Hérmel, su esposo, en San Alejandro, pues casa no tenían y ya era tiempo de ir arreglando la acreencia del préstamo hecho en Iquitos a su cuñado.

Hubiese querido percibir el regocijo de las bienvenidas, la paz de una atmósfera receptiva, la confianza del refugio propio al franqueársele la puerta de la casa de don Miguel, pero tuvo que conformarse con ser aceptada por su cuñada con la estricta cortesía que el caso requería. Hérmel había llegado esa mañana y un rústico cuartucho en el patio trasero había sido acondicionado para acomodarles.

Incomodada en una cohibición impuesta por la circunstancia, se internó en el sombrío espacio de la habitación cedida de favor temporalmente, y mientras ubicaba sus pocas pertenencias y entretenía a su pequeña Mercedes con tonadas pueriles, pensó que acaso estaba siendo injusta anteponiendo la asfixia que le producía esa especie de confinamiento entre cuatro tablas, a la gratitud que debía sentir por tener por lo menos un lugarcito donde guarecerse. Empezaba a reconocer la mejor forma de evitar que los desazones hicieran presa fácil de su ánimo, encontrando algo que agradecerle a la vida por más insignificante de su dádiva.

En la noche, cuando llegaron Hérmel y don Miguel, la atmósfera se tornó mágicamente festiva y entretenidamente jovial, a despecho de cierto embarazo que ella no encontró cómo disimular, las veces que era aludida o involucrada en la conversación.

Luego de ayudar a lavar la vajilla a la chola Margarita, se retiró a su cuarto a atender a Mechita, que andaba dormitando tras ella en la cocina y al pequeño Arquímedes, que resignado en su abandono, no cejaba en sus agúes y pataleos sobre la tarima.

Hérmel se quedó con sus parientes a prolongar la sobremesa que se proyectaba chispeante hacia el extremo de la noche, con idas y vueltas de dulces tragos fuertes de la región. El tema de fondo era la resistencia de los hombres que había dejado a cargo de la concesión maderera en el Lagarto, de darle participación en la última zafra remitida a Iquitos, y lo que era más grave, de cederle dominio en el campamento. Obviamente también se tocó el tema del préstamo.

Cuando entró a la cama, su primer afán fue buscarla hasta hacerla consentir probar vigores prensándola contra el áspero colchón de hierba seca, haciendo constar su intensidad amatoria, su implacable fuerza pasional, como si con tal proceder lograra galardón que asegurara un futuro mejor.

Después de sosegar las frenéticas fantasías de su deseo carnal, se dejó caer a su costado como un pekín saciado de copular, y empezó a preguntar sobre cómo estaba Arquímedes, fiel a un buen rasgo de carácter que mostraría con cada vástago recién nacido, cual era, el de regocijarse jugueteando con ellos, a los cuales solo les mostraría este interés durante los primeros meses de sus vidas.

Agotados los triviales circunloquios y adormecidas las ganas de seguir volteando

las almohadas en busca de enfriar las mejillas, surgió la frustrante confesión de que la plata prestada en Iquitos, no les sería devuelta. Al menos por ahora, no. Pero tendrían la oportunidad de volver al Macuya y de repente más adelante al Shebonya, si es que don Miguel, como una forma de compensar la deuda impaga, lograba con fortuna tramitar una de estas concesiones a favor de Hérmel.

En las semanas siguientes, la situación doméstica para Victoria se fue tornando opresiva y hasta anquilosante, y su contacto con el mundo exterior diríase que prácticamente nulo, excepto por algunas amistades circunstanciales hechas en la misma casa, las cuales traían las novedades de la calle, y por contadas salidas al mercado.

Había un espacio ocupacional permisivo puesto junto a sus sandalias cada mañana, sujetándola a un rol de servidumbre que estoicamente consentía asumir, conciente y consecuente con el deber de ganarse el techo y el alimento de alguna manera, aún cuando íntimamente se quedaba aguardando una reivindicación de parte de su esposo, principalmente. No sentirse un estorbo restañaba las fisuras que su dignidad herida acusaba ante tanta opresión.

Despuntando el alba, se levantaba a barrer toda la casa, excepto los dormitorios de los dueños de casa que quedaba a disposición de la chola Margarita y a acondicionar todo lo necesario para que la presencia de sus hijos no perturbara las actividades cotidianas.

Dos veces por semana lavaba rumas de ropa hasta el extremo de quedar con los nudillos de los dedos, sangrantes y arrugados como menestras remojadas y planchaba con una pesada plancha a carbón a prueba de un buen pulmón presto a atizarla por la compuertilla del gallo, hasta sentir calenturientos vapores emanando de su vientre.

Para empeorar la situación, Hérmel en vez de reconfortarla, o por lo menos hacerla soñar con un mañana diferente, no atinaba mejor salida que volcar sus propias frustraciones contra ella, hostigándola con reproches demás, y mellándola con desaires sistemáticos, cual si de verdad fuese una doméstica más de la casa. Entonces ya iba y venía del Macuya con frecuencia y sus fermentos de carácter hacían preveer una pronta deserción. Ella misma le acompañaba algunas veces, pero solo para terminar siendo devuelta a casa de su cuñada, envuelta en una crisis de pareja que sólo apuntaba a culparla a ella por todos los males imaginarios, creados y ciertos que afrontaban, que por cierto, la sumían en medio de un desvalido desconcierto, pues no merecía que se le achacase culpa alguna.

La más pura soledad la hizo su huésped gratuitamente y aprendió a llorar en secreto a fuerza de no querer ceder a más humillación, pero transmitiendo infinitas tristezas a su pequeña Mercedes, que a pesar de su corta edad, retenía ya este detritus deletéreo en su alma inocente, donde lentamente se iría incubando una letal animadversión por su progenitor. Para colmo, Dios no respondía a sus sentidas plegarias, mostrándose tan inconmovible como distante, a considerar asuntos individuales fuera de su propósito global, como si el dolor humano fuese resultas de un pago pendiente que debía entrar en cancelación, vía mecanismos de la misma existencia.

Cierta mañana, al regresar del mercado, una vecina de su cuñada, que desde hacía un buen tiempo le había estado invitando con insistencia a asistir a su congregación religiosa de los pentecostales, se le acercó muy solícita y jovial, al parecer a reiterarle su pertinaz invitación, entablándole conversación con una soltura y acento de mujer de pueblo, que a pesar de todo era capaz de hilvanar una charla muy amena.

—No me tomes hermanita, como una chismosa —se hizo la angosta—. Pero es bueno saber estas cosas antes que sea demasiado tarde. Porque muchos son los caminos del Señor para encontrar solución a nuestros problemas.

—¿Qué me quiere decir? —preguntó Julia Victoria, temerosa de escuchar alguna crítica que su cuñada pudiera haber vertido, aludiéndola.

—Tu Hérmel se está enredando bien con una adefesia que vive por Boa Vista.

El golpe directo le oprimió el pecho hasta hacerla palidecer. Con todo, hizo un esfuerzo incrédulo para salvaguardar sus íntimos derrumbes de incómodos testigos.

—Debe ser, supongo, alguna amiga de la familia Chávez —aventuró con fingida simpleza, y reprochándose íntimamente con dureza el que su mente mostrara capacidad para la malicia. A diferencia de la mayoría de mujeres, más que confesiones, requería pruebas

—No seas ingenua hermanita; doña Elvirita no hace mucho que ha llegado de Iquitos ¿Qué amigas va a tener pues? Al shicshirabo de su hermano mas bien.

—No sé..., apenas acabo de verla y por lo general todo resulta siendo apariencia —amagó una defensa, pero los precedentes y la duda comenzaron a quebrantarla inexorablemente.

—¿No vas a esperar también a que Dios vuelva hacer hablar un burro para que recién quieras darte cuenta? Te estoy diciendo la verdacita.

—No entiendo.

—¡Ay, hermanita! —exclamó la mujer, dándole suaves palmaditas en el hombro de manera compasiva—, en la biblia hay muchas enseñazas... —prosiguió diciendo, citando una mescolanza de versículos fuera de contexto. Como propagadora de la fe, a Cristo no le hacía ningún favor.

No supo cómo se desprendió del ventoso sermón que aquella vecina se empeñara en prolongar creyéndose presa de un avivamiento, pero lo cierto es que el brusco despertar de su pequeña Mercedes le dio conciencia de la almohada anegada de llanto, a donde había corrido a refugiarse. Miró empañada de lágrimas a sus dos inocentes criaturas, que con sus caritas asombradas e iluminadas de cielo, le fueron por bálsamo diluyente para mitigar toda esa escencia amarga que tenía depositada en el alma.

Esa noche se acercó a la casa principal calculando la hora en que creyó que era necasario ayudar a preparar la cena. Encontró a la chola Margarita haciendo masa para panqueques, en medio de una casa extrañamente silenciosa.

—La casa está vacía —comentó extrañada.

—Se han ido a una fiesta de sus parientes Zevallos —le informó ésta.

—Con razón todo está tan silencio.

A eso de las ocho de la noche, llegó Hérmel, sentándose a la mesa con ínfulas de hijo mimado, haciendo sonar con estrépito su silla de manera insolente.

Mientras le servía la cena, acopió ánimo apenas procesados para abordar el asunto ese de la mujer de Boa Vista, que durante todo el día lo había tenido atravezado en la garaganta. Tenía miedo, rabia, pero también esperanza de que la convencieran de lo contrario. Terminaba dando más importancia a la confesión. Prudentemente pues, indujo a que la chola Margarita se retirara a su cuarto, y venciendo íntimos temores y su innata timidez, y rebuscándose iras no muy proclive a sentirlas, abordó el tema dudoso atrincada en esa extraña contumacia de los seres engañados, que insisten en apelar a la sinceridad imposible de sus cónyuges traidores, como una forma de autoprotección.

—Hérmel...—empezó a balbucear toda timorata, trabándose en un fangoso silencio al no obtener respuesta—. Hérmel... —volvió a la carga a medio desistir, resistiéndose a deglutir con un apremio descoordinado el nerviosismo que se le escurría por el velo del paladar.

—¿Qué quieres? —le respondió este, adustamente, sin quitar la vista del plato.

—Hoy en la mañana cuando regrezaba del mercado, se me ha acercado una señora, amiga de tu hermana... —se amilanaba—, y me ha dicho que..., que tú..., este..., te estás enredando con una mujercilla de Boa Vista y que...

—¡Qué! —vociferó, según su costumbre, cuando se aprestaba a defenderse a rajatabla. Sus ojos fulguraban con unas chispas terribles.

—Yo sólo quiero que...

—¡Qué quiero, ni qué quiero, carajo! -explotó procaz, empujando su plato, actitud bastante frecuente luego que arribaran de Panao.

—Pero espera por lo menos a escuchar lo que yo...

—¡Cállate una gran puta! —saltó iracundo de su asiento—. ¡Por estar callejeando pues por ahí, es que terminas trayendo estos chismes de mierda. De repente tú más bien ya tienes alguna cochinada que ocultar y vienes aquí a querer sorprenderme.

—Yo venía del mercado, nomás.

—¡Siempre hay pretexto y explicaciones, carajo, para todas las cojudeces que se hacen a nuestras espaldas! —vociferó tan devorador como un leviatán.

Julia Victoria se enredaba. Su temor, su honestidad cuestionada de repente, la iracunda defensa del que debía mostrarse por lo menos un tanto recatado, volvían un torbellino las ideas que debían mantenerse en línea en su cerebro, para alcanzar

enhebrar una conversación alturada y objetiva.

—Déjame que te diga lo que yo pienso y siento, por lo menos —le reprochó débilmente

—No vengas a querer hacerme de cojudo, aquí. Cuando alguien empieza a calentarles la cabeza... —retrucó Hérmel, con una insana malicia, en un intento de revertir hacia ella, todos los cargos de conciencia del asunto en cuestión.

—No grites; puede escuhar la Margarita —le rogó. Su desventaja era ya evidente.

—Tienes miedo a que todos se enteren, ¿dí carajo?

—¿Enteren? ¿Pero de qué hablas? —se volvió a alarmar con la abyecta insinuación—. Más bien estoy queriendo que tú me digas simplemente que esto que me han dicho es mentira. Yo te creeré. Y si no me gusta que otros se estén enterando, es porque pienso que este es un problema entre tú y yo ¿Qué tiene que enterarse la gente? —era más madura, sin duda.

—¡Todos son chismes, concha su madre! —acusó con ligereza, paseándose como un jaguar enjaulado—. Que vengan pues a decirme en mi cara, sino —retó, espumeantes sus comisuras y blanco como un papel. Parecía un hombre sincero con una apocalíptica capacidad de indignarse ante las injurias, si no, un demonio en el colmo del cinismo.

—¿Pero por qué te pones así? —un vaho constrictor ya la tenía presa y la llevaba a empellones a sus prisiones de confinamiento.

—¡No me jodas, hombre! —masculló con aire ofendido—. Estoy cabezón por salir del atolladero en que estamos, y me vienes con estas cojudeces de mierda —reprochó acongojado, como si una aureola de mártir le pesara sobre las sienes.

La violenta defensa que hiciera de su inocencia en el caso imputado y su postrer actitud dolida, tuvo el convincente efecto de ir disipando dudas en el corazón de ella, cuya tendencia, antes de toda cualquier discusión, había sido por lo general, el de mantenerse aferrada a la confianza depositada en su pareja. Se secó las lágrimas creyéndose el alivio que al parecer sentía, y vuelta a su sumisión, se mantuvo cabizbaja y en silencio, porfiando una tácita disculpa.

Hérmel por su parte vio llegada la oportunidad de enseñorearse hasta la despersonalización de su inerme y desvalida víctima, y no perdió la oportunidad de hacerlo.

—Y no vas a venir a decirme a mí, que solo sales de compras —insinuó malignamente.

—¿Y a qué pues más voy a salir?

—¡Carajo! Uno es el último en enterarse siempre.

—Si nomás paro aquí metida, trabajando, lavando la ropa de todos, cocinando, atendiendo a los chicos, barriendo... Y si a veces salgo es porque tu hermana me

manda al mercado, o a la esquina a comprar alguna cosita.

—Ahora me vas a decir también que mi hermana te hace de su empleada.

—Yo no estoy diciendo eso, Hérmel.

—¡Malagradecida, carajo!

—¿Por qué dices eso? —le inquirió dolida en un susurro vencido.

—¡No me jodas, hombre!

El lío parecía que iba a extenderse, vía otros tópicos, a una letanía de fondo común a todas las desavenencias de pareja, cuando en esos momentos se escuchó movimientos en la puerta de la calle. Eran don Miguel y doña Elvira que regresaban con sus hijos de la fiesta familiar referida por la chola Margarita.

—Y Hérmel, qué milagro te encuentro.

—Qué tal cuñado.

—¡Hermelito! —irrumpió doña Elvira, saturando el ambiente con su almibarada manera de engreír a su hermano menor.

—Hola hermana.

—Me dice Miguel Armando que ya puedes volver a tu concesión de madera sin problemas.

—¡No!

—Es cierto; hoy día regularizamos todo —intervino el aludido—. Casi logran empapelarte esos "benditos" —comentó con un dejo de alivio.

—¡Samba canuta! ¿Verdad cuñado?

—Si quieres puedes hacerte cargo mañana mismo.

—¡Pucha cuñado, gracias de verdad! Ya me estaba molestando no poder hacer nada con esos "miércoles" del campamento.

—Pero aparte estoy tras una concesión en el Shebonya, que es una zona que te da para explotar, bien dado... unos cincuenta años por lo menos. Pero bueno, ya veremos —siguió explicando don Miguel.

—Ahora sí Hermelito, puedes estar más tranquilo —interrumpió en un momento dado doña Elvira, que al parecer se mostraba más emocionada que su hermano.

—Sí hermana.

—¡Ah, me olvidaba! —exclamó don Miguel dando un respingo y encarándose con Victoria—, acabo de acordarme que vi a tu papá en las oficinas. Tiene sus botes atracados en el puerto. Me dijo que están por comprar una casa, o que ya la compraron... ¡no sé! Pero lo cierto es que lo ví a media mañana por ahí —concluyó.

—Gracias por avisarme don Miguel —contestó ella, sintiéndose intimamente reconfortada, pues su nombre tenía el influjo de inhibir a su marido.

—¿Qué te pasa muchacha? No parece alegrarte el saber de tu padre.

—¡Qué no me voy a alegrar don Miguel! —replicó, esforzándose por manifestar en su faz lo que afirmaba.

—Seguro que ya han estado peleando otra vez ¿dí? —aventuró doña Elvira.

—Oye Hérmel —don Miguel se dirigió con otro tono a su cuñado—, tienes que tratar bien a tu mujer; ya déjate de tonterías; no es posible que todo un hombre como tú no sepa que a una mujer hay que tratarla como al pétalo de una rosa —amonestó con severidad don Miguel.

—La Vicky es bien celosilla también, pues —intercedió doña Elvira, poniendo el cuerpo por su hermano.

—No te metas en esto mujer, por favor —recriminó don Miguel, con esa serena altivez que trascendía de los rasgos nobles de su rostro, dirigiendo a su mujer una mirada acerada, como cuando hacía de miliciano en la otrora revolución de Cervantes.

Al día siguiente, muy temprano, Julia Victoria saltó de su cama a forzar un poco su destino con una cuota de inusual protagonismo.

—¿Vas a ir verle a don Antonio? —le preguntó Hérmel desde la almohada sin atreverse a cuestionarla por el temor reverente que sentía por "machote", su suegro.

—Sí.

—¿Y los chicos?

—Les voy a llevar —contestó con firmeza.

El diálogo fue escueto e impregnado de reservas, evidentemente a consecuencia del sinsabor nocturno metido hasta en las parótidas.

Al llegar al malecón, lugar al que a pesar de su cercanía a la casa de su cuñada, no había vuelto desde que llegara de San Alejandro, el dinámico movimiento portuario, el olor a barrizal y la larga vista del río llegando del Sur, le sacudió los sentidos y le llenó de libertad. "La esclavitud y la libertad son únicamente, sentimientos; no existen en los hechos", pensó.

Bajando hacia la orilla se detuvo un rato a degustar una bola de tacacho que su pequeña Mercedes antojaba, y se quedó atónita al ver pasar frente a ella a dos chaucheros cimbrando los lomos bajo un descomunal saltón de aproximadamente unos cuatro metros de largo. "¿Cómo habrán pescado a esta fiera?", se preguntó en silencio, sabedora de la fuerza de un simple cunchi tirando del anzuelo.

—¡Hola Victorita! —sonó una voz conocida a su lado.

—¡Don Esheco! —saludó con reprimida alegría al recién llegado. Era don Ezequías

Angulo, esposo de la maestra Enma Leví y buen amigo de su padre—. ¡Qué gusto me da verle! —declaró con sinceridad.

—Lo mismo digo, mi hija —le correspondió con gentileza el buen hombre—. ¿Tus hijitos? —preguntó seguidamente, mirando a sus pequeños.

—Sí.

—Con razón me estoy haciendo viejo —arrugó la crecida frente.

—Yo le veo idem nomás, don Eshequito.

—Ja, ja, ja... —rió este, al parecer satisfecho con el cumplido, y pelliscándose las patillas que se veían bordeadas de canas.

—¿Viene de su bote?

—Ajá.

—¿El de mi papá no está por ahí, sabe?

—Sí hija; está por allá, detrás de la lancha de los Morey.

—¡Gracias don Eshequito! Ahora sí tengo que apurarme, si me disculpa.

—Claro hija; adelante.

—Le saluda de mi parte a la maestra Enmita —atinó a un encargo gentil, alejándose ya.

—¡Por supuesto! ¡Le dará mucho gusto!

Prácticamente llevando en vilo a Mechita, que tendía a resbalarse con facilidad en la orilla humedecida por el oleaje, caminó el tramo indicado por don Ezequías, cuidandose a duras penas de no chocar con los chaucheros que iban y venían con descomunales cargas empretinadas a la cabeza.

—¡Niña Victorita! —explotó en júbilo el cashibo Huáscar al verla.

—¡Hola Huáscar! ¿Está papá Antonio?

—Un ratito mi niña, voy a traerte escarerita para que subas sin probrema —y mientras se agachaba a hurgar en la pequeña bodega de proa, siguió diciendo—. Papá ha sarido llevando prata a mamá Mishi; no demora, niña. Sino vete a ra casa.

—Voy a esperarle aquí nomás.

—Pasa a sentarte adentro, niña —invitó el noble cholo, alzando a Mechita arriba del bote.

—Sí.

—Aquí he hecho café ¿Te sirvo niña?

—¿Con qué agua?

—Der Ucayari nomás.

—Debe estar pura tierra.

—Con agua bien asentada re he hecho, niña.

—Sírveme pues; aquí tengo yo también unas humitas que he traído de la casa; ponlas en un plato.

—Ahorita, niña Vctorita.

El bote se mecía al vaivén del constante oleaje producido por otros navíos de diverso calado que llegaban y partían con su propia carga de vidas afanadas, obligando a Julia Victoria a permanecer alerta por Mechita, que en su edad de traviesa, se movía inquieta de baranda a baranda. Arquímedes no hacía ningún ruido.

—¿Y cómo vas con las muchachas, Huáscar? —le preguntó al transparente cashibo en son de broma, pues era divertido su azoramiento cuando era expuesto al tema de las muchachas.

—Sigo sorterito nomás niña —respondió este, ruborizándose.

—Te dolió lo que le pasó a la Margarita, ¿dí?

—Yo re quería de verdad, pero ella re prefirió ar amuesha.

Victoria se sintió conmovida. Huáscar siempre había sido como un hermano en la casa de su padre. A diferencia de Atahualpa, otro de los cashibos atrapados junto a él en una de las tantas incursiones al Juantía y que también fuera criado al interior de la familia, era noble, respetuoso y sobre todo, fiel.

—Dile a papá que te busque una que sea buena, como tú.

—No hagas broma, niña —se defendió con ademanes pueriles, estirando su brazo izquierdo, donde un callo óseo abultaba la piel, huella de la fractura que sufriera en el Macuya, cuando la troza que cabalgaba boyando en medio del furioso torrente, colisionara con otra que bajaba suelta.

—Buenos días, niña Victoria —saludó Atahualpa, con ese aire de curaca arrogante y pillo sinverüenza, que siempre le fueron característicos, emergiendo en esos momentos del compartimento de máquina. Pronunciaba el castellano como un mozo legítimo.

—Buenos días —le correspondió el saludo por educación, sin mayor entusiasmo.

El cholo pasó de largo, haciéndose el interesante con la mirada explayada, y se fue de la embarcación sin ninguna explicación. Se sentía un príncipe, pero sin noción de su ridiculés. Un fatuo.

En esos momentos hubiese sido imposible presagiar la trágica suerte que aguardaba a los dos nativos al cabo de unos años. Efectivamente, Atahualpa huiría de Puerto

Inca para no ser muerto por su propio amo, a consecuencia de un frustrado ataque a una de las hijas que este llegaría a tener en dicho lugar con la que sería su última esposa, y Huáscar, sería llorado como a hijo de cuna, como a hermano de sangre, al encontrársele baleado después que se perdiera tres días en el monte. Y es que al internarse en sus zonas de caza, según su costumbre sin decir a nadie nada, y menospreciando la época de lluvias, en un fatal resbalón terminaría disparándose a sí mismo, quedando tendido en una sombría vereda de los bosques de Yarinacocha. Sólo una munición alcanzaría atravesar su cráneo, lo que bastó para tenderlo mortalmente herido y hacer suponer una lenta agonía.

Sobre la huída de Atahualpa, la gente murmuraría por un buen tiempo que el cholo no alcanzó a lograrlo, es decir escapar, pero "machote" nunca afirmaría, ni negaría nada al respecto.

—¡Puta carajo! En este barrizal es mejor andar patacala —sonó de pronto su voz bronca y pendenciera.

—Ahí estar ya papá —susurró Huáscar, escurriéndose hacia la pequeña cubierta de proa, donde ya "machote" pugnaba por sacarse los embarrados zapatos.

—La mamá Mishi se empeña en calzarme estos chancabuques cada vez que me vengo a la ciudad —rezongaba—. Y todo para estar a la altura de las "buenas costumbres". ¡Badulaques! Ven Huáscar, ayúdame hijo —pidió apenas percatarse de la cercanía del dócil cashibo.

—Tu pata también ser asizote, papá.

—¡Ya carajo!, no te burles.

—Ja, ja, ja —rió mordidamente el cholo. En esto se parecía al recordado Custodio, que después de lo del Juantía, se había ido de casa.

—¿Y Atahualpa?

—Se ha ido, papá

—¿Dijo adónde?

—Sarió nomás; sarudó a ra niña y se fue -el cholo hizo un gesto elocuente con la mano.

—Ese cabrón ya me está llegando al copete; cualquier día le pongo de frente a una "culebrina" y le desbarato el culo al cojudo.

—¡Ah!, ra niña Victorita está adentro, papá —porfió Huáscar en dar la nueva.

—¿Quién?... ¡Paro distraído, carajo!

—Ra niña Victorita.

—¡Caramba, algo bueno tenía que suceder entre tanta vaina!

Para Victoria, reencontrarse con su padre, fue un descanso espiritual; un abrevadero

encontrado bajo el inclemente sol; un vuelo dual con vista al horizonte.

Si bien la ocasión dio todo de sí para que ella irrestrictamente se volcara en confidencia, nada llegó a decir sobre la crisis matrimonial que agobiaba su ánimo, aún a sabiendas que de confesarlo todo, su padre haría lo suficiente para ayudarla. Al menos así lo creía. Pero no abordó el tema por sentir que eso era lo correcto, y se dejó estar complacida con sus ocurrentes historias, en las que pudo deducir el por qué, seguía tomándose la vida sin dolidas articulaciones y con mucha queratina en la piel.

—Me gustaría trabajar —logró decir al fin.

—¿Trabajar, hija?

—Sí papá, como maestra.

—Estaría muy bien; en estos contornos, quinto de primaria es lo máximo que se puede aspirar, y pocos pueden jactarse de ello. Me parece bien, sí —asintió conspicuo.

—Ayudaría muchísimo a mi familia de conseguir un puesto en alguna escuelita, aunque sea en algún caserío del río —casi suplicó—. Estoy gestando ya mi tercer hijo y...

Aquel gigante se la quedó observando inquisitivamente, avizorando con intuición paterna no muy ejercitada, trasfondos inquietantes en su sofrenado apremio por trabajar; pero al cabo, tuvo el tino, o acaso el desatino, de no cruzar los sutiles límites de la "no-ingerencia" en relación con los hijos independizados, y dejando de lado esa mirada cavilante de padre preocupado, dio un rodeo al atolladero en el que la presentía, para permitirle superar su titubeo y permitirse él mismo una evasiva más.

—¿Dónde estás viviendo ahora?

—Con don Miguel Chávez, el cuñado de Hérmel.

—¿Y no han podido comprarse una propia con toda la plata que el Ibazeta ha sacado de allá del Juantía y del "Lagarto"? —preguntó extrañado.

—Es que...

—Bueno, olvidémoslo.Todos tenemos derecho a matar nuestras propias pulgas. Más bien voy a hablar con Mishi para ver si el supervisor de educación, que es muy amigo de la casa, te consigue un puesto. Tú sabes cómo es tu madrastra de metiche.

—¡Gracias papá!

—Si tienes problemas con el Ibazeta... ¡avísame nomás hija, ah! Nosotros estamos arreglando las cosas para trasladarnos en cualquier momento, ya definitivamente por aquí, así que... ¡Ojalá nomás no nos falle la madera!

—No te preocupes, papá; dicen que no hay mal que por bien no venga.

—Hay que cuidar esa barriguita ¿eh? —recomendó paternal el rudo varón.

—Sí papá.

Después de este oxigenador encuentro, Julia Victoria tuvo más en claro el protagonismo que debía asumir frente a la vida, consecuente con los dones del cielo, para darle la forma deseada a su destino. "No más fatalidad", se dijo.

Qué le habría notado su padre entre gestos y tonos, que al cabo de dos semanas, un funcionario de la Supervisión de Educación llegó a la casa a hacerle entrega de una carpeta documentaria para procesar su incorporación al magisterio.

Hérmel, apercibido que detrás de todo esto estaban su suegro y doña Mercedes, no hizo ninguna objeción. Por el contrario, afianzó su arte zalamero, exhibió su experiencia manipuladora escabulléndose hacia actitudes conciliatorias que convenían a su doblez. La amante de Boa Vista resultó ser una historia cierta, y su condescendencia con las aspiraciones de Victoria iba de lamano con la treta libertina y licenciosa de quedarse solo para frecuentarla sin racato.

El 12 de setiembre de 1,947 después de permanecer unos meses junto a él, en el campamento maderero del Lagarto, dio a luz a una robusta niña en la casa de su cuñada Elvira, a donde regresó días antes del alumbramiento. En honor a ella, a la pequeña le pusieron este nombre.

A un mes aproximadamente de este feliz acontecimiento, recibió una citación de la Supervisión de Educación, urgiéndole a apersonarse a la sede al término de la distancia. Allí le comunicarían que había sido aceptada para trabajar en el magisterio y que debía trasladarse para el efecto, al caserío de Bello Horizonte, río abajo en el Ucayali.

Aquel año, muchos gringos habían estado llegando a Pucallpa con destino a una zona estratégica y exclusiva a orillas del lago de Yarinacocha, debido a que el Instituto Lingüístico de Verano, una Institución estadounidense de corte religioso protestante, había iniciado su labor evangelizadora y lingüística en las diversas etnias aborígenes en esta parte del Ucayali.

Su primer director, el señor William Cámeron Towsend, tendría que hilar fino para disipar el temor popular que hacía aseverar con supersticiosa media voz que habían venido a sacar aceite de la grasa de los pobres nativos, y para apaciguar el comprensible recelo y celo de los sacerdotes católicos, tan dueños de los esfuerzos de catequización desde los tiempos mártires.

Debido a que las lanchas no atracaban en caseríos que pasaban desapercibidos por su escasa población y a que coincidentemente el día de su partida ningún bote motor realizó itinerario hacia su lugar de destino, Julia Victoria tuvo que embarcarse, junto a sus tres hijos y sus pocas pertenencias, en una canoa fletada por don Miguel Chávez Maldonado.

Hérmel pretextó no poder acompañarla, según le dijo, porque le urgía finiquitar unos trámites para acelerar la adjudicación de la nueva concesión maderera del Shebonya; pero en su fuero interno, ella supo que tal desapego tenía que ver con

la mujer de Boa Vista. Porque cualquiera que hubiese sido el motivo, ningún buen esposo, ningún padre responsable, hubiese permitido que su mujer y sus tres tiernos niños, afrontasen solos tan peligrosa travesía. Pero las hormonas funcionaban así, y ella optó por voltear la cara hacia su nueva ruta tratando de no atragantarse una vez más con el mismo dolor.

Frente a los barrancos del caserío San Francisco experimentaría unos sustos tremendos con las aguas que embestían la frágil canoa rebotando de las orillas, pero con suma pericia los fuertes bogas descollarían el peligroso paso.

En San Antonio bajarían a descansar un buen rato y a satisfacer necesidades tan apremiantes, como las de la evacuación y la alimentación, que los niños no podían posponer.

—Tu inguiri está todo ango-ango, doña —dijo uno de los bogas a la campesina que tuvo a bien prepararles algo de comer—. No será de ayer ¿dí? —acotó.

—¡Qué ya pues! Se ha secado un poco su agua nomás —replicó la aludida un tanto molesta.

Al arribar al caserío de Bello Horizonte, los pobladores la recibieron con entusiasta acogida, asignándole una pequeña vivienda erigida junto al rústico local de la escuela. Era ésta la N°12292 que hacía buen tiempo que no contaba con maestro alguno y su nivel de enseñanza cubría hasta el tercer año de primaria.

Casi finalizando octubre, a sólo dos días de haber llegado y estando haciendo las coordinaciones con los padres de familia para hacer posesión efectiva del centro educativo, una comisión enviada desde Espinal por su esposo, llegó al pueblo con un mensaje perentorio.

En su carta, apenas legible, Hérmel le urgía a trasladarse a dicho caserío, sustentando su apremio en el hecho de que había decidido instalar residencia allí y alegando mejores condiciones para una vida en común más estable. “Bello Horizonte sólo debía ser una estancia circunstancial de índole laboral”, es lo que le dio a entender entre líneas.

Ilusionada con la idea de unificar a su familia, y a partir de ahí, poder proyectarse en paz a su realización personal, como una forma de contribuir con su esfuerzo al logro de los hijos, inmediatamente hizo las coordinaciones necesarias con las autoridades del lugar para marchar a Espinal sin conflictos que pudieran empañar su regreso.

El 1° de noviembre, estando ya en Espinal y mientras soplaba la cascarilla del maní tostado con el que acostumbraba entretener el hambre de Mechita y Arquímedes en las tardes adormecidas, sintió bajo los pies una especie de tirones de palometa ensartada a un anzuelo subterráneo, que la mantuvo en una inmovilidad espectante, presintiendo algo grave. El silencio era absoluto. Al instante, un violento remezón sacudió las vigas amenazando traerse la maloca al suelo, haciéndole saltar hacia la hamaquita donde dormía Elvira, y con ella en brazos salió al patio donde los dos mayorcitos habían dejado de rayar el suelo para jugar “mundo”, sorprendidos y asustados con las terribles sacudidas. En todo el caserío se elevó un gran griterío que les atemorizó aún más.

En los días siguientes, el río comenzó a enturbiarse de manera muy rápida, tornándose en una masa espesa de color marrón oscuro que arrastraba palizadas, restos de viviendas y embarcaciones, así como cadáveres de animales que enrarecían el aire con un olor fétido. “Ha llegado el fin del mundo”, vaticinaban plañideramentea unas ancianas.

Cuando una mañana, la forma antidiluviana de una carachama de tres metros de largo jamás antes vista, se acercó boqueando al borde del barranco, estas mismas mujeres, toda tembleques, se pusieron a lloriquear desmenuzando la letanía de sus rosarios entre la gente atónita.

Hérmel, que no había ido al “Lagarto” pretextando que su prioridad era acomodar primero a la familia, al enterarse de que todos aquellos transtornos eran consecuencia de un terremoto ocurrido en Satipo, inmediatamente se aprestó a viajar al lugar, pues desde que su abuelo materno, don Fidel Reátegui Valera, decidiera dejar Puerto Lira para ir en busca de un nuevo lugar donde establecerse, gran parte de su parentela había asentado sus reales allí.

Recién entonces Julia Victoria se enteraría de que la concesión del “Lagarto” había sido vendida en tres mil soles y que la del Shebonya sólo había sido una ilusión vaga de trámite truncado.

Aún cuando la suma conseguida en la transacción, resultó nada despreciable, se sintió decepcionada. Una concesión de madera era una garantía de trabajo sostenido, y por ende, ganancias diversas, pero el dinero solo se acabaría pronto. Ella lo presentía.

Hasta el año de 1,949 desplegó en Bello Horizonte una esmerada labor docente, muy apreciada por los lugareños, aunque un tanto empañada por las inconductas de Hérmel, que las veces que fue a pasar con ella algunas semanas en el caserío, no dejó pasar oportunidad de enredarse con ciertas mujeres, que fáciles de seducir hay en todas partes. Algunas, sin embargo, llegaron a quejarse de los atrevimientos de su incorregible cónyuge, y tales confesiones le fueron por humillación y vergüenza.

Cuando los humildes pobladores convocaron a una asamblea para decidir si expulsaban del pueblo a vecino tan indeseable y no dejarle retornar nunca más, este se violentó contra ella y entre infames amenazas, le exigió que abandonase también la escuela, en un afán mezquino, vengativo, y encima, exculpatorio.

Julia Victoria trató por todos los medios de excluir de tamaña crisis su rol de docente, cautelando con diligencia y aprecio su trabajo, pero para fines de 1,950 la situación se hizo insostenible.

Embarazada una vez más y frustrada en sus deseos de superación, ese año abandonó Bello Horizonte para siempre, conteniendo a duras penas costosas lágrimas frente a aquellas sencillas gentes que tuvieron el generoso gesto de entristecerse con ella al pie de la despedida, pues ciertamente la apreciaban y hubiesen querido que el desenlace no fuese tal. Pero el marido era “una joya”.

Sin el valor de un corazón sinceramente arrepentido, ni el respaldo de una conciencia ya redimida, y al parecer carente de todo instinto protector, Hérmel optó

por quedarse en Espinal y enviar por ella a unos bogas, a los cuales si de vista conocía, era todo por decir.

Eran estos, tres fornidos sujetos y resultó que en Bello Horizonte sabían lo suficiente de ellos, como para bromearles hasta el exceso de confianza con esa simplona frescura propia de los lugareños.

A un tal Ernesto Inga, le decían "tingotero"; a otro llamado Ernesto Ramírez, le trataban de "limpiecito"; y al tercero, que al parecer procedía de una de las familias del lugar, le llamaban "pato", como recordatorio de su infancia, donde, en el decir de dos ancianas alharacosas, un agresivo pato macho le trituró los testículos estando haciendo "del cuerpo" bajo una enredadera de tumbo.

—Tiene que apurarse maestra, si no, nos va agarrar la lluvia —urgió "limpiecito".

—Yo ya estoy lista; hay que acomodar bien a los niños en lugar seguro por favor.

—No se preocupe de eso, doña —habló el "pato"

Los truenos y relámpagos apuraron la emotiva despedida y con mirada empañada, Julia Victoria escarbó consuelos con la mejilla puesta sobre las cabecitas de sus tres hijos, cuyas miradas iban prendidas en el horizonte.

—¿No sería mejor esperar a que pase la tormenta? —preguntó a los bogas, muy inquieta con el embravecimiento del río y la renegrida nubosidad que iba acolchonando el cielo.

—No va a caer, doñita; el viento va hacerle pasar —intentó tranquilizarla el "pato".

—Nos puede agarrar, cojú —admitió un tanto contrariado el tal "tingotero".

—Pero don Hérmel quiere que lleguemos hoy, pues —sentenció con fatalidad "limpiecito".

Al poco rato, la canoa comenzó a dar peligrosos bandazos y una cortina de lluvia se avistó avanzando desde el Sur. No tardó en dejar escuchar su típico repiquetear sobre las hojas, seguido de ese su cavernoso eco de sierpe mítica arrastrándose sobre la hojarasca.

Julia Victoria cubrió a sus hijos con una capota de tela impermeable y ella embistió de cara el aguacero, que en un santiamén le empapó todas sus prendas. Llovía a cántaros y el viento se tornó gélido.

—Los niños se van a mojar; tenemos que guarecernos en algún puerto —instó a los bogas, sofrenando su apremio a fin de no transmitir a los pequeños su insondable inquietud.

—A la vuelta queda San Pedro de Panaíllo y ahí nomás está Tacshitea, doña —indicó el "pato" que iba a proa.

—En cualquier casa que vean, hay que atracar —insistió ella, ya perentoriamente.

—Esta lluvia es lluvia de viejo; ya no para, doña —aseveró de lo más fresco

"tingotero" inclinado a seguir el viaje de largo de todas maneras—. Lo mismo que nada será detenernos —arguyó, sin atender la risilla de sus compañeros.

—A mí no me interesa; dije que hay que atracar y se hará. Si ya después calma, proseguiremos, si no, ya mañana temprano tendrá que ser.

—Usted manda doñita; pero don Hérmel nos ha pagado para hacerles llegar hoy día, como sea —alegó "limpiecito", con velada intención de aumentar su ganancia.

—Todo su tiempo se les va a pagar. Preocúpense de hacernos llegar vivos a Espinal, y no habrá problemas —replicó Julia Victoria adustamente, preocupada como estaba con el batir de mandíbulas de sus pequeños, que como frenéticos pájaros carpinteros tratando de horadar la madera, sucumbían al frío con los dientes castañándoles.

—¿Y papá? —dejó escuchar su desvalida voz, Mechita, sin que sus labios ateridos pudieran disimular un reproche audible hasta el cielo.

—Él nos está esperando en Espinal, hijita —le respondió ella, consoladoramente—. Anda, abraza a tus hermanitos y no se estén moviendo mucho —la persuadió con ternura.

—Si mamita —asintió la niña, sin haber sido convencida.

En eso, un rayo atronador desgarró el firmamento encegueciendo las pupilas, y todos se sintieron flotar en aquel abismo luminoso, que silenció todo signo de vida por un eterno minuto.

—Miren, ¡qué bruto! Cómo le ha rajado a esa bolaina —señaló "limpiecito" hacia la orilla, una vez recuperado de su ceguera.

—Un poquito más… y nos hace chicharrón a todos —comentó "tingotero", hurgándose trémulo con el dedo índice la sordera persistente dejada por el estampido.

—¡Por Cristo de Bagazán, boguen más aprisa!

—Si doña —asintió grávido el "pato".

—Mis hijitos están temblando ya.

—¡Alaocitos! —exclamó conmovido "limpiecito".

—¡Denle duro muchachos! —animó de repente muy eufórico y decidido "tingotero", poniéndole energía a su remo—. Ahí se ve una casa —indicó con la barbilla.

—Increíblemente habían logrado llegar bien a Caridad, caserío donde Julia Victoria conocía a la familia Oliveira.

Forzados por el temporal, los viajeros no tuvieron otra opción que quedarse a pernoctar en este caserío, donde doña Rosaura, la matrona de dicho clan, solo quiso aceptar a Julia Victoria con sus hijos, para que pasaran la noche en su vivienda. Los

tres bogas tuvieron que agenciarse techo donde otro vecino.

Como en tantos humildes caseríos de la ribera, ahí tampoco encontraron utilidad al dinero en lo referente a conseguir alimentos, pues no había nada que comprar. Por suerte, el dueño de la casa que era un viejo pescador, con toda generosidad les convidó una buena cantidad de huevera de pescado, la que acompañada con unos inguiris y un poco de arroz que ella traía entre su bagaje, les permitió saborear la única comida del día. Ahí, entre apuradas degluciones y esbozos de charla, el generoso anfitrión refirió, entre otras cosas, haber escuchado en el malecón de Pucallpa que a la carretera a Huánuco le habían puesto nombre, y que en Pucallpa se había empezado a construir una moderna escuela. Y tales noticias eran ciertas, puesto que por Resolución Suprema del 17 de julio, la mencionada vía se llamaba ya, "Ing. Federico Basadre Grohmann", y por Resolución Ministerial del 7 de setiembre, se había aprobado en 72,827 Soles el presupuesto para la construcción de la escuela N°1220.

Esa noche, al amainar la lluvia, el zancudero fue terrible. Con una vela encendida Victoria se estuvo un buen tiempo matando a los agresivos insectos que se filtraban al interior del mosquitero y que al rato se ponían quietos con los vientres rojos repletos de sangre, formando escuadrones puntiformes sobre el blanco tocuyo.

Al día siguiente, cuando al fin arribaron a Espinal, Hérmel no cejó en hurgar detalles del retrazo, mordiendo pegajosas desconfianzas que terminaron por enrarecer el espacio asignado a una feliz bienvenida. Algo en su cerebro andaba enfangado.

Muy a la altura de sentimientos neolíticos y fiel cumplidor del dicho popular que refiere que el ladrón habla por condición, se empapó de hiel y tropezó con sus malicias para recién convencerse en holocausto de que todo estaba bien.

Si Julia Victoria esperaba de su marido una cariñosa bienvenida, un gesto sufrido por su ausencia, un abrazo protector, una frase de alivio en aras del reencuentro, o al menos una actitud arrepentida por el desenlace de Bello Horizonte, se equivocó. Porque no bien llegar, se tuvo que atragantar con tan ilusa espectativa y ser oveja de sacrifico en el ominoso proceso probatorio que este le impusiera para aceptar su inocencia. Había una fijación paranoica para buscarle culpas.

Pasado este penoso trance, tuvo además que acceder con consentimiento soso, a la demostración de un desenfreno sexual, sintiéndose más cerca del contentamiento por una frase de amor que por toda aquella agresión voluptuosa que no guardó miramientos ni por su vientre palpitante.

El 15 de enero de 1,951 nació Habacuc y se dijo a sí misma que con cuatro hijos era suficiente. La situación se había tornado bastante difícil y Hérmel, aparte de cazar, pescar y jugar fútbol, no mostraba reacción alguna para salir de su indolencia. Y a pesar de que ella le insistió hasta el cansancio, agenciarse de un certificado de posesión temporal de alguna playa, u otro terreno adecuado para sembrar arroz, puesto que se rumoreaba ya de que el gobierno iba a comprar toda la producción de arroz en el Ucayali, no hizo nada, ni sopesar al menos esta coyuntura.

A partir del año de 1,952 que es cuando conocen y traban amistad con un farmacéutico de Pucallpa apellidado Galarreta, recién Hérmel toma interés en dedicarse a una

actividad rentable y empieza a incursionar en el negocio de las medicinas.

Inmerso en esta mezcla de sanitario-regatón, que sobre la base de un sistema de crédito en la comercialización de fármacos, le permitirá reconocer su capacidad andariega de visitador médico y disponer de una ocupación aceptablemente ventajosa que traerá cierto alivio económico a la familia, también dispondrá de márgenes para que su temperamento inquieto y sensual, conozca más exceso, más impunidad, en las infidelidades que irá perpetrando en los diferentes caseríos de la ribera. Llegado el momento, inclusive no se detendrá en hacer desfilar a sus potenciales víctimas como mucamas de la casa, con esa historia engatusadora de aliviar el excesivo trabajo del hogar.

—El Hermelito es terrible Vickita; haz de tenerle cuidado a ese zamarro —le advirtió en cierta ocasión la maestra Enma Leví.

—La gente habla; pero no sé si será cierto —respondió ella un poco a la defensiva.

—Ese es un atrevido con todo lo que lleva falda, hija; fíjate pues que hasta conmigo se ha insinuado el confianzudo.

—¡Ay Jesús!

—Dile a don Antonio para que le ponga en su lugar.

—Pero papá también es otro terrible.

—Que le pare de hombre a hombre. ¡Qué cosa! Tú eres su hija. Si no el Hérmel te va a hacer la jurumaya, hija.

Aquella conversación concisa y directa, se le grabaría con fijación indeleble, poniéndole en una actitud de búsqueda, igual de ansiosa que un ciego privado de su callado. Pero cuando menos lo esperaba, el hallazgo le llegaría a través de un suceso fortuito y novedoso, que le llenaría el alma con una fuerza admirable y duradera.

Había ido a buscar a su comadre de parto para obsequiarle unas humitas calientes terminadas de preparar y de paso relajarse de la presión ejercida por los hijos de genio fuerte y la despensa vacía, cuando de regreso, improvisadamente decidió encaminarse hacia el puerto, sin saber a ciencia cierta para qué.

Al llegar al lugar del bullicio, se encontró con muchos vecinos que aglomerándose al borde del barranco, observaban el acercamiento de un bote que llegaba de Pucallpa, del que trascendían voces cantando himnos de alabanza cristiana. No pudo evitar contagiarse de la curiosidad.

Cuando aquellas gentes desembarcaron desbordadas de alegría, vio que estaban lideradas por un gringo que se afanaba en ser atento con los lugareños y que en sus modales transmitía una energía de vida, amigable y jovial, y sobre todo, unas ganas de estar por encima de cualquier problema cotidiano. Se sintió atraída.

Al acercárseles vió una caja repleta de primorosas biblias de filos dorados, y cual niña tras una golosina, deseó tener una.

—Estos si van a patear quiruma aquí —le escuchó murmurar despectivamente a doña Celedonia Upiachihua, una mujer proclive a llevar la contraria—. ¡Qué se creerán!

—¿Por qué ya vuelta? —Se puso a encararle doña Segismunda Amasifuén.

—¿Por qué? Porque aquí todos somos católicos, apostólicos y romanos, pues.

—¡Vaya a engañar! Aquí hay de todo. Hasta los que creen en los brujos y curanderos.

Ajena a esta y otras escaramuzas verbales alusivas a los visitantes, se encontró, al cabo, escuchando con sumo interés el mensaje congregador de aquel pastor misionero llamado William Clark, venido desde tan lejos a plantear una nueva visión de salvación a través de Cristo.

Ese día le tocó a ella conocer la verdad y ser consolada con palabra viva convidada en inspiración.

Al llegar a su fin aquel culto al aire libre, cayó en cuenta que sus hijos se habían quedado solos y de despenseros con las humitas que hiciera a media mañana, y que andaba atrasada en la preparación de su almuerzo.

Presurosa se despidió de su tutora, una joven maestra de nombre Araceli Díaz Encinas, puesta a su lado para reforzar su conversión, y con su biblia entre las manos, plena de regocijo, se apresuró a desandar el camino a casa. Algo nuevo y diferente germinaba dentro de ella. Por cierto, además habían hablado de su trabajo de maestra truncado de repente, atisbando acaso aquello de que la fé sin obras es muerta, de que se requiere un pan de por medio para empezar a creer las promesas del cielo, y de la Campaña Rural de Alfabetización que a partir del 28 de noviembre de ese mismo año había empezado a extender sus beneficios a la selva, mediante la organización en Yarinacocha -en colaboración con el Instituto Lingüístico de Verano-, de un curso de capacitación para maestros dirigido a veinte nativos alfabetizados de las tribus piro, cashibo, aguaruna, huitoto y bora. Una clara muestra esta, de la necesidad de la manifestación de Dios a través de obras concretas. Tal vez para ella habría también algo más adelante. Por lo menos ya tenía esperanza.

El 4 de noviembre de 1,953 su comadre Milia nuevamente entraría en escena para ayudarle a dar a luz a su quinto vástago.

La noche se encontraba cerrada y amenazante con sus pugnaces vientos y voraces relampagueos, haciendo de las suyas en el supersticioso temor de las gentes, retiradas temprano a conciliar el sueño sobre el eco de los ramajes cimbrándose hasta sus límites colenquimáticos.

Un perro aullaba lastimeramente en alguna huerta del vecindario, disimulando los no menos dolidos gemidos que habían empezado a trascender de sus esfuerzos por facilitar el trabajo de parto.

—Lo bonitillo del mestizaje es que los hijos salen de colores —comentó su comadre Milia, con un dejo de consolación en la voz, luego del primer grito del

recién nacido.

—¿Qué es? —alcanzó a preguntarle, aún desencajada y con los ojos vidriosos, en medio de su extenuación.

—Varón es comadrita.

—¡Ay, más guerra! —suspiró resignada.

—Alégrate comadrita; tendrás un machito más en la casa.

—¿Está completito? —le salió su pregunta de cada parto.

—Sí doñita ¡Pero bien negrunshito! —satisfizo su curiosidad la ayudante de su comadre.

—¿Cómo su padre? —se interesó.

—Un poquito más oscurito, creo —suavizó sus expresiones la mujer, ante la mirada severa de doña Milia.

—¿Cómo mi Mechita?

—Un poquito más tiznadito va ser comadrita.

—La tempestad le ha cutipado, creo doñita —volvió a la carga la entrometida ayudante.

—No seas ocurrente, oye Peta —le reconvino doña Milia, aunque a punto de reir.

—Que esté bien sanito, es todo lo que pido —les replicó ella, ya aliviada de todo dolor y dispuesta a recibir en sus brazos al pequeño ser.

Cuando le acurrucaron en su pecho, sonrió plácidamente al verlo embestir con denuedo la teta turgente, mimetizándose con aquellos sus pezones aún morenos, que con todo amor púsole entre los labios.

Afuera llovía, pero la noche ya se oía tranquila. Joel Ibazeta Marino no tardaría en abalanzarse sobre la segunda teta, mientras su madre le acariciaba con amor su todavía húmeda cabecita, comprimiéndola con delicadeza contra su mejilla manchada todavía por el cloasma gravídico.

XXXVII

Quedaba sede en Pucallpa por el Ejército y sede en Panao, por el Instituto Peruano de Seguridad Social. Había decidido realizar su Servicio Rural Urbano Marginal de Salud, aún a costa de separarse por un tiempo de su mujer, con la que se había casado unos cuatro meses después de graduarse, y sopesaba entre estas dos opciones, poder hacerlo.

El hecho de que el ejercito exigía dos años de servicio, uno más de lo establecido para el MINSA y el IPSS y la posibilidad de conocer a sus parientes paternos en la misma tierra de donde surgiera su apellido, hicieron que Matías Ibazeta escogiera al cabo la sede huanuqueña.

¿Qué le pudo haber impulsado a emprender esta arriesgada aventura, considerando que en el año 1,988 la subversión en Huánuco se había constituido en un foco narcoterrorista de virulenta actividad?

Estaba casado desde abril, su mujer avanzaba nauseosa en una primera gestación, trabajaba en horario fragmentado en dos clínicas locales y en un consultorio de alquiler, y empezaba a internarse por esos difíciles terrenos por donde transitan los hombres que se precian de responsables cuando constituyen su propia familia. Pero en el fondo, estaba harto de Lima. Andaba hastiado de los condicionamientos políticos de su Partido para iniciarle en la carrera docente en una universidad que inauguraba su Facultad de Odontología; venía saturado de las asambleas dominicales que organizaba en su local central para discutir la problemática de la clínica odontológica que funcionaba allí, sin capacidad de variar las decisiones previas de los directores; asomaba al histerismo con las presiones de su casera quien apenas percatarse de que su minúsculo departamento había sido refaccionado, empezó a insinuar que ya no quería alquilarlo; se sentía renegado con las riquezas malhabidas que se gestaban al interior del gobierno y entre los partidarios mejor trepados; rumiaba descorazonado el recuerdo de su participación militante en la campaña electoral; recontaba frustrado los ingresos magros que sólo le permitían "jugar a la cocinita", por llamar de alguna manera los malabares que su mujer tenía que hacer para presentar las tres comidas del día; guardaba venganzas para los "fumones" de la cuadra que ya le habían violentado su puerta una vez...

Pensó sin embargo, como acostumbran hacerlo los profesionales concientizados subliminalmente para salir apenas terminar la carrera a buscarse un patrón, que el SERUMS como currículum, le abriría la posibilidad de acceder a un trabajo seguro en el sector público, con el que mejoraría sus ingresos, de poder alternarlo con algún otro centro laboral. Eso le permitiría ir equipando un consultorio propio y el futuro no pasaría de ser un desfile de soluciones. Pero en suma, lo que de verdad deseaba, era romper esa especie de caparazón que le confinaba a sojuzgamientos sociales que no tenía la menor predisposición de corresponder, y partir tras esas herencias que empezaban a dejar escuchar sus voces ancestrales, clamando por un poco de viento, de oxígeno, de clorofila, de distancia, de nostalgia, de soledad, de evocación, de despedidas, de bienvenidas, de evasión, de libertad...

Lila Rita insistió en quedarse en la casa de su madre, mientras durara el distanciamiento, y él consideró que era una decisión digna de tenerse en cuenta,

pues considerando su estado de gravidez y el sobreesfuerzo que debía desplegar para cumplir su último semestre de Facultad en Obstetricia, lo menos que podía asegurarle antes de partir, era una persona que la acompañara.

Junto a otros serumistas, en Huánuco se quedó tres días a propósito de unas charlas de orientación organizadas por la Presidencia del Comité Técnico Preventivo Promocional y Extensión de Cobertura de la Gerencia Departamental del Instituto Peruano de Seguridad Social, que otra cosa tan extensa como el título de marras, no tenía.

Antes de que se dirigiera a su sede en el centro asistencial de Panao, se había presentado en la Gerencia institucional apenas finalizar las festividades por el aniversario patrio, pensando estar trabajando desde el mismo 1° de agosto como estipulaba el contrato y soñando con que el 31 de julio de 1,989 llegase con un suspiro, para estar de regreso a casa con una herramienta más de trabajo. Pero como se dijo, tuvo que quedarse en Huánuco unos días por lo de las charlas y por el asunto de las credenciales y eso comenzó a inquietarle. Porque había dejado a Lila Rita con dinero sólo para unos cuantos días y él se había embarcado haciendo cálculos espartanos de pasaje hasta su sede y de alimentación para tres días. Obviamente, esto le tuvo preocupado mientras duró la demora en Huánuco, pero finalmente se vio embarcándose en el puente de calicanto a horas tempranas del segundo día de agosto, sopesando muy a su pesar, los riesgos de morir durante su estancia en la tierra de sus ancestros paternos. Llata, Baños, Dos de Mayo, Ambo, toda la provincia de Leoncio Prado y el mismo Panao, eran localidades que ya tenían en su haber la incursión de fuerzas terroristas, que habían dejado en ellas el trauma de sus bárbaros juicios populares.

En el Rancho, pasando la garita de control, la camioneta rural se detuvo al pie de la muralla montañosa por donde ascenderían la cuesta, es decir, por donde la carretera a Panao iniciaba su sinuoso ascenso.

Matías, que prácticamente iba colgado con un pie en el parachoque trasero, fue el primero en saltar a "estirar las piernas".

—Los "compañeros" han matado a dos, anoche —dijo alguien a su lado, haciendo que esos olores imposibles de olvidar, de su curso de forense, se abalanzaran hacia sus fosas nasales.

Sofrenando su ansiedad y fingiéndose distraído como quien adolece de total falta de curiosidad, se dirigió hacia la cuneta donde al parecer yacían los dos cadáveres. Por las vestimentas típicas, dedujo que habían sido campesinos. Estaban amarrocados a la espalda y tenían heridas de bala por encima de las orejas, donde el pelo se había pegoteado con la sangre seca. "¿Qué justicia ésta?", se preguntó. Le pareció una acción abusiva y facilista eso de ir abanderándose de justicialismo a partir de insignificantes rateritos surgidos de la miseria o de infidentes por miedo. "La simpatía de la masa tiene que nacer de acciones punitivas contra los grandes ladrones encaramados en el poder corrupto. Ahí se tiene que apuntar si se quiere que las muertes selectivas constituyan una estrategia de lucha", reflexionó, poniéndose en el lado subversivo. Nunca antes había visto "en vivo", gente eliminada de esta manera tan alevosa y ventajista y tuvo la sensación de que acababa de introducirse entero,

en un territorio siniestro, plagado de fuerzas invisibles acechando todo movimiento, y en donde insertarse sin marcas, resultaría una pretensión francamente imposible. Para comenzar, desertó de su emoción romántica por la lucha armada, a vista de semejante inutilidad.

De vuelta en el carro, su mente tenía problemas de diferenciación respecto a si él estaba ahí presente, o su entorno no pasaba de ser un espejismo. Su sentido de conservación empezó a hacer sonar todas sus alarmas.

Cerca de Puntín, otro cadáver amarrocado y con un tiro en la cabeza, mostró el activo accionar de Sendero Luminoso en la zona; sólo que esta vez, al lado de la cabeza del muerto, un cartel ignominioso decía: ¡muerte a los soplones!

El carro pasó despacio pero no se detuvo; nadie se animó a opinar nada al respecto. Matías se concentró en sus dedos acalambrados para no soltarse y caer rodando a la carretera y dio por conveniente entretenerse mirando la aglomeración de los cerros, cuya majestad mostraba microbiano el lento paso de otros vehículos ascendiendo por las faldas distantes.

Al llegar al punto más alto de la muralla montañosa, el carro pareció descolgarse por el otro lado, con freno y caja de cambios juntándose a resistir la inercia de movimiento. La abrupta depresión del valle dio la sensación de un inminente salto, si no de volar, y Matías tuvo que reconocer que aquel era el más hermoso valle que había visto en todas sus andanzas, y que por algo había inspirado a Javier Pulgar Vidal a sostener su teoría de las ocho regiones climáticas, aunque dejando de lado el rico mar de Grau.

Las chacras mostraban un colorido geométrico sobre los suaves declives de las laderas, proyectando un saludable cuadro pictórico que hizo que no extrañara por el momento el horizonte abierto de su llanura amazónica. "¿Habrá mi abuelo mirado estas mismas tierras como las veo yo ahora? ¿También mi padre? ¿Mi madre?", se preguntó embargado de emociones misturadas, esperanzado en encontrarse con historias más esclarecedoras que la de los dos hermanos vascos llegados a Ayacucho vía Valparaíso en Chile, y de uno de sus descendientes asentado posteriormente en Huánuco, de quien, según una última referencia, provendría la rama Ibazeta de Panao, y de la que a su vez, nacería la primera simiente ucayalina del apellido.

Un hombre de tez blanca, pero tostada por el sol serrano, que exhibía un peinado agresivo y totalitario hacía atrás y que iba de pie al centro de la tolva, le saco de su ensimismamiento por su tono de hablar despectivo y sulfurado. Y no es porque se dejara impresionar por desaforados o provocadores de estilos semejantes. Lo que ocurría es que el tipo en mención estaba que despotricaba de los Ibazeta, de los parientes a los que iba a conocer, imputándoles autorías rayadas en lo delincuencial. Aquello no resultaba un buen aperitivo para sus emotivas suposiciones respecto a la "cuna de los ancestros".

Cuando le escuchó referir del despojo de un terreno que le hicieron para la construcción, o mejor dicho, para completar el área de construcción de un mercado, tuvo el impulso de intervenir identificándose como un Ibazeta más, pero la prudencia le aconsejó registrar en silencio aquellas iracundas acusaciones. Por lo

visto, no resultaba la gran cosa aparecerse por ahí con el apellido escrito en el pecho. Pero en fin, él era él, y no tenía parte en ninguna historia, buena o mala, que por ahí se hubiese escrito o se estuviese gestando. Defendería su apellido desde sus responsabilidades asumidas y desde este lado de la justicia y la ley.

A sus ojos, Panao se apareció como una típica villa serrana, donde la arquitectura colonial aún persistía en el perímetro de su pequeñísima plaza y algunos contados balcones de simple talla.

Se apeó del carro sintiéndose observado por algunos curiosos que empezaron a rodear el vehículo apenas parquearse a la puerta de una antigua iglesia, cuyo campanario parecía mantenerse en pie de milagro, y sacudiéndose infructuosamente el polvo adherido hasta en sus pestañas, dio un somero vistazo a las construcciones con tejados percudidos y paredes blanqueadas de yeso, que parecían estar emergiendo y a la vez sumergiéndose, según como se las mirase, en el plano inclinado de sus angostas callejuelas.

Unos guardias asomaban con sus metralletas en los balcones de la que parecía haber sido la casa municipal, y campesinos con sus ponchos de un marrón distintivo, fingían no mirar al pasar por su lado, calados en sus sombreros y en sus nada abrigadoras ojotas.

Un hombre de baja estatura, rasgo que al parecer era una constante en el lugar, salvando por cierto las contadas excepciones, se ofreció a cargarle el equipaje.

—¿Le llevo sus cajitas, ingeniero? —preguntó esquivando por uno y otro lado la mirada de sus ojos azules.

—No soy ingeniero —corrigió Matías, observando frontalmente al chúcaro hombrecillo.

—¿Primera vez que viene?

—Así es. ¿Se nota?

—Algo, sí.

—¿Por sea caso no conoce el local del Seguro Social?

—¿Es Médico?

—Odontólogo.

—Conozco; está arriba por donde "la arequipeña"

—Vamos para allá entonces -ordenó presto, obviando mostrar su curiosidad por lo de "la arequipeña"

—Pero debe estar cerrado, doctor. Porque siempre veo que los días sábados cierran en la tarde, y todos bajan a Huánuco —informó el cargador.

—¿Así?; hmm…, no creo…

—En todo caso, ya tiene que ir al hostal, pues —sugirió.

—No hay problema; usted me indica dónde queda, y listo.

Al recorrer la primera cuadra, por cierto cuesta arriba, Matías se quedó sin resuello. Si en ese momento le hubiesen puesto a caminar horizontalmente, lo hubiese hecho balanceándose hacia adelante como un ave zancuda, como un caballito mecedora.

—Hasta que se acostumbre —le animó el cargador, más fresco que el aire que llegaba desde las serranías.

Las cumbres de las montañas más altas empezaban a desaparecer tras parapetos nubosos encajonados en el valle del Panao, y un viento frío se despeñaba ya desde esas alturas, haciendo que Matías empezara a reconsiderar si había o no necesidad del baño diario. Algo parecido al estremecimiento del miedo le zigzagueó por el estómago.

—¿No conoce, por sea caso, a alguna familia Ibazeta por aquí? —preguntó con las reservas del caso. Las diatribas del viajero peinado a lo Travolta, le había llamado a la precaución.

—Es una de las familias más antiguas de aquí ¿Quiere que le lleve donde viven?

—No; todavía no. Ya habrá tiempo para todo.

El mencionado hostal, resultó ser una construcción de barro con un pequeño patio interno, a modo de solar, donde una pileta surtía agua para los quehaceres domésticos de la dueña, y una ducha encubierta en una esquina, con un hueco de letrina al lado, podía considerarse como sus únicos servicios higiénicos.

Mirada desde adentro, la casa ostentaba habitaciones de segundo piso a modo de mini buhardillas, que definitivamente se habían hecho pensando en gente de baja estatura.

Con la resignación que su talla exigía, a pesar de ser una de las más bajas entre sus parientes maternos, Matías rentó uno de tales cuartuchos, donde pudo entrar doblando el cuello, sintiéndose alto con su metro setenta y dos de estatura. Reconoció estar cansado y a punto de deprimirse.

No habrían pasado ni cinco minutos de haberse dejado caer sobre la cama que olía a baba de rumiante, cuando la dueña del local, una mujer polleruda y con trenzas a la usanza indígena, se asomó a su puerta para decirle que le buscaban. "¿Quién podría ser?", pensó, irguiéndose presto hasta chocar impensadamente con el techo hecho para retacos. Soltó una imprecación tan gruesa como inútil.

—¿Es usted el odontólogo? —le preguntó la joven mujer, quien tenía tomada de la mano, a una delgada niñita de unos siete años aproximadamente, que resultó ser su hija.

—Sí, el mismo.

—Me llamo Matilde doctor; soy la auxiliar del centro, del centro de salud, quiero decir.

—Mucho gusto.

—Estoy yendo ahora yo también para Huánuco; venga conmigo para darle las llaves del local. El médico y el enfermero ya se han ido a medio día.

—Algo me dijeron. Bien; voy a cerrar mi cuarto.

—Traiga sus cositas de una vez, doctor; porque ahí en el centro duermen el médico y también el enfermero —refirió la amable mujer.

De esta manera, Matías terminó instalado en el local del IPSS, una edificación vetusta, al gusto de los pudientes locales y en la que, hasta antes de la incursión de Sendero, había funcionado el Banco de la Nación. Las huellas del incendio y el saqueo aún eran evidentes en el ambiente de esquina que la Institución tenía excluido en su contrato de alquiler, pero que era parte del complejo arquitectónico.

Se quedó solo. El silencio se hizo cargo de todos los rincones y el frío empezó a hacerse sentir hasta debajo de las uñas. Se sintió solo.

Su hermano Joel le había prestado un casacón térmico, que de azul se veía ahora marrón por el polvo del viaje, única prenda válida para paliar la baja temperatura reinante en esos momentos, y pensó que tenía que resignarse a sacudirla nomás hasta poder lavarla sin riesgo a tullirse.

Por sobre esta dejadez, decidió que tenía que bañarse rápidamente aprovechando el calor de reserva que el ajetreo de la mudanza le había provocado, y de pasada, por lo menos dejar remojando todas sus prendas sucias.

Cuando procedía a afeitarse tanteando como gato eticoso el agua helada, unos golpes en el portón acusaron la presencia de alguien. Se le ocurrió suponer que la auxiliar de repente no pudo bajar a Huánuco, o que se pudo haber olvidado algo importante urgiéndole entrar, así que se apresuró a responder el llamado.

—¿Quién es? —preguntó.

—Sabemos que ha llegado un doctor de apellido Ibazeta —dijo la voz—. Como pariente, he venido a expresarle mi saludo y ver si de repente requiere alguna cosa —sonaba ceremoniosa.

Se quedó sorprendido. Dudó en ir a ponerse algo formal encima, o abrirle la puerta al visitante, así como estaba, envuelto en una toalla.

—Un momento —pidió finalmente, retirando la aldaba.

—¿Ibazeta? —la voz pertenecía a un joven bien parecido de mediana estatura.

—Sí; Matías Ibazeta.

—Hasta donde sé..., vengo a ser tu primo hermano. Me llamo Einel Ibazeta y me gustaría llevarte a presentar a la familia.

—Muchas gracias; sinceramente te agradesco la gentileza —era la primera vez que le pasaba algo así, y estaba emocionado.

—Regreso en una media hora. Porque veo que recién te estás acomodando —dijo, ojeando tras su espalda.

—¡Sí, excelente! —accedió, gratamente impactado por el alturado y atento personaje, que no debía ser mayor que él, y que "al ojo", tenía los razgos inconfundibles y contundentes que la genética familiar se había encargado de distribuir en todos sus miembros.

—Tenemos una foto del tío abuelo Teodoro ahí en la casa, y vete que te pareces bastante. Definitivamente, los Ibazeta somos una sola familia —comentó Einel, dando unos pasos de retirada a modo de despedida—. Vuelvo entonces en un rato —Prometió, alejándose.

—Bien —fue la primera y única vez que sintió reconocer a un familiar sin haberlo conocido antes. Lo que se dice, "el llamado de la sangre".

Esa tarde, tuvo la ocasión de conocer a varias ramas de la familia, especialmente la del tío Perciles, un primo de su padre que se comportaba como un jefe de clan, tal vez nostálgico de otras épocas, alrededor del cual se movían sentimientos tan antagónicos como la adhesión y el rechazo, así como fanáticas identificaciones con tal o cual bando, que marcaban diferencias grupales con cerrazón de filas.

Una muestra de los enconosos distanciamientos a los que eran proclives, inclusive al seno de la propia familia, era ese absoluto mutismo entre el tío y su hermana Ondina, distanciada desde hacía años por una desavenencia superable. El que vivieran separados por el ancho de una callejuela, frente a frente, no había tenido ninguna influencia favorable para evitarles ser tan desairantes.

Matías sintió que empezaba a ser copado por el grupo de los "folidoles", como llamaban soterradamente a sus primos, hijos del tío Perciles, que aunque a la verdad le cayeron en simpatía, en especial Einel por su carácter atento y servicial, no era como para que no marcase distancia de sus pugnas y sus rivalidades de grupio. "Tengo que hilvanar fino aquí, si no quiero comprarme líos ajenos gratuitamente", pensó. Con todo, su sangre ya les quería. Era su gente. Los demás, por más prometedoramente buenos que pareciesen, no lo eran.

La mini hidroeléctrica del Charamayo a las justas alcanzaba encender las bombillas eléctricas hasta mostrarlas como tizones, y había veces en que ni siquiera lograba eso. Así que esa primera noche, tenebrosa hasta nomás, se prestó para que sus parientes le acompañaran hasta la puerta del centro, alumbrando la calle con una lámpara petromax. Uno de ellos iba de paso al local de su farmacia, donde acostumbraba dormir.

El ulular del viento, el frío, la soledad, la nostalgia y la incertidumbre por el mañana, empezaron a vapulear la fortaleza de su temple, y algo recóndito le avisó que de

repente, aquella noche, podría llorar.

Un guardia con pasamontañas y envuelto en un poncho que se hallaba parapetado en una esquina, se escurrió hacia las sombras cuando pasaron cerca de él.

Reconocer su nueva cama, la temperatura de refrigerador reinante, la frazada de lana picándole bajo el tabique nasal, unos disparos aislados en la desolada calle y el nostálgico recuerdo de su esposa embarazada, le tuvieron en vela hasta principiar la madrugada. Le resultó muy difícil conciliar el sueño, pero, gracias a Dios, no lloró.

El lunes, promediando la mañana, llegaron el médico, el enfermero y la auxiliar del centro. El primero se llamaba Hugo. Era un tipo trigueño, con un ostentoso lunar a la derecha del filtrum, y en quien su franqueza y honradez resultarían tan evidentes como su cojera. El segundo se llamaba Carlos, y era de contextura regordeta y de tez blanca. Mostraba en el rostro unos ojos un poco juntos y hundidos, y el cabello ensortijado lo llevaba igual de esponjado que una bola de huaype. Su aparente mansedumbre resultaría un rasgo facilitador para redimir su facilismo transgresor. Los dos eran serumistas como él, y les restaba sólo seis meses aproximadamente para culminar su servicio.

El programa preventivo promocional y la actividad asistencial en Odontología, para el IPSS, debían limitarse a la población asegurada, pero siendo el establecimiento de reciente apertura, con poco número de usuarios cautivos, y estando la atención puesta de facilitadora para la captación de nuevos asegurados categorizados como facultativos, Matías creyó necesario romper el esquema institucional para cubrir el vacío dejado por el MINSA en el tema de prevención, pues de lo contrario, su labor serumista resultaría insignificante, y los riesgos a correr, poco menos que inútiles.

Con Carlos, el enfermero, coordinaría un programa conjunto para activar en las escuelas rurales el desayuno escolar con el suministro de leche en polvo, así como la fluorización dental. Lamentaría no tener regalos-incentivo para los maestros, pues como entes multiplicadores del programa, ellos debían asumir sobre su recargada y abnegada labor, el encargo de cumplir una larga agenda cronogramada para el año escolar, para hacer la leche y las sesiones de fluorización para sus alumnos. Carlos y él, lo harían la primera vez, y luego supervisarían un par de veces para seguimiento y control. En algún momento le dijo al enfermero su parecer respecto a que por cada programa puesto bajo responsabilidad de un profesor para su seguimiento, este debería ser remunerado adicionalmente a su sueldo. Si no, los programas concluirían con un rosario de cifras estadísticas, inventadas en la mayoría de los casos.

Juntos pasarían agotadoras jornadas en las punas, sometidos al hambre, al granizo y a la turbadora vigilancia de Sendero en los solitarios caminos de la sierra: Huatuna, Tomayrica, Ichu Yanuna, Huengomayo, Tunapuco, Pinquiray y otros pueblitos de las alturas de Panao, les mostrarían esa otra cara del Perú, donde los niños viven y crecen bajo leyes telúricas y casi sin entender la razón de la escuelita de donde generalmente desertan a la primera cosecha.

Sabedores de que buen porcentaje de maestros guardaban simpatías por los grupos armados y específicamente en el lugar, por Sendero Luminoso, así como de que

ya existían cuadros infiltrados por fuerzas del gobierno, los temas abordados, el lenguaje utilizado, así como la interpretación de sus decires, era un asunto de mucho tino y nunca excesiva cautela.

Por no estar en altura y encontrarse a lo largo de buenas vías de comunicación, el trabajo en Manzana, Huarichaca, Molinos, Panao, Huamán, Huanchag y en otros caseríos de parecida condición, la labor resultaría más sistemática y la amplia cobertura justificaría el rompimiento de los límites institucionales. Además, no era el momento de andarse atado a tales impedimentos, cuando la cuestión era contrarrestar la fuerza propagandista de Sendero, mostrando las bondades actuantes del sistema vigente hasta en ese niño de mejillas quemadas por el frío. Ya Sendero Luminoso empezaba a categorizar el SERUMS como una proyección social del "sistema corrupto", y que de ser necesario, era menester comenzar a frenar a los serumistas hasta con la muerte. El asunto pues, entrañaba ya un riesgo tremendo, que era una decisión personal asumir

El trabajo en sí, no implicaba mayor despliegue de esfuerzo que el necesario para alentar unas charlas demostrativas. Lo que resultaba agotador, eran las largas caminatas iniciadas al despuntar el alba y culminadas con el sol tras las cumbres montañosas del Oeste, única manera utilizada para llegar a las escuelas de los valles y de las alturas.

Pero así como hubo amor en los tiempos de la lepra, de la tuberculosis y del cólera, en los tiempos de la subversión, bajo su propia metamorfosis, el amor también se escurrió por entre incomprendidos e inpensados caminos para hacerse de una promesa, de una caricia, de un hijo, de un olvido, de una muerte moral, y hasta física.

Cuando visitaron Huanchag, los maestros a cargo eran una pareja de esposos y una muchacha con aire intelectual, de unos veinticinco años, que fungía de directora. Era esta, trigueña, menuda, de hablar frágil, con razgos andinos afinados por aportes del mestizaje, e intelectualizados por unos lentes de resina, que a decir verdad, le caían bien.

—Nos han caído de sorpresa —les confesó en son de disculpa mientras se encaminaban a su casita de alquiler, al término ya de la charla, de la demostración del enjuague de fluor que le cupo ejecutar a Matías, y del vaso de leche que el enfermero Carlos convidara a los alumnos tras su preparación a pulso.

—No es problema —la consoló risueñamente el odontólogo, interpretando su tácito mensaje respecto a no poder brindarles alguna bebida o alimento—. Pero hablando en serio, si me permites también confesarte algo, en el fondo nos incomoda el que nuestras visitas tiendan a forzar un compromiso para que nos atiendan. Sucede así, casi en todos los lugares que visitamos. Cuando llegamos, damos por descontaba la buena voluntad para con nosotros, desde el momento en que nos aceptan implementar el programa, y eso de verdad nos basta, te lo podemos asegurar. Porque todos ustedes, los maestros, saben que esto en realidad les recargará su labor —acotó.

—La hospitalidad tiene sus reglas.

—Han sido muy receptivos y amables con nosotros, y eso pues ya cumple largamente la regla más importante... ¿Sí o no, Carlos?

—Cierto; cien por cien —asintió el enfermero, muy serio.

—Tengo unas papitas cocidas en la olla —ofreció tímidamente la directora, que dijo llamarse Isidora y proceder de Acomayo.

—¡Ajá!; pero siempre y cuando ustedes nos acepten también unas gaseosas con sus galletas.

—Bueno, si es su voluntad, gracias.

—Oy Carlitos, hazte el favor pues..., por ahí debe haber alguna bodeguita.

—¡Al toque; yo mismo soy!

En un momento, Matías se quedó a solas con Isidora y ésta, mientras hacía el esfuerzo de presentar apetecibles sus papitas cocidas, empezó a hacer preguntas sueltas, pero con una carga política asomando con insistencia en ellas, sin necesidad de recurrir a las comillas. Carlos, astutamente se había hecho acompañar por los otros dos docentes, según diría después, para alejarlos, siendo en realidad el pretexto, el alimentarse con ellos con algo más que una gaseosa y unas galletas.

—¿De qué universidad eres?

—De San Marcos.

—¿Estás en el Seguro Social?

—En Panao, sí.

—¿No tienes miedo de los "compañeros"? Ya ese local donde estás, ha sido dinamitado una vez. Y dicen que eso sólo ha sido el desayuno... Osea, puede haber almuerzo y cena.

—No creo que sea tan malo lo que estamos haciendo por aquí. Yo supongo que entre sus filas debe haber gente que sabe analizar bien las cosas...

—¿Ya te has casado? —lanzó su pregunta de sopetón.

—Sí —le contestó, sonriendo para disimular su sorpresa.

—Pero no tienes sortija.

—¡Ah! —exageró un gesto como si se percatara de un olvido—. La vendí cuando faltó el dinero. Y no creo que haya sido el único casado que tuvo que hacer algo así.

—Estás mintiendo, ¿no?

—No acostumbro hacerlo. ¿Por qué?

—A ver tu libreta electoral.

—Ahí dice que estoy soltero y más libre que el viento, porque es anterior a mi matrimonio —reiteró, aferrándose a ser veraz, pero percatado de la entonación tramposa que le puso a sus palabras. También, por cierto, de la excesiva curiosidad de Isidora por sus asuntos personales.

—A ver —insistió ella, deseosa de creer lo que estaba escrito y no lo que él le decía.

Matías le entregó su documento de identidad fingiéndose remolón, y ella sonrió misteriosamente al comprobar que ahí se consignaba una soltería que ya no era cierta. Empezó a pensar que ya que Isidora exploraba el terreno éste, como mujer, lo conveniente ahí era decir la verdad pura y concreta, pero desacreditándola a la vez con los gestos, para no herir susceptibilidades y tampoco mentir.

—¿No te digo?

—Pero aquí dice que eres soltero.

—¡Documento mentiroso! —reprochó graciosamente golpeando con su lapicero la libreta, salida que hizo reír a la muchacha, al parecer satisfecha de que su audaz suposición, por cierto equívoca, se afianzara en su mente.

—¿Perteneces a algún Partido?

—¿Partido? Soy aprista —respondió con un solo golpe de voz, tapándose bruscamente la boca con una papa. Ella le tomó a la broma y volvió a reír. Se había tornado atrevida.

—En San Marcos no hay apristas —aseveró al cabo.

—No creas.

—En la escuela, durante la charla a los alumnos, recuerdo que te escuché hablar de tumores...

—Ajá

—¿Qué es un tumor?

—¡Ah! Eso es algo difícil de responder. Pero un tumor no es lo mismo que tu amor —la galanteó mirándola fijamente.

Toda estremecida, Isidora se sonrojó coquetamente, empezando a moverse nerviosa como un tiburón azul de cacería en su arrecife, mientras que en sus ojos, dos chispas se encendieron al unísono poniendo a funcionar un reloj pasional, que por lo menos en ese momento, Matías no había tenido ni la más leve intención de activar. Su intención era pasar, si así se planteaban las cosas, sobre cualquier corazón, pero sin herir. El pecado consentido por las partes, sin responsabilidades asumidas, podían ser avaladas si fuera el caso. El cinismo de la humanidad subyacía en su "buena voluntad".

Una vez cubierta la zona rural, el trabajo en el centro asistencial, en lo concerniente a la atención odontológica, fue primordialmente de corte asistencialista, lo que dio pie a que Matías dispusiera de tiempo a favor de hacer amigos, acercarse a los parientes un poco más y emvolverse con la atmósfera real de un Panao tenso bajo la amenaza de un llamado "almuerzo" terrorista, subrepticio en movimientos de narcotráfico hábilmente camuflados para el pasaje de insumos y lavado de dinero, inescrupuloso en afanes de riqueza, y aturdido frente a un principio de autoridad vapuleado por dos frentes.

Los campesinos que regresaban de las zonas cocaleras solían traer encaletados miles de dólares, producto de sus ocupasiones ilícitas, que para no les sea arrebatado por la policía, los negociaban con los comerciantes locales con las concesiones propias de este temor, aunque a veces se animaban a ofrecerlos en el centro del IPSS, donde tanto él, como Hugo y Carlos, se quedaban frustrados y con un sarcasmo en la mirada, ya que sumando lo que tenían en los bolsillos, casi siempre alcanzaba solamente para las correspondientes gaseosas y los cuantos panes que acostumbraban consumir algunas tardes friolentas en la plaza, mientras "celebraban" autocompasivamente el hecho de que, siendo todo unos profesionales, ahí deambulaban a distancias luz del poder adquisitivo de un campesino con ojotas.

Para Matías, en Panao nadie tenía capacidad para filosofar con la prestancia del que busca trascender hacia el mañana con un poco de perfeccionamiento como ser humano. Todos, acaso con algunas excepciones, eran gente práctica, inmediatista, calculadora y convenida. Eso pensó viéndoles laborar como cazadores furtivos, atestiguando sus pugnas tenenciales, sintiendo sus meticulosas atenciones que medían retribuciones, y oyendo sus adagios, tales como: "Si sale una moneda de tu bolsillo, es para que ingresen dos", o "El dinero está más seguro con uno mismo". Definitivamente, no le resultó de su agrado imaginar a su abuelo dentro de esta forma de vivir tan mesquina y egoista. Los tiempos eran otros no cabía duda, pero se hizo a la idea de que la idiosincracia se macera en odres viejos y puso a todos sus ancestros del lugar, en el mismo recipiente. "Tal vez habría tiempo de sondear el pasado y oxigenar mejor la historia", supuso sin embargo en algún momento, encontrándose con que podía enternecerse con el recuerdo de don Hérmel Alcibiades Ibazeta García, su abuelo.

La incontrolable hiperinflación aprista había empezado a diezmar el poder adquisitivo de los multimillonarios Intis, y las exodoncias esporádicas que realizaba de manera particular en el centro, ya no le permitieron de pronto seguir dejando a Lila Rita el íntegro de su sueldo, y optó por dejar de desayunar y aceptar las invitaciones de su tío Perciles, tan adicto al café colado y al pan recién horneado de las cinco de la tarde.

—La parentela me ha venido a preguntar si vas a reclamar las tierras de tu abuelo —le comentó éste, una tarde de éstas.

—No creo que valga la pena —le respondió, atento por si atisbaba algo de astucia en la rumorosa indagación.

—Si deseas. Porque el reclamo de las herencias es imprescriptible.

—Sólo me interesa conocer, por lo menos, dónde está enterrado mi abuelo. Porque no he encontrado su tumba cuando fui al cementerio. Y cosa curiosa, nadie me ha comentado nada de él desde que he llegado —la sordera de su tío le exigía hablar en un tono que le disgustaba; sobre todo si tenía que reiterar frases pensadas con cierta meticulosidad. Aparte de que en su propuesta de ayuda, un tufillo ladino —en su parecer— había quedado expuesto.

—Cuando hubo una vez un derrumbe, yo recogí sus huesos y los deposité junto a los de mi finada hija en una sola tumba.

—¿No se pudo hacerle uno separado? Me refiero a un nicho.

—Todo estaba tan destruido...

Días después de esta conversación, en una cena que le invitara su primo Pepe Estrada, este le confesaría que recordaba claramente que fue su madre quien juntó los huesos del abuelo para ponerlos junto a los de otro pariente cuya tumba también se había desmoronado con el temblor. Íntimamente quedó decepcionado de esa muestra adicional de desavenencias familiares, pero aprendió que cada sitio envuelve a sus conterráneos con una característica idiosincracia. "Pañacos jodidos", fue lo que pensó, antes de enjugarse unas lágrimas impertinentes llegando camufladas de la libación de la tarde,

En otra oportunidad, su tío Perciles, con semblante grávido y tono misterioso de media voz, le invitó a seguirle al fondo de su huerta, repleta de casilleros para gallos de pelea, para decirle en secreto que los "compañeros" iban a entrar a Panao otra vez, y que iban a dinamitar todos los locales de instituciones públicas. Obviamente, incluído el del Seguro Social.

—Han traído un herido de bala para que tu tía le cure —empezó a decirle—, y nos han dicho que quinientos "compañeros" van a volver a entrar a Panao. Sería mejor que salgas del local del IPSS y te alquiles un cuartito aparte —le aconsejó con un acento en la voz que ensayaba ser paterna—. Puedes decirle así calladito nomás al enfermero, porque si se enteran que les hemos dicho algo, nos pueden matar a nosotros por soplones —acotó.

—¿Y al médico?

—Él está jodido, creo. Siendo casado, llegó aquí a quitarle su mujer a un mecánico dental, que dicen ya se ha quejado al comité de Sendero.

—¡Ah, caray! ¿No será una mujer alta, blanca, que se viste de negro?

—Sí, bien blanquiñosa y media castaña.

—Ajá.

—Ella es pues. Las malas lenguas dicen que su hermana se parece a mí, pero si lo

escuchas, no andes creyendo. Te digo nomás que seas cuidadoso con las "averías" que hagas; de joven uno es irreflexivo e impulsivo, sobrino.

—Con razón es tan atenta con todos cuando va al centro. Hasta desayuno a veces nos invita la majadera.

Matías intuía que su tío Perciles trabajaba astutamente con él una relación familiar mansa y permeable, a fin de asegurarse de que todo lo pasado quedase como estaba. Pero estas sugerencias no quiso pasarlas por alto, porque en asuntos de subversión, se sentía en el ambiente el aumento de la tensión, y en asuntos de faldas la cosa estaba que electrocutaba.

Los paros armados que se habían hecho más frecuentes, al igual que los sorpresivos operativos del ejército llegando de madrugada y los helicópteros artillados con vuelos rasantes sobre los techos, así como la crispada guarnición de policías que cada vez que se rumoreaba la inminente llegada de los "compañeros" huían prestos a las hondanadas -según decían para defender su armamento-, eran signos de que una guerra sicológica perniciosa recorría Panao. Todo podía pasar. Además, respecto a los policías "defensores de la plaza", ¡qué se podía esperar de hombres que no estaban mentalizados para encarar a un enemigo que sabía matar y que entre sus filas de contención habían incorporado hasta guardias de tránsito, quién sabe bajo qué criterio!

Cierta noche, después de una balacera corta, cuyo eco se escuchó un tanto distante en el centro asistencial del IPSS, unos vecinos llegaron a pedir ayuda con frases entrecortadas por la ansiedad, puesto que en el centro de Salud del MINSA no había médico.

Hugo le pidió a Matías que le acompañase, puesto que el enfermero Carlos se hallaba recuperándose en Huánuco de una fractura de clavícula, tras una caída de un segundo piso a efectos de una borrachera, y no había otro personal para asistirle si el caso lo requería. Así que juntos echaron a correr calle abajo, para llegar cuanto antes al local del MINSA, que quedaba varias cuadras camino hacia el cementerio.

La versión que se les alcanzó de lo sucedido, fue que un policía había sido baleado por otro recién llegado del departamento de Ayacucho y que andaba con los nervios despedazados por una sicosis contraída luego del asalto y la matanza que sufriera su destacamento en las afueras de Huamanga.

El joven guardia se quejaba de un intenso dolor, pero la bala había atravesado limpiamente el muslo sin tocarle el hueso. De todas maneras, Hugo decidió evacuarlo a esa hora de la noche a Huánuco, para lo cual dispuso la salida inmediata de la unidad móvil manejada por un tal "chihuillo"

Lo que llamó la atención fue el hecho de que el jefe de la plaza, un joven teniente llegado hacía poco, les pidió guardar en secreto los pormenores de lo sucedido, puesto que el informe radial que había emitido ya a su comando, era que había sido emboscado por una columna senderista.

—Facilito se hacen héroes estos maricones —le comentaría después Hugo, mientras regresaban al Seguro—. Suerte que a la chica el rebote de la bala sólo le

rozó las nalgas.

—De aquí nomás del balcón de su cuartel, un guardia que hace poco vino de Ayacucho, es el que empezó a disparar. Dicen que está psicosiado y que se levanta sonámbulo a gritar que les están atacando, a cualquier hora de la noche.

—Sí pues. El otro estaba haciendo su guardia ahí nomás frente a la tienda de una de tus parientes, y en ese preciso momento conversaba con la hembrita esa que ha quedado herida del poto —explicó Hugo ya en tono divertido, el incidente.

Poco tiempo después de este sobresalto, sería propuesto para ser nombrado como médico en el centro de salud del MINSA, apenas terminara su SERUMS en el IPSS, mientras que Carlos, el enfermero, ya no volvería a Panao después de su accidente, terminando su SERUMS como personal de apoyo en las oficinas de la Gerencia departamental, con el pretexto de hallarse aún delicado de salud y no faltarle mucho para completar su servicio.

Al día siguiente que su tío Perciles le confidenciara el inminente ingreso de los "compañeros", que según los datos que manejaba eran alrededor de quinientos hombres que vendrían desde Chaglla, Matías hizo lo propio con Hugo y con Carlos. Les pidió confidencialidad y planteó evaluar el asunto de manera conjunta y finalmente respetar las decisiones personales.

Para coincidencia, justo ese día, un guardia fue sorprendido por unos desconocidos que, emboscándolo, le robaron su pistola de reglamento y una ametralladora, aprovechándose de que se hallaba en pleno acto copulatorio con una muchacha del lugar, detrás de una abandonada capilla en la periferie de Panao. Su Comando dispuso su detención inmediata y su traslado a Huánuco, lo mismo que de la chica, para las investigaciones de rigor. Y es que no podía descartarse que ahí bien pudo darse un "arreglo", ya que el narcoterrorismo ofertaba cinco mil dólares por una pistola y diez mil por una ametralladora de policía. Los fusiles del ejército y la marina podían ser comprados hasta en quince mil. También cabía la posibilidad de que ahí pudo haberse ejecutado una acción terrorista bien reglada, que no dejó muertos merced al hecho de que los dos amantes eran de Panao.

El enfermero Carlos, que era bastante nervioso frente a estos sucesos, esa misma tarde ubicó un cuarto a donde trasladarse. Hugo se mostró completamente escéptico.

—Tu tío es un poco bururú —le dijo a Matías, en directa alusión a una proclividad del pariente a sobredimensionar las cosas.

—Es posible, pero bien puede suceder lo que dice: estamos en zona de emergencia —le contestó éste, forzándolo a tener en cuenta que era mejor prevenir que lamentar.

—Yo sí me voy de aquí —opinó decididamente, Carlos.

—Pienso que es prudente hacerl, por sea caso —admitió finalmente su posición de irse también, Matías.

—Yo me quedo, nomás. No tengo dinero para estar pagando un cuarto. Lo que me pagan a las justas me da —pretextó Hugo, aunque tal vez su razón de fondo fuese

su deseo vehemente de estar a solas con su amante.

—Es un riesgo —le insistió Matías, sin ganas de abordar el tema de la mujer, tal como lo planteara su tío.

—Si quieren matarme, ¡qué me maten, pues! ¿Qué es un muerto más? Váyanse nomás ustedes si así desean —concluyó compulsivamente excluyente, saliendo al encuentro de la mujer que cada dia venía a visitarle, y que en esos momentos hacía su ingreso al centro toda campante con una vianda en las manos. Era evidente que de los naufragios humanos surgían con más facilidad los amores desesperados. Porque él también era casado.

Una vez trasladados a un cuarto que anteriormente sus dueños habían utilizado para criar cuyes, para odontólogo y el enfermero la permanencia en el centro de salud dificilmente sobrepasaría el horario corrido de trabajo hasta las dos de la tarde. Empezaron a ser más permeables con las personas que anteriormente eran evadidas por su tendencia a conversar con "un par" de cervezas, y a ser simples vecinos paseando por el pueblo, sin título profesional y sin el peso de la institución sobre los hombros.

Cierta tarde de viernes, poco antes de que Carlos se accidentara, un tal Nando Hinojoza, dueño de un pequeño salón de billar, ofreció gentilmente invitarles unas cuantas cervezas para "matar la tarde". Carlos aceptó prestamente el gesto, pero Matías se dispensó para ir a saludar a su tío Perciles, al que había visto atendiendo solo en su farmacia, al pasar hacia la plaza.

—Buenas tardes, tío —le saludó levantando adrede la voz, por la sordera incipiente que acusaba su pariente.

—¡Hola Matías! —saludó efusivo este, más por verle, que por haber escuchado el saludo—. Hace tiempo que te has perdido ¿Qué ha pasado?

—Estuve en los ajetreos de trasladarme a un cuarto. ¿Recuerdas lo que me dijiste? —ensayó justificarse.

—Ven, te voy a presentar a Shatuco. Su verdadero nombre en realidad es Saturno, pero así le llamamos aquí. Fue secretario del tío Teodoro, tu tío abuelo —le interrumpió su tío, pasando por alto su explicación, que cabía la posibilidad, no la hubiese escuchado.

—¡Qué tal!

—Mucho gusto, joven -dejó que le sometiera a un escrutinio—. ¡Qué bárbaro! Usted sí que se parece bastante a don Teodoro; solamente le faltan sus ojos gatos para ser su reencarnación refirió el cetrino desconocido, haciéndole recordar lo que le dijera su primo Einel, el primer día de su llegada.

—Vas a probar el mejor aguardiente que hay sobrino.

—¡Pucha! Mi estómago no está tan cristiano, tío.

—No hace daño. Mientras no se mezcla, es mejor que cualquier trago importado

—ponderó.

—Es de la antigua hacienda "Vichaycoto"; muy bueno —puntualizó el tal "Shatuco", animado con la iniciativa del anfitrión.

Una copa no fue ninguna, dos algo fue, tres, cuatro…, ya sólo tomar hasta la última imposible de recordar. Aunque lo que sí, no se pudo olvidar Matías, fue que salió pensando de la Farmacia que su tío era un consumado y ladino negociador. Y es que le había propuesto una apuesta para probarle que si él no vendía los medicamentos del IPSS, otro lo haría en sus narices. Personalmente consideró aquello un imposible y una sibilina tentación.

Alguna vez su padre, allá en Campo Verde, aludiendo el interés que las muchachas del pueblo mostraban por él las veces que regresaba a vacacionar de Lima durante sus años universitarios, le había dicho: "Si yo fuere tú, hace rato ya les hubiese quitado el calzón a todas estas hembritas que paran preguntando por ti", y aquello tampoco le gustó. Agradeció entonces de que su lascivo progenitor ya no estuviese casado con su madre, y esta vez hizo lo mismo, en función de ser un Ibazeta de Ucayali y no de Huánuco.

Empezó a marcar sus distancias, porque las diferencias estaban dadas desde mucho antes de que él inclusive naciera.

Todavía en sus cabales, pero ya con una careta apergaminada adormeciéndole sus músculos faciales, se dirigió al restaurante "El Cusqueño", que quedaba al doblar la esquina, para paliar el hambre que su estómago sobredimensionaba entre su aliento aguardientoso. Se acomodó en una mesa que le daba vista a la calle, apresándose a ingerir lo que le pusieran al frente, incluyendo un café bien cargado.

Se encontraba en plena faena de mitigar su hambre de borracho, cuando notó que alguien le hacía señas desde una parte de la calle en penumbras, vista desde su ubicación. Era una mujer. Entonces, también con señas le invitó a pasar. Al ir acercándose a la tenue luz de las bombillas que daban una claridad mortecina al restaurante, la reconoció.

—¡Hola Isidora!

—Buenas noches, doctor.

—No te había reconocido desde aquí; pero ven, siéntate.

—Gracias.

—¿Ya cenaste?

—Todavía; pero así está bien.

—¡De ninguna manera! Mira, cuando yo como, todos los que me acompañan comen. En mi tierra si no comes, lo que te sirven lo botan a la basura en tu delante -le advirtió.

—Bueno, gracias; no es para tanto.

—¿Y cómo diste conmigo?

—El pueblo es chico; pero ya te había visto en la farmacia de tu tío, más temprano.

—¡Ah!

—Vine al mediodía de Huanchag, pero sin darme cuenta se me ha hecho tarde y ya no hay movilidad para regresarm. Ir a pie es paligroso a esta hora —explicó apesadumbrada.

—Ni modo; ya mañana tendrá que ser.

—Lo malo es que no sé dónde voy a dormir...

—Hmm…, "ahí estaba el meollo" —asumió Matías en su mente, aprestándose a lidiar sin qué clase de armadura, con sus propias pretensiones más que con las de Isidora, que por lo demás, cualquier hombre con un mínimo de experiencia hubiese podido predecir. El alcohol y sus arteras fantasías era otro problema.

—¿En el Seguro no podrían cederme un espacito? —suplicó melindrosamente, esbozando una leve sonrisa desvalida. Era más directa de lo esperado.

—Es cuestión de hablar con Hugo —sugirió indeciso—. Porque el enfermero y yo hemos salido a un cuarto, aquí nomás frente del restaurante de Alico, el mariconcito de la bajada.

—¿Con Carlos?

—¡Claro! Tú le conoces pues; estuvimos juntos en Huanchag.

—Sí, me acuerdo; justamente por allá le he visto tomando cerveza con Hinojoza y Valdivieso.

—Ya se va de largo ese majadero -su mente se engarzó violentamente a la idea del cuarto solitario.

—¿Y ahí en tu cuarto no me pueden ceder un campito? —Isidora sabía lo que quería hacía rato, y Matías temió que supiera también leer el pensamiento.

—Si quieres a mi ladito —jugueteó a consonar, inclinándose al manejo pícaro de los impulsos seductores que creyó percibir en las palabras de ella, al parecer, invitándole a encontrarse con una noche secretera dejando radicalmente de lado las fagocitantes preocupaciones por el futuro—. Es una broma —ensayó de todas maneras no tocar fondo tan rápido.

—En realidad, vine sólo para verte —se sinceró Isidora, como una gata segura de no ser echada del regazo. Suspiró.

Eran aproximadamente las ocho de la noche y la temperatura debía andar por debajo de los diez grados centígrados, por demás frío para Matías, crecido en una tierra cálida como Pucallpa y nunca adaptado al clima de la capital. Pero estaba con

alcoholes dentro y salió valiente a la noche gélida.

Después de saturar sus sentidos olfatorios con el olor a cuyera que persistía en el cerrado recinto y ayudándose con un poco de ventilación, terminaron acurrucándose bajo la frazada de lana en el estrecho camastro que Matías utilizaba, buscando que acoplar los pubis con cargas experimentales de largo recorrido. Al menos es lo que presumía la fantasía sexual.

Matías se sintió un tanto inhibido al inicio de las maniobras amatorias por el inconfundible olor a pichi seco adherido al vaho elevándose desde las ingles de la mujer, pero ya no estaba en posición de desandar el camino y siguió de largo ensimismado en el cuento de "amar" a precio de tres centímetros cúbicos de esperma y una conciencia en blanco.

Pudo una vez más comprobar, que lo que dicen los ojos inducidos por la pasión febril no siempre lo corroboran las manos contorneando las formas que la memoria óptica les pone a su alcance: Los muslos de Isidora resultaron cortitos en la postura del coito, el culo se percibió enjuto de nalgas, y su vulva pequeñita y con poco bello sorprendió el introito con un espacio abismado tras ella, producto tal vez del sobreuso, o quién sabe, de algún parto. Claro que él tampoco tenía un falo como para satisfacer una fantasía perversa. Con todo, fueron dos buscadores de placer adaptándose a la circunstancia, sin besos ni palabras, sin conciencia del "tú si, yo todavía", a ratos juntos en el propósito, a veces solos tras individuales fantasías.

Carlos se apareció en la madrugada. Llegó acalorado de alcoholes y temerario con la baja temperatura que exigía no estar tan desarropado. Se puso a tantear su cama sin sospechar que cuatro ojos midriáticos seguían detenidamente todos sus movimientos. Estaba pronto a concluir su SERUMS y andaba "relajado" haciendo cuanta disipación se le presentaba en el camino. Apenas tumbarse. Se quedó dormido.

Aún enmascarados los cerros por una densa neblina y dormida todavía la pequeña ciudad en un claroscuro apto para gallos madrugadores, Isidora se levantó sigilosa, se vistió de memoria y salió a la huerta a lavarse la cara con toques precisos de agua helada, en una rústica pileta instalada en un extremo. Matías la siguió. El claxon de un carro se escuchó llamando pasajeros para Huánuco por las calles aledañas a la plaza, de seguro aún desiertas a esa hora, excepto por los ateridos guardias cubiertos con pasamontañas y metralleta en ristre que cubrían turno hasta esta hora.

—¿Te vas? —atinó a preguntarle.

—Sí; otro día vendré con un poco más de tiempo –respondió ella, tratando de no mostrarse posesiva y ocultando su imperativo de escuchar una palabra de amor—. Si a ti te parece bien, claro —acotó con estudiada sumisión.

—No tengo mucho que ofrecerte.

Ella le abrazó fuerte y se fue sin decir una palabra más, dejándole confinado a una autoconmiseración y a un destierro voluntario, sujeto a la pena, al arrepentimiento de haberse expuesto al tropiezo más predecible de la humanidad con tanta avenencia.

Mujeres como aquella, antes del sexo suelen parecer banqueras y después resultan pordioseras; es decir, hace trizas el interés hacia ellas después del coito. A diferencia de otras, que a despecho de parecer al principio villorrio, después lucen como un reino. Matías no pudo evitar pensar en su mujer y deseó con toda su alma olvidar lo sucedido esa noche, sintiéndose en conflicto con el hombre decadente que había burlado su vigilia, y que por desgracia, seguía todavía hospedándose en algún rincón de su fibrilado corazón.

Después de este episodio, a mediados de la siguiente semana, llegó de la Gerencia Departamental un documento dando cuenta de la incorporación al personal del centro, de una enfermera serumista, a partir del siguiente mes. Se llamaba Shima castro y se había graduado en la universidad de Huánuco, cuyos egresados en las disciplinas de salud, tenían que luchar a brazo partido plazas locales con los egresados de la universidad de Ica, que llegaban en una marea transregional tendiente a precipitarse hacia el Ucayali como langostas.

Por esos días, también doña Matilde, la auxiliar del centro, le había hecho llegar una especie de mensaje entregado por un muchacho en la mismísima puerta del establecimiento del IPSS. "¡Anímate! Puede ser que yo sea la única roca que esconde el diamante que alegrar logre tu semblante; puede que yo sea la fiel amante que sus sentimientos no falsea y que en su soledad sólo tu aliento rastrea", decía la nota y estaba rubricada por Isidora. "Ven a Huanchag. Tengo ya listos algunos de tus informes y no te haría nada mal pasearte un poco", culminaba diciendo, como vuelta del cielo a la tierra.

Sin duda, el diablo había vuelto otra vez a las andanzas, pues un día antes, la directora de la escuela primaria, una respetable viuda que aún mantenía ciertas lozanías, rezagos contundentes de los atributos que en su momento de seguro adornaron una juvenil hermosura, y con quien había estado intercambiando accequibles saludos día a día durante su paso por el centro rumbo a su escuela, le había hecho llamar para invitarle a compartir un desayuno en la soledad del comedor de su casa, tan lóbrego desde la fecha en que se le fue para siempre el esposo.

Era una mujer elegante, señorial, altiva, y sobre todo, digna de respetarse por encima de cualquier debilidad que pudiera haber incubado en su larga soledad. Porque al fin y al cabo, no dejaba de ser una mujer de carne y hueso. Mujeres vulnerables se encuentran a montones, pero envilecerlas y envilecerse, es una opción personal.

La reunión con ella resultó amena y esclarecedora. Ella necesitaba con apremio las calenturas de un hombre atrevido, pero este debía llegar rotulado por ley, con el título de marido formal. Con todo, no pudo evitar insinuarse con sensualidad de mujer para ser abrazada, sentirse deseada, poniendo en evidencia las ansias reprimidas de liberase ya de odiosas penitencias tanto tiempo mecidas al compás del qué dirán. Sin embargo, su posición desguarnecida solo duró hasta que empezó a sentir que su aparato reproductor irrumpía en la refriega con desmanes ya olvidados, poniéndose al instante a buen recaudo, en la seguridad de sus convicciones morales. Era una mujer recta, no cabía la menor duda, pero su deseo de rehacer su vida la había expuesto.

Matías salió abrumado de esta privadísima reunión, pues su conciencia siempre

andaba alegando por acciones santurronas, que como en esos momentos, resultaba un estorbo. Así que, aunque como hombre sabía que forzando y mintiendo un poco podía simular una relación seria, previos "adelantos", pensó que no estaba lo suficientemente encallecido para tales ventajas, y se alejó de aquella casa haciéndose la promesa de no tensar arco sólo para alardear en vanidad de una conquista más.

Otra cuestión inquietante que vino a soliviantarle un tanto fue la confesión que le hiciera un pariente respecto a la desconfianza que habían empezado a tener los de la policía, según parecía, debido a que él y el enfermero eran capaces de transitar las zonas rurales y las alturas de Panao, sin ningún contratiempo, en tanto ellos vivían prácticamente confinados a la plaza de armas. "No hay sanmarquino que no sea comunista", era la aseveración que manejaban, según el informante. Había que tener más cuidado, toda vez, que ya varios serumistas habían pagado con su vida por estar en el sitio y el momento inconveniente, o haber confundido la hora y el momento de hacer amigos y encontrar pareja.

En Lima, los raptos, los coche-bombas, los asesinatos selectivos, los apagones por derribo de torres de alta tensión y atentados feroces de toda índole, habían sensibilizado a sus hermanos, al punto de ofrecerle pagarle el equivalente a sus ingresos de SERUMS, durante un año. Pero creyó conveniente no aceptar. "Ya no eres un hombre solo; tienes mujer y una hija, para que te estés arriesgando tontamente por allá", le habían reconvenido en su última visita a la capital.

Así como la seguridad aburre a la larga con su presencia inodora, el temor acostumbra rápidamente a su terrible olor con un fenómeno psicológico que percibe como remotas las probabilidades del peligro. Y él, evidentemente ya estaba inmerso desde hacía buen rato en la fuente de su emanación, en cuyas amenazas extrañamente no se sentía involucrado. Como cuando, durante sus guardias de emergencia en el Cuerpo de Bomberos, después del primer golpe de sirena, una serenidad impasible abría su cerebro a un protagonismo sin sensaciones perturbadoras.

Una tarde, corrido por el intenso frío reinante y decidido a pasar la tarde metido en la cama escuchando música, apenas cumplir su horario de trabajo, se retiró del Seguro tan sigilosamente como le fue posible. Estaba deprimido. No tenía ni un centavo en los bolsillos y ese mediodía había concedido la razón a su tío Perciles respecto a que "el mundo es de los vivos". No dio por perdida la apuesta que le hiciera, pero una vez más le dio la razón a la doctrina cristiana, respecto a que la maldad del hombre está en su corazón y nace de su propia consupiscencia. Las luchas sociales no llegaban hasta ese punto. Y es que casualmente le tocó atestiguar la llegada de un vendedor de medicinas a la farmacia, para quien su principal venta fue respaldada por dos cajas repletas de fármacos genéricos y comerciales, reducidos en las postas y centros de salud del MINSA y del IPSS, desde Tarma hasta Huánuco. "El mundo está jodido ayer, hoy y siempre, sobrino", le había dicho su tío, acaso satisfecho de probar tan fehacientemente su aseveración. "Todo se mueve así; y si te lo ponen en la mano…, hay que hacerse el sordo, mudo y ciego, nada más".

Entonces, prefirió despedirse rápidamente a fin de no flaquear en sus principios, sabiendo que su estomago en esos momentos abonaba a favor de los "vivos" que su tío pregonaba. El aroma de un riquísimo escabeche tiñendo toda la calle y atándole de nariz, le persiguió inmisericorde hasta el centro. "El maldito estómago es el

sobornable", masculló jadeante, mientras ascendía por las empinadas callejuelas.

Ahora enroscado en su cama, pensaba en Lila Rita y en su hija recién nacida, a quienes apenas volver tendría que asumir como su pequeña familia, consecuente con ese sentir de que "casado casa quiere". Para tamaña empresa, por ahora sólo tenía a la mano sus Intis de serumista y los "sabios" consejos de su tío Perciles. Es decir, desde el punto de vista económico, el futuro se veía color de hematoma.

Carlos el enfermero, apuraba el teclado de su máquina de escribir, afanado en ir avanzado su informe, en tanto que un cassette de Los Dolton, hacía resonar en todo el cuarto la inconfundible voz agripada de su primer interprete.

A eso de las seis de la tarde, cuando a las justas se escuchaba el ulular del viento por sobre los tejados, doña Matilde, la auxiliar del centro, se hizo presente.

—¡Doctor Ibazeta! —llamó con apremio a la puerta entreabierta golpeando bizarramente con un descomunal llavero—. ¡Doctor! —insistió.

Como Matías se había quedado dormido, Carlos el enfermero salió a atenderla.

—¿Qué pasa señora?

—Le necesitan urgente al doctor —explicó la aludida mirando de reojo a un individuo que aguardaba a la entrada del corralón.

—Pase —le invitó abriendo la pequeña puerta de par en par.

El viento frío entró antes, sin permiso alguno, envolviendo los sueños de Matías que lentamente empezó a despabilarse.

—¡Doctor!

—¿Qué pasa?

—Le necesitan para que vea a un paciente.

—Pero ya no es hora de atención —replicó, un tanto fastidiado aún por los efectos de la modorra, ya que era de esos tipos a quienes dormir por la tarde les malogra el cuerpo.

—No es asegurado.

—¿Y?… Con mayor razón —se entercó Matías, sopesando que a lo mucho perdería la ganancia de una sacada de muela. Su estómago le recordó el aroma del escabeche.

—Salga a hablar usted mismo mejor —le sugirió doña Matilde, con un acento muy extraño en la voz, que no le pasó desapercibido. Parecía medrosa.

—Yo creo que sería bueno que vayas —opinó cauteloso Carlos, también bajando la voz.

—"Algo raro está sucediendo aquí" —pensó Matías—. Está bien; ahora salgo —accedió.

Se vistió rápidamente y en un santiamén estuvo afuera.

—Aquí está el caballero que quiere hablarle, doctor —presentó doña Matilde, retirándose en el acto, como alma perseguida por el diablo.

—¿En qué le puedo servir, señor? —preguntó, extendiendo la mano protocolarmente e impostando un poco la voz.

—Permítame presentarme: Soy el delegado político de Sendero en Huarichaca y requiero que usted me acompañe para curar a un herido —el tipo tenía voz de mando, y el hecho de identificarse con semejante desparpajo hablaba a las claras de una confianza en el dominio del terreno que pisaba.

—Un médico, creo yo, podría atender mejor el caso —quiso sortear Matías el compromiso.

—No; le han roto toda la boca —alegó el individuo.

A Matías se le había esfumado, hacía ratos, todo el malestar de la siesta.

—¿Dónde está el enfermo?

—En las afueras; no hay problema. La policía no se mueve de su cuartel.

—Está bien. Pero primero hay que ir a sacar mi instumental; los guardo en el centro asistencial.

Cuando llegaron a "El Palomar", que era una mezcla de bar-restaurant y estudio fotográfico, las pocas luces en buen estado del alumbrado público que estaban encendidas, hicieron parecer la bajada hacia el puente del Charamayo como una terrible boca de negro aterciopelado, a punto de engullir todo signo de vida. A partir de ahí, Matías no supo de rumbos ni destinos, pues fue vendado y subido a la grupa de un caballo del que, después de una media hora, tuvo que apearse para proseguir a pie.

Le quitaron la venda dentro de una covacha muy parecida a la cuyera donde dormía. Dos lámparas a kerosene alumbraban el recinto.

—¿Hace cuanto que le ha pasado esto? —preguntó, luego de examinar con calma sl estoico cholo, quien había ocasionado que le truncaran la siesta y le llevaran hasta ahí.

—A las dos de la tarde aproximadamente —le contestó una voz femenina, desde un cuarto contiguo.

—Para poder rehacer esta sutura sin maltratarle más... ¿Quién lo hizo?

—Un sanitario.

Con pulso no muy firme, procedió a suturar labios, a extraer un incisivo lateral fracturado, y a instalar una férula de fijación de canino a canino, para la cual tuvo que solicitar a los senderistas alambre de solear ropa para un estribo y cables de luz de donde retirar filamentos de cobre para ligar. Tenía que improvisar. Con una delgada barra de acrílico rápido cubrió todas las asperezas de los alambres.

Casi al finalizar su intervención, escuchó en el cuarto de donde había provenido instantes antes la voz de una mujer, que se sucedían golpes, improperios, quejidos, reclamos, inquisiciones, imputaciones y toda suerte de habladurías propias de un interrogatorio bajo tortura.

—¡Tú eres un policía infiltrado, concha de tu madre! —le imputaba con procacidad la misteriosa mujer, escuchándose seguidamente el eco de una sonora bofetada—. ¿Es cierto, so mierda? —insistía.

—No soy policía, ¡puta madre! ¿Cuántas veces voy a tener que decirlo? —se quejaba el infeliz, en tanto otra bofetada caía sobre su rostro.

La puerta se entreabrió un poco más y Matías pudo observar furtivamente lo que estaba pasando ahí dentro. Un terruco apuntaba en esos momentos al prisionero con un revólver en la sien. Su mente algo apesadumbrada le susurró de peligros inminentes y suertes echadas. Si mataban al infeliz, lo más seguro era que tuvieran hacer lo mismo con él. Todas sus sensaciones parelelas convergieron en el punto.

—Machito, ¿no?

—¡Váyanse a la mierda, carajo! —reaccionó de repente el tipo, al parecer harto de aquella tortura y de estar en vilo—. ¡Si quieren matarme, ya mátenme de una vez y no me jodan! —jadeó decidido, revolviéndose con valentía de sus amarras.

El terruco que le tenía asido del corto cabello y le apuntaba con el arma, al parecer arrebatado a algún policía asesinado pues parecía de reglamento, le metió el cañon en la boca sin importar lacerarle, y fue cuando Matías reconoció al cautivo.

Era un foráneo llegado hacía poco a radicar en Panao, a causa de su matrimonio con una muchacha del lugar, y que a simple vista hacia sospechar una formación castrense debido a su apariencia militar. Pero esto no dejaba de ser una apariencia, pues el hombre pertenecía a ese conjunto de jóvenes desocupados del país, que tenía en ventaja un pequeño capital, con el que había abierto un pequeño local de video en la casa que el suegro le habilitara a una cuadra del centro de salud del MINSA y andaba tras un puesto de trabajo como agente de ventas que le habían prometido sus parientes en Lima. Definitivamente, militar no era, y policía, menos.

Matías cerró los ojos, aguardando el disparo. Esperar el eco de un estampido, siempre le había jodido. Tenía experiencia en el manejo de escopetas y en sus andanzas de cacería, nada le había fastidiado más, que tensarse con el disparo de otro.

Un golpe seco llegó a sus oídos con eco breve, y seguidamente el escalofriante estrépito del derrumbamiento de un cuerpo cayendo cual fardo contra el piso de tierra. En ese preciso momento reapareció el delegado, quien se había ausentado tan luego dejarle a cargo del herido.

—¿Ya, doc? —le preguntó al entrar, jalando un saco grande pero al parecer liviano, como si su contenido fuese hoja de coca.

—Sí, ya está. En unos treinta y cinco o cuarenta días nomás hay que retirar la férula y tomarle radiografías para determinar si hay necesidad de hacer un tratamiento adicional; de repente endodoncias...

—No hay problema, doc. De eso ya nos encargaremos después.

—Bien.

—Bueno; ¿cuánto se le debe?

Matías dudó. Algo de alivio le llegaba con la inesperada pregunta.

—Bueno, ciento cincuenta Intis —contestó al cabo—. Para no quedarme sin materiales —explicó, complementando la oferta hecha con una asociación tácita del monto pedido con el costo de materiales.

El delegado abrió el saco que llegó arrastrando, y sustrayendo un billete de cien dólares se lo entregó. Fue la primera vez que Matías vio tanto dinero junto.

—Tome doctor, reciba nomás.

—Bien; gracias —aceptó sin chistar y sabiéndose bien pagado.

Después, el senderista se metió en el cuarto y percatándose de lo sucedido ahí, cerró la puerta de un puntapié y empezó a amonestar violentamente a sus subalternos.

El rumor del Charamayo le dijo a Matías que había sido devuelto a su lugar. Estaba vendado y advertido de que se mantuviera quieto hasta que completara contar hasta seiscientos mentalmente. Aparte del río y el ulular del viento, no percibía ningún otro ruido revelador. Se quitó la venda y se irguió con cautela. Ahora tenía que cuidarse de la policía. Cualquier argumento que esgrimiera para justificar su incursión nocturna, le comprometería de todas maneras. Más aún si decía la verdad. Así que lo mejor era entrar al pueblo furtivamente.

Estaba a punto de iniciar la subida, cuando un bulto en la cuneta le llamó su atención. Era el prisionero que había estado siendo maltratado en su delante y que al parecer había sobrevivido de milagro. Estaba amarrado de pies y manos y embozalado.

—No te muevas por favor mano; te voy a desatar —le advirtió.

—¡Doctor! —exclamó sorprendido el individuo, asezado por la hipoventilación—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿No será terruco así? —atropelladamente.

—Nos han traído juntos. Estuve curando a un herido ahí donde te estaban torturando.

—¿Vio todo? Esos hijos de puta…

—Algo... Te escuché caer después que te pusieron el cañón del revolver en la boca.

—¡Ah, concha su madre! Creí que el maldito me volaba los sesos.

—¿Qué pasó?

—Jaló el percutor y... ¡clic!, el tambor estaba sin balas.

—Con razón no se escuchó el estampido.

—Pero dentro de mi cabeza sonó como un cañonazo. Sentí que mi cerebro se arrugaba como un acordeón, y ahí creo que perdí el conocimiento.

—¿Y cómo te agarraron? ¿Por qué? —preguntó Matías, olvidando imprudentemente el requsito de la discresión y la prudencia. El bajón de su adrenalina, subida al tope allá en la covacha, le jugó el exponente desliz.

—En Huánuco me subí a un wolswagen rojo de un paisano que vive en Molinos, y que se metió a piratear pasajeros en el paradero a Panao. Estando ahí acomodado ya junto a dos cholos para venirnos, llegaron dos de estos hijos de puta que viste, haciéndose pasar como si fueran unos pasajeros cualquiera, a decirle al chofer si podía desviarse a Huarichaca. ¡Quién iba a suponer lo que se les cruzaría después por la mente a estos miserables! Pues acordaron precio y no nos quedó más remedio que apremiar la partida como una forma de hacer valer nuestra presencia. Yo más que todo. Porque los otros cholos, prácticamente ni la tos. De repente por eso se me prendieron los carajos.

—Posiblemente ¿Y de ahí? —siguió Matías incurriendo en el error de preguntar. Aunque algo le decía que el tipo era un inocente más cogido entre dos fuegos, no debió desacostumbrarse de mantenerse siempre alerta.

—A la salida de Huánuco, a diez minutos de la garita de control, le pidieron educadamente al chofer que entrara por un camino de chacra y nos pidieron disculpas indicando que no nos demoraríamos. De verdad pues no se tardaron, ya que al ratito se aparecieron con dos costales asegurados con hule, que después me pude percatar estaban repletitos de dólares ¡Qué bestia la plata!

—Creo que llegué a ver algo de eso.

—A media hora de dejar el Rancho, sacaron unas pistolas y nos hicieron bajar a los dos cholos y a mí. A ellos les conminaron a cerrar la boca bajo amenaza y les hicieron correr de regreso a pata de cuy. Ahí fue que me dijeron pues, que por ser un maldito policía, un perro del sistema corrupto, así como hablan ellos pues, sería ajusticiado ahí mismo. Me incaron a la fuerza al borde de la carretera y cuando estaban por meterme un tiro, a pesar que les repetía que estaban equivocados, el chofer intercedió pidiendo que me llevaran vivo hasta estar bien seguros. "No vayan a matar a un inocente así. Yo sé que vive en Panao", les reconvenía con un fervor que me valió, como ves, finalmente la vida.

—Providencial el tipo.

—Por supuesto, doctor. Aquí no hay eso de que "mejor un delincuente en la calle que un inocente en la calle". Hasta, al que parece, es preferible que se elimine. Por eso, se pasó mi paisano.

—¿Y qué vas a hacer ahora que lleguemos a Panao?

—Bañarme, dormir y olvidarme de toda esta mierda.

Matías se dijo así mismo que haría lo mismo, así el agua estuviera congelante a esa

hora de la noche. Pero decirle algo a la policía... ¡Ni cagando! También se olvidaría de toda esa mierda.

Dos semanas después, Carlos el enfermero, excedido en tragos y queriéndo escabullirse de una reunión con cuatro cervezas "encaletadas" bajo su casaca, se caería aparatosamente desde el segundo piso de la casa donde se celebraba justamente dicha fiesta, malográndose toda la compleja articulación del hombro, incluída la clavícula, por lo que terminaría siendo evacuado de emergencia al Policlínico IPSS de Huánuco. Frente a este suceso y a petición de Hugo, que ya también veía acercarse la finalización de su SERUMS, Matías dejó la cuyera y se volvió a instalar en el centro asistencial.

Llegó finalmente Shima Guevara, la nueva enfermera serumista, y su carácter jovial y risueño, siempre con la risa a flor de labios, vino a dar un renuevo de luminosidad a la grisácea rutina laboral del centro.

Hugo terminó yéndose a hacerse cargo del centro de salud del MINSA, y Matías, quedándose interinamente como jefe del aentro asistencial del IPSS a la espera de que la Gerencia Departamental asignara un nuevo médico.

Para entonces, la continua presencia del ejército hacía preveer un irrumpimiento intempestivo de las fuerzas senderistas en el pueblo y la sucesión de paros armados abonaba a favor de esta misma espectativa. Se respiraba mucha tensión en el ambiente. Esperar pues que un médico serumista llegara a cubrir inmediatamente el puesto dejado por Hugo, era pecar de optimista.

En cierta ocasión, coincidiendo con las fechas de pago mensual para los serumistas en la Gerencia Departamental, Sendero decretó dos días de paro armado que tanto para Shima como para doña Matilde tuvo el efecto de hacerles poner tierra de por medio, yéndose de permiso a Huánuco, un día antes de iniciarse la inmovilización.

—Yo me iré después del paro, pues —les dijo Matías, que sabía que estar esos dos días en Huánuco le implicaría un sobregasto, que no estaba en condiciones de afrontar.

—¡Vámos mejor, doctor! No vaya a suceder que entren de verdad los "compañeros" y vuelen todo. Porque hasta la policía se va a esconderse de miedo por el río cuando hay paro —arguyó doña Matilde, tratando de animarle a irse con ellas.

—Todo estará bien; váyanse tranquilas —las despidió.

El primer día de paro, Panao fue poco menos que un cementerio. Desayunó unas galletas con agua y almorzó lo mismo, encerrado en el centro, pues no se podía ni transitar ni en las veredas.

Aburrido hasta la angustia, a eso de las doce y cuarto del día, abrió la puerta del establecimiento, que por desgracia resultaba ser la de su domicilio y se paró a observar las calles desoladas y las casas cerradas como si no tuvieran vivientes.

No pasaron ni quince minutos y un profesor se le acercó a pedirle que cierre el local.

—No se arriesgue doctor —le dijo.

—Pero aquí vivo —se defendió.

—Mejor cierre.

—Ahí adentro me aburro, mano.

—Ahora regreso para llevarle a una reunión de amigos.

—¿En serio?... ¡Venga! —accedió impulsivamente, pero sinceramente deseoso de ventilarse un poco, y tibiamente apercibido de que tenía que simularse camarón dormido.

El sitio era una amplia huerta sembrada de flores y una que otra planta de abridores, que aromando el espacio con una fragancia misturada y sutil y a vista de las cumbres nubosas que se distinguían hacia el Oeste, le produgeron una sensación de refrigeración en el espíritu, mezcla de frescura y asepsis.

Matías reconoció a algunos profesores con los que había tratado en las alturas de Panao y vio un tanto sorprendido, en una mesa del fondo, a Isidora, la directora de la escuela de Huanchag, platicando con Antenor Guimaraes, profesor de la escuela de Manzana, de quien se especulaba que era mando político de Sendero en esta zona, incluyendo Huarichaca y Molinos y con Edilberto Moya, profesor de la escuela de Huamán, quien le había prestado en algún momento el llamado "libro azul" de Abimael Guzmán, por el que dicho sea de paso, estuvo a punto de caer tontamente en una madrugadora pesquisa que el ejército hiciera en el centro asistencial.

La música puesta desinhibidamente sobre el silencio del paro armado, traía aires huancaínos y ayacuchanos al raro ambiente que Matías pudo percibir al entrar, y remecía las orejas con letras hechas para marchar a enrolarse de pura emoción en el llamado Ejército Popular, inflamado en espíritu, convencido de corazón. Ahí no cabía duda que la reunión congregaba a personas metidas hasta las mismas cejas en andares peligrosos, tal vez equivocadas alternando entre terrorismo y guerrilla, pero imbuídos de un afán de justicia social muy entendible desde sus fundamentos reinvindicativos. Y aunque Matías merodeaba con cierta simpatía en estos sentimientos que empujaban a la mayoría de ellos a la rebeldía, se puso en guardia para procesar con cautela todo intento de reclutarlo a la causa del camarada Gonzalo.

Boletines de prensa, panfletos, proclamas y toda suerte de publicaciones exhaltando las acciones militares de Sendero y fustigando violentamente los excesos de la represión, como lo sucedido en Cayara y Ambo, fueron distribuidos sin recato alguno entre los presentes. Y así, cuando los tragos hicieron explotar la sujeción de las emociones aguantadas, la fiesta se convirtió en una manifestación casi patibularia de arengas y vítores, como si la cabeza de Alan García estuviera rodando de mesa en mesa. La alegría era feroz. Hablaban de masacres ejecutadas por las fuerzas del orden, con nombres propios y lujo de detalles, que desgraciadamente, en muchas de estas inflamadas y temerarias imputaciones, el tiempo se encargaría de dar su conformidad.

Por su seguridad, Matías midió sus libaciones, midió su lengua, midió sus actos, midió sus oídos, y de hecho, sus emociones, que tendían a ir confundiéndose con las

bondades del momento y con el resentido recuerdo por sus dirigentes partidarios, que una vez encaramados al gobierno, olvidaron los medulares postulados del espíritu hayista, tan ajeno de las perversiones, de las distorsionadas doctrinas de la prosperidad surgiendo de interpretaciones bíblicas convenidas y de las corruptelas alentadas por la sensualidad del poder.

A eso de las once de la noche, se retiró del lugar. En dos o tres días más, estaría junto a su mujer y su hija, y entonces sabría a ciencia cierta si ese temperamento que quemaba en esos momentos dentro de sí, por estar de lado de la rebelión, tenía verdaderamente asideros racionales de buen anclaje, o no pasaba de una identificación emotiva del momento. Por en cuanto, diríase que ya se esbozaba como un senderista mental.

Al parecer el aire de la noche no le cayó muy bien, puesto que al querer abrir el candado del portón del centro de salud, la llave se le fue al suelo en repetidas oportunidades. No se sentía borracho, pero el cuerpo se le escurría a cualquier parte.

—Deja que te ayude —dijo la voz.

—Sí... ¿quién es? —se sobresaltó, oscilando como una caña al viento.

—Soy Isidora; ponte a un lado —susurró ella.

—¿Acaso yo no puedo? —se entercó. Sí, estaba ebrio.

—Claro que puedes; pero yo lo haré más rápido.

Hasta allí llegó la memoria de Matías. Al despertarse al amanecer del día siguiente y verse en compañía de la mujer, tuvo que suponer todas las averías capaces de hacer entre dos borrachos. O acaso, de no hacer. En lenguaje más apropiado y adecuado: incapaces de hacer.

Se retiró al baño y cuando regresó, Isidora se hallaba sentada al borde de la cama, semidesnuda, sin importarle el frío y llorando en silencio. Por los indicios que dispersos yacían sobre la cama, había estado revisando prolijamente su documentera.

—¿Qué te pasa? —atinó a preguntar, no muy seguro de querer darse de consolador.

—¿Eres casado?

—Sí.

—Dime la verdad.

—No mentiría en una cosa así. ¿Por qué me presionas? Siempre he sincerado este punto.

—Pensé que jugabas.

—No.

—Ahora me doy cuenta. Las mujeres solemos portarnos ingenuamente ante nosotras mismas. ¡Quién nos manda a soñar!

—No entiendo.

—Nos convencemos solas, nos autosugestionamos con ilusiones que solitas nos inventamos.

—Creo que la dimensión de la pérdida es lo que define un atasgo o una salida. Aquí no has perdido nada —le pareció que su voz sonaba hasta un poco cruel.

Con un arresto de dignidad, ella se metió apresuradamente en sus zapatos, y sin esperar ser consolada, salió del centro llevándose impulsivamente hasta sus propias huellas. Matías no volvería a verla más, excepto una vez en Molinos, a bordo de una moto conducida por un profesor del que se decía era mando político de Sendero en Manzana. Fue a lo lejos desde un colectivo regresando de Huánuco a Panao.

Afuera, el último día del paro armado se cumplía estrictamente, acatado a pies juntillas por la población entera, incluyendo la policía cuyo reducido contingente había abandonado Panao el día previo al decreto senderista, para protegerse vagando por los recodos del río. Y es que aparte de la poca cantidad de efectivos asignados a la plaza, existía la desventaja de que entre ellos, había guardias que venían de hacer trabajo de oficina y de tránsito y obviamente no estaban a la altura de una sicología de guerra necesaria para enfrentar al llamado Ejército Popular de Sendero, que sí estaba preparado en términos psicológicos para emprender una lucha armada.

Nauseoso a efectos de la mezcla de tragos ingeridos la noche anterior, se pasó el día ingiriendo agua y vomitando puro líquido.

Bien abrigado, apenas amanecer el día siguiente, aseguró los candados del centro y salió calle abajo al encuentro del primer colectivo que ya recorría las calles haciendo sonar su claxon para partir a Huánuco. Estaba contento, pues este mes llevaría a casa, aparte del sueldo del SERUMS, el billete de cien dólares ganados providencialmente con los senderistas.

En Huánuco coincidió con Hugo, en el hotel "La Pileta", ubicado en una de las esquinas de la plaza de armas, consumándose una de las coincidencias más afortunadas que le pudieron haber ocurrido.

Acordaron salir a relajarse un poco durante la noche, pero el fuerte aguacero que comenzó a caer a partir de las siete, les obligó a permanecer en el hall del hotel, mirando las estupideces de la televisión.

—¿Y cómo va el trabajo en el MINSA? —preguntó Matías haciendo referencia al traslado del médico a dicha institución.

—Más movido que en el centro asistencial del IPSS.

—¿Y la gente? Me refiero a los que trabajan ahí.

—Todos son familia ahí; o en su mayoría lo son. Saben agarrarse bien estos pañacos de... ja, ja, ja... —rió Hugo, sofrenadamente, pero con menos burla que la transmitida por sus ojos.

—¿Así?

—La odontóloga por ejemplo, creo que es mujer de un sobrino tuyo, y la enfermera más antigua también va por ahí. Hay varios.

—Por mi lado, no estoy muy bien enterado de eso, pero... ¡carambas!

—Je, je, je…Todos son unos chismosos y jodidos —afirmó Hugo, soltando una risilla burlona, al parecer divertido con algunos datos de memoria que prefirió callar.

—Hasta que entres en confianza, seguro —aventuró Matías.

—¡Dios me encuentre bien confesado! -exclamó el médico y volvió a reír socarronamente.

A eso de las siete y media se aparecieron sorpresivamente por ahí, con la algarabía indicativa de que habían venido sorteando el chubasco bajo dinteles y cornisas y con los cabellos mojados adheridos a las mejillas, doña Matilde, la auxiliar del centro, y Shima, la enfermera serumista recientemente asignada allí. Se veían sumamente motivadas a hablar a la vez, denotando traer una novedad de fuerza mayor.

—¿Qué pasó? —les preguntó Hugo luego de corresponder los saludos.

—Venimos a decirle al doctor que nos han avisado que mañana temprano va a subir una supervisión de la Gerencia —explicó Shima.

—¿Sí? —se sorprendió Matías, mostrando su contrariedad.

—¡Qué van a subir esos! —aseguró Hugo, argumentando que en todo el año que le cupo dirigir el centro, teóricamente le habían supervisado unas cinco veces—. Todos se mueren de miedo. Si salen detrás de sus escritorios es para comer y...

—Esta vez sí van a subir, doctor —interrumpió en tono preocupado doña Matilde—. Ahora don Carlos está trabajando ahí en la Gerencia y con él dice que van a ir —acotó.

—¿Cuál Carlos? —se interesó Matías.

—Carlos Bardales, el enfermero pues, doctor —aclaró la auxiliar.

—Ja, ja, ja... —rió Hugo de buena gana, y terminó guardando silencio con un gesto por demás indicativo de su antipatía.

—¡Chistoso el doctor! —se defendió graciosamente con una sonrisa incómoda, doña Matilde.

—Toño sale mañana a las cinco de la madrugada, y ya nosotras hemos separado asiento para las dos —dio a conocer Shima—. Si desea, de aquí nos vamos a decirle que usted también va ir doctor —ofreció gentilmente, dirigiéndose a Matías.

—No van a subir, te lo aseguro; tienen miedo —se reafirmó en su parecer, Hugo—. Mejor sube tranquilo a ver a tu familia y no te hagas problemas —recomendó, restándole importancia a la noticia de las dos mujeres.

—Bueno; yo ya decidí irme a Lima, un día por lo menos, así que ustedes tienen mi permiso de quedarse o regresar a Panao. Al fin y al cabo, la responsabilidad del centro asistencial es mía —se pronunció con deliberado énfasis, Matías.

—¿Pero qué van a decir si no encuentran a nadie, doctor?

—A ustedes nada. Yo diré que bajamos a cobrar los sueldos y que por el mal tiempo nos quedamos aquí en Huánuco. Y no estaremos lejos de la verdad.

—Mejor nosotras nos vamos nomás para evitar problemas, doctor. Así cuando ya lleguen, les decimos que usted se quedó aquí por asuntos personales.

—Yo les aconsejaría quedarse aquí a pasar tranquilas su fin de semana -les insistió Matías.

—Más bien acompáñenos doctor. Ahora le decimos a Toño que nos guarde un asiento más, y a las cinco de la madrugada, le recogemos de aquí del hotel —reconvino Shima, con esa su peculiar manera de niña sobreprotegida.

Matías se quedó dubitativo. Sentía que su deber era acompañar a su personal a Panao, pero también que se merecía dar ese salto a la capital junto a su mujer y a su hija, considerando que tenía que llevarles el sustento, y que además, venía de "soplarse" dos días de paro armado, por lo que no le darían ni siquiera un Memo de reconocimiento.

—¡Caray! En serio, me apena que quieran irse de todas formas sabiendo que soy el que tendría que asumir las consecuencias si llegara a subir la supervisión.

—Es que ya hemos cobrado también nosotras, doctor. Y aquí la plata se nos hace humo —alegó doña Matilde.

—Y estamos aquí ya desde el paro armado —confesó Shima, como si tal hecho le fuese por cargo de conciencia—. En cambio usted..., recién nomás ha bajado.

—Yo que tú Matías, me voy a ver a la familia sin pensarlo dos veces. Allá arriba cualquier rato nos matan, y para estos fulanos de escritorio, ¡no pasó nada! —intervino Hugo, a todas luces despectivo con la posición de las dos mujeres, decididas a regresar a Panao.

El viaje a Lima resultó una especie de relajante excursión por parajes pictóricos de un libro de cuentos, cuyos felices desenlaces tenían que ver con el regrezo al dulce hogar.

Posicionados en la cómoda diestra del chofer de una antigua camioneta CHEVROLET, dedicada al transporte de periódicos capitalinos a Huánuco y de propiedad del suegro de uno de los hermanos de Matías, este y Hugo registraron los mejores impactos visuales de la larga travesía, repantigados en una bien ganada haraganería, a su vez estimulada por la calidez térmica y el ronroneo del motor. Pagaron un poco más, pero valió la pena.

Esa noche, al abrigo del nido que aún no había percibido tan concientemente, Matías sintió que se le revelaba por primera vez la verdadera dimensión que implica

ser padre y esposo en medio del rigor de la completa independencia. Su hermano Joel había intercedido para que sus suegros le traspasaran una vivienda de alquiler en el distrito de La Victoria, y en medio de ese nuevo ambiente, tal vez demasiado espacioso para tres almas nucleadas frente a un incierto destino, se encontró con que había dejado de querer seguir por las huellas andariegas del hombre–perro, que deambulaba aún por ahí calzando sus mismos zapatos.

Al día siguiente, Lila Rita salió temprano con destino a la universidad, donde ya asomaba a terminar el octavo ciclo de Obstetricia, llevándose a Ruth Kelly, bien envueltita para protegerla del húmedo amanecer limeño y dejarla de pasada en casa de sus padres. El por su parte, apenas recuperar la vertical, tomó todos los utensilios y materiales necesarios para una prolija limpieza y se puso manos a la obra empezando por el primer piso. En anterior viaje había ya eliminado los cachivaches y pulgas de la azotea, y puesto lustroso y ordenado el cuarto del tercer nivel donde se habían instalado.

La ciudad, vista desde la azotea, le había amedrentado con su horrible faz de insensibilidad y despectiva demanda de insignificancia, así que empezar el día haciendo algo, supuso que le ayudaría a ir depurando el carácter adecuado para reinsertarse en la intimidante urbe.

A eso de las diez de la mañana, timbró el teléfono.

—¿Aló? —contestó.

—Sí, aló, por favor, ¿el doctor Ibazeta? —escuchó una voz un tanto escabullida y distante, y con un timbre extraño.

—¿Cuál de ellos? —con cautela, en el supuesto de que la llamada fuese para su hermano Joel, quien en algún momento había vivido ahí mismo.

—Con el doctor Matías.

—Habla con él, señor —replicó un tanto sorprendido.

—Soy el señor Guevara, de Huánuco —dijo la voz.

—"¿Guevara? ¿Guevara?" —se preguntó a sí mismo, más que a su interlocutor, con un opaco murmullo.

—El papá de Shima, la enfermera serumista de Panao.

—¡Ah, claro; por supuesto! Bien, ¿en qué le puedo servir, señor Guevara? —se ofreció ya más relajado, suponiendo un favor en ciernes.

—Bueno doctor —la voz se quebró en el fono—. Ayer cuando mi hija y la otra señora subían a Panao de madrugada, el carro cayó al abismo...

—¡No! —exclamó atónito, como tratando de detener un disparo ya hecho.

—Ya hay cinco muertos con el chofer. A este le llegaron a traer todavía vivo acá a

Huánuco, pero ya... —volvió a quebrarse la voz.

—¿Y cómo está su hija? —preguntó, con el corazón en vilo, pero sintiendo que empezaba a envolverle esa conocida impasibilidad que le llegaba después del primer golpe de sirena.

—Está ya en el hospital. Le han enyesado un brazo y hay cierto peligro de invalidez, porque según dijeron los médicos, se ha lesionado la columna. Ahorita está en observación y gracias a Dios, consciente.

—¿Sabe algo de la auxiliar?

—Ella está en estado de coma, doctor; su pronóstico es bastante reservado. Más bien su hijita ha salido ilesa… ¡Un milagro!

—Señor Guevara, yo siento mucho ésto..., de verdad.

—No se preocupe, doctor. Shima me ha pedido que le llame de manera urgente, porque los supervisores de la Gerencia ya se encuentran en estos momentos en Panao.

—Hmmm… —acusó este golpe algo desprevenido—. Bueno, eso es lo de menos por ahora señor Guevara —respondió, haciendo de lado sin mucho esfuerzo su preocupación por la visita de inspección—. De todas maneras le agradezco sinceramente este gesto, y créame que me siento muy condolido. Voy a tratar de viajar hoy mismo para allá —como en otras oportunidades extremas, todas sus células, excepto las primordiales del cerebro, iniciaron un proceso de trance.

La limpieza de la casa quedó trunca. Debía moverse rápido para posibilitar su inmediato retorno a Huanuco.

Inmediatamente llamó a la casa de sus suegros avisando que tenía que viajar y que posiblemente ya no tendría oportunidad de ver a Lila Rita y a Ruth Kelly. Dependía de la respuesta que su hermano Joel le diera respecto al cupo que pudiera conseguir en alguno de los carros de su suegro, que salían todas las tardes a Huánuco con su carga de periódicos, o en su defecto, de la posibilidad de encontrar pasaje en alguna agencia de transportes, para esa misma tarde.

Fiel a su decisión de volverse con sólo lo estrictamente indispensable para pagarse los pasajes hasta Panao y para un par de comidas, pues la hiperinflación hacía insuficiente cualquier suma que pudiera dejar a Lila Rita, se embarcó al fin en uno de los carros del suegro de su hermano, valiéndose de la angustia de encararse con lo sucedido a Shima y a doña Matilde, para no tomar “a pecho” la adusta actitud del chofer de turno, a quien al parecer le cayó muy mal el supuesto cupo de cortesía que le estaban cediendo. El vehículo era una furgoneta de doble asiento, color rojo, marca DODGE, de los años sesenta, y eran las cinco y media de la tarde cuando inició el retorno.

Tratar de entablar conversación con el malencarado individuo que iba todo apergaminado tras el volante, fue una actitud que Matías debió suspender apenas acomodarse, y acomodarse es un decir, pues el tipo parecía haberse declarado

gratuitamente su enemigo.

Más pronto que temprano, el hecho de no contar con suficiente margen de dinero para pagarse el asiento, se le hizo un crujir de dientes de puro coraje y a punto estuvo de hacerle parar el carro y mandarle a la mierda. Pero el hombre al parecer se ganaba parte de su sueldo con los pasajes de ruta y pensó que alguna razón le asistía para mostrarse así de arisco. Optó por permanecer callado, pero fue como estar reteniendo saliva en la boca y apretujado entre la espada y la pared.

El pesado silencio se mantuvo ileso prácticamente hasta Matucana, desde donde recién empezaron a subir los pasajeros en tránsito y la voz inconforme del chofer se dejó escuchar plagada de remilgos alusivos a la falta de espacio en la cabina. "¡Qué le costó sincerarse desde un principio a este hijo de puta!", pensó muy mortificado.

A la salida de La Oroya, a poco de entrar a la frígida pampa de Junín, decidió salir a oxigenarse fuera del vehículo, aprovechando una parada técnica, en la que el chofer se puso a reñir con sus llantas, su radiador, su direccional y su propia alma. "Este es un tipo renegado", murmuró con menosprecio, sacudiéndose el pene casi congelado, luego de orinar a una discreta distancia.

—¡Oiga! —le llamó—. ¿No tendrá un espacio ahí atrás para pasarme ahora?

—Sí —fue la lacónica respuesta.

El espació resultó ser un receptáculo apretado entre los periódicos, las dos portezuelas posteriores y el techo, con dimensiones exactas para un cadáver de tamaño mediano.

A la altura de Huariaca, expuesto al frío, al polvillo, al monóxido y a la incomodidad del asfixiante cubículo permitido por los bloques de periódicos, estuvo a punto de perder la compostura. Pero ya llegando a Huánuco, perder la cordura por la claustrofobia efervesciéndole por todos sus poros fue una "beca completa" que dejó de lado por puro pundonor. Con todo, cuando el "hijo de puta" le abrió las puertas, se bajó remolonamente, como si salir de allí le significara abandonar un comodísimo aposento. "Los seres inferiores nunca deben ver claudicar a los superiores", pensó, de hecho bajo los efectos de conchos temperamentales que camino al hospital de seguro se le irían diluyendo.

—¿Cuánto te debo, compadre? —preguntó imperturbable, tieso y empolvado como un muerto adinerado, mientras se mudaba el poncho cajamarquino que le obsequiara su hermano Habacuc. Y mudar, significó aquí lo que en la selva del Ucayali: ponerse una prenda.

—No sé..., usted es pariente del yerno de don Hermógenes... —ensayó ser algo considerado el fulano, apercibido de su congelamiento expresivo, acaso queriendo conjurar posibles quejas ante sus patrones.

—Que quede bien claro, señor chofer... No quiero deber ningún favor —hizo el hincapié con cierto menosprecio, dejando tácita su renuncia a cualquier privilegio por consanguineidad, afinidad o lo que quisiera suponer.

—Deme su voluntad —accedió presto el "bendito", decidido por un lado a no soltar prenda como buen andino, pero por otro, a no parecer un filibustero susceptible de denuncia.

Matías separó su pasaje a Panao y lo necesario para comer en el día, y el resto le alcanzó a la "mierda" esa, haciendo fervientes votos para que todas las penurias sufridas en el viaje se multiplicaran y recayeran de modo fulminante sobre el "mal nacido". Por cierto, no sólo estos calificativos cruzaron por su mente, teniendo cuidado de que el juicio de Dios que suplicaba entre denuestos no involucrara al dueño de los carros. Después sabría que de regreso, a la bajada de Ticlio, el carro se malograría seriamente bajo terrible nevada, pero ya fue tarde para alegrarse.

La ciudad aún dormía. Le pareció sentir dentro su alma el ronroneo de algún camión estacionado a un lado de la carretera mostrando apenas sus luces de estacionamiento bajo las sombras de los cerros, y un algo de cohibición amenazó entorpecerle los movimientos.

El alumbrado público se proyectaba denso de bruma, dando un aspecto fantasmal a la perspectiva de las calles desoladas, por donde cautelosamente enrumbó hacia el hospital de la ciudad cargando su liviano maletín y una fijación mental atascada en el accidente sufrido por su personal.

En el nosocomio, tan pronto se identificó como jefe del centro asistencial IPSS de Panao, le franquearon con toda solicitud el ingreso al cuarto donde convalecía Shima, dejando de lado las objeciones lógicas a esa hora tan inusual de pretender una visita: Aproximadamente eran las tres y media de la madrugada.

La habitación estaba a oscuras, pero por la puerta entreabierta, una tenue claridad reflejada del pasillo, le permitió orientarse dentro de ella. Alguien dormía en una silla al pie de la cama.

—¡Doctor! —exclamó Shima, desde su incómoda posición en el lecho, al perecer insomne desde hacía mucho rato.

—Hola Shima; siento mucho lo que pasó... ¡devéras! —dijo, por decir algo, mientras le presionaba con calidez y sumo cuidado el brazo sano donde la venoclisis mantenía una vía abierta. El otro brazo estaba completamente enyesado.

—La llave del centro se cayó al río, doctor.

—Eso no importa; tranquilízate.

—La supervisión llegó a irse, doctor.

—Escucha niña: Ahora en lo único que tienes que pensar, es en tu recuperación, ¿de acuerdo? Ya de lo demás me encargaré yo, ahora que estoy aquí. Has sido una buena niña al hacer que tu papá me avise.

—Pero...

—Nada de peros que valgan —le objetó, dándose cuenta que se estaba volviendo paternal. Tenía su lado bueno avejentarse en el mundo de las ideas reflexivas-. Y a

propósito... ¿cómo está doña Matilde? ¿Sabes algo?

—Ella está peor, doctor. Me han dicho que no despierta todavía y que puede quedarse..., vegetal —la voz de la muchacha se opacó, como si ingresara a una ancianidad prematura. La quiso mucho en ese instante. Reconoció su sufrimiento y su corazón husmeó sobre viandas cálidas de misericordia.

—Mira mi querida Shima..., si sigues quebrantándote así, doña Matilde va a salir caminando de aquí, primero que tú. ¡Vamos! Tienes que prometerme que le vas a poner ganas a ésto.

—Sí, doctor.

—¿Dónde convalece la señora? —quiso irse antes de lagrimear junto a Shima.

—En el cuarto del frente.

—Muy bien... Yo de aquí salgo ya directamente para Panao., pero de pasadita trataré de darle una mirada. Aunque si su estado es comatoso..., esto no servirá de mucho. Confiemos en las energías positivas de las oraciones.

—Ahora va a mirar el carro al fondo de la quebrada. Bien hondo hemos caído, doctor.

—Cuando regreses al centro ya recuperada, conversaremos del accidente, ¿estamos? Ahora deja eso atrás y no me estés chapuceando en recuerdos que nada ayudan ahora. Prometo que oraré por ti y que cuidaré tu puesto -prometió, forzando una sonrisa que ella no vio.

—Gracias doctor —Shima se dormía.

Matías salió a la calle abstracta aún de colores conforme al gusto del amanecer, y tocando límite en un hondo suspiro, se encaminó hacia el puente de calicanto, en busca de encontrar algún carro presto para partir a Panao. Esta vez no se percató del encajonamiento de la ciudad entre sus vigilantes montañas, porque su corazón iba peor que entre los muros de Jericó.

En el lugar del accidente, el pequeño toyota Land Cruiser, o lo que quedaba de él, yacía a unos setenta metros aproximadamente en el fondo de la quebrada. “De seguro que si aquella noche lluviosa en que Shima y doña Matilde se acercaron al hotel a avisarme lo de la supervisión al centro, les hubiese aceptado venir con ellas, ahora no se estaría hablando de cinco muertos, sino de seis”, reflexionó algo afectado. La intervención de Hugo, el médico, fue sin duda determinante, y por cierto, providencial.

Al arribar a Panao, fingió no saber nada aún de lo acaecido, para darle gusto a la novelería, tan agresivamente morbosa en asuntos primicia como en todo sitio, y escuchó hasta el hastío diversas versiones que incluían hasta inminentes sanciones administrativas a su persona.

Como vetusto tallo rígido de súber y confidente de un viento viejo, como perro edéntulo que sacude sus orejas harto de escuharlo todo, como astrólogo barbado

viendo su propia estrella periclitar, así Matías se vistió con una coraza puesta a su disposición por lo inevitable, y plantó sus lamentos y desasosiegos en los espacios cerebrales reservados a la soledad.

Los días subsiguientes se volvieron tediosos, entubados y cansados. Transitar sus horas, era como sentir la eternidad de cara a una somnoliente pereza de gato, pero pronto el eco trágico del accidente se fue perdiendo entre las cicatrices del alma, tanto que la urgencia de la viuda de uno de los muertos por echarse en los brazos de un consolador, detonó la ley natural que insta por encima de cualquier penuria, a continuar la vida.

Aquella gris mañana, el frío a la sombra calaba hasta los huesos. Aprovechando la falta de pacientes, salió a retozar en medio de la calzada para aprovechar mejor el calor del sol. Había refinado su técnica de entretenerse jugando a responderse toda suerte de preguntas y pronto estuvo evadido del lugar, andando tras respuestas futuristas que le suavizaron las implicancias de su rol de jefe familiar, una vez terminado el SERUMS.

—¡Primo!, ¡primo! —escuchó de pronto una voz apremiante. Era uno de sus parientes, de los apodados soterradamente "folidoles" por sus enemigos—. ¡Primo! —se repitió el llamado.

—¡Que tal primo! —le saludó, cuando le tuvo a su lado todo asezado por el esfuerzo de subir por la empinada calle.

—Tienes que cerrar tu local y salir del pueblo.

—¿Qué pasa?

—Mira allá abajo, por el restaurante de Alico, cómo la gente corre hacia el río.

—Ajá.

—Cien "compañeros" acaban de entrar a Molinos y después se vienen para acá.

—¿De verdad?... ¡Qué va! -su mente empezó a correr rápidamente tras decisiones acordes con el cáriz de la situación, pero su rostro siguió despreocupado.

—Dicen que han botado todas las truchas de la piscigranja al río para que coma el pueblo.

—¡Qué cabrones! ... ¡Absurdo!

—No digas eso. Por eso mucha gente está bajando ahorita al río, de paso que se esconden.

—Yo no me muevo de aquí. Estoy cansado ya de esta sicosis cojuda.

—Van a volar todas las instituciones y pueden matarte. Mejor sería que te vengas a la chacra con nosotros.

Varias personas pasaron corriendo calle abajo. Una evidente mezcla de codicia y miedo les impulsaba a abalanzarse hacia el río. Tal vez alcanzarían todavía capturar

algunas truchas, y de paso esconderse en la hondonada ribereña.

—Oye Melitón, mira, de verdad te agradezco la preocupación que te has tomado conmigo, pero si algo llegase a pasarme, que mi sangre sea sobre mi cabeza.

—¡Cojudo eres! —reprochó el asezado pariente, con ese acento pañaco tan característico en él.

—Ja, ja, ja... —rió Matías muy divertido, viéndole alejarse muy malhumorado. Lo que le había dicho era algo que tenía que evaluar evidentemente con la seriedad del caso, pero por el momento, una rebelde terquedad deseosa de asomarse al peligro y un hartazgo de tensionantes vigilias, apostaron porque se quedara.

Al caer la tarde, se supo que los subversivos se habían retirado a las alturas. No se especificó si hacia Ambo, en el mismo Huánuco, o hacia algún lugar del departamento de Pasco, según se dijo, en una decisión apurada por la inminente llegada de tropas del ejército. Todo Panao exhaló un suspiro de alivio, libres por esta vez de tan violenta amenaza. Ese día, en Molinos y Panao, muchos necesitados y algunos caraduras comieron truchas, inopinadamente gratis y más de lo esperado.

A las seis menos veinte del día siguiente, Matías se despertó inquieto. No sabía definir por qué, pero prefirió no pensarlo en la cama y se levantó a avanzar lo que solía hacer cada mañana: Limpieza del centro asistencial y aseo personal.

A eso de las seis y quince, salió a pararse en el medio de la calzada, y la bodeguera de la esquina que barría en esos momentos su vereda, le hizo notar la hilera de carros que bajaban por la carretera desde Puntín, que aunque aún en miniatura, se podía distinguir que eran camiones del ejército.

A media mañana, copadas las esquinas por soldados cubiertos con pasamontañas negras y armados hasta los dientes, el local del IPSS también se vió invadida por una de las patrullas que recorrían las calles, al mando de un oficial sin graduación a la vista que identificara su rango. Procedieron a catear el umbrío establecimiento en todos sus rincones y a interrogarlo sobre atenciones inusuales y salida de medicamentos. No pasó nada.

A eso de las dos de la tarde, un helicóptero artillado llegó a hacer vuelos rasantes sobre las casas del pueblo, en un alarde disuasivo y de advertencia, dirigido a los tibios y a los forzados colaboracionistas del lugar. Así como llegaron, se fueron. El día siguiente llegó sin rastro de ellos.

Al poco tiempo, llegó al centro la reemplazante de Shima. Era una enfermera pucallpina que había aceptado la plaza después que se salvara de una incursión terrorista en el centro asistencial IPSS del Aguaytía, perteneciente a la Gerencia Departamental de Ucayali donde cumplía su SERUMS. Estaba reunida en convivencia con un enfermero de Huánuco, y de aquí al parecer su decisión de aceptar pasarse a una sede tan diametral en términos de conveniencia. Se apareció una tarde acompañada de su hija, una preciosa niña de aproximadamente tres años, llamada Eloice.

Matías la recibió con excesiva reserva y no mucha hospitalidad, pues se había

hecho ya a costumbres solitarias, pero ella insistió en hospedarse de todas maneras en el mismo centro asistencial, al parecer por razones económicas, las que intentó explicar con una pésima diplomacia. Su aire adusto le cayó como campanadas de entrada a la escuela.

Cuando a los pocos días llegó también el nuevo médico y organizó una reunión de fraternidad con un brindis de por medio, cayó en cuenta de que era una antigua condiscípula del Colegio Nacional de Yarinacocha, donde había cursado el último año de secundaria. También para ella resultó una sorpresa reconocerle, pues merced al tiempo, al lugar y a la excepcional ocasión, su memoria se había bloqueado completamente.

La revelación les resultó a ambos poco menos que hilarante. Estaban sorprendidos de cuánto habían cambiado.

A la reunión no acudieron los colegas del MINSA, a quienes el médico porfió en invitar, así que solamente contaron con la presencia de los tres y de la bodeguera de la esquina, llamada alusivamente, "la arequipeña".

—Me han designado para acá, pero también para el centro asistencial de Chaglla. Así que... tú vas a seguir siendo de todas maneras el hombre aquí. No te preocupes de nada, que yo respondo —le dijo por su parte Renzo Berrocal, que así se llamaba el médico serumista, apenas entrar en confianza.

—No hay problema. Pero por cierto, tenemos que firmar un acta de entrega y recepciósn de cargo —le contestó tranquilamente, aunque sopesando la validez de ese su parecer de que la gente confiada merecía su confianza.

—Por supuesto pues gallada —repuso con desparpajo, llevándose una tableta de xanax a la boca y pasándosela con medio vaso de cerveza. El tipo era peculiar.

Después de la reunión, este singular personaje permaneció dos días más en el centro. Tomaba xanax como caramelos, dormitaba como un caballo, y cuando reaccionaba, lo hacía como un hiperactivo al que el mundo se le podía acabar en cualquier momento. "Otro loco suelto", pensó.

—Contigo, cincuenta-cincuenta, de ley —le declaró al momento de partir para Chaglla, dejándole receloso y confundido respecto a tan extraño decir.

A partir de entonces, la vida en el centro para Matías y para Iris cambiaría radicalmente. Un paréntesis surgiría en el tiempo y el espacio para sustraerles de sus respectivas realidades y les echaría al interior de una telaraña que iría completando su primoroso tejido con los detalles cotidianos de la convivencia.

Lo que le dijera en algún momento su tío Perciles, respecto a vender medicinas del centro y no ser tan cojudo, ya que otro lo haría, comenzó a cobrar vigencia apenas Renzo regresó de Challga, a los tres días.

—Tu me caes bien, Matías —empezó diciéndole—. Así que voy a franquearme contigo —continuó todo misterioso.

—¡Claro, adelante! —le animó él, bien predispuesto, como tratando de no ahuyentarle y así llegar al fondo del asunto—. Siempre y cuando no sean secretos que cuestan vidas —mesuró un tanto su curiosidad.

—Voy a empezar a vender medicinas, así que como bien comprenderás, necesito encontrar un comprador discreto. Tú sabes... La cosa está bien jodida y yo sólo me siento bien con plata en mi bolsillo —confesó sin tapujos y tan tranquilo como le permitió el xanax y su sinvergüencería.

—¿Y de dónde piensas conseguir esas medicinas? —le inquirió, tratando de aparentar completa falta de malicia, y a punto de saberse perdedor en la apuesta con su tío.

—De aquí pues, Matías... ¿Y qué?

—¿Cómo? Todo está en kárdex.

—¡Fácil! Duplico las recetas nomás y, listo. Tú despreocúpate de eso, amigazo.

—Humm… —definitivamente se convenció de que para este mundo perro, su tío tenía razón.

—Te dije que contigo cincuenta-cincuenta, y mi palabra es una.

Matías sonrió. Recién entendió la frase que sugería una repartija, y se dijo una vez más que seguía siendo un reverendo cojudo. "Ver, oir y callar, si quieres del mundo gozar", pensó convenidamente, a punto de poner la mano abierta como sugiriera su tío, con otras palabras.

—¿Tienes ya comprador? —le preguntó siguiéndole la corriente.

—Sé que tu tío tiene una farmacia.

—Bueno, por aquí todos venden medicinas en sus chinganas —le contestó evasivamente, pero reconociéndo interiormente su finísimo y acertado olfato para husmear acertadamente la potencial clientela. Reglaje de delincuente al paso.

—Sólo preséntamelo. Yo sé que los comerciantes siempre son comerciantes —afirmó.

—Está bien. Aunque no creo que por ahí camine la cosa –accedió, repitiéndose a sí mismo que hasta ahí, aún tenía por lo menos la opción de Pilato.

Después de esta conversación, Renzo se fue a Huánuco asegurando volver cuanto antes para empezar el "negocio" de la venta de medicamentos, si no con el tío, con cualquiera que se mostrara dispuesto a hacer negocio. Claro que también tenía en mente hacer lo mismo en Chaglla, seguir vendiendo ropa y libros en la universidad particular donde ya tenía conseguida una cátedra, y darse sus vueltas por las esquinas de Huánuco para comprar y vender dólares.

Con Iris, el recuerdo del común terruño y del último año de colegio, la confianza de la rutina laboral conjunta, la familiaridad sin testigos de la convivencia

bajo el mismo techo y el proteccionismo mutuo en las esferas del alma, fueron estructurando una relación de pareja casi nupcial, donde el esfuerzo radicaba en no malinterpretar ni desbordar los sentimientos acendrados de amor y amistad que iban surgiendo por sendas extrasensoriales. Ella sabía que se movía por corredores donde no podía negarse a nada, pero también que sólo quería un poco de calor humano, de comprensión y de valoración. Él por su parte sabía que empezando a abrazarla podía permitirse intimidades mayores, pero también que únicamente querría amarla con gratitud y sosiego, como se ama al viento, a la luna, a la noche, estrictamente a la tibiesa bajo una frazada compartida. Y así fue.

"Entre charapas se entienden", decían los lenguaraces del centro de salud del MINSA que Hugo aludiera en "La Pileta", que de no ser por su mala leche, hubiese aceptado como una verdad bíblica. Un detalle inolvidable para él, a este respecto, sería la vez en que Iris llegó al centro asistencial un tanto desolada, después de dar una charla a los profesores de todo el distrito, y le refiriera que no había sabido responder por qué al Amazonas se le decía "Monarca de los ríos". Obviamente la lógica le llevó a explicar lo que resultaba obvio, pero lo que quizo saber el emboscador era quién había acuñado la frase. Recordó haberle consolado diciéndole que ni él lo sabía, pero que había escuchado alguna vez a un tío referirse a la cuestión —oyéndolo en la voz del duo "Loreto"—, que fue José Santos Chocano. "De todas maneras corrobóralo en los libros", terminó recomendándole, con un abrazo de por medio.

A la vuelta de la esquina, sentado en la solitaria y agonizante oficina postal de Panao, "Timoshenco" Valdiviezo, acaso recordando lo que le dijera respecto de su tendencia a la gordura, de que todos moldeamos nuestro físico y nuestro carácter en función de la obediencia que consentimos profesar a uno de nuestros órganos en particular, les vería pasar cada tarde rumbo a la pensión de la viuda que se apuró en consolarse luego del accidente del "Land Cruiser" que cayera al abismo, esbozando esa perpetua sonrisa fosilisándose ya en su boca de pescado.

XXXVIII

Promediando marzo de 1,954 una excitante novedad atrajo a medio Espinal a su pequeño malecón, cada vez más distante del caserío, merced a que el poblado se iba quedando central por la desviación del río. Sólo el llanto desconsolado de un niño perturbaba la atención.

—Callen a ese huambrillo cachitero —gritó alguien. Aludía por inercia a la creencia de que todo niño que gusta de la sal es un llorón.

La espectativa generalizada se movía en una marea de gestos ademanes, e interrogantes, que confluían en una sola cuestión: ¿Quién podía haber fletado un avión, con piloto gringo incluido, para llegar hasta allí, sin propósito aparente?

Quedaba claro sin embargo, que tamaña novelería no se había suscitado desde la mijanada de las boas, puesto que, la provocada por la aparición de la carachama gigante después del terremoto de Satipo, quedaba sedimentada al lado del alboroto que la llegada del pequeño hidroavión estaba ocasionando.

—Debe ser alguna autoridad, seguro —decía uno.

—El piloto es el gringo Clark —afirmaba otro.

—Entonces deben ser esos evangelistas —se sumó a opinar una mujer desgreñada.

La nave se fue acercando a la orilla hasta humedecer los rostros de los curiosos más atrevidos con la aspersión de su única hélice y hacer estallar en gritería y carrerillas nerviosas a los chicuelos que aún no habían aprendido a no estorbar.

Pronto el novedoso aparato se silenció, y sus dos portezuelas laterales empezaron a abrirse. La espectativa era intensa.

—¡Atashay!, el pishuayo de Ibazeta ya vuelta es —se oyó una voz burlona entre el gentío.

—Y se cree un gringo con sus lentes estrambóticos; ¡mírenle vé! —marcó la seguidilla otra mujer, arrancando risitas urticantes entre los presentes, así como otras irónicas simplonadas muy al estilo "charapa".

—Todo pindayo, pues anda; pero aquí sus hijos ven las de Caín —las lenguas inmisericordes, hacían alarde de su capacidad de dañar.

—¡Ya cállense hombre! —se impacientó un fornido hombre, que con rostro fiero paneó sobre los hablantines una reprensiva mirada—. ¡Parecen lavanderas, carajo! —enrostró.

—¿Y qué ya tienes tú con las lanvanderas? —le salió al frente una mujer gorda, dándose por aludida.

Mientras la epidemia lenguaraz cundía entre la caterva novelera, Hérmel Ibazeta pasó raudo entre ella, haciéndose el de la vista gorda tras sus lentes ahumados. Un

hombre cojeando se cruzó con él. Llevaba un pate con jabón en la mano, y en el cuello enroscada una percudida toalla.

—Hola Hérmel, ¿ya estás de regreso?

—Sí pues ¿Y qué te ha pasado en el pie?

—Me ha picado una isula en el dedo gordo.

—No te bañes entonces, porque te va a doler más.

—Tú también con abusiones de vieja.

—¡Ah caracho! Ya vas a ver —le advirtió premonisor.

Diciendo esta advertencia se alejó rápidamente a cumplir lo que traía entre manos, que por lo pronto, ya gabía armado un revuelo en la población más avisada.

—¡Vita! ¡Vita! —empezó a llamar a su mujer aún antes de llegar a la casa.

—Es papá —reconoció su voz Mercedes.

—Si, él es pues —convino Arquímedes, asomándose a la puerta de la humilde vivienda.

—¡Pa-pá, pa-pa-pá! —comenzó a corear Habacuc, con su vocecita de engreimiento.

—¡Qué Pasa! —se alarmó Victoria al ver entrar a su marido de esa manera arrolladora y sin una explicación ni evidencia que justificara previamente su prolongada ausencia.

—Alístate rápido que ahorita te tienes que ir a Pucallpa en la avioneta del gringo Clark.

—¿Yo?

—Todos, mujer, ¡muévete!

—¿Pero cómo voy a viajar de un momento a otro?

—Agarra lo que vas a necesitar de manera urgente; el resto lo iré llevando yo después en bote.

Para Julia Victoria, creer lo que estaba pasando era una cuestión de aceptar, sí o sí, los milagros. Hacía unas horas nomás que había estado inmersa en desánimos y resignaciones, aletargándose con alternativas inútiles de cómo romper su enclaustramiento en un caserío del que hasta el río empezaba a distanciarse, y ahora, así de repente, Dios le permitía escuchar su voz ordenándole partir.

La estrecha cabina del avión y su pequeñísima bodega se vieron prontamente atiborradas, quedando solo un espacio libre al lado del piloto, pero demasiado estrecho como para que cabieran todos. Mercedes y Arquímedes sobraban.

—Solamente puede entrar uno más, hermana —indicó el gringo Clark, compadecido de ver su aflicción, tratando de acomodarlos a como diera lugar.

—No puedo decidir en una situación así —se lamentó, sintiendo que el pecho se le oprimía.

—Escoja cual le va a ser de más utilidad.

—Los dos me ayudan, mister.

—Por favor, debemos levantar vuelo cuanto antes ya —apremió decididamente el gringo.

Victoria, con el corazón en vilo e infinita ternura, miró a su hijo Arquímedes como pidiéndole perdón por tener que elegir de esas manera, y con la voz quebrantándosele de pena se inclinó a darle un beso.

El niño, que con expresión asustada aferraba su querido gallo fino sin percatarse de las raspaduras que le ocasionaba en los huesudos bracitos cuando se sacudía aleteando y pataleando queriéndose safar, lentamente fue comprendiendo el porqué su madre empezaba a llorar.

—Papacito —le dijo—, tienes que quedarte con papá, hijito. En el avión ya no alcanzamos —el niño sólo atinó a compungirse trazando un rictus tembloroso en sus labios—. Mañana vas a venir en bote con él, y otra vez estaremos juntos. Mechita es mujercita y ella no puede quedarse, mi hijito. Además, tu sabes que me ayuda a cuidarle a tu hermanito Joel —trató de consolarlo, sin dejarse interrumpir por los pujantes quejidos del hombre picado de isula, que con saltarina cojera se iba alejando hacia el caserío lanzando desaforados gritos.

Al elevarse el avión y hacer el giro para dirigirse a Pucallpa, de sus ojos desaparecieron, la selva, el río, las nubes y el mismo horizonte, a favor de aquel lloroso hombrecito que aferrando su gallo permanecía inmóvil allá abajo en la orilla espinalina, tirándole con garfios el corazón.

—¿Sabe para qué hemos venido a traerla? —preguntó el gringo Clark, luego de unos minutos de silencio.

—Bueno, mi esposo me ha dicho que mi amiga Araceli Díaz me quiere ayudar con un trabajo.

—Sí hermana, así es. Ella y Panchito Mozombite son nuestros profesores en la escuelita de la congregación. Y pues, como pronto esta va a oficializarse, necesitamos un docente más. Justamente Araceli la recomendó a usted.

—Estoy agradecida.

—Dios dispone así las cosas, hermana.

—¿Dónde queda la escuelita, mister?

—Frente al reloj público, en la misma iglesia.

—¡Ah!, está en el Centro —se refería al sector más conocido de la ciudad.

—Sí.

El gringo esgrimía una excelente dicción y tal soltura hacía olvidar su condición de extranjero.

—Asusta un poco estar aquí, pero se ve todo bonito.

—Es cuestión de acostumbrarse nomás —aseguró sonriente el americano—. Y dígame: ¿tiene a dónde llegar?

—Bueno, mi esposo me ha dado una dirección donde dice que ha alquilado un cuarto. Ahí debo acomodarme —ya esta última palabra formaba parte de su yo itinerante.

—¿Por dónde queda?

—Por Asna Caño, mister

—Asna Caño..., Asna Caño... —murmuró cavilante el gringo, rebuscando indicios semánticos que pudieran clarificarle la frase.

—¡Ah, no! Yumantay quise decir; disculpe mister.

—Así se llama una quebrada ¿eh?

—Sí, mister.

Esta vez Pucallpa le vino a significar a Julia Victoria, una puerta para alivios económicos y una ventana hacia nuevas aspiraciones imposibles de ver en el medio rural. Le renacieron los ímpetus por seguir estudiando, y percibió claramente que sus hijos debían intentar con fervor, lo que a sus parientes el dinero les mostraba más fácil: forjarse una profesión. Pero aparte de todo esto, también le trajo cuentas referentes a las andanzas de Hérmel con diversas mujeres, y tuvo que asumir que para coronar sus anhelos y echar andar a los hijos, tendría que bogar sola y soportar la más negras tempestades al interior de su alma.

Su comadre Milia se había trasladado casi al mismo tiempo que ella a la ciudad y en una de sus tantas visitas terminó por contarle de una tal Hilda, en la que "el Ibazeta", como solía llamar despectivamente a Hérmel, había tenido un hijo.

—Es un feíllo comadrita; es casi de la misma edad que tu Joel, mas o menos.

—¿Que mi Joel?

—Sí; pero tu negro es un artista al lado de ese pisparunto.

—Ese inocente no tiene la culpa, comadre —su formación cristiana ya empezaba a manifestarse.

Si bien en el trance de escuchar semejante confesión, mostró todo el aplomo necesario para parecer serena y apaciblemente dolida, las ondas del impacto llegarían después, cual remezones telúricos que la postrarían en cama con una

depresión suicida.

En su deterioro anímico llegaría a descuidar sus obligaciones con la escuela, pero ahí en medio de sus arenas movedisas, miembros de su congregación se harían presentes para confirmarle en la fe y en la esperanza de un Dios todo poderoso.

Después de este lamentable episodio y harta de los violentos careos con su marido, decidió salirse del incómodo cuarto de Yumantay, para lo cual se puso a buscar una vivienda a donde trasladarse con sus hijos, con la mayor discresión.

Gracias a una creyente de la iglesia, pronto encontró una vivienda bastante espaciosa, con una huerta amplia y de fértil terreno, tal vez demasiada expuesta a las crecientes del río, en una zona extrema de la ciudad llamada La Hoyada, desde donde se podía distinguir, hacia la loma, los techos del Hospital N°1, y hacia el bajial, la imponente masa del Ucayali yéndose como siempre hacia los suelos del Norte. Este tramo de calle no tenía nombre, a pesar que era prácticamente un apéndice de una de los jirones más importantes de Pucallpa, ya con nomenclatura desde 1,951, pero su renombre como barrio ribereño, tenía su propia fijación en la memoria de las gentes. ¿Quién no conocía en ese entonces La Hoyada?

Si bien es cierto, su suegra, doña Zoila Jesús Reátegui, que ocupaba una casa en unas chacras que su hierno Gustavo Zevallos le acondicionara en el km.2 desde su llegada de Satipo, después del terremoto, le había invitado conciliadoramente a mudarse a sulado, ella prefirió empezar a tomar distancia a favor de una identidad familiar rubricada a su modo, y terminó trasladándose a este barrio.

Estaban en el mes de noviembre de, 1,955 y en toda la parte poblada del Yumantay, colindante con el barrio que se iba formando alrededor de la iglesia "Santa Rosa", la construcción de un oleoducto desde Aguas Calientes en el Pachitea, por la empresa Ganzo Azul, traía alborotada a la vecindad puesta de testigo de tan importante obra. Ya en el mes de febrero se había creado en Pucallpa una Agencia Fiscal y un Juzgado de Instrucción, y más de una vez estuvo tentada de correr a la autoridad a presentar demanda contra su esposo infiel. Pero se abstuvo.

Los esfuerzos por sacar adelante las obras del ferrocarril, Tambo de Sol–Pucallpa, aún subsistían, habiéndose llegado ese mes de mayo a destinar para este cometido, la llamativa suma de seis millones de Soles provenientes de la renta Pro–desocupados.

La mudanza pues tuvo una razón más a su favor, toda vez que su deseo era, simple y llanamente, encontrar un poco de tranquilidad y gestar sin sobresaltos al nuevo hijo que llevaba en las entrañas, dentro de un paréntesis existencial donde el tiempo, el espacio y el lugar, fuesen diferentes.

Dos años atrás, aproximadamente a unos cinco meses de dar a luz a Joel, cuando aún se encontraba en Espinal, la noticia de que el alcalde de entonces, don Daniel Zevallos Ríos, iba a recibir en la ciudad al mismísimo presidente de la República, don Manuel A. Odría, quien después se trasladaría a Iquitos en la cañonera "Marañón", puso en palestra las especulaciones sobre un contrato que se decía el gobierno había firmado con un multimillonario norteamericano de nombre, Robert

Le Torneau, conocido como "el socio de Dios", concediéndole tierras a orillas del río Pachitea.

En un improvisado entablado levantado en la plaza del reloj público, el mandatario confirmaría la veracidad de este convenio, ponderando sus bondades a partir de los puestos de trabajo que generaría, y especificando que el convenio se había firmado con la empresa Letorneau del Perú Inc.

Referían todavía los testigos que estuvieron en dicha manifestación, que mientras disertaba tratando de darle elocuencia a su cortante tono castrense, la curiosidad de algunos muchachos por verle, les hizo treparse a un tronco de mango cerca del podio, sin percatarse que un nido de shiru-shiru colgaba de una de las ramas. Pronto las bravas y territoriales avispas les obligaron a botarse desde lo alto como asustados pichicos, causando la hilaridad generalizada en la concurrencia. Pero uno de los insectos alcanzó llegar hasta una sudorosa mejilla presidencial, haciendo que el jefe de Estado, por obvias razones, tuviera que acortar su discurso, tal vez mordiendo unas cuantas lisuras.

Cuando en 1,954 fue traída a Pucallpa por el gringo Clark, para que trabajase en la escuela "Mariscal Castilla" de la congregación evangélica a la que pertenecía, se dio cuenta que al interior de la iglesia se estaba muy bien al tanto de lo que hacía "el socio de Dios" en el Pachitea.

Escuchó que el apelativo le venía por una promesa hecha de dar la mitad de cualquier ganancia que tuviera en sus negocios a la obra del Señor, emulando en esto a su padre, y que ahora se le llamaba el "rey de la maquinaria", merced a los gigantescos y raros tractores que había traído desde su país, para facilitar la colonización de las cuatrocientas mil hectáreas concedidas por el gobierno de Odría.

No tardaría en ver partir a Panchito Mozombite y a Araceli Díaz hacia ese fantástico lugar llamado Tornavista, fundado por los colonos norteamericanos el 28 de julio de 1,954, a cubrir plazas docentes en su flamante escuela. Desde entonces, ella también anidaría la esperanza de ir en pos de esa especie de "nueva Jerusalén", confiando en encontrar allí su "tierra prometida".

En el quinto mes de 1,956 con el tiempo ido cual si fuese un suspiro, su sexta gravidez fue llegando a término y lo que urgía por el momento, era buscar a la comadre Milia.

Exactamente un domingo 20 de mayo a las dos de la tarde, el trabajo de parto culminó felizmente y en medio de su laxitud y mirada agotada, le pareció que este nuevo varón que le hizo pujar hasta Alfa Centauro, había salido de algún calendario. Porque a pesar de su tremenda cabeza y su pene "maní", a ella le pareció el más hermoso muñeco de toda La Hoyada y sus confines.

La experimentada partera, con ojo avizor y poniendo manos a la obra, pronunció una esperanzadora sugerencia:

—Hay que cortarle su cordón un poco largo para que cresca su pico, comadrita

—dijo con tremenda soltura.

Pasados diez días, Hérmel llegó proveniente del río a donde se ausentara después de la última reconciliación, exactamente a cuatro meses de la mudanza a la nueva casa. "El tiempo se va volando", pensó Julia Victoria.

Esta vez el hombre trajo por delante un amansamiento inusual en su carácter altivo, tan sorprendente como la abundancia de productos que hizo cargar desde el puerto a tres carretilleros.

Toda la sala quedó atiborrada con racimos de plátano, de pijuayo, pichones de pihuichos cabeceando dentro de primorosas mocahuas, motelos, cupisos, cueros de sajino y venado, gallinas, patos, carne seca de monte, dientes de bufeo para los preparadores de pusanga, cushmas, chaquiras, rollos de paiche salado y algunas botellas de leche de ojé, doblegando las reservas de Julia Victoria, que alegró su corazón deseosa de prolongar aquel momento pacífico por todo el tiempo venidero.

Excepto Mechita, todos sus hijos grandecitos se permeabilizaron con el momento y se abrieron a su padre con un afecto perdonador que aromatizó los vínculos familiares, siempre incompletos sin la imagen paterna.

Iba ya su hijo Matías —al que por poco llama Malaquías, e inclusive Jorge Luis, como el protagonista de la radionovela "El Derecho de Nacer"—, frisando ya sus cinco meses de nacido, cuando le llegó la propuesta de viajar a Tornavista a hacerse cargo de la sub dirección de su escuela fiscalizada de mujeres N°1252. La noticia le significó una tremenda alegría, puesto que fue una respuesta a sus oraciones. A partir de este momento, hasta el año 1,962 en el que retornaría a Pucallpa, todos los acontecimientos que se darían en esta ciudad, serían para ella hechos ajenos, distantes y sin importancia. Y para mencionar algunos sucesos, remitiéndonos únicamente al año siguiente, aludiremos la creación de un colegio nacional de varones, en el mes de mayo, y la elevación de categoría a puerto mayor del puerto menor de la ciudad, en el mes de julio. Pucallpa crecía.

Tournavista resultó ser una típica colonia extranjera donde los lugareños habitaban su propio espacio y los extranjeros mantenían el suyo, cautelando sus costumbres y sus diferencias con celo disimulado. Aunque su credo cristiano les hacía a los americanos un tanto permeables, compartiendo en igualdad de condiciones la clínica, la iglesia y la mercantil, por lo general preferían sustraerse de toda mezcla racial y cultural que pudiera alterar el orden estamental y las normas convivenciales. Inclusive tenían su propia escuela, llamada "Betania", en un lugar apartado donde solamente ellos tenían acceso.

Sus viviendas rodeadas de primoroso césped, eran unas enormes casas rodantes posibles de remolcar sólo con tractores, que les permitía vivir con un confort envidiable, con comodidades modernas como aire acondicionando, agua potable y luz eléctrica.

Se tenía memoria aún de Guillermo Speedie, concesionario que un 10 de mayo de 1,901 firmara con el gobierno de entonces un contrato de colonización sobre la margen derecha del río Pachitea, en un área de 25,000 Hectáreas. Con el fin de introducir 120 familias, entre europeas y norteamericanas, en los ocho años

siguientes. Lo que por cierto no llegó a concretizarse como se esperaba, y menos alcanzar lo que Le Torneau parecía ir logrando.

Los peruanos por su parte, tenían viviendas típicas de pona y palma en áreas lotizadas en contadas calles, que si bien contaban con luz eléctrica, no tenían agua. Para cubrir esta necesidad, se les había instalado una tornera comunal en cada calle, llamadas primera, segunda y tercera colonia, respectivamente. Algunos de estos sin embargo, ligados al sistema por labores pastorales, docentes o administrativas, estaban permitidos de vivir cerca de los gringos, ubicados en el conglomerado donde también se erigían, la escuela, la iglesia y la clínica, gozando de algunos privilegios de excepción, vedado a la mayoría.

Para Julia Victoria y sus hijos, el solo hecho de estar allí y tener una casa con amplio terreno como el que se les había asignado en la llamada primera colonia, ya era suficiente para acariciar el futuro sin desaliento.

La escuela dominical y los diversos cultos en la iglesia, el ambiente de vecindad, el sentido práctico de los americanos, la modernidad importada, la naturaleza moldeada en sus rigores y retocada en su belleza para servir al hombre y todo ese ambiente de laboriosidad cotidiana, les dio mejores oportunidades para fortalecer el deseo de superarse e ir marcando huella, para un apellido llamado a mostrar un rostro remozado y redimido de herencias conductuales paternas, nada enorgullecedoras hasta ese momento.

Obviamente, no toda la familia se esforzó tras estos derroteros de límpida cerviz y obrar honrado. Porque Hérmel, una vez introducido a la rutina de esta nueva vida, comenzó a desbaratar toda suposición de que iba a afanarse en la misma dirección. Violencia familiar, conflictos laborales y los infaltables problemas por maridos ofendidos, fueron marcados con su rúbrica, atrayendo como en anteriores vecindarios, otra vez la atención de la gente, en este caso de los vecinos de las llamadas colonias y de los mismos americanos, que empezaron a marcarle el paso y hacerle el seguimiento de rigor, para proscribirlo con justicia.

En cierta oportunidad, durante la cosecha de maíz, Arquímedes que durante las vacaciones iba al campo para aportar con su salario a la economía del hogar, se percató del pesado silencio que le rodeaba cada vez que dejaba de coger las mazorcas. Acostumbrado como estaba a escuchar por entre los sembríos la voz de su padre lanzando improperios de grueso calibre bajo el quemante sol, cuando no alegres galanterías por la presencia de alguna mujer recolectora, se quedó cavilando atento al susurro de la brisa.

Una zumbona ronsapa le dio dos vueltas frente a la nariz y se fue rauda como si su único cometido hubiese sido dar un chisme breve.

El muchacho dejó a un lado su costal, y agachándose entre los crepitantes tallos avanzó sigilosamente tras el rastro de su padre. Su corazón iba a marcha redoblada.

Luego de un cauteloso rodeo, se dio de bruces con su trasero que frenéticamente se movía entre las piernas abiertas de una mujer. Era la misma con la que hacía días le había visto coquetear y hasta solícitamente regalarle parte de su cosecha.

Sin saber porqué, sintió una sorda rabia, pero preso de una curiosidad eruptiva, se quedó ahuaytando unos momentos. Después, reaccionando ante el significado calenturiento de aquel acto pérfido, dio media vuelta hacia su juyo de cosecha, y entre avergonzado y rabioso, se esforzó en no derramar ni una lágrima, aunque el golpe le duraría por siempre.

De esta relación nacería una niña, a la que llamarían Jovita, pero que no llevaría el apellido Ibazeta.

El capataz americano, apercibido de la conducta relajada de Hérmel, en una medida drástica terminó sacándole sin miramientos de la planilla de obreros, produciéndose una violenta riña, que de no mediar otros trabajadores, hubiese tenido serias consecuencias.

Después vendrían los vergonzantes episodios con un pariente cercano —al que llegaría a decirle con cinismo y alarde que se había metido con su mujer después de que un tal "negro" Navarro se cansara de "pachamanquearla"— y con los maridos de una tal Dalila y una tal Reina, a los que también descerrajaría con abyecta arrogancia, parecida afrenta.

En medio de estos nada edificantes escándalos, Julia Victoria volvió a recaer en insondables desánimos y una vez más el apoyo de la congregación cristiana fue providencial.

Lograron confirmarla en su puesto de docente, a sus hijas Mercedes y Elvira les dieron trabajo doméstico en casa de los extranjeros, a Arquímedes le dejaron seguir laborando en las labores del campo y las mujeres americanas empezaron a encargarle bordados que cumplía con primorosa minuciosidad y entregaba sin ninguna demora a costa de pasarse en vela noches enteras entre varios bastidores. Pero definitivamente, el sustento espiritual fue el cimiento, la base firme sobre el que estructuró su restablecimiento anímico.

Incómodo con el aislamiento y cansado de pasarse los días, echado en su "perezosa" y fumando cigarro tras cigarro a cuenta del crédito que ella tenía en la bodega del señor García, Hérmel le comunicó un día de esos, que partiría hacia Iscozacín, para trabajar como sanitario en una petrolera alemana que realizaba estudios de exploración en esa zona. Ella misma le había enseñado en su momento a poner inyecciones y esto aunado a su conocimiento de fármacos, seguramente le permitiría hacerse del trabajo. Al menos es lo que ella deseó al escucharle. No quiso escudriñar su propia respuesta respecto a que si le alegraba o no, el que se fuera. Guardaba todavía el recuerdo de su último lío y no entendía aún cómo un padre podía reclamar para sí y de manera tan desconsiderada, la presa puesta en el plato del hijo, que se esforzaba en el campo para aportar al hogar, por considerarla mejor que la suya. Ella simplemente había querido fortalecer al muchacho debilitado por el crecimiento, para que no desfalleciera en las duras faenas de las chacras y en ningún momento se le había cruzado por la cabeza, que con ello el esposo desempleado, se sentiría menospreciado. Todas las vacaciones, Arquímedes se recurseaba trabajando como adulto en las cosechas y fortalecerlo un poco, era lo menos que ella podía hacer por él.

Antes de partir y al amparo del embarazo que produjo la despedida, Hérmel intentó reconciliarse como niño bueno, pero ella prefirió resistirle en aras de su propia dignidad. Comenzaba a sentir hacia él una especie de rechazo, y aún cuando seguía temiendo que su matrimonio se desbaratase, guardó la distancia del caso, para no permitirle, como siempre lo hacía, enseñorearse de la situación.

Se fue como suelen irse los gatos ingratos, sin preguntar por nadie y con una fugaz última mirada hacia atrás. Se fue con sus pastillas ROTTER para su gastritis emotiva, unas cuantas pertenencias de uso personal, una caja de cigarros fiada en su cuenta, y un par de Libras, que prometió devolverle al regreso.

Por esas fechas, Mercedes, que ya se había convertido en una esbelta adolescente de impecable figura, que ostentaba una impresionante melena esponjada y azabache, que a su paso llamaba la atención a propios y extraños, ya pedía hasta con ruegos, que la enviase a la capital donde su tía Nely, convencida de que solo allí podría tentar acceder a un futuro mejor.

Ella, complacida con la simpatía que despertaba en muchos jóvenes americanos, que llegaban inclusive a la casa a cortejarla, sin importarles las restricciones de un código de comportamiento en el que se les prohibía involucrarse sentimentalmente con peruanas, trató de hacerle ver la posibilidad de manejar con calma su compulsión a partir, pero esta se mantuvo firme, alegando que el "humor" de los gringos era tan fuerte como la de los negros y que su olfato no les toleraba ni a medio metro. En todo caso, dejó en claro que para ella, eso de "atrapar un extranjero", era una estupidez pueblerina. Oirla decir también su hartazgo por su padre, fue una descarga que alcanzó a tocarle a ella con imputaciones de dejadez frente al maltrato: "Un hombre bueno le hace justicia a una mujer buena, sin necesidad de cederle su lugar. Mi padre no te hace justicia, y encima de entrega toda la responsabilidad del hogar que a él le corresponde. Está aguantando a un hombre malo", le encaró.

Después de su partida, la casa de los Ibazeta Marino quedaría aumentada con una ventana más de cara hacia el poniente y sería a través de esta, que los demás hermanos empezarían a vislumbrar en el horizonte la tentación de alzar su propio vuelo, tras la ruta que les dejó su ausencia. A partir de ahí, ninguno de ellos podría resistirse a ese llamado que las aves migratorias obedecen a golpe de los vientos.

Previsoramente, Julia Victoria había logrado la adjudicación de un lote para chacra que los americanos concedían a los peruanos, con ese estilo discreto y sistemático que iba haciéndose rasgo de su carácter, aportando a la familia una cuota más de solvencia, a partir del valor de la tierra cultivada.

En cierta ocasión, unos meses después de la partida de Hérmel, como para dar testimonio a sus hijos de su tenacidad frente a sus objetivos, con ipulli en mano, a pesar de llevar una muñeca vendada con resina de llanchama, a causa de una luxación contraída al tropezarse en el escalón de su escuela y caer aparatosamente, se puso a cultivar el tierno yucal que germinaba a lo largo de la chacra, sin darse tregua bajo el candente sol. Aquella tierra tenía que producir y para ello había que trabajarla; ese era su mensaje.

Esa tarde de sábado, mientras despejaba la mala hierba y acariciaba en su

insimismamiento planes de superación, en especial para sus hijos, sondeando un poco a ciegas los pasajes por dónde liberarlos de la corta vigencia de los estudios truncos en el protagonismo de la sociedad, recordó con álgido de resquemor, las petulantes palabras de su cuñado Américo Castro, quien le dijera al respecto: "¿Pero para qué pues quieres enviarlos a Lima, si aquí hacen falta albañiles y carpinteros?". Reconocía la verdad pura de tal aseveración, pero la subestimación a la capacidad demostrada por sus hijos en los estudios, no podía aceptarlo, pues creía que esta se merecía una mejor oportunidad.

—¡Mamá! —se elevó la voz de Arquímides, que se acercaba por el zapallal.

—Aquí estoy, hijo —le orientó desde su mimetizada posición de cuclillas.

—Don Ashuco y doña Panchita quieren conversar contigo —se refería a dos ancianos, dueños de la chacra colindante, en la que languidecían solitariamente.

—¿Dónde están?

—Se han quedado pelando caña allá en el pashaco caído.

—¿No han dicho qué quieren?

—Creo que quieren vender una gallina.

Estirándose de su esforzada posición, siguió a su hijo, que parecía flotar dentro sus holgados pantalones de faena, hacia el lugar que indicara, estaban los dos ancianos.

—Maestra Victoria, buenas tardes —saludó doña Pancha.

—Buenas tardes doña Panchita ¿Qué me cuenta?

—Queremos vender esta gallinita; está con huevo ahorita.

—Pero...

—Aquí traigo uno de sus huevos; mire ve: ¡bien celestito como de una perdiz! —ponderó con énfasis la maltrecha anciana, decididamente despuesta a cerrar el negocio sin peros que valgan—. Esto ya le doy de yapa —ofertó.

—Aquí no tengo ni un centavo —les aclaró ella.

—Queremos cambiar con cosas de la bodega; no sea malita.

—Eso sí podría ser. Pero tendrían que acompañarme hasta la chingana del señor García.

—Mi viejo que vaya pues con usted, maestra.

—¿Y el joven que andaba últimamente con usted?

—Sobrino nieto del Ashuco era; pero más haragán el perro.

—¿Así?

—Menos mal que ya se ha regresado a Miel de Abeja; de allá son pues.

—Yo pensé que de repente era el huinsho de usted.

—¡Adia! La leche del Ashuco nunca ha tenido gente, maestra. Pero Dios sabe lo que hace siempre. ¿De dónde pues si no, les hubiésemos mantenido? —adujo con sombría resignación la anciana, mirando casi con reproche a su curtido marido, que sin darse por enterado, chupaba su caña rebuscando la mejor presión entre sus encías fibrosadas.

—Bueno pues; entonces hay que apurarse —decidió Victoria. El monte alto circundaba toda la chacra, y las sombras llegaban demasiado pronto bajo los amplios y elevados doseles. Y ella sabía muy bien que el shushupe acostumbraba merodear por los caminos a esa hora.

Arquímedes que ya manejaba con destreza la escopeta, le dijo que iría retrazado para ver si cazaba por ahí algún yanayuto, para la cena.

Al desembocar en la larga y pedregosa calle que se conocía como primera colonia, una tupida manada de reses cruzaba por allí arreada por ágiles jinetes a caballo, hacia los pastizales extendidos a los lados de la carretera que conectaba con el Km 34 de la carretera Federico. Vía que por cierto, había sido condición base del gobierno del presidente Odría, para concederle a Le Torneau, posesiones en el Pachitea.

Mientras esperaban que los astados terminaran de pasar y que la calle quedara despejada, un estampido les fue sobreaviso de que Arquímedes había logrado algo para la cena.

A los pocos minutos, con su peculiar estilo de ponerse la gorra con la visera sobre la nuca, emergió del bosque con una cenicienta perdiz colgando inerme de su mano izquierda y su escopeta atravesada displisentemente sobre el hombro derecho. Evidentemente se iba moldeando como un hombre de selva.

La cornuda procesión dejó por fin despejada la calle, pero todo el suelo sembrado de fétidos mojones, que hubo de sortearse con cuidado para no terminar con los pies embadurnados. Un olor intenso a baba de rumiante quedó flotando en el ambiente.

Después de entregarle sus víveres a don Ashuco, Julia Victoria y sus hijos se encaminaron perezosamente hacia su casa, cruzando saludos con los Fasanando, los Navarro, los Gutiérrez, los Mozombite, los Pécher y los Panduro, que vivían en ese tramo.

Estando cerca de cruzar el colorido jardín que alegraba todo el frontis de la vivienda, acaso con la mente ya en el fresco baño y la suculenta cena asegurada con la presa arrebatada al bosque por Arquímedes, Habacuc saltó de pronto como un simio, echándose a correr dando voces desaforadas hacia el confín de la calle. Tras él, Joel y Matías hicieron lo mismo.

—Mamá, mi papá es —le alertó Arquímedes, empacándose con recelo al igual que Elvira que venía unos pasos atrás casi vencida con la rubilinda Elizabeth puesta

a horcajados sobre su cadera, y que había nacido ahí en Tornavista, atendida por una enfermera que quiso se le llamara como ella, un 4 de noviembre de 1,958 coincidentemente, el día del cumpleaños de Joel.

—Pórtense amablemente y saluden con educación a su padre. No sean malcriados —atinó a susurrar, con el perturbador eco de sus latidos llenándole la boca, con esa mensedumbre tantas veces reprochada por Mercedes, su hija mayor.

—Por educación será. Pero, ¿le vas a recibir otra vez, mamá? —le preguntó Elvira, con cierto menosprecio en la voz.

—No hables así hija; recuerda que es tu padre.

—Sólo sabe dar problemas y avergonzarnos cada vez que viene por aquí —le replicó la muchacha con desdén.

Con la sapiencia del mejor traficante de ilusiones, aquella noche Hérmel logró hacer flotar en un mundo de fantasía a los hijos menores conn inverosímiles anécdotas de riquezas perdidas, en las que todas las "grandes cosas" que había conseguido para traerles, se habían efumado en un desgraciado naufragio. Matías no olvidaría el carrito a pedal que supuestamente había comprado para él y que también se había ido a pique con todo lo demás. Por cierto, nunca llegaría a tener un juguete como ese, pero el delicioso "cuentazo", le inspiraría para que confecionara con denuedo sus propios carritos de barro, con los que recorrería sinuosas carreteras construídas debajo el emponado, con un placer a cuenta de hongos y nihuas en los pies.

Solo Arquímedes y Elvira guardaron reserva a sus decires, más curtidos como estaban a sus alardes de perfecto engatuzador.

A ella le dijo, que debido al trato inhumano recibido en la petrolera, se había visto obligado a renunciar, y que si solo había traído un plato de fierro enlosado entre su mísero bagaje, era porque en el naufragio lo había perdido todo. Terminó creyéndole una vez más.

En el mes de abril de 1,962 Julia Victoria viajó a Pucallpa a dar a luz a una nueva niña, cuyos desmesurados cachetes y su rotunda negativa a tomar leche de pecho, darían puntos de referencia para aludirla embromándola.

A propuesta de su media hermana, Mercedes Marino del Águila, le pusieron el nombre de Luz Kelita, como una correspondencia a su constante y desinteresada preocupación durante el difícil parto, que aquel 18 casi le cuesta la vida, al igual que a su pequeña.

En Tornavista, la Administración Le Torneau había vuelto a contratar a Hérmel, condescendiendo con la solicitud de la congregación evangélica, en cuyo seno ella gozaba de sincero aprecio, pero este no tardó en recaer en su proceder insolente, taimado y violento, tornando precaria esta aceptación. Nuevamente empezaron a venirse a tierra las espectativas depositadas en su promesa de ser un hombre diferente. Al parecer, todas sus devotas oraciones para bendecir la mesa a la hora de los alimentos y su predisposición a dejarse corregir, habían sido sólo parte de una mendaz estrategia para demolerla en sus resistencias y reservas.

La llegada de un nuevo administrador, que a despecho de su apellido Slatter, era peruano como el que más, hizo que la tolerancia de los americanos para con él se hiciera trizas, a partir de la gresca que protagonizara con el mencionado empleado, después que le echara en cara su abyecto servilismo con los extranjeros y su despótica severidad para con sus connacionales. Y es que a decir verdad, desde su llegada, el tal Slatter no había hecho otra cosa que favorecer su gestión, poniendo yugo sobre los peruanos.

A consecuencia de esta falaz trompeadura, Hérmel se quedaría definitivamente sin trabajo y visto como un mal elemento al que había que expulsar del medio lo más pronto posible. Para tal fin, se llegó al extremo de cancelarle a ella su contrato con la escuela, sin siquiera darle tiempo a volver de Pucallpa, para honrarle al menos con una despedida digna, como que ciertamente era su mínimo merecimiento. Mal que bien, tuvo que pagar los saldos deudores de su inefable marido, con algo de compromiso.

Después que el médico Napoleón Muñoz, el mismo que le hiciera la cesárea en el nacimiento de Kelita, le comunicara que en razón de la eliminación de unos peligrosos quistes, ya no volvería a tener hijos, una sensación de alivio se abrió paso por entre sus dolores corporales, dejándola inmersa en una especie de seguridad por haber puesto al fin cerrojo a la puerta por donde acostumbraba introducirse su agresor. Sin embargo, al llegar a Tornavista, todavía un tanto adolorida y preocupada por la rotunda negativa de su recién nacida a alimentarse de sus pechos, la noticia de que se había quedado sin trabajo, al igual que Hérmel, fulminó sus ánimos. Para colmo, este le comunicó que ya había vendido la chacra a cincuenta Soles, un precio de remate que le cayó como una bofetada, alegando que el dinero era para poder trasladarse a Pucallpa. "Porque él no era esclavo de nadie para someterse a esos gringos de mierda", le repitió una y otra vez su consabida bravata.

Desecha hasta el vaceamiento de su yo, estuvo rebotando durante varios días entre la estupefacción y la impotencia, entre la tristeza y la ira, entre la inculpación y el resentimiento embalzado, entre una deteriorada autoestima, e inútiles clamores de justicia, todo, con la cerviz caída y el alma dolida hasta los infiernos. Sus hijos mayores acusaron a su modo, este ausentismo, tan parecido a la locura, y sufrieron según sus temperamentos la incertidumbre de una nueva partida, sin tener en claro qué habían hecho mal para merecerse otra vez ese incierto destino que porfiaba en estar de su lado. Porque eran los primeros en su clase, trabajaban duro apoyando la economía del hogar, eran reconocidos por propios y extraños como muchachos bien educados, y diríase que hasta habían aprendido a caminar con soltura en las sendas del Señor ¿Y todo para qué?

Como para completar la marcha de sacrificio hacia la nada, tan arremolinada alrededor de su andar en vilo, Hérmel le dijo que en Pucallpa no tenían lugar a dónde llegar y que tal vez hablando con su hermano Alcibíades, podrían estarse ahí, "hasta ver qué pasa". Y algo más: Le comunicó que ya estaban vendidas las sillas, las camas y la gran mesa de cedro del comedor, así como todas las plantas del jardín. No pudo evitar llorar desconsoladamente, ni despertar con sus lágrimas a su menudita recién nacida.

Un mes después de este quebrantamiento, exactamente a un día del sexto cumpleaños

de su sexto hijo vivo, emprendió una vez más el penoso proceso de desarraigarse, de dar la media vuelta partiendo hacia un mundo nuevo que conquistar, pero sin tener detrás de sí, un lugar adonde volver. Al menos, se había repuesto para mirar el futuro en busca de una luz, por más despreciable que esta pudiera parecer, que la guiase al final del túnel.

Arquímedes y Matías tuvieron que quedarse un día más para terminar de entregar las cosas vendidas. Al pequeño le contentaron con una "jugosa" propina de tres Soles por su cumpleaños.

Ya en Pucallpa, la densa atmósfera a duras penas respirable en casa de su cuñado Ashico, debido no solo a la restricción del área de convivencia, sino a la angustia de alimentar tantas bocas, le pusieron en alerta para poner pies ligeros tras un puesto de trabajo, conforme a su mejor preparación y disposición para hacerlo, comparado con su indolente marido.

Por gracia de Dios, en su anterior escuela, la "Mariscal Castilla", entonces a cargo del súbdito inglés Alfredo Eglinton, se presentó providencialmente una vacante, que sin ningún remilgo le concedieron inmediatamente una vez conocido el hecho de que ya había enseñado allí.

Con el sueldo asignado, que dicho sea de paso era bastante reducido, logró navegar a ritmo austero hasta completar el año en casa de su cuñado, dando con aplomo todo tipo de colaboración para que a su núcleo familiar no se le imputara un rol de convivencia digamos parasitante. Al cabo, terminó mudándose a una casita de alquiler ubicada a poca distancia del extremo izquierdo del campo de aterrizaje, que entonces era de tierra y su otro extremo prácticamente finalizaba en la puerta de ingreso del flamante Mercado N°2 recientemente construído.

Cuando los aviones se estacionaban a calentar motores antes de arrancar en potente carrera hacia su brinco de decolaje, Habacuc, Joel y Matías, confundidos con otros inquietos muchachos del nuevo barrio, se paraban tras los aparatos a gustar la brisa de sus hélices y a competir a la resistencia frente al viento en aumento, que en un momento dado, terminaba arrojándoles contra el suelo, tan desorientados como excitados, en medio de una endiablada lluvia de polvo y piedras.

Entre todos los aviones, preferían a uno llamado "Catalina", que tenía unas torretas de vidrio en varias zonas del fuselaje —que según se decía, en algún momento estuvieron artilladas durante su uso en la segunda guerra mundial—, y que producía una brisa suave durante un prolongado calentamiento de motores, a diferencia de los de Faucett y SATCO, que apenas dar vuelta, rugían hasta hacer temblar la tierra echándose a correr pista adelante, dejando una granizada de piedras detrás de sí. Pero finalmente lo que contaba, era la emoción del momento.

Habiendo fenecido su contrato con la escuela evangélica "Mariscal Castilla", durante las vacaciones, JuliaVictoria se avocó a conseguir vacante en alguna escuela del Estado. La situación era apremiante y ya no creía eso de que en los viajes de Hérmel por el río se pudiera encontrar solución alguna.

Ese año de 1,963 la escuela primaria de varones N°1230 construída frente a un exclusio complejo habitacional conocido como: "La Unidad Vecinal", en la misma

esquina del jirón Independencia con jirón Inmaculada, fue reubicada al barrio de Cantagallo, y en ese "río revuelto" y gracias a los buenos oficios de su madrastra, doña Mercedes del Aguila, el director del plantel, profesor Carlos Díaz, consintió en concederle una plaza, con la mejor predisposición.

A fines de Marzo, Hérmel volvió a marcharse al río derrochando promesas de que esta vez sí le iría de maravilla, porque en su anterior arribo, solamente había traído dos cueros de sajino y una empleada llamada Gloria, de quien el tiempo daría confesión de su pérfida condescendencia con el chantaje sexual al que le sometería su "benefactor" durante su estancia en la casa y que a Julia Victoria le costarían todos sus remanentes de amor, o algo parecido a eso.

Después de unas pocas semanas de dicha partida, el dueño de la humilde vivienda se le acercó a comunicarle que tenían que desocuparla, por la simple y llana razón de que en toda esa área, iban a construir el nuevo hospital de Pucallpa. "Esto es como pedrada en ojo de tuerto", pensó Julia Victoria muy mortificada. Por suerte, su cuñada Elvira, que vivía al otro lado del campo de aterrizaje y que estaba a punto de mudarse a la calle 28 de julio, le dio el dato de que en su vecindario había una vivienda en alquiler, con la novedad del piso de cemento y techo de calamina en su descripción.

Los Arancibia, los Cavero, los Gregorio, los Saldaña, pasaron de la noche a la mañana a conformar la nueva vecindad, agotando sin tanta avidez, la novedad de gente nueva en el barrio.

Julia Victoria comenzó a estudiar su nivel secundaria en horario nocturno, a fin de ir consolidándose en la carrera docente, para lo cual hubo de sortear con fortuna el peligro latente de los ataques que la soldadesca perpetraba al amparo de la noche contra mujeres que por desgracia se cruzaban en su camino a lo largo de la oscura y solitaria pista de aterrizaje.

Los ultrajes que cometían lo perpetraban en grupos, así que de poco o de nada servía la compañía de un varón en caso de toparse con estos desalmados. Por fortuna, después de la violación de una de las hijas de un hombre connotado y reconocido en la comunidad, que casualmente cruzaba en una motocicleta acompañada de su novio y fuera interceptada por los violadores, las autoridades militares comenzaron a poner seriamente atención al asunto, y ya para fines de año, el mal prácticamente había sido erradicado. La primera medida fue separar al ejército de la aviación, trasladándolos a una base independiente en el Km 11 de la carretera. La base que quedó en el aeropuerto fue desmantelada paulatinamente hasta el cierre definitivo de la pista de aterrizaje. En su lugar, se proyectaría la construcción del Hotel de Turistas de Pucallpa, dejando de lado el lote de terreno separado para el efecto en la aún existente laguna Pacacocha, por Resolución Suprema del 1 de julio de 1,954.

A mediados de noviembre, como desvalidos inquilinos a merced de sus caseros, una vez más se vieron alistando de memoria todas sus pertenencias, para mudarse a otra casa, esta vez a una que quedaba en el jirón Bolívar, muy cerca de los parientes Chávez Ibazeta, de propiedad de un señor llamado Nilson Arve y en cuya reaserradora, Arquímedes, Habacuc y Joel, sacrificarían vacaciones, para aportar, como en tantas otras oportunidades, unos centavos adicionales al núcleo familiar.

En este nuevo barrio, el carretero que a tiro de mula, vendía kerosene y el aguador que a lomo de caballo, vendía agua, dejaron de verse con la asidua frecuencia de los otros barrios.

Hérmel, acostumbrado a estar suelto y desligado de su rol paternal, más allá de los arrumacos prodigados a los hijos tiernos y a guardar el mayor tiempo posible, distancia de por medio, había logrado ser contratado como sanitario en la compañía ZACRY, donde muchos conocidos de Tornavista ya tenían trabajo. Esta compañía había instalado su base temporal de operaciones en el km 34 desde donde operaba para cumplir con el asfaltado de la carretera Federico Basadre, como estipulaba el contrato suscrito con el primer gobierno del presidente Fernando Belaunde Terry.

Una de esas mañanas en que el ocio de las vacaciones ya aburría, Joel y Matías se hallaban degustando unos novedosos chupetes de aguaje comprados con la venta de unas botellas viejas de aceite COCINERO al botellero, quien esta vez no les había convencido hacerles el cambio con unos diminutos casinos hechos de cartulina y que eran un verdadero fiasco.

—Vamos a la casa de Aster —propuso Joel, refiriéndose a un amigo que vivía en la esquina con 28 de Julio, y cuya familia emparentaba con los Díaz de Tornavista.

—Vamos pues —accedió Matías, con aires de darle igual el seguir en su sitio o levantarse.

Al llegar a la casa del amigo, Joel que era más locuaz que un loro chirriclés, entabló ágil conversación con la mamá de este, divirtiéndola con aseveraciones sacadas de su efervescente imaginación. Matías observaba callado a un costado. Estaban sentados en el piso de madera de la sala, desde donde se divisaba la calle por la puerta entreabierta.

Mientras Joel hablaba hasta por los codos, cada vez más ajeno al mundo circundante, la mamá de Aster se percató de que por la calle pasaba en esos momentos un hombre ya entrado en años que portaba un maletín de peluquero más parecido a un botiquín de madera de la Cruz Roja, y que ella sabía perfectamente de quién se trataba. Era don Antenor Gonzales, el más temido cortapelo de los niños de Pucallpa, por su mal genio y sus máquinas sin filo que chobeaban sin misericordia.

—¿Sabes cantar negrito? —preguntó de pronto.

—Sí doñita; en nuestra iglesia nos han enseñando con técnica —le respondió Joel, creyéndose él solo su mentirilla.

—¿Has escuchado la canción de "la pitita"?

—La sé toditita.

—No te creo.

—Si Matías también sabe —se ufanó, poniendo al mérito la diferencia.

—A ver canta.

—"Jálame la pititita, pitita, pitita..." –empezó impulsivamente a cantar, sin poder sospechar que aquella canción popular era un insulto intolerable, polvo de pumaquiro en cuello sudado, para el peluquero, pues le recordaba las burlas que le gastaban los alumnos de la escuela primaria N° 1220 cuando aún borracho consuetudinario al pie de una rocola del bar que quedaba al frente del mencionado centro educativo, una y otra vez repetía la pegajosa canción del carismático cholo, Abanto Morales-. "... jálame la pititita, no me la jales más"... —prosiguió dándole al estribillo, canturreando sin empacho y muy ansioso de congratulaciones por su buena memoria.

—¡Eso es negrito! ¡Eso, dale, así, así! —celebró la doña, ocultando su verdadera intención y escurrida en una risita nerviosa. Joel levantó el tono muy orondo y pundonoroso.

La provocadora canción cruzó el espacio y como un atentado terrorista entró a lacerar los tímpanos del peluquero quien por unos breves segundos afinó sus sensibles radares, para terminar clavando decididamente sus ojillos, en la puerta entreabierta.

—¡Malditos muchachos! —exclamó furibundo—. ¡Sí les agarro les voy a matar malcriados! —borbotó con el alma renegrida una amenaza terrible, acercándose a la casa hecho una furia. Los dos se pusieron lívidos de espanto, poshecos, tratando de entender la razón de tamaña reacción. El peluquero era un rosticero. De la canción ya no quedaba ni el más mísero rumor.

—¡Venga don Antenor! ¡Apúrese, apúrese! —apremiaba con alharaca la bruja—. ¡Rápido antes de que se me escape este pedazo de sinvergüenza! —urgió al iracundo vejete, sujetando al asustado Joel por los tobillos.

Matías, más temeroso aún, atinó a jalar del brazo a su hermano en un esfuerzo inane por librarlo, pues la mano de la doña era una tenaza.

—¡Suelta pues doña! —suplicó Joel, al borde del desmayo.

—No te asustes negrito; cuando llegue al escalón te voy a soltar y corren por atrás hacia la casa de la Shivica —susurró entre dientes la arpía, tomando a la broma el suceso, sin notar que los dos muchachos estaban mirando la cara de la muerte.

Finalmente cumplió eso de soltar a Joel a tiempo, pero la experiencia cardiaca para este, asomó a ser una fibrilación ventricular.

Como almas que persigue el diablo, no pararon de correr hasta una casa abandonada de tétrico aspecto, a la que no hubieran entrado ni por cien chupetes de aguaje y ungurahui, y donde permanecieron escondidos hasta que el suelto chirrido de las chicharras les hizo notar que afuera no había peligro que temer.

Por ese entonces, ya Arquímedes hacía planes para migrar a la capital, con la finalidad de cursar allí estudios superiores, Elvira iba reconociendo su vocación en horizontes evangelizadores a través de la iglesia, Habacuc reafirmaba ante propios y extraños su brillante intelecto acaparando una vez más el primer puesto en el colegio, mientras que los cuatro menores eran todavía capaces de ser despreocupadamente

felices sirviéndose una raja de sandía, un vaso de burbujeante gaseosa después del almuerzo, así como husmeando el "olor a Lima" que trascendía de las encomiendas que la hermana mayor enviaba de la capital.

Para el mes de marzo de 1,964 Julia Victoria ya sabía que su nuevo puesto de trabajo estaba en la escuela del caserío Nueva Barranca en el río Aguaytía, donde tendría a su cargo una carga educativa que incluía educandos, de transición, a segundo año. Y es que apenas se le comunicó que su contrato con la escuela N°1230 ya no sería renovado, se le ocurrió escribir directamente al mismismo presidente de la República, exponiéndole con mucho sentimiento su caso, quien para su sorpresa, en menos de un mes, envió una respuesta contundente: Se le ordenó a la autoridad local del sector que dispusiera para ella un puesto de trabajo. La mano mediadora de la señora Violeta Correa había hecho el milagro.

Fue citada inmediatamente a la Supervisión de Educación y ahí le hicieron escoger entre dos sedes rurales ubicadas en el Tamaya y el Aguaytía, respectivamente.

El gesto presidencial animó a su hija Elvira a remitir al generoso mandatario una carta expresándole su gratitud y admiración, siendo igualmente contestada al poco tiempo con una foto dedicada a puño y letra por el propio Fernando Belaunde Ferry, gesto que la fanatisaría por el Partido de la lampa.

Antes de partir al caserío escogido, volvió a escribir una carta dirigida a Jorge Alegría del Águila, sobrino de doña Mishi, que había sido elegido Diputado de la República por Loreto en las filas de Acción Popular, pidiéndole que revisara su caso y le diera la oportunidad de enseñar en una escuela más cercana a Pucallpa.

Con Hérmel y sus tres menores hijos, una mañana de llovizna, se embarcó en una camioneta pick–up roja de marca FORD, que ostentaba en su parachoque el sugestivo nombre de "La limeñita", propiedad de la familia Schunke Vela, y partió hacia su desconocido destino, sin poder mitigar la angustia de dejar a sus demás hijos, solos. Joel y Habacuc, aún eran niños, y tanto Arquímedes como Elvira no dejaban de ser unos adolescentes.

A pesar que el cielo se ensombreció preludiando tormenta, la tranca del km 4, donde se hallaba instalada una precaria garita de la Guardia Civil, acaso ya vislumbrando su condición de Puesto de Control construído en mejores condiciones una vez donado el terreno ocupado, les fue franqueada sin ningún reparo. Pero la del km 17, inicio de uno de los tramos más peligrosos de la carretera, no les quedó más opción que pasar a formar parte de un largo serpentín de vehículos trancados ahí desde el amanecer. Y es que el lugar, conocido como "la curva del diablo" por los continuos accidentes que su terreno fangoso y su fuerte centrífuga ocacionaban, por lo general se optaba por mantener cerrada su tranca ante el más leve aguacero, o ante una simple faena de mantenimiento.

Aproximadamente a la una de la tarde, cuando el hambre y la inminencia de quedarse a pasar la noche ahí, habían minado toda paciencia, Hermel se animó a llegar hasta la tranquera y colarse a la garita de control, para intentar hacer valer de alguna forma, su condición de sanitario de la compañía.

—¿Van a dar pase ahora? —le preguntó al vigilante.

—No hay orden.

—¡Caray!

—Pero hay ahorita una camioneta de la compañía que va a regresar de todas maneras. Están supervisando el tramo malo para ver si dan hoy día la orden de pase.

—¡Pucha!, hazme la gauchada, pues hombre.

—Hablas con el ingeniero nomás.

—¿Está solo?

—No; con el "fashaco" y el "piñañallo" está andando —refirió el vigilante, aludiendo al capataz Leonardo Fasanando y a un tal Ladislao Noriega, de rostro colorado, por demás "pucacho".

—Entonces no habrá problema.

A la media hora, la camioneta GMC de color mostaza en la que el ingeniero de obras había estado supervisando el tramo de carretera deteriorado, se apareció por la garita y Hérmel logró transbordarse a ella con toda su familia, sin ninguna objeción.

Al llegar al km 34, un típico campamento carretero que se esbozaba como caserío, se encontraron con otra tranca cerrada que mantenía varados en fila a un sin número de vehículos, eslabonándose uno tras otro hasta el km 35, pero eso ya no les afectaba. El problema ahora era encontrar un vehículo que les transportara a Nueva Requena. Por suerte, no solamente ellos estaban en el mismo aprieto y pronto se vieron formando grupo tras encontrar una solución al impase.

—El "tunchi" del zambo Morín, está estacionado allá frente a la tienda de los Dayer —hizo notar un viajero.

—Si le hablamos nos podría llevar —aventuró otro.

—No creo que quiera; ya se está haciendo tarde —fatalizó una encorvada anciana.

—¿Cuántos somos aquí? —preguntó Hérmel a los interesados arremolinados a su lado y con algo que decir.

—Como doce, sin contar a los niños —afirmó uno, luego de un recuento de vistazo.

—Es suficiente para que baile el mono —aseveró Hérmel, sin intención de aludir Morín, que era de raza negra. O tal vez sí. Algunos rieron.

Con gente parada hasta en el pescante, "El tunchi", un destartalado omnibusito de color celeste, finalmente rodó hacia la ondulante carretera con rumbo a Nueva Requena y con un gemido de carretilla vieja y traqueteo agónico, fue ganando terreno, a pesar de la incredulidad de los viajeros, que ya se hacían botados en medio camino.

El mencionado caserío resultó ser una rala hilera de malocas languideciendo a lo largo del malecón y todavía un paraíso silvestre para millares de zancudos, tábanos

y mosquitos, que apenas percibir el olor de la piel de los tres hijos de Julia Victoria, se abalanzaron contra ellos, arrancándoles lamentos y llanto por cada milímetro de piel. Era un infierno. Se sentaban, se paraban, caminaban, corrían, se mojaban, se cubrían, se aventaban con pañolones, pero todo infructuosamente. Los insectos eran parte de la atmósfera y su agresividad con los forasteros, era una irreprimible respuesta a la novedad de la sangre nueva.

Un hercúleo canoero, que inmune a los insectos estaba con el torso desnudo y el pantalón remangado hasta las rodillas, exponiendo unas pantorrillas que parecían querer reventarse, se presentó a la media hora ante ella, para comunicarle que el teniente gobernador de Nueva Barranca, le había encargado transportarle hasta allí.

—¿Llegaremos todavía de día? —le preguntó.

—Ya no creo maestra; pero como iremos de bajada, no habrá problemas —aseveró el macizo hombre.

El río Aguaytía aún tenía las aguas túrbidas por la creciente del invierno y su caudal bastante aumentado, apretaba los barrancos embistiéndolos en los meandros, pero no se veía tan amenazante como el Ucayali, en esta misma época.

Cerrándose la tarde, envueltos en esa fingida agonía con que las riberas agotan el día, llegaron por fin a Nueva Barranca. Estaban agotados, con las piernas entumecidas y con una sensación de balanceo fijada en la mente, que de paso les supuso un ascenso desequilibrante y de vértigo por los estrechos escalones labrados en el barranco, que casi ya no se distinguían por las sombras de la noche.

El teniente gobernador se había internado hacía unos días a los bosques del Juantía con su menor hijo, de nombre Ulises, así que la que les recibió fue su esposa, doña Zulmira, quien habíase quedado en casa con la hija mayor, llamada Moza.

—¿Y adónde pues se ha ido tu viejo, doña? —le preguntó Hérmel, mientras templaban los mosquiteros para proteger a los niños del terrible zancudero.

—Se ha ido a buscar carne de monte. Va mitayar una semana —respondió la robusta anfitriona.

—Oye Hérmel, mira ve, mi mano se está poniendo renegrida —interrumpió Julia Victoria con voz alarmada.

—A ver..., parece picado de araña.

—¿Cómo ha sido? —preguntó doña Zulmira.

—Sentí un picorcito, y luego una especie de quemazón, cuando estábamos viniendo en el "tunchi".

—¡Ah; eso va pasar! Ha sido un animalito que le dicen "supitero".

—Ja, ja, ja... —rió Hérmel de buena gana, percatándose que la nada elegante referencia era para un pequeño chinche que producía la aparatosa quemazón.

Julia Victoria dió su biberón a Kelita y tanto a Elizabeth como a Matías les alcanzó dos inguiris salpicados con sal, dentro del mosquitero, para evitarles la ávida hematofagia del ubicuo manto de zancudos, que llegaban del bosque aledaño, emitiendo un molesto ultrasonido.

Aquella relampagueante noche, llovió torrencialmente y el río se elevó bravío arrebatando selva de las orillas carcomidas, con un ruido amenazante y sobrecogedor, cual si del vientre de una gigantesca boa negra escurriéndose por canales fangosos se tratara, que mantuvo en vilo al insomne Matías, quien bañado en sudor y apretujado en sus superticiosos temores, aguardó el amanecer sujetándose a duras penas al silencio impuesto por su orgullo de valiente, auque casi a punto de suplicar el consuelo de su madre, a la que presintió durmiendo confiadamente en el mosquitero cercano.

A la mañana siguiente, envuelta todavía la fronda en una humedad neblinosa impregnada de barrizal, de savia, de resina, de clorofila, los madrugadores pudieron constatar cómo el río salpicaba la terraza del patio, nivelado con la superficie del alto barranco.

—Un poquito más y amanecemos halagados —advirtió doña Zulmira.

Matías aún somnoliento, salió a sentarse en el alto emponado de la cocina, al pie de la tushpa donde ya crepitaban los tizones, con la curiosidad propia de su edad por explorar su nuevo hábitat. Entonces, lavarse los dientes era menos obligatorio que lavarse las legañas, así que con un pate de agua al lado, fue mojándose con parsimonia los ojos, sin perder de vista a las dos vacas, que luego sabría se llamaban "Estrella" y "Juanita" respectivamente, que la dicha Moza, alimentaba en esos momentos con cáscaras de plátano, que les entregaba directamente en la boca. El intenso olor de sus babas se le impregnaría de tal forma en los bulbos olfatorios, que a partir de entonces, al igual que el olor a barrizal, lo llevaría asociado a los amaneceres ribereños en la Selva.

Después del desayuno, consistente en una espesa mazamorra de upe, pezcado pango y humeantes inguiris, Hérmel emprendió el regreso, sin poder disimular su impaciencia por partir. Estaba hecho para eso.

La primera semana, Julia Victoria tuvo que aceptar que para que sus hijos se adaptasen al medio, primero tendría que hacer desaparecer los zancudos; y tal tarea, era como querer que en ese mismo momento Nueva Barranca se convirtiera en una ciudad como Pucallpa. A las seis de la tarde, los pobrecillos tenían que estar dentro del mosquitero con inguiri en mano, puestos a buen recaudo de los bichos, que ya a Kelita le tenían llena de laceraciones en la piel.

Antes de iniciarse las clases, Matías se entretenía, así solitario como era, mirando ensimismado las palizadas que el Aguaytía cargaba sobre sus lomos hacia el Ucayali, negándose y consintiéndose alternadamente, adentrarse en esas profundidades donde el yacuruna afirmaba sus dominios y donde las sirenas aguardaban la época de vaciante para emerger a las playas a cantar bajo la luna. También lo hacía corriendo por los solitarios caminos de las purmas que comunicaban las espaciadas casas entre sí, tratando inútilmente de hacer elevar las cometas que confeccionaba con hojas de

pituca y armazón de cañabrava, cuando no, buscando huevos de gallinas botadoras entre los matorrales. Entonces, se cuidaba de no alejarse demasiado y no sumergirse en los sospechosos silencios del bosque, pues presentía que el chullachaqui siempre estaba acechándole.

Elizabeth y Kelita, cuando no eran llevadas al local de la escuela, distante aproximadamente un kilómetro, a donde ella concurría con los representantes de los padres de familia a acondicionar el local para el pronto inicio de clases, se la pasaban jugando a la "cocinita" con la hija de doña Zulmira, bien acomodadas sobre unos tablones puente, por donde se pasaba de la casa principal a la cocina. Un perrito de un mes de nacido que Moza les regalara, también les hacía llevadera su ausencia.

Durante la segunda semana de permanencia, a pesar de tener los pies tumefactos por una sobre infección de los hongos que le tenían partidos los entrededos de los pies y le obligaban a caminar "piquichento" como decía Moza burlonamente, Matías empezó a soportar la noche, fuera del mosquitero, más allá de las seis de la tarde, como si un pacto misterioso hubiese surgido derrepente entre él y los zancudos. Con Elizabeth fue ocurriendo lo mismo, pero con Kelita la adaptación no se dio. Con todo, a los tres empezó a tener que obligarles a meterse en la cama, cada vez con más frecuencia.

Bajo el frondoso árbol de tapisho que crecía en el patio, el "pase bacín", "doña Ana y el monano" y el "ángel de la bola de oro con el diablo de los siete mil cachos", fueron juegos con los que hicieron constar la alegría de la infancia, que siempre sabe reservarse un espacio en la vida, por más mínimo que este sea y por más penuria que lo rodee.

A fines del mes de abril de 1,964, un día sábado para ser exactos, el pueblo hizo minga para cultivar el terreno que debía asignarse a la maestra y de una vez plantar los horcones de su futura casa. Así lo habían acordado y tenían la voluntad, la fuerza mancomunada y tierra de sobra para llevarlo a cabo.

Julia Victoria, sumamente entusiasmada, empezó a acariciar la idea de quedarse a vivir ahí unos cuantos años, los suficientes para invertir en ganado, como ya tenía pensado hacer con su primer sueldo.

Pocos días después de este evento, con el río ya entrando a un calmo proceso de vaciante, Matías estaba sentado en lo alto del barranco, mirando según su apartada costumbre, todo lo que pasaba en esa calmada travesía de la tarde, donde el paisaje tropical cambiaba sus cuadros vivos con despreocupado jugueteo. De pronto, sus ojos se detuvieron en un puntito movediso, que río arriba, parecía estremecerse como una mosca atrapada en un grán humor vítreo.

Con un vago presentimiento y dejando de lado los pesares que le estuvo produciendo el recordar su poesía a ojos cerrados de esa mañana en la escuela, frente a sus compañeros, donde una vez más se dio de bruces con su timidez de chosna, se quedó prendido de ese objetivo, a instantes desapareciendo entre sus pestañeos.

Después de unos larguísimos minutos, el punto se convirtió en una silueta más nítida en el lánguido horizonte y al fin pudo distinguir que se trataba de una canoa

maniobrada por un solitario boga.

—¡Mamá! ¡Mamá! —empezó de pronto a clamar, irguiéndose como un resorte y queriendo, como todo muchacho, acaparar la primicia.

—¿Qué pasa hijo?

—¡Ven mamá!

—¡Me asustas hombre! ¿Por qué gritas como un loco?

—Una canoa está chimbando y parece mi papá.

—¡Papá! ¡Papá! —se echó a corear Elizabeth.

—Mi papito, mi papito —le secundó posesiva Kelita.

Enfundado en una capota impermeable que la compañía ZACRY daba a sus trabajadores, Hérmel ascendió ágilmente desde el puerto, trayendo sobre el hombro un costalillo blanco repleto de panes y biscochos, que esa noche caerían como maná tras larga hambruna.

Cuando ya todos los niños se hubieron retirado a sus camas, el lejano zumbido de un motor fuera de borda, que parecía ir acercándose, puso los oídos de los adultos que se habían quedado conversando en la sala, aguzados y espectantes. Eran aproximadamente las diez de la noche.

Entre luces de linterna, gritos y maniobras de un pequeño deslizador de aluminio, cuyo motor era el que se había estado escuchando en la distancia, una balsa de trescientas trozas de buena madera terminó siendo sujetada en el puerto.

El dueño de aquella apreciable fortuna resultó ser Pancho Mori Alegría, el primo de Julia Victoria, el mismo a quien la cashiba Margarita viera en sus visiones de agonía llegando de noche por la boca del Macuya, allá en el campamento del Encanto, y a quien Mercedes y Elvira, sus dos primeras hijas, siempre recordaban con nostalgia por su generosa costumbre de obsequiarles buenas propinas donde las encontraba.

—¿Hay mitayo doñita? —preguntó apenas entrar a la casa.

—¿Qué quiere comer don Panchito?

—Lo que sea; mi gente está para comerse hasta culebra.

—Carne de maquisapa, nomás tengo.

—Dale nomás doñita. Le metes ahí su culantrito, su arroz y su yuquita... humm… —el robusto maderero hizo un gesto que aludía algo delicioso.

—¿Una sopa? ... Tengo ahí también un par de patarashcas.

—¡Manjar para mi boca! Me cobras nomás lo que vale.

En tanto doña Zulmira, con lamparín en mano se dirigía a la cocina para encender la leña, el recién llegado se volvió hacia Hérmel y Julia Victoria, que silenciosamente habían asistido al arreglo del menú, temerosos de deglutir con ruido.

—¿Y cómo es que están ustedes aquí? —les preguntó.

—Me enviaron de maestra —contestó Julia Victoria.

—Pero en el mismo Pucallpa hay harto sitio primita.

—Ni creas; hay que estar bien relacionado para conseguir un puesto allá; así nomás no hay nada -replicó descorazonada, guardándose de decir la ayuda del primo Diputado.

—Con una varita por ahí, ¿no?

—Ya le están trasladando al treinta y cuatro —intervino Hérmel.

—¿Allá en la carretera de Pucallpa?

—Sí.

—¿Y cuándo se van?

—Pensamos, mañana temprano.

—¡Miren vé! Yo mañana voy a proseguir hacia el Ucayali con mi balsa, así oscuro-oscuro nomás, pero mi deslizador va a surcar otra vez hasta el rio San Alejandro. Si quieren pueden aprovechar para irse en él —ofreció gentilmente.

—Eso no nos vendría mal —consintió Hérmel.

—¡Ya pues! ¡No se hable más del asunto!

—Gracias Panchito.

—¿De qué primita? —minimizó su gesto, Pancho Mori

Cuando Matías, Elizabeth y Kelita despertaron, ya la balsa de madera se había ido llevando a bordo al servicial tío, al que llegarían a conocer solo de vista, poco antes de que cayera asesinado por una confusión de narcotráfico y se encontraron con la sorpresa de que en ese mismo momento también ellos partirían, para quien sabe nunca más volver. La inesperada noticia, hasta les hizo olvidar lavarse los ojos.

Se habían ligado amicalmente a los hijos de doña Zulmira y esa cuota de sombras, esa dosis de tristeza que trasunta de todo sentido adiós, les atenazó con garra impía el corazón, enseñándoles las primeras lecciones del dolor, en el mundo afectivo que está más allá del hogar.

XXXIX

La festiva reunión organizada en el patio de la casa, se aceleraba y apaciguada según el nivel de libación en el que andaban los grupos enzarzados ya en polémicas insolubles que iban desde la charla secreta, hasta la carcajada eufórica y chusca, mientras Raymundo Marino iba y venía entre estos como fugitivo de riesgos confesores en los que los efectos del alcohol podían hacerle reclinar.

Hacía poco que se había dado de baja del ejército, renunciando a una promisoria carrera militar, por el solo hecho de haberse fijado sentimentalmente en la hermana del hombre más fuerte del régimen de Alberto Fujimori. Ostentaba entonces el grado de capitán y sabía perfectamente lo que le costaría ser alguien sin el uniforme. Quizás algo en su fuero interno debió decirle las implicancias de ser el cuñado del hombre que sería considerado más grande corruptor de la historia del Perú, pero hacia dónde caminaría el amor si fuese sujetado por el miedo o la conveniencia.

Después de aprobar el curso de comandos y haber estado en Cabo Pantoja —lugar de la frontera con el Ecuador—, fue destacado al tenebroso SIN, donde se le asignó misiones de infiltración de alto riesgo y en algunas ocasiones, el desabrido pero gravitante trabajo de evaluar los programas televisivos y velar por la seguridad alimenticia del presidente Fujimori durante su estancia en esta sede, corazón del servicio de inteligencia.

Él, que venía de luchar en las zonas rojas del país, donde la pobreza apenas si permitía alimentar a muchos peruanos con una sola ración al día, tuvo que ver ahí, cómo, hasta el perro del hijo menor de Fujimori comía de las mejores carnes.

Alguna vez le pareció escuchar cosas tan graves como que el atentado de la calle Tarata, en el distrito de Miraflores, se había permitido por los saldos políticos que implicaba capturar a los responsables después del ataque y no antes, y otras bicocas, como que la compra de armas había permitido a un grupo de militares de alto rango asegurar su economía para varias generaciones.

Entonces, su opción no fue más que desechar sin cuestionar un ápice tamañas versiones, porque su obligación de soldado era obedecer órdenes y no meter las narices donde no debía.

Cuando se dio cuenta que se había enamorado con sinceridad y que quería formalizar una relación seria con la mujer en la que sin permiso su corazón le ordenó fijarse, ya era tarde para atender cualquier amenaza disuasiva, o prudente renuncia.

Terminó siendo destacado para dos años a las áreas minadas del Cenepa, con evidentes intenciones de sacarle de escena de manera fatídica, eliminándolo físicamente. No se podía entender su destaque de otra manera.

El todo poderoso hermano de su novia creía a ojos cerrados que lo único que quería era asegurarse una carrera fulgurante con un matrimonio ventajoso, pero no tardaría en demostrarle lo equivocado que estaba, porque su hermana, más que un general, más que un funcionario importante, más que un encumbrado sinvergüenza de su séquito, se merecía simplemente al hombre del que se había enamorado. Por cierto, para lograr esto, tendría también que desbaratar toda esa desconfiada maraña que

Vladimiro tenía tejida a su rededor de manera ofensiva y defensiva, al menos por la parte que le concernía a él, para ser filtrado con éxito.

Su pretendida, secretaria en ese entonces del SIN, decidida a contribuir con una decidida postura al éxito de una relación que su corazón le decía sería acertada, tercamente abogaría por él para que se le sacara de Cabo Pantoja, donde cada patrullaje reportaba casi siempre una baja por causa de las minas personales.

Es cuando, al no lograr ella conmover con sus sentimientos los frios cálculos que su poderoso hermano terminaba haciendo sobre el asunto, tomaría la crucial decisión de pedir su baja, sabiendo que dejaría atrás una promisoria carrera castrense exenta de varas y padrinazgos. El mensaje era simple: más que su carrera, le interesaba ella.

Esta actitud dejó desconcertado al omnipotente asesor, pues le suponía un ambicioso embaucador en busca de ascender en la carrera militar a expensas de su hermana, y fue motivo para que le quitara la garra de encima y le franqueara el camino de su baja, y consecuentemente hacia su matrimonio.

Se dice que al enterarse de su solicitud de baja a su Comando, condescendientemente meneó la cabeza sentenciando una partida perdida a favor del charapa de mierda.

De esta manera, Raymundo Marino Panduro, ex capitán del ejército peruano, tan nieto de "machote", como Italo Marino Romero, el joven físico matemático graduado con honores en la Pontificia Universidad Católica de Lima, o como Habacuc Ibazeta Marino, el otrora presidente de la Corte Superior de Justicia de Lima y ex Decano del Colegio de Abogados ed Lima, contrajo nupcias con la mujer que el destino le hizo coincidir -como suele hacerlo con las almas gemelas-, y que según su gusto y su credo, siempre la imaginó así.

Ahora estaba ahí, en la vivienda de Matías, junto a otros parientes y amigos haciendo causa común para dejar libre el corazón en la alegría del onomástico que su primo celebraba, vuelto a una nueva realidad en la que, como el mismo lo dijera en un desliz, económicamente su vida estaba asegurada.

Corrían ya fundados rumores de que la cúpula fujimontesinista manejaba una red de corrupción en la que se movían millones de Dólares, así que escucharle decir esto, indujo a pensar que se refería a una posible participación en el festín. Pero también corrían tiempos en que el fango de las bocas podía ser esparcido con ventilador, y se podía creer todo.

La casa de material seminoble, mostraba en sus paredes aún las huellas de la violencia pasada, en los huecos del machihembrado macillados a la paporreta, donde ojivas de fusiles-ametralladoras y puntazos de bayonetas rastrearon víctimas inocentes una noche de terror en la que Elizabeth Ibazeta Marino, Sandra Ibazeta Sánchez y un joven guardián, burlaron a la muerte por una cuestión de tiempo y coraje.

Estaba entonces la rodeada de terrenos baldíos y frondosos manguales que le daban una sombría apariencia de aislamiento y privacidad monacal, detalle que sería bien reglado por los salteadores a la hora de elegirla para perpetrar sus fechorías.

Sólo por su parte posterior podía suponerse cierta seguridad, pues colindaba con la finca del dueño de un conocido estudio fotográfico de la ciudad, y por su parte frontal, la existencia de una calle con apariencia de camino de herradura era más motivo de riesgo que de seguridad: En el día se prestaba a ser asediada por falsos vendedores y falsos mendigos, por las noches sus sombras eran cómplices en ocultar fumones y parejitas excitadas saliendo de la nocturna del colegio Faustino Maldonado.

Acaso su única garantía de infranquiebilidad devenía de su tapia perimétrica de ladrillos y del vigilante nocturno.

La noche del ataque los asaltantes llegaron a eso de las diez, en una camioneta blanca de siniestra reputación entre la gente que sabía de su presencia en incontables asaltos que se perpetraban en todo Pucallpa, los que luego de asomarse al pequeño tragaluz de la puerta de calle exigiendo reiteradamente al guardián que les abriese en nombre de la policía, empezaron a disparar y a romper la chapa al increparles Elizabeth su inusual proceder, más acorde con el de vulgares delincuentes.

El guardián, herido en el talón, optó por esconderse sigilosamente en el pozo artesanal de agua construido en la parte posterior del lote, mientras Elizabeth corría al fondo de la casa para lanzar desde una ventana enrejada vivas voces de auxilio a los viviendes de la finca.

Cuando estos correspondieron al llamado preguntando qué pasaba, una ráfaga de metralleta les hizo abstenerse de intervenir. Apagaron sus luces y se tiraron al suelo.

El fantasmal agresor encaramado sobre la tapia trasera, repitió la ráfaga contra Elizabeth, a quien una ojiva alcanzó de rebote en la ingle, produciéndole un dolor insoportable que hizo que se doblase sobre sí misma, temerosa de haber sido tocada en el vital paquete vasculonervioso que discurre por esta zona.

Haciendo acopio de fuerzas y ayudada por Sandra, su media hermana paterna -que temblaba como se tiembla con las fiebres altas-, atrincó la puerta del cuarto con la pesada cama y animó a su aterrorizada hermana a mantenerse en silencio dentro de un baño contiguo con emparedado de cemento y a medio construir.

Los desalmados asaltantes perdieron otros minutos valiosísimos forzando la puerta de la vivienda, lo que les obligó a avocarse específicamente a su principal objetivo: ¡Robar! La violación y la matanza, tuvieron que desecharse, porque ya no les quedó tiempo furtivo a favor.

En la mentada camioneta blanca -que algunos decían era del ejército y otros de la marina-, se "levantaron" una motocicleta 125 cc, dos máquinas semindustriales de costura, dos televisores, una radio, una cocina, un mini refrigerador y todo cuanto el apremio les permitió arrebatar. Fueron rápidos sin duda, pero no les alcanzó el tiempo para consumar mayores maldades. Una vez más el uniforme de la patria quedaba mancillada por elementos renegados, por componentes extraviados en esas tierra de nadie en las que se convertían las zonas de emergencia.

Matías que dirigía una ONG austriaca y se había trasladado a Iparía para el desarrollo de un curso para promotores de salud de las comunidades nativas del

alto Ucayali, llegó al día siguiente de este ataque, e inmediatamente trasladó a sus hermanas a la sede de su organización.

Se hicieron luego denuncias en la Marina, en la Fuerza Aérea, en la oficina de Derechos Humanos y en muchos medios de comunicación, pero Pucallpa era entonces un sitio en el que primaba la consigna de los silencios. Los sediciosos del MRTA, los narcotraficantes, los militares, los policías y los delincuentes comunes, se movían en la sombra con un accionar sangriento que dejaba tremendas dudas respecto a quién atribuir los excesos, exponiendo a la población civil a las circunstancias trágicas de una guerra sucia incontrolable. Sin embargo, el servicio de inteligencia de la marina se hizo cargo de la denuncia, y tras sugerir discresión y paciencia a la familia, prometieron —veraces o mendaces—, dejar en manos de sus "limpiadores" a los elementos corrompidos que cada vez que se sucedían los relevos y los aviones "Hércules" se disponían para el traslado de la tropa, se dedicaban al pillaje, abusando de la población inerme y mancillando su uniforme.

Al poco tiempo, un oficial asignado al caso y que en el transcurso de la investigación trabó cierta amistad con la familia, comunicó que el autor intelectual de las fechorías había sido eliminado en Iquitos, en una emboscada que se atribuyó a la subversión. Al parecer, el sistema, aunque de manera extralegal, había actuado. Aunque a decir verdad, ¿qué guerra es legal?

A Matías le pareció saludable el expeditivo proceder, suponiendo que las cosas se hubiesen dado por la vía de los "limpiadores", pues era una forma de hacer justicia desde adentro, desde donde las institufiones deben partir para fortalecer el Estado. Además, los tiempos lo justificaban.

Desde el año de 1,991 —año en que sucedió el violento ataque—, habían pasado poco más de ocho años y ahora la casa, inundada con sensuales toadas y uno que otro vals criollo, hacía imposible percibir la verdadera dimensión de la angustia vivida por Elizabeth, Sandra y el joven a cargo de la guardianía, aquella terrible noche.

—¡Y primo! —saludó Raymunndo a Matías.

—¡Qué tal, cuñado! —le correspondió el saludo este, resignado a decirle lo mismo cada vez que daba la vuelta cerca de su ubicación.

—¡Pucha madre! No puedo acostumbrarme todavía a la idea de llamarte cuñado, primo —volvió con su letanía.

—Lo mismo dice tu hermana cuando no puede dejar de llamarle tía, a mi madre —le repuso divertido, Matías.

—Francamente yo creía que en estas épocas ya no se daban los casamientos entre primos. En los tiempos de Salinas, el "gatopardo", hubiese pasado de lo más desapercibido, pero ahora en que pasaron de moda las dotes y que las hembras están "botadas" por ahí a la espera de un cuartito de pollo a la brasa para irse con uno hasta "el rin de las cuatro perillas", de verdad, no entiendo. Creo que el presidente Benavides, Einsten, Vargas Llosa, Augusto Ferrando, están también en esta lista.

—Yo lo único que sé, es que creo haber escogido una buena mujer, y que tanto ella, como el señor alcalde de Miraflores y el mismo arzobispo de Lima, me dieron su venia. Así que…

—Je, je, je… Yo no digo que está mal; sólo que me parece raro en esos tiempos.

—Lo que es raro es saber encontrar una buena mujer.

—¡Y no va ser!

—Presiento que tú también has sabido escoger una mujer a tu medida.

—¡Clarividencia! Y hablando de ella, ahorita debe estar con su hermano celebrando también su cumpleaños.

—¿Del mismo día que yo es?

—Clarita Cabrera.

—Oy, me acabas de hacer acordar a una cuiquilla que cantaba en radio Pucallpa, cuando esta radio tenía un local abierto al público ahí en la Tarapacá.

Raymundo se alejó con aire ufano a buscar un par de cervezas más, demostrando una capacidad de ingestión alcohólica fuera de lo común. No se podía conversar con hilación con él.

La calenturienta tarde vio pasar cruzando el cielo una bandada bulliciosa de pericos, que en vuelo apurado iban tras los bosques del Sur, y a una agrupación de garzas que en formación delta apuntaban hacia el Norte, buscando al parecer el lago de Yarinacocha. Daban cuenta, sin saberlo, de la activación de un reloj biológico que en el horario humano coincidía con las cinco.

—¡Shushupe! —se elevó la voz de un individuo de porte militar que libaba en una reducida rueda en la que Raymundo tendía a detenerse más tiempo del que solía hacerlo.

—¡Aguanta tu coche, compadre! —le cortó con aspereza este, evidentemente incomodado.

—Tu nombre de guerra ¿eh? —aventuró Matías.

—Sí; pero es peligroso que me llamen así, públicamente.

—¿Te conocen?

—Todos son de Inteligencia. Pero tranquilo, nadie lo sabe. Más bien acompáñame un rato a tomar con ellos para que no me estén jodiendo mucho. Se arañan porque ahora manejo algunos negocios que dejan billete y andan suponiendo que todo es pantalla.

—¿Pantalla de qué?

—Una vez hice una incursión con mi patrulla en un campamento narcoterrorista en San Martín, y encontramos unas bolsas con casi un millón de dólares.

—¡Uy, carajo!

—Pero se lo dimos a nuestros superiores y nos jodimos.

—¿Por qué?

—Porque se lo tiraron. Ahora estos cabrones insinúan que yo me quedé con buena parte y que estoy sacando de a poco.

—Las apariencias a veces condenan, pero hacerse de ciertas ideas respecto de uno y los demás, también.

—Cuando me fuí becado a Colombia, después del curso de Comandos que seguí, logré juntar un poco de plata, aunque no me crean, primo. Después hice amistad con el tío Zanati, cuando fuimos a traerlo de Centro América, y él ya me convenció para invertir en toretes, porque los vendes repidito nomás y tu dinero circula dejando ganacias al toque, sin muchas vueltas.

—¡Ah, pendenciero! Por eso venías seguido al "Acuario" de aquí del treinta y cinco, que según dicen, es de Alan García —comentó Matías, tironeado por su curiosidad.

—Es que el tío me dio la ganga de usar sus pastos gratis, y le tuve que sacar partido a la oportunidad.

—Pero ese terreno, dejando de cosas, es de Alan García, ¿sí o no?

—Lo usaron para sacarle partido a los dólares MUC. Pero creo que está registrado a nombre de un portorriqueño. Por lo que me han dicho, cualquier rato lo vuelven a vender. Parece ser que el estudio del abogado Corrochano está coordinando el asunto con una bien mentadita Notaría de aquí. Que Alan García saque su parte… es posible. Pero no podría decir que él sea el dueño.

—Todo es una corrupción —se lamentó con fatalismo Matías—. Como no se puede probar nada, hay que guardar silencio nomás.

—No todo primo; una parte es buen billete; si sabes moverte.

—A ver, vamos a tu rueda, pues —consintió Matías.

—Antes que me olvide... Mi mamá me ha pedido que le lleve ahora que regreso a Lima, este... un dulce que se llama sacta, creo... Si mal no me acuerdo.

—Primera vez que escucho el nombrecito.

—Dice que está hecho de afrecho de maíz con chancaca o con azúcar rubia.

—Pregúntale a mi mamá. Ella conoce bastante de estos bocadillos tradicionales. Aunque aquí ya poco a poco se está perdiendo todo lo tradicional, no sólo en la repostería. Las costumbres andinas se están imponiendo con cada horda de serranos

que nos cunde

—Debe ser. Mira que cuando le pregunté a la tía Vicky, me dijo que desde que murió el papá del "chejo" Arévalo, ya nadie lo hace… A la sacta, me refiero.

—¡Ah, ya hablaste con mi mamá! ¿Y quién es este "chejo"?

—Un profesor de primaria que jugaba por el Sport Loreto. Mi papá le conocía también.

—¡Pucha!... Yo sé dónde se hacen todavía huahuillos, ñutos, angos, puchucuyes, rosquillas, suspiros, pero esta sacta... Ahí si que me has agarrado.

Sonriendo tontamente con todos los que se les cruzaban, alcanzaron finalmente llegar al grupo al que Raymundo quería tranquilizar, en el que ya andaban a trompicones en temas que exigían discreción, a causa del alcohol.

—¡Ven pues shushupe! —alharaqueó uno.

—Suave pues, compadre.

—Ya no estás en las filas pues hombre; no es problema.

—¡Carajo! Me ubica la subversión, ¿y?...

—¿Te llamaron para la redada? —preguntó otro.

—¿Qué redada? —ensayó hacerse el sorprendido, Raymundo.

—De los generales, pues; todos los que apoyaban a Debari a invadir Ecuador en una guerra relámpago de cinco días —insistió el tipo.

—En realidad, sí —admitió Raymundo.

—El general ya tenía fecha para atacar, y de ahí pensaba volver a dar el golpe ¡Concha su madre! A Fujimori se le hizo aguita la canoa y salió con esa cojudez de la diplomacia presidencial.

—En realidad el que paró el macho ahí, fue el "doc" —afirmó un tercero, de rostro avispado.

—Dicen que en agosto iba ser el ataque —intervino un cuarto.

—Ahí nomás vino la redada pues. Luego citaron al general a palacio, y de ahí salió ya con una cara de alcahuete, de frente a su casa el cojudo.

—Ya lo habían aislado también.

—Aparte que por ahí se dice que su grupo llegó a tirarse por lo menos noventa millones de dólares con la compra de armas. ¡Vaya uno a saber!

—De seguro que se cantaron sus cochinaditas y pactaron como buenos amigos. Es la historia de siempre —ironizó el avispado.

—¿No le hicieron su "circo" pues, para que al poco tiempo salga a publicar su librito?

—Oye "shushupe", si te quedabas en las filas, ya serías mayor, compadre. Imagínate con ese cuñado que tienes.

—Si me quedaba, una mina del Cenepa hubiese dado cuenta de mi pellejo —replicó un tanto evasivo, este.

—El "doc" es de armas tomar; no hay cojudeces.

—Si al mismo general Vivar dicen que le hizo dejar de lado sus deseos de candidatear a la presidencia, con una sola amenaza —corroboró Matías, involucrado por inercia en el cáriz infidente de la conversación.

Recién los otros parecieron percatarse de su presencia, acaso de lo lenguaraces que estaban siendo, e intercambiaron algunas miradas recelosas.

—¡Ah carajo, no sabía eso ah! —oxigenó la enrarecida pausa, su primo—. ¿Cómo así? —se interesó. Cabía que estuviera fingiendo.

—Vino una ONG, que al parecer se especializaba en manejar campañas presidenciales en toda Latinoamérica, y le propuso lanzar su candidatura. Montesinos se enteró de sus movidas, le hizo llamar al SIN, y sin medias tintas le declaró que Fujjimori iba por su re-reelección y que no quería sapos en la cancha. Veladamente le conminó a retirarse de la contienda, si no aceptaba plegarse a ellos, porque caso contrario, la subversión podía de un simple bazucazo terminar con toda su familia. "Para qué arriesgarte", le dijo en tono cínico. "Además, tu primo, el de la tonta idea de presidenciarte, ya está jodido", le advirtió.

—¿A qué se refería?

—El primo de Vivar tenía una de las imprentas más grandes de todo el país, y era al parecer uno de los más entusiastas con la candidatura. Montesinos le echó encima a la SUNAT y, ¡carajo!, el hombre cayó en desgracia.

—¿Y cómo te enteraste de esto?

—Le escuché contarlo a este mismo señor, este primo de Vivar, en el estudio de uno de mis hermanos.

—El doc es un maldecido, no hay vainas.

—Yo creo que es un patriota incomprendido —lanzó su parecer el del rostro avispado.

Más allá de la última intervención, por la expresión dibujada en el rostro de sus oyentes, Matías estuvo seguro que los agentes de Inteligencia se habían encontrado con una interesante novedad que sólo podía saberse de boca de los propios protagonistas. Y eso que nadie podía preveer en esos momentos, lo fantasmagórico, lo esperpéntico, lo supra fantasioso, la cojudez del subconsciente colectivo de toda una nación, respecto a cualquier suposición sobre la corrupción en todas las esferas

del Estado.

Desinhibidos y evaporándose en alcoholes, los agentes volvieron a la carga, arremetiendo esta vez contra un oficial de caballería, al parecer asimilado, al que habían destacado al CTAR–Ucayali, con el único fin de que reuniera "su platita" antes de pasarle al retiro.

—Ya se ha comprado su carrito, el puta —delató el más ebrio.

—Su casa también está paradasa —corroboró el de su lado.

—Todos estos son la gusanera que está saliendo detrás de la pus —arremetió otra vez el de la cara avispada.

—¿Qué pues tratas de decir oy? —le inquirió impacientado, Raymundo.

—Alguien dijo alguna vez, que en el Perú, donde se apreta con el dedo, brota la pus…

—Don Manuel, pues —remató el de su izquierda.

—Je, je, je… —rió un apresurado suponiendo en su alcoholisada ignorancia que el nombre era una referencia adrede de algún hijo de vecino.

—Lo dijo Gonzales Prada, lo dicen hoy los que aparentan pulcras uñas y lo dirán mañana los que estén en campaña. Pero la cojudez se refiere al Estado, a las instituciones, no a la gente en sí misma –se explayó otro, sin mirar a nadie. Ya le pesaba la cabeza.

—Al final todo termina en la gente: Estado, patria, nación —retomó la palabra el de cara avispada—. Lo que yo digo es que aquí todos son unos buenos diagnosticadores de males sin haber tocado al enfermo. Unos buenos para nada que apenas ver que alguien tiene el coraje de apretar los abcesos y hacer brotar la pus, poco más y le hacen responsable de toda la piorrea social. Haber, ¿quién ha definido el perfil del hombre llamado a hacer este trabajo? Todos sabemos que tenemos verdugos y torturadores en nuestros institutos de defensa y seguridad, y asumimos con vista gorda que son algo necesario para depurar el sistema. ¿Por qué? Por que defienden nuestros intereses. ¡Aquí está la vaina! En el conflicto de intereses.

—¿Y a qué viene este ejercicio de valoración, de moral? —objetó el de su derecha.

—Los verdugos como los abogados, son amorales. Sólo hacen lo que tienen que hacer. Por eso es importante que no incorporen poder a su función. Montesinos es el verdugo, es el héroe condenado a la clandestinidad y a la incomprensión.

—Creo que lo que quieres es franelearle a Raymundo, de repente te da una recomendadita —metió su cuchara insidiosa un tercero.

—Es un punto de vista discutible, creo yo —opinó el infaltable tibio.

—El peligro aquí es que el "chino" claudique el poder que el pueblo le concedió a favor del que tiene que seguir haciendo drenar los abcesos. Lo que sí está claro,

es que venimos infectados desde que nos botaron del Edén, y que los que ahorita hablan mal del doc, son los interesados de turno —pareció concluir el de rostro avispado.

—No hay veintemaíno malintencionado. Habría que, no perder de vista el compotamiento que cabe frente a los objetivos generales y particulares: La nación, el gobierno, la casa, la persona, el perro de la casa… —intervino Matías, pensando a su manera una forma de entender la conducta de los hombres en el poder.

Al promediar la madrugada, al fin la casa quedó despejada de toda contaminación foránea y Matías, envuelto en ese desazón que siempre le producían las borracheras, como si tuviera mucho de qué arrepentirse, se dirigió sigilosamente a capturar una almohada y una sábana de entre los revoltijos de la cama en la que su mujer ya descansaba, para retirarse a la sala a dormir sentado, única manera, según él, de evadir con éxito los efectos de la resaca.

Faltaban unos meses para entrar al año 2,000, término de un emblemático siglo y fin de un grandioso milenio, y en medio de trememundas y apocalípticas especulaciones respecto a grandes desórdenes de diversa índole que afectarían a la humanidad, la huella del fisga asomaba a los nuevos tiempos diseminada en varios continentes, y multiplicada en tataranietos ya sin memoria de su existencia. Fenómeno comprensible por cierto, considerando la larga brecha del tiempo y la tendencia cada vez más desamorada y desmemoriada de las nuevas generaciones, respecto al legado de los abuelos.

Matías había vuelto a Pucallpa de manera intempestiva un 20 de febrero de 1,990, contratado para dirigir una ONG de procedencia austriaca —ya bastante venida a menos después de que uno de sus miembros fuese ejecutado, supuestamente por la subversión, en un lugar conocido como la curva de la antigua carretera a Yarinacocha—, y su reencuentro con el terruño, con los familiares, con los lugares y amigos que casi ya formaban parte del archivo de un empolvado anaquel, no pudo ser más oportuno para devolverle la confianza en lo tan posible que es, la germinación de las semillas, el nuevo despertar de los sentimientos, la utilidad de la almohada de la cuna para sosegar el desconcierto por el olvido. Y desde entonces, cuántas cosas para recordar.

Cuando llegó, se encontró con que no se había renovado el registro del Proyecto en el Ministerio de Relaciones Exteriores y que el Ministerio de Salud estaba sembrado de anticuerpos por funcionarios taimados y corrompidos hechos para plantear trabas antes que soluciones, e indiferentes a una ocupación de alto riesgo donde la defensa del sistema democrático debía transitar por todos los frentes.

Desposeído de un techo donde cobijar a su mujer y a su pequeña hija, había dejado la capital, prefiriendo aferrarse a esta posibilidad de trabajo, que dicho sea de paso implicaba dejar de lado lo que ya tenía, antes que acudir a la familia a contar que se había quedado sin un hueco donde guarecerse, sin una piedra para la sien, y con un puñado de Intis válidos sólo para un par de días sin tener que arrimarse a nadie.

Después vinieron los días sangrientos en los que nuevamente tuvo que adormecer el impacto que las emociones fuertes producen, y mirar sin mirar los horrísonos

atentados contra la vida, inclusive ejecutados a la luz del día y en plena vía pública.

... Una chica queriendo tomar su colectivo y dos sujetos que le impiden hacerlo tironeándole del brazo y de la blusa en dos oportunidades. Parecía un juego. Pero de pronto... ¡bang! Un disparo brutal en medio de la espalda.

... Un impostor llegando en su moto de alto cilindraje a estacionarse al borde de la pista, frente a una estación de lubricantes. Ni siquiera se apea. Gesticula impositivamente acelerándo una y otra vez en neutro su potente vehículo. Está exigiendo el obligatorio cupo a nombre del MRTA. Otra moto con dos sujetos a bordo se le aproxima lentamente, como si de casuales clientes de la estación se tratara y de un brutal disparo tras la oreja, tumban al audaz delincuente sobre la pista, donde luego de unas sacudidas espasmódicas, se queda quieto manchándose con su propia sangre.

... Un tipo comiendo en un restaurante de mala muerte al borde de la carretera a Yarinacocha, a unos cuatrocientos metros de la "Casa Austria". De repente, una moto roja llegando al lugar con dos sujetos de apariencia común. Uno de ellos se baja sin prisa. Seguidamente pasa por entre los comensales y acomodándose en una posición propicia, saca con fría calma una pistola y dispara al occipital de su confiada víctima que estrella el rostro contra su plato y se escurre como un pesado fardo hasta el suelo.

De oídos Matías sabía que se seguían encontrando cadáveres embolsados en los aguajales del km. 15 de la carretera Federico Basadre, que no cesaban las ejecuciones nocturnas en los alrededores de la lupuna, y que en la base de ENAPU una camioneta seguía ingresando prisioneros encostalados y aún vivos, destinados a desaparecer en las aguas del Ucayali con piedra al cuello o con el vientre vaciado.

Ciertamente la violencia no era como a finales de los ochenta, pero aún estaba ahí, reptando con el mismo sigilo depredador, mudando de piel entre la subversión, la represión, el narcotráfico la delincuencia común, y medrando con felonía entre gente desprevenida e inocente, cayendo una y otra vez en la trágica coincidencia de estar en el lugar y en el momento equivocados.

Si bien es cierto que no se dejó amilanar por estos hechos trágicos y menos condicionar por las insidias del personal que parecían provenir de un nido de víboras, también es cierto que no por ello dejó de ponerle cautela y prudencia a la vehemencia y al atrevimiento, que finalmente vitalizaron su vocación de servicio.

En Callería, en Irazola, en Yarinacocha, en Masisea, en Iparía, en Tahuanía, en todas las comunidades a las que pudo llegar, cuando no personalmente, a través de médicos serumistas, enfermeros, sanitarios, promotores, e inclusive líderes nativos organizados del bajo y alto Ucayali, la combustión interna de su accionar acaeció fundamentalmente por el entrañable cariño que guardaba por su tierra y por esa sensibilidad social resembrada en su espíritu por la siempre patriótica y humanista Universidad Nacional Mayor de San Marcos, su alma mater.

Inmerso en este escenario de inocencias aparentes, de orden mendaz, de acomodos pusilámines, de indecencia, de decadencia ética y moral, de guerra sucia, y de toda suerte de disloques valorativos, no pudo evitar cometer algunos descuidos capitales

para su seguridad personal, que de no mediar la Providencia, o quien sabe la fuerza del destino, empeñadas en eximirle de una muerte violenta, hubiese necesitado todas las vidas del gato.

Como muestra, recordaba aquella vez en que, contagiado del entusiasmo de la familia masiseína de uno de los austriacos llegados a supervisar el Proyecto, que ya empezaba a adolecer de falta de financiación por el problema de los refugiados croatas en Austria, aceptó realizar un viaje de paseo a dicha localidad, sin comunicar al Comando Político Militar de este rápido traslado y sin medir los riesgos de un golpe propagandístico de los bandos en lucha, a los que por la coyuntura, eran vulnerables de donde vinieren, y eso implicaba, obviamente, la muerte.

La última vez que estuvo en dicho lugar, fue cuando la organización envió a un médico llamado Fritz Staffer, a fin de que conociera la naturaleza del Proyecto y se sensibilizara con la labor desplegada en las comunidades nativas y así terminara animándose a incorporarse a la lista de sus miembros aportantes. Oportunidad que por cierto fue aprovechada por Lila Rita, su esposa, para hacer un estudio de tesis en el lugar. Su graduación como obstetriz en la Universidad Particular San Martín de Porres, dependía de ello.

Entonces, desde Bagazán hasta Masisea, se olfateaba aún en la brisa del río el olor de la pólvora reventada en estos lugares por la subversión, y por el rabillo del ojo presentíase todavía fuerzas ocultas acechando en las orillas.

Nada más llegar y luego de presenciar el arribo de un bote con cinco guerrilleros hechos prisioneros en el Tamaya, de uno de los cuales, con un ostentoso tatuaje en el brazo, se dijo era un alto mando regional, tomó la decisión de hacer volver ese mismo día al médico austriaco a Pucallpa, quen ya estaba un poco ansioso desde la sacarita de Bahuanisho.

El se quedaría todavía unos días más acompañando a Lila Rita, empeñada en sacar adelante su tesis.

La primera noche, el ruido de una lancha bajando en medio de la oscuridad por la otra banda, hizo correr el murmullo de que más de cien emerretistas se dirigían al lago Imiría para escarmentar la implacable resistencia de un rondero apellidado Aspajo, pero aquello no pasó de ser un pasajero sobresalto y los dos días siguientes transcurrieron en relativa calma.

El austriaco de esposa peruana, sus suegros y su cuñado, quien iba a fungir de motorista, así como la contadora de la organización y dos periodistas invitados, de la misma nacionalidad, se acomodaron en el "Joseph Pischer", bote fuera de borda del proyecto, con la emoción propia que produce el preludio de un viaje de aventura, mientras Matías se hacía algunas conjeturas nada alentadoras respecto a consentir esta partida, sabiendo que era tarde para echarse atrás y que toda la responsabilidad era suya.

Todas las embarcaciones del Proyecto: la lancha "Pilar Austria" y los botes fuera de borda "Christina Garbelloto" y "Joseph Pïscher", tenían permiso de la Marina de Guerra para permanecer en guardianía en el puerto de ENAPU, lugar donde la mencionada institución había instalado tambien su base. Justamente de allí, el

"Joseph Pischer" -nombrado así en homenaje póstumo al miembro que cayera abatido, supuestamente por el MRTA-, había sido retirado muy de mañana para recoger a los viajeros en el puerto de la estación de bombeo de la Empresa de Agua Potable, y ahora surcaba la fuerte corriente del canal, alzando su díscola proa como si quisiera respirar.

—¡Pucha, este bote no va a llegar! —advirtió de pronto el suegro de Hans.

—Tiene razón; está entrando bastante agua, ¡caray! —se percató también Matías, viendo sus zapatillas a punto de zambullirse en el aniego—. Regresa Sergio; esto se va a descuadernar en cualquier momento —le ordenó al motorista, alarmado con la rápida inundación que ya iba rebasando el tabladillo del piso. En ese momento quiso hacer del impase un pretexto para suspender el viaje, pero los rostros abogaban por lo contrario.

—Tienen que hacerle calafatear otra vez, doctor —sugirió el padre del motorista, que tenía el mismo nombre.

Al llegar a la orilla, era notorio el disimulo con el que cada cual trataba de enmascarar su decepción.

—¿Y cómo anda la "Garbelloto"? —inquirió Matías, con cierto fastidio y a la vez azorado por su parte de responsabilidad en el impase.

—Ahora no está en ENAPU, jefe.

—¿Qué?

—La última vez que nos pidió apoyo la Dirección de Salud, la guardaron en su propia balsa —hablaban por cierto del otro bote, cuya nominación correspondía a una generosa mujer austriaca, que poco antes de morir a causa de una penosa enfermedad incurable, se empeñó en legar al Proyecto una apreciable cantidad de dinero para viabilizar su labor en el Ucayali. "Sin duda, hay gente buena y gente mala en todas partes del mundo", pensaría en su momento Matías.

—¿Pero cómo está? —se impacientó.

—Debe estar bien —refirió con su típica indolencia ucayalina, Sergio.

—¿Debe estar?

—No te molestes pues jefe —remoloneó sin dejar de lado ese desparpajo que le permitía seguir fresco como si nada fuese con él, aunque un trailer estuviese pasando por su encima.

—Creo que lo mejor es que desistamos de viajar —planteó con cierto embarazo.

—Vamos a la balsa del MINSA, jefe; ahí ya vemos si se puede, o no.

—¡Pucha!, yo ya me hacía en Bagazán comiendo mi ahumadito, doctor —se lamentó el suegro de Hans, evidentemente nada conforme con la idea de frustrar el viaje.

—Bueno, vamos pues —tranzó finalmente Matías, sintiendo que desde ese momento la responsabilidad estaba compartida.

El río estaba turbio por la creciente de temporada y aunque el canal hecho para mantenerlo cerca de la ciudad se había ensanchado con la fuerza erosiva del tremendo caudal desviado, sabido era que su nuevo curso discurría alejado ya de la ciudad.

En la balsa, una robusta y jovial mujer les atendió solícitamente después que se identificaron y no puso ningún reparo en prestarles una chalupa de aluminio de la Dirección Regional de Salud, al comprobar que la "Garbelloto" tenía también calafateos demasiado resecos por el sol y filtraba agua al menor peso.

A pesar de estar consciente que aquel préstamo era irregular y que definitivamente el viaje era de principio a fin, una completa irresponsabilidad, Matías ya no pudo echarse para atrás y como cuando aún siendo un colegial, se aventurara a Lima en una frágil moto de 90 cc durante la primera semana de agosto de 1,972, igual se dejó consumir por la adrenalina y tentar por el riesgo de la aventura. Su personalidad seguía actuando con temeridad y siendo peligrosamente compulsiva y desafiante en esta perspectiva; tal vez demasiado peligroso para los tiempos que corrían.

Una leve llovizna empezó a menudear derrepente salpicando de efímeras burbujillas el oleaje, ensombreciendo la mañana y dando al horizonte un tono plomizo, que trastocaba la percepción de las horas, que parecían no querer avanzar.

El SUZUKI 40 hizo saltar la proa de la liviana chalupa, embistiendo contra la corriente, que luego de unos deslices fuera de control, fue estabilizándose bajo el pulso del motorista, que iba muy concentrado queriendo demostrar también su habilidad como tal.

En los tramos iniciales, antes de salir a río abierto, alarmó un poco los resbalones desobedientes que se sentían bajo el casco, pero lentamente la sincronización entre hombre y máquina fue devolviendo la confianza a los inquietos pasajeros.

El EXAFAM, una asociación de ex alumnos del colegio Faustino Maldonado, había gestado la construcción de aquel canal que se acercaba a la vista, para obligar al Ucayali a retomar el antiguo cauce, que antes de desviarse, bordeaba Pucallpa.

Observando que la creciente halagaba con furia los bajiales de sus bandas, pareció a los sorprendidos viajeros que tal fenómeno podía darse. Sin embargo, apenas la proa asomó a río abierto, aquella grán masa extendida contra el bosque, empequeñeciendo inclusive hasta los fustes más soberbios de los altos árboles en la distancia, hizo reconsiderar tal apreciación. El canal resultaba una simple huella de boa saliéndose por la playa.

La llovizna amainó caprichosamente de golpe, dejando la sensación de su criopuntura aún persistiendo sobre las mejillas y su complicidad con el viento para aterir la piel expuesta al frío, bajo la ropa humedecida. Algunos tibes en pleno vuelo curioseaban alargando sus cuellos hacia el bajel, en tanto numerosas palizadas dóciles de pereza a su deriva, daban descanso a diversas aves de monócromos plumajes, adormecidas también en la abotagada parsimonia del río.

De entre los austriacos, sólo Hans ya tenía experiencia presencial frente a fenómenos tropicales como estos que sus compañeros atestiguaban encantados, y sabía que no había que subestimar la aparente calma que traían de zeñuelo, pues en cualquier momento esta podía trocarse en una explosión de furia natural, capaz de segar hasta sus vidas.

Pronto aparecería en lontananza lo que podía verse esa mañana de los altos barrancos que protegen a Bagazán, habida cuenta que a merced de la creciente, esa especie de escudo terroso que ostenta en vaciante a lo largo de su malecón este caserío, hallábase sumergido en grán parte, bajo la masa lujuriosa y embravecida del río.

Un tambo que amenazaba rodar hacia el agua resultó ser un bien surtido puesto de comida típica, donde pescados con huevera se asaban a la parrilla y las "cabezas" de juanes adornaban su destartalada mesa. En su pizarrín también se pudo leer: Mechado de majás y tallarín de motelo. No hacía mucho la incursión subversiva había dejado aquí su cuota de matanza, producto de un cuestionable, seudo justiciero, e intrascendente juicio popular, y su recordatorio aún producía un vaho inquietante en propios y extraños.

—¿Adónde van joven? preguntó la expendedora de alimentos, mientras colocaba su incurtido de ají charapillo sobre la mesa.

—A Masisea doña —le sació su curiosidad Sergio, que parecía querer devorar todos los juanes de la mesa con sus globos oculares.

—Irán por la sacarita, ¿diga?

—Sí pues; porque por la vuelta se demora mucho.

—En verano es peor.

—¡Claro! El río serpenteado se aleja un montón —intervino el papá de Sergio, sin quitar los ojos del boquichico ahumado que le servían.

—¿Y los gringos? —se interesó la mujer por los extranjeros, que en esos momentos curioseaban por el borde del barranco, llamándolos como se acostumbra hacerlo en la selva con toda persona de tez blanca, pelo rubio, y ojos claros. Algo parecido a lo que sucedía con el término "brashico" hasta hacía unos pocos años atrás, que se usaba para sindicar a las gentes de ascendencia negra, por el antecedente histórico de que los primeros inmigrantes de esa raza procedían del Brasil. Para muestra en el Ucayali, estaba Mazaray.

—Van de visita al centro de salud de Masisea. Uno de ellos es mi hierno, pues —dijo en tono orgulloso la mamá de Sergio.

Matías por su parte, escuchaba divertido la conversación, sin perderle de vista a una niña de unos tres años de edad que, con andar de guacamayo, temerariamente caminaba cerca del borde del barranco calzando unas largas sandalias, suguramente de alguna tía consentidora.

—A esta hora ya deben haber bajado todos los colectivos a Pucallpa —aventuró Sergio

—Sí joven —confirmó la cocinera, envolviendo nerviosamente su tibia manguraychina en las muñecas.

—Entonces la sacarita va estar despejada —aseguró el papá, el cual era su homónimo, buen conocedor de la ruta desde sus tiempos de vendedor de perfumes baratos, mientras jalaba una larga espina por la comisura de sus labios. Sus dedos overos por el vitiligo, captaron inmediatamente la atención de algunas miradas, pero sólo fue un reflejo, un sobresalto fugaz.

—¿Qué es sacarita? —preguntó una de las mujeres austriacas, de las dos que conformaban el grupo de extranjeros y que mejor balbuceaba algunas frases del idioma. Era la contadora.

—Es un canal que corta distancia y evita navegar la vuelta de un río; en tierra se llama varadero —hizo saber Sergio, que parecía afanoso en querer congraciarse con la mujer.

—El Ucayali es bastante meándrico —murmuró distraídamente Matías, dando una mirada hacia el río, sin interesarle que le entendieran o no.

—Ahora van a ver cómo en un ratito desembocamos arriba de Masisea —aseveró la suegra de Hans, con cierta petulancia lugareña, pues procedía de allí.

Por la margen izquierda del río, enfilaron proa hacia unos bajiales halagados por la creciente, siguiendo el flujo de una faja correntosa más clara, que discurriendo desde una fuente oculta detrás de la maleza, les fue llevando hacia una especie de gruta vegetal acolchonada de huama y palizada, que una vez traspuesta, dejó revelada una visión pretérita de selva virgen congelada en el tiempo. Era la laguna de Bahuanisho, formada por haberse quedado en tipishca.

—¿Qué significará Bahuanisho? —preguntó de manera suelta Matías, a sabiendas de que algo tenía anotado al respecto en su cuadernillo de notas, que procedió a revisar.

—¡Ahora sí que me has agarrado bien doctor, ah! —exclamó don Sergio—. Años he pasado por aquí y no se me ocurrió averiguar ¡Una valienta! —acotó, algo divertido.

—Por aquí tengo anotado algo —reveló Matías—. A ver, a ver... ¡Sí, aquí está! Dice, dice… soga de loro —leyó, como rebuscando en un diccionario.

—¡Ahora sí nos has fregado doctor, ah! —reconoció don Sergio, al parecer divertido con el detalle.

—Mi duda es si lo correcto es Bahuanisho o Bahuanizo.

—Bahuanisho es —respondieron al unísono varias voces—. Desde antes se ha escuchado así —acotó don Sergio.

Al otro extremo de la laguna, la boca de la sacarita dio la primera advertencia

respecto al peligro que significaría remontar sus potentes aguas, echadas a correr por el apretujado canal emitiendo un bramido sobrecogedor.

La proa de la chalupa se movía como lengua de serpiente y el motor a todo rugir, apenas si lograba que se avanzase palmo a palmo. Sin duda, todos estaban en manos del motorista. Su brazo firme y el buen funcionamiento de la máquina, eran toda la garantía para evitar una tragedia.

Una vez salidos a río abierto y relajado músculos, cruzaron a la banda opuesta para bajar canteando hasta la cercana Masisea.

Habiendo pasado ya todos los botes colectivos, el escenario se veía desolado. Por eso tal vez les causó alegría el cruzarse en tan sobrecogedor escenario, con la lancha de la armada llamada "Huazaga", que a toda máquina surcaba por medio río hacia el alto Ucayali. Y más aún, cuando les pareció que su vigía les agitaba la mano en señal de saludo. Por cierto, nada más falso encubierto en la distancia, pues en época de creciente, el ancho del río puede llegar a medir varios kilómetros y la vista de orilla a orilla, suele tener serias dificultades en la fijación de las formas,

A los pocos minutos, el tableteo de la metralla siguiéndoles a ráfagas desde una lancha rápida de combate que zumbaba tras ellos, les dejó atónitos. Era como si lo que estuviera pasando tuviera lugar en un mundo paralelo.

Luego de maniobrar en espiral, la patrulla naval les detuvo cerca de un emparrillado de "pájaro bobo" que se extendía en competencia con la huama lejos de la orilla. El oleaje hacía chocar lado con lado a las dos embarcaciones.

—¡Una grán puta! —surgió llameante el aperitivo conminador—. ¿No saben obedecer cuando se les da el alto? —el que bramaba era uno de los infantes de marina, que al igual que los demás, estaba cubierto con una negra pasamontaña.

—Ya nos jodimos doctor —susurró don Sergio, impactado.

—¡Papeles carajo! —insistió en su actitud mandona el de la voz campante.

Los austriacos intercambiaron miradas nerviosas.

—Oye Sergio, sube a esa lancha y explicales adónde vamos —ordenó Matías al motorista temiendo un desenlace trágico y conteniendo esa tan conocida angustia que tantas veces le embargara en las alturas de Panao, a fines de los ochenta, cuando hacía su SERUMS

—¿Por qué no hicieron caso de la señal que les dimos desde la lancha para que se detuvieran? Hemos podido abatirles confundiéndoles con narcos o terrucos —increpó ásperamente el que iba detrás de la metralleta instalada en la proa de la lancha militar.

A Matías le molestó sobremanera el tono insolente del marino y el que sólo pudiera observarle los inescrutables ojos asomando en medio del negro pasamontaña. Además, estaba consciente que desde su posición, a lo largo de esos violentos años, también venía dando su importante cuota a la pacificación y respeto del sistema, acaso más que esos ásperos bribones.

—Creíamos que nos estaban saludando, y bueno, hicimos lo mismo agitando las manos; eso fue todo —atinó a absolver la pregunta, sintiendo que mucho más fuerte, más bulidor que su temor autoconservador, era el deseo de mandar a la puta al mundo entero y morir como un rebelde de causas personales.

Se respiraba el humor de cacería sobre el vaivén del cadencioso oleaje y se presentía un titular sensacionalista y amañado en la prensa amarilla, publicando la muerte de los integrantes de una ONG extranjera muertos por la subversión.

Matías terminó accediendo a su sentido de conservación y dispersó la mirada enderredor buscando, por sea caso, la presencia de alguna otra embarcación que ayudara a espantar todos los demonios que parecían estar conjurándose ahí para un aquelarre desenfrenado. Pero por desgracia, excepto la popa del "Huasaga" que se alejaba inexorablemente rio arriba, en todo lugar que posó su ávida mirada sólo pudo distinguir, río y selva, selva y río. "¡La cagada!" exclamó para sí, con la mente hecha un lío.

Las olas marcaban el compás de espera golpeando con paso de verdugo bajo los verduguetes, sincronizadas para ser interpretadas en ese momento como señal de una bomba de tiempo, y no pudo evitar sopesar la tentadora opción que quedaba abierta ahí, en la que desaparecerles e imputar a la subversión la autoría, podía ser un golpe propagandístico de muy buenos bonos para los militares. Recordó la terrible muerte de su colega Cosío, en las alturas de Ancash, durante su SERUMS, asesinato cuya autoría quedó en el tema de la duda para los familiares, para los amigos y para los compañeros de la universidad y del Partido Aprista, que compartieron tantos momentos con él.

—Señores militares, por favor, permítanme unos segundos, quiero explicarlerles algo —solicitó parándose precariamente en el centro de la chalupa, que sin quilla, se movía más que una locumbeta—. Ustedes tienen que conocernos, sin duda alguna, porque en ENAPU, guardamos nuestras embarcaciones junto a las de ustedes. Todos los días entramos y salimos de la base. Como pueden notar, la Dirección Regional de Salud nos ha prestado esta chalupa de aluminio para trasladar a estos directivos de nuestra organización a evaluar en Masisea el proyecto de construcción de un moderno centro de salud, y de efectivizar una importante donación de medicinas —siguó explicando, ejecutando una esgrima de verdades a medias, y fingiendo desatención a los siniestros fusiles que no dejaban de apuntar hacia sus pechos galopantes—. Fácil es entender que esto abona, por supuesto, a favor del sistema, y creo que no vale la pena seguir perdiendo tiempo aquí. Yo les expreso las disculpas del caso, porque de verdad, señores, a esa distancia nos pareció que nos saludaban, lo que era un gesto de esperarse en ustedes, pues nos vemos seguido allá en la base de ENAPU —concluyó. "Ahora sí, el cabrón podía hablar u ordenar disparar", pensó, olfateando su propio algor mortis.

—¿Y por qué venían bajando y no surcando? —preguntó aún intransigente, el de la metralleta montada.

En ese momento uno de los militares que parecía tener mando en la patrulla, les

hizo una imperceptible señal de complicidad, si no de comprensión, con los ojos, y se volvió a su compañero a explicarle el curso de la sacarita de Bahuanisho.

Luego de unos larguísimos y tensos minutos, los ásperos marinos devolvieron toda la documentación y luego de unas advertencias en tono de arenga, casi en amenaza, partieron veloces tras la lancha madre, que ya iba perdido hacia la boca del Pachitea.

La duda que le quedó a Matías después de exhalar con alivio todo el dióxido de carbono retenido en los pulmones, fue si aquel militar que intercedió al final de la escaramuza, fue el hijo de su tío Manuel Mori, cuyo apelativo de guerra era "Coco II", o solamente uno de esos buenos soldados de la patria forjado en el verdadero sentido del honor. Por lo demás, se sintió vivo, se percató de que los demás también lo estaban, y que había que volver cuanto antes. Lo de sentirse bien "machote", podía esperar mejor oportunidad.



XL

En el mismo carro celeste de los Morín, en el que hacia poco se habían trasladado del Km 34 de la carretera Federico Basadre, a Nueva Requena, Julia Victoria, su esposo y sus tres menores hijos, retornaron a Pucallpa. Traían entre su menaje, un saco de tapishos verdes para alegrar a los hijos que esperaban con regocijo el reencuentro familiar, y cientos de chupitos por picaduras de mosquitos y zancudos en la piel, como únicas muestras de la penosa permanencia en el caserío de Nueva Barranca.

Cumpliendo un viaje relativamente rápido, considerando que en temporada de lluvias el mismo recorrido se podía hacer entre dos y tres días, dependiendo de las decisiones de los ingenieros de caminos de la compañía ZACRY, quienes podían ordenar el cierre de las trancas del Km.04, Km.17 y Km.34, según el estado de dichos tramos, arribaron al anochecer de ese mismo día.

Aquel año de 1964 en Pucallpa por primera vez se había eligido alcalde por voto popular, habiendo sido elevado al sillón consistorial, el escritor y periodista Francisco Odicio Román. Yarinacocha por su parte, fue constituido distrito, con su capital Puerto Callao, resultando elegido como su primer alcalde el señor Juan Luis Caravedo Lefaure.

Desde principios de la década, Pucallpa había ido transformando vertiginosamente su faz urbana, que más allá de las conocidas zonas de La Hoyada, El Centro, La Playa y los barrios de Santa Rosa, Canta Gallo, Señor de los Milagros, El Arenal, El Dorado, iba densificándose desenfrenadamente, empujando a la ciudad hacia un crecimiento horizontal, expansivo y desordenando, a pesar de contar con un plano regulador de la ciudad aprobado por Resolución Ministerial N°619 del 19 de noviembre de 1,955 y modificado por Resolución Ministerial N°1103-F del 22 de noviembre de 1,961.

Era una ciudad joven, dinámica, de potente flujo inmigrante, y la delincuencia y el vicio comenzaban a medrar mimetizándose en las trampas que permite la ley, consolidando sus propios espacios, y como en el caso del pujante narcotráfico, cosmetizando su accionar y creando un auge ficticio de dinero circulante, por el que futuras generaciones pucallpinas pagarían caro precio. Desde veinte años antes, el tema de la drogadicción ya era considerado un problema de salud pública a nivel mundial.

Contrabando, prostitución, delincuencia común, pasarían a ser también formas de vida en el qué hacer cotidiano de la neoplásica ciudad, y llegaría a consentirse, con todo el otorgamiento del silencio, que detrás de toda fortuna subyace por lo menos un crimen. Tanto desorden, avalaría lo que alguna vez alguien llegaría a decir respecto a que era la barriada más grande del Perú.

En la tercera noche, desde su regreso de Nueva Barranca, Julia Victoria se quedó conversando con Hérmel hasta bien entrada la noche, sobre cómo tendría que trasladarse al Km 34 a hacerse cargo de su nuevo puesto laboral, llevando a sus cuatro hijos menores con ella y asegurando a la vez, la estadía en Pucallpa de los tres mayores, que aun cursaban la secundaría, condicionados desde esta perspectiva,

a volver a vérselas solos.

El problema económico era el impedimento más gravitante, pues a Arquímedes le tocaba a fin de ese año partir a la capital a intentar hacerse de una profesión y algo había que ir ahorrando para complacer su noble y temeraria aspiración. Justamente en esta sombría y cansina plática, este se encontraba junto a Elvira, escuchando espectante cualquier alusión a ese su todavía fantástico viaje.

Hérmel empezó de repente a ponderar las bondades de un plan misterioso, muy efectivo según sus entusiastas palabras, para ganar dinero facilmente y con frases bien calibradas meneándole la boca, tácticamente fue abordando el meollo del asunto. Se sentía muy locuaz y daba por descontado el feliz término de su nada santa perorata.

—¿De qué pues se trata? —se impacientó Julia Victoria.

—Esperen un ratito; ahora les voy a mostrar —respondió con ínfulas triunfantes, al parecer regocijado de haber llegado al punto, en tanto se dirigía al cuarto—. No vayan a comentar nada nomás —advirtió antes de perderse en la habitación.

—Cuando papá se pone así, es que nada bueno se trae —refunfuñó Elvira, vaticinando lo que veía cernirse.

—¡Ya carambas, no seas tan mal pensada! -le reprochó Arquímedes, sintiéndola exagerada—. Ahí viene —alertó.

—Miren ve —invitó este en tono secretero a observar una bolsa plástica repleta de semillas parecidas al arroz con chala. Se le notaba pugnaz en lograr impregnar la atmósfera con su cruel fantasía.

—¿Qué es? —le inquirió Julia Victoria con claro escepticismo, esforzándose en hallar una relación entre lo que veía y la fórmula mágica para conseguir dinero que Hérmel pregonara.

—Semillas de amapola.

—¡Ah!... Dicen que es una planta que da una bonita flor ¿no? Pero aquí en Pucallpa nadie compra flores para pensar que...

—No seas ingenua, mujer; la plata está en la droga que se saca de ella. Le llaman heroína

—¿Heroína? —preguntó sobresaltado Arquímedes, que al parecer algo sabía al respecto.

—Ahorita está costando más que la cocaína y sólo se siembra y se espera. Claro que para eso hay que buscar un monte bien tupido para que los aviones de los gringos no vean nada.

—¡Cristo de Bagazán! —exclamó muy temerosa, Julia Victoria, como si estuviera expuesta a un arma cargada—. ¿Acaso tú quieres ser un delincuente? ¿Cómo se te ocurre? ¿No te has puesto a pensar lo que pasaría con todos nosotros si la policía nos

encuentra con esto? Seríamos más que leprosos para la familia y para los vecinos. ¿Crees que lo que queremos es dinero, cuando nos afanamos en nuestro trabajo? No, claro que no. Queremos dignidad. Por eso trabajamos honradamente, sin tocar ni siquiera una tiza para nuestro beneficio.

—¡Qué carajo! El que no arriesga no empreña.

—Pero no está bien, viejo —reprochó tímidamente Arquímedes.

—Sí; no es correcto, papá —opinó de la misma manera, Elvira.

—¿Correcto? -casi se exhaltó este—. Mira hija, lo incorrecto es parte de todos nosotros. Lo que hacemos para que los demás nos crean correctos, es sólo no dejar que descubran nuestras incorrecciones, punto —sermoneó.

—¿Qué clase de mensaje es ese para tus hijos? —se alarmó Julia Victoria.

—¿Tu conciencia? ¿Dios? Tu concepto de la corrección pasa por la balanza ajena, cuando primero debiera pesarse en tu corazón para que Dios te aliente a seguir en la senda que corresponde —alegó Elvira, muy proclive a sujeciones teocéntricas.

—Cuando esos pishcateros compran toda clase de animalitos del monte y luego los matan para enviar dentro de su panza la droga a Colombia ¿Dios dice algo? ¿Su conciencia les deja dormir?... La vida es otra cosa hija. Ni siquiera las autoridades les piden cuentas. Muy por el contrario les cunden como moscas para chantajear una jugosa paga por lo bajo... ¡Y vete a ver esos fiestones que se gastan esos malditos!

—Por algún lado les llega la desgracia, tarde o temprano -sentenció Julia Victoria—. ¿Y qué buen recuerdo puede haber para un perverso? —acotó con menosprecio.

—¿Y quién quiere recuerdos? ¿No dicen que hay que mirar hacia adelante?

—Estás confundiendo las cosas.

La conversación, desde que Hérmel se apareció con su bolsa de semillas, áspera y dividida, terminó brúscamente, cuando este, con un implícito "no saben lo que se pierden", dio media vuelta hacia el único dormitorio de la casa, pronunciando un último argumento.

—La plata que mueven los platasapas de Pucallpa, sale de la pishcata. Ahorita lo difícil no es saber quién está metido hasta el cuello, si no quién no lo está. Yo sé por qué les digo, pues. Cojuditos que he visto por ahí con una mano atrás y otra adelante, ahora resulta que son unos tremendos madereros, boticarios, comerciantes, gaseoseros y toda la vaina, desde donde blanquean el dinero mal habido. Inclusive, hay uno que hace unos años nomás, su madre vendía aguajina en la calle y él mismo compraba a las justas sus cueritos al lado de la curtiembre de mi amigo "tigrillo", y ahora es uno de los más platudos del Centro.

—Está escrito, papá, que con nuestros ojos veremos la suerte del impío, y que a nosotros no llegará. Pero esto no quiere decir que esa llamada "suerte" se refiere solamente a sus goces y a sus deleites. También llegaremos a ver el vacío que deje cuando no haya memoria de él —parafraseó muy seria Elvira, pasajes de la

Biblia—. Dios tiene una voluntad que hay que respetar por encima de cómo nos parezcan nuestras necesidades, nuestras desgracias y hasta nuestras abundancias —musitó con devoción.

—De Dios y de los ángeles, tu abuelo Antonio decía...

—¡No vayas a repetir semejante barbaridad! —casi brincó para interceder apuradamente Julia Victoria, y así evitar que aquella frase blasfema que su padre acostumbraba pronunciar entre sus denuestos, se repitiera.

—Sólo quise decir que Dios está arriba y nosotros aquí abajo —concluyó Hérmel, mellado en el desaire que su mujer y sus dos hijos mayores acababan de propinarle, retirándose definitivamente dentro el dormitorio.

La costumbre de recogerse a dormir temprano en los barrios marginales, era la misma que de las zonas rurales, pues aparte de la falta de luz eléctrica, sus gentes solían levantarse con la madrugada a iniciar las labores del día en el claroscuro. Por eso Julia Victoria, percatada hacía rato que sus hijos venían adormeciéndose con seguidillas de bostezos, que de paso le contagiaban, ordenó acostarse, dejando ella misma de lado los remiendos que tenía entre manos.

—Dejen borrando su pizarrín —les recomendó, refiriéndose a la pequeña pizarra en la que los dos muchachos dictaban clases de nivelación a niños de primaria como una encomiable forma de agenciarse unos centavos a favor del hogar.

El cansancio plumbicó sus cuerpos al primer roce con la cama y les trajo sueño sin tiempo a remangar las sábanas, ni espantar arañas.

Durante la madrugada, a esa hora en que la selva va culminando su longo esfuerzo por eliminar el vaho que caldea las almohadas y un tímido friecillo empieza a filtrarse por entre los dedos de los pies, un grito desgarrador rasgó el plácido silencio de los párpados trémulos, truncando con sobresalto sueños llegados a expensas de jornadas sin horario, de hambres mitigados a medias, de esperas y búsquedas infructuosas, de golpes asimilados a pie firme, de lágrimas enjugadas en un delantal o en una manga de camisa, de tercos madrugones con las manos vacías...

—¡Auxilio! ¡Ayuda por favor! —clamó la misma voz, seguida de unos golpes en la puerta de calle.

—¡Por la grán zorra! —masculló Hérmel, pedaleando contra su sábana, y surgiendo con sofocación de su tenso sueño de amapola—. ¿Qué pasa? —inquirió con fastidio.

—¡Abra señor, por favor, mi marido me va a matar! —lloriqueó una mujer.

—Es la hermana de Jeny —cuchicheó Julia Victoria, irguiéndose sobre sus codos. Se refería a una joven de la casa contigua llegada unos días atrás de la capital, para a asistir a su madre, al parecer afectada en la etapa terminal de la tisis, y cuyo marido era un guardia civil de procedencia serrana, demasiado joven para la percepción de respetabilidad que era inherente a los policías de edad promedio, a ojos de la gente.

—¡Abran por favor!

—Ábrele a esa pobre. No vaya a matarle así, ese desalmado —se compadeció Julia Victoria.

—¿Qué le pasa? —preguntó Hérmel, saltando de la cama.

—Mi marido está borracho y quiere dispararme —respondió la suplicante voz.

—Un momento; tranquila; ahora le abro —trató de tranquilizarla Hérmel, acercándose a destrancar la puerta de la sala, con cierta cautela. Arquímedes, Elvira y Habacuc, estaban ya fuera de sus camas y en sus rostros consternados, la luz del lamparín puso sombras caprichosas.

Una vez que la desvalida mujer estuvo dentro la casa, afuera su marido hizo dos disparos al aire alarmando a más de medio vecindario, bravucón con la huída de su víctima y extraviado en los desordenados impulsos inducidos por el exceso de alcohol ingerido y sus traumas del ayer.

El escándalo terminó aglomerando a una fantasmal masa de gente frente a la casa, catapultada a la calle por ese subconciente colectivo aún vigente, respecto a enfrentar mancomunadamente todo desorden lesivo a la seguridad ciudadana, más allá de una simple curiosidad espectadora. Su transpiración olía a linchamiento.

Ante esta actitud solidaria, el iracundo policía se vio obligado a replegarse a la oscuridad de las huertas, donde al cabo terminó vencido por el cansancio, escurriéndose hacia el alba entre sonoros ronquidos. Lo que no quitó por cierto, el peligro que representaba como persona.

A media mañana, con la cara todavía desaseada por la premura que debió ponerle a dejar su incómodo lecho, de seguro plagado de hormigueros, se asomó por la ventana a preguntar por su mujer, mostrando los ojos como dos huairuros expuestos dentro su reseca vaina y muy a la altura de una actitud sufrida y arrepentida que ensayaba proyectar. Pedía verla plañideramente y rogaba disculpas por cualquier desmán cometido, de los que decía no acordarse, muy acorde con la forma de suplicar de sus paisanos roñosos a la hora de no soltar prenda o evitarse una sanción.

—El borracho no come su mierda —le enrostró su joven cuñada, cuya lengua era lo bastante chusca como para decir aquello abiertamente.

—Por favor Jeny, no te metas —rogó mansamente el fulano.

Finalmente terminaría sobre el hombro de su mujer, rogando como una catarnica quejumbríamente perdón, aprovechando que esta, muy hecha a un sentido maternal y a una vocación redentora, siempre terminaba aceptándole sus tontos descargos.

Hérmel se había marchado con los primeros resplandores del amanecer, apremiado por su trabajo de sanitario en la compañía ZACRY, así que Julia Victoria tuvo que asumir el sermón admonitorio a la pareja. Se fue llevándo el encargo de buscar y acondicionar vivienda, a propósito del nuevo contrato como maestra de su mujer, en ese caserío aun conocido simplemente como “TREINTA Y CUATRO”.

Esa misma tarde, el sexto vástago de Julia Victoria, quien tenía costumbres solitarias muy marcadas, se perdió furtivamente por la huerta de la casa, llevando en mente

hacerse de unas cuantas cerezas ajenas.

Para alcanzar las preciadas frutas, vio que "tenía que pushar duro" para lograr encaramarse a la alta cerca de ripas del lindero, pero aquello en vez de desanimarlo, le estimuló más.

Estando con un ojo en la casa del dueño y con el otro en las coloridas bolillas, una apashira mimetizada entre las ramas le hizo saltar al vacío con reflejo desproporcionado, cual un grillo asustado pero sin alas. Cayó como una piedra.

Después de resarcirse del forzoso aterrizaje y sacudirse con cuidado la truza, que ya llevaba varios surcidos en las posaderas prolongándole la vida, se hizo a la idea de que "las cerezas estaban verdes" y enrumbó medio sonámbulo hacia la otra huerta vecina, cuidándose de no mirar ni de reojo, la tétrica casa abandonada del fondo, donde según su hermano Joel, los gatos se convertían en diablos durante la noche.

Observó cautelosamente de que no hubiera testigos de su nuevo intento de violación territorial y prefirió no buscarle respuesta a por qué su madre, cada vez que se enteraba que había traspuesto ese límite, o simplemente había estado en la casa de Jeny, le remojaba de alcohol, como para espantar mil demonios.

Sin pensarlo dos veces, se metió a la huerta ajena por una trampa disimulada detrás del bidón encopalado que servía de reservorio de agua en la bañera y haciéndose el sordo a la orden de su madre que en esos momentos mandaba a acarrear agua, acomodó en su lugar el tablón movible de la cerca colindante y desapareció por la cocina de Jeny. Ahora pensaba en un clavo para echar a andar como rueda, al plato viejo que encontrara en anterior andanza. Pero no pasaron ni cinco minutos para mudar de interés y pensar que era mejor ir junto a sus hermanos, Habacuc y Joel, a acarrear agua y jalarse unas cuantas hojas de mucura debajo del escalón de la casa de la "chola", una amiguita cuya mamá vendía upe en el mercado N°1, para ir con la suerte a favor, a jugar BINGO en la casa de su prima "Pochi", después de la merienda, o mejor dicho, la cena.

Decidió salir inmediatamente a la calle y eligió hacerlo atravesando los ambientes de la casa ajena. En esos momentos, esta atrapaba sombras sobrecogedoras en sus silenciosos rincones, así como hálitos extrasensoriales que parecían musitar amenazas emergiendo de un humillo de hielo seco.

Estremecido de orejas y yermo de garganta, cruzó sigilosamente el único cuarto contiguo a la cocina que hacía de dormitorio, sintiendo que ojos malignos le observaban desde dentro de los mosquiteros que cubrían tétricamente las camas que allí habían y que se encontraban percudidos por el ollín nocturno emanado por los lamparines.

Amedrentado se apuró en llegar a la sala, por donde la claridad de la calle, atrapada ya en la cauda del ocaso, se introducía oscilante con amagos juguetones de despedidas temporales.

A dos pasos de la puerta, que para su alivio estaba entreabierta, el rabillo del ojo izquierdo le dio un tirón hacia una esquina del recinto, percatándose de una figura humana, cuya piel diríase que traslucía el color de su esqueleto y que en

esos momentos pugnaba por acomodarse en su mecedora de siempre, apretando las huesudas rodillas contra el vientre. La concocía. Era la mamá de Jeny.

Antes del escándalo de aquella madrugada, en la que algo llegó a escuchar respecto a la enfermedad que aquejaba a la pobre mujer, él había estado viniendo casi todas las tardes a entretenerla con su monólogo incansable, sin tiempo a enterarse de que a su lado podía existir el miedo. Sin embargo ahora, una energía exenta de calor presionaba sus endosteos, haciéndole sospechar que moverse de aquel lugar le demandaría un esfuerzo infinito. Algo invisible se movía ahí, erizándole los bellos de pelusa y tentándole a desgañitarse con un grito de auxilio más fuerte que el de un perdido en el monte.

La fijeza de aquella mirada languideciendo como flama de lamparín sin kerosene, grumosa ya como leche cortada, y aleteando como pez agónico tras un último deseo de dejar un mensaje, le congeló los pies en el sitio, y le hizo tragar un inminente grito que se le quedó como si un obeso hualo se le hubiese atravesado en la garganta.

La opaca mirada terminó alejándose hacia el fondo del plomizo charco en el que se convirtieron los ojos de la enferma, y en un instante, en ese mismo espacio y en ese mismo tiempo, la vida rompiendo crisálidas y la muerte abriendo esclusas, asomaron sus aletas dorsales con cierto exhibicionismo. Aquella, por él, y esta, por la abandonada moribunda.

La enferma esbozó a duras penas una torcida sonrisa, y seguidamente cayó vencida con toda la aparente largura de sus años, sobre su clavícula izquierda, libre al fin de su abandono y de sus hondas soledades, aliviada para siempre de sus crucifixiones diarias. Un hilo de saliva sanguinolenta empezó a escurrírsele por la comisura baja de su boca, haciendo que Matías recordara asquiento las jugosas y rojas sandías costeñas que su padre traía a casa "cada vez que se moría un obispo".

Al muchacho le pareció que la piel de la agónica mujer empezaba a reducirse y a endurecerse rápidamente, algo parecido a lo que sucedía con los cueros de sajino que su padre templaba al sol, allá en la lejana Tornavista.

Intermitentes fluidos borbotando de una cultura reverenciosa y temerosa de la muerte, se hicieron cargo de su primera reacción, impulsándole a correr como un poseído a su casa, en busca de su madre. No escuchó para nada los reniegos de Habacuc que llegaba en esos momentos con su carga de agua acarreada de un pozo ubicado a dos cuadras, ni se percató que Joel venía más atrás, cuidando no derramar demasiado el contenido de su balde.

—¡Mamá! —llamó con punzantes decibeles.

—¡Cállate oye! —le amonestó su hermana Elvira que se hallaba explicando su tarea a un niño apodado "pupo", hijo de un importante maderero.

—¡Mamá! —siguió él, desesperado con su secreto.

—¿Qué pasa hijo? ¿Por qué gritas así? —asomó Julia Victoria por la puerta por donde se salía hacia la casucha de la cocina.

—¡La vecina, mamita!

Su madre se quedó escrutando un instante su lívido rostro, y al parecer, adivinó de inmediato el resto de la historia. Salió cautelosamente llevándose su frasquito de alcohol para terminar de comprobar que ciertamente la mujer tísica había entregado su alma, y entonces, raudamente se fue hacia la calle 28 de Julio, donde el esposo y los hijos de la difunta participaban de una minga de cultivo en el terreno de un conocido, y entre lágrimas condolidas, les dio la fatal noticia.

Esa noche, los apesadumbrados deudos se esforzaron en convidar a cada acompañante del velorio, un buen plato de caldo de gallina y café a discreción. Nadie por cierto supo, que para lograrlo, tuvieron que escarbar en todos los escondrijos posibles donde hubiera podido quedar una moneda olvidada.

Las personas adultas, después de expresar los pésames de rigor, se acantonaron por grupos en los espacios dispuestos en la vereda, a tentar alguna ganancia en el juego de naipes y a contar chistes subidos de tono. Por su parte los más jóvenes, incluyendo los niños, atiborraron la mesa del BINGO, presidida por una anciana gorda, recién llegada al vecindario.

Elvira, Habacuc, Joel, Matías, se acomodaron a los costados de la chocoleadora con cartón en mano y un puñado de maíz prestos a marcar los números cantados. Estaban seguros de poder durar más de un juego.

Después de un B7, dicho timoratamente por el número de fichas cantadas a esas alturas, la anciana comenzó a ladear de manera repetitiva las caderas, con evidente intención de eliminar sus gases, situación por demás embarazosa para los muchachos, que empezaron a intercambiar miradas nerviosas, pues para ellos tal malacrianza era merecedora de dura reprensión, y que sólo cabía atribuirla a un vulgar y ordinario ticuna. Lo único que le faltó a la desvergonzada anciana fue cantar con el culo un P2.

Al poco rato, sin importarle que sus pedillos resultasen sonoros, la voluminosa mujer dio rienda suelta a su desenfadada retroflatulencia, arrancando de su pobre silla rebotes sonoros de las más variadas entonaciones e intermitencias.

Cuando Matías puso los pies en polvorosa y se acercó a su madre para decirle que la nueva vecina era una supitera, esta no pudo evitar una crisis de risa, por demás embarazosa en ese momento, y se retiró a su casa dejando al muchacho más desorientado que muela del juicio en su trígono retromolar.

En el velorio, las escenas plañideras al pie de la mesa donde la difunta yacía cubierta con sábana blanca, fueron una constante ocupando su propio espacio, y que a pesar de no guardar proporción y armonía con el juego de casino, los chistes colorados, el bingo y la gula de algunos comensales, no dejaron de ser partes de un todo, yendo hacia un común amanecer. Acaso el abuso fue hablarle a la finada de todo lo bueno que no le hablaron en vida.

Sin probar un sólo bocado de la comida servida en honor a la muerta, Joel y Matías se retiraron a dormir a eso de la una de la madrugada, haciendo los más fervientes votos de no volver a mirar jamás la cara de una finada y de comer antes de ir a un

velatorio.

A los cinco días de este dramático suceso, Julia Victoria recibió un mensaje de Hérmel, su esposo, en el que le comunicaba que a más tardar en un par de días debía reunírsele en el Kilómetro treinta y cuatro de la carretera, puesto que él debía trasladarse al caserío de San Alejandro con una cuadrilla de la Compañía y requería de su pronta presencia para dejarla instalada en la casita que acababa de alquilar.

Como mejor pudo, instruyó a sus hijos mayores para que pudiesen atenderse solos durante la larga ausencia, y con la precariedad de sus posibilidades, se preparó para el viaje que debía efectuar con los cuatro menores. Presentía que no regresaría al mismo barrio, por lo menos a vivir, pero si así sucedía, tiempo habría para venir con Hérmel a expresar las gratitudes del caso al señor Nilson Arve, dueño de la casa, por haberles alquilado la casita a un precio accesible y por haber permitido a Arquímedes, a Habacuc y a Joel, ganarse unos billetes dándoles trabajo en su reaserradero de la calle 28 de julio.

Al arribar al campamento-caserío del Km.34, donde la compañía ZACRY aún mantenía su parque de maquinarias, su maestranza y áreas de acopio de ripio, arena y cascajo, y al que los lugareños llamaban escuetamente "TRENTICUATRO" con su rudimentario catellano rural, Julia Victoria entonó de pura contenta que estaba, el salmo noventa y uno, pues la casita alquilada por Hérmel resultó completamente de su agrado, al igual que todo el lugar que a sus ojos impresionaron con un fresco ambiente rural hormigueando de gente y de maquinaria, a toda hora.

Al ponerse en contacto con la directora de la escuela a la que había sido asignada, esta le dio a conocer que el centro educativo en mención era de condición particular y que hasta el momento estaba solventada por la compañía ZACRY, a fin de facilitar la educación de los hijos de sus obreros y empleados. Por tanto, su existencia estaba supeditada a la permanencia de la empresa en el lugar, o en su defecto, a la decisión de estos últimos a asumir los gastos mientras se gestionase el reconocimiento estatal. La situación pues, era definitivamente precaria desde el punto de vista laboral.

La directora era doña María Flora Mercedes Tuesta Odicio y pronto llegaría una tercera maestra de nombre Sofía Ruiz Ruiz, dueña de un carácter alegre y de risa contagiosa, que contrastaría con el estilo didáctico de doña María y de Julia Victoria, muchas veces excesivamente severo, "a la antigua".

La casita alquilada por Hérmel a una señora aludida en el caserío con el apelativo de "la medio beso", por una fisura labial unilateral que deformaba su boca, era una construcción típica de madera, techo de palma y piso de tierra, con los tres compartimentos básicos de sala, cocina-comedor y dormitorio común.

En la parte trasera de la pequeña vivienda, una multicolor manifestación de dalias rellenas daba un primoroso espectáculo a los ojos más desatentos y se abrían en bienvenida mostrando un caminito de blanca arena hacia las chacras y a un pozo artesanal de agua dulcísima y clara. Desde aquí, el monte alto se divisaba al fondo como una muralla limítrofe de espacios vírgenes que el hombre debía respetar sin melindros, aunque sea para mantener pendiente un lugar que conquistar, o para tener en dónde encontrar qué comer.

Joel, Matías, Elizabeth y Kelita, se olvidaron de Pucallpa. Tal vez un sutil aroma de la huerta de la casa de Nilson Arve siguió llegando a entreverarse con el océano de perfumes del ambiente rural en el que ahora se oxigenaban, pero sólo fueron chispazos paramnésicos que terminaron vistiéndose de verde…, de verde esperanza.

Con el paso de los meses, el asfaltado de la carretera fue avanzando rápidamente desde Pucallpa hacia el Oeste, y los rumores de que la compañía se trasladaría a Neshuya o a San Alejandro, pasó de ser un rumor a un hecho inminente. La supervisora de la obra, la empresa Brown Bóvery del Perú, a través de su representante, el ingeniero Carlos Torres, iba anunciando ya la conformidad de la pronta culminación del tramo asfaltado.

La idea de que el caserío languidecería hasta su extinción al irse la compañía, deprimía muchos ánimos deseosos de quedarse y aletargaba la disposición de marcharse de los que sentían que tenían que hacerlo. La llegada del crucial momento era inevitable. Pero por el momento, el "TRENTICUATRO", como decía la gente, de campamento-caserío sin nombre propio y de escuela de condición particular, pasaba a ser ya un aspirante pugnaz de una mejor condición política en la provincia, así como un depositario ineludible de un núcleo educativo de condición estatal, para inaugurar a la luz de un reconocimiento oficialmente legal, un eje de atracción y de desarrollo entre Pucallpa y Neshuya, entre Nueva Requena y Tornavista. ¡Qué hermosa tierra esta, ondulada y colinosa como enclavada por adrede ficción entre la rupa-rupa y la omagua, mecida en sus bosques por suave brisa y vientos recios, humedecida en sus suelos por cantarinas quebradas y espejeantes cochas! Tierra acomodada de pronto a la perplejidad más encantadora bajo el eco de caminantes rastreando la huella de mejores destinos.

La profesora Mercedes Tuesta, directora del plantel, se avocó como nadie a conseguir tan encomiable aspiración, llegando inclusive a viajar a la ciudad de Lima en comisión de gestión. Por su parte, sus dos colegas, también aportarían lo suyo con el mismo fervor y la misma convicción, manteniendo el funcionamiento de la escuela sin ninguna interferencia durante su ausencia y secundándole a veces en algunas gestiones donde las influencias a través de algunos familiares encaramados en el poder podían ayudar al objetivo: Jorge Alegría del Águila, primo de la maestra Julia Victoria Marino del Águla, diputado de Maynas, por Acción Popular, aportaría lo suyo en esta dirección.

Por entonces, el local de la escuela se ubicaba en una loma alzándose a la margen derecha de la carretera Federico Basadre, justo al frente de la entrada de la carretera a Tournavista, en plena curva. Por cierto, poco tiempo después sería trasladado a su segunda ubicación, aunque aún no definitiva, coronando la subida de los cien primeros metros de la carretera a Nueva Requena, un poco más arriba de la panadería de la familia Talanche, en la margen derecha.

Reconocida al fin como "escuela primaria mixta N° 12325" sus tres plazas docentes fueron creadas por Resolución Ministerial N° 1694 del 17 de abril de 1,964 y Resolución Directoral N° 6122 del 23 de abril de ese mismo año.

Los esfuerzos anónimos, tan indispensables y determinantes en la consecución de cualquier logro social, fueron bien gratificados con la satisfacción personal del

deber cumplido y de la meta alcanzada, al conseguirse también el reconocimiento político del caserío, acaecido al parecer en una fecha cercanamente ligada a la fecha de oficialización de la escuela.

Cómo no recordar la mañana aquella en que, doña María Batts —esposa del misionero pentecostal de origen norteamericano, Pastor Pablo Batts— junto a don William Dayer, finalmente lograrían hacer prevalecer la denominación de Campo Verde para el caserío, en contraposición con la opinión mayorítaria del cabildo reunido ese día para tal fin en el local de la escuela, cuya insistencia previa por apoyar el nombre de Monte Verde y algunos otros, terminaría al cabo diluyéndose.

Más allá de que la tienda de don William se llamase de la misma forma, por ese entonces la reconocida expresión de "trentaycuatro", referida al Km. 34, era un bellísmo campo pictórico pletórico de verdores y aires silvestres.

Y cómo no recordar también a los otros pobladores, de apellidos como, Marino, Laulate, Antonichi, Talanche, Sandy, Panaifo, Monteluisa, Texeira, Armas, Ruiz, Mermau, Tanchiva, Fasanando, Zoraluz, Noriega, Tananta, Shapeama, Cinty, López, Guerra, Cáceres, Cabanillas, Ibazeta, Grández y otros de igual o más importancia, incluyendo el de aquel solitario personaje conocido por todos simplemente como, Agucho "huangana macho", entretejiendo con su presencia la alegría de ese día, y atestiguando desde ese momento, con esperanzado presentimiento, la evolución de un pueblo perseverante tras la consigna de un futuro mejor, que un 1 de junio de 1,982 vería cómo, de bullente campamento carretero, de joven caserío de las profesoras Mercedes Tuesta Odicio, Julia Victoria Marino del Águila y Sofía Ruiz Rengifo, era elevado a la categoría de distrito, merced al proyecto pueblo que conjugó pareceres y empeños tras un objetivo común y tradujo los más dispares criterios y sentimientos para hacerlos latir en un sólo corazón.

Sin embargo, como en toda historia fundacional donde la gente que empezó suele ya no estar, y donde la migración, la itinerancia de unos y el arraigo de otros, fundamenta un proceso contínuo evolutivo que a veces evoca sin tanta fidelidad la memoria de los ausentes, en este caso, la decantación de una identidad poblacional también parece acusar un frenesí por mirar hacia adelante y ya no voltear atrás.

Se sintió el vacío que provocó la partida de don Samuel Dayer Zaldíbar, de su esposa doña Cristina Ampudia Beraún, y de todos sus amables hijos. No por nada habían sido los comerciantes más florecientes del lugar y también pioneros de tan hermosa gesta.

Al interior de la familia Ibazeta Marino, de pronto las pisadas dejaron de ser insolentes, los silencios se eximieron de penosas cargas y Julia Victoria creyó llegado el momento de la madurez conyugal, del equilibrio afectivo de pareja, que íntimamente se había entercado en aguardar, en una espera larga y sufrida. Estaba segura que aún era tiempo de revalorar con entusiasmo una vida en común, una vida que consentía al parecer darles la oportunidad de interpretar mejor los momentos de felicidad y ella quería con toda el alma, inclinarse a saciar esta sed, aunque sea en un abrevadero de agua estancada.

Hérmel, en un gesto que le depararía algunas prerrogativas en su vejez, se

involucraría con gran desprendimiento en el viaje de Arquímedes a la capital, comprándole un pasaje en avión, que así nomás no se costeaba cualquier hijo de vecino en esos tiempos, y haciéndole confeccionar un terno a la medida, aunque para ello tuvo que ver hecho trizas su liquidación de la compañía ZACRY.

A Julia Victoria estos dos hechos le endulzaron el paladar con néctares conyugales, con zumos maternales y creyó suicidamente que ahí se había inaugurado un cambio medular a favor de la familia, ventilada además en una holgura emocional que deseó durara para siempre. Ni por un momento se detuvo a pensar, por qué, el perro huido regresa con el rabo entre las piernas y por qué, tras un tiempo, vuelve a irse. Así que confiada en su deriva, una vez más volvió a condescender con el deseo de Hérmel de volver a regatear medicinas por el río. Cuento trillado por cierto, pero que tuvo a bien aceptar, a favor de no perturbar la armonía del hogar, tanto tiempo sin disfrutarla de a dos.

Cuando el avión de la empresa SATCO (Servicio Aéreo de Transportes Comerciales), un antiguo bimotor DOUGLAS, decoló al fin alzándose sobre la ciudad, en su interior iba un muchacho eximido a duras penas de letales complejos, aferrando prestancias enfundado en un terno estrambótico de pantalón estilo "chupete", y deseando tener la fuerza suficiente para coronar una carrera profesional, aunque sea sin comer. Era el segundo de los hijos que se iba del hogar tras las ganas de demostrar que se podía triunfar sin más ayuda que el poder de la mente y del Altísimo, pero el primero de los varones. Así que la consolidación de "la cabecera de playa" para la partida de los demás hermanos, era una deuda pendiente que tendría que pagarla con buen ejemplo; sabiendo además que a sus espaldas resonaría solamente la severa arenga de: "tú puedes; ve cómo lo haces".

Julia Victoria volvió a su rutina de maestra de escuela rural y madre repartida entre Pucallpa y Campo Verde, interpuesta en la jefatura hogareña por circunstancias de hecho, surgidas del ausentismo de Hérmel, quien de una manera desafecta e irresponsable, le cedía de refilón el delicado puesto, para escapar a sus infructuosos y vanos viajes de regatón, por los diversos caseríos de la ribera ucayalina.

En cierta ocasión, cansado de estas andanzas sin rumbo, llegó a casa trayendo a una muchacha llamada Teresa, según dijo para desahogarla de las fatigas caseras y así pudiera desenvolverse sin tanto apremio en la actividad docente. Sin duda, estaba a la altura de un consumado ilusionista, pues ella evitó mirar con desconfianza a la muchacha, pese a tantos precedentes y a él le volvió a llenar el plato con esmero y a consentir la mitad de su almohada. Y por supuesto, no debió hacerlo, porque la desgarbada ribereña ya era amante de su marido desde su caserío de origen, y mejor le hubiese valido guardarse las ganas de devolverle su responsabilidad de jefe del hogar, que suponía para alivio, porque el frágil andamiaje sobre el que creía poder aún estibar los pocos detalles en común que pensaba salvarían su relación, no iba a seguir en pie, sólo porque a ella se le ocurriese ignorar la verdad.

Como era de esperarse, dando tumbos el reencuentro amagó tibiamente incursionar en proyectos más estables dentro de la perspectiva familiar, pero ya lo inevitable había despachado heraldos desde tiempo atrás y la separación definitiva se fue haciendo ineludible.

Después de la partida de Arquímedes y luego tironeada por trasladar a Joel a Pucallpa para que junto a Ludid y Habacuc también cursara estudios secundarios, Julia Victoria sopesó la posibilidad de dejar la casa de alquiler del Jirón Bolívar que resultaba demasiado espaciosa y desguarnecida para tres solitarios estudiantes y buscar un lugar menos costoso, más seguro y más proporcional a la necesidad del momento.

Con este motivo, no encontró mejor alternativa que acudir donde doña Mishi, su madrastra, para suplicarle le cediera uno de los cuartos de alquiler, que su espaciosa casa ofertaba por el lado de la calle Huáscar.

En Campo Verde, atada a sus nóminas y registros de escuela, que debía manejar pulcra y obligatoriamente con estlógrafos de tinta líquida, zarandeada por sus hijos menores aún pedigüeños inmisericordes, y con un pedido pendiente para ser madrina de la hija de los que serían a la postre, sus caseros, también efectuaría mudanza a un cuarto de alquiler en la casa de su amiga Sheba, una inmigrante brasilera, esposa de don Artemio Guerra, flamante teniente gobernador del caserío.

Serían estos, que en consideración a su reciente compadrazgo, le comunicarían en primicia, su deseo de vender la vivienda, porque si ella deseaba hacerlo, les sería como dejar un bien querido a un familiar. Cuestiones de sentimentalismos.

"Así tenga que acompañar a los ladrones de plátano a las chacras de Belaunde y de Basurco, y dar de comer aunque sea sólo tacacho a mis hijos, la compraré", se dijo un tanto exagerada, aludiendo algunas escaramuzas furtivas en la chacra del primo del presidente de la República, pero segura de hacerlo. Porque si en Barranca de Nueva Requena, no pudo concretizar este anhelo por su prematura partida, esta vez lo haría sin lugar a dudas ni a pretextos.

Acordada finalmente la forma de pago, que resultó de lo más accesible a sus posibilidades y con una sensación de irrealidad frenándole su alegría, ella entró en posesión del bien, una tarde en que sus compadres se mudaron definitivamente a su chacra.

Se quedó tan fijada en ese gusto de inverosimilitud que le embargara cuando recibió los tres candados correspondientes a los tres cuartos contiguos, pero independientes, que conformaban la casa, que cada vez que se sentaba en el oleoducto que cruzaba la huerta, a limpiar de liendres las cabezas de sus dos pequeñas hijas, sus pupilas en remolino le encontraban anonadada rebotando de las grisáceas cumbas impactadas contra el cielo azul.

Un cuarto alquiló a su colega de escuela, la maestra Sofía Ruiz, y el restante, a un gringo llamado Jeffry Smith, llegado a Campo Verde desde Oregón EE.UU. para elaborar su tesis en Sociología, consiguiendo así dos ingresos adicionales, que aunque exiguos, le cubrían las cuentas por víveres que fiaba para el mes en la bodega de los "armandillos", en Pucallpa.

Ese año, su hija Elvira culminó la secundaria y empeñosa tras la huella de sus dos hermanos mayores, exigió también su propia oportunidad de partir a la Capital. En este sentido y apretujada aún en un presupuesto, que aunque mejorado, no alcanzaba para un esfuerzo tal, alegó a la voluntad de su hija Mercedes, que ya

se iba abriendo campo en una Lima, ciudad todavía no tan proclive a consentir la migración provinciana con oportunidades aseguradas.

Por entonces, ya su hijo Arquímedes cursaba la carrera de Pedagogía y como dirigente estudiantil, estaba predestinado a gestar la creación de la Facultad de Derecho de la Universidad Particular San Martín de Porres, carrera que al cabo abrazaría graduándose de abogado en la primera promoción.

Hérmel, su inefable esposo, se había ido definitivamente del hogar, después de aquella madrugada taquicárdica, en que con agitado respiro, involuntariamente despertara a su hijo Matías, al ir a refugiarse dentro de su mosquitero, para desde ahí, mirar el derrumbe de su relación en las idas y venidas del infiel esposo, que todo ansioso, rebuscaba en todos los resquicios posibles la ignominiosa carta, que en un impulso de rabia, ella había escondido en el irrigador.

En la mencionada misiva, un tal Fidel Sánchez, del caserío de Mashangay, conminaba a Hérmel a partir presto a hacerse cargo de su menor hija, a la que había dejado embarazada; caso contrario, le denunciaría a las autoridades por ser la muchacha todavía una adolescente.

Es de suponer, cómo retumbó en su alma el furtivo cierre de la puerta, cuando el fugitivo esposo, ocultándose en la oscuridad de la madrugada, abandonó silenciosamente la casa, llevándose hasta sus calzoncillos flojos hasta nomás, yéndose como sombra en pos de sus extraviados andares, esta vez para siempre.

Se quedó quieta, con los ojos secos cargando una mirada infinita sobre la mortecina flama del lamparín, hasta que una sedación póstuma le permitió finalmente conciliar el sueño, percatada a medias de su manumisión.

Después de este turbulento episodio, tuvo que encararse a una encrucijada valorativa, donde los principios morales y religiosos le traccionaban hacia un lado y la presión social y sus sentidos, hacia otro; donde la abnegación filial le exigía generoso desprendimiento y las carencias afectivas de su yo, un alto emolumento; es decir, toda una confrontación con el dilema cielo o tierra, sometida a terapias de urgencia por el tiempo perdido con el esposo y por el tiempo ganado con los hijos. No le resultó fácil dejarse arañar por el tic-tac de las horas, sabiéndose sola.

En sus noches de cama demasiado grande, lecho tremendamente vacío, y angustias insomnes, muchas veces, tratando de huir de sus pensamientos, corría a buscar ayuda en la ternura que le producía ver los rostros de sus hijos dormidos, tan ajenos a sus aullidos de luna llena, tan distantes de sus quebrantamientos teocéntricos. Pero le costaba tanto superar la asfixia que le producía la soledad, desechar antojos ruborizantes una vez extenuadas las tareas del día, cargar votos penitentes, acallar gritos de célula, menguar reprensiones al espíritu, consolar latidos huérfanos en medio de su propio naufragio, que al cabo, optó atinadamente en buscar ayuda de consejería en su iglesia. Porque su equilibrio anímico, sistemáticamente expuesto a epicentros de desastre, ya no tenía ni remilgos en aceptar un ansia de desquite, orientado contra los hijos en reacciones impacientes, en desbordes de mal humor.

Vapuleada en esta tempestad interior, engomada por el enresinado social del "qué dirán", comenzó a sentir, especialmente por Matías, una especie de resentimiento,

de rechazo, de ojeriza patológica, merced a que en sus ojos percibía los insoportables reproches de un silencioso acusador. Si en las celebraciones de aniversario aceptaba un brindis con sus colegas, ahí estaba él; si alguien tenía la gentileza de invitarla a bailar, ahí estaba él; si salía por las noches en compañía de la maestra Sofía y su regreso excedía la hora usual, ahí estaba él; acechándole con sus vigilias y sus tontas miradas de decepción. Le resultaba imposible entender la libertad entre tantas condiciones.

Nunca olvidaría la noche aquella, en la que estando platicando en la salita de la casa con un mecánico del Ministerio de Fomento que venía cortejándola para iniciar una relación estable, cómo, al perfilarse las siluetas de Matías y Elizabeth bajo el marco de la puerta que daba al cuarto, un desnaturalizado impulso de rechazo hacia los dos pequeños le fermentó el alma. La sorda cólera que le embargó le hizo tambalearse presa de una anemia cerebral, a tal punto que alarmó sobremanera al aromado visitante. Llegó a sentirles como testigos inoportunos, entrometidos, fisgones, traidores y como confesores hostiles prestos a denegarle su derecho a elegir la vida que quisiera, y un incendio voraz se propagó desde su entraña buscando victimarlos.

Después que el sorprendido mecánico dejó la casa, se revolvió iracunda a reprender ásperamente a los compungidos niños, que refugiados a la sombra de la repisa donde flameaba una alcuza, temblaban presos de un extraño frío interior.

Les arreó de mal talante de vuelta a su cama y ella misma cayó de bruces sobre la suya, convulsa de nervios, tumultuosa de latidos y anegada en llanto. Su dolor era sistémico, su desconsuelo galáctico. Pero finalmente mordiendo su penuria, atando sus impulsos suicidas y sumergiéndose en el agotamiento de su trabajo cotidiano, decidiría renunciar a ella misma, hasta que las fuerzas no dieran más en favor de los hijos, hasta que pudieran al menos, valerse por sí solos.

—Dios ha de obrar hermana, hay que esperar en Él —confortó la esposa del pastor de la iglesia—. Su palabra dice que en el día de la angustia hay que invocarle y Él nos responderá; tal vez no a través de un milagro, sino quién sabe a través de nuestra perseverancia, de nuestra inteligencia, de alguna oportunidad planteada por la gente que nos rodea, de la pacificación y complacencia que devengan de nuestros actos —insistió serenamente la hermana.

—A veces es difícil entender la presencia de Dios, porque pareciera que todo está en nuestras manos y hay situaciones tan difíciles que no se pueden manejar.

—La práctica hace a la creyente hermana; hay que insistir en nuestra fe y el poder se manifestará. Dios dice que al final, Él siempre nos socorrerá, pues el enemigo es más fuerte que nosotros y terminaría venciéndonos; pero hay que resistir hermanita —aconsejó cariacontecida la buena mujer—. En todo caso, la promesa de la resurrección que se supone es para vida eterna, resume nuestra liberación. Porque cabe la posibilidad también, como sucediera con los apóstoles, que nuestra existencia en la tierra sea exigida para sacrificio.

—Por eso debe ser que cuando los problemas nos agobian, nos pertenecen sólo a nosotros.

—Si así lo queremos, sí. Pero no hay aflicción que no pueda ser consolada en el

sufrimiento de Cristo. Míreme nomás a mí hermana, cómo estoy soportando le vergüenza de que se ande diciendo por ahí, que mi esposo, el pastor de la iglesia, el que se supone debiera parecer y ser el más intachable e integro de la hermandad, se esté contaminando en relación adúltera con una muchacha que vive por el kilómetro tres de la carretera a Tornavista.

—¡Ay Dios! ¿Con quién ya vuelta, hermana?

—Una de estas chicas, este... Bueno, no importa eso. Pero, ¡imagínese usted hermanita!

—No quizás ha de ser. La gente siempre está inventando cosas.

—Lo he dejado en manos del Señor, y yo seguiré obrando según los principios de la iglesia —declaró con serenidad la sufrida y respetable mujer.

Después de esta aleccionadora conversación, Julia Victoria sintió, como nunca antes, que en los brazos de Cristo podía ella también poner todas sus aflicciones y dejó de autocompadecerse y de sentirse una mártir atada a dolencias inútiles, teniendo un buen Salvador. Creyó entender aquello de que, la libertad o la esclavitud, es una alternativa que nace dentro de uno mismo.

En el año de 1,967 su hijo Habacuc culminó la secundaria con los honores de un primer puesto en el colegio Faustino Maldonado, sacándole lustre al buen precedente dejado por Arquímedes, también medallista al egresar de este renombrado centro estudiantil. Joel por su parte, logró aquí mismo y con embarazoso contraste, superar al fin, el sabor amargo de cursar el primer año por segunda vez, y Matías, la huraña y rebelde sombra que no le perdía pisada para nada, terminar sus estudios primarios en la escuela de Campo Verde, "gateando".

Estos dos sucesos, determinarían un giro en el derrotero de la familia, pues el hecho de que Joel, con la partida de Habacuc iba a quedarse sin compañía en Pucallpa, y que Matías necesitaba de un colegio para empezar sus estudios secundarios, obligarían a Julia Victoria a gestionar su traslado perentoriamente. Sin embargo, no descuidó acogerse antes de partir, a lo dispuesto en el Decreto Supremo N°106-AG del 1 de setiembre de 1,967 para que la Direccion de Colonización regularice la posesión de los ocupantes de tierras de montaña en la zona de influencia del río Ucayali, sector Atalaya-Pucallpa-Contamana; el río Pachitea, desde su confluencia con el río Ucayali hasta Puerto Victoria; y la carretera Federico Basadre, tramo comprendido entre Aguaytía-Pucallpa y el Km 34 de esta vía a Tornavista, pues el terreno y la casita de palma comprada a su comadre Sheba al poco tiempo de su llegada al lugar, constituía todo su patrimonio.

Ya estando en Pucallpa, el primer escollo que encontró fue con las restricciones para acomodarse en el único cuarto que doña Mishi, su madrastra, aceptó cederles en alquiler, pues el segundo contiguo, que venía permitiéndoles ocupar, optó por ponerlo en alquiler a un mejor precio, dadas las ventajas del lugar. Así que con gran imaginación y buen tino, tuvieron que ubicarse en los veinticuatro metros cuadrados a los que fueron confinados por falta de dinero y seguramente por consanguineidad, diferencia capital con los descendientes de la selectiva y calculadora matrona.

Después vendría la adaptación al barrio Iquitos, a cuya escuela había sido destacada y por último, la ubicación de clase, en una zona residencial, donde los vecinos eran comerciantes y funcionarios de un buen nivel económico, cuestión que en todos los sitios marca las pautas de la convivencia.

La primera semana de agosto de 1,968 coincidiendo con el arribo de Matías que había sido llevado por su hermana Mercedes a la capital, aprovechando las vacaciones de medio año, para efectuarle una operación involucrada con un prepucio largo y una fimosis, la familia se mudó a otro cuarto de alquiler en una casa de condominio ubicado en la cuadra cuatro del Jr. Oscar R. Benavides, donde los acontecimientos marcarían una huella indeleble en la personalidad de los cuatro últimos hijos.

Hasta el año de 1,973 Julia Victoria ejerció docencia en la escuela del barrio Iquitos, más conocido como "La Playa", cumpliendo una esforzada labor que incluía agotadoras idas y venidas a pie en época de verano, y peligrosas travesías en canoa en el invierno, a consecuencia del embalse que el Ucayali producía en la quebrada Manantay, en cuya margen izquierda, las precarias y típicas viviendas construidas sobre elevados horcones, capeaban las crecientes a la medida previsora de sus edificaciones. De vez en cuando, la noticia de que una boa negra se había devorado a algún pequeño, o que alguien se había ahogado, rompía la resignada vida de anfibios, de sus pobladores.

Eran tiempos en que podía suceder que niños fuesen arrebatados de sus altos emponados por hambrientas anacondas, y que borrachos se ahogaran al caer de los precarios entablados a las negruscas aguas del Manantay.

A principios de esta década, un escandaloso suceso conmocionó más que todas las historias de boas y ebrios juntas, a los lugareños, y trascendió más allá de la esfera magisterial: El brote de gonorrea entre los alumnos del cuarto y quinto año de la escuela, que en buen número eran ya adolescentes.

Los padres de los muchachos afectados hicieron la correspondiente denuncia al sector salud, cuyo personal especializado, después de una exhaustiva investigación, determinó que el orígen del problema era la práctica homosexual del director con sus alumnos, de manera promiscua y desprotegida.

A todo esto, las autoridades de educación se esmeraron en aislar el escándalo para sofocarlo sin tanta repercusión, pues el pervertido docente provenía de una de las familias más reconocidas de la ciudad.

La vivienda de la calle Benavides, al igual que la de la calle Huáscar, resultó ser un cuarto de alquiler, de tres que conformaban una casona de madera y calamina, al que por imitación a los otros inquilinos, terminaron empapelando con recortes de periódicos, revistas y calendarios. Era la forma de conjurar indiscresiones de rendijas.

Al siguiente año de la mudanza, Joel se fue a estudiar lo que faltaba de su secundaria, en el internado católico de Yarinacocha llamado SEMINARIO, gracias a la intermediación del sacerdote a cargo del Boy Scouth de Pucallpa, donde al igual que su hermano Habacuc lo fuera, él también era un activo guía de grupo. Por eso es que a partir de entonces, los que habitarían la nueva vivienda la mayor parte

del tiempo, serían Julia Victoria y sus tres menores hijos.

De pronto, sin mediar premeditaciones ni avisos obsecuentes, a ella empezaron a sobrarle las horas para tumbarse a descansar sin tanto apremio, llegando a descubrir que en tales horas, conciliar el sueño, alcanzar sosiego, sacudirse de esa sensación de soledad que otra vez empezaba a asfixiarle, o que Dios ejercería algún poder para calmar su ansiedad, era imposible.

A veces intentaría pasar estos trances, yendo de visita a casa de su prima Yolanda Montero, emparentada con ella por la línea de los Hoffman Pinto, así como a la casa de algunas pocas amigas de su época en Espinal, pero al cabo, ajena a toda amistad y parentesco capaz de aliviarle la sofocación de aquellas brasas crepitando en su interior, volvería a su atolladero más sola que antes.

Por esos sus flancos desguarnecidos, sus andares desvalidos, sus horizontes llenos de ocaso, sus cantos melancólicos, sus febriles insomnios, Ernesto Córdova Dávila, uno de los hijos de los dueños de la casa, iría perfilando sutilmente un asedio ganador, buscando convencerla para ir de una vez por la vida juntos. Tal vez, era lo que ella esperaba. Por eso es que, pensando que tenía derecho a rehacer su existencia, que aún podía ver cernirse los años sin tanta aprehensión y que todavía estaba a tiempo de estructurar una mejor plataforma desde donde asistir con más solvencia a los hijos, dejó adrede, entreabierta el alma, y ventiló sus inquietudes con las propuestas del perseverante pretendiente, sin ociosos recatos.

Una noche, como lo hiciera unas cuantas esporádicas veces en la vivienda del Jirón Húascar, Hérmel se apareció por ahí, con el mismo pretexto de ver a sus hijos, como lo justificara entonces. Llegó, fiel a su costumbre, con las manos vacías y mil cuentos con desenlaces factuales truncos, que si bien los muchachos le escucharon con encandilada atención, ya no le concedieron veracidad.

—Atiendan a su padre —les recomendó como solía hacerlo en esos casos, apenas enterarse de su llegada. Nunca había interferido en esa relación.

—Sí mamá —asintió Matías, avivando una remota esperanza de ver a sus padres reconciliados.

—Pero solo en la salita —hizo ella la precisión, cortando en seco los cándidos deseos de su hijo.

—¿Y si quiere quedarse a dormir? —preguntó Elizabeth.

—Acomoden las sillas y le tiemplan un mosquitero, ahí nomás en la sala —recalcó un tanto adusta.

Después de impartir estas escuetas instrucciones, se perdió en la oscuridad de la noche, escurriéndose por la puerta trasera, hacia la huerta común plantada de cafetales.

A eso de las nueve de la noche, Elizabeth y Kelita se quedaron dormidas despreocupadamente en cama de su madre, en tanto su padre cavilaba secretas ideas, confinado en el mosquitero que se le había acondicionado en la sala.

Matías por su parte, salió furtivamente a la calle, con una doliente fijación en la mente: Ubicar a su madre. Mil terribles sospechas le oprimían el pecho.

Al llegar a la casa de doña María Dávila, por cuya puerta la brillante luz de su PETROMAX salía a intentar desalojar la oscuridad de la calle, se detuvo reflexivo tentándose a volver a su cama y olvidarse del mundo.

—Buenas noches, doña María —saludó, sentándose en lo alto del iluminado escalón, sin obtener contestación—. Buenas noches don Pancho —repitió el gesto, dirigiéndose al esposo de la menuda señora, del que solo llegó a distinguir sus cejas de escobilla y su globulosa nariz atiborrada contra el oculto vermellón. Tampoco le contestó, pues parecía estar roncando.

Después de estar haciéndose el tonto matando hormigas voladoras por un buen rato, volvió a la carga, apuntando a lo que había ido.

—¿No ha visto a mi mamá, señora? —preguntó.

—No —le respondió secamente la geniuda madre de Ernesto Córdova, fulminándole con sus acerados ojillos, sin saber por cierto que el muchacho sabía leer en los tonos de voz, en los gestos, en los silencios, en las miradas, los más ocultos e indescifrables mensajes hechos para callar, y que ya era un rastreador laberíntico, finamente intuitivo, perceptivo, difícil de evadir.

—Pero por acá ha venido enantes —insistió terco, sin dejar de escrutar el rostro de los dos ancianos.

—Muchacho fastidioso, ¡váyase a otro lado! —le espetó don Pancho, paladeando humedad en su boca colapsada por falta de dientes.

Sin replicar, Matías se dejó resbalar del alto escalón y sigilosamente se encaminó hacia el cafetal de la huerta, pensando en quedarse bajo el tambo que protegía el pozo de agua y la bañera mancomunada con los vecinos, a apaciguar sus tercas malicias y así, llevar más tranquilo el espíritu a la cama.

Al pasar por la cocina de los Córdova, escuchó unos sospechosos cuchicheos que le hicieron detenerse al borde de un síncope. Crispado, aguzó el oído apretando la sien contra las rendijas de la pared y la voz de su madre, le llegó certera, implacable, a partirle el corazón. Ella conversaba en tono cómplice con Ernesto Córdova, y lo que les escuchó decir, no le dejó dudas, que ahí había una relación consentida y que ya sólo era una cuestión de tiempo el que esta se formalizara.

El golpe fue el de una cuchillada en el convulso pecho, que tras tenerlo clavado contra la pared, le arrastró confundido de regreso a casa, punzante el alma, sangrante el corazón. No era nada del otro mundo que una madre divorciada, que una mujer desolada buscara rehacer su vida de la manera más prosaica conocida, como era juntarse con un nuevo hombre que ayudara,

Al trasponer la sala, pudo notar que su padre fumaba dentro del mosquitero y sentir toda la inutilidad de su presencia, en un universo donde a esa hora solamente deambulaba él y su implosionada tristeza. Pasó de largo al cuarto y al recogerse en

su cama, unos escalofríos terribles escarcharon su osamenta, zarandeándole hasta que se le acabaron las lágrimas y se le agotaron los deseos de morir ahí mismo.

Casi al finalizar ese año, en una de sus salidas de fin de semana del internado, Joel confrontaría la misma experiencia en réplica, una noche de sábado a la misma hora y en el mismo lugar.

Llegaría como una tromba a casa y lloraría en la misma cama que compartía con él, conmocionado cual testigo de tragedia, con la cruenta verdad sobre un ángel caído.

Matías, certero lector de dolores reprimidos, aguardó en silencio que su hermano se desahogara, para recién aclararse la garganta, e intentar fungir de comprensivo confesor.

—¡Qué mal esta todo! —le escuchó murmurar.

—¿Qué pasó?

—Nada bueno.

—¿Viste a mamá?

—Sí —fue su lacónica respuesta.

—¿Con ese Ernesto?

—¿Sabes tú algo?

—No sé..., pero también ya les he visto.

—¿Y por qué no me avisaste?

—¿Para qué?

La imagen de la diosa-madre se había hecho trizas, y el dilema para los dos adolescentes era restaurarla como la habían conservado desde siempre, o reconstruirla como una simple mujer puesta a hurgar opciones existenciales como cualquier ser humano de carne y hueso al que le es imposible afirmar no haber tenido apósitos sobre las heridas. Terminaron combinando las dos opciones, pero su confusión les fue por traumática huella durante mucho tiempo.

Cuando en Lima los hermanos mayores se enteraron de esta situación por comentarios insidiosos de cierta tía, sintieron la misma amarga decepción edematizándoles la glotis y redoblaron esfuerzos para encontrarle solución al tema de las dos hermanas menores.

Julia Victoria terminó aceptando rehacer su vida en común con Ernesto Córdova Dávila, visto de inicio como el aprovechado, el intruso, el usurpador, a los ojos acusadores de sus hijos, a los que arrastraría por cauces pedregosos hacia una forzada convivencia con los padres y un hermano epiléptico de su flamante pareja. Joel, Matías, Elizabeth y Kelita, serían los cuatro vástagos obligados a procesar en directo su irreversible decisión de volver a ser una simple mujer de carne y hueso sobre la tierra.

Pero no tardaron las dos niñas en ser llevadas definitivamente a la capital, donde Elizabeth permanecería en casa de Mercedes hasta promediar sus estudios secundarios, y Kelita, aguardaría en corta espera ser llevada por Elvira al país de Méjico, lo que para Matías sería una medida compulsiva, desmedida y chocante, a pesar de la buena intención que la animaría, pues nunca es fácil para nadie rehacer de la noche a la mañana sus asideros afectivos, y menos aún, saber qué clase de muescas puede hacer un mismo cuchillo en almas diferentes.

Desde principios de la década de los setenta, hasta la partida de Matías, que sería el último en marcharse, la contrastante familia buscaría amalgamarse sin mayor entusiasmo, envuelta en temas como el mundial de fútbol MEXICO 70, la avalancha que arrasó pueblos enteros en el departamento de Ancash, la frase militarista "donde late un corazón peruano, ahí hay un soldado" martillando desde las radios a cada hora, la fuerte migración serrana, la instalación de la cervecería San Juan, la caída del avión LANSA en el Shebonya y la consecuente muerte de casi un centenar de pucallpinos, la partida de Joel a intentar estudios universitarios en la capital, la descabellada aventura de Matías de ir a visitarlo en una pequeña moto de 90cc, la apertura de una pequeña bodega, la construcción de una nueva casa con baño decente y no con esas letrinas ciegas que en tiempo de lluvias salpicaban el culo, que a decir verdad, poco a poco fueron instalando la costumbre de la sobremesa, y consecuentemente, la tolerancia recíproca entre las dos familias que se resistían a ser amalgamadas con mortero y pisón.

Para 1,972 ya Joel no estaba, Elizabeth y Kelita le habían precedido en la partida, y sólo Matías permanecía, en lo que él consideraba el cepo ignominioso, domesticando con crianza de perros sus marcadas y acaso protervas rebeldías.

La llegada al hogar de Gina María, la bebé que cohesionaría los lazos de unión entre su madre y Ernesto Córdova, le ayudaría a conformarse con más docilidad al nuevo cuadro familiar. Pero como tenía que ser, a él también le llegó la hora de partir, y entonces, se sorprendió del dolor a desarrairgarse de un lugar en el que se había supuesto siempre incómodo, de un lugar que de pronto le pareció más seguro que cualquier otro. Un mensaje subliminal afectivo se le había colado entre sus hostilidades y le había fijado en su preciso periscopio para hacerle tambalear en el adiós.

El año de 1,973 Julia Victoria dejó su escuela del barrio Iquitos, conocido como "La Playa" y se trasladó a la escuela primaria de mujeres N°6402 conocida como la "Chiu Chiu", en la que desarrollaría su labor docente hasta el año de 1,982, punto final de una esforzada tarea cumplida en beneficio de la educación ucayalina.

Entre los años 1,975 y 1,978, segundo y último tramo de los militares en el poder, los reconocimientos oficiales a las comunidades nativas, con la respectiva titulación de sus territorios, aún siendo pródigos en este periodo, lo que por cierto pudo hacer suponer una especie de acantonamiento de las diversas etnias a su medio rural y a sus orígenes, produjo mas bien una notoria presencia de descendientes aborígenes en las escuelas del Estado, en lo tocante a Pucallpa. Posiblemente la fiebre del petróleo que experimentaba entonces la selva, que volcó en estampída a la población rural a las ciudades, tuvo algo que ver con este fenómeno. Porque respecto a esta misma causal, el negocio de transporte fluvial cobró un cariz tentador, que hizo

que solamente en el año de 1,978 las casas navieras aumentaran como por encanto. Así, la Empresa Naviera Benavente, Tomás Henderson Cáuper, Artidoro Panduro Sánchez, Transportes Fluviales Álvarez Talledo, Eduardo Aguinaga Díaz, Líneas Wesel, Servicios y Representaciones de la Selva S.C.R. Ltda., fueron firmas que en dicho año lograron ser autorizadas para operar en rutas que comprendían los puertos de Atalaya, Pucallpa, Contamana, Requena, Iquitos, Yurimaguas, y hasta Manaos en el Brasil.

Inmersa en esta sucesión de cambios en la región, y ya formalizada su relación conyugal ante la ley y la iglesia con Ernesto Córdova, y apuntalando un incipiente negocio de lubricantes de buenas perspectivas, se dio de lleno a la nunca mal venida esperanza de acceder a una economía por fin solvente, y a la noble dedicación de predicar el evangelio, en cárceles, hospitales y asentamientos rurales de Pucallpa.

Sobre la ciudad, una de las más pobladas del país, con desorden incluido, los gallinazos siguieron observando la tierra desde sus vuelos circulares, haciendo notar el detalle de que sin ellos, una soledad cósmica podía cernirse sobre el firmamento vacío, para espejo de tantas almas sin contenido. No era el caso de Julia Victoria, que ya iba confiada al encuentro de la promesa recíproca contraída con su Dios, y hacia la definitiva decisión tomada en una de sus idas y venidas de Campo Verde, cual es, ver el fin de sus días entre oxigenantes árboles de altos doseles y hermosos himnos de albanza trascendiendo de la pequeña iglesita que fundara en el Kilómetro 22 de la carretera Federico Basadre.

XLI

Matías miraba a su hija Ruth Kelly que subía al proscenio, sintiendo que la herencia genética que ella concentraba de poro a poro, daba motivos de sobra para llenarle de orgullo. Sangre de Ortiz de Zevallos, de Romero, de Pinto, de Barriga Jaramillo, de López, de Aliaga, de Gil, de Rojas, de García, de Vega, de Slava, de Panduro, de Del Águila, de Reátegui, de Valera, de Ibazeta, de Esquiantorelli, de Marino por partida doble, confluían en ella, tras largo peregrinaje de más de ciento cincuenta años por los caminos de la herencia.

La pequeña se aprestaba a recitar una extensa poesía, al parecer excesiva para sus seis años, si no se sabía de su excepcional memoria, y fuera del nerviosismo propio de esperar que no se equivocara, una emoción estética y afectiva aguardaba dentro de él el momento culminante del aplauso merecido.

Con la torpeza de un improvisado escrutando el verso libre de las piedras grabadas por el sonido a través del tiempo, con la espontaneidad tosca del montaraz que percibe voces en las viejas cortezas de los árboles talladas por la lluvia y el viento al interior del bosque, con el tatuaje autóctono de selva, y con la alegría empírica de sus buenas intenciones, había logrado complacer a su pequeña declamadora componiéndole una poesía a Pucallpa, que esperaba no desentonara con la circunstancia y con la calidad de su empeñosa artista.

Pucallpa, Pucallpa May Jushín de los shipibos
A orillas del Ucayali, prominentes barrancos rojisos
a vista de sigilosos y cohibidos balseros conibos
que a pesar de sus pactos de paz con los shipibos
preferían sortearlos con tanganeos suaves y huidisos
Eran estos, los llamados por ahí, despectivamente chamas
los que temerosamente decían haber visto diablos caminando
sobredimensionando acaso, las sombras de cashibos acechando
confundidos, supersticiosamente tal vez, con mecidas ramas
Pucallpa, Pucallpa May Jushín de los shipibos
Veíase entonces la espuma del paiche en tus lagunas
y mordisqueaban tus huamas confiadas las taricayas
Tronaban los huesos del tunchi en tus blancas playas
y mágicos golpes trascendían desde tus lupunas
Se decía que en gente se convertía el bufeo colorado
Y que ocultas madres tenían las tahuampas oscuras
Que el támishi de la isula nacía para amarras seguras
Y que en shushupe se convertía el majaz acosado.
¡Oh Pucallpa! : ¿Cuándo naciste?
Sin duda, hay historias silentes que hoy nadie celebra

Cuentos y leyendas que callan ayaymamas y tucanes
Que petulantes soslayan contar los fieros gavilanes
Y que hacia el ocaso se pierden como rastro de culebra.
Reseñas vedadas flotando en el corazón de la topa
en su viaje de palizada a merced del río en creciente
Referencias acalladas por aborigen hierático y reticente
que va prefiriendo ya no perfumar con piripiri su ropa.
Porque mucho antes que llegaran Cáuper y Maya De Brito
ya aquí se sabía cómo es que perdió pulgares la maquisapa
se conocía que el pequeño capitari se aparea con la charapa
y que un buen tinte para la cuma sale del aún verde huito.
Sin duda, hubo un tiempo mucho antes de Aguirrezábal
Un tiempo salvaje y tribal, con vida de río, vida de monte,
Lento en su evolución y que más de un nativo Jenefonte
acaso buscó perpetuar en cerámica sustraída al barrizal
Pero hoy, no hay confiables confidencias con bejucos ni renacos
No lo revela el shapshico invocado con pócima de soga o raíz
Lo esconde la tímida yacumama, lo oculta la huidiza perdiz
Sólo restaría interrumpir el porfiado dormitar de los fasacos.
¡Oh Pucallpa! : ¿Cuándo naciste?
Me resulta aventurado decir, si fue sutil o no, tu nacimiento
Si fue con las taquinas cantadas al pie del remocaspi
Si con los mancharis espantados con el fuerte siricaipi
O con las tinajas masateras que hoy esconden el fermento.
O tal vez cuando llegando tantos, de tantos lugares
ahuyentaron al yacuruna, señor de aguas vírgenes
y remontaron al chullachaqui sabedor de tus orígenes
y siempre arisco al eco intruso de ajenos andares...
... Andares de esforzada caza, de ambiciosa tala
de impaciente pezca, de quemados suelos y sembríos
Andares de hombres ufanos y fuertes, de esos bravíos
afectos a homenajearte con más de un día de gala.
Y aunque más eras trocha y un simple malecón
ya el tuyuyo cavilaba quieto al paso del vapor
Nuevos pétalos te iban volviendo flor multicolor
y se vislumbraba en tu futuro un propio pendón.

Todo estaba hecho de reto hacia el mañana
de trabajo constante destinado a fructificar
Todo era lucha en pos de sueños concretizar
con tenacidad de hormiga, de valiente tangarana.
Pucallpa, Pucallpa May Jushín de los shipibos…
Ahora has irrumpido con gran ímpetu y donayre
cumpliendo requisitos que apuntan al progreso
en el compromiso que aviva el nacional proceso
de ser paz y esperanza de cierta frase de Voltaire.
Y yo, fuego latente, llama votiva del pasado aún sentido
Te pido que me dejes inclinar mi cerviz con reverencia
Que aguardes que te cante un himno con complacencia
Aunque no decifre el secreto que esperas sea redimido.
Pucallpa, Pucallpa May Jushín de los shipibos…
Eres tierra nuestra apacentada en lo mejor del camino
por donde hacia el caucho enrumbaron nativos y amos
Eres correría contra aborigen a quienes incluso matamos
por entender el progreso de espaldas a un común destino.
Eres el dinosaurio esmeralda de cuna peruana
visto por Abad, Washington Bolívar y Portillo
Eres entrada de boquerón en pétreo castillo
Eres llana amazonía hacia la ruta de Orellana.

Los aplausos fueron suficientes para que Ruth Kelly se quedara con el primer puesto y los veinte dólares de premio. Lo había hecho muy bien. Porque toda poesía se vuelve buena cuando alguien tiene la virtud de hacerla retumbar en el corazón, y ella lo había logrado. Al menos en el suyo -músculo sensible de paternidad-, había ocasionado un redoble terremótico, amenazando de paso arrancarle el cuero cabelludo.

Se quedó observando a su hija con ojos de abuelo, y asumiendo que la bendición de Dios le llegaba a través de los hijos, pensó en Jorge Daniel, su segundo hijo, que como para no dudarlo, había nacido con dos coronillas, herencia de su abuelo Hérmel, signo de inteligencia en la abusión popular.

Su situación económica actual era por todos lados una calamidad, y el futuro no parecía tenerle alguna buena noticia como para suponer que con una sola vida podría alcanzar todos sus sueños. Le dio algo de vergüenza pensar en el premio de Ruth Kelly. Pero los buenos hijos hacen llorar de ganas por seguir viviendo, por seguir luchando, y él, de pronto sentimental, se echó encima unas cuantas lágrimas desprotegidas prometiéndose llevar al chifa a toda su pequeña familia con las

primeras monedas que cayeran en sus manos, pero fruto de su trabajo.

Después de batallar con la politizada Dirección Regional de Salud, uno de cuyos directores, simple y llanamente le encarpetó toda la documentación que su ONG remitía a la Dirección de Salud de las Personas solicitando el registro correspondiente para poder operar, por simple mala intención, empezó a desanimarse y a frustrarse sobremanera. Para colmo, el reemplazante de este mencionado funcionario, ni corto ni perezoso agarró el expediente y corrió traslado a Ispectoría del Ministerio en Lima, sin ninguna notificación previa ni posterior. Aquí se sumó a su alicaído ánimo un sentimiento de decepción tal, que le puso al borde de un temperamento hitleriano capaz de justificar selectivos exterminios. Y es que a ambos directores les había considerado amigos suyos desde tiempo atrás, y a uno de ellos, inclusive de toda la familia. No le jodió que no se diera ahí la figura de la "gauchada" -porque nunca había sido amigo de irregularidades- sino la falta de sinceridad y la mezquindad para canalizar una documentación sustentada para traer ayuda a la región de manera correcta y beneficiosa. Por cierto, acabaría descubriendo sus pretensiones desplazantes a favor de amigos y familiares que codiciaban el botín de los dólares que la ONG supuestamente recibía a manos llenas, y dándose cuenta que estos dos truhanes no merecían ser llamados cristianos.

Después de encarar celosos esquives para evitar duplicidad de acción con las pocas organizaciones no gubernamentales que se iban quedando con una permanencia por demás precaria en la región, y de lidiar en el Gobierno Regional con una versión tendenciosa propalada por un medio de prensa escrito, respecto a que su organización estaba derivando botiquines al MRTA, empezó a creer que la gente encaramada en el poder siempre resulta una mierda. Se acordó de Confusio, Salomón, Sun Tzu y del Reader's Digest, a ver si alguna muletilla le alcanzaban para seguir intentando mejorar el mundo de manera práctica.

Se fue asqueado de esos periodistas que, por no aceptarles "manejar" su imagen institucional, se dedicaron a sacarle titulares aventurados, especulativos y distorsionadores, sin considerar en lo absoluto su persistencia en permanecer en la línea de riesgo mientras otras organizaciones, cediendo al temor que el terrorismo infundía bajo presiones y amenazas, empezaban a irse.

Se fue descorazonando con fiscales y jueces que negociaban sin remilgos —y en dólares americanos por supuesto—, sus mandatos de comparecencia, aprovechándose de la implicancia, de lo mellante de un mandato de detención para un miembro austriaco en la imagen de la organización. Y lo grotesco era que, la comisión del delito consistía en el traslado de una filmadora a la sede en Austria, para su reparación. Una filmadora traída, por cierto, desde allí.

Los compañeros de trabajo, mezquinos y obtusos, alimentándose en rencilla; los amigos convertidos en avezados oportunistas; la familia, con su prudente "higiene" para deslindar compromisos lastrantes; el mundo entero con su convenida diligencia pugnando por renegarle y convertirle en un maldecidor del sistema; todos, abonaron a su modo, a que empezara a creer que más relajante era meter la mano en un nido de víboras que estrechar la mano de alguien. "Tal vez —se dijo entonces—, las satisfacciones del trabajo desplegado en las comunidades nativas me alcanse para algo en esta urgencia por apaciguar mis peligrosas tendencias a la rebeldía social",

y prudentemente optó por esa dejadez existencial, que según la escala valorativa de la sociedad, era insistir en una conciencia tranquila y los hijos sin pan.

Cuando se cerró la ONG y se vio obligado a aceptar su liquidación incompleta, tuvo la desafortunada ocurrencia de ingresar al nada santo mundillo de las moto-kar, unos trimóviles motorizados que habían entrado a ser alternativa de trabajo entre desempleados y vagabundos y ahí aprendió lo que es tocar fondo con agonía de salmón.

Al mes de comprarlos al crédito, en una seguidilla desgraciada de mala suerte, los choferes empezaron a desfilar con su mensaje de asalto y robo, metiéndole de la noche a la mañana, en un par de mudas raídas y en una dieta de huevo y atún, que no le garantizarían energía suficiente para las interminables y cavilantes centenas de vueltas alrededor de la casa de su hermana Elizabeth, en la que se había atrincherado, al poco tiempo de marcharse ella, a raíz del ataque armado que sufriera aquella violenta noche de los delincuentes uniformados y su tristemente célebre camioneta blanca.

Sin trabajo, sin nada de posesiones, sin dinero, y con un fermento pirósico en el esófago impidiéndole aceptar vivir solo del magro sueldo de Lila Rita, y encarándole al mundo con un todo de resentimiento, rompió un día su ostracismo y muy a su pesar, empezó a atisbar por entre las celosías del sistema, como un desempleado más, resistiéndose a esta especie de suplicio en polvo de pumaquiro y nido de pucacuro a las doce del día, con toda la dignidad posible.

A fines del mes de enero de 1,993 bastante trajinado en esfuerzos infructuosos, para no caer tan seguido en la casa del usurero y no echar mano de la allende ayuda familiar, se encontró con un conocido de la infancia, en ese momento profesor secundario y director de un radioprograma matutino, que le propuso hacer comentarios diarios de actualidad, sin goce de haber. Aceptó por una cuestión de profilaxis del alma.

El veintisiete de ese mismo mes, aprovechando la coyuntura electoral por el sillón municipal de Coronel Portillo, lanzó su primer comentario, al que tituló "Compadrito Gallinazo", merced a la presencia de uno de estos desgarbados plumíferos que se mantenía a la vista en lo alto del poste de alumbrado público, plantado al pie de la tapia, mientras forzaba el artículo espantando el ardor de su estómago.

El tenor era el siguiente:

"Le encontré en un poste de luz que da al patio de mi casa, refrescándose las axilas con las alas desplegadas y oteando el panorama de la ciudad con expresión cavilante. Pensé en lanzarle una pedrada para que se fuera, pero como si hubiese leído mis aviesos pensamientos, en ese mismo instante, me clavó sus ojillos de diablo resabido y tuve que disimular fingiéndome malabarista de circo cholo, chocado de superticiones.

—¡Qué tál! —me saludó orondo y confianzudo.

—Pedazo de hediondo —musité despectivamente, mientras me molía a pellizcones para asegurarme que no había sueño de por medio.

—¿Cuándo te mueres? —volvió a preguntarme con espectativa de famélico carroñero.

Comprendí de pronto que aquel plumífero interlocutor, no era producto de mi imaginación, sino, una puritita verdad surgida de la boca de satanás; y dominando mi temor, opté por seguirle la corriente.

—No lo sé, bicho inmundo —le respondí con menosprecio y fingiéndome despreocupado de su malintencionada pregunta.

—¿Inmundo yo? —replicó dando un respingo y evidentemente molesto.

—¿Acaso no te alimentas de basura, de cadáveres, y de toda carroña maloliente que se te pone en el pico? —le recalqué, sin atreverme todavía a mirarle directamente.

—¡Infeliz! —graznó con potencia—. Que me alimente de eso no significa que me guste. Como ustedes que sí gozan comiendo pescado huañu-huañu, suris, ahuihuas, huevos olisqueados de taricaya, greda amarilla, comida chatarra de los gringos y… ¡que se yo! Ustedes que no son capaces de levantar un animal que se pudre en plena calle, que botan su basura en cualquier parte... ¡uf!, sin respetar ni a sus vecinos -hizo un gesto de asco, por demás llamativo, teniendo en cuenta de quién provenía-. Nosotros los gallinazos, vete sabiendo mortal, digerimos toda la inmundicia que tú llamas, por amor a la limpieza.

—Criatura insignificante, impura y cínica ¿Cómo te atreves a querer redimirte comparándote con el hombre?

—¡Es cierto! —insistió en sus trece—. El espíritu que nos anima es el de la pulcritud y la limpieza. Noé fue el pendejo que nos endilgó para siempre la cochinaza tarea de limpiar con el sistema digestivo todo lo que corrompe la tierra —agregó convincente.

—¿Noé? —inquirí tratando de procesar en el énfasis algún dato en mi memoria bíblica, para refutar aquel desenfado.

—Ni más ni menos —puntualizó.

—¿Cómo así? —insistí.

—Una mañana, después de navegar sin rumbo por varios días, ordenó a mis primeros padres salir del arca para ir a buscar algún lugarcito donde ya la tierra estuviera seca. Como era de esperarse, le obedecieron sin chistar, o no sé si deba decir graznar, y no tuvieron que volar mucho tiempo para divisar lo que el patriarca pidió. Se acercaron para posarse con gran cautela en el suelo aún movedizo, y no pudieron evitar el estremecerse de espanto al ver los cadáveres de la gente y de los animales que se ahogaron por no haberse metido a tiempo aunque sea en un peke-peke.

—¡No seas gracioso!

—Pensando en Noé, se dijeron que había que limpiar bien, para que el cano inventor del vino no se llevara encima una mala impresión; sobre todo, teniendo

en consideración que cuando estaba "girado" en una "puta bomba", se ponía de un humor inaguantable. Así pues, sacrificando una inclinación sibarita arraigada desde la creación y conscientes de estar como el municipio local, sin carros recolectores, sin palas, ni rastrillos con que remover la cochinada, y de contar con un sistema inmunológico ultraefectivo hasta contra el SIDA, arrancaron a devorar al toque nomás, todo vestigio necrótico del diluvio, que en buena hora no resultó demasiado, porque entonces la mayoría de los animales podían vivir en el agua —afirmó como si aquel siniestro festín hubiese sido un producto de la resignación—. Pero en tanto —prosiguió diciendo—, Noé ya se había impacientado durante una resaca por la tardanza de mis considerados parientes y despotricando como un hereje, envió unas palomas tras el mismo cometido. Y estas, tan adulonas como siempre, de regreso le llevaron esa famosa ramita, creo que de pichihuayo, y el chisme ese que nos jodió para siempre —concluyó.

—"¡Embustero!" —pensé decirle de buena gana, pero terminé expresándole un recóndito parecer—. Cuando les veo en las alturas, zambulléndose dentro las nubes atlánticas con placer de bañistas deslizándose con pericia por la ladera de los vientos y haciendo piruetas en el preámbulo de una tempestad, me inclino a creer que ustedes también son criaturas de Dios —confesé con sinceridad.

—¡Uf!... ¿qué duda cabe? Fíjate que si somos capaces de tocar las puertas del mismo cielo con nuestras plumas descoloridas —refirió unfano—. Pero el San Pedro ese, nos la emprende a llaverasos, porque él también pues, aunque por lo bajo nomás, ejercita sus preferencias raciales como el Adolfo —acotó.

—¿Pero por qué siempre retornan a las inmundicias? —le solté la pregunta con implacable talante, haciéndole inclinar ladeada la cabeza para observarme como si yo fuese un bicho raro.

—Todos nos parecemos, ¿no crees tú? —susurró insidioso con desparpajo de sacerdote inquisidor—. mira ve —prosiguió—, de nada te sirve que le bañes a un puerco porque volverá al fango; el perro, ese animalejo que ustedes tanto quieren y consienten, vomita y al rato se traga su vómito; la gallina que come huevo, aunque le quemen el pico; y ustedes..., ¡oye!... Ustedes que se ufanan de ser imagen y semejanza de Dios, se arrepienten con grán lamento en sus iglesias, pero apenas salen de ahí, corren a reencontrarse con sus cochinaditas de rutina. No tires mejor piedras para arriba, que desde aquí veo que tu techo es de vidrio —concluyó.

Me dejó estupefacto. Lo que requería en ese momento, era una ordenanza municipal que confinara fuera de la ciudad a todos los gallinazos, así supieran hablar como aquel condenado. Y como si me hubiese leído el pensamiento, retomó un poco arrebatado la hilación de su hablar y me hizo la siguiente aclaración:

—Mira muchachito —rezongó adustamente—, el alcalde, para que lo sepas nos ha rogado, así como oyes, nos- ha- ro-ga-do, para que permanezcamos en la ciudad.

—¿Y por qué ya?

—¿Por qué crees tú que en la televisión alardea de que el grán problema de Pucallpa no está en la basura?

—Tú lo sabes todo, dímelo.

—¡Por nosotros pues! Después del encargo de Noé a nuestros padres, somos la élite de la baja policía.

—No ponderes.

—Incluso, si no lo sabías, le estamos aconsejando para que de las calles se encarguen los curhuinsis; de EMAPACOOP los shiruis; de ELECTROCENTRO las anguilas; del VASO DE LECHE las vacas; del transporte los caballos; de la enredada administración, las abejas..., y otras grandes soluciones a los problemas de la ciudad. Pero aún está un poco entercado en mantener su propio zoológico... Es cosa de él ya.

—Seguro.

—Mira muchacho, no olvides que puede darse que una bella flor se nutra del estiércol —advirtió.

En eso, otro gallinazo pasó por su lado emitiendo urgidos graznidos, al parecer incitándole a volar en dirección hacia la Av. Tarapacá.

—¿Qué pasa? —atiné a preguntarle cuando ya bajaba el pecho encogiéndose para saltar.

—Me acaban de comunicar que hay un suculento "entripado" entre la Melita de Acción Popular y Mejía del MIPU, que como bien sabes, se renegó del Partido del arquitecto. Y hoy por hoy, los desperdicios de tripas son mi debilidad por mandato de Noé.

—Explica bien pues, compadrito gallinazo —le reproché tratando de retenerlo, y así extender la conversación a las elecciones municipales.

—¡Ah! —graznó fuerte batiendo ya las alas—, dile al Acho que chocolee con ganas sus veintinueve remos, porque en río revuelto, bonanza de pescadores —acotó, aludiendo al líder del MIREMO, otro de los movimientos en pugna.

Y así se fue dejándome con la boca abierta y con la duda de pasar o no el dato a los del IRU, agrupación empeñada en hacerle repetir el plato al actual alcalde, don Alfonso Torres Fernández, entercado en coquetear hasta con invasores de tierras en la ciudad".

Después de este primer ensayo como columnista radial, creyó encontrar el entretenimiento perfecto para atemperar la ebullición mental que le venía trastocando y no tuvo reparos en seguir haciéndolo por un buen tiempo a condición de hacerlo tras un seudónimo.

Hipersensible a los timbrazos de las visitas por implacables acreencias, extenuado de tanto amanecer confrontando una realidad agresora y harto de devanarse los sesos para zafarse de los usureros, cierto día se encaminó a la casa comercial que

le había vendido los moto-kars, para decirles que no jodieran tanto con sus cobros implacables, a sabiendas que los vehículos ya no existían. "¿Querían proceder a un embargo inútil o a darle facilidades en el pago?", dilucidó su ácido argumento, mientras subía la escalera del establecimiento comercial, otrora, la casa Sisley.

Al entrar a una amplia oficina, que era la de cobranzas coactivas, donde cuatro empleados se dedicaban a lo suyo, reconoció a un antiguo conocido del barrio, con el que alguna vez compitieron sin mayor fortuna por las preferencias de una guapa muchacha llamada Bity Moreno y creyó, o mejor dicho, deseó, que algún proteccionismo podía haber por ahí.

—¡Hola compadre! —saludó efusivo el tipo, al reconocerle—. A los tiempos que te veo, hombre.

—Sí, pues. ¿Y, cómo te va mano? —le correspondió, sofrenando el impulso de confesar toda su aparente desgracia.

—Aquí pues, haciendo lo que Dios permite y el diablo también.

—Qué bien; es un gusto saludarte.

—El mundo es un pañuelo sin duda. Por ahí supe que estabas a cargo de un Proyecto austriaco sino me equivoco, y bueno, era de esperarse que estando en Pucallpa encontrarse fuese una cuestión de aguardar nomás.

—Así es, hermano.

—Bueno... ¿Qué te trae por acá? —inquirió, con perfecta cuenta del tiempo que debía distraer, pero con cultivada amabilidad de vendedor.

—¡Caray! Asuntos nada gratos mano, como es obvio imaginar por estar donde estoy —le respondió, proyectando una mirada resumida al ambiente.

—¿Qué pasó?

—Saqué hace poco unos moto-kars a crédito, y los perdí antes de lo previsto. Las letras suman ochocientos cuarenta dólares mensuales y estoy viendo las de Caín, carambas...

—¡Pucha hermano! Si yo también te contara... —hizo una pausa muy significativa—. Hace unos tres años más o menos, de la noche a la mañana me quedé sin chamba, sin amigos..., como sucede cada vez que la vida nos dá una patada..., tú sabes. Así que tuve que moverme como sea, mano.

—Ya me imagino.

—En nuestra fiesta de San Juan, aprovechando que la gente se amontona en las playas, me fui yo también acompañado de mi hijito de nueve años, a ver si lograba hacer unos sencillos vendiendo cerveza... Para qué..., empecé a vender como pan caliente...

—Claro, ahí la gente no tiene bandera.

—Estaba en el sector de La Hoyada —se atragantó un poco—, ¡qué te digo, hermano!, cuando a eso de las diez de la mañana, ahí cerca de mi puesto de venta nomás, la gente de miércoles, ¡puta su madre!... Comenzó a armar un escándalo de la patada. Le pregunté a una señora que pasaba toda nerviosa viniendo del lugar, qué estaba sucediendo y me dijo que habían sacado a un ahogado. En ese momento, mano, un frío me invadió todito el cuerpo. Recién eché de menos a mi hijo, oy. Corrí, medio movido, nervioso, al lugar donde la gente se apretujaba con esa morbosidad que se les desata cada vez que sucede una desgracia..., y ví... —se aclaró un poco la voz—, y ví que el ahogado era mi hijo, mano —suspiró hondo como ante la última lampada del enterrador—. Ya te puedes imaginar lo que sentí en ese momento, lo que pensé... ¡puta madre!

—Lo siento, lo siento de verdad, mano.

—Pero la vida exige seguir; no hay huevadas.

—Seguro -respondió, mientras procesaba una nueva convicción.

—No hay problema o cualquier desgracia que la naturaleza del hombre no pueda superar, oy. Ya me ves aquí, no tan ileso por cierto, pero de pie como un shungo.

Después de la impactante confesión, por inercia siguieron hablando de otros temas, incluyendo recuerdos de guitarra tocando a Moby Dick, Leo Dan, Santana, los Iracundos, los Galos, Los Angeles Negros, Rabito, los Tíos Queridos, Roberto Carlos, el Gran Trío, Nino Bravo, Carlos Javier Beltrán, Lorenzo Santa María, y otros, pero ya en el pensamiento de Matías una oración a Dios para que no permitiese con sus hijos semejante tragedia, había irrumpido con exhalación de procesión entrando a una plaza mayor. Su escala valorativa referente a los problemas de la vida, se había reordenado.

—Bueno hermano, por algo estás aquí; supongo que tu presencia se debe a algo importante. ¿En qué te puedo servir?

—Quisiera hablar con el jefe de cobranzas.

—A tus órdenes, mano.

—¿Tú?

—El mismo que viste y calza.

Aquello resultó una sorpresa para Matías, pues preparado a exponer su historia con visos apocalípticos a algún desconocido, se vió desarmado ante el amigo que seguía ahí, de pie, a pesar de la tragedia vivida.

Como problema, el dinero habíase desplazado a un lugar secundario y no le quedó otra propuesta que el de pedir que le tuvieran cierta paciencia en los pagos de los vehículos no habidos, porque de alguna manera, terminaría pagándolos. Se guardó sus ganas de putear.

Las elecciones municipales las ganó Melita Ruiz, la lidereza de Acción Popular, aunque empañada por atarantadores rumores que atribuían su trinfo a unas movidas

fraudulentas en el distrito de Iparía, cosa que a los votantes como Matías ya les importaba un mashishi. Suficiente con haber ido a cumplir su deber cívico en las urnas.

Después de ella, el sillón consistorial sería ocupado por el inefable líder del MIREMO, el médico Carlos Acho Mego, que terminaría agotando todo el sentimiento regionalista que sustentó su elección, con una gestión claramente deficiente y decepcionante, por usar un eufemismo.

Finalizando la década y de cara al nuevo siglo, un Nisei, llamado David Yamashiro Shimabukuro, asumiría con amplio respaldo popular las riendas municipales, pero develada su soterrada afinidad con la política fujimorista y rumoreada su presunta adicción a la timba -donde al parecer se concretaban algunas convenidas decisiones-, se iría encasillando en una gestión mediocre, hecha a la medida de un líder improvisado y de expectativa circunstancial. Aunque, ni qué decir de la liviana conciencia de los votantes capaces de aferrarse a contumacias por pura conveniencia, apariencias o emoción del momento.

A finales de octubre de 1,997 después de tres años de trabajo, renunció al hospital del Seguro Social por una cuestión de principios respecto a la explotación y chantaje ejercitado a través de los llamados SERVICE, y después haría lo propio del hospital regional del MINSA, por una consideración elemental: Que todo obrero es digno de su salario. Y seiscientos treinta Soles mensuales no esgrimían una relación digna con un odontólogo. Corría entonces diciembre de 1,998 y ya su decisión de dedicarse a la práctica privada y a ordenar en sus ratos libres sus notas sobre la familia, si no a componer canciones, estaba tomada. Claro que el espacio a su dedicación de bombero voluntario en la XII Jefatura Departamental de Ucayali, era cuestión aparte.

El tiempo empezaría a volar y el país a olfatear la verdad de un destino endosado a un grupo de indecentes, entre campañas sicosociales y apañamientos cómplices comprados a fajo de dólares.

Matías, se puso plazo hasta el año 2,011 para quemar todos sus títulos y diplomas y empezar así, desde ahí, una nueva etapa existencial, desligando su yo de los condicionantes sociales que perturbaron sus sueños, y así, ser simplemente él, como creía ser, desde que supo que un angel despertó al profeta Elías —deseoso de dejarse morir—, para convidarle una torta. Sólo que debía estar seguro que tal actitud no traería consigo un sesgo de despreocupación hacia la familia.

Una casita cómoda en la chacra, un perro de cabeza grande, una mecedora, libros, una escopeta, una movilidad y dinero suficiente para el pan de cada día, son deseos que resumen su bienvenida a la edad, y su espera a los hijos y sobrinos cargados de hijos. Pero anda financieramente atrasado hasta con sus aportes mensuales al hogar, y esta insolvencia básica pospone indeterminadamente los deseos de su corazón, atareándolo con la sombra oscilante de un cáñamo sobre su cabeza y con la candidatura a una prematura calvicie, de puro estrés. Sin embargo, reconoce que del mismo meollo de las restricciones y limitaciones derivadas de su inestabilidad económica, han surgido gratificantes goces, como el de ir a pie a la pollería, y rodeado de los hijos, abrir el corazón a la esposa abnegada que parece decirle desde

el otro lado de la mesa: Todo está bien. O como el de ir a Yarinacocha, con la neblina aún infiltrada entre las pestañas, a nadar con ellos, atesorando un espacio exclusivo en la vitalizante naturaleza. O como el de sentir la mano de Dios en la sanidad e inteligencia de los vástagos que aseguran un fortalecimiento del linaje venido desde más allá del fisga.

Ha estado registrando datos familiares, acicateado por su hermana Elizabeth, que le conoce estas inclinaciones desde tiempo atrás, y por un impulso recóndito que ni la crisis ha podido sofrenar. Porque esta necesidad de sondear lo ido, de coger toda ofrenda pretérita afín a los amados ancestros, y de preservar toda pieza del rompecabezas genealógico de cara al nuevo milenio, se ha trocado en obsesión, en ilusión, en esperanza, de que las nuevas generaciones concebidas con nitidez desde el esperma del fisga, encaren el devenir a partir de otra escala de perfeccionamiento, desde una plataforma mejor perfilada hacia la superación, más redimidas, más confiadas, más definidas en el fuimos y en el seremos, mejor armadas para los nuevos tiempos con la fuerza de la sinceridad.

Es cierto que muchos miembros marcaron su paso existencial mostrando fuerza pendenciera, despilfarro aventurero, señorío sobre sus apañadores, adulación a su presente, espíritu nómade, ínfulas de sementales consentidos que pasearon sus testículos sin discriminar perinés, pero también los hubo de aquellos que persiguieron sueños, que se inspiraron en la pena, que se empeñaron en ennoblecer su herencia, que fueron buscadores de paz, y que sin renunciar a sus implantes selváticos, proyectaron a su descendencia hacia la conquista de nuevos horizontes, inclusive más allá de la propia patria.

Matías, piensa con detenimiento en los rumbos tomados por su numerosa familia, y encuentra que en toda su vida, tanto por línea materna, como paterna, sólo ha tenido oportunidad de relacionarse con algunas pocas ramas. Pero tiene el consuelo de haber tratado a casi todos, presentes y ausentes, a través de las imágenes auditivas y visuales de la palabra, atrapándolos en sus oídos y entre sus notas garabateadas a lo largo de los años, pues le anima el deseo de que todos los que están y los que vengan, tengan la oportunidad de poder llegar hasta la huella de Antonio Marino López, el tan recordado y casi mítico "machote", el eximio fisga de don sobrenatural.

A los cinco años, cuando aún vivían en Tornavista, conoció a su tío Alfonso Marino Panduro, mecánico de profesión y el único heredero del apelativo del abuelo.

Con el tiempo, tres hijos varones de él, conocidos al principio como los "machotes", serían luego reconocidos como los "mochotes", por la respectiva perdida de un dedo en el trajín de la mecánica.

Sobrepasando la docena en conjunto y concebidos en cuatro madres diferentes, sus vástagos, depositarios de su fuerza peleadora y su habilidad con los fierros, darían constancia de que no sólo había heredado el apelativo por el solo hecho de ser hijo del abuelo.

A esa misma edad y gracias a su primer viaje a Pucallpa en compañía de Arquímedes, su hermano mayor, conocería a su tía Mercedes Marino del Águila, ya casada con un arrogante y robusto funcionario de la empresa Servicios Eléctricos Nacionales

y madre de tres hijos.

A los siete años conocería a su tío Oscar Marino Lima, según decir de su madre, el retrato del abuelo y otro buen mecánico de aficion, cuya simiente predominantemente femenina, tendría cuna en dos mujeres distintas.

A los ocho años, conocería al menor de los Marino del Águila, hijos de doña Mishi, durante una visita de ocasión que este efectuara a la casa del aeropuerto viejo. En ese momento aún no se había casado y ni el mejor adivino hubiese podido presagiar que con los años llegaría a ser su suegro. Le decían "Toñico", y con este diminutivo sería aludido en exclusividad por muchas generaciones pucallpinas que —enterados por propalaciones de radios locales—, nunca llegarían a comprender en su real dimensión el por qué, siendo un hombre honrado y noble, sería comprometido como posible testaferro del dinero de la corrupción, en la razzia que devino a la caída del fujimontesinismo. Obviamente, a la postre, luego de un proceso judicial, saldría declarado inocente, pero, ¿quién limpia la basura dejada por la prensa en la mente de los ingenuos, de los ignorantes, de los envidiosos, de los mal intencionados, de los vengativos?

A los diez años, le señalarían de lejos a la tía Angélica Marino Pérez, casada con un lanchero llamado Francisco López —dicho sea de paso, tío de Melita Ruiz López—, nada menos la que sería la inefable alcaldesa de Pucallpa a principios de los noventa.

A esta edad también tendría la oportunidad de ver a la tía Nelly Marino del Águila, llegando de la capital en un vuelo relámpago, cortesía de un piloto de la F.A.P. de apellido Trigoso, con esa espectacularidad ligada a su conocido temperamento de mujer impulsiva y de de armas tomar. Personalmente al verla desde su desapercibida existencia de niño silencioso, le pareció que era un ser rutilante bajado de las estrellas. Por eso no hizo caso del comentario insidioso sobre su fascinación por los aviones y por sus pilotos de espectaculares gafas oscuras, como este que le dio el aventón.

Ya, durante sus estudios universitarios en la capital, tendría un contacto tangencial con la tía Alicia Marino Cáceres -casada con un militar que alcanzaría el más alto rango castrence como ingeniero en el ejército-, y encuentros casuales, sin comunicación alguna, con el sosegado y laborioso tío Pancho, como se le llamaba afectuosamente al tío Francisco Marino del Aguila, convertido ya desde mucho tiempo atrás en un ingeniero textil de cierto prestigio profesional.

El año de 1,995 su madre le presentaría en Pucallpa, al tío Pedro Marino Panduro, arraigado desde siempre en el caserío de Mazaray, y a una tía llamada Lucia, a la que la madre no quiso que el abuelo "machote" reconociera como legítima, allá en los tiempos de la madera.

A estas alturas y para moderar el gasto de sus libretas de apuntes, creyó conveniente soslayar el registro de los primos, sobrinos y sobrinos nietos, habidos casi en todos los colores por su cantidad y singularidad, haciendo sólo constar que en este mundo, el fructificar en términos de simiente, no es un asunto de buenos o malos, ni de ricos o pobres, sino simplemente una cuestión de selección natural, una suerte

de coincidencia entre la fertilidad y el orgasmo, y según la biblia, una bendición de Dios. "¡Y vaya, si esta selección y esta coincidencia, no comprometieron su complicidad en la familia!", pensó sabiéndose comprometido. "La bendición de Dios tendrían que ganársela".

De los tíos nacidos en María Díaz, la última compañera de su abuelo, solamente llegaría a conocer a Cira, a Juan Miguel, a Amelia y a Marcos. A este ultimo, el mismo día de su velatorio, muerto a causa de una mordedura de shushupe en los montes del Alto Ucayali, una húmeda noche a mediados de octubre del año 2,000.

Su madre, la primera descendiente de "machote", había logrado dar un impulso sorprendente a su propio núcleo familiar, trayendo abajo todos esos decires de los parientes acomodados, que sus hijos no pasarían de albañiles. Por ende, a sus setenta y cuatro años de indesmayable esfuerzo, le cabía por justicia, asegurar que los hijos realizados eran fruto de su siembra, de su abnegada persistencia, de su generosa dedicación, de sus manos vacías por tanto dar, de la vara ejercitada emblemáticamente, de su sujeción a un ser superior.

Mercedes su hermana mayor, vive en un exclusivo barrio capitalino, ya hecha toda una abuela, y evidentemente satisfecha de sus quehaceres hogareños y pastorales, respaldo de un hogar con tres hijos bien criados y de una estructura familiar levantada sobre seguros cimientos.

Puede decirse que su esposo fue el detonante de todos los abogados salidos de casa, y que a vista del fenómeno convocante producido en la prole por la carrera de leyes, será a no dudarlo, una especie de catedral a donde los potenciales jurisconsultos de la familia tendrán que pasar a santiguarse, sino a prosternarse.

Arquímedes, el segundo de la línea, hace ya vida retirada después de años de ejercitar con éxito su carrera de abogado, tanto en la práctica privada como en el Poder Judicial, donde llegó a ser Vocal Superior en la Corte Ucayalina, y en su espaciosa y silenciosa vivienda de la calle José Gálvez en Yarinacocha, pasa sus melancólicas tardes hurgando en el viento el olor de sus seis "cachorros" ya idos, ansioso por verlos llegar en cualquier momento con los sueños realizados. Siente que es tiempo de rezeñar una historia medular, una historia digna de heredarse, y necesita contar con los hijos para hacerlo.

Elvira, su tercera hermana, la que alguna vez se entusiasmara con ganar unas pesetas vendiendo limones en el mercado de Pucallpa —dicho sea de paso, con tan malos resultados, que no volvió a repetir semejante escaramuza—, tiene ahora la ciudadanía americana, y junto a su esposo, un pastor metodista de origen mejicano, anda por lares gringos y agringados ligada a la labor misionera, consecuente con sus estudios teológicos, sus convicciones de creyente y, desde luego, con sus aspiraciones existenciales. Por cierto, con la holgura de tener a sus tres hijos ya independizados y la ineludible predisposición a ser abuela.

Habacuc, más descansado ya de su ardua tarea de romántico reformador del sistema judicial durante su gestión como Presidente de la Corte Superior de Lima, se dedica todavía a la rutina de su vocalía con la rectitud y probidad características de su conducta funcional como magistrado, que de hecho siempre serán un estorbo en

el corrupto sistema de administración de justicia en el Peru, y se esmera en que sus tres hijos recojan algo de su ejemplo, para utilidad de una sociedad tan venida a menos en valores morales, éticos y espirituales, en los últimos tiempos. Tal vez algún día se de cuenta que el Poder Judicial es una mácula en su calidad de persona, y decida dar media vuelta saliéndose de él, para reencontrarse al fin con su verdadera naturaleza de hombre de bien y necesitado de mejores aires que respirar.

Joel, del que al igual que de Mercedes, se puede afirmar que todos los hermanos y media parentela han recibido algún favor, ejercita su carrera de abogado con el éxito que su nivel económico actual puede fedatear, y va articulado a cuatro hijos con quienes desearía de todo corazón, comprenderse mejor.

Su carácter desenvuelto y exhultante son parte de su éxito, pero también de sus desazones a la hora en que quiere desandar algunos caminos que tienen que ver con esos espejismos sentimentaloides al que el hombre es expuesto cuando se le abulta la billetera.

Elizabeth, después del ataque armado en su vivienda de Yarinacocha, emigró a los EE.UU. esperanzada en esa fuerza interior que recién echó a andar tras algunos escarmientos de la vida. Y ahora, junto a su único hijo —también uno de esos muchachos escogidos para madurar a corta edad por la exigencia de la sobrevivencia—, cimienta en ese país, llamado marketeramente, "de las oportunidades", un futuro promisorio de patria adoptiva, trabajo y esperanzas posibles. Claro que, sin haber podido raer de sus apegos almáticos a la patria chica de los barrios que anclaron en su memoria, a la familia, a los amigos que sueña volver a frecuentar con un segundo idioma en su haber.

Kelita, la última de las Ibazeta Marino —sin contar por cierto a la nueva generación que él, al unirse con Lita Rita, dio coincidentemente los mismos apellidos—, al haberse casado con un mejicano, ha terminado adoptando la nacionalidad de su esposo, y en la actualidad, funge de directora de un colegio de línea religiosa metodista, toda vez que al igual que Elvira, ella también complementó sus estudios pedagógicos con una especialización en Teología. Madre ya de una pareja de niños muy vitales, sabe que no podrá contarles con certeza sobre el rumor del Ucayali, sobre los mangos que aroman su Pucallpa distante, porque por esas cosas del destino, ella fue desarraigada del terruño a corta edad, sin tiempo a fijar sus perfumes, sus sabores, sus colores, sus gentes, sus costumbres, su historia, en esa esponja memorial que empapa a su manera cada carácter a través del tiempo.

Gina María, la única hija del segundo compromiso de su madre con Ernesto Córdova Dávila, con una carrera trunca de auxiliar de enfermería y una hija fruto de un anterior amorío rebelde, reorganiza su vida dedicada a administrar su restaurante en Pucallpa, y sueña con poder concretizar la generosa invitación que le hiciera Elizabeth desde EE.UU. para emigrar a tan lejanos lares. Seguramente no lo hará, pero al menos, más de una puerta hay delante de ella para confiar que el porvenir, aquí o allá, le tiene extendida una oportunidad.

Como un gigantesco témpano en el mar de la herencia, el esperma del fisga, aún cuando por la línea de las hijas mujeres tendrá que perderse en los documentos puestos a alardear de genealogía, seguirá aportando brotes genéticos con aroma

de madera, con olor a aceite de maquinaria, con vitalidad de buena hormona y paramnesia ucayalina, en los caminos del mundo.

Matías, un nieto nacido de estas líneas, sabe que se interna a un nuevo génesis de generaciones proclives a la indiferencia con la historia de los ancestros, que acaso ni les interese considerar hasta dónde un apellido paterno alcanzará prevalecer por sobre otros que se adhieren en el camino, cuanto menos el materno que se diluye a la primera edición, y quisiera, por lo menos en la suya, transmitir la emoción que a él le sacude telúricamente cuando remonta los ríos tras sus cauces originarios. Inclusive le cuesta encarar el inevitable adiós de aquel que su madre le dio con confort de vientre, con abrigo, con alimento, con educación, con principios cristianos, con tradición de selva imposible de desarraigar y experiencia de vida ligada a la huella del fisga, de "machote".

Se consuela en el hecho, de que sus hijos lo enarbolaran por una generación más, y así reprime su dolorosa nostalgia por el abuelo que no llegó a conocer, pero del que tanto escuchó desde su más temprana edad.

Sus hijos son Ibazeta Marino, sus nietos serán Ibazeta, y sin duda, lo serán con orgullo. Pero deberán saber en honor a la verdad, que en lo que a él respecta, el apellido Marino recibido de sangre de la abuela Vicki, fue el más notable asidero que le sostuvo en la adversidad, en la tenaz lucha de forjarse un porvenir, y en el turbador ascenso de reivindicar el ascendiente paterno, tan escarpado como brumoso.

La vergonzante caída del régimen fujimorista, había motivado una espontánea reunión en casa, con algunos amigos y contados parientes, nada afectos al "chino", entre los cuales hubo de los que anidaban una sorprendente nostalgia por Alan García Pérez.

"Él fue un pájaro frutero delante de estos chacales", llegaron a decir por ahí, unos entusiasmados Alanistas, excluyendo alegremente el juicio moral en su discernimiento, una vez desinhibidos en tragos.

Antes de retirarse, bordeando ya la media noche, y por demás mortificado por la presencia aprista entre los presentes, aquel amigo de la infancia, con el que tiempo atrás había estado publicando artículos radiales, volvió a proponerle reintegrarse al mismo programa, según él, porque la coyuntura política abonaba para rato. Pero él lo tomó como un simple cumplido, y apuró su despedida cerrando con lento, pero sostenido giro, la puerta. Estaba cansado.

Aquella madrugada, fugados ya todos los circunstanciales visitantes, se encerró en el consultorio de Lila Rita a esperar la calenturienta aparición del sol y la disipación de sus alcoholes, mientras esbozaba unos agregados para sus escritos.

Se había tomado la libertad de amontonar en el escritorio de su mujer los amarillentos papeles en los que había ido registrando datos familiares durante largo tiempo, pensando sustraer de ellos la ruta seguida por sus ancestros, y a falta de pacientes, que por la crisis preferían a las parteras, o los hospitales, había hecho de ese lugar su refugio escribidor, desde su renuncia al hospital del MINSA.

Crucigramado de cerebro y lengua, y rumiando en mustia nostalgia el convencimiento de que la distancia extiende a los hijos su propia posibilidad de vuelo y se torna más larga cuanto más adultos ellos y más viejos los padres, se puso a garabatear la rebuscada historia de sus lejanos ancestros, llegando con su ovocito más cercano hasta Scarlett Dessiré, la última de su prole, olvidándose del mundo y de su propia presencia, hasta que la voz graznada de un perifonista homosexual ofreciendo cuerito de chancho, le llegó desde la calle. ¡Hay cueriitooo! Vociferaba el fulano. Inclinó entonces la cabeza, con la misma pesadez con que lo hacía el solitario gallo "rodillo" que dormía en una rama del piñón rojo encaprichado en crecer entre las flores del jardín, y al que su hija Ruth Kelly insistía en adoptar como mascota, e intentó descansar espantando pesares por los gastos hechos.

Había escrito con ganas, impulsivamente, apremiado por todos esos antepasados revividos en cada letra fisgona, urgido por cada idea revelada para llenar los vacíos donde no encontró huellas. Escribió sin técnica, con una noción plástica de la palabra apenas intuitiva, consumiendo ocurrentemente formas de expresión a la medida de su motivación, y facultado en la esperanza de que sus hijos aspirasen a ser mejores a partir del conocimiento de lo bueno, lo malo y lo feo ligado a su pasado. Escribió con irreverencia, con penitencia, con fidelidad, haciendo rizos de nube, caídas de halcón y quiebres de tibe; todo, para plasmar un rastro en letra más legible y conmovedora, que cada vez que un miembro del apellido sintiese ganas de transitar con adicción de pasado, con curiosidad de identidad y sentimiento familiar, encontrase en él un mensaje alentador para reanudar el camino de la vida con espíritu de enmienda, punto de partida de todo perfeccionamiento.

—¿Terminaste de escribir, o se te acabó otra vez la tinta de los lapiceros? —preguntó Lila Rita, irrumpiendo en el aún fresco recinto con escoba en mano, y con esa dosis de ironía y condescendencia en su voz, con la que matizaba de manera sutil, aunque siempre irónica, las interrupciones a su esfuerzo escribidor.

—Todavía no, mi muy querida prima —le contestó un poco cazurro, a la vez que adormilado, a sabiendas del malestar que le producía con esta alusión al parentesco que los unía.

—Ya te he dicho que no me gusta que me llames así.

—¿Pero por qué? No tiene nada de malo.

—En primer lugar, porque no me gusta, simplemente, y en segundo lugar, porque sale sobrando, ¿no te parece?

—Pero es verdad, mujer.

—¡No me gusta, pues..., entiende!

—El amor es como un niño, Lila; mientras crece, no tiene culpa alguna.

—No estoy diciendo eso.

—Se le ocurrió crecer entre los dos, y Dios es testigo que sigue haciéndolo, aunque a cada rato se asuste con fiebres extrañas -le replicó, íntimamente muy divertido y

a la vez conmovido por su prejuiciosa actitud.

—Ahora soy tu esposa ante la ley y la iglesia, y juro que prefiero que me llames como tal, cuando no de mi nombre —se cerró Lila Rita.

Dejando de lado susceptibilidades tirantes y realidades virtuales proyectadas al guerrazo por neuronas aviesas desde sus memorias conyugales, donde alguna vez se registraran aparentes grietas sísmicas, y sintiéndose avivado en la fe acerada de su amor decantado, la atrajo hacia sí, la abrazó sin sobresaltos, con esa ferroviaria consistencia que se siente al promediar la vida, y se dejó arrullar cual hombre-niño, enternecido, conmovido, estremecido, vencido.

—No vas a poder tomar ahora tu limón con miel para curar tu estómago –dijo ella poniéndole casualidad a su voz—. Sino por último tomarás ya pues, aceite de copaíba —acotó con cierta fatalidad.

—¿Cuántos me toca hoy día?

—Ya vas en siete, pero te faltan aún tres tomas de ocho, nueve y diez, para completar tu tratamiento. Sólo que así como vas...

—Y de ahí tengo que retroceder a uno, todavía... ¡pasu diablo! ...

—Sí pues.

—Pero ya me siento bastante bien.

—Con estos desbarajustes que haces, no creo...

—Prometo que nunca más voy a probar un trago; en serio —le susurró sin ganas de pensar, creyéndose sincero, y tramando complacer el empuje sexual de su resaca, previa lavada de dientes, conforme a su bárbara pero higiénica costumbre de tomarla al asalto al despuntar el alba.

Guardando las distancias, como David en María y José, el esperma del fisga algo tenía que ver con los dos en el resumen de sus existencias, y esto, al parecer, complacía al sol de esa especial mañana que, energizante y convocador de vida ascendía por un cielo límpido y musical sembrando para ellos dorados rayitos a través de polvos ingrávidos que también ensayaban elevarse por entre el ramaje del almendro que sombreaba el jardín posterior. La vida, a pesar de todo, seguía siendo hermosa vista desde una paz interior, la que seguramente Dios veía en la suave luminosidad de sus ojos reflejando la conformidad de sus almas.

—¿Cuándo será que ya no andemos en apuros económicos? —susurró Lila Rita, sin soltar su escoba, a la defensiva, fiel a la meticulosidad de las mujeres con los asuntos presupuestarios de este mundo consumista.

—Sólo hay que seguir atentos a nuestras voces de esperanza, porque pueden ser poféticas —contestó Matías, casi desanimado de forzar una relación sexual en medio de caricias del espíritu susceptibles de ser controladas por Dios.

Contenido

Agradecimiento		8
PRESENTACIÓN		9
I	.....	11
II	.....	22
III	.....	33
IV	.....	43
V	.....	55
VI	.....	66
VII	.....	83
VIII	.....	98
IX	.....	107
X	.....	118
XI	.....	128
XII	.....	144
XIII	.....	150
XIV	.....	160
XV	.....	165
XVI	.....	177
XVII	.....	192
XVIII	.....	203
XIX	.....	219
XX	.....	232
XXI	.....	258
XXII	.....	280
XXIII	.....	293
XXIV	.....	311
XXV	.....	325
XXVI	.....	339

XXVII 358
XXVIII 374
XXIX 390
XXX 406
XXXI 426
XXXII 444
XXXIII 460
XXXIV 476
XXXV 502
XXXVI 529
XXXVII 552
XXXVIII 594
XXXIX 619
XL 638
XLI 660
LÉXICO REGIONAL 681



LÉXICO REGIONAL

Abusión: ruperstición

Ashipa: remolacha

Ayahuasca: soga de donde se extrae poción alucinógena utilizada por brujos y curanderos

Bentisho: jugo fermentado de caña

Berraco: cerdo macho, viril, valiente, corajudo

Bomboca: canica grande

Brujildo: practicante de brujería

Bufeo: delfín de río

Cachitero: que gusta de comer sal y por cuyo motivo es llorón

Callo-callo: sanguijuela

Canga: ave asada sin condimento.

Carachupa: armadillo

Cashacushillo: puerco espín

Casho: marañón, fruta pulposa con semilla externa

Cashuera: tramo torrentoso de agua corriente

Caspirucho: trago, licor

Ciprarunto: huevo arrugado. Se refiere al escroto

Cisurro: sarnoso

Cocha: tahuampa, laguna

Colpa: lugar donde confluyen diversos animales silvestres

Cotonsapa: que lleva la camisa suelta

Cuchicara: cuero de chancho en el frejol

Cunchis: bagres. Apelativo con que se sindica a los feligreses de la secta israelita por su barba rala e hirsuta

Cursear: cagar, defecar

Chacchar: masticar hojas de coca

Chamán: curandero

Changalín: patilarga

Chapanear: cazar de noche

Charpitas: especie de pepitas de oro

Chauchero: estibador, cargador

Chejo: ciego

Chimbar: badear, pasar de una orilla a otra

Chucuruna: planta que junto al ayahuasca combina un brebaje alucinógeno potente

Chulla chaqui: diablillo del bosque con los pies desiguales

Emponado: piso de casa típica hecho con el fuste extendido del árbol de la pona

Huahuera: que gusta de cuidar niños

Hualo: sapo grande de piel lisa, comestible

Huambrillo: muchachillo

Huambra: muchacha

Huamburusho: ocelote

Huañu-huañu: dícese del pescado cuyo estado está entre fresco y seco

Huapunguero: instrumento rudimentario que imita la caida de frutos de los árboles al agua, para atraer a los peces

Huarmishco: amujerado, amanerado

Huihuano: ano

Huihuis: testículos

Huira-huira: grasoso, mantecoso

Inguiri: plátano verde cocinado

Ishichimi: variedad de hormiga brava

Ishpa: orine

Irquincho: llorón

Izango: diminuto ácaro hematófago que se torna rojo al adherirse a la piel. Produce comezón intensa

Jurumaya: alude un impase o complicación

Juyo: parcela o franja de cultivo

Lavativa: irrigador, enema

Llullampa: mentiroso

Llullito: bebito

Maligno: espíritu malvado que vaga en lasa soledades

Maloca: vivienda nativa estilo shipibo

Manchari: susto

Manguaré: tronco hueco utilizado por algunas tribus amazónicas para transmitir mensajes a distancia

Manquisho: manco

Manshaco: garza grande de plumaje blanco, excepto el cuello que es negro

Mantablanca: mosquitos agresivos de alas blancas que se desplazan en gran número semejando una manta

Mapacho: cigarro hecho manualmente de tabaco sin prensar

Mapayado: michira, sucio, percudido, manchado

Mauleando: haraganeando

Mazaputi: vivienda nativa estilo cashibo

Michira: carne de cerdo bien frita y guardada en manteca. Fig. dícese de la ropa grasienta, sucia

Mitayero: que se dedica a conseguir mitayo. Cazador o pescador

Moquete: mano de felino

Mosha: moza, muchacha

Mutishco: de ojos azules

Muyuna: corriente cerrada en remolino difícil de sortear en los ríos

Negrunsho: de piel oscura

Ñañito: hermanito

Ocote: culo, poto, ojete

Pamacari: techo ligero de hoja de palmera

Pandisho: pan del árbol

Pango: cocinado sin aderezo

Patco: de sabor seco

Pate: envase de mano para recoger agua, hecho de huingo

Pelacho: calvo, sin pelos

Pelejo: perezoso (mamífero)

Pichín: bravo, belicoso

Pinsha: tucán

Piñañallo: hormiga de color rojo

Pique: pequeño insecto que convive con los cerdos y desova bajo la piel y uñas de humanos y animales, donde ulcera. Nigua

Piquichento: que camina cojeando a causa de los piques

Piquicho-piquicho: dícese del fruto del aguaje cundido de tuctos o pequeñas bolitas que carcomen su semilla

Pishcota: locumbeta, mujer inquieta con los varones

Pishjeta: boca torcida

Pishura: raca, picho, paloma, vagina

Pococha: burbuja en la superficie del agua

Potocha: jorobada

Posheco: pálido

Puca cuchi: cerdo colorado

Pucacho: de rostro colorado

Pucacuro: hormiga de picadura muy irritante

Pucuna: cerbatana

Pusanga: elemento mágico para atraer sentimentalmente a una persona deseada o amada

Pushar: acción que implica mucho esfuerzo

Quicha: diarrea

Quichatero: que tiene diarrea

Quincearse: equivocarse

Quintisha: crespa, cabello enredado o plumas revueltas

Quishicho: cachorro de perro

Raya uma: loco

Roncosho: ronco, afónico

Sacarita: ruta cortante por agua

Sachavaca: tapir

Shepleco: débil

Shicra: bolsa tejida a mano muy práctica

Shicshirabo: persona con intenso deseo sexual

Shishaco: shuco, serrano

Shoque: sin dedo

Shuco: shishaco, serrano

Shungo: parte medular de madera dura

Shunto: amontonamiento, montículo

Sipicuso: comezón en la garganta, carraspera, tos

Sipucho: arrugado

Siricaipi: cigarro hecho a mano de tabaco prensado

Sobaquina: olor penetrante de sobaco o axila

Supi: flato, pedo

Supitero: que elimina muchos supis

Tacarpo: palo punta usado en la siembra

Tactaracho: saltarín, tartamudo

Tahuampa: cocha

Telensho: débil

Tipishca: meandro abandonado por desviación del río

Tramujo: traba

Trolas: bolas, testículos

Tunchi: alma de difunto

Tushpa: cocina de leña hecha de barro

Tutuma: huingo

Umuto: enano

Ungurahui: dátil que se produce en racimos, de cáscara lisa negra y sabor agradable en bebida

Vaca marina: manatí

Varadero: ruta cortante por tierra

Virote: daño, hechizo

Yangunturo: carachupa mama, armadillo gigante

Zapote: árbol cuyo fruto del mismo nombre, tiene la forma de una mama de mujer y su sabor es muy agradable.